DANIEL MARES

LOS HORRORES DEL ESCALPELO

"Una ambientación que nos hace ver y tocar el Londres del S. XIX. Personajes y tramas inolvidables, de la mano del mayor talento de la fantasía española"

Javier Negrete, *autor de "La espada de fuego" y "Salamina"*

Lectulandia

Otoño de 1888

El ingeniero español Leonardo Torres de Quevedo se halla en Londres en pos del mítico Ajedrecista de Maelzel, un autómata mecánico que se creía perdido desde hacía décadas.

En compañía de Raimundo Aguirre, monstruoso ladrón y asesino, quién dice tener la pista del perdido autómata, inicia la búsqueda a través de los bajos fondos londinenses y alta sociedad victoriana.

Pero la búsqueda es interrumpida por el horror: las calles del deprimido barrio de Whitechapel amanecen con cadáveres de prostitutas abiertas sobre el adoquinado. Y Torres Quevedo y su compañero Aguirre se ven implicados en la caza de un asesino que firma sus crímenes como Jack el Destripador, entrando en una compleja partida de ajedrez con oscuras conspiraciones, el misterio y la muerte como piezas principales.

Lectulandia

Daniel Mares

Los horrores del escalpelo

ePUB v1.1
Moower 03.01.12

más libros en lectulandia.com

Los Horrores del Escalpelo
©Daniel Mares 2011
© Grupo Editorial AJEC 2011
B18O07S11S
© Ilustración, diseño de cubierta y cartel: Alejandro Colucci. Epica Prima 2011
© Mapa WhiteChapel: CalderonStudio 2011
Corrección: Susana Torres
Primera Edición: Abril 2011
ISBN: 978-84-15156-12-3
Depósito Legal: S. 465-2011
Impresión: Gráficas Varona, S.A.

Para mí

Dramatis Personae

(Los personajes históricos aparecen en cursiva)

Abbercromby, John William Perceval «Percy»: Hijo unigénito y heredero de lord Dembow.

Abbercromby, Margaret Jane: Hermana de lord Dembow. Fallecida en su adolescencia.

Abberline, Inspector Frederick George: Inspector del CID, encargado de coordinar las investigaciones de los detectives de campo durante los crímenes de Whitechapel.

Aguirre, Raimundo «Drunkard Ray, Ugly Ray, Rotten Face...» Thelonius: Natural de Florida, Estados Unidos, mutilado durante la Guerra de Secesión americana, ha pasado la vida como monstruo de feria, mendigo y delincuente de poca monta. No obstante, es uno de los protagonistas de *Los horrores del escalpelo*.

«Amanda»: Mujer serpiente de extraño y morboso atractivo, perteneciente a la feria de monstruos de Pottsdale.

Anderson, sir Robert. Comisario adjunto del CID, Scotland Yard.

Andrews, Walter. Jovial inspector del CID, enviado por Scotland Yard para investigar los asesinatos de Whitechapel.

Arias, Mary Anne: Joven viuda de espíritu romántico que regenta la pensión en Londres donde los protagonistas se hospedan.

Arias, Juliette Marie «Julieta»: Hija, de carácter curioso y aventurero, de la viuda Arias.

Ashcroft, Joseph «Joe»: Líder del Green Gate Gang, cumpliendo condena durante los crímenes de Whitechapel.

Barnabi, honrable Ezequiel: Notario de renombre.

«Bunny Bob», Robert Proud: Soldado confederado, nacido en Kentaky, tan simple como bondadoso.

Bowels, Thomas «Bowie»: Sargento de fusileros de la reina.

«Burney»: Uno de los monstruos de la feria del señor Pottsdale, hombre

extremadamente delgado y sigiloso.

Chapman, Annie «Dark Annie»: Prostituta del East End.

«Dandi»: Miembro del Green Gate Gang.

De Blaise, John: Teniente de fusileros, de carácter amigable y divertido. Inseparable amigo de Henry Hamilton-Smythe

Dembow, Robert Charles Graham Abbercromby, décimo lord: Noble británico, interesado por la ingeniería y la tecnología en general, aquejado de una terrible enfermedad degenerativa.

Drummon, cabo Tobias Abraham: cabo del ejército del sur durante la guerra civil estadounidense.

Eddowes, Catheríne «Kate, Kelly»: prostituta del East End.

«Edna»: Enana, mujer de Tom el enano.

Fenster, doctor Daniel: Maestro de Perceval Abbercromby.

Fulbright, Joseph: Abogado y amigo personal de lord Dembow.

Hamilton-Smythe, Henry: Teniente de fusileros. Prometido de la señorita Cinthya William.

Holland, teniente Ernest: oficial del primero de Florida durante la guerra de secesión.

«George»: Fenómeno obeso de la feria del señor Pottsdale.

Greenwood, doctor Phillip: Eminente galeno con despacho y consulta tanto en London Hospital como en el Hospital de Bethlem. Amigo y médico personal de lord Dembow.

«Irving»: Uno de los fenómenos de la feria del señor Pottsdale. Hombre hirsuto y brutal.

«Jack»: ¿...?

Kelly, Mary Jane «Marie Jeanette, MaryAnn, Ginger, Dark Mary»: Prostituta del East End.

Ladrón, Juan: Aventurero murciano de pasado incierto y presente aún dudoso, que se mantiene al servicio de Ángel Ribadavia por algún favor debido o vaya usted a saber. Compañero inseparable de Juan Martínez.

«Lawrence», «Larry»: Fenómeno de la exhibición del señor Pottsdela. Minusválido sin piernas ni brazos.

Matthews, Henry. Primer vizconde de Llandaf. Secretario de estado del gobierno británico. Amigo personal de lord Dembow.

Martínez, Juan: Aventurero murciano de pasado incierto y presente aún dudoso, que se mantiene al servicio de Ángel de Ribadavia por algún favor debido o vaya usted a saber. Compañero inseparable de Juan Ladrón.

«Mary» y «Jane»: Falsas siamesas de la exhibición de Pottsdale. Retrasadas.

McCoy, «Kid»: Miembro de los Tigres de Besarabia.

Moore, Henry. Fornido inspector del CID, enviado por Scotland Yard para investigar los asesinatos de Whitechapel.

Moses, Max: Miembro de los Tigres de Besarabia.

Nichols, Mary Ann «Polly»: Prostituta del East End.

O'Malley, Thomas «el Bruto»: Miembro destacado del Green Gate Gang

«Perkoff»: Líder de los Tigres de Besarabia.

Pottsdale, Eliza: Mujer de Efrain Pottsdale, muy aficionada al licor.

Pottsdale, Efrain: Cruel dueño de *L'exhibition de Phénoménes et d'Horreurs de tout le monde du monsieur Pott*, feria de fenómenos donde trabaja Aguirre.

Purvis, doctor James: Joven y prometedor médico de baja extracción social, colaborador y protegido del doctor Greenwood.

Ramrod, James Gordon: Secretario personal de lord Dembow, de muy baja estatura.

Ribadavia de Castro, Ángel María: Primer secretario de la embajada española en Londres, mujeriego y calavera, y muy bien relacionado en la sociedad londinense.

Salisbury, Sir Robert Arthur Talbot Gascoyne-Cecil, lord: Primer ministro del gobierno británico, perteneciente al partido conservador.

Smith, Emma: Prostituta del East End

Sturdy, Cardigan: Capitán del cuerpo de ingenieros, de excesiva edad para su cargo.

Stride, Elizabeth «Long Liz»: Prostituta del East End.

Tabram, Martha «Emma»: Prostituta del East End.

Taylor, Richard «Dick un ojo»: Miembro destacado del Green Gate Gang. Líder de la banda mientras Joe Ashcroft permanece en prisión.

«Tom»: Enano que trabaja en la exhibición de monstruos del señor Pottsdale. Casado con Edna.

Torres Quevedo, Leonardo: Joven ingeniero Español, destinado a ser una de las grandes mentes científicas de su época. De momento, es uno de los protagonistas de *Los horrores del escalpelo*.

Tomkins, Alistaire: Mayordomo y hombre de confianza del lord Dembow.

Trent, Margaret Cecilia «Nana»: Cocinera de lord Dembow, y niñera de su sobrina Cynthia durante la infancia de esta.

Tumblety, Francis: Medico canadiense de origen irlandés, experto herborista y conocedor de la medicina de los indios americanos.

Tuttledore, sir Francis: Miembro del *Foreing Office*, amigo personal de lord Dembow.

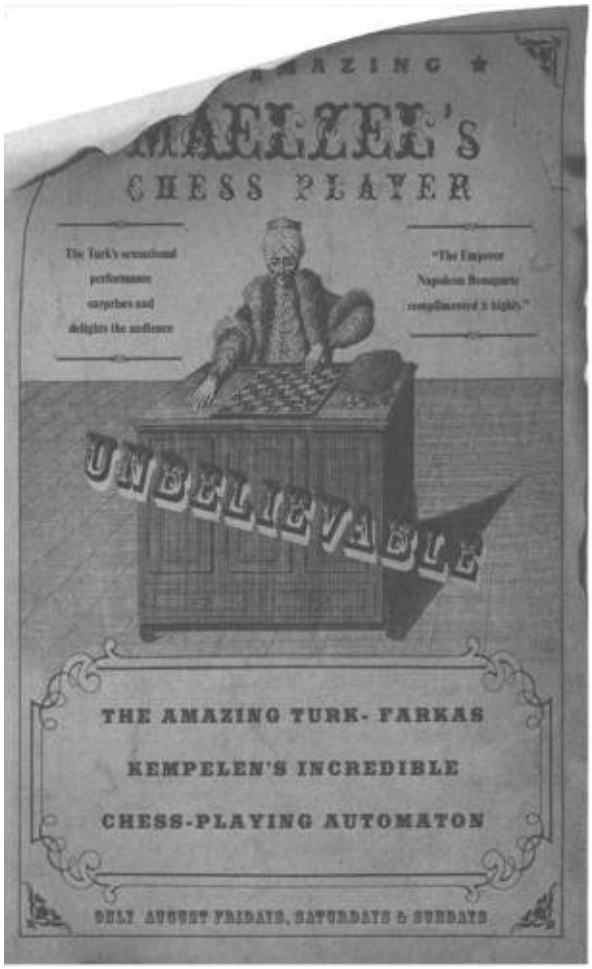
Tuttledore, coronel John: Coronel del Black Ward, hermano de sir Francis. Amigo personal de Ángel Ribadavia.

Warren, sir Charles: Comisario jefe de la policía Metropolitana.

«Will», «Willy»: Miembro del Green Gate Gang.

William, James «capitán»: Amigo de la infancia de lord Dembow, compañero de aventuras juveniles de este.

William, Cynthia Jane: Pupila de lord Dembow, hija póstuma del capitán William. Mujer de extraordinaria belleza.


AMAZING ★
MAELZEL'S
CHESS PLAYER
The Turk's sensational performance surprises and delights the audience
"The Emperor Napoleon Bonaparte complimented it highly."
UNBELIEVABLE
THE AMAZING TURK- FARKAS
KEMPELEN'S INCREDIBLE
CHESS-PLAYING AUTOMATON
ONLY AUGUST FRIDAYS, SATURDAYS & SUNDAYS

____ 1 ____

Sic semper tiranis

Lunes

Empezamos por el final. El anciano dice:

—Yo he visto cambiar el mundo. Fui el señor del tiempo, fui el propio tiempo, Cronos viendo las horas pasar en fuga, una tras otra, desde lo alto.

Nadie con un mínimo de caridad llamaría habitación al lugar donde descansa. Es más un nicho, una sepultura en vida, un túnel con paredes de un blanco sucio y descascarillado dominado por el sillón negro del centro, tan señorial como viejo, rodeado de los goteros que mantienen la precaria vida del enfermo, sin ventana alguna, con dos luces mal colocadas en cada pared curva que dejan un reguero ahumado sobre la cal. En el muro del fondo, el único plano, hay un crucifijo de hierro negro que parece cernirse sobre el respaldo orejudo y distinguido del asiento, y frente a él una puerta doble de vaivén, que oscila tras el paso del hombre de aparatoso bigote y bata blanca que acaba de abandonar la sala y que permanece atento ahí fuera, la vista fija en la escena a través de los cristales casi opacos por la mugre.

Los visitantes, dos caballeros de punta en blanco y gesto adusto, flanquean al enfermo en pie y lo miran con algo más que impaciencia.

—Como lo oyen. Puedo decir el momento exacto en que todo cambió. Todos los que estuvimos allí presenciamos el fin de los tiempos sin ser conscientes de la trascendencia de los hechos a que asistíamos. Yo al menos no reparé en esta fractura de la historia hasta mi retiro, mis años de reflexión, hasta mucho pasar esos días ya antiguos que ahora tanto les interesan, llenos de sangre y de miedo. Esa guerra transformó el mundo...

—Disculpe —interrumpe el más grande de los dos, el del bombín pardo, al que a falta de nombre mejor y prefiriendo ocultar su verdadera identidad por tratarse de alguien eminente, le daremos el de «Alto»—. ¿Qué puede tener que ver esto con las muertes...?

—Mucho. —El viejo emite un sonido que pudiera ser un carraspeo, apenas forzado por su débil pecho. Luego continúa con voz grave, profunda, demasiado para su fragilidad—. Mis queridos amigos, mucho. Si de verdad quieren conocer los pormenores de aquellos acontecimientos deben atender a los orígenes. De lo contrario, si se quedan con la aséptica narración de los hechos, sabrán tanto de esta horrible historia como la cuchara conoce el sabor de la sopa, que diría un galés. Verán, les agradezco su visita, aquí nunca viene nadie, y entiendo la urgencia de la situación. No obstante, coincidirán conmigo en que el devenir histórico no es más que

la confluencia de personas y sus actos, y es fundamental saber las motivaciones de los participantes en el drama vital de la existencia, quién de entre ellos se ve impelido a actuar por la luz de nuestro Señor y quién es arrastrado por las oscuridades del fondo de su alma. Para su desgracia sólo me tienen a mí de entre los protagonistas de estos episodios. No soy el principal actor, y más cercano a las penumbras que a las claridades he andado siempre...

—Señor, perdone que insista, pero lo que quería preguntarle es si está seguro de que en algún momento todo esto tendrá que ver con el Ajedrecista...

—Por otro lado —continúa molesto por la interrupción—, hace mucho que no converso con nadie dispuesto a escucharme, y ustedes se ven forzados a prestarme toda su atención; comprenderán que no pueda dejar pasar una ocasión así, caprichos de viejo.

Ambos se miran impertérritos, nada dejan escapar a través de sus gestos severos, quizá el atisbo de una curiosidad que pugna por asomar. Alto mira al Cristo en la pared y el más joven dice muy despacio (debido a que no domina el español con fluidez, por lo que a partir de ahora le llamaremos con el no muy imaginativo y algo socarrón sobrenombre de «Lento»):

—Conforme, señor Aguirre. Se hará como a tú...

—A usted.

—Como a usted le convenga...

—Excelente. Pues les contaba que...

—... pero nos permitirá sentarnos, ¿sí? Parece que el relato será largo.

El anciano da golpecitos sobre los brazos guateados del sillón; es su modo de reír. No puede, o no debe, emitir carcajadas en su estado y así se manifiesta en las escasas ocasiones en que encuentra algo divertido.

Perdonen este esperpento de carcajada —dice al ver las miradas de los visitantes —. Pocas cosas han sido merecedoras de risa alguna en mi vida. Olvidé cómo reír y en su lugar adopto este palmoteo seco de arena cayendo en sepulcro. En cuanto a su acomodo, lamento que no haya otro mejor que un par de cojines que encontrarán tras el sillón. Este trono ahormado ya a mí no es tan espacioso como para que se sienten a mi lado, y mi enfermero, mi carcelero debiera llamarle, no es el hombre más hospitalario de Europa. Dudo que él les proporcione asiento alguno. ¿Qué les decía...?

—Hablaba de una guerra en la que estuvo —responde Alto, que queda recostado en la esquina junto a la puerta, resoplando.

—Sí. La guerra americana cambió el mundo.

—Se refiere a...

—Por supuesto, la Guerra Civil. Allí se inició el futuro. Sin duda no fue así con exactitud, lo sé, tal vez se trató de una manifestación del mudar de las cosas, el efecto

y no la causa del tránsito de lo hermoso a lo gris; igual da, a mí se me antoja que sin aquella lucha todo hubiera ido mucho más lento. Aquel, mi conflicto patrio por excelencia, fue el principio de este plomizo, feo y perpetuo tornar que llamamos progreso, modernidad. Allí se peleó con caballos y afiladas hojas, pero también con armas de repetición, y con trenes y telégrafos, con barcos de metal y submarinos. Esa guerra fue la primera fotografiada y difundida en periódicos y postales, y todos los que allí sangrábamos y los que miraban desde Europa, nos sorprendimos ante el progreso y su barbarie. Incautos; aún no habíamos visto lo que las postrimerías del siglo nos traerían.

—Disculpe, señor Aguirre —interrumpe una vez más Lento, y ahora sí permite que una sonrisa trastorne la máscara de cera de su semblante—, parece que este... un discurso ensayado...

—No se equivoque, pollo. No necesito ensayo alguno, mi memoria es mucho más fiable que cualquiera de las suyas, de la de cualquier hombre cinco años más joven que ustedes; es lo único que aún conservo en plenitud pese a la edad. Por otro lado, el escribir mi biografía ya es lo último que me queda, languideciendo como estoy, así que tengo cada palabra de mi narración bien guardada. Ya está bien, cesen todas estas interrupciones, son ustedes los que andan apurados. —Con un gesto amable, le indican que prosiga—. Pues esto, que habiendo pasado mi mocedad en esos campos de batalla que anticiparon el avance de la humanidad, creo que soy el más apropiado para contar la historia del mundo, la que nadie conoce.

»Empezó hace mucho antes de mi nacimiento, que tuvo lugar el trece de octubre de mil ochocientos cuarenta y cuatro en San Agustín de La Florida.

—¿Esa es la fecha exacta? —dice el Alto, armado ahora de pluma y cuadernillo para tomar notas.

—Claro está, no les debe ser difícil comprobarlo. Busquen la filiación de Raimundo Thelonious Aguirre, recluta del Segundo de Infantería de Florida. Deben aún existir documentos sobre mí, al menos en diez o doce prisiones de todo el mundo. Lo mismo da, prosigo. Colegirán por mi apellido que desciendo de familia española, de los muy escasos españoles que no marcharon a Cuba cuando la Corona vendió La Florida por cinco cochinos millones de dólares, que ni siquiera se llegaron a cobrar. Cinco millones por el paraíso. Eso fue en el veintiuno, pero ya antes el control español era escaso; se había tenido que sofocar un intento independentista en el diecisiete, y en el dieciocho Jackson entró a fuego por el norte... maldita política.

»Desde hacía tiempo éramos pocos los colonos españoles en La Florida, menos de cinco mil, que nos manteníamos del dinero que llegaba año tras año desde Méjico, así que nadie pensó que la venta fuera un error. Deshacerse de un territorio que de facto no controlaban a cambio de la soberanía sobre Tejas, Nuevo Méjico y California no era mal trato, alejando en lo posible estos y otros lugares de la codicia

yanqui. Nunca se debe menospreciar la avaricia de un pueblo. La Florida quedó desierta de población hispana, salvo por unos pocos, que como mi abuelo, dudaban de la vida que les esperaba de vuelta a casa. Especialmente reacio era don Luis Aguirre, el padre de mi padre, hombre por cierto acaudalado; vean así que mi origen pudo ser alto, bien alto, y así la caída hasta estas simas de la miseria ha sido mucha. Las tierras que mi abuelo tenía en San Agustín estaban empeñadas, entrampadas como todo el resto de su patrimonio debido a sus malos hábitos, que su hijo heredó y cultivó con exceso y poco juicio. El dinero que daba la Corona a título de resarcimiento por las tierras perdidas era inexistente, más para don Luis, que no gozaba con amigos en la corte, y no había un español de importancia que no fuera acreedor suyo. Volver a España era inconcebible, y marchar a Cuba era caer en manos de prestamistas a los que ya no podía disuadir con el valor de la heredad de los Aguirre, ni con su puesto o influencias, y que lo mandarían a presidio dejando a su mujer y a sus dos hijos en las calles de La Habana, sin posibilidad de sustento digno alguno. Así que mi familia tornó de española a norteamericana al tiempo que La Florida. De americanos no nos fue mejor que de españoles, todo lo contrario. Esas tierras que quisimos conservar se perdieron, y así, pudiendo haber nacido de hacendado pudiente, lo hice de un desalador que acabó con la piel quemada por la sal y el alma por la bebida.

»Poco interés tendría para los sucesos que nos ocupan la historia de mi familia, intrascendente, olvidable y olvidada, de no ser por el empeño del viejo Luis Aguirre de conservar algo de sus orígenes entre los suyos, mantenernos católicos y obligar a todos en casa a hablar español, convirtiendo esto en tradición. De ese modo, mi padre habló conmigo en su lengua natal y hasta con mi madre, nacida en Virginia, también se expresó siempre en español. Así este, el español, fue mi primera habla desde niño y me gusta pensar que tal circunstancia, además de permitirnos esta agradable conversación, propició el fin de un cáncer que hubiera acabado con la felicidad del mundo.

»No adelantaré acontecimientos, que aún queda trecho en el sendero. Cuando llegó la guerra y La Florida mandó a sus hijos a morir por la Confederación, yo fui con ellos. Escapé para enrolarme de casa de mi tío, un bombero de San Agustín que no quería saber nada de guerra, ya pasó las suyas siendo más joven en Méjico. Había ido a vivir con él cuando mi padre, tras llegar a la viudedad en virtud de un martillo pilón que él mismo empuñara, se dejó caer borracho en medio de la calle y tuvo la decencia, la única muestra de ella en toda su vida, de aspirar sus propios vómitos y morirse. Yo mismo, su unigénito, tuvo que ayudarlo a quemar el cadáver de mi madre y hacerlo desaparecer, y soportar a toda una comunidad señalándote, haciendo caer sobre ti la vergüenza de una madre fugada, ganándose la vida en cualquier calleja. Eso decían y yo callaba.

»No lloré a mi padre.

»Mi tío era a su hermano como el día a la noche. Bebía también, y era un miserable, pero la más profunda tristeza en lugar del odio era lo que removía el licor que a diario tragaba. No recuerdo bien qué me empujó a escaparme, la precariedad de mi existencia junto a mi pariente o el odio a los yanquis, odio imitado de lo que veía en la calle y no compartido por mi tío el unionista. Me alisté en los fusileros de San Agustín en... a finales de abril del sesenta y uno, con dieciséis años, solo habían pasado cuatro meses desde que Florida votara la secesión. Pocos días después de que a mis oídos llegaran las noticias del bombardeo del fuerte Sumter, en Carolina del Sur, yo salté por la ventana de casa del hermano de mi padre y no volví a ver jamás a nadie de mi sangre.

»Quise llevarme un recuerdo, eso sí, y para ello robé, iniciando así una larga y no muy provechosa carrera delictiva. Poco tenía el jefe de bomberos Aguirre que pudiera ser de valor, tan solo una moneda de plata de Judas, que acarreaba con él como amuleto desde la juventud, y que amaba más que a su difunta mujer. Por las noches la sacaba del bolsillo y la guardaba dentro de su Biblia bajo un tablón del suelo, en su cuarto. Tras la muerte de su joven esposa acostumbraba a conciliar el sueño gracias al whisky, eso junto a mi ya considerable habilidad para moverme en silencio, hizo que no me fuera difícil entrar por la noche, sacar la caja de madera con doble candado donde la encerraba bajo el suelo, forzarla y marcharme, dejando el libro sagrado, pero no su contenido. No estoy seguro de que no estuviera en el fondo movido por el rencor hacia su desapego, o para castigarlo por unionista, puede. Lo que más recuerdo es que mientras corría al alistamiento, apretaba la moneda de plata en mi mano, confiando en que si me iba mal, su valor me sería de ayuda. Pronto verán que hacerme acompañar por el símbolo de la mayor de las traiciones no fue afortunado.

»Todos éramos buenos hijos del Sur en los fusileros de Florida, muchachos del condado de Putnam dispuestos a patear un montón de culos yanquis. Yo no era una excepción en cuanto a mi edad; si me quedara algo de dinero les apostaría aquí mismo a que la mitad tenía tres o hasta cuatro años menos de lo que dijo al oficial de recluta.

»A principios de junio nos reunimos con otras nueve compañías al norte, cerca de Brick Church, al oeste de Jacksonville, ciudad que siempre recordaré con amargura. Allí se formó el segundo regimiento de infantería de Florida, al mando del coronel George T. Ward. Un caluroso lunes subimos todos al tren cantando Dixie, dispuestos a atravesar Virginia hasta Richmond, donde llegamos el veintiuno de julio por la tarde. Allí estuvimos cerca de dos meses, en un campo de adiestramiento... los mejores tiempos de mi vida. Estaba aprendiendo algo, formando parte de algo... veo por su expresión que no tienen mucho apego por la vida castrense, muy propio de la juventud actual.

—En absoluto, señor mío —dice Alto—, por lo que no tenemos apego es por perder el tiempo escuchando...

Lento apacigua el mal carácter de su compañero con un gesto, y con extrema amabilidad en el tono (tal vez sea que no sabe ser desagradable en español), trata de aclarar este punto.

—Señor Aguirre... Su vida está interesante, pero no vemos qué tienen que ver sus experiencias en milicia con asesinatos...

—Y mucho menos con el Ajedrecista —apunta su compañero.

—¿Qué tienen que ver? Todo, señores míos. Absolutamente todo. Yo no hubiera tenido participación alguna en los crímenes de no ser por lo que ocurrió allí.

—¿Lo que pasara en el campo de entrenamiento de Richmond durante el verano del... sesenta y uno fue la causa de que casi treinta años más tarde...?

—No lo que sucedió en Richmond, sino tiempo después, cuatro años después. Ya entraremos en eso a su tiempo. Antes, a los dos meses de llegar a Virginia, ya convertidos en soldados del Sur de la compañía H del segundo de infantería de Florida, partimos hacia Yorktown, donde nos unimos con la última compañía, y con ellos pasamos allí el otoño y todo el invierno. En el sitio de Yorktown fue donde todos recibimos nuestro bautismo de fuego, el principio de los horrores. Mucha guerra, mucha muerte para un muchacho que solo buscaba una buena forma de ganarse la vida, aunque a decir verdad no pisé primera línea de fuego.

»Supongo que por mi aspecto juvenil, muy lejano entonces al de un aguerrido soldado, me asignaron como asistente del cirujano del regimiento. Pareciera que tal situación me alejaba de los aspectos más desagradables del combate, todo lo contrario. Ser testigo de amputaciones sin anestesia alguna, cortando miembros en menos de tres minutos, ver órganos palpitando, rodeados de moscas, pulgas y suciedad mientras el buen doctor no daba abasto, oír gritos y ruegos desesperados de hombres que van a perder sus piernas, brazos u ojos, en el mejor de los casos; es posible que todo eso no sea comparable al combate directo, pero no es mejor. No puede serlo. Yo me encargaba de quemar y enterrar brazos, pies y piernas inútiles despojadas de su dueño. El olor de esa carne abandonada no salía de mí. Manos con marcas de anillos, cicatrices, brazos con tatuajes, señas de vidas pasadas que perdían su significado cuando hacía un hatillo con todos ellos, mezclando partes izquierdas y derechas sin orden alguno. Murieron casi tantos en las enfermerías como en el campo de batalla, puede que más. Visiones como esas, día tras día, hacen que algo dentro de los hombres cambie, te hace aborrecer la carne, el cuerpo y sus humores en continua descomposición desde el nacimiento a la muerte. Para otros, al contrario, supone el alumbramiento a apetitos menos alejados del alma humana de lo que el común cree. De todo eso vi: oficiales hechos y derechos a los que les temblaban las piernas frente a una herida, y jóvenes imberbes que no se cansaban de ver carne mutilada, de

tocarla. Otros, claro, nos limitamos a curtir nuestras propias pieles y corazones.

»E1 de Yorktown no fue un combate largo, ni especialmente cruento a vista de las delicias para un epicúreo de los horrores que ofrecería la guerra más adelante, pero con esto me creí ya curtido, impermeable a todo espanto. Pobre de mí. El dieciséis de abril los yanquis nos vapulearon en el dique. Mal día este para mí por partida doble; el congreso aprobó el Acta de Reclutamiento en esa misma jornada. Qué sabía yo, solo tenía miedo, estaba seguro de que nos iban a pasar por encima. Hubo quien dijo, por ejemplo el teniente Holland, un buen hombre que me prohijó porque algo en mí le recordaba a su hermano pequeño... una necedad. Todos los muchachos sucios, analfabetos y con ganas de tener una vida mejor se parecen, ¿no creen?

—¿Qué dijo el teniente Holland?

—Sí, que los yanquis pensaban subir destructores por el río York y bombardearnos hasta que no quedara nada. Salimos de allí sin que nos vieran, de noche, agazapados, yo con la cara pegada al culo de Holland, en dirección a Williamsburg. Los yanquis nos siguieron hasta allí, y el cinco de mayo maté a mi primer hombre. Puede que la semana anterior, en Yorktown muriera alguno por mi causa, por mi tardanza en traer el éter o el instrumental que el doctor me reclamaba a gritos, no lo sé, pero allí vi saltar hacia atrás la casaca azul de aquel tipo que corría hacia mí, y no se movió más. Eso me hizo muy feliz. Sé que puede parecerles inhumano ahora, pero matar es algo muy distinto para un muchacho con ganas de vivir. Hablo de muertes en combate, no de asesinato, que ese pecado tardé aún mucho en cometerlo y de él aún me arrepiento... Pobre Kelly.

»Tras causar mi primera baja al enemigo, me sentí mejor; eso me convirtió en un hombre, capaz de defenderme a mí y a los míos, o así lo creí. Conseguimos escapar otra vez hacia Richmond, otra vez de noche. Holland decía que era una victoria, que habíamos parado de nuevo a los yanquis. Yo no me sentía muy victorioso.

«Pasarnos muchas penurias. Pese a haber sido siempre pobre, no recuerdo tanta hambruna, ni convivir en semejante intimidad con un ejército de pulgas (yanquis seguro que eran), que se alojaban en mi ropa. La noche en que salimos de Yorktown, alguien me pisó la mano, y los dos dedos rotos nunca curaron bien, dolían y me era imposible cerrar del todo el puño, aunque aún conservaba el índice en buen estado para disparar. Mortificaciones de guerra, de las que la peor fue la noticia recibida poco antes de entrar en batalla. El congreso tenía su Acta de Reclutamiento, así que todos en el regimiento, que habíamos firmado por un año, nos vimos «reenganchados» por dos más. Dos años. Cuando me alisté esperaba dedicar mi vida a la milicia... creo, no sé bien qué pensaba; tras un año de guerra tenía suficiente, no necesitaba formar más mi carácter, y si lo necesitaba, no lo quería. No podía considerarme un veterano, no había visto mucha acción, y no quería más, nada más. Ni mi yanqui muerto, ni la posibilidad de matar otros cien me apartaban del miedo y

del hambre.

»Vi a un par de veteranos volarse los pies para que los repatriaran al llegar a Richmond. Yo no me atreví, y acabé en Seven Pines; ahí es donde me cansé de ver muerte. El dolor de mi mano de tanto y tanto disparar con mis dedos tiesos, el correr con los pies magullados, las continuas nauseas por toda aquella pólvora y sangre aspirada; no aguantaba más. Durante el avance del primer día nos castigó mucho la artillería yanqui. Sus observadores, subidos en globos aerostáticos, señalaban con banderas nuestra posición, y los obuses nos masacraron. Recuerdo que disparé atolondrado contra uno de aquellos globos suspendidos en el aire lleno de humo blanco de los cañones, demasiado lejos para mi bala. En Seven Pines no perdimos, no del todo. Para mí fue peor que una derrota, y decidí que sería la última.

«Amaneció el uno de junio de mil ochocientos sesenta y dos, el segundo día de batalla, una mañana fría para verano, llena de niebla como un velo tendido por algún espíritu bondadoso con el fin de ocultar el horror. Apenas había dormido, el cansancio y el miedo me lo impidieron. Cuando me alcé a la voz de Holland, comprobé que el brazo sobre el que había reposado la cabeza toda la noche, que creía el de un compañero, era de un cadáver, un yanqui muerto, y ya había insectos recorriendo su piel. Eso fue el fin para mí.

»Durante todo el viaje hasta Seven Pines había estado hablando con un cabo de la compañía K, Drummon se llamaba. Un charlatán, un entendido en política, en caballos y en cualquier otro asunto que pudiera surgir en una conversación, y hablar de conversación es hacer un gran honor a lo que se podía tener con Drummon; en verdad eran largos discursos en los que nadie era capaz de intervenir. Espantaba a todos, menos a mí que, aún mozo, veía perlas de sabiduría en las baladronadas que esparcía al viento, sin importarle mucho si alguien escuchaba o no.

»Quedé deslumbrado por el carisma desbordante de Drummon y a mi manera traté de impresionarlo, quería ser amigo suyo, era la persona más interesante que jamás había conocido. No podía competir con su infinidad de conocimientos, los más inventados al vuelo, ahora lo sé, y a falta de imaginación, solo me quedaba una historia que contar, una historia verdadera: mi moneda de Judas. La saqué de la bota, donde la mantenía escondida, y se la mostré. Una de las treinta monedas con que fue pagada la traición de Judas a nuestro Señor. Era muy pequeña, oscura por el orín que la cubría, apenas se podía ver la estrella de David grabada en ella, ni las bonitas letras judías en el otro lado, pero desde luego era de plata, como comprobó el propio Drummon. Le conté cómo mi tío, el bombero de San Agustín, las trajo de Méjico.

»Tras acabar la guerra del cuarenta y siete, algunos se quedaron buscando fortuna. Mi tío junto con cinco pecadores irreverentes más estuvieron asaltando caminos, profanando iglesias y conventos, violando monjas y matando curas, hasta que se convirtieron en una de las bandas de forajidos más voraces del país; de sus faltas

puede que toda la familia andemos haciendo penitencia, por mi parte bien se pudiera decir. En una de tales tropelías asaltaron la catedral de Zacatecas. Allí les acorralaron los «chinacos», como llamaba a los rurales mi tío. Intentaron salir protegiéndose tras dos curas, que acabaron muertos en el tremendo tiroteo. Los cogieron, toda la ciudad quería colgarlos aunque nada habían podido llevarse, salvo el avispado Aguirre. Resulta que en la catedral se guardan ocho de las treinta monedas de Judas como reliquias, y ahora solo quedan siete. Mi tío se comió una de ellas.

»Los seis acabaron en la prisión de Valparaíso, hacinados con otros tantos reos. A no mucho tardar prepararon el ajusticiamiento de los «gringos», pues todos acarreaban muertes a sus espaldas, aunque mi tío siempre me aseguró que él era inocente, que todo lo hicieron sus compañeros, que él era demasiado joven. Resultó que habiendo cinco cadalsos en el patio, dejaron «al escuincle» para el día siguiente. Había colaborado con las autoridades, contando con todo lujo de detalles los crímenes que sus cinco compañeros habían cometido, sazonándolos con alguno más que la policía mejicana desconocía, incluyendo el de deserción del ejército de los Estados Unidos. Esa cobardía delatora no le sirvió de mucho, lo iban a matar, pero al faltar sitio en el patíbulo, el jefe de prisiones decidió matarlo al otro día, y darse tiempo para decidir si mandar o no una petición de perdón por Aguirre al Gobernador; el tipo hablaba español y decía ser de Tijuana... gran impostor fue siempre mi tío. Los otros cinco fueron colgados al alba y el perdón no llegó; llegó un terremoto. La cárcel quedó maltrecha, sus muros se resquebrajaron y entre el tumulto, el griterío, el cruce de disparos, cuchilladas y venganzas viejas ahora desatadas al calor del cataclismo, él huyó, de la soga y del país. Volvió a casa con la moneda de Judas bien apretada, jurando que esa sagrada reliquia era lo que le había salvado de la horca, las sacudidas de la tierra, las puñaladas de compañeros de celda y de un centenar de peligros hasta regresar a casa. Se regeneró. Un día, paseando por San Agustín mientras tiraba alegremente la moneda de Judas al aire, celebrando su fortuna en las cartas de esa tarde, tropezó con un adoquín y la reliquia rodó calle abajo, hasta dar con el tacón de una niña, una preciosa criatura llena de candor y belleza que acabó siendo mi tía. Llenó dos años de la vida de mi tío de felicidad, y murió al parir su primogénito, quien tampoco llegó a ver un amanecer. Aun así, siempre dijo que esa moneda le había traído todo lo bueno. Era su amuleto. Ahora lo tenía yo y ninguna bala yanqui me había tocado, ni me tocaría.

»A1 día siguiente, la moneda desapareció de mi bota. Nadie más que Drummon conocía mi historia, y lo acusé. Él se hizo el ofendido y me dio una buena paliza, entre las risas del resto de los soldados, que no daban crédito a que un niño como yo tuviera una moneda de plata. Acabada la pugna, porque no tenía modo de continuarla, Drummon me dijo: «nunca te quitaría tu tesoro, chico, lo habrás perdido. Y de habértelo quitado, jamás lo encontrarías aunque lo tuvieras frente a tus narices».

»Así quedé, sin el catalizador de mi buena suerte y en medio de una guerra. No por eso abandoné la amistad con Drummon, no podía probar que me hubiera robado la moneda, y seguía siendo un tipo divertido y sabio, a mis ojos. Además, si llevaba la moneda y lo protegía, estaría mejor a su lado que solo. Lo que me lleva a donde estaba, sí, vuelvo al hilo central de mi historia: mi segundo día en Seven Pines.

«Drummon contaba, en medio de su diarrea verbal, que Florida no interesaba mucho a los yanquis: «no es un objetivo estratégico», decía para ser más exacto. Explicaba que la costa ya la controlaban: Cayo Oeste, el fuerte Zachary Taylor, el fuerte Pickens cerca de Pensacola... y aun así habían dejado que los «rebeldes» nos quedáramos con el interior de la península. Tan confiados habíamos estado de este poco interés que mi tierra despertaba a los del Norte que habíamos mandado a los ejércitos a pelear a Virginia, dejando nuestra casa al descubierto. Así, los yanquis se habían hecho con Fernandina y con San Agustín en marzo, y ahora gran parte del territorio estaba disputado, con bastas porciones sin controlar. Tierra de nadie. El paraíso para el desertor.

»Sí, deserté. Confesar cobardía ahora en la vejez no me avergüenza, menos aún si es cobardía de niño, temple de sobra había mostrado ya para mi edad. En los jóvenes y en los viejos disculpamos la falta de valor. No quiero decir que durante el resto de mi vida haya sido un desecho de arrojo, todo lo contrario; me temo que en estas charlas encontrarán más de una ocasión donde mi comportamiento no fue el de un caballero audaz, y tendré que confesar cosas peores, ya verán. —Ambos visitantes se miran preocupados—. No, no trato de justificar nada, el miedo y el hambre abogan por mi causa ahora y lo hicieron entonces.

»Drummon y yo escapamos en el caos de las primeras horas de aquel día. La suerte se hizo amiga nuestra, y sin problema y a pie pusimos millas entre nosotros y Seven Pines. Debimos tardar un mes, cinco o seis semanas, desde Virginia hasta Florida. Agazapados, esperando ser sorprendidos. A los desertores se les cuelga. Drummon no tiró su uniforme, dijo que podría servirle de camuflaje en alguna situación, un soldado es igual a otro, y yo lo imité, aunque siendo menos valiente o más juicioso que mi compañero de fuga, me quité la guerrera e hice un hatillo con ella, así fui hasta que llegué a casa, a lo que esperaba fuera mi casa para siempre. Él no, el lució su gris hasta el fin de sus días, caballero del Sur hasta la muerte.

»No contaré las penurias de nuestro viaje hasta allí, y poco puedo decir del año y medio que vivimos en los pantanos de Okefenokee, en la frontera entre Georgia y Florida, porque la vida allí es monótona y solitaria, una tranquilidad que no sé si había deseado alguna vez, pero que entonces me reconfortó y ahora añoro. Solo diré que viajábamos de noche y nos escondíamos de la luz, como vampiros, refugiados en graneros abandonados o medio enterrándonos en los bosques hasta que la caída del sol marcaba el momento de seguir la marcha.

—El verano es temporada de deserciones —comenta divertido Lento, animación que no comparte en absoluto su compañero. Aguirre vuelve a tamborilear sobre su sillón.

—Muy cierto, amigo. Las bonanzas de aquel estío facilitaron nuestra deslealtad. Hubiera sido hazaña imposible el recorrer todo un estado en invierno. Además, Drummon amenizaba nuestra fuga asegurándome lo regalada que sería la existencia en los pantanos.

»—Allí, Ray —me contaba—, un hombre puede vivir sin hacer nada, solo proveyéndose de lo que Dios nuestro Señor nos proporciona, como peregrinos, como vivían los primeros padres en el paraíso.

«Aquellos pantanos hacia donde me llevaba son con certeza el Edén, el vergel más grande de América. Un jardín un tanto húmedo a mi juicio, pero lo cierto es que el viejo Drummon sabía lo que se decía. La naturaleza puede ser fea y desagradable, y generosa a un tiempo si uno sabe cómo ordeñarla. Mi socio sabía.

»Okefenokee en la lengua semínola significa: «lugar de la tierra movediza», aun así se pueden encontrar islas de suelo firme, como en la que construimos nuestra cabaña. Vivimos bien; pescamos los muchos peces que los cañaverales regalan, cazamos venados de cola blanca, pavos salvajes, garcetas y hasta alguna nutria cuando el hambre apretaba, y evitamos a los caimanes y a los osos negros. Dejé que mi barba creciera, por mi edad más rala que la de Drummon, y junto a él aprendí las infinitas posibilidades que ofrecen las plantas y los barros de ese jardín fétido. Allí el tiempo terminó, murió, todo era una eternidad verde y húmeda. La compañía de Drummon no me era desagradable, ambos nos convertimos en un solo ser, una simbiosis perfecta: él hablaba y yo escuchaba. De él asimilé un rico compendio de supercherías, magias y conocimientos mundanos tan falsos como espectaculares, y muy evocadores en medio de ese espesor. Entre toda su farfolla de invenciones y medias verdades, aprendí a sobrevivir por mí mismo, me enseñó a tratar y usar los venenos de la coral o la cascabel, ladinas compañeras que siempre deambulaban por nuestra morada, o a utilizar y trabajar los caparazones de las grandes tortugas para con ellos surtirnos de menaje, o las propiedades curativas de decenas de plantas, y eso me ha quedado hasta el día de hoy. Luego, las cosas fueron a peor.

Hace ahora una pausa enfática.

—No les sorprenderá, parecen hombres de mundo, si les hablo de los problemas que las pulsiones que envía Afrodita pueden causar en varones solitarios y sanos, entienden de lo que hablo... ¿me equivoco?

—No había... —sonríen los visitantes, esta vez los dos—, mujeres en las proximidades.

—La única hembra que vi fue la de algún cocodrilo, y no son criaturas muy dadas al romance. —Golpea los brazos del sillón una vez más—. Yo era joven y Drummon

no tanto, pero ambos teníamos un espíritu fogoso, así que nos veíamos obligados a satisfacer nuestras urgencias viriles por nuestros propios medios. Drummon, más creativo, horadó un tronco de ciprés, llenó el orificio de helechos y limo, se casó con él en una ceremonia en la que yo oficié como reverendo y, como es preceptivo, consumó su noche de bodas. Sí, como lo oyen, entiendo sus risas; no saben lo triste que puede ser la soledad. La llamaba su dulce Clementina... qué quieren que les diga, no sentía yo ese tipo de afecto por el reino vegetal, así que Drummon quedó con su señora y yo con mis hábitos onanistas. No me las daré de casto, negando que me entregara a ciertas prácticas con mi compañero propias de hombres que pasan mucho en solitario, ciertas... atenciones recíprocas sin, por descontado, llegar a cometer actos contra natura...

—Se masturbaron el uno al otro —dice Alto, abreviando tanto circunloquio.

—Veo que son hombres directos. Sí, una... o dos veces a lo sumo se produjo eso y luego no hablábamos de tales hechos. Y les juro que no llegamos a más, no soy ningún desviado, se lo puedo asegurar, todo lo contrario, desprecio sobremanera esas prácticas. Lo que ocurre es que los hombres solitarios y salvajes, degeneran, vuelven a un primitivismo ajeno a Cristo nuestro Señor... no quiero perder su tiempo en excusarme. El asunto es que yo dejé claro mis límites, y no pensé que esas satisfacciones mutuas significaban algo más para Drummon. Una noche desperté sobresaltado al notar la cara barbuda de mi camarada apretándose contra mis nalgas. No se rían, me gustaría verles en tal situación.

—Disculpe Aguirre —dice Lento—. La imagen de dos hombres en pantano, sucios y... no quiero burlarme...

—Lo entiendo —más golpecitos sobre el sillón—, y entiendan ustedes mi sorpresa cuando vi que no era solo su cara lo que ese viejo charlatán quería arrimar a mi trasero. Le di una patada, y luego tres más hasta que saltaron dos de los pocos dientes que conservaba, y escapé. Luego regresé, por mis cosas, y Drummon trató de disculparse, diciendo que había tomado demasiado de ese licor que destilaba de los helechos... yo lo amenacé con mi viejo mosquete sin cargar, asegurando que si lo veía otra vez, aunque fuera de lejos, le volaría la cabeza. Marché, busqué otra isla seca en medio del pantano a buena distancia y construí mi propia cabaña.

«Durante un año no hablé con otro ser humano, tal vez eso ha hecho que me vuelva tan locuaz en la vejez. Por primera vez olvidé cómo se hablaba, del mismo modo que olvidé la cuenta de los días, de los meses, todo era la subsistencia cotidiana, comer, beber, librarse de las alimañas; lo que incluía a las patrullas de soldados.

»Poco o nada supe de la contienda y poco o nada me importaba. En ocasiones, cuando me alejaba mucho de mi agujero, veía algún alma perdida en otra cochambrosa cabaña, un patán, aún más deshumanizado de lo que estábamos

Drummon o yo, gente que se devoraba unos a otros, como lo oyen, más peligrosos que los soldados; poco miedo podía causarles mi arma herrumbrosa. Acabé prefiriendo la compañía de los cocodrilos que la de seres humanos, y ponía siempre distancia con los últimos. Un día no fui lo bastante rápido.

«Empezaba el sesenta y cuatro, yo ya no gastaba calendario, esto lo supe luego. Florida, que a nadie interesaba en el Norte según Drummon, se convirtió de pronto en objetivo de una campaña yanqui. Tras su derrota en Viksburg, los confederados habían perdido el abastecimiento desde Texas y Arkansas, de modo que Florida se había convertido en la fuente de sal y carne para todo el Sur. Los yanquis no tardaron en atacar. Aumentaron entonces las patrullas de los nuestros en busca de desertores, supongo que para conseguir más hombres para el frente, pero una partida de caza humana siempre es una jauría de lobos.

»La soledad no me molestaba, acabé queriéndola, pero la presencia de patrullas a la caza de desertores me hizo replantearme mi enfado con Drummon. Fui a buscarlo, al fin y al cabo el viejo bebía mucho de ese brebaje infernal y eso puede hacer cometer a un hombre actos que de natural ni imaginaría. Es de buen cristiano perdonar. Con estas y otras excusas fui un año después de nuestra agria separación a la cabaña que compartimos. Se alegró de verme, ni él ni yo mencionamos el incidente que causó la ruptura de nuestra pantanosa amistad. Rió con su boca desdentada, me invitó a un trago de su veneno casero y comenzó a contar sus eternas historias con voz torpe de no usarla.

«Drummon tenía planes. Ir al norte, como hacían los negros por el «Tren Subterráneo», hasta Canadá, y de allí a Europa. Él había nacido en Gales y hasta allí quería llegar, una tierra verde, no como los pantanos, un verde sano, fresco... Drummon se quedó adormecido con estos sueños y con mi promesa de acompañarlo. Me fui a mi choza, a por cuatro cosas, y al regresar por la mañana estaban matándolo.

»Lo habían colgado de Clementina y habían prendido fuego a sus pantalones. Seis tipos tan sucios y mugrientos como nosotros, con insignias de comisario, cazando desertores. Uno de ellos plantó una cámara de fotografiar y se puso a retratar a mi amigo muerto, ardiendo, con un cartel colgado al cuello que ponía: «*renegade*», mientras sus camaradas posaban ante el objetivo, brindando con el licor de Drummon. «Pagan bien por retratos de esta gentuza muerta, jefe», decía el fotógrafo.

»Me santigüé y me fui. Un mal paso dio conmigo en el suelo, hice ruido y la partida de asesinos saltó sobre mí. Maldije el momento en que decidí reconciliarme con Drummon, ahora me esperaba igual destino que el de aquel viejo degenerado. Fui a dar de bruces contra una raíz retorcida que me dejó aturdido. Recuerdo que alguien me levantaba gritando: «¡otro desertor, jefe, no sé si tendremos soga pa tantos!». Y luego oí risas y vi a esos seis animales sedientos de sangre, golpeándome y burlándose de mí. Me preguntaron mi nombre, de dónde era. Yo fingí no entender, me

hice el idiota. Había visto a algún trastornado por esas tierras, gentes que no soportaban la soledad y el arrullo de los reptiles, o frutos de generaciones de consanguinidad, incapaces mantener la concentración por más de dos minutos. A esos pobres infelices, más cercanos a un buey que a un ser humano, difícilmente les harían nada, salvo alguna crueldad menor. No andaba equivocado, me golpearon, me zarandearon, uno me tiró al suelo y orinó encima de mí mientras sus compañeros reían. Por desgracia, uno de esos animales encontró mi casaca gris entre los bultos que había traído.

»—Un desertor —dijo el oficial—, también tiene derecho a ver el espectáculo, traedlo aquí.

»Me arrojaron a los pies de Drummon, tiraron de mi cabeza para atrás hasta que pude verlo arder, allí, colgando de su amada vegetal. Su guerrera gris encendida. Eso lo había matado, maldito cabezota, tenía que llevar siempre el uniforme, hasta que lo cogieron. En ese momento lo vi: los botones de su casaca estaban desparejos. En la distancia no podía distinguirlos bien, pero uno, el inferior, no lucía el mapa de Florida ni las estrellas. Era mi moneda. La moneda de Judas. Había estado ante mí todo el tiempo, escondida donde era más evidente, uno más entre los botones. Al final, no lo protegió. Ni a mí.

»—Buscad una rama —gritó el oficial. Ese era todo el juicio. Horrorizado, me eché a llorar y a suplicar por mi vida. ¿Qué ganaban esos energúmenos con este ir de asesinato en asesinato? ¿Qué bien hacía eso a la Confederación o a ellos mismos? Ninguno, amigos, ahora lo sé; la violencia, el salvajismo, es algo adictivo, más que el peor de los narcóticos. Aquel comisario que me miraba sin ápice de compasión había perdido todo objetivo en su vida, salvo el de hacer daño, el de matar. Extraña ha sido mi existencia que me ha llevado a encontrarme a estos abortos de Satanás, sin conciencia ni pudor alguno, vez tras vez...

—Pero se salvó —interrumpe Lento.

—Así es. Dios me guardaba para hechos mayores. Uno de esos rufianes tuvo un instante de creatividad, la única ocasión que su cerebro parió una idea debió ser ese día, estoy seguro. Propuso que, en vez de colgarme, me arrojaran a los caimanes. Al parecer ese tarado enfermo de sífilis llevaba varios días inquieto por los reptiles, deseando verlos en acción, y a su capitán le hizo gracia la idea. Me ataron, me cargaron sobre la grupa de uno de sus mulos y salimos en busca de cocodrilos, alejándonos del incandescente Drummon. No es tarea difícil en esos pantanos encontrar reptiles, así que pronto dieron con un marjal donde languidecía un grupo. Me bajaron del mulo y empezaron a empujarme hacia la orilla cenagosa, disparando a mis pies. Los caimanes se ocultaron al ruido de las balas, pero sabía que pronto saltarían sobre mí, antes incluso que mis pies rozaran el agua. Los disparos atrajeron a alguien más. Una patrulla de soldados apareció, ambos grupos se dieron el alto y se

apuntaron; los soldados eran más. Quien capitaneaba esa columna era mi teniente, Ernest Holland, ahora capitán.

Los visitantes se cruzan de nuevo miradas, ahora cómplices, y sonríen.

—¿No me creen?

—No... no es eso...

—Sí, sí lo es, y no se lo censuro. Demasiada coincidencia, ¿no? Pues ya les digo que mi existencia no es más que un juego de coincidencias, cuyo objetivo fueron esos asesinatos. Créanme o no, pero les juro por mi vida... no, vida apenas queda en mí, les juro por la salvación de mi alma que era el mismo Holland del Segundo de Florida quien detuvo a esos asesinos, quien preguntó qué hacían y quien me reconoció.

»—A esta basura desertora hay que colgarla, capitán —dijeron mis captores—. No queremos cobardes entre nosotros. —Pero Holland andaba de recluta forzosa, haciendo levas entre la población para salvar Florida del ataque yanqui. Hasta tan al sur había llegado parte del Segundo, tratando de detener a los del Norte por cualquier modo.

»Holland me dio a elegir: o la prisión por desertor, a la que no tardaría en seguir la horca, o volver con mi regimiento original, con todos mis delitos borrados. Así retorné a la milicia. Holland me salvó la vida, para conducirme a otra muerte segura. No quería más guerra, me había hecho a los pantanos y a la vida salvaje, me había olvidado casi de hablar y la más mínima norma de urbanidad era un misterio para mí. Resulta peculiar con qué facilidad el hombre abandona la fina pátina de civilización y se vuelve tan salvaje como un piel roja. Lo he visto más de una vez. Todos esos modales, todos estos adelantos, son disfraces mal puestos sobre la verdadera naturaleza del hijo del Hombre, la que Dios nos dio y nosotros hemos corrompido con la maldita ciencia.

—¿Reniega de la ciencia? —pregunta Alto—, ¿pese a que le ha permitido llegar a una edad que sus abuelos no hubieran soñado?

—Precisamente. Si me escucha verá que esa ciencia que tanto pondera es el mejor invento del demonio, el segundo mejor.

—Vamos —replica su compañero, mientras saca un reloj de su chaleco—, si le pregunta no acabaremos. Decía... teniente Holland y...

—Capitán por entonces. El mismo afeitó mi barba y rapó mi cabeza, me adecentó, y alejado de tanta mugre volví a la civilización con un solo baño, recuperado para el ahora ya muy laureado Segundo de Infantería de Florida. Casualidades y paradojas que el azar ha dibujado en el mapa de mi vida. De nuevo en mi regimiento y en la peor de las ocasiones, porque mi destino me condujo hacia Olustee. ¿Conocen esa batalla? Les supongo caballeros instruidos y estoy seguro que en los libros de historia la batalla de Olustee figura como la más sanguinaria de la guerra, y ocurrió en mi estado natal. Ya he mencionado que los yanquis habían

tomado interés por la Florida rebelde, y así, en febrero del sesenta y cuatro, el general Seymour embarcó sus tropas en el norte para intentar tomar la muy disputada Jacksonville por cuarta vez. El objetivo era cortar las líneas de abastecimiento confederadas desde el centro de Florida, aprehender todo el algodón, carne y madera posible, conseguir recluta de negros, que abundaban por allí tanto como los desertores, e inducir a los unionistas del este de Florida a formar un gobierno. Sí, pese a que fuimos el tercer estado en optar por la secesión, el antibelicismo cundió pronto entre la población.

»Los Confederados conocieron esta maniobra y pronto se dispusieron a la defensa. El general Finegan, un viejo irlandés baqueteado por los trabajos de la guerra, juzgó que el lugar más oportuno para detener la ofensiva yanqui era la estación de ferrocarril de Olustee. Con el lago Ocean Pound a la izquierda y pantanos infranqueables a la derecha, era un cuello de botella para nuestros amigos del norte, así Finegan escogió el emplazamiento del infierno, y pidió socorro al generar Beuregard, jefe de las tropas en Georgia, Carolina del Sur y Florida, que pronto buscó hombres para mandar al sur.

»E1 siete de febrero los yanquis tomaron Jacksonville sin excesivas complicaciones, y siguieron hacia el oeste. Al día siguiente nos echaron del campamento Finegan y del Ten Mile Run, llegando hasta cerca Lake City, cincuenta millas al oeste de Jacksonville. Parecía que no iban a parar, que remontarían el Swannee para volar el puente de Lake City o llegar a la misma Tallahassee. Incluso el secretario personal de Lincoln viajó hasta allí a tratar con los unionistas locales; la campaña parecía un éxito. Lo único que pudo hacer Finegan fue lanzar pequeñas escaramuzas, en las que yo todavía no intervine, con el fin de parar el avance yanqui en espera de las tropas que Beuregard mandaba desde el norte. Poco a poco nuestro número fue engrosando con las nuevas incorporaciones, la mayoría veteranos soldados de Savannah, Georgia, hasta alcanzar los cinco mil hombres, y les aseguro que de entre esos cinco mil yo era el más asustado, inmerso en la premura que se respiraba allí, la certeza de que ese era el momento de parar a los yanquis.

»E1 veinte de febrero, más de cinco mil yanquis agrupados en tres brigadas de infantería, otra de caballería y una última de artillería de apoyo, salieron de Jacksonville hacia Lake City, siguiendo las vías del tren, coreados por el manifiesto desprecio de las buenas gentes del Sur, que voceaban a su paso: «volveréis más rápido de lo que avanzáis». Al mediodía, nuestra caballería comenzó con algunas refriegas sueltas, tratando de frenar el avance, que duraron el resto del día a medida que los de azul se acercaban.

»Yo estaba cerca de la estación, en un batallón que le decían «Bonaud», formado por el veintiocho de artillería de Georgia, restos del Segundo de Florida, el capitán Holland entre otros, y reclutas del país alistados a última hora, como yo mismo.

Había pasado todo el día con la pala, construyendo abundantes y fuertes parapetos, trincheras y emplazamientos para las piezas de artillería en la lengua de tierra sólida entre el lodazal pantanoso y el lago, o midiendo distancias para los artilleros y dejando allí marcas. Serían las dos la tarde cuando oímos el combate. A solo dos millas de donde estábamos, que fuera una serie de escaramuzas empezó a recrudecerse. A la hora, el humo anunciaba que ya estábamos en medio de una batalla.

»Finegan mandó atacar regimiento tras regimiento, el sesenta cuatro, el treinta y dos, el sexto... mientras nosotros aguijoneábamos con nuestras andanadas. Los yanquis flaquearon y fue nuestro turno de avanzar. Mis pies se movían, pero el corazón quedaba atrás. El miedo me atería los dedos mientras hacía girar las pesadas ruedas del armón sobre el suelo seco cubierto de agujas de pino, ayudando al par de caballos, únicos que quedaban de los seis que iban uncidos cuando salieron de Georgia. La matanza gobernaba en el campo; allí en la estrecha franja por donde circulaba la vía no había lugar donde parapetarse, y fue en ese infierno donde tuvimos que detenernos. Me tiré cuerpo a tierra y empecé a disparar mientras los cañones tronaban a mi lado. Me temblaban tanto las manos que apenas tenía fuerza para cargar, y las balas caían al suelo, tres por cada una que metía en la carabina. Un oficial tras de mí mantenía en marcha a los hombres, no dejaba que las piezas descansaran, disparando una y otra vez, gritando más fuerte que las bocas de los cañones. De pronto dejó de dar órdenes. Alcé la vista y vi que la sangre la salía por el cuello, parecía haber perdido la garganta por completo y su cabeza estaba a punto de caer rodando, pero él no se daba cuenta. Se agitaba, movía los labios en silencio, incapaz de pronunciar palabra, como los actores en el cinematógrafo. Estaba muerto, y tardó un tiempo en entenderlo.

»—¡Aaaaaaaaaadelante! —gritó Holland, o creo que gritó, porque el estruendo de la artillería no me dejaba oír ni mis propios jadeos aterrorizados. Avanzamos una vez más. Los pífanos y tambores apenas se hacían hueco en la atroz fanfarria de gritos, trote de animales y estallido de bombas. Los yanquis se habían rehecho y aguantaban ahora donde antes habían retrocedido, no dejaron que avanzáramos ni diez pasos. El que más y el que menos andaba buscando balas que usar entre los muertos, bien podían recoger las que yo desperdiciaba. Desesperados, viendo que la jornada estaba sobre el fiel, y que la ausencia de munición iba a decantar a la fortuna hacia los federales, las órdenes de los suboficiales eran desoídas. Los de Florida nos topamos con un muro de negros que peleaban como demonios. Hacía una hora, los nuestros habían aniquilado a un regimiento entero de negros bisoños, pero estos eran otra cosa, estos estaban furiosos y peleaban con denuedo inusitado. Si hubiera quedado una gota de agua en mi cuerpo sediento, me hubiera orinado encima.

«Disparé y fallé, y al momento los demonios negros se nos echaron encima.

Habían salido a la carga como nosotros, sin esperarnos, acción esta no solo valiente, sino inteligente, pues mala defensa tenían en sus posiciones. Llegó el cuerpo a cuerpo.

»Oí tras de mí un fuerte estallido; una de las cuatro piezas de la batería que acababa de dejar atrás voló. Alguno de los sirvientes se había equivocado; el cansancio, el esfuerzo por aumentar la cadencia de tiro sin dejar enfriarlo, o el cañón ya andaba viejo y quejoso de tanta guerra y no pudo más. Todos nos tiramos cuerpo a tierra. Apareció un negro enorme dispuesto a clavarme al suelo con su bayoneta. Lo golpeé con la culata de mi fusil descargado en la entrepierna, y cuando cayó volví a darle en la cara hasta que dejó de tener formas reconocibles. El miedo me hacía herirlo una y otra vez, asegurarme que no se levantara. Grité de miedo, no de ira. Tenía que escapar.

»Casi ninguno teníamos bayoneta, así que en el cuerpo a cuerpo andábamos en precario. Cuando recobre el sentido le quité el fusil a mi negro muerto y acerté a otro con él en la espalda. El único pensamiento que me guiaba era que si mataba a todos esos salvajes, vería amanecer al día siguiente. Mi última presa alanceada por retaguardia portaba un revólver, esa arma puede cambiar el sentido de una pelea. Se lo arrebaté. Disparé los seis tiros sobre otro negro que pidió piedad tras el primero.

»—¡Aguirre! —me gritó Holland, que luchaba a mi lado—. ¡Ahorre munición! —Y ordenó replegarnos. Nos masacraban. La brigada Bonaud sangraba más que todo el Sur, ochenta o cien hombres murieron allí, y yo solo tenía la mente puesta en los pantanos de mi izquierda. Llegaba mi oportunidad, volver a los cenagales, a la soledad que tanto añoraba.

»No, los meses de aislamiento no me habían vuelto completamente obtuso. Sabía que mi cabeza estaba sobre mis hombros por una conjura del azar. Si me volvían a atrapar desertando, aparecerían postales mías colgando de un pino aquí, en Georgia, en Louisiana y en toda la Confederación. Me daba tanto miedo huir como quedarme.

»Con la urgencia de una derrota inminente volvimos a nuestras posiciones de origen conservando cierta organización. Holland nos animó a apoyar a los artilleros. Muchos de los sirvientes de las piezas habían caído o temblaban inoperantes, y era necesario redoblar el fuego sobre esos negros. Todos empezamos a cargar las balas, limpiar y enfriar el cañón, cebarlo, y devolver disparos a los yanquis. En mi batería solo quedaban dos cañones funcionando, «Napoleones» de doce libras, el tercero andaba a medio ritmo por falta de dotación. Me puse en él.

»—¡Coge la lanada! —me gritó el artillero con la cara renegrida por la pólvora—. Y mójala bien, que hay prisa. —La agarré apresurado, un palo con un hatillo de trapos que debía empapar en un cubo de agua y meterlo por la boca del cañón, para enfriarlo y limpiarlo. Un doce libras debía poder disparar dos veces por minuto sin estallar, si se refrigeraba bien, y necesitábamos más cadencia.

«Recordé la voladura de la cuarta pieza, los heridos con una pierna o un brazo perdido que pasarían el resto de la guerra en un hospital, como los que vi en Yorktown, mutilados, vivos. No mojé la lanada, me quedé quieto, mirando el cubo de agua a mis pies.

»Otro desgraciado tan asustado como yo traía la bala.

»—¿Ya está? —me preguntó. Dije que sí y la dejó caer por el alma del cañón. Oímos disparos que rebotaron en el bronce y uno fue a dar en el improvisado sirviente, que cayó gritando.

»—¡Fuera de aquí! —aullaba presuroso el artillero—. Sacad a este herido. ¿Cargado? —Me preguntaba a mí. Nadie había visto nada. Dije que no, que tenía que limpiar el cañón todavía. El artillero me gritó enfadado y se fue por una bala más. Encontré bajo el cañón un estopín preparado para prender. Lo enganche a la lanada y apreté con el proyectil que ya había dentro. Noté el bronce ardiendo. Llegó el artillero con la segunda bala y la metió—. Aprisa, ponte atrás —me dijo.

»Me coloque junto al asta que servía para empujar la pieza tras su retroceso. Me aparté, despacio, mientras el artillero daba fuego al cañón. Corrí perseguido por la mirada de alguno, mucha gente corre asustada en un campo de batalla, no resulté llamativo. Necesitaba distanciarme de la pieza, solo quería perder un brazo, o una pierna... algo que me dejara inútil para matar y para morir. La explosión me cegó. No noté dolor, tan solo el golpe más fuerte que jamás he recibido, que me tiró al suelo, y un zumbido permanente que aún oigo en pesadillas. Respiré dos veces, una tercera; estaba vivo, vivo y lisiado seguramente. Me llevarían al hospital, guapas enfermeras de Richmond sanarían mis heridas, me condecorarían... se acabó la guerra.

»Me incorporé. Tenía piernas, y brazos y... me faltaba la cara. En lugar de rostro tenía ese horrible amasijo húmedo que me ha acompañado la mayor parte de mi vida. Las prótesis han mejorado mucho, es obvio que soy una autoridad sobre este campo; entonces, en Olustee, al norte de Florida, al pobre Raimundo Aguirre le habían arrancado la cara. Salí corriendo, aullando sin ver, buscando auxilio, llamando al capitán Holland, a Drummon, a mi tío el bombero de San Agustín. Corrí durante mucho tiempo hasta que tropecé con algo, caí sobre tierra húmeda, que debí humedecer aún más con mi sangre. Pensé en los pantanos, pensé que Drummon me perdonaría y me curaría con esas hierbas que me enseñó, esas que sanaban todo. Gracias a Dios perdí el conocimiento.

»Así me capturaron los yanquis. Parece una broma; ganamos en Olustee, repelimos a los federales, no volvieron a entrar en Florida por el resto de la guerra, que ya a punto expiraría, y yo fui capturado por el enemigo que huía. El único prisionero que hicieron los yanquis esa jornada. No sé cómo, tal vez mi ceguera y la locura me llevaran a correr muy lejos y muy rápido, no sé. Desperté en el hospital, en Jacksonville, sin ojo izquierdo, sin oído, sin nariz, y con la cabeza fracturada pero

vivo; y lejos de la guerra al fin.

Los dos hombres suspiran al unísono, como si hubieran estado aguantando la respiración durante toda una hora.

—¿Conmovidos?

—Mucho, sin duda, señor Aguirre —dice Lento—. Lleva más de media hora contando horrores de guerra. Cualquier hombre... con sangre en venas, como dicen ustedes, se conmovería...

—Sí, amigo, la guerra no es honor ni gloria, nada de eso. Es el imperio de la sinrazón, a través de la que se manifiesta lo peor del hombre: el miedo y la cobardía. No se espanten aún, queda lo peor, mucho peor de lo que han oído hasta ahora... No me engañan, son hombres de mundo y esto que les he contado no deja de ser un reflejo más de la imagen que conocen; ya saben de la condición humana y sus muchas lacras, tienen edad y educación para haber presenciado, o incluso padecido, la crueldad, la mezquindad y cicatería, la miseria moral que conforma nuestra especie. No, su expresión severa no es de espanto por los males de la guerra, es desprecio hacia mí.

—En absoluto señor...

—Sí. Y no crean que me siento ofendido. Ustedes me están juzgando, eso es inevitable, todos somos rápidos en el juicio de las faltas ajenas y más morosos a la hora de pronunciar veredicto para las propias. Es cierto que maté a mis compañeros en esa explosión, no sabría decir a cuántos, y es igual de cierto que lo hice por cobardía, por infligirme una lesión que casi me mata y me dejó lisiado para el resto de mis días. No me defenderé de tales acusaciones: soy culpable, pero ya pagué mi deuda. No me refiero a mi larga vida penitenciaria, ni al dolor, ni a las humillaciones, ni a las taras en mi espíritu o mi cuerpo; eso solo sirve para consolar a la buena gente que sufriera mis desmanes, para proporcionar una venganza justa a parientes y amigos de aquellos a los que hice mal. La balanza de la vida no se equilibra con la mortificación y el sufrimiento, la deuda de mal ha de pagarse con bien, y con réditos suficientes. Eso he hecho yo: yo salvé al mundo del horror, o ayudé a ello, así que mi pasado ni me ofende ni me espanta, pues ya Dios ha borrado a buen seguro mis faltas en mi cuenta de deudas.

—Le aseguro que no le juzgamos —dice Alto—, los pecadillos de juventud...

—¿Pecadillos...? Es que también las hubo en la madurez. Dejemos de divagar y vayamos al verdadero horror, a donde comenzó todo, a la visión de unos hechos que cambiaron mi vida, a...

—Adelante, por el amor de Dios, vamos a donde sea.

—Vamos pues. Sobreviví a mis heridas por mi fuerte constitución, bendita sea, y por algún milagro. Me gusta pensar que Dios me reservaba...

—Para el futuro, para que obrara como lo hizo después por el bien de todos

nosotros, ¿puede continuar? Se lo ruego.

—Voy. La impaciencia de la juventud... Mi cura no pudo ser fruto del buen hacer de los cirujanos yanquis. Conozco los milagros de la medicina y no se suelen dar en un hospital de campaña. El caso es que por mediación de Cristo nuestro Señor salí, sin media cara, con el ojo y el oído izquierdos perdidos, con una cojera en la pierna derecha y una debilidad general en todo ese lado. La mitad de mi cráneo andaba algo achatada, quemada, sin pelo, mis facciones desaparecidas. Con veinte años no es agradable convertirse en un monstruo, ni siquiera para un truhán analfabeto como yo. En las cárceles yanquis empecé a coleccionar motes: *Ugly Ray, Pudding Face, Rotten Face...* de todo. Acabé por ponerme un saco en la cabeza y hacerle un agujero para ver; así los apodos cambiaron algo: Espantapájaros, Cabeza de Saco... El mundo se volvió de pronto un lugar feo y oscuro, pasé de la guerra a otra clase de infierno casi peor. Infeliz. Aún era un pobre ignorante, un romántico que creía saber de los horrores del mundo.

»Estuve ocho o nueve meses rebotando de campo en campo. Primero en hospitales y luego en prisiones de mala muerte. Me volví un tipo violento, mi dificultad al hablar, mi deformidad, hicieron algo con mi alma, la torcieron y quemaron transformándome de muchacho asustadizo a hombre irascible, agresivo y peligroso. Una bestia, más cercana a mis viejos vecinos los caimanes que a un ser humano. Intente fugarme, no sé cuántas veces. Peleé contra guardias, enloquecido, intentando escapar para ir a ningún sitio. Por fortuna no herí de gravedad ni maté a nadie, de ser así hubiera acabado en la horca.

»En diciembre del sesenta y cuatro ingresé en la prisión de Old Capitol, en Washington. Acabé allí de rebote, supongo, o porque algún yanqui compasivo prefirió encerrarme ahí a colgarme, porque no era mi sitio. Allí había oficiales, mucho civil, espías, sospechosos de rebeldía, asesinos de yanquis... incluso había yanquis traidores o prófugos; pero reclutas pocos, y reclutas deformes menos. Allí estuvo la preciosa Belle Boyd, *la Belle Rebelle*, la espía más famosa de la Confederación con quien nunca me encontré, a mi pesar. También ingresaron varios generales, y hasta el mismo John Mosby y su banda de rebeldes. A esos sí los vi, eran como la aristocracia entre nosotros. Mosby, que había dado problemas a los federales tanto como pudo, que acabó trabajando para el gobierno terminada la guerra, era un héroe para todos... continuó.

»Fue un invierno muy frío ese, y supongo que las bajas temperaturas acabaron con mi genio. Me encerraron en la habitación dieciséis, en el segundo piso de Old Capitol. La prisión constaba en realidad de dos zonas: el Old Capitol propiamente dicho, un edificio grande que tuvo destinos mucho más nobles en el pasado, con cuatro plantas encaladas en blanco hasta la mitad de la fachada y tejado a dos aguas, y el Carroll, otro pabellón separado por el parque; los dos en medio de Washington.

El Carroll estaba abarrotado, ambos lo estaban, pero en este abundaban oficiales y civiles, incluso mujeres desdichadas que habían acudido en busca de parientes y acabaron ellas encerradas, acusadas de rebelión o alguna otra atrocidad, ese no era mi lugar. Compartí la habitación dieciséis del Old Capitol con otros veinte rebeldes de pasados sombríos, malas barbas y mirada perdida a través de la ventana que daba a la fachada este del edificio del Capitolio.

»Allí lo pasé muy mal, pese a que mi temperamento endemoniado se había doblegado algo con las palizas e insultos, siempre merecidos. Aquello era como la antesala del infierno. Éramos muchos, hacinados en las habitaciones del primer y segundo piso, cohabitando con yanquis, la mayoría recluidos en el piso inferior. Salíamos al patio una vez al día, dos en verano, al mismo patio, mitad tierra mitad pavimentado de adoquines, en el que se disponía el cadalso de las ejecuciones, que no fueron pocas durante el tiempo que permanecí allí. Aparte de eso, era casi imposible salir de los cuartos y nunca en grupos mayores de dos. Las habitaciones eran el paraíso de la podredumbre, cucarachas y otros insectos compartían nuestros camastros. La comida era escasa, se podía dar dinero a algún guardia para que trajera comida de la ciudad; era práctica habitual, incluso algunos vendedores voceaban sus ofertas a través de las ventanas, con el riesgo de acabar metidos dentro. La mayoría comíamos un rancho militar escaso. Decían que Lincoln, recién reelegido, había aprobado una ley para que a los prisioneros se les redujera la ración a la mitad; carestías de guerra. No sé si era cierto, si esa era la causa o se trataba de una venganza por lo que los nuestros hacían con los prisioneros federales en el campo de Andersonville...

—Señor Aguirre...

—Es verdad, disculpen. Vuelvo a divagar. El caso es que teníamos hambre. Pero ni la hambruna, ni la suciedad e inmundicia reinante, ni los barrotes en las ventanas, ni la guerra perdiéndose eran lo peor de esa prisión. Lo más lamentable eran sus normas, un reglamento no escrito que pasaba de veteranos a bisoños, y cuyo incumplimiento suponía castigos muy severos, incluso el más severo. No podíamos cantar canciones del Sur, yo y mi amigo Bunny Bob, del que ya tendré tiempo de hablar más adelante, pagamos en nuestras costillas por eso. No podíamos hablar con otros prisioneros sin permiso fuera de nuestras celdas. Estábamos en medio de la capital, en la misma avenida Pennsylvania y no podíamos comunicarnos con el exterior, hacer señas, saludar y mucho menos hablar con ningún viandante. Aquello trajo muchos problemas. Los soldados andaban por la calle de guardia, y en cuanto alguien intentaba dirigirse a algún recluso, era llevado adentro, y muchos familiares, mujeres y hermanos de prisioneros dieron con sus huesos en Old Capitol por cosas como esa. Hasta hubo ocasiones en que los centinelas dispararon contra alguna ventana cerrada de barrotes por donde asomaba una mano o un pañuelo saludando.

Yo recibí uno de esos disparos... eso viene luego.

»Lo único bueno de Old Capitol, lo único bueno para mí, fue Bunny Bob. Bob era un muchacho de Kentucky, un chico simple y tranquilo, grande como una muralla, con blancos y grandes dientes de conejo y muy guapo. La simetría de sus rasgos, antítesis mía, no concordaba en nada con la asimetría de su mente, porque Bunny Bob era tonto, tonto de capirote. Su cerebro entero valía la mitad que el mío dividido. Dotado de una fisonomía imponente, ese gigante asilvestrado era un bobo, y gozaba de la bondad que la estulticia proporciona. Compartía conmigo el camastro en la dieciséis, y compartió su comida, cuando el comportamiento habitual hacia mí eran puntapiés y malas palabras con solo ver mi media cara. Mi aspecto no parecía importarle, cosas semejantes habría visto en medio de la barbarie rural donde se crio, ni siquiera daba señales de advertirlo como tampoco otorgaba importancia alguna a su tamaño y proporciones. A Bob lo enrolaron en su pueblo, no me pregunten cuál, no lo recuerdo. Me contaba en nuestros largos paseos por el patio que vivía con su abuelo, que un día aparecieron unos soldados por ahí, y que al siguiente ya andaba vestido de gris. Ni siquiera tuvieron que esforzarse para convencerlo: le dieron un fusil y él obedeció.

»Puede que mi forma de hablar, que me causaba algunos problemas con los matones del lugar, hizo que me considerara como un hermano suyo. Bunny Bob me salvó de una paliza que diez hijos de Satanás querían propinarme por diversión, y siendo ambos muy fuertes (sí, lo que perdí de cerebro lo gané en vigor), nos convertimos en una pareja de solitarios respetados y temidos por todos. Caminábamos por el patio, Bunny contándome sus estúpidas historias sobre ganado y coyotes que yo escuchaba feliz. Era mi amigo, me aseguró que cuando saliéramos, los dos iríamos a la granja de su abuelo, los dos a vivir tranquilos en el campo.

»—Es el lugar más bonito del mundo, Ray —decía—. De niño cabalgaba hasta la puesta del sol, corriendo tras las nubes, qué tonto era. —Y se echaba a reír mientras me prometía que cabalgaría junto a él.

»Cuatro meses después de mi ingreso llegaron a Old Capitol noticias de que Abraham Lincoln había muerto tiroteado en el teatro Ford a manos de John Wilkes Booth, solo cinco días después de que el general Robert E. Lee se rindiera en Apomattox. Booth, un actor, lo asesinó en el palco desde donde presenciaba Nuestro primo americano, una comedieta que solo ha pasado a la historia por ser marco y fondo de tan importante momento histórico. Junto al presidente estaban su señora, el mayor Rathbone y la novia de este. Ninguno de los presentes en ese palco pudo hacer nada cuando Booth surgió tras ellos. Un disparo en la cabeza presidencial, un saltó al escenario partiéndose una pierna en la hazaña según algunos, una afectada reverencia y, emulando a Bruto, citó el lema de Virginia: *sic semper tiranis*. Luego huyó tras el proscenio.

»Bob y yo vitoreamos contentos, Bobby imitando mi reacción, y recibimos una reprimenda por ello de un oficial confederado: «Monstruo, somos soldados, no criminales». Y es que no sentó tan bien el magnicidio entre la oficialía del Sur allí reclusa como cabría esperar. Por la época de la muerte del presidente deberíamos ser en torno a los ochocientos rebeldes en Old Capitol, con presencia de todos los rangos del escalafón, y apenas recuerdo alguna expresión de alegría entre los oficiales. La mayoría consideró el hecho, o al menos eso dijo, como un acto cobarde y sin ningún beneficio para nadie, aunque hubo entre los rangos menores quien rezongó: «ese malnacido se llevó lo que se merecía», al comprobar las raciones mermadas de nuestro rancho.

»Llegó pronto el rumor de la captura de los asesinos. Recuerdo que por esa época mandaron a un sargento y dos soldados a escoltar a un par de prisioneros desde el cuartel del *marshall* hasta el Carroll; todo el mundo, toda la ciudad pensó que se trataban de Booth y algún cómplice. Hubo un motín. Primero empezaron a aglomerarse gente en torno de la escolta y sus reos, la muchedumbre poco a poco comenzó a ponerse nerviosa, a arrojar piedras y a pedir una soga; qué afición esta por las cuerdas que tienen mis paisanos. Acabó produciéndose un ataque y un intento de asalto sobre el Carroll. La escolta llegó a duras penas a las puertas, donde los guardias prepararon sus rifles apuntando al gentío, en cualquier momento podían disparar, asustados por la multitud que no paraba de tirar piedras contra los cristales de la cárcel. Por suerte para todos, obraron como profesionales, calaron bayoneta y repelieron a los agresores causando solo alguna herida.

»Ambos detenidos no tenían nada que ver con Booth, aunque durante las siguientes semanas sí que aparecieron por Old Capitol los conspiradores que ayudaron a asesinar al presidente. Fueron muchos los que ingresaron allí, y los que allí acabaron balanceándose del extremo de una gruesa soga. Recuerdo a Junius Brutus Booth, el hermano del asesino, al actor John S. Clarke, al señor Ford de Baltimore, dueño del teatro, al doctor Mudd, quien restañó la pierna rota del asesino mientras huía y luego se arrepintió, a Spangler, el carpintero del teatro que preparó los caballos ensillados en la puerta de atrás del Ford para que Booth escapara; alguno más hubo. Todos sin excepción juraban no tener nada que ver con los hechos, ni siquiera ante los aplausos de algunos de los rebeldes, como yo. Cuando algún tiempo después Junius Booth supo de la muerte de su hermano, le oímos decir: «pobre chico descarriado...».

»De entre todos, el más singular y el único importante para nuestra historia fue el «doctor indio». Llegó el diez de mayo, ya venía la primavera, justo el día en que los confederados se rindieron formalmente en Tallahassee. Era un canadiense según tengo entendido, Frank Towsend, o algo semejante se llamaba por entonces.

—Francis Tumblety —dice Lento.

—Veo que sabe de quién hablo. Creo que entonces no empleaba ese nombre. Estaba en algún punto involucrado en el complot contra Lincoln, aunque otros aseguraban que él era ese médico criminal, doctor Blakbourn, ese agente secreto confederado que trató de inocular la fiebre amarilla en la población yanqui. A mí me parece que el sinvergüenza había utilizado tantos nombres en su vida, tantos embozos para ocultarse de estado en estado y de país en país, que terminó por escoger mal nombre, y ese error lo llevó a ser confundido por quien no era y a dar con sus huesos en Old Capitol.

»Lo cierto es que Tumblety tenía algo especial, ese don que convierte a sus propietarios en el centro de atención estén donde estén, una fiesta, un funeral, un tribunal o el patio de una prisión. Por allí se paseaba, con su imponente altura y su no menos espectacular mostacho, espeso, negro, muy largo y curvado en los extremos al uso de la época, con un gabán militar de vaya usted a saber qué ejército, sus zancadas propias de trancos de jamelgo y su verbosidad irredenta. Aseguraba ser inocente, cómo no, y alardeaba no solo de ser un admirador y defensor de la política de Lincoln, sino de ser amigo personal tanto de él como de Grant, del que fue médico, uno más entre una decena de generales y otras personalidades que fueron pacientes suyos. Era en ese momento, según sus palabras, cirujano en el ejército del Potomac a las órdenes del general McClellan, y afamado conocedor de la medicina sioux. Como doctor indio se había hecho nombre en varias ciudades, bueno y malo según quien te hablara de él. Los tónicos y brebajes del doctor Tumblety curaban fiebres, hacían desaparecer los granos, deshacían la preñez y curaban lo divino y lo humano gracias a la sabiduría del piel roja del que había aprendido en su mocedad.

»Ya sé, ustedes son hombres cultos y de ciencia y piensan que este no era más que otro embaucador de poca monta, que aprovechaba la ignorancia del vulgo, y muchos delitos que lo perseguían avalan esa opinión, que no solo por lo de Lincoln pagó o estuvo a punto de pagar condena. Imaginan que semejante estafador no podría engañar a nadie, al menos a nadie sobrio. Se equivocan, no han visto sus ojos, esos ojos de pasión y fuego, que aterraban y al tiempo fascinaban. Todos buscaban su compañía, desde Bunny Bob hasta los más suspicaces de entre los que allí vivíamos. La mayoría creía sus embustes, y los que no, aunque suponían no sin razón que más de un cadáver de pobre muchacha encinta pesaba sobre su conciencia, cualidad esta que Dios nuestro Señor olvidó imbuirle, lo tenían por poco más que un charlatán divertido con un feo pasado a su espalda. Peores faltas atesorábamos muchos por allí, que los había violadores y asesinos, homicidas de compañeros como yo, ¿qué importaba si Tumblety vendía agua con azúcar diciendo que era la cura de todo mal, o si aseguraba ser amigo del maharajá de Kapurtala? Timador era, no digo yo que no, pero no «de poca monta»; era algo más. La diferencia entre un timador y Tumblety estaba en lo que yo vi y ellos no.

»Creo haber mencionado que recibí un disparo de un guardia con exceso de celo, eso fue once días tras el ingreso de Tumblety en Old Capitol. Yo miraba por la ventana del dieciséis, como siempre, huyendo del panorama aburrido y desalentador. Contemplaba las gentes paseando ante el Capitolio a primera hora de la mañana cuando un compañero, Dickens, como el autor, saludó a su hermana, que había viajado desde Maine en su busca. A Dickens le habían encontrado correspondencia sediciosa, que según él no era más que unas advertencias hacia otro hermano suyo, atolondrado y dado a los alardes. En fin, un yanqui aburrido que vigilaba el perímetro no dio el aviso, se limitó a disparar, la bala dio contra un barrote, rebotó y se acomodó en mi costado.

»Me llevaron a la clínica adosada al edificio principal, tras el dispensario. Estaba en un segundo piso al que se accedía directamente por una escalera desde el patio trasero, el de las cocinas. Cuando iba hacia allí, cargado en volandas entre Dickens y dos yanquis, alarmados por lo aparatoso de mi herida, escuché un estruendo de maderas y gritos. Ya en el patio vi el destrozo que había ocurrido. El cadalso, que estaba presto a ser usado la madrugada siguiente por cinco infelices, se había desplomado. Luego me enteré que era otro de los vandalismos propios de los hombres del Mosby, rebeldes hasta la muerte, hasta la víspera de la muerte en su caso. La desgracia fue que la caída había pillado a dos hombres: un vigilante y a mi camarada, Bunny Bob. Vi el pelo trigueño del bueno de Bob empapado en sangre y lloré, yo y mi único amigo muertos el mismo día. No morí, me dejaron en la enfermería reposando la herida limpia que había dejado la bala al entrar y salir. Bob no fue tan afortunado, una viga le había aplastado las piernas y golpeado en la sesera, dejándolo a dos pasos del hoyo. Respiraba pesado, en la cama contigua a la mía, con la cabeza llena de vendas rojas, sin piernas, que habían sido amputadas en el acto y sin contemplaciones, y con el brazo entablillado. Si despertaba, querría morir. El chico con quien toda sureña tendría sueños prohibidos, convertido en un monstruo como yo. Así le pagaba el destino el apiadarse de mí.

«Despertó a la mañana siguiente, gimiendo.

»—Ay —se quejaba—, ay que me duele, no veo —decía continuamente. Yo trataba de calmarlo, maldiciendo el dolor que no me permitía acercarme a él tanto como mi renqueante habla.

»—Tranquilo Bu... Bunny Bob —trataba de decirle—. Amigo. Est... tamos mejor aquí... la c... la c... la comida es me... mejor. Lee se... se... se ha rendido. Noss... sssoltarán a todos. Iremos de j... dej... de jornaleros tú y yo c... con tú ab... Bu... Bunny Bob, gannn... naremos mucho d... d... dinero y lo g... g... gastaremos en mu... en mmmujeres. —Buen jornalero iba a ser sin dos piernas. A todo eso él respondía con un suspiro intenso de su pecho de acero.

»A1 mediodía, el cirujano me dijo que Bob no sobreviviría a la noche, y

consideró que era lo mejor que le podía pasar. Lloré, como no había llorado por Drummon balanceándose frente a nuestra cabaña, ni por mi cara perdida, ni ante la pira furtiva y funeraria de mi madre, ni por los compañeros que asesiné por mi mezquina cobardía.

»Por la noche llegó Tumblety. Estábamos Bob y yo solos dormitando en la enfermería y entró con el médico, que le decía:

»—Amigo, el muchacho está muerto. Perdió mucha sangre...

»—Cosa a lo que contribuyeron con esas amputaciones... estimado colega —respondió Tumblety—, no debiera menospreciar las propiedades de ciertos preparados o mixturas vegetales. Los pieles rojas las emplean desde hace muchos años, ¿ha observado la buena salud que conservan hasta tan avanzada edad?

»—No suelo fijarme en los indios, pero dudo que sus ungüentos hagan crecer un par de piernas.

»—En absoluto —repuso Tumblety—, pero puedo quitar la fiebre a este muchacho, y hacerle vivir aunque lisiado. ¿Imagina las vidas que mis conocimientos pueden salvar en el campo de batalla?

»—Haga lo que pueda, o lo que quiera, ya está desahuciado. —Y se fue, dejando que el médico indio intentara hacer su magia sobre Bunny Bob.

»Yo mantuve mi ojo medio cerrado, viendo la imagen que iluminaba un pequeño candil. Tumblety me miró, me examinó de cerca y me juzgó inconsciente o medio muerto. Después, el doctor indio decidió derramar su saber sobre el amputado cuerpo de mi amigo, su verdadero saber. Apartó la ropa de cama dejando ver el medio cuerpo sudoroso y desnudo de Bob. El muchacho murmuró algo y Tumblety lo apaciguo con un susurro.

»—Papaíto ha venido a curarte, hijo. —Sus manos empezaron a recorrerle el pecho, pero no había allí la asepsia o el interés de un médico. Ese contacto, con la mano abierta y ansiosa, como si quisieran atrapar todo el sudor que perlaba el tórax de Bob, tenía algo feo y lúbrico que se agarró a mi corazón y aún no me ha soltado en todos estos años. Sus manos llegaron hasta la cabeza ensangrentada y metió con fuerza los dedos por su boca—. Papaíto está para cuidar de ti.

»Empezó a morder los pezones de Bobby. Yo no podía decir nada. Estaba malherido y puede que no fuera capaz de levantarme y luchar con ese canadiense, pero podía gritar, debía haber gritado. En cualquier otro momento, con cualquier otra persona que no fuera Tumblety, habría gritado.

»No lo hice.

»Tenía miedo, mucho. El terror me paralizó. Vi en los movimientos procaces y siniestros de Tumblety el monstruo que escondía. El doctor indio me daba miedo, más allá de los actos de horrenda depravación que estaba viendo, y soy un chico de campo que ha pasado una guerra, he visto de todo en cuanto a indignidades se refiere.

»No hice nada.

»Arrancó las vendas de los muñones con el entusiasmo del malnacido de Lincoln rompiendo las cadenas de sus negros, frotó su cara contra ellos, los mordió, quería devorarlos. Bobby no gritaba, gemía entre el dolor y el delirio mientras el monstruo acariciaba sus partes pudendas. Apretaba los restos de las amputaciones ensangrentadas y cogió el miembro del pobre Bobby... caballeros, me perdonarán que sea tan explicito pero los hechos lo requieren. El «beso francés», ya saben.

»Los sollozos de mi amigo cobraron sentido: me llamó. Tumblety se incorporó babeando y me miró con sus ojos de muerte, ojos sin un ápice de alma en ellos. Y volví a asesinar a un amigo. Me callé, fingí dormir, dejé que Tumblety volviera su iracunda atención a su presa, le dio media vuelta y sodomizó el medio cuerpo del pobre Bunny Bob mientras apretaba su cabeza vendada contra la almohada. Lo violó y lo mató.

Los visitantes están sudando. Alto se retira el bombín y pasa un pañuelo por la frente amplia y empapada. El calor de la habitación parece haber cobrado vida, se ha enfadado y crecido a medida que la historia de Aguirre progresa. Los ruidos del enfermo, sus lamentos, quedaron solos, señores de aquel nicho, hasta que el propio Aguirre vuelve a hablar.

Si pudiera llorar lo haría. Antes les dije que mis actos posteriores purgaron mis primeros años de pecados, no estoy tan seguro, no de esta última falta, no de dejar morir así a Bobby...

—Creo... —dice Lento—, el médico dijo que Bunny Bob va a morir esa noche, y deliraba... tal vez no dio cuenta...

Le agradezco ese gesto de misericordia, caballero, pero Bob se dio cuenta de todo, y pidió auxilio, y yo me quedé allí paralizado, fingiendo dormir y dando gracias por primera vez de mi monstruosidad que alejaba a ese demonio de mí. He pasado años añadiendo justificaciones; estaba herido, débil, delirando... —Ninguno de los dos visitantes dice nada. Dejan que el silencio y el calor hablen por ellos—. Nada... nada que decir, ¿cierto, señores? Esperaban... un relato de miedo, como los de los seriales baratos, entre espesas brumas... espesas brumas, silbatos de policía y luces de gas, y se encuentran con el horror crudo, el verdadero... Mons... Monstruo; no mis rasgos deformes, sino las crueldades que el hombre hace al hombre. Ya saben dónde empezó todo el horror, allí... allí, en el hospital de Old Capitol, el veinticinco de mayo de mil ochocientos sesenta y cinco...

—Espere —dice el Alto—, aún no entiendo qué relación hay...

Las puertas se abren y entra el hombre de la bata blanca.

—Ya es suficiente, se acabó el tiempo.

—Vaya, mi severo cuidador —dice Aguirre—. Más... más que enfermero para los achaques de mi vejez essss... es un carcelero cruel, ¿verdad, amigo? No más cruel que

otros muchos que han cerrado mis celdas... habrá... que resignarse... Vengan mañana y... les contaré todo sobre... el Ajedrecista... —Poco a poco su voz va perdiendo volumen, hasta que cesa, con la caída de su cabeza lisa sobre el pecho. Los visitantes abandonan la habitación en compañía del hombre de la bata blanca. Fuera, el aspecto del pasillo oscuro y sucio de techo abovedado es tan sórdido como el cuarto donde Raimundo Aguirre se ve recluido. El cuidador mira por los cristales las soledades de su paciente.

—Qué, ¿satisfechos? —dice—. Supongo que no les ha defraudado.

—Más que satisfecho —ríe Alto—. Algo sorprendente. Con lo que ha contado ahí, deprisa y corriendo, podría escribir diez libros.

—Puede —dice Lento—. No el libro que le interesa, de eso no ha contado nada. Deberíamos hablar más con él.

—Ya conocen la tarifa. Si pagan podrán charlar los tres juntos cuanto quieran...

—Sí, ya dejó clara situación...

—Yo no tengo tan claro esta... transacción —dice Alto mientras cuelga sombrero y levita del perchero que hay a la salida del pasillo—. Todo lo que he oído ahí no son más que absurdos sin sentido, o historias delirantes salidas de una...

—Curioso. —Lento se quita la levita también.

Para usted. No le entiendo, parece divertirse con todo esto, y hemos venido a hacer un trabajo, al menos yo. Todas estas invenciones y embustes me hartan.

—Oigan, yo no me invento nada —se apresura a cortar la discusión el hombre de la bata, a quién daremos también un nombre a partir de ahora, por comodidad: «Celador»—. Les dije que estaba aquí y lo que él contaba. No puedo imaginar historias así. Si él miente es otra cosa...

—No es mentira —dice Lento—. Es... exagerar, que... altera los... ocurridos. Es poco confuso en fechas, puede que añada algo para... ¿mejorar... hacer más?

—Aderezar el cuento —lo ayuda su compañero.

—Sí. Pero no miente del todo. Es cierto que Francis Tumblety estuvo en Old Capitol en sesenta y cinco, y que lo involcr... que estaba inv...

—Involucraron.

—Sí, lo involucraron en la muerte de Lincoln. El resto tal vez podamos comprobarlo...

—¿Le cree?

—No sé. Solo verlo ya ha disminuido mucho el... umbral de mi creencia... de mi credulidad. ¿O a usted le parece algo habitual?

—Procuro ser más suspicaz, es parte de mi trabajo. Puede ser todo un truco de este señor y su...

—Oiga, sin faltar. Un servidor se limita a mantenerlo vivo, no sé nada...

—Pues déjenos tocarlo.

—No, es muy delicado, ¿acaso son ustedes médicos, o saben de...?

—No importa —interrumpe Lento la discusión de los otros dos, que ya empezaban a encararse con algo más de hostilidad—. Trataremos de comprobar lo contado. ¿Mañana podemos volver?

—Vengan al caer la tarde. Ya saben, por las obras. Y ya conocen el precio y condiciones. Por supuesto, la necesaria discreción es requisito...

—De acuerdo. Veremos qué nos tiene que contar sobre el Ajedrecista.

____ 2 ____

Non Omnis Moriar

Martes

Imagino las montañas tal y como las describía el amigo Torres. Verde hasta emborrachar los ojos, castaños y hayas meciéndose en paz al arrullo del ábrego, el aire claro, nuevo, los calores del verano tienen que ser amables allá en el Valle de Iguña. Recibió mi carta recién fallecido su primogénito, y no sé a qué milagro postal he de agradecer el hecho de que llegara a ese pueblecito de Portolín, donde por entonces había fijado residencia con su esposa. Poco interés debía de tener en su estado por las noticias que le llegaran de alguien que apenas conoció diez años atrás cuando, conseguida ya su licenciatura en ingeniería, decidió recorrer Europa e impregnarse allí del ambiente artístico y de todo el saber que en aquella época de inocencia se prometía tan dichoso.

Imagino que andaría no lejos de su casa, sosegado en la frescura del atardecer de agosto, restañando con serenidad su pérdida, en la medida que es posible sanar dolor tan grande, mientras observaba cómo su mujer descendía por el pequeño teleférico de madera desde el cercano prado de Venenales, crujiendo al paso lento de un par de vacas que tiraban de los cables. En la mano, abandonada pero aún sin tirar, seguro que llevaba mi carta, prorrogada por la nota de un diligente miembro de la legación española en Londres.

Querido señor Torres:

Le escribo la que acompaña a la presente al dictado de este buen señor, Raimundo Aguirre, que siendo poco instruido me ha rogado que le hiciese el favor en virtud del conocimiento mutuo y, quiero creer también, de la amistad que a ambos nos une y a mí me honra. Vi al hombre apurado, asegurando que se trataba de un asunto muy importante que le atañe a usted. Accedí a esta petición por el buen recuerdo que dejó aquí su visita hace años y porque dio muestras de conocerle; si al final resulta en algún bien para usted, como afirma Aguirre, me sentiré más que complacido.

Aun así, le advierto que el tal Aguirre parece un truhán de muy baja estofa, y andaría yo con cien ojos si tuviera que tratar con él. Si me atrevo a seguirle la corriente ha sido por caridad cristiana, pues parecía urgirle mucho el mandarle estas letras, la misma compasión que intuyo le movió a usted para frecuentar su compañía. Si soy engañado por mi buena fe, sea, no quisiera pecar de impiedad por

exceso de suspicacia. Desde luego, tampoco querría que usted, un caballero de tanta valía como demostró en su pasada estancia y un compatriota por demás, se viera perjudicado por algo en lo que mi mano, aún inocente, hubiera tomado parte. Así que le digo: ande con pies de plomo, señor Torres, que una mirada a la espalda ha salvado más de una reputación y hasta alguna vida.

Debido a que desconozco su dirección actual, enviaré la carta a Madrid, a la residencia de sus padres. Si no viviera en esa ciudad, seguro que se la harán llegar allá donde resida ahora.

Nada más y espero que todo sea para bien. Me despido esperando verle pronto por esta ciudad, a la que siempre estarán invitados usted y los suyos, y que se ennoblecerá por la presencia de un caballero español de tan altas virtudes. Por supuesto, le proporcionaremos acomodo a su gusto en cuanto nos haga saber las fechas en que disponga venir, como en su pasada visita.

Un saludo cordial.

Don Ángel Ribadavia
Secretario de Primera Clase
Embajada española en Londres, Reino Unido

Este tan laudatorio señor Ribadavia no era en realidad un gran amigo de Torres. Ambos se conocían por esa brevísima visita que hizo a Londres diez años atrás, donde acudió al joven diplomático recomendado a través de su padre, quien tenía cierta amistad con la familia de Ribadavia, para buscar ayuda al manejarse en aquel país, del que desconocía hasta su lengua. Entonces era un joven agregado recién asignado a la embajada, emprendedor, con iniciativa e impaciente por agradar. En diez años había alcanzado un importante puesto tanto en la legación española como en la sociedad londinense. Luego resultó un hombre cabal, un tanto singular, y de gran ayuda para Torres... No se apuren, vuelvo a la historia.

A esta carta le seguía la mía, del puño y letra de don Ángel.

Londres, a 3 de abril de 1888

Estimado señor:

Espero que se encuentre bien, y que goce de buena salud y fortuna. Disculpe el atrevimiento al dirigirme a usted así, tras tantos años, la urgencia del motivo que me mueve a escribirle lo justifica.

Vamos al asunto. Aspiro, pese a lo insignificante de mi persona, a que me recuerde de su pasada visita a esta isla. Yo no olvido las muchas gentilezas que tuvo para conmigo. Fue amable en extremo y se portó como el caballero que seguro es. Es por esto que su nombre ha sido el primero que ha venido a mi memoria en cuanto me

he visto obligado a tratar el asunto que a continuación le expongo.

Obra en mi poder ese objeto que fue el catalizador de nuestro pasado encuentro. Le adjunto con esta misiva parte de él, que usted bien reconocerá, para que sirva de garantía de lo que le digo. Disculpe que no sea más explícito, pero apelo a su claridad de mente que hace innecesario más detalles, y a su buen juicio, que le hará entender la discreción que es preciso llevar en todo asunto referente a un objeto tan valioso y codiciado como el que nos ocupa.

Valoro mucho esta pieza, sobre todo tras escuchar las explicaciones al respecto que dio aquel oficial amigo de usted, pero lamentablemente y como en mí es habitual, no gozo en la actualidad de una situación desahogada y me veo a mi pesar obligado a desprenderme de ella. Muchos me han hecho ofertas, pero me resisto a vender algo así a una persona de menos merecimiento, a algún mercader que poco sabría del valor y la importancia del artículo en cuestión. Por eso me atrevo a dirigirme a usted, ofreciéndole yo la pieza en perfecto funcionamiento por la cantidad de cincuenta libras. Sé que es un precio mucho menor de su valor real, la urgencia de mis necesidades me impulsan a esta mengua en la tasa.

Si desea la compra debiera venir usted a Londres por él, pues me es imposible desplazarme, y menos con el objeto, hasta España. Apresúrese; mi situación es desesperada y mucho me temo que tenga que malvenderlo a un anticuario o feriante de poco gusto. Así, también es preciso que disponga de la cifra en metálico en el momento de la transacción, que efectuaremos en cuanto usted desee. De momento me alojo en la Pensión Comunal de Crossingham, en el 35 de Dorset Street, Spitalfields, Londres. En caso de verme obligado a cambiar mi residencia, dejaría la nueva al encargado.

Un saludo, y espero sinceramente verle a no mucho tardar. Solo usted tiene los conocimientos y el paladar para apreciar semejante obra.

Se despide, siempre suyo:

Raimundo T. Aguirre

Pensativo, extraería del bolsillo de su chaqueta el objeto que yo había mandado junto con la carta: la cazoleta de una pipa vieja y sin tiro, la prueba de que no mentía y de mi sincera intención de vender el hallazgo al único hombre que fue amable conmigo desde el desdichado Bunny Bob.

Luz, su mujer, no pudo tardar mucho en llegar al final del pequeño trayecto aéreo de doscientas yardas, donde unos hombres le ayudarían a descender de la silla, esos mismos lugareños que sonreían y se maravillaban del artefacto de ese extraño señor, alto y amable, que «no trabajaba en nada». Triste y serena debía ir mientras se acercaba, dando las gracias a los que le tendían una mano, tomaría en brazos a su alborozado hijo... no recuerdo su nombre, si es que andaba allí retozando, e iría

pronto hacia su marido.

—Es muy cómodo —diría desde la distancia mientras se acercaba—, y no lo parecía.

—¿Te has mareado?

—Nada. Es agradable ver todo pasar tan abajo. El camino de Silió parecía tan estrechito... ¿a qué altura pasa?

—Ciento treinta y cinco pies... —Vaya, mejor dejaré las medidas británicas que, al menos a uno de ustedes, no le serán muy familiares. Es un sistema antipático, pero tiene cierto sabor antiguo... en fin utilizaré el más racional sistema métrico a partir de ahora, haciendo homenaje a mi amigo Torres, de alguna manera.

Retomando la situación, Torres respondería a su señora algo como:

—Unos cuarenta metros.

—Parecieron más. Con este aire tan rico se le quita a una el vértigo.

—Ves mujer, tanto santiguarse. Es más seguro que un coche.

—Ya lo sé, si lo has hecho tú, así tenía que ser. —Debían de ir paseando del brazo hacia casa, tranquilos, reconfortándose el uno al otro sin necesidad de hablar del dolor que aún les pesaba—. ¿Crees que este invento tuyo interesará a alguien?

—¿Por qué no? La gente tiene que poder salvar cortes y escarpaduras sin necesidad de dedicarse al alpinismo, ¿no?

En algún momento su mente debió volver a mi carta, que arrugaría en sus manos, gesto en el que Luz tuvo que reparar.

—Sigues pensando en el hombre que te escribió desde Inglaterra. Nunca me hablaste de él.

¿Por qué iba a hablar de mí? A sus veinte años cruzaba Europa, embelesado por la belleza de Italia, bebiendo todo el soberbio arte que vio allí, fascinado por las mentes prodigiosas que encontró en Francia: Henry Poincaré, Appell, Cheng, Maurice d'Ocagne, atrapado por la majestad montañosa en Suiza, quién sabe si imaginando allí sus teleféricos saltando de pico en pico... ¿ante eso qué podía recordar de su fugaz paso por Inglaterra y nuestro esperpéntico encuentro de barraca de feria?

No, nada, hasta que mi carta agitó la profunda imagen que dormía entre tantas otras de aquel viaje. La aventura que junto a mí tuvo allí, aunque fugaz, fue lo más extraño que le había ocurrido nunca, y el preámbulo de lo que vino después.

Yo estaba allí antes que Torres. No les aburriré contando las penurias y vicisitudes de una vida entregada a la barbarie y la depravación, sometida a perpetuas humillaciones y lejana de la luz de Dios; mi mal vivida vida. Tras el final de la guerra seguí rebotando de cárcel en cárcel, de miseria en miseria, años desperdiciados en alcohol o pecados. Crucé al viejo mundo huyendo de... lo que fuere. Seguí envileciendo mi cuerpo y mi espíritu en tierras irlandesas y británicas, hasta terminar

en septiembre de mil ochocientos setenta y ocho como una atracción más en un desfile de monstruos. Un hombre sin cara, que anda como un muerto resucitado, habla con infinita lentitud y piensa aún más despacio no puede encontrar otra ocupación; la mendicidad, el delito o la degradación pública, esas habían sido mis opciones durante los treinta y cuatro años de mi vida, por lo menos en los últimos diez.

Todo lo que la naturaleza me había quitado no menoscababa... de acuerdo, dejémoslo en que me lo quitó mi mala fortuna, o mi estupidez y mi miedo, como gusten; la cuestión es que mis muchas taras me incapacitaban para llevar una vida normal, pero esta merma no afectó en absoluto a mi fortaleza física, que los años de mal trato y trabajo duro habían desarrollado hasta hacer de mí un hombre formidable, al menos en mi mitad izquierda. Esta circunstancia me libró de muchas penurias, pues en el mundo de los fenómenos de ferias la crueldad es moneda de cambio. Mi vigor impidió que sobre mí se ejercieran demasiados abusos, es más, era yo el despiadado y cruel con mis compañeros de deformidad. Así, Pottsdale, el feriante que era el dueño de la exhibición de fenómenos recién instalada en lo más céntrico de Londres a la que mis huesos habían ido a parar, me empleaba, además de para mostrar mi monstruosidad a muchachas gritonas y asustadizas, como el instrumento de autoridad entre mis compañeros indefensos.

El espectáculo de Pottsdale mostraba el lado oscuro del mundo como ninguno en el que haya estado. Allí convivíamos, no en armonía por cierto, las imágenes de la injusticia natural que la sociedad victoriana pudiente alejaba de sus vidas, con la esperanza de que a fuer de ignorarnos, dejáramos de existir. En esa cloaca de finales del Siglo de los Prodigios estábamos los frutos de la locura del mundo, las excreciones purulentas de ese diecinueve surgido del desarrollo industrial rampante mezclado con nostalgias de glorias perdidas. Allí languidecían el horrible Esqueleto Humano y el asombroso Hombre Sapo, la Mujer Serpiente y el voraz Hombre Lobo, las Siamesas y el Hombre más Gordo del Mundo, la Familia Diminuta y yo; hasta contábamos con la reciente incorporación de un domador de osos, con su plantígrado bailarín. Yo, habitual inquilino de palacios del feísmo al estilo del de Pottsdale, nunca vi lugar tan horroroso ni tan inmundo. Vivíamos en celdas, en un callejón cercano a Trafalgar Square, celdas que jamás se limpiaban. Así moraban algunos, pues yo en mi condición de brazo derecho del viejo Potts dormía con él, a los pies de su cama. Ellos, mis compañeros, permanecían el día entero encerrados allí, mientras que yo, junto con algunos como el rugiente Hombre Lobo, Eddie el domador de osos o Tom el enano, que compartían mi suerte como «amigos» de Potts, conservábamos un modo de vida más humano; no, menos animal. Los tres citados de hecho eran compañeros de juergas de nuestro patrón, compinches en alguna que otra fechoría, cuyos botines repartían como buenos camaradas piratas, dejando nada para mí;

bastante era ya el no correr la suerte del resto de los monstruos. No obstante, mi olfato siempre me indicó que parte de los beneficios que sacaban de hurtos, pillajes y otras trapisondas, e incluso un buen pellizco de las ganancias de la exhibición de fenómenos iban a parar a otros bolsillos, pues en Londres el crimen andaba bien organizado, y era preciso lubricar muchas manos para que todos fueran felices en el reino del pecado.

Yo, por el contrario, carecía del intelecto suficiente para servir de algo más que no fuera mozo o sirviente, y a nadie rendía cuentas aparte de a Potts. Mis cometidos se reducían a dar de comer a los monstruos, administrar disciplina cuando era preciso y una vez a la semana entrar en cada cuartucho a tirar un cubo de agua en el suelo y recoger otro con las deposiciones de los inquilinos. El hedor era insoportable y aun así los visitantes no dejaban de acudir a los siete pases de cada tarde y los dos del domingo por la mañana. Claro, que alguien que paga un chelín para poder ver engendros desfigurados no debe ser muy remilgado en cuestión de olores.

Potts recogía en persona el dinero, bien adornado con chaqueta roja y hongo viejo, repeinando siempre sus abultadas patillas, prometiendo con cómico acento francés adornado de toda suerte de ademanes y grandes alardes, que por tan poco dinero iban a contemplar horrores traídos de los confines de la tierra, advirtiendo a las jóvenes excitadas y a los tipos que allí las llevaban como preámbulo de veladas más lúbricas, que si tenían corazones sensibles no entraran, voceando con tonos acartonados de feriante las excelencias de su negocio junto a *Pete*, el oso danzarín de Eddie, que pese a su considerable tamaño era capaz de bailar una agitada polca a los sones, dulces y estridentes a un tiempo, de la concertina de su amo; jamás vi animal mejor adiestrado.

Cuando Potts no podía ejercer de maestro de ceremonias lo hacía su mujer, Eliza, un ser gordo que en nada debería envidiar a nuestro George, el fenómeno de cuatrocientas libras que apenas podía respirar y se veía confinado de por vida en su celda, incapaz de salir de ella. Eso sí, ella era mucho más desagradable, dotada con una avidez insaciable por la cerveza y los bolsillos ajenos. Si era la señora de Potts la que abría las cortinas donde figuraba en sucias letras rojas: *L'exhibition de Phénoménes et d'Horreurs de tout le monde du monsieur Pott*, colgaduras que guardaban a Londres de contemplar el horrendo callejón, seguro que en ese pase se tendrían escasas ganancias. La desagradable fetidez de Eliza quitaba las ganas de ver a otro monstruo. Fuera quien fuese el recaudador, una vez recogidas las monedas, franqueaban el paso al callejón, y el público pasaba uno a uno por las celdas viejas donde cada cual hacíamos nuestro número. Éramos artistas como decía Burney, el Hombre Esqueleto, mientras se moría poco a poco.

Un arte incomprendido por el resto del mundo civilizado, si me permiten este cinismo. En una ocasión a punto estuvieron de cerrar el negocio, con la consecuente

ruina de Pottsdale y la muerte segura de muchos de los «actores» de la farsa, que aunque obscena, triste e indigna de todo cristiano, era la única existencia que podíamos conseguir. Algunas buenas gentes se quejaron de que este era un espectáculo que ofendía a Dios nuestro Señor, más aún cuando se ofrecían pases en domingo. No creo que ninguno de nosotros faltáramos al Señor, más le llamaríamos a las lágrimas que a la ira, si como pienso el creador es antes piadoso que justiciero, o así me gusta a mí verlo, que cargo con tantos pecados.

Llegaron a presentarse policías dispuestos a cerrar tan bochornoso espectáculo, pero pocas leyes hay que guarden por los menos favorecidos y así, con suspender las sesiones del domingo, y despistar unas coronas aquí y allá entre los agentes, Potts siguió con su negocio. Poco después de que la policía de la City hiciera el amago de cierre y acabara con los pases de fin de semana, un tipo elegante, un médico o un científico dijo que era, apareció por el callejón. La visión de negocio de mi patrón le llevó a pensar que si nos habían quitado las jornadas de domingo, debíamos recuperar las pérdidas añadiendo matinés todos los días. Llevábamos una semana abriendo a las diez de la mañana, y ese día, poco antes de empezar, nadie se agolpaba en la entrada del callejón esperando que Potts saliera a pregonar las excelencias de su espectáculo. Londres estaba de luto. Dos días antes, el *Princess Alice*, el más popular de los vapores de recreo que hendían el Támesis, tuvo un mal encuentro con un buque carbonero cinco veces mayor que él en ruta a Newcastel. *El Princess Alice* se hundió en menos de cuatro minutos junto con seiscientos cuarenta pasajeros, doscientos más de los que debiera haber llevado. Desde ese día se estaban recogiendo cadáveres del río. Ante tragedias así, ni al más seco de los corazones le apetece ver monstruos.

Apareció no obstante ese caballero trajeado aguardando que las cortinas negras se descorrieran. Quería un pase privado. Era una circunstancia insólita, yo no recuerdo que Potts organizara funciones de esa índole, pero este señor pagó su buen dinero para que él y su sobrina, una joven muy hermosa y de aspecto delicado, pudieran contemplarnos. Dijo que se trataba de satisfacer cierta curiosidad académica.

—Mi sobrina, pese a su condición de mujer y su juventud, tiene algunas inquietudes científicas que a mí me gusta aliviar.

—Esa condición de que habláis salta a la vista —se relamió Potts con el sombrero roñoso en la mano y su falso y afeminado acento francés, mirando a la blanca niña vestida de encajes e ignorando los gruñidos de Eliza, que ya llevaba borracha desde el alba—, y las inquietudes que quiera aliviar *c'est votre affaire, et de votre petite niéce*. Eso sí, se hará cargo de que esto es un negocio, *mon a mi*, y de que somos muchos los que nos ganamos la vida con él. Si cerrara las puertas, mis pérdidas... *c'est terrible*. —Mentira, no aguardaban muchas más ganancias en la jornada de hoy. El pecador codicioso calló en cuanto el caballero mostró dos libras.

—La gentuza que frecuenta su «negocio» enturbiaría el carácter docente que trato

de dar a esta visita —dijo entregando el dinero—. Por no hablar de que no son compañía deseable para mi sobrina.

La tal sobrina, que no dudo que lo fuera, peores cosas he visto, sonrió con núbil lascivia cuando las grasientas manos de Potts apretaron las monedas. Era una niña hermosa y conocedora de su belleza y de los deseos que removía en los hombres, incluyendo a su tío. No digo que fuera una buscona, pero la santidad tampoco la llamaba. Muchos hombres, incluyendo a Potts, traían aquí a putas para excitarse con ellas y no eran mujeres así, por allí solo veíamos a rameras de lo más tirado, no doncellas que ocultaban tras su castidad los vicios más torcidos. Eddie se enfadó, que aun siendo ahora feriante parecía venir del teatro, de las variedades o del circo, y le disgustaban estas exhibiciones grotescas. Mal enfado ese, porque poca cosa más que lo grotesco se mostraba allí. El dinero es el dinero, Potts era quien mandaba; empezó a golpear el suelo con su bastón, llamándonos a escena.

La exhibición empezó como de costumbre, por las celdas de la derecha hasta dar toda la vuelta al callejón.

—Bien, *nous commençons le notre* paseo a través de *les cruels caprices de la nature* por una de las criaturas *plus incroyables du monde*: aquí tenemos a *L'homme Araignée*, el Hombre Araña de Bengala, capaz de... —No, nada tan exótico como la India. Era Burney y había nacido en Manchester. El número del Hombre Esqueleto, el ser más delgado del mundo, capaz de pasar a través de collares de perros y de cinturones de delgadas bailarinas aburría. La gente prefería horrores peores, más sórdidos, y parece que un pobre infeliz al que se le prohibía comer seis de los siete días de la semana no era lo bastante espantoso. El mundo prefiere monstruos de verdad, así que a Potts, cuyo cerebro era una fuente continua de aberraciones, se le ocurrió hacerle andar a cuatro patas, retorcerse como un contorsionista, para lo que tenía cierto talento, y maquillarlo con hollines y cal. Ahí lo tenía: un espantoso y delgado ser arácnido.

Después la familia de enanos, Tom y Edna, con su pantomima trasnochada de disputa doméstica, incluyendo al pequeño *Tomy*, un monito con pañales que hacía las funciones de niño, feo y cómico. Donde *Pete* ha sido el animal más portentoso que jamás vi, *Tomy* es el más desagradable y malsano; extremos hay entre las bestias como en el hombre. No perdió mucho tiempo el caballero y su sensual sobrina en las aburridas bobadas de esa triste pareja, que no tenían gracia ni el día de su debut, menos entonces que ya llevaban repitiendo los chistes más de cinco años. Pasaron rápido al siguiente, a Irving, un anormal que padecía exceso de hirsutismo y un brillo malsano en su alma que le llevaba a cometer los peores actos, hazañas que avergonzarían al mismo Satanás y de las que se servía bien Potts. El Hombre Lobo apareció medio desnudo, gritando y golpeando contra los barrotes con sus colmillos de jabalí falsos asomando por la boca. La sobrina se pegó a su tío, y él acarició los

rizos rojizos de la niña. Pottsdale sonreía y babeaba viendo la mirada brillante de la chiquilla con alma de puta.

En la celda vecina de Irving estaba Lawrence, el Hombre Sapo, mi billete a la salvación. Lawrence nació con sus cuatro extremidades atrofiadas, poco más grandes que las aletas de un pez, y una cabeza desproporcionada, afectada de una hidrocefalia lenta y cruel que acabaría matándolo. En mi cerebro roto ronroneaba el continuo resquemor de la culpa: la muerte de Bunny Bob, supongo. Así que mantenía un ojo siempre fijo en el más débil de nuestro circo, pensando que eso me redimía por dejar que el Monstruo mancillara y matara a Bob. No mostraba amabilidad ni caridad alguna hacia él, no era capaz de sentir algo así por nadie y menos expresarlo, me limitaba a procurar que comiera todos los días, a limpiarlo y a que ninguno de los sádicos con los que convivía, Potts o Irving por ser más concreto, desahogaran su crueldad u otros instintos aún más infames sobre él.

Potts había ideado para él un teatrillo, un lienzo coloreado con dibujos tropicales en el que podía atársele y colocarlo vertical, permitiéndole mover sus pequeñas aletas y parecer así un sapo, o cualquier otra cosa que sugiriera la venenosa lengua de nuestro amo y maestro de ceremonias, que los oídos de los curiosos, una vez espantados, pueden creer las fantasías más descabezadas.

—¿Es hombre o mujer? —preguntó la sobrinita.

—¿Ve a lo que me refería? —dijo el tío mientras abrazaba a su adorada pupila—. La curiosidad de mi sobrina es asombrosa y un tanto perversa. — Pude ver desde mi jaula, que estaba enfrente a la de Lawrence, cómo el viejo apretaba su mano contra la cadera de la muchacha—. Lo que quiere decir es si las deformidades de ese hombre alcanzan sus órganos genitales.

—*Je comprends* —dijo Potts—. Eso costará *plus*, si las autoridades supieran que permito esta clase de...

Y el caballero pagó un poco más, y Potts abrió mi jaula, y bastón en mano me indicó que entrara en la de Lawrence y lo desnudara. Lo hice, exagerando aún más mi andar para cumplir con mi papel de hombre-monstruo. No vi ningún mal en ello, la humillación era algo con lo que cohabitaba día tras día. No diré que pensara que esa pequeña exhibición no podía añadir más vergüenza al sufrimiento habitual de Lawrence, era consciente de sus padecimientos; es que me eran indiferentes, no veía sentido a lamentarse por ellos, ni los suyos ni el de nadie, todos éramos exhibidos, éramos engendros y ese era nuestro puesto en el orden de las cosas.

Luego, terminada la innoble presentación de Lawrence, llegamos a Amanda, la escultural Mujer Serpiente con sus tatuajes y su lengua hendida asomando.

—¿Puedo tocarla? —dijo la niña, ya muy excitada tras el Hombre Sapo.

—*Núm* —se apresuró Potts como si temiera que metiera la mano entre los barrotes—. *Ma petite*, el simple contacto con la piel de esta *diablesse* es venenoso.

Podríais morir en un segundo, *ce qui serait une perte insupportable*.

—Disculpe señor...

—*Monsieur* Pott.

Bien, al hilo de la pregunta de mi sobrina. ¿Existe alguna relación entre estas criaturas, algún contacto...?

—*Je comprends parfaitement*. —Sí, no era el primer caballero que deseaba contemplar a dos monstruos fornicando en compañía de su protegida, con frecuencia mucho más joven que él. No es que Potts ofreciera este tipo de espectáculos, no se atrevería con el revuelo que las buenas gentes de Londres habían formado en torno a su callejón, pero ni Pottsdale ni yo éramos neófitos en el negocio de las exhibiciones de atrocidades, así que pronto reconocimos que el señor buscaba un tipo especial de excitación. Eddie, que había dejado a su obediente oso dormir y procuraba escapar de este espectáculo degradante, volvió a mostrar su parecer, cuando le pidieron que desalojara y adecentara la habitación del fondo, donde iba a proseguir la función; de nada le sirvió.

Quiso nuestro mecenas que fuéramos Amanda, exótica, repulsiva y misteriosa a la vez, y yo, repulsivo sin más, los que representáramos una farsa grotesca de los primeros padres en el paraíso. Por qué ese sibarita del infierno me eligió a mí, no lo sé, hay abismos a los que es mejor no asomarse. Potts me llevó a un lado y me explicó el negocio.

—Ray vas a joder, ¿cuánto hace que no te alegras ese cuerpo deforme tuyo? —Cierto, como comprenderán mi aspecto no facilitaba las relaciones con el bello sexo. Mi conocimiento de la carne de Eva se ceñía a las prostitutas de menor escalafón, mucho peores que las mujerzuelas del East End, y muy borrachas. Una mujer tenía que estar en condiciones infrahumanas para querer rozar a alguien como yo. Sí, no espero su compasión, esos tiempos pasaron hace una eternidad y las cicatrices, aunque escuecen y se quejan cuando hace mal tiempo, ya han sanado. Lo cierto es que me costaba fortunas conseguir los favores de una vieja enferma y desdentada, y yo no disponía de fortuna alguna, por lo que la posibilidad de gozar de Amanda, una hembra sensual pese a su lengua bífida, su falta de pelo, sus dientes tallados y sus tatuajes monstruosos era el mayor de los regalos; era una hembra joven. Joven.

Por supuesto, Amanda no estaría tan entusiasmada. No creo que fuera capaz de pensar en nada, no recuerdo haberla oído pronunciar palabra alguna, y en su mente ahogada por el alcohol y la locura no cabía otros pensamientos que los más tórridos, que desahogaba allí donde el ardor de su vientre la atrapara, sin importarle quién mirara. Esa lascivia voraz la aprovechaban, estoy seguro, Potts, Irving y no diría yo que no lo hiciera también el muy casado Tom, pues el cuerpo firme y suave de la Mujer Serpiente, pese a sus tatuajes y su calvicie, o tal vez por ellas mismas, era de lo más apetecible a tenor de lo que estábamos acostumbrados. Todo eso es cierto, tan

cierto como que esos arrebatos que mostraba hasta con los fríos barrotes de su celda, nunca estuvieron dedicados a mí.

—Tranquilo — me explicó Potts manoseándome en un patético remedo de actitud cariñosa—, estará borracha y será muy dulce. Te dejará hacer a tu antojo, una verdadera fiesta para el viejo Ray. —Cierto de nuevo. Amanda, además de ser retrasada, vivía sumergida en ginebra que el mismo Potts destilaba a partir de alcanfor, un veneno que todos tomábamos ahí, y ella con una devoción que rivalizaba la de Eliza. Estaría ebria hasta casi la inconsciencia, lo que no conduce por necesidad al inmediato sometimiento a los pérfidos deseos de un ser embrutecido, no siempre, y nunca si el sujeto soy yo. Sí, supongo que fue una violación, si tomamos una definición estricta de esa palabra, y si dijera que fue la única de mi vida faltaría a la verdad en parte; más de una vez gocé de mujeres que no mantenían el conocimiento completamente y este no es el mayor pecado del que debiera arrepentirme, creo que ya dije que en alguna ocasión falté al quinto.

No pretendo convertir esto en una confesión minuciosa de mis faltas, moriríamos todos antes de terminar y quiero, por el contrario, ahorrarles las nauseas que les provocaría la escena que interpretamos. Procuraré tratar el asunto con la mayor delicadeza.

Una fea función, la más desagradable que imaginen constituye gozo para alguien. Siempre hay espectadores agradecidos y generosos para cualquier monstruosidad. En la inmunda habitación donde dormía Potts al final del callejón, lo hicimos. Tío y sobrina se sentaron frente al camastro poblado por todo un imperio de chinches, donde Amanda se tendía, bebiendo de un frasco de barro el veneno del que ya no podía separarse y preguntándose, supongo, qué pasaba, por qué su carcelero la quería allí y quiénes eran aquel caballero y aquella encantadora niña que la miraban alumbrados por un par de luces y preguntaban cosas como:

—¿Sabe hablar?

—¿Qué come?

—¿Me entiende?

Ambos maravillados por los movimientos fluidos de la borracha, que parecían más hipnóticos bajo la titilante luz de dos candiles. Llegaba mi turno. Ella no necesitaba beber esa botella para estar borracha, se pasaba el día así. Era su forma de desaparecer del callejón. Amanda bebía y fornicaba con todo varón, salvo yo, Potts se iba con putas de cinco peniques, yo daba palizas a las siamesas o evitaba que Irving atormentara a Lawrence; cualquier cosa para no estar allí.

—Que se desnuden —dijo la niña, que en la lóbrega intimidad del cuartucho de Potts se había convertido en una pequeña y sensual tirana. Potts me animó a hacerlo y yo decidí irme, un desafortunado ataque de dignidad, fuera de lugar en mi situación.

—Vamos Ray, muchacho, te daré diez peniques —como a dos de sus putas—, y

tendrás a una mujer de verdad. Es un coñito joven, eso no lo has probado nunca ¿eh Ray, muchacho? No te haces idea cómo es esta cerda, va a dejarte seco...

No, no era ya problema para mí copular con Amanda, de hecho la miraba con mayor deseo por momentos; lo que no quería es que esos dos me vieran sin ropa. Puede que estuviera acostumbrado a que contemplaran mis cicatrices, a las expresiones de asco, a las risas y arcadas, pero siempre vestido, como un ser humano, nadie, excepto la madre de uno, tiene derecho de ver la desnudez de un cristiano.

—Escucha Ray —me golpeó con su sombrero y se puso a hablarme al oído—, no voy a perder este negocio por tus tonterías. ¿Dónde se ha visto?, un deforme como tú con remilgos, a estas alturas. Si no sois vosotros, dejaré que nuestro amigo peludo se la meta por el culo a Lawrence, ¿eso quieres?

No. No podía dejar que le hicieran nada a Lawrence. Si cuidaba de él, mis pecados estarían perdonados. Me quité la ropa y me acerqué a la mujer reptil. Amanda, que respondía con increíble voracidad a cualquier contacto humano, se apartó a la defensiva como una cobra acorralada. No quiso quitarse lo poco que le cubría. Gruñó con su voz rasgada. La golpeé en la cara y Potts la midió con su bastón. Era joven y fuerte, pero la bebida la convertía casi en una inválida bajo nuestros golpes. La niña soltó un gritito excitado y vi cómo su mano volaba hacia la entrepierna de su tío mientras se mordía sus labios pecaminosos. Dediqué de nuevo mi atención a Amanda. La pareja de monstruos, tío y sobrina, no nosotros, explicaban al detalle lo que querían ver, cada giro, cada degradante acto.

—Ves querida —decía el hombre con la voz ahogada mientras hundía su cara contra el pecho plano de su sobrina—. Es la bestia, el hombre carnal y primitivo, Adán fornicando con la serpiente en este paraíso grotesco. Mi amor, ¿ves el acto salvaje que mancha al ser humano desde el primer día?, ¿la representación de la degradación que te ha convertido en una puta? Eres mi puta, ¿verdad?

La niña de ojos sucios sonreía y hacía mohines, mientras yo me lanzaba al violento ultraje de una Amanda medio inconsciente y sangrando por la boca, murmurando algo, como rezando. Vi cómo Potts empezaba a tocarse contemplando a la pareja que devoraba con los ojos nuestras sórdidas y patéticas evoluciones románticas.

No duró mucho, apenas empezó. En un momento, mientras yo obediente a sus órdenes cometía tan atroz pecado y miraba absorto los dibujos en esa piel, la niña se levantó y comenzó a acariciar el cuerpo sucio y tembloroso de la Mujer Serpiente. Yo la aparté de un manotazo. Cogí mi ropa y salí corriendo, atropellando a mi amo y de nuevo a la cría, que cayó protestando con un berrinche infantil. Algo terminó por romperse dentro de mí, algo que hizo que ignorara la consecuencia de mi huida: los golpes de Potts, la tortura sobre Lawrence, el hambre y el tormento desencadenado sobre los dos.

Puedo decirles con conocimiento de causa que el Señor ha puesto luz en el alma de cada uno de los hombres, que el criminal más despiadado encuentra en algún momento la gracia de Dios en su interior, hasta en una criatura descarriada como yo, tonta y criada entre la inmundicia. Muchos actos de mi vida avergonzarían al diablo mismo, pero fue esta última degradación pública la que me sacudió las entrañas y me hizo llorar, y preguntarme qué más me quedaba por hacer.

Quedé en el callejón vigilado solo por la mirada vacía del oso *Pete*. Mientras Eliza abría ya para el público en general, yo pensaba en mi vida, tanto como entonces era capaz de pensar. Se puede vivir sin ninguna esperanza, sin ilusiones ni sueños, se puede llevar una existencia preocupado solo por lo que beberás esa noche, por cómo sobrevivirás hoy, por lo que robarás, pero eso no es vida. Es cierto que sin ilusión no hay desengaño, y así la existencia se torna plácida como la de los animales, placida y brutal, sin dolor, ni pena, ni alegría, lejos de la gracia de Dios. ¿Acaso es eso vida? Ese día vi el horror de mis actos en aquella violación ausente, ese crimen hecho con total despego, sin el disfrute del criminal, o casi sin él. Cuando no se obtiene placer de los pecados cometidos es señal del final. Así lo entendí, aunque con el tiempo volví a caer a un pozo aún más hondo. Por fortuna la misericordia de Cristo nuestro Señor siempre está a nuestro lado, y si una vez te toca, siempre tendrás acceso a su luz.

Me lamentaba entonces, mientras apretaba el paso para salir del callejón, no solo de lo hecho sino de lo que me quedaba por hacer, condenado a una existencia navegando sin rumbo entre la degradación moral y física, cuando escuché una palabra en español. No sé cuánto hacía que no oía el bonito sonido de nuestro idioma. Esos agradables tonos constituyeron mi artefacto del tiempo. Fui transportado hasta casa, con mi padre riendo y cantando, bailando con su mujer, animado por el alcohol que en los primeros estadios de su adicción lo alegraba más que sumirle en la melancolía asesina de sus postreros años. Navegué a los tiempos en que tuve una cara entera y me quedaba una vida entera, ningún pecado manchaba mi espíritu, ningún odio ni rabia atormentaban mis noches. Ni robos, ni muertes, ni violaciones.

Quien había hablado era un caballero de altura respetable, no le eché más de veinticinco años, de pelo oscuro, mirada franca, y un elegante bigote adornando su rostro sencillo. El joven trataba de hacerse entender en francés, intercalando unas pocas palabras inglesas recién aprendidas sin duda. La altura y presencia del hombre no intimidaba, todo lo contrario, cierta calidez y serenidad acompañaba a sus ademanes, tranquilos pese a encontrarse perdido en ese pozo de iniquidad. Junto a él, Eliza, que había abierto por su cuenta y riesgo, trataba de timarlo. El caballero parecía estar desorientado, miraba sin sobresaltos pero con algo de desconcierto al desolador espectáculo que lo rodeaba e intentaba hacerse entender. Eliza sonreía con sus dientes amarillentos, exigiendo el doble de la tarifa habitual y mirando con avidez

el paño del traje del forastero.

Algo apagado y extinto desde la infancia debió prender en mi cabeza. Rápido, sabiendo que contaba con poco tiempo antes de ser disciplinado por mi deserción, el que empleara Potts en apaciguar a sus clientes enfadados por la espantada, fui a por ellos y lo abordé:

—Dis... dis... señor, ¿p... puedo ayu... ayudarle? —Me hice entender bien en la lengua de mis antepasados, pese a los años sin usarla. Parece que las lesiones en el cerebro que entorpecían mi raciocinio hasta convertir cada pensamiento en un doloroso parto, conservaban mi memoria, o ciertas partes de ella, en excelente estado. El hombre me miró desde su altura, solo desde la física. Aunque la talla moral del caballero superaba la mía, aunque era innegable que mientras yo había crecido alimentado por la ignominia, el espíritu de este hombre se había nutrido de generosidad, bondad y sabiduría, no me despreció con la mirada, en ella solo vi gratitud. Era la primera vez que alguien me daba las gracias, supongo que también era la primera vez que yo hacía algo por alguien.

—Gracias a Dios —dijo—. No imaginaba encontrarme a nadie que hablara español por aquí. Trataba de decir a esta señora que...

—Nnnnadie habla su id... idioma en Lili... Londres.

—El problema de las lenguas, sí... —empezó a divagar—, cuánto avanzaría este mundo si no estuviéramos sumidos en una Babilonia... ¿ha oído hablar del Esperanto?

No entendí nada, ni Eliza, que me miraba con más abulia en su cara de lo habitual, si eso era posible.

—¿D... d.. .de d... dónde es us... ted? —dije yo.

—¡Eh! —gruñó ella.

—Español...

—¿O,— q... qué quiere?

—Sí. Trataba de explicar a esta amable señora que busco el... Spring Gardens, pero creo que me he perdido.

—Mmmme temo... q... q... que así es. —Sí, el callejón de Potts era el polo opuesto al Spring Gardens. El lugar que buscaba Torres, aun estando muy cerca de mi exhibición de atrocidades, distaba tanto de ella como el cielo del infierno. Era una iglesia remozada hacía un siglo por James Cox, un afamado artista e inventor que convirtió la capilla en un museo para sus creaciones. Tres meses atrás ese museo había sido reabierto de nuevo, no sé si bajo la tutela de sus herederos, pero sí con el mismo espíritu que el original; una feria de estilo mucho más edificante que la del señor Pottsdale. Según contaban, por supuesto que yo jamás la había visitado, el lugar era una recopilación de los mayores prodigios científicos y artísticos de la humanidad, los del señor Cox y los de sus discípulos así como obras de todos los genios europeos de varias décadas. Solo un viajero perdido y desconocedor del

idioma podía acabar aquí yendo allí. Me gustaría a mí no equivocar el camino al final de todo, e ir abajo en lugar de arriba, si es que no estoy ya en ese final—. El lugar q... q... q... está m... muy cerca. Veng... venga con... conmigo.

Eché a andar hacia la calle, ligero pese a mi caminar de borracho. Eliza gritó algo: «Cara Podrida me dijo, así solía llamarme, y—: ¿Qué crees que haces?», todo ello aderezado con multitud de lindezas. Yo seguí adelante tirando de la manga del extranjero, que se disculpó con el sombrero ante «la dama» mientras me seguía.

—D... déjela... iba a... ro... robarle.

—Oh... Muchas gracias por su ayuda en ese caso. Es usted muy amable, solo será necesario que me indique.

—Somos... p... p... paisanos. —La sonrisa del español aumentó, sin duda mi acento revelaba más que mis palabras. Me enfadé, no me gustaba que se rieran de mí—. Yo nnnn... nací aquí —mentí—, p... p... pero mis... ab... abuelos eran de Esp... Esp...

—Entonces en efecto, casi somos paisanos.

Salimos del callejón al empedrado húmedo del exterior al tiempo que Potts abandonaba su cuarto bastón en mano para ajustarme las cuentas, después de que la pareja de caprichosos se las ajustara a él, imagino. Londres es frío y desapacible en otoño, y muy concurrido a esas horas del mediodía, todavía algunos muchachos voceaban las ediciones de la mañana con las listas de los muertos del *Princess Alice*, mezcladas junto a las noticias de una nueva aparición de Jack, el demonio que aterraba a las mujeres de Londres desde hacía mucho tiempo. Chismes y horrores reales entremezclados en la prensa eran ojeados por personas despreciables que esperaban entrar en el callejón de Pottsdale, y por buenas gentes que iban de visita a Spring Gardens, o a ocuparse de asuntos comunes, que aunque yo lo ignorase, podían ir más allá de hurtos y tropelías. Mi mundo era feo y así veía a mi ciudad. Nunca me gustó, me parecía sucia y malhumorada, peligrosa; ese era el Londres que yo conocía. Llegué a odiarla aún más diez años después, y con todo, la amé a un tiempo.

—¿Qué le... t... trae p... por aquí, s... señor...? —pregunté.

—Torres. Oiga, no es preciso que me acompañe... —respondió él.

—N... no. —Me detuve—. N... n... necesita ayuda, y... y yo... ¿Algo mmmalo?

Lo miré desafiante, sabedor de lo que turbaba mi media cara. Suponía que asqueado, el tal Torres trataba de zafarse de mi incómoda presencia, como tantos otros. Por Dios, intentar deshacerse de mí, que estaba evitando que le robasen... nada más lejos de la verdad. En la mirada del español no había ni una sombra de desprecio, ni rastro de la repugnancia que pudiera provocarle mi aspecto, tan solo el sincero apuro ante mi arranque de generosidad.

—En absoluto —dijo mientras se protegía del frío entre el cuello de piel de su abrigo—. Le vuelvo a agradecer tanta molestia. ¿Su nombre era?

—Rai... Raimundo. ¿Q… q... qué le trae p... por...?

—Como le dije... oh, se refiere a su país. Llevo varios meses viajando por Europa, conociéndola, disfrutando de su arte y sus paisajes. —Viajado, bien vestido, un diletante rico, no puede evitar que mi instinto de criminal se agudizara.

—Aquí... no hay p... pa... paisajes. Yo p... p... puedo acom... acom... llevarle hasta Ep... Epping Forest, es b... bonito. ¿Art... art... artttista?

—No. Ingeniero.

—Aquí. —Le indiqué la fachada de lo que fue una iglesia sobria, acogedora pero muy seria. Esta austeridad contrataba y magnificaba la fulgente belleza que se escondía en el interior, belleza que en condiciones normales jamás podría haber estado a mi alcance.

La entrada en Spring Gardens era exorbitante, diez chelines y seis peniques que Torres no dudó en pagar, subvencionando así mi acceso al paraíso del genio del hombre. El portero me miró con mala cara, pero Torres abonó con naturalidad la tarifa ignorando los reparos que mi presencia provocaba en los empleados del museo y ambos franqueamos la entrada. Dentro oculté mi rostro desfigurado tras mi máscara de cuero (ya hacía tiempo que no usaba el viejo saco) avergonzado por cómo afeaba mis deformidades tanta hermosura. En todos los años de mi vida no he visto nada tan bello como lo que descubrí allí dentro, con la excepción del angelical rostro de cierta joven. Magníficas pinturas adornaban el techo del que colgaban candelabros de cristal, suntuosos cortinajes escarlata arropaban las paredes hasta el suelo, brillante como un espejo. Un buen número de caballeros distinguidos acompañados de damas envueltas en bonitos azules y alegres verdes se paseaban por las salas, sonrientes, desprendiendo elegancia en los andares y en los gestos. No podía creer que la gentuza chillona y ordinaria que frecuentaba el callejón tuviera algún parentesco taxonómico con estas criaturas hechas de gentileza y buenas maneras.

Todo ese ambiente agradable que me envolvió era el perfecto marco para lo que allí se exhibía, objetos que eran el fruto de todo lo bueno del hombre, como yo lo era de todo lo malo, y cuyas imágenes aún me acompañan en los momentos de dolor y me dicen que pese al horror, el hombre está dotado para lo sublime.

En las paredes, en las salas anejas, por todas partes había pavos reales de plata que abrían su cola enjoyada, cisnes brillantes que aleteaban, delicadas bailarinas o pequeños tigres de oro que enseñaban, furiosos y regios, sus colmillos refulgentes. En una esquina había una estrella que se movía centelleando por las miles de gemas que la adornaban, y que no despertaron en mí codicia alguna, sino admiración. Había una estatua de un muchacho con una piña en la cabeza que se abrió para mostrar un nido de pajaritos piantes, y relojes con curiosas figuras sacramentales y apocalípticas moviéndose alrededor en mesas dispersas aquí y allá, extraños péndulos oscilando, instrumentos prodigiosos, y hasta un sillón donde un anciano caballero se sentó y

exclamó gozoso y sorprendido entre aplausos de los asistentes, aliviado por obra de esa delicada ciencia de alguna dolencia que sufría.

—¿Q… q... q… qué es...? —susurré, y el amigo Torres a mi lado, tan embelesado como yo o más, puesto que el conocimiento le permitía saborear los prodigios que nos rodeaban con paladar más educado, me respondió.

—La obra de Cox, de Joseph Merlín, de muchos otros; autómatas.

—Es... ¿mag... brujería?

—En absoluto, don Raimundo: es ciencia. Ingenios mecánicos de exquisita precisión. —Y belleza. La delicadeza con que aquellos artefactos estaban construidos saturó la capacidad de asombro de una criatura tan poco acostumbrada a lo bonito como yo. Continuamos paseando en ese taller de las maravillas. En una habitación cercana se había improvisado una sala de conciertos sobre cuyo escenario brillaba un extraño y enorme artilugio, cuajado de trompetas, clarinetes, instrumentos de cuerda y percusión, sumergidos todos en un entramado mecánico inextricable; una orquesta completa y mecánica. En un atril a la entrada del auditorio descansaba el programa de conciertos.

—¿Le agrada la música, don Raimundo?

—Rrrr... Raimundo. —Me quedaba grande el «don».

—Parece que van a interpretar una pieza de Beethoven con este... Panharmonicon. ¿Le gustaría asistir...?

Yo miraba absorto un calidoscopio que reposaba en una mesa contigua, invento que siempre hace las delicias de niños y mentes débiles como la mía, cuando la atención de Torres reparó en otra cosa y se olvidó del extraño instrumento. Era música también, pero de una simple flauta. Una dulce melodía estaba siendo interpretada por la estatua de un flautista sentado sobre un pedestal. La gente rodeaba al autómata y al señor Davies, actual y orgulloso propietario de Spring Gardens, que lo presentaba.

—El flautista de Vaucanson. Esta muestra es mejor de lo que esperaba. — Torres parecía conocer bien esos aparatos. Nos acercamos y él quedó ensimismado mientras Davies manipulaba la máquina y otra melodía empezaba a sonar. Yo estaba más interesado en la reproducción de una batalla que teníamos al lado, con sus tropas dispuestas a tomar una plaza fortificada, los cañones humeando y la caballería cargando sobre una superficie de más de cinco pies... perdone, me cuesta acostumbrarme; dos metros. Cada soldado cabía en mi mano. A Torres parecían apasionarle más esas reproducciones de metal de músicos.

Davies continuó con la muestra conduciendo a su audiencia hacia otro autómata, esta vez un pato de primoroso acabado: el también famoso ánade de Vaucanson, anunció. El animal agitaba las plumas, pero eso no era más que adorno, un añadido al verdadero prodigio del pato mecánico, afirmó Davies sin ahorro de florituras verbales

que yo sí evitaré aquí. El animal artificial era capaz de comer, digerir el alimento y excretar los residuos.

—¡Qué necedad! —Un joven oficial, rubio, agraciado en extremo y de ojos encendidos, que asistía al lugar junto con un compañero de armas, ambos engalanados con el elegante uniforme verde de fusileros, soltó ese exabrupto que destacó sobre las expresiones de asombro e incredulidad de la concurrencia.

—¿Algo le incomoda, teniente? —preguntó Davies sin alterar un ápice su actitud amable y hospitalaria.

—Por supuesto que me incomoda algo, señor mío, a cualquier hombre de bien, temeroso de Dios, molestaría semejante burda emulación de la obra del Creador. Un pato de metal que come y... por todo lo sagrado... defeca. ¿Qué más monstruosidades tiene en su casa de los horrores, señor Davies? ¿Una cabeza parlante?

—Puede ver una junto a la entrada, teniente. —Todos rieron la respuesta de Davies. Me llama la atención que entonces no cayera en lo paradójico de que ese oficial, al que más adelante llegara a conocer mejor, llamara «casa de los horrores» a Spring Gardens, estando tan cerca de los auténticos espantos de Potts. Para cada cual las pesadillas tienen distintas formas.

—Disculpen a mi camarada —intervino el otro teniente que lo acompañaba, algo mayor, de pelo oscuro como su fino bigote y menos apuesto, aunque con un aire más mundano en la mirada—. Está en vísperas de su boda, por lo que se encuentra en un estado de ánimo un tanto inquisitorial.

Más risas. Torres, que apenas se enteraba de nada, sí percibió la violencia de la situación en cómo el rostro del teniente objeto de burlas se encendió. Me preguntó, y yo le hice de traductor lento pero veraz, pues mi cabeza nunca ha sido capaz de mentir por falta de imaginación, no por sinceridad. El oficial de pelo claro, molesto con la intervención de su compañero, trató de decir algo, pero Davies lo interrumpió una vez más.

—No hay problema, teniente. Esto es solo fruto del cerebro y las manos de hombres excepcionales, no de sortilegios del diablo.

—No me tome por ignorante, señor. Es de las manos y las mentes de los hombres de donde mana el pecado —dijo, furioso por las guasas y abochornado por la atención que recibía de todos los presentes. Yo no perdía ripio, pendiente de la conversación para traducírsela a Torres. Davies dio a entender con un elegante ademán que en ningún momento trataba de ofender al oficial, y dejando atrás cualquier posible riña, volvió a atender a su animal mecánico. Manipuló algo en el pato y este agitó la cabeza, picoteó el grano que había en un plato junto a él y lo tragó. Como se había anticipado, la criatura de metal empezó a excretar los desechos de su fingida digestión entre aplausos de la concurrencia.

No pude contener la risa. Ver aquellas señoras encopetadas y a sus acompañantes

aplaudiendo al presenciar cómo caga un pato era lo más cómico que había visto en mi vida. El teniente iracundo reparó en mi risa, en mi máscara y en mi mugre, y reaccionó con la misma hostilidad que ante el pato cagón de metal.

—Señor, ¿algo de mí le resulta divertido?

En cualquier otra situación un desplante así no lo hubiera tolerado sin responder, y no con la palabra. El uniforme, la limpieza del lugar, los buenos modales, todo eso me tenía muy acobardado; la actitud agresiva del militar hizo que me acurrucara, como cuando aguardaba resignado los bastonazos de Pottsdale. Torres se apresuró a socorrerme. Aunque el teniente no pretendía dañarme en absoluto, nada más contrario a su carácter que agredir a un desvalido, el español trató de sacarme del posible apuro. Difícil tarea sin conocer el idioma, su traductor, un servidor, estaba demasiado confundido para ejercer mis nuevas e improvisadas funciones. Por fortuna ambos militares eran hombres de alta extracción y muy cultivados, y hablaban francés con cierta fluidez. Así pronto entendieron las excusas que Torres dio en mi nombre.

—Todo lo contrario —dijo el moreno—, disculpe usted a mi amigo, como ya he dicho sus inminentes esponsales le han agriado un poco el carácter. El matrimonio es el mayor antídoto contra el buen humor. ¿Está usted casado?

—No.

—¿Ni comprometido? Eso demuestra inteligencia, además de una entereza poco usual en un varón, conociendo lo hermosas que son las mujeres de su país. ¿No te lo he dicho a menudo, Harry? Cuando deje el regimiento pienso hacer un largo viaje por España.

—Y allí les recibiremos con los brazos abiertos, aunque les sería a mis paisanos mucho más fácil atenderles si supieran sus nombres...

Tiene razón, qué descortesía por mi parte. —Se cuadró sin demasiada marcialidad —. Teniente John De Blaise, del tercero de la Real Compañía de Fusileros del Rey. Mi amigo de tan desagradable carácter es el teniente Henry Hamilton-Smythe.

No le haga caso —dijo Hamilton-Smythe olvidado ya su enfado y exhibiendo una sonrisa que le convirtió en un momento de iracundo censor en un atractivo joven de rasgos casi femeninos—. Las habilidades sociales de De Blaise están acordes con el resto de su persona, no se lo tenga en cuenta.

—Me llamo Leonardo Torres, vengo de España, y mi... recién conocido amigo y cicerone en esta laberíntica ciudad suya es don Raimundo.

Ambos me miraron. Dos petimetres jugando a ser soldaditos, me parecieron a mí. Un par de ejemplos de la pujante juventud del imperio que se daban aires de *bon vivant*, ricos sin duda, pero no de muy alta cuna, pequeña nobleza si acaso, dispuestos a devorar el mundo a bocados, conocedores de pertenecer a lo mejor que la raza humana podía aportar... miento. Entonces solo bajé el rostro incapaz de juzgar ni tener opinión alguna, salvo el temor, y dejé que mi máscara me defendiera de sus

miradas.

—Tenga cuidado con esta clase de gente —dijo De Blaise—, en un extranjero solo ven presa fácil para sus villanías. Si busca un guía mejor...

—Todo lo contrario. Don Raimundo me ha librado de un mal encuentro derrochando valentía, y se ha ofrecido desinteresadamente a guiarme.

—John —intervino su amigo. El que antes se encaraba conmigo, ahora era mi defensor—, esta devoción tuya por la belleza hace que asocies la deformidad y la fealdad con el mal. El pobre hombre solo tiene una atrofia... ¿nació usted así o se trata de un accidente?

No dije nada hasta que Torres me aclaró la pregunta.

—Su cara, don Raimundo.

—Raimundo.

—¿Qué le pasó? —me preguntó con naturalidad.

—La g... guerra...

—Dice que es soldado, como ustedes —tradujo Torres—. Una herida en combate, supongo.

—¿Soldado...? —exclamó De Blaise, a punto de preguntar hacia qué guerra necesitaba embarcar monstruos Su Graciosa Majestad, cuando su amigo lo interrumpió.

—¿Has visto? Puede que acabemos como él en cuanto seamos destinados, es una falta de caridad ofenderse por su aspecto. Salgamos ya de esta feria grotesca, ¿nos acompaña, señor Torres?

El aludido titubeó; luego llegué a conocerlo muy bien y estoy seguro que deseaba sobre todo seguir admirando esas bellezas, su avidez científica fue siempre el mayor de sus apetitos. No obstante, por aquel entonces era muy joven, y el interés en relacionarse con personas de toda condición le atraía con fuerza, así que no despreció el paseo con estos caballeros, posponiendo la satisfacción de sus intereses científicos para otra ocasión. Fuimos saliendo hacia la calle. De Blaise, tras despedirse afectuosamente del señor Davies, siguió respondiendo a su amigo.

—Espero que no sea así en tu caso —Hamilton-Smythe lo miró intrigado—, lo de volver con cicatrices en tu carita de querubín; la dulce Cynthia no querrá un marido feo... pero no es el aspecto de este hombre lo que me preocupa. En las calles hay gentuza con sus facciones completas pero con el alma degradada hasta extremos aterradores, se lo aseguro señor Torres.

—Nunca entenderé esa extraña moral tuya, por muy propia de estos tiempos que sea —dijo Hamilton-Smythe, siguiendo una discusión entre viejos amigos que parecía venir de atrás—. Censuras con severidad las debilidades de carácter, causadas casi siempre por la pobreza y la ignorancia que envilece, y, sin embargo, pasas por alto las blasfemias que aquí contemplamos...

Antes de que De Blaise se defendiera con alguna burla (ese era el divertido carácter del oficial), Torres intervino cuando ya nos plantábamos en la húmeda calle.

—Eso creí entender antes, teniente, que le escandalizaban los autómatas.

—¿Y a qué cristiano cabal no? Emular y hacer burla de la obra del Señor es el peor de los pecados.

—Yo soy católico, me considero profundamente religioso y no veo falta alguna en estas portentosas máquinas. Soy un hombre de ciencia y creo que la ciencia no puede ofender a Dios nunca, puesto que no es más que el conocimiento de la obra del creador, y ese conocimiento no provoca en nosotros otra cosa que no sea reverencia y admiración. Menos, desde luego, puede ofender o dañar lo que aquí se exhibe, que además de hermoso es divertido, ¿se ha fijado cómo reían, cómo reíamos, los presentes ante esas maravillas...?

—No estoy en contra del progreso en absoluto, pero ha de tener sus límites. Animales que comen, músicos de metal, cabezas de rapsoda... ¿Tratamos acaso de crear vida, hasta este punto ha llegado la soberbia del hombre moderno?

—En absoluto. Es razonable pensar que cualquier proceso natural que podamos definir con modelos matemáticos pueda ser repetido por medios mecánicos. Huesos, músculos, pulmones; son todos órganos que se mueven, ejercen fuerzas y responden a tensiones, todo esto es reproducible en cierta medida. Por el hecho de que la acción de un número de resortes y palancas cause que una melodía suene en una flauta, no estamos «creando vida» como usted dice. Incluso es concebible el poder idear mecanismos de toma de decisión, que permitieran a esa máquina que hemos visto, por ejemplo, escoger tocar una canción en lugar de otra según la información que le suministráramos. —El azul de los ojos del teniente Hamilton-Smythe se volvió gélido ante esa afirmación—. Sí, conferir algunas capacidades volitivas a una máquina, no parece inconcebible, y eso en cierto modo es inteligencia, pero no vida. Eso está en el alma, y el alma es otra cosa más que movimientos mecánicos. La bondad, la caridad, el honor, incluso la conciencia de uno mismo... son patrimonio del espíritu del hombre e imposible de emular; no hay ecuación que defina el alma, salvo quizá en el pensamiento del Señor. Es en el hálito divino donde reside la vida tal y como la conocemos, no en la inteligencia y sus funciones. Sería como decir que imitamos al Creador porque enseñamos a nuestro perro a traernos un palo. Hacer ese pato, es hacer un simple juguete para niños, ¿no le gustan los niños...?

—Por supuesto que es imposible crear vida. La ofensa está en el intento, no en la consecución. Y no me diga que no es esta la intención de estas obras. Tras la apariencia de simples juguetes, hay un propósito malsano. Ese flautista y ese pianoforte que toca solo, ejecutan piezas de arte, y el arte es una capacidad superior, patrimonio del espíritu humano y que por tanto emana de Dios.

—Solo interpretan las piezas, no las crean. No veo que la intención de Vaucanson

y todos estos grandes científicos y artistas fuera usurpar el puesto del Señor con estas obras, más bien tratan de embellecer el mundo, causa noble donde la haya, y avanzar en el conocimiento del movimiento, la dinámica, la mecánica o la propagación del sonido. Podemos reproducir movimientos simples, hasta cabe dentro de lo razonable imaginar máquinas capaces de resolver problemas más complejos como le digo, ya se han hecho cosas así. Ahora bien, imitar funciones superiores, propias del espíritu...

—Está usted en un gran error, mi incrédulo amigo.

El hombre que así los abordó en la puerta del Spring Gardens, y que al parecer había atendido a la conversación entendiendo solo la esencia de esta, supongo, puesto que la charla se desarrollaba en una extraña mezcla de francés e inglés, era de todo menos insípido o ramplón. A su paso las miradas de los presentes giraban y los comentarios se arremolinaban. Si ninguno de los cuatro reparamos en él fue, en el caso de los caballeros por el entusiasmo que ponían en sus palabras, y en el mío porque se acercó por mi flanco izquierdo. Era un hombre alto, más que Torres. Aunque ya andaba muy entrado en la cuarentena, mantenía un aspecto envidiable, ayudado por el abundante maquillaje con que se acicalaba: pelo negro y espeso, aspecto sano y bigote espectacular adornando su cara. Iba vestido con un estrafalario uniforme militar azul, con entorchados dorados, que le daba un aire aún más bizarro. A sus pies, atados por gruesas cadenas se movían nerviosos dos enormes sabuesos, que hacían incomodo mantener la mirada en su amo. El magnetismo del sujeto era innegable, hasta tal punto que pese a la posible falta de elegancia al entrometerse en conversación ajena, nadie se ofendió, todo lo contrario, en mayor o menor grado en cada uno el extraño sujeto ejerció cierta fascinación. No en mí. Yo vi al Monstruo en su mirada, algo más viejo, pero era él. Otra vez.

—¿Señor...? —preguntó De Blaise.

—Creo que el caballero extranjero dudaba de que se pudieran reproducir funciones elevadas —me apresuré a traducir a desgana a Torres las palabras del Monstruo—, las propias del espíritu, con máquinas semejantes a las que aquí vemos. Pues no es así y puedo probar lo que afirmo.

—Tumblety —lo reconoció De Blaise, sorprendiendo a su amigo, a quién le aclaró—. Es ese curandero que fascina tanto a Cynthia.

—«Médico indio», así me gusta considerarme, aunque no me son desconocidas las disciplinas de la medicina... más convencional. Frank Tumblety, a su servicio. —Se destocó para saludar.

—Cierto —dijo De Blaise—, dicen que sus tónicos son milagrosos.

—Gracias, solo trato de ayudar a mi prójimo, aliviar sus males en la medida que mis conocimientos me lo permiten. He escuchado su debate, y espero disculpen mi intrusión en ella, que creo de lo más oportuna. No cabe duda de que hablo con hombres de cultura, y siendo así sería cruel mantenerles en su error. Es posible

construir máquinas que emulen el comportamiento humano, hasta el más elevado y honorable.

—Absurdo.

—Puedo mostrarles una.

—Eso no es posible, además de ser algo sumamente inmoral —insistió Hamilton-Smythe—. Aunque debiera ser más preciso al referirse a emular «un comportamiento elevado».

—El más elevado, el don supremo que Dios dio a los hombres: la razón. Puedo mostrarles un artefacto capaz de razonar, de pensar por sí mismo, y de superar a cualquiera de nosotros en una prueba intelectual.

Torres pareció muy interesado por el alarde de Tumblety en cuanto se lo traduje.

—¿A qué se refiere?

—Existe como les digo una máquina capaz de derrotar a cualquiera de ustedes, caballeros inteligentes e instruidos, en un reto en el que solo participe el intelecto.

—¿Una máquina? —dijo De Blaise—. Algún juego de prestidigitación. ¿Qué clase...?

—En absoluto. Pueden examinar el ingenio a su antojo, ni trucos, ni hilos, ni trampas.

—Imposible —se mantuvo en sus trece el teniente Hamilton.

—Muy seguros les veo, caballeros. ¿Apostarían algo? Puedo detectar la audacia donde la veo, y no creo que ustedes se acobarden...

—Por supuesto que apostaré lo que sea, señor —bramó Hamilton-Smythe, llevado por la fuerza de su sangre—. Usted dice que una máquina de relojería puede pensar, y vencerme...

—Un momento, amigos —serenó la situación Torres—. No sabemos de qué clase de desafío estamos hablando. Debiera aclarar usted los pormenores... sea más preciso.

—Por supuesto. Esta es la máquina.

De su amplia y decorada guerrera sacó un estereoscopio, colocó una imagen en él y lo tendió para que los caballeros lo examinaran. Torres estaba a su derecha y fue el primero que tomo el artilugio. Miró con desgana, más atraído por el ingenioso artefacto óptico que en lo que se pudiera ver a través de él, hasta que contempló la imagen tridimensional de un hombre exótico sentado ante un tablero de ajedrez, entonces su interés se centuplicó.

La imagen no era de gran calidad aunque el efecto tridimensional sobrecogía, más aun tratándose del retrato de un lugar tan inquietante. Era una habitación demasiado oscura para la cámara que había tomado las dos instantáneas necesarias para realizar la estereografía. Aun así se distinguían las paredes de un sucio sótano, o un almacén, tan feo y lóbrego como este en el que mis achaques me confinan. En medio, en primer plano, había una enorme mesa, un escritorio grande sobre el que descansaban

dos altos candiles custodiando un tablero de ajedrez con las piezas dispuestas para iniciar la partida. Tras la mesa, mirándonos con ojos muertos de porcelana, había un turco de tez oscura ataviado con gran lujo. Llevaba un turbante plateado en la cabeza, rematado con una gema que sostenía una pluma en el centro, y vestía un amplio abrigo o casaca acabada con pieles bajo el que asomaba una camisa de seda estampada. Su brazo derecho reposaba junto al tablero, el izquierdo sostenía una larga pipa que se llevaba a los labios.

Cuando Torres apartó la vista tenía expresión sorprendida.

—El Ajedrecista.

—Ajedrez, por supuesto. ¿Conocen algún otro juego que sea un perfecto reto entre inteligencias? Pues bien, les aseguro que esta máquina, la creación de un genio o un místico, no sabría decirles, es capaz de derrotar a cualquier hombre de carne y hueso.

—Es de todo punto imposible que un mecanismo gane a un ser humano al ajedrez —dijo Hamilton-Smythe mientras contemplaba la imagen—, a menos que sea por pura casualidad.

—Una partida a cada uno de ustedes tres. —Me ignoró, y no sin cierta razón, pues ni sabía nada del juego ni hubiera podido entender sus reglas por muy claras que me las explicasen—. Y dispondrán de cuantas revanchas deseen, les aseguro que perderán todas.

—En mi caso no sería sorprendente —siguió De Blaise—, un chimpancé ciego me ganaría, pero Harry es un maestro...

—Apostemos entonces si tan seguro está, teniente; cubriré las apuestas de los tres. Su prometida —dirigiéndose a Hamilton—, la señorita William, me ha encomiado más de una vez su valentía. Un joven oficial tan apuesto, no temerá una partida de ajedrez. Una guinea por juego, con todos ustedes...

—He oído hablar de esas máquinas ajedrecistas —dijo Torres—, fueron populares hace tiempo. Temo que la mayoría no sean más que trucos, marionetas. Y esa parece ser el Ajedrecista de Maelzel, era un muñeco de un turco.

—Señor —fingió Tumblety cierto enfado—, le digo que podrán examinar el artefacto a su antojo. Y efectivamente, es la obra con la que Maelzel recorrió toda Europa hace treinta años, siendo pasmo de las mentes más lúcidas de su tiempo.

—Eso no es posible —sentenció Hamilton-Smythe—. Creo haber leído que esa máquina desapareció tras un incendio en los Estados Unidos.

—Les aseguro que obra en mi poder, pueden comprobarlo, si no les asusta...

—Además — prosiguió el teniente—, me parece recordar que el señor Poe, el escritor norteamericano, descubrió el fraude tiempo atrás.

—Bien, suponía que hablaba con caballeros más osados...

—Señor mío...

—No, no quiero hacerles perder más el tiempo.

Tumblety dio dos tirones a sus perros y los tres se alejaron unos pasos, lentos y medidos. Los dos fusileros se mostraron indignados, ambos eran jóvenes aventureros y la provocación del americano no podía quedar sin respuesta. Torres, algo más joven y con tanto o más coraje que ellos, era de carácter sosegado y miraba el reto desde la distancia del escepticismo, más fundado que el del puritano Hamilton-Smythe, por sustentarse en el conocimiento científico.

—Aguarde —espetó iracundo Hamilton-Smythe—, caballero, no toleraré que dude de mi hombría.

—He de entender entonces que aceptan la apuesta.

—No se ha inventado ninguna que mi camarada y yo no hayamos aceptado —dijo De Blaise.

—Soberbio. Esta misma noche puedo mostrárselo, a menos que estén ocupados.

—Es perfecto para nosotros —dijo De Blaise—, y espero que usted, Torres, nos acompañe, ya sea para participar en el desafío o como testigo.

—Ya lo puede jurar, teniente —respondió Torres—, no creo que pudiera resistirme a ver la solución de este encuentro tan extraordinario.

—Magnífico —continuó Tumblety—, se avecina una interesante velada entre caballeros, con un dilema filosófico de por medio, ¿qué más podemos pedir? Ya lo sé. Prologuemos ese encuentro con una cena en mi casa, beberemos y discutiremos de todo esto antes de enfrentarnos al reto. Resido en Liverpool, pero durante mi estancia aquí me hospedo en casa del señor Hall Caine, en el setenta y dos de Brook Street. Espero verles a todos a las siete —dirigió entonces por primera vez su mirada a mi persona—. Pueden traer a su... criado, si así lo desean.

Y se fue. No me había reconocido, me inundó un alivio dichoso, que disimulé lo mejor que pude. Durante toda la conversación había sentido miedo, más que en lo más crudo de la guerra. El Monstruo estaba allí, hablando de no sé qué apuestas... yo solo veía sus ojos de demonio voraz ardiendo, siempre ardiendo en mis recuerdos. Aguanté la respiración esperando que esos ojos se detuvieran en mí, y vieran lo que yo sabía, y soltara al engendro que llevaba dentro. No, el Monstruo no me había visto, ¿cómo iba a ser de otro modo? ¿Cómo iba a recordar ese pequeño encuentro en medio de lo que seguro era una larga vida de iniquidades?

—¿Y bien, señores? —dijo Torres—, ¿qué se puede hacer en esta ciudad hasta las siete?

Los dejé... siempre he...

Siempre he sabido cuál es mi sitio, y entre esos buenos caballeros y sus complicados rompecabezas sobraba. Torres se empeñó en que los acompañara, insistió en que me necesitaba como traductor y ofreció pagarme por este servicio, pero... era evidente que el español se entendía bien con esos dos militares, que por

demás no parecían nada interesados en que yo siguiera con ellos... No lo acepte, ya era hora que la rata volviera al lugar que le pertenecía. No... no tuve en cambio reparo alguno en coger el medio soberano, ¡medio soberano!, que me ofreció correspondiendo a mis molestias. Tenía que vivir de algún modo. Torres se despidió de mí.

—En fin, don Raimundo...

—Raimundo.

—... me alegro de haberle conocido. Ha sido extraordinario encontrarme con casi un compatriota aquí, un feliz encuentro. Espero que alguna vez se repita.

No.

Lo natural era que jamás nos volviéramos a ver. Los nuevos cicerones de Torres, más presentables y seguro que más conocedores de lugares que el español gustara de visitar, se encargarían de él. Yo... yo... No. Yo debía volver otra vez al hediondo callejón, a mi hedionda vida.

Observé cómo los tres caballeros se iban comentando el extraño encuentro con T... no. Con Tumblety, haciendo planes para almorzar y pasar la tarde juntos en espera de los misteriosos descubrimientos que la noche les deparara. Les di la espalda y caminé por la calle contemplando a toda esa gente pasear, salir de Spring Gardens hacia otros destinos civilizados, pasando tan cerca del callejón del fin del mundo y tan lejos a un tiempo.

Vi... a un par de raterillos acercarse despacio al trío, creyéndose sigilosos, cubriendo su avance tras los vuelos del gabán de un transeúnte alto y saliendo justo para tropezar con uno de los oficiales. Estuve a un suspiro de salir en su socorro... Torres interceptó a los muchachos y creo que les dieron unos chelines tras algún breve sermón y dos suaves cachetes... Los niños se fueron trotando y riendo, y yo me sentí muy triste.

No podía...

... comprender lo que me pasaba, ¿por qué... por qué el ver a todos esos señores pudientes no abría en mi mente codiciosa una infinitud de posibles hurtos... robos, y asaltos, sino una... extraña melancolía?, la misma clase de tristeza que sentí cuando desperté en el hospital de campaña de Jacksonville... entre yanquis y sin cara; otra vez esa tristeza...

Mi andar errático... me llevó hacia la fea guarida de mi hogar, como un toro a los toriles, que diría Torres, y antes de entrar en ella me atacó un hombre lobo...

____ 3 ____

Non Omnis Moriar

Miércoles

Irving vino por mi izquierda, el muy cobarde me conocía bien. Me golpeó en los riñones tan fuerte que dejé de respirar. Caí al suelo y recibí otro bastonazo en la parte aplanada de mi cabeza. Incapacitado para reaccionar como estaba, no encontró dificultad en cogerme por la pechera y arrastrarme hacia el callejón, cerrado ahora en espera de las sesiones de la tarde. Supongo que allí mismo, entre las jaulas, me propinó un par de patadas, yo ya no sentía nada. Me espabiló la humedad de su escupitajo en mi cara.

—Bastardo —decía mientras sobaba la moneda que Torres me diera—, ¿pa qué quiés tú esto? —Vestido, sin los colmillos falsos y apoyándose ufano en el bastón de Potts era aún más terrible que con sus «galas»; ahora se veía con claridad que no era una pobre criatura deforme y asilvestrada, era un canalla peludo. Yo no tenía miedo, solo ira. Traté de saltar sobre él, y el dolor de mi espalda me detuvo, unido a una oportuna patada en el vientre—. No quiero matarte, asín que para quieto. Ya has hecho bastante el idiota por hoy, no lo estropees más. ¿Crees que pues mandar al infierno a unos clientes como esos, y luego ganar dinero por tu cuenta? —Me pisó la mano, la de los dedos tiesos, y agitó ante mi cara el medio soberano—. Se te da comía, cobijo y tú lo devuelves asín, robándonos. —Me golpeó una vez más y escuché risotadas viniendo de las jaulas. Ahora era yo el espectáculo para los fenómenos de feria. Potts se acercó, sujetando por el brazo a una puta borracha y desdentada.

—Sí Ray —dijo con un arrastrar de palabras ebrio. De un manotazo recuperó su bastón de manos del cerdoso Irving—, ¿así me pagas lo que hago por ti? No solo ofendes a un cliente especial, sino que conoces a un buen primo y pretendes aprovecharlo tú solo. ¿Es esto camaradería? ¿Acaso no soy un padre para todos vosotros?

Potts alzó los brazos con teatralidad, dejando caer a su amiguita. Giró en torno a mí, aplaudido y vitoreado por los monstruos, recogiendo el agradecimiento de la concurrencia por todas las degradaciones recibidas. La voz chillona de Edna, la profunda de George, los sonidos abúlicos de las siamesas; todas aclamaban al señor de los monstruos, al monarca absoluto del universo grotesco donde vivíamos.

—¿Ves, Ray? —continuó el patrón, apoyando su bastón sobre mis genitales—, ellos lo entienden: juntos viviremos. Fuera de aquí... no seríais nada sin mí. —Aumentó la presión con el bastón, yo grité y todos rieron. Se arrodilló y me susurró

—. La última vez, ¿oyes? —Se volvió a incorporar alzando la voz para que todos lo oyeran—. Te perdono, Ray, porque eres como un hijo para mí, el hijo pródigo que vuelve con nosotros. Todos te queremos, ¿verdad?

Con gritos, salivazos, burlas, me expresaron su amor, me mostraron el cariño de mi hogar, que yo había caldeado con pródigos golpes y maltratos. Potts se fue, cogió a su putita y a Irving y juntos los tres subieron tambaleando los seis escalones que conducían a su cuarto del final del callejón, a disfrutar de alguna nueva fiesta de crueldades. Me dejaron allí tirado, consumido por la ira, jurando para mis adentros que esas serían las últimas carcajadas de Irving.

Me levanté dolorido, esperando la próxima tortura que cobró forma en Eliza. Borracha, abotargada y llorosa, la mujer apareció en el callejón tan furiosa como yo. Allí la había echado su hombre, que se disponía a gozar de carnes más jóvenes, aunque igual de deterioradas. Eliza preparó el espectáculo para la tarde con desgana, maldiciendo, tirando adoquines del suelo contra los inquilinos de las celdas y volcando su frustración sobre mí.

—¡Cara Podría! ¿Qué haces ahí, haragán? Anda y ponte a da de comé a estos desgraciaos.—Me dio un puntapié apenas sin fuerza y siguió su sermón—. Hijo de puta. Maldita sea la hora en que te parió la cerda de tu madre. Tan cerda como la puta madre de mi marío. ¿Me oyes Potts? ¡Maricón! Y se fue a buscar una esquina donde seguir bebiendo y quejándose, ya en voz baja, como para sí misma—. Sigue así, maricón inútil. Sigue así y yo... yo le contaré cómo haces tus cuentas, claro que se lo contaré... así ardas en el infierno, así te queme...

Yo estaba rabioso. Volvía allí tras rozar el mundo civilizado, tras haber intentado ayudar a ese español, tras hacer algo bien por una vez, y recibí semejante recompensa. Lo había visto irse en compañía de un demonio, del peor que había conocido en una vida larga de convivencia con las más abominables criaturas; eso tampoco era poco tormento, y sí acicate para mi furia. Oí la música de Eddie, estaba al fondo, al pie de la escalera de madera vieja y quejosa, tocando y vigilando el sueño del siempre tranquilo *Pete*. Su música triste me calmó. Él allí, cojo como era, tocando para sí y para el arrullo de su animal, me pareció la imagen de la serenidad que tanto me hacía falta. Pese a su cojera, se valía bien con una prótesis que apenas se le notaba al caminar, y así avanzó hacia mí, sin dejar de tocar.

—Vamos, Ray —dijo—, ve a hacer lo que tengas que hacer, no causes más problemas.

Sí, atender mis quehaceres, la mente simple se siente más cómoda volviendo a los lugares conocidos en situaciones críticas, repetir el comportamiento habitual cuando nada cobra sentido, eso me aportaba calma. Dar de comer a todos, menos a Burney, eso era lo que había que hacer; un mal día y una paliza más que ya había pasado, no tardaría en olvidar. Fui a por la comida, empapando la sangre de mi frente con un

pañuelo sucio. Nadie hablaba. El callejón solía ser un lugar bullicioso, los monstruos tratan de sus cosas, como el resto del mundo, pero ese día todos callaban, una especie de luto porque el viejo Raimundo había perdido el favor de Potts. Este era el único que hacía ruido con sus risotadas y las de su amiga, acompañadas por la concertina de Eddie.

Entré primero en la jaula que compartían Mary y Jane, las siamesas ahora liberadas del arnés que las mantenía unidas por un costado, un ingenio que había construido Eddie, hombre muy hábil con las manos, y que daba el pego perfectamente haciendo que desapareciera uno de los brazos de cada mujer como si realmente estuvieran pegadas: un solo cuerpo bicéfalo. Las dos, calvas y retrasadas, se arrullaban riéndose de mí, la más pequeña y gorda en brazos de la otra, nadie sabía cuál era Mary y cuál Jane, y a nadie le importaba mientras se mantuvieran allí acariciándose sumidas en su estulticia. Las moví a patadas, que les provocaron aún más risas. Dejé su comida y un cubo de agua. Luego visité al gordo George de mirada en perpetua fuga, asustado como siempre que alguien entraba en su celda, incapaz de moverse, vulnerable y temeroso, toda la vida cargando con un miedo que pesaba más que sus muchas libras. Dejé allí la ración de costumbre de patatas con gorgojos, el triple de la del resto. Amanda estaba durmiendo, en sueños se movía con la suavidad de un gato. Los dibujos de su piel estaban húmedos, lamenté la oportunidad perdida, y no entré. Me limité a tirar un mendrugo por los barrotes y a mirarla con dolor, o tal vez cierta nostalgia. No creo que en su cerebro alcoholizado quedara un solo trazo de nuestra violenta noche nupcial interrumpida por mis remilgos, o eso me gusta pensar. Ella olvidaba abrazada a su licor, mientras que la rutina balsámica no surtía en mí el efecto esperado.

Era el turno de Lawrence, el que más trabajo me daba. Lo desenganché de su tenderete, cargué con él en brazos hasta la parte de atrás de la celda y me ocupé en desmontar el tinglado, para hacer sitio.

Hola, Ray; dicen que tienes problemas... —Le di una patada, furioso, y antes de que dejara de gritar lo levanté y lo senté en el cubo para sus deposiciones. Lo até con la cadena que había en la pared, pasándola por debajo de sus diminutos brazos para evitar que se cayera del cubo, y le volví a pegar.

—C... c... caga —dije, y luego me senté junto a él, cogí pan, lo mojé en las patatas que Eliza había preparado, y empecé a trocearlo y a metérselo en la boca con violencia—. C... come.

Lawrence obedeció en silencio. Estaba acostumbrado a mis arranques de ira, a que desahogara con él mi frustración; seguro que prefería mi violencia a la de otros.

—Otro mal día para el viejo Ray, ¿eh? —dijo, con ese refinado tono de señorito suyo. Ahora, pasado el tiempo, me pregunto: ¿de dónde lo sacó? ¿Cómo sumergido en las degradaciones de la más sórdida barbarie pudo ese monstruo cultivar el espíritu

de un poeta? ¿Acaso Lawrence tenía un pasado opuesto a este negro presente? ¿Dónde nació? ¿Quién, tras darle cierto lustre, le lanzo a la barbarie de las calles? Tal vez fuera el heredero de una familia pudiente, que avergonzado por su aspecto terminó... quién sabe. Cuántas sorpresas tiene la vida para el ojo observador... sí, claro que respondí. Dije:

—Sí.

—¿Has puesto furioso a Potts? Tienes que quitarte de su camino, ya te lo he dicho. Yo procuro apartarme, y eso que no puedo moverme mucho. —Se rió, y yo con él—. ¿Qué hiciste? He oído que has ido a Spring Gardens.

—He vw... visto... un much... muchacho de mmmetal tocando la f... ffffflu... fffifflauta.

—¿Un muchacho de metal?

—Bonito.

—Sí, seguro que lo era. Y tocaba la flauta, ¿una de esas flautas de palo rosa?, de ellas salen notas tan dulces. ¿Era una de esas, Ray?

—Sss... sí.

—Seguro. Y el muchacho iba vestido como un joven caballero, ¿no es así? Claro, elegante como todos esos señores y las damas que lo contemplan allí, en Spring Gardens. Allí todo el mundo es elegante y amable, todos hablan y se comportan del modo más adecuado, ¿verdad?

—Sí.

—Por supuesto. Y todos esos caballeros y sus mujeres o sus hijas, o sus prometidas, guardan silencio mientras el muchacho de metal, allí sentado sobre un bonito cojín de terciopelo rojo, toca la melodía más dulce del mundo, tan bonita que hace saltar las lágrimas hasta a los almirantes y coroneles serios e importantes que han ido a verlo. Cuando termina, el muchacho de metal se levanta y hace una reverencia. ¿Fue así?

—Ssss...

—¿Y qué más has visto? ¿Viste a la bailarina dorada que estaba frente a él? Están enamorados, ¿verdad? El muchacho de metal y la bailarina. Un amor muy triste. Estoy seguro de...

Y así siguió, contándome cada detalle de cada autómata que no había visto, sentado dentro de un cubo de mierda seca, comiendo patatas rancias y pan duro, y sonriendo. Era una bendición para mí, porque narrarlo con mi facilidad de palabra hubiera sido un infierno. Lawrence siempre rememoraba mejor las cosas que a mí me pasaban, cantando mi vida al son de las teclas de Eddie. No era igual a la realidad, era mejor, más hermosa, más intensa. La belleza puede nacer de pozos como aquel, germinar en almas de poetas sin brazos, sí.

—Qué suerte haber sido testigo de todo eso, Ray. —Lo levanté del cubo, lo tumbé

en su camastro y empecé a limpiar su jaula.

—Sí.

—Fue ese caballero con el que saliste el que te invitó a entrar al Gardens, ¿no? Parecía un hombre agradable.

—Sssí. El p... pa... patrón... se enfadó.

—Potts es un enfermo, un animal sin sentimientos. ¿Qué sabrá de cosas hermosas?

—Sí. —Recogí el cubo de inmundicias y coloqué de nuevo el teatrillo para la siguiente función, enganchando a Lawrence en su sitio—. Me... d... dio m... mmmedio sob... soberano. Q.. q... quiere que... que le ay... ayu... ayude aquí... es esp... esp... español como yo.

No creo que sea buena idea. Escucha, Potts no te dejará... espera. —Me detuve—. Creo que ha mandado a Burney a seguir a ese caballero. Si piensa que puede sacarle dinero... no debieras verlo otra vez. Le hará mal y el patrón te hará daño a ti.

Ya no le oía. Había mandado a Burney a... sabía lo que eso significaba, incluso mi cerebro lento era capaz de reconocer las familiares pautas de trabajo de ese bandido. Potts había visto en Torres a un «primo», a alguien del que sacar más que los diez chelines que me había robado. Iba a hacerle daño, a aquella persona que me había tratado tan bien. Si no se lo hacía antes Tumblety. El médico indio le iba a hacer mal, como decía Lawrence, y ahí llegaba mi patrón para rematarlo. Pueden decir que el español no hizo gran cosa por mí, pero no han vivido entre golpes, humillaciones y pecados, no saben lo que un gesto amable causa en uno de nosotros. No quería que sufriera daño alguno por mi causa y Potts podía ser muy peligroso, más incluso que el americano. Ese no era temible si uno se mantenía sano, pero Pottsdale era un consumado timador. No era listo, no mucho, un zote al lado de alguien como Torres. Lo que sí era capaz es de acabar con un español perdido en esta ciudad, robarle hasta el último penique y arrojarlo al Támesis. La maniobra perfecta para Potts: desplumar a un primo y darme a mí una buena lección. El pobre de Ray Cara Podrida no tiene esperanza, no puede hacer otra cosa que no sea estar junto a su querido patrón.

Salí de la jaula de Lawrence sin terminar de instalarle de nuevo en el teatrillo. Ya no se oía a Potts en su cuarto, Eliza andaba atusándose, trabajo baldío, para abrir las cortinas. Los demás tal y como los había dejado: Amanda borracha y magullada, George asustado, y Burney y las siamesas. Todos dispuestos a dar el espectáculo más terrible y repulsivo...

¡Burney! Estaba de vuelta, embutido en un largo abrigo que no ocultaba su delgadez, todo lo contrario, le daba el aspecto de muerto en vida. Estaban todos menos Tom e Irving. Tom, Irving... ¿y Potts? Ya no salían esos feos ruidos de su covacha, Habían salido de caza. Burney había seguido a los caballeros, habría vuelto con información y hacia allá corrían ahora la jauría de lobos deformes. Y yo ocupado

en atender a esos monstruos... Me lancé furioso sobre el esqueleto, sin saber de qué parte de mi alma atrofiada salía tanta ira. Le di una patada, escuché sus huesos sonar.

—¿Dón... dónde...? —es todo lo que dije. Burney me miró aterrado, llorando, con sus ojos hundidos fijos en la cuenca oscura y retorcida del que fue el mío. No me costó que hablara, Burney siempre hablaba de más. Eso no impidió que le propinara dos golpes en su cara huesuda antes de que confirmara haber seguido a Torres y compañía. Me indicó la dirección de la casona hasta donde habían ido; la encontraría, no tenía pérdida.

Potts se ha marchado ahora mismo... Ray, me duele, no tienes por qué tratarme así, yo solo cumplo con lo que se me dice, ¿qué esperabas?, ¿acaso crees que puedo hacer otra cosa? Siempre he hecho lo que me dicen, lo que tú me dices también, y ahora me tratas así, me pegas, soy una persona muy frágil, estoy muy enfermo y tú... —Y siguió hablando y hablando...

Corrí perseguido de los chillidos de todos, excitados por el miedo y la violencia que acababa de descargar. Atravesé las calles enloquecido, empujando y asustando a los buenos londinenses. Un policía me detuvo, me preguntó por mis prisas y convencido de mi necedad al oírme, me dejó ir acompañado de admonitorias advertencias. Me dirigía sin saberlo hacia lo que era la residencia de la prometida de Henry Hamilton-Smythe, la encantadora señorita William. Llegué allí a eso de las cinco y media de la tarde, a Kensington, una zona que nada tenía que ver con el Londres que yo conocía; calles limpias, sin voces, sin olores. Observé alrededor. Las buenas gentes, personas que jamás habían visto los desechos del mundo que subsistían en precario entre callejones hediondos como el de Potts, apenas reparaban en mí, y los que lo hacían era para apartarse rápido o darme un caritativo penique, según el ser de cada cual. Ni rastro de Potts y su partida de asesinos, ni a la luz ni ocultos entre las sombras de la calle.

El edificio en cuestión era impresionante, en mi vida vi casa tan grande. No era en absoluto común casonas así en el barrio, y de este modo Forlornhope, este era su nombre, era como una isla de otro tiempo incrustado en el elegante suburbio Londinense. Ocupaba el centro de una gran parcela ajardinada, una vorágine vegetal que excitó mi alma de floricultor, en especial al contemplar los enormes robles y cipreses que allí crecían. Aun limpio y cuidado, no había orden en el jardín, casi parque o bosque por el tamaño, lo que a mis ojos lo hacía aún más hermoso, más salvaje. Por encima del telón vegetal se alzaba la casa, un titánico edificio de paredes blancas y rojas que avergonzaría a sus vecinos, todos edificios Victorianos, hermosos, pero más modestos, si pudieran compararse con él a través de la jungla ajardinada que lo rodeaba. Tenía tres pisos, varias buhardillas se veían a los extremos, centenares de ventanas horadaban su frontal.

Una verja negra de puntas doradas rodeaba la propiedad, con fin más decorativo

que otra cosa. La puerta, amplia para permitir el paso de hasta dos carruajes, estaba abierta y sin custodia, con una hospitalidad en nada común en casas tan opulentas. Paseé mi andar torcido por el camino de guijo que llevaba hasta el edificio principal, apabullado por la inmensidad de lo que me rodeaba a medida que se acercaban a mí aquellas paredes blancas coronadas de más de cien chimeneas oscuras. Vi al personal de la casa afanándose en los cuidados tanto del bosquecillo, como de la casa. Nadie me dijo nada, aunque más de una cabeza se volvió hacia mí.

Llegué a la fachada y se me mostró elegante sin ostentación. Destacaba, sobre todo, un blanco tan luminoso, brillante con la luz mortecina de la tarde. ¿Cómo podía mantenerse así?, porque sin duda la casa había ganado esa solemnidad que las piedras nobles y bien alineadas adquieren con el paso del tiempo. Ese albor de lirio resaltaba aún más con los rojos de contraventanas y demás artesonados, y con el negro oscuro de la techumbre, allí en las alturas. Había cien luces en aquellas cien habitaciones, nunca vi Buckingham Palace, pero no tendrá tanta iluminación, seguro. Noté algo extraño en la disposición de las luces: de los tres pisos aparecían alumbrados el primero, mucho, y algo el último. El segundo formaba una faja de oscuridad en toda la mansión. Lo ignoré. Una pequeña escalinata conducía a dos magníficas puertas negras, que invitaban a ser llamadas pese a su seriedad. Todo parecía acogedor, aunque no estaba seguro que esa hospitalidad arquitectónica pudiera estar dirigida a mí. Me llamó la atención el adorno que coronaba la exquisita arquivolta que rodeaba esas puertas, en nada victoriana, lo que mostraba con más claridad que la finca cumplía ya el siglo largo. Hasta para un lego en cuestiones arquitectónicas, como un servidor, se veía que esa piedra que hacía de ápice del arco desentonaba con el resto. Allí arriba, un sillar demasiado pequeño para que mi único ojo pudiera ver con claridad lo que en él había grabado. Distinguí la figura de un esqueleto. Mal agüero sin duda, me persigné. Tenía una guadaña en una mano, y en la otra... solo podía ver una regadera. Mi amor por las plantas influía mis percepciones, digo yo.

Llamé a la puerta movido por un impulso irrefrenable, un extraño miedo que me asustaba, por lo desconocido e inhabitual en mí. Un criado de librea me abrió y puso la cara de desagrado que provocaba siempre mi máscara de cuero.

—El sssss... sssseñor Torres —dije.

—Se equivoca —dijo él con expresión adusta, rozando la repulsión—. Márchese...

—Un ex... extranjero. —Sin duda eso le hizo pensar en la visita que ahora tenían en casa y detuvo por un instante mi inmediata expulsión a patadas.

—Aguarde —dijo y luego recapacitó—. No, no se quede ahí, de la vuelta. Por atrás.

Cerró sin más, y antes que comprendiera qué se esperaba que hiciera ahora, la puerta se volvió a abrir y el lacayo apareció, esta vez con un mozo de menos de

quince años, que me conduciría a ese «atrás».

Rodear todo el contorno de semejante mansión no se hacía en un minuto. Seguí al crío, que me miraba de hito en hito, a punto a veces de tropezar, movido por la curiosidad propia de su edad, más tolerable que el miedo o la repugnancia que veía en las miradas de otros más adultos. La planta de la casa tenía forma de te mayúscula con el trazo horizontal, en cuyo centro estaba la puerta principal, mucho más largo que el vertical. En la esquina de ambos tramos, había un pequeño cercado, otra verja que traspasamos y que daba a un jardín dentro del vergel exterior, más recoleto, más ordenado, cuajado de jazmines, lirios y rosas, y hasta un pequeño huerto con una tomatera, todo bien atendido por mano experta. Allí había una puerta trasera que daba a las cocinas.

Otro lacayo nos abrió la cancela y con cara avinagrada dijo que esperara allí. Desde mi estancia en los pantanos desarrollé un afecto especial hacía el mundo vegetal, lo habrán notado, así que mis premuras se desvanecieron un tanto en la contemplación de las flores y arbustos que tan bien atendía el jardinero de esa casa. De una voz me sacaron de mi ensimismamiento y a través de los rosales me condujeron adentro, donde un hosco mayordomo no dejó de recordarme que iba a ser recibido por caballeros, que debía comportarme con educación, que no escupiera, que me limpiara las botas antes de entrar.

Recorrí no sé cuántas puertas y corredores hasta que me recibieron en un salón, amplio y regio, adornado con cuadros de viejos muertos, lleno del aroma a tabaco y buen oporto. Estaban Hamilton-Smythe, De Blaise y Torres, los tres rebosando satisfacción, con esa expresión que solo surge cuando se comparte bebida y conversación con buenos amigos. Ejerciendo de anfitrión estaba el dueño de la casa, el tío de la prometida de Hamilton-Smythe: Robert James Graham Abbercromby, décimo lord Dembow, un caballero de aspecto majestuoso, escocés de nacimiento, envejecido, de ceño permanentemente fruncido por el dolor, atormentado por alguna enfermedad que le había cargado con más pesares que los que a su edad, en nada excesiva, correspondían. Postrado en un sillón presidía la tertulia rodeado de sus invitados en pie, al igual que hago yo ahora con ustedes. Y del mismo modo que mi abnegado enfermero nos observa por ese ventanuco de la puerta, quisiera yo pensar que preocupado por mi estado de salud, allí también había un observador más, en el que apenas reparé. El futuro décimo primer lord Dembow era un sujeto tan gris y anodino que el más insulso de entre los criados de su padre resultaba atractivo a su lado. Percy Abbercromby se sentaba en una esquina, estirado en la silla y leyendo un libro, no creo equivocarme al asegurar que se trataba de la Biblia, vestido con la austeridad de un riguroso luto por su madre, extendido ya en el tiempo hasta la exageración; un espartano en medio de una familia que era famosa por su ascetismo (miseria y tacañería lo llamaban los más audaces de sus enemigos). Hasta su padre

parecía un cortesano versallesco a su lado. Era moreno, más joven que ambos tenientes, seguramente de la edad de Torres, aunque su simpleza en el vestir y el moverse y su cara carente de todo rasgo remarcable hacían difícil aventurar una edad. Lo único notable en él era la mirada; parecía incapaz de parpadear. En esa ocasión los textos sagrados de su regazo eran el objeto de esa fijeza inquietante.

He dejado para el final la presencia más perturbadora, una presencia inapropiada tal vez, la de una señorita en medio de caballeros fumando. Parece que el lord permitía a su sobrina ciertas licencias con tal de disfrutar de su alegría. Así la reunión estaba embellecida por la siempre encantadora señorita William. En ese instante creí ver a la criatura más exquisita del universo, y aún lo pienso, no es que la niebla del tiempo que suaviza tanto nuestros recuerdos haya alterado lo más mínimo la impronta de esa beldad en mi mente, en absoluto. Su imagen produjo tal efecto en mí, que ha permanecido intacta a través de los años. Era alta, quizá demasiado para una mujer, seguro que esa esbeltez había atormentado a la niña Cynthia, que al convertirse en mujer y florecer más que sus congéneres, transformó las timideces y pudores infantiles en un desparpajo y una alegría que en ocasiones rozaba las fronteras del buen decoro en la sociedad victoriana de entonces, tan pronta a escandalizarse. Era rubia, de mirada verde que inquietaría al más casto de los monjes, y armada con una sonrisa misteriosa, cuajada de promesas. No pude apartar la vista de esa mujer, tan opuesta a las siamesas o a la terrible Amanda, y el inevitable reparo que mi presencia le produjo me dolió más que los diez años de desprecios que ya cargaba a mis espaldas.

—¡Don Raimundo...!

—Raimundo.

—¡... ha cambiado de idea! Me alegro que se decidiera a acompañarnos.

—Usss... ted... —¿qué podía decir? Me costaba organizar mis ideas—, y... y... Yo pueo tr... trad... traducir.

—Sí por supuesto, me será de mucha utilidad. Gracias por venir.

—Gr... gracias por... re... rec...

—Eso debe agradecérselo a lord Dembow.

—Si este hombre le salvó de una suerte incierta como usted afirma —dijo el aludido desde su trono, en inglés, era el único, tal vez con el añadido de su hijo, que desconocía la lengua de Moliere, o que no se dignaba a emplearla—, siempre tendrá acogida en mi hogar. Alguien que presta semejante ayuda a un amigo de esta casa, así le consideramos ya por orden de mi Cynthia, podrá contar siempre con nuestra hospitalidad.

—Me siento algo abochornado por tantas atenciones como me están prestando —respondió Torres, tras recibir traducciones aproximadas de lo dicho por el lord de manos de los oficiales presentes—. No saben el bien que hace su cordialidad a un

viajero solitario como yo. Y el hecho de que nuestra amistad sea tan reciente me abruma aún más.

—¿Lleva mucho tiempo de viaje, señor Torres? —preguntó lord Dembow.

—Bastante, aunque se me ha hecho corto.

—Así es mi tío —interrumpió Cynthia besando alegre y cariñosa a lord Dembow —, preocupado siempre por los que lo rodean. No hay hombre más bueno y amable.

—Demasiado bueno, si me permite decirlo, señor —dijo De Blaise mientras se servía una copa más—. En exceso amable y tolerante en lo que se refiere a ti, Cynthia. Como lo oye, señor Torres, lord Dembow consintió el compromiso, que digo, el capricho irreflexivo de su sobrina hacia Harry, pudiendo haber conseguido para ella alguien mucho más apropiado; yo mismo.

—¿Más apropiado? —siguió la broma su amigo.

—Por supuesto. Harry, tú eres una excelente persona, adornado por todas las virtudes que un caballero británico debe tener, pero resultas un tanto triste y muy pedante. Yo soy mucho más decorativo en cualquier salón o en...

—No digas eso —dijo Cynthia divertida. Se cogió del brazo a su prometido, que sonriente pero tieso como la vara de un coronel, miraba a su camarada de armas— . Henry no es nada pedante, es muy inteligente y capaz, y muy guapo.

—¿Acaso yo soy feo? —Recién dichas estas palabras, De Blaise apartó la vista de la mirada cerrada que le lanzó el teniente Hamilton-Smythe y la dirigió a mí, como temiendo que su comentario fuera desafortunado; mucha consideración para alguien como yo.

—Tú eres tonto... pero encantador. Vamos sentémonos. —Yo no lo hice, permanecí en pie, en medio de la sala, incómodo y desubicado. El resto, salvo Percy, se acomodó en torno a la chimenea, presididos por el cuadro del viejo lord Dembow, el padre ya fallecido del actual y rodeando una mesa con licores dispuestos. Su hijo continuó en la esquina, atento a su lectura, sin dirigir una mirada siquiera a los invitados de su padre.

Por lo que puedo deducir ahora de mis recuerdos, la conversación había transcurrido distendida y superficial durante la tarde; los dos militares satisfaciendo las curiosidades de Torres por el país de sus anfitriones, jugando cada uno a ser más ingenioso que el anterior. De Blaise y Hamilton-Smythe eran hijos del Imperio y, como tales, se creían el centro del mundo. Ay, cierto engreimiento he encontrado yo siempre en los británicos, así que en ningún momento ambos fusileros se habían interesado en lo más mínimo por España ni por lo que de allí pudiera contarles Torres. Solo lord Dembow, mejor anfitrión, hizo ocasionales preguntas a Torres, que con gusto respondía, sobre su viaje y sus proyectos. El español era hombre de carácter jovial, dotado con especial sentido del humor que no hacía mala compañía al del teniente De Blaise, la tarde no pudo haber sido más entretenida.

En mi presencia, la charla pasó a temas más sombríos y más alejados tanto de bromas como de los aspectos científicos y culturales que Torres buscaba. No quisiera yo decir que el estar ahí canalizase esos negros nubarrones, pero desde luego algo influí. Comentaron las noticias de las últimas jornadas: el triste incidente del *Princess Alice*, muestra, según lord Dembow, de la codicia humana, pecado que aborrecía el viejo. Siguieron, como lo hacía la prensa del día, con el último ataque de Jack. Hacía medio año que ese criminal no había dado señales de vida, según comentaban ellos así como los periódicos que aireaban la noticia y que descansaban sobre la mesa, acompañando a las botellas de oporto. Jack el Saltarín había vuelto a atacar a una muchacha, ultrajándola y quemándole la cara, y varios informes policiales, según el Times, aseguraban haberlo visto saltando por los tejados de Londres. El propio Lord Mayor había declarado a Jack el Saltarín como «una amenaza pública» y comentaron que el mismo Duque de Wellington estaba dispuesto a iniciar una caza del criminal. Un sujeto que llevaba tanto tiempo atormentando a la ciudadanía, casi cuarenta años, no podía ser sino una superchería del vulgo.

—Los menos favorecidos necesitan explicaciones sobrenaturales para las desgracias que les atormentan —argumentaba lord Dembow—. Esto siempre es más tolerable que la realidad: el triste hecho de que es el mismo hombre el que comete las mayores atrocidades contra sus congéneres. Mejor acusar de cualquier crimen a ese estrafalario personaje folclórico que a nuestros vecinos.

Esta charla sombría no era en absoluto del agrado de la señorita William, que de inmediato retornó al tema que los había reunido.

—Vamos, caballeros —dijo—, háblennos de esa aventura en la que se han embarcado esta noche.

—Cynthia, por favor —protestaba el lord, aunque una sonrisa en su ajado rostro delataba la alegría que su sobrina traía a su vida—, no les animes a esa absurda apuesta.

—¿Por qué no, tío? Seguro que nuestros muchachos salen victoriosos frente a ese... misterioso yanqui. ¿Verdad, Henry? Y parece que el tema interesará más a nuestro invitado, no tanta muerte, violencia y tristeza. ¿Qué decías al respecto de esa apuesta, cariño?

—Nos explicabas algo sobre ese Ajedrecista —dijo su tío.

—Sí —corroboró Hamilton-Smythe—, el Ajedrecista de Maelzel, nada puedo explicar a usted, señor...

—Maelzel, ¿no fue él quien construyó un metrónomo para Beethoven? —preguntó Torres.

—El mismo, aunque hay quien dice que robó parte de ese ingenio a otro fabricante. Fue una persona muy notable en vida, inventor de numerosos artilugios, prótesis para soldados lisiados y otros artefactos. El Phanarmonicon que hemos visto

esta mañana era obra suya. Un gran creador, algunos lo igualan a Vaucanson. Con su ajedrecista recorrió toda Europa y las américas, maravillando en sus exhibiciones y humillando a muchos de los rivales con los que se batió esa máquina, aunque no a todos. Dicen que derrotó a Benjamín Franklin y que atrapó haciendo trampas durante la partida a Catalina la Grande y al mismo Napoleón.

—Circunstancia que podemos perdonar a ambos, la una era una gran dama y se la disculpan ciertas licencias en el juego —dijo De Blaise alzando su copa a modo de brindis—, y el otro era un francés. —Y apuró el oporto.

—Le aseguro que he conocido a muchos franceses brillantes —continuó Torres con el mismo ánimo— y, desde luego, Napoleón lo era...

—Hasta que se topó con Wellington...

—Que era irlandés, pero... teniente Hamilton, es sorprendente el conocimiento que tiene de ese Maelzel.

—Señor Torres, me temo que Henry dedica su atención a innumerables aspectos divinos y humanos —dijo Cynthia—, a todo menos a su pobre prometida que languidece aquí a solas.

—No seas injusta, querida. Te dedico todo el tiempo posible. El regimiento reclama demasiado mi atención. —Hamilton-Smythe besó la mano de la muchacha con delicadeza, pero sin dejar esa actitud envarada y militar.

—¿Puede usted creerlo? ¿Puede ser el ejército de su majestad tan cruel como para separar así a dos enamorados?

—Querida... —reprendió lord Dembow, recriminando con dulzura su intrusión en conversaciones tan sesudas.

—Estoy seguro de que si no es por una orden del alto mando, nada podría separar a ningún hombre de una joven tan encantadora como usted —continuo Torres.

—¿Ves, Henry? Tienen que venir extranjeros para enseñarte cómo galantear con una chica.

—Tonterías. —Semejante interjección, dicha con la profundidad de un bajo, provenía de Percy Abbercromby. Todos guardaron silencio. Nada en él o en su mirada podía decirnos si lo que le molestaba estaba en la conversación, o en su lectura. Una vez reclamada la atención de todo el salón, con la misma frialdad con la que habló, se incorporó, dejó su libro y se dirigió a su padre—. Señor. Debierais descansar ya.

—Enseguida, hijo —respondió su padre—. Estos jóvenes irán a su aventura y será el momento de que los ancianos nos retiremos.

—Perceval —intervino la señorita William, la única que no utilizaba el apodo materno para referirse a su primo. A la única que le estaba permitido tal familiaridad —. ¿Te unirás a ellos? Mi primo —aclaró a Torres— es un excelente jugador de ajedrez.

—No —cortó Percy, tajante—. Estoy cansado. Caballeros, Cynthia.

Y salió, y dejó tras de sí tanto silencio como el que acostumbraba a llevar consigo. Noté a Torres algo incómodo, malestar que lo llevó a hacer un esfuerzo en retomar cuanto antes la conversación que el joven había interrumpido con sus ademanes siempre groseros. Así dijo:

—Pero dígame, teniente Hamilton, ¿por qué se interesa tanto Maelzel y su mundo?

—No por admiración, se lo aseguro —intervino De Blaise—. Mi amigo lleva una cruzada intelectual en contra del progreso, la lleva desde que lo conocí en Eton.

—Vaya —sonríe Torres—, parece que eso nos convierte en enemigos.

—Espero que no. —Hamilton-Smythe tomó la botella y sirvió más vino a su invitado español—. Vivimos inmersos en esta época de cambios y adelantos, y esos prodigios nos han hecho retirar la mirada de Dios. Según transcurre el tiempo y vemos el avance de la ciencia, nos creemos más capaces de seguir este camino por la existencia nosotros mismos, sin auspicio divino alguno. El hombre empieza a creerse más grande que su creador, y eso es temible, acabaremos pagándolo.

—Yo no soy de esa opinión. Soy hombre de ciencia, como ya les he dicho, y no alcanzo a ver conflicto alguno entre esta y la devoción por nuestro Señor y su doctrina.

—Hombre de ciencia —intervino Dembow—. ¿Qué disciplinas domina, señor Torres?

—Ninguna, me temo. Aunque soy ingeniero, aún me considero alguien que está aprendiendo, por mucho tiempo que pase y mucho conocimiento que uno atesore, el saber es demasiado basto.

—En su caso no puede haber pasado mucho tiempo, es muy joven.

—No me crea enemigo de la ciencia —continuó Hamilton-Smythe con su discurso interminable—, en absoluto. El propio Maelzel que nos ocupa fue un científico de labor encomiable. Sus inventos para aliviar el dolor a tullidos por la guerra son caritativos, guiados sin duda por la gracia de Dios. Incluso llegó a idear un sistema para extraer a los heridos de la primera línea de fuego sin daño. En cambio, su Ajedrecista... ¿qué otro fin puede tener aparte de halagar la vanidad de su creador y ofender a Dios?

—Comprender el funcionamiento de nuestro cerebro. No veo ofensa a lo divino en eso.

—¿Construir una máquina que piense? —dijo lord Dembow, que parecía ser de la opinión de Hamilton-Smythe—. Ahí debo dar la razón a Hamilton; eso es suplantar la labor de Dios.

—Pero señor, creo haber entendido que tal Ajedrecista era un fraude.

—Sin duda —dijo Hamilton-Smythe—. Ya suscitó polémica en tiempos de

Maelzel.

—Esta es la parte que a mí me interesa —intervino De Blaise—. Si es una farsa como dice Harry, la nuestra es una apuesta segura.

—Más que segura, John. No se trata solo de una ofensa a nuestro Señor, es una ofensa al intelecto. —El teniente miró a su futuro suegro, buscando en él la aprobación de sus palabras—. El ajedrecista de Maelzel se perdió en un incendio en mil ochocientos... cincuenta y cuatro, en Filadelfia creo, lo que nos ofrece Tumblety es un fraude sobre otro fraude, sin duda.

¿El doctor Tumblety? —exclamó Cynthia—. No habíais mencionado que fuera él. Este juego cada vez se presenta más interesante...

—Vamos, querida —intervino lord Dembow—, no creo que sea médico.

—Claro, tío, es un charlatán, pero no negarás que sus jarabes obran maravillas. —Y aclaró para los demás asistentes—: Mi tío le invitó a cenar en una ocasión, hace unas semanas, ¿no fue entonces, tío?, y parece que alivió sus achaques con unos ungüentos... no sé, resulta ser un individuo muy interesante, con solo una «consulta» ha conseguido más que el doctor Greenwood.

—No digas tonterías... —Palmeó con cariño la mano que Cynthia le tendía—. No haga caso a mi sobrina, señor Torres.

—Hablo en serio. Es posible que sea verdad, que sepa algunos trucos de los indígenas americanos, ¿no?

—¿Qué enfermedad le aqueja, si me permite preguntarlo? —dijo Torres.

—Una de esas dolencias que hace que todos los médicos, por reputados que sean, se limiten a prescribirte láudano para el dolor, porque en el fondo no saben lo que es. Ve, señor Torres, la ciencia que tanto valora nada puede hacer cuando Dios decide cargarnos con algo así. Ni la ciencia de usted, ni la de ese Tumblety. No me proporcionó tanto alivio como dices, Cynthia. Se limita a recetar remedios caseros y adornarlos con verborrea barata. No es más que un feriante.

—Hablando del doctor charlatán — interrumpió De Blaise—, mejor que vayamos ya a su encuentro, no debiéramos llegar tarde. ¿Nos acompañará, lord Dembow?

—No, no me encuentro hoy muy bien.

—Por lo que luego supe, la de De Blaise era una pregunta cortés. El viejo lord hacía mucho que no se encontraba muy bien y vivía casi en reclusión en casa—. Además, debo despachar algunos asuntos con mi secretario, debe de haber llegado ya... —Cynthia disuadió a su tío de dedicarse a otra cosa que al descanso, cosa que lord Dembow agradeció con una sonrisa de felicidad y amor hacia su sobrina.

—Dejemos que se vayan estos caballeros tan serios con sus discusiones de temas profundos, tío —dijo la joven—. Te leeré algo.

—Pues salgamos ya —dijo Hamilton-Smythe. Recibió un cariñoso y casto abrazo de la señorita William y llamó al servicio para que dispusieran un coche. Parecía que

el joven teniente disponía en casa de su prometida como si fuera ya miembro de la familia. Torres me invitó a acompañarlos y yo acepté. En mi cabeza se fundían las imágenes de Potts y Tumblety, los dos peligros que se cernían sobre aquellos señores, sin que supiera bien cuál era peor, qué podían querer cada uno. Subimos al coche que nos aguardaba ya en la puerta.

—¿Está muy delicado lord Dembow? —preguntó Torres de camino.

—Así es —dijo Hamilton-Smythe—, padece innumerables dolencias, de no ser por su fuerte constitución, ya nos habría dejado hace tiempo. Esa fortaleza no impide que sufra muchos dolores, y esos padecimientos lo llevan a relacionarse demasiado con mercachifles como Tumblety.

—Por suerte nos tiene a nosotros —dijo De Blaise—, para escarmentar a truhanes, como vamos a hacer ahora mismo.

—Y por fortuna también tiene a Cynthia, que lo adora y cuida como a un padre.

—¿Y a su hijo...? —La pregunta retórica del español quedó colgada en el exiguo habitáculo del birlocho, mientras que los tenientes cruzaban miradas de complicidad. Fue De Blaise quien habló, eligiendo, a juzgar por su tono, cada palabra con sumo cuidado.

—Percy Abbercromby es un hombre noble y capaz, lamentablemente la muerte de su madre le sumió en una tristeza enfermiza.

—Lo lamento. ¿Falleció hace mucho?

—Cinco años, tras una penosa convalecencia —sentenció Hamilton-Smythe—, la familia no comenta ese desagradable suceso. —Y de nuevo se impuso un incómodo silencio, hasta que Torres probó a aligerar el ambiente.

Por cierto, teniente —dijo—, permítame darle la enhorabuena por su compromiso, su prometida es una criatura encantadora.

Ya lo creo —dijo De Blaise—, encantadora, aunque me reafirmo en su pésimo gusto para los hombres.

—Y parece muy abnegada para con su tío.

—Sí —contestó Hamilton-Smythe algo ausente.

—Esa enfermedad que lord Dembow arrastra ha empeorado en los últimos años —aclaró De Blaise—. Está mermando también el ánimo de Cynthia, aunque se muestra alegre y dispuesta, sé que cada año va a peor. Y aunque crea que la elección de prometido no es apropiada —sonrió—, he de reconocer que su futuro enlace lo anima, y su sonrisa nos anima al resto. Ruego porque tanto desvelo por lord Dembow no la apague jamás...

—Parece una joven muy fuerte, no ha heredado la delicada salud de su tío...

—Sería un milagro, amigo Torres, puesto que no son parientes. El capitán William era un gran amigo de lord Dembow, que al morir muy joven dejó a su única hija al cuidado de su camarada. Desde muy niña la ha tratado como una hija más que

como a su pupila. ¿No es así, Harry?

—Ya llegamos.

A la puerta de una casa pequeña y sencilla nos recibió un joven con algo de ese desaliño propio de la intelectualidad, que inquieta sin llegar a resultar ofensivo. Se presentó como Henry Hall Caine de Liverpool, un amigo de Tumblety con el que pasaba estos días en Londres. Mis ojos se cruzaron con el doctor indio cuando este salió a las escaleras y de nuevo temblé. Tumblety fijó su mirada en mí con desagrado, no porque me reconociera, sino por lo inapropiado de mi presencia en esa reunión. Nadie parecía interesado en que yo me uniera a la cena, y Torres, sensible a mi situación por esa rara cualidad empática suya, me aconsejó que los esperara a la salida, junto al coche. Yo acepté el consejo sin dudarlo un momento.

El cochero llevó su vehículo a un pequeño callejón anejo y allí quedé yo, en medio de la calle, observando al farolero que repasaba la luminosidad de las luces, escrutando cada hueco donde alguien pudiera esconderse, aquí y allá, en las calles adyacentes, bajo cada adoquín de ese Londres hostil donde empezaba a llover. Nada vi y mucho creí ver.

Entretanto, dentro transcurrió la reunión dirigida en cada punto por la férrea batuta de Francis Tumblety. El señor Caine se mostró hospitalario y atento, un intelectual de fluida conversación, algo radical tocando según qué temas para el gusto de Torres, pero un hombre muy interesante en cualquier caso. Ejercía de crítico teatral, aunque su amigo Tumblety dejó entrever que sus inquietudes literarias iban más allá de la mera crítica o la erudición, y eso lo traía con frecuencia a Londres, a asistir a las temporadas de teatro, ocasiones para las que un amigo común, el señor Stoker, que era representante del afamado actor sir Henry Irving, les prestaba aquella casa.

—Gracias a él —comentaba Caine—, no pienso perderme el debut de Irving en el Lyceo. Es un genio. ¿Lo ha visto actuar en alguna representación, señor Torres?

—No he tenido esa suerte. Además, me temo que mi inglés no es suficiente para disfrutar de su Shakespeare. Pero ¿el señor... Stoker no estará con nosotros? —Torres esperaba poder agradecer la hospitalidad al dueño de la casa.

—No gozaremos de su compañía hoy—respondió Caine—. El señor Stoker va a casarse en unos meses, y me temo que eso le tiene algo ocupado, aparte de sus labores como agente teatral...

—Sé de lo que habla —dijo De Blaise—. Nuestro amigo Harry también anda atareado con cuestiones de desposorio.

—Enhorabuena, teniente. —Hamilton-Smythe acogió la felicitación con una sonrisa, felicitación a la que se unió Tumblety.

—Le deseo lo mejor. La cabeza del más sensato de los hombres pierde su rumbo ante la mujer amada, espero que solo sea momentáneo en su caso, y en el del señor

Stoker... me refiero a que sea pasajera su... «desorientación romántica», claro, para su enlace le deseo todas las bienaventuranzas imaginables. Comamos algo, no quiero que la velada se extienda demasiado y olvidemos el asunto que nos ha traído.

Fue una cena espantosa en lo tocante a lo gastronómico, si hacemos caso al gusto de Torres, y no lo pongo en duda. Comer allí después de haberlo hecho aquí, es siempre un desagradable contraste. En tanto a la conversación, eso fue otro cantar. Caine la guió al principio con buena maestría, aunque siempre orientando los temas hacia sus intereses. Se mostraba muy preocupado por la conservación de edificios en Londres, que al parecer peligraban debido a una política urbanística un tanto agresiva con las antigüedades. Poco a poco, fue eclipsado por su expansivo amigo, dotado de mucho más carisma. Torres pasó la mayor parte del tiempo cayado, siempre fue de las personas que gustaban más escuchar que hablar. Por el contrario el americano lo hizo y mucho. Agotó varias botellas de vino humedeciendo su gaznate seco por tanta charlatanería incontenible. Empezó glosando un asombroso currículo de proezas médicas, comentando los portentos de la medicina india, lo menospreciada y perseguida que era en su país natal, y cómo él aprendió tal ciencia de grandes maestros quienes a su vez habían aprendido de los mismos apaches, y la practicaba con pericia y asombroso éxito. Mencionó de pasada su amistad con personalidades de más allá del atlántico a las que había administrado sus remedios con éxito, aportando cartas personales del general Grant y del propio Lincoln, que elogiaban su eficiencia y buena conducta como médico militar, y terminó recordando fugazmente su carrera política en el Canadá, donde rechazó un puesto de parlamentario porque:

—He nacido para sanar, señores, y les aseguro que tratar de desempeñar una tarea similar desde la política es de lo más frustrante.

La solemnidad con la que el americano hablaba de su pasado, la vehemencia con la que defendía sus ideas, la firmeza de su mirada lo dotaba de la sinceridad que tienen los hombres seguros de sí mismo. Era comprensible el triunfo social del médico indio.

A los postres se suscitó un enconado debate entre el teniente Hamilton-Smythe y el mismo Tumblety sobre la ciencia y los males y bienes que al hombre trae. Ambos polemistas no eran muy doctos en la materia que trataban; el oficial disparaba con andanadas de pobres argumentos nacidos de su recalcitrante puritanismo y Tumblety se defendía, bastante bien por cierto, con cargas de evidencias de lo más disparatadas. Amparaba la ciencia sin conocerla y sus ideas eran una mezcla de extrañas teorías entresacadas de certezas medio oídas y apenas entendidas, y simples mentiras de buhonero. Torres se limitó a asentir en ocasiones, interviniendo lo menos posible, pese a que sabiendo Tumblety de la educación científica del español, insistió una y otra vez en que tomara parte y opinara, tal era su atrevimiento.

—Dice que ha recorrido el continente, señor Torres, y seguro que ha notado que

allí está en auge cierta corriente que concilia antiguas medicinas, llamémoslas «naturales», con los últimos descubrimientos. Si ha estado en Alemania habrá oído...

—No, no he tenido la fortuna de pasar por allí. Por otro lado no sé gran cosa de medicina.

Terminada la cena, pasaron a una pequeña salita a tomar un licor antes de comenzar el juego, todos menos Caine, que dijo tener que ocuparse de su correo.

—El pobre Hommy Beg se encuentra algo cansado —excusó el doctor indio a su amigo, empleando ese cariñoso apelativo infantil—. Es un artista en el fondo, y los artistas suelen sumirse en el tedio cuando la conversación torna hacia la ciencia.

En la sala estaban los sabuesos negros de Tumblety, y lejos de sacarlos para que no molestaran durante la conversación, los mandó sentarse y allí permanecieron a sus pies, gruñendo de cuando en cuando. Los tres invitados, una vez superada la molestia de esos grandes y amenazadores animales, notaron un par de extraños ornamentos sobre la repisa de la chimenea, tan turbadores como los perros. Allí descansaban dos urnas de cristal selladas, llenas de algo sumergido en un líquido ambarino, custodiando un pequeño cuadro, un bordado en el que fulgían en letras rojas cuatro estrofas de un poema enardecido, tan grandilocuente como el propio Tumblety. Sin que estuviera clara la naturaleza de los objetos que rodeaban esas rimas, su aspecto y su colocación, fuera de lugar en la decoración tan cálida del cuarto, resultaban incómodos.

—Oh —exclamó Tumblety mientras ofrecía tabaco—, veo que han reparado en mis... mmm... ¿cómo llamarlos? —«Monstruosidades es lo que yo les llamaría», susurró De Blaise al oído de Torres en francés—. Los considero mis trofeos, muestras de la maravilla que es el organismo del hombre, mi modo de rendir homenaje a esa creación divina que usted tanto respeta y defiende, teniente.

—¿Qué son? —preguntó De Blaise alzando uno de los frascos al trasluz.

—Ese que usted sujeta contiene un páncreas, teniente De Blaise, este otro guarda un útero en perfecto estado de conservación.

De Blaise dejó caer el tarro, que recogió antes de que llegara al suelo un sonriente Tumblety. Hamilton-Smythe a su vez soltó un «Santo cielo» espantado.

—Vamos caballeros, somos todos hombres civilizados. Es solo parte de mi colección de órganos.

—¿Y lo considera una colección normal? —preguntó Hamilton-Smythe.

—En un hombre de ciencia y un médico como yo, sí. No se trata de un capricho, los necesito para mis estudios. Bien, ¿una copa antes de ir para allá? —Y se dispuso a servir el whisky, que De Blaise apuró en un solo trago.

—¿Está lejos su Ajedrecista? —preguntó Torres mientras se sentaba junto a la chimenea.

—Como era de esperar nuestro amigo el ingeniero español parece muy

impaciente por empezar este pequeño juego. No se apure, no tardaremos mucho.

Perdone que insista en este punto, doctor Tumblety —dijo Hamilton-Smythe, que se mantenía en pie—. ¿Afirma que está en posesión del ajedrecista de Maelzel?

—En efecto, ya lo vieron ustedes mismos.

—Tenía entendido que ardió en los Estados Unidos hace veinte años.

—Es indudable que este no es el caso. No me es posible revelarles cómo tan importante objeto ha llegado a mis manos, no porque haya nada siniestro en ello, es simple ética en los negocios. Las personas por medio de las cuales obtuve el Ajedrecista deben mantenerse en el anonimato.

—No veo la necesidad de ese secretismo —dijo De Blaise.

—La discreción es siempre una virtud en estos asuntos, discúlpenme, pero prefiero no desvelar la identidad de personas que puedan comerciar con tan importantes objetos. En todo caso es irrelevante para lo que nos ocupa. Lo importante es que obra en mi poder la prodigiosa máquina que fabricó Johann Maelzel...

—No —zanjó Hamilton-Smythe con excesiva sequedad.

—¿No?, ¿insinúa que miento, teniente?

—No pretendo ofenderle en su casa, Tumblety, pero no es correcto lo que ha dicho. Primero no es tan prodigiosa la tal máquina y dentro de unos minutos lo probaremos, y segundo, Maelzel no fue quién construyó al Ajedrecista. Aunque se le conozca muy a menudo con ese nombre, Maelzel compró el Ajedrecista a su creador, Wolfgang von Kempelen, un funcionario del Imperio Húngaro del siglo pasado, un ingeniero, como usted señor Torres, matemático, físico, lingüista; un hombre sobresaliente.

—Favor que usted me hace, teniente, no gozo yo de tanta «sobresaliencia».

—Sonrió Torres, y luego añadió—: Parece admirar mucho a ese von Kempelen.

—No. Era muy brillante por lo que yo sé, pero ha pasado a la historia por ese gran fraude que es el Ajedrecista. —Tumblety sonrió displicente ante esa afirmación, y apuró su copa—. Lo vendió a Maelzel pocos años antes de morir, después de décadas de pasearlo por toda Europa, exhibiendo esa burda imitación de la vida.

—¿Y cuándo dice que construyó la máquina?

—Allá por el mil setecientos setenta, más o menos, no recuerdo bien la fecha. Fue fruto de un reto, por cierto, como lo que hoy nos ha reunido aquí a nosotros. La emperatriz María Teresa, monarca muy interesada en las ciencias, recibió a un famoso prestidigitador francés, un tal *monsieur* Pelletier, miembro de la Academia de las ciencias de París, que entretenía a su público con una serie de «juegos magnéticos». Tras la representación del francés, a la que asistió Kempelen, y en la que desveló todos los artificios que el galo presentó gracias a su perspicacia y a sus profundos conocimientos científicos, su Alteza Imperial pidió a su súbdito que realizara un prodigio que superara todos los trucos de todos los magos del momento.

Kempelen, incapaz supongo de hacer nada mejor, apareció a los seis meses presentando ese falso Ajedrecista, y ahí empezó este gran embuste.

—¿En qué sentido era un embuste? —siguió preguntando Torres, que parecía el más interesado en el tema. Tumblety se limitaba a poner irónicas expresiones.

—Durante las exhibiciones, von Kempelen, o Maelzel, o quien fuera que estuviera en posesión del Ajedrecista y lo explotara...

—¿Hubo más poseedores? —esta vez fue De Blaise.

—Sí, a la muerte de Maelzel sus propiedades se subastaron, y el Ajedrecista acabó en manos de un médico americano, un tal doctor Mitchell, que también trató de lucrarse con la estafa... ah, y por supuesto tenemos a nuestro doctor Tumblety.

El aludido inclinó la cabeza burlón, y matizó:

—Le recuerdo que yo no cobro entrada alguna ni exhibo a esta maravilla.

—Sólo apuesta con él —dijo Hamilton-Smythe.

—Lo que espero que sea un modo de lucro para nosotros, no para usted —dijo De Blaise.

—Todos los propietarios se mantenían presentes junto a la máquina y su oponente durante las partidas —prosiguió Hamilton-Smythe ignorando el comentario—, y es bien posible que fueran capaces de manipular al autómata mediante un sistema de hilos o imanes, o hacer algún tipo de señas al jugador que de seguro se escondía en las tripas de esa marioneta falaz. Muchos que presenciaron las exhibiciones afirmaban eso.

—¿Estaban presentes?

—Y manipulaban en ocasiones al autómata, fingían ajustar algo de la maquinaria, o con cualquier otro ardid. Es seguro que pasaran información a un cómplice en el interior de la figura del Turco. ¿Cómo? Con gran habilidad, desde luego, puesto que nadie...

—Discúlpeme, pero creo que fueron más los que quedaron asombrados del Ajedrecista y lo calificaron de «el mayor prodigio tecnológico del siglo», que los que dudaron de él —dijo Tumblety y después de mirar a su oponente con largueza, añadió —: No solo cree que fuera falso, sino que lo desea con fervor, teme que no sea así, ¿me equivoco, teniente?

¡Diantre!, no, no lo deseo; tengo completa seguridad de que ese Ajedrecista es imposible, a menos que se trate de un engaño, un juego de títeres, sombras chinescas. Porque de lo contrario... miren. —Hamilton-Smythe buscó algo bajo su guerrera, sacó un papel que se puso a leer—. Es una copia del artículo que el señor Poe escribió con ocasión de una exhibición que hizo Maelzel en Richmond, en mil ochocientos treinta y cinco. Sirva de ejemplo, Poe no fue el único que vio la trampa tras todo ese espectáculo. Bien, pues el señor Poe dijo... leo: «es por completo cierto que las operaciones del autómata son guiadas por una mente, y por nada más... la

única incógnita es el modo en el que la intervención humana es llevada a cabo». —Volvió a guardar el documento en su pecho, y mirando a toda la concurrencia con gravedad, dijo—: Porque de lo contrario esa mente necesaria para jugar al ajedrez no es humana, sino artificial, y eso es inconcebible, la peor de las blasfemias.

Todos guardaron un silencio incómodo, en aquel tiempo de modales tan rígidos como afectados, la irrupción del profundo fanatismo era siempre desconcertante, aunque estuviera cargado de razones, como parecía estar en este caso. El Monstruo, al que poco podían perturbarle los excesos, habló y zanjó el debate.

—Caballeros, esta agradable discusión, como no podía ser de otra manera hablando con caballeros tan instruidos, también es muy fútil pudiendo dirimir nuestras diferencias en el irrebatible terreno de lo empírico.

—Tiene razón —dijo De Blaise apurando su copa, su segunda copa— . Esta tertulia es excelente, el whisky inmejorable, pero sinceramente prefiero no prolongar demasiado la reunión entre caballeros, a menos que se hable de deporte.

—¿Echa algo de menos, teniente? — preguntó Tumblety mientras sacaba por fin a los perros de la habitación.

—Ya le digo que su whisky es magnífico y muy aromático, doctor, aunque prefiero el perfume de una mujer.

—Vamos, no me dirá que el punto de vista de una fémina hubiera aportado algo a nuestra charla.

—Belleza, ¿le parece poco?

—Sí. —El americano cerró con demasiada brusquedad la puerta tras sacar a sus perros, que empezaron a ladrar a través de ella—. Yo le diré lo que aportan las mujeres: nada en el mejor de los casos y lo más habitual es que traigan el desconcierto y la cizaña; la manzana del pecado. Hay algo en la condición femenina que las hace incapaces para cualquier actividad, salvo la de procrear, actividad esta que comparten con vacas, cerdas y hasta el más inmundo representante del reino animal. Son propensas al juicio ligero, al engaño o a la distracción veleidosa si no quieren ser muy severos; a la traición, para ser más precisos. Admiro profundamente a su país, caballeros, que me ha acogido tan bien, pero hay algo pernicioso en ser gobernados por una mujer. Sean sinceros, ¿cuáles son las virtudes que ensalzamos en ellas? La belleza, el alimento de la vanidad, que no es otra cosa que la máscara que usa el engaño. La discreción, que es un modo de disfrazar la mentira. La abnegación por los hijos, cuya finalidad es manipular a los jóvenes y hacerse así con el gobierno del hogar, que debiera siempre quedar en manos del varón. En cambio la razón, el valor, la lealtad... son virtudes desconocidas por ellas, virtudes masculinas. Esas perras de presa son fuente de todos los pesares y las angustias del hombre. Si son bellas, pronto acaban cayendo en el adulterio, víctimas de su débil voluntad, incapaces de resistirse al tornadizo carácter que todas poseen. Si por el contrario no

son agraciadas, su naturaleza luciferina las dota de una malsana astucia, que no inteligencia, para pergeñar las más viles ofensas. Si ven a un buen hombre sufrir, detrás estarán las arteras intenciones de...

Los tres permanecían en silencio, quietos, consternados. Ni siquiera cuando las palabras de Tumblety apuntaron aunque de refilón a la Reina, los dos oficiales británicos movieron un músculo. La crispación con la que el doctor indio pronunciaba aquella diatriba era excesiva, desaforada, como los ladridos de sus mascotas. Apretaba los puños hasta blanquear los nudillos y hacía gestos como si estuviera arengando a la multitud hacia una enloquecida cruzada. Cuando reparó en la mirada de sus invitados, calló azorado. Ya solo se oían a los sabuesos. Dio una orden que ambos animales obedecieron y él se disculpó.

—Perdonen mi... entusiasmo. Estuve casado, saben, y mi esposa me fue infiel. No es una falta que cualquier hombre aguante con serenidad, discúlpenme. En todo caso, hemos venido para otra cosa. Vayamos a ver al Ajedrecista.

Salieron los cuatro, yo estaba adormilado, recostado contra el coche que aún los esperaba. Hall Caine, el querido Hommy Beg, quedó en casa tras despedirse de su amigo tomándole la mano en actitud demasiado familiar, circunstancia que seguro todos percibieron ahora que, después del incomodo episodio de minutos antes, lo observaban con atención. Subieron al coche y yo lo hice al pescante, pues ya no había sitio para mí al añadírsenos Tumblety.

—Se va a empapar allí arriba —dijo el siempre atento Torres—, parece que va a arreciar.

—No se apure, señor —dijo el cochero de lord Dembow, mientras me tendía un amplio capote—. Su criado puede guarecerse con esto, yo no lo necesito. No me afecta la lluvia ni el frío. —Eso hice.

Fuimos hacia el este, a la Isla de los Perros, que no es una verdadera isla, sino una península formada por un acusado meandro del Támesis. Eso no es del todo cierto, el City Canal, habilitado para evitar que los buques perdieran el tiempo negociando la curva del río y donde se encuentran los magníficos West India Docks, corta la isla del resto de Londres, al que se mantiene unida por puentes a través de los que circula el tren. Así, la Isla de los Perros quedaba a un tiempo unida y aislada de la ciudad, convertida en un centro industrial donde se ubicaban astilleros, entonces ya no tan activos como hacía veinte años, y centenares de empresas, carboneras, conserveras e instalaciones portuarias. Emporios industriales gobernaban el tiempo y el espacio en la Isla. Claro está, allí abundaban los almacenes y otros edificios fabriles donde bien se podían guardar autómatas del siglo pasado.

Hubiéramos podido ir en tren si los horarios hubieran acompañado; nadie se planteó esa opción. A esas horas la ciudad era muy transitable, apenas tardamos. Por si fuera poco, las calles se vaciaron bajo la lluvia. Aun así yo, ya que no podía

proteger a mis amigos del mal que los acompañaba, mantuve mi vigilancia por lo que viniera de fuera, tarea imposible con la oscuridad acrecentada por el torrente que nos caía, demasiadas sombras sospechosas por escrutar, y con la continua distracción del chofer, tan campante bajo la lluvia, que no me hablaba, pero no cesaba de cantar cancioncillas soeces.

Tras esperar a que un lento vapor negociara el canal, cruzamos por el puente y nos adentramos en la Isla. Desde las cinco de la mañana aquello era un ensordecedor caos de sirenas y sonido de maquinaria. Una aglomeración de serrerías y siderurgias, de metal y chispas, de humos oscureciendo el cielo y de inmundicias apagando el Támesis. Ahora era de noche, y el silencio y la soledad gobernaban todo. Las calles, estrechas y retorcidas entre las humildes viviendas de tres o cuatro pisos para trabajadores cuyo mundo se circunscribía a la Isla, ajenos a la vitalidad de la City, cercana pero seccionada por el canal, resonaban con los ecos de nuestro tiro. No había muchos establecimientos públicos, la mayoría cantinas donde marinos y obreros, que hoy parecían desaparecidos, cambiaban viejas historias.

Terminó el trayecto en un viejo almacén en la parte oeste de la Isla de los Perros, uno más entre una línea larga que jalonaba el muelle de Millwall, a escasos metros del río. Un edificio alto, con tejado a dos aguas y en aparente desuso a juzgar por los desconchones y deterioros que se adivinaban en su fachada. Desdibujado y oculto por la cortina de agua que nos caía se vislumbraba un viejo letrero sobre el portón, del que apenas se entendían las primeras letras: Great E... y algo más, bajo ellas, una cifra de más reciente escritura: 1558. La altura de esa fachada y su deterioro extinguieron la alegría que traían los caballeros, parecía que ese depósito solo estaba diseñado para almacenar cosas feas, tristes, las más tristes. Uníase a eso el ambiente lóbrego, solitario, lejano al Londres que conocían, como si la ciudad hubiera desaparecido y solo quedara el reflejo desvaído de los peores recuerdos de sus habitantes. Dicen que aquello fue hace mucho un pantano, y no me sorprendería que los vapores pútridos que de él emanaran tiempo atrás hubieran permeado el suelo, el aire y el cemento de los muelles; aún seguían ahí.

No se veía un alma, lo que inquietaba y apaciguaba el ánimo por igual. ¿Quién, que no fuera un grupo de jóvenes aventureros tras una estrambótica apuesta, podía frecuentar esas frías soledades? Por lo menos, la lluvia y el río cercano apaciguaban el hedor que seguro llenaba esos parajes y que hubieran molestado a los caballeros, no a mí.

El cochero insistió en irse, aduciendo que no quería dejar los caballos del señor ahí, a la intemperie y en tan desagradable barrio. Tumblety sugirió que volviera dentro tres horas.

—Una hora por partida, supongo que no nos llevará mucho más tiempo. —Sonrió mordaz, y ofreció dinero al conductor.

—Por dios, señor —dijo este, rechazando el dinero—, no tiene que darme nada. El señor ha dicho que esté a su disposición y eso haré. Estaré aquí dentro de tres horas.

El coche se fue acompañado del ruido de los cascos sobre el empedrado húmedo, y nos dejó, solos.

Tumblety abrió el candado que cerraba el almacén. Entramos, la lluvia se filtraba por el techo, rebotando y sonando aquí y allá. El olor a cerrado y a pescado de tres días hizo que los señores protegieran sus narices con pañuelos. Tras encender unos candiles, apareció de las tinieblas el cuartucho que vieran en la foto tridimensional, aunque ahora, libre de los marcos físicos del retrato, parecía mucho más amplio, y más desagradable. Una gran nave llena de trastos y bultos oscuros, cuya naturaleza en nada apetecía descubrir. Tumblety fue colocando sillas ante un gran bulto cubierto de lienzo rojo situado justo en el centro, en silencio, sacudiéndoles antes el polvo.

—Caballeros, aquí lo tienen. —Y con ampulosa afectación retiró la cobertura. Allí estaba el autómata, como debió aparecerse ante la emperatriz de los austrohúngaros hacía un siglo, en escenario más regio. Con esa luz tenue el maniquí con aspecto de turco cobraba un poco más de vida. Esos ojos hueros, fijos en mí, parecían andar a medio camino entre lo vivo y lo inerte.

Visto entonces, al natural, las dimensiones del Ajedrecista se redujeron un tanto. El escritorio ante el que se sentaba el Turco mediría metro y medio de largo por cerca de uno de profundidad, y algo más de alto. Se sustentaba en cuatro pequeñas ruedas de color broncíneo que lo alzaban un poco del suelo.

El pupitre estaba dividido en su frente por tres puertas iguales, bajo las que había un cajón ocupando todo lo largo del mueble.

Los presentes se fueron sentando, despacio, ensimismados en la contemplación de un trozo de pasado.

—¿Es... es el de Maelzel? —preguntó De Blaise.

—De von Kempelen —matizó Hamilton-Smythe con reverencia—. No puede ser...

—Les aseguro que lo es, señores —dijo Tumblety—. Y de no serlo, no somos tratantes de antigüedades después de todo. No es la autenticidad de esta pieza lo que nos ha llevado hasta aquí. Sea el Ajedrecista de von Kempelen o lo haya fabricado yo el mes pasado, afirmo que esta máquina puede derrotar a cualquiera de ustedes, y hasta a un maestro reconocido del ajedrez que nos acompañase. ¿Dispuestos?

Todos asintieron y Tumblety comenzó con la exhibición. Como había asegurado que haría, permitió que la vista inquisitiva de los fusileros y el señor Torres escrutaran las tripas del autómata hasta quedar satisfechos. El americano sacó del bolsillo de su chaleco un juego de llaves del que escogió una para abrir la puerta de la izquierda del escritorio, alumbrando con un candil lo que había dentro. Todo el

interior parecían ruedas dentadas e intrincada maquinaria de relojería, entre la que sobresalía un grueso rulo horizontal con un complicado diseño de hendiduras grabado, como el cilindro con púas de una caja de música o una pianola, pero mucho más abigarrado. Tumblety fue a la parte de atrás del Ajedrecista y allí abrió otra puerta que se oponía directamente a la que había dejado abierta al frente. Movió la luz e iluminó por detrás toda la maquinaria; para un lego como yo parecía un intrincado embrollo de piezas de poca utilidad.

Cerró las puertas a continuación para abrir el cajón de abajo, de donde sacó un tablero de ajedrez y las piezas, de color rojo y marfil tanto el uno como las otras. Lo dejó sobre la mesa y abrió las dos puertas restantes. Dentro, además de la similar colección de componentes metálicos, aunque en menor densidad, había un cojín rojo, una pequeña caja de madera y un tablero lleno de letras doradas, objetos que Tumblety depositó con mimo sobre una pequeña mesa junto al Ajedrecista. De nuevo abrió puertas traseras e iluminó por ahí los mecanismos, moviendo la luz minuciosamente, desvelando cualquier sombra, cualquier resquicio...

Sin cerrar las puertas, giró al autómata sobre sus ruedas, mostrándonos la espalda del Turco, que parecía sentado y torcido, en postura muy incómoda tras el escritorio. Levantó... sin pudor alguno los ropajes del muñeco, dejando a la vista dos compuertas más en lo que debieran ser la espalda y el muslo izquierdo, sin relación anatómica real con sus homónimos humanos. A través de ella se vieron más piezas, ruedas y resortes. Giró de nuevo el autómata, hasta... hasta revisar cada costado, cerró las puertas y arregló las ropas del Turco. Entonces, con la celeridad de los movimientos repetidos más de una vez, colocó el almohadón bajo el codo izquierdo del muñeco, retiró la larga pipa de la mano izquierda, dispuso el tablero y las piezas sobre la mesa ante el autómata con mucho cuidado, y por último empezó a manipular en los mecanismos a través de una de las puertas traseras. Una vez acabadas estas e... maniobras, colocó y encendió dos candelabros de tres velas a cada lado del tablero, respiró profundo, se atusó la ropa y quedo de pie, tieso como el propio autómata.

—Caballeros, el Ajedrecista está dispuesto. —Yo no vi trampa ni cartón, y desde luego el examen de aquel artefacto fue tan minucioso como Tumblety había prometido. A juzgar por la expresión del resto de los asistentes, ninguno había encontrado al socio del médico indio, al enano o al niño que pudiera estar oculto allí . ¿Quién será el primer oponente?

—Creo que lo más oportuno es que sea yo —dijo rápido el teniente De Blaise—. Si ganara, lo que supondría algo extraordinario en los anales del ajedrez, además de una prueba irrefutable de que esa máquina que nos mira tan impertinente carece por completo de la más mínima capacidad de raciocinio, sería ya innecesario el resto de partidas. No estaría bien aprovecharse del buen doctor indio, tras haber sido un anfitrión tan espléndido.

—Como guste, teniente.... Las únicas reglas que he de imponerles, si se avienen a ellas, son las siguientes: el Turco juega con blancas... Una vez posada una pieza en una casilla, no podrán nunca, y digo nunca, echar atrás el movimiento. Y lo que es más importante, las piezas habrán de colocarse lo más centradas posibles en cada cuadrícula. ¿Correcto? Pues acérquese, teniente; siéntese ante el Ajedrecista.

De Blaise se levantó sonriendo a... sonriendo a...

... a su camarada y a Torres. Era un gesto nervioso, diferente a su habitual despliegue de alegría y desenvoltura. La oscuridad, en el más amplio sentido de la palabra, había apagado las efusiones del teniente. Por el contrario, tanto Torres como Hamilton-Smythe se defendían de esta extraña experiencia de modo muy distinto a esa falsa actitud jocosa... cada uno según su temperamento; el primero manteniendo su acostumbrada serenidad al concentrarse, y el segundo con una obstinación excesiva en su mirada, ambos algo más tensos de lo que los había visto hasta el momento. En cuanto a mí, me mantuve atrás, en pie y asustado, sin saber muy bien por qué. El teniente se sentó delante del ajedrecista, inseguro, lanzando miradas fugaces a sus camaradas. Tumblety fue al lado izquierdo del autómata y metió una gran llave en un hueco del escritorio.

Un silencio tirante... un silencio llenó el lugar en cuanto terminó de girar la llave. Luego un sonido de maquinaria, un tictac intenso, surgió del interior del autómata. Los ojos del Turco... creo que brillaron, muy levemente, no puedo asegurarlo; la media luz de los candiles, el olor a polvo y pescado... algo cambió en su aspecto.

Movió la cabeza. Faltó muy poco para que saliera corriendo, y creo que noté algún respingo en el resto de los presentes; desde luego, De Blaise casi se incorporó de la silla. El autómata giró la cabeza a un lado, muy despacio, muy despacio... muy... luego al otro, como si estuviera reconociendo a los presentes. Luego miró el tablero, levantó el brazo izquierdo y movió el peón de alfil de reina.

De Blaise miró... miró... hacia atrás.

—Se ha movido —dijo, manifestando la sorpresa de todos.

—Adelante teniente —dijo Tumblety—, mueve usted.

La partida prosiguió, movimiento a movimiento, sin que Tumblety interviniera en nada. Se sentó junto a Torres y no se acercó al Turco, excepto cada diez o doce movimientos, para de nuevo darle cuerda. Fuera de eso... se limitaba ocasionalmente a hacer crípticas manipulaciones en la caja y el tablón con letras que antes sacara del autómata, siempre adornado de cierto secretismo de vodevil mágico... mágico...

Sí, estoy cansado... cansado... pero si me permiten un minuto. Podré seguir... seguir... oh... si ustedes quieren claro.

Aquí... si pudieran abrir el paso de ese... sin estos tubos yo... Sí, denle ahí... Gracias.

Ahora. Ya me encuentro mejor. Son demasiados recuerdos. Esperen que siga con

estos... sí. Estábamos... en la partida.

En media hora el enfrentamiento se decantó del lado de la máquina. Efectivamente, De Blaise no era un jugador avezado. En cierta ocasión, al inicio de la partida, el teniente movió un caballo como si fuera un alfil, por descuido sin duda, aunque bien sirvió para probar al Turco. El autómata, agitó la cabeza y volvió la pieza que había sido movida erróneamente a su lugar de origen. Luego hizo su movimiento, jaleado por la sonrisa de satisfacción de Tumblety.

—Ha perdido su turno, teniente —dijo—. No se puede engañar al Ajedrecista, si hace un movimiento incorrecto él se dará cuenta, y lo deshará.

—Un comportamiento no muy deportivo, por cierto —respondió De Blaise—. No me resulta nada agradable su autómata, debiera mostrar algo de comprensión con los neófitos.

Mientras se desarrollaba el juego, todos los que allí estábamos fuimos poco a poco acercándonos a la mesa, y Tumblety no puso objeción alguna, por el contrario él se alejaba cada vez más, haciendo imposible imaginar cómo actuaba sobre la máquina. Torres y Hamilton-Smythe observaron a placer las evoluciones del autómata, sus movimientos precisos y hasta cierto punto dotados de gracia, como un bailarín de juguete. Nada dejaron ver de lo que opinaban en sus expresiones. Tan cerca estaban todos del Turco al llegar al final que casi caen de la silla al oír decir al muñeco: «*échec*». Ya se imaginan cómo era la voz del Ajedrecista, claro. No tan metálica como debiera ser la voz de una máquina, y no tan húmeda como es la de un hombre, un sonido desasosegador.

—Creo... von Kempelen ideó una máquina que hablaba —dijo Hamilton-Smythe, tal vez intentando reducir el susto de todos.

—Asombroso —dijo De Blaise, refiriéndose a la última media hora. Se dispusieron a jugar el resto de las partidas. Tumblety sugirió que, temiendo que todo se alargara demasiado, tal vez sería oportuno no jugar partidas enteras, sino a partir del juego medio, de este modo habría más oportunidad para cuantas revanchas desearan los caballeros. Mostró entonces un viejo libro, donde tenía dibujadas distintas posiciones de las piezas, hasta hacer la centena. Los jugadores podían elegir la partida que desearan. Tanto el inglés como el español estuvieron conformes. Yo no aguantaba más ajedrez ni más marionetas que no entendía. Salí a la noche húmeda, a despejar mi cabeza, tarea bien difícil.

Había escampado, no hacía demasiado frío y siempre me ha gustado cómo quedan las cosas tras la lluvia. Ahora nada parecía como una hora antes, nada se oía, y sin embargo se me antojaba que todo lo que me rodeaba, almacenes, el viejo astillero, el muelle, todo aguardaba, escuchando, vigilando como yo. Dicen que el nombre del lugar viene de que allí, años atrás, un perro estuvo ladrando la muerte de su amo, asesinado, y que así permaneció hasta que identificó al asesino. Hay quien

dice que aún se pueden oír sus ladridos angustiados si uno aguza el oído, y el valor. Otros, más pegados al suelo, aseguran que es solo porque aquí guardaba sus perros Enrique VIII. No lo sé, yo intentaba oír ladridos en el susurrar del Támesis, y recordaba los perros de Tumblety, los perros del Monstruo.

Paseé hacia el río y allí me quedé, mirando el agua, con el pensamiento perdido no sé dónde. Había dos pequeñas embarcaciones al fondo, iluminando la superficie del agua con luces. Los marinos de ambas se gritaban algo, creí oír cruce de insultos y amenazas entre las tripulaciones. Buscadores de muertos. Daban doce chelines por cadáver recuperado de la tragedia del *Princess Alice*, y eso ya había provocado auténticas batallas navales en el río.

Observé una sombra sobre el agua, golpeando el muelle justo a mis pies, como quien llama a una puerta pidiendo auxilio sin apenas fuerza. Un cuerpo solicitando un piadoso entierro ya que no podía pedir vida, deseando escapar de Poseidón y su eternidad verde. Vaya, qué afortunado era, por fin algo a mi favor en ese desconcertante día. Incluso creí ver un brillo en él, una cadena de oro quizá. Más suerte de la que merecía, sin duda. Estaba pensando en cómo pescar el muerto, dónde esconderlo para que los caballeros no lo vieran y así regresar mañana por la mañana por él, cuando los lejanos improperios de los pescadores de cadáveres cesaron oportunamente, permitiéndome oír cómo la puerta del almacén tras de mí chirriaba. El teniente De Blaise salía a tomar el aire, supongo. Consultó su reloj y sacó una pequeña petaca de la que dio un trago largo y disfrutado. A un lado, en el callejón que mediaba entre nuestro almacén y el contiguo, iluminada por un rayo de luz, vi la inconfundible silueta de barril cojo de Eddie, acechando.

Un desconocido impulso se hizo conmigo impeliéndome hacia el domador de osos con toda mi furia. Estaría a treinta yardas, perdón, metros, y eso a mi paso suponía una larga distancia que atravesé con la velocidad de un toro saliendo a la plaza. Por supuesto Eddie me oyó, me vio, e hizo un gesto sorprendente en semejante situación, como reclamándome sigilo. Ni paré ni me preocupé por entenderle, le di un fuerte topetazo con las manos contra su pecho. Dio dos pasos hacia atrás, sin caer pese a su prótesis en la pierna, y sacó un cuchillo. Yo era muy fuerte y Eddie un feriante sin mucha experiencia en peleas. Con la mano derecha traté de agarrar la suya, la que sostenía el arma. Era mi mano torpe y fallé. Eddie sólo tuvo que apartar el cuchillo, pero eso me permitió atacar a fondo sin la molesta intervención de su hoja. Con mi otro puño martilleé por dos veces su frente amplia, de arriba abajo. La pierna falsa de Eddie cedió. Cuando cayó sentí un golpe en la mía, y luego una humedad que me corría por la pantorrilla.

Miré abajo y vi a Tom, el enano, que acababa de acuchillarme.

Por supuesto esta pequeña refriega no había pasado desapercibida, tengan en cuenta que mi ataque no fue especialmente silencioso, estoy por asegurarles que

incluso lancé algún gruñido en la carga. El teniente De Blaise, a poca distancia del callejón, me había visto correr desde el fondo y desaparecer tras la esquina. Se acercó, lento y torpe, ya llevaba demasiada bebida encima.

—¡Santo cielo! ¿Qué significa esto? —No pudo decir más. De las sombras apareció Irving. Con mi misma fuerza pero mucha más movilidad, agarró por detrás a De Blaise en una presa que le quitó el aire. Mi pierna izquierda apuñalada flaqueó y la derecha hacía mucho que no me sostenía bien; caí rodando, al tiempo que veía plantarse a Pottsdale junto al inmovilizado oficial, mirándome amenazante con su bastón.

—Ray, Ray... qué decepción. Te enfrentas a tu familia una vez más, y eso no está bien.

—John! —El grito de Hamilton-Smythe hizo que todos volviéramos la vista hacia la puerta del almacén. Irving dio media vuelta y apretó más su presa sobre De Blaise, cortándole la respiración. Allí estaban el teniente, avanzando despacio y decidido, revólver en mano, apuntando a nuestro hombre lobo. Torres lo siguió y Tumblety quedó mirando todo desde el vano iluminado—. ¡Suéltelo o mandaré su alma al infierno ahora mismo!

—¡Señor mío! —gritó Potts—. Si se acerca más le pediré a mi amigo que degüelle al suyo. —A Irving solo le hacía falta un brazo para estrangular a su presa, el otro sacó un cuchillo que lamió con malsana lujuria. Hamilton-Smythe mantuvo el arma alzada y firme en el blanco, ignorando por completo al patrón y a la cobertura que su amigo ofrecía a Irving. Tal vez algo menos que firme, un temblor nervioso lo agitaba y una mueca de ira deformaba su rostro.

—Voy a matarlo, señor —dijo sin dejar de caminar—, a menos que lo suelte y se aparte... —La furia impidió que se apercibiera de que pasaba en su avance demasiado cerca de Potts, al alcance del largo de su bastón. Rápido, mi patrón le dio un bastonazo en la mano haciéndole soltar el arma.

Podía sorprender a Hamilton-Smythe con su lucha sucia; no a mí. Todo fue muy rápido. Tiré una patada hacia Tom, que se limitaba a mirar puñal en mano. Aun estando en el suelo le di en la cara y lo tumbe. Hamilton-Smythe se echó encima de Potts a quién derribó de un directo, la disciplina del pugilismo no parecía serle desconocida. Lamentablemente su golpe lanzó al villano cerca del revólver que yacía en el suelo. Yo no quedé quieto, me impulsé hacia Irving, que me daba la espalda mientras mantenía a su rehén amenazado. Lo golpeé en los riñones y cayó al suelo, liberando a De Blaise. El hombre lobo rodó sobre mí y tiró una puñalada al bulto que dio en mi brazo derecho, haciéndome un corte a la altura del bíceps, tras lo que se levantó ágil como era, hacia Hamilton-Smythe. Este se disponía a culminar su ataque pateando a Potts, que a su vez estaba a punto de coger el revólver de su lado cuando un pie lo apartó de una patada; el pie de Torres, que no permanecía ocioso en la

refriega. El arma por fortuna, o por la mediadora mano de Dios nuestro Señor, fue a parar cerca del teniente De Blaise en el suelo. La cogió y disparó.

Irving, que saltaba puñal en ristre hacia Hamilton-Smythe, recibió un tiro en la espalda, Potts una patada en un costado, y sonó un silbato policial, todo a un tiempo.

El disparo, aunque desviado por la incipiente ebriedad del teniente, fue lo bastante certero como para terminar con la trifulca. La banda de fenómenos de feria se incorporó despacio, Eddie aturdido por mis golpes, como el enano, y Potts cargando con el malherido Irving.

—¡Fuera de aquí! —amenazó De Blaise sin soltar el revólver. Los cuatro se marcharon ayudándose unos a otros, no dejando de hacer aspavientos amenazadores y jurar futuras venganzas. Antes de perderse en la oscuridad, Potts me miró y paseó con lentitud su pulgar sobre el cuello.

En nuestro bando yo era el único herido. Tumblety, que era quién había hecho sonar un silbato, insistió para que entráramos de nuevo en el almacén. Torres y Hamilton-Smythe me ayudaron. El doctor indio se ofreció para atenderme.

—Nnn... no. —A mi mente olvidadiza volvieron los cuidados que el Monstruo derrochó con Bunny Bob doce años atrás.

—Venga, don Raimundo —me dijo Torres—, está perdiendo sangre. El corte del brazo no es nada, pero el de la pierna parece feo. Deje que le vendemos esas heridas mientras llega la policía.

—¿Quiénes eran esos? —preguntó De Blaise, que seguía vigilando en la puerta.

—Bribones —dijo Tumblety, tapando de nuevo al Ajedrecista, en vista de que sus cuidados por mí eran rechazados—, gentuza.

—De no ser por usted, don Raimundo, nos hubieran atrapado aquí dentro. —Torres mismo me hizo un rudimentario vendaje—. Una vez más tengo algo que agradecerle, lo tenemos todos. Seguro que hubieran robado su autómata de haberlo encontrado, señor Tumblety.

—Rrrrr... Raimundo.

Nos fuimos antes de que llegara ningún policía, si es que alguno había escuchado el silbato de Tumblety. No creo que esta urgencia en marcharse fuera por atender mis heridas, parecía más que Tumblety temía que mis compañeros de fealdad volvieran con un grupo más nutrido y enfadado. Difícil sería eso, conociéndolos como los conocía.

—¿Y dejará el autómata aquí? —preguntó Hamilton-Smythe—. Pueden volver por él...

—No se preocupe, está a salvo —respondió el americano agitando el candado de la puerta mientras la cerraba. Mucha fe ponía este médico indio en cierres y cadenas, que tan fácilmente son violentadas por los que saben. Añadió luego que no serviría de nada hablar con la autoridad del incidente, que se trataba de delincuentes de poca

monta que habrían ya desaparecido en cualquier callejón. En cambio, afirmó, no era conveniente que el Ajedrecista trascendiera demasiado, supondría un cúmulo de molestias para unos y otros que no precisó. Hamilton-Smythe, tras la sorpresa inicial, estuvo en todo punto de acuerdo. Solo Torres señaló mi malestar y que debíamos esperar al coche, faltaba aún una hora para que regresara.

—Puede caminar, ¿no? —dijo Hamilton-Smythe refiriéndose a mí—. Ese vendaje provisional valdrá de momento. Volvamos por nuestros pasos, cuando nos encontremos con el cochero de camino, le daremos el alto. En casa de lord Dembow este buen hombre será atendido. —Luego me miró con sus ojos azul cielo—. Señor, es usted un valiente, no olvidaré esto, jamás.

Así hicimos. Caminamos en la oscuridad, yo apoyado en Torres, todos en silencio, vigilando. Ahora la noche y esos almacenes parecían cargados de un peligro conocido, algo que todos podíamos entender, no ese desasosiego que nos invadiera al llegar. Nada pasó. Torres, animado, empezó a charlar conmigo, casi susurrando, pues el ambiente tenía algo que invitaba a la confidencia. Yo no dije nada, mi tartamudeo sería más molesto que otra cosa, y así dejé que el español hablara, contándome lo ocurrido en casa del señor Hall Caine, con la confianza que tendría con un viejo camarada. Qué feliz y extraño me sentí a la vez. ¿Por qué me trataba así? No esperaba nada de mí, eso era evidente, y entonces ¿qué bien obtenía contándome lo sucedido esa jornada?

A no mucho tardar apareció nuestro coche y pudimos subir a él. Nadie hablaba del desagradable encuentro, que supongo todos creerían fruto del azar, peligro habitual en una ciudad como aquella, cuando en verdad era causa de la infinita codicia de Efrain Pottsdale, guiada por mi torpeza. Tampoco se dijo más sobre el Ajedrecista ni del resultado de la apuesta en liza durante todo el trayecto. No le di importancia, no recordaba ya nada del autómata ni del interior de ese almacén, solo sentía dolor y miedo, y no sabía bien de qué.

Dejamos a Tumblety en casa de Henry Hall Caine sin que yo viera que se pagara el envite por una u otra de las partes. Luego seguimos en el mismo coche hacia la casa de lord Dembow. Allí despertamos con prisa al mayordomo, quién nos acompañó hasta dentro y llamó a sus señores. En efecto, curaron mis heridas sin necesidad de llamar a un doctor; parece que entre el servicio del lord había hombres capaces y experimentados en remendar cuchilladas, incluyendo su propio hijo. Tanto Cynthia como su tío se preocuparon mucho por lo ocurrido, especialmente por el señor Torres, a quien lord Dembow invitó con insistencia a quedarse en su casa.

—No es preciso señor —respondió este—, un buen amigo de la embajada de mi país me ha proporcionado hospedaje confortable...

—No hay discusión —sentenció el lord—, no me perdonaría dejarle ir a estas horas de la madrugada.

—Se lo agradezco, pero no es necesario...

—No admitiremos un no. —Para sorpresa de Torres, quien se mostró así de categórico fue Percy, quien, para la mía, había acabado por atender mis heridas con buena mano.

—No discuta con mi familia —intervino Cynthia—, no están acostumbrados a recibir negativas. Mañana vendrá el doctor Greenwood y examinará a este hombre. Puede quedarse esta noche y las que precise mientras se encuentre en nuestro país.

—En dos días parto para el mío, les agradezco sus atenciones pero...

—No hay más que hablar —zanjó lord Dembow—. No puedo consentir que tras un feo encuentro como el que ha pasado se lleve mala opinión de esta tierra y de mis compatriotas. Tomkins, disponga cuanto antes un cuarto de invitados para el señor Torres.

A mí también se me ofreció refugio en las cocinas al que me negué, pese a no tener lugar a donde ir.

—Usted ha salvado la vida a Henry —me dijo Cynthia cogiéndome las manos, una mujer tan hermosa y en sus ojos al mirarme no vi otra cosa que gratitud—, no vamos a dejarle en la intemperie. Puede quedarse aquí cuanto precise... ¿Padre, no podíamos tomarlo a nuestro servicio?

Acepté, el pernoctar en tan buen resguardo, no el entrar en la casa de lord Dembow, cosa que nunca se me ofreció formalmente, tan solo fue el entusiasmo agradecido de esa preciosa joven. Me dieron un colchón abajo, cerca de la despensa, lugar que tuvieron la precaución de cerrar con dos llaves. Durante toda la conversación vi los ojos de Torres fijos en mí; él sabía que no me iba a quedar allí, de algún modo lo sabía. Cuando todos se durmieron, me levanté y salí por la puerta trasera con sigilo, maestro soy, más bien era, en el difícil arte de no hacerse notar.

—Don Raimundo. —Torres estaba allí, en el fresco jardincillo junto a las cocinas, esperándome.

—Rrr... Raimundo.

—¿Dónde piensa ir, alma de Dios? ¿De vuelta a ese horrible lugar? —Me encogí de hombros. Torres no había reconocido a nuestros agresores, era imposible, apenas había entrado en el callejón y allí solo habló con Eliza, no podía saber que no había retorno a casa para mí, ahora que estaba enfrentado con mi amo. Si antes el callejón fue una cárcel, ahora era la muerte. Estaba otra vez solo, otra vez en medio del mundo y solo. El que eso no fuera una novedad quitaba poca desesperanza a mi situación—. Ha mostrado valor y buen fondo, no debe regresar allí. Ande, ¿por qué no se queda con estas personas?

Callé de nuevo.

—No se encuentra cómodo, ¿cierto? —Suspiró, dando por terminado sus esfuerzos para convencerme.

Siempre fue así, capaz de saber lo que yo pensaba sin hablar una palabra; amigos singulares los que hace la vida. Era cierto, yo tenía el corazón negro de un delincuente, no podía quedarme ahí, temía morder la generosa mano de lord Dembow antes o después, o traicionar la confianza de la preciosa Cynthia, lo que me dolería aún más. Estos u otros reparos similares supuso Torres que yo tendría, y aun queriendo ayudar, no era hombre que impusiera su voluntad sin tener en cuenta las opiniones del resto, y conocía a las personas y sabía lo difícil que es cambiar hábitos arraigados en el ser, así como torcer el orgullo de los miserables, que en personas de mi calaña es el único tesoro que podemos guardar.

De su bolsillo sacó algo de dinero y trató de meterlo en mi chaqueta. Sé que no era una limosna, era un regalo o así lo sentí, pese a lo que algo en mi interior me hizo apartarme y decir:

—No.

Torres sonrió y no insistió más. Luego dijo:

—Qué día tan extraño, ¿verdad? —Y repitió más bajo, pensativo—: Qué extraño...

Salté la verja y miré al bosque. Un hombre patrullaba; no me vio. Otra cosa sería superar el enrejado que cerraba toda la propiedad, salir a la calle; ya lidiaría ese toro. Miré a Torres, le hice un gesto a modo de despedida y antes de irme un pensamiento fugaz se formó en mi mente yerma.

—¿Qqqq... quién ga... ganó la ap... apu... apuesta?

—Quedó interrumpida, y dudo que yo sea testigo del final si se reanuda, ya es hora de volver a casa. Qué extraño. —Luego me miró fijamente, y me tendió la mano —. Don Raimundo, no creo que nos volvamos a ver. Sé que haber charlado durante un día no es conocerse, pero es más que ser unos desconocidos. Que Dios le guarde.

Y no volví a verlo durante diez años, y no tendría que haberlo visto jamás, pero escribí aquella carta, aquella que Torres se volvería a meter en el bolsillo mientras iba hacia casa en compañía de su señora, en el fresco valle de Iguña.

—Leonardo, ¿me escuchas?

—Perdona. —La voz de su mujer debió traer a Torres de Inglaterra a los montes cántabros en un parpadeo—. Pensaba en él. Lo vi un día, un día muy peculiar, y ahora me escribe y me manda esto...

—¿Qué tuvo ese día?

—Mentiras, había mentiras por todos lados.

—Uy, me parece a mí que ya estás pensando en tus cosas. —Luz sería capaz de notar la intranquilidad en su marido. Si era esposa de alguien como él, tan poco hablador para lo suyo, debió de aprender el idioma de sus gestos y sus ánimos y repararía en cómo Torres arrugaba mi carta o en el modo que hacía girar en la mano

el trozo de pipa—. ¿Es muy importante eso?

—Es parte de una máquina prodigiosa... si fuera cierto... «en perfecto estado de funcionamiento», dice...

—Pues... ve a verla como te pide.

—¿A Inglaterra?

—¿Por qué no? ¿Por qué...? A menos que pienses que ese hombre pueda causarte...

—No, tiene dignidad y honor, a su manera. Es que dejarte aquí por ir tras algo que puede ser una fantasía... y por el que no pagaré semejante disparate.

—Vamos... yo estaré bien, Leonardo. Tú eres quien parece distante, seguro que ni siquiera estás pensando en ninguna de tus ideas, ¿verdad? —Torres no tenía que responder para que ella supiera—. ¿Tardarías mucho en ese viaje?

—No creo... una semana o dos a lo sumo.

—Nosotros estamos bien aquí. La tristeza no se ira, lo sé, pero el tiempo la calmará, y eso solo puede ocurrir si vuelves a ser el de antes... Ve a por esa cosa, esa máquina y... y piensa.

—Tal vez... ni siquiera le encuentre, la carta está... fechada...

—Ve Leonardo... ve...

____ 4 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Jueves

Los dos visitantes están junto a la puerta de vaivén, mientras Celador atiende a Aguirre, que duerme agotado. La sesión del día anterior parece haberlo cansado más de lo conveniente, se excedieron en el tiempo por encima de lo acordado, y su enfermero se esmera en los cuidados al despertarlo.

—Tres días —dice Alto, mientras muestra el asco que le provoca lo que ve a su alrededor con muecas melindrosas. La decoración, o la ausencia de ella, el abandono y la suciedad continúa aquí, en este corto pasillo abovedado, al igual que en la habitación del anciano. Las paredes desconchadas, la ausencia de adornos o siquiera muebles, los dos candiles que mal alumbran la sala, la suciedad, las telarañas viejas, el aire pesado, la soledad, la vejez; no hay nada acogedor, y es difícil pensar que nunca lo hubo, ni cuando este lugar era nuevo—. Tiempo suficiente para que nos quede claro que esto es una estafa ¿No? Creo que con el primero bastaba...

—No estoy seguro.

—Por Dios —ríe—. No digo que no sea un buen engaño, pero es imposible. Sin necesidad de entrar en otros errores fehacientes, nos ha contado conversaciones en las que él no estaba presente, y con detalle...

—Dijo que tenía la historia en la cabeza, la ha mejorado, la ha... como se dice... inventado no, la ha...

—Dramatizado. Nada, tiene usted ganas de creerle, y ese entusiasmo suyo nos cuesta dinero y tiempo. ¿No tenía Torres problemas con el inglés? Parece que se le ha olvidado ese pequeño detalle en medio de la historia, ¿o es que lo ha aprendido por arte de magia?

—Ya sabemos que él era traductor, ahorra el repetir. Le digo que parece haber reconstruido la historia, incluso la modifica un poco. Eso no es mentira.

—Esto es una locura, ¿cómo puede ser verdad?

—Si se refiere a lo de Aguirre y todo eso... sí, no soy tan crédulo. ¿Pero algo de lo que ha dicho contradice lo que usted conoce del Ajedrecista?

—Ardió en Filadelfia...

—Que sepa.

—Vamos, olvidémonos de lo que dice o deja de decir. No tiene sentido nada de esta situación, es un desvarío por su parte darle el mínimo crédito, y un timo por la del golfo que nos cobra a cada visita. Si no es todo un juego de títeres, como el que nos cuenta de Tumblety.

—Ahí dentro hay algo raro, seguro. ¿No?

—Raro no, falso. ¿Quién puede creer ese absurdo? Y si coincide conmigo que esto es una artimaña, si el que habla es un farsante, ¿por qué vamos a creer en lo que dice? Yo se lo diré: por el deseo que tiene de que todo sea verdad. Yo también querría que esto fuera cierto, en el fondo. Encontrar al asesino donde todos han fallado... es una ilusión infantil.

Seguiré viniendo.

—Por usted, hasta que se apee de su obsesión.

—Ya. —Lento busca nervioso tabaco entre los bolsillos de la levita. Incómodo, continúa—. Tenemos que entrar sin vigilancia. Esta noche... —Las puertas se abren antes de que Alto conteste. Celador las atraviesa y tiende la mano y sonríe.

—Cuando gusten.

Lento saca más dinero del habitual de su bolsillo.

—Querríamos... más tiempo.

—Ayer casi lo matan. Dejé claro la importancia de cumplir el tiempo exacto... Eso que hicieron estuvo mal. Solo yo puedo atenderlo, ¿entienden? Si los doctores, si mi jefe se entera, estoy en la calle...

—Pararemos en cuanto esté cansado. No nos gusta que ese anciano sufra, y pienso que nuestras visitas son buenas para él. —Celador recapacita, cuenta con cuidado los billetes.

—Muy bien, mientras el dinero dé, no hay problema. Ya pueden pasar, está preparado para continuar su historia.

____ 5 ____

El éxito del Asesino

Jueves, a continuación

Pese a la encomiable labor del servicio de correos, tanto británico como español, que consiguió llevar una carta casi lanzada en una botella desde Londres a Madrid y desde allí a la pequeña localidad de Portolín en Santander, la misiva tardó más de lo previsto, tres meses más. Ese retraso postal, quién sabe si no fruto de la beatífica intervención del Señor, hizo que cuando Leonardo Torres puso sus pies de nuevo en la capital del Imperio, el cinco de septiembre de mil ochocientos ochenta y ocho, yo hubiera olvidado casi por completo el contenido de aquella misiva. Acababa de abandonar una vez más el sistema penitenciario inglés, mi domicilio más común en los diez años que mediaron entre nuestros dos encuentros.

Había pasado los dos últimos meses en la prisión de Pentonville, caminando de arriba abajo por el patio, encadenado a otros compañeros que expiaban entre esos muros sus faltas, y enmascarado no por mi fealdad, que a todos nos ponían una careta que no nos dejaba ver más que el suelo por donde andábamos; separados y en silencio. El no hablar con nadie, solo lo hice con uno de entre los quinientos o seiscientos hombres que allí penábamos, ni casi ver a nadie era el mejor bálsamo para las heridas de mi espíritu. Rezaba porque ninguno de mis enemigos acabara encerrado conmigo, enemigos que seguro me esperaban a la salida. No me fue mal, en tres ocasiones recibí treinta y seis latigazos por mi irredenta violencia, en una decena más fui confinado un par de días en la «celda oscura», sin apenas comida, supongo que a causa de desórdenes cometidos durante los servicios religiosos o por hablar con algún compañero, insultarle más bien; salvo por esos incidentes menores, mi vida en la cárcel era preferible a la que me deparaba la calle.

No voy a entrar, de momento, en el motivo de mi reclusión, uno de tantos, la memoria no puede almacenar tanta pequeña fechoría. El peor de mis actos, el que cometí contra Kelly, del que antes o después tendremos que hablar, no era el que en esa ocasión pesaba sobre mí, al menos a ojos de la justicia. Lo importante es que cumplí mi condena, el primer día de septiembre estaba de nuevo en la calle, y el segundo había llegado a Londres, sin dinero ni techo en el que cobijarme, situación que no me era en nada ajena. Tampoco les aburriré con los detalles de mis andanzas en los tres días siguientes, que les aseguro fueron muy atareados, corriendo tras un caldero de oro que imaginaba cada vez más cerca.

En esto Torres se presentó el citado día cinco, entrada ya la tarde, ante Timothy Donovan, el encargado de la Pensión Comunal de Crossingham en la calle Dorset,

hombre amable y educado, más teniendo en cuenta lo triste de su ocupación, quien de seguro lo conduciría a su oficina y allí le diría algo semejante a:

—¿El Cara Podrida? Me debe seis chelines, así que espero que esté en la mazmorra más oscura de los infiernos... —Tras abonar el español mi deuda, cantidad acrecentada con intereses que consideró apropiados para apaciguar las iras del guardés, el tono del señor Donovan tuvo que ser más explícito—. Creo que está en Pentonville cumpliendo condena, o allí deberían encerrarlo. Mala gente ese Ray, no debiera mezclarse usted con semejante calaña. Está siempre acompañado de la «aristocracia» de esta ciudad, no sé si usted me entiende.

Esa advertencia no estaba fuera de lugar, como apreció Torres, más que incómodo en ese barrio. Quedó varado en medio de lo más deprimido de Londres, preguntándose si aquel viaje absurdo no era una necedad desde un principio. No había imaginado un lugar así, tan triste y gris comparado con sus queridos verdes cántabros. Las miradas que recibía a cada momento de buena parte del vecindario no le auguraban nada bueno. En la calle buscó la presencia de un policía con avidez; la encontró, que los había haciendo rondas, y no le tranquilizó demasiado.

Al día siguiente iría a la estación Victoria, cogería un tren, cruzaría el canal y se olvidaría de toda esa locura. Todavía era hoy, y tenía que buscar el modo de pasar el día lejos de esas calles, si era posible. Iría a por el billete, tal vez en la legación española. Don Ángel Ribadavia, que con tanta diligencia le había proporcionado alojamiento confortable, podía gestionarle los trámites. Había recibido un trato excepcional en la embajada desde que pusiera pie en tierras británicas, en especial por parte de este singular caballero. Mejor ir a hablar con él de nuevo. Entretanto podría...

—De todas formas, señor—dijo Donovan a su espalda, que lo había acompañado un trecho, tal vez temiendo la suerte que un caballero tan desprendido podía correr en el barrio—, si ese malnacido anda por aquí, lo podrá encontrar en el Ringers, a veces paraba por ahí, no creo que haya otro lugar donde permitan entrar a un sujeto como ese. —Torres miró aturdido—. Sí, lo habrá visto, un pub al principio de la calle. —Lo cierto es que yo no frecuentaba demasiado ese lugar, no más que otros; mi cara y mis actos me hacían persona non grata incluso en los burdeles del infierno. No era menos cierto que alguna vez había reposado mis huesos maltrechos allí, acompañado de una cerveza y de compañeros de fechorías. Puede que en una de esas ocasiones me viera Donovan o que le dijera alguien, cuando andaba buscándome por moroso, que paraba por el pub. Esa imprecisa indicación salvó mi vida y permitió nuestro segundo encuentro.

El ingeniero fue para allá. A falta de otro plan mejor para gastar esas horas perdidas en el Reino Unido decidió dar una oportunidad más a aquel precipitado viaje. Hacía una tarde agradable, aunque las nubes amenazaban descargar, como es

costumbre en esa ciudad. En su corto paseo hasta el establecimiento pudo contemplar el East End, el «abismo», lugar abandonado por Dios, el hombre, y las políticas urbanísticas de Laboristas y Tories. Mujeres y niños sin hogar sentados en la calle, suciedad, pobreza, vocerío, más pobreza. Toda la zona era un babel de etnias, en especial se notaba clara la presencia de gran número de judíos. A sus oídos llegaron diferentes sones de lenguas eslavas: ruso, polaco... no abundaban los latinos, solo vio a un italiano vendiendo helados en su colorido carrito. La calle Dorset estaba llena de pensiones y casas de mala muerte que daban una cama por el precio de dos cervezas, y que suponían el único hogar ocasional que muchos desdichados podían costearse.

Un par de muchachos se le acercaron a pedir unos peniques, atraídos por su porte de persona acomodada. Torres vivía con holgura, tanto que podía permitirse no trabajar y dedicar su tiempo en «pensar en sus cosas», como le gustaba decir. Unas parientes que le criaron de niño, las señoritas Barrenechea, y que seguro lo colmaron de atenciones y mimos, disponían de buen capital y no de descendencia. A su muerte, Torres heredó una considerable suma. Benditas estas buenas mujeres, porque gracias a esa posición cómoda que dejaron a su querido Leonardo pude yo encontrarme con él. Este desahogo no lo alejaba sin embargo del dolor de los menos favorecidos; un corazón caritativo por naturaleza lo empujaba siempre a estimar el mal ajeno, y en el East End londinense ese mal era imposible de ignorar para alguien incluso diez veces más endurecido que él.

El Britannia, que era el nombre real del pub al que se refería Donovan, hacía esquina con Commercial Street, una calle ancha y bulliciosa. Allí era difícil circular rodeado de puestos de fruta, carboneros, vendedores de lanas o comida para gatos, arrieros en sus carros o que portaban mercancías al hombro, el tranvía que recorría la calle arriba y abajo y un centenar de personas que se agolpaban, enredados en sus quehaceres. Al otro lado de la calle, frente a la bonita fachada del pub en madera, acristalada y con anuncios de cerveza (no tenía licencia para vender bebidas espirituosas), estaban los jardines de Christ Church, cementerio abandonado y ahora lugar donde se hacinaban los menesterosos a pasar los días y las noches entre mantas mugrientas y llantos de niños, por lo que la gente conocía el parque como Itchy Park, un triste sitio cuya única finalidad era oscurecer más el barrio que tanto espantara al señor Jack London. Y hacia el noreste, proyectando su sombra sobre el viejo camposanto, la propia iglesia—, mi querida iglesia, grande y fría, alta y seria, muy seria, como apartándose de la fealdad del suelo, mostrando a los londinenses que ni siquiera la mirada de nuestro Señor se posaba sobre ese barrio, demasiado abajo para que su misericordia lo alcanzara.

Sopesó Torres si entrar o no en el Britannia, por dar una última oportunidad al imposible encuentro conmigo. A punto estaba de marcharse y de que mi historia acabara aquí, cuando las voces de un muchacho vendiendo prensa llamaron su

atención. El titular que encabezaba el enorme montón de periódicos que acarreaba el crío, que casi doblaban su peso, no podía ser menos llamativo:

'DELANTAL DE CUERO'
EL ÚNICO NOMBRE RELACIONADO CON LOS
ASESINATOS DE WHITECHAPEL
EL TERROR SILENCIOSO DE MEDIANOCHE

Un extraño individuo que deambula por Whitechapel después de medianoche. Tiene aterrorizadas a todas las mujeres. Pies ligeros y cuchillo afilado.

Torres adquirió un ejemplar. En su interior el diario relataba, de modo tan escandaloso o más que la cabecera que lo prologaba, las andanzas de ese tal Delantal de Cuero, un judío fabricante de zapatillas que, según el gacetillero de turno, había abandonado su profesión en pos de molestar y torturar a las prostitutas por la noche. Parece que el reportero relacionaba a este sujeto, de quien nadie conocía su nombre real, con una serie de tres horribles asesinatos acaecidos recientemente sobre putas de los barrios de Whitechapel y Spitalfields, lugar donde estaba el Britannia. Torres entró en el local, distraído y sin mirar a la concurrencia. Pidió una cerveza en la barra, por pedir algo, no tenía hábito de beber.

El artículo proporcionaba una descripción minuciosa y sobreadjetivada del sujeto: un hombre bajo y grueso, entre treinta y ocho y cuarenta años, pelo negro muy corto y negro bigote, cuello macizo, de expresión siniestra y vestido siempre con la prenda que le daba su sobrenombre. Gente que decía conocerlo aseguraba cosas como: «está completamente loco» o «cualquiera que se lo encuentre cara a cara lo nota... sus ojos nunca están quietos, siempre moviéndose de un lado a otro y nunca mira a nadie directamente».

Delantal de Cuero atormentaba a las prostitutas, entrando con sumo sigilo en sus habitaciones golpeándolas, martirizándolas y robando lo poco de que disponían. Aunque testigos aseguraban haberlo oído amedrentar a alguna diciendo que las iba a acuchillar, no se le conocía ningún delito de sangre, su puñal no había cortado mujer, que se supiera, cosa que desde luego no coincidía con los recientes crímenes, de naturaleza cruenta en extremo. Pese a eso, el diario mencionaba a un testigo que aseguraba haberlo visto en compañía de la mujer hallada muerta el treinta y uno de agosto, hacía cinco días, en una calle llamada Buck's Row, al otro extremo del barrio donde ahora se hallaba Torres.

Encontró otro periódico en la barra, el Morning Advertiser. En él se hablaba más

de «el asesino de Whitechapel». Con poco detalle aseguraba que la policía andaba sin pistas de ese criminal sanguinario, que no había detenciones aunque se repetían los interrogatorios...

—¿Es usté extranjero? —preguntó la mujer que atendía tras la barra, la señora Ringer, causa del nombre con el que se conocía al establecimiento. La interrupción en la lectura devolvió al español a donde estaba. La tabernera tenía cierto aire de rusticidad bondadosa que le agradó, pese a que lo tratara con recelo. Ojeó el local, abarrotado a esas horas, lleno de mujeres gastando lo conseguido con tantas penurias, acompañadas de tipos mal encarados y con la mirada ensombrecida por los vapores alcohólicos.

—Sí.

—¿Le interesan los crímenes? —siguió la mujer suspicaz, señalando los diarios que leía—. Sí, a tos les interesan. Dicen que ese mostruo no es daquí, un judío, dicen.

—Ya... —Le costaba entender a los *castenders*, de acento tan marcado y lleno de modismos, pero aun así intentó hacerse comprender—. Discúlpeme, ¿frecuenta por aquí un hombre... Raimundo Aguirre se llama? —La dueña del local no dejó esa mirada desconfiada por un minuto—. Es tuerto, desnarigado, tiene una gran cicatriz en la cara... supongo que llevará una máscara o... no tiene confusión posible.

Mencionar «una máscara», no fue la mejor elección posible entre las palabras a utilizar, menos en una ciudad acosada por la muerte en su más siniestra forma. Es disculpable a la vista del conocimiento del inglés que tenía Torres, muy superior al de diez años atrás, pero aún deficiente. La señora Ringer se estremeció, y algo fue a decir cuando una de las parroquianas, una mujer con trazas de estar ebria que se sentaba en una mesa junto a una joven pelirroja, se aproximó a la barra.

—Sé de quién habla —dijo con acento germánico, acercándose demasiado al español para su gusto, tanto que el olor a alcohol le hizo dar un paso atrás—. ¿Qué pue buscá un caballero como usté en alguien como Drunkard Ray?

—¿Le conoce? Es un viejo amigo mío. ¿Sabe de él?

—Es posible —dijo con burda coquetería—. ¿No me vas a invitá a algo, guapo?

—Déjale en paz, Julia —dijo su amiga, más joven y muy atractiva, acercándose a su vez—. Este caballero no quiere saber nada de ti, solo se interesa por los asesinatos, como todos, ¿ha leído lo que dicen...?

—¡Déjame tú a mí, Ginger! —gritó la otra, evidenciando su borrachera—. A ti qué te va...

—¡Vale, me voy! —dijo la pelirroja, y con andar algo menos bebido que Julia fue a la puerta—. Luego te quejarás de que si Harry... —Y salió del Britannia, por evitar una pelea con su amiga borracha, supongo.

—Dicen que Delantal de Cuero sacó las tripas a esa Nichols —siguió la tal Julia, creyendo tener un posible cliente—, ¿y crees que eso le importa a la policía?

—Supongo que...

—¡Na! Ese asesino seguirá ahí, matándonos y haciéndose cinturones con nuestras entrañas.

—Es lamentable, pero...

—Tal vez la próxima sea yo. Tengo miedo, ¿sabes? —Se apoyó en su brazo—. Necesito que un hombre fuerte como tú me proteja, ¿te gustaría protegerme esta noche?

—Disculpe señora, pero debo irme. —Torres pago su consumición con prisa manteniendo la compostura en lo posible, pagó otra para Julia y decidió volver a España de inmediato. Ese viaje había sido un acto poco sensato, empujado por lo extraño de aquel encuentro diez años atrás, ya olvidado o quizá almacenado entre ese grupo de hablillas curiosas para comentar en el café.

Al salir no acabaron las molestias. Se vio sorprendido, y casi atropellado, por un airado tumulto que bajaba por Commercial Street, inundando la calle ya de por sí siempre concurrida. Mujeres y hombres corrían gritando, agitando las manos, arrollando a los transeúntes que de inmediato se unían a la carrera. Oyó gritos:

—¡¡Delantal de Cuero!!

—¡¡Asesino!!

—¡¡Otra muerta!!

Torres se apartó a un lado, eludiendo en lo posible al gentío. Esos crímenes de los que hablaba la prensa parecían haber soliviantado mucho a la ciudadanía, más en aquella zona de Londres, donde se estaban produciendo los asesinatos. Se podía apreciar la mezcla de ira y miedo entre los que corrían en pos del asesino.

—Señor. —Alguien le tiraba de la manga. Era la pelirroja atractiva, Ginger, la que saliera minutos antes del Britannia—. El hombre al que busca, su amigo Drunkard, creo que es al que persiguen. —La muchacha mantenía un descaro no exento de encanto, pero al tiempo se mostraba asustada, como muchas mujeres que frecuentaban las noches por ese tiempo. Torres se encontró sorprendido por esa muestra de humanidad en la chica al querer ayudar a un extranjero desconocido. La bondad florece en terrenos inesperados, le gustaba pensar a mi amigo español, aunque yo me inclinaría más a pensar que esa esperaba obtener algún premio por su información.

—¿Rai...?

—Le falta media cara.

Efectivamente era yo. La prensa sensacionalista e irresponsable iba a traerme la ruina, si no la muerte con ayuda de mi propia e irreflexiva actitud. No sabría decirles con exactitud qué causó este revuelo. Caminando por el mercado creí ver a alguien y grité, cosa que con mi aspecto no es nunca muy prudente. Eché a andar en pos del hombre, que al final no resultó ser quién yo esperaba... no sé si es más correcto decir

«temía» que «esperaba», pero... lo mismo da. Choqué con alguien, tiré un puesto o hice cualquier otra tontería. Discutí, posiblemente con el tendero al que le chafé el género. En la trifulca se oyó el nombre Delantal de Cuero. Puede que lo dijera yo, o que me lo llamaran a mí, a algunos de los que pasaban, o puede que uno de los implicados en la bronca lo mencionara por azar; ese nombre circulaba por todo el barrio desde que nos amanecimos con la prensa gritándolo en letras negras. El tendero echó con imprudencia mano a mi cuello, y se quedó con mi máscara en su lugar. Lo tumbé de un golpe. Una mujer, una puta, miró atraída por el nombre que había oído, y vio mi tamaño y complexión, y mi cara de monstruo mientras forcejeaba.

—¡Es él! ¡Es Delantal de Cuero!

Y la histeria prendió una llama que se propagó como en zarza seca. Me vi corriendo, apedreado y perseguido por una turba enloquecida que crecía a medida que avanzaba por Whitechapel en dirección sur, aferrando bajo mi abrigo todas mis posesiones, casi más temeroso de perder el hatillo de papeles que las formaban que mi propia vida. Ya saben que la velocidad no era una de mis virtudes, aunque había aprendido a llevar un trote ágil pese a mi cojera y era capaz de moverme con más rapidez de lo que mi aspecto daba la impresión, no era rival para esa barahúnda enloquecida. Me vi forzado a hacerles frente como pude. Corría unos pasos, me volvía y golpeaba aquí y allá. Capaz de ejercer una violencia muy superior a la de mis oponentes, la promesa de partir un par de cabezas que crecía en mi mirada retenía el ímpetu de los que me hostigaban, y así aguanté. Pero la multitud acaba dotando de cierto valor cobarde, si existe ese término, a los que la constituyen. Más pronto que tarde alguna de aquellas gentes indignadas y atemorizadas acertaría a darme, o saltaría sobre mí y yo estaría muerto.

Dios bendiga a la Policía Metropolitana, porque ella acudió en mi rescate. No tardaron en aparecer dos agentes corriendo llamados por el escándalo e intentaron calmar los ánimos. Imposible, la gente les gritaba a ellos casi tanto como a mí. Les recriminaban su torpeza, o que ignoraran el sufrimiento de los pobres: «¡si esto ocurriera en otro barrio!», «¡dejadnos a ese asesino!» Un agente más apareció enfrente, y me dirigí hacia él como si fuera mi salvavidas. Me amenazó con su porra. Ni se me ocurrió eludirlo, todo lo contrario, deseaba más que nada que me diera una paliza y acabar en un calabozo. Me detuve a su lado hecho un ovillo y gritando.

—¡Nnnn... no ssssoy...!

Los tres policías, asustados pero celosos con su deber, se pusieron a en torno a mí, exigiendo serenidad a la concurrencia que no cesaba de tirar verduras y objetos más sólidos mientras pedían mi cuello. Amagaban con sus defensas sin llegar a utilizarlas, no eran novatos en esa ciudad, ni en ese barrio, y sabían que un golpe de ellos supondría una revuelta inmediata, no hacía ni un año del Domingo Sangriento que

aún recordaban los londinenses con amargura e ira contenida.

—¡Cálmense, nosotros nos ocuparemos de él y...! —Trataban sin éxito de tranquilizar el ímpetu de la chusma.

¡Hay que meterlo en algún sitio! —dijo uno de los agentes, el más veterano. No había refugio cerca. Un par de policías más se incorporaron a mi defensa, y a la suya. Tengo cierta experiencia en linchamientos y ese no parecía augurar buen fin. Por mi cabeza pasó la terrible idea de que alguno de mis antiguos compañeros estuvieran entre la turba, jaleando a la manada de lobos.

Un estruendo de caballos espantó al gentío. Un carro, con un agente sobre el pescante junto al cochero, se cruzó ante nosotros. En cuanto el coche se detuvo a trompicones, con los cascos del animal resbalando por el firme, el policía hizo gestos a sus compañeros para que me subieran. La gente se abalanzó contra el vehículo, agitando más a la bestia que tiraba de él, casi derribándolo. Los policías tuvieron que emplearse más, pasando de amenazas a algún topetazo.

Me izaron de un empujón al interior del carro, que se puso en marcha acribillado de sucios proyectiles e insultos. Yo me atrincheré en el suelo cubierto de sacos de harina que pronto me empolvaron la ropa, preocupado de que los papeles no se me cayeran, protegiéndolos con mi cuerpo, y enterrando la cabeza bajo mis brazos; esperaba que ahora los policías de ahí dentro la emprendieran a golpes conmigo. Mejor ellos que la gente.

—Ya puedes dar las gracias a este caballero —dijo el agente que conducía—, él te ha salvado la vida.

—Estoy encantado de volver a verle, don Raimundo.

Estaba allí, cambiado, pero esa mirada franca que bien recordaba no había desaparecido con la edad. Ahora el pelo se retiraba algo en su frente y lucía una espesa barba, varonil y negra, que lo dotaba de no poca austeridad. Había pagado la deuda contraída conmigo, o que él pensaba que tenía, salvándome esta vez la vida. En cuanto se percató de la situación, corrió en busca de un cochero, encontró un carro de harina en Flower & Dean, mala calle para adentrarse, y ofreció al dueño que miraba pasmado la situación buen dinero por interponerse en la trifulca, mucho para un carretero de Whitechapel. Aun así, el hombre dudó un instante, tiempo del que no disponía Torres y yo mucho menos así que, resuelto a ayudarme, paró a un agente que corría hacia el tumulto y en pocas y simples palabras le explicó su plan. Así, sin tener en cuenta las quejas del harinero, los tres entraron a bordo del carro a salvarme y a evitar una jornada sangrienta, otra más en el este de Londres que tanta sangre exhibía en el presente otoño.

Pese a tan arrojado rescate, mis problemas con la ley no concluían. Los agentes querían saber qué había de cierto en los gritos que la multitud me dedicaba, y viendo mis trazas de mala pieza y mi rostro desfigurado, no dudaron en llevarme preso. Otra

vez, y qué bien me supo esta. Dimos un rodeo en el carro hasta llegar a la comisaría de Commercial Street, acompañados de las quejas continuas del dueño de la harina. La comisaría estaba al norte de la calle, de donde venía la turba, así que era mejor dar tiempo a que las aguas se calmaran.

Llegados allí, el carro devuelto y los desperfectos en él costeados por Torres, me encerraron en un calabozo. Torres siguió mediando por mí, haciendo referencia a todos sus contactos, los de la embajada española y los del país, que no podían ser demasiados. El ser un delincuente común tiene pocas ventajas, si es que tiene alguna, pero es fácil que descarten a alguien de mi condición como autor de cosas más grandes que robar una bolsa, entrar a oscuras en un almacén o escamotear unos peniques en el mercado. Un tal sargento Thick, un hombre que caminaba recto como una baqueta, de aspecto muy serio tras su bigote rubio, se ocupó de Torres.

No guarde cuidado —dijo al español. No es el tal Delantal de Cuero, lamentablemente la prensa ha creado este caos.

—¿No están buscando a ese...?

—Estamos buscando muchas cosas, señor...

—Torres.

—Torres, pero en absoluto nada que tenga que ver con... su amigo. Pasará aquí un día, por su bien, y saldrá.

—Se lo agradezco, sargento. No será necesario, yo puedo llevármelo...

—Escuche señor, ese Aguirre, aunque no sea... no es alguien del que se pueda uno fiar, conozco bien a estas gentes. Tal vez su apellido le empuje a socorrer a un compatriota, pero le aseguro que no es buena gente. ¿Qué negocios puede tener usted con alguien así, si me permite la pregunta?

—Ningún negocio. Es un amigo que me ayudó hace mucho y ahora quisiera yo devolverle el favor.

A las dos horas, tras mucho regatear con Torres, salí a la calle seguido de admonitorias advertencias por parte del sargento Thick y otros policías. Un coche que pidió Torres nos llevó hasta el lugar donde se hospedaba, una agradable pensión en Mornington Crescent, en Camden, que le habían proporcionado desde la embajada de su país. Durante el viaje Torres apenas dijo nada; me saludó de nuevo, me ofreció su pañuelo para que me lo colocara en mi mitad ausente de facciones, y poco más. Yo, dada mi locuacidad, aún hablé menos, aunque estaba deseando poder contarle mis planes. Sí, ahora tenía planes. Había cambiado mucho en los últimos diez años y mi cerebro, alejado de la autohumillación a través de una década de delincuencia, había aprendido a razonar, a articular mis ideas de forma más provechosa. El agudizar mi ingenio para ganarme la existencia del modo más deshonesto posible, había activado partes de mi cabeza que, digo yo, quedaron atrofiadas tras la guerra. Tenía un plan, uno muy distinto al que me llevó a escribir aquella carta que trajo por fin a mi amigo

español, aunque su llegada le venía al pelo a mi nueva idea. Idea que había dado un giro positivo al ver cómo él, solo mostrando su posición y respetabilidad, y avalado por sus amigos, había conseguido que una rata de celda saliera indemne de este lance.

Torres, ya llegando a nuestro destino, mencionó los asesinatos; el tema de conversación habitual en la ciudad por entonces, escandalizado porque me relacionaran de algún modo con ellos.

—Supongo que toda esta gente está sufriendo mucho con los crímenes y liberan su rabia con arrebatos de desesperación como el de hoy. Rezo porque pronto cojan al autor, y lamento que se viera atrapado en medio.

—Mmmm... mmmataron a tres p... putas. Lll... las rajaron y...

—Terrible —dijo ya bajando del coche—. Parece que no hay límites para la crueldad del hombre. No mostró por ningún momento interés de verdad en los crímenes, no como yo. Saludó con cordialidad a su patrona, la señora Arias, que nos recibía bajo el pequeño soportal que coronaba la entrada de su casa. Una mujer sencilla y agradable que, pese a su apellido, era inglesa. Joven viuda de un marino español, chapurreaba con soltura el idioma de su difunto, y por tanto su casa era idónea para acoger a paisanos de Torres. Siendo además un acomodo agradable y limpio, con comodidades más que satisfactorias, incluso disponía de teléfono, la embajada solía utilizarlo para albergar a algún visitante que no deseara derrochar en hoteles mucho más caros, y con no tan buen servicio. Como no, la buena señora torció el gesto al mirarme, y no apartó la vista de mí hasta llegar a la habitación.

—Señor Torres —dijo mientras nos acompañaba escalera arriba hasta la misma puerta del cuarto, seguida de una muchacha, su hija, que vigilaba con ojos llenos de curiosidad hacia mí, y en la que yo no reparé apenas entonces, preocupado como de costumbre en ocultar mis cicatrices de la vista de la gente—, le recuerdo que en esta casa no queremos ruidos ni cosas extrañas. Las visitas deben marcharse a las...

—Descuide, señora Arias, defenderé con mi propia vida el honor de esta casa si alguien se atreve a mentarla... —bromeó Torres estirándose en toda su altura. La mujer quedó sorprendida, enrojeció su cara ya colorada de natural y atusó su moño pelirrojo. Luego, cayendo en que el español se burlaba, de buenas maneras, sonrió.

—Por favor, señor Torres, lo digo en serio, no quiero...

—No se apure, señora mía. —Tomó la mano de la viuda con delicadeza—. Le prometo que no tendrá motivos de enojo por nosotros, le doy mi palabra.

La mujer siguió azorada, se encogió de hombros y con un gesto amable dio por terminada la discusión. La señora Arias no hacía ni un día que conocía a Torres, y no se habituaba al humor de este. Sola y viuda tan joven, siendo por demás de naturaleza apacible y algo asustadiza, no era amiga de discusiones, y cedió encomendándose supongo a la bondad que parecía emanar del ingeniero. Entramos en su cuarto. Dentro él se cambió de ropa, que estaba manchada de harina y otras inmundicias,

encendió la estufa, no por que hiciera mucho frío, sino para poner una tetera sobre ella y me invitó a tomar asiento.

—A sus compatriotas les fascina este brebaje, claro, que usted no es inglés —dijo por fin en español, y yo me encogí de hombros—. Es paisano mío, al menos de sangre, ¿no era así? Preferiría un buen café, sé que la señora Arias nos haría uno, pero me resisto a atormentarla más por hoy. Me gusta probar las costumbres locales por donde viajo. Siéntese, si es tan amable. —Tal hicimos los dos—. Y ahora, don Raimundo, supondrá que mi presencia aquí se debe a esa carta que me envió. Antes que nada, ¿cómo le ha ido en estos años? Parece que goza de salud...

No le iba a hablar de mi carrera delictiva, ni de mi firme decisión poco después de despedirme de él en Forlornhope, de no recibir jamás golpes ni humillaciones, de ganarme la vida por mí mismo. No iba a hacer recuento de las celdas que pisé ni de las heridas de cuchillo que adornaban mi cuerpo, ni de aquellas que infligí yo mismo. Me avergonzaba hablar de los robos, los asaltos y otras cosas peores; nada así podía contar a persona tan amable y considerada conmigo, y de la que esperaba tanto. Si me hacía caso, se terminarían mis penurias. Divagué por tanto, tratando de eludir la narración de mi vida por medio de frases hechas sin fondo alguno. Ante la evidente parquedad de mis respuestas, pronto apareció el Ajedrecista en la conversación.

—¿Lo tiene?

—Ssss... sé dónde está, pero es mejor...

—¿Cómo llegó a sus manos?

Qué singular me resultaba, y aún me resulta al recordarlo, el amigo Torres. Cualquier persona normal estaría inquieta en su lugar, imaginando alguna tropelía por mi parte pues, me darán en esto la razón, el reclamo de mi carta olía al burdo cebo de trampa. No era el caso, pero en cualquier otro semejante el Ajedrecista podría haber sido ofrecido como caramelo para un goloso de los objetos antiguos o un amante de la ciencia como Torres. El más crédulo dudaría de que yo lo tuviera, todo podía formar parte del engaño, aunque cierto es que un plan así resulta demasiado elaborado y a demasiado plazo vista para mí, que distaba mucho de ser la mayor mente criminal del siglo XIX. No es menos cierto que esta cautela debiera estar matizada por la codicia de Torres, codicia científica o artística, entiéndanme. Sin embargo, en el español no vi ni prevención ni avidez por el tesoro prometido, se mostraba curioso sin más, como indiferente a si mi respuesta fuera: «he aquí el Ajedrecista», o por el contrario: «le he mentido». Se interesaba por lo que pudiera contar, sin más. Era obvio, al menos en su actitud, que no traía consigo las cincuenta libras pedidas y de llevar ese capital, no creo que lo hubiera gastado en el viejo autómata. No tenía importancia, yo nunca consideré cobrar semejante suma, mas era el principio para una negociación. Quería escucharme, así que, por fin, hablé.

Hacía diez años, tras nuestra despedida, andaba vagando solo y de noche por las

calles de Londres, sin saber adónde ir. Como ya conté había renunciado a la hospitalidad de lord Dembow, por pudor o más bien por miedo. Después del enfrentamiento con Efrain Pottsdale y su banda de bribones en la Isla de los Perros, el callejón de Trafalgar Square ya no volvería a ser mi hogar, si es que lo fue alguna vez. Un orgullo impropio en alguien con mis necesidades me había hecho rechazar también la cantidad que Torres me brindaba, y no podría pagarme una cama, suponiendo que a esas alturas de la noche hubiera alguna a mi disposición. Los hogares de acogida estarían repletos, y aun libres los hubiera rechazado, eran para los que andaban al final del camino, no como yo, un monstruo de feria mutilado y sin dinero, que a partir de ese día controlaría su propio destino; así me engañaba. Quedábamos, por tanto, solos la ciudad y yo.

La única solución era «ondear la bandera», eufemismo que utilizaban los miserables de Londres al referirse a pasar la noche en vela y en pie, andando de un lado a otro para evitar caer bajo el hechizo del sueño y acabar en una comisaría, o muertos de frío en cualquier esquina. Seguí acompañado de los ecos de mis pasos, decidido a cambiar mi vida, a abandonar la servidumbre de gentuza a la que hasta ahora me había arrojado, creyéndome incapaz de existir con mis infinitas taras sin la protección de algún elemento de alma más deforme que mi cara. Iba a seguir adelante, yo solo... pero para eso necesitaba dinero y no disponía de un penique. Me acordé (la necesidad aviva la memoria) del cadáver que dejé flotando junto al muelle de Millwall cuando se produjo el ataque. Doce chelines por su rescate, y sacaría más si eso que vi brillar en él era algo de valor, un reloj, una cadena... El camino era largo. No importaba, yo tenía toda la vida por delante.

Para mi pesar, mis líneas de pensamiento eran entonces demasiado predecibles. Debían de ser ya pasadas las cinco de la mañana cuando llegué junto al río y el viejo almacén donde reposaba, supuse que aún seguiría allí, el Ajedrecista de von Kempelen. Empezaba a clarear el día con timidez, y el ajetreo del trabajo diario ya bullía en los muelles. El muerto, o lo que fuera el bulto que vi flotar, ya no estaba. Alguien se me había adelantado, es lo único que a mi cerebro de imbécil se le ocurrió. Ese cadáver era mío, se deben respetar los derechos de quien ve antes un botín, claro que sí.

Oí un ruido y unido a él vi una sombra que acarreaba con un bulto muelle abajo. Ahí estaba, ese era el ladrón de cadáveres ajenos, ahí se iban mis doce chelines, el principio de mi vida independiente. Corrí hacia allá gritando y no había dado ni dos pasos cuando todo quedó negro.

Desperté en el callejón, otra vez. El olor, antes de abrir los ojos, ya me revelaba dónde había ido a parar. Me dolía la cabeza, pero tras una vida de golpes uno se familiariza con el dolor, y hasta llegas a encontrarlo acogedor. Sonaba música cadenciosa de concertina, eso fue lo que me despertó. Intenté levantarme del suelo y

una cadena atada a mi cuello, junto con un golpe seco en los riñones, me hicieron cambiar de idea.

—Aquí estamos, Ray —era la voz de Potts, quien secaba su incipiente papada con un pañuelo grasiento—, ¿de verdad pensabas que todo esto podía acabar de alguna otra forma?

Me habían sujetado a los barrotes de la celda de las siamesas con una cadena tan corta que me impedía levantarme del todo, quedando como mucho en cuclillas. Frente a mí estaban, además de Potts, Tom, que no dejaba de atormentarme en pago por su nariz rota e Irving, congestionado y con un vendaje improvisado. El disparo del teniente De Blaise había atravesado partes blandas, causando más dolor que mal. También estaba Eddie con su música, y por supuesto estaba *Pete*, sobre sus cuartos traseros, mirándome.

—Ray, Ray... —siguió Potts—. Nunca he conocido a nadie tan desagradecido. Te has vuelto contra nosotros, contra tus hermanos. Mira lo que le has hecho a Tom, y a Irving...

—Nn... yo... —Tom me hizo callar de una patadita.

—No mientas. —Cada palabra parecía cantarla al son de la concertina—. Nos has causado mucho dolor, a mí, que te aprecio tanto. Me sacrifico por ti, te he dado un trabajo, un techo cuando el resto de la gente te trataba como a una bestia, y este es el pago que recibo. Retribución, Ray, justa retribución: cada comportamiento tiene su consecuencia. —Miró a Eddie, que con un cambio en la melodía que interpretaba hizo que su oso avanzara gruñendo hacia mí—. Mereces un castigo... pero te quiero demasiado.

Llegábamos a donde quería ir Potts. Iba a pedirme que les contara algo sobre Torres y el resto de caballeros, seguía empeñado en sacar partido de todo esto. No iba a ceder.

—Ddd... dejadme en paz. —No podía traicionar a «mi amigo». No sé de dónde salían esos irreflexivos arrebatos de honradez y valor que me asaltaban, y que me iban a costar la vida. *Pete* siempre había sido un animal tranquilo, el más tranquilo y obediente que jamás me encontré, pero ahora enseñaba los dientes, amenazador, como nunca lo vi.

—Vamos, Ray, solo tienes que contarme qué visteis en ese almacén de Millwall. Eso y te perdonaremos.

La música aumentó de volumen y el oso se abalanzó hacia mí. Las siamesas graznaban excitadas. Amanda siseaba mientras apretaba los barrotes de su celda entre su piernas, agitándose más a medida que *Pete* se me acercaba. George sacudía sus lorzas en convulsiones de risa. Burney, él fuera de su celda, miraba apartado, rebujado en su abrigo negro, ocultando tras manos huesudas su rostro triste de calavera. Quedó el animal encima, arqueado, como parado en el aire, con sus garras

muy cerca de mí. ¡No me preguntaban por Torres! Les interesaba aquel muñeco de feria, aquellos trucos de prestidigitador...

—Háblanos de lo que hicieron esos amigos tuyos tan elegantes junto al río, vamos.

—Nnn... nada. Jugaron a... al aj... aj... ajedrez.

—¿Al ajedrez? —Los cuatro, más Burney, cruzaron miradas sin significado para mí—. ¿Entre ellos?

—C... con un... mu... c... como...

—Un autómata. —Ignoraba que Pottsdale supiera qué era eso, que pudiera pronunciar esa palabra siquiera—. ¿Y adonde lo llevaron? ¿Dónde están esos señores, el que os mostró el autómata?

Eso tenía sentido. Puede que quisiera robar el muñeco a Torres, a los dos oficiales y al Monstruo en una sola jugada. Tal vez había un mercado negro para autómatas, o... no podía imaginar qué intenciones albergaba un corazón tan sucio y codicioso como el de mi patrón. No lo sabía, pero no iba a ceder, ahora que notaba esa fortaleza desconocida dentro de mí, iba a decir que no.

—No.

—¿No? El viejo *Pete* puede ser muy agresivo si queremos. ¿Qué te pasa, Ray? ¿Vas a ser más leal a esos bastardos, que ya seguro se han olvidado de ti, que a mí, que siempre te he cuidado? ¿Crees que ellos gastarían una gota de su sudor perfumado en socorrerte?

—No.

El oso agitó sus manos, sentí el roce de sus garras en mi frente. No llegaron a dañarme.

—Déjame a mí a ese malnacío —estalló en ira Irving—. Ha querío matarnos. Yo lenseñaré...

Potts pidió a Eddie que retirara el animal. Luego se me acercó.

—¿Eso es lo que quieres, que te deje con Irving? No me das muchas elecciones. —Irving no me asustaba, estaba herido, si se acercaba iba a...—. No, tengo algo mejor. ¿Sabías que nuestras faltas las pagan siempre los que tenemos a nuestro alrededor? —Se incorporó sonriendo—. Siempre sufren las consecuencias de nuestros actos aquellos que más queremos, los que están más cerca de nuestro corazón. Los hijos cargan con los pecados del padre, los amigos con los de su camarada. Así sufrimos nosotros por ti. Por eso Ray, tus errores han herido a Tom y a Irving... y no acaba aquí. ¡Traedme al viejo Larry!

Lawrence. ¿Qué querían de él? ¿Qué tenía que ver...? Todo el callejón echó a reír mientras Irving iba por el Hombre Sapo. Lo cogió bajo el brazo, sin ahorro de violencia alguna y lo arrojó al suelo, no lejos de mí. Mi amigo no gritó, asumía como era su costumbre las crueldades que lo rodeaban con un estoicismo cercano a la

santidad.

—*Mes Amis, mes fréres, ma famille aimée* —anuncio Potts, haciendo florituras con el pañuelo sucio y adoptando su actitud de maestro de ceremonias—. *Notre fils* descarriado nos ha ofendido, nos duele su desprecio. Por eso hoy, el señor *Pete*, el oso querido por todos *les enfants* de Londres, va a recibir un postre especial.

—¡NO!

—Claro Ray, si quieres evitarlo dinos dónde están ahora esos caballeros, y el autómata, por supuesto. —Sin darme tiempo a negarme siquiera la música de Eddie aumentó aún más, y el oso se lanzó voraz contra el desvalido Lawrence.

—¡NO!

—Cuéntanos, Ray. —El pobre mutilado empezó a gritar, como todos los fenómenos que nos rodeaban, aunque por motivos diferentes. Cuánto puede disfrutar el que sufre viendo a otros sufrir—. Lo sabremos de todas formas. ¿Cómo crees que os encontramos allí? —Lo cierto es que nunca lo supe, lamento no revelarles ahora esta circunstancia; hay asuntos en mi historia que jamás llegué a averiguar, o lo hice muy tarde, y me temo que alguno de ellos son los que les han traído a visitar a un viejo en el tormento de sus padecimientos, en el eclipse de su existencia, cosa que les agradezco... No pretendo desilusionarle, hay muchas revelaciones en mi relato, mas no todas, nadie sabe todo respecto a su vida, nunca, pese a lo que presuman ciertos biógrafos, y menos en lo que atañe a la propia...

Sí, prosigo. No tenía, ni tengo idea por tanto de cómo dio Potts con nosotros en la Isla de los Perros. Imaginé que conocía a aquel aguerrido cochero, creo que estaba familiarizado con todos los cocheros de Londres. Lo habría visto salir de casa de lord Dembow, sobre la que mantenía vigilancia a cargo de Burney, quien siguiera a Torres y los oficiales desde Spring Gardens. Fueron por él, lo buscaron donde solía dejar el coche en espera de atender a su amo, calentando el estómago con algún trago. Le ofrecieron algo de dinero, algo de bebida, y este les contó dónde nos había llevado. A todo esto, el tormento sobre el diminuto Hombre Sapo proseguía.

—¡NO! —suplicaba yo clemencia—. Pp... p... por favor.

—Es fácil, puedes pararlo.

Yo no veía a Lawrence ni al oso, Irving me aplastaba la cara con su bota, torciéndomela hacia el espectáculo, pero yo me resistía cerrando el ojo con fuerza. El espanto, sin embargo, es ineludible, mesmérico. Miré. Vi al animal arrancándole carne del costado de mi camarada hasta que le asomaron las costillas, y luego lo zarandeó con sus garras, y le mordió la cara hasta que dejó de tenerla y nos volvimos hermanos en taras: yo había perdido media cara, él entera. No, no... cerré la vista de nuevo. En mi oscuridad, a quién yo vi fue a Frank Tumblety sobre Bunny Bob, violentándolo, devorándolo y yo callado. No podía repetirse, esta vez pararía al monstruo, oso o médico indio, lo pararía.

Empecé a hablar a gritos, con más fluidez de la que había tenido en años. Eddie dejó de tocar, pero Potts le ordenó que siguiera; era un castigo para mí. Escarmiento. Mis actos traidores no podían quedar sin expiación. Las lágrimas, las únicas que recuerdo haber vertido, me hicieron ver entre brumas a *Pete* con el hocico sangrando, con las vísceras de Lawrence colgando de sus fauces... lo conté todo. Oí a Potts aullar:

—¡No! Todos vais a verlo, vamos, atended al espectáculo. —Y luego golpes y arrastrar por el suelo, y sollozos de Burney—. Vamos, huesudo del infierno, vas a quedarte aquí, cerca, en primera fila. Mira.

Hablé con la música de ese odioso instrumento en mis oídos, y los gritos y los gruñidos, y las risas, y el llanto de Lawrence unido al mío. Cuánto lloré por mi único ojo. Cuando Irving, casi enfermo de reír, untó en mi cara la sangre de Lawrence no hice otra cosa que llorar.

Se demoró mucho en devorarlo y yo solo pensaba: «¿cómo tarda tanto? No tiene ni brazos ni piernas. No es una persona entera, debiera durarle menos...». Creo que estuvo vivo hasta que lo engulló por completo. Al menos estuvo gritando horas.

Y bien poco tenía yo que contar. La dirección de lord Dembow la conocían y desde luego también dónde se encontraba el Ajedrecista, dónde estuvo la noche anterior al menos. De Tumblety nada sabía ni quería saber y, por tanto, nada podía decir. No entendí qué propósito tuvo aquel interrogatorio tan cruel. El único dato que pude darles y que pareció de su interés fue sobre el autómata, cómo era, su aspecto y su actuación. Preguntaron dónde lo escondía el americano, y yo repetí una y otra vez que quedó allí en el almacén cuando nos fuimos, eso debían ya saberlo, ¿no me habían dejado a mí inconsciente por las inmediaciones? Eso indicaba que habían estado montando guardia, toda la noche, y debían haber visto si alguien sacaba al autómata de allí o no.

Dando por buena mi información, decidieron que a la noche siguiente iríamos allí, yo con ellos. Presumí que su intención era robar el artefacto y venderlo a algún feriante, al mismo Davies de Spring Gardens, o a un coleccionista. No tenía idea de por qué quería Potts que los acompañara, quien en ningún momento dudó de mi lealtad durante la misión. Y hacía bien, yo había aprendido la lección que bien podía resumirse en una frase: este era mi lugar y no había esperanza de cambio.

Burney, tímido y asustadizo como siempre, me metió en mi celda cumpliendo órdenes. Allí me dejaron, a que me lamiera las heridas hasta la noche, y cerraron las cortinas que me separaban del público; hoy no actuaría. Vi a través de la abertura que ofrecían los lienzos tras mis barrotes cómo Irving arrastraba un pequeño saco: los restos de Lawrence. Cerré más las cortinas que fuera mostraban estampada, ya muy desvaída, una imagen mía terrible que hacía poca justicia a mi aspecto actual, más patético que atemorizante. Ahí pasé el resto del día, dormitando entre pesadillas,

consumido por la culpa, por el olor de la culpa que en mi duermevela me atormentaba. Por segunda vez en mi vida había contemplado el fin de un amigo, su asesinato, y no había podido hacer nada. Lawrence, el Hombre Sapo que imaginaba mi vida, que la mejoraba, que había podido ser la vía de expiación de mis pecados, había muerto, su misterioso pasado desterrado para siempre al olvido. Un hombre sin partes despedazado por mis pecados. No había deseo de venganza, solo dolor, mucha pena.

Caída la noche abrieron mi celda. Irving se encargaría de mí durante el trayecto, que hicimos andando. No me dejó solo un minuto mientras renegaba y maldecía por su herida, amenazándome puñal en mano y golpeando e insultándome cada diez pasos; vano empeño el vigilar a quién ya perdió todo arresto, devorado su espíritu por un oso. La expedición de saqueó la constituíamos, además de nosotros dos, el mismo Potts, Tom, Eddie y el odioso *Pete*; la banda de fenómenos al completo. Tardamos más de una hora en llegar, acompañados de la música de Eddie, que así hacía caminar tranquilo a un *Pete* envuelto en un enorme abrigo para ocultar su naturaleza animal. Elegimos callejones poco transitados y siempre iba adelantado Tom, avisándonos a cada bocacalle de la presencia de gente, y si no era posible eludir al público, tampoco se rechazaban algunas monedas a cambio de cabriolas del obediente *Pete*, ese era buen disimulo. El inconveniente vendría de toparse con policías o con ciudadanos preocupados por ver un animal salvaje suelto por la vía pública, que pronto darían aviso a alguna autoridad. No es sencillo pasar desapercibidos con un oso como compañero, ni tocando una polca.

No fuimos directamente al almacén, primero acudimos a una cita cerca del astillero. Allí nos esperaban unos hombres, creo que de la banda de Blind Beggar, un grupo bastante desagradable de cortabolsas, expertos en extorsión y otras pillerías. No me consta que Millwall fuera lugar que frecuentaran, no sé, algún asunto se traerían con Potts. Conferenció mi amo con tres individuos, dos rufianes comunes, con el aspecto habitual de mendigos que tienen los del Blind Beggar, la mayoría lo son, y otro tipo muy alto, embozado de pies a cabeza; mucho embozo era, pues superaba en dos cabezas a Pottsdale, y que aunque no era quién llevaba la voz cantante, atemorizaba más que sus camaradas.

Parlamentaron unos minutos entre ellos, imagino que obteniendo información, permiso de paso o protección a cambio de parte del posible botín. Yo quedé a distancia, sometido a la desagradable custodia de Irving.

—Reza pa que tus nuevos amigos no estén —decía—, porque si han vuelto los voy a matá, uno a uno.

No me intimidaba. Hubiera podido despachar sin cuidado a ese Hombre Lobo herido y marcharme de no ser por lo desolado de mi alma, sumida en un pesar hondo y sin salida.

La reunión terminó con un brusco estrechar de manos entre Potts y el gigante, y fuimos hasta el almacén. Era absurdo tratar de ir con sigilo mientras Eddie tocara para su animal. Cuando ya estábamos próximos, él quedó atrás y el resto avanzamos velados por las sombras. El lugar seguía despertando en mí el mismo desasosiego de la noche anterior, incrementado por mi gris estado de ánimo.

A mí me mandaron hacia la puerta, mientras Irving y el pequeño Tom entrarían al almacén por algún acceso trasero, que ignoraba que existiera. Potts quedó unos pasos atrás observando. Obedecí sin plantearme la rebelión, como *Pete* obedecía a los tonos del instrumento de su amo. Potts había dejado bien claro cuál era mi sitio, lo imposible que era abandonar el lugar al que pertenecía y las consecuencias de mis intentos de viajar a costas más soleadas, de mi indisciplina.

La puerta tenía la cadena y el candado que viera cerrar a Tumblety con tanta seguridad veinte horas antes. Intenté forzar el cerrojo. Pensé, mientras se lo contaba a Torres, porque entonces me limité a actuar, que la idea de mi patrón era que yo abriera el paso, pues a mí me conocían y puede que me tomaran por amigo. No era cierto, Tumblety no creo que me tuviera en tal consideración, en ninguna lo más seguro, pero qué podía saber el miserable de Potts.

No puse mucha fuerza en el empeño de violentar la puerta, al notar lo firme del candado. Miré atrás y Potts me indicó que llamara. Eso hice, sabiendo que el único cierre era por fuera y nadie podía estar en el interior. Claro está, no hubo respuesta. Entonces Potts tomó la palanca que había traído en sustitución de su bastón y los dos nos dispusimos romper la cadena.

—Señores, ¿buscan algo?

Conjurados de entre las sombras a nuestra espalda, cinco sujetos se acercaban amenazadores, con chalecos negros, gorras de marino, porras y cuchillos en las manos. Potts dio media vuelta, balanceando la palanca entre sus manos con el gesto torcido de quien conoce la noche y ha estado en más de un encuentro como este. Yo carecía de arma, circunstancia que nunca me echó para atrás. No soy un valiente, solo es que he crecido entre trifulcas callejeras.

Pensé por un momento que serían alguna de las bandas formadas por inmigrantes del este de Europa que empezaban a proliferar por el East End, o los mismos Blind Beggar replanteando los términos del trato recién acordado. No, sus trazas, muy aseadas para los Beggar y para casi cualquier otra banda, no me eran familiares, y yo conocía bien a las huestes de indeseables que gobernaban a través de la violencia y el miedo las profundidades de Londres. En todo caso, fueran quienes fuesen no venían con intención de negociar.

Un rugido a mi derecha y nuestro Hombre Lobo, calados los colmillos falsos como le gustaba cuando había pelea, cargó contra uno de los hombres cuchillo en mano, sin importarle llevar un brazo inútil colgando flácido a su lado, con uno le

bastaba. Apuñaló en un costado a su presa, para satisfacción de Potts que esperaba el ataque por retaguardia de su hombre. También aguardaba otro tanto por parte de Tom desde el flanco izquierdo, aprovechando su estatura como en él era habitual para atrapar al enemigo sin defensa. Esta vez le salió mal la artimaña. Sonó un disparo y vi a mi izquierda cómo la cabeza del pequeño Tom desaparecía. El que había disparado era quien nos diera el alto, que ahora lucía un revólver en la diestra y gritaba:

—¡Quiero uno vivo! —Aun en la oscuridad reconocí el porte digno y serio de ese tal Tomkins, al que había visto ejercer de mayordomo en casa de lord Dembow. Lo que tanto yo como Potts habíamos tomado por una banda era algo muy distinto. Parece que el lord buscaba resarcirse del descortés trato que la cuadrilla de fenómenos había dado a sus amigos y a su futuro pariente. Llevaban armas, Tomkins una de fuego, y eran cinco, cuatro y un herido, contra tres. No diré que era la peor situación en que me he visto, pero en todas las semejantes no salí bien parado. Ahora era mi vida la que estaba sobre el tapete, porque ese «uno vivo» no se referiría a mí pudiendo apresar a Pottsdale, nuestro cabecilla.

No era ese el día en que tenía que morir. La salvación vino en modo de música viva de concertina, cuyo compás trajo el trote brutal de *Pete*. Dejando atrás las ropas que lo embozaban en una estela de harapos, se llevó por delante a uno de nuestros enemigos. Quedó sentado encima y le mordió con fuerza la nuca, casi decapitándolo en menos tiempo que tardó mi cerebro en asimilar la sorpresa. La aparición de un oso de siete pies de entre las sombras fue tan aterradora y fuera de lugar a orillas del Támesis, que cambió de golpe al elemento sorpresa de bando, alineándolo con nosotros. Potts atacó con la palanca y yo imité al oso, empujando y derribando a otro de los del lord. Irving continuaba con su enemigo herido, al que pronto despachó gracias a un exceso de violencia en su ataque, que no de técnica. En un instante habían cambiado las tornas: cuatro de los suyos caídos, todos menos Tomkins, que mantenía las distancias con el revólver. Pero eran más, siempre son más, y pronto aparecieron a la carrera desde los callejones colindantes.

—Acabad con el monstruo. —Los hombres de Tomkins obedecieron sus órdenes como un ejército bien instruido. Tres de ellos armados de varas largas atacaron a *Pete* con arrojo inusitado en alguien que nunca se hubiera enfrentado a bestias salvajes, aunque no fueron muy efectivos. La envergadura del oso le hacía un rival formidable y pronto tiró a uno al suelo, con la cara cruzada de un zarpazo. Otros cuatro o cinco más vinieron por nosotros, parecía que había acudido un regimiento entero; yo no tenía tiempo que perder.

Estaba encima del que había tumbado, lo golpeé con fuerza en la cabeza y me quedé con su puñal, un enorme cuchillo Bowie, como los de mi país, que ya eran populares en todo el mundo. Salí corriendo. *Pete* daba zarpazos rodeado de hombres que lo zaherían con garrotes, Potts se fajaba con un rival, al que se le añadió otro

más, e Irving trataba de evitar a duras penas los golpes del suyo; era evidente que el oso iba a tenerlos muy ocupados, incluso el arma de Tomkins apuntaba más veces a *Pete* que al resto, tratando de hacer blanco entre sus hombres que entorpecían la línea de disparo con el animal. No había momento para la duda. *Pete* era la baza que nos mantenía en ese precario empate, y de su estado dependía el nuestro. Tomé mi decisión.

De un topetazo mandé al tipo que peleaba con Irving contra unas sogas allí amontonadas.

—Bien, Cara Podría, hay que salir daquí. ¡Potts...! —El lobo no pudo decir más, mi Bowie le asomaba por la barriga. Su sorpresa no fue menor que la del hombre de lord Dembow que había dejado tirado en el suelo, cosa que me permitió escapar por el flanco derecho de la contienda, ahora libre de oponentes. Ya tendrían a Pottsdale, me dejarían ir. No fue así. Un disparo de Tomkins dio en mi nalga derecha, tirándome al suelo.

Había recorrido un buen trecho antes de que me abatieran y desde ahí pude ver a Eddie tocando la concertina, tratando de dar instrucciones a su oso amaestrado que se batía como un demonio entre cuatro enemigos, y ya había despachado a otros tantos que sangraban a sus plantas. Tomkins acertó de nuevo en el oso, habiéndome derribado y con una diana como el enorme plantígrado, se desentendió de mí. Un disparo de ese calibre no podía pararme. Me tiré contra Eddie. Retrocedió ágil y logró eludir mi ataque en primera instancia. Pronto vio que no le iba a dar oportunidad de escape.

—Ray... —dijo—. ¿Qué haces...? —Lo maté a golpes. Ese cojo no era nada sin su animal al lado. Le aplasté la cabeza contra el suelo, se la pisé hasta diez veces, creo, tiré su instrumento al agua y yo salté detrás.

No, claro está, no fue así como se lo conté a Torres. Eludí mencionar que había huido; en mi versión «escapaba» en el último momento, y pasé de largo por mis dos asesinatos, crímenes que no me pesaban en la conciencia, pues fueron justas ejecuciones de malnacidos, que mejor están muertos. Es el asunto de Kelly el que lastraba mis sueños con tremendas pesadillas de justo castigo; Bunny Bob, Lawrence y Kelly, tres de los cuatro cargos donde se apoyará mi condenación cuando rinda cuentas ante el Altísimo, que no ha mucho tardar. Esos dos canallas que despaché, bien se lo tenían merecido. Ahora creo que matar a Irving y a Eddie, y dejar que Potts fuera presa de aquella jauría, fue mi cobarde forma de venganza, por Lawrence.

—¿Y no volvió a ver a ninguno de ellos? —preguntó Torres.

—N... no —mentí—. Al d... d... día sig... guiente —el mismo en que Torres partía para su tierra— me enteré de que el almm... el almm... el almacén había arddd... ardió. —Lo cierto es que creo recordar que ya vi el fulgor de las llamas sobre el río en mi huida, pero mi memoria, precisa en tantos puntos, a veces se obstina en

ocultarme datos—. C... creí que m... mmmm.... Muñeco había ard...

—Ya —quedó pensativo el español—. Qué extraño resulta todo lo relativo a ese autómata.

—Sssss... sssiempre dice eso.

—¿Qué?

—Que es ex... extraño. Hace di... diez años se d... despidió de mí así.

—Y es que lo es, don Raimundo. Todo ese encuentro que tuvimos, todo lo relativo a ese autómata, está envuelto en imposturas y... —No se decidía a contarme más, como si se tratara de una conjetura de la que apenas tuviera certeza más allá de la que le proporcionaba su intuición, y por tanto no se sentía cómodo hablando de ella. Pronto volvió su atención a mí—. ¿Qué ha sido de usted desde entonces? Y aún no me ha respondido a la pregunta que le he hecho, la que atañe más a mi venida, ¿cómo se hizo con el Ajedrecista? Deduzco que no se perdería en el incendio...

Lo encontré, así de sencillo. Tras aquellos incidentes, escapé a nado con mi trasero sangrando. Sobreviví a la herida, me fui. Pase un tiempo en el campo, robando y malviviendo como un salvaje, otra vez. Pasé una temporada en Manchester y llegué hasta Escocia en mi delictivo vagar. Entre sus lagos volví al asilvestramiento de antaño, condición que, para mi vergüenza, siempre me fue más apropiada.

Hasta en esos páramos mi presencia fue notada, y pronto el medio rural me fue tan hostil como el urbano. Huyendo de partidas de caza escocesas, por fin volví a Londres, a vivir del crimen violento y de poca monta, pasando periodos más o menos largos en presidio. Al igual que los pantanos de mi tierra natal me enseñaron las artes de la vida en la naturaleza, Londres me mostró lo propio en su equivalente urbano. Recorrí todo el escalafón del hurto, corté bolsos, o esperé a la salida de los pubs hasta encontrar un borracho al que propinarle una paliza y aliviarle del exceso de peso. Robé plomo en los tejados y escamoteé frutas y animales en los mercados. Llegué a arrebatar los cubos de latón que en muchas viviendas se dejaban en la puerta con las deposiciones de los inquilinos a los pobres desgraciados que vivían de recogerlos y arrojar su contenido a los sumideros, y no hurgué en el interior de los mismos en busca de algo de valor, hay quien lo hacía, no por dignidad, sino porque tuve suerte. Transité de este modo por la rica jerarquía del crimen londinense, trabajos todos ellos especializados y con su denominación propia, y no caí más en el asesinato por tener ya suficientes muertes sobre mis hombros.

Nada de esto resultó de provecho. Acabé viviendo en el Nichols, en un sótano hacinado con otras quince personas, familias enteras que dormían juntas, sin apenas ropas, pagando demasiado por tan inmundo lugar.

Hubiera caído en el pozo de la indigencia y la bebida, que pronto te conduce hacia la demencia y la muerte en vida, de no ser por un golpe de fortuna, un encuentro fortuito que me llevó a formar parte de la banda de Green Gate a finales

del ochenta y seis. Los de Green Gate, que cogían el nombre de un pub en Benthal Green, eran una de las bandas más peligrosas de todo Londres, ahí mi fortaleza y la monstruosidad de mi cuerpo fueron de gran utilidad, muy apreciadas. Extorsionábamos a putas y a honrados tenderos, como todos, pero el resto de nuestras actividades eran un tanto más violentas. Siendo una banda guerrera, recibíamos muchos encargos bien pagados para escarmentar a algún moroso reticente o para ajustar cuentas con otras bandas. Ya era un veterano en las artes de la lucha sucia y en esta época descubrí estar muy bien dotado para la violencia. Comprendí que en una pelea no era lo más importante la fuerza física, de la que no carecía, ni tampoco la pericia y la agilidad al combatir, en las que no iba sobrado; el arma fundamental en toda buena riña era la falta de remilgos. Yo era capaz de saltarle un ojo o morder la lengua de un oponente sin pensármelo dos veces, de ejercer una brutalidad por encima de lo normal sobre mis contrincantes, gracias a eso mi popularidad en el bajo mundo creció mucho.

Por fin parecía haber encontrado mi papel en el drama universal, incluso obtuve respeto y un nombre a tono, que por una vez hacía más referencia a mis virtudes que a mis taras: Drunkard Ray me llamaban, «Raimundo el Borracho», por mi capacidad de acabar pinta tras pinta de cerveza y seguir en pie, decían, aunque me temo que fuera por mis andares tambaleantes. Es cierto que durante un tiempo fui el Cara Podrida, pero había muchos feos entre nosotros, y cosas como «el Tuerto», ya tenían dueño; había un Dick Un Ojo, y era alguien de renombre en la banda.

Pese a tener por fin una familia, acabé cansándome de partir cabezas y dar puñaladas. Les puedo asegurar que ser secuaz cuando se tiene mi aspecto no es plato de gusto, pronto comprendes que ese romper brazos y marcar caras es todo el futuro que te espera, y poco beneficio obtienes tú de tu trabajo. Así, mis relaciones con los líderes del Green Gate se convirtieron a no mucho tardar en algo parecido a lo que fue mi vida con Efrain Pottsdale. Esa fue mi perdición, el sentir que podía servir para otra cosa más allá de las crueles labores para las que tan dotado estaba. Y la culpa de esta ilusión no fue del todo mía.

No voy a aburrirles con mis penurias, así que ahorro detalles escabrosos, al igual que se los ahorré a Torres en aquel momento. Baste decir que mis camaradas andaban tirantes con los chicos de la calle Dover, que yo supe por casualidad de una trampa tendida a mi jefe, Joseph Ashcroft, por estos, que pensaban sorprenderlos en una falsa reunión para parlamentar llevando más efectivos de los acordados, y mucho mejor armados. Así pensaban descabezar al Green Gate, matar a Joe y a Dick Un Ojo. Como leal miembro conté tales intenciones al mismo Ashcroft. Y ya puestos a contar, fui a la calle Dover y dije a los de allí que mis amigos sabían de sus intenciones, e incapaz de refrenar mi lengua delatora, fui a la policía y advertí que se avecinaba una buena trifulca entre ambas bandas, con sus gerifaltes capitaneando las huestes.

No añadiría nada de momento si les explico mis razones para hacer esto, pero no quiero que me tomen por un traidor. Sepan que fui impulsado a semejante felonía por el estricto sentido de autopreservación, si es que necesitan alguna justificación de actos tan mezquinos para seguir con el relato. Lo importante es que el resultado fue una batalla campal en el West India Dock entre las bandas de Green Gate y de la calle Dover, junto con la Policía Metropolitana, en la que se emplearon piedras, ladrillos, cuchillos, garras, lanza dardos, puños de acero, brazos hidráulicos, látigos automáticos y todo el arsenal del que disponíamos. Hubo muertos, heridos en cuantía y detenciones, la del mismo Ashcroft entre ellas, y mis problemas hubieran desaparecido de no ser por mi falta de discreción y sutileza para estos menesteres.

Lo dejamos aquí, quedando yo solo y enemistado con mis anteriores camaradas, y llegamos a mi segundo encuentro con el Ajedrecista, tan casual como el primero y mucho menos interesante. Hacia marzo de ese mismo año de mil ochocientos ochenta y ocho andaba yo urdiendo cualquier bribonada que me permitiera subsistir, pues mi golpe de mano, tan torpe como ruin, me dejó sin nada. Mi vagar, entre escondido y hambriento, me llevó a Millwall. No había vuelto allí en años, y nunca había repasado los hechos que allí nos ocurrieron. Todos regresaron a mí de golpe.

No tardé en encontrar el emplazamiento del almacén donde vi por primera vez al autómata de von Kempelen. Ahora habían edificado dependencias de una planta envasadora o algo similar, y como es natural, la máquina no estaba allí. No sé si guardaba alguna esperanza de encontrar otra vez al turco mecánico, ni siquiera había pensado en él al dirigirme hacia allí.

Sin embargo, ese hallazgo, o la falta de él, me trajo los recuerdos de Torres, que imaginé fuera del país, y de Cynthia William. A ella no la había olvidado, incluso en mis momentos de delirios de alcohol y sangre, permanecía en mí su imagen, su brillante cara suspendida en mi memoria sin relación alguna a los hechos y nombres que debieran acompañarla. Aquella hermosa aparición llenaba mis noches más pesarosas. Su sonrisa y su cordialidad me había acompañado esos años y ahora, como por ensalmo, se unía al cuadro su ofrecimiento para que me quedara con su tío. Comencé a imaginar cómo habría sido mi vida de haber aceptado aquella oferta, cómo debía ser la existencia viendo todos los días el rostro de aquella mujer, sus ojos... Esa era mi salvación. Sentí dolor físico cuando me di cuenta de ello: podía pedir ayuda a lord Dembow. No, ayuda no, una vez me ofrecieron entrar a su servicio, eso iba a solicitar. Ahí estaría a salvo de los del Green Gate y los de la calle Dover que sospechaban de mis trapacerías, a salvo, y junto a la señorita Cynthia, que ya debía estar casada.

A la mañana siguiente me planté en la cancela, esta vez cerrada, de Forlornhope.

—Q... q... quiero trabajo —dije a quien custodiaba la puerta, un mozo que de inmediato me echó con cajas destempladas. Yo insistí los siguientes días, asegurando

con mi mal hablar que el señor ya me conocía, que tiempo atrás le hice un gran servicio, y durante una semana fui expulsado, apedreado y amenazado con llamar a la policía. En la calle tuve un mal encuentro con mis antiguos compañeros, del que salí con bien de milagro y que me mostraba de forma apremiante la necesidad de conseguir un trabajo con Dembow, bajo su protección.

A la semana me sonrió la fortuna. Llegó el día en que hallé la verja franca, costumbre hospitalaria inusitada que tenían en Forlornhope, y llegué caminando por el bosque hasta la trasera, a aquel jardincillo que daba a las cocinas y a las dependencias del servicio. La cocinera, la señorita Trent, salió a verme. Muy atractiva en su sencillez, a sus cuarenta años conservaba cierta frescura de mocedad, incluso a través del rígido uniforme negro que gastaba. Era triste ver a una mujer con tan buen corazón sumida en tan hondo pesar y envuelta en luto, sin razón conocida— Trent escondía un corazón tierno oculto en modales duros, fingidos. Tal vez ese alma cándida suya, conmovida por mi insistencia o mi aspecto herido hicieron que me atendiera. Me dijo que no encontraría trabajo allí, que nunca tomarían a servicio en esa casa a alguien como yo, que fuera a los astilleros, que allí el joven lord contrataba gente para algún que otro peonazgo. Efectivamente, allí me emplearon para labores no muy distintas a las que hacía con los Green Gate, y lo hizo el mismo Tomkins, más avejentado y cubierto de quemaduras que deformaban su expresión hasta parecerse casi a la mía. Afortunadamente no me reconoció al verme. No es que mi aspecto hubiera cambiado mucho, pero él apenas había cruzado mirada conmigo, y esta es una de las virtudes de la mendicidad, del pertenecer a lo más bajo de la estructura social: nadie repara en ti.

Estuve un mes trabajando con ellos y mis obligaciones se repartían entre las labores de intimidación o vigía, acordes a mi corpulencia y mi espantoso físico, y trabajos más propios de estibadores, llevando y trayendo bultos de un almacén a otro.

Un día lluvioso de finales de marzo andaba yo faenando en Cubitt Town, al sudeste de la Isla de los Perros, quitando y poniendo lienzos para proteger alguna mercancía. Me pidieron que buscara más tela al fondo, en un lugar donde se amontonaban las cajas abandonadas. Allí topé con el Ajedrecista bajo una colcha, desecho y almacenado de mala manera en un par de viejos cajones, apolillándose ahí los ropajes del Turco y medio herrumbrados los metales. Al principio no sabía lo que era, ya les hablé de mi débil memoria. Reconocí su cabeza enturbantada al verla entre todas esas piezas y maquinarias dispersas, y creí que ahí estaba mi oportunidad. Era fácil entender cómo había llegado esa chatarra allí: muchos de los almacenes portuarios se alquilaban a Dembow, por lo que pude saber mientras serví al lord, y en muchas ocasiones, para satisfacer deudas de morosos, se tomaban a cuenta de lo debido lo allí guardado. Así, ese almacén donde andaba buscando cubiertas para la lluvia, estaba lleno de mercaderías requisadas de distinta procedencia, sirvieran para

algo o no, como los restos de esa marioneta.

A mi memoria volvió el pasmo con que aquellos caballeros comprobaron las evoluciones del Turco tiempo atrás. Este hallazgo era valioso, sí. Tal vez reparé un momento en Tumblety, el anterior propietario del muñeco, y pensé que teniéndolo yo ahora y sacando provecho de esa situación, tomaría por fin revancha del monstruo. Incluso era posible que si el turco de metal estaba en tan mal estado, su dueño no corriera mejor fortuna. Me reí. Era el momento de Raimundo Aguirre.

Recordé a Torres y corrí al consulado español para escribir la carta que me traería de vuelta, así lo esperaba, cincuenta libras y el fin de mis penurias. Entre la salida del mensaje y su llegada a destino, resultó que mis antiguos compañeros de banda dieron conmigo y cerraron un círculo de dagas a mi alrededor. No sabiendo cómo escapar, cometí un burdo robo, procurando ser descubierto; el del propio Turco. Así fue, hombres de Tomkins me sorprendieron despistando el bulto del almacén. A los dos días me acusaron de hurto, y no queriendo perder mi fortuna, confesé el robo de seis barriles de licor, que había perpetrado con anterioridad y con éxito. Dije que esos barriles eran los que me habían visto sacar, y no al autómata. Caí en prisión. Mejor ahí que hacerlo en manos de los de Green Gate. Pasé mi condena y acabé olvidando por completo al Ajedrecista.

—Mmm... mejor así. Sé algo más...

—¿Todavía conserva el autómata? —El español mostraba más interés que yo por el muñeco.

—Ss... sé dónde está. Pero eso ya no imp... importa. Tengo inffffformarión mmmmás interesante.

—He notado que habla mucho mejor, don Raimundo.

—Raimundo. Uss... usted también habla ing...

—¿Me dice que tiene información... sobre el Ajedrecista?

—Nnnno... tiene que ver... *Lether Apron*, D... Delantal de Cuero; sé quién es.

Torres me miró atónito. No esperaba una declaración así de su amigo, don Raimundo. Dos meses después me diría: «Siempre que nos cruzamos ocurren cosas extrañas. Es usted un catalizador para lo extraordinario...», y tenía razón. Cada uno de nuestros encuentros... veo que empiezo a desviarme... y no nos queda mucho tiempo. Torres estaba pasmado, y dijo:

—¿Delantal...? Ese es el asesino del que hablan los... periódicos, ¿no?

—Ssssí, el hombre mmmás odiado de Londres, y yo sssé q... q... quién es. Sssssscotlanyard no tiene ni idea y yo ssssé quién...

____ 6 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Jueves, la puerta se abre

La puerta se abre con brusquedad, y salen por ella ambos visitantes, empujados de los brazos por Celador, con muy malos modales.

—No, aguarde —ruega Lento—, no puede... a punto va a decir...

—Dijo que nos daría más tiempo... —dice Alto.

—¿Es que no ven lo cansado que está? —Celador los suelta y se encara furioso. Es muy corpulento, más bajo que Alto pero le dobla en peso. Su mirada y su voz profunda están diseñadas para achantar al más bravo—. Por el amor de Dios, señores —rebaja el tono amenazante—, ¿es que no tienen caridad? Después de lo que abusaron ayer... aún no ha pasado la hora y ya está...

—Usted aceptó dinero —dice Lento—. Se comprometió. —Aguarda mientras Celador refunfuña y escarba como un toro manso—. Si es como asegura, no creo que le pueda hacer daño, solo tiene que...

—Muy bien. Pero en cuanto yo diga que paren, tienen que dejarlo. Aguarden un minuto aquí.

Entra en el cuarto del señor Aguirre. Los visitantes respiran tratando de apaciguarse tras la brusca interrupción. Alto mira por el ventanuco, luego a su compañero, por el ventanuco una vez más y dice:

—¿Qué quería decir antes? —Lento pone cara de no entender—. Con lo de que hay que venir de noche...

—Sí. Aquí estamos... como se dice... hay que creer de lo que este señor quiera contarnos, y por crédulo que me considere, no imaginará que no doy cuenta que aquí no hay nadie más que nosotros y este... ladrón. Y los insectos y...

—Concrete —apura Alto—, que está a punto de salir.

—Esta noche, con cuidado, entramos y vemos a mr. Aguirre, sin que el señor...

—Y de paso, registramos todo el lugar.

—Vaya, no le tenía por tan... tan osado.

—Ya está aquí. —Alto se aparta de golpe de la puerta.

—¿Entonces? —susurra Lento—, ¿venimos esta noche?

—Cuente conmigo.

—Muy bien —irrumpe Celador, estirándose la bata roñosa—. Entren. Les ruego que sean compasivos y miren por la salud de mi paciente. Yo estaré aquí, observando como siempre. Adelante, pueden continuar con la historia.

____ 7 ____

El éxito del Asesino

Jueves, apenas diez minutos más tarde. Si es que llega a tanto

¿Eh? Ah, sí. Mi conversación con Torres. Claro, claro que sabía quién era el asesino. El dijo:

—Bien, bien, vayamos con calma. —No le interesaba, lo noté enseguida... al contrario que a ustedes. Fue amabilidad lo que lo empujó a seguir preguntando—. ¿Quién es?

—El mmm... mmm... mmmonstruo. —No me entendió—. El doctor indio.

—¿Aquel hombre? ¿El que tenía el Ajedrecista? Tumblety se llamaba, ¿cierto?

—Sí.

—No sé, don Raimundo, a mí me pareció un truhán en el peor de los casos, ¿qué le hace pensar que es un asesino?

Alcé la mano pidiendo paciencia para con mi torpe habla. Era mucho lo que tenía que explicar y no estaba dotado para las largas exposiciones. Debía presentar toda mi tesis, mi teoría de los crímenes de Whitechapel, nacida tras la noticia de la muerte de aquella pobre mujer, Mary Ann Nichols, hacía cinco días. Para apoyar mi supuesto, saqué de debajo del abrigo una resma de papeles, periódicos y hojas que en cinco días había ido compilando, aunque apenas sabía leerlos. Añadiendo dato a dato, rumor tras rumor, junto con los recuerdos de mi memoria, había construido un sólido caso contra Francis Tumblety, Delantal de Cuero, el asesino de Whitechapel. Despacio y con claridad fui desplegando mis ideas ante la paciente atención de Torres.

La «causa» se sustentaba sobre hechos conocidos por los dos y sobre aquellos que solo yo sabía. Le hablé de mi encuentro con Tumblety en Washington, hace tanto que parecía que le hubiera ocurrido a otro. Le expliqué su implicación en el magnicidio de Lincoln, que ahora creía a pies juntillas. Le conté el asesinato de Bunny Bob, aunque no mencioné mi omisión de auxilio, había confeccionado mentiras al respecto durante todos estos años, mentiras que acabé creyendo y que me hacían dormir mejor. Le recordé luego aquella velada en casa del escritor Henry Hall Caine, quien por cierto a esas alturas ya había publicado varias novelas, donde Frank Tumblety estalló en ese arrebato de ira hacia el género femenino tan fuera de lugar y donde todos vieron su colección de órganos. No pasé por alto cierta velada mención a que el trato entre estos dos caballeros, Caine y Tumblety, no me pareció apropiado, sugiriendo que el falso doctor pudiera ser un invertido. Aquí quedaba clara la naturaleza monstruosa del canadiense y su odio irracional hacia las mujeres, patente como en la ponencia de un senador, aunque los conceptos de «odio irracional» o «naturaleza

monstruosa» no cabían en mi pobre vocabulario ni en mi cerebro demediado.

Añadamos a esto los tres asesinatos recientes, tres mujeres muertas brutalmente, tres prostitutas, tres receptáculos de todos los defectos que Tumblety veía en las descendientes de Eva. Emma Smith muerta el tres de abril. Le dieron una paliza y la violaron con un palo o un bastón hasta que la mataron. Luego Martha Tabram, recibió treinta y nueve puñaladas el siete de agosto. Mostré los recortes donde aparecían las pesquisas de la policía. Había un testigo, otra prostituta llamada Pearly Poli, que aseguraba haber pasado la noche del lunes seis con Emma (no Smith, se refiere a la señora Tabram, que así llamaba Pearly Poli a su amiga), y dos militares, un cabo y un soldado. Era fiesta, y los regimientos acuartelados en la ciudad andarían de permiso. La última vez que la vio se iba con el soldado, subiendo muy alegres por la calle de George Yard, donde la encontrarían muerta horas después. Llevaron a Pearly Poli hasta la Torre e hicieron formar ante ella a todos los suboficiales y soldados que no habían estado de servicio durante la noche del seis al siete. No reconoció a nadie.

—¿Rec... recuerda cómo vestía el médico indio? —dije—. Ssss... siempre iba con uniformes de militar.

Por último Mary Ann Nichols, Polly la llamaban. Muerta cerca de Benthal Green el treinta y uno de agosto. Los datos que disponía eran confusos, la vista del crimen de Polly no había concluido aún, pero las voces estaban en la calle, todo el mundo hablaba de esa monstruosidad. La degollaron y rajaron de arriba abajo, con todas las tripas enfriándose al aire, una muerte cruel, llena de odio.

Suspiré, creyendo haber demostrado algo, esperando el juicio de Torres. Él me miraba atento, había estudiado todos esos recortes con cuidado, prestándonos a mí y a mis ideas mucha atención, creo que por cortesía.

—Es horrible lo que les han hecho a esas mujeres, sin embargo... Tumblety tenía algo desagradable, no lo pongo en duda, aun así no veo razón que nos impulse a pensar... Dicen que ese Delantal de Cuero es judío.

—Ese Ddd... Delantal de Cuero no es naide. Hay mmmuchos que amenazan a las mujeres —yo mismo tuve mi periodo de acosador—, ese es uno mmmás. Ccc... creo que ssssé quién es, y no es el asss... el asesino.

—No me alcanza a ver por qué cree que es Tumblety...

—El Ajedrecista. —Lo tenía tan claro que no entendía cómo a Torres se le escapaba, tan inteligente, mucho más que yo. Francis Tumblety era un demente asesino, posiblemente un degenerado de gustos torcidos, que odiaba a mujeres y coleccionaba vísceras, que tenía un extraño autómata en propiedad; ese era el doctor indio que conocimos en mil ochocientos setenta y ocho. Ahora, diez años después, empiezan a morir mujeres de forma horrible, prostitutas, pecadoras como las que odiaba el falso doctor, y yo encontraba al turco mecánico que antes poseyera—. ¿Ssss... sabe cuándo encontré esa mmmáquina?

En marzo, el treinta y uno de marzo. Tres días después, cuando dictaba mi carta al amable diplomático español, moría Emma Smith. Me parecía imposible que fuera una coincidencia. Estas eran mis brillantes conclusiones.

—Mmmm... don Raimundo —Torres me miraba escéptico—, ¿ha contado algo de esto a la policía?

—Nnnno. Nnn... no dan recommm... pensa. Ppp... pero seguro que lo harán, y pa eso le necesito a usted.

—¿A mí?

—Ssss... sí. A mí no me cr... creerán. No tengo b... buena relación con la autoridá. En cambio a ustttt... ted le harán caso, usted es alguien resppp... respetable. Yo a s... a ss... a su lado no soy más q... q... que basura...

—No diga eso, don Raimundo, no vuelva a decirlo. —Su expresión se había vuelto seria por un momento. Luego se relajó de nuevo—. Y no haga caso de la gente que le desprecie, créame, ningún hombre tiene derecho a mostrase superior a otro porque quien no supera en inteligencia puede superar en bondad. Dejando eso a un lado, ¿ha olvidado ya la idea de venderme el Ajedrecista? No creo que ofrezcan cincuenta libras por esa información suya.

—Usted nnn... no iba a pagar esa cantidad por el mu... mmmuñeco, ¿no? —Torres sonrió, supongo que no esperaba esa perspicacia en mí. No creo que hubiera abonado tal suma ni aunque el autómata fuera el original y Torres estaba convencido de que no lo era.

—Parece que ya no dispone del autómata, don Raimundo.

—Sé dddónde lo dejé.

—¿Sí? —Sonrió dudando de mi palabra—. Mire... me temo que marcharé de vuelta a casa en pocos días, es inútil empeñarnos en esto. Por supuesto, el tiempo que permanezca en la ciudad puede quedarse aquí, me encantará disfrutar de su compañía.

—Nnnn... no...

—Yo me ocuparé de la señora Arias, no se apure.

—No, no es eso. ¿Nnnno... va a ir conmigo a la policía, cccuando haya recompensa?

Torres me miró fijo, buscando el modo de decirme que cualquier esperanza que tuviera de salir del abismo no pasaba por él.

—Verá, no es que yo tenga idea alguna de crímenes ni labores policiales, pero viendo lo que me cuenta... ¿está seguro de que esos crímenes los ha cometido la misma persona? Una mujer muerta a golpes, la otra apuñalada, la tercera degollada...

—Tttttodas en Whitechapel o Spitalfields, y en muy poco t... tiempo... —Era cierto que en esto, y solo en esto, mi saber era mayor que el de Torres, no porque fuera yo un docto criminólogo, sino porque el crimen había sido mi medio durante

muchos años. En efecto, muertes violentas de prostitutas se producían, como no, pero tan brutales, y en tan corto margen de espacio y tiempo era más que sospechoso.

—Aun así, don Raimundo, repito que Tumblety me pareció una persona poco de fiar, pero no vi que fuera un hombre violento.

—¿Y lo q... lo q... dijo s... s... sobre las mu... mu...?

—¿Ese arrebato de ira en casa de su amigo? No lo consideraría como violento... desafortunado, fuera de lugar y propio de una persona tan amiga de lo ampuloso como parece ser este señor. Estuve presente, y aunque desembocó en una situación incómoda, no me atrevería a calificarle como un hombre agresivo por ese arranque.

—No s... s... solo p... por eso. Hay algo p... p... peor...

Tuve entonces que referir a mi amigo episodios de los que no quería que supiera mucho, y volver a mi reciente estancia en prisión. Allí me encontré con alguien conocido. En los círculos que solía frecuentar, no es raro toparse con rostros familiares, circunstancia en nada deseable para mí, que podía triplicar el número de amigos con el de enemigos. Muchos de los que arrastraban sus andares cansados por el patio de Pentonville no me eran extraños, pero con ninguno de ellos crucé palabra, por el bien de ambos, salvo con uno, que me fue inevitable eludir. Burney estaba allí cuando llegué, ¿le recuerdan?, el Hombre Esqueleto. Había ganado peso, la comida del penal, de este y de tantos otros, habían añadido algunos kilos a su escurrida fisonomía, sin embargo aún conservaba su aspecto espectral, larguirucho y feo, aunque algo más saludable. En cuanto me vio empezó a charlar, como siempre, como volver diez años atrás, Burney hablando y hablando hasta que el castañeteo de sus huesos te volvía loco, incapaz de callar. Estaba muy sorprendido de verme.

—Te creía muerto, como todos... —Claro. La última vez que me vio salía con Potts y los suyos hacia la Isla de los Perros, y no volví—. Oí hablar de ti, por aquí, bueno, imaginaba que ese Drunkard tenías que ser tú. —Y se rió, y siguió hablando, con risa y todo. Recordaba los «buenos tiempos» con Potts, no sé cuáles, no puedo imaginar qué podía considerar bueno ese desgraciado de su estancia entre los monstruos.

—¿Qué fue de ti? —Me irritó su especial indiferencia, como si no supiera de la trampa en Millwall, de la que fue partícipe de algún modo. Él fue quien siguió a Torres y a sus nuevos amigos ingleses a la salida de Spring Gardens.

—Potts q... q... quiso matarme... —dije. Mentí en cierto modo, puesto que fui yo quién traicionó a aquel malnacido.

—No... —dijo amedrentado, frotándose allí donde había viejas cicatrices—, no era buena persona ese Potts. ¿Pero por qué matarte? Tú eras...

—Q.. quería un muñeco... pero ahora lo t... tengo yo... —La charla fácil es fácil de contagiar—. Encont... encontré el muñeco de T...

—¿Tumblety? —Sus ojos se hundieron aún más, si es que tal cosa es posible—.

Olvídate de eso Ray, ese hombre... no es un hombre, es... —Su rostro fantasmal empezó a asustarme, así que le aticé con fuerza, y así me contó el triste destino de la Exhibición de Fenómenos y Horrores de todo el mundo de *monsieur Pott*.

Como imaginaran, tras mi última estancia en el callejón, ninguno de los que salieron conmigo, regresó. Amaneció y la expedición de robo no volvió a casa. Potts, o alguno de los secuaces, solían faltar, no todos a la vez, y no sin dar explicaciones. Eliza despertó furiosa, ya ebria, buscando a su marido, preguntando por todos y gritando a los inquilinos de las jaulas que permanecían allí. Burney era el único que sabía a dónde había ido la cuadrilla de monstruos, escoltándome y utilizándome de señuelo o guía, como se quiera ver, y nada dijo en un principio. Temió un trágico desenlace, no porque el pobre Esqueleto Humano tuviera dotes adivinatorias o gozara de perspicacia alguna, es que en el mundo en que nos movíamos los desenlaces funestos y violentos eran comunes.

Eliza no tardó en espabilar de la modorra del alcohol que la sumía en un letargo mortal todas las mañanas, en cuanto notó el desamparo en que su marido la había dejado. Empezó a preguntar por su hombre. Nadie supo darle respuesta y su mal humor y su desagradable talante se desbocó. Insultó, maldijo y se quejó del trato que le daba Potts y del que, según ella, todos éramos cómplices. Tiró cosas a las jaulas, y envalentonada por el miedo y la inactividad de los inquilinos de cada una de ellas, su ira creció, alimentó sus malas formas, y empezó a golpear a unos y otros con extrema violencia.

Y es que lo que quedaba de nuestro desfile de esperpentos era lo más débil y patético, aquellos sobre los que Eliza la borracha podía ejercer toda su crueldad a placer. Estaba la pequeña Edna, que no paraba de preguntar qué había sido de su Tom. También George, quien causaba un especial placer a la señora Pottsdale, pues disfrutaba mucho al ver cómo las grasas del enorme imbécil temblaban a cada golpe suyo, y como lloriqueaba indefenso. Mary y Jane eran tan bobas que reían cuando eran humilladas. Y por supuesto estaba Burney, que siempre fue un cobarde, aunque en su caso no es en nada reprobable, pues alguien con su físico no puede permitirse lujos como el valor.

No, no he olvidado a mi Amanda, la he omitido porque con ella no se atrevía. Aun estando de continuo casi más borracha que Eliza, era tan extraña y monstruosa que la vieja bruja la temía y prefería que la disciplinara yo o su marido. Además, su juventud y vigor eran notables, ya creo haberlo comentado, y en un enfrentamiento entre ambas era Eliza quien tendría todas las de perder. Fue la presencia de mi amante fugaz la que decidió la fortuna de Burney y el resto, como contaré enseguida.

Eliza, cansada de quejarse sin fruto, no abrió el espectáculo, ni por la mañana ni llegada la tarde. A esa hora Burney tuvo claro que algo malo había ocurrido. Malo para Potts y compañía, y desde luego malo para el resto, abandonados en el olvido de

la marginalidad sin enlace alguno con la vida «normal». Sin su patrón, el mundo había quedado reducido al callejón. Lo que hubiera tras la cortina, Trafalgar Square y el resto del universo, era un lugar ignoto, prohibido y peligroso para ellos. El mugriento telón adornado con letras encarnadas que les refugiaba era la única defensa de que disponían contra el odio y las burlas ajenas. Era un lugar feo y pequeño, pero familiar y lejano del vertiginoso exterior, y como todo cosmos, por angosto que sea, tenía sus polos, sus extremos que equilibraban la realidad: Eliza, el mal, el peligro, el demonio, y, en ausencia de otro mejor, Burney, como la fuerza benefactora. En medio, el resto, la patética humanidad. Lo único que no tenía este reducido, sucio y mugriento universo era sustento para sus habitantes.

Burney, abrumado y sorprendido por un inusual sentimiento de responsabilidad hacia sus compañeros, decidió echarse a la espalda la carga de esos seis desdichados, una vez que se hizo claro al caer la noche, por lo menos para él, que ni Potts ni sus secuaces iban a volver. Decidió salir y se topó con la vehemente oposición de Eliza Pottsdale.

—¿Dónde crees que vas, huesudo? —dijo, y lo golpeó con uno de los bastones de su marido en la cara, haciéndole saltar un diente. Burney cayó al suelo, y postrado allí soportó el castigo de su ama—. ¿Crees que porque no esté mi marío, vas a poder hacer lo que te se venga en gana? ¿Hoy es día de fiesta pa los desgraciaos? Na, vais a trabajar... en cuanto abra...

—Solo... quería buscar algo para comer...

—¿Comer? En eso es en lo único que pensamos. —Y volvió a golpearlo—. Has engordao mucho, Burney, y si sigues asín no servirás pa na... acabaremos echándote al mostruo de Eddie, y no le dejaré parar como hicimos con el asqueroso sapo hasta que deje tus huesos mondos, maldito seas... —Amagó otro golpe y el entusiasmo por hacer daño, unido a todo lo bebido, la hizo tropezar y perder de inmediato el interés en mi descarnado camarada—. Anda, prepara al resto de vagos... en cuanto vuelva empezamos a trabajar.

Salió por el telón, al mundo de fuera. Alejado el peligro, acabaron las risas forzadas y el festejo por la tortura de un compañero, siempre más apetecible que la propia, y llegó el silencio y el miedo.

—Burney... —Era George, mirando con sus pequeños ojos ocultos entre pliegues de grasa asustada cómo el Esqueleto se levantaba maltrecho—. Si no vuelve el amo... ¿qué...?

—¿Cómo no va a volver? —dijo Edna, aún llorosa—. Vendrá con Tom, y con Eddie... tien que volver...

Mi antiguo camarada quedó de pie entre los monstruos medrosos y contemplando tan triste estampa vio que, en efecto, la situación de todos era desesperada. Quedaban allí los más desvalidos de entre ellos: una enana, un hipopótamo, dos retrasadas, una

salvaje alcoholizada... Sin el terrible amparo de Potts, solo les quedaba la mendicidad y el consuelo de una pronta muerte. Él tenía más posibilidades de sobrevivir, aunque no muchas. Y desde luego, sus expectativas se reducían a la nada si tenían que depender de Eliza, una depravada alcohólica que apenas era capaz de cuidar de sí misma, menos de esa caterva de parias, por los que no sentía afecto alguno. En tal tesitura mi escuálido amigo decidió tomar cartas en el asunto y salvarse tanto a sí como a sus compañeros, o eso me contó a mí al menos.

—Puede... puede que los hayan detenido —dijo.

—¿Detenido? —Edna suspiraba con una espantosa congoja—. ¿Por qué dices eso...? ¿Dónde...?

—No sé dónde, y no sé por qué, ni quiero ni quise nunca saber nada de los asuntos de Potts. Ya visteis lo que hizo a Larry, y cómo trató a Ray. Yo tuve que seguir a unos tipos hasta una mansión en Kensington, e imagino que allí fue Potts y los demás, allí había mucho dinero, y muchos guardias armados vigilando con disimulo... han debido meterse en líos y ahora los habrán trincao...

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? —preguntó George, Edna ya era incapaz de articular palabra.

—Sobrevivir. —Dudo que el amigo Burney fuera tan teatral y dramático en ese momento. Así me lo contó, acostumbraba a darse aires cuando no estaba asustado.

—¿Cómo...? Eliza... ella no pue... Necesitamos comer. —En especial él.

—Escaparemos. Antes de que vuelva, saldremos de aquí y no...

—¿A dónde vamos a ir? —Edna se sentó llorosa en el suelo de su celda, del escenario que simulaba una casa a su medida, que ahora más que nunca le parecería una prisión—. Míranos, Burney, ¿qué podemos hacer afuera, solos?

—Vayamos al campo, buscaremos una casa abandonada y viviremos... —Imagino que la realidad se imponía a sus ilusiones a cada palabra, y que tal vez el corazón del Hombre más delgado del Mundo, la única víscera carnosa entre tantos huesos, le impidió sincerarse y decir que sus intenciones eran, comprendida ya la situación, salir por su cuenta, buscarse él el sustento y dejar a los monstruos a merced de algún otro Pottsdale, Dios quiera que más misericordioso que el anterior. Esto lo imagino yo, por supuesto, no lo tomen como verdad objetiva.

—Burney... ¿por qué no vas tú fuera y traes comida? —dijo Mary mientras acariciaba a su falsa siamesa con una ternura entre idiota y lúbrica, y del todo grotesca.

—Sí, Burney, ¿por qué no vas tú fuera y traes comida? —repitió Jane.

Siguió contándome, sin darse tiempo ni a respirar, cómo los monstruos le suplicaban, cómo lloriqueaban y cómo su tierno corazón se ablandó y así el Esqueleto Humano, la Araña Humana, nació a una nueva paternidad que le impidió huir... no creí nada, y del mismo modo, dudé entonces de sus palabras cuando empezó a contar

cómo ese grupo de parias se liberó asesinando a su torturadora, las señora Pottsdale.

No desvelo gran cosa, se lo aseguro, de un modo u otro esa despreciable mujer estaba condenada a la muerte, y su fin o su supervivencia no tiene peso alguno en esta historia. ¿Por qué lo cuento entonces, se preguntan, si ni siquiera se lo conté a Torres? Porque ahora me siento en la obligación de dar un final a cada uno de los personajes que han formado mi vida, por olvidables que fueran, por insignificantes y merecedores de la muerte completa, que es la desaparición no solo de esta fea materia, sino de la memoria de los hombres. Ahora ustedes los recordaran...

Divago una vez más, discúlpenme. Lo que Burney me contó, ahora a la luz de mis años, parece más verosímil, aunque entonces no lo creí. Aquellos que allí estaban eran débiles y medrosos, sí, pero el miedo se torna en ira con más facilidad de lo que creemos. Si al cobarde se le potencia su cobardía, estalla en una cólera atroz. Por eso no me es inconcebible pensar que cuando Eliza llegara esa madrugada, el terror fermentado en ese callejón sellara su sentencia de muerte.

La mujer regresó de peor humor que el que tenía al irse, quejándose por la suciedad del lugar, la misma que había dejado, preguntando por su marido y el resto de los golfos una vez más, tirando trastos, dando patadas... muy borracha, sin nada en los bolsillos y gritando.

—¿Dónde estáis, vagos? Pensáis que vamos a manteneros sin que trabajéis. ¡Potts! ¿Dónde...? —Tropezó y casi cayó de bruces en su esfuerzo de no perder la botella de licor que apretaba contra su pecho. El resto de los habitantes andarían a buen cobijo entre las sombras de sus inmundas celdas, incluso Burney, cuya ternura le había hecho permanecer con sus compañeros, según contaba.

Tanto jaleo despertó de su modorra a mi dulce Amanda, quién sumida en sopores narcóticos desde hacía un día ignoraba el cambio en el estado de las cosas en l'exhibition. Miró entre los barrotes y vio a Eliza y a su botella.

—¡Burney! Maldito huesudo... ¿aónde andas? —El Hombre Araña dejó ver su temblorosa figura y respondió como pudo a las preguntas y a los golpes de su ama. Que dónde estaba Potts, que dónde estaba el dinero de la recaudación de hoy... ¿Cómo? ¿Qué no habéis trabajado...? Golpes y más golpes. Todo observado por los fenómenos asustados, y por Amanda entre ellos. Por mucha atrofia que el alcohol de alcanfor, la morfina y hasta el arsénico hubieran causado a su cerebro tuvo que entender cómo estaban las cosas. Ya no estaba Potts ni Irving ni yo, a quienes temía y odiaba. Solo esa vieja puta borracha, que lucía una botella de ginebra en la mano.

Mi hermosa Venus ofídica se deslizó en silencio entre los barrotes y se acercó al centro del pasillo donde se escenificaba la humillación de Burney, caminando despacio, cadenciosa, como Salomé tentando al Bautista.

—¿Tú qué quiés? —Amanda no dijo nada, no acostumbraba a hablar, o nunca tenía mucho que decir, no sé. Se limitó a señalar la botella Vaya... la señorita quiere

un trago. ¡Puta asquerosa!, ve fuera, a vender el coño, a ver si te dan un trago por él... ahora que tu «novio» no está, ¿quién va a querer na...? —Amanda echó mano hacia el licor, sin atender ni ofenderse por tanto insulto. Eliza apartó la mano y la golpeó con la otra en la cara, haciéndole brotar sangre del labio al chocar este contra sus dientes afilados. El golpe le gustó a la señora, ahora viuda, de Potts, y decidió repetirlo. Esta vez Amanda esperaba, atrapó el brazo de su agresora, y le arrancó parte del bíceps de un mordisco.

Eliza gritó espantada, la mujer serpiente no se detuvo. Era más joven, mucho más fuerte y quería esa bebida por encima de todo. Cayeron al suelo. Amanda la golpeó en la cara, y se la mordió con sus dientes afilados, arrancando trozos de carne vieja y borracha a cada bocado. La pobre Eliza gritaba como presa del infierno, y era un buen remedo de tortura diabólica lo que en verdad estaba sufriendo. Mi Amanda no se cebó demasiado, al cuarto o quinto bocado volvió su atención hacia la botella, y dejó el cuerpo convulso de Eliza, rezando y musitando en medio del delirio y el dolor.

La cólera había escapado y nadie podía ya detenerla. Burney, con el valor del cobarde tomó una piedra, Edna un espetón, George se arrastró fuera de la celda ayudado por las siamesas cacareantes. No ofenderé sus sensibilidades regodeándome en los detalles de esta ejecución, entre otras cosas porque no hice referencia de ella a Torres. Me gustaría, no obstante, que supieran que la justicia puede caer sobre los culpables de forma muy desagradable. Que los monstruos, a veces, se comportan como monstruos.

Eliza cayó bajo el tribunal de parias y así quedó todo en el callejón. Terminada la fiesta de la muerte, los seis volvieron a sus celdas, dejando los restos del ama esparcidos de punta a punta, una alfombra roja de vísceras pasto ahora de las pequeñas criaturas de la noche.

Pasaron dos días enteros y tampoco voy a detenerme en lo que pudo pasar en ese angostillo ocupado por siete esperpentos alejados del mundo, encerrados sin alimento ni esperanza junto a los despojos de su torturadora. Al tercer día tras la marcha de Potts llegó la policía. Por la mañana entraron como una tromba un buen número de agentes sacudiendo sus porras y aireando los miasmas acumulados tras meses de iniquidades.

Y con ellos, casi capitaneándolos, estaba Francis Tumblety.

Aquí es, claro está, cuando esto entronca con nuestra historia. Tumblety entró como un huracán, como la luz de Dios salvador, montado en un brioso corcel blanco, abriendo las cortinas de par en par, arrancándolas, tirando al suelo las brillantes palabras francesas y gritando a voz en cuello.

—¡Aquí lo tiene, mi muy respetado inspector: el fruto de los errores de su gobierno! ¡Miré! —señalaba a los inquilinos del pestilente infierno, quienes como conejos sorprendidos en la noche por una luz, se movían amilanados, en espera de un

desenlace a sus vidas que no apuntaba a ser piadoso—, miren los frutos de esta política desalmada, vean cómo una gestión inhumana, que trata a los más desdichados...

Bien —ordenó el citado inspector, acallando la inminente diatriba del americano contra la corona—. Saquen a estas personas de aquí.

—Yo me ocuparé de ellos —seguía Tumblety, cabriolando sobre su montura—, ofrezco mi humilde ayuda, mis conocimientos a estas pobres criaturas...

Pueden imaginarse la pedante verborrea del Monstruo desatada en interés de conseguir la custodia de estos otros monstruos. Nada dije a Burney, pero para mí estaban claros los motivos del yanqui, y entre ellos no veía altruismo alguno. Buscaba venganza, o sacar algo en limpio tras el fiasco de su marioneta jugadora de ajedrez, quédense con el motivo que más se les acomode al carácter del doctor indio. Yo creí que, habiendo ardido el almacén y tal vez el autómata en él, así pensaba yo entonces, y siendo responsables nuestra troupe de phénoménes de dos ataques o intentos de robo, Tumblety no podía dejar pasar sin administrar justo y cruel castigo.

Según me contaba mi compañero de presidio, todos fueron llevados al hospital de Bethlem, e internados como enfermos mentales allí. La llegada fue un auténtico desfile, liderado por el propio Tumblety, que sin ahorro de alardes aseguraba que se ocuparía de esos pobres desdichados, ponía sus humildes conocimientos y su patrimonio al servicio de la sufrida población de Londres y tal y tal...

—¿Y Am... Amanda? —pregunté yo preocupado por el destino de mi amante.

No supo contestarme. Tumblety se ofreció con sinceridad a encargarse del grupo, pero, repito, sus actos no los movía la generosidad y la misericordia. Burney no discrepaba en esto. Recordaba haber visto al doctor indio a la puerta del Spring Gardens, donde Potts le había hecho apostarse en espera de que saliéramos Torres y yo. Fue una visión fugaz, pues cumpliendo órdenes siguió al trío de primos a los que se debía desplumar, Torres y ambos oficiales de fusileros. Por breve que sea el encuentro que tenga uno con el falso médico, su imagen no desaparece de la memoria, y así Burney se hizo cruces preguntándose a qué venía este sujeto y a qué su interés por ellos. No pudo concretarme el destino del resto de sus compañeros, si en verdad Tumblety se ocupó de ellos o si solo fue una ostentación de generosidad para engatusar a su posible clientela inglesa, y si fue el primer caso, también ignoraba la suerte que corrieron al amparo del Monstruo, imagino yo que acabaron con sus partes internas en sendos recipientes de vidrio. Desee que ese no fuera el caso de Amanda. Rogué por la suerte de mi amante fugaz, la mujer más hermosa, sí, hermosa, que pude tener. Pedí a Dios su protección para ella, y no soy amigo de rezos, o al menos que le hubiera dado un final dulce y rápido, pues esperanza de otra cosa no podía tener. Su natural escurridizo puede que la hubiera permitido escapar, y así encontrar su alcohol y el desfogue de su infinita pasión. Abrazada a alguna botella,

dejándose llevar a ese mundo tan plácido que le proporcionaba, puede que se fuera en silencio, en calma. Descanse en paz, y que mis faltas cometidas contra ella me sean perdonadas.

En cuanto Burney, loco no estaba y la desnutrición era algo congénito ya en él, así que al día siguiente salió del hospital, y allí lo esperaba Tumblety. Lo cogió y lo interrogó con violencia, olvidados ya sus deseos de hacer el bien y la caridad de la que hiciera gala; solo le interesaba saber el paradero de Efrain Pottsdale. ¿Ven como tenía razón? La venganza, o la ira por perder su preciado muñeco, esos eran los combustibles de su motor. ¡Qué alegre me puse al saber que en mi poder estaba lo que tanto deseaba ese demonio, y por tanto yo mismo era la fuente de su frustración! Total, tres zarandeos y otras tantas intimidaciones después, y lo dejó ir, sin poder obtener ninguna información sobre su difunto amo. Sin embargo, el miedo caló en los ostensibles huesos de mi camarada.

—El hijo de demonio, Ray —me decía—, eso es lo que era. Me enteré que allí en América lo buscaban por muchos crímenes. Cuentan que un día cayó de un caballo y estuvo muerto durante tres días. Tres días, como lo oyes. Y resucitó justo cuando el enterrador le iba a cortar la pierna para que cupiera en la fosa, pues el malnacido es bien largo. ¿Y sabes que lo persigue la ley de su país por matar a un carpintero? Un carpintero...

Aquí hice una pausa dramática en mi relato, y Torres se quedó mirándome, sin saber qué pensar.

—Qué historia tan extraña... —terminó por decir—. No veo...

—¿N... no lo v... v... ve? Ress... resssss... resucitó al tercer d... día. Como nuestro S... Señor. Y mató a un c... c... carpintero. Es el mismo d... d... demonio.

—Por Dios...

—Arr... arranca las tr... tripas y las g... guard... Un ador... un bruj...

—Déjese de brujerías y zarandajas. —Suspiró con paciencia—. Mire, don Raimundo...

—R... Raimundo.

—... aunque el señor Tumblety tuviera rabo y pezuñas hendidas, no le haría más sospechoso de esos crímenes. El que usted encontrara otra vez el autómata no implica que Tumblety esté siquiera en la ciudad, ¿le ha visto?

—Nnnno... el aut... autómata era suyo...

—Hace diez años. Reconozco que aquel encuentro fue extraño, nada más. Vaya —consultó su reloj—, entre tanta charla se nos ha echado la noche encima. ¿Quiere un poco más de té, o tal vez algo de cenar?

Acepté la bebida. Torres pretendía limitarse a ser amable conmigo y marchar a casa, volver a España. La amabilidad está bien cuando uno no está acostumbrado a ella, no es camaradería, pero me bastaba. Eso es lo que había, y eso tomé.

—¿Es b... b... bonita su casa? —pregunté—. Su casa de Esp... Esp... España.

—Mucho, vivo en la tierra más hermosa del mundo. Me casé, ¿sabe? — Empezó a hablarme de su tierra y de su vida, de que tuvo hijos, de la muerte de su primogénito, de su trabajo, sus teleféricos, de máquinas voladoras; de su vida. Una vida normal, más que normal, una vida llena de brillantez que yo nunca podría siquiera imaginar, que nunca he tenido. Nunca... ¿Qué ocurre? Aún puedo...

____ 8 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Jueves, acto seguido

—¡Ya basta! —sentencia Celador—. Están abusando de mi buen corazón.

Los tres están de nuevo fuera, a las puertas de la habitación del anciano. Celador bloquea el paso con los brazos enjarra, y en su gesto hay una mezcla de decisión y miedo.

—No entiendo... —dice Alto.

—Mañana será otro día, amigos. Ahora les acompañaré a fuera y ya...

—¿Qué ha pasado? —interrumpe Lento—. No le hemos cansado, apenas veinte minutos. Aguirre parece más animado. Hemos sido cuidadosos... no entiendo. ¿Es problema dinero? Le advierto que soy hombre rico. —Celador saca un pañuelo para secarse el sudor y resopla, mirando de un lado a otro. Parece pensárselo, luego toma a Lento de la solapa y tira de él.

—Fuera. No puedo arriesgarme.

—Vamos, ¿qué problema? Todos ganamos...

—Yo apenas saco nada, y arriesgo todo. Mi familia depende de este trabajo, y si al viejo le pasa algo...

—Pero... llegamos a un acuerdo.

—No es suficiente. Yo me la juego, y ustedes solo me dan...

—Veo que es problema de dinero. —Se zafa del Celador y saca su cartera de la levita—. No hay...

—Esto que hace usted aquí... —interviene Alto—. Actúa por su cuenta y riesgo, ¿cierto? ¿Es eso? ¿Tiene miedo?

—Me estoy exponiendo mucho al...

—Sus jefes no saben nada, ¿no? —Celador duda de nuevo. Se detiene. Asiente mirando al suelo—. El señor... Solera no tiene idea que usted está cobrando «visitas».

—Piensa que vinieron una vez y ya no han vuelto. Por eso no podemos seguir. Yo necesito dinero, señores míos. Mi señora está esperando y... aquí apenas se gana. Se me ocurrió pedirles algo el primer día, y viendo lo poco que les había contado el patrón...

—Pensó —dice Lento mirando con aprobación a su compañero— que podía aprovechar nuestra...

—Buena voluntad —termina Alto.

—Señores, yo... —El corpachón de Celador tiembla como una montaña al derrumbarse mientras se postra y lloriquea—. Les juro por lo más sagrado que no

quiero hacer mal a nadie, es que paso muchas calamidades, lo que saco aquí no da apenas para un plato caliente para los míos...

—¿Piensa que no damos... daríamos cuenta? ¿Tan Cándidos estamos?

—Somos.

—Creí que podía sacar unos cuartos antes de que nadie cayera en... Por las obras ahora no hay nadie. Los hombres vendrán la semana que viene, hasta entonces tenía unos días... miren, váyanse y yo les prometo que les devolveré...

—No es necesario. Permítanos entrar otra vez...

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Por el amor de Dios. —Vuelven sus llantos—. Antes me dejé llevar por la codicia. Si le pasa algo a Aguirre y se entera mi jefe...

—Tendrá que arriesgarse —dice Alto—, si quiere conservar su empleo.

—Y no acabar con... huesos en presidio —dice Lento.

Celador gime y suplica, ya solo con gestos, y recibe el consuelo de una mano en el hombro, y la firmeza de la mirada de los visitantes, implacables en su deseo.

—Una más —continúa Lento—, y nos vamos.

—¿Y no volverán... ?

—Eso ya veremos.

—Pero se acabó el sacarnos así el dinero —dice Alto.

—Caballeros... tengo que comer...

—Usted verá. Hablamos con el señor Solera y... —Celador suspira y se incorpora derrotado. Se seca las lágrimas y se encoge de hombros.

—Me lo tengo merecido... Les juro que nunca he robado ni... en fin, pasen. Les ruego que no digan nada...

—Descuide.

—Y tengan cuidado...

—Tranquilo.

—Esperen. —Les corta el paso con lo poco que le queda de decisión—. Prepararé al abuelo. Y estén una hora, no más.

Entra al cuarto de Aguirre. Los visitantes quedan satisfechos, sonriendo con una mezcla de suficiencia y alivio en la mirada.

—Bueno —dice Alto mientras observa a Celador atender al interno a través del ventanuco de la puerta—, problema solucionado.

—Ajá... Yo quiero venir de noche, si a usted no le parece mal.

—Si lo ve oportuno... espero que no haya guardeses armados.

—No creo. No creo que aquí haya nadie.

____ 9 ____

El éxito del Asesino

Todavía jueves

Al día siguiente, jueves, enterraron a Polly Nichols. Una nutrida multitud llenaba Old Montague Street, mucha para despedir a una prostituta borracha de cuarenta y tres años. El miedo y el odio hacia el asesino, Delantal de Cuero o quien fuera, unió a todo el East End, los más desdichados de Londres, del Imperio. Ahora sus mujeres eran las presas de un monstruo, si alguna vez estas gentes se sintieron desamparadas y solas fue esa tarde.

Una serie de artículos publicados tres años atrás en el Pall Mall Gazette, a cargo de su muy beligerante, socialmente comprometido e insigne editor W. T. Stead bajo el título: *A Maiden Tribute to Modern Babylon* reflejaban los horrores de la prostitución infantil en esta ciudad, el abuso, la trata de mujeres que no encontraban otro modo de subsistencia que la pérdida total de su dignidad, el abandono al alcohol y a todo tipo de excesos que consumían los callejones de Whitechapel y Spitalfields. Aunque el artículo tuvo una importante relevancia y fue comentado y discutido en los más altos círculos, pocas medidas se llevaron a cabo para acabar con la espeluznante situación de las gentes del East End, con el dislate urbanístico en que se sumergía todo el barrio, salvo el subir la edad de consentimiento de las féminas de trece a dieciséis años. Los artículos poco pudieron, incluso tras su reciente publicación en modo de libreto, todos juntos, y tuvo que llegar la muerte para que alguien mirara hacia esta parte del mundo. Ya lo dijo Bernard Shaw en una carta dirigida al editor del Star y que se publicaría el veinticuatro de aquel mismo mes de septiembre. Comenzaba: «Señor, ¿me permitirá que haga un comentario respecto al éxito del asesino de Whitechapel en llamar la atención por un momento sobre el problema social?». Y continuando con su mordaz estilo, decía más adelante: «Mientras nosotros, los socialdemócratas convencionales, perdíamos nuestro tiempo en la educación, la agitación y la organización, un genio independiente se ha hecho cargo de la situación y simplemente asesinando y destripando a cuatro mujeres, ha provocado la conversión de la prensa de opinión en una forma inepta de comunismo». El señor Bernard Shaw tuvo razón: en pocos días, medio mundo se enteró de la existencia del otro medio, gracias al Monstruo.

Hay quien pudo pensar, llevado por una moralidad estricta y sin sentido, que llegaba ahora el castigo merecido, la plaga para purgar tanto pecado como fermentaba en las calles de la *Modern Babylon* del artículo. Nada, ninguna falta merecía tales muertes, ni el terror que trajeron en los siguientes meses. Todos ahí, yo estaba entre

ellos pese a que frecuentar las calles no era esos días un hábito saludable para mí, maldecían a quien fuera que traía este reino de la sangre y el terror sobre nosotros. Raterillos y gente honrada exigían a la policía y a las autoridades que pusieran todos los medios para proteger a los que hasta el momento habían abandonado a la peor de las suertes. Ahora no podían olvidarse de ellos, no con ese asesino en las calles.

Y no había hecho más que empezar.

La multitud se agolpaba esa tarde cerca de la morgue donde descansaba el cuerpo de Polly, en espera de la salida del cortejo. La fecha del funeral era conocida por todo Londres, pero no la hora, así que ahí todos aguardábamos para despedir a la pobre Polly, aunque la mayoría no la conocíamos, o si la vimos alguna vez no nos habíamos molestado en tenderle una mano. Ahora Polly pasaba a la historia, un símbolo para los desamparados del East End.

Mi osada presencia allí se justificaba por lo mismo que había visitado ya Buck's Row y George Yard en días pasados. No a causa del morbo que impulsaba al todo Londres a frecuentar los lugares de los asesinatos, yo buscaba pruebas, algo que relacionara a Francis Tumblety con los crímenes. Esperaba ver al doctor indio regocijándose en el sepelio de su tercera víctima. No apareció. Ni él ni el carro mortuorio que llevara los restos de Mary Ann Nichols a su descanso definitivo.

Viendo el tumulto, el sepulturero ideó junto a las autoridades una estratagema para evitar el posible caos. Tan sencillo como acceder a la morgue por detrás, por Chapman's Court, y ahí cargar el cadáver sobre un sencillo coche de dos caballos. De allí fue llevado con disimulo al ochenta y siete de Hanbury Street, el domicilio del enterrador, a esperar al resto del cortejo, que básicamente lo formaban su padre, Edward Walker, su marido William Nichols y su hijo Edward John Nichols. Todos, que en vida poco se habían ocupado de ella, acudieron tarde a su final. No crean que les culpo, es muy probable que la existencia junto a esta desgraciada fuera insoportable para aquellos que la rodeaban; nadie es completamente inocente ni culpable de su infortunio. El caso es que la tardanza en salir hizo que las voces, que tan rápidas se propagan por Whitechapel, se apuraran en anunciar que un sombrío carro estaba parado en Hanbury Street.

Cuando el cortejo, el coche fúnebre y dos duelos más salieron hacia el cementerio de Ilford escoltado por la Policía Metropolitana, todo el Londres pobre y asustado los rodeaba. Giraron seguidos por nosotros hacia Baker's Row, pasaron junto a la esquina de Buck's Row, la calle donde habían encontrado muerta a Polly, y allí más gente se unió a la comitiva, gente que miraba a lo lejos el lugar del asesinato, con miedo, sucia curiosidad y rabia mezclados. Llegamos a Whitechapel Road, la principal arteria del barrio junto a Commercial Street. A lo largo de toda la avenida los policías se colocaron cada poco, custodiando el séquito, como si del funeral de la Reina se tratara. Todas las contraventanas de las casas estaban cerradas, en señal de luto y

respeto, todo eso por una puta.

Fue enterrada en una tumba sencilla, con una simple lápida. Sobre su féretro estaba escrito: «Mary Ann Nichols, 42 años. Muerta el treinta y uno de agosto de mil ochocientos ochenta y ocho». Nada más se podía decir de ella. Qué tristeza la de aquellos que pasan a la historia así, cuánto hubieran preferido desaparecer en el dulce olvido donde se entierran a los que el destino no les guarda papel especial en la vida, a la mayoría de nosotros.

Había policías, hombres de Scotland Yard y periodistas de todos los diarios, hasta el Times hizo reseña del sepelio. Todos estaban ahí, todos menos mi amigo español. Torres ocupó esa tarde en asuntos muy distintos. La víspera, tras nuestra conversación acompañada de todo el té que fui capaz de beber, la encantadora señora Arias preparó una cena tardía que además tuvo la gentileza de subir hasta nuestro cuarto, quiero decir el de él.

—Señor Torres, pensé que querrían tomar un bocado, su invitado y usted. —El modo en que me miró mientras dejaba la bandeja llena de pequeños bocadillos y un pastel sobre la mesa, e incluso café conociendo los gustos de su inquilino, me hizo pensar que el agasajarnos no fue el principal motivo por el que la buena mujer subió.

Torres apenas cenó mientras que yo devoré. Entre bocado y bocado, se ratificó en su intención era abandonar Inglaterra en dos o tres días; al día siguiente por la mañana quería ultimar ciertos asuntos, que supuse debían ser la compra de un pasaje, o arreglarlo en la embajada de su país, que mostró tan buen trato con él. Nada lo retenía ya allí. Tal vez quisiera hacer una visita a casa de lord Dembow, consideraría una descortesía no hacerlo después de la hospitalidad exquisita que desplegaron con él en su anterior estancia en Londres.

Me pidió que pasara la noche, había un pequeño sillón en el cuarto que me serviría bien de acomodo, una cama con dosel para mí. Acepte de nuevo. Me indicó con insistencia dónde estaba el baño, al final del pasillo y a mi vuelta me aclaró un par de condiciones respecto a mi estancia, breve por necesidad, junto a él.

—Será mejor que mañana salga temprano. Aunque creo que puedo calmar el genio suspicaz de la señora Arias, no le gustará verle por aquí.

—A... al amanecer me iré...

—Bien, pero luego vuelva. No quiero perder de vista a mi medio paisano.

Me comentó entonces que, ya cruzado el canal, bien podía dar una oportunidad a mi historia... a la del Ajedrecista, claro está.

—En caso de que sea cierto que aún conoce su paradero. ¿Puede enseñarme el Ajedrecista? —Asentí, triste, y él fue sensible a mi desilusión—. Podemos hacer lo siguiente, si a usted le parece bien. Mientras examinamos lo que queda de ese autómata, pensaré en su hipótesis. Si tuviera razón, es obligación de cualquier hombre de bien ayudar a capturar a semejante criminal. ¿Está conforme?

El problema es que ver al autómata iba a ser algo complicado. No me había podido llevar al Turco a Pentonville, y desde el día que lo encontré tuve miedo a perderlo, pensaba haber hallado un verdadero tesoro en lugar de un armatoste antiguo o la falsificación de uno. Hice lo que todo patán hace con el tesoro que encuentra, lo enterré en el único lugar que se me ocurrió: el local que regentaba Donovan, donde había dormido en ocasiones, sin pegar ojo, asustado por los cuchillos que pudieran brillar en medio de la oscuridad. Tomé una cama por dos o tres semanas, que no pagué, y allí lo oculté. Si queríamos recuperar al Ajedrecista debía volver a la cocina de la Pensión Comunal de Crossingham bajo la que lo escondí, con la esperanza de que ningún inquilino hubiera encontrado el tesoro. Difícil parecía que Torres pudiera convencer a Donovan de que le permitiera rebuscar por ahí sin despertar alguna sospecha.

—Y nnnn... necesitaríamos un martillo.

Torres mostró cierta aprensión. Creería que todo eran excusas, que o ya no tenía idea de dónde estaba el autómata, o que nunca lo encontré y era todo una trampa para timarle. Lo que desde luego era incapaz de asumir es que yo fuera tan estúpido como para enterrar al Turco en el suelo de una pensión, donde no estaba seguro de poder pernoctar dos días seguidos. Sin duda se inclinó por pensar que se trataba de una treta para hacerle olvidar el muñeco y así conseguir que me ayudara en mi nueva idea descabellada. Y la supuesta artimaña no funcionó.

—Decidido, don Raimundo. Mañana después de almorzar intentaré conseguir que el señor Donovan me permita buscar en su pensión, por si el Ajedrecista siguiera allí. Vendrá conmigo, supongo.

No, me disculpé ¿Qué me importaba a mí ya ese muñeco? Mi intención era prestar mis respetos a la pobre Polly, y seguir buscando al doctor indio. Estaba seguro que en algún momento tenía que encontrármelo, tenía que estar por aquí, matando putas, buscando su próxima víctima, y Whitechapel no es tan grande. De hecho, tras haberlo visto ayer mismo... oh, ¿no se lo he contado? Aquel tipo que creí conocer y que causó que me persiguieran como al asesino, era el auténtico asesino, o eso pensaba yo. Estaba tan seguro aunque solo fue una fugaz imagen, que hubiera apostado mi único ojo a que era el mismo Tumblety. Tal vez, si se lo hubiera dicho así a Torres...

No lo hice. Madrugué, salí de casa sin despertar a nadie, y dediqué la mañana a buscar el rostro del Monstruo entre los londinenses apesadumbrados. Las calles no eran lugar seguro para mí, no podía dejarme ver en exceso, pero si quería conseguir mi recompensa debía pagar un precio, o al menos arriesgarlo. Pregunté, tratando de disimular mi aspecto, abordando a los más inocuos de entre los vecinos del barrio, aquellos que no conocía y, aventurando demasiado dada la flaqueza de mi memoria, suponía que no me conocían a mí y no habían sido víctimas de mis pasadas

actividades. Tenderos, parroquianos de los pubs, a los que por cierto no me atrevía a entrar, carreteros, repartidores... Tumblety no podía pasar desapercibido, ni le era posible ni era algo que su descomunal vanidad le permitiera.

Oí decir que un herborista americano había abierto una tienda en Commercial Street, con el filantrópico fin, según sus palabras literales, de: «aliviar a los londinenses de todas sus dolencias». No podía ser otro que mi doctor indio, entiendan y dispensen el uso de este posesivo que me repugna. No encontré tal herboristería. También oí que pudiera ser un sujeto que frecuentaba desde hacía poco los ambientes teatrales, el Beefsteak Club, para ser más concreto, que no era otro que un club de amantes del arte dramático sito en el teatro del Lyceo y dirigido por el mismo director de este, sir Henry Irving. Recordé este nombre en relación con la cena que tuvo Torres y sus amigos en casa de Tumblety, o de su amigo Caine, y tal coincidencia se me hizo intolerable. Fui al teatro, cerca de Covent Garden, lugar más seguro para mí que el East End, aunque mi presencia allí pasara menos desapercibida, y quedé quieto entre las seis columnas del frontispicio, esperando ver llegar al Monstruo. Nada.

Al atardecer, mientras yo despedía a Polly, Torres trataba de recuperar el Ajedrecista de von Kempelen. Conseguir excavar en Crossingham en busca de un tesoro sin levantar las suspicacias del propietario era tarea complicada, más si lo que pretendía sacar del suelo tras los fogones era un autómata, y luego llevárselo. Supuso, y no le faltó razón, que el dinero le abriría las puertas y aplacaría curiosidades malsanas. El problema es que no se encontraba cómodo con su inglés al tratar un asunto así, después de sus experiencias hablando con los habitantes del East End, con su acento y sus suspicacias. Cualquier malentendido en un entorno como ese podía acarrear consecuencias funestas. No disponía de mí para hacerle las veces de traductor y guía por esos andurriales, se vio forzado a pedir ayuda a la solícita viuda Arias.

Dedicó las primeras horas del día a buscar una iglesia católica. Más tarde acudiría a la legación española, a saludar y comer con el amigo Ribadavia, y a reiterarle su agradecimiento. Volvió de su almuerzo y se dispuso a solicitar ayuda de su patrona, con el mayor tacto posible y derrochando ese buen humor que tanto desconcertaba a la viuda. No entró en detalles respecto a lo que precisaba. Dijo tener que hacer unas gestiones y que para ello necesitaba a alguien que conociera bien la ciudad y el idioma. No era necesario que supiera español, y de serlo hubiera sido tan necesario como imposible el encontrar a otro hispanohablante por esas latitudes. Él explicaría lo más claro posible lo que quería al intérprete, ayudado por la misma señora Arias si fuera preciso, y este luego podría desenvolverse en el encargo con soltura y a su discreción, sin el impedimento de una deficiente comprensión del inglés. Si la buena mujer conociera a un muchacho listo, él podría recompensarlo con un par de chelines...

—Por supuesto, señor Torres, no tiene ni que preguntarlo —contestó de inmediato la viuda, a la que sin duda ya recompensaba con creces la embajada española por las atenciones que prodigaba al ingeniero—. No es necesario que usted gaste un penique, faltaría más, puede pedir lo que quiera, que mientras permanezca en mi casa... —Y así siguió la mujer, toda amabilidad y buena disposición. Problema solucionado, o eso creía Torres. Cuál no sería su sorpresa cuando en la puerta de la calle encontró a la persona que la señora Arias había contratado para ayudarle en esta empresa.

—Aquí tiene a mi hija. Es resuelta, discreta y muy espabilada; le atenderá encantada. —La muchacha de apenas doce años miraba con sus ojos verdes, brillantes y muy abiertos.

—Su... su hija —dijo azorado Torres—. Señora, no sé...

—Le digo que es muy despierta para su edad, podrá hacer cualquier mandado que usted le pida. Y habla español, mejor que yo incluso.

No podía llevar a esa niña al East End, no a la calle Dorset, en cuyas pensiones vivían una considerable fracción de las diez mil prostitutas que atestaban la ciudad, junto a ladrones y gentes de mal vivir. Mi amigo era incapaz de hacer eso.

—Señora, el asunto que me ocupa no es el apropiado...

—Puedo hacerlo, señor —se apresuró a decir la niña en perfecto español, y con una voz en exceso estridente para el gusto de Torres, y de cualquiera. La señora Arias le hizo callar con un tirón suave del vestido.

—Ya ve lo dispuesta que está.

El español se encontró abrumado. La insistencia de la madre y la mirada verde de la niña derrotarían todo reparo que pudiera poner, a menos que confesara que su intención era pasearse por Whitechapel y registrar en una habitación de un dudoso establecimiento. Tenía que salir de esa situación lo más airoso posible, sin ofender a la señora Arias, sin contar demasiado de su empeño y, sobre todo, sin que la joven corriera peligro alguno, físico o moral.

—De acuerdo —concluyó—, una vez más me abruma con su amabilidad, señora Arias. ¿Puede la niña subir ahora un momento conmigo, para explicarle lo que quiero que haga con calma?

Subieron hasta su habitación iluminados por una deslumbrante sonrisa de la viuda. Dentro, sin cerrar la puerta por supuesto, Torres miró a la cría, aún pensando qué hacer. La muchacha solo era ojos, una niña feúcha, muy delgada, alta para su edad, embutida en un vestido gris y soso y con el pelo recogido sin gracia en una fea pañoleta. Todo lo destacable en ella eran esos dos enormes luceros verdes que adornaban su cara y que miraban sonrientes, esperando cumplir lo que el caballero, español como papá, tuviera a bien pedirle. ¿Qué podía hacer con ella? La solución más simple era olvidarse del asunto, volver a España y listo, adiós al autómata y a este grotesco viaje. O tal vez pagarle unos peniques a la niña por nada, e ir él mismo

al Crossingham.

—¿Cómo te llamas?

—Es por los asesinatos, ¿verdad, señor? Por Delantal de Cuero. —Torres tropezó con la butaca que había junto a la estufa. La niña cayó pronto en la pregunta que le habían hecho, y avergonzada bajó su mirada y continuó—: Perdone, señor. Me llamo Juliette.

—Julieta. —Sonrió Torres—. ¿Qué te hace pensar que esto tiene que ver con esos asesinatos? —La pregunta era ociosa, porque Torres ya imaginaba que los oídos de la niña habían estado pegados a la pared la tarde de la víspera, fascinada por la llegada de esos dos extraños inquilinos a la casa de su madre, como solían estar pegados a las puertas de todos los huéspedes. Temo que no he sido honesto al contar esta historia, debía haberles hablado antes de Juliette, cuando la vimos por primera vez, pues tendrá mucha importancia en lo que queda por suceder. Quería reservarles la sorpresa, la misma que se llevó mi amigo Torres. El mundo de Juliette Arias era la pensión de su madre, y era un mundo que la fascinaba. No era un lugar de lujo; una pensión limpia y acogedora, nada más, donde llegaban caballeros de viaje, jóvenes de visita, y todo tipo de personas que hechizaban la mente soñadora de la niña, especialmente viajeros que venían de la tierra de su padre. Ahora, pillada en la pequeña falta de su fisgoneo, su rostro siempre pálido enrojeció.

—No se lo diga a mi madre, señor, se lo ruego. Si se enterara... —No ocurriría nada. La viuda Arias adoraba a su hija, consintiéndola en exceso. Además, disfrutaba de la habilidad de la cría de moverse en sigilo y pasar desapercibida por toda la casa, y si la niña lo hacía impulsada por sus ganas de vivir, de conocer la vida, la madre satisfacía su curiosidad chismosa.

—No te preocupes. Pero sabes que no está bien espiar en las habitaciones de otros.

—No lo haré más, se lo prometo. —Torres sonrió ante esa mentira.

—Contestando a tu pregunta, nada de lo que quería encargarte tiene que ver con esos crímenes. —La expresión de tristeza en Juliette le divirtió aún más. La muchacha, viendo llegar al caballero español junto a aquel extraño monstruo de feria, servidor, y escuchando nuestra conversación, dejó correr al galope a su excitable imaginación, y así supuso que éramos una extraña pareja de detectives dispuestos a resolver el terrible misterio que cada tarde devoraba en las páginas impresas que encontraba tiradas por la calle—. ¿Podrías conducirme a un barrio... a Whitechapel? —La niña asintió, con una seguridad que desarmaba—. ¿Y podrías vestirte de chico?

La luz volvió a los ojos de la chiquilla, embargada por la promesa de una aventura en medio de su vida de fregar suelos y vigilar hornos. Torres se encontró encandilado por la niña e imagino que se dejó llevar por ese sentimiento, y se mostró dispuesto ahora a servirse de su ayuda. Había pensado que un cuerpo tan desgarbado

como el de la chica podía pasar por un muchacho, y así ahorraría problemas a la niña en los barrios a los que pensaba ir. No pretendía exponerla a peligro alguno, desde luego, aun así un chico siempre está más seguro.

—Sí —dijo la niña—. Tenía un hermano...

—Bien. Yo bajo ahora, te espero en la calle cuando estés lista.

Salió corriendo. Torres no dijo explícitamente que no pudiera comentar nada a su madre, pero sabía que así sería. Su tono de voz y el carácter de Juliette lo aseguraban. No tardaron en reunirse. Ella se había vestido con pantalones, camisa y chaqueta que le quedaban demasiado amplias, y solo gracias a su altura daban el pego. Ocultaba su espeso pelo castaño bajo una gorra. Era suficientemente fea como para pasar por un pillastre, solo restaba esperar que sus ojos no llamaran mucho la atención.

Llegando a Dorset Street, la idea no le pareció ya tan buena. Entrar en un lugar como ese con una niña, aunque nadie viera que se trataba de una niña, le incomodaba. Y si creían que se trataba de un niño el asunto no mejoraba mucho. La Pensión Comunal de Crossingham era el tipo de lugar donde acababa los más desdichados de Inglaterra. En esta clase de pensiones, *doss-houses* las llamaban los lugareños, por cuatro o seis peniques uno podía alquilar una cama por una noche, en algunos casos compartirla, alguien dormía en ella de día y alguien de noche, y entre los propietarios más ambiciosos empezaba a cundir la costumbre de hasta alquilar la cama a tres personas, habilitando tres turnos. En habitaciones pequeñas se acumulaban las personas, seguro que el término «insalubre» se acuñó para establecimientos como estos; el lugar no podía ser peor. Era el refugio de los trabajadores más humildes, y como no, de prostitutas y toda la patulea que suele acompañarlas.

—¿Quiere que vaya yo? —dijo la niña ante las dudas de Torres frente al Crossingham—. Tengo amigas en este barrio, sé cómo... —El español estaba más que escandalizado. Ya había notado la facilidad con que la joven Juliette se desenvolvía en esas calles, en las que parecía más excitada. Conocía el barrio con la familiaridad de cualquier vecino y le gustaba. Lo que a todas luces era muestra del desastre y la injusticia del mundo moderno, a ella le parecía un lugar de aventura. Torres no podía imaginar cómo se manejaba en aquellos andurriales con tanta soltura. Alguna vez, más que alguna, había escapado de casa y recorrido la ciudad en busca de mundo, que gracias a la intervención divina, y la ayuda de esas «amigas» que debieron sentir pena y alegría ante la juventud e inocencia de la chiquilla, no encontró. Este ardor por la aventura le venía del padre. El marino acostumbraba a contar a su hijita historias de sus viajes, a cual más cautivadora. Comparar ese mundo de mar, exotismo, indígenas peligrosos y lugares de maravilla con su vida la hacía ansiar cualquier nueva experiencia.

—Puedo ir y preguntar lo que quiera. Usted espere aquí y luego saldré y le contaré todo... o si quiere viene conmigo...

El instinto de Juliette le había dicho qué era lo que preocupaba a su benefactor. Lo que ella ofrecía no era solución: tenía que entrar y romper las paredes con la piqueta que cogiera en la casa de la viuda Arias, eso no podía hacerlo Juliette sola. La necesitaba para hacerse entender bien con Donovan y su inglés de las calles, engañarle y conseguir tiempo para desenterrar el «tesoro», y llevárselo sin que... imposible, y menos arriesgando a la pequeña. Tomó una decisión, la única opción posible: en caso de dificultad, era siempre mejor ir con la verdad por delante.

—No, Julieta...

—Mi nombre es Juliette.

—Ese nombre suena a francés. —La chicha se encogió de hombros. Su nombre era fruto del gusto romántico y ñoño de su madre. La mujer poseía una espléndida recopilación de novelitas rosas y folletines que coleccionaba desde joven, vayan a saber de cuál de esas heroínas llenas de ardor y pasiones desatadas sacó el nombre para su hija—. ¿Sabes que Julieta es la protagonista de la historia de amor más emocionante que se ha contado? —La muchacha rió divertida.

—Mi padre me llamaba Julita.

—Bien, pues yo te llamaré Julieta, ¿te parece bien? —La niña se sonrojó de nuevo, sonrió y asintió—. Quédate aquí y vigila la puerta. Yo entraré dentro y no tardaré mucho. No hables con nadie.

Juliette quedó triste al ver en qué quedaba su imaginada aventura en pos del asesino de Whitechapel, pero no rechistó. Torres cruzó la calle. Bajo el arco alto y amplio que daba al Crossingham se agolpaban gentes, caras cansadas que salían y entraban. Antes de atravesar esa cimbra de soledades le llegaron los desagradables olores que ya lo recibieran el día anterior en su primera visita. Había pensiones comunales enormes en la ciudad, con más de cien camas, Crossingham, sin llegar a eso, no era en absoluto pequeña, en sus habitaciones podían amontonarse dieciocho o veinte personas; el calor y los olores eran insoportables, y por supuesto, los parásitos y toda la fauna de la inmundicia campaban felices en aquel antro.

—¿Qué quiere? —le atendió John Evans, un hombre mayor que solía cumplir labores de vigilante de noche de Crossingham. Una suerte que ya no estuviera su jefe, así no sería reconocido. Era más que probable que Donovan anduviera receloso si la persona que un día le preguntaba por un antiguo inquilino, moroso y desagradable, al siguiente pidiera permiso para rebuscar en el establecimiento.

Trató de hacerse entender, de explicar que necesitaba inspeccionar un momento la cocina. Ofreció sin tacto, ni falta que hacía, algo de dinero, y la cara del vigilante no paró de poner muecas. A medida que la conversación avanzaba, por llamarla de alguna manera, Torres tenía más ganas de olvidarse de todo e irse a casa de una vez. Para más desgracia, su charla había atraído algún que otro cliente que empezaba a opinar sobre Dios sabe qué, y que eran espantados por Evans de mala manera. En

medio del guirigay sonó una voz estridente.

—El señor quiere que le permita ver sus cocinas. —Era Juliette, que en silencio se había ido acercando a la entrada—. Dice que trabaja para la Charity Organization Soviety. Dice que si se lo permite le compensará con dinero las molestias.

Evans ya había captado la esencia de lo que Torres quería antes de la intervención de la chiquilla, pero ahora, expresado todo con más claridad, entendía menos. ¿Un extranjero que trabajaba para la Organización de Caridad? Había benefactores y filántropos que ocasionalmente se acercaban a lugares como ese, para ayudar o tal vez tranquilizar a sus conciencias, ¿pero un extranjero? Y si eso era mentira... ¿qué podía querer de sus cocinas? No podía ser policía, ¿quién era? ¿No le había entendido en medio de tanto galimatías que ahí había algo suyo? ¿En la cocina?

—Le daré una libra. —Eso fue un error. Y mostrar una moneda, uno aún mayor. Evans la cogió rápido, en medio de un silencio creado en torno a ese soberano.

—Venga.

—Tú quédate aquí —insistió Torres y la niña obedeció haciendo tímidos pucheros.

Con la moneda ya en el bolsillo, Evans lo guió por ese hogar en el fin del mundo. Es posible que de estar Donovan, el asunto no hubiera sido tan fácil, la fortuna sonreía en esta ocasión a Torres y a su aventura. Tras el arco había un pequeño escalón que bajaba a lo que era un semisótano, donde se amontonaban habitaciones atestadas con veinte o veinticinco camas cada una. A derecha las dedicadas a las mujeres y a izquierda aquellas para varones. Si fuera el ambiente era malo, aquí se hacía irrespirable. Se cruzó con personas que allí habían pasado el día, o que se disponían a pasar la noche, moviéndose despacio, como abotargados por tanta inmundicia. Algunos cuartos mostraban separaciones entre las camas, intentos torpes de conseguir intimidad con un par de tablones, tabiques que no llegaban hasta el techo, pero la mayoría se amontonaba en un tormento continuo al pudor y la discreción.

Al final el pasillo ascendía y daba a una escalera que llevaba a más camas. Junto a esa escalera una puerta conducía al comedor, que hacía las veces de sala común y cocina. A esa hora no se veía muy concurrido, un par de hombres sentados en las mesas corridas que cabizbajos ignoraron la aparición de Torres. Uno de ellos tenía un trozo de pan en la mano y por mantequilla usaba un puñado de sal que estaba sobre la mesa, no muy limpia. Té, algo de sopa muy clara, un pescado raquítico; ese era el desayuno de aquella gente.

La cocina estaba formada por tres fogones de leña viejos y sucios bajo un tiro de chimenea, donde cada inquilino se guisaba lo que quisiera, siempre que pudiera pagar la leña. Ahora estaban apagados, salvo uno sobre el que se calentaba una tetera desportillada. Yo había sido preciso explicando dónde escondí al turco de metal. Una

pequeña leñera, en la que se adormecían tres o cuatro troncos, estaba junto a los fuegos. Tras los troncos había que levantar un par de tablas, y allí se ocultaba mi tesoro. Torres se preguntaría sin duda cómo había podido esconder allí nada, ese era un lugar público y siempre había alguien, las más de las veces mucha gente.

—Quisiera mirar ahí detrás —señaló el español a la leñera y Evans no pudo contenerse, pese a la importante mordaza que era la libra que ahora calentaba su bolsillo.

—¿Qué demonios está buscando? Ahí solo hay troncos...

Torres extrajo de su chaqueta la piqueta para ayudarse en la tarea y retiró un par de maderos. El ver esa «arma» superaba la paciencia de Evans, que detuvo al español.

—Oiga, me da igual para quién trabaje usted, no puede romper nada, no sé... —No continuó. Un tremendo griterío venía de fuera. Tenía que cuidar de los intereses de su negocio—. Espere aquí un momento, tome té si se le apetece, pero NO toque nada. —Salió del comedor junto con todos los que allí estaban, menos Torres.

Por supuesto, mi amigo no permaneció quieto. El ser hombre educado y cumplidor de la ley no es sinónimo de pusilánime. Si quería ver al autómata una vez más, satisfacer cierta inquietud y dar algún sentido a ese viaje, no podía andarse con zarandajas. Esto no era un robo, en absoluto, había pagado de más por las molestias. Quitó la leña, levantó el par de tablas casi sueltas junto a la pared con ayuda de la herramienta y tras ellas, a salvo pese a lo precario del escondite, había un saco de considerable tamaño. Lo que quedaba del Turco, aun siendo un bulto importante, no era mucho. Torres recordaba bien su anterior encuentro con el muñeco y entonces le pareció un artefacto aparatoso, difícil de mover y transportar.

Apresurado, miró el interior del saco bajo la escasa luz que daban los candiles del comedor. Todo eran ruedas dentadas y palancas, tubos de caucho y medio tablero de ajedrez. Al ingeniero no le eran ajenas esas piezas; los engranajes, volantes, las pequeñas placas y arandelas de cobre pulimentadas y marcadas con pequeñas cisuras radiales, rodamientos, cilindros... Llevaba tiempo interesado en las máquinas de precisión capaces de resolver problemas más o menos sencillos, pero los restos del Ajedrecista estaban demasiado deteriorados como para determinar la finalidad de cada componente a simple vista. Sí, parecía indiscutible que la máquina había sido desmontada hacía tiempo, las piezas mostraban herrumbre y deterioro, e incluso hollín, y en ese escondite no se habían conservado bien, y eso las que lo habían hecho, que allí solo quedaban los mecanismos internos del autómata, ni rastro del mueble y partes voluminosas del artefacto. El desgaste que padecían no indicaba que las piezas tuvieran más de cien años, como lo tendrían las originales de la máquina de von Kempelen. Claro está que aunque fuera esta la máquina original, es razonable que en tanto tiempo el autómata sufriera reparaciones, algún mantenimiento, y sus piezas por fuerza tendrían que ser reemplazadas por otras nuevas. Entre estas partes,

además del tablero blanco y rojo que identificaban al autómata, destacaba la cabeza.

Volvió a meter todo en el saco y se dispuso a volver con el «tesoro» a casa de la viuda Arias. Pensaba salir con el bulto bajo el brazo; pesaba, pero podía cargar con él. Al salir se quejaría de que no tenía tiempo que perder y trataría así de escamotear el autómata, tal vez soltando otra libra como cortina de humo. Era imposible disimular su botín bajo la ropa, Torres no era bueno en estas lides y no se le ocurría forma de escapar de semejante embrollo. Lo mejor, sin duda, sería enseñar los restos mecánicos al vigilante, que viendo solo chatarra herrumbrosa no pondría muchas pegas si sacaba algo a cambio. No le dio tiempo a pensar más.

—¿Qué llevas ahí? —Un hombre renegrido por la suciedad, gordo y con sonrisa a medio terminar le hablaba, lo amenazaba con paródica cordialidad. Se mantenía doblado por el peso de las pintas bebidas, supongo, en medio del pasillo que dejaban las hileras de mesas hasta la salida.

—Ya me iba...

—Claro que te irás, claro. Antes quisiera quedarme con ese reloj que llevas al bolsillo de recuerdo. —Le había visto el imprudente gesto de sacar ese soberano para contentar a Evans en la puerta, y ahora quería algo para él. Menos mal que solo fue uno el que vio aquí su oportunidad, o si fueron más, estaban también distraídos con el tumulto exterior.

Torres dio un paso y el individuo sacó un cuchillo pequeño.

—El reloj y te irás tranquilo. Los dos no saldréis...

El español le dio un golpe con el saco del autómata, que le hizo trastabillar. Era un hombre de ciencia, sí, pero en su juventud había estado en peleas y hasta defendiendo un asedio, era muy capaz de actuar si lo forzaban a ello. Así, aprovechando que el otro se sujetaba de mala manera en una de las mesas, tirando bancos a su alrededor, tomó un tronco de la leñera y se lo encasquetó en la cabeza. El tipo cayó y Torres se fue ligero.

Su único pensamiento ahora era para Julieta. ¿Estaría bien la chiquilla? ¿Le había hecho caso o su temperamento la había llevado a meterse en algún problema? Al cruzar la arcada no la vio. Fuera había gente amontonada, algunos llamando a la policía, un hombre sujetándose la nariz con un pañuelo ensangrentado, una mujer gritando desaforada en el suelo; de la niña ni rastro. Oyó gritos de «¡Asesino!» y el nombre de Delantal de Cuero, tan repetido en sus oídos desde que llegara a Londres.

Torres se sintió morir. Si por esa estúpida aventura Julieta había sufrido algún daño...

Las cabezas de todos miraban calle abajo, ignorándolo a él y a su equipaje. Miró en la dirección que tanto interés suscitaba en el gentío: se veían algunas carreras y al fondo, junto a la siguiente bocacalle vio a la niña, que lo saludaba con la mano. Un hombre grande de andares torpes se levantaba a su lado con la boca ensangrentada,

dejando en el suelo a un joven con chaleco verde que gritaba desaforado. El monstruo era yo mismo, efectivamente, un monstruo acosado que no tuvo otra que coger la mano de Juliette y salir de allí.

El español suspiró más tranquilo. Me honra pensar que ya entonces me había ganado su confianza, no me pregunten cómo. Caminó entonces hacia el lado contrario, saco al hombro y con paso vivo. Se cruzó con Evans, que lo miró pasmado, y antes de que este dijera nada, le habló:

—Señor, ya he visto cuanto quería. Gracias. —Entonces le metió la moneda de más en el bolsillo y salió caminando hacia Commercial Street, sin atender al tartamudeo sorprendido del encargado ni a las voces que oyó a su lado. Se cruzó, ya llegando al final de la calle, con un policía que venía corriendo y que lo ignoró, tanto por su aspecto en nada sospechoso aunque fuera de lugar, como por el jaleo que aún se oía a las puertas del Crossingham.

De este modo, Torres recuperó los restos del Ajedrecista de von Kempelen...

No me digan más, están sorprendidos y un tanto indignados por mi oportuna aparición en esta aventura. También había guardado algunos datos lejos de su atención esta vez, para aumentar la tensión del momento. Ya basta de trampas, ahora mismo les cuento qué fue de mí y cómo aparecí tan oportuno en Dorset Street.

Terminando estaba el sepelio de Polly, de vuelta ya íbamos todos del cementerio, cuando un agitarse de caballos y carruajes me sorprendió. Un animal desbocado, un carro cruzándose, cualquier incidente de esta índole era habitual; accidentes ocurren, y en las vías urbanas es bueno siempre estar vivo para evitar ser arrollado por transportes sin control. Nada tan lamentable ocurrió entonces, un mal cruce, problemas con la aglomeración de gente, lo que fuera me hizo apartarme rápido. Un animal blanco pasó y vigoroso a mi lado, me rozó haciendo que perdiera mi siempre precario equilibrio. Sobre el corcel cabalgaba un individuo cubierto de un ostentoso abrigo que flameaba tras de sí, guardándolo de los insultos y recriminaciones que los viandantes asustados le lanzaban.

Un sujeto estrambótico montando un caballo blanco.

En el entierro de Polly.

Era él, tenía que ser él. El Monstruo, el anticristo.

No, en realidad no le vi el rostro, ni siquiera puedo asegurar si era moreno o rubio, si llevaba bigote o no, y a la luz de lo que sucedió después creo que no era él. Hay más caballos blancos en Londres, y locos temerarios que los desboquen. Esto lo entiendo ahora, entonces estaba convencido que por fin tenía mi prueba de que Tumblety estaba en la ciudad, y por tanto era él el asesino. Yo testificaría, yo...

Ahora podía convencer a Torres, ahora tenía un argumento irrefutable: YO había visto al Monstruo cabalgar exhibiéndose, burlándose en las exequias de su víctima. Tenía que encontrarlo, ¿dónde...? ¡Ah sí!, me dijo que iba por el autómata y yo le

había dejado ir solo, enfurruñado por no acceder a seguir mis pesquisas y así obtener la recompensa por el asesino, que antes o después tenía que llegar. Sentí una cierta desazón por abandonarlo en esa aventura, y a un tiempo decidí traerle para esta otra, la mía. Salí del cementerio y me dirigí como alma huyendo de su castigo hacia Dorset Street, esperando tener fortuna y encontrar todo resuelto, ya fuera porque se había hecho con el Ajedrecista o porque el muñeco no estuviera allí.

La providencia divina me condujo a llegar en el momento justo. Encontré un jaleo importante ante la entrada del Crossingham. Un grupo de tipos, entre los que pude distinguir a «mi amigo» Evans, se arremolinaban en torno de alguien. Algún torpe había sido sorprendido aligerando a un primo, cortándole el bolsillo, alguien había pescado a una puta robándole, o una mujer sacaba a golpes a su hombre borracho; el pan nuestro de cada día.

Me acerqué pensando que Torres pudiera estar en medio, y vi entonces como de entre el jaleo salía un muchacho zarandeado, que al perder la gorra dejó ver una melena cobriza desaliñada. Los ahí reunidos quedaron pasmados y yo no fui menos. En mi caso estaba acostumbrado a sacar provecho de las dudas ajenas. Me acerqué más, por ver qué pasaba.

—¡Es una mocosa! —dijo un tipo feo y congestionado—. Es lo mismo, se va a llevar lo suyo. —Tiró una patada, con ganas, que dio en la pantorrilla de la chica.

—Venga —se interpuso Evans—, que es una chiquilla.

—¡Eh, Brummy! —Ese era el mote con el que llamaban a John Evans—. ¡Si la he pillado con la mano en mi bolsillo!

—Tráela aquí, Tom, que me meta a mí la mano en el bolsillo y verás lo que se encuentra.

—Déjamela, yo la enseñaré...

—Dejad vosotros a esa pobre niña...

No reconocí a la hija de la viuda Arias, no la había dirigido ni una mirada cuando me crucé con ella en las escaleras de la pensión, y hasta había eludido en todo lo posible los ojos escrutadores de la niña mientras nos siguió hasta el cuarto de Torres. En ningún momento me sentí empujado a ayudar a esa ladronzuela, que ahora chillaba y lloriqueaba frotándose su pierna magullada; cada uno apechuga con lo que hace, así piensa quién no ha recibido nunca caridad alguna. Mi aproximación al tumulto fue causada por la simple curiosidad, temiendo que Torres se viera envuelto en algún mal lance. Curiosidad cauta, porque allí donde me acercaba solía verme implicado en lo que fuere. Cuanto peor era el asunto, más fácil que yo acabara pagando culpas de otros.

La muchacha iba a llevarse una buena tunda si no llegaba algún policía alarmado por el disturbio, y es que los que daban voces en su defensa lo hacían con demasiada timidez, siendo partícipes de mi filosofía de que cada cual cargue con sus pesos.

Entonces, oí una voz de mujer entre muchas que me llamó la atención.

—Esa putita... la conozco bien, menuda pájara. Iba con el señor extranjero ese tan trajeado.

—¿Con un judío? —Torres no tenía aspecto semítico en absoluto, pero por entonces y por allí «extranjero» solía ser un eufemismo para judío.

—¿Cómo? —respondió rápido y no de buen carácter un sujeto enorme con un sombrero negro de Panamá ladeado y adornado de una ostentosa pluma de pavo prendida en su banda, sombrero del que salió con un sonido mecánico unos anteojos con los que miró a la niña. Uno de los Tigres de Besarabia, gente peligrosa la de esa banda de judíos del este que a cada día aumentaban su control sobre buena parte de las calles. El asunto se ponía feo si gentes así intervenían en el tumulto. Pensé que ese jueves, un caballero trajeado en la puerta del Crossingham no podía ser otro que mi amigo, aunque se me escapaba qué relación podía guardar con la golfilla. Me acerqué y vi sus ojos, recordé esa mirada de un modo impreciso, sin todavía ubicarla en la pensión de la viuda Arias; me fue suficiente. Fui para ella, empujé a dos tipos, entre los que estaba el iracundo feo que trataba de patearla de nuevo, la tomé por un brazo y casi levantándola en vilo pregunté:

—¡D... d... dónde está el sssssssss... el ssssseñor Torres?

Juliette no se asustó, todo lo contrario. Al ver mi horrendo medio rostro tan cerca de ella sonrió aliviada y sus lágrimas cesaron de caer.

—¡Vámonos! —me urgió de pronto la niña—. Hay que ayudarle.

En ese instante el gordo al que empujé me echó mano insultándome. Yo ya no necesitaba oír más. Mi codo al girarme fue directo a su nariz venosa, y echó a sangrar. Cogí a la chica de la mano di un puñetazo a una mujer que estaba en medio y salí corriendo calle abajo, gritando enloquecido y preguntando.

—¿D... dónde está?

—Corra —respondió la pequeña—. Haga que nos sigan todos.

No fueron todos. La mayoría quedó quieta ante el violento arranque y los gruñidos de animal que tanto me enseñara a desarrollar mi viejo patrón, Efrain Pottsdale. Hubo quien fue más osado. Armado con una porra me seguía los pasos un tipo joven y al parecer hecho a las peleas, ataviado con chaleco verde sucio. Viendo que era mi único perseguidor, paré un segundo para despacharlo, y entonces recordé esos colores familiares.

—Malnacío —dijo poniéndose en guardia para un ataque—. Vas a lamentar haber salió...

Lo conocía, un muchacho del Green Gate, un mozo que había entrado poco antes de que yo lo dejara, y que pese a su inexperiencia mostraba buenas maneras. Tenía que ir rápido si no quería perder mi ventaja. Cargué sobre él. Si hubiera tenido más uso en las riñas, me habría intentado esquivar en lugar de atacarme. Me dio un golpe

en el hombro que no significó cambio alguno en mi ataque, he recibido muchos y peores como para asustarme. Del topetazo caímos los dos al suelo, él sin aliento, y ahí lo mordí como un sabueso a un conejo. Gritó asustado, y con él llegaron más gritos, muy parecidos a los que oí el día anterior.

—¡Es una bestia!

—¡Asesino!

—¡Delantal de Cuero!

Dejé allí al chico sangrando aparatosamente y me fui por Juliette, que andaba saludando como una boba. Salimos corriendo, preguntándome yo si el resto de mis mañanas iban a ser iguales: huir de una barahúnda de londinenses que quisieran lincharme por los crímenes de Whitechapel. No, esta vez la carrera terminó al torcer la esquina, mientras se oían ya silbatos de policía lejanos. Nos empezamos a mezclar entre la multitud, sabía que de momento nadie más había intentado seguirnos, y contábamos con los segundos de sorpresa que preceden a la indignación de las masas para salir de allí. Juliette me soltó la mano.

—Deje —gruñó—. Ahora márchese, ya ha salido de allí. Mejor separarnos para que no nos encuentren...

—¿Q... qué? —Con su hablar agudo y atropellado me explicó lo ocurrido. Cómo Torres había entrado solo en el Crossingham, cómo había visto a algunos tipos hablar entre dientes sobre el dinero que tendría el español, y cómo vio hasta a dos de los peores entrar tras Evans y Torres. Entonces pensó que si montaba algún escándalo el buen inquilino de su madre podría escapar. Hizo que robaba a aquel tipo, mal, para que la pillara, que era muy capaz de vaciar el bolsillo de alguien sin que se enterara —. P... p... pero... —Yo no sé si estaba más asustado por el paradero de Torres o por el cerebro de ese diablillo, o más bien por esa vocecita irritante.

—No se preocupe, él ya ha escapado, lo he visto. Ahora váyase por ahí, yo me iré a casa de mi madre. Estarán siguiendo a un hombre con una niña.

Y se zafó de mí. Se fue entre la gente, y con mi tartamudeo y mis dudas no hice nada mientras ella desaparecía. Me limité a plantearme horrorizado qué sería de Torres, cómo se le había ocurrido semejante dislate, arriesgando la vida por esos trozos de metal viejo.

Allí quedé, embobado y sin saber qué hacer. Mejor regresemos con aquel de entre los protagonistas de esta historia que conservaba un cerebro entero y funcional. Torres se encontraba mucho menos ofuscado que yo, aunque un pinchazo de miedo lo atormentaba. No sé si dudaba del bienestar de la niña Arias a mi lado; me gusta pensar que no, pero desde luego temía por la desazón que sintiera la madre al ver a su hija en compañía de alguien como yo, si es que íbamos allí. Ese era su mayor fuente de disgusto, el no saber del paradero de Juliette. Sin otro camino que tomar, decidió volver a la pensión con el autómata, y rezar por que todo hubiera ido bien, o si no

fuera así, ponerse a disposición de la viuda en lo que esta tuviera a bien exigir.

Tardó, el desconocimiento de la ciudad y un cierto nerviosismo fueron los culpables, y al llegar encontró a la puerta a la niña, vestida sin gracia como era habitual en ella, pero como una señorita al menos, y a su madre al lado. Tomó aire. Se dispuso a ponerse a los pies de la viuda, a pedirle disculpas y a ofrecerse a lo que fuera por compensar el terrible dolor que había producido a esa pequeña familia, y el que pudo haber causado, aún mucho mayor.

Nada de eso hizo falta. Antes de poder decir media palabra, fue la señora Arias quien le besó la mano y le dio infinitas gracias.

—Y transmítaselas a su... amigo —dijo—. Ese hombre tan desventurado. ¿Quién lo iba a decir? Mire usted en qué recipientes pone el señor sus virtudes. Lo que ha hecho por mi hija... no podré pagárselo... a los dos...

Torres no dejó de mirar a Juliette, que se mantenía llorosa pegada a las faldas de su madre. La niña había inventado algo, sin duda, y en ese embuste figuraba yo como su salvador, y Torres como el protector de ambos. Nada menciono, estoy seguro de ello, del lugar donde los hechos ocurrieron, ni de la finalidad del encargo que hizo para nosotros. Torres no preguntó y sin querer saber de qué terrible encuentro, real o inventado, yo había salvado a la niña, se despidió, dijo cien «no hay de qué», y subió a su cuarto con el botín conseguido tras tanto quebranto.

Una vez arriba, lo primero que hizo fue volver a examinar la cabeza del Turco, ahora con algo más de detenimiento. Estaba renegrida, y mostraba un agujero a un lado, un pequeño orificio perfecto, astillado levemente en los bordes. Aunque no era un especialista en armas las había empuñado alguna vez, y estaba seguro de que se trataba de un agujero de bala. No encontró nada más que le llamara la atención, salvo tal vez los restos de tubos de caucho y extrañas urnas. En un principio le sorprendieron, no era propio del mecanismo de relojería que constituye a todos los autómatas... entonces recordó la voz del Turco diciendo: «jaque». Había leído bastante sobre autómatas en estos años, espoleado por el interés científico que siempre le impulsó, y en especial sobre el trabajo de von Kempelen, sobre su máquina parlante sin ir más lejos. Esta utilizaba «partes blandas» hechas de caucho. Eso estaba claro, pero el tiro en la cabeza de una máquina... un tirador haciendo puntería y sin ningún respeto por los prodigios de la ciencia, falsos o auténticos.

Dejó tales cavilaciones, su mente estaba incómoda, acuciada por problemas más serios, como era la suerte que yo pudiera haber corrido, de la que se sentía responsable. Salió a la calle que empezaba a iluminarse de farolas y encontró a Juliette barriendo el suelo. La niña no alzó la vista cuando él preguntó.

—¿Sabes dónde está don Raimundo?

—Nos separamos —contestó con una timidez que no había mostrado conmigo, y menos aún al meter su manita en los pantalones de aquel patán que yo desnarigué—.

Así evitábamos ser perseguidos...

Sorprendido por la respuesta y aún más angustiado por mi paradero, volvió a su cuarto. Se marchaba pronto, y no se sentía bien yéndose sin saber de mí, no podía hacerlo. En la embajada le habían conseguido billetes para el ferry que salía el sábado ocho, pensaron que le agradaría pasar un par de días visitando la ciudad, pero si quería irse mañana mismo se podía arreglar. No, le pareció bien. Ya añoraba a Luz y a su hijo, y a su Santander, pero disfrutar del Museo Británico y alguna que otra visita sería agradable, alejaría de él la imagen que hasta ahora se había hecho del país en dos días de encuentros desagradables. Si iba a quedarse esas dos jornadas, le era preciso tener noticias de mí, para su tranquilidad espiritual. ¿Qué hacer? Aguardar, poco podía él en una ciudad extranjera y la opción de pedir ayuda a las autoridades, a la vista de mi mala relación con la justicia, no se le antojaba venturosa. Si les he despertado cierta inquietud, sepan que de momento, y digo de momento, no es importante dónde estuve. Lo relevante es que no volví esa noche a ver a Torres, y me perdí el encuentro que tuvo, que fue de lo más revelador. Paso ahora a contarles.

Serían cerca de las nueve de la noche, mi amigo andaba pensando ya en cenar y acostarse, era hombre de amaneceres tempranos. Oyó voces abajo. Extraños, la viuda era muy estricta con las horas de visita. Llamaron a su puerta. Tras permitirle el paso, la señora Arias dijo una de esas frases que uno no desea oír cuando llega a Londres.

—Señor Torres, unos caballeros de Scotland Yard quieren verle.

—Hágales pasar si es tan amable.

Dos hombres entraron en el cuarto, ambos ayudándose a caminar de un bastón, que de inmediato se identificaron como los señores Moore y Abberline, inspectores del CID, el *Criminal Investigation Department*. Torres ignoraba que estos eran dos de los tres inspectores que Scotland Yard había despachado con urgencia a la división H, o división de Whitechapel de la Policía Metropolitana, para que se encargaran de los asesinatos; la *creme* de la fuerza policial británica encomendada a resolver esa grave situación.

Sin duda, el que los dos llevaran bastón le pareció algo muy singular al español, e incluso llegaría a pensar divertido si esto no sería enseña y parte del uniforme de los inspectores del CID. Sin embargo, ambos eran muy distintos y empleaban de forma casi opuesta sus apoyos. Frederick Abberline padecía una ligera cojera a causa de una variz en la pierna, una molestia más que un impedimento al andar. Era un hombre ya con los cuarenta años bien cumplidos, algo relleno sin llegar a ser gordo, con una calva incipiente que quedó visible al descubrirse y unas patillas abultadas a la moda, *side-whiskers* que decían los ingleses, que se unían al bigote marrón oscuro como su escaso pelo. Era alto y de aire tranquilo, con una mirada despierta, pero no la propia de un sagaz investigador; su aspecto sugería antes el de un empleado de banca o un procurador que el de un inspector de Scotland Yard. En ese semblante de hombre

cordial había hoy cierta severidad y un brillo astuto en sus ojos almendrados.

Su compañero, el inspector Henry Moore, era muy diferente. Un par de años más joven a lo sumo, tan alto como Torres y muy corpulento. De pelo castaño y tupido, y cierta arrogancia en el mirar, era un ejemplo mejor de policía que Abberline, arquetipo del aspecto de los agentes que salen en los vodeviles de humor. Moore no era cojo, manejaba el bastón como algunas mujeres el abanico. Ese adminículo parecía ser parte de él, una seña de identidad, como lo era para Pottsdale el suyo, sin que quiera yo emparejar la catadura de estos dos personajes muy alejados el uno del otro en todos los aspectos, entiéndanme.

—Caballeros —les recibió Torres con la calma del que se encuentra ante la autoridad estando siempre en el lado del bien—. ¿A qué debo esta visita? ¿Tal vez pueda ofrecerles algo...? —Miró en busca de ayuda a la señora Arias, que se mantenía en la puerta.

—No será necesario —dijo Abberline, en el tono suave que acostumbraba a usar —, solo queríamos hacerle unas preguntas.

—¿Qué quieren saber?

—Es usted español, ¿no es así? — Moore callaba, parecía preferir el papel de observador.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle la razón de su viaje?

—Por supuesto, vine a visitar a un amigo que conocí en mi primer viaje a esta ciudad, hace ya años.

—¿Y su amigo es...?

—El señor Raimundo Aguirre. Es británico, pese a lo que indique su nombre...

—Sí. ¿Su visita es solo de... cortesía o tiene alguna clase de negocio con el señor Aguirre?

—¿Negocio...? No. —No creo que Torres mintiera, él no había considerado en serio comprarme el Ajedrecista. Se mantuvo sereno, estaba seguro de no correr peligro alguno ante la ley. Poca experiencia tenía en enfrentarse a ella.

—Me alegro de ello.

—No le entiendo, inspector.

—Los negocios del señor Aguirre no suelen ser muy legales, me entristecería que un caballero como usted se viera envuelto en ellos.

—¿Ha cometido algún delito?

—Sería difícil encontrar un delito en el que no haya incurrido esa buena pieza — intervino la voz de tenor de Moore.

—Sí —continuó Abberline tras mirar a su compañero—. Le estamos buscando, si es eso lo que pregunta, pero no son las cuentas pendientes del señor Aguirre lo que nos ha traído aquí.

—Van a disculparme, no entiendo qué sentido tienen entonces sus preguntas.

—Solo necesitamos que nos ayude...

—Sí —Torres se mostró firme—, ¿pero ayudarles en qué? Si pudieran decírmelo tal vez me sería más fácil...

—Ayudarnos a entender su extraño comportamiento desde que ha llegado a esta ciudad —intervino Moore. Más impaciente que su compañero, ese nerviosismo molestaba a Abberline, a juzgar por la tirantez con que miraba a su colega a cada palabra de este.

—¿Estoy siendo investigado?

—En absoluto —dijo Abberline—. Permítame que me explique: ayer, según informó el sargento Thick, usted intervino en un tumulto, ayudando en todo momento a ese señor Aguirre, que se vio mezclado en lo que pudo ser un grave incidente ciudadano...

—Del que era completamente inocente, como luego se vio. Le confundieron con un delincuente, parece ser...

—Con «otro» delincuente —puntualizó Moore.

—Como guste. La visita empezaba a resultarle un tanto impertinente al ingeniero —. El asunto es que encontré a mi amigo en un apuro y lo ayudé, no veo qué tiene eso de extraño.

—Eso es... cuestión de puntos de vista — dijo Abberline—. No es muy usual que un caballero extranjero ayude desinteresadamente a un sujeto como Aguirre, un delincuente habitual, perteneciente a una banda de forajidos conocida, y menos que sea «amigo» de él. Verá, tras su heroica intervención de ayer por la mañana...

—Yo no diría tanto. Dejémoslo en afortunada.

—... salimos a curiosear, a hablar con la gente, tenemos oídos por el barrio. Parece que le vieron preguntando por ese individuo desde su llegada a esta ciudad.

—Ya le dije que vine a visitarle. —La paciencia de Torres se agotó—. Inspector Abberline, le insisto, ¿todo esto tiene que ver con algo, con algún delito?

Ambos policías se miraron. Parecía como si ese encuentro no fuera deseado por ninguno de ellos, o más bien como si no estuvieran seguros de qué hacían allí.

—Últimamente —habló Abberline—, en esta ciudad, todo comportamiento extraño puede tener que ver con «algo».

—¿Se refieren a los asesinatos...? Saben que se trataba de un equívoco. Quedó claro que don Raimundo no es ese tal Delantal de Cuero.

—Delantal de Cuero es un asunto más de la prensa que nuestro. Lo extraño de su proceder no acaba con su relación con «don Raimundo», como usted lo llama. Esta misma tarde se ha visto usted involucrado de nuevo en un altercado en Dorset Street, en una pensión comunal...

—¿Y dicen que no me están investigando?

—El vigilante asegura que un forastero del continente le ofreció mucho dinero por «inspeccionar su cocina», presentándose como miembro de cierta organización filantrópica, organización por cierto en la que no consta que nadie hiciera semejante visita. No importa, se trata de gentes con buen corazón, que se ocupan más en hacer bien que en llevar un riguroso registro de idas y venidas, y tal vez el señor Evans no entendió bien al extranjero, dificultad con el idioma... Lo curioso es que en esa misma pensión, el día anterior, el encargado asegura que un caballero extranjero le preguntó por el paradero de Raimundo Aguirre...

—Me están siguiendo, caballeros, esto es una desfachatez.

—Cumplimos con nuestro deber, señor —dijo Moore.

Torres respiró hondo, miró a ambos inspectores. No debió sentir hostilidad ni antipatía hacia ellos, se puso en el lugar de aquellos hombres desesperados, buscando sin descanso al causante de tan horribles crímenes y por tanto agarrándose al menor de los indicios, por peregrino que este fuera.

—Investigan a quien se comporta de manera poco habitual —explicó él por los policías—, y que sea extranjero, como ese Delantal de Cuero.

—En Crossingham, la pensión, dicen que usted salió de allí con un saco, no están seguros porque había allí un extraño altercado en el que, según testigos, estaba envuelto un hombre grande, de andares torpes y con media cara desfigurada mal tapada por un pañuelo, que secuestró a una chiquilla. No ofenderé a su inteligencia recalcando quién se adapta a esa descripción con exactitud. —Torres guardó silencio —. ¿Podría mostrarnos lo que había en ese saco?

—¿Piensan que yo puedo ser ese asesino?

—Usted llegó el domingo a Londres —aclaró Moore—. Está fuera de toda sospecha...

—¿Entonces, tal vez creen que lo es el señor Aguirre?

—Hasta el primer día de este mes le fue imposible cometer delito alguno. —Moore resopló ya muy incómodo—. Si cualquier cosa que hayamos dicho el inspector Abberline o yo le ha inducido a pensar que albergábamos algún recelo respecto a usted, le pedimos disculpas...

—Señor —insistió Abberline—. ¿Nos permite ver el contenido de ese saco?

De nuevo el español se demoró en responder, sopesando la necesidad de hacer lo que le pedían, para al final responder con un suspiro de desagrado:

—A menos que me den razones de lo contrario, mis actos en su país no tienen nada que ver con su investigación. Entiendo que mi comportamiento no haya sido muy convencional, y que ustedes se ven en la obligación de investigar, pero nada tengo que ver con ningún delito, menos con uno tan horrible como el que insinúan. De haber tal saco, y no aseguro que exista ni que deje de existir, no sería de su incumbencia.

No sabría decirles por qué Torres se negó a enseñarles entonces los restos del Turco. Les aseguro que no fue plato de gusto para él, en nada era acorde a su carácter el obstaculizar a la policía. Tal vez considerara que el autómata no era suyo y que el modo como se había hecho con él era un tanto irregular o le preocupaba que se me acusara a mí por robar el Ajedrecista, o a él mismo, no lo sé; algo lo empujó a desairar de ese modo a los inspectores del CID, incluso a desafiarlos, pues no quedaba claro que no pudieran obligarlo a obrar como ellos querían.

—Por otra parte —continuó Torres arrepentido de la sequedad con que despedía a los detectives—, ¿qué creen que puede haber en ese saco? ¿El botín robado a esas pobres mujeres? ¿Restos de una de ellas?

—No es algo para tomarlo con tanta frivolidad, señor —dijo Moore.

—Disculpen, no pretendía... —Los dos policías se cubrieron casi a un tiempo—. No me expreso con propiedad en su idioma...

—Nada más que hablar entonces —dijo Abberline, seco—, buenas noches y perdone si le hemos importunado. —Ambos dieron media vuelta.

—Un minuto, ¿ofrecen alguna recompensa por información respecto a esos asesinatos?

Se volvieron despacio, sorprendidos. Primero habló Abberline:

—No es política de Scotland Yard hacer tal cosa. Las recompensas suelen acarrear centenares de declaraciones falsas, hechas por oportunistas en busca del dinero. Acaba siendo más perjudicial que beneficioso para la investigación.

Moore añadió con cierta socarronería:

—No imaginaba que necesitara liquidez, señor Torres.

—No, era simple curiosidad. De todas formas, puede que sí tenga información referente a esos crímenes.

Abberline y Moore se miraron, incapaces de disimular su sorpresa.

—¿Sabe algo sobre los asesinatos...?

—Con franqueza, creo que lo que les voy a contar puede no tener nada que ver con ellos, eso deberán juzgarlo ustedes, si tienen tiempo para escucharme. —Los policías se quitaron los sombreros tan coordinados como antes se los habían puesto —. En ese caso, deberán aceptar sentarse unos minutos. Señora Arias —la mujer, que seguía junto a la puerta, dio un respingo al verse sorprendida. Su curiosidad, esa que heredara su hija, solo era superada por su miedo a incomodar a un inquilino, así que volvió a enrojecer hasta que su rostro tomo igual tono a su pelo—, ya que está aquí, ¿le molestaría traer té para estos caballeros? Gracias.

Una vez sentados, con un pastel y sendas tazas humeando entre ellos, que los policías no tocaron arguyendo lo tarde que era, Torres empezó a contar las sospechas que yo le transmitiera. Fue discreto más allá de lo prudente. No habló ni palabra del Ajedrecista y aunque sí lo hizo de Tumblety, no mencionó de momento su nombre,

no se atrevería a acusar a un hombre de semejantes atrocidades sin más prueba que las elucubraciones de un monstruo de media cara. Dijo haber conocido al médico indio hacía años, y mencionó sin entrar en detalle su extraño y un tanto siniestro carácter. Sin el entusiasmo que yo le hubiera puesto comentó el desprecio que exhibió por las mujeres y su repugnante afición al coleccionismo de vísceras, así como su implicación, según algunos rumores, en delitos de importancia en los Estados Unidos. Dijo que parecía un timador, un vendedor de ungüentos y jarabes falsos, pero se ahorró hacer referencia a sus aparentes inclinaciones «torcidas» en cuanto a apetitos sexuales se refiere, le pareció algo mezquino poner en tela de juicio la moralidad de nadie sustentándose en conjeturas.

Según iba repitiendo cada uno de mis disparatados argumentos, iba sintiéndose incomodo; oídas ahora todas esas historias, sin la pasión de mi locura y mi ignorancia, sonaban más absurdas si cabe. Sin embargo, sus invitados lo escucharon con atención. Yo hubiera asegurado que esos sabuesos de Scotland Yard le atenderían con medias sonrisas displicentes, con esa superioridad británica de algunos funcionarios del Imperio: «aquí viene el españolito a enseñarnos a investigar crímenes, a nosotros, a Scotland Yard». Todo lo contrario, escucharon con interés lo que dijo, hasta que llegaron a la cuestión principal.

—Bien... señor Torres —interrumpió por fin Moore—. ¿Por qué piensa que ese hombre que conoció hace diez años, es el asesino? No veo relación...

Nadie podía verla, nadie que no estuviera maldito desde su primera juventud, atormentado por la imagen de ese loco depravado, violador de moribundos, que lo perseguía en sueños, nadie que no hubiera visto todos los horrores y hubiera contemplado con espanto cómo ese monstruo se crecía ante ellos, ante el sufrimiento ajeno, ante la degradación de todo lo puro. Nadie que no fuera yo, en definitiva. Torres no era en absoluto semejante a mí y se encontró ahora apurado, incapaz de defender una tesis que había presentado ante esa severa audiencia por tres motivos: amistad hacia mí, adhesión para con los policías que le impedía despedirlos con la desazón de haber perdido el tiempo, y una cierta obligación moral al pensar: «¿y si don Raimundo tiene razón, aunque sea por mero instinto o fortuna?». Llegados a este punto, era el momento de sacar a la luz la prueba final, la más tonta de las obsesiones de Raimundo Aguirre.

—Ahora les enseñaré lo que tiene ese saco que tanto les interesa.

Los dos inspectores abrieron mucho los ojos. Se vio forzado a hablarles del Ajedrecista, a explicarles por encima su relación con él, conmigo y con Tumblety, y por consiguiente el motivo concreto de su viaje a Londres. Todo lo contó con detenimiento, y cada vez con menos fe en sus palabras, en las mías. El escuchar todas esas digresiones en alto, repugnaba a su mente inquisitiva. Aun así acabó el relato, y mostró las piezas envejecidas del autómata.

—A ver si puedo entenderlo, señor Torres. —Abberline trató de compilar todos esos datos de un modo coherente—. Hace diez años conoció a un sujeto siniestro y desagradable, al que cree capaz de cometer actos como los que aquí se están llevando a cabo en los últimos meses...

—No es una seguridad...

—Permítame continuar. Ese individuo, americano para más señas, estaba en posesión de... de esto —señaló el saco que ahora examinaba Moore—, que era el principal motivo por el que ambos entraron en contacto. Ahora vuelve a dar con el artefacto, al tiempo que se producen los crímenes, y deduce entonces que ese hombre puede ser el autor de los asesinatos. ¿Es así?

—Es evidente que no son hechos irrefutables, tal vez proporcionen indicios...

—Perdone mi franqueza, señor, pero no tienen sentido alguno —dijo Moore—. Aunque ciertamente explica sus movimientos desde que llegó a la ciudad, que es de lo que se trataba.

—Entiendo.

—¿Ha visto a esa persona desde que llegó aquí? —preguntó Abberline, y eso hizo que Torres lamentara no haberme hecho a mí tan sencilla pregunta, y le hizo comprender a un tiempo el hecho de que no poseía la mentalidad de un investigador de lo criminal, muy distinta por otro lado de la del científico—. ¿O tal vez el señor Aguirre...?

—No lo sé... me temo que no, de ser así me lo hubiera mencionado.

Los dos policías se incorporaron.

—No hay entonces nada más que hablar —dijo Abberline.

—Lamento que hayan perdido el tiempo —se despidió Torres.

—No se preocupe, es nuestra obligación comprobar todo —dijo Moore—. De todas formas, señor Torres, tenga cuidado con ese Aguirre, le aseguro que no es de fiar.

—Debiéramos llevarnos esto —señaló Abberline el saco que contenía al Turco.

—¿Creen que les puede ayudar? No quisiera empecinarme en mi negativa si...

—Quién sabe.

Los acompañó hasta abajo, donde de inmediato la viuda Arias y su hija Juliette salieron a despedirse, la madre toda hecha amabilidad y sonrisas. Antes de que se marcharan, Torres preguntó:

—Inspector Abberline, lo que le he contado, ¿cree que puede guardar alguna relación con los crímenes?

—No acostumbramos a comentar los casos, señor —contestó amable y firme el policía—, el divulgar información puede complicar su resolución. —Y luego, como pensándolo mejor, añadió ya con un pie casi en la calle—. Una última pregunta. ¿Sabe el nombre de ese falso médico? —Torres se envaró. Una cosa era contar

hipótesis, jugar con las posibilidades y otra era la calumnia. No quería manchar el nombre de una persona, aunque este ya estuviera sucio de por sí, sin tener certeza alguna. Abberline percibió sus dudas—. Señor Torres, si nos dice el nombre, en caso de saberlo, podríamos averiguar si se encuentra en Londres, eso daría más fundamentos a su teoría o exculparía completamente a ese caballero. —No cabía duda de ello, pero dar su nombre... presumió que de todas formas esos policías me lo sacarían a mí en cuanto me encontraran, y puede que no de buenas formas.

—Tumblety. Francis Tumblety, creo.

—Gracias.

—¿Cuándo vuelve a su país? —preguntó Moore.

—El sábado. Me gustaría quedarme más en su interesante ciudad, pero mi familia me espera...

—Bien, el sábado por la mañana le devolveremos su... máquina. —Movió el autómata. Torres no se encontró con fuerzas para objetar—. Lo más seguro es que no sea relevante y no creo que nadie por aquí la quiera.

—Puede que sea un poco tarde. Tengo intención de salir muy temprano.

—Oh... tal vez pudiéramos acabar con esto mañana a final de jornada. Quizá... si usted pudiera...

—No es problema para mí ir a buscarlo a su comisaría — leyó las intenciones del inspector.

—Tendría que ser ya anochecido. Yo estaré a eso de las diez por la comisaría de la calle Leman, si no es muy tarde para usted.

—No es problema.

Y marcharon. Torres quedó sorprendido por el último ofrecimiento del inspector Moore, gratamente sorprendido. No se consideraba propietario del Turco, no del todo, no sabía cómo sentirse respecto a él. Aun así, la perspectiva de llevarse los restos a casa, e intentar estudiar al autómata no le desagradaba.

Esa noche no regresé. Eso incomodó a Torres. Era de esperar que yo me desenvolviera bien en esa ciudad, llevaba haciéndolo muchos años, nada le hacía pensar que me hubiera pasado algo malo. Sin embargo, ese cargo de «secuestro» que pendía sobre mí... un asunto desagradable. Todos los días desaparecen millones de niñas de las calles oscuras de todas las ciudades del mundo; y ese sórdido horror espantaba a todos y no movía a la compasión de las autoridades cuando atrapaban al supuesto degenerado que perpetraba actos de tamaña atrocidad. De aparecer, seguro que Juliette se ofrecería encantada a librarme de la ira policial, pero no daba señales de vida. Le molestaba la sensación de irse pasado mañana y no verme. Le hubiera gustado hablar una vez más conmigo y así despedirnos adecuadamente. Además, hubiera querido ayudarme de algún modo, más de lo que ya lo había hecho. No era su intención mostrarse caritativo en absoluto. Creo que ya le había demostrado bastante

ingenio y perspicacia, y no me faltaba fortaleza física, así que pensaba que podría encontrar alguna buena salida para todas mis cualidades. Tuvo que contentarse con dedicarme una oración.

A... a la mañana siguiente madrugó mucho, hizo un buen día, brillante y más cálido que los anteriores. Era su costumbre comulgar todos los primeros viernes de mes. Tras cumplir con sus devociones dedicó la mañana a las obligaciones sociales que aún debía. Acudió a presentar sus respetos a lord Dembow, hola y adiós, no iba a ser más, y fue incluso más breve que eso.

Encontró la casa cerrada y el frondoso vergel que... que la rodeaba algo abandonado. Cruzando un espléndido barbecho desatendido, le recibió a la puerta de la casa del lord aquel mayordomo, Tomkins, que me disparara en las posaderas años atrás. Mostraba un aspecto horrible, con desagradables cicatrices ya envejecidas cruzándole toda la cara, las manos y el cuello. Tomkins anunció que su señor no se encontraba en casa.

Ha marchado a Escocia, señor, a una boda.

—¿Una boda?

—La de su sobrina, la señorita Cynthia, que ya se ha celebrado hace una semana. Creo que estarán aquí para principios de la que viene... solo se encuentra en casa el señor Abbercromby. —Se refería a Perceval Abbercromby, claro.

¿No asistió al casorio?

—No. Pero discúlpeme señor, acabo de darme cuenta que tampoco se encuentra aquí, pasará hoy y el fin de semana en su estudio, como suele acostumbrar.

—¿Estudio...?

—Sí, es un artista, señor.

—Oh... Yo... tengo que marchar ya. ¿Le... transmitirá mis saludos y mi enhorabuena por el feliz enlace a la pareja y a lord Dembow?

—Por supuesto, señor.

—Pues me marcho. —Antes de irse, añadió—: ¿Se acuerda de mí, Tomkins?

—Vagamente...

—Esas heridas suyas...

—Un accidente, señor.

—Del que espero esté recuperado.

—Ya... ya... ya me encuentro en perfecto estado, gracias señor. Es una vieja herida ya cicatrizada.

¿Y lord Dembow? ¿Cómo... se encuentra? Recuerdo de mi pasada visita que estaba delicado.

—Sigue enfermo, pero el ver a su sobrina feliz le alivia y le reconforta. Es de constitución muy fuerte, y eso ayuda.

—Trasmítale mis mejores deseos. Buenos días.

Se fue, algo incómodo, mientras el fiel mayordomo cerraba la puerta. Atravesó la parcela acompañado de un lacayo, que le abriría el portón para dejarle salir. Ya en la calle, distraído como iba comprobando la naturaleza sin domar que rodeaba... que rodeaba Forlornhope, tropezó con un hombre sanguíneo en extremo, de mirada hostil y de enorme corpulencia. Este musito...

Este musitó un rápido: «disculpe», a lo que Torres quiso responder con un «perdone usted...» que no tuvo tiempo a siquiera insinuar, porque el sujeto apretó rápido el paso y se perdió entre la gente. Un tropezón sin importancia, pero al español, que siguió un momento con la vista las enormes espaldas del otro hombre, le quedó la sensación de que aquel caballero tenía intención de hablar con él, de abordarle con algún asunto.

Lo dejó pasar.

Fue...

Fue un error, se lo aseguro. Por un momento le recordó a otro encuentro que tuvo diez años antes con otro sujeto... encuentro de carácter mucho más desagradable. Permítanme que mantenga algo el misterio, hasta que lleguemos al punto en que Torres me hizo referencia a aquel otro tropiezo que tuvo frente a la casa del teniente Hamilton-Smythe... estoy cansado... deberá ser la próxima sesión...

¿Usted... cree? Unos minutos más si acaso... A mí... a mí... me es lo mismo. Si pueden... ahí, por favor...

Esperen...

Aquí. Ya recuerdo. Estaba Torres a las puertas de Forlornhope. Así marchó, no dando importancia a los mensajes de su instinto, y aun así molesto, con la extrañeza que siempre sentía al encontrarse con esa familia. Y aquí reconoceré que esa sensación estaba motivada por más que su instinto. ¿Cynthia William se había casado la semana pasada? Diez años atrás estaba a punto de desposarse con su prometido, ¿qué pudo causar tanta demora? La muchacha estaría ahora cercana a la treintena, era una belleza hacía una década, de trato agradable, excelente posición... difícil era de imaginar la causa de su soltería. No es normal, desde luego, que una mujer joven, hermosa y de buena posición como ella deje pasar los años pudiendo tener ya familia.

Lo dejó correr. Decidió dedicar la mañana a la cultura. La molesta espina que sentía tras la visita frustrada a lord Dembow, le trajo la hermosa imagen de Spring Gardens. Fue para allá, y ya no existía. El lugar sí, y seguía sirviendo de museo y lugar de reunión para los ciudadanos, si bien la muestra de autómatas hacía muchos años que había terminado. Optó entonces por visitar el Museo Británico, elección más tradicional y en ningún aspecto menos satisfactoria.

Por la tarde escribió una carta a Luz, otra a sus parientes en Madrid y una más a su buen amigo Gorbeña, ésta contando en más detalle su paso por Londres y la triste situación en que se encontraba la ciudad. Luego cayó en la cuenta que en un día

partía hacia casa, era una pérdida de tiempo mandar correo a España, sabe Dios cuándo llegaría. Pensó entonces en un telegrama, había oído mucho sobre las excelencias del servicio telegráfico británico, y aunque una cosa muy distinta era el cable nacional que mandarlo al continente, decidió probar. Así que fue a la oficina de telégrafos y puso una nota anunciando su llegada en un par de días.

Cayó la noche, y no había noticias mías.

Incómodo, Torres decidió que bien podía trasnochar por recuperar ese Ajedrecista, viendo que esa intranquilidad que sentía amenazaba por convertirse en insomnio. Lo cierto es que ese pensamiento no le había abandonado en todo el día, el referente al autómata, como la inquietud de un niño la víspera del día de Reyes. Acudió a la comisaría de Leman Street en torno de las diez y media. Allí estaba Moore, despachando con un joven inspector llamado Dew, que se mostró muy atento y muy curioso respecto al país de Torres. Mientras los dos charlaban tranquilos sobre viajes, Moore trajo al autómata, no había objeción alguna en devolverlo.

—Entonces, ¿no les ha aclarado nada sobre esos crímenes? —preguntó Torres conociendo la respuesta.

—No —dijo Moore—, ni sobre nada en concreto, para serle sincero. No parece más que un juguete de feria, puede quedárselo.

—Pues lo lamento. Deseo de corazón que cojan pronto a ese asesino.

—Seguro que lo haremos, espero que antes de que cometa otro.

—¿Son ya tres los crímenes o hay más? No es que me parezcan pocos, todo lo contrario, pero...

Moore cogió abrigo, sombrero y su sempiterno bastón, y mientras hablaba, tomó del brazo a Torres, y lo acompañó a la calle.

—Le diré, señor Torres, que el número de víctimas es más cosa de la prensa.

—¿Cómo es eso?

—Sí... el periodismo llena las páginas de sangre y muerte con mucha facilidad. Es lo que vende, al público le gusta leer sobre crímenes más que cualquier cosa.

—¿Me está diciendo que esos asesinatos no son...?

—Sí, claro que son. Pero no tal y como se refleja en los diarios. Veo que le interesa el asunto.

—Es simple curiosidad...

—Si no tiene nada que hacer puedo enseñarle los lugares de los crímenes, deje aquí su... máquina, luego la recogeremos, o se la haremos llevar a su pensión. —Aceptó, le pareció una forma como otra cualquiera de gastar el tiempo que le quedaba en tierra británica y, por qué no, satisfacer la curiosidad que esos extraordinarios hechos que atormentaban al pueblo londinense empezaban a despertar en él. El inspector comenzó un itinerario guiado por Whitechapel, el lugar menos turístico de Londres. La comisaría de la calle Leman daba al cruce de Whitechapel Street con

Commercial Street y Commercial Road, su continuación; el centro del barrio de Whitechapel, que se mostraba bullicioso y colorista pese a lo avanzado de la noche. El cielo estaba despejado, sin luna asomándose sobre los tejados. Cruzaron la calle y subieron por Commercial Street, paseando con tranquilidad—. ¿Qué le decía? A sí, el exceso de entusiasmo de la prensa, entusiasmo forzado por intereses crematísticos, señor Torres, no crea que tratan de ayudarnos en lo más mínimo. Por ejemplo, el asunto de Emma Smith; serían tres individuos que posiblemente querían robar a la prostituta, un ajuste de cuentas.

—¿Quiere decir que no tiene que ver con el resto de asesinatos?

—No, sin duda que no. Delantal de Cuero no es el único que disfruta atormentado a todas estas desdichadas. —Señaló a las gentes que bajaban por la calle, cerca de la iglesia de San Judas y más adelante, hombres y mujeres, algunas prostitutas y otras madres empujando cochecitos de niño, quién sabe cuántas no compartían ambas condiciones, todas juntas, pecadoras y piadosas, haciendo cola ante establecimientos que no eran más que ventanas abiertas a la calle a través de las que se despachaba comida, o pinta tras pinta de cerveza, convirtiendo la vía pública en un pub.

—Vaya —continuó Torres, pensando en las últimas palabras del inspector—, entonces la muerte de esa pobre mujer no es culpa de ese Delantal de Cuero.

—Puede que ninguna. Mire, hoy mismo he leído el informe semanal de la división J. Delantal de Cuero es un tal John Pizier, un viejo conocido de la policía local, creo que Johnny Upright lo tiene calado... me refiero al sargento Thick. Un zapatero que gusta de importunar a las prostitutas... gentuza, pero no creemos que sea un asesino. Ahora están cotejando sus pasos las noches de los crímenes, por si hubiera coincidencia alguna; parece ser que no la hay. Sin embargo, la prensa asegura que es el asesino, y lo que es peor, que nosotros pensamos que lo es. Ya ve, airean lo que no deben y ya hemos tenido algún que otro tumulto grave. Usted estuvo presente en uno...

—Sí. —Estaban ya en el medio del barrio, giraron por Flower & Dean's Street, una de las peores calles de todo Londres. Ahora el ambiente era mucho más silencioso, pocas gentes y poca iluminación. El día había sido algo nuboso, pero a medida que avanzó se fue despejando, dando lugar a una agradable noche de septiembre. Ese verano del ochenta y ocho había sido uno de los más calurosos que se recordaba, y había dado paso a un otoño no muy exigente, para ser Londres. Era doña Muerte quien estaba ocupándose de entristecer el ánimo de los ingleses, por una vez que la bonanza inusual del clima los aliviaba de las tristezas otoñales.

La calleja por donde ahora transitaban mostraba feas señas de identidad: suciedad e inmundicias por el suelo, mala iluminación, una mujer exhibiéndose, ofreciéndose inmersa en una bruma de alcohol, un proxeneta u otro delincuente similar paseando junto a pobres mendigos sin techo bajo el que cobijarse. No había mucha

concurrencia abandonadas ya las arterias principales del barrio, por el contrario, las gentes se cruzaban como fantasmas perdidos, en pequeños grupos, dedicándose miradas torcidas bajo las viseras de sus gorras por todo saludo. Llegaron al cruce con Brick Lane, y Moore señaló al número diez de esa calle, que estaba cerca.

—Allí asaltaron a Emma Smith —dijo—. Llegó viva al hospital, sí, sorprendente, y contó que dos o tres hombres, uno de ellos un joven de no más de diecinueve años, la atacaron, le robaron y le metieron un bastón... —Miró algo azorado—. Quiero decir que la violentaron con un palo. Tuvo daños internos y murió a las pocas horas. Un crimen brutal propio de esta gente. Smith, tras ser atacada, se fue andando hasta la pensión donde vivía. Allí, mire. —Señaló a la siguiente bocacalle a sus espaldas, George Street—. Dos horas tardó en recorrer estos trescientos metros, puede hacerse una idea del estado en que iba. Dos amigas insistieron en que acudiera al médico, y la acompañaron allí.

—¿Y saben quiénes fueron los agresores?

—Esto está lleno de delincuentes, como bien ve. Puede que esa mujer debiera dinero, o fue un simple asalto y tuvo mala suerte de estar donde no debía. El asunto fue investigado por el inspector local, Reid, y es un buen conocedor de la zona. Supuso, todos suponemos que se trata de una banda. Hay muchas operando por aquí y son crueles, cada día mejor armadas, y desalmadas hasta extremos que alguien como usted no puede imaginar. Serían hombres del Hoxton High Rips, o los de Odessa o los del Green Gate, o más probable alguna banda del Old Nichol. —No. Mis antiguos camaradas no eran nada remilgados al ajustar cuentas, pero me hubiera atrevido a asegurar entonces que no fueron ellos—. Lo mismo da, todos son asesinos. De esto podría hablarle mejor el inspector Abberline, conoce a la perfección estas calles. Se curtió en ellas cuando era joven, aquí en la división H.

—Piensan, por tanto, que estos crímenes son causados por la delincuencia común del lugar, por bandas.

—El de Smith sí, sin duda. Los otros dos son muy distintos. A Martha Tabram la mataron muy cerca, vamos.

Bajaron de vuelta hacia Whitechapel Street, y en pocos minutos llegaron a una calleja llamada George Yard, lugar feo y olvidable como muchos otros, que era visitado por tanto londinense en busca morbosa de las escenas de los crímenes. El paseo estaba siendo un descenso progresivo hacia los lugares más deprimidos del Imperio, y para Torres, poseedor de una fuerte vena caritativa, fue doloroso e intranquilizador. El atlético sabueso de Scotland Yard notó su malestar.

—Parece nervioso —preguntó.

—Esta es la tercera vez que camino por este barrio y tengo la sensación que las dos veces anteriores me salvé de un mal percance por el auspicio divino.

—No se apure —el policía alzó su bastón para permitir que el español lo

examinara. Comprobó entonces que estaba completamente hecho de metal, pintado como si fuera madera de arce—, nadie le importunara mientras esté conmigo. Y para los que no me conocen es para los que llevo este bastón. —Rió con fuerza despreocupada. Pronto volvió su atención al edificio de George Yard—. Allí, en el primer piso, en las escaleras, apuñalaron a Martha Tabram. Treinta y nueve puñaladas, treinta y nueve. Desde el pecho hasta sus partes íntimas. Todas hechas con la misma arma, un cuchillo común, salvo una, que parece hecha por un instrumento más grande, puede que una bayoneta.

—Qué extraño.

—Sí, y sugerente, teniendo en cuenta que la última persona con la que se la vio era un militar.

—Leí algo de eso. Hubo una mujer que...

—Sí, y el agente Barret también vio a la desdichada con un joven granadero, pero ninguno de los dos pudieron encontrar al sujeto que acompañaba a la señora Tabram cuando se hizo formar al regimiento ante ellos. También Reid se ocupó del caso. Llevó a Barret y a la mujer, otra prostituta, a la Torre. Ella se equivocó en la identificación, señaló a hombres que habían estado de servicio y Barret no fue preciso... en fin, no llegamos a nada.

En todo caso parece muy distinto al crimen anterior.

—Cierto. No podemos descartar que fuera una riña, o bandas dando un escarmiento, o una discusión con un cliente que acabara en esto, o un atraco. No lo creo, pero pudiera ser, no es prudente dejarse vencer por conjeturas. La disciplina mental es la mayor arma del detective. Lo cierto es que no es necesario asesinar a estas desgraciadas para quitarles lo poco que lleven en sus bolsas. La siguiente, vamos a Buck's Row.

Subieron por Brick Lane hacia el norte cuando ya sonaban las once y media en Christ Church. El lugar donde apareció el cuerpo de Polly Nichols estaba algo más alejado y Torres se animó a charlar durante el trayecto, recapitulando lo que hasta ahora le había dicho el inspector.

Piensan que hay un hombre, o una banda, que está asesinando a prostitutas por... no sé, ¿por venganza?

—Quién sabe. Tres mujeres de más de cuarenta años, prostitutas, a poca distancia entre ellas, y asesinadas con una crueldad espeluznante... este no es un barrio tranquilo, todo el East End está lleno de delincuentes y de delitos, pero casos como estos no son en nada comunes.

—Podían prevenirlo... avisar a las mujeres.

—¿Usted cree? Mire. —Sin dar tiempo a reaccionar al español, Moore se acercó rápido a la primera mujer que encontró charlando con un hombre, que en principio encaró al policía y luego salió ligero cuando vio la sonrisa y el bastón de este. Ella

protestó airada y algo bebida cuando el policía se identificó.

—Vamos mujer —dijo Moore—. ¿Por qué no te vas a casa?

—¿Me va a pagá usté la cama, jefe? No hago daño a naide, déjeme en paz. —Tendría cincuenta años y le faltaban varios dientes. A Torres le pareció incomprensible que alguien pagara por pasar unos minutos con ella.

—¿Es que no sabes lo de los crímenes? ¿No te das cuenta que el próximo con quien hables puede ser el asesino?

—Oh, ya sé de qué habla —rió la prostituta—. No le tengo miedo. Pa mí o es Delantal de Cuero o es el Puente. —El de Londres, hacía referencia al suicidio—. ¿Qués peor? —Se marchó burlándose de forma obscena del policía. Moore regresó junto a Torres, encogiéndose de hombros como todo resumen a su tesis demostrada empíricamente.

—No tienen nada, ni dinero, ni techo. Se irán con cualquiera por cuatro peniques para pagarse una cama, y se los gastarán en un trago. Si no salen una noche, morirán de hambre, frío o enfermedad, y si salen el asesino las cogerá; no tienen elección, o ninguna buena.

Llegando a Hanbury Street, torcieron por ella hacia el este.

—Y quedarse en casa no es mejor —continuó—. Para que se haga una idea, formamos un círculo con mis hombres en torno al lugar del último crimen, hacia donde vamos, vigilando cada entrada y cada acceso, prohibiendo a la gente acercarse. En unos minutos encontramos cerca de cincuenta curiosos dentro del perímetro. Habían pasado por pasajes y callejones que mis hombres no habían visto, pasajes sin cerradura o con ella abierta. No cierran verjas ni accesos, así que un asesino puede moverse a su antojo. El próximo crimen puede ser en cualquier lado, ahí mismo. —Señaló una de las casas de Hanbury.

—Le veo muy desanimado, inspector. Me extraña que un hombre de su pujanza se rinda.

—No me rindo, soy realista con la situación a la que nos enfrentamos. Sé que lo cogeremos, antes o después. El problema es que sea después. Mi intención es llenar el distrito de policías, uno o dos regimientos para un barrio que mide media milla sería suficiente, y la mitad de incógnito. Ya tenemos algunos. —Y así señaló a uno de ellos como ejemplo, exigiendo la total discreción por parte de Torres. El policía en cuestión vestía exactamente como los vecinos, y solo era identificable por la mirada fija que dedicó a Moore y por los zapatos reglamentarios. Era notorio que la policía se tomaba las muertes de esas putas más en serio de lo que decía la prensa y de lo que diría más adelante.

Todavía no habían llegado a Buck's Road y el inspector empezó a hablar sobre el crimen con una congoja que sorprendía en un hombre de su tamaño.

—A Mary Ann Nichols casi la decapitan, es posible que esa fuera su intención y

no supieran cómo hacerlo. Dieron dos profundos cortes en su cuello, de izquierda a derecha, astillando las vértebras. Luego la abrieron de arriba abajo, desde el final del esternón hasta el pubis, todas las tripas al frío aire de la noche. Parece ser que no había mucha sangre cuando la encontraron, toda se empapó en su ropa. Seguramente la degollaron en el suelo, si no la sangre habría saltado por toda la calle. Dos hombres la encontraron a eso de las cuatro menos veinte de la mañana y uno aseguró que la vio respirar. A los pocos minutos encontraron agentes que se ocuparon de la situación. Uno de ellos, P. C. Neil, asegura que los brazos de la mujer aún estaban calientes. A Tabram la encontraron tiempo después del asesinato, puede que ella se estuviera muriendo cuando la vieron. Allí llegaron policías en menos de cinco minutos del ataque, esos dos hombres que la encontraron tendrían que haberse cruzado con el asesino; nadie vio nada, nadie sospechoso, manchado de sangre, lo que fuera. Tras examinarla el doctor la subieron a una ambulancia y se la llevaron a la morgue del ambulatorio de Old Montague Street; no vieron que tenía el vientre abierto, poca luz... En la morgue, como es habitual, pagaron a un indigente para lavar el cadáver, nadie había dicho que se trataba de un cadáver que requiriera especial cuidado, si no se hubiera evitado un lavado tan prematuro. Imagine la sorpresa del pobre hombre cuando descubrió entonces el espectáculo. Aquí fue.

Buck's Road, encima de las vías del tren, estaba llena de almacenes y mataderos, vacía, oscura, sin nada, un lugar apartado que solían elegir las putas para llevar a cabo su trabajo, y ahora también lo hacían los asesinos. Había gente en torno al lugar donde a la pobre Polly se le enfriaron las tripas hasta morir, gente que vivía justo al lado, que dormía separados por una simple pared de donde ella estaba muriendo. Había guardeses de los edificios, trabajadores, nadie oyó nada. La descripción del crimen había afectado a Torres, y la presencia del lugar de los hechos, simple, un trozo de tierra ante la puerta de un almacén como otro cualquiera, le turbó aún más. Ese pedazo de suelo parecía ahora el pavimento del infierno.

—¿La mataron aquí o trajeron el cuerpo...?

—Aquí fue, si hubieran transportado el cuerpo la sangre habría manchado más. Fue rápido el maldito hijo de Satanás, y silencioso. Tres mujeres, tres muertes horribles —continuó Moore tras una pausa excesivamente dramática para no ser forzada—. Tenemos que pararlo. Si supiéramos por qué lo hace...

—El robo.

—Para robar no se dan treinta y nueve puñaladas. No se abre en canal a una mujer para quitarle tres chelines que pudiera tener.

—No.

Quedaron los dos en pie, sobre una oscura mancha de sangre ya algo desvanecida. Imaginen, como imaginó Torres, a la pobre Polly, bebida, recorriendo las calles en busca de lo necesario para pagarse una cama en la pensión de la que la habían echado

horas antes. Consiguiendo unos peniques fornicando apoyada en alguna valla, y gastándolos poco después en más alcohol. «Para calentarme», pensaría. Enferma, casi desmallada y buscando clientes, y encontrándolos y ganando dos míseras monedas de cobre con su triste oficio y bebiéndoselas una vez más. Al final, a las tres y media de la mañana, pasearía por esa misma calle, sola, medio dormida y dolorida. ¿Tuvo tiempo de ver al Monstruo? ¿Pidió clemencia? ¿Supo que ese hombre era su fin o pensó que era otro cliente más, el último, el pago para una cama que le permitiera pasar otro día más con vida en el infierno? No Polly, no. Ya está bien por esta noche, por esta vida, ahora hay que morir. Cayó sobre ella, violento, dos tajos brutales desde la espalda, degollada sin un grito. Luego se inclinaría sobre el cuerpo que se desangraba en el suelo, subiría ávido sus ropas, hundiría su cuchillo en el blando vientre, con fuerza, clavándolo y hacia arriba, hasta el pecho, abierta como un animal, el calor de las entrañas golpeándolo en la cara. Dios mío, ruego por que estuviera ya muerta. ¿Para qué? ¿Por qué?

Descansa en paz, Mary Ann Nichols.

—¿La... la ultrajaron?

—No. Creemos que no.

En ese momento Torres recapacitó en la cantidad de información que el inspector Henry Moore le acababa de suministrar y recordó las palabras de Abberline, asegurando que era norma en Scotland Yard ser discretos sobremanera. Vio el absurdo de tener que ir a por el autómata para que luego el inspector le dijera que podía hacérselo llegar. ¿A qué venía este paseo turístico por los recientes horrores? ¿Qué significaba?

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Así lo espero. Deseo que no tenga que enseñarle otro lugar donde hayan matado y atormentado a otra desdichada. —Pareció que no esperaba que su deseo se cumpliera. Tras otra pausa preguntó—: ¿Se marcha mañana? —Sí.

—Tal vez... no debiera. —Algo en el aire le hizo pensar a Torres que este era el fin de todo ese largo preámbulo que había orquestado para él el policía.

—¿Por algún motivo?

—Aquel hombre del que nos habló ayer... Frank Tumblety. Está en Inglaterra. En Londres.

____ 10 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Noche de jueves a viernes

Los visitantes se mueven tan en silencio que se pueden oír sus corazones acelerados. El lugar es feo, atestado, mugriento, insalubre; ya lo conocen, pero en la oscuridad los aspectos más desoladores siempre se engrandecen. Si no fueran tan incrédulos y pudieran sentir algo más que curiosidad por el viejo Aguirre, se habrían compadecido, incluso indignado porque un anciano viva en esas condiciones. Los visitantes no han entrado a tan altas horas de la noche por compasión, buscan respuestas.

Los pasillos de la planta superior son callejones en el infierno, sucios y destartalados. Se acumulan a cada paso los trastos abandonados: bicicletas, escobas, herramientas, sacos de yeso, una silla de ruedas que se queja como un gato al moverla y muchos muebles rotos; tanto es el desorden que les es casi imposible avanzar sin hacer ruido, por fortuna la abundancia de armatostes evita que los ecos se propaguen en tanta soledad. El lugar parece vacío, abandonado, olvidado incluso por la fauna inmunda que suele frecuentar lo que el hombre descuida. Entrar ha sido fácil, no lo será tanto llegar abajo donde duerme Aguirre, no pueden dejarlo solo por las noches, no tendría sentido, aunque Lento dice:

—¿Por qué va a haber alguien? —Siendo como es, como tiene que ser, todo un engaño, no parece una suposición descabellada el que no encontraran ni vivos ni muertos, ni siquiera a Aguirre.

La aventura dura poco. Al llegar a las escaleras que conducen al sótano una luz proyecta sus sombras al frente. Un perro ladra.

—¿Qué hacen aquí?

Celador sujeta con la mano que lleva la lámpara a un animal grande y negro que no deja de gruñir. Mientras, les apunta.

—No dispare...

—He preguntado que qué hacen aquí. —Agita la escopeta.

—Solo queríamos ver a...

—Me chantajean, me amenazan... ¿ahora tratan de robar?

—Disculpe...

—No, perdonen ustedes. Me he portado bien, ayer estuvieron mucho más de lo acordado, incluso de lo tolerable por el viejo, y gratis, y ahora asaltan esta casa, buscándome más problemas. No son mucho mejores que yo, señores míos.

¿Qué se supone que debo hacer ahora? —Alza algo el arma, y los dos visitantes

amagan un gesto de protección, como si pudieran cubrirse de los perdigones en ese pasillo.

—No... no irá a disparar...

—No teman, no tengo ninguna necesidad de hacerles daño. Me basta con llamar a la policía, esto que están haciendo es un delito.

—No creo que lo haga. —Alto se serena y decide plantar cara—. No mientras podamos contar a su jefe cómo se aprovecha...

—¿Por qué no? —Baja el arma, el perro gruñe—. Ustedes han allanado esta casa, ahora vayan con cualquier cuento. Ahí abajo tengo una fuente continua de beneficios. Buscaré a otros primos y lo haré mejor. Aguirre es algo excepcional, y sus historias...

—Todo esto no son más que triquiñuelas de feriante —Lento lo mira asustado, temiendo la provocación—, humo, trucos de espejo; llámelo como quiera. No va a sacar nada a nadie. Siempre se darán cuenta, pedirán ver a solas...

—Tengo más que ofrecer. —El perro calla y los visitantes se ven una vez más sorprendidos—. Tengo al monstruo. Sí, a ese monstruo.

Un segundo de silencio y los dos empiezan a reír. Es esa risa nerviosa que no muestra diversión ni burla.

—Vamos, ya basta. ¿No solo está aquí un testigo de los crímenes, sino que tiene a quien los perpetró? ¿Por qué no lo ha dicho antes? ¿Y el señor Solera...?

—Porque si ahora no me creen, antes de ver a Aguirre lo harían menos. Además, no está en muy buen estado, mucho peor que el viejo.

—No...

—¿No me creen? ¿No quieren hacerle una visita? La primera siempre es gratis. —Agita de nuevo la escopeta—. Tendrá que ser breve, no creo que pueda soportar mucho tiempo su interrogatorio. ¿Van a negarse?

No. Claro que no se niegan.

____ 11 ____

Atrápeme cuando pueda

Madrugada del viernes

Tumblety se hospedaba en una pensión de Batty Street. Dijo:

—Querida, hoy hace una noche perfecta para matar a una puta.

Por supuesto; una noche oscura, nubosa, cálida y húmeda, apropiada para que la muerte diera un paseo. Era fiesta, la última fiesta del verano. Antes hubiera ido a Crystal Palace, a disfrutar de los fuegos artificiales, o de algún concierto, o a ver globos aerostáticos ascender como por arte de magia... ya no podía, estaba harta de tanta magia, de tanta diabólica brujería. Ahora solo quería matar a una de esas condenadas que despilfarraban los dones que Dios les dio en vorágines pecaminosas de vicio, mientras yo me veía sumida en el espanto. Salimos ya tarde, por allí había muchas rameras, decía Tumblety, un barrio lleno de mujerzuelas para matar. Para eso le necesitaba, yo no sabía dónde buscar.

—Puede elegir la que guste, nadie se lamentará por la muerte de una de estas asquerosas. Si me permite decirlo, señorita, yo lo considero una labor terapéutica para con la sociedad, para con la raza humana, eliminar semejantes tumores malignos. Todo por el bien de una dama de virtudes mucho más elevadas, como usted.

Paseamos por Whitechapel Road contemplándolas, viendo cómo se exhibían impúdicas y cómo hombres aún más despreciables se les acercaban. ¿Qué ven en ellas? ¿Qué clase de hombre puede querer intimar con criaturas como esas? De toda condición. Había militares de fiesta, y hombres que habrían abandonado a sus mujeres e hijas en casa para gozar con las concubinas de Satán, esos súcubos patéticos y desdentados, hediendo a ginebra y a glutinosos fluidos corporales masculinos recién vertidos sobre sus repugnantes receptáculos del pecado.

—Aquí no —decía Tumblety—, hay lugares más discretos.

Yo permanecí cubierta con un abrigo negro, largo y pesado, con la capucha de armiño echada para ocultarme, para distanciarme de toda esa podredumbre. Él decía que nadie repararía en mí, que me mantuviera cogida a su brazo, para evitar que algún degenerado se acercara con feas intenciones. Me desagradaba su contacto, el verme sometida a él, al más despreciable de entre todos los hombres. Dios no es justo, carga a algunos con más peso que a otros a la hora de probar su fe.

—Por ejemplo, aquí —dijo Tumblety y me metió en una oscura calleja. George Yard, ahí no pasaba un alma. Nos cruzamos con una mujer que nos ignoro al vernos ya en pareja. Cuando salió de la calle quedamos solos—. Si lo desea, podemos ocuparnos de la próxima que aparezca. La que guste, puede elegir.

Elegir en el mercado de oprobio, de la lubricidad y el feísmo, eso me ofrecía ese mercachifle, escoger carne entre carne pecadora como lo hacían todos esos nefandos e insaciables hombres, deseosos de comprar sus pasajes a la degeneración; yo buscaba algo muy distinto. Miré a las casas sombrías que nos rodeaban, con las ventanas abiertas por el calor del verano, que seguro encerraban horrores domésticos casi tan espantosos como lo que íbamos a cometer esa noche.

—Nos oirán —dije—. No podemos hacerlo en medio de la calle. Si nos oyen...

—¿Usted cree? —Sonrió, e inesperadamente dio un grito—. ¡Asesino!

Quedé paralizada, esperando ver correr a policías, o al menos que alguien se asomara por esas ventanas. Nadie. Silencio.

—Señora, podríamos estar toda la noche voceando. Si vendiéramos entradas para contemplar nuestro trabajito de hoy, nadie nos compraría una. Aquí no es noticia que una perra muera.

Al menos, debiera ser buena noticia quitar la suciedad de las calles. En ese oscuro lugar del mundo, el más oscuro y he visto unos cuantos pozos negros a lo largo de mi vida, la muerte y el horror no importan, crecen a gusto entre estas casas, mientras el padre viola a la hija y la madre vende al hijo.

—La veo nerviosa. Vayamos a tomar algo que nos anime.

—No es preciso...

—Oh, disculpe, usted no bebe. Yo sí necesito un trago.

Salimos de nuevo para Whitechapel Road. En la esquina había un bar, el White Hart, lleno de la parroquia habitual de gentuza que poblaba todo el barrio. Allí quiso Tumblety buscar valor en el alcohol, valor para la penosa tarea que iba a acometer yo.

—No se desanime. Elija a una.

—¿Aquí?

—Sí, la seguiremos. Estas mujerzuelas buscan lugares escondidos para llevar a cabo su comercio impúdico, ahí la puede coger.

La presencia de Tumblety me producía náuseas, presencia que yo había querido. Estaba sola, sin amigos, sin amor... él me había dejado, me había traicionado, me había mirado con odio, con repugnancia en los ojos y al final había acabado conmigo... ahora no tenía a nadie, solo aquel americano loco, enfermo de lujuria. No debo engañarme, el monstruo era yo, no él. Yo no quería seguir así, yo le pedí que me consiguiera lo que necesitaba, utilicé su mente retorcida sabiendo lo que era, soy culpable. No cometeré la hipocresía propia de las clases altas de pecar a través de otros para así limpiar mi conciencia; yo era la instigadora, yo le dije: quiero asesinarlas, quitarles esa vida que malgastan, arrebatarles lo que a mí me corresponde y se me niega. Aunque lo hiciera solo por amor, eso no me redime, jamás.

Reparé en dos parejas bulliciosas que parecían divertirse en una mesa. Dos soldados con sus uniformes limpios, sus gorras ribeteadas de blanco, acompañados de

dos putas, una grande de aspecto masculino y la otra pequeña y rolliza. Ninguna de ellas cumplía ya los cuarenta años y ambas se dejaban manosear por esos jóvenes, riendo y bebiendo, impúdicas e irrespetuosas con todo lo que es sagrado, profanando su cuerpo de un modo... quise matarlas a las dos, a los cuatro, en el acto.

—¿Le parece alguna de esas apropiada?

—No.

—«Mujeres de soldados», la hez entre la hez, amiga mía. Por un chelín, le dejarán acuchillarlas a su antojo...

—Basta.

—No tenga miedo. —Consultó su reloj—. Son las doce menos cuarto, aún hay tiempo. Pronto estarán todas borrachas y serán dóciles para nuestros propósitos. Siempre vi esa fuerza en usted, ¿sabe?, desde que nos encontramos. Resulta muy atrayente que una dama guste de...

—Calle. —Hubiera vomitado de haber podido. No soportaba las galanterías de ese demonio. Los soldados y sus parejas se levantaron y salieron del pub, ellos se mostraban muy ardientes, perdiendo casi el pudor y la consideración que debieran tener por los uniformes que vestían. Una pareja fue calle arriba mientras la otra se despidió y dirigió sus pasos hacia Aldgate, dispuestas ambas a consumar su transacción concupiscente.

—Si no le ha gustado ninguna de esas, tal vez debiéramos buscar...

—Déjeme.

—Esto fue idea suya, señora...

—Señorita.

—Señorita —rió y se aproximó más a mí, hasta que pude sentir el olor de la cerveza en su boca—. No hay prisa, no se preocupe, podemos esperar...

Lo agarré con tanta fuerza que el dolor le hizo callar.

—Le ruego, encarecidamente, que guarde silencio. —Así lo hizo. Vi el miedo en su expresión. Pensé en irme, en dejar esa locura antes de empezarla. No podía acobardarme ahora, esta era la única esperanza que me quedaba, la única forma de volver a la normalidad, a la paz de la civilización, de alejarme de esta sórdida existencia.

Nos levantamos cerca de las dos de la madrugada y nos fuimos, tras rechazar a toda candidata a víctima que Tumblety me pasó ante los ojos. El era paciente, muy paciente conmigo, señalándome cada mujerzuela que entraba en el White Hart, más borrachas y acabadas a medida que avanzada la noche. Yo no podía hacerlo, no podía decir: sí esa puta del gorro verde va a morir, o esa a la que le faltan los incisivos o... no podía, todavía no era una asesina, hasta esa noche no.

Al salir doblamos por George Yard, Tumblety me empujó para allá diciendo:

—Probemos una vez más aquí.

Recorrimos toda la calle hasta el final, a oscuras, vacía, más desierta aún que antes. El cielo era un techo de nubarrones grisáceos, sin una luna que los iluminara. La humedad se pegaba a mí como una pesadilla recurrente; yo no la sentía. Vimos entrar a una pareja en el último edificio, pasando bajo el arco alto y oscuro del portal, la boca de un diablo lujurioso que pintara El Bosco, sujetándose el uno al otro en medio de una parodia borracha de romanticismo.

—Aquí llega su pieza, señorita —susurró a mi oído Tumblety—, Esperemos a que acaben, no tardarán mucho y seguro que abandonará a la mujerzuela en cuanto termine. ¿Le parece bien?

Allí quedamos, inmóviles en la oscuridad de la calle apenas iluminada. Caía alguna gota llorosa, el cielo quería cegarnos, evitar que matáramos; no era suficiente. La vigilancia se me hizo larga, muy larga. Pensaba en aquellas dos caricaturas de ser humano, tan lejos de la idea que Dios nuestro Señor tenía del hombre. Estarían fornicando en ese lugar, como demonios carnales, enfermos. Deseé matar a los dos.

El hombre salió de la casa con paso torpe, giró hacia arriba alejándose de nosotros hacia Old Montague Street. Ni nos vio.

—Vamos por ella.

Eso hice. Entramos en el edificio. Mi corazón sonaba demasiado ahora en el silencio, demasiado. Antes de subir por las escaleras noté que ella estaba en el primer descansillo. Sentada en una esquina, con las piernas abiertas y las ropas remangadas, dispuesta a aceptar impúdica el pecado una vez más. Estaba borracha. Mucha oscuridad, las luces que iluminaban la escalera de piedra del edificio se habían apagado hacía tiempo, no necesitaba luz para lo que iba a hacer. La mujer me oyó, oyó mi corazón acelerado mientras subía peldaño a peldaño hacia ella. No sé qué pasaría por su cabeza pecaminosa, quién creería que era, otro posible cliente, un vecino que volvía a casa tras comprar alguna provisión de última hora dispuesto a reprocharle el que estuviera allí, lo que fuera.

Mi cuchillo sonó seco al salir. La golpeé con tanta fuerza en el pecho que oí cómo su esternón se quejaba. La ramera no gritó. Se convulsionó, y yo saqué la hoja con fuerza de sus enormes y mugrientos senos que se agitaron bajo el corpiño abierto, como un pudin mal horneado. Quedó inmóvil, muerta.

Tumblety estaba tras de mí. Se me acercó y me susurró al oído.

—Adelante.

—No... vámonos.

—Señorita, debe hacerlo, para eso estamos aquí. —Negué con la cabeza y con toda mi alma. La de Tumblety, su alma negra de criminal era muy poderosa, insaciable, yo me vi incapaz de oponerme—. La ha matado, ¿no? Pues vamos...

Se arrodilló junto al cadáver y empezó a palparlo, saboreando la muerte.

—No... no puedo más —sollocé.

—Aún vive. —En la oscuridad vi cómo sacaba un cuchillo pequeño, una navaja de bolsillo—. Vamos, córtela. —Y al verme paralizada, inmóvil, empezó a susurrar —: Puta asquerosa. —Nadie que no estuviera a su lado o gozara de buen oído, como yo, podría escucharle—. ¿Te gusta que te follen, eh?

Empezó a apuñalarla en los pechos, sin ver. Una, dos, tres, hasta siete veces. Siguió golpeando una y otra vez, ya en el vientre. El mínimo brillo de la hoja de metal desapareció manchado por la sangre. El sonido del cuchillo hacía eco dentro de mi cabeza, como el de un puñetazo, yo hubiera esperado un ruido más húmedo. La mujer ni se movió, recibía las puñaladas como un pellejo de oveja relleno. Quince, dieciséis, diecisiete puñaladas, en el hígado, en el estómago, y con fuerza en sus partes íntimas.

Veinte, veintiuna, veintidós.

—¿Te gusta que te follen, puta?

Treinta, treinta y una, treinta y dos. Estuvo toda una vida matándola. Yo permanecí quieto, fija la mirada en su brazo que ascendía y bajaba en medio de la noche, sin decir ni hacer nada, sin pensar en nada.

En la última cuchillada se detuvo un poco más. Pinchó en el vientre de abajo arriba, trató de abrirle las tripas; solo fue otra de sus torpes puñaladas, no pudo hacer más. Jadeaba asustado, ahora que la había matado tenía miedo, oí sus arcadas, incapaz de soportar sus propios actos. No era más que un asesino violento, lleno de ira, un degenerado lascivo e irreverente; no como yo.

Yo era la muerte, el horror y la muerte.

Aún no había empezado.

Descansa en paz, Martha Tabram.

Nos fuimos, nadie había oído nada, no hubo ruido alguno, nadie puede oírme ni verme, y aquellas que me ven, mueren. Huimos a casa de Tumblety, a Batty Street, no tardamos mucho. Yo estaba triste, no tanto por esa puta, que no merecía un minuto de mis pensamientos, como por la noche de miedo y dudas echada a perder. No había conseguido nada, seguía igual, igual de sola. Había errado el camino, esa no era mi solución. Me quedaba el suicidio, el fin de tanto pesar.

Me equivocaba; esa noche fue el principio, mi noche de bodas sangrienta, ya que se me negó una más dulce.

Desde entonces no he parado.

____ 12 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

La misma mañana, minutos después

Ambos visitantes se reponen de la sorpresa fuera del cuarto donde ahora duerme la asesina. El estado de esta es aún peor que el de Aguirre, como aseguró Celador. Un colchón enmohecido tirado sobre el suelo, que comparte con una legión de artrópodos de la más repugnante naturaleza, ese es todo el acomodo del que goza el criminal más grande de todos los tiempos. Si el alojo del anciano es inapropiado, este roza la tortura.

—Claro, que si fuera... no se merecería menos.

—¿Una mujer?

—Es posible —aclara Lento—. Abberline, atendiendo a una testigo que dijo ver quinta víctima pasear después de muerta, planteó que el asesino es mujer, u hombre disfrazado de mujer. La teoría de la comadreona...

—Comadrona. Tenía entendido que no era común la crueldad entre los asesinos mujeres, que tienden más al veneno...

—Ajá... puede ser... —Cerca de ellos, Celador se mantiene impertérrito, armado, esperando alguna reacción. El perro no está—. Es mentira. —Lento exclama en alto, tajante.

—Acaba de decir que no es descabellado que el asesino sea una mujer —dice su amigo *sotto voce*.

—No. Mentira todo, nos llevan engañando una semana.

Ya, ya lo sé —mira de soslayo a Celador—, y se lo vengo diciendo desde el primer día, desde la primera vez que hablamos... —Lento ignora los aspavientos que hace Alto rogando más discreción para con alguien que acaba de sorprenderlos irrumpiendo en su casa—. ¿Ahora se da cuenta? No puedo creer que sea tan incauto...

—Oigan ustedes —Celador exclama con una torpe parodia de dignidad ofendida, y con la escopeta descansando en el brazo izquierdo—, no les he mostrado más que lo que les aseguré que tenía. Si ellos son unos embusteros...

—¿Usted no? ¿Quiere decirme que usted no tiene nada que ver con esta farsa? Ha hecho de... que hace la trampa... ¿cómo se dice?

—Tramposo —le ayuda Alto, sin dejar de tirar de la manga.

—No... el cebo.

—¿Gancho?

—Eso. Ha sido el gancho para este par de primos. —Mira a su compañero, preguntando con la mirada si se le ha entendido. Alto asiente—. Usted y su jefe. Su

problema es que... nosotros somos primos contentos. Sabíamos que todo es trampa a la que entramos gustosos. Ya es suficiente.

—Cuánta ingratitud. —El sujeto respira tranquilo y satisfecho—. Me amenazan y abusan de mi patente debilidad. Luego les sorprendo entrando a hurtadillas aquí, no me lo tomo a mal y son ustedes los que se indignan. Como quieran. Si los señores no están contentos con nuestro acuerdo, solo tienen que no volver aquí. No hay deuda entre nosotros y...

—En efecto. Tenemos una idea que no creo sea de agrado suyo.

Alto mira a su compañero con el ceño fruncido, llega a cruzar miradas confusas con Celador, amigo y adversario igual de desconcertados ante la enigmática y resuelta actitud de Lento.

—¿Más amenazas?

—Es el señor Solera quién nos trajo aquí, no usted. —El gesto de Celador se tuerce—. No creo que a él, o sus jefes, le guste saber que se dedica a ofrecer estas... exhibiciones. Exhibiciones que le aportan beneficios de los que, estoy seguro de esto, no participan propietarios...

—No tengo nada que ocultar a nadie.

—Bien. No tiene inconveniente en que negociemos situación con alguien de más responsabilidad que usted en establecimiento.

—No debieran hablar sobre mis... pacientes con nadie salvo conmigo, si es que quieren seguir viéndolos.

—Bien. Veamos quién pierde.

Hace un gesto a Alto en dirección a la salida, es el momento de hacer mutis, ahora que las dudas y el miedo han hecho mella en Celador. Se van, pero tardan demasiado, y una voz rotunda los detiene.

—Veo que los caballeros son jugadores. Ya que me han lanzado un envite, espero que me den la oportunidad de aceptarlo. —Con segura parsimonia el hombre alza su arma y encañona a Lento directo a la cabeza—. O mejorarlo. —El sonido de los percutores al alzarse son más elocuentes que cualquier amenaza.

—Vamos —dice Alto levantando las manos—, no nos pongamos nerviosos...

—¿Me ve nervioso, señor? —dice Celador. Su voz ha perdido los tonos timoratos y zafios de un empleado tramposo, y ahora habla con tanta seguridad como lo hacen sus dos cañones—. En absoluto, en caso de ponerme nervioso no dude que se dará cuenta enseguida. Contéstenme ahora a una pregunta, con sinceridad: ¿sabe alguien que han venido hasta aquí? Aparte del señor Solera.

No tienen que contestar, las miradas entre ambos los delatan.

Incluso me atrevo a lanzar mi órdago: ¿han contado algo de lo que han visto aquí? ¿Hay quien sepa a dónde han ido estos últimos cuatro días?

—Por supuesto que sí... —responde Alto con timidez.

—Yo tengo notas en habitación de hotel... —dice Lento.

Por Dios, señores, no insulten mi inteligencia. Comportémonos como adultos, al fin y al cabo son ustedes quienes han iniciado este juego. Hasta el momento nuestro acuerdo...

—No puede cometer un asesinato y quedar... sin... libre, imp...

—Impune.

—Impune. Nosotros aquí...

—Esto no es un asesinato, es una negociación. En esta situación creo que no les parecerá excesivo si doblo la tarifa para las sesiones; las de ambos pacientes.

Los visitantes intercambian miradas de nuevo, ninguno parece habituado a estar en pie frente al lado dañino de un arma.

—¿Eso es todo? —dice Lento—. Pagamos doble y seguimos viniendo...

—¿Por qué no, qué esperaban? ¿Una venganza o una reprimenda? No, caballeros, valoro mucho la iniciativa y el arrojo, simplemente les ha salido mal porque no han recordado este as en mi manga. —Agita la escopeta, que no ha dejado de apuntar a Lento en el entrecejo ni por un segundo—. Me tomaron por un simple oportunista, ¿cierto? Es común entre las personas como ustedes menospreciar a los más humildes. Lástima, esta vez se han equivocado, y mucho. Recapitulando, tienen dos opciones: o continúan nuestro arreglo con las tarifas revisadas, o les pego un tiro.

—O nos vamos, nos olvidamos de todo, y no volvemos más —dice Alto bajando las manos.

—No, eso ya no es una opción, desde que me han obligado a emplear argumentos más contundentes.

—Bien —ataja rápido Lento—. Aceptamos. Pagaremos doble. Entienda nosotros... todo esto... muy extraño. Hemos perdido nervios...

Despacio, despacio. Les repito que no traten de insultarme. Pese a la impresión que les haya causado, pese al triste modo en que me gano la vida y el aún más patético en el que obtengo estos pequeños incentivos, no soy un idiota.

—Sí, estamos sorprendidos. Es usted un negociador...

—Tampoco me adule, o le mato. —Esta vez Lento no puede ocultar el miedo tras su cara de piedra—. Disculpe mi rudeza, no me gusta que me interrumpan. ¿Qué estaba explicándoles...? Ya sé. Estarán pensando: «le seguimos el juego, y al salir se lo contamos todo a su jefe, o a la policía, o a ambos». Eso no va a ocurrir, puesto que...

—No era intención nuestra... perdón.

—No va a ocurrir, decía, porque no van a salir de aquí los dos. —Ambos dan un paso atrás—. Tranquilos, ya les he explicado mis condiciones, nadie va a morir si se cumplen. Uno se irá, y otro será mi huésped, de este modo me aseguro que todo funcione como hemos acordado. Aunque el hospedaje que puedo ofrecerles no es lo

confortable que ustedes merecen, estarán bien. Lo mejor es que se turnen. Una noche permanecerá uno conmigo, y a la siguiente el otro.

El tono de Celador no deja resquicio a la posibilidad de negarse a este arreglo, no si quieren salir hoy de aquí. Al menos salir uno.

—Me quedo yo —dice Lento—. Soy quién... he dudado de nuestro trato, creo...

—No. Usted se irá. —Señalando a Alto, dice—: Esta noche usted será quien me haga compañía. —Y volviendo de nuevo su atención a Lento, añade—: Usted ha sido un imprudente, es cierto, pero su amigo parece idiota. Prefiero fuera a un loco que a un imbécil.

Si en algo se siente ofendido Alto, no lo muestra. Queda allí, quieto e impertérrito, mientras que su compañero da media vuelta y se va caminando, enviando toda la confianza que puede en una última mirada a su amigo, ahora rehén.

—Entiendo entonces que nos veremos por la mañana, ¿a la misma hora? —Lento no responde—. Sí, seguro que estará aquí.

____ 13 ____

El éxito del Asesino

Viernes, con el sol ya alto

Torres no durmió esa noche, no pudo conciliar el sueño. La primera de muchas otras que pasó en vela durante su estancia en Inglaterra, que se prolongó más de lo esperado. La principal razón de su desvelo fueron las últimas palabras del inspector Moore: Tumblety estaba en Londres. ¿Acaso mis peregrinas suposiciones habían acertado de pleno? ¿Quién sabe si las lesiones en mi cabeza que tanto habían mermado mi raciocinio, habían potenciado por compensación mis instintos, mi capacidad de asociación y síntesis? La vida es así; lo que quita por un lado lo da por el otro. Más inquietante que todo esto fue lo que respondió el inspector del CID a la pregunta que la sorpresa le hizo hacer, cuando se despidieron tras su paseo por los lugares del crimen.

—¿De verdad creen que puede ser el asesino?

—Usted lo creía ayer.

—Y ustedes me dejaron claro lo absurdo de esas suposiciones. No parece haber relación alguna entre el doctor Tumblety y los crímenes, salvo un pálpito...

—Sabemos que está aquí. Hay datos que indican que puede tratar de establecerse, poner una «consulta» para atender pacientes con su «medicina india», incluso hay quien dice que anda picoteando entre la respetabilidad de esta ciudad, incluyendo su incorporación como invitado en algún club de prestigio. Por otro lado, parece involucrado en un escándalo público en el treinta y uno del mes pasado, asaltó a un hombre de forma indecorosa... es invertido —respondió así a una pregunta muda de Torres.

—¿El treinta y uno? El día que mataron a... esa mujer, la última...

—Recuerde que a Polly Nichols la mataron de madrugada. Puede que el frenesí animal causado por el asesinato lo enloqueciera, y acabara así, desbocando sus depravaciones. Con sinceridad señor Torres, no creo que sea él, pero vamos a investigar a todo sospechoso posible, lunáticos fuera de los psiquiátricos, homicidas, acusados de violación y asesinato que hubieran abandonado prisión en esos días, y hasta al señor Francis Tumblety.

—Entiendo que ya lo tienen localizado, pues...

—Le están siguiendo la pista, y no por su conducta indecorosa, nada de eso.

—¿Ha dicho «le están»? Perdone, no domino bien su idioma...

—Sí. —Moore se mostró dubitativo—. La gente de la sección D. Es un tema delicado y no puedo ser más preciso.

No tenía idea de qué era esa sección D, ni qué asuntos tan delicados podían tener las autoridades británicas con ese hombre, y todas esas incógnitas lo empujaban a dudar cada vez más, causa principal de su dificultad para conciliar el sueño, de lo oportuno de marchar ya para España. No tenía gana alguna de permanecer allí, pero era consciente de que siendo alguien que había visto a Tumblety y en situaciones peculiares, tal vez hubiera un deber moral que atender en esas latitudes.

Así estaba, desvelado e inquieto, cuando la señora Arias llamó a su puerta con suavidad. Eran las cinco y diez de la mañana del sábado ocho de septiembre de mil novecientos ochenta y ocho.

—Perdóneme, señor Torres, no quería despertarle...

—No se preocupe, no dormía. —Como era evidente, pues estaba aún vestido. La mujer, en bata, parecía muy alterada. Junto a ella Juliette miraba enfurruñada por el sueño, intranquila también.

—Han detenido a su amigo. — Torres trató de sosegarla en lo posible, y de aclarar la situación—. Han llamado de la policía, dicen que tienen al señor Aguirre en la comisaría de Commercial Street.

La preocupación de la viuda era sincera, y eso que desconocía la acusación de secuestro que pendía sobre mí, del secuestro de su hija. Desde que le llegaran noticias de cómo ayudé a Juliette había desarrollado fuertes sentimientos de gratitud hacia mi persona. Noticias, por cierto, muy exageradas por la chiquilla, a tenor de la reacción de su madre. Torres, por supuesto, no trató de informarle de lo que sabía y del papel que jugaba Juliette en todo esto.

Sin embargo, yo no había sido detenido, en sentido estricto. Se preguntarán: ¿cómo entonces había ido a parar a manos de la policía y cómo había llegado esa noticia hasta la pensión de la viuda Arias, a horas tan intempestivas? Por mi propio pie, maltrecho, medio ciego y lleno de sangre, llegué a la comisaría en busca de refugio, gritando a voz en cuello que había matado a alguien. De inmediato, cuando pude hacerme entender y me identifiqué, los agentes empezaron a tratarme como se merece un secuestrador de niñas, secuestrador y vaya a saber usted qué más, dada mi inculpación a gritos en algún homicidio. Mi aspecto y mis antecedentes no prometían nada bueno para la cría que, según todos esos testigos, me había llevado a la fuerza. No importaba, esos golpes crueles que mi aspecto repugnante y ensangrentado provocaban me supieron a gloria; mejor aquí que lo que había pasado fuera.

—¿Qué has hecho con esa niña, maldito?

—¿Te gusta jugar con ellas, verdad monstruo?

No podía decir nada, el dolor era demasiado. No había hecho nada a ninguna niña... ¿de qué hablaban? Resultó que por ahí, a punto de irse ya a casa, estaban los sargentos Godley y Thick, *Johnny Upright*, quienes recriminaron la actitud violenta de los agentes y me salvaron de un buen número de huesos rotos.

—Vamos, Ray —terció Godley tratando de atraparme con engaños contra la esquina. Su ira y desprecio era tanta como la de sus compañeros, pero era un oficial inteligente, y viendo mi estado de desesperación imaginó que una palabra amable haría que hablara con más facilidad que todos aquellos golpes—. Ya sé que no es culpa tuya, esas niñitas te provocan, se ríen de ti... no te reprocharían nada si vieran cómo te tratan. Lo que ocurre es que tengo que saber dónde has metido a esa chica, ¿me lo dirás? —Yo no hablé, casi no podía en mi estado. Ya pasaría esa tormenta de palos, que acrecentó mucho en intensidad y pericia de torturador cuando me negué a contar nada. Cuando escampara descansaría en la seguridad de un calabozo, al fin. Añoraba la disciplina de Pentonville. No obstante, Thick me recordaba, tanto a mí como al español que me socorrió dos días antes. Consideró oportuno mandar un mensaje a Torres, puesto que mostró tanto interés por mí, en la confianza de que tal vez pudiera aclarar algo del paradero de la niña.

Torres, apurado, pidió a la señora Arias que permitiera a su hijita que lo acompañara. Dijo que la niña había sido testigo y principal parte en mi «hazaña», fuera esta la que fuera, y podría interceder así mejor ante la policía, contando mis buenas acciones y salvándome de ese indudable equívoco.

—Voy con usted —dijo de inmediato la buena mujer.

—No es preciso, amiga mía, ¿me permite tratarla así? —La viuda sonrió coqueta, y asintió—. Solo necesito a Julieta para que cuente a las autoridades lo ocurrido, le aseguro que cuidaré de ella...

—No faltaba más, señor Torres. Sé que mi Juliette estará a salvo y mejor que con nadie con usted, y si puede ayudar al señor Aguirre... qué pena, un hombre de su bondad... —Torres miró sin saber cómo reaccionar. La viuda bajó el tono y adoptó una actitud cómplice—. No tema, su secreto está a salvo conmigo. Sé que su aspecto tiende a atraer la suspicacia de la gente, yo pensé mal de él al verle, que Dios me perdone. Si de algún modo puedo devolver el inmenso bien que ha hecho a mi familia... yo quisiera...

¿Qué pudo contarle aquel diablillo de ojos verdes?, se preguntaba Torres, pero solo dijo:

—Le ruego que aguarde aquí a nuestra vuelta. No quisiera verla envuelta en este indudable equívoco más de lo necesario. Además, debe atender a sus otros inquilinos —solo había dos más, y uno abandonaba su habitación esa misma tarde—, que pensarían si la vieran salir de casa tan temprano, y con prisas...

La viuda Arias cedió a desgana y los dos marcharon a mi rescate.

Cuando llegaron a la comisaría serían ya las cinco y media pasadas de una preciosa mañana londinense, el barrio se hallaba en plena actividad de sábado, los géneros llegados ya a los mercados, los trabajadores en sus quehaceres, comercios y tabernas abiertas. Le atendió un tal inspector Chandler, que le contó de modo sucinto

los acontecimientos y le llevó ante mi molida persona.

Llegó cubierto de sangre, según me informan, balbuceando y malherido —dijo, aclarando que no todas las heridas que lucía habían sido producidas por las autoridades al intentar convencerme del error de mi silencio—. Gritaba que había matado a alguien, y ahora no quiere hablar. Eso no le hace ningún bien, si pudiéramos...

—Es inocente, inspector. Es de secuestrar a esta chiquilla de lo que se le acusa, y aquí la tiene, ella puede contarles...

Así lo hizo Juliette. Venía con su vestido de los domingos, era la imagen de la dulzura, su cara fea y churretosa habitual se transformó en la más cándida y tierna de las imágenes. Explicó cómo yo la salvé de no sé qué terrible destino, insinuando a Chandler la espantosa situación de una niña entre todos esos degenerados de Crossingham. Aunque ella en su «inocencia» no podía entender las intenciones más sucias de los hombres, las dejó claras al policía. Torres no abrió la boca, suficiente tenía con evitar la sorpresa por el descaro de la cría. El inspector quedó convencido a medias, la palabra de un caballero como Torres y el testimonio de esa niña eran imposibles de ignorar, pero...

—De acuerdo, muchacha. Si los testigos que vieron la trifulca te reconocen, este desgraciado saldrá con bien de esta. Y si tú identificas a tus agresores...

—No los recuerdo, eran tantos...

—Sin embargo, nadie ha hablado de ese... ataque del que hablas, los que estaban en la calle Dorset solo mencionan al deforme cogiéndote.

—Usted sabe mejor que yo que esa gente se exculpa unos a otros —intervino Torres. Qué fácil le resultaba entrar en el juego de Julieta—. Puede hablar con los inspectores Moore y Abberline, ellos ya saben los motivos de mi visita a ese establecimiento de la calle Dorset, y que me acompañaba esta muchacha...

De acuerdo, no siga. La niña tendrá que venir para la identificación que le he hablado.

—Por supuesto. Y yo la acompañaré, y su madre si hace falta. Ahora, ¿puedo ver al señor Aguirre?

Chandler dudó un segundo, se encogió de hombros y pidiendo que Juliette permaneciera allí, en la compañía de los agentes, condujo a Torres hacia los calabozos.

—Tuvo algún desafortunado encuentro —dijo—. Este individuo es muy propenso a percances así. Alguien le ha dado una paliza, lo que no es extraño teniendo en cuenta las amistades que frecuenta. Sabe que es un conocido miembro de una de las peores bandas de delincuentes de la ciudad, ¿no? —Torres quedó mudo—. ¿Sabe si debe dinero o...?

Era de esperar que fuera así. Chandler no dijo mucho más hasta que llegaron a mi

cobijo cerrado por barrotes, donde nos dejó al cuidado de un agente. Torres observó mis heridas, mi cara aún más desfigurada y mi camisa arrojada a una esquina, empapada en sangre. Los policías me habían golpeado con una manguera sobre las costillas y mi cuerpo era todo una enrojecida llaga, que se unía a la sangre que manaba de mi boca, y a mi ojo irritado; si ya sano parecía un ecce homo, herido daba más asco que lástima.

—¿Se encuentra bien, don Raimundo? ¿Qué le ha ocurrido?

—No ha dicho nada desde hace un rato. Antes bien que gritabas, ¿eh? —dijo el agente—. El sargento Thick sugirió que le llamáramos. ¿Usted es de fuera? ¿Se va a hacer cargo de él?

Volvía a España. Aunque lograra sacarme de aquí, cosa que yo no deseaba en absoluto, nada más podría hacer con alguien que llevaba una vida como la mía. Yo mantenía la mirada baja, acobardado y dolorido, con el gesto contraído por una furia que intentaba ocultar a mi amigo, y sobre todo sumido en la desesperación. Era consciente que Torres no podía ser mi protector por siempre. Como respondiendo a mis penas, dijo:

—Me marcho esta misma tarde —me dijo—. ¿Está herido?

—No de gravedad —respondió el agente por mí—. Seguro que no es la primera paliza que recibe en su vida, y más de una será merecida. ¿Eh?, ¿en qué lío andabas ahora metido?

—¿Puede abrir la celda?

El policía, algo temeroso, lo hizo. Torres no preguntó más. Tendió su mano para incorporarme. Me ayudó a ponerme la camisa sucia y a cubrirme con mi viejo abrigo, que también reposaba en el suelo. De nuevo había perdido la protección de mi cara, y ahora Torres no tenía nada que prestarme. Entonces, volvió Chandler.

—Ande, lléveselo. —Los dos lo miramos sorprendidos—. Sí, si la niña dice que es inocente, incluso que la ayudó, no tengo motivo para retenerlo. La chica y su madre deberán pasar por aquí, de momento puede llevárselo. —Entonces me miró, por primera vez en la noche, y me dijo—: Si no es por esta ya te cogeremos por otra. —Y volviendo su atención al español, continuó—: Debiera depositar su compasión en quién pueda sacar algún provecho de ella, señor Torres.

Nos dirigimos a la salida, yo a desgana, apoyando mis dolores en el brazo del español y cogido de la pequeña Juliette, que me apretaba la mano con devoto agradecimiento; la guinda de su actuación. Este era mi fin, mañana estaría muerto. La intención de Torres sería volver conmigo a casa de la señora Arias, darme unas libras y marchar para Portolín. ¿Qué otra cosa podía hacer? Por mucha compasión que le causara, por muy obligado que se sintiera hacia mí, él era un español en país extranjero. ¿Cómo ayudarme? ¿Llevándome al suyo? ¿A hacer el qué? ¿Cómo podía un paria social como yo...? Había llegado abajo y era difícil imaginar una escalera

que me sacara. Tal vez, pensó, esa buena viuda que ahora sentía haber contraído una deuda tan grande conmigo pudiera proporcionarme un trabajo honrado. ¿Sabía yo hacer algo?

—Don Raimundo —dijo mientras íbamos hacia la salida acompañados por el agente—. ¿Ha trabajado alguna vez en algo?

—Fffff... ffffui ssssol... dado.

—Vaya, yo también. —Lo miré sorprendido—. Al menos estuve en una guerra y disparé un arma.

Vi la calle, o la intuí, porque apenas veía. Allí salió el inspector Chandler a espabilarse con el aire de la mañana, no sé si a punto de marchar para casa. Esa calle iba a matarme en cuanto pusiera un pie en ella. Al día siguiente Torres no estaría, yo no tendría dónde ir salvo a esos barrios que iban a acabar conmigo. La única solución era atacar al policía, si mordía con furia animal a Chandler en el cuello, embistiendo rápido antes de que pudiera reaccionar, me detendrían, acabaría entre rejas. Me entristece pensar que cuando me he encontrado más seguro y tranquilo, estaba encerrado, como las bestias salvajes. No lo hice, de algún modo la presencia de Torres me impedía cometer un acto como ese.

El inspector nos vio salir a los tres. Un jaleo de carreras calle arriba dejó su despedida suspendida en la boca. Un hombre venía a todo correr desde Hanbury Street. Muy apurado, gritó a los que estaban en la puerta:

—¡Han asesinado a otra mujer!

No había más que decir. La cuarta víctima del asesino. Eran las seis y diez de la mañana, y desde en punto la voz de Whitechapel estaba corriendo por cada calle, repitiendo con miedo: otra mujer muerta en Hanbury Street. Y con esta habían hecho algo más que matarla.

La entrada a la comisaría quedó en silencio.

—Encierren a este hombre —dijo Chandler señalándome.

—¿Por qué...? —Torres no pudo terminar su pregunta. Un par de manos policiales me cogieron y me llevaron para dentro de la comisaría.

Tras pronunciar esa sentencia, Chandler dio media vuelta y salió rápido seguido de tres agentes más. Los policías que quedaban me miraron. Si me alimentara de odio, ese día hubiera engordado al menos treinta kilos. Me limité a encogerme asustado, esperando un ataque de todos esos agentes. Busqué refugio en Torres, que se alejaba cada vez más enmarcado por la puerta. Los ojos de Juliette, antes llenos de fingida admiración, se abrían grandes y profundos, luminosos como faros acusadores en la niebla que me rodeaba. Ambos me estaban mirando con una intensidad que entonces no interpreté. Ahora sí, lo ven ustedes también, ¿acierto?

Pensaban que era yo. Torres lo pensaba, al menos se lo planteaba. Horas antes mientras él y el inspector Moore contemplaban, ya entrada la noche, el lugar donde

murió Polly Nichols, ¿dónde estaba yo? Puede que en ese mismo instante el asesino estuviera consumando su aborrecible acto, ¿y por dónde andaba yo? Cuando tres días atrás le contara mis deducciones, le hablé de Tumblety, de su perversión, su diabólica naturaleza, le conté la muerte de Bunny Bob, y aunque no hice referencia a mi cobardía, mis palabras, muy desmañadas entonces, no pudieron ocultar mi profunda aversión hacia el yanqui. Sería un desquite cruel y siniestro, ideado hace diez años cuando volví a encontrarlo. Mi mente enferma, torturada por el alcohol y la miseria, estallaría en una orgía de deseos vengadores. Años de preparación, de planificación, de espera a que Tumblety estuviera en Londres, o yo imaginara que estaba. Entonces empecé a matar, y todo el rechazo y la mofa que el género femenino me arrojara a lo largo del tiempo me transportaron al frenesí sanguinario que produjo estas carnicerías.

No sé por cuánto tiempo esa idea bulliría en la cabeza de Torres, espero que solo fuera un pensamiento fugaz, rechazado por incongruente apenas nacido. El dolor de imaginar a mi amigo español dudando sobre mí me es aún insoportable. La única persona que consideró la posibilidad de que mi alma tuviera alguna cualidad, algún rasgo digno del ser humano... si ella también ha guardado los peores sentimientos hacia mí, ¿qué existencia ha sido la mía? Sin nadie al que haya causado una buena opinión, nadie que tuviera un pensamiento decente respecto a Raimundo Aguirre, ¿cómo puedo esperar otra cosa para mi final que esta vejez doliente? ¿Y qué me deparará la vida postrera, si es que hay tal para mí, aparte de tormentos? Esta es mi soledad.

No. Yo no soy el asesino. No sé si han llegado a pensar eso de mí, espero que no. Creo que estoy en disposición de asegurar mi inocencia, aunque si mi mente, antes deformada y ahora vieja, me engaña, ustedes podrán juzgarlo al oír este relato completo. Yo no fui, no soy capaz de cometer tales atrocidades hoy, entonces ni siquiera podía imaginarlas.

He perdido el hilo, disculpen, las emociones han sido para mí siempre un complicado misterio, y aún me cuesta dominarlas pese a la experiencia de la edad. Los policías de la división H me volvieron a meter en los calabozos a golpes; Torres se vio incapaz de objetar nada, si es que esa era su intención. Me arrojaron sin muchas contemplaciones, la frustración hacía mella en la Policía Metropolitana, y la pagaron conmigo. Quedé allí, tirado y solo, sintiéndome aliviado por estar protegido tras esos barrotes y a un tiempo inseguro de lo que ocurría fuera. Acababa de alcanzar el cénit en mi carrera delictiva: era sospechoso de los asesinatos de Whitechapel, y ni siquiera me daba cuenta.

Torres, presa de un sentimiento de impotencia y de otro más hondo de tristeza, siguió a policías y curiosos.

—Quédate aquí —dijo a Juliette, como en medio de un trance. Cuando la niña

empezó a protestar, dijo a un agente que se lamentaba a su lado—. La madre de esta niña vendrá ahora a recogerla, ¿entretanto pueden cuidar de ella?

Apenas aceptó el policía, Torres ya estaba caminando. Con la misma capacidad volitiva del autómata cuyos restos descansaban en la comisaría a punto de serle enviados a la pensión Arias, dirigió sus pasos hacia la escena del último crimen. Aquel que en un principio solo mostrara un compasivo interés por los asesinatos, por sus víctimas, no dudó un segundo en salir hacia allí, abandonando a la niña que estaba a su cargo, poseído por la misma impaciencia que impulsaba ahora a todo el barrio hacia el veintinueve de Hanbury Street. Y es que nadie, ni el más sosegado de los hombres, puede resistirse a la pasión que infunden unos días inmerso entre el misterio.

No tardó en llegar, estaba muy cerca de la comisaría y era imposible perderse. Todos los caminos confluían en esa casa de tres pisos, vieja, de fachada descuidada, con la pintura amarilla cayendo, como si lo que en ella había ocurrido la hubiera enfermado; un edificio propio del barrio. El único colorido de toda la casa venía de la ventana del primer piso, llena de flores y con cortinas rojas brillantes.

La gente se agolpaba ante la entrada, y los vecinos y curiosos abarrotaban el pasaje que conducía desde esta hasta el patio trasero. Sin embargo, cuando Chandler llegó no había nadie en el propio patio, nadie se atrevía a entrar allí, ni los que descubrieron el cuerpo. Un extraño pudor, o miedo, impedía que nadie perturbara la paz final del cadáver.

La policía no tardó en apartar a los curiosos, que aumentaban por momentos en la calle. Hacía un día agradable y despejado, aunque frío y a ese frío se le añadía otro, ajeno al tiempo atmosférico que gobernaba la mañana. El murmullo de todos los reunidos iba aumentando de volumen, indignados, furiosos. Es posible que por la cabeza de Torres pasaran las palabras del inspector Moore horas antes, cuando llegaron a esa misma calle en su paseo nocturno. Allí aseguró que el asesino tenía plena movilidad en esa ciudad, que la siguiente víctima podía estar en una de esas casas. Qué profético... ¿no?, Moore no podía ser el asesino, era un pensamiento ridículo, casi tanto como que lo fuera yo, o cualquier otro ser humano. Esto era obra de monstruos.

Toda la ciudad acabó congregada allí. Las voces, ya airadas, corrían por el aire.

—Han matado a otra mujer. Está tirada ahí en el patio.

—Dicen que la han destrozado.

—Está matando a una por semana, una por semana.

El terror había ganado esta guerra. Londres ya era suyo. Pronto aparecieron mejores trajes y sombreros, la gente de los barrios decentes también acudía a Hanbury Street, y antes que ellos ya estaban los periodistas, esforzándose por entrar en aquel patio.

Sí, señor Shaw, el asesino había triunfado. Whitechapel, por fin, figuraba en los mapas.

Llegó a los pocos minutos un hombre apurado, superada la cincuentena, vestido muy a la antigua, al que los policías franquearon el paso; el médico de la división. Mientras examinaba el cadáver, en lo que no tardó demasiado, Torres intentaba fuera abstraerse de las voces furibundas y justas, y escuchar los comentarios de los policías que salían de la casa, casi todos con el semblante demudado pese a los años de servicio que llevaran.

—Es un monstruo...

—No he visto nada igual...

—Menos mal que no he tenido tiempo de probar bocado esta mañana...

Serían ya las siete cuando llegó una ambulancia, el mismo coche pequeño y sencillo que transportara el cadáver de Polly Nichols la semana anterior. La policía empezó a empujar para hacer sitio. Sacaron un cuerpo en una camilla de tres ruedas, cubierta. El griterío aumentó, los insultos a la policía se mezclaban con expresiones de horror. Torres, como el resto de los que allí estaban, no vio una gota de sangre, eso no evitó que sucumbiera al espanto, al aroma del asesinato reciente que impregnaba la calle.

—Por favor, márchense a casa. Aquí no hay nada que ver —pedían los policías.

—¿Es una de las inquilinas de la casa? ¿La han degollado? —preguntaban periodistas y curiosos.

—De momento no podemos decir nada... —El inspector Chandler salió un minuto a la calle, siguiendo con la mirada el coche de muertos que se marchaba calle Hanbury arriba—. Hemos encontrado el cadáver de una mujer en el patio de esta vivienda, eso es todo. —Indicó algo a un par de agentes que rápido transmitieron sus instrucciones a otros compañeros. Pronto empezaría la rutina habitual, pasar casa por casa del vecindario, preguntar a todos y a cada uno de los que vivían por allí si habían visto u oído algo, cientos de declaraciones en su mayoría, si no todas, inútiles. Nadie vería nada, y los que decían haberlo hecho declararían cuentos adornados, deseosos de que sus nombres aparecieran en las páginas de los diarios junto al del asesino.

Chandler volvió al interior. Pocos minutos después aparecieron en la escena tres detectives más. Uno de ellos era el envarado sargento Thick, cuya mirada tropezó con Torres antes de entrar. Se detuvo y dijo a uno de sus compañeros:

—Leach, entra, yo voy enseguida. —Y luego, dirigiéndose a Torres—: Usted, venga.

Torres fue, incómodo al notar la mirada de más de un reportero que no paraban de preguntar a los agentes: «¿quién es...?», y estos, que informaban con parquedad como era habitual, se encogían de hombros.

—Parece que siempre está usted en medio en lo referente a estas muertes —dijo

el sargento cuando estaba junto a él.

—No entiendo a qué se refiere...

—No se enfade. —Johnny Upright parecía un hombre serio y estricto, y por ningún momento haría bromas o lanzaba acusaciones en balde—. Me refiero a que esta misma noche ha llegado su amigo a la comisaría en no muy buen estado y... en fin, venga conmigo. —El español se detuvo inquieto—. No se apure, ya han levantado el cadáver. Hemos mandado un telegrama al inspector Abberline, está al tanto de todo.

El piso de abajo del veintinueve era una tienda de comida para gatos. Junto a él, a su izquierda, estaba la puerta que daba al pequeño pasadizo que cruzaba la finca, con una escalera en su interior, a la izquierda, que conducía al resto de las plantas. Torres leyó un letrero medio borrado sobre la puerta, que en letras blancas decía:

Señora A. Richardson, fabricante de cajas de embalaje

En los tres pisos de ese edificio vivían diecisiete personas; ninguna de ellas era la víctima. El pasaje, custodiado ahora por otros dos agentes, tenía una puerta a la derecha, hacia el final, que accedía a la cocina, y al fondo otra que daba al patio posterior. Estaba abierta. La hoja de la puerta se abría hacia su izquierda y afuera, al patio que no medía más de veinte metros cuadrados. Tres escalones daban al suelo. Dentro se veía al inspector Chandler, los otros dos detectives y al doctor examinando el lugar.

La distancia hasta la puerta, unos siete u ocho metros, no más, se antojaba eterna, un trecho interminable que separaba la calle Hanbury y el mundo de los vivos del lugar del horror. Caminó muy despacio, sin oír qué le decía el sargento, deseando salir de allí, temiendo lo que pudiera ver. No había cuerpo, eso ya lo sabía, y en el lugar no encontró nada que justificara ese miedo: un pequeño patio rodeado de una valla de madera de metro y medio de alto más o menos, sin abertura alguna. El suelo estaba pavimentado en zonas, y en otras era tierra viva. Enfrente, en una esquina había un cobertizo para la leña, en la otra una minúscula letrina. A la derecha según miraba Torres, pegada a la pared por donde accedía el pasaje, estaba la entrada al sótano, ahora cerrada. A su izquierda, tras la hoja de madera vieja de la puerta, había una importante mancha de sangre en el suelo.

—Chandler —dijo Thick al entrar—. He traído conmigo al señor Torres, tal vez pueda ver aquí algo...

—¿Qué...? —respondió Chandler, su semblante era ahora sombrío, tenso.

—Abberline dice que puede ser un testigo... eso me comentó Godley...

—¿Testigo de qué...? —El inspector bufó como un toro; ante la presente situación y en ese lugar, ni Torres ni nadie recriminaría su mal genio—. Tal vez vea algo de su amigo Aguirre por aquí.

—El... estaba con ustedes —dijo Torres sobreponiéndose a su aturdimiento—. En

la comisaría.

—No. ¿No es así, doctor Phillips? ¿Cuándo la mataron?

El aludido levantó la vista del lugar donde estuviera el cadáver, junto a la valla, lugar que atraía la atención de todos como la luz a las polillas.

—Hace dos horas, dos horas y media desde que examiné el cuerpo —contestó el médico—. Tres a lo sumo.

—Eso nos sitúa entre las cuatro y las cuatro y media de la madrugada. Hasta las cinco menos cuarto no llegó Aguirre a la comisaría. Aún si el crimen se produjo a las cuatro y media, la comisaría está muy cerca, tuvo tiempo de llegar en menos de cinco minutos. Y llegó cubierto de sangre...

—No puedo ser más preciso —continuó el doctor—, tengan en cuenta que la evisceración que presenta la víctima influye en su temperatura. Esta noche no ha sido muy fría, pero al tener expuestos los órganos internos, su calor corporal ha tenido que descender más de lo normal por fuerza.

—Aun así, Aguirre es sospechoso, y un sospechoso importante.

—¿Y yo? —Torres miró a su entorno. Por encima de las vallas que daban a los patios colindantes, asomaban cabezas. Los vecinos de esos inmuebles empezaban a cobrar entrada para ver el lugar del crimen, y pronto empezarían a ofrecer refrescos y comida.

—Usted... —Chandler lo miró inquieto—. Seguramente podrá decirme dónde estuvo esta noche...

—Por supuesto. Dormía. Mi patrona, la viuda Arias, podrá atestiguar cuando llegué a casa y...

—No siga, no es preciso —intervino el frío Thick—. No es sospechoso... aunque su comportamiento sea muy extraño. Estoy seguro de que el inspector Abberline le rogará que permanezca aquí si es que es posible posponer...

—Ya he decidido no marcharme. —No sé cuándo lo decidió, si en ese momento o si la idea había ido creciendo a medida que los nocivos vapores de los crímenes entraron en su cabeza—. ¿Murió ahí?

Señalaba a la mancha junto a la valla. Era grande, pero menos de lo que imaginaba, de nuevo las ropas habrían empapado la mayoría. De todas formas, si a esa mujer la habían descuartizado tendría que haber más... ¿pero qué le habían hecho?

—Sí —respondió Chandler—, no hay rastros de que la hayan trasladado. Esas marcas en la pared —señaló algunas gotas sobre la valla de madera que separaba el patio del de el número veintisiete— parecen ser causadas por el corte en el cuello —el doctor asintió a esa afirmación.

—¿La degollaron? —preguntó Torres.

—Como a la Nichols, sí. Casi le cortan la cabeza también. No pudo encontrar ese

asesino lugar mejor para hacerlo. La puerta de la calle, según nos han dicho, suele estar abierta de noche, un lugar de los que les gusta a las putas para traerse a sus clientes.

—Eso lo hace más complicado —puntualizo el sargento Thick—. Te aseguro que estos sitios están más concurridos de noche de lo que puedas pensar.

—Nadie va a molestar si ve a una puta con su cliente.

—No sabemos si era una prostituta.

—Je! —rió Chandler—. Te apuesto mi jubilación. Metió aquí a un tipo y ese se despachó a gusto... la muy estúpida, se lo dejó en bandeja, todas lo hacen —respiró hondo y continuó—: La encontró un vecino ahí tendida, junto a la valla, con la cabeza hacia la puerta y las piernas abiertas y dobladas, con las plantas de los pies en el suelo. El asesino le subió la ropa y la abrió todo el vientre... —La voz del inspector fue menguando a medida que contaba lo que vio—. Le han sacado las tripas, el intestino, ¿no, doctor? Han dejado parte en el suelo, sobre el hombro izquierdo sin cortarlo, ahí estirado, saliendo de su barriga... había otro trozo de... yo que sé, bajo su brazo.

—El destrozo ha sido muy grande —interrumpió el doctor—. Aún tengo que examinar el cadáver con más detenimiento, pero me temo que le han extirpado algún órgano y se lo han llevado, y diría que con cierta pericia. He de hacer la autopsia antes de sacar conclusiones precipitadas. Ahora tengo que irme...

Los detectives presentes espantaban a voces y manotazos a los curiosos que asomaban sobre la cerca, este era todo el ruido que se oía, cada palabra parecía tener eco, aunque fuera imposible, más eco que una catedral. El doctor Phillips se fue. Thick tomó del brazo a Torres con delicadeza para que saliera también. Chandler, algo más tranquilo, siguió hablando.

—Lo que me extraña es lo que han dejado aquí, es muy raro. —Torres se detuvo sobre los escalones y miró, había una serie de objetos en el suelo, dispuestos en orden justo bajo donde estuviera el cadáver de la pobre desdichada, colocados como para ser examinados con cuidado—. Sí, mire. Puede que esto le recuerde a algo, o le diga algo que a nosotros no...

—¿A mí?

—El criminal ha dispuesto los efectos de su víctima en orden, a sus pies, como... no sé con qué fin. Mire.

Había un trozo de muselina tosca y gastada, que haría las veces de pañuelo, un cepillo de pelo y otro de dientes guardados en una cajita de papel, todo colocado y en orden, como formando parte de algún espantoso ritual... no, se estaba dejando llevar por el recuerdo de mis palabras, de mis acusaciones de satanismo contra el americano...

En segunda línea había dos pequeñas monedas de cobre.

—¿Qué son? —preguntó Torres.

—Parecen dos *farthings* pulimentados...

—¿Farthings...? No entiendo...

—Monedas de cuatro peniques —dijo Thick—. Las suelen lijar y así, en la oscuridad pueden pasar por medios soberanos. Ve... —Cogió una del suelo para dárselo a Torres, pero la retuvo un instante—. No parecen... las han pulimentado demasiado y tienen marcas, como... —Se lo dio a Torres, y Chandler volvió a tomar las riendas de la escena.

—Junto a la cabeza colocó esto. —Tenía en la mano un trozo de sobre en el que habían metido dos píldoras. En la dirección solo se podía leer una letra eme mayúscula. Tenía matasellos de Londres, del veintitrés de agosto.

—Aguirre no estaba en esta ciudad el veintitrés, y por supuesto yo mucho menos. —Chandler lo miró a disgusto.

—Debo entender con eso que nada de lo que ha visto le sugiere algo.

—No veo que podía sugerirme...

—¿Su «amigo» no acostumbra a colocar así los objetos o tiene alguna fijación enfermiza...?

—No tengo idea.

—Hemos encontrado esto también. —El detective Leach mostraba en su mano un pequeño trozo de metal, y una caja de clavos vacía.

—Eso puede ser de cualquiera, no tienen por qué tener relación con...

—¡Señor! —Un agente de uniforme llamaba la atención desde el otro lado del angosto patio—. Mire esto. —En la mano tenía un delantal de cuero empapado en agua.

—Delantal de Cuero —murmuró Chandler—, empiezo a estar cansado.

Nada es tan sencillo en esta vida, y menos que nada el crimen. El delantal encontrado por ese agente terminó por ser propiedad de la señora Richard, la propietaria, y se había mojado en la fuente que había junto a la entrada del sótano. Eso no impidió que las voces siguieran hablando de otra víctima más de Delantal de Cuero.

Torres salió de allí, abriéndose paso entre la multitud de curiosos que no dejaba de crecer en número y en irritación. Volvió hacia la comisaría, demudado por el horror. No había visto cadáver alguno, no sabía cómo el asesino había profanado el cuerpo de esa desdichada, pero su estómago se revelaba contra la idea de verse envuelto en actos semejantes. Vino a verme, a informarme de que de momento permanecería encerrado.

—Nnnn... no se preocupe. Estoy bien aq... aquí. Mejor que fu... fuera.

No pareció escucharme. Su inalterable humor le hacía capaz de sobreponerse a la mayor de las impresiones, y aun así noté una sombra en su semblante, una tristeza

que le afeaba el rostro como nunca lo vi, ni siquiera cuando fuimos atacados en la Isla de los Perros.

—Don Raimundo —dijo—, sé que usted no pudo matar a las otras mujeres. No solo porque no estuviera aquí; no es capaz. Creo que guarda un corazón bondadoso, no lo creo, me lo ha demostrado. No obstante... está furioso, y temo que la ira o la ofuscación...

—¿Han mmm... matado a...? —tenía mucha dificultad para hablar, más que de costumbre.

—Sí.

—Es Tum... Tumblety. —Esa era mi manera de responder a la pregunta que todavía no me había formulado. Yo no la maté. No pude hacerlo. A menos que mi mente jugara conmigo de forma cruel, podía contar mis andanzas durante el último día, y todas me alejaban de Hanbury Street—. Nnnno importa q... que crean que he ss... ssido yo. Estoy b... bien aquí.

—No diga eso, por Dios. ¿Cómo va a estar bien que le tomen por un asesino así? ¿Dónde ha estado?

Y se lo conté. Como pude se lo conté.

El rescate, por llamarlo de alguna manera, que protagonicé frente a la pensión pública de Crossingham, fue una bengala de advertencia para mis muchos enemigos. Ya les conté que en mi huida junto a Juliette, un chico del Green Gate me reconoció. Fue con el cuento a sus compañeros. No sé hasta qué punto sabían de mi traición, lo que no se les escapaba a ninguno, por muy obtusos y simples que fueran, es que Ashcroft (ya les he hablado de él antes, Joe Ashcroft, el líder de los Green Gate) estaba en prisión, muchos camaradas muertos y yo, el asesino de John Kelly, andaba por las calles secuestrando niñas.

Ese mismo asesinato, el del viejo Kelly, fue el que desencadenó aquella situación tan desafortunada, por lo que me veo obligado a hablar del episodio más vergonzante de mi vida, una vida llena de faltas, entre la que luce esta como la mayor. John Kelly era un viejo zapatero y zurcidor irlandés al que sacábamos dinero a cambio de protección. De él me encargaba yo, y el pobre anciano dejaba caer lo poco que ganaba en mi mano en cuanto me veía entrar por su cuchitril, como a muchos otros tenderos del barrio. La única diferencia es que Kelly estaba solo, ni mujer, ni hijos, ni familia alguna.

Un año atrás yo andaba tan solo como él, pues aunque tratara de hacerme uno más entre la banda de Green Gate, se me daba de lado. Era valorado por mi fuerza y mi capacidad inusitada de ejercer la más extrema de las violencias, al tiempo que mi media cara, mi habla, mis andares y mi estulticia me hacían foco de todas las humillaciones que a Ashcroft y a su camarilla les pasaban por la cabeza. Eso no hacía mella en mi piel endurecida. Lo que colmó mi tolerancia fue el dinero, que si no...

Vivía poco más que en la indigencia pese a que trabajaba más que otros, que buenos beneficios conseguían todos de nuestras extorsiones, de las que la mano dura era siempre yo. Incluso para esos menesteres se me escatimaba medios, que algunos de mis compañeros obtenían armas excelentes mientras yo seguía dependiendo de mis puños.

Por eso hice oídos a un tipo, un tal Ben, *Cara de Perro*, un chico de la calle Dover, un truhán grande y con malas pulgas, que en un par de ocasiones me invitó a una cerveza, cosa de agradecer para alguien que era incapaz de entrar en un establecimiento sin provocar algún tumulto. Cara de Perro oyó mis quejas entre pinta y pinta, e instiló en mis oídos el veneno de la traición. ¿Por qué no quedarme yo con lo que ganaba trabajando? Si lo hacía bien, si no era avariento, ¿quién se enteraría? Así que decidí presionar más al pobre Kelly, por empezar con algo fácil. El plan era obligarlo a pagar el doble, y no rendir cuenta de esa subida de tarifas a Ashcroft. Las intenciones de Cara de Perro, que según él consistían en compartir el botín conmigo, no podían ser otras que las de todo esos canallas de la banda de la calle Dover; hacer mella en nosotros, y casi le salió bien.

Fuimos a ver al viejo, mi nuevo amigo Cara de Perro y yo. Kelly se negó a pagar más de lo acordado, era un tipo solitario y triste, pero orgulloso. Yo lo maté. Perdí los nervios. Era un anciano y le pegué hasta matarlo, furioso, golpeando en su cara otros tantos miles de rostros odiados. No era mi intención, lo juro, había bebido, el ver mi «astuto plan» fracasar antes de iniciado me volvió loco... Que Dios me perdone. Una mujer estaba presente. Jamás la había visto. Al parecer ayudaba al viejo Kelly barriendo la tienda o despachando. No tenía ni idea. Andaba trajinando en el cuartucho de atrás. Oyó el ruido, y el golpe sordo de un cadáver al caer al suelo. Debió entonces ser más prudente y quedarse escondida, pero salió chillando, recriminando lo que habíamos hecho al pobre señor Kelly. Recibió otra paliza mortal de ambos. Ella sobrevivió, porque fue Cara de Perro quién le dedicó sus atenciones, mucho menos eficaz en este feo arte que un servidor. La mujer se quejó a los de Green Gate, aunque apenas podía decir palabra con su mandíbula rota.

Estaba furioso y asustado, no supe qué hacer. Conté a Ashcroft que quien lo hizo fue Cara de Perro, no yo, él y los de la calle Dover, que habían obligado a aquella mujerzuela a dar mi nombre, yo había intentado salvar al pobre Kelly, ¿cómo un idiota como yo iba a ser capaz de traicionar a nadie? Las bandas estaban enfrentadas, esa situación tenía que aclararse. Ya saben lo que vino después. Dije a Cara de Perro que mis compañeros iban a por mí, y que podían quitárselos de en medio si tramaban una buena celada. Emboscada de la que hablé de inmediato a Ashcroft, y no estando seguro de que mi palabra fuera creída por unos y otros, fui con el mismo cuento a la policía.

No, no era astucia, mi cerebro no daba para gestar esa artimaña. Fue el miedo y la

enajenación, la rabia y el rencor lo que me hacían hablar y hablar cada vez que me topaba con alguno. El resultado de mi locura desbocada fue una batalla campal cerca del West India Dock de la que ya les hablé. Los de la calle Dover, la Metropolitana y nosotros. Doscientas personas o más enzarzadas. La mitad de detenciones. La banda de la calle Dover casi aniquilada, los Green Gate descabezados. Y el cuerpo de Cara de Perro flotando en el Támesis con mi cuchillo en las tripas. De algún modo, lo que quedó de mi banda supo de mi torpe argucia, que no fue precisamente sutil, y eso me llevó, como ya he contado, a buscar refugio en prisión.

Habida cuenta de lo ocurrido, mi cabeza era muy querida por mis antiguos compañeros, el tiempo no había restañado las heridas. Me hacían en presidio, y así, cuando aquel chico me vio, dio la voz y salió todo el Green Gate a por mí.

Yo no era muy consciente de esto. Mis pensamientos estaban dedicados solo a Juliette, para ser más concreto, en cómo iba a explicar a Torres que había dejado que la niña se fuera por su cuenta, allí, por las calles del East End. Claro que yo no estaba a cargo de ella, nadie me había dado tal responsabilidad y yo no tenía por qué tomármela, sabía que los gritos y los reproches que me caerían eran del todo injustos. No me atreví a dar la cara, imaginaba la furia de Torres y de esa pobre madre desconsolada. No estaba para soportar zarandajas ni lloros, claro que no, que cada palo aguante su vela...Con estas cavilaciones llegué a la noche, inseguro respecto a lo que debía hacer. La pasé andando, una vez más, escondido de no sabía bien qué peligro. Acabé tendido cerca del mercado de Spitalfields.

La luz me despertó. Eché a andar al sur, sin rumbo. Bajando hacia Aldgate dieron conmigo. No los vi llegar. Aprovecharon el mucho concurrir de la gente, que a mí me servía de disimulo, para aproximarse por mi lado ciego y propinarme un golpe en la cara, supongo que con un palo o un hierro, porque al abrir el ojo sangraba mucho por mi resto de nariz, y tenía un diente roto, otro más, y no era este un bien del que pudiera andar desprendiéndome. No tengo idea si el gentío vio algo, si hubo un tumulto o lo que fuera. Desperté dolorido y atado, sobre un suelo polvoriento, a oscuras. Una puerta se abrió, entró luz, muy tenue. Me habían vendado. Oí los pasos de alguien.

—¿Este es el anormal? —Me patearon.

—Qué asco —dijo otro. Cayó un líquido en mi cara, apestoso. Empecé a toser. Amoníaco. Temí por mi único ojo, no soportaba la idea de quedar ciego. Me revolví y recibí más golpes.

Tosí un buen rato, casi eché los pulmones. Luego me dejaron y me dormí. Atado, medio asfixiado, sin luz alguna; no puedo saber cuánto tiempo estuve así. Me despertaron voces, algarabía, o tal vez la claridad a través de la venda que me cegaba. Un golpe me despertó por completo.

—Mirad al galán que tenemos pa vosotras. —Era la voz de antes, la de quien,

creo, me tiró el amoniaco encima. Escuche bromas y risas femeninas, la clase de risas que solo salen de las putas.

—Dejar a ese pobre hombre... —dijo una—. Yo me voy…

—¿Pobre hombre? —dijo otra voz—. Si es un semental, lo hemos traío pa vosotras...

—No me gusta estas cosas, me largo.

—De eso na. —Un chasquido metálico, y esa voz chillona, casi de niño, siguió—: Es un regalo pa vosotras. Vamos Taggart, quítale los pantalones a ese animal, que enseñe toas sus deformidades.

Pasos de mujer corriendo, forcejeos, risas y llantos. Si se me acercaba alguno, lo iba a matar, no sé cómo. Oí el pesado andar de Taggart. Lo recordaba, era un gordo indecente de Kilkenny, siempre risueño. Me había vertido una garrafa de amoniaco encima, y eso lo iba a pagar.

—¡Eh! —exclamó el irlandés, que debió ver mi agitación—. Parece...

—Vamos —seguía la voz chirriante, ahora entrecortado. Parecía forcejear con una chica, que estaba llorando mientras sus compañeras reían—. No seas cobarde. Quiero que esta princesa vea a ese asqueroso, y yo la vi a dar mientras... —La puta gritó más.

—¡Para ya! —La tercera voz sonó autoritaria, acompañada de un estruendo, como de algo dejado caer—. ¿Qué crees que haces? Esto no es una fiesta.

—Claro que es una fiesta... —susurró el chillón. Un golpe más, una carrera femenina. Risas—. ¿Quién coño te crees, Patt?

—El que te va a reventar si no paras duna vez.

—Aguafiestas... —dijo una de las mujeres.

—¡Tos fuera! Has tenío que joderla, siempre haces lo mismo... —La puerta se abrió, más ruidos y protestas. El niño torturador siguió protestando mientras se alejaba.

—Un día me vas a encontrá, Patt, ya lo verás.

—Cuando quieras, hijo de puta, aquí me tienes. Na, no ties lo que hay que tener. Anda, vámonos de una vez, y vosotras, iros a airear el coño a otro lao... —Se oyeron quejas, insultos—. Taggart, quéate tú vigilando.

—Sí. —Y luego añadió hacia otro lado—: Pero tú te quéas conmigo, princesa. Ven aquí... que el viejo Taggart te va a dar un regalito... —Risas, risas, risas... No estoy seguro de cuánto estuve en esa especie de tormentoso duermevela, rodeado de los desagradables sonidos del gordo Taggart copulando con esa zorra. Luego el silencio, la soledad. Más tarde un golpe, zarandeos. Alguien me apretó algo contra la boca, perdía el aliento. Me izaron. Dormí.

Así estuve una eternidad hasta que desperté entumecido, en pie, y sin venda tapando mi ojo, atado a una viga del techo de lo que parecía un sótano. Sentí una patada en mis partes, que no hizo sino enturbiar un poco más mi estado de

conciencia. No había más luz que un candil, no tenía idea de cuánto llevaba dormido, aunque el dolor de mis brazos tensados me hizo pensar que llevaba mucho tiempo allí colgado, más de dos horas y hasta tres.

—Drunkard... ¿fuiste tú? —Recibí un nuevo golpe en el bajo vientre que me impidió contestar, aunque nada tenía que decir—. En mala hora has vuelto, deforme.

La voz sonaba como la de mi antiguo amo, Pottsdale, mucho más profunda, pero de similar color. El presente juicio, o ejecución, me traía recuerdos de aquella otra vez en que también fui acusado y condenado por traición en el callejón de los fenómenos; en ambos casos los cargos estaban probados antes de empezar el proceso.

—Mu valiente —era otro el que hablaba ahora, el mismo que antes llamaran Patt, un tipo serio de floridos bigotones—, y mu idiota. Volver otra vez aquí.

—Despabílalo —dijo el primero, y así hicieron. Un cubo de orines e inmundicias fue arrojado a mi cara. Abrí el ojo. Allí había cinco personas, los dos que habían hablado y tres más que fumaban y reían socarrones entre las sombras de ese sótano. Patt tenía el cubo recién vaciado en la mano, y con un amplio movimiento del brazo me lo estampó en mi cara, que empezó a sangrar de nuevo, despertando el griterío alegre de los allí presentes.

—Quieto Patt —dijo el poseedor de esa voz de bajo que hacía que mis latidos se espaciaran algo más. Recordé quién era: «el Bruto» O'Malley. Si yo fui los puños de la Green Gate Gang, él fue siempre su cuchillo afilado y artero. Este gigante era un púgil de renombre dentro de un barrio como Benthal Green, famoso por sus boxeadores. Hacía tiempo que había dejado las peleas por dinero hasta partirse las manos en sótanos de mala muerte, donde poco de lo que se jugaba era para él. Decidió emplear su pegada de forma más provechosa, convirtiéndose en el matón más temido del Green Gang, a parte de un servidor.

Yo no solía amedrentarme por muchas cosas. Entiéndanme, temía a la muerte si me enfrentaba a un número grande de oponentes, no me gustaba el dolor, ni la autoridad que solía infringirlo, eso no es terror, es prevención. Ninguna persona me dio jamás miedo, a no ser que fuera armado y yo no, pero eso es cautela, la misma que siente el más fiero de los leones. Solo Tumblety causó que mis rodillas flaquearan sin más que imaginar su persona. Pues bien, O'Malley era el único ser humano que causaba en mí algo similar a lo que me producía el médico indio. Su capacidad de hacer el mal superaba con mucho a la de sus jefes, y de ese modo Ashcroft lo empleaba cuando era necesario un trato especial. El Bruto parecía ahora dispuesto a suministrarme ese trato a mí.

—Lo quiero despierto. Porque tienes que contestarme, Drunkard Ray, ¿lo hiciste tú? ¿Abriste tu asquerosa boca?

—Déjamelo a mí. —Patt, que horas antes se opusiera a mi humillación, ahora era el más sediento de sangre. Un tipo serio, ya he dicho, que trabajaba a fondo cuando

había que trabajar—. Ya verás cómo habla este bastardo...

—Tranquilo, todos nos vamos a divertir. Creo que has disfrutado mucho de tus paseos por esta ciudad, Ray, dicen que incluso has hecho amigos influyentes. Qué bien. Y mientras Joe —se refería a Ashcroft, sin duda—, pudriéndose en Holloway. —Afortunadamente no acabó junto a mí en Pentonville, si no, no creo que estuviera contándoles mi historia—. Eso no está bien. Es tu oportunidad de saldar cuentas y poner tu alma a bien con el Señor. ¿Vas a contarnos cómo nos traicionaste? Y lo que es más interesante, ¿quién te dijo cómo hacerlo? Porque a una bestia como tú no se le puede haber ocurrido tal cosa.

Ya sabían la respuesta a la primera pregunta. En cuanto a la segunda, ¿qué decir? ¿Que Cara de Perro, cuyo esqueleto ahora adornaba los fondos del Támesis, me convenció? La confusión de mi cabeza dolorida y la ignorancia me impidieron decir nada, solo me quejé.

—Nnn... no...

—¡Quitarle los pantalones a ese malnacido!

Parece que era una fijación de esta gentuza el descubrir mis partes. Así hicieron. Los cuatro se arrojaron sobre mí, me golpearon con saña en la cara y los riñones, pese a que poco más que agitarme podía hacer allí colgado, y me arrancaron los pantalones. Empezaron a reírse, a mofarse de mi mal olor y del aspecto que ahora debía ofrecer, allí colgado, maltrecho y con mis vergüenzas al aire, que fueron tratadas a puntapiés, como el resto de mi persona. Yo no grité, mi ojo, lloroso y casi cegado por el amoníaco, se clavaba en unas enormes tijeras y un cordel que mostraba sonriente el juez de este, mi sumarísimo proceso.

—Vas a pagar tus deudas hoy, Drunkard. De eso no te libras. Pero puedes elegir, uno siempre puede elegir, o sea que no me vengas con que no fue culpa tuya, con que te obligaron...

—Córtaselas ya...

—Déjame a mí...

—No. Os digo que Drunkard Ray puede decidir. Ha sido un camarada, un amigo, y merece eso. —De golpe, tan rápido que casi me pareció que se esfumaba y reaparecía a mi lado, me agarró el cuello con mucha fuerza y apretó las tijeras a la mejilla. El olor del pescado que venía de esa arma casi me hizo vomitar, a mí, hecho a todos los hedores—. Si confiesas tu traición, me dices con quién hablaste y quién te dijo que lo hicieras, cortaremos tu asquerosa lengua, para que no vuelvas a usarla contra ningún hermano, cerdo delator... —Abrió las tijeras, aprisionando mis labios entre ella. Puede que empezara a sangrar, mi rostro estaba demasiado tumefacto para notar nada—. Si callas... me quedaré con tus pelotas.

Agarró mis testículos con fuerza y los estrujó. Grité, y todos chillaron divertidos conmigo. El Bruto O'Malley se separó de mí y arrojó la cuerda a Patt, que dejó a un

lado la manzana que estaba comiendo, y se vino para mí. Escupió en mi cara fruta a medio masticar y luego empezó a atarme los testículos con la cuerda. Patt tenía un estómago muy tolerante.

—La verdad es que es una elección complicada para ti, Ray; no sabes cómo usar bien ni la lengua ni las pelotas. —El Bruto se reía de mí mientras Patt me retorcía a gusto los bajos—. Vamos, empieza a largar.

Tenía tanto miedo que era incapaz de pensar nada, solo veía aquellas tijeras y escuchaba la risa cruel e histérica de todos, no sabía qué decir. ¡Maldita sea!, tenía medio cerebro, no creo siquiera que entendiera bien la pregunta.

—¿No dices nada? De acuerdo. —Hizo chasquear las tijeras con un sonido que sonó a definitivo. Todos silbaron, como si apacentaran ovejas, y gritaron de júbilo. Patt, de rodillas ante mí, dijo—: Despídete de ellas, monstruo. — Y volvió a golpearme allí. Se apartó y todos se acercaron, incluido O'Malley, que enseguida puso los fríos filos en mi escroto, agarrando con fuerza el resto de mi hombría. Supongo que estaban fríos, porque ya no sentía nada. No era el miedo de perder la virilidad de la que tan escaso uso hacía, era el dolor y mi inminente muerte lo que me aterraba. Nadie encontraría los restos de Raimundo Aguirre, allí, en ese sótano infecto. Por cómo aullaban y se mofaban mientras el Bruto empezaba a cortar, nadie podría oír mis gritos. Iba a morir, allí castrado y desangrado, solo, como había vivido.

—Ffffff... fffff... fue Ddd... Dick. El mmm... me dijo q... q... que lo hizzz... hiciera —susurré ese nombre por instinto, por decir algo, por conservar esa parte del cuerpo que tanto aprecia todo varón. No pude alzar la voz, ahogada por los golpes y la presión ejercida sobre mi garganta. Solo el Bruto y Patt, que permanecía a su lado, pudieron oír algo. Sin duda, mi elección fue acertada, el pánico aguza el ingenio. O'Malley hizo un movimiento seco con la mano y apartó las tijeras de mí.

—Vamos, córtaselas... —exclamó uno de sus secuaces, que fue acallado por su superior con un puñetazo certero en la misma parte de su cuerpo que quería arrebatarme a mí.

—¿Taylor? —susurró.

—Ssssí.

—Diría lo que sea pa conservarlas, Bruto —dijo Patt—. ¿Por qué iba Dick a jugársela a...?

—¡Que os calléis, jodidos hijos de puta! —Ese pozo de torturas se trasformó de pronto en capilla, con su silencio que invitaba al desahogo de mis traiciones. Con un gestó echó hacia atrás a sus secuaces, se aproximó más a mí, como el padre confesor misericordioso que no era—. Qué te dijo Dick.

—Di... dijo... —Inventé, con más fluidez que un escritor de folletines. Urdí en un momento lo que yo imaginaba que eran arteras conspiraciones a cargo del hombre de confianza de Ashcroft, ahora su sustituto, de manera instintiva confié en la perenne

mezquindad del hombre, en la envidia, y en que mis palabras inventadas despertaran ecos de sospechas y recelos nacidos ya en la mente de mis torturadores. No creo que lo hiciera bien, la conspiración no fue nunca mi fuerte, sin embargo, al terminar el Bruto se movía inquieto.

—Vamos a cargarnos a este maricón...

—Sí, ya nos la jugó con sus mentiras...

O'Malley callaba, me miraba y callaba. Dick estaba vivo, libre, era el jefe del Green Gate. Yo era un idiota incapaz de un plan como aquel, ¿y qué había ganado él con todo esto? Eso le rondaba la cabeza, seguro. Alzó la mano para pedir orden entre ese concilio de verdugos inclementes.

—No. Ya te dije que no te íbamos a matar. Vamos, arranquémosle esa lengua mentirosa.

Los cinco se abalanzaron sobre mí. Apenas pude hacer el gesto de apartarme, dolorido y colgando como estaba, medio desnudo. Me agarraron con fuerza la cabeza, e intentaron abrirme la boca. Iban a lograrlo, aunque tuvieran que descoyuntarme la mandíbula.

—Con las tenazas —dijo el Bruto O'Malley—, cogerle la lengua con las tenazas, yo la corto. —Y chasqueó una vez más las tijeras. Alguien fue a por la herramienta, y con ella y sus propias manos, consiguieron abrirme la boca. Me resistí lo que pude, soportando los golpes que de continuo me propinaban y el dolor de mis maxilares forzados. Cuando sentí un agudo pinchazo en las sienes, aflojé. Estaba hecho al dolor y sabía lo inútil de la resistencia a ultranza, cuando tocaba sufrir, se sufre, ya llegaría mi revancha y era absurdo perder la mandíbula además de la lengua. Patt metió los pequeños alicates en mi boca entreabierta, y yo retraje la lengua al máximo.

—Taggart —dijo O'Malley—. Trae un taco de ahí.

Taggart, con su cara gorda sudando cerca de mí, chasqueó sus mandíbulas de metal, burlándose, me dejó y regresó con una pequeña cuña de madera que me la encajaron en la boca, con el fin de impedirme cerrarla. El dolor ya era demasiado incluso para quien se cría con él. Cuatro hombres se colgaban de mí, me sujetaban, torcían mi cabeza. No sentía mis manos, estranguladas por las ataduras y el peso de esos asesinos. Mi boca desencajada, mis huesos molidos... y mi via crucis solo había empezado.

Patt entonces, siguiendo órdenes del Bruto se subió a un cubo y empezó a tratar de atrapar mi lengua con esas tenazas herrumbrosas y a encajar un pequeño tarugo de madera entre mis dientes, para evitar que cerrar la boca. Yo no quería perder la poca habla que me quedaba, y agitaba frenético la lengua. Estaba indefenso, inmovilizado y con la boca de par en par.

Hijo de puta —vi la cara de Patt babear sobre mí mientras se esmeraba en su tarea —, déjala quieta. Tengo un hurón hambriento y seguro que le encantará comérsela.

La atrapó una vez, y me zafé desgarrando parte de ella. El sabor de mi propia sangre ya inundaba mi boca antes de ese corte.

—¡Vamos joder! —exclamaba O'Malley viendo a cuatro de los suyos esforzándose sobre un cuerpo indefenso como el mío—. Acabemos de una vez.

—Aaaaaquí está. Ya la tengo. Patt apretó con todas sus fuerzas las tenazas, y luego estiró, mucho, para dejar hueco a la tijera. Creí que me arrancarían la lengua de cuajo y entonces me relajé.

Pese a haberme rendido, a estar ahora a su completa merced, habían cometido un error. Podría decir que fue premeditado, que obligué a que me pusieran la cuña de madera en el lado izquierdo, molestando más aquí y menos allí mientras consumaban la dolorosa operación de fijar mi quijada, pero no, fue la providencia divina la que me ayudó de nuevo.

La guerra me había arrebatado la mayor parte de la dentadura de ese lado, por el contrario, la otra mitad de mis piezas se mantenían fuertes y sanas casi en su totalidad. Tal vez les resultara más cómodo encajar ese taco de madera en mis encías cicatrizadas, no lo sé, el caso es que tal situación hizo que la sujeción fuera menos firme que si la hubieran trabado entre mis fuertes molares derechos, además de dejar independencia a estas armas, que usadas con pericia hacen daño, y yo sabía morder bien.

El Bruto O'Malley se aproximó con las tijeras y yo hice un último esfuerzo en retraer mi lengua apresada, que se deslizó un poco entre las palas de la tenaza, desgarrándose de nuevo.

—Joder!, ¡sujetadla bien! —Sentí cómo las puntas de sus tijeras rascaban la parte interior de mi carrillo—. ¡Estate quieto, bastardo! No veo nada. Taggart, trae la luz.

Demasiados médicos para esta intervención, unos se estorbaban a otros en su esfuerzo por ser los que más daño y humillaciones me infligieran, ansiosos por inmovilizarme y mutilarme. Taggart trajo el candil y lo acercó a mi cara, atrapada por el cepo de tres pares de manos. Las tijeras chasquearon en el momento que mi lengua se zafó de la tenaza. Sentí mucho dolor, los filos habían mordido carne, el pellizco final de las tenacillas de dentista me arrancó un pedazo de lengua. Ese dolor chillón me dio fuerzas, de algún modo me liberó de mi resignada rendición.

¡Mierda! —dijo O'Malley retirando las tijeras—. ¿No sabéis sujetar a este cabrón?

—Más fácil era cortarle las pelotas...

—Dejarme que se va a enterar. —Patt se cernió sobre mí aún más, cargando con su peso a mis muñecas, mis manos ya casi arrancadas de cuajo. Metió las tenazas a fondo, en busca de mi lengua que yo escondía junto a la cuña de madera. Pidió más luz y el candil se acercó más, y trató de ayudarse con la mano izquierda. Las manos de ese asesino casi me desgarraban las comisuras de la boca. Con la poca fuerza que

me restaba y la mucha ira que había ido creciendo en mí, sacudí la cabeza, con violencia, más de la que esperaba. Mi lengua empujó la cuña, a la que mal anclaje ofrecían mis encías desnudas, y salió disparada. Algunos me soltaron, sorprendidos, tratando de evitar caer o lo que fuera. La tenaza asomó fuera de mí, pero los dedos de Patt no. Mordí.

En ese bocado puse todo mi odio. Patt gritó horrorizado, forcejeó, el resto preguntaba qué ocurría y gritaba pidiendo mi muerte. Patt manoteó y dio fuerte a Taggart que estaba a su lado, este cayó y soltó la luz, que estalló en el suelo ardiendo, prendiendo en sus pantalones. Un esfuerzo más, y me quedé con dos dedos, que escupí con buen tino, pues fueron a dar en el ojo de un tercero. Ya estaba aquí: el caos del viejo Drunkard Ray.

No se veía con claridad. El fuego amenazaba con desbocarse, pero era de momento poca cosa.

—¡Apagad eso!

—¡Mi mano!

—¡Cargaos ya a ese desgraciao!

Todo eran gritos, que yo acompañada con desaforados alaridos:

—¡Hijoz de p... puta! ¡Vamo a modid... toos!

Se lanzaron sobre mí. Su número y las luces bailantes estaban a mi favor. Vi metal brillando, que en el jaleo acabó al final de la espalda de otro que trataba de apresarme de nuevo. Tiré una patada con fuerza suficiente para romper una rótula.

En cuatro segundos, de mis cinco agresores solo quedaban en pie el Bruto, que trataba con torpeza de apagar el fuego, tijeras aún en mano, y un muchacho de uñas más que afiladas, que lloriqueaba y gritaba con voz demasiado aguda para mis oídos al mirar la sangre en sus exageradas manos. El pequeño sádico que antes se enfrentara a Patt por mí.

—¡Benny...! ¡He matao a Benny!

—Maldita sea la puta de tu madre —gruñó entre dientes O'Malley—. Vas a ver. —Se venía directo para mí, tijeras a punto, entre el humo que ya molestaba, cuando Patt, que seguía llorando, se le echó encima entre quejidos.

—¡Mátalo jefe... mira lo que ma hecho...!

—¡Aparta joder! —Le propinó un empujón al recién tullido que le hizo rodar sobre el fuego, e ir a dar gritando contra unos toneles, que prendieron. Taggart había salido por la puerta en su huida, dejándola abierta y también encendida en sus jambas. El chico con voz de mujer que había desgarrado a su compañero tiraba de él, y pedía ayuda a su líder, para arrastrar al que ya perdía mucha sangre por el riñón perforado. El Bruto decidió zanjar la situación—. Ahí te pudras, marica, vas a morir asado.

Me cortó el pecho de un tajo superficial y salió rápido con los otros dos, dejando

al fondo a Patt retorciéndose y gritando entre llamas.

No iba a morir ardiendo, antes los humos acabarían conmigo. Tiré con fuerza de mis ataduras, que tanto ellas como la viga de donde colgaba debían estar ya muy debilitadas por tirar y frotarlas una contra otra en la pelea. Nada. Apenas tenía fuerzas, mis manos insensibles no servían de ayuda, solo podía dejar caer mi peso. Y rezar.

Patt se negaba a morirse, apareció tropezando, sin ver, golpeándome por la espalda y chillando tonterías. Le di una patada en el estómago, con suficiente fuerza para reventarle algún órgano, y cayó al suelo. En ese momento caí yo también. Alguien me alzaba, alguien que había cortado esas ligaduras y que me susurraba:

—Vamos, hijo de puta. Te dije que hoy no ibas a morir.

El Bruto me sacó fuera, a un patio al que daba la puerta de esa sala de torturas improvisada. Tras sortear unos pocos peldaños, me dejó sentado allí, en el acceso. Se metió, vi como cogía al gordo Patt, que permanecía junto a la puerta, donde yo le había lanzado con mi patada, chamuscándose, agonizante supongo; lo apuñaló dos veces. Luego le bajó los pantalones y le cortó los testículos, con la destreza y la velocidad de un carnicero. Envolvió su trofeo en un pañuelo que se metió en la chaqueta, y luego echó los restos de su camarada hacia el fuego. Volvió hacia mí, el humo ya salía negro por la puerta del sótano. Me arrastró hasta fuera y pidió auxilio a los curiosos que ya empezaban a abundar.

—¡Fuego! —dijo y pronto se acumularon los vecinos que corrían acarreando baldes con agua y trayendo ayuda, apurándose para que todo el edificio no ardiera, maldiciendo otra vez a Jack el Saltarín por sus malas artes. Esta vez el incendio era causado por un ser mucho menos romántico que ese duendecillo, el que se sentaba ahora junto a mí, quitándose el hollín. Alguien se agachó a atenderme, espantado y conmovido por mi aspecto y mi tos, pero O'Malley se adelantó—. Yo me ocupo de este pobre hombre. Vayan a apagar el fuego... —Así lo hicieron. Rápido, me ayudó a incorporarme y me sacó de allí, al tiempo que ya aparecían los curiosos de los fuegos, que siempre hay.

—Márchate. Procura que nadie te vea, nadie. Me debes un favor, Drunkard, y voy a cobrármelo, bien que me lo voy a cobrar. Mañana a la noche nos encontraremos en el cementerio de Gibraltar Row, y espero que me agradezcas lo que acabo de hacer por ti. Hasta entonces, desaparece, que no te vea nadie. Si no estás allí, te encontraré, y entonces te enseñaré a ser generoso. —Y antes de soltarme, me obsequió con una última recomendación—. Cuida esa lengua que aún conservas, no la hagas trabajar demasiado.

Me dejó ir. No me pregunté por qué, ni siquiera sentí sorpresa alguna. Solo me ocupé en salir de allí, huir hacia donde fuera. El incendio debió sofocarse antes de llegar a la mínima consideración, pues no trascendió, y bien que le gustan a esa

ciudad los incendios.

Yo quedé desamparado entonces. Estaba al norte, en Benthal Green, era lo único que mi desorientada cabeza me decía. Caminé dolorido, ensangrentado, sin ver apenas, con los pantalones medio rotos, sucio de hollín y sangre... No me podía presentar así ante Torres. El miedo me nublaba el entendimiento. Solo tenía una idea, huir del Green Gate y su venganza, ahora que había hablado, inventando la mayoría, mi vida no valía nada. Ya nada sabía de médicos indios, de Delantales de Cuero ni de Ajedrecistas. Decidí ir a la policía y confesar algo, el asesinato de Kelly era lo más apropiado, y pasar el resto de mis días en prisión. No me daba cuenta yo que Joe Ashcroft, quien más querría mi cuello, andaba entre rejas, y si caí en ello lo ignoré, solo quería descansar.

Así llegué, sangrando, herido, incapaz de hablar y gruñendo algo sobre haber matado a alguien.

No fui tan minucioso contando los pormenores a Torres como he sido con ustedes, mi lengua maltrecha me lo impedía. Suficiente fue para confirmar ante mi amigo mi inocencia en el asesinato de Hanbury Street, no ante la policía. Mientras mataban a esa pobre mujer, yo estaba siendo torturado en un sótano al norte de Whitechapel. A decir verdad no era capaz de precisar cuánto tiempo estuve inconsciente en ese pudridero, ni cuándo empezaron los golpes... ¿era esa una coartada verosímil? No me consta que Torres me creyera, una historia más de delincuentes, sórdida y llena de mentiras, pensaría. Como fuere, no se sintió con fuerzas para abogar más por mí ante los policías. Se limitó a rogar que un médico atendiera mis heridas, producidas por delincuentes y policías, coger a Juliette, que aún permanecía allí adormilada sobre un banco, y marchar a casa, a descansar y ordenar sus pensamientos, si es que cabía algún orden en esa maraña de horrores en que se estaba transformando aquel otoño londinense.

—Nnnnn... no cuente... nad... nada —dije—. Ppfff... por fffff...

—No se preocupe. Vendré por usted. No me voy de aquí, ahora no puedo.

Llegó a casa. Explicó lo mínimo imprescindible para tranquilizar a la señora Arias, y se encerró en su cuarto, serían ya las nueve de la mañana. Allí en pie, en la pequeña y acogedora habitación, respiró hondo. Tuvo la sensación de llevar toda la mañana aguantando el aliento. Si todos los viernes primeros de mes acostumbraba a oír misa, hoy sábado debía ir con más motivo. Por esa pobre desdichada muerta y mutilada, por mí... por todos los que conocen el horror del mundo, todos los días. Antes sacó la mano del bolsillo y depositó en una mesita dos pequeños círculos cobrizos de metal, dos farthings.

____ 14 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Viernes

Los tres abandonan la sala donde Aguirre ahora descansa en dirección al cuarto, o celda, o sepultura, donde aguarda el otro. Vista la delicada situación en que se encuentran, han decidido aprovechar todo lo posible, y disfrutar de cuantas más sesiones les permita su captor; les permita y les cobre. Celador ha decidido revisar las tarifas bajo el asesoramiento del doble cañón de su escopeta.

Con un gesto les indica que aguarden allí, en una habitación circular, fea y casi desprovista de todo mobiliario, mientras él se dispone a preparar al paciente para la siguiente sesión. Los dos se despojan de abrigos, bufandas y sombreros, y los depositan en un perchero que cruje bajo el peso. Un viejo diván rojo y dorado, que parece los restos del mobiliario de un lupanar abandonado, es el único asiento que encuentran.

Celador abre la reja que cierra el paso al siguiente corredor.

—Hay que protegerse de los asesinos —responde a la mirada de ambos visitantes—. Una cosa es que los cuidemos y otra que los dejemos pasear a su gusto, no señor.

Cierra la puerta tras de sí con una de las llaves del manojo que cuelga de su cinturón, enciende una luz que hay al otro lado, junto a la pared, apenas el extremo del cabo de una vela, y se dispone a seguir adelante, cuando un pensamiento lo detiene.

—¿No tendrán intención de escapar ahora? —dice—. La puerta está cerrada —agita sus llaves—, y Lucifer —su perro— frente a ella; yo no lo haría. —Nadie responde. Da media vuelta y una vez más se detiene—. Usted, venga aquí.

Alto obedece y se para cuando Celador saca unos grilletes.

—Eso no será necesario.

—Ni tampoco estará de más. Vamos, acérquese. —Así lo sujeta a uno de los barrotes y marcha ya más tranquilo, difuminándose en la penumbra del túnel que conduce a la morada de la asesina.

—¿Todo bien? —pregunta Lento en cuanto quedan solos.

—Dada la situación... empiezo a pensar que debemos conformarnos con estar vivos.

—No perdamos la cabeza...

—¡Perder la cabeza! —Lento lo apremia a bajar la voz. Saben que Celador, aunque haya desaparecido de la vista, no está muy lejos—. Estamos secuestrados, amenazados de muerte. No sé si voy a poder...

—Anoche estuve comprobando datos —cambia de tema y su amigo es consciente de que se trata de una maniobra para tranquilizarlo; Alto accede de buen grado a olvidarse de sus miedos por unos minutos—. Todo está muy correcto. Incluso errores parecen... porque recuerda hechos antiguos.

—Nunca he dicho que sean chapuceros. Es un timo bien planteado...

—Desde luego, las fechas de los viajes de Torres, usted sabe de eso... las referencias a hechos... eh... colaterales, son mucho aproximadas.

—No es difícil conseguir todos esos datos.

—Bien, ¿para qué? —Alto se encoge de hombros—. Quiero decir, si es estafa para incautos, no sacan beneficio. Más tendrían exhibiendo eso en una... feria. Mire el esfuerzo de preparar esto, secuestro, amenazas y...

—El asesinato, no trate de suavizarlo, sé a qué nos estamos enfrentando.

—¿Le parece normal ese riesgo para sacar... cuatro cuartos?

—Creo que hay otro motivo.

—¿Cuál?

Alto mira a su alrededor, como si las oscuras esquinas llenas de roña ocultaran enemigos acechando y los insectos que corren por el techo fueran espías de Celador, al que no le desentona tomar a tales artrópodos como mascotas.

—No estoy seguro. Tengo la sensación de que tiene que ver con nosotros, no con lo que buscamos. Aunque han dejado toda la información posible a nuestro alcance.

—No sé...

—El cuartucho donde he dormido hoy... espero que no sea hombre muy escrupuloso, o lo pasará mal. El asunto es que aparte del camastro y cuatro velas, hay cajones de documentos, algunos seguro que le interesan a usted mucho.

—¿Qué...?

—Cartas del asesino. No es que yo sea una autoridad al respecto, pero juraría que son reales, y hay cajas llenas. Y monografías sobre Torres, hasta una novelucha por entregas, supongo para entretenernos...

—¡Cartas...!

—Apenas he leído nada. Todo está en inglés, y pensé dejar esa tarea para usted. Lo más llamativo es un bastón extraño, con el nombre de Abberline.

—¿El bastón del inspector...?

—No puedo asegurarlo. Lo importante a mi forma de ver, es que disponiendo de tanta información al respecto, y siendo nosotros quienes somos...

—He llegado a misma conclusión... —Lento calló en cuanto escucharon los pasos de Celador acercándose.

—Todo listo. —Desata a Alto y abre la puerta—. ¿Quieren pasar ahora mismo o prefieren tomar antes un café caliente? Ya saben que ahí dentro hace frío. No tienen que pagar por el café, les invito yo.

Asienten, y Celador sale silbando por donde vinieron los tres.

—Ahora mismo les traigo esas tazas. —Esta vez deja a los dos sin atar, y la puerta enrejada que conduce al monstruo abierta. Quedan en silencio, esperando a que las pisadas de su carcelero se alejen hasta que lo oyen subir la quejosa escalera. Alto señala a la puerta y la aparente libertad de acceso con la que los ha dejado.

—Es un truco. Disfruta confundiéndonos.

—Anoche estuve a punto de dar aviso a policía.

—¡Está loco! Dijo expresamente que nos mataría...

—No se altere. No hice. Pero creo que es mejor opción. ¿Piensa que si les informo van a venir sin más a llamar a la puerta? —Alto no responde. Tiene el rostro cansado, ojeras y un sudor impropio para la temperatura que hace perla su frente—. No, investigarán antes...

—Entonces, ¿por qué no lo hizo?

—¿Cómo explicar? No me pareció justo arriesgar su seguridad sin comentarlo. Esta noche, cuando salga usted y quede yo, cuénteselo todo a...

—No. Es muy peligroso.

—Siempre tiene otra opción. Irse, desaparecer y dejarme...

—¿Cree que haría eso?

Los dos se miran un minuto en silencio. Por fin habla Lento.

—¿No pensó esta noche que yo puedo hacerlo?

—Hasta que ha aparecido por la puerta, estaba seguro de que no le volvería a ver. —Sonríen, con más alivio que alegría.

—Esto... es grande —continúa Lento—. Debemos buscar ayuda.

—Le digo que no, es peligroso.

—Hace un día decía que todo era timo y ahora le veo asustado. Por Dios, es un hombre, pesa medio que usted, y un perro, un... chucho, ¿qué peligro...? ¿Es por eso que encontró...?

—Es más. Esta noche he visto más.

El modo en que Alto pronuncia esas palabras anuncia terribles revelaciones, propias para escenario tan sórdido como ese. Lento mira hacia el corredor por donde su carcelero se ha marchado. Con la mirada inquiere a su camarada si aún queda tiempo para contar lo que de seguro quiere contar.

—¿Qué ha visto?

—Juega con nosotros —dice Alto bajando mucho el tono—. Pasé la noche metido en una habitación del piso de arriba, acostado sobre una inmunda cama, ojeando todos esos papeles... Ya lo verá por sí mismo, no hace falta que le desvele sorpresas.

—Tal vez debiéramos negociar ese punto...

—Nada de eso. Si yo he sido capaz de pasar noche así, usted puede. Ese es el

pacto, y de momento nos mantendremos en él, sin llamadas de auxilio ni deserciones. —Respira hondo y prosigue—: No tenemos mucho tiempo que perder en discusiones, debo contarle esto. El asunto es que no cerró la puerta, tan solo contaba con un pestillo herrumbroso en el interior, a mi disposición.

»No podía conciliar el sueño, allí, temiendo que usted no regresara por la mañana... sí, sé que es tontería como me ha demostrado, pero la oscuridad, los ruidos extraños y los insectos no me dejaban espacio para demasiada lucidez. No me sentía con ganas de leer todo lo que allí había, ni le encontré utilidad. Escuché música, no supe identificar, estaba apagada.

—¿Música?

—Sí, como de acordeón. —El semblante de Lento cambió. Bajó la mirada y escuchó las siguientes palabras con una inquietud diferente a la sorpresa—. No sé qué me impulsó a salir e investigar. No soy un aventurero, creo que ya me conoce bien. La imposibilidad de dormir, me hizo salir. La música me llevó hacia el piso de abajo, este. No había nadie. Estos corredores estaban tan iluminados como ahora, si es que a estas penumbras se les puede llamar iluminación. La música me condujo hasta unas dependencias aún más hediondas que a las que ya nos tiene acostumbrado, siguiendo de frente, antes de meternos por este corredor, ¿sabe?...

—¿Sabe volver?

—Supongo. Aunque esa música, el miedo, la noche y la soledad... me sentía como en un sueño, y esto es un auténtico laberinto... sí, creo que sería capaz de volver a encontrar esa celda, si es que quisiera hacerlo. ¿Quiere que continúe?

—Sí, de prisa. Está por llegar. —Los ojos de Lento dicen a gritos que conoce el final del relato de su amigo, pero necesita oírlo de sus propias palabras con urgencia.

—La música creció al llegar a esa ala nauseabunda de la que le hablo. También aumentó mi sigilo. Había alguien en una celda, cerrada con barrotes como los de este pasillo...

—Por Dios, diga quién era, no hay tiempo.

—El. —Señala en la dirección que había marchado Celador, de quien ya se oyen ruidos aproximándose—. Estaba en la celda, encerrado, tocando un pequeño instrumento, una concertina supongo, no estoy muy ducho en música. El tampoco, por como tocaba, conseguía emitir una melodía con torpeza. Y a su lado, a pocos metros había un oso enorme; bailando...

—Señores —interrumpe Celador con dos jarros humeantes de café en las manos —, sus bebidas.

Ambos cogen las tazas y se las llevan a los labios, soplando, y agradeciendo el reconfortante aroma de ese buen café, el mejor olor que han percibido desde que están allí.

—Y ahora, ¿desean ya ver a nuestra paciente? —Señala los abrigos que reposan

sobre el viejo sofá.

—No hace tanto frío —dice Lento—. No es necesario...

—Lo es, créanme caballeros, lo es.

Ambos toman gabanes y sombreros, y siguen a Celador a través de la puerta enrejada, hacia su segundo encuentro con la asesina.

____ 15 ____

Atrápeme cuando pueda

Viernes, otra vez

—Necesitamos la luz. —Yo desde luego no la necesitaba. Tumblety repetía esta frase con exasperante insistencia. Lo único que precisaba eran sus conocimientos como médico, y por ellos era por los que tuve que soportar su espantosa presencia tanto tiempo. Aseguraba que aunque lo hiciéramos a plena luz del día, las buenas gentes de Londres no repararían en nosotros. Lo dudaba, es difícil creer que nadie se fije en mí.

Ese viernes, sin embargo, salimos de noche. Mis necesidades ya me urgían; no soy persona resignada en absoluto, y reconociendo posible y cercano el final de mi tormento, la impaciencia me empujaba con apremio de amante.

—Claro —me dijo Tumblety—, no se apure. La torpe policía de este país da palos de ciego, nunca podrán encontrarla. Vayamos. —Y no objetó la ausencia de luz, mejor; era para mí un sufrimiento intolerable el pasear por las calles de esa ciudad que me aborrecía, alejada de mi felicidad y tan cerca de ella a un tiempo.

Salimos pasada la media noche y seguimos la rutina de las dos ocasiones previas, incluyendo la cháchara aborrecible de Tumblety, de quien iba colgada del brazo para evitar aproximaciones inoportunas. No cesaba de hablar, de atormentarme con sus comentarios.

—Señora, puede elegir a la que más le guste, no se apene, estas hijas de Babilonia no merecen la compasión de los justos...

¿Y yo? ¿Existía en todo el Imperio un alma de ternura capaz de compadecerme? ¿A mí? ¿Al Monstruo? Seguro que sí, caballeros, si esa ciudad supiera como ustedes saben de mi dolor. ¿En qué otra cosa que no en mi persona puede transformarse quien ha sufrido innumerables desdichas, injustificables crueldades? ¿Cómo una criatura cuya única culpa fue amar, y cuya dedicación fue hacer el bien a aquellos que la rodeaban, podía verse como yo me vi? ¿Dónde cabe en mi historia la misericordia divina?

Recorrimos todos aquellos establecimientos inmundos que ya empezaba a conocer, sumergida en ese ritual previo de desconocida finalidad. Creo entender que Tumblety pretendía de este modo imbuirme de valor, un valor que desde luego él no poesía. Mostrándome aquellas desgraciadas para las que no encontraba destino mejor que el de mi chuchillo, despreciándolas como a todo el género femenino en su repugnante paroxismo homosexual, trataba de indicarme lo fácil que era matar a cualquiera de ellas, y lo terapéutico que resultaba para la sociedad la eliminación de

esas criaturas.

No entendía los motivos de mi búsqueda y mis recelos, aunque los conociera, la esencia de mis actos escapaba a su depravado intelecto. No era la piedad, la compasión o el remordimiento lo que me hizo ir de local en local, rechazando a cada candidata que él proponía. Ni el afán por administrar justicia era lo que me hacía seguir buscando, que Dios se vale por sí solo para premiar o castigar. Era el amor lo que alimentaba cada uno de mis actos. Una obra de amor superior a cualquier soneto del Poeta, en la que en lugar de versos emplearía a las más envilecidas de las hijas de Eva y a sus cuerpos muertos; debía ser escrupulosa en la elección por tanto. Consideré mis dos actuaciones previas como ensayos y decidí que esa noche iba a ser la definitiva.

Cansado de mí y mis continuos rechazos a cualquier mujer que él me sugiriera, e incapaz de recriminármelos, me instó a que dejáramos las tabernas y fuéramos, ya pasadas las doce de la noche, a recorrer las calles donde las putas ejercían su innoble trabajo. Allí tomé yo la dirección de la caza. Tumblety me condujo hacia una calleja que a menudo utilizaban esas mujeres para sus transacciones. Y allí, en las sombras, aguardamos. Yo podía mantenerme quieta y en silencio, haciéndome invisible a todo el mundo, aprovechando la falta de luna, pero el americano no. De continuo quería abordar a las mujeres, mostrándome lo dóciles que eran al acercarse a su fin. Él planeaba eso: acercarse a ella y que yo descargara mi cuchillo por su espalda. No, siempre debe haber un atisbo de nobleza, hasta en la brutalidad. Debíamos proceder de otra forma, una que no era del gusto de mi desagradable compañero de asesinatos. Él llegaría a algún acuerdo para obtener los favores de una mujerzuela, y cuando ella lo condujera a un callejón, o a un patio oscuro donde descargar sus vilezas, llegaría yo. La mataría y la vaciaría de todos los órganos que manchaba cada día en que permanecía viva. Debía hacerse con suma cautela, nadie podía vernos y eso requería de paciencia y valor, virtudes de las que carecía Tumblety.

—Elijamos un lugar, señorita —dijo tras casi dos horas de deambular sin que yo encontrara nada satisfactorio—. Aquí está bien. —Era la calle Hanbury—. Muchas de ellas utilizan los patios traseros de estas casuchas, son discretos, los hay que permanecen abiertos o tienen las cerraduras rotas, y servirán tan bien a nuestro propósito como a los suyos.

—¿Está comparando lo que voy a hacer con lo que hacen ellas, señor mío?

—En absoluto —se azoró—. Me he expresado mal. Lo que quería...

—Es suficiente —interrumpí temiendo alguna servil disculpa.

Nuestra relación había cambiado desde el último incidente. En un principio, mi miedo por salir a las calles había envalentonado al truhán, volviéndose sardónico y ofensivo hacia mi persona, disfrutando con el pequeño tormento que sus insinuaciones y hasta su contacto podían procurarme. Ahora era muy distinto, su

enfermedad, su depravación y su locura le impulsaban a seguir junto a mí, a ayudarme en mi propósito, que ya no era tan de su agrado, pero se abstenía de casi todo contacto y era él el asustado y el pusilánime. Una vez puesto en su sitio, continué en susurros:

—Me parece buen lugar, pero debemos cerciorarnos de que nadie vea lo que hacemos. Primero acérquese a una de esas mujeres y consiga que le lleve a un lugar apartado. Sea sutil, por amor de Dios, deje que ella le conduzca. Una vez allí, con discreción, compruebe que el sitio es seguro, que nadie observa y que tendremos el espacio y la calma precisa para actuar. Y márchese. Si juzga el sitio apropiado, allí llevaremos a la elegida, o a ser posible usted se dejará llevar por ella de nuevo, con el disimulo y la tranquilidad apropiada. La vez pasada... en medio de la calle. Eso fue una temeridad innecesaria, aunque comprensible tras nuestro aciago encuentro...

—¿Pretende... que yo? —La idea de entrar en contacto con aquellas mujeres, al margen del contacto asesino, le resultaba repulsiva.

—No será necesario que consume el acuerdo con la dama, por supuesto. Ni necesario ni conveniente para nosotros. Una vez observado el lugar con detenimiento, no le será fácil abandonarlo, fingiendo algún disgusto —poco tenía que fingir el falso doctor—, algún desacuerdo con el dinero, lo que fuere... ¡por Dios! Es vergonzoso que sea yo quién tenga que explicarle estos términos. —Vergonzoso y sucio.

—Tengo entendido que usted antes conocía bien... la vie joyeuse... —Le crucé el rostro. El golpe casi derribó al americano, y vi un odio frío y profundo encenderse en su alma. En ese instante, decidí que una vez terminada mi ordalía, él debía morir. Frank Tumblety sería mi última víctima, el telón que dejara atrás tanto dolor y diera paso a la vida plena que me había sido negada.

Mi violenta reacción acabó con sus sarcasmos y su charla patosa, no hizo lo mismo con su reticencia a abordar a alguna prostituta. Ya no solo por las náuseas que le provocaban el contacto con esas mujeres, con cualquier mujer menos conmigo, sino por el miedo cobarde a verse involucrado más de lo imprescindible para saciar sus diabólicos apetitos, y arriesgar así su pellejo.

—No lo veo necesario —dijo, restañada la herida de su labio, no su dignidad, de la que carecía—. Estos patios son oscuros, ellas los buscan por los solitarios que quedan a estas horas y...

—Dice que están junto a las casas, con gente durmiendo a pocas...

—Que están habituados a oír toda clase de sonidos nocturnos. Por otro lado, cuanto menos me relacione y hable... hablemos con estas mujeres, más dificultaremos una identificación o...

—Hará lo que le digo, doctor, si quiere continuar conmigo.

Accedió. Mi compañía, mi reciente amenaza física, y esas noches de espanto eran insustituibles para él. Al igual que en mí, el Diablo le había hundido sus dedos

ganchudos en el corazón.

Observé cómo abordaba a una mujer que pasaba, y tras un breve intercambio de palabras, ambos caminaron hacia una de las casas. Creo que era Tumblety quién eligió el lugar, cosa que me molestó. Ambos entraron por la puerta del número veintinueve. Me asusté. Aunque el yanqui asegurara que esos accesos daban a patios interiores, por lo general desocupados a esas horas, no tenía otra certeza que su palabra. Y dudaba mucho de su sigilo. No lo hizo mal, debo reconocer su utilidad en aquellos desagradables y necesarios menesteres.

Pronto volvió a salir la mujer, cuatro o cinco minutos se demoraron allí dentro. ¿Por qué tanto tiempo? Salió apurada, no corriendo, pero con más ligereza de lo normal. Miró a un lado y otro, yo me arrebujé en la oscuridad, dejé de respirar, casi detuve mi corazón rezando por no ser vista. Así fue, la mujer marchó. De inmediato apareció Tumblety, que tampoco me vio. Salí a su encuentro y me lo llevé a las sombras.

—¿Y bien?

—Como ya le dije, un lugar tranquilo, aunque hiciéramos ruido y los vecinos nos oyeran, nadie se extrañaría con todas esas putas frecuentando estos sitios. Esa perra salió corriendo y asustada, y no llamó la atención por nada.

—¿La asustó?

—Sí. La puta se apoyó contra la cerca, se subió sus faldas, dispuesta a... asquerosa. En cuanto vio mi mirada tembló. Ya saben lo que yo traigo...

—Es usted un necio, doctor. —Lo tomé por las solapas de su abrigo, y su petulancia desapareció—. Usted no trae nada, su aportación a esta asociación nuestra es testimonial, y a medida que se hace más desagradable empieza a ser prescindible. ¿No cree que esa mujer recordará bien su cara, que podrá identificarle y...?

—Señora mía —dijo con más calma de la que esperaba encontrar—, si teme que esa mujer testifique algo, no debiera haber permitido que fuera con ella. Si su plan era ir con una de esas al lugar que vamos a utilizar, antes de entrar con nuestro objetivo, es imposible que esa mujer no vea algo, y muy probable que lo comente a las autoridades. Se lo advertí. —Tenía razón. Debía reconocer que carecía de talento para delinquir, y visto que me veía obligada a moverme al margen de la ley por mis desdichas y por la estrechez de miras del mundo que me había tocado vivir, mejor fiarme del sucio instinto de Tumblety—. No tema. No recordará de mí más que vaguedades, he disfrazado bien mi aspecto para la ocasión. De lo único que se acordará es que le he dado dos piezas de cobre por dos soberanos —rió contento de timar a esa pobre desgraciada.

Quedamos allí esperando la próxima, ella sería la fuente de mi felicidad, tendría que serlo. Miré el reloj cansada de la espera: iban a dar las tres de la madrugada. Allí en la oscuridad, acechando, pensé una vez más en mi situación. Procuraba ser todo lo

ofensiva, desagradable y altiva con mi compañero, y sin embargo era la prisionera en esta sórdida relación, en mi sórdida vida. Era yo quien estaba a merced de él, de nuestro destino y de la horrorosa tarea que el amor imponía; el resto, mis desdenes, mis amenazas, solo eran arrebatos de una dignidad herida, eliminada por la traición y la crueldad más infinita.

Por la calle no pasó mucha gente, y casi ninguna susceptible de mis atenciones. Una hora de espera, sin fruto, y mis nervios torturados empezaron a atormentarme. Ese pasaje hacia el patio que Tumblety eligiera para mí parecía más concurrido de lo que yo deseaba. A punto estaba de dar las cuatro, un hombre salió del veintinueve, rumbo a su trabajo, supuse. Cierto; pronto las gentes que dormían ignorantes del monstruo que vigilaba en su calle saldrían a sus quehaceres diarios.

—Debiéramos irnos. Tal vez... —susurré.

—Ha de ser un día, hoy u otro cualquiera, demorarlo es una pérdida de tiempo. ¿Es esto lo que quiere, no?

—Sí. —Más que nada en el mundo, porque esto significaba alcanzar el amor, la vida, o la posibilidad de ambos—. Pueden vernos...

—Nadie repara en nosotros. No nos han visto, y de hacerlo somos una pareja más, no nos harán caso.

Ni siquiera lo hizo la policía. Vimos a un agente de ronda, a lo lejos, y puede que él viera un bulto en medio de las sombras de la calle; si así fue, nada hizo al respecto. A la entrada de Hanbury apareció una mujer que Tumblety me indicó. Estaba lejos, no quería correr hacia ellas.

A las cinco menos cuarto, otro hombre entró en la casa, alguien que volvía a dormir, supuse yo. No, en cinco o diez minutos volvió a salir. Estaba a punto de rendirme, o de optar por vagar; sería inútil. Esperar, es la tarea más penosa del asesino. Pasadas ya las cinco, la luz del amanecer empezó a iluminar con timidez la calle.

—Vámonos —dije apurada—. Tal vez mañana, o la semana...

—No. Esto es mejor, a la luz del día podrá... —Entonces la vi.

Entró en la calle con andar cansado, tal vez ebrio. Era pequeña, triste, y todos sus sufrimientos iban a desaparecer esa madrugada, de la forma más horrible.

—Ella.

Tumblety se acercó, no con la naturalidad que me hubiera gustado, supongo que en el estado de esa mujer toda precaución sobraba. Yo me quedé quieta, casi muerta. Vi cómo otra mujer entraba en la calle, andando con tranquilidad, hacia su casa o a su trabajo. Apenas prestó atención a la pareja al pasar a su lado, y aún de haberlo hecho, Tumblety le daba la espalda. Yo estaba a treinta metros o más. Pude oír parte de la escueta conversación.

—¿Querrías...?

—Sí.

Un minuto después Tumblety movió la cabeza y ambos entraron por la puerta elegida. Yo fui detrás. Si algo me había servido nuestra vigilia era para saber que solo dispondría de pocos minutos. Me costó más esfuerzo del esperado pasar de la inmovilidad absoluta a la rapidez que necesitaba. El corredor era pequeño y estrecho, pero el sol ya se alzaba lo suficiente para que la claridad entrara por la puerta que esa pareja de amantes asquerosos había dejado entreabierta. El lugar era un patio raquítico, no me demoré en examinarlo confiando en la perspicacia de mi socio. Junto a mí, a la izquierda estaban los dos, ella apoyada contra la empalizada, dispuesta a abrirse de piernas sin dar siquiera concesión a una mínima sensualidad.

Zorra.

El, a dos pasos. Agudicé el oído y creí morir. Alguien al otro lado, tras la valla. En ese momento la puta dijo:

—No. —Mientras dejaba caer sus faldas otra vez al suelo. Demasiado alto, imposible que no la hubieran oído. Creo que la mujer se negaba a algún tipo de degradante petición por parte de mi socio, quién continuó la conversación, en susurros.

—Vamos, preciosa, te daré un soberano si eres buena conmigo. —Oí cómo una puerta se cerraba con suavidad, quien fuera que estuviera en el patio contiguo, se había ido.

—Pero... —Aquella repulsiva criatura dudaba, entre temerosa y ebria, y sojuzgada por quién sabe cuántos vicios y pulsiones que encadenaban su cuerpo pecador. Tumblety asomó sus cuatro peniques pulidos y los exhibió ante los ojos codiciosos de la mujerzuela—, ¿y qué...?

—Mi amiga solo quiere vernos, nada más.

Di un paso, entré en total silencio en ese patio de muerte y mi presencia levantó una leve risa, casi un gruñido, en la mujer, que acallé con un gesto en cuanto escuché de nuevo movimiento más allá de la valla.

—Shhhh —chistó con suavidad Tumblety—, mi amiga quiere discreción. —Deslizó la moneda en las manos de la puta, y ella, sonriendo y sin dejar de mirarme, se contoneó sin gracia alguna, torpe por el cansancio y la enfermedad que en ella se cebaban. Con la claridad que ya hacía, el espectáculo no podía ser más desagradable y bochornoso. Se remangó de nuevo sus faldas, las agitó y meneó sus repugnantes caderas hacia Tumblety, que dio un paso atrás, asqueado y fascinado a un tiempo.

No pude más.

En dos pasos estaba junto a ella. No tengo idea de lo que imaginó al verme acercarme con tanta decisión, pensaría que se trataba de algún asunto sucio que no incluía la tarifa acordad. Da lo mismo. Mi mano se cerró en tenaza sobre su cuello. No dijo nada, ni siquiera gimió. En un instante perdió el aliento y el conocimiento se

fue con él, su espalda golpeó contra la pared y la dejé tendida, allí en el suelo.

Con la otra mano hice un gesto para que mi amigo el doctor se estuviera quieto; oía a alguien al otro lado. Una vez más, quien fuera abandonó el patio contiguo; Dios lo bendijo y le ahorró el espectáculo que iba a comenzar de inmediato.

Tumblety había huido de mi ataque como si fuera él la víctima, y estaba ahora de pie, petrificado, como estuvo con la Nichols. Saqué el cuchillo haciéndolo sonar con un chasquido apagado.

No dudé.

Con fuerza, golpeé y su cuello se dividió. Algo se rompió en mi interior al tiempo que mi cuchillo partía la tráquea y firmaba las vértebras de esa puta. Ya no hay dolor. La sangre apenas me manchó más allá de la hoja de mi cuchillo, que se iba a manchar más, mucho más, iba a ahogarse en sangre. Repetí sobre su garganta, para quedarme con la cabeza, era mía como todo lo que hacía a esa criatura parecer una mujer. Esa tarea no es fácil y abandoné la idea, no había tiempo que perder.

Me incorporé y miré a Tumblety. Con un gesto impaciente lo conminé a acercarse. Lo hizo, con su cara arrebolada por el miedo y la excitación a un tiempo, y sus manos acariciándose de un modo tan asqueroso que hubiera vomitado de haber podido. Me preguntó con la mirada. ¡Maldito bastardo! ¡Ya se lo había explicado! ¡Ya sabía de mis necesidades!

—Su sexo —susurré. Eso es lo que quería, para empezar, todo aquello que la hacía mujer y que ofrecía impúdicamente a todo el género masculino como mercadería barata. Yo le daría una mejor utilidad, aquella para la que fue diseñado por Dios nuestro creador. Que esas vísceras estuvieran encerradas en cuerpos sucios de pecado ofendían todo lo santo y puro.

Le levanté la ropa por encima de la cintura, aparté su vieja ropa interior, sus medias listadas, y siguiendo las instrucciones mudas de Tumblety, rajé. Veía bien, la luz de la mañana sonreía a cada golpe de cuchillo. En los cortes puse todo mi odio y mi venganza. La rajé desde el esternón hasta la vagina. Poca sangre, esperaba más. Mucha había huido ya de su cuello. Las tripas ocultaban todo. Las cogí y tiré y tiré. Salieron con mucha facilidad y las coloqué en el suelo, sobre su hombro, para hacerme sitio. Quería encontrarlo, despejar las vísceras molestas. ¿Cómo podía albergar esa zorra tal organización perfecta de órganos y conductos? Corté parte de algo, el estómago creo y lo dejé gotear sobre el suelo. Buscaba otra cosa, y apremié a mi compañero a que la encontrara.

Quedó visible el útero, así me lo señaló el yanqui. El corte debía ser limpio, tal y como Tumblety decía. Rajé con una decisión y firmeza que me enorgullecen. Corté por debajo llevándome parte de la vagina, la vejiga... el útero salió entero, intacto; de un golpe.

Perfecto.

Me levanté. Envolví el órgano en un lienzo limpio empapado en vino que traje para la ocasión y lo guardé bajo las amplitudes de mi abrigo. Entonces miré a la mujer, tendida, con las piernas dobladas y mostrando su interior al sol. Ahora descansaba, ahora daba igual su vida de excesos y depravación, ahora era hermosa.

Descansa en paz, Annie Chapman.

Vi como Tumblety robaba alguna sortija de las manos de la muerta, me enfurecí. También había cogido un pequeño bolsillo que llevaba bajo las ropas, se lo arrebaté, y a punto estuve de degollarlo a él. Dentro, no pude evitar la tentación de contemplar la poca femineidad que pudiera transportar consigo aquella desdichada, había objetos de aseo: peine, cepillo, una tela haciendo de pañuelo.

Con rapidez, como con urgencia, dispuse esos pocos objetos a los pies del cadáver, ordenados, como lo hubiera hecho sobre mi tocador, de aún tenerlo. Ahora en su fin, Annie debía tener la dignidad y la alegría de las mujeres. Cepillo de dientes, del pelo, caja donde los guardaba... todo aguardando a que ella despertara, a que la luz del sol...

No. No había monedas. Solo la que le diera Tumblety, que bien se ocupó en recuperar. El americano se impacientó, pese a que no me retrasé más que unos segundos en esa operación, no podía entender que quisiera dignificar el lecho mortuorio de esa mujer, ahora que sus pecados no importaban. Nos marchamos. La muerte salió con la misma suavidad con que vino a esta calle, en silencio, dejando su carga de horror para los que aún vivían. Nadie nos vio, o nadie nos quiso ver, o nadie supo qué veía.

Yo tenía mi útero, por fin. Pensé que este era el camino. Me volví a equivocar. Tuve que matar otra vez. Tumblety estaba en lo cierto: necesitaba luz... no para matar, para vivir otra vez... no hay luz... nunca hay luz...

____ 16 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Noche de viernes a sábado

Lento no duerme esta noche. Aunque el miedo y la tensión deben haberlo agotado, se esfuerza en no cerrar los ojos.

Tal y como su compañero le contara, aquella celda inmunda y falta de todo confort está abarrotada de documentos, documentos que para un erudito como él son golosinas. Las cartas... conoce muchas de ellas, ha leído copias, incluso recuerda la desaparición de algunos de los originales. Otras son una novedad. Los escritos sobre Torres y sus hallazgos resultan demasiado enjundiosos para sus conocimientos científicos, muy dispares de los históricos. También hay fotografías, imágenes de Londres y sus calles, una foto de grupo donde se ve toda la dotación de una comisaría posando ante un edificio, una foto antigua, casi desvaída que muestra a tres muchachos posando atolondrados sobre una barca...

Todo parece fascinante y entre todo destaca el bastón. Una elegante vara de fresno con una extraña empuñadura tallada en forma de cabeza humana. Un hombre, o tal vez una mujer de rostro anguloso, cubierto por una capucha o un pañuelo. Sobre la caña del bastón hay lacado un círculo en el que se lee la siguiente inscripción:

PRESENTED
TO
INSP. ABBERLINE
as a mark of esteem
by 7 officers
engaged with him
in the Whitechapel
murders
of 1888

—Siete oficiales... ¿cuáles? Reid, Moore, quizá Andrews, Nairn... los sargentos Thick, Godley, Pearce... difícil, hubo muchos policías. —Se da cuenta que está hablando solo, y empieza a reír—. No estoy hecho a la soledad... Vuelta a reírse. Se levanta del colchón, inquieto. Abre la puerta con cuidado. Fuera todo es oscuro.

Antes de salir toma una veintena de velas. Hay un cubo lleno de ellas, luz no le va

a faltar. Cuando las coge mira a su lado, sobre una de las cajas llenas de cartas y papeles, ve unos librillos amontonados, con una ilustración recargada en la cubierta; una greca formada por rosas y calaveras entrelazadas que rodea el título:

El 13.er trabajo de Heracles
por

M. R. William

Una novela por entregas, un folletín. Coge el primer librillo. Sale del cuarto, su celda, y camina a oscuras por el sótano, tan despacio como se mueven las estrellas en el cielo que ahora no ve. Apenas hace ruido, sus pies, descalzos sobre el frío y la suciedad, no suenan más que los de la pequeña fauna que llena el laberinto, ni que las humedades goteando aquí y allá.

Poco a poco va acelerando el paso, a medida que su soledad se manifiesta casi absoluta y sus pupilas, dilatadas al máximo, aprovechan el mínimo brillo que pueden encontrar. Solo la cautela por no tropezar con obstáculos ocultos en la oscuridad lo retiene. Llega, un poco por azar y otro gracias a su buena orientación, al lugar donde el día anterior Alto viera al oso bailar. Se agarra a los barrotes y espera, muy quieto. Es imposible ver nada. Pasa un tiempo allí, hasta que un estornudo lo sorprende. Tapándose la boca aguarda, su mano busca a tientas algo, un arma.

Nadie responde a su descuido, nadie acude, su captor confía más en las buenas cerraduras y candados que en una vigilancia más activa. Vuelve a caminar, a recorrer las oscuridades. Llegado al cuarto donde reposa el señor Aguirre, lo nota por las puertas batientes, encadenadas ahora, y el estrecho ventanuco acristalado. Prueba a entrar, está bien cerrada.

—Mierda... —Es un susurro que muere devorado por el polvo y la soledad. Permanece ahí. Debiera ser imposible no dormirse en esa situación, solo en la oscuridad, sin nada que ver ni oír. Ni siquiera la respiración de quién yace tras esa puerta llega a sus oídos. Sin embargo, mantiene la vigilia. Será el miedo lo que impide que se duerma.

Demasiada oscuridad. Enciende un fósforo.

Nada. Ningún sonido. Insectos noctámbulos alejándose de la pequeña llama.

Arrima el misto a una de las velas. Espera a que algo de cera se funda y la pega sobre el brazo de una pequeña silla, y sentado bajo la protección de esa luz, lee, procurando que cada palabra dure el doble, ahuyentando al sueño.

____ 17 ____

Lee Lento

El 13er trabajo de Heracles por
M. R. William

Capítulo 1: Sobre casas antiguas y secretos

Jim Billingam nunca imaginó que se hubieran escrito tantos libros. Miraba los anaqueles abarrotados de polvorientos volúmenes, ocupando todas las paredes de la habitación más grande que había visto jamás, imaginando la edad que debía tener la persona que los había leído todos.

—Si no sales de aquí de inmediato, morirás.

Jim se quedó muy quieto. Llevaba dos semanas en *Château Ravin*, y no se había atrevido a salir de la pequeña vivienda que compartía con su padre, ni mucho menos cruzar el camino de los abruptos acantilados hasta el negro edificio principal. Al oír aquella voz aflautada a su espalda, en lo primero que pensó fue en cómo iba a explicar a su severo padre qué había ido a hacer allí, cuando el pobre hombre encontrara el cadáver de su único hijo.

Muy despacio, notando el sudor que corría por su espalda, dio media vuelta. Un hada azul se había materializado en el centro de la biblioteca, de pie, mirándolo, más que eso, traspasando su joven cuerpo con la mirada hasta alcanzar los lugares más tiernos de su alma, hasta el punto que Jim tuvo que hacer acopio de todo su valor para resistir el poderoso hechizo gris de esos ojos. Y todo ese valor era mucho para un chico de once años recién cumplidos, suficiente para atreverse a carraspear, dar un paso adelante y decir:

—¿Tú vas a matarme?

—No —dijo el hada, transformándose al hablar en una niña—. A mi padre no le gusta que nadie ande por aquí. El va a matarte.

—No he hecho nada.

—Mi padre no necesita motivos para matarte. Es tu amo, y puede hacer lo que le venga en gana. Si yo se lo pido te matará.

—Nadie es mi...

—Tú eres el hijo del preceptor Billingam, ¿verdad? Tu padre trabaja para mí, así que tú también estas a mi servicio.

Déjame en paz. — Jim dio la espalda, enfadado consigo mismo más que con la niña, con esos desconocidos sentimientos que afloraban en su tierno corazón.

—¿Sabes leer?

—Que me dejes.
—No sabes. Tienes dos años más que yo y no sabes leer.
—Déjame.
—Esta es mi casa y puedo estar donde quiera. Y decir lo que quiera.
—Di lo que quieras.
—No sabes leer.
—Déjame en paz.
—Eres tonto. No sabes leer.
—Déjameeeeeeeee.
—No sabes leer.
—Sí sé.
—No.
—Sí.
—Eres tonto y no sabes leer.

Jim era un muchacho apacible, pero no aguantó más. Dio media vuelta de golpe, amedrentando a la niña que dio un saltito hacia atrás al ver a esa vorágine de ira de once años cernirse sobre ella.

—Jim. —Fue la voz de su padre la que le hizo detenerse avergonzado. El profesor Billingam estaba en la puerta, junto a un hombre de imponente altura—. Ven aquí.

Jim avanzó temeroso, mientras la niña quedaba sonriente, jugando distraída con el vuelo de su falda. La llegada a la mansión sobre los acantilados tras el largo ascenso bajo la lluvia, le había sobrecogido y preparado para cualquier maravilla, no para la presencia del señor de la casa. Era enorme, vestido de negro de pies a cabeza como un reverendo, y con una melena blanca que caía sobre sus hombros, de mirada intensa y azul a la que nada se ocultaba. Jim lo miró y supo en ese instante que el viejo conde sabía que hacía un segundo, llevado por la furia, había intentado pegar a su hija.

—Señor —dijo su padre—, este es mi hijo, James Stuart. Hijo, este es monsieur Louis Felipe Faubert, conde de Gondrin y vizconde de la Tour Aubelle. Desde ahora entrarás a su servicio, y al de su hijo. Espero que nos honres tanto a él como a mí.

El conde estrechó la mano de Jim, con fuerza, sin apartar sus ojos de fuego de los del muchacho, y habló con voz de trueno en la que no quedaba una brizna de los suaves tonos de su Francia natal.

—Señor Billingam... interesante. Sea bienvenido en mi casa. —Después de soltarle y recuperar su titánica figura, continuó mirando a su hija—. Sepa que su padre es muy querido y respetado en esta casa, espero que esté a su altura.

—Gracias, conde.

—No es halago, profesor, me limito a constatar un hecho. A usted, señor Billingam, no se le exigirá menos que a su progenitor. Espéreme ahora aquí, mientras

acompaño al profesor a la salida. Camille, ven con nosotros.

Jim quedó de nuevo solo en ese santuario de antiguos volúmenes, que lo atraían y le producían cierta temerosa reverencia a la vez. Le gustaba leer. En aquella isla no había otra cosa que hacer, no había otros niños, nada, solo la casa y el furioso mar rompiendo contra las piedras negras y afiladas una y otra vez. Aún joven, ya había leído un buen montón de libros, y sin embargo nada de lo que vio allí le era familiar. No había libros de historia, ni atlas o biografías de personas de renombre, ni tratados de aritmética o libros de poesía. Tampoco novelas de aventuras, su pasatiempo favorito aunque a su padre el profesor le pareciera una lectura en exceso frívola y poco edificante para un muchacho de su edad, y tampoco historias románticas o piadosas. Por el contrario, sí abundaban los libros de temas mitológicos y de leyendas, materia ésta en que Jim estaba muy versado para su edad, y que su padre, profesor y amante de la cultura clásica, aprobaba y fomentaba en su hijo. Pero la mayor parte de aquellos anaqueles estaban repletos de volúmenes oscuros de indescifrable temática, de los que emanaba el misterio de lo arcano y lo prohibido. Tomó uno: *De Tinctura Physuicorum*, escrito por un tal Paracelso. Lo ojeó fascinado, sin entender nada de lo que allí se contaba, un extraño tratado que bailaba entre la ciencia y la magia, entre el rigor de la alquimia y el veleidoso capricho de lo sobrenatural. Siguió mirando títulos, nombres de autores, de sabios que años después le acabarían por ser tan familiares: Claudio Hermippus, Johannes de Philadelphia, el muy misterioso conde Saint Germain, Salomón Trimosín, el ocultista toledano Don Enrique de Villena, Jan Lallemant... alquimistas, brujos, eruditos, sabios, criminales, santos, monstruos...

La presencia fría que erizó los pelos de su nuca fue más inquietante que todos esos libros misteriosos. El conde estaba a su espalda ocupando toda la sala con su mirada.

—Señor Billingam, imagino que se estará preguntando al respecto de la naturaleza de las labores que tendrá que desempeñar aquí, en mi casa.

—Disculpe, señor... solo sentí curiosidad...

—No se excuse por tal circunstancia. Aquí, bajo mi techo, la inquietud intelectual siempre será bien acogida. Podrá leer cuanto y cuando quiera. Lo que nos ocupa ahora es su trabajo aquí, para el que su padre ha ponderado tanto sus aptitudes, ¿quiere saber los detalles?

—Por supuesto, señor. Si no es molestia.

—A partir del día de hoy se dedicará a atender a mi hijo. Quiero que sea su condiscípulo, su compañero de juegos, su rival en el deporte, su amigo si tal circunstancia llegara a producirse. ¿Entiende?

—¿Cómo...?

—Su padre le habrá informado que a partir de hoy residirá aquí.

—Sí, señor.

—Pues eso es. Vivirá con mi hijo, eso es todo lo que se le requiere. Recibirá una educación que jamás podría obtener dada la posición de su familia, debe agradecer esta oportunidad.

—Lo hago, señor.

—Debe cumplir simplemente las normas de esta casa, lo que es natural, y una en especial: en lo que a usted respecta, mi hijo es como yo, su palabra es la mía, ¿entiende?

—Sí, señor.

—Bien. Le acompañaré a conocerlo, y a conocer sus habitaciones. —Se apartó de la puerta, cediendo el paso al asustado Jim. Él avanzó y al pasar junto al conde, este puso una mano sobre su hombro, cuyo tacto y presión le pareció aún menos acogedor que el de la propia muerte. Apretó con fuerza hasta hacerle daño, y entonces dijo—: Una última indicación, señor. No vuelva a molestar a mi hija. En realidad, no tiene por qué dirigirse a ella, le prohíbo que hable con ella. Supongo que no habrá ningún inconveniente en ello.

Podría protestar, argüir que fue la preciosa Camille quien le habló primero y quien se esforzó por sacarlo de quicio. Prefirió callar. De hecho, esa última instrucción que le diera el conde pensaba llevarla a cabo a rajatabla, aunque no hubiera sabido los deseos del padre de Camille. Siguió caminando en silencio por los interminables salones del castillo, guiado solo por la presión firme de la mano cruel de su nuevo amo.

El majestuoso château del conde Gondrin se extendía sobre una extensa propiedad junto al mar, en la parte más alta de la isla, cerca de los acantilados, pero no asomándose a ellos. Había un segundo edificio, la *Tour Isolée*, una torre delgada y alta que, esa sí, casi caía al mar de lo inclinada sobre las escarpas que estaba. La llamaban la Torre del Loco o a veces la Torre del Suicida, pues ya desde la distancia su imagen causaba vértigos, cuanto más el vivir en ella. Esta atalaya inclinada sobre el océano comunicaba con el castillo a través de un alto puente cerrado, colgado entre ambas vetustas construcciones a treinta pies de altura, tan inquietante como el edificio al que conducía. Llegaron al acceso del Puente Cerrado, que del lado del castillo no parecían sino otra más de las pesadas puertas de roble que abundaban en cada planta. El conde se detuvo y extrajo una llave vieja, que tendió a Jim.

—Tome —dijo—. Esta llave abre tanto esta puerta como la que da a la torre, al final del puente. Es suya, señor Billingam, y solo suya. Usted tiene completa potestad para cruzar el puente de un lado a otro cuando se le antoje, mientras mantenga cerradas siempre las puertas. ¿Entiende? Esta llave le pertenece, y usted se responsabilizará de ella, no pudiendo confiársela a nadie más, salvo a mi persona, claro está.

—¿Ni a su hijo de usted, señor?

—Especialmente no debe dársela jamás a él. Abra la puerta. —Así lo hizo—. Entienda, señor Billingam, que mi hijo no puede abandonar jamás sus aposentos, dado lo delicado y peculiar de su salud. Adelante, crucemos.

El Puente Cerrado era un lugar frío. A esa altura, el viento que atravesaba las almenas decoradas con grotescas gárgolas era cortante, cargado de olor a sal, y helado como el invierno del País del Invierno, tan fuerte, que Jim tuvo que apoyarse en las columnas que sustentaban de trecho en trecho el techo de teja que cubría la pasarela, serias columnas decoradas con imágenes de antiguos reyes decapitados. Farolillos de metal oscilaban colgados del techo, balanceándose a las órdenes de Eolo y añadiendo su chirriar a la sinfonía natural del mar, música siniestra a oídos del muchacho. El ambiente era un espejo del sentimiento pavoroso que inundaba a Jim, y que le hizo hablar por dejar pasar el tiempo, pese a lo desagradable de su interlocutor.

—Señor, ¿cómo se llama su hijo?

—Como yo.

—¿Y he de tratarlo...?

—Cierto, precisa un tratamiento, y el llamarle Louis me parece demasiado informal... es por derecho barón de Montrevere, como tal podéis tratarlo.

Llegaron al extremo contrario del puente. Terminaba en otra puerta similar a la primera, aunque de aspecto algo más recio y tosco. Jim miró con timidez, temeroso de obrar sin consentimiento. El conde lo animó a abrir esa puerta. Allí detrás estaba el hijo del conde, su condiscípulo, su compañero de por vida, un muchacho que jamás había abandonado ese lugar sobre el océano, criado al arrullo del mar furioso, sin conocer nada, salvo aquello a lo que su severo padre permitía el acceso a su prisión. ¿Qué clase de enfermedad le había confinado allí? ¿Qué tara o deformidad avergonzaba tanto a su antigua familia para enclaustrarlo de por vida? ¿Qué monstruo lo esperaba?

Abrió la puerta. Tras ella, de pie con las manos a la espalda, estaba el joven Louis Fauvert, barón de Montrevere. Era un muchacho de la edad de Jim, alto y delgado, de aspecto más que saludable, muy hermoso, de rostro casi femenino, cabellos dorados y vestido del mismo rígido negro que su padre, quien los presentó.

—Como ya te anuncié, este es el señor Billingam, tu compañero desde hoy. Señor Billingam, le presento al barón de Montrevere.

—Señor Billingam... interesante —dijo el joven barón, sonrió y le tendió una amistosa mano—. Sea bienvenido en mi casa.

____ 18 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Noche del viernes

—Ya está bien... —La vela casi se ha extinguido. Pone otra en su lugar y cierra la novela. El silencio es absoluto, sepulcral. Si abandona la lectura es imposible que no caiga rendido.

Aun así, permanece despierto, durante nueve velas. Se rinde cuando está por amanecer, o eso hemos de intuir, porque la luz del día no entra nunca en esos sótanos. Vuelve a su cuarto deprisa, sin los titubeos del viaje de ida. Allí toma pluma del bolsillo de su abrigo, y arranca la última cuartilla del folletín. De rodillas escribe sobre la cama, procurando alejar la luz de la vela con la que se alumbra de las resmas de papel viejo que lo rodean. Escribe como un prisionero garabateando una nota de auxilio. Pero no pide socorro. La nota dice:

Señor Aguirre, ¿quién es el asesino?

____ 19 ____

Dios no se fía de los británicos a oscuras

Sábado

¿Qué les estaba contando...? Ya recuerdo, andaba yo en el calabozo tras el asesinato de la Chapman, lamiendo mis heridas mientras Torres agotaba su ingenio y su bondadosa alma tratando de encontrar un camino apacible al torturado discurrir de mi existencia, que ahora se enfrentaba a tan incierta encrucijada. Superada la conmoción inicial, recompuesto el ánimo, armado de más decisión que recursos para llevar a cabo su empeño, se lanzó a la empresa de librarme de presidio. Fue a su embajada, a Hartford House en Manchester Square, y terció por mí. Se citó para cenar con el señor Ribadavia, hombre capaz que demostró en esta y postreras ocasiones ser orgullo de la diplomacia española, que ahora ocupaba un puesto de importancia dentro de la Cámara Española de Comercio, fundada no hacía ni dos años, y era primer secretario de la embajada. No es de extrañar al menos que fuera muy popular, pues no es común que dentro del *corp diplomatique* un funcionario permanezca tanto en el mismo destino. Diez años, ni más ni menos.

Yo no era compatriota de estos caballeros, por lo que Torres se vio obligado durante la velada a enfatizar mucho la importancia que mi amistad tenía para él, y que por tanto consideraría cualquier bien que pudieran hacerme como hecho sobre su persona. El favor se lo hacía a él, dijo, no a Raimundo Aguirre: mendigo, criminal y lacra para el género humano.

Fuera como fuese, las cosas toman su tiempo. Sin poder hacer nada más antes de ver al señor Ribadavia, mi amigo compró toda la prensa vespertina en busca de información respecto a lo sucedido en Hanbury Street. Extraña le pareció aquella ciudad una vez más, cuajada de noticias insólitas. Junto a las actividades sociales de la familia real o al comienzo ese fin de semana al norte del país de la primera competición o «liga» de equipos de *football*, deporte que estaba fascinando a los británicos con ese singular gusto suyo por el ejercicio físico y los juegos, se mezclaban asuntos tan raros como la intención de unos artistas itinerantes de la cera que habían ubicado su «museo» frente al London Hospital, en Whitechapel Road, en el mismo edificio donde poco antes se exhibiera al famosísimo Hombre Elefante, de preparar una figura que representara alguna de las víctimas del asesino de Whitechapel, para satisfacer por unos peniques el morbo de la población londinense y de paso lucrarse a su costa.

Poco tiempo después, la celebérrima Cámara de los Horrores del museo de Madame Tussaud, que ya por entonces gozaba de gran popularidad, añadió figuras

referentes al crimen. Y no era esta la única muestra del humor oscuro inglés. Esa misma noche, como llevaba haciéndolo otras tantas y como lo haría en sucesivas cada vez con más éxito, el actor Richard Mansfield interpretaba en el teatro del Lyceo la obra *El Doctor Jekyll y Mr. Hyde*, basada en la famosa novela de Stevenson. Decían que la transformación del señor Mansfield era espectacular, que las damas salían presas de sofocos al ver cómo, sin trampa ni cartón, el actor tornaba su aspecto de respetable caballero al de un demonio, receptáculo de todas las vilezas del hombre. Y no pocos empezaron a jugar con la posibilidad de que tal monstruoso cambio físico no fuera acompañado de un cambio en el alma del actor, como en la del buen doctor del relato y, medio en broma medio en serio, aproximaban el nombre de Mansfield al del asesino. Lo cierto es que el horror que se posaba en las calles de Londres atraía más y más gente a cada función, a ver la portentosa transformación del actor. Seguro que esa noche, a las ocho y cuarto, la platea del teatro estaría a reventar, llena de buenas personas ávidas de terror, azuzadas por la sangre de una pobre mujer que aún manchaba ese patio de Hanbury Street.

¿Y este gusto siniestro era de verdad exclusivo de los hijos de la Gran Bretaña? No por cierto, pensaría Torres, pues algo más aparte de su interés por mi situación le había empujado a comprar tantos diarios. Se hizo con muchos, y los más populares de entre ellos habían sacado cuatro, cinco y más ediciones, empujados por la noticia que eclipsaba a todas esas estrafalarias compañeras suyas: esa mañana otra mujer había muerto a manos del Monstruo.

Pese a que Torres no disponía de la información precisa para juzgar la veracidad de lo que contaba la prensa, a la luz de lo obtenido a través de los investigadores de la metropolitana, Chandler, Thick y Leach, en el propio escenario del crimen, lo que se contaba en esos papeles era, como poco, algo inexacto. El Evening News llenaba las páginas de su quinta edición con terribles titulares:

OTRO ASESINATO EN EL EAST END, ESTA MAÑANA TEMPRANO EN SPITALFIELDS

Una mujer degollada y su cuerpo destripado. Encontrado un delantal de cuero. Las entrañas y el corazón arrancados.

¿Le extrajeron el corazón? Recordaba que el doctor Phillips y los detectives mencionaron que habían sacado las tripas a la mujer y las habían extendido sobre su hombro, pero él entendió que habían abierto el vientre, no podían extirpar el corazón por ahí, aunque... el doctor había asegurado que faltaban órganos. Los titulares del resto de los periódicos no eran menos alarmistas: «Cuarta víctima del maníaco»,

«Circunstancias que exceden en brutalidad a los otros tres crímenes de Whitechapel»...

Horrible. La prensa se hacía una aireando el espanto, gritando la monstruosidad del hecho sin ahorrar epítetos descarnados hacia el monstruo que lo perpetrara: «medio hombre medio bestia», decía el Star. Pese a este desafuero por mostrar los aspectos más temibles de la situación, las crónicas eran muy imprecisas en cuanto a las barbaridades hechas a la mujer. Hablaban de corazón, hígado y demás órganos extirpados y dispuestos en la escena, decían que la cabeza había sido casi desprendida del tronco y solo se mantenía unida a él por un pañuelo anudado, o por sus propias entrañas enrolladas en el cuello de la mujer. Pese a que aseguraban haber tenido declaraciones de Chandler y los otros policías, la información que aportaban parecía confusa y poco clarificadora. Había quien seguía barajando la posibilidad de que los crímenes eran obras de bandas, de los Hoxton High Rips Gang, una banda especialmente cruel. No era creíble, se lo digo yo, no sé de ninguno de mis compañeros de fechorías, ni entre los más brutales, que gustara de arrancar vísceras, extremidades sí, como a punto estuve de poder atestiguar yo mismo, pero no órganos.

Aun así, pudo sacar conclusiones de lo que leyó. El señor Davis, un hombre mayor que alquilaba una de las habitaciones de la propietaria del veintinueve de Hanbury Street, la señora Richardson, fue quién encontró el cadáver. Salió a trabajar y pasó por el patio a las seis menos cuarto cuando se encontró con la desdichada. La descripción del cadáver era más o menos coincidente en todos los diarios, con las discrepancias sórdidas de quién ponía mayor o menor ración de casquería, siempre descrita con la suficiente imprecisión como para que Torres no pudiera hacerse una clara idea de las heridas infligidas sobre aquella mujer. Todos estaban de acuerdo, eso sí, en la naturaleza espantosa del crimen, llegando algunos a asemejarlos a los horrores cometidos por nativos americanos sobre los colonos que capturaban. Yo conocía a un individuo americano conocedor de habilidades propias de los indígenas de su país, que gustaba de coleccionar vísceras y que en estos días residía en Londres. Pero no era yo quién leía esos periódicos.

Se hacía mucho hincapié en la aparición de aquel delantal de cuero, aunque bien es cierto que se mencionaba la posibilidad de una casualidad o hasta de que el asesino lo hubiera dejado con intención de causar confusión. También se hacía referencia al hallazgo de un cuchillo ensangrentado, así como los rumores de la detención de dos individuos en relación con el crimen, dos delincuentes comunes, uno de ellos debía de ser yo.

Reflejaban bien aquellos escritos el caos y el temor que reinaba en las calles. Caos que llevó incluso a avivar rumores sobre un segundo asesinato, esa misma mañana, cuando, según se decía, se encontró una joven degollada en el cementerio de St. Phillip's Church, a la espalda del London Hospital; una historia sin ningún

fundamento, como reconocían muchos de los periodistas, al igual que otras tantas, como por ejemplo: una vecina que vivía al lado del lugar de los hechos declaró que en la puerta del veintinueve de Hanbury Street alguien había escrito: «Esta es la cuarta. Mataré a dieciséis más y entonces me retiraré». Torres vio esa puerta, y no recordaba haber visto nada parecido allí.

En otros periódicos, en especial en el Star, se cargaban las tintas contra la incompetencia policial, ensañándose con el Dr. Robert Anderson, jefe del CID que recientemente había sustituido al señor Monro, y contra sir Charles Warren, jefe de la policía Metropolitana, el mismo que mandara la triste actuación policial en el «domingo sangriento» de noviembre del ochenta y siete, quién había introducido un excesivo militarismo en el régimen policial (siempre a juicio de los periodistas), y a quién se le reprochaba desde la ineficacia de su sistema, hasta el no utilizar sabuesos para la búsqueda del criminal siguiendo los rastros dejados en el patio de la calle Hanbury. Decían que no disponían de pista alguna, que toda la policía se encontraba desbordada por los hechos, cuando no indiferente ante ellos. La gaceta Pall Malí, habitual agitadora social, se unía con mucha vehemencia a las críticas contra las fuerzas policiales, llegando a asegurar que el gobierno se ocupaba más de reprimir manifestaciones políticas en Trafalgar Square que en prevenir esos brutales asesinatos.

En medio del sensacionalismo propio de esas noticias, y de los malintencionados comentarios políticos, mal que bien podían vislumbrarse los datos reales del asesinato. La inexistencia de sangre en el acceso al patio indicaba que el crimen se había cometido en el mismo lugar donde se encontró el cadáver. Nadie oyó gritos, la mujer fue degollada, si no decapitada, y difícilmente pudo gritar nada. Aun así, vivía gente a escasos metros del lugar, como Torres podía bien atestiguar, y nadie se dio cuenta de lo más mínimo. Había otro testigo al que los periodistas se habían aproximado, el hijo de la propietaria, la señora Richardson. El señor Richardson aseguraba haber pasado por el patio, a comprobar el estado de la puerta del sótano, cerca de las cinco de la mañana, y no vio cuerpo alguno. Eso contradecía lo dicho por el doctor Phillips, recordaba Torres que el médico aseguró que la mujer había muerto a las cuatro o cuatro y media. Se hablaba de los objetos de la víctima encontrados, aunque no se mencionaba su extraña colocación, y también se hacía referencia de ciertas ausencias: parece que habían arrebatado a la mujer un anillo. ¿Ese era el motivo, el robo?

En cuanto a la identificación de la difunta, se consiguió ya de mañana. Era una prostituta de cuarenta y cinco años conocida como Dark Annie. Su nombre real era Annie Sievey, Sieveo o Siffey, o Chapman. Fue identificada por un compañero que vivía donde ella, Frederick Simmons, y por otra amiga, Amelia Palmer, a las once y media de la mañana, en la morgue de Montague Street. Annie había vivido los

últimos días en la pensión comunal de Crossingham, donde yo escondí el Ajedrecista. De hecho, días después, tanto Donovan como Evans, encargado y vigilante nocturno del lugar, tuvieron que declarar e identificar el cuerpo. Y yo, por supuesto, fui requerido para esta misma fea obligación.

Me llevaron pasado ya el mediodía a ver el cadáver de aquella mujer. Estaba tumbada en una mesa de madera, en ese lugar frío y cargado de humedad, con paredes de ladrillo sucio y desgastado por tanto fregar. Sentí un olor desagradable, no ha muerto, era como a rebotica de farmacia abandonada. Ella estaba tapada por un lienzo hasta el cuello, dejando ver su cara, abotargada, pero plácida, como durmiente. Era una mujer cansada, debió estar cansada toda su vida, ahora le quedaba el resto de la eternidad para dormir.

Quería identificarla. No podía consentir que me mandaran a la calle, a ser pasto del Green Gate otra vez. No la conocía, de nada, es posible que me hubiera cruzado con ella en el pasado, incluso puede que la atormentara cumpliendo algún encargo de mis jefes, pero si fue así no dejó huella alguna en mi memoria, como a tantos otros seres a los que afligí. ¿Cuántas penurias debió padecer? ¿Tal vez pensó que la muerte traería descanso a su existencia? ¿Un fin así puede traer algo que no sea dolor? Ni siquiera en la muerte hallaría paz o reposo, recibiendo el peor final, porque las profanaciones hechas a los cuerpos, las mellas y taras infligidas, repercuten en el alma, se lo digo yo y sé de lo que hablo.

Desvarío. El caso es que con estas, yo quería identificarla, decir que la conocía, que la había matado que... Imbécil. No entendía que el final de una soga era lo que aguardaba al que hubiera cometido esas atrocidades. No atendía a razones, porque lo único en que podía pensar era en que el Bruto me había salvado, me había dejado ir, ¿por qué? No era hombre al que le moviera la compasión, todo lo contrario. ¿Qué le habría empujado a abstenerse del placer de matarme, a mí, a alguien tan inútil y despreciable a sus ojos? Tenía más miedo a O'Malley que a la horca, y actué en consecuencia, aunque sin lograr fruto alguno.

No fui creíble al identificar a la Chapman. Grité y pataleé, juré que conocía a esa mujer, que había dormido con ella, que la deseaba y por eso la mate... no pude dar datos que satisficieran a la policía, ahíta ya de confesiones fingidas. Solo era otro tarado con ínfulas de grandeza. El detective sargento Godley de la división J, Benthal Green, que me conocía bien, dijo tras contemplar mi pobre actuación al ver el cuerpo:

—Este desgraciado solo busca estar sin trabajar y conseguir un plato de comida caliente todos los días. —En ningún momento me creyeron. Ni siquiera atribuyeron mi arrebato a la demencia, sino a la maldad.

Para certificar más mi inocencia, a mi pesar, la viuda Arias vino al día siguiente en mi rescate, cómo no, acompañada de su sobreexcitada hija, que no paró de asaetear a todo agente que encontró con preguntas sobre los asesinatos. La mujer juró

que me conocía y alabó mis virtudes todo lo que su engañada caridad le impulsó a hacer. Mis horas en el confort de la reclusión estaban contadas. Aun así el lunes diez, el mismo Godley me llevó al sanatorio de Seaside Home para ser identificado por los testigos, que parecía haberlos, junto a otros tantos trastornados, maníacos y delincuentes sexuales que hubieran abandonado psiquiátricos en fechas próximas. Me tuvieron en pie, junto a un polaco de gesto obtuso, ante una mujer que no debió reconocerme. Las descripciones que circulaban sobre el asesino no armonizaban en nada con un tullido como yo. También fueron a visitarme Evans y Donovan al Seaside Home, y pronto dieron noticias de mí, del viejo Drunkard Ray y sus tropelías, me achacaron de nuevo el secuestro de Juliette, que ya había quedado aclarado, me acusaron de moroso, de ladrón, de todas las faltas que me conocían, que eran muchas. La policía ya tenía un buen retrato de mí.

La mañana del día once, Torres vino a por mí. Me dejaron a su custodia, aventuro que eso fue fruto de la mediación del bendito señor Ribadavia. Le encontré en un estado de ánimo muy diferente a aquel que exhibió cuando nos separamos. Cierto es que era hombre que no dejaba traslucir sus preocupaciones al semblante, y así ante cualquier problema mantenía un espíritu tranquilo y analítico y un humor dispuesto. Teniendo en cuenta esto, es también cierto que el aciago sábado en que mataron a Annie, noté cierta confusión o tristeza en su persona, ahora desaparecida. No quedaba ni rastro de ese mirar que fijó en mí mientras la policía me devolvía al calabozo. Ahora veía alegría en él, tal vez un cierto entusiasmo. Durante el trayecto a la pensión de la viuda Arias apenas hablamos, se preocupó por mi salud, que algo había mejorado en los últimos dos días, siempre he gozado de no poco vigor y muy buena encarnadura, si no de qué habría sobrevivido hasta semejante edad. Mis magulladuras aún dolían y puede que una de mis costillas anduviera maltrecha o incluso rota; nada a lo que no estuviera acostumbrado. Lo único que me dijo en el coche que pudiera ser de interés para lo que nos atañe fue:

—¿Sabe, don Raimundo?, un banquero judío llamado Samuel Montagu ha ofrecido cien libras por la captura del asesino, como usted predijo. De acuerdo, no ha sido la policía, pero este caballero resulta ser un miembro del parlamento, es importante que los políticos se ocupen del bien de la ciudadanía. De hecho, esta debiera ser su principal preocupación, y le aseguro que no suele ser así...

—¿Jjjj…judío?

—Claro. Parece que la gente se ha echado encima de esta comunidad, ha habido conatos de revueltas contra ellos. Ya habrá oído los rumores que acusaban a un «extranjero» de ser el asesino, el asunto de Delantal de Cuero... este señor Montagu parece ser un gran benefactor para los suyos, y esta recompensa es una más de sus buenas acciones. Lo importante es que usted, una vez más, tenía razón: hay una recompensa. Y fíjese, puede que acabe cobrándola.

Esas palabras acompañadas de su sonrisa hicieron que Tumblety, en quien no había vuelto a pensar durante ese fin de semana lleno de miedos y maltratos, volviera a mi cabeza. Sus palabras no podían significar otra cosa: el español había descubierto algo que ratificaba mi hipótesis. No voy a negar que cierta satisfacción me embargara; yo, el tonto, el retrasado, había resuelto un crimen que traía a Scotland Yard y al mismo gobierno británico en jaque, y lo había hecho por puro instinto.

Llegados ya a nuestro destino, la señora Arias me hizo un recibimiento propio de un héroe.

—Señor... don Raimundo, no puede hacerse una idea de... —Los bonitos ojos verdes de la mujer que había heredado Juliette se llenaron de lágrimas. La voz se le cortó y su hija, que llevaba un buen rato dando saltitos a nuestro alrededor, se abrazó a ella—. No sé cómo...

Torres tendió una mano a la viuda, que la tomó con fuerza y gratitud, incluso noté cómo la mujer apoyaba levemente su cabeza en el brazo, no llegaba a la altura del hombro, del español. Este no le dio importancia al gesto, pero sin querer presumir de buen conocedor del espíritu femenino, ninguna mujer hace nada sin motivo.

—Vamos, amiga mía —dijo Torres—. Don Raimundo ya está bien y entre nosotros. Todos le agradecemos lo que ha hecho...

—Yo más que nadie, don Leonardo. Bien se nota de la cuna que viene. En voz muy bajita añadió—: Confíen en mi discreción, se lo ruego.

Ambos quedamos pasmados, y volvimos al tiempo la mirada a Juliette, que bajó vergonzosa, falsa vergüenza la de ese diablillo. Luego Torres sonrió, encogió los hombros hacia mí y dijo:

Por supuesto que confiamos en usted. Nadie mejor guardaría tan importante secreto. —Y subimos. La viuda Arias me tenía reservada una más.

Había dispuesto unas habitaciones más amplias para Torres, las primeras según se subía a la segunda planta, compuestas de dos cuartos y una coqueta salita mediando entre ellos. Un pequeño cuarto para mí, con una cama de verdad. No fui capaz de agradecer nada a la buena mujer, todo me aturdía, mi transición desde las fronteras de la mendicidad hacia este desconocido confort ocurría muy rápido y me temo que el miedo por mi incierto futuro ocupaba la mayoría de mis pensamientos, miedos de los que no me atrevía a hacer partícipe a Torres.

Le pedí este favor a la señora Arias —dijo cuando la viuda nos dejó a solas en nuestras nuevas habitaciones—, aquí estará cómodo —me señaló el que habían dispuesto como mi cuarto, donde humeaba una palangana de agua y jabón—, hasta que cobre esa recompensa al menos.

—No... —dije mientras me aseaba sin ganas, por no desairar a Torres ni a una patrona tan dispuesta como la viuda Arias— ¿no se va...?

—No. —Apartó su mirada, cosa que no era nada habitual en él—. Usted y yo

conocemos a Tumblety, siento que tenemos cierta obligación en ayudar a su detención. Además —ahora sonrió—, me gustaría esperar a ver cómo consigue la recompensa del señor Montagu. Ahora tengo una razonable certeza de que usted no se equivocaba, don Raimundo, y lamento haber dudado, comprenderá que hasta estos últimos acontecimientos su teoría parecía un tanto estrafalaria. Ahora me inclino a pensar... ¡Va!, dejémonos de medias tintas: estoy convencido de que el asesino es el doctor Francis Tumblety.

—¿P... por qué? —De momento me resistí a revelarle mi encuentro con aquel jinete y su montura blanca, el que tuve durante el sepelio de la Nichols.

—Por una conversación que tuve ayer mismo con el inspector Abberline y por otro par de detalles que no tardaré en aclararle, si tiene paciencia. Esa ropa es para usted. —Había un traje gris, camisa limpia, sombrero, todo dejado sobre la cama. ¿Para mí? Junto a la ropa había una máscara de cuero, de media cara, bien cosida, con cuatro cintas firmes para sujetarla y un hermoso botón blanco en el lugar de la cuenca vacía que tapaba; muy bonita. La cogí para contemplarla más de cerca, sobre mi ojo permanecía una persistente niebla y no dejaba de llorarme. Comprobé que se fijaba bien a mi rostro—. Sí, la ha hecho con un par de botas de su difunto, una mujer muy hacendosa nuestra viuda... —Me animó con un gesto a ponérmela. Observé que el botón era en realidad un camafeo de marfilina, con el perfil estilizado de una dama en altorrelieve sobre él—. Volviendo a nuestro asunto... no es sencillo explicarlo, y debo mostrarle los datos uno a uno, en su orden, para que comprenda mis conclusiones, que no son otras que las suyas. Prepárese para una larga historia.

»Bien, Abberline es uno de los detectives que se encargan de estos asesinatos y amablemente se ha brindado a explicarme la situación, entiendo yo que para contarme como aliado en la caza del doctor indio. Según cuenta, el señor Tumblety ya era objeto de una investigación que en nada tiene que ver con los crímenes, a cargo de un departamento secreto de Scotland Yard llamado Sección D, ¿tiene idea de a qué se dedica este departamento?

—No. —Salí ya vestido y enmascarado, recibiendo una sonrisa de aprobación de Torres, que se sentó y me invitó a mí a hacer otro tanto a su lado, a una pequeña mesa de té, rodeados por esa habitación, acogedora y algo recargada, como era costumbre en la viuda.

—Yo tampoco sabía nada, hasta que el inspector Abberline me lo aclaró. Este grupo especial de la policía emplea su tiempo en asuntos delicados, de carácter político. Parece que investigaban a Tumblety en relación con actividades de radicales independentistas irlandeses, *fenians*, les llaman.

—¿Tumblety es... essss irlandés?

—De origen, así es, aunque pasó su juventud en Canadá. Según me contó el inspector muchos de estos luchadores por la independencia irlandesa vienen de las

américas, y no me tomo yo el juicio del señor Abberline a la ligera en lo tocante a esto, que ya se vio involucrado en una investigación hace tres años referente a un intento de dinamitar el parlamento y la Torre de Londres por los fenians. El caso es que Tumblety era nombre conocido ya por la policía; cuando mencioné sus sospechas a los inspectores Moore y Abberline, indagaron y encontraron mucha información a su disposición. Tumblety ha protagonizado ya un par de escándalos: unos diez días antes de la muerte de la señora Smith, y el otro en el mismo del asesinato de Polly Nichols, ambos por temas referentes al orden público, exhibición indecente, etcétera. Visto esto, otro compañero de ellos, Andrews se llama, ha sido encomendado con exclusividad a seguir la pista al señor Tumblety. Parece ser que incluso frecuenta altos círculos de la ciudad, o esa es su intención. No es la discreción una habilidad que practique nuestro «buen doctor». No creo por tanto que tarden mucho en dar con él y si es así, y pueden demostrar que es el asesino, de lo que estoy convencido, el señor Montagu no tendrá inconveniente en dar el premio prometido a la persona que primero señaló al americano como culpable.

Quedó Torres muy callado, como cuando cavilaba en sus cosas, cuando repasaba sus ideas y sus fórmulas, o lo que sea que ven en su mente los hombres de ciencia mientras los demás pensamos en el modo de conseguir un par de chelines. Había algo con lo que parecía no estar cómodo.

—¿Q… qué le d... dijo el inspector Ab...?

—Hablamos del asesinato de esa pobre mujer, esa señora Chapman, y de Tumblety y...

—Algo lll... le molesta.

—¿Molestarme? —Lastrado por mi torpeza en el habla, me limité a señalarme la frente como toda explicación—. Es usted muy perspicaz, don Raimundo. No podía ser de otro modo en el hombre que ha descubierto al asesino. —Sonrió—. Tiene razón, hay algo que me ha venido incomodando en estos últimos días, algo de lo que no estoy seguro que guarde relación alguna con los asesinatos. Se refiere a eso. —Señaló a la cabeza del Turco, que reposaba ahora limpia sobre el estante de mampostería cercano a la ventana, junto a un montón de cursis figuritas chinas.

—¿El Ajedd... drecista? ¿Lo r... recuperó?

—Sí. Por cierto, ¿sabe que volví a visitar a lord Dembow? No podía permanecer por más tiempo en esta ciudad sin verle después de las atenciones que tuvo conmigo, con nosotros. Y de nuevo, el encontrarme con esa familia fue fuente de un extraño desasosiego. ¿Le he hablado de mi pasada estancia en su casa, hace diez años?

No, no lo había hecho. Torres permaneció un día más en Forlornhope tras yo abandonarlo aquel septiembre del setenta y ocho, y durante ese día, y el siguiente cuando embarcó para regresar a casa, disfrutó de la compañía de sus dos nuevos amigos, los dos tenientes de fusileros con los que había compartido tan extraña

aventura. Y es que pese al poco tiempo desde que se conocían, la intensidad de una experiencia así hermana los espíritus; si lo hizo conmigo, cuanto más no lo haría con aquellos dos caballeros, algo más parejos a él en edad, y mucho más en cultura y conocimientos. También tuvo oportunidad de compartir tiempo con la encantadora señorita Cynthia, y como cualquier varón joven, quedar fascinado por la joven pupila de lord Dembow. La muchacha emanaba alegría y vida con tan generosa efusión que deslumbraba, muy diferente era su carácter al de su tío y primo, grises y taciturnos, y a la sobriedad de su prometido. Pero, sobre todo, ese día más en compañía de aquellas personas le hizo volver a tomar contacto con el misterio que rodeaba a la familia.

—¿Misterio?

—Así es, don Raimundo. En nuestro primer encuentro, del que usted fue testigo y parte, hubo algo que me resultó inquietante, algo indefinido que no se ajustaba a lo que allí veíamos.

—Sí. Mmm... me lo mmm... mmmencionó.

—No se trata de algo que me obsesionara, o que me haya perseguido estos años, no crea. De hecho, hasta que recibí su carta, no creo que haya tenido un solo pensamiento para la familia Dembow. Les escribí unas letras nada más regresar a España, por cortesía, repitiendo de nuevo mi reconocimiento por su hospitalidad; eso es todo. Sin embargo, cuando leí su nota y recordé de nuevo aquel extraño día... verá, hace mucho tiempo y no soy capaz de precisar qué era lo que no me resultaba normal, salvo por dos aspectos. ¿Recuerda lo versado que parecía el teniente Hamilton-Smythe en el Ajedrecista de von Kempelen? El teniente se mostró como un hombre culto en extremo, pero esa familiaridad con aspectos científicos no es tan normal en un caballero de su posición. He observado que la ciencia no es una disciplina que suela interesar demasiado a las clases altas, con excepción de la medicina tal vez, y desde luego interesa mucho menos a estos pretendientes a nobles. Aún más, se trata de un conocimiento muy específico. Yo, siendo ingeniero, no tenía más que algunas vagas nociones al respecto, mientras que Hamilton-Smythe sabía fechas y datos sobre la vida de los que estuvieron involucrados en el Ajedrecista. ¿No lo ve singular? —No. Me parecieron en ese momento esas deducciones algo alambicadas y sin ninguna relación con los asuntos que hacía dos minutos me contaba. ¿A qué venía ahora recordar a esos británicos estirados y esnobs cuando se hablaba de los asesinatos más importantes de la historia? No dije nada A raíz de aquella apuesta en la que participé, creció en mí cierto interés por este autómata, por la automática en general, y aunque no me resultó difícil encontrar información referente al Ajedrecista, no es algo que aparezca en la mayoría de los textos, nada que un oficial amante del polo y la caza encuentre entretenido. Este misterio quedó aclarado en parte al día siguiente. En cambio el otro, el que más me inquieta... para que pueda explicarle este tendrá que

hacer algo más de memoria.

No tenía entonces la mente tan ordenada como ahora, pero hice un esfuerzo por Torres.

—¿Recuerda cuando nos tropezamos con Tumblety? Tras presentarse, los tenientes lo reconocieron, dando a entender que la señorita William tenía algún trato con el americano. Más tarde, ya en casa de lord Dembow, la propia señorita William habló de él, y dejó bien claro que tan solo vio una vez a Tumblety, y no parecía darle gran importancia. Extraña discrepancia, ¿cómo podía elogiar tanto al médico indio a sus amigos, cuando solo había coincidido una vez con él? ¿Lo recuerda, don Raimundo? —No, ni él tampoco a juzgar por lo que decía.

—¿Y q... quién mentía...?

—No lo sé. Ya le digo que no estoy seguro de todo. El día que siguió a nuestra despedida muchas cosas se aclararon, aunque no todas.

Me contó esa jornada que me perdí, esa que pasé torturado primero, y luego asesinando a Irving, el Hombre Lobo. En su memoria había quedado guardada como un día agradable en compañía de amigos recién encontrados, lleno de la curiosidad que las amistades nuevas provocan siempre en jóvenes como él. Sin embargo, la jornada no comenzó bien. Pasó una muy mala noche, cuajada de sudores, pesadillas y fiebre. Su agitarse despertó a toda la casa, que con amabilidad más allá de la necesaria prodigaron sus cuidados al huésped enfermo. Lord Dembow quiso llamar a su doctor Greenwood, que dado lo precario del estado de salud del noble, estaba siempre a disposición de la casa. Incluso el antipático Percy Abbercromby dispuso de inmediato lo necesario, y mandó por otro médico, un profesor suyo, pero tras un examen del enfermo a cargo de Tomkins, cuyo amo dijo que disponía de conocimientos clínicos, este aseguró que Torres solo tenía una indisposición pasajera, diagnóstico con el que estuvo de acuerdo el español, poco acostumbrado a estar enfermo, y que sentía más el apuro del cargo que generaba su malestar en sus huéspedes que molestias por su enfermedad, cuyos síntomas no consistían más que en un estado algo febril y cierta flojera intestinal. Un buen caldo y una tisana para mejor dormir consiguieron que el resto de la noche fuera, si no apacible, al menos tolerable para el bueno de Torres.

El día siguiente fue de un color muy distinto a esa noche de sudores y revueltas sobre el colchón. Fue un amable y feliz modo de despedirse del mundo británico, o así lo recordaba Torres; sin embargo, en medio de esa evocación de agradable comodidad, había molestas espinas.

La primera surgió nada más amanecer. Madrugador como siempre, pese a lo molesto y cansado que se encontraba, fue a dar un corto paseo, disfrutando de la placidez y elegancia del barrio. Al regresar, se encontró a Tomkins despidiendo al doctor Greenwood, quién acudía todas las mañanas a visitar a su paciente.

—Este es el caballero que se encontró indispuesto esta noche, doctor —les presentó el mayordomo.

Greenwood era un hombre atlético, de un vigor y una alegre disposición que contagiaba optimismo a cada paso. Se encontraba en un envidiable estado físico, y tal circunstancia y lo negro de su pelo y barba, le conferían un aspecto mucho más juvenil del propio de su edad, pues ya era un reputado galeno, médico de la Casa Real.

—¿Se encuentra más aliviado, señor Torres? —No le dejó responder—. Lo mejor que le puedo prescribir es que se ponga en manos de la señorita Trent, un desayuno de esa bendita mujer cura todos los males, mire. —Mostró una tartera que llevaba entre las manos—. Me llevo su bullabesa para otros pacientes míos —rió—, lo digo en serio. No guarde cuidado, imagino que su malestar se debe a tanto viaje como me han informado que lleva haciendo. Eso incomoda al organismo, seguro. Si se encontrara peor...

Torres agradeció su interés y ambos se despidieron con cordialidad. Tomkins preguntó entonces si, haciendo caso a las instrucciones del médico, pensaba desayunar, y de ser así, si iba a esperar al resto de la familia. La señorita Cynthia no solía despertar hasta las diez o las once de la mañana, excepto cuando iba al campo, circunstancia que no se daba hoy. Torres prefirió aguardar, dejar que su estómago se asentase un poco más leyendo algo o escribiendo alguna carta para España, y el mayordomo lo condujo a la magnífica biblioteca de la casa, una sala amplia, acogedora, alumbrada con luz natural a través de hermosos ventanales y surtida de una buena cantidad de volúmenes.

La decoración era singular, inapropiada para una biblioteca de la importancia de esta, que uno imagina debiera estar cargada de sobriedad y aromas a madera y a sabiduría almacenada. Aquí todo era más hogareño. Había sillones y cojines propios de una sala de estar. Los retratos abundaban, en especial los de Cynthia, que ya fuera en fotografía o en pintura, resultaba de un atractivo hipnótico, atrapada inmóvil en esos recuerdos gráficos.

Junto a un retrato de la joven en elegante vestido de fiesta destacaba un grandioso cuadro de un buque atracado en un muelle. «¿No es eso Millwall, en la Isla de los Perros?», se preguntó Torres. La nave era de proporciones tan descomunales que llevaba adosados a las bordas dos vapores de cien pies de eslora como barcos de apoyo, que parecían dos pequeñas lanchas junto al Goliat de acero. Quedó un rato contemplándolo, dudando de si se trataba de un barco real o una fabulación del pintor.

Al lado había un pequeño tapiz colgado con un escudo heráldico bordado en él en vivos colores, aunque el blasón allí representado era en nada alegre. Sobre campo de sinople con una bordura en sable, se veía una fúnebre carga en plata: la muerte. Un

esqueleto, guadaña en mano, que con la siniestra sostenía un reloj de arena partido, del que caía su contenido al suelo. Bajo él, una leyenda rezaba:

Mortem Deletricem Laete Vincebo In Immota Ira Iustorum

Era un tapiz reciente, y el emblema también lo parecía, muy a tono del romanticismo reinante el que los nobles «inventaran» o «recrearan» sus armas acordes con sus gustos, y en este caso, esos gustos le resultaron a Torres un tanto morbosos. Enseguida volvió a su idea original de buscar lectura.

Aunque no se veía por entonces capaz de leer con fluidez en inglés, esperaba que hubiera algún libro en francés, que en la biblioteca de alguien de la cultura y posición de lord Dembow no sería extraño. Tan solo encontró un ejemplar de *Histories Extraodinaires*, la colección de relatos del autor americano Edgar Allan Poe traducidas por Baudelaire. Lectura más entretenida no cabía encontrar, sin embargo otros títulos en inglés llamaron más su atención.

Encontró innumerables manuales y libros sobre medicina y anatomía, así como tratados de matemáticas y física. No le pareciera extraordinario en exceso el encontrar enjundiosos tratados científicos en la biblioteca de un lord británico, intereses singulares por el saber puede haberlos entre cualquier clase social. Lo llamativo era que se encontraban abiertos y diseminados sobre la mesa y los dos atriles que constituían lo principal del mobiliario de la estancia. Estaban siendo usados a menudo y no hacía mucho tiempo, a juzgar por su estado y por la profusión de notas escritas con desorden, casi improvisadas, y diseminadas por aquí y por allá, y esa dedicación más allá de la mera curiosidad no parecía propia de un noble, normalmente más interesados en las humanidades que a las ciencias, y en muchos casos ajenos a ellas. Ajeno y pronto en denostarlas se mostró lord Dembow la noche pasada, muy del mismo parecer del teniente Hamilton-Smythe, que no cejaba en manifestar la tendencia perversa que veía en el saber científico.

Hasta el momento el asunto no pasaba de ser llamativo, y hete aquí que al curiosear sobre una de las monografías de física que reposaba en el principal de los atriles, y en el que se había guardado láminas y dibujos, topo con varios planos y esquemas de autómatas, los más conocidos de Vaucanson y otros, y lo que fue más inesperado, un par de dibujos del Ajedrecista de von Kempelen. No eran imágenes artísticas, parecían diseños o planos, aunque muy estrafalarios a los ojos de un experto, como Torres. Varios de ellos, los menos abstrusos, tenían un considerable parecido al autómata que viera el día anterior en la Isla de los Perros. Para mayor sorpresa, entre las páginas del mismo libró halló recortes, escritos y cartas, en inglés, francés y alemán, que parecían hacer referencia a la vida y obra del propio von

Kempelen, y de todos aquellos por cuyas manos el Ajedrecista pasó, textos estos subrayados y comentados con profusión.

Aquí Torres hizo una pausa enfática en su relato, y lo mismo hago ahora yo. ¿Están sorprendidos? Pues yo no lo estaba aquel día. No entendía nada, cosa que no desalentaba a la enorme paciencia de mi amigo español. Me miró y sonrió buscando complicidad en mí, poca se podía encontrar en un tonto con medio cerebro.

—Un tanto excesivo para ser una coincidencia —dijo—, ¿no cree? —No tenía idea de qué suponía que debía creer, ni siquiera sabía qué relación había entre eso que me contaba y lo que me estaba ocurriendo. Seguí escuchándolo con mi expresión estulta.

Encontró más y más información guardada al descuido referente a cualquier avance científico en general y a los autómatas en particular, había una decena de octavillas anunciando la exhibición en Spring Gardens, y numerosas referencias sobre ingeniería náutica. A fuer de ser sincero, esta última materia era la más abundante, abrumando al resto, aunque sin duda no era en ese momento tan atractiva como los textos sobre marionetas móviles.

En una de las mesas, sobre la que abundaban tinta y pluma, reglas y papeles, encontró una fotografía, un daguerrotipo antiquísimo y desvaído, en el que se podía apreciar un estanque, y cerca de la orilla un bote sobre el que posaban tres jóvenes, espadas en mano, en actitud de burla. Dos muchachos haciendo equilibrios, pie sobre borda, uno alto y enjuto y el otro tocado con un gorro de marinero, quienes tomaban de la mano a una preciosa niña sentada en popa. No se precisaba ser un gran fisonomista para reconocer el parecido del mayor de los muchachos con lord Dembow. Estaba observando el retrato cuando la puerta se abrió y el propio lord entró, arrastrándose casi sobre dos bastones.

—Admirando esa joya, señor Torres —dijo sonriendo, en un perfecto francés— No esperaba menos de usted. Es un daguerrotipo del treinta y nueve, debe de ser de los primeros hechos por el propio Daguerre. Una pieza única.

—Interesante. ¿Quiénes son los modelos? Creo verle a usted...

—Oh, sí, una foto de mi juventud. Estoy allí con mi viejo amigo, el capitán William...

—El padre de la señorita Cynthia.

—Sí. Siempre le llamamos capitán por esa gorra que acostumbraba a llevar y su gusto por imaginar aventuras exóticas.

—Vaya, creía entender que era de verdad capitán... ¿y la joven?

—Mi hermana Margaret. Falleció siendo muy joven. Una pena... —Dembow avanzó renqueante hacia el sillón principal. Torres estuvo pronto para ayudarlo, pero el anciano lo retuvo con un simple gesto, y el español rehusó seguir prestando su auxilio por no rebajar la altivez del noble—. La muerte se ha mostrado implacable

con mi familia.

—No es señora amiga de hacer favores...

—Vaya —se sentó resoplando por el esfuerzo—, diría que ha tenido malos encuentros con esa dama. —No, por entonces mi amigo no había sufrido los embates de la Parca, que hacía poco había sentido de la forma más cruel, ahora las palabras del lord parecían proféticas. Entonces, mientras Torres negaba con una sonrisa de alivio, Dembow señaló el cuadro con el tétrico escudo—. Maldita; he perdido mucho en sus huesudas manos.

—Su esposa además de su hermana.

—En efecto. Y amigos, y gentes de valía cuya muerte no trae más que dolor al mundo. Qué desperdicio tan lamentable...

—Extraño blasón.

—¿Eh...? Oh, sí, y algo siniestro sin duda —rió—. Lo adoptó mi padre, hace muchos años, aunque no tiene una relación directa con mi familia ni mis antepasados. Es la copia de un escudo en piedra que hay en un torreón normando de mi propiedad, la torre de D'hulencourt. Unas piedras viejas y sin valor alguno, lo más antiguo que poseemos, ese es su único atractivo. Veo que ha estado curioseando.

—Espero no haberle importunado con ello.

—En absoluto.

—Madrugo mucho, y mataba el tiempo ojeando sus cuadros, y su trabajo...

—Me temo que no soy muy ordenado en esto último, señor Torres —dijo el lord una vez sentado en el señorial sillón que gobernaba toda la habitación—. El madrugar es una cualidad propia de los poseedores de un genio vivo, no le gusta desperdiciar horas del día, ¿me equivoco?

Torres sonrió y respondió:

—Usted también se ha levantado muy temprano, señor.

—Lo que no hago es dormir. Este tormento tiene sus compensaciones: más tiempo para trabajar y para leer.

—Si me permite la pregunta, ya que deduzco que cura no habrá, ¿no existe alivio para su mal? Tal vez abandonar la ciudad, al campo, o a un clima más cálido...

—¿Como el de su país? —Sonrió—. No, me temo que esos remedios ya han sido probados. Solemos pasar las primaveras y buena parte del verano en el campo, en Kent, y aunque me alivia el ver ese hermoso lugar, los dolores persisten.

Torres dejó el volumen que ojeaba sobre la mesa, y ansioso por dirigir la conversación hacia esos textos, dijo:

—¿Y trabaja aquí?

—En efecto, en la biblioteca. Empezó siendo un arreglo momentáneo, para los días en que no estaba con ánimo para subir a mi despacho del piso de arriba, pero ya... abra allí. —Señaló una puerta pequeña, de madera, encogida contra la pared

entre dos grandes anaqueles cargados de libros. Al abrirla como le indicaron vio que daba a un pequeño cuarto, sin ventana al exterior, cuyo propósito original era difícil de imaginar, y que ahora se había convertido en una alcoba espartana. Una cama hecha, prueba de que Dembow no se había acostado aún, un galán de noche, una mesita con una lámpara y una bacinilla... poco más había—. Ahora duermo ahí, cuando lo hago.

Cerró la puerta y volvió de nuevo la mirada al desorden sobre las mesas.

—Espero que alguien le ayude.

Mi hijo. Sería más correcto decir que soy yo el colaborador, él lleva las riendas de todo desde hace tiempo.—Torres cuestionó con un gesto el contenido de ese «todo», a lo que lord Dembow contestó sonriendo—: Señor Torres, creo que lo que a usted le llama la atención es que dedique tiempo a estas cosas. Soy ingeniero, como usted. Sí, y creo que no solo compartimos eso, además también siento gran interés por todas las ciencias. —Torres contempló los libros y papeles una vez más—. Mi pasión es la mar, la náutica. Dispongo de activos en muchos de los astilleros y empresas dedicadas a la construcción de buques de este país. Miré allí. —Señaló el cuadro con la titánica imagen de ese buque fantástico—. El *Great Eastener*, durante tiempo conocido como Leviathan. Una cubierta de setecientos pies de largo, dos motores capaces de generar once mil caballos de vapor, con una autonomía de veintidós mil millas sin tocar puerto, quince mil toneladas de peso en total; no hay nada más pesado hecho por el hombre que flote sobre el mar.

—Lo conocía, señor —recordó Torres al oír el nombre del navío—, un magnífico buque. ¿Lo diseñó usted?

—No. Mi padre ayudó en parte al señor Brunel, un viejo amigo, y formó la Great Eastener Steam Navigation Company financiando buena parte de su construcción, montando la Sott, Russell, Abbercromby & Co. —Quedó un momento abstraído—. Yo tomé el relevo de esta empresa cuando regresé de América, mi primer empeño para esta casa, para esta familia... Un bonito sueño, que podría repetirse, y mejorarse, si aún me quedara tiempo...

—Por lo que dice entiendo que ya no está en servicio.

—Hace pocos años que se oxida atracado en New Ferry, otro viejo cansado, como yo.

—Creo haber leído que tuvo una vida un tanto azarosa, llena de desastres...

—¡Accidentes! Mi estimado amigo —espeto sorprendiendo a Torres—. El Great Eastener ha plantado más de treinta mil millas de cable de telégrafo submarino, nada lo puede igualar. —Lo cierto es que la singladura del Great Eastener fue algo más que azarosa, un continuo devenir de desastres, que hicieron que el titánico esfuerzo industrial y tecnológico fuera de una rentabilidad dudosa. Torres no objetó nada a las palabras ofendidas del «orgulloso padre» del barco, sobre todo porque otro aspecto le

interesaba más en ese momento.

—¿Y combina su interés por la náutica con la afición por los autómatas? —Mostró una de las láminas del Turco para ilustrar su duda.

—Cualquier avance científico es de mi interés, ya le digo. Tras la conversación de la noche pasada, busqué lo que tenía al respecto, para ilustrarme.

—Y no es poco...

—Existen auténticos prodigios en ese campo, de una precisión y un preciosismo...

—El prometido de su sobrina, el teniente Hamilton-Smythe, parece que conoce bien a ese autómata de nuestra apuesta nocturna, mostró saber mucho...

—El teniente Hamilton pasa mucho tiempo con nosotros, y es un joven ávido de conocimientos. Suele dedicar largas tardes a la lectura en esta biblioteca, sentado ahí mismo, haciéndome compañía y satisfaciendo su curiosidad científica con preguntas.

—Creí entender que ambos reprobaban estos autómatas.

—La ciencia, estimado amigo, como todas las obras del hombre tiene sus luces y sus sombras. Tal vez Harry sea un tanto vehemente en su oposición, pero es preferible cierta intransigencia que la ciega aceptación de todo lo que viene de la mano del saber de los hombres, como si de palabra divina se tratara.

—Por supuesto... —No tuvo oportunidad de seguir argumentando, la señorita William entró como un torrente de luz en la biblioteca, reclamando a ambos caballeros para el desayuno.

En un salón se había dispuesto el opíparo bufete; huevos, riñones, salchichas... un almuerzo que redimía a la gastronomía británica, hasta cierto punto. Torres dio buena cuenta de él, tenía buen apetito. Hubiera sido una comida agradable, sobre todo por la exuberante presencia de Cynthia William que no pasó desapercibida por Torres, de no ser por el primogénito de lord Dembow, que procuró en lo posible arruinar la mañana con su antipatía y sus modales portuarios. Devoraba la comida en cantidades desproporcionadas y como si jamás hubiera recibido la mínima noción de urbanidad, que un caballero de su posición sin duda debe conocer.

Su desagradable actitud era recriminada con la mirada por su padre, aunque por sus gestos parecía que no se trataba de una situación extraordinaria. Sin embargo, su «prima» Cynthia parecía ignorar o tolerar con excesiva magnanimidad las faltas de su pariente, como si no fueran tales, e insistía en introducirle en la conversación a la mínima oportunidad. Invitación que este rechazaba a base de monosílabos secos y poco corteses y del trasiego de gran cantidad de vino de su copa siempre rebosante a su gaznate, deglutido a tragos largos y sonoros.

En medio del torrente alegre de conversación que proponía de continuo Cynthia, se cuestionó el resultado de la apuesta de la pasada noche. Como Torres era el único participante de los presentes, tuvo que responder:

—Pues no creo que tengamos resultado concluyente alguno, señorita. Me temo

que la interrupción violenta de la noche frustró el debate. —¿Qué otra cosa podía decir?

—Lo entiendo, pero mi tío asegura que es usted un ingeniero brillante en su país...

—Espero que no, por el bien de mi patria. Milord es muy amable, pero solo soy un recién...

—Vamos don Leonardo, abandone esa modestia. Sabe que resulta encantador en usted, y se aprovecha de ello. —Mi amigo, según me contaba, sonrío divertido. Aquel descaro en la muchacha la hacía aún más atractiva—. Díganos su opinión respecto a la cuestión de fondo: ¿Ese ajedrecista era real o un truco de prestidigitación?

—Si por real se refiere usted a que si es una máquina capaz de jugar al ajedrez sin ayuda humana alguna... no lo creo, aunque si jugamos dentro del reino de la teoría y del mero artificio intelectual, no pienso que sea imposible. —Esta respuesta, repetida a mi persona en el saloncito de nuestro cuarto en la pensión de la viuda Arias, era la primera opinión al respecto que yo recibía de Torres. No sé por qué, había tenido siempre la impresión de que el español era partidario de creer que todo fue un embuste. Si a mí me sorprendió, otro tanto le pareció a Torres que se sorprendía lord Dembow—. Tendría que examinarlo mejor para decidirme, sin embargo le diré que quedé estupefacto al verlo evolucionar.

—Amigo Torres —intervino entonces lord Dembow, que parecía aburrido del tema—, por nuestra conversación previa en la biblioteca sé que el Ajedrecista no le es del todo desconocido, y convendrá conmigo que la máquina de von Kempelen siempre pareció un engaño, sofisticado y merecedor de todo encomio, pero un truco de marionetas al fin y al cabo.

—Siempre y cuando este Ajedrecista sea aquel Ajedrecista. Sea el original o una copia, no me atrevo a pronunciarme con su misma seguridad, en ningún sentido. —Con tan enigmática respuesta el español zanjó el tema.

Terminado el desayuno, Cynthia invitó a Torres a que la acompañara a cabalgar por Hyde Park, afición esta que parecía estar entre las favoritas de la joven. Allí se encontraría con su prometido, y luego ambos seguirían haciendo de cicerones para él. La joven llamó a Tomkins y se ocupó de que se le procurara a su huésped ropa adecuada, oportunidad que no desaprovechó una vez más el señor Percy Abbercromby para mostrarse lo más grosero posible.

—Usted sale mañana para su país —dijo—, antes deberá pasar por aquí para devolver esas botas.

—Por supuesto —respondió serio Torres sin amilanarse.

Una vez más Cynthia terció ignorando la desfachatez de su primo:

No hay problema alguno, aún debe cenar esta noche con nosotros, y no admitiremos una negativa.

Fueron entonces hacia el parque, donde los esperaban los tenientes Hamilton-Smythe y De Blaise. Durante el trayecto la joven William se mostró tan locuaz como era su costumbre, preguntando sin recato alguno si Torres estaba casado, tal vez prometido, coqueteando entre inocente y divertida, y haciéndole partícipe de sus ansias por contraer matrimonio y de su amor por el joven teniente Hamilton. La boda, según aseguraba, estaba fijada para la primavera del año próximo.

—Imagínese mi sorpresa —me decía Torres—, cuando me enteré el otro día que el enlace se estaba celebrando en estos momentos, el fin de semana pasado, creo, con diez años de retraso.

Sin embargo ya la joven manifestó aquel lejano día que temía que la fecha se pospusiera uno o dos años más. Se lamentó de ello, no con excesivo pesar, sino más bien cargada de una leve molestia esperanzada. El poner fecha definitiva, según le comunicó la joven, dependía solo del futuro de su prometido. Lord Dembow tenía muchos contactos con el Alto Mando, era amigo personal del señor Disraeli, el primer ministro, y era muy probable que buscaran un buen destino para el joven teniente. Algún lugar donde hacer nombre en la carrera de las armas durante un año, dos a lo sumo. Siendo hijo de quien era, dijo la muchacha de camino a Hyde Park, no podía otra cosa que destacar en la milicia. Ella quería un puesto donde medrara sin arriesgar la vida en exceso, y volviera dispuesto a desposarse y, por qué no, a ocuparse de los negocios del lord.

—Aunque sé que esa perspectiva no es del todo del agrado de Henry —añadió, y luego se explicó—: Es hijo del general Hamilton-Smythe, hombre muy respetado en el Alto Mando, y de él ha heredado un talento para los asuntos militares.

—Entonces, tal vez su padre pudiera ayudar en eso de encontrarle un buen destino.

—No están en buenas relaciones, y aun de estarlo, el General es hombre muy severo, no admitiría dar trato de favor alguno a su hijo.

—Eso le honra.

—Sí. Pero Henry no va a parar hasta hacer carrera en el ejército, es muy valiente.

—Desde luego que lo es, señorita William —respondió Torres recordando la intrepidez que el joven mostró en los lances de la noche anterior—. Puede estar orgullosa.

—Y lo estoy, lo que pasa es que la idea de que un solo centímetro de su piel salga malherida, me quita el sueño. Sé que debe seguir ese camino, es propio de su valor y su hombría, pero un año o año y medio son más que suficientes. Luego que vuelva a mí, entero, y sé que por mí dejará las armas sin dolor alguno. En cuanto vuelva, haré que no desee pasar un minuto lejos. —Sonrió con excesiva picardía, que casi escandaliza al español—. ¿Le parece que soy muy egoísta, señor Torres?

Egoísmos que por amor se perdonan. Encontraron a la hora acordada a ambos

oficiales, y juntos tuvieron una agradable mañana de hípica. No pudo ser más grata para mi joven amigo español; gozar de la camaradería recién hallada y de la compañía de una exquisita joven, que derramaba alegría sobre los que la rodeaban. Una mañana de equitación sazonada con la interesante conversación del teniente Hamilton-Smythe, del buen humor de su compañero John De Blaise, y las insinuaciones agudas y no del todo inocentes de Cynthia William.

Como es natural, Torres no tardó en sacar el tema del juego de la noche anterior, y tras eludir con galantería los comentarios de la señorita William, entre elogiosos y burlescos, con respecto al aciago encuentro con *les phénoménes* de Potts, obtuvo las opiniones sinceras de cada uno. Hamilton-Smythe consideraba la apuesta ganada, como no podía ser de otro modo. Nada, según afirmaba, le hacía creer que lo que vio en la Isla de los Perros no fuera otra cosa que una farsa de vodevil bien urdida. El hecho de no poder decir en dónde estaba el truco, afirmaba el inglés, no restaba un ápice de fuerza a la verdad incontestable de que el hombre no puede imitar a Dios, cuestión que residía en el fondo del reto a su juicio. No tenía intención de cobrar el envite, pues según dijo:

—Ese yanqui sinvergüenza se negará a dar su brazo a torcer, y de seguro que nos someterá a un sinfín de revanchas y nuevos retos, intentando deslumbrarnos con sus trucos de espejo. Además, no quisiera yo repetir una velada tan desagradable como esa con la que nos obsequió el doctor. —En eso estuvieron todos más que de acuerdo. Sin embargo, su amigo De Blaise era de otro parecer respecto al resultado del reto. Consideraba, hasta cierto punto en concordancia con Torres, que el asunto quedaba aún en el aire. Pretendía obligar a Tumblety a que continuara la apuesta, eso sí, en lugar más saludable, lejos de fortuitos ataques de indeseables. No sabían estos caballeros que nada tuvo de casual aquel encuentro, que todo se produjo por mi causa.

—¿No cree, Torres, que debiéramos repetir el juego? Usted no toco pieza... —Lo creyera así o no, él volvía a su país al día siguiente, con lo que era inútil decantarse por esa posibilidad. Cynthia se mostraba deseosa de que «sus caballeros», como empezó a llamarlos, continuaran con la aventura.

—No sea así, *don* Leonardo, ¿va a marcharse dejando este misterio entre nosotros? Seguro que estos oficiales precisan de su inquisitiva mirada para desenmascarar al doctor Tumblety.

—Me halaga en exceso, señorita William. Estos señores se bastan y se sobran para tal empresa. Es cierto que me gustaría acompañarles, lástima que deba volver ya a mí país.

—Demore un día o dos su partida. ¿O es que acaso le espera alguien allí? ¿Tal vez una joven? —rió divertida.

—Ninguna que pudiera apartarme de su presencia, se lo aseguro.

—No trate de engañarme —le dijo en voz más baja, y en sus ojos, la pizpireta mirada de joven desenfadada se tornó en otra, que mostraba una agudeza insólita en las de su género—. Noto en usted que la belleza no es algo que le nuble el intelecto, ni le tuerza en su deber.

Puede que en general así fuera, tal y como dijo la señorita William, pero la suya era una belleza muy especial, inusual en las féminas británicas, que tienden a la insipidez. Después Torres y De Blaise dejaron que los enamorados se adelantaran discretamente, para permitir las soledades que el amor siempre busca. Ellos quedaron algo atrás, conversando, disciplina esta del diálogo que era difícil de llevar por interlocutores como eran ambos, el español, hombre dado a escuchar más que hablar, y el inglés, un torrente verborreico incontenible. Durante su conversación surgió, no recordaba Torres cómo, el grosero comportamiento del primogénito de lord Dembow, a lo que De Blaise repuso:

—Oh, William Perceval Abbercromby, el sujeto más desagradable del Imperio. Un compendio de celos y envidias fermentados por el tiempo. No es mala persona, y le aseguro que no le tiene a usted por enemigo, ni mucho menos. Su oscuro carácter ensombrece todo su comportamiento. Un hombre brillante para la ciencia, y un desastre en lo social. —Dicho lo cual, pasó a explicarle los motivos de esos comentarios. En pocas palabras me resumió Torres lo que fue una entusiasta y pormenorizada charla por parte del teniente.

Percy Abbercromby amaba a Cynthia, como era de esperar, pues convivir tanto tiempo con aquella criatura iluminaba seguro las almas más sombrías. Cynthia había llegado a la casa Dembow cuando Percy apenas cumplía los nueve años. Era hija, como ya he mencionado, del capitán William, un gran amigo de lord Dembow.

—He visto una fotografía del Capitán —apuntó Torres.

—La que hay en la biblioteca. Esa antigualla es la única imagen que conserva Cynthia de su padre, y entonces el Capitán solo tenía trece o catorce años.

Ambos, Dembow y el Capitán, recorrieron juntos América, en busca de aventuras, pues aunque el joven lord podía vivir con holgura en casa de su padre, tenía un carácter emprendedor muy distinto a este. Allá por mil ochocientos cincuenta, iniciaron un peregrinaje hacia el nuevo continente, buscando abrir miras, como Torres con su viaje europeo. Con treinta años convenció a su viejo padre que esta era una ocasión para encontrar nuevas oportunidades comerciales para los negocios familiares en aquel país, pues el lord, como su hijo después, tenía amplios intereses empresariales, muy superiores a las que las necesidades de su alta posición pudieran exigirle.

Se embarcó por tanto en este empeño con su viejo amigo el Capitán, hombre de extracción humilde cuya amistad mutua había nacido tiempo atrás gracias a una rocambolesca aventura infantil que no viene al caso relatar. Dejó aquí a su mujer, que

ya estaba acostumbrada al desapego de su esposo y a su hijo primogénito, por el que sentía casi menor interés que por su cónyuge. Se desposó por obediencia con quien el viejo lord le indicó y nunca le llamó la paternidad. Una vez cumplidas la obligación propia de conseguir continuidad dinástica para su linaje, se desocupó en todo cuanto pudo de su familia directa.

Este no fue el primer viaje de estos camaradas de aventuras, pero sin duda sí el más largo. Se demoró hasta por cuatro años, pese a las continuas demandas de su padre, que viéndose cada vez más enfermo, lo apremiaba para que volviera a casa y tomara las riendas de su heredad. Ese periplo por el Nuevo Mundo, cuajado de riesgos y hechos singulares de la más diversa índole, daría para tres narraciones como esta, a tener en cuenta por lo que me contó Torres; yo no me extenderé. Para nuestro relato solo interesa que allí en América encontró esposa el capitán William, y también encontró la muerte en un trágico incendio naval. Resultó que el buen capitán tuvo una hija póstuma de su enlace, y que su esposa murió durante el parto. Se encontró lord Dembow entonces en tierra extraña, con su amigo recién muerto y la hija neonata de este a su cargo; no cabía otro proceder que volver a casa, a tiempo de despedirse por última vez de su padre.

Acogió a la niña como una más de la familia y la entregó a su esposa para su cuidado y educación. Ella, incapaz de engendrar tras el complicado alumbramiento de Percy, y quién sabe si a causa de la poca atención recibida por su esposo, se dedicó en cuerpo y alma al bienestar de la chiquilla, e inculcó en su querido hijo el deseo de cuidar hasta el desvelo a Cynthia. Con nueve años, enmadrado como estaba, y sorprendido por la aparición de esa pequeña muñequita americana, Perceval se convirtió en el protector personal de la joven. De este modo creció la niña, inundando de luz la morada de estos rancios nobles ingleses, bajo la atenta y cuidadosa mirada de su «primo» y el cariño de su tía.

No es de extrañar que en las condiciones de aislamiento y severidad en que se crió Percy desde un principio, naciera un fuerte sentimiento por la única fémina con la que se relacionaba, que en este caso además se convirtió a la llegada de su primavera en una criatura plena de belleza y encantos.

Sin embargo, nada más lejos de las intenciones de lord Dembow que permitir unos esponsales entre su unigénito y la descendiente de un loco aventurero, por demás que este fuera muy querido y añorado. Tenía otros planes para Percy.

—No me malinterprete, Torres —comentaba De Blaise mientras cabalgaban a paso suave por el parque, viendo a distancia a la pareja que los precedía, observando cómo Cynthia iniciaba jugueteos amorosos con su prometido, no del todo Cándidos para que resultaran atractivos pero sin abandonar la discreción debida. Esfuerzo encantador que no era recibido como debiera por su soso enamorado—. Lord Dembow adora a su «querida niña», y ha sido fuente continua de alegrías y

satisfacciones, más aún desde que enfermara. Pero las antiguas familias británicas tienen antiguas costumbres enquistadas, difíciles de extirpar.

—Las familias antiguas de cualquier lado, teniente.

El proyecto de enlazar a Percy con alguien más acorde a su posición no fue en nada dramático para Cynthia, que no sabía de los sentimientos de su primo y que desde luego no compartía, viéndolo siempre como un huraño y bondadoso hermano mayor. Si Percy manifestó alguna intención con respecto a ella a su padre, De Blaise no lo sabía, aunque sospechaba que sí. Desde luego nunca hizo acercamiento alguno hacia la muchacha.

La consecuencia de todo esto era que cuando lord Dembow encontró el pretendiente ideal para su pupila en Hamilton-Smythe, un joven perteneciente a una familia de rancia tradición militar, con suficiente posición para no ser un cazadotes, de carácter serio y enemigo de cualquier veleidad que pusiera el nombre de la casa en boca de unos y otros, instó a su hija adoptiva a que hiciera oídos a los requiebros de este. Ella obedeció, y no solo sus oídos fueron sensibles a las palabras del joven, su corazón acabó en pocos meses rendido por la hidalguía del teniente.

—Circunstancia que, aunque feliz, no puede sorprenderme más —bromeaba en parte De Blaise—. No he visto en toda la tierra caracteres más dispares. El asunto, amigo Torres, es que Harry no es alguien al que Percy tenga en mucha estima, como no lo ha sido ninguno de los pretendientes de Cynthia, yo incluido; más él, que ha sido el único correspondido. Así que cualquier afrenta que le haga a usted, tómela como lo que es: le considera amigo de Harry y por tanto enemigo suyo. Repito que en todo lo demás es un caballero intachable, y no debe temer más que a su mal carácter y a sus detestables modales.

Terminado el paseo, el grupo se dividió. Torres tenía intención de pasar el día en Cambridge, visitando a ciertos profesores de allí para los que disponía de cartas de presentación. Así lo hizo saber, asegurando que no faltaría a la invitación a cenar que de inmediato le hizo Cynthia. La ciudad no está lejos de Londres, y se puede ir y volver en tren en el mismo día. Hamilton-Smythe, viendo la necesidad de intérprete y guía, y no solo conociendo bien la localidad sino que teniendo amistades entre el personal docente, se ofreció a acompañarlo. La señorita William pareció desolada, viéndose apartada de su amado durante toda esa tarde de sábado. Su mirada bastó para que De Blaise se ofreciera a ocupar el lugar de cicerone por su amigo en el acto. Hamilton-Smythe fue inflexible: iría él y no se hable más.

Así dejaron a De Blaise y a Cynthia y fueron hacia la universidad de Cambridge. La visita allí no tiene mayor importancia, a menos que tengan la curiosidad científica de Torres. El teniente Hamilton resultó ser un compañero de viaje excelente. Más versado en ciencias de lo que cabría esperar, como ya habíamos comprobado la noche anterior, fue un conversador ameno y cordial, y amable más allá de la cortesía.

De vuelta a Londres, ambos se separaron hasta la noche. Torres fue a la embajada, a dedicarse a los últimos preparativos para su marcha del día siguiente, y allí recibió otra muestra de las desagradables maneras de Percy Abbercromby. Un mensajero trajo una nota de Hamilton-Smythe, en el que indicaba que el teniente había recibido recado del señor Abbercromby, informándole, de no muy buenos modos, que el señor Torres había dejado unas prendas y ciertos objetos personales en su casa y que como no sabía qué hacer con ellos los enviaba a casa de Hamilton-Smythe. A la vez recordaba que el citado caballero estaba en posesión de botas y ropa de monta propiedad del lord, y que esperaba que le fueran devueltos antes de que el señor saliera del país.

Hasta el momento Torres apenas había reparado que aún llevaba la ropa que le prestaran para su paseo hípico, no era muy atento en las cuestiones de moda, en eso siempre coincidimos. Con el fin de atemperar la descortesía de su futuro cuñado, Hamilton-Smythe, conocedor del incidente, invitó a mi amigo a que, antes de acudir a la cena en casa de lord Dembow, pasara por su casa que no distaba demasiado de Forlornhope, dejando allí las botas del conflicto sin tener que cargar con ellas hasta la cena. Así podría devolver lo prestado, acabar con ese enojoso asunto que tanto preocupaban a Percy, recuperar sus cosas, e incluso si así lo quería pasar la noche allí, para evitar lo incómodo de soportar una vez más la forzada hospitalidad del joven lord. Luego el propio teniente se comprometía a acompañarle a la mañana hasta la estación Victoria, y despedirlo allí. Torres aceptó y así se plantó, ya vestido para la cena y con su equipaje en mano, en casa de Hamilton-Smythe cerca de las siete de la tarde.

A punto de llamar a la puerta, un joven lo abordó.

—Disculpe, ¿puede decirme qué hora es?

—Cómo no. Las siete y diez de la tarde.

—Vaya, es usted extranjero.

—Español.

—¿Un buen amigo del teniente Hamilton? —Esa pregunta lo sorprendió, e irritó en cierta medida por el tono. Se fijó más en el individuo, que tenía un aspecto anodino, como muchos otros que paseaban por esa calle. Nada en él era llamativo, salvo por esa sonrisa sardónica que exhibía ahora.

—Sí... bueno... le he conocido muy recientemente.

—¿Sí? Como veo que visita su casa... claro, el teniente es un hombre muy especial, y tiene muchos amigos.

—Oiga usted —Torres estaba ya incómodo, y se sentía algo violento—, no sé a qué viene esto. Empieza a resultarme algo molesto.

—¿Y por qué le molestan mis preguntas? ¿Hay algo...?

—¿Quién es usted? —Hamilton-Smythe irrumpió en la conversación con

violencia, tomando del brazo al impertinente sujeto. Este se zafó de un tirón y echó mano al bolsillo de su chaqueta. Torres me aseguró que, aunque la mano quedó allí encerrada, no dudaba de haber visto, o intuido, un arma—. ¿Quiere que llame a la policía?

—No será necesario. —El tipo sonrió amenazante—. Tan solo pretendo charlar con su nuevo amigo. Estoy seguro que tiene un gran concepto de usted y me interesaba compartir la admiración que a ambos nos produce su persona.

—Márchese de aquí si no quiere... —Dio un paso adelante para enfatizar más su amenaza, y pareció dar resultado.

El individuo se fue, no sin antes sentenciar:

—Me voy. ¡Cuánta agresividad para alguien como usted, teniente!

Se marchó. Hamilton-Smythe se disculpó por tan desagradable recibimiento y luego ambos entraron en su casa, por lo visto había tenido que salir un minuto por algún asunto, y a la vuelta vio a Torres importunado por ese sujeto. Al parecer, no era la primera vez.

Era estúpido ignorar el percance, así que Torres preguntó sin rubor alguno qué había sido aquel extraño encuentro. Desde hacía algún tiempo, aseguró el teniente, aquel y otros individuos de semejantes trazas lo seguían a donde fuera, lo esperaban en su casa; lo hostigaban de un modo intolerable. A eso se habían limitado por algunos meses. El otro día, una semana atrás, habían acosado a un grupo de amigos invitados a su domicilio, y hacía dos días se produjo un altercado cuando molestaron al teniente De Blaise.

—Y eso es del todo inaceptable —dijo muy furioso.

—¿Qué buscan?

—Lo ignoro, aunque tengo ciertas sospechas, que no puedo manifestar en alto sin pruebas.

—¿Ha hablado con la policía?

—Se limitan a observarme y a importunar a quienes me acompañan, no creo que sea un asunto policial. Ya les hemos dado algún escarmiento camaradas míos y yo. Supongo que será un viejo enemigo demasiado cobarde como para dar la cara. He conseguido la atención de alguno que otro a lo largo de mi vida. Lo único que lamento, y que empieza a enfurecerme de verdad, es que este ataque indigno moleste a mis amigos, como usted.

Y eso fue todo. Como se acordó, fueron juntos a casa de los Dembow y la cena fue excelente. Percy Abbercromby se comportó inusitadamente bien, amable, cordial e incluso resultó un ameno tertuliano, para sorpresa de todos.

—¿Ya esss... esstá? —pregunté aburrido.

—Casi.

A la mañana siguiente, salió hacia la estación en compañía de Hamilton-Smythe,

pero antes quiso volver a despedirse de su amable anfitrión, y tal vez, por qué no, ver una última vez a la señorita Cynthia. Encontró la casa presa de una fuerte agitación. Cuando él y el teniente llegaron, Percy Abbercromby salía apresurado y de mala cara, aunque en él no era esto nada que sorprendiera. Por supuesto, no hizo ni el amago de un saludo a los visitantes. Un accidente en los muelles, en Millwall, según contó el servicio sin entrar en mucho detalle. No era poco común que las casuchas, almacenes y dependencias que se alineaban a la ribera en las instalaciones portuarias de la Isla de los Perros prendieran en llamas por cualquier causa. Decían que en esta ocasión el incendio se había extendido bastante, siendo en proporciones el mayor que muchos recordaban. Los buques apagafuegos llevaban toda la noche faenando, proyectando el agua del Támesis contra las llamas...

—¡Ese d... día...! —interrumpí, una vez que por fin encontraba algún dato familiar en todo ese relato—. Esa noch... noche fue cuando yo...

—En efecto. La noche pasada, según me contó usted, tuvieron ese encuentro sus antiguos compañeros y los hombres capitaneados por Tomkins, el mayordomo de lord Dembow. Yo entonces nada sabía de sus aventuras, don Raimundo, ni de que el almacén donde viéramos al Ajedrecista era el foco de ese incendio, usted mismo dijo que se enteró más tarde de que había ardido.

—Sí. Fue un inccc... incendio muy grande.

—Hay mucho fuego en esta historia. Entonces no di ninguna importancia al hecho, y no sé cuánta darle ahora, si le soy sincero. Ni siquiera me llamó la atención cuando a la salida de la casa, minutos después, me topé a la cocinera sentada en una silla, ocultando llantos en soledad. Cuando Hamilton-Smythe y yo le preguntamos, nos dijo que había habido heridos en el incendio, sin especificar nombres. «Otro maldito fuego —dijo—, dicen que han visto por ahí a Jack el Saltarín...»

—Es más fácil acusar de las desgracias a personajes míticos que a la negligencia de los hombres, o a su maldad —continuó Torres—. Ese almacén ardería durante la refriega, o tal vez prenderlo fuera la última villanía de su antiguo jefe. Por cierto, ¿ha vuelto a saber algo de él?

—No. —Nada sabía de Potts. Puestos a aventurar, lo más seguro es que estuviera muerto. En todo caso a mi viejo patrón se lo había tragado el abismo, ese que devora a los que ocupan el escalafón más bajo en todas las ciudades del mundo, el mismo que me devoraría a mí.

Ese asunto del incendio no era lo que Torres quería contarme. Su interés era en la despedida que hizo a Dembow, o para ser más preciso, en los prolegómenos de ese encuentro. Al llegar a la casa del lord, tras la sorpresa de la conmoción reinante por el desastre del puerto, le dijeron que el señor estaba recibiendo a alguien en su biblioteca. Muchos abogados y miembros de aseguradoras estaban ya en la casa, y supuso que era a ellos a quién atendía. Pidió que transmitieran sus saludos, y se

dispuso a irse, pero un criado insistió en que se quedara, que en unos momentos podría pasar. Aguardó, y a los pocos minutos las puertas se abrieron de golpe y un airado doctor Tumblety salió, pavoneándose con sus ropas llamativas y congestionado de ira.

—Tendrá noticias mías, señor, se lo puedo asegurar —dijo, casi lo gritó, e inclinando la cabeza ante el teniente y Torres, salió de la casa, subió a un blanco corcel que lo esperaba y desapareció por completo de la vida del español.

Lord Dembow les recibió junto a su secretario personal, hombre muy eficiente con quién estaba despachando abogado tras abogado, recaudador tras recaudador, atraídos por la desgracia de la familia. Lo único que comentó a la reacción del doctor indio fue:

—A los mentirosos les cuesta enfrentarse a sus mentiras.

Torres se despidió de todos, tomo su tren y volvió a España. Su vida continuó, conoció a su actual esposa, se casó con ella, tuvo hijos, trabajó en el ferrocarril de su país, cambió de domicilio, y apenas volvió nunca la cabeza hacia el norte, hacia esos extraños días en esa enmarañada ciudad, conviniéndolo todo en un recuerdo, en una vieja historia casi soñada. Quién le iba a decir...

Ya... Ya veo que han quedado tan pasmados como yo aquel once de septiembre del ochenta y ocho. ¿A qué venía toda esa historia de educados caballeros disfrutando de sus educadas distracciones? Yo, menos discreto que ustedes, hice saber mi queja sin disimulo alguno:

—¿Ya está? —repetí enojado—. ¿Quiénes era esss... esos tipos que seguían al t... al t...?

—No lo sé... aunque hice mis conjeturas, bien fundadas creo yo tras las observaciones del día. Durante la última velada con la familia, comenté el tema al teniente De Blaise con franqueza. Era un asunto molesto, sobre el que pensé que todos los allegados a Hamilton-Smythe tendrían algo que decir, y si se lo dije a él fue por su carácter más abierto. No me aclaró nada de viva voz, se limitó a mirar de modo significativo hacia Percy Abbercromby, quién reía y disfrutaba como un niño en su cumpleaños. —Miré sin entender nada—. ¿No lo ve? Ay, don Raimundo. He oído decir que cuando al káiser Guillermo... Guillermo II le comentaron que en el Imperio Británico no se ponía nunca el sol (cita por cierto que los ingleses nos arrebataron, se decía antes de nuestro imperio que del suyo), contestó que no le extrañaba, porque Dios no se fía de los británicos en la oscuridad. No se ofenda, don Raimundo, usted solo es inglés de nacimiento, pero tiene alma de español. Y desde luego es injusto criticar a todo el país por el comportamiento de Perceval Abbercromby, he encontrado personas honestas y cabales, tantas aquí como en mi patria. Aun así creo que si la envidia es el pecado propio de los míos, la miseria en el comportamiento y la mentira no les es ajena a los británicos, y juraría que esos

hombres que atormentaban a Hamilton-Smythe cumplían órdenes del heredero de lord Dembow. Tal vez detectives privados contratados para espantar al prometido de su amor secreto, o para encontrar turbios asuntos en el pasado del teniente que mostrar al lord, y evitar así una boda. No lo sé, puede que no sea más que mi imaginación sobreexcitada estos días.

—P... pero no entiendo q... q... qué tiene que ver...

—¿Sigue sin ver lo estrambótico de esos días? Eso... Eso... Eso es debido a que aún no le he contado todo. Saltemos una vez más en el tiempo y volvamos a mis andanzas durante su lamentable cautiverio. Fui ayer temprano a Forlornhope, a saludar a lord Dembow, esperando que hubiera regresado de la boda. Así fue, me recibió Tomkins, y me comunicó que todos estaban de vuelta. Lord Dembow había decidido quedarse unos días en el campo, reposando de los ajetreos de las nupcias, y con él su sobrina y el marido de esta. Allí estaba el señor Abbercromby, vuelto ya de su fin de semana artístico, quien accedió a recibirme.

«Ninguna prevención tenía contra este señor.

»Ninguna.

»Sabía todo lo que le he contado respecto a su despecho contra Hamilton, pero no le daba la importancia que le doy ahora. Solo le recordaba como un caballero desagradable, y supuse que lo estaría mucho más a consecuencia de la boda. No estuve muy atinado en mi pronóstico esta vez. Fue cortés. Fue cortés dentro de lo que cabe. Debe haber cumplido ya los cuarenta —como yo, pensé, aunque seguro que mi aspecto era mucho peor—, y la edad le ha conferido cierta pátina de sobriedad. Ahora es un hombre adusto y seco más que antipático y descortés. La visita fue breve, no daba para más. El me recordaba, más de lo que habría esperado. Presenté mis respetos, pregunté por el estado del lord y de la feliz pareja. Todos bien, me dijo... felices, su padre agotado pero contento por la dicha de su pupila. Se interesó por mí, y por el tiempo que pensaba quedarme y repitió al menos tres veces no solo que era siempre bienvenido en esa casa, sino que consideraría una ofensa el que no la frecuentara lo más posible mientras estuviera en Londres. Al poco rato, rechazando como pude sus invitaciones para tomar un té o un licor... me desp... pedí—. Por supuesto que volveré a visitarles —dije—, y espero... ver a lord Dembow.

—Creo que en un par de días vendrá a la ciudad.

—Pues... por si no le veo, trasmítale mis mejores deseos y mi enhorabuena. A él... y la señora Hamilton-Smythe.

—¿A la señora...?

—Sí... a su prima.

—Oh, entonces usted se refiere a la señora De Blaise.

Tras...

Tras una hora larga de relato tedioso, por fin me desperté, a punto de corregir lo

contado por mi amigo. Su mirada... me dijo con claridad que no... no había sido un equívoco.

—Será... Ham... ¿y el teniente...?

—Hamilton-Smythe... está muerto, don Raimundo... muerto.

____ 20 ____

Dios no se fía de los británicos a oscuras

Sábado, apenas un cuarto de hora después

—¿Cómo? —pregunté, aunque si les digo la verdad, no tenía interés alguno en las vicisitudes de ese buen teniente.

—En Asia —contestó Torres—. Cumpliendo su deber como militar, así me lo explicó el señor Abbercromby. Fue en agosto del año pasado, en Birmania, si no me equivoco. Acudió junto a De Blaise y todo su regimiento a una campaña por esas tierras, y por desgracia allí quedó.

No le di importancia alguna. Otro muerto. Con el tiempo, ya lo verán cuando envejezcan, son más siempre los muertos que conoces que los vivos. El teniente Hamilton-Smythe me dejó el recuerdo de un caballero educado y de buen corazón. Mostró hacia mí, tras nuestro primer agrio encontronazo, una buena disposición, sin excesos; el mejor grado del comportamiento que cabe esperar entre personas tan alejadas en todos los sentidos como lo estábamos ambos. Aunque no tenía reproche que hacer a su persona, tampoco vi necesidad de derramar lágrima alguna o a hacer duelo por su muerte más allá de un resignado encogimiento de hombros. Torres no era de igual opinión, así que siguió.

—Según entendí de las escuetas explicaciones que me dio, la campaña de Birmania no fue una empresa excesivamente sangrienta. Los problemas vinieron una vez terminada. Los lugareños se organizaron a modo de guerrilla e hicieron más estragos que en el combate directo. En una acción de este tipo, un ataque por sorpresa de los locales o algo similar, Hamilton-Smythe cayó. Todo esto me dijo Abbercromby sin mudar el gesto en lo más mínimo. Creo que la situación no podía serle agradable en absoluto. Piénselo, su rival muerto, dejando el camino libre hacia su amada y esta se casa con De Blaise, alguien que, estoy seguro, le desagrada tanto como el finado. Triste e incómoda la situación de este señor Abbercromby. Y ese matrimonio...

—P... perdone —interrumpí una vez más aburrido y sorprendido por el interés que mostraba por esos temas—. ¿Qué ti... tiene que ver toda esa his... toda esa his... historia con los muertos?

—Muy poco, me temo —rió divertido con su propia digresión . No acostumbro a irme por los cerros de Úbeda, sin embargo, este asunto... Menos mal que está usted aquí para contenerme. Todo esto me tiene algo confundido. Sí que parecía ofuscado. Cierto que no estaba en su carácter el dispersar su atención de un lado al otro, todo lo contrario, gustaba de centrarse en un problema, resolverlo, y perseguir sus consecuencias hasta donde pudieran llevarle. Aquí estaba la causa de su desasosiego:

todo este entrecruzarse de situaciones, desgracias y encuentros fortuitos, parecía tener algo en común que se le escapaba. Se empeñaba que todo tuviera relación, y era en la búsqueda de esa concordancia donde nacía su frustración—. Volvemos a Tumblety y al asunto de su recompensa, si quiere.

—Sí, por favor —me apresure a rogar. Y él... ¿Qué...? Oh... sí, por supuesto, pero no sé... sí, como deseen, aunque no entiendo...

¿Continuo...? De acuerdo. Si lo que preguntan es si yo esperaba cobrar la recompensa que ofrecía aquel judío, pues no, creía que todo ese nuevo entusiasmo nacido en mi amigo estaba originado en su bondad, en el deseo de ayudarme o de que la fortuna me sonriera de una vez por todas, y no en realidades objetivas.

—Es que... ¿no le parece que hay una relación? No, claro, es imposible. Usted no dispone ahora de todos los datos. Tumblety, el Ajedrecista, lord Dembow y familia, los asesinatos... todos son parte de un mismo esquema, engranajes de un mecanismo que resuelve una ecuación... sí es una analogía un tanto rebuscada, pero sirve para explicar lo que siento. Falta alguna pieza, y la solución de la ecuación se aclarará. Tengo en mi poder el factor, el componente que une a todo, ahora se lo mostraré, sin embargo falta algo, algo no ajusta. En cuanto a su recompensa, es claro que el doctor Tumblety es responsable de los asesinatos...

¿Los asesinatos? Sé que yo fui quién lanzó sospechas sobre el doctor indio en primer lugar, pero yo soy imbécil. ¿Qué le proporcionaba a él esa repentina seguridad en mi sospechoso? Principalmente la conversación que mantuvo con el inspector Frederick Abberline el día anterior. Aunque yo aún no lo supiera ni lo deseara, a esas alturas ya estaba más que probada mi inocencia, y pronto iba a ser mi liberación. Ciertos hechos que en nada tenían relación conmigo, esos de los que había hecho Torres sucinta referencia antes de embarcarse en la historia genealógica de los Dembow, habían causado que la policía buscara con intensidad al doctor indio, y por ello Abberline quiso hablar con Torres y llamó a la pensión pidiendo que, si el español tenía un instante, se pasara por la comisaría de Leman Street, donde podrían conversar.

Allí, el detective comentó todo lo referente al caso con mi amigo, como de colega a colega, supongo que esperaba obtener alguna información sobre el yanqui que Torres considerara superflua. Ese mismo día, a las ocho de la mañana, el sargento Thick había detenido a un tal John Pizer en su casa, arrestado por ser el tan buscado Delantal de Cuero, y llevado a esa misma comisaría. El individuo no se resistió, se mostró sumiso y resignado, esperaba la detención y supongo que fue un alivio salir escoltado por la policía a la vista de la multitud que empezó a formarse a la puerta de su casa.

—Sí —confirmó Abberline a Torres—, a ver si nos quitamos de encima esta pantomima de Delantal de Cuero. Es un pobre desgraciado y poco más, pero

sacándolo de las calles evitaremos problemas, a él y al resto de la población. —No sé si ese comentario tan ilusorio era propio de alguien como Frederick Abberline, del que no se podía decir precisamente que fuera un alma Cándida. Más bien trataba de calmar a Torres, como trataba de hacerlo con cualquier ciudadano. Pero el miedo y el caos no habían desaparecido de las calles por encerrar al pobre Pizer. La muerte de Dark Annie había echado leña al fuego de la ira y el pánico que ya ardía en Whitechapel. Disturbios y carreras se repetirían a lo largo de los siguientes días—. Personalmente no creo que ese tal Pizer tenga nada que ver, pero alguien vio a Delantal de Cuero molestar y amenazar la mañana del ocho a una mujer, que pudiera ser la señora Chapman. Hay que seguir todas las pistas. Hay una decena más de detenidos, sospechosos...

Zanjado el tema de Delantal de Cuero y el resto de los inculpados, el inspector contó datos de lo más interesantes sobre Tumblety. El americano debió llegar a Inglaterra en junio, por lo que sabía la policía, al puerto de Liverpool procedente de su país. El veintisiete de julio ya estaba en Londres, puesto que fue visto y denunciado por indecencia y asalto indecente por la fuerza a un hombre. Al parecer al viejo Tumblety le costaba más disimular sus torcidos gustos, pues esos cargos no eran más que eufemismos de actividades homosexuales. Once días después mataron a Martha Tabram. También por esas fechas, un inquilino de un hotel respetable de la zona oeste de la ciudad que respondía a su descripción, había abandonado su habitación sin dejar rastro. Lo que sí dejó allí fue un maletín que contenía material quirúrgico, y otros objetos siniestros respecto a los que Abberline fue voluntariamente impreciso. Ese pequeño incidente pasó desapercibido y ahora cobraba relevancia, a la vista de los destrozos hechos sobre la Chapman.

Las implicaciones de Tumblety con los fenians no estaban claras. La Sección D sigue por sistema el ir y venir de todo aquel ciudadano con origen irlandés, o con simpatías, no es necesario que se le conozcan relaciones con elementos subversivos. Tumblety, que no se privaba de manifestar su apoyo al Home Rule que pedían los partidos irlandeses (y que había fracasado ya en la Cámara de los Comunes) y por tanto era vigilado como rutina desde que desembarcó en Liverpool. Por desgracia el doctor era un hombre en extremo escurridizo, y tras ese escándalo se le había perdido la pista, aunque suponían que permanecía en Londres. Era una molestia, no un peligro, considerado un elemento perturbador del orden público y la decencia, un truhán más que un terrorista. Hasta que ciertos aspectos de los crímenes salieron a la luz. Abberline no escatimó información en lo concerniente al asesinato de Hanbury Street.

—Tenemos testigos —dijo para sorpresa de Torres—. Una mujer... la señora Long, vio a una pareja esa noche junto al número veintinueve de la calle, reconoció a la mujer y seguro que podrá dar una descripción del hombre, poco útil pues lo vio de

espaldas. La buena mujer insiste en que el sujeto era un extranjero. Esta mañana a las diez empezó la vista y declararon los encargados de la pensión donde vivía la desdichada, Donovan y Evans, una amiga que reconoció el cadáver y el que encontró a la muerta. En los siguientes días habrá testigos más importantes y revelarán asuntos de lo más extraños. Para eso le he llamado.

Inquieto por ese último comentario, estuvo tentado en preguntar, pero consideró más oportuno dejar que el buen policía se explicara a su manera. Así, Abberline siguió comentando los pormenores forenses del crimen. El doctor Phillips aseguraba, y así lo haría en la vista cuando fuera llamado a declarar, que la mujer había muerto a las cuatro o cuatro y media de la madrugada a lo sumo.

—Ese monstruo parece invisible —dijo—. Mató en ese patio, rodeado de personas que dormían, y apenas tenemos un testigo fiable. El hijo de la propietaria estuvo sentado, arreglándose una bota a escasos veinte centímetros del cadáver, y no vio nada. No sé qué pensar. Y lo que le hizo a esa mujer... es horrible. Se llevó partes a casa. Al cadáver le han extirpado el útero, y vaya a saber qué más. Según el doctor Phillips, el sujeto debe tener amplias nociones de anatomía y la pericia de un cirujano para hacer lo que hizo. ¿Usted comentó que el señor Tumblety acostumbraba a... coleccionar órganos? —Así era en cuanto a esa peculiar afición por las entrañas, aunque no me atrevería a afirmar que tuviera «amplias nociones de anatomía» y desde luego no tenía «la pericia de un cirujano». De todas formas, empezaba a mostrarse claro el interés del inspector por hablar con él—. Eso no es lo más llamativo. En cuanto continúe la vista me temo que se hará público: hace semanas, antes de los primeros asesinatos, cierto individuo, norteamericano al parecer, que decía ser estudiante de medicina, se acercó a varios hospitales de la ciudad en busca de órganos, úteros entre otros, queriendo pagar por ellos. Por supuesto, esas peticiones no fueron atendidas.

—¿Cree usted que fue Tumblety? ¿Que en vista de que no pudo comprarlos los ha...?

—El es americano, dice ser médico, sabemos que gusta de coleccionar vísceras, sabemos que es un depravado y que puede ser tan sigiloso como notorio cuando quiere, y que está en Londres, aunque no podamos localizarlo... no es mal candidato para el asesino, se lo puedo asegurar.

—No lo dudo... —Lo cierto es que Torres estaba a esa altura casi convencido—. Sin embargo, él gustaba tratar con hierbas, prefiriendo la farmacología a la cirugía, creo incluso que abominaba en público de la última. Le conocí poco, pero no vi en él un hombre violento o sanguinario. Tengo entendido que en sus consultas jamás emplea instrumental quirúrgico ni...

—No podemos asegurar nada, de momento. Lo cierto es que el motivo de pedirle que viniera es... ¿tengo entendido que va a permanecer más tiempo en esta ciudad?

—Esa es mi intención...

—Y yo se lo agradezco. Sin duda nos será de utilidad si llegamos a encontrar a Tumblety. Lo que quiero rogarle es su total discreción. No debe hablar de esto con nadie, y me refiero a no hablar sobre el señor Tumblety. —Esa consigna ya la estaba incumpliendo en aquella charla conmigo, lo que me honra—. Verá, no queremos que se repita lo de Pizer y otras tantas identificaciones y testigos falsos. Si supiera lo que son capaces de decir algunas gentes solo para que les dejemos ver el cadáver de esa pobre desdichada. Hemos decidido llevar este asunto con absoluta discreción. —No sé si ese «hemos» se refería a él y a sus hombres, a los altos cargos de la policía, sir Charles Warren, o el señor Anderson (que, por cierto, estaba en esos momentos de reposo en Europa), al jefe de la Sección D, o a quien fuera; lo cierto es que tal medida se llevó a cabo a rajatabla, creo que nadie supo de las sospechas y pesquisas hacia Tumblety—. A partir de ahora verá muchas informaciones en los diarios, como hasta ahora, pero nada del americano. No debe saber que andamos tras él. ¿Entiende?

—Cuente con mi silencio —dijo entonces, y ahora me dijo a mí—: El principal sospechoso es Tumblety, podemos esperar a que lo capturen, y usted cobrará la recompensa.

—No ff... no fifí... no es así —respondí—. Debiéramos ir a ver ahora a ese judd... judío y...

—Suponía que diría esto, don Raimundo. De hacerlo como usted indica, rompería mi palabra. Creo que la medida de mantener el mayor secreto al respecto de Tumblety es importante, no quisiera que por nuestra codicia —la mía, sería en este caso— frustráramos la labor policial. —No estaba del todo de acuerdo, pero le dejé seguir hablando—. Hablaré al respecto con el inspector Abberline, que es un hombre comprensivo. Estoy seguro que, de acabar ese sujeto en prisión, abogará ante el señor Montagu por su causa, y usted recibirá su recompensa merecida.

—¿Entonces? ¿Q... qué vamos aaa... a hacer?

—Nada, esperaremos a que encuentren al doctor indio. No deben tardar demasiado, ¿no cree?

Lo dejé estar, la verdad es que el dinero no era la mayor de mis preocupaciones en ese momento. Torres continuó hablando de su entrevista con Abberline, me temo que tras hora y media de charla, no había llegado aún al punto que le interesaba y no iba a dejar de conducirme hacia allí, fuera donde fuera, a través de una tortuosa sucesión de hechos y razonamientos que él consideraba necesarios.

Su conversación con el policía continuó, espantando bulos que la prensa había extendido, y refiriéndose en especial al lugar donde apareció el cadáver de Annie Chapman. Torres insistió en preguntar qué se había encontrado allí, y Abberline, despachando primero las mentiras sobre cuchillos, armas, escritura con sangre y otras zarandajas publicadas, no tuvo reparo alguno en darle una lista pormenorizada, por si

algo le recordaba a Tumblety.

—Pues mire usted, don Raimundo...

—Raimundo.

—... que no mencionó nada al respecto de que se encontraran monedas junto al cadáver.

Miré sin entender nada.

—¿Y...?

—Eso aparecía en la prensa.

—Los p... p... periodistas mmm... mienten...

—Esta vez no; las había. Dos monedas de cuatro peniques pulimentadas, el inspector Chandler me las enseñó allí mismo. Son estas. —De su chaleco sacó dos piezas de cobre que me tendió—. Estas pequeñas piezas, son los engranajes que engarzan todo el enigma—. No daba crédito a lo que oía.

—¿Se las quedó?

—Así es, no me enorgullezco de ello. Y le aseguro que es mi intención devolverlas, tanto si llegamos a la conclusión de que son pruebas importantes como si no. No me pude contener. —¿Por qué? Torres no necesitaba en absoluto ocho peniques—. De hecho mis preguntas iban encaminadas a saber si los habían echado en falta, cosa que no es así. Supongo que al ser objetos tan comunes (me dijeron que es costumbre en algunos sinvergüenzas el pulir monedas así para hacerlas pasar por soberanos), pronto los olvidaron en cuanto me los dieron. O tal vez no haya llegado el informe exhaustivo de Chandler y los que estuvieran allí a manos de Abberline no incluyeran este indicio, no lo sé.

—P... pero ¿qué imppp... portancia tiene?

—Examínelas con más cuidado. En cuanto las vi me resultaron familiares. —Eran dos piezas normales, viejas, pulidas y con algunas hendiduras no muy profundas, monedas como muchas otras; salvo... sí, las hendiduras. Mi vista ya no me alcanzaba, y fueron mis dedos los que dieron con ellas. Eran pequeñas marcas por todo el perímetro, en forma radial en una sola de las caras. Una de las monedas mostraba diez equidistantes, mientras que la otra tenía muchas más, y la distancia entre ellas parecía variar, haciéndose cada vez más corta, hasta reducirse tanto que pasmaba la habilidad del artesano que hiciera aquellas ranuras.

—Mire. —Se incorporó y tomó la cara del Turco, que nos había estado observando toda la conversación. Tras ella, había un pequeño bolso, lleno de piezas de metal de donde escogió una, que me mostró—. Esta, y otras como ella, forman parte de los restos del Ajedrecista que usted ocultara en la cocina de su pensión. ¿Ve?

Efectivamente. Lo que me dio era una placa de metal pulimentada, de sección circular con «heridas» idénticas a las de las monedas. Eran piezas casi gemelas. Diferían algo en el tamaño, en que la del autómata mostraba una mayor definición de

las marcas que estaban numeradas y, claro está, no era una moneda.

—Ésta —señaló a la placa recién sacada—, y sus hermanas —echó el contenido de la bolsita sobre la mesilla— las tenía el doctor Tumblety hace diez años, pues formaban parte del autómata que obraba en su posesión, y estas otras aparecen en la escena de un crimen. Le aseguro, don Raimundo, que no son objetos usuales que abunden en los bolsillos de cualquiera.

—¿Q… qué son?

—Venga. —Me llevó a su alcoba. Allí Torres había desplegado un desorden de papeles y libros, consiguiendo a duras penas convertir aquel escaso espacio en un estudio. Había dibujos y planos, bosquejos desperdigados por la cama, el pequeño escritorio, e incluso por el suelo. En una esquina, la que daba a la ventana que iluminaba la habitación, sobre unas sillas había un desbarajuste de piezas, maderas... artilugios apilados de difícil identificación.

No tenía entonces, y ahora tampoco, formación científica alguna. Los números, salvo para contar monedas, nunca me atrajeron demasiado. Eso no fue impedimento para que los esquemas y dibujos allí garabateados mostraran un hecho indudable: Torres estaba intentando construir el Ajedrecista. Lo miré atónito. No lo tomé por loco... o sí. Supongo que consideraba locos a todos los hombres de ciencia, a los médicos, a los abogados, a todo ese mundo que me era tan ajeno. Lamenté, en mala hora, el haberme unido a él, ejemplo perfecto de esa clase de hombres que gastan su tiempo en ocuparse de cosas distintas a la mera supervivencia. ¿Por qué estaba haciendo eso?

—En efecto, he estado entretenido estos días. Mire, ese objeto pertenece a esto, o a algo como esto. —Me enseñó un pequeño artefacto formado por un eje sobre el que se insertaban dos discos, similares a los que ya me había mostrado, conectados de algún modo—. Es un... generador de cantidades, permite obtener números de modo mecánico. Cada vuelta completa de este, hace aumentar una marca en este, la escala logarítmica minimiza los errores... no quiero aburrirle. Lo importante es que entre las piezas de su Ajedrecista —no sé en qué momento pasó a ser mía esa monstruosidad — se reconocen muchos dispositivos similares a la pieza hallada en el patio de Hanbury Street.

—¿N... no pod... podría ser otra cosa?

—Lo he pensado, y creo que no me equivoco al decir que se trata de una pieza improvisada para un mecanismo de precisión, estoy habituado a ellos. Digo más, sería parte de una máquina algebraica y afirmo, a riesgo de resultar melodramático, que el hecho de esta coincidencia, la aparición de supuesta maquinaria de un autómata en el lugar del crimen, y la posible implicación de Tumblety, NO, y digo NO es lo más significativo de estos indicios. Al tratar de reconstruir, o hacerme al menos una idea de su funcionamiento, a partir de los restos que usted recuperó, me he

dado cuenta de que el Turco es mucho más complicado de lo que pensaba. —Señaló a los esquemas y dibujos que había hecho, como si eso me aclarara a mí alguna cosa—. Un autómata es un mecanismo complejo y preciso, pero solo requiere resolver tareas sencillas, movimientos de partes mecánicas en secuencia, no encontrar raíces de ecuaciones de orden «n», ni atender a problemas algebraicos...

—No entiendo...

—Quiero decir que si no es necesario tan intrincados dispositivos para un autómata, menos aún si se trataba de un engaño, de una marioneta manejada por hilos o imanes.

—¿Est... está usted diciendo q... q... q...? Ya l... le dije que T... Tt... Tumblety era un d... d... Hizo magia con el aut... auto...

Vamos, don Raimundo, no hay nada mágico, ni demoníaco en una partida de ajedrez. Nunca estuve de acuerdo con esa idea que sostenía el señor Hamilton-Smythe... el difunto teniente Hamilton-Smythe, más propia del oscurantismo de otros tiempos que de hoy en día, de que ese autómata era una burla hacia el Señor, y, no se lo tome a mal, esos cuentos suyos de que el doctor es un enviado del maligno... no son más que superchería, estoy seguro. El ajedrez, como creo que dije entonces, puede reducirse a un problema matemático, un problema que tendrá una solución matemática, y llevo tiempo dedicándome a idear mecanismos que obtengan soluciones a ciertas ecuaciones; seguro que es posible. —Su entusiasmo era contagioso—. Que sea factible no quiere decir que sea fácil, todo lo contrario. Eso es lo asombroso. Construir una máquina que juegue al ajedrez es una tarea increíble, y si lo hizo von Kempelen, hace tantos años... asombroso. No puede ser...

Quedó unos instantes ojeando lo que él mismo había escrito y dibujado, enfrascado en sus pensamientos. Yo hice otro tanto con los míos. ¿Cómo podía tener mayor importancia ese muñeco de feria que... que todo? Estaban los asesinatos, Tumblety, mi endeble futuro. No podía dejar de agradecer su acogida, pero mi mundo, tan lejos de todo esto, me reclamaba.

—No t... tiene sentido. —Torres me miró inquisitivo y yo continué—: Ss... si es verdad que esos f... farthings son p... parte del aut... de un aut... del Ajedrecista, ¿Por qué iba a llevarlo T... Tumblety cons... llevarlo para mat... para mat...?

—Cierto... —Sin abandonar su expresión pensativa, se sentó en la cama, apartando documentos y piezas.

—Esa m... m... moneda no prueb... prueba que Tumblety estuviera allí. Tamp... tampoco que sea... que... —Maldije mi lengua y mi cerebro partido—. ¿Tumblety fab... fabricando otro aut... autómata?

—Le entiendo. —Sonreía ahora con pesar —. De Tumblety sabemos que estuvo en posesión de un autómata, no que pudiera construirlo. Esa es una tarea que no creo poder hacer yo, y tengo algunos conocimientos técnicos más que el doctor indio. Y

como usted dice, de hacerlo, ¿por qué llevar piezas al lugar donde va a cometer un asesinato espantoso? Tal vez un descuido... no debemos descartar el factor humano. Me he dejado llevar, don Raimundo, no podemos llegar a otra conclusión. Me empeño en que todo esto, mis dos extraños viajes a Londres, tengan relación.

—Es culpa mía. —Me di media vuelta, sin estar seguro de a dónde iba. Dejaba atrás a Torres, viendo ante sus ojos cómo sus deducciones, los indicios que creía tener se reducían a humo al mostrarlos.

—Sin embargo —dijo Torres a mi espalda—, las pesquisas de la policía tras Tumblety... eso sí tiene sentido... puede que...

Me encogí de hombros y salí. No estaba seguro, ¿a ustedes les parece que Francis Tumblety, a la luz de lo que sabemos de él, podía ser el asesino de Whitechapel? Intuiciones, eso es todo lo que teníamos, además de una mezcla de enfado y frustración, emociones que sentía aunque no supiera identificar ni definirlas. Había perdido horas de mi tiempo escuchando esa perorata sin sentido. No veía entonces, como veo ahora, que la aparición de Tumblety en casa de lord Dembow tras el desastroso incendio, la presencia de esa documentación sobre el autómata en el despacho del propio lord, la famosa apuesta... tanta vuelta y revuelta de esa marioneta en torno a nosotros era lo que no dejaba descansar al ingenio vivo de mi amigo español. La única relación de todo esto con los asesinatos eran esas monedas pulidas, y mi deseo de venganza por lo que el Monstruo hizo a Bunny Bob. Para mí, en mi situación y con mis miedos, ya no era bastante.

Llegamos en mi narración a un momento importante, esencial, diría yo, a riesgo de que me tilden de exagerado, puesto que mi salida de casa de la señora Arias, dejando allí a un ilusionado ingeniero español, con todas sus extravagantes teorías bailando sobre el filo de la duda, fue la última vez en mi vida que hablé con Torres.

Han oído bien.

A partir de entonces, y muy a mi pesar como comprenderán en cuanto oigan lo que queda de relato, nuestros pasos no se cruzaron, más que en dos fugaces ocasiones, y en ninguna de ellas nos dirigimos palabra alguna. Aunque nuestros caminos fueron paralelos y acabaron llevándonos a los mismos lugares de dolor, no volví a estar con mi amigo por el resto de mi existencia.

Supongo que no considerarán digno de lamentar el que una amistad que duraba cinco días escasos tuviera un final así de abrupto. Ustedes, con seguridad, atesoran afectos antiguos y cercanos, mientras que yo tendría que remontarme a mis tiempos de salvaje en los pantanos para recordar otro amigo, y desde luego, no hay punto de comparación entre Drummon y Torres, en ningún aspecto. Si de mis ojos de anciano pudiera brotar la más mínima humedad, les aseguro que me verían llorar, no me avergüenza decirlo. No quiero ponerme lacrimógeno, solo trato de enfatizar un poco más este simple «hasta pronto» que se transformó en el peor de los adioses.

Lo cierto es que no me despedí a la francesa por la intervención de la pequeña Juliette. Me topé con ella a la salida, deambulando sola en la calle. No tenía amigas de su edad, prefería la compañía de mayores, y cuando no podía estar con ellos, andaba pensando en sus cosas, sumergida en su propio mundo. Me vio, y vio una oportunidad de seguir con nuestras aventuras.

—Señor Aguirre, ¿adónde va? ¿Puedo ayudarle?

Yo a mi vez vi otra de irme como era debido.

—Ssss... sí. ¿P... p... puedes dec... decirle algo a... al señor Torres?

—Claro, pero acaba de salir de estar con él... —No podía entretenerme en explicaciones.

—Dile... ad... adiós. Dile que le des... dessseo lo mejor.

—¿Se va? —Si de habitual sus ojos eran grandes, ahora el resto de su cara desapareció—. ¿Por qué?

¿Cómo explicárselo? Me limité a musitar un: «ya es hora de marchar», y me fui calle abajo, para siempre. ¿Qué me alejó de la benéfica compañía del español? Asuntos más graves para mí y mi propio cuero. Mi último contacto con la realidad, si lo recuerdan, fue en un sótano infecto, no lejos de Buck's Row, donde fui torturado y casi asesinado. Si mis huesos no acabaron avivando las cenizas de uno de los numerosos incendios de Londres, fue por la extraña intromisión de mi propio secuestrador, el Bruto O'Malley, sabe Dios a santo de qué tuvo esa bondad conmigo. ¿Recuerdan las últimas palabras que me susurró al oído? No se apuren, para eso estoy yo. Dijo:

—Márchate. Procura que nadie te vea, nadie. Mañana a la noche nos encontraremos en el cementerio de Gibraltar Row, y espero que entonces me agradezcas lo que acabo de hacer por ti. Y cuida esa lengua que aún conservas.

¿Había yo cumplido alguna de sus exigencias? En absoluto. No había acudido a la cita, por supuesto. Es cierto que no había dicho nada a casi nadie de mi encuentro, pero me había dejado ver. La policía, a quien me entregué a la desesperada, Torres, la señora Arias, su hija... yo qué sé cuántas personas habían dado conmigo. No soy muy listo, y no me hizo falta para entender que el Bruto me quería muerto a los ojos de Londres. Por qué no acabó conmigo de verdad, todavía era un misterio. Frustrada mi estúpida idea de ser tomado por un asesino despiadado y encerrado de por vida, solo me quedaba un camino: salir de la ciudad.

Sigamos por su bien el orden necesario en esta historia, y por prelación de los protagonistas, es propio que cuente primero lo que ataña a Torres más que a mí...

¿Pensaban que aquí terminaba la participación del español en nuestra historia? En absoluto, que no estuviera yo con él no significa que sus movimientos no fueran de relevancia, ni que yo no pueda contárselos... Permítanme continuar. ¿Por qué no se fue el español a su casa, a su tierra y con su familia, por las que sentía auténtica

devoción? Esa es la pregunta que debieran estar haciéndose, pues si no recuerdan mal, Torres fue a Londres a buscar el Ajedrecista, que ya tenía y por mucho menos de lo que yo pedía en mi carta. Lo único que le impedía volver a su hogar era la palabra dada a los detectives del CID, pero pasados los días y fallidas las pesquisas en pos de Francis Tumblety (y no desvelo nada que no supieran de esta historia), nadie podía censurar que dejara la ciudad tras dos o tres días de permanencia. No lo hizo así, y si quieren mi parecer fue debido más a un pálpito que a otra cosa, a un convencimiento irracional de que su presencia en esa ciudad era esencial para detener el horror.

No crean por otro lado que empeñó esos días en hacer de detective de opereta, callejeando por ahí, tras el desdibujado rastro de Tumblety, en una ciudad que no conocía y cuyos peligros ya había constatado; no era un estúpido. Dejó trabajar a la policía, se mantuvo a su disposición por si requerían de su ayuda y dedicó su tiempo a la tarea que le había absorbido en los últimos días: reconstruir el Ajedrecista de von Kempelen. Y así parece que ese empeño le abstrajo del resto del mundo, pues no echó de menos mi presencia. No se lo reprocho, entiendo el porqué. Cuando Juliette le trasmitiera mi despedida, seguro que debió pensar que algún asunto desagradable, propio de mi forma de vida, me retenía, o con más seguridad, que le había tomado por un loco o un lunático, y que no encontrando porvenir ya en su compañía, había buscado costas más provechosas. Seguro que no me lo censuró.

Durante los tres días siguientes, Torres dedicó todos sus esfuerzos a la ciencia; ninguna otra actividad podía apartarlo del mundo. Apenas salió y solo interrumpió su actividad para atender la correspondencia que mantenía con su familia en España, ocupándose de que supieran de su bienestar y de que el motivo de su permanencia en las Islas era a causa de un «pequeño asunto de carácter científico», que pronto resolvería.

Así, mientras dibujaba planos y resolvía ecuaciones, mientras limaba y ajustaba piezas y ruedas de relojero, la vida en Londres proseguía. Se inició la vista de la muerte de Annie Chapman, que acabaría terminando con el mismo veredicto que la de Polly Nichols, la de Martha Tabram y la de todas las víctimas: «asesinato premeditado cometido por una o varias personas desconocidas». Hubo broncas en la calle, detenciones, interrogatorios, la prensa siguió aireando noticias y bulos y siendo foco del germen de la ira y la frustración entre la ciudadanía; mientras el asesino seguía libre y lejos de ser atrapado.

El viernes catorce enterraron a Annie Chapman, esta vez no acudí, mi interés ahora estaba lejos de los asesinatos... he dicho que era de Torres de quién debía hablar ahora, disculpen las divagaciones de este anciano. Bien, pues horas después de que la pobre Chapman yaciera bajo tierra, llegó una invitación de los Abbercromby para mi amigo. La familia, la feliz pareja y lord Dembow, se encontraban ya en Forlornhope, según decía la nota, y en cuanto supieron de la visita de Torres, se

apuraron a convidarlo a un almuerzo el día siguiente, sábado.

La invitación, por cierto, la subió a su cuarto la pequeña Juliette. La chica seguía siendo el enlace de Torres con el exterior, si bien es cierto que el interés de la niña por el «inquilino misterioso» de su madre («los inquilinos», si me incluyo), había menguado mucho desde que no se dedicaba a dar disparatados paseos por el East End ni a otro tipo de aventuras. Torres había aclarado a Juliette que no éramos, ni él ni yo, detectives tratando de atrapar al asesino ni nada por el estilo, y ella, primero desconfiada y luego resignándose, decidió abandonar sus insistencias; qué remedio. Claro que la cordialidad y el buen trato de Torres habían cuajado en la chiquilla, y así se apresuraba a cumplir cualquier recado para él que su madre solo sugiriera, así como en conseguir los peculiares objetos que siempre necesitaba. De ella obtuvo un tablero de ajedrez, piezas para el juego, herramientas de relojero, papel, pluma, reglas, y un sinfín de cosas de difícil definición, que eran interpretadas por la niña a partir de las difusas explicaciones de Torres, haciendo un alarde de intelecto poco habitual para su edad.

—Necesito un listón alargado, de madera, así de tamaño... necesito cable... necesito una regla calibrada en centímetros... necesito... —Por supuesto que Torres podría haber sido mucho más preciso, pero los números y las medidas no era algo con lo que Juliette se encontrara muy cómoda.

Estaba hablando de la invitación del señor Abbercromby, que sin dudar un instante acepto Torres. Acudió el sábado, e imagino que fue un almuerzo agradable y en cierta manera esclarecedor respecto a los misterios que parecía encerrar esa familia.

Era una recepción de etiqueta, un saludo de los Abbercromby a Londres tras su larga ausencia por asuntos tan dichosos. Como es natural, estaba presente toda la familia, incluidos algún pariente lejano, además de ciertos amigos que le fueron presentados, entre los que se encontraba lo más granado de la sociedad inglesa. De esos amigos, los que más próximos parecían al lord eran un tal sir Francis Tuttledore, hombre de la edad de lord Dembow aunque gozando de mucha mejor saludo, que trataba con enorme familiaridad a toda la familia, en especial a Cynthia, el jovial doctor Greenwood, que venía acompañado de un joven, otro médico, de aspecto tan anodino como el de Percy Abbercromby, y su secretario personal, hombre en extremo pequeño y macizo, como el cachorro de un tigre, calvo por completo y con una espesa barba negra que le tapaba la pechera, quien pese a su puesto dentro del servicio de la casa, parecía gozar de la confianza de Dembow más que su propia familia.

De las personalidades presentes cabía mencionar al propio premier, lord Salisbury, invitado junto con otros miembros de su gabinete como Henry Matthews, así como personalidades del Foreing Office, industriales, y muchos de los caballeros

encopetados que rondaban la corte de Victoria. Entre todos se hacía notar el que más el excéntrico don Ángel Ribadavia, el diplomático gallego amigo de Torres, que con efusión lo saludó e insistió en acaparar la compañía del español todo el tiempo posible. Del joven emprendedor y ansioso por agradar que conociera diez años atrás quedaba poco. Ahora era un caballero distinguido y mundano, con cierta fama de crápula entre la sociedad londinense, que sin duda él mismo procuraba fomentar más allá de los hechos reales. Soltero siendo ya cercano a la cincuentena y poseedor de esa apostura de bribón que encandilaba a las jovencitas y atemorizaba a sus madres, con sus bigotes encerados y su espesa melena gris, se había convertido en un elemento muy deseado en cualquier reunión, tanto por lo interesante de su conversación como por lo estrafalario de su persona. Y no era menos valorado en el desempeño de sus tareas. Ese aire de donjuán trasnochado hacía que sus oponentes negociadores se confiaran; un grave error siempre el fiarse en las apariencias y sobre todo, el mezclar la vida privada con la profesional, y juzgar una por la otra.

—Ay, don Leonardo —decía con fingido malestar—, no se hace idea de cuánto echo de menos nuestra tierra, y cuánto me la recuerda hablar con usted.

Lleva mucho tiempo aquí, es cierto. ¿Por qué...?

—Contaba con el apoyo, diría incluso con el tutelaje, de unos de los hombres más insignes que ha dado nuestro país: el marqués de Casa Laiglesia. Mientras fue embajador ascendí bajo sus auspicios con rapidez, y llegué hasta Jefe de la Cancillería. Los gobiernos cambian, y los embajadores, pero un buen funcionario es siempre útil. Con el nuevo titular del cargo, nuevo... de hace dos años, no me ha ido tan bien.

—No me diga que usted ha caído en desgracia con alguien, no puedo creérmelo.

—Casi. Se me necesita, pero no se me valora. Figúrese que ando pensando en volver a España.

—Lo dudo.

—Señor mío, ¿duda de mi amor por mi patria? —fingió enfado.

—Dudo de que se rinda sin pelear.

Aunque la «morriña» por la tierra impulsara a Ribadavia a monopolizar a su compatriota, los anfitriones disputaban con insistencia por la atención del ingeniero. En cuanto a estos, Abbercromby se mostró desagradable, por desgracia seguía siendo esta su costumbre. Había desaparecido por completo el caballero serio y educado que recibiera una semana atrás a Torres y en su lugar había vuelto el individuo grosero que fuera diez años antes. La pareja de recién casados fue el contrapunto a esta descortesía, abrumaron a Torres con un sinfín de muestras de afecto que llevaron a mi amigo al borde del sonrojo. John De Blaise, que había abandonado la carrera militar, era ahora un caballero de muy buena planta. Esos diez años de edad habían dado dignidad a su persona, y habían adornado su mejilla izquierda con una larga cicatriz,

que en lugar de afearle le hacía más interesante. Tal vez la ausencia de Hamilton-Smythe potenciaba su apariencia antes eclipsada por la apostura y el carisma del difunto teniente.

Cynthia estaba espléndida. La joven coqueta, llena de alegría y vida, que había mostrado tan buen corazón para conmigo, ganando el reino de mis sueños por siempre, se había convertido a los treinta y cuatro años que ahora tenía en una mujer fascinante. Conservaba aún su frescura y la edad la había vuelto aún más bella, añadiendo a sus anteriores virtudes cierta cualidad lánguida que la hacía muy atractiva. Tal vez el único defecto que podía ponérsele era una delgadez un tanto excesiva, pero la alegría con la que recibió a Torres disipó cualquier temor respecto a su estado de salud.

Lord Dembow sí parecía enfermo y nada ocultaba ese estado. Cercano ya a los setenta, consumido por sus achaques, se servía ahora de una aparatosa silla de ruedas, que con delicadeza manipulaba el quemado Tomkins... cuando no obraba por su cuenta. Era un artefacto portentoso, que reclamó la atención de Torres. Era capaz de moverse sin que nadie la empujara, traqueteando por la sala, obedeciendo instrucciones que el lord transmitía a través de cables y palancas unidos a los brazos de la silla.

—Un mecanismo muy ingenioso —respondía el anciano a las preguntas corteses del español, que no dejaba de maravillarse. Tenía cierta hermosura aquel sitial, con sus piezas broncíneas moviéndose arriba y abajo en elegante danza, aquellos pequeños vaivenes que acababan generando la fuerza suficiente para hacer que giraran las grandes ruedas radiadas—. Preciosa maquinaria de relojería al servicio de este pobre enfermo...

El almuerzo transcurrió con cordialidad, o así lo imagino, salvo por los modales tabernarios de Percy. Se habló mucho de los temas más en boga en el mundo social, temas que Torres ni conocía ni le interesaban. Pese al número de políticos y autoridades presentes, los asuntos «de estado» apenas se tocaron, todo fueron deportes, frivolidad y alegría. Ni se mencionaron los asesinatos, y eso que el entierro de Annie Chapman había sido el día anterior. Era lógico esa reserva en una mesa tan alegre a la que nadie se atrevía a enturbiar. Por cierto, ni una autoridad policial estaba invitada.

En cuanto a su trato con los Abbercromby, fue como cabía esperar. Intercambiaron preguntas con interés sincero sobre lo ocurrido a cada cual durante aquellos diez años, a las que se unieron los presentes que acababan de conocer al español, interesándose con cortesía por su país. A sus amigos, así les gustaba considerarlos, les habló de su esposa y de su residencia en el norte de España y aprovechó para felicitar a los recién casados.

—Les imaginaba de viaje de bodas.

—Hemos tenido que posponerlo —respondió la señora De Blaise con un gracioso mohín—.John quiere hacerse cargo cuanto antes de sus nuevas obligaciones.

—Olvidaos de eso —intervino sir Francis con su dinamismo agotador—, debéis disfrutar y... ¡por todos los reyes y santos de la antigüedad!, dejad tanta tristeza cuanto antes. Las obligaciones llegarán cuando tengáis mi edad.

—Pensamos ir al continente en cuanto podamos, y no olvidaremos su hermoso país.

—No duden entonces de pasar por mi casa —dijo Torres—, serán siempre bienvenidos. Sé que no soy imparcial, pero no hay nada más hermoso que el norte de España.

Supongo que esas nuevas obligaciones de las que hablaba Cynthia consistían en atender los negocios de lord Dembow, asunto que no debió agradar en absoluto a Percy. Es posible que el enfermizo lord necesitara ayuda, y no pudiera contar con su arisco hijo. Torres, por supuesto, se interesó por la salud de su anfitrión, y este dijo algo semejante a:

—Llegaré pronto al desenlace de mi vida, señor Torres.

—No digas eso... —interrumpió su sobrina, y al mismo tiempo lo hizo sir Francis.

—Si te ocuparas más de tu salud y menos de tanta zarandaja...

—No se apuren, hoy me encuentro bien, mejor que hace días. La alegría de mi pequeña es la mejor medicina para mí.

Había algo más, y no se le escapó a Torres. Tras la plácida resignación del lord y la alegría de los amantes se ocultaba una sombra o una tristeza. Lo vio en las ocasionales miradas al vacío de los tres anfitriones, en sus sonrisas forzadas, en el dejar que la conversación fuera casi monopolizada por el resto de los comensales. No era de extrañar: por un lado ella no hacía mucho que había enterrado a su amado, y él, casarse con la prometida de tu mejor amigo es una tarea muy noble y digna, pero amarga si, como supondrán, el amor que con seguridad profesaba De Blaise a Cynthia no era correspondido. Ella vería en él una solución a su duelo, pero todos recordamos la devoción que sentía por Hamilton-Smythe. No cabe hablar de lo evidente, así que no mencionaré otra vez el agrio sabor que debía permanecer en el paladar de Percy.

Torres se interesó por las inquietudes científicas de Dembow, tratando de incluir en la conversación al taciturno lord.

—Ya no tengo ánimo ni fuerzas para tales asuntos. He abandonado la náutica, casi en su totalidad y... ¿Usted ejerce la ingeniería?

—No... tengo proyectos...

—Qué misterioso —bromeó De Blaise—. Debe tratarse de algún invento revolucionario que no quiere desvelar.

—Son solo ideas. En general estoy interesado por cualquier asunto de carácter

técnico. Usted, *milord*, ¿sigue con su afición por los artilugios mecánicos?

—Cómo no —dijo lord Salisbury—. La colección de Dembow debiera considerarse un tesoro nacional, haré una propuesta a este respecto en el próximo consejo. —Dembow sonrió divertido—. Tal vez pudiéramos verlos tras los postres.

Dembow se mostró algo reticente; era más modestia fingida que otra cosa. Así, terminado el almuerzo, que llegó a «aceptable» para el paladar de Torres, subieron al piso superior, todos menos el propio lord, que no se encontraba con ánimos. Allí se exhibía una colección notable, en efecto, expuesta toda en las amplitudes del segundo piso. Relojes, un diorama de una enorme batalla, un chino flautista de tamaño natural, pájaros cantores... le recordó a la exposición de Spring Gardens, sin llegar a la maravilla y suntuosidad de aquella exhibición que le uniera a esta familia, aunque un par de piezas, según había comentado el propio Dembow, fueron adquiridas al señor Davies cuando cerró la exhibición.

Pero con todo, lo más extraordinario de la exposición era el lugar en sí mismo. El segundo piso de Forlornhope era de lo más inusitado. Casi la totalidad de la planta (y eso es decir mucho en aquella mansión), a la que solo podía accederse por una puerta desde las escaleras que daban al vestíbulo principal, era una estancia diáfana, un antiguo salón de baile, columnado y vacío, salvo por los autómatas que la poblaban. Techos altísimos y espejados a veces, como las paredes, columnas adornadas con elegantes apliques, suelos brillantes... todo en dimensiones algo exageradas que la hacían asemejarse más a un templo de la mítica antigüedad que a un salón Victoriano. Había más habitaciones, desde luego, se podían ver puertas en medio de los espejos, eran pequeñas salas, según le informaron a Torres los anfitriones, ahora empleadas como trasteros.

—¿Y antes? —preguntó Torres.

—Quién sabe —le respondió Cynthia—. Esta es una casa tan antigua...

Lo que no había era asomo de ventanas al exterior. Ya desde fuera se veía todo el piso segundo como si estuviera tapiado. Las piezas ahí exhibidas se mostraban bajo la luz de un millar de candiles y lámparas.

El español había quedado solo, ensimismado con las maravillas expuestas en el salón recorrido por las voces y miradas divertidas de los comensales. Cynthia lo tomó del brazo apartándolo de su absorta contemplación. Durante la mayor parte de la reunión, la señora De Blaise fue objeto del acoso, galante acoso, del señor Ribadavia, quién le dedicaba requiebro tras requiebro con tan exquisito tacto, que divertía al señor De Blaise en vez de enfurecerle u ofenderle, al tiempo que atraía la femenina atención de su señora. La dama necesitaba un respiro de tanto esquivar las estocadas del español, y qué mejor que el bueno de Torres.

—¿Sabe a quién vi ayer? Aquel amigo suyo, ese caballero tan... especial. Supongo que seguirá viéndole.

—No sé a quién se refiere...

—Al señor Aguirre. —Torres se sorprendió gratamente, espero. Preguntó por mí y se interesó de mi nueva vida, de la que ya hablaré más tarde. El español insistió en que cuando volvieran a verme, me rogaran que fuera a visitarle a él de nuevo. No sabía que era difícil que volviera, aunque volví.

—Espero verlo pronto, es un hombre muy atribulado y perseguido por un nefasto hado que lo acosa, y que me gustaría dejara atrás. En cuanto a usted señora De Blaise, dígame con sinceridad, ¿cómo se encuentra?

—Es usted muy observador... —No era necesario, una mujer que había perdido a su prometido hacía solo un año y ahora se casaba con el amigo de este, no podía ser la persona más feliz del mundo. Ella algo iba a decirle en ese sentido, cuando fueron interrumpidos por la intromisión de otro caballero, el único que podía rivalizar en exceso de personalidad con el señor Ribadavia, pero lo que en este era atractivo y misterio, en el presente señor se tornaba ridículo. Cynthia le abordó con entusiasmo nada más verlo.

—Monsieur Granville —dijo—. Quería poder hablar con usted... he extraviado, no sé cómo, su aparato, ese maravilloso... ¿percutor?

—Percuteur —aclaró el caballero en un falso y afectado francés.

—Exacto. No sé dónde tengo la cabeza... —Reparó en Torres y los presentó—. Señor Torres, este es mi médico, *monsieur le docteur* Joseph Mortimer Granville. —Ambos se saludaron—. El señor Torres es un eminente ingeniero español. El doctor tiene un prodigioso aparato mecánico, puede que a usted, que tanto sabe de ciencia, le interese —dijo esto, y se fue a atender a otros invitados. El doctor era un hombre tan correcto como pedante, que llevaba ambas manos vendadas hasta los antebrazos. Torres, por seguir la conversación, preguntó qué mal le aquejaba a la señora De Blaise para tener que atenderla.

—Histeria —dijo—. Padece arrebatos histéricos. —Como la mitad de la población femenina. Con ese nombre, «histeria», se diagnosticaba a las tristezas, pesadumbres, melancolías y frustraciones de toda una generación de féminas encorsetadas por las rígidas y acartonadas normas sociales—. Para ello, suelo diagnosticar sesiones donde se procura obtener el que llamamos «paroxismo histérico», ¿sabe a lo que me refiero? —Torres no estaba muy versado en las modas y técnicas de la medicina moderna, y el señor Granville parecía deseoso de contarlo. Ese paroxismo lo alcanzaban las féminas tras intensos, convulsos y complicados masajes terapéuticos realizados sobre su zona genital, sin que en ningún momento hubiera penetración, por supuesto—. No es sencillo llegar a ese paroxismo signore Torres. Requiere mucho tiempo y cierta pericia, mi consulta está abarrotada, tengo a veinte y treinta damas aquejadas de histeria y otros males de los nervios esperando en mi consulta, es agotador. Mire —mostró sus vendas—. He sufrido lesiones en

músculos y tendones de tanto masajear, agotador. Algunos de mis compañeros transfieren esta tarea a comadronas, pero entre nosotros, eso supone una pérdida de dinero. Ahí es donde surgió la idea de mi artefacto, *le percuteur*, un asombroso aparato electromecánico que produce una vibración... tal vez pueda enviarle alguno, bajo su costo claro está. Si le interesa la ciencia...

—Verá, doctor, no es la medicina el campo que más me atrae. Y me va a perdonar pero dudo mucho que esos masajes me puedan...

—Se trata de una maravilla mecánica y siendo usted un ingeniero... No puede imaginar la satisfacción que ha traído a esa legión de mujeres intranquilas...

—No lo dudo, aun así...

—No diga más. Le mando uno a su residencia, examínelo. Tal vez pueda darme sugerencias para mejorarlo, aumentar la intensidad del pulso vibratorio... por supuesto si no queda satisfecho...

—Deje, deje.

Terminaba la visita y Torres pudo zafarse a duras penas del pesadísimo y siempre dispuesto a satisfacer hasta el hartazgo, señor Granville. Los invitados se fueron despidiendo, y él hizo otro tanto. El español dijo adiós, agradeciendo la invitación pero lamentando el tener que irse y enfrascarse de nuevo en sus estudios. De Blaise se ofreció a acompañarlo, aduciendo que tenía asuntos que tratar por la City. Mientras esperaba su sombrero, que el mayor mismo fue a buscar, quedó un minuto a solas con Percy, que andaba estirado ignorando con desprecio a los invitados a la salida. Por decir algo, comentó con tacto la desgracia de que el prometido de la ahora señora De Blaise muriera tan joven, a lo que el futuro lord dijo:

—Hay gentes que no están hechos para la vida militar, para la vida en general, diría. Era un inútil, *señor* Torres, no me extraña que por su torpeza muriera.

—Sin embargo, usted no ha cogido la carrera de las armas —respondió Torres, seguro que algo irritado por la falta de respeto para con un muerto.

—No. Siempre me ha interesado más la medicina. De hecho, pienso dedicarme a ella, dedicación plena. —Torres estuvo a punto de presentarle a otro amante de la medicina que acababa de conocer. Se contuvo y esbozó una pregunta que, por obvia, fue respondida antes de ser formulada . Sí, soy médico. Nunca he tenido tentaciones de ejercer, hasta ahora. No me quedaré aquí mientras se despoja a un anciano de lo suyo.

—No quiero inmiscuirme, pero no creo...

—Usted no vive aquí, no sabe nada. El bebería cicuta de las manos de ella, hasta el más grande de los hombres pierde la cabeza por las arteras tretas de una fémina, y él no es de los más grandes, se lo aseguro. —¿No les resulta familiar este discurso, como pronunciado por nuestro doctor indio?—. Hágame caso, señor Torres, sé que está casado y eso cegará su intelecto, pero le aseguro que todas son iguales. Incluso la

más digna de... Todas son viles criaturas envueltas en seda, hermosas, dañinas. Mire si no, ella, liberada de un despojo humano se lanza en brazos de un manantial de ambiciones. Al menos el otro no era un ladrón...

—Si piensa así, ¿por qué se va? Si no permanece por lealtad a su padre al menos debiera proteger su heredad. Perdóneme que sea tan directo, veo que es hombre que no se anda con ambages.

—No hay problema en eso. Cuando muera, yo soy su único y legítimo heredero, el décimo primer lord Dembow, y esta pareja de cucos saldrán del nido, se lo juro.

—¿Y piensa marchar...?

—Pronto, en cuanto termine ciertos asuntos que me retienen en Londres.

La aparición de De Blaise interrumpió la conversación.

—Todo dispuesto, amigo Torres.

Junto a él estaba la cocinera de la casa, muy apurada por encontrarse fuera de su reino de pucheros y espetones y entre tanto caballero encopetado. La señorita Trent insistía en presentar sus respetos al invitado español.

—¿Se acuerda de mí, señor Torres?

—Por supuesto, señorita. —La mujer estaba algo ajada, la edad no se había portado bien con ella, se le notaba incluso teniendo en cuenta que la parquedad con la que se arreglaba afeaba su aspecto, agradable de natural. Recordó con tristeza lo hermosa que le pareció, para su edad, hace diez años, en cambio ahora, caminaba bajo el peso de los achaques y la misma tristeza que cuando la vio por última vez, llorando, sentada a la puerta de la casa—. Me alegro de verla, y de haber probado sus manjares. Le aseguro que su cocina ha cambiado mi opinión sobre la gastronomía de este país...

—Vaya—dijo De Blaise—, ya echaba de menos sus comentarios gastronómicos, Torres. Salgamos ya...

—Es que quería decirle... —dijo la señorita Trent—, si puedo molestar un minuto al señor, un amigo suyo...

—En otro momento, el coche espera...

De Blaise se llevó del brazo a Torres, dejando a la buena mujer con la palabra en la boca. Fuera ya estaba dispuesto el coche del Premier frente a la entrada, en la plazoleta de grava donde empezaban a situarse los del resto de los invitados. Lord Salisbury ya subía al suyo tras despedirse de los anfitriones, rodeado de lacayos y hombres serios vestidos de oscuro, guardias personales dispuestos por el ministerio dadas las turbulencias políticas. Para evitar retrasos en alguien con agenda tan apretada como el primer ministro, él era el primero en salir, pero ya se aproximaba el coche de De Blaise por el camino en segundo lugar.

Apenas se había detenido el tiro, sonaron dos detonaciones, rotundos truenos en un día despejado. Aparecieron tantas armas como en un regimiento, voces de alarma,

nervios. El cochero de lord Dembow, que charlaba a pie con el del primer ministro, azuzó los caballos de este para que corrieran a escape. El coche de Salisbury salió al galope, tratando de alejarse de la puerta, circundando la casa seguido por hombres armados a la carrera. Había humo blanco lejos, en dirección a la entrada, en la verja que rodeaba la propiedad, allí habían sido las explosiones.

Les dispararon. La bala fue a incrustarse en el señorial dintel de la puerta, pasando en su trayectoria entre las cabezas de Torres y De Blaise, a pocos centímetros de la oreja del último. El español reaccionó rápido y con decisión: empujó al señor De Blaise al interior del coche y se agachó. Tomkins tampoco estuvo torpe.

—¡Albert! —azuzó al cochero que ya subía todo lo rápido que era capaz—. ¡Fuera! —Y sacó de su levita un revólver. No, si me preguntan si es común entre los mayordomos británicos el ir armados, la respuesta es no.

Albert estuvo a la altura de la situación, y condujo al tronco de nobles en dirección contraria hacia la que iba el coche del primer ministro, quién era el presumible objetivo principal.

En cuanto al tirador, fuera quien fuese, estaba entre lo espeso del jardín y no se veía rastro de él. Debió huir, o eso entendió mi amigo al alzar la cabeza y ver al mayordomo en medio del jardín, junto a sus hombres y a la escolta de lord Salisbury, pistolas en mano, buscando de un lado a otro.

En eso quedó todo, que no es poca cosa. No tardó en llegar la policía y comenzar las pesquisas pertinentes, un atentado contra lord Salisbury, en Forlornhope, no era algo que se dejara correr alegremente. Los artefactos explosivos parecían caseros y efectivos, habían sacado de sus goznes a la pesada puerta de entrada. Nadie había visto bien al tirador, desde luego no sus víctimas. Los testigos, jardineros, guardias, servicio, hablaron de un hombre grande corriendo por el bosque, arma en mano. Las descripciones no fueron en nada precisas. Llegó la pregunta clave, de boca del detective a cargo:

—¿Saben de alguien que quiera hacerles daño? —Obviamente cualquier anarquista enloquecido gustaría de asesinar al primer ministro o alguna de las restantes personalidades. En el aire flotaba la posibilidad de que se tratara de un atentado de radicales irlandeses dirigido hacia Salisbury u otro miembro del gabinete, el Clan na Gael no dejaba de estar activo, y esa era la posibilidad a la que seguro más atención ponían los policías. Por tanto la pregunta iba dirigida a los hombres más «grises» de la reunión solo porque habían sido blanco aparente de la agresión. El único disparo no había tenido como objetivo al primer ministro—. Es de suponer que les tomaron por él, no parecen muy organizados... con todo, no podemos ignorar ninguna posibilidad.

Torres no contaba con enemigos, y desde luego no podía pensar que Tumblety le

quisiera hacer ningún mal. No creía que sus confidencias al inspector Abberline hubieran salido de la discreción policial, y de ser así, el matarlo a él no podía traer bien alguno al americano. Si tuviera que inclinarse por una causa, se quedaría con que una de mis trapacerías había desencadenado ese incidente.

En cuanto a De Blaise manifestó a la policía no tener sospecha alguna. Algo muy distinto dijo a Torres cuando repitió su ofrecimiento de acompañarlo a la pensión Arias, una vez despedido a los agentes, asegurado la marcha tranquila de Salisbury, tranquilizado a su mujer y a lord Dembow, y dado instrucciones a Tomkins para mantener vigilancia en la casa.

—¡Ese bastardo de Percy!

—Señor —exclamó Torres sorprendido—. No puede pensar que él...

—¿Quién si no? Es un loco, enfermo de celos y podrido de odio. Es muy capaz de esto y mucho más.

Torres no desveló las últimas manifestaciones que le hiciera el señor Abbercromby, por no añadir hierro a las terribles suposiciones del inglés. Aquel hombre que hace diez años dijera del unigénito del lord Dembow que era: «un caballero intachable, salvo por su mal carácter y detestables modales», lo tildaba ahora de «loco y enfermo de celos».

Y lo cierto es que Torres no consideró tales juicios como del todo descabellados, y muy comprensibles viniendo de quien venían.

Su curiosidad lo empujó a conducir la conversación hacia los orígenes de los celos del primogénito del lord, esto es: la muerte de Henry Hamilton-Smythe y la posterior boda de John De Blaise. Trató este de expresar la inmensa dicha que le suponía su actual estado, pero no era la interpretación un arte que dominara, se traslucía una amargura profunda tras los halagos que hacía a su esposa. Lo que en principio supondría una obligación moral para otro, el desposarse con la prometida de su camarada de armas caído en combate, fue un placer para él, su sueño, en principio inalcanzable, por fin cumplido. Esa obligación habría traído una noble resignación en cualquiera, cualquiera que no anhelara la recompensa del amor por su abnegado esfuerzo. La realidad acabó con todas sus esperanzas.

Contó enseguida no solo las circunstancias de la muerte del teniente Hamilton-Smythe, sino todos los avatares de su vida desde que Torres lo viera por última vez, diez años atrás, en un andén de la estación Victoria. La primera pregunta que seguro hizo, o insinuó, el español debió ser: ¿cómo es que no se casó la joven pareja de enamorados en todo este tiempo?

Aquí es cuando esta historia se transforma, de nuevo. Esta vez en una crónica de hazañas bélicas en el más inhóspito de los lugares, de modo que prepárense a soportar calor y sufrimiento, miedo y dolor, y todas las penurias que han acompañado siempre al hombre, desde que empuñó la primera arma. Antes, tendremos que irnos mucho

tiempo atrás, de nuevo al setenta y siete.

Dispuestos estaban por ambas partes al desposorio, pero una semana escasa tras la partida de Torres y durante el siguiente año, la desgracia económica se cebó sobre los bienes e intereses de lord Dembow. Una serie de catástrofes, incendios, robos y ataques vándalos contra las propiedades del lord, especialmente contra su patrimonio naviero, muelles, almacenes, astilleros y hasta algún buque, amenazaron con quebrar seriamente la economía de la familia. Un patrimonio tan dañado en lo moral por los hados desde los infortunios del *Great Eastener*, se veía de nuevo perjudicado. Los acreedores se lanzaron voraces y muchos seguros no pudieron llevarse a efecto con la rapidez necesaria, pues pronto se mostró de forma innegable que la mayoría de los accidentes no eran tales, sino provocados por la mano del hombre. Aunque lord Dembow y sus abogados se esforzaron en encontrar la sombra de algunos enemigos tras los incidentes, nada se logró. Por si fuera poco, ciertos desastres financieros, proyectos ambiciosos y fallidos del pasado, como el propio Leviatán náutico, habían dejado las arcas del lord en precario, y su fama como «empresario algo aventurado y de poca fortuna» alejaba a muchos avalistas; la inyección de capital de los seguros o de aportaciones filantrópicas de particulares que bien pudieron paliar las desgracias, no llegó. Peligró hasta la misma Forlornhope.

En una situación tal, Henry Hamilton-Smythe se comportó con la nobleza y gallardía que su carácter ya dejó ver a Torres. No podía casarse en esas condiciones, aseguró, no sin antes hacer todo lo posible por arreglar la situación de lord Dembow, su amigo y benefactor, y por ende la de Cynthia. Ya he dicho que el teniente era hombre que no necesitaba del patrimonio de los Abbercromby, por lo que solo el maledicente Percy podía tildarle de cazadotes. Resultó disponer de más bienes de los supuestos. Era un hombre rico, que no dudó un segundo en poner en juego su fortuna para salvar la de lord Dembow. Abandonó el ejército y puso manos a la obra en sacar a su futura familia de la inminente ruina. Consiguió suculentos empréstitos de bancos poniendo sus propiedades como garantías, tomó las riendas de la situación allí donde la torpeza y brutalidad de Perceval Abbercromby habían fracasado. Utilizó sus influencias, que las tenía por ser hijo de quien era, y estas junto a las propias de lord Dembow, que, aunque el cambio de década había traído una situación política en nada favorable para él (no disfrutaba de tanta amistad con el señor Gladstone como con el señor Disraeli), aún tenía contactos en White Hall, surtieron los efectos deseados.

En los primeros ochenta el saneamiento de la economía de lord Dembow ya era un hecho. Cierto que nunca volverían a disfrutar de una posición tan holgada como en el pasado, pero entraron en una situación de relativa bonanza por el buen hacer de Hamilton-Smythe. Esta circunstancia no debió ser muy del agrado de Percy, para el que el estado de gracia en que se encontraba Hamilton frente a la familia era llover

sobre mojado. Esto es una deducción mía, claro está, que el heredero Abbercromby no hizo jamás confidencias al respecto.

En cuanto la responsabilidad de esos «accidentes», si es que hubo un único responsable o varios, o si se trató de una sucesión sorprendente y desafortunada de desgracias, nada pudo averiguar Hamilton-Smythe, ni nadie. Bien es cierto que lord Dembow se había granjeado un buen número de enemistades a lo largo de su vida, incluyendo algunos parientes lejanos. Muchos se alegraron de las penurias del lord y a ninguno de ellos pudo imputárseles nada.

Los incidentes aciagos cesaron bruscamente en noviembre del setenta y nueve, tras el aparatoso incendio de gran parte de las propiedades familiares en Kent, durante una estancia allí del lord, estancia fuera del hábito del noble que solía preferir visitar sus posesiones rústicas fuera de la temporada londinense. Tras ese incendio sin víctimas que lamentar, los enemigos, si es que era cierto que todo fue provocado, abandonaron sus esfuerzos. Dispuestos estaban entonces a iniciar de nuevo los planes de casorio, al que Hamilton-Smythe se había opuesto con firmeza mientras el resto de problemas familiares no se resolvieran, cuando llegó otra desgracia: su padre falleció de una pulmonía.

Se pospuso una vez más la ya muy esperada boda, y no fue por última vez. En noviembre de mil ochocientos ochenta y dos Hamilton, terminado ya un tal vez excesivo duelo por su padre, cayó en las garras de una grave enfermedad, que le tuvo postrado seis meses, durante los que apenas pudo ver a su prometida y al resto de la familia. La causa de este mal, según se dijo, era la muerte de su padre, que le había sumido en un malestar, afligiéndole con alguna enfermedad de tipo nervioso que acabó debilitándolo y haciéndole coger unas malignas fiebres, sumamente contagiosas. La realidad era muy distinta, según confesara De Blaise a mi amigo:

—«La viruela francesa», la enfermedad del amor, como usted quiera llamarlo. ¿Le sorprende, Torres? No me extraña, el compendio de virtudes que fue mi amigo solo se vio enlodado por una pequeña debilidad hacia los mandatos de Afrodita, cosa que yo veo de lo más normal en alguien de su edad y vigor, ¿no cree? Lamentablemente esta pasión le atormentaba, y procuraba satisfacerla en la clandestinidad, excesiva para mi gusto, lo que le condujo a enfermar. Así me lo confesó, y me hizo saber que no podía llegar al matrimonio en ese estado. En honor a nuestra amistad me convirtió en su cómplice, y yo lo ayude a seguir la farsa de su misteriosa fiebre, hasta que los chancros curaron.

Este alejamiento lo fue no solo de Cynthia, sino del propio lord y de la guía de los negocios y asuntos que de manera tan inesperada y provechosa se había hecho, lo que agradó a Percy, quién volvió a ocupar lugar de preferencia y olvidó en cierta medida su encono hacia Hamilton.

Una vez sanado, tampoco encontró oportuno casarse, pues ahora no era nadie,

según decía, y nada podía ofrecer a la sobrina de lord Dembow. Pese a los ruegos de ella, que trató de convencer a su amado por todos los medios, encomiando lo que ya había hecho por su familia, él se empecinó en que el hijo del general Hamilton-Smythe no podía ser un aventurero, un «cazador de títulos», no «el esposo de la sobrina de lord Dembow», sin más, escuchando cómo se daba pábulo al rumor de que se emparentaba con una de las familias más nobles y antiguas del Imperio gracias al infortunio, amparándose en las necesidades de una hermosa joven que aspiraría a mucho más que él, de encontrarse en otra situación. El honor de sus antepasados lo llamaba. Por tanto retomó la carrera de las armas, que por cierto De Blaise había desempeñado desde el principio, sin grandes honores pero con dignidad. Juró que pasaría un año a mucho tardar en ultramar, y luego volvería encantado a sellar su amor con las apropiadas nupcias. Así partió junto al primero de su regimiento hacia Asia, donde habría de encontrar su final.

Por entonces, mil ochocientos ochenta y cinco, el embajador francés, *monsieur* Hass, negoció el establecimiento del Banco Francés en Birmania, así como la concesión de la línea férrea entre Mandalay, capital Birmana, y la Birmania Británica en el sur. Sin duda, esta intromisión gala en terreno de influencia de la Corona, a tan poca distancia de la India, irritó al Foreign Office. Con la excusa, no me detendré aquí a discutir si veraz o no, de una disputa respecto a cierta multa que autoridades birmanas impusieron a una compañía inglesa, los británicos lanzaron un ultimátum, exigiendo que cualquier sanción contra intereses de la Corona en aquel país se supeditara al juicio británico, además de exigir ciertas prebendas sobre el comercio exterior del país, etcétera. En definitiva, condiciones que equiparaban al reino de Ava, como le decían los birmanos, con algunos principados «títeres» en la India, y que desde luego nunca aceptaría el orgulloso y sanguinario, según decían muchos, rey de Ava, Thibaw Min.

La negativa llegó en noviembre a Rangún, ciudad principal de la Birmania ocupada, y de inmediato estalló la guerra. El problema que se les presentaba a los estrategas ingleses al llevar a cabo esa campaña frente a enemigo tan débil en principio, era la propia geografía del país. Birmania está lleno de junglas intransitables, y lo que era peor, completamente desconocidas para ellos. La única solución posible era ascender por el río Irrawaddy, arteria fluvial del país por la que ya bogaban vapores británicos, hasta tomar Mandalay, que descansaba en la ribera del mismo. Aunque la navegación por el río no era sencilla, no había otra posibilidad, y así con considerable celeridad, tal vez debida a una preparación previa, se reunieron más de diez mil hombres, entre tropas inglesas e indias, dispuestos a invadir el norte, bien pertrechados y equipados con piezas de artillería y ametralladoras. Solo cinco días tras la llegada de la negativa de Thibaw Min, cincuenta cinco vapores, barcazas y lanchas de todo tipo ascendieron por el río, cogiendo al enemigo en completa

sorpresa.

El ejército birmano no tuvo tiempo de tomar las medidas oportunas, hundir vapores para bloquear el ascenso del río, distribuir mejor sus fuerzas en la ribera... En consecuencia la victoria británica fue rápida. No estuvo exenta de combate, tuvieron problemas en asaltar las defensas de bambú de las plazas, los birmanos eran muy buenos a la hora de fortificarse, pero para el día veintiocho de noviembre, apenas catorce jornadas tras la declaración de la guerra, Mandalay cayó y el ejército birmano se rindió.

Los trabajos de guerra de ambos amigos, De Blaise y Hamilton-Smythe, no fueron en absoluto peligrosos ni extenuantes. Siendo de un regimiento de elite, los Royal Green Jackets, se esperaría que tomaran parte principal en las acciones. No fue así en su caso, y tal vez por lo afamado del regimiento de fusileros, se le encargó al entonces mayor De Blaise la escolta y seguridad del príncipe Nyaung Yan, un medio hermano del rey Thibaw que sobrevivió a las purgas familiares que hizo este al acceder al trono, forma tal vez no muy elegante pero sí efectiva para librarse de la codicia que la Corona ejerciera sobre sus queridos parientes. Cuentan que mato a todos sus hermanos de la forma más horrible, menos a Nyaung Yan, que había permanecido en Inglaterra hasta entonces. El motivo de traer al príncipe ahora a Birmania, era, o parecía ser, una hábil maniobra del alto mando para socavar la posible resistencia entre las tropas birmanas. Decían que muchos advenedizos y enemigos del actual monarca deseaban un inmediato cambio en el trono, y veían en la velada promesa británica de sustituir a un hermano por otro una luz de esperanza. Por supuesto, ni el ejército ni el Foreign Office afirmaron nada al respecto. El embarcar al príncipe río arriba podía tratarse de una pobre y mezquina artimaña, que a la luz de la escasa resistencia del enemigo, pareció surtir efecto.

En estos términos De Blaise fue muy vago. No podía asegurar los motivos o intenciones de su misión de escolta, se limitó a cumplir órdenes. Incluso era incapaz de acallar los rumores, que muchos corrieron entre aquellas barcas ascendiendo el Irrawaddy y en los despachos de White Hall, respecto a si a quien llevaban era el verdadero príncipe Nyaung Yan o un doble. Su trabajo, y el de Hamilton-Smythe que se había incorporado de nuevo con rango de teniente y estaba a sus órdenes, era en sí extraño. El príncipe apenas salía de su camarote, y cuando lo hacía se mostraba distante, paseaba por cubierta un minuto y regresaba, ataviado siempre con hermosas y complejas vestiduras propias de la monarquía de Ava, apartado una distancia protocolaria de sus custodios, distrayendo el tedio del viaje tocando una flauta con no poco talento. Solo cuando fondeaban en lugar seguro salía a estirar las piernas, y ni en esas ocasiones se mezclaba con la oficialía como era de esperar, sino que permanecía solo, vigilado a distancia por De Blaise y sus hombres. En Mandalay lo vieron por última vez y, por supuesto, no ascendiendo al trono. Al mayor se le

informó que Nyaung Yan se encontraba delicado de salud y volvía a Inglaterra. Ambos amigos pasaron toda la guerra sin disparar una vez, sin entrar en acción directa alguna, y con el único orgullo de haber detenido a un par de ladronzuelos que trataron de colarse una noche en la cámara del príncipe.

Nada de esto molestaba a De Blaise, no era un cobarde, pero no amaba la milicia, y si permanecía en ella era porque fuera de allí no tenía futuro, social ni económico. No he mencionado nada sobre este caballero hasta ahora, y no es por otro motivo aparte de que poco sé de él y poco supo Torres. Su carácter, tan locuaz para con los demás, era en suma reservado si se refería a su persona, ocultando penas y preocupaciones, de haberlas, en una máscara hecha de bromas, alegría, conversación aguda e ingenio en las respuestas. Aun con estas, puedo intuir que la ruina había perseguido a su familia, si no de modo fatal, si lo suficiente para que el ejército fuera la mejor solución. Por el contrario Hamilton andaba tras la búsqueda de honores en esta, su segunda incorporación a filas, la más peligrosa de las búsquedas a las que en ocasiones se entregan los hombres ardientes. Habiendo cumplido ya con su país, su Corona y con su honor, bien pudiera volver a casa valiéndose de sus influencias y las de su futuro yerno, cosa que no hizo. Los dos permanecieron en Birmania, en la jungla.

Lo que fue una victoria cómoda para el ejército de su majestad, acabó convirtiéndose en algo más que una molestia en los siguientes años de ocupación. El control del territorio más allá de las riberas del Irrawaddy era tarea casi imposible en medio del terreno de junglas y montañas dominante, y allí se refugiaron insurgentes y rebeldes irredentos, los dacoits, bandidos de espíritu inquebrantable, que llegaron a incendiar Mandalay en dos ocasiones y solo fueron sofocados por el poderoso ejército occidental tras una larga y dolorosa guerra de desgaste. Ejército inglés tan laureado, para el que los birmanos fueron «los irlandeses de Asia».

Los dos salieron de Indochina comenzado ya diciembre de ese año ochenta y cinco. Pudiendo optar por regresar un tiempo a Inglaterra, fueron a descansar a Calcuta, en la India. Con seguridad Hamilton-Smythe temía que la presencia de su amada lo alejara definitivamente de Asia, lugar de aventuras donde había decidido probarse, y su siempre fiel escudero lo acompañaría sin rechistar.

—Parecía preso de una extraña obsesión por esos paisajes, por los nativos, por la vegetación y sus calores —explicó De Blaise a Torres—. Más que por el lugar estaba atrapado por la guerra. No sé si puede entenderme... ¿usted no ha sido militar, no?

—He luchado, hace tiempo, en Bilbao... en mi país, no viene al caso.

—Tal vez entonces me entienda, tal vez sepa lo que es esa ansia por probarse a uno mismo frente al enemigo, ese deseo insaciable de honores, de condecoraciones...

—Eso, la mayoría de las veces es prueba de vanidad, y no recuerdo que ese pecado afeara al señor Hamilton-Smythe.

—Estaba muy cambiado, no lo hubiera reconocido. No era en realidad una búsqueda de reconocimiento público, ni de ningún galardón por orgullo o jactancia de lucirlo en el pecho; parecía algo más personal. Como el bebedor va tras la botella, Harry quería la lucha. No sé cómo explicarlo mejor.

El carácter del teniente Hamilton se estropeó y donde hubo un conversador ameno, tradicional en sus convicciones pero dotado de un corazón generoso, y un hombre con suficientes virtudes para agradar al más exigente, quedó un maníaco obseso y taciturno, incluso pesado y aburrido. Su estancia en la India fue una espera nerviosa, que solo aliviaba a base de ruegos a sus superiores. Y como al ejército no hay nada que le guste más que un joven deseoso de luchar, sus peticiones fueron pronto atendidas. Volvió a Birmania pasadas las navidades, acompañado de De Blaise, que aunque su superior, se consideraba antes que nada su amigo.

Allí se les impuso, como a todo el regimiento de fusileros, la tarea de acabar con el hostigamiento pertinaz de los dacoits, cuyas tácticas de guerrilla mermaban la moral, y no solo la moral, de las tropas inglesas. Entonces sí que conocieron las labores del soldado, bien que las conocieron. Estos dacoits, mezcla de salteadores, soldados desertores y patriotas decididos a echar a los ingleses de su patria, eran imposibles de detener. Atacaban puestos fronterizos, a patrullas y a cualquier instalación militar, así como acosaban a la población civil que se mantenía fiel a los británicos; y tras sus acciones se los comía la vegetación, desaparecían entre selvas y espesuras en medio de las que los soldados de la Reina eran del todo ineficaces. Todo este hostigamiento no hizo rendirse al ejército, los británicos tienen una considerable capacidad de sufrir, unida a no poca tozudez y disciplina.

Pasado ya el tiempo, alguien, algún ocioso general aburrido y desconocedor de la situación, dio por pensar en que la clave del éxito de los nativos radicaba en la desinformación de las tropas de ocupación; la incomunicación entre las unidades y el desconocimiento del territorio les hacía débiles. Ahora que se habían anexionado los territorios de las colinas Chin, cuya pertenencia al reino de Ava era solo nominal, se decidió tender cable de telégrafo entre los puestos de avanzada, los fortines y Mandalay. La empresa no era pequeña, el tendido de cable entre Rangún y Mandalay estaba en precario de forma permanente, sometido a continuos ataques de los dacoit, cuánto más difícil sería mantener una línea de millas de distancia entre la selva birmana. Se decidió enterrarlo, y pese al absurdo que muchos vieron en sepultar cable telegráfico bajo más de cien millas de territorio no controlado, el cuerpo de ingenieros se puso manos a la obra.

Para dar custodia se encomendó a la compañía del mayor De Blaise, entre otras. Era más una labor exploratoria que de escolta, quince hombres, oficialía aparte, acompañaron a un ingeniero desde Haka, capital de la región de las colinas Chin, hasta un puesto de avanzada, que llamaban fuerte Kamayut, y que distaba algo más

de doscientas millas... perdón, más de trescientos kilómetros. Supongo que intentaban valorar la situación del terreno, y la posibilidad de enterrar el cable.

Era agosto, plena estación de lluvias por aquellas latitudes, y aunque no hacía un tiempo en especial cruento para los estándares de allá, la humedad perenne convertía el caqui de los uniformes en un marrón sucio, mezcla de agua y sudor, y del mismo modo oscurecía el tono del ánimo de los británicos. Todo... todo el trayecto de una semana de viaje se haría a pie, no solo por lo agreste de ese territorio, una epidemia se había cebado en la cuadra del regimiento, y bueyes y muías enfermaban, convirtiendo a las pocas sanas en artículos de lujo que no se malgastaban en misiones bobas como las que iban a emprender...

No me acuerdo bien. Tendría que buscar en mis memorias, y ya... y ya... ya es tarde.

No... si mi odiado enfermero y cus... custodio... Bueno... Tendrán que ayudarme... sí ayudarme...

Sí. ¿No quieren perderse una buena historia de batallas y...?

Esa... eso es... eso...

Mejor... me siento mejor... denme un minuto.

De acuerdo. Estamos con la terrible aventura de la expedición a fuerte Kamayut. Sí. Como les digo, tenían que escoltar a un ingeniero, y ese ingeniero era el capitán Cardigan Sturdy, un irlandés, muy viejo para el servicio y muy borracho (he conocido a muchos que nacieron en esa isla, y aunque algún calumniador asegure que irlandés y borracho es redundancia, y por tanto sobre decir lo uno si se dice lo otro, el capitán Sturdy era bebedor entre los bebedores), al que no le faltaba habilidad en su profesión. Quién sabe qué vicisitudes habían llevado a un hombre capaz al estado de dejadez que mostraba el capitán, y lo que es más llamativo, a tener a su edad que mancharse la barriga entre barros. Y nadie lo supo, porque a nadie le interesó. Lo cierto es que el ingeniero soportaba las inclemencias tropicales, no solo con sorprendente entereza para su edad (edad que no digo porque no la conocía De Blaise ni nadie en la columna, pero hay quien aventuraba que ya no cumplía los cincuenta), sino con mucho mayor vigor del que mostraban sus compañeros más jóvenes y fornidos. Para ello solo se ayudaba del consuelo del licor.

A nadie le importaba. Si Sturdy soportaba los calores gracias a su petaca, era asunto suyo. Mientras se limitara a no poner muchas pegas, a no retenerlos demasiado en esos inhóspitos lugares, era querido. Y en ningún momento fue estorbo para aquellos que querían terminar cuanto antes y volver a sus barracones, es decir, para toda la compañía salvo Hamilton-Smythe. El insistía con una exasperante vehemencia en que se llevara la misión a cabo hasta sus últimos detalles, exigiendo a Sturdy que realizar a cada kilómetro un informe pormenorizado del terreno, haciendo las catas y medidas que fueran precisas para cumplir la misión como era debido. Ni el

grado ni su popularidad entre la compañía permitían al teniente exigir nada, tuvo que transmitir sus ruegos y ansiedades a su amigo, lo que acabó causando no pocos quebraderos de cabeza a De Blaise.

—Si me permite un comentario, señor —decía el sargento mayor Bowels—, no es bueno. Hablo del teniente. Lo he visto muchas veces. Hombres que buscan la muerte, desde que desayunan hasta que cae la noche, y aún sin luz continúan. No es bueno, señor. Alguien así arrastra a los que lo acompañan.

De Blaise ignoró esos comentarios; no solo eso, los hizo acallar. No podía obrar de otro modo, era su amigo, y aún si no fuera así, se veían embarcados en ese viaje con él y nada había que hacer excepto terminar la misión y volver a casa.

Al tercer día tras salir de Haka llovió, una lluvia llorosa y continua, y al final de esa misma jornada sufrieron un ataque. El capitán Sturdy mostraba ya la indolencia que le caracterizaba, pidiendo acampar cuando aún había luz, no por la humedad a la que parecía impermeable, sino por pura desidia. Se inició una airada discusión entre él y Hamilton-Smythe, en la que sin duda este último llevaba razón, pero la antipatía granjeada en la compañía puso a esta de parte del ingeniero. De Blaise ordenó silencio y trató de mediar, y las voces volvían a alzarse al instante. Todo el camino era colina arriba, por una cañada o alguna clase de sendero de ganado, y por él aparecieron dos nativos, dos birmanos con sus ropas habituales, descalzos, con las piernas desnudas por completo, tocados con un pañuelo y envueltos en un manto ligero y colorista bajo el que se protegían de la lluvia; como vestiría un vulgar campesino, o un dacoit. Se cruzaron con la compañía que avanzaba irregular y enfadada, discutiendo y rezongando a cada paso, y se echaron a un lado. Pasaron desapercibidos para todos, ocupados en lamentarse de la fea caminata bajo la lluvia, de los groseros improperios de Sturdy y de las agotadoras filípicas de Hamilton. Para todos menos para los ojos de veterano de Bowels, que algo notó. Cerraba la fila el sargento, y nada más superar a los pacientes campesinos, dio media vuelta, sacó su revólver y disparó en la cabeza a uno de ellos, al tiempo que gritaba:

—¡Emboscada!

El compañero del caído sacó de debajo de su camisa un largo machete, la típica espada *dah* birmana, una hoja ancha y no demasiado larga que partía con igual alegría carne que huesos, y al tiempo, de entre la lluvia, saltó un grupo de desarrapados furiosos, armas en mano. La compañía reaccionó con velocidad y fiereza, admirable esfuerzo dada su baja moral. Los asaltantes estaban muy cerca y en posición demasiado ventajosa como para organizar una descarga de fusilería, pero las viejas y seguras carabinas Martini-Henry con las que estaban equipados cumplieron su función. Tras los disparos que derribaron a cuatro o cinco dacoits, las bayonetas fueron las que hablaron. De Blaise sacó su revólver y dio buena cuenta de alguno. Por su parte, Hamilton-Smythe cargó con el sable de caballería que gustaba llevar en

mano.

—¡Harry! ¡Vuelve aquí! —gritó el mayor, sin que el teniente obedeciera o siquiera diera señales de escucharlo. Agitaba su hoja como un demonio, tajando bandidos, perdiéndose tras el telón de lluvia, abandonando el improvisado cuadro defensivo que había formado la compañía.

Pese a la sorpresa, el desconcierto y la baja moral, los birmanos no fueron enemigo apreciable. Yo, que algo de guerras sé, calificaría su ataque de alocado, más llevados por la pasión que por una estrategia bien montada, que ni siquiera superaban en más de cinco el número de soldados británicos. Así, los asaltantes que aún estaban en pie se dieron a la fuga en una retirada desordenada, y tras ellos corría Hamilton, con la hoja de su espada empapada de sangre y lluvia.

—¡Harry! —De Blaise no veía nada. Intuía la furia del ataque de su amigo por los aullidos salvajes que daba—. ¡Bowels! ¡Coja a dos hombres y vaya a apoyar al teniente! ¡Les quiero a los cuatro aquí de inmediato! —Hubiera ido él mismo en pos de su amigo, pero sus obligaciones como oficial lo retenían, debía reorganizar la compañía. Tan solo tenían dos heridos, el soldado Brennan, con un feo corte en la oreja y el hombro y Davis, con un golpe en la cabeza. Pronto fueron atendidos allí en medio, bajo la lluvia.

Entretanto, Bowels no tardó en encontrar al Hamilton-Smythe, tirado en el suelo. No, no estaba muerto. Tras dar cuenta de dos dacoits con igual número de tajos certeros, vio huir a un grupo de tres más colina abajo y salió tras ellos.

—*¡Tháhkóu!*—gritaba desaforado la única palabra que sabía en birmano, y que me temo no significaba lo que él pensaba. Con tan mala fortuna corrió que dio a pisar en un terreno blando, una torrentera que se había convertido en lodazal por la lluvia, y que ocultaba una maraña de raíces. Metió la pierna en esa trampa natural, cayó y quedó enganchado, y ahí estaba, gritando de ira y rabia, tratando de cortar a ciegas sus ataduras con la espada.

—¡De prisa! —dijo cuando llegaron a su lado—. ¡Se escapan! —Con ayuda de los soldados no tardó de salir del hoyo, y tan pronto como se vio liberado de esa prisión natural, corrió tras los enemigos en fuga, bajo la lluvia, con una cojera considerable.

—¡Señor! ¡Aguarde! —gritó Bowels—. ¡Es una locura! —Hamilton no atendía a razones, pero tampoco estaba en condiciones de correr demasiado. Tropezó, y quedó mirando al sargento—. Señor, tenemos que volver. Apenas se puede ver, y necesitamos reagruparnos con el resto de la compañía. -Hamilton-Smythe quedó escupiendo agua y barro, y sopesando lo que oía. Su cabeza se movía a un lado y a otro, mirando de hito en hito al sargento mayor y, colina abajo, hacia los fugados.

—¡No! —dijo por fin—. Aún podemos cogerlos. Huyen espantados, como cobardes que son, y seguro que nos llevarán a su cubil. Esto solo era una avanzada.

¡Vamos sargento! ¡Síganme! —Y de nuevo se incorporó, y echó a correr.

Los tres quedaron así, mojándose y temiendo la peor de las suertes si seguían a ese loco ansioso de gloria.

Por el amor de dios, Bowie... —dijo el sargento Jones, con expresión frustrada. Él y su compañero, el cabo Canary, eran buenos amigos del sargento, compadres de borracheras, no en vano los había escogido.

—Vamos —terminó Bowels con la demora, y sus subordinados avanzaron tras él. No tardaron en alcanzar al teniente, andaba a trompicones, agitándose como un loco bajo la lluvia tras los fantasmas dacoits, que estarían ya a una milla de distancia. Lo que cuento aquí, solo podemos saberlo a partir de lo que Canary y Jones declararon en el consejo de guerra subsiguiente. El primero de ellos afirmó que al llegar a la altura del teniente Hamilton-Smythe, el sargento mayor Bowels zancadilleó a su superior, con tal oportunidad que el inestable oficial cayó sobre unas ramas, perdió el casco y se lastimó en una ceja. El mismo Hamilton se dio cuenta de la agresión.

—¡Qué demonios... sargento!

—Ha tropezado señor. Correr por este terreno y con esta lluvia...

—¡No me tome por imbécil, sargento! —Se sacudió la ayuda que le ofrecían y volvió a caer. La sangre le manaba con profusión sobre el ojo y el dolor de su pierna aumentaba—. ¿Intenta matarme? Cobarde. Vamos a seguir adelante... — Blandió su arma dispuesto a degollar a quien desobedeciera.

—Teniente, ¿cómo no va a tropezar aquí? Yo no...

—Vamos, señor —intervino el sargento Jones—. Esa herida es muy fea, creo que tendrán que darle unos puntos. Así no podemos...

No atendió a razón alguna. Estaba furioso y poseído por una obsesión histérica. Se levantó una vez más, gritando y exigiendo que lo obedecieran. Bowels, como muchos otros insurrectos antes que él, decidió que no iba a jugarse la vida por un loco, y dijo:

—Cogedlo. —Y sus camaradas lo hicieron evitando los tajos a trasmano del furioso Hamilton. Entre protestas volvieron con el resto.

Como es natural, estos hechos no son exactamente como los he contado si atendemos a la versión del sargento Bowels. Lo cierto es que Hamilton hacía mucho que se había ganado suficiente hostilidad como para generar acciones como la descrita, y a la vista de los resultados finales... no adelantaré acontecimientos.

Al reunirse con De Blaise, Hamilton-Smythe se quejó enérgicamente, y exigió que sargento y soldados fueran arrestados y sometidos a un consejo en cuanto llegaran al lugar apropiado, y si no era posible, fusilarlos ahí mismo, bajo la lluvia. De Blaise no dudaba de que los hechos fueran tal y como los contaba su amigo, no le extrañaba un comportamiento así en Bowels, un buen soldado, disciplinado, tanto como convencido de que el teniente era incompetente para su cargo, un loco que

buscaba pasar a la historia.

—Debí hacer algo, lo sé, pero ¿el qué? En el fondo sabía que de no ser por Bowels, Harry estaría muerto, hubiera corrido como un demente hasta... Dios sabe. Teníamos que continuar colina arriba. Por otro lado, no se me escapaba que si ignoraba los hechos, cualquier autoridad, cualquier respeto que pudieran sentir los hombres hacia Harry, desaparecería. En el estado en que se encontraba mi amigo, mi querido amigo, no tenía idea de cómo reaccionaría a eso...

—¿Qué hizo?

—Nada. No hice nada.

Curaron las heridas de Brennan, Davis y de Hamilton y siguieron adelante. El mayor decidió posponer el asunto hasta el término de la misión. Juró que daría cuenta de lo sucedido a los mandos pertinentes, no ahora, no en medio del barro, entre enemigos. El teniente no protestó, una vez oído a su amigo quitar importancia al incidente y asegurar que tenían que seguir adelante, se sumió en un silencio apesadumbrado; la traición de De Blaise le dolía más que la insubordinación de toda la compañía.

Pueden bien imaginarse cómo fue el resto de la marcha. Un silencio culpable pesaba sobre todos. De Blaise, con buen criterio, creía ser testigo del final del largo y extraño deterioro en su camarada. La firmeza que mostrara en Inglaterra, cuando echó sobre sus hombros la tarea de sacar a flote las empresas familiares de lord Dembow, se había transformado en una loca obsesión por probarse más y más, por mostrar una hombría y un valor que llegaban a la temeridad. Era consciente de que el silencio que se había abierto entre ambos no sería fácil de cruzar. Aunque avanzaban lentos por la lluvia y la cojera de Hamilton-Smythe, por ningún momento pensó en volver y frustrar la misión.

—Por lo más sagrado, mayor, esto es un sinsentido —repetía y repetía a cada descanso el capitán Cardigan Sturdy, que sin duda vio en todo el conflicto una oportunidad excelente para abandonar una tarea que le disgustaba y lo alejaba de la cantina de oficiales—. El teniente nos retrasa mucho, y con este tiempo...

—Capitán, disponemos de tiempo de sobra, la prisa no es un factor a considerar en esta misión.

—Señor, la misión ya está terminada. Hemos sido atacados por una banda de insurrectos, luego yo juzgo que tender cable aquí es ponerlo a merced del enemigo. Tenemos heridos y...

—¡Sturdy...! Se trataba de un grupo disperso. Seguiremos adelante. —Tal vez se sintió tentado por hacer caso de los consejos del ingeniero, pero si regresaban temía que la precaria autoestima de su amigo lo empujara hacia algún disparate.

La situación no era buena; contaba no solo con la fría hostilidad de Hamilton, sino con la continua queja de Sturdy. Bowels y sus dos amigos tampoco estaban en el

mejor de los ánimos. El sargento mayor era un veterano, buen conocedor de cómo sopla el viento en el ejército. Sabía, o creía saber, que pese a que todos estuvieran con él, aunque cada soldado supiera que el teniente Hamilton-Smythe era un peligro, incluso aunque el mayor prefiriera mantener fuera de toda posible decisión a su amigo y evitar problemas, él se había insubordinado, había agredido a un superior. Ante un tribunal sería la palabra de un suboficial enfrentada a la de un oficial descendiente de una larga familia de honorables militares. No podía considerar a Canary ni a Jones como aliados, en cuanto fueran presionados, se moverían hacia el fuego que más calentara, y no se lo reprochaba. Su única solución era dejar en evidencia al teniente en los cuatro o cinco días que quedaban, mostrar su locura a todas luces.

Así continuaron, una columna de silencio y maledicencia marchando lenta a través de la región más agreste de Birmania. El clima les dio un respiro al segundo día tras la emboscada, las lluvias cesaron aunque la irritante humedad permanecía invariable. En algunos empezaba a hacerse notar las secuelas de tanta agua empapando sus huesos. Las heridas de los soldados y de Hamilton-Smythe eran leves, y la cojera del último, fruto de una simple torcedura de tobillo, se subsanó con un fuerte vendaje y el apoyo de algún ayudante al andar. Las jornadas pasaron en tristeza y cansancio, solo animadas, o tal vez abatidas, por el continuo discurso del capitán Sturdy.

Cinco días tras su partida, a la espera de dos o tres más para llegar al fuerte, fueron sorprendidos por un desagradable espectáculo. Los dos exploradores que habían mandado en avanzadilla regresaron esa mañana con nuevas poco tranquilizadoras. A media jornada de distancia habían visto una extraña empalizada que coronaba una loma que habían de superar en su camino. Para allá fue De Blaise con un grupo de hombres, y llegados a un otero que le indicaron los exploradores, miró prismáticos en mano. El día se había ido despejando y eso permitió que la visión del mayor fuera más clara que la de los soldados de avanzada.

Lo que pareciera un cercado rústico era un grupo de árboles retorcidos sobre los que se había crucificado a tres hombres. Era esta una costumbre «disciplinaria» habitual de los birmanos. Lo que llamó la atención del mayor De Blaise era que a juzgar por sus trazas, los largos cabellos atados en turbantes, ahora sueltos y colgando de sus cabezas como vísceras inútiles, las ropas, incluso un viejo casco de bambú que aún conservaba uno de ellos, parecían ser dacoits, e incluso le recordaban a aquellos que escaparon de la escaramuza de dos días atrás. Los colores de la ropa le eran familiares. Habían muerto no hacía mucho a juzgar por el estado de los cuerpos. Decidió avanzar hacia allí, pensando que la información que pudiera obtener de los ajusticiados sería de utilidad para la misión; la presencia y grado de actividad de grupos descontrolados era esencial.

Continuaron la marcha, ahora más atentos al camino, manteniendo una mayor separación entre hombres, rifle en mano, bayoneta preparada; no iba a dejarse coger por segunda vez desprevenido. No tardaron ni media hora en ver un grupo de casas pequeñas, seis o siete, agarradas a las escarpaduras como líquenes a la roca; una aldea de pastores parecía. Los lugareños salieron enseguida a recibirlos y les hicieron una acogida espectacular. Diez o doce hombres, entre ancianos y jóvenes, los saludaron: «*¡mingalaba, mingalaba!*», no paraban de decir todos, casi a coro. Bailaron y dieron palmas, ofreciendo sus humildes viandas para solazar a los recién llegados. En rudimentario inglés daban vivas a la Reina y uno de ellos ondeaba una pequeña y sucia Union Jack.

Los que eran capaces de hacerse entender estaban excitados, tratando de explicar algo a los oficiales. Señalaban hacia el oeste, hacia la colina rematada por crucificados. Con mucha paciencia De Blaise fue capaz de comprender a los campesinos. Aseguraban haber capturado a una horda de dacoits, no se decidían si eran diez o doce, discutían entre ellos en ese punto, como lo hacían con todo, empeñándose en que su versión fuera la que los ingleses escucharan, ellos, siempre fieles a la corona británica, a la que consideraban su salvadora y a los soldados británicos, los más valientes y nobles y bla, bla, bla... Así, acompañados de toda la untuosa adulación de que fueron capaces, contaron que los disidentes habían sido juzgados y ejecutados, y que los tres que adornaban la loma vecina eran una advertencia para sus compañeros.

De Blaise les agradeció su «lealtad», aunque no creyera en ella, e insistió en saber si había sobrevivido alguno y, lo que era más importante, si la presencia de dacoits era muy habitual por esas tierras. La respuesta fue confusa, más por desinterés de los nativos que por otra cosa. Querían recibir felicitaciones u honores por los servicios hechos a la Corona, tal vez esperaran que De Blaise sacara un puñado de condecoraciones y las repartiera, o quizá, lo más seguro, pretendían mediante el halago alejar al ejército invasor de sus lluviosas colinas, que es así como suelen obrar los débiles ante los opresores.

Fuera como fuese, insistieron en obsequiarlos en todo lo posible y se empeñaban en invitarlos a Dios sabe qué clase de ceremonia o fiesta. El alcalde, o el principal de la comunidad, apremió a la oficialía a que lo acompañaran a una de las chozas, la de mayor tamaño.

—*Thakin*... —decía a cada momento dirigiéndose a De Blaise.

—De Blaise, teniente De Blaise.

—*Thakin... Dein-ge?*—Y sin dejar de reír añadió—: *Thakin dein-ge*, Ven tú aquí...

De este modo, y viendo más oportuno contentar a los lugareños y sacar toda la información posible que desairarlos, De Blaise dejó al sargento mayor Bowels al

cargo de la compañía mientras que Sturdy, Hamilton-Smythe y él mismo atendieron a las peticiones de los birmanos.

No esperaban encontrar lo que vieron allí.

Atravesaron unas cortinas de bambú, que daban paso a la pesadilla de un demente o de un monstruo. Sobre el suelo, encima de esterillas ensangrentadas había seis cabezas humanas, cabezas con lágrimas en sus ojos grises, vacíos...

Y junto a ellas corazones y otras vísceras esparcidas.

El torso desmembrado de un hombre, aún caliente, con las tripas saliendo, como tentáculos, un calamar humano...

Todas entrelazadas. Como una guirnalda.

Discúlpenme... estoy tan cansado, y tenemos compañía.

____ 21 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Sábado por la tarde

Los visitantes aguardan en la puerta a que Celador atienda a Aguirre, que, extenuado, ha dejado de hablar. Aprovechan los minutos de soledad para compartir confesiones.

—¿Qué pretendía con eso... qué le ha dado? —pregunta Alto.

—Una pregunta. Tenemos que averiguar si es fraude...

—¡Por el amor de Dios! ¡Claro que es una estafa...!

—... y qué clase de fraude. Si contesta, o hace referencia a lo que he preguntado... no empezar a creer en él, pero... el timo se complica mucho.

—Mi muy querido amigo —y al decir esto, más calmado tras una profunda aspiración, coloca con toda teatralidad posible la mano sobre el hombro de su interlocutor—, me temo que hace mucho que cree en él. No va a conseguir su prueba, si este sinvergüenza coge su nota y la lee, podrá hacer decir a Aguirre lo que se le antoje.

—Vio cómo disimuló en cuanto di la nota...

—Pudo ser parte de la trampa, fingir...

—Escuche. —Se zafó del abrazo de Alto, y luego en tono bajo de confidencia dijo—: No va a encontrar. Esta noche he sido junto a su puerta, toda la noche. Nadie entró.

—¿Aquí abajo? ¿A oscuras? ¿Cómo aguantó?

—Me traje algo para leer, la novelita que usted encuentra.

—¿Interesante?

—Insoportable, un folletín romántico como dijo. Muy... ¿cómo dicen...? muchos adjetivo.

—Sobreadjetivado.

—Sí. Malo, pero no duermo.

—Será una de las novelas de la colección de la viuda Arias. Sí, acuérdese que coleccionaba seriales rosa.

—Ya, el autor es... M. R. William, ¿conoce...?

—Señor mío, es usted el inglés.

—La literatura no es mi pasión, no la novela romántica por capítulos. Tonterías. Lo importante es que él solo es en las sesiones...

—Está, solo está.

—Eso. Observando desde ventana, cuando Aguirre queda solo...

—Está dormido, helado, muerto, como quiera; no creo que pueda leer sus notas.

—Algo hay que hacer...

—Y lo he hecho. Esta noche tampoco he dormido demasiado. Estuve investigando, quería saber quién es el propietario de este sórdido lugar, quién lo gobierna... nada. Como si no existiera.

—¿Y señor Solera?

—No le he podido localizar, solo he tenido un día. Por eso he contratado a un detective privado...

—¡Ha... es una...!

—Soy escritor, no investigador, ¿cómo pretende que encuentre algo, contando con el régimen de pernocta al que nos somete nuestro anfitrión?

—Dijo: si uno pide ayuda o va a policía...

—Ya basta. —Sin apartar la mirada del sucio ventanuco, vigilando cómo Celador acomoda a Aguirre para su profundo sueño, baja el tono de voz—. Se ha obsesionado con esta historia y no se da cuenta de que somos víctimas de un rapto. Nosotros buscábamos documentación para nuestros respectivos libros, y nos topamos con esto. Si es capaz de retenernos con amenazas, de secuestrarnos, ¿qué cree que hará cuando haya terminado la historia?

Lento suspira resignado.

—Puede que tenga razón —dice—. Me dejo llevar por... ¿entusiasmo?

—Sin duda. Y eso es algo que no debemos hacer. Estamos en peligro de muerte. En vez de preguntarnos si Aguirre y sus cuentos son reales o no, debiéramos averiguar a qué viene esta pantomima. Usted lo dijo, ¿por qué este esfuerzo en contarnos una historia increíble y tan pormenorizada? ¿Qué pretenden obtener? Solera o quien sea...

—Espere. Ya sale.

—Sí. Tenga, aquí he anotado la dirección del detective...

Celador asoma con el ceño fruncido. Es difícil averiguar cuándo está enfadado, alegre, preocupado, siempre tiñe sus emociones con crueldad. A riesgo de equivocarnos, diremos que ahora está muy enojado.

—Una vez más se han excedido un tanto; el pobre Aguirre está extenuado, y a su edad eso es muy peligroso. ¿Creen que saben tratarlo? Yo he tenido que aprender cómo cuidar a alguien como él, durante años, bajo la tutela de los mejores. Una temeridad por su parte pretender que pueden prescindir de mis servicios.

—No era nuestra intención...

—No se puede volver a...

—Querríamos continuar un poquito más —dijo Lento. Su compañero amagó un gesto para detenerlo. La petición ya estaba hecha—. Por supuesto, pagamos doble.

—No es que no quiera complacerles, comprendan que la vida de este pobre

hombre es muy valiosa, y su estado demasiado delicado...

—Entendemos. Sin embargo, ha dejado historia en momento... no queremos perder hilo.

—Es imposible, no me arriesgaré...

—Triple. Pagamos triple.

Bueno... como mucho media hora más. No puedo asegurar que la aguante...

____ 22 ____

Dios no se fía de los británicos a oscuras

Sábado de nuevo, un poco más tarde

La pesadilla de un demente, eso era lo que vieron en aquella aldea birmana. Hamilton-Smythe no pudo contenerse.

—¡Asesinos! —gritó y sacó la espada, decidido a pasar a cuchillo a todos los aldeanos. Sturdy se echó encima a tiempo y así se inició un incómodo forcejeo entre los tres oficiales. No solo incómodo, que casi derriban la cabaña entre empujones y gritos. De Blaise trató de calmar a su amigo y al tiempo dar alguna explicación a los sorprendidos birmanos.

—Repórtese, teniente —dijo Sturdy cuando consiguió arrebatarle el arma—. Eran dacoits, y ahora son dacoits muertos, nada se pierde.

—¡Por mi vida! —gritaba Hamilton—. Esto es una masacre, estos demonios no pueden... Dios nos asista...

—¡Fuera! ¡Ahora! —A tirones, obedecieron.

De Blaise no tuvo más remedio que agradecer a los aldeanos el que torturaran y despedazaran a esos disidentes, pese a los iracundos reproches de su amigo, así como agradeció la exhibición de crucificados de la loma cercana, que según el cacique local, eran también colaboradores de los rebeldes. De Blaise, si no vocación militar, sí disponía de ese carácter colonial que había conseguido tantas tierras para la corona británica. No quiero decir que amara a los birmanos ni a su cultura, la admiración por los nativos a lo T. E. Lawrence no es tan común como nos lo presentan los novelistas, incluso puede que los despreciara, pero entendía que su obligación, en ese momento, era contentarlos. Por el contrario, Hamilton-Smythe no quedó contento, claro está.

—Nuestro deber —decía—, es llevar la justicia a estos salvajes. Nadie puede tolerar que se comentan tales atrocidades que ofenden al hombre y a Dios, sin tomar las medidas oportunas...

—Harry, estamos a miles de millas de Londres. Lo que allí vale, aquí...

—Nuestra labor...

—Mi labor es cumplir las órdenes que se me han dado, y procurar que sigamos vivos. Estos salvajes nos atacaron hace cinco días, ahora están muertos y han sufrido tortura; no es la solución que ninguno querríamos, pero es la que tenemos. Enojar a estas gentes no va a enmendar el daño, y por supuesto no va a ayudarnos, ni a nosotros ni a nuestro cometido.

—Estás poniendo en peligro tu alma, John.

—¡Al infierno mi alma! ¡Y al infierno tú! —Los gritos los oyeron todos, nativos,

oficiales y soldados—. ¡Cuando lleguemos a Kamayut, quéjate de mí, o de Bowels o de quien sea al comandante de allí, o al coronel, o al Alto Mando o el mismo San Jorge, me da igual! ¡De momento estoy al mando! Nos vamos de aquí cuanto antes. ¡Sargento!

—Al menos déjame enterrarlos.

En esto cedió. Imagino que no habrán visto aquí nada extraordinario. Me refiero a que habrán oído relatar conflictos de autoridad semejantes en más ocasiones, o puede que incluso los hayan vivido. Lo llamativo de la situación es que, a mi entender, este momento marca la ruptura de la amistad entre ambos caballeros, una amistad ya muy fisurada que no pudo resistir el embate de la enajenación progresiva de Hamilton-Smythe.

Sorprendiéndose a sí mismo con sus dotes diplomáticas, el mayor De Blaise convenció a los lugareños de la necesidad de enterrar los restos de los bandidos torturados. Como no pudo ser de otra forma, Hamilton comandó el destacamento funerario, que no dejó de protestar por un momento.

—Espero que el teniente sea tan compasivo con aquellos de nosotros que caigan degollados por los compañeros de estos malnacidos. —Esta y cosas semejantes no paró de repetir el sargento mayor Bowels.

Terminado el entierro con un breve y desatinado responso por parte del teniente, continuaron marcha, ya atardeciendo. Paso a paso, en columna cada vez más desmadejada, se acercaban a la muralla de crucificados. Empezó a lloviznar, no como para impedirles la marcha pero con suficiente intensidad para agriar aún más el carácter del grupo. Los tres cadáveres ahí colgados, empapados de sangre seca que lavaba el agua cayendo parsimoniosa del cielo, saludaron mudos al paso de los británicos.

—¿Vamos a enterrar a estos también, señor?

—Silencio, sargento.

La sorna de Bowels llegó en mal lugar. Hamilton-Smythe tomó la palabra del sargento mayor, e insistió en que había que bajar a esos cuerpos de sus cruces y, aunque tal vez su intención era darles cristiana sepultura, argumentó que era preciso examinarlos.

—Esto es una locura, Harry. Estás cavando nuestra tumba si no paras con esta obsesión.

—No John, es importante. Estos sujetos han sido ajusticiados por lugareños, ansiosos por agradar, fanáticos. —No dirán que no tiene su ironía que el señor Hamilton-Smythe hablara de «fanáticos»—. Sin duda se habrán echado sobre ellos, a atormentarlos y torturarlos, sin registrar los cuerpos. Mira, conservan sus ropas, pueden tener algo que nos proporcione información, y eso es lo que hemos de hacer.

Una vez más, De Blaise accedió a las sugerencias de su amigo desequilibrado. Se

detuvieron y el teniente ordenó a Bowels que se encargara de bajar a los cuerpos. No parecía una tarea sencilla, así como estaban, atados en ramas con sogas y trapos. Mandó a dos hombres por crucificado. Cinco de ellos murieron antes de que De Blaise comprendiera que el tratar de calmar las aguas atendiendo de nuevo la petición de su amigo había sido un error.

Los tres dacoits estaban vivos, llevaban dos días vivos, cubiertos de sangre y restos de animal, atados, a la intemperie, y vivos; esperando. En cuanto los soldados trataron de bajarlos, sacaron sus dah de debajo de los harapos que aún llevaban puestos, y acuchillaron a diestro y siniestro, como demonios. El primero en caer fue Brennan; de nada le sirvió estar ya recuperado de pasadas heridas. Su sangre salpicó a sus compañeros, que tardaron demasiado en reaccionar. Los filos birmanos llegaban a los cuellos ingleses con precisión, sin importar lo aterido de los brazos, el dolor y la larga espera. Habían aguardado por esto, entregando su alma y su cuerpo a una sola causa, y no una muy grande: degollar a tantos británicos invasores como les fuera posible antes de morir. Solo Bowels, por veterano, sobrevivió al embate. El brazo del crucificado al que él y Brennan trataban de bajar, el que hacía de «ladrón bueno» en ese espantoso Gólgota pagano, se agitó primero hacia el soldado, y a la vuelta encontró el antebrazo del sargento chocando contra su codo. Cogió con la mano izquierda el dah y con él mismo desjarretó las tripas del birmano, aullando:

—¡Emboscada!

Lo era, y no una pequeña. Aparecieron entre las piedras, detrás de los árboles, entre la vegetación, y esta vez no iban solo equipados con los dah: cargaban moquetes y fusiles primitivos, cuya pólvora se resistía a rendirse a la lluvia; todo empezó a llenarse de humo oscuro.

El primer disparo dio a De Blaise, rozándole en la mejilla y dejándole el recuerdo que ahora lucía en la cara. Cayó aturdido, y de inmediato Hamilton-Smythe se hizo cargo de la situación, el último acto de buen juicio que tuvo en su vida.

—¡Reagrúpense! —gritó mientras, sin tardanza y pistola en mano, iba al socorro de su amigo. Lo incorporó. No estaba inconsciente, solo aturdido. Disparó a discreción y vio cómo toda la compañía se defendía a duras penas de un ataque voraz y sorpresivo. En eso Bowels dio cuenta con su dah confiscado del resto de los crucificados, que parecieran formar el cierre de esa estratagema. Cardigan Sturdy vio la vía de escape abierta.

—¡Teniente! —dijo—. ¡Por allí hay salida!

Aunque era imposible precisar el número de atacantes en esa situación, desde luego superaban en mucho la decena con la que contaban para defenderse.

—¡Retírense ordenadamente, caballeros! —mandó Hamilton-Smythe, y con pesar en el corazón pero sin un ligero temblor en la voz, dijo—: ¡Abandonen a los caídos! —Cosa que, por supuesto, él no hizo con De Blaise.

La retirada no fue tan disciplinada como hubiera deseado. Corrieron sobre terreno incómodo, disparando, apuñalando, y dejando atrás al que no podía avanzar. Hamilton-Smythe y Sturdy condujeron a De Blaise, que aunque confuso podía caminar, hasta la línea que formaran los falsos mártires. Bowels se había movido en dirección contraria, tratando de imprimir coraje a sus hombres y de dar alguna coherencia a esa fuga en medio de la lluvia. El teniente agotó el tambor de su revólver y antes de recargarlo miró a su alrededor. Pasada la cresta de la colina el terreno caía a pico en un pequeño valle y remontaba de nuevo, hacia una escarpadura mucho más abrupta que la que acaban de coronar, todo en muy poca distancia. Justo al inicio del ascenso, vio un agujero, menos que una gruta y más que una madriguera, una abertura en el suelo de cuatro o cinco metros.

—¡Allí! —gritó—. ¡En esa cueva nos haremos fuerte!

—Teniente, no creo... —repuso el capitán Sturdy, a lo que Bowels terció de inmediato.

—¡Eso podemos defenderlo bien, señor! ¡Entre estas piedras estamos muertos!

La voz experta del sargento mayor rara vez se discutía, y así Hamilton-Smythe dio la orden:

—¡Vamos! ¡En desbandada!

Corrieron por su vida, perseguidos por los gritos de los dacoits, entre furiosos y divertidos. Estaban a menos de doscientos metros y De Blaise ya más repuesto era capaz de correr. No tardaron en llegar, todos saltaron al agujero, deseosos de ser tragados por su húmeda salvaguarda. Todos menos Sturdy, cuya edad le hacía el más lento y torpe con diferencia.

—¡Canary! ¡Trapshaw! ¡A tierra aquí, en la entrada! —dispuso Bowels la defensa de inmediato— ¡Disparen siempre a los más cercanos! ¡El resto, carguen fusiles! —El resto no era mucho: dos hombres más, el sargento Bowels, los dos oficiales y Sturdy que aún corría a trompicones con los dah silbando a pocos centímetros tras de sí. De los demás, de alguno de ellos, todavía se oían gritos desde detrás de la lluvia —. ¡Apunten a los más cercanos! ¡No quiero una bala malgastada!

Canary y Trapshaw hicieron sendos blancos en los dos perseguidores del capitán. Uno de ellos lo agarraba ya de los correajes y armaba su brazo para dar el golpe definitivo cuando la bala inglesa le entró por la nariz. Sturdy saltó por fin dentro del refugio. Ya con la espalda a cubierto, la defensa, si no fácil, fue posible. Sus rifles escupían fuego y eran de inmediato reemplazados por otros cargados, tras ellos, los tres oficiales daban cuenta de los escapados con sus armas cortas. Los cadáveres de los birmanos caían a escasas pulgadas de los ingleses. La carga dacoit cedió en menos de dos minutos, sujeta por la firmeza del fuego inglés que les recibía. Los birmanos ya se apostaban tras rocas y árboles, disparando sus armas y olvidando el tan ansiado cuerpo a cuerpo. La trinchera improvisada había resultado.

—Muy bien, Harry —dijo De Blaise, ya recuperado en sus funciones, cuando el ataque escampó—. No les va a ser fácil cogernos en esta posición.

—Incluso puede que no les haga falta —dijo Sturdy, apagando con su petaca el ardor del combate, un buen motivo para beber, como muchos otros. A la pregunta muda del mayor, continuó—: Recen porque no llueva con más fuerza como la semana pasada, o nos hundiremos en barro. A mí me es igual, pero no sé si se ven capaces de pelear bajo el barro, es incómodo, por no hablar de la asfixia...

De Blaise y los demás miraron hacia el interior de su guarida, no más de diez metros cuadrados de humedad, raíces y barro, con un charco de agua en el centro. Estaban llenos de lodo hasta las rodillas. En efecto, la pequeña cueva parecía haberse formado no hacía mucho por el desarraigo de un gran árbol o por el hundimiento de parte del terreno, y ahora era el final de una escombrera que caía desde el pico. Si llovía de verdad, no como ahora, eso se llenaría de agua. Es más, la inclinación de la abertura a la cueva, de casi treinta grados, les proporcionaba muy escaso refugio si llegaba la inundación. Los apoyos que Trapshaw y Canary habían improvisado para tirarse cuerpo a tierra y afinar puntería no contendrían la corriente de agua y légamo.

—Tiene razón, capitán —convino De Blaise—. Tal vez si encontráramos unas maderas...

—¿Dónde? No creo que nuestros amigos nos dejen salir.

Se oían gritos:

—*¡Kala hpyu...! ¡Thei-de!*—Seguro que eran provocaciones, y sonó algún disparo suelto que poco daño hacía, en eso había quedado el ataque. Pero seguían allí, y no les permitirían salir.

—¿Cómo estamos de munición, sargento? —preguntó De Blaise.

—Tenemos para aguantar una semana a esos desarrapados, señor.

No iban a disponer de tanto tiempo. Fuera parecía la algarabía de una fiesta. En el interior el silencio y las miradas de los hombres, la humedad, la creciente umbría, todo vaticinaba que el húmedo vientre de Indochina iba a ser su sepultura.

—Debimos seguir corriendo —dijo Sturdy.

—No —dijo De Blaise—. Ya estaríamos muertos.

—Y lo vamos a estar, mayor. Mire el cielo, va a llover más y moriremos ahogados, y si no, en cuanto caiga la noche estarán aquí. Maldita...

—Calle de una vez, capitán, y deje de beber, por lo que más quiera... —Percibió entonces un reguero húmedo que caía por el cuello de Sturdy, más oscuro que el agua sucia que lo empapaba—. Está usted herido. —El ingeniero se quitó el casco y se palpó sorprendido. Un corte corría por su nuca, desde la oreja izquierda al hombro derecho.

—Esos malnacidos estaban más cerca de lo que pensaba.

—¿Le han cortado? —De Blaise examinó la herida, que parecía profunda.

—Eso parece. No me había dado cuenta.

—Sargento. Atienda al capitán y releve a esos hombres. —Se refería a los dos que panza en tierra miraban hacia fuera.

—Jones, Colé, reemplacen...

—Un momento sargento —interrumpió Hamilton-Smythe—. Me pondré yo. Soy buen tirador y puede que desde aquí les envíe algún regalo. —Así se hizo. Eran ocho, todos tendrían que luchar y que morir por turnos. Bowels se ocupó de la herida de Sturdy. Era escandalosa, el filo del dah había hecho buen trabajo, sangraba con profusión, pero de ella no moriría, si detenía la hemorragia. Puso un pañuelo a modo de venda, sabiendo que de poco servía.

—Debiera coserle esto, señor —dijo—, aunque aquí la infección...

—Dele de esto. —Sturdy tendió su petaca—. Escatime, que más voy a necesitarlo yo que ese corte.

Bowels hizo lo que pudo y el capitán ni se inmutó. El jaleo del exterior aumentaba, aunque nada podían ver. Toda la región llegaba para disfrutar de la matanza.

—Señor —dijo Colé—, ¿cree que seguirán...? —No pudo, o no se atrevió a acabar la frase. Sin duda se refería a los compañeros abandonados.

—No se distraiga, soldado —dijo Hamilton.

Algo tenían que hacer. A De Blaise no se le escapaba que mantener la posición no era posible, ni tenía sentido alguno, y nadie vendría en su ayuda, no antes de que hubieran muerto.

—Bowels, ¿qué piensa? —Buscaba la voz de la experiencia—. Quiero decir, ¿qué cree que harán?

—Si yo fuera ellos, señor, esperaría al anochecer como ha dicho el capitán, no tienen prisa. Luego, mandaría a algunos hombres en sigilo, y echaría por el agujero una rama encendida, o algo que hiciera humo, para hacernos salir. El resto no creo que tenga que contárselo.

Dos disparos, Colé y Hamilton-Smythe habían visto movimiento al tiempo. Un hombre caía, y por las trazas, todos hubieran jurado que era el cacique de la aldea, aquel que alardeaba de cómo trataba a los enemigos de la corona británica. Antes de morir, el dacoit disfrazado consiguió lo que quería: arrojó la cabeza de un hombre hacia los ingleses.

—¡Es Brennan! —gritó Colé aterrado—. ¡Señor, es Brennan!

Y no fue el único, los lugareños envalentonados arrojaron partes de los soldados caídos. Lo cierto es que no era preciso tanto esfuerzo para minar la moral muy mermada ya de los británicos, pero qué sabían ellos. Hamilton-Smythe abrió fuego, más por alentar a los suyos que por causar daño alguno al enemigo que permanecía bien parapetado.

—Esto es una ratonera —dijo De Blaise—, llueva o no. Tenemos que salir.

—No veo cómo —dijo Bowels—. Parece que han llamado a toda la región para disfrutar de este momento. No tengo idea de cuántos serán...

—Vamos a salir, como sea —zanjó el mayor la discusión—. En tres horas se hará de noche, y la oscuridad vale para ellos tanto como para nosotros...

—Excepto... si me permite la aclaración —interrumpió Cardigan Sturdy, tirado en el lodoso fondo de la cueva, muy borracho, sangrando como un cerdo y confortable en medio de todo eso—, que ellos saben dónde estamos, no necesitan luz para apuntar hacia nuestra posición.

—Lo sé, capitán. ¿Y si creáramos una distracción?

—No le entiendo, señor —preguntó Bowels.

—Cuando caiga la noche, abrimos fuego con toda la intensidad que podamos, antes que se aproximen a la cueva para hacernos salir como usted indicaba, sargento. Entonces, uno de nosotros puede salir arrastrándose...

—¿Por esta abertura? ¿Frente al fuego enemigo?

—Sí, ¿cree que no es posible, sargento?

—No sé —sopesó Bowels—. Tal vez, si la suerte sonríe...

—Pues esta noche esa señora Suerte tendrá que estar del lado inglés...

—Es una puta, si me permite el comentario, señor.

—Entonces le pagaremos bien.

—Más que bien habrá de ser...

—¡Basta! Quien escape podrá correr hasta el fuerte Kamayut y regresar mañana con ayuda. Si aguantamos nos sacarán de aquí. Todos guardaron silencio. Entre la humedad y el miedo se filtraba un brillo de esperanza en sus miradas—. ¿Alguien tiene alguna objeción que plantear?

—Estamos muertos —dijo Sturdy.

—Que el señor nos asista —susurró Bowels.

—Yo puedo hacerlo, señor —dijo el cabo Canary—, si necesita un voluntario...

—Con esa altura apenas se te ve de día —dijo el sargento Jones—, así que de noche pasarás por entre las piernas de esos salvajes.

—Harry, ¿tú qué dices? —buscó De Blaise el apoyo de su amigo una vez más. Permanecía muy callado, cuerpo a tierra y apuntando hacia el exterior.

—No dudo que alguien pueda salir a hurtadillas, en la oscuridad y entre el fuego. El resto no aguantaremos hasta que llegue la ayuda.

—¿Y si nos rindiéramos? —dijo Colé.

—Por fin una voz sensata —dijo Sturdy—. Claro que sí, hijo, no tenemos por qué pagar las estupideces del Alto Mando...

—Colé —dijo Bowels—, si quisieran prisioneros, ya nos habrían hecho la oferta.

Hamilton se incorporó, atrayendo hacia él todas las miradas.

—Si nos entregáramos, puede que algún oficial sobreviviera. —Dudo, como lo dudó De Blaise, que pensara eso con sinceridad. Más bien todo lo contrario—. Tú acabarías muerto, soldado.

—Tienes algo en mente —dijo De Blaise, reconociendo un despertar en su amigo, hacía tanto tiempo perdido en un marasmo de locura y fanatismo.

—Tu idea es buena. ¿Pero por qué escapar solo uno? De la distracción pueden encargarse dos hombres. Quedarán aquí cinco o seis fusiles cargados, y dos revólveres, creo que les bastará para su misión. El resto, uno a uno, pueden ir saliendo en la confusión.

—Señor —intervino Bowels—, si pensaba que necesitábamos pagar bien a la Suerte para que un hombre pueda salir, seis...

—Alguno sobrevivirá.

Nadie veía mejor solución. El enemigo que los cercaba no era una tropa organizada, en la noche bien podría sorteárselos. Ninguno quiso pensar en el terreno desconocido, en lo familiarizados que estarían con él los dacoits, en la desorientación por la noche, en la lluvia; si alguien lo hizo, no habló.

Bien, a falta de nada mejor haremos como dice el teniente. Yo me quedaré cubriéndoles, necesitaré otro voluntario...

El primero que interrumpió el alarde de valor de De Blaise fue el capitán Sturdy, que se levantó, tropezó en el barro, volvió a incorporarse riendo y dijo:

—¡Cuánto arrojo! Es usted todo un héroe, mayor. ¿Cree de verdad que...?

Hamilton-Smythe le propinó un empujón que lo llevó de nuevo al charco donde reposaba su ebriedad.

—Eso te honra, pero es una necedad. Los que salgan necesitarán a su oficial. Me quedaré yo...

—Maldita sea, no puedes decir...

—Espera, John. Escucha. Soy un buen tirador, mejor que tú, y oficial. Puede que muestren clemencia por mí, es la mejor opción. Teniendo en cuenta mi reciente popularidad, mejor que vayas tú con los que sobrevivan...

—Yo me quedaré con usted, señor —dijo Bowels—. Canary no acertaría a uno de esos salvajes ni aunque estuviera sentado sobre su fusil, sin embargo para escabullirse es el mejor. Jones está casado y Trapshaw por casarse. Nadie me espera a mí, a parte de esos salvajes malnacidos de enfrente.

—Escucha Harry, tú... —No podía decir nada. La falta de intimidad que ofrecía la proximidad invasiva de ocho hombres asustados, impedía que pudiera explicar a su amigo las razones de peso que en su mente bullían, por las que su sacrificio era la peor opción. Sabía, o sospechaba, que el impulso enfermizo a probar su hombría y valor era el motor detrás de esta decisión, y si en otras ocasiones tal apetito por el riesgo era tolerable, encomiable o hasta útil para la unidad, hoy quedarse en ese

agujero era la muerte. Y por encima de toda razón, estaba Cynthia. No podía volver, mirarla, y decir que le dejó allí. Nada de eso se atrevió a explicar, no con todos mirando. Solo pudo decir—. Cynthia te espera...

—Precisamente. Por eso debo ser yo.

Y así acabó la discusión. De Blaise no confirmó a los dos voluntarios más que con su silencio. Volvieron todos su atención al exterior, a la luz que ya iba desapareciendo. Nadie habló, no había sitio para confidencias entre tanta estrechez y tanta incómoda humedad. Quedaban las miradas cómplices entre Bowels y sus camaradas, censurando la locura de la decisión del sargento.

—Espero que cuando nos tengan, teniente, y le mantengan con vida por ser oficial, intercederá por mí. —Ese fue todo lo que se dijo el sargento, esperando que llegara la noche.

No hubo mucho que esperar.

En media hora el cielo se rompió. Su tumba se hizo barro. En quince minutos, Hamilton y el soldado Colé, aferrados a sus posiciones cuerpo a tierra, vigilando el exterior, tuvieron que levantarse para poder respirar. Una torrentera de agua y lodo caía por la entrada y amenazaba con enterrarlos.

—¡Habrá que hacerlo ahora! —gritó Hamilton-Smythe. No había tiempo para discutir, mejor para De Blaise, que imaginaba, no sin razón, que cualquier intento de llevarse a su amigo hubiera fracasado y conducido a una demora peligrosa, incluso mortal. Vista la situación, obró como supo.

—¡Colé! ¡Trapshaw! —gritó—. Pasen sus armas al teniente. Todos preparados. En cuanto empiece el fuego saldremos agazapaos. Dispérsense, pero procuren no perderme de vista. Trataremos de rodear la colina y seguir hacia el norte. —El espectáculo no podía ser más desalentador. Todos empapados, pegados unos a otros, chapoteando en un lodazal que crecía a mucha velocidad, mirando cómo Bowels y Hamilton-Smythe se preparaban a morir, sin prisa y sin dramatismos—. Mantened los rifles lo más secos posible. Con la ayuda de Dios saldremos de esta.

—Él está con nosotros —respondió el teniente mientras rodilla en tierra trataba de hacer puntería, hacia la nada. Tendieron varios capotes sobre él y Bowels, para proteger las armas de la lluvia, las que empuñaban y las que aguardaban cargadas a su lado.

—Yo no voy. —La voz aguardentosa de Sturdy apenas se oía entre los gritos del agua.

—No voy a discutir con usted ahora, capitán —dijo De Blaise.

—Es natural, y por eso sé que no voy. Soy un oficial, y como dijo el teniente tendrán clemencia conmigo. Ahí fuera no hay ninguna oportunidad, prefiero probar suerte en este agujero. Tres harán más ruido que dos, ¿no cree? —El mayor trató de nuevo de objetar, y Sturdy lo interrumpió—: Además, no dejo de sangrar. —Se echó

a reír—. No se agote, mayor, cuando empiece no va a poder perder el tiempo en asegurarse que voy con ustedes; yo me quedo.

No pudo objetar nada. Colé resbaló en el barro y cayó de rodillas, mientras miraba implorante a su oficial, exigiendo de su autoridad que lo calmara, que le dijera, que le confirmara si la vida estaba fuera o en el agujero. En contra de lo que creen muchos jóvenes soldados, de sus oficiales no emana siempre la verdad. De Blaise estaba asustado y pensaba que su remisión en decidirse solo transmitiría miedo a los otros. Fuera la única salida o un suicidio, no podía esperar a que el pánico ganara.

—Caballeros, abran fuego. Que Dios no asista.

Bowels y Hamilton-Smythe dispararon, primero uno y luego otro, no podría decirse si con mucha o poca puntería, lo cierto es que el fuego fue devuelto, y con profusión. A juzgar por los disparos recibidos y los gritos, afuera había una barahúnda de enemigos deseosos de cortar cuellos ingleses. Se empezó a atisbar entre la cortina de lluvia un loco enardecido que corría hacia la cueva, y que cayó por la bala del revólver del capitán.

—¡Tengan! —dijo Sturdy tendiéndoles dos Martini-Henry—. Yo me ocupo de cargar.

—¡Salga ya, mayor, no habrá mejor oportunidad! —gritó el sargento. Era una carrera a ciegas, sin saber cuántos enemigos había y dónde los aguardaban. El agua en la gruta ya les llegaba a la cintura; Bowels tenía razón.

—¡Síganme! —ordenó De Blaise—. No se detengan, por nada.

Cuando Hamilton dio un paso atrás para permitirles saltar el lodazal que era ahora la entrada a la cueva, tuvo oportunidad de despedirse para siempre diciendo:

—Dile que me perdone. —Y estas fueron las últimas palabras que el entonces mayor De Blaise oyera de su amigo.

Corrió, cayó al barro, se incorporó de nuevo escuchando disparos a su alrededor. Detrás, los cuatro soldados salieron uno tras otro. Colé murió nada más poner un pie fuera, un disparo en el cuello lo tiró al barro y allí quedó. En desorden, agachados, sorteando el mal terreno, los cuatro restantes se pegaron a la pared del picacho, y fueron rodeándolo hacia el oeste.

Mala idea. De la nada cayó un grupo de dacoits sobre ellos, cinco o seis, armados con palos y con sus enormes cuchillos. Estaban rodeando la cueva, acercándose en la lluvia hacia ellos, como había predicho Bowels. De Blaise disparó su revólver con efectividad, pero no pudo evitar que una hoja herrumbrosa se hundiera en el hígado de Trapshaw, y luego saliera con igual violencia, desparramando las tripas del inglés sobre suelo indochino; otra prometida que habría de enlutar antes del desposorio, como Cynthia. Su pistola quedó sin munición, saltó sobre el birmano y lo golpeó con el arma, igual que hacían Jones y Canary con otros tantos oponentes, peleando con

piedras, palos y hasta con los dientes. Ganaron, aún les quedaba fuerzas para luchar a la desesperada.

Seguían oyendo a sus compañeros disparar tras ellos, aunque ya habían avanzado lo suficiente para perderlos de vista.

—Por aquí estamos muertos —dijo Jones—. Trepemos colina arriba.

Era un ascenso áspero, y se hacía mucho más con la lluvia, pero seguir circundando el monte les llevaría a toparse con algún otro grupo, y tras este otro más. Los tres treparon como pudieron en una escalada tan atormentada como la de Sísifo, rezando porque embarrados como estaban, fueran apenas visibles. De Blaise cerraba el grupo, decidido a no perder un hombre más. No se trataba de una pared perpendicular ni mucho menos, la mayor parte del tiempo hubieran podido subir sin emplear las manos, de no ser por la necesidad de agazaparse todo el trayecto y por el agua que hacía el firme muy inestable.

Pasaron unas peñas que de seguro los ocultaban de la vista de los que estuvieran abajo, y al salir de nuevo a ladera descubierta, De Blaise oyó un estruendo sobrecogedor y sintió un retemblar del suelo a sus pies. Se atrevió a otear hacia abajo. Estaban casi en la perpendicular de la gruta, en una terraza natural. Frente al lugar donde su amigo seguía fajándose había un elefante. Un elefante bajo la lluvia, con un extraño baldaquín en su grupa y dos cañones colgando a cada lado, que acababan de hacer fuego, y por lo que parecía, de acertar contra la boca de la cueva. Sabía que el ejército birmano usaba paquidermos de ese modo en ocasiones, pero no tenía noticia de que los dacoits los emplearan.

El agua cayendo torrencial y el barro que expulsaron los disparos tapaba la viabilidad desde donde se encontraban, imposible saber el estado del atrincheramiento de Hamilton y el resto. Sí vieron cómo los birmanos cargaban enfebrecidos los dos cañones.

—¡Tienes que salir de ahí! —rogó en alto De Blaise.

—¿A dónde van a ir, señor? —respondió Jones—. Hagan lo que hagan, están muertos.

Volvieron a disparar, el estruendo de las pequeñas piezas fue acompañado por el bramar del animal, que se mantenía firme, sin preocuparle el fuego que escupía de sus costados. Más barro saltó de la gruta, parte del suelo se derrumbó. Los tres se sujetaron, hundiendo los brazos en el terreno. El agujero abajo era ahora más grande. Los dacoits hicieron avanzar a su animal. Toda la imponencia de ese monstruo, barritando furioso, caminando a grandes trancos bajo la lluvia, les llegaba arriba como el heraldo de la muerte. Junto a lo que quedaba del refugio inglés dos hombres dispararon mosquetones al interior, ninguno de ellos hizo fuego, las pólvoras sometidas a la humedad. Entraron, y luego salieron sin nada. Habrían encontrado allí tres cadáveres destrozados, y allí los dejaron. De Blaise agradeció la frustración que

debieron sentir por no poder desahogarse con alguna cruel tortura.

—Están muertos —sentenció Jones una vez más.

—Debemos irnos ya, antes que levanten la cabeza —contestó Canary, siempre más pragmático.

—Sí —dijo De Blaise—. El dejarnos coger ahora no haría bien alguno a la memoria de nuestros camaradas. —Pidió a Dios por el alma de su amigo, y por la suya, y por la de Cynthia, y se dispuso a reanudar la marcha, cuando Canary lo detuvo.

—Mayor, mire allí.

La aguda vista del cabo y el ventajoso punto de mira cenital en el que se encontraban habían desvelado un par de manchas en el terreno, dos bultos distintos sobre el fangal de raíces, piedras y ramas. Con el revuelo de las explosiones, la carga del elefante y todo el caos, tuvieron la oportunidad de poner en práctica una idea, que De Blaise gustaba de atribuir a su amigo, aunque después Bowels declararía que fue propia del capitán, a quien ningún martirio físico parecía afectarle. Los proyectiles lanzados desde el elefante no habían impactado de lleno en la cueva, golpeando muy cerca y lanzando al aire terrones de barro y piedras. El lodazal proporcionaba una inesperada defensa, era posible que hundieran toda la colina sobre sus cabezas, pero allí dentro los proyectiles no les dañarían. Aprovechando esa situación, aguardaron a la segunda descarga y en la explosión salieron los tres a campo abierto, apenas unos metros, para enterrarse bajo el lodo. No era, claro está, un plan brillante, si escapar era la intención final. Quedaban a unos metros de los dacoits, y solo podían confiar en que se olvidaran de buscar los cadáveres. A la vista del comportamiento del enemigo, no parecían tener prisa por nada. Registrarían paso a paso el lugar, hasta encontrarlos.

—Vámonos ya.

—Esperen —respondió De Blaise. Cierta o ilusoria, había una esperanza de que Henry Hamilton-Smythe sobreviviera, escapara de una muerte segura, convertido en héroe, quién sabía si no redimido de su afán suicida. Una vez probado como soldado y como hombre, volverían juntos a Inglaterra, juntos a Cynthia.

Toda la esperanza desapareció con un grito. Uno de los dacoits, que no habían parado de patear la zona, dio con uno de ellos, imposible de reconocer cuál. Pronto lo rodeó un grupo ruidoso, apuntándole con armas, pateándole y amenazando con sus dah. El inglés, el que fuera, trató de incorporarse alzando las manos, pero los birmanos lo devolvían al suelo a patadas, obligándolo a permanecer tendido y medio enterrado.

—Es Sturdy —afirmó Jones.

—¿Cómo lo sabe?

—Mire, en su mano.

El sujeto tendido en el suelo, con los brazos extendidos, aferraba algo en la diestra, que aunque manchado de barro era claro que se trataba de una petaca. El capitán Cardigan Sturdy; fiel a su modo de vida hasta el final.

Sus captores empezaron a festejar el trofeo conseguido, y hacer señas. Señas a los que se ocupaban del elefante.

—¿Qué piensan hacer con él, señor? —La pregunta de Canary era ociosa. El animal, conducido ahora desde el suelo, caminó chapoteando entre el incómodo terreno, guiado como un tren sin frenos hacia su destino. El mayor no pudo decir si Sturdy gritó cuando el paquidermo pasó por encima, solo pudo oír el aullido de los dacoits.

—Bastardos. Deberíamos...

—No podemos hacer nada. —Solo contemplar, mientras abajo se iniciaba la búsqueda de los otros dos mártires.

—Puedo matar a ese elefante —dijo Jones, que conservaba su carabina, y era el mejor tirador de la compañía— . No puedo fallar.

Cierto, pero una cosa era acertar y otro matarlo. Los Martini-Henry no estaban diseñaos para matar elefantes. Y aunque así fuera, no podían revelar su posición.

—Déjeme señor...

—No. —Jones no hizo caso, pero no le quedaba munición. Persistía el ruido de la lluvia y el estruendo de la bestia. De Blaise se dispuso a reprender con severidad a Jones, incluso comprendiendo que lo movía la misericordia para con unos compañeros.

Algo ocurrió, algo que entonces no supo entender, y que con el tiempo aún se difuminó más en su memoria. Mientras los dacoits continuaban su búsqueda, ahora sabedores de que los ingleses debían haberse enterrado en el fango, algo surgió de la tierra. Hamilton-Smythe, como un cadáver vuelto a la vida, se incorporó de su sepultura de lodo gritando, sepulcro que muy pronto volvería a acogerle. Los birmanos se lanzaron por él, lo sacaron a rastras, lo golpearon y apuñalaron sin piedad alguna.

—Harry —murmuraba De Blaise impotente desde aquella atalaya—. ¿Por qué...?

—Ha perdido la cabeza del todo —dijo Jones—. Lo veía venir, señor, lo veía venir...

La fiesta de sangre estaba servida abajo. Hamilton-Smythe se mantenía firme, pese a que ya le habían cortado en el vientre y sobre la frente, y la sangre se mezclaba con el barro y el agua en sus ojos. En pie, tambaleándose. Iba a tener su heroica inmolación. Eso era lo que quería, y De Blaise decidió contemplarla, por respeto a su amigo, por tener algo que contar a Cynthia, a lord Dembow.

—Por eso lo está haciendo —dijo el mayor, señalando algo que se movía, justo al lado del sepulcro del que emergió Hamilton. Mientras los birmanos arrastraban el

cuerpo tambaleante del oficial ingles cautivo y lo tiraban al suelo cerca de donde andaba el elefante, renqueante y cansado, como si su naturaleza simple se revelara ante lo que lo obligaban a hacer, otro cadáver revivido salió de su sucio pudridero, pegado al que ocupara el teniente. Bowels, libre de su prisión de tierra y agua y de la atención de los dacoits, empezó a arrastrarse, a escapar bajo la tormenta.

—Señor —dijo Canary—, se ha expuesto para dar una oportunidad a Bowie.

Por fin tenía la ocasión para comportarse como un oficial británico, o como la romántica idea que él tenía de lo que debía ser un oficial británico, o como su lunática obsesión le dictaba: morir por sus hombres, incluso por uno que lo despreciaba.

—No sabe dónde estamos. Se perderá...

—No entiendo, señor...

—El sargento no sabe que estamos aquí.

—Podemos...

—No. No debemos desvelar nuestra posición, soldado. Seguimos adelante

No obstante, quedó esperando, siendo testigo del sacrificio de Hamilton-Smythe, a falta de otro apoyo que dar a su amigo. El teniente, forzado a mantenerse en el suelo a punta de fusil, se dio media vuelta por propia voluntad, encarando el aire tormentoso y la acometida del enorme animal, mirando hacia arriba, hacia De Blaise, aunque sin duda no podría verlo. Pese a estar seguro de esto, permaneció allí, mostrándose lo más que pudo, a riesgo de ser visto, buscando la mirada de su amigo.

El elefante pasó lento y tambaleante, y Hamilton-Smythe dejó de existir. Es improbable que ocurriera y más que el señor De Blaise lo viera, sin embargo no tenemos otra fuente de información de estos hechos que lo que contó a Torres, y a él le dijo que su amigo no gritó y no cerró los ojos hasta que su cráneo desapareció bajo la pezuña del monstruo.

Sin nada más que hacer, accedió a la insistencia de Jones, y huyeron rápido, colina arriba, para luego descender otra vez. No tardó en escampar, y la noche sustituyó a la lluvia. Desorientados, sucios, esperando que la diosa fortuna, la puta de la que hablara Bowels, se apiadara tanto de ellos como lo había hecho con el sargento mayor, caminaron durante unas horas en silencio, escudriñando cada árbol o roca, analizando cada sonido. Según bajaban entraron en selva más cerrada, que si bien era oportuno para ocultarse, no dejaba de ser un ambiente poco tranquilizador. El agotamiento y la oscuridad los empujaron a buscar refugio hasta la mañana. Así lo hicieron, conformándose con el precario abrigo que les proporcionaban unos árboles altos. Mejor encaramarse a ellos, pensaron, para ponerse a salvo de las alimañas.

No durmieron, el miedo a caer y a cada ruido de la jungla, añadidos al cansancio se lo impidió. Apenas hablaron entre ellos y a la mañana se toparon con el sargento Bowels. El veterano había escapado gracias a su sigilo y su enorme capacidad de sufrimiento. En cuanto al encuentro, fue más causa de la tan mentada fortuna que a

que el sargento estuviera siguiéndolos, o ni siquiera buscándolos. El azar, que no la buena orientación, los había llevado en la dirección correcta: hacia el fuerte Kamayut, hacia donde encaminaba sus cansados y huidizos pasos el sargento Bowels, este sí, guiado por un natural sentido de la navegación. Unos y otro se recibieron con la alegría que permitía el cansancio, y enseguida compartieron información. Poca había; ninguno vio a nadie por la jungla. Tranquilizador, aunque es fácil que un birmano desaparezca entre la maleza, la noticia no era mala.

Preguntaron al sargento por lo vivido abajo, entre el barro, y tras quitar importancia a la enorme angustia que sin duda pasó, y a su tremenda habilidad para haber conseguido salir con bien de allí, elogió el comportamiento del capitán Sturdy, quien estuvo animoso y decidido a dar su vida en cuanto De Blaise y los cinco soldados salieron del agujero.

—No me cabe duda ahora, señor, que su displicencia era un ardid para quedarse como voluntario.

Y con más énfasis laudatorio habló de Hamilton-Smythe.

—Dio su vida por mí —dijo certificando que su «autoexhumación» fue una treta para atraer la atención de los sádicos dacoits, y permitir escapar al sargento—. Un valiente, y un caballero. Mayor, sé que era su amigo y quiero decirle que lamento la enemistad que surgió entre nosotros. Ahora que sé que no era un loco, sino un héroe. Me hubiera gustado poder mostrarle la consideración que merecía.

—Sí, sargento, era un gran hombre. Tendrá oportunidad de presentar sus respetos en su funeral.

En una jornada llegaron a Kamayut sin más incidentes, sanos, salvo por la llegada de los primeros dolores de la disentería en unos y otras fiebres menores en otros. Al día siguiente se mandó una nutrida expedición de castigo al lugar; no encontraron nada, ni enemigos ni cadáveres, ni mucho menos elefante alguno, aunque los restos del combate fueron bien patentes. Es de suponer que castigaran a la aldea de pastores del modo más cruel, este punto lo desconocía De Blaise, o prefería no saberlo. Regresaron sin cadáveres que enterrar, aunque encontraron correajes y otros restos de uniformes.

La acción tuvo cierta repercusión, y la prensa se hizo eco de ella, aunque son muchas las acciones bélicas que se reseñaban todos los días (y si fueran más, por supuesto Torres tampoco habría sabido de ella nunca, pues las vicisitudes del ejército británico no estaban entre sus intereses). La compañía de De Blaise fue mencionada en los despachos con honores, y el propio mayor recomendó conceder sendas condecoraciones a título póstumo al capitán Sturdy y al teniente Hamilton, así como otra más para el sargento mayor Bowels. Incluso se mencionó mucho la posibilidad de condecorar también a De Blaise, hasta ascenderlo, aunque su natural modestia le hacía aborrecer tantas dignidades, que juzgaba inmerecidas al comparar su

comportamiento con el de los caídos, o el del mismo Bowels. No es que su proceder en aquellos días le pareciera entonces reprochable en lo más mínimo, pero cuando un hombre camina entre héroes, no le queda otra cosa que encoger los hombros.

Él mismo escribió la carta que informaba del fallecimiento de Hamilton a lord Dembow y a su sobrina. Otra igual mandó a los familiares del difunto, pocos quedaban ya, y dispuso lo necesario para hacer un entierro sin cuerpo en Inglaterra. Su intención era embarcar para allá y aprovechar para abandonar con honores el ejército. Él mismo necesitaba un tiempo de luto, y sobre todo, le preocupaba el estado de su querida Cynthia. Así hubiera podido terminar la historia, una muestra más del valor y el horror en la guerra, pero quedaba aún un último acto, su más triste y vergonzoso colofón.

Estando de reposo en Rangún, dos semanas tras los incidentes y a dos días de partir para Inglaterra, le llegó la sorprendente noticia de que el sargento Bowels iba a ser acusado de traición, y sometido por tanto a un consejo de guerra. El proceso iba a celebrarse en Calcuta, y él estaba llamado a declarar, e incluso podía acabar entre los imputados.

Contar los pormenores de la causa sería tedioso, o así lo juzgó De Blaise, por lo que se limitó a resumir. Resultó que Sturdy tenía familiares que, inquietos por la muerte del capitán, quisieron conocer los pormenores. Era de suponer que buscaban una negligencia en el mando como causa del desastre de Kamayut.

Hete aquí que intervino entonces el diablillo del alcohol y, como es su costumbre, trastocó todo. Celebrando, supongo, el estar vivo, Bowels bebió de más en la cantina con sus dos buenos camaradas, Jones y Canary, que no resultaron serlo tanto. Se sinceró. Según contaron, ya fuera bajo presión o soborno, Bowels andaba temeroso del teniente Hamilton-Smythe desde el incidente de la primera emboscada, seguro de que al llegar al fuerte sería amonestado o algo peor. Había agredido a un oficial y eso podía acabar en una expulsión, para Bowels peor que la muerte, pues el ejército era su vida. Pasó toda la marcha receloso, enfrentándose con el teniente y, según él, recibiendo amenazas del mismo con respecto a lo que iba a pasar cuando acabaran la misión.

Decidió olvidarlo pues nada podía hacer, seguro estaba de que en un careo siempre tendría las de perder frente a Hamilton. Pero surgió la oportunidad, la ocasión de quitarse el problema del teniente y de salvar la vida, cosa esta última que había dado ya por perdida al presentarse como voluntario, decidiendo que mejor era el morir como un héroe que abandonar la vida castrense sin honor en cuanto Hamilton-Smythe lo acusara de algo. Se había enterrado tras el ataque del elefante junto al teniente, por casualidad, no pudieron pensar mucho mientras corrían y se hundían en el barro.

Con la cara negra por la tierra, pudo ver sin ser visto la muerte de Sturdy, y tuvo

la idea. Con sumo sigilo, extendió su brazo, avanzando centímetro a centímetro bajo el barro hasta alcanzar al teniente, y taparle nariz y boca.

Hamilton no se movió, no podía si quería vivir, hasta que no pudo contener el aliento más. Salió en busca de aire, se descubrió, y murió bajo las pezuñas de una bestia, mientras su asesino aprovechaba la orgía de sangre para huir libre.

Ya pueden imaginar la repugnancia que sintió De Blaise ante semejante crimen atroz. Asfixiar a su oficial, que aguantaría la respiración todo lo posible para evitar delatarse, en una interminable angustia. Condenarlo a una muerte indigna que le sirviera a él de escape. ¿Cuánta frialdad? ¿Qué monstruo desalmado podía hacer algo así?

Por supuesto nada pudo ser probado. El testimonio de De Blaise daba poca luz en el asunto, aunque se esforzaba por recordar si la aparición de Hamilton pudo ser debida al ahogo provocado, no lo consiguió, todos sus recuerdos eran borrosos, difuminados bajo aquella lluvia. La declaración de los dos soldados tampoco fue suficiente; el recuerdo de la ebria confesión de un tercero, que por supuesto Bowels negaba en firme, no podía ser causa probatoria de casi nada. Aun con todo, salió a la luz el incidente de la primera escaramuza y se puso en duda todo, incluyendo la eficiencia en el mando de De Blaise. Reconocía él mismo ahora con el tiempo, que tal vez debió ser más severo a la hora de contener los arrebatos pasionales de su amigo, que él fue el responsable final, como oficial que era, del clima hostil en su compañía, y puede que por tanto el culpable indirecto de la muerte de su amigo.

¿El veredicto? No se pudo acusar al sargento de traición, lo que le hubiera llevado frente al pelotón de fusilamiento, pero quedó la duda, y la evidencia de su insubordinación con un superior. Fue licenciado sin honores, y a De Blaise se le «recomendó» que abandonara cuanto antes el servicio de las armas. Así hizo, con rabia contenida. Más que rabia, ira fue lo que mostró el sargento mayor, quién finalizado el proceso solo pudo culpar de su desgracia al «inoperante mando y el carácter pusilánime del oficial al cargo», según sus propias palabras. En un encuentro, el último que tuvieron motivado por un noble esfuerzo de De Blaise por buscar la verdad, por retar al posible asesino de su amigo a que mostrara valor y confesara como un hombre, el sargento juró vengarse.

—¿Y usted le creyó, pensó que intentaría una venganza? —pregunto entonces Torres.

—No, no lo creo. Me puse a su disposición para cualquier satisfacción que creyera oportuna, tenga en cuenta que aunque no hubiera pruebas, muchos indicios mostraban que él había matado de modo cobarde y repugnante a Harry, y no hizo nada. Pudimos solucionar nuestras diferencias ahí mismo, y no hizo ni ademán.

—¿Cree que de verdad fue él?

—Sin duda. El alcohol hace hablar con facilidad a los mentecatos como Bowels,

no pudo evitar jactarse frente a sus compañeros de fechorías, y estos lo traicionaron, como es propio entre semejante calaña.

—Decía lo de la venganza, porque tal vez pudiera ser causa suya el disparo de hace un rato. ¿Sabe si está en Inglaterra?

—No tengo idea. —Y luego rió—. Si alguien quiere hacerme daño y es capaz de hacerlo es mi querido primo, estoy seguro. Bowels demostró no tener los redaños suficientes ni siquiera para intentar una acción tan mezquina. En todo caso, le aseguro que lord Dembow tiene muchos más enemigos que yo, por no contar otras personas que estaban con nosotros. En eso debemos darle la razón a la policía. Hay un grupo, la Liga Nacional Irlandesa, que parece tener incluso apoyo de ciertos parlamentarios, el señor Parnell en concreto...

Mejor no meternos en política. De momento. Volviendo a la historia, De Blaise regresó de ultramar, llegó el entierro, y el dolor. Trató de ocultar los pormenores de la muerte de Hamilton-Smythe a Cynthia, pero la historia había trascendido y era de fácil acceso para alguien de la posición de lord Dembow. Cynthia era una mujer inteligente, y por muchos esfuerzos que hicieran para mantenerla ajena del controvertido final de su prometido, lo acabó conociendo, aumentando así su dolor.

De Blaise amaba a Cynthia, como lo hacía en cierto modo todo el que la conocía. Tal vez no con la desbordada intensidad de su primo Percy, ni con la seriedad de su difunto novio. Su amor era el suficiente como para apenarse de la muchacha, la condición de convertirse en viuda antes que en esposa, es siempre muy amarga. Se dedicó a reconfortarla en todo lo que pudo alentado por lord Dembow, que veía en él un buen consuelo para su querida Cynthia. El final ya lo sabemos; acabaron desposados a los pocos meses. Si no el amor que sintiera por Hamilton-Smythe, ella podía encontrar un afecto y una entrega sincera en De Blaise.

Como es de esperar en este tipo de arreglos al que los hombres buenos someten a su corazón movidos por obligaciones y deudas, la boda no trajo la felicidad. La amargura no había desaparecido del corazón de Cynthia, y el contacto más íntimo había sin duda dado alas al amor que por ella sintiera De Blaise, que ahora se frustraba al no verse correspondido por su esposa más que con una cariñosa amistad.

Todo esto es, más o menos, lo que el señor De Blaise contó al señor Torres de camino a la pensión de este. El español estaba inquieto, sin saber bien el motivo. Algo en la historia había llamado su atención, y el no saber exactamente lo que era irritaba a su mente inquisitiva...

No, no estoy cansado, y aún tienen que oír lo mejor.

A punto estaban de llegar ya a casa de la señora Arias, terminado estaba el monólogo de De Blaise, cuando Torres dijo:

—Lamento mucho la muerte de su amigo. No llegué a conocer bien al señor Hamilton-Smythe, pero me pareció un caballero amable y culto, un buen hombre.

—Lo era, en efecto, y el mejor de los amigos. Por eso aún me resisto a pensar que su muerte fue... él sin duda también le tuvo en estima a usted, pese a que no compartieran opiniones, sé que le consideraba un hombre inteligente, y estoy seguro que hubiera disfrutado mucho de poder charlar con usted.

—En fin, nuestro encuentro, el de los tres, fue tan afortunado como fortuito. Si no hubiera sido por ese Ajedrecista...

—Sí —quedó De Blaise ensimismado un momento.

—¿Sabe que lo estoy reconstruyendo? —El inglés miró confuso—. El Ajedrecista, trato de hacer uno.

—¿Dice que... que intenta fabricar un ajedrecista como...?

—No creo que llegue a ser como el... creo que esto requiere una explicación. Obran en mi poder los restos de aquel Ajedrecista que vimos hace diez años y estoy tratando de reconstruirlo, hasta donde me sea posible, o uno similar aunque...

—Espere señor Torres, ¿cómo puede...?

—Oh, ¿recuerda a mi amigo, el señor Aguirre? Ahora tengo entendido que es su jardinero. —Ya les explicaré luego eso de mi trabajo de jardinería para la familia Dembow. De momento nos quedamos con la expresión de estupor que no desaparecía de la cara del inglés, así que Torres decidió cortar por lo sano, como dicen en su tierra —. Pase —ya estaban a las puertas de la pensión—, le enseñaré lo que he conseguido mientras le explico. —Bajaron del coche y Torres quedó mirando al pescante, hacia el cochero que había reaccionado de modo tan eficiente durante el atentado. De Blaise despidió el coche, pensaba regresar por sus propios medios y al volverse vio la expresión ensimismada de Torres mientras el vehículo marchaba calle abajo.

—¿Entramos?

—Oh, sí claro, por supuesto. Es otro chofer, ¿no?

—No le entiendo...

—El cochero, digo que no es el mismo conductor que nos llevó aquella vez...

—No sé. No estoy tan al tanto del servicio de lord Dembow.

—Pues debiera —volvió el humor a Torres tan repentino como se había ausentado—, al fin y al cabo usted es el señor de la casa, con su tío postrado...

—No lo crea. Percy se ocupa bien de que sepa mi lugar allí... No mencionó nada Torres de su charla con el señor Abbercromby, ni de sus intenciones de abandonar el hogar paterno ni de echar a la pareja de recién casados a la menor oportunidad aunque parecía que nada de eso sorprendería a De Blaise—. Olvidémonos por un momento de mi familia y sus mezquindades, me iba a mostrar algo interesante, ¿no?

Entraron en la pensión. De Blaise fue recibido por la viuda Arias con la cordialidad que era habitual en esta buena mujer mientras Torres le contaba a grandes rasgos el porqué de su segunda venida a Londres, le habló de mi fortuito hallazgo de los restos del autómata y de su decisión de probar suerte reconstruyéndolo. Juliette a

su vez hizo una acogida apropiada, quedándose embobada al mirarlo, como siempre que un caballero sofisticado y elegante aparecía por casa de su madre.

—Y esta es Julieta —la presentó Torres—. Esta jovencita me ha ayudado mucho, una jugadora de ajedrez consumada.

—Sabe que a mi lado todo el mundo es un maestro del ajedrez, señor Torres. Pero continúe, hábleme de ese empeño suyo...

Subieron los tres hacia las habitaciones que compartiéramos Torres y yo, allí el español explicó sus progresos.

—Verá, hace tiempo que me interesa la automática. No me refiero a la construcción de autómatas simples, de artefactos que simulen por medio de mecanismos el movimiento de animales o personas para el divertimento o la exhibición, eso sin duda es fascinante, pero no entra en mi campo de atención en la actualidad. Lo que me interesa es la construcción de máquinas que puedan operar relacionándose con el entorno, comunicándose con él. Se trataría de la obtención de métodos y procedimientos cuya finalidad fuera la sustitución del operador humano por uno artificial en la ejecución de una tarea física o mental previamente programada.

—¿Sustituir al hombre...? Caramba, ahora sí que tendríamos una interesante discusión, de seguir Harry entre nosotros.

—Sin duda —rió Torres—. Para conseguir nuestro fin, es preciso construir máquinas algebraicas potentes y fiables. Me refiero a artefactos capaces de dar resolución a ecuaciones matemáticas por medios mecánicos, ¿lo entiende? Este no es un empeño nuevo, su compatriota, el señor Babbage, obtuvo cierto renombre en esta disciplina, aunque sus planteamientos teóricos no cuajaran del todo en resultados prácticos.

—Ese tal Babbage me es familiar... Para serle sincero, estoy tan versado en matemáticas como en ajedrez, pero le aseguro que pongo toda mi atención.

—Seguro que con eso bastará. —Sonrió Torres, mientras invitaba a sentarse en el saloncito a De Blaise, invitación que este rechazó. Ambos estaban demasiado expectantes para buscar acomodo—. Pongamos la ecuación más sencilla que se nos pueda ocurrir, no sé... digamos que una cantidad X es igual a otra Y multiplicada por tres.

—Suficientemente fácil para mí, amigo Torres, veo que ha percibido mi agudeza mental a la perfección.

—Bien. Es concebible idear un móvil en el que el movimiento de uno de sus elementos tenga la misma relación que en nuestra ecuación. Por ejemplo, un simple tren formado por dos engranajes, de tal modo que el giro la rueda x sea tres veces el giro de la rueda Y, si giramos una vuelta la primera, la otra lo hará tres veces.

—Sí...

—Pues de eso se trata. Podemos idear máquinas que se comporten como ecuaciones más complejas, polinomios de siete u ocho grados o más. La dificultad, y lo apasionante de este terreno, radica en cómo transportar relaciones matemáticas a análogos geométricos y mecánicos.

—Lo entiendo, cosa que supone un gran orgullo para mí, se lo aseguro. Lo que me pregunto es: ¿qué beneficio pueden proporcionar tales máquinas?

¿Beneficio?, vaya señor De Blaise, veo que se interesa por la parte práctica de las ideas, tiene el espíritu de un ingeniero.

—Gracias, creo que viniendo de usted es un halago.

—Pues la utilidad de las máquinas o calculadoras algébricas es inmensa. Si conseguimos máquinas tales, obtendremos las raíces de ecuaciones sin error alguno. Cuando gire una rueda en su máquina calculadora, obtendrá siempre una raíz de la ecuación que soluciona. El error solo puede sobrevenir durante la construcción de la máquina, no en la resolución del problema matemático, es aquí, en la fabricación y el diseño donde debemos ser precisos.

—Perfecto. No sé si mi siguiente pregunta será oportuna, aun así la formularé. ¿Qué tiene que ver todo esto con el ajedrez?

—Mucho. Podemos reducir una partida de ajedrez a un problema matemático, y por tanto construir una máquina que lo resuelva.

—Esa línea de pensamiento lleva a una conclusión no sé si muy alentadora.

—Sí, en efecto. Estoy diciendo que el Ajedrecista podría ser real... quiero decir...

—Que aquel loco doctor indio nos ganó la apuesta.

—No lo sé. Si de verdad existe un autómata capaz de jugar una partida de ajedrez y no una marioneta o un truco de prestidigitación sofisticado, se trata de algo extraordinario, increíble si nos ceñimos al problema práctico.

—Entiendo que con eso quiere expresar que es posible desde un punto de vista teórico.

—Mire, venga conmigo a mi alcoba, ahí lo tengo. —Abrió la puerta de su cuarto y en efecto allí estaba: el Ajedrecista de Torres, presentado sin tanta ampulosidad que aquel que mostrara Tumblety—. Entra tú también, Julieta, al fin y al cabo eres mi ayudante.

Sobre la pequeña mesita había un tablero de madera, largo y pesado, que se sostenía por un par de listones allá donde el mueble no daba apoyo, y encima de él había una máquina, grande y aparatosa, de medio metro de alta, echa de ruedas, cables, palancas y maquinaria enigmática y hermosa a su manera. El cuadro lo completaba un rústico tablero ajedrezado, afeado por rieles y marcas en cada casilla, sobre el que reposaban solo tres piezas.

—Esos cables... —dijo De Blaise que parecía abrumado por el aspecto de maravilla tecnológica del artefacto—. Parece una de esas máquinas eléctricas... a mi

esposa le han prescrito la utilización de un aparato...

—No es la misma clase de máquina, aunque en efecto, ambas utilicen electricidad. A través de sistemas electromecánicos la mejora de cualquier proceso es considerable. Tal vez esto es lo que limitara al señor Babbage y otros como él. Las máquinas mecánicas, por precisas que sean, tienen restricciones que son solventadas en cuanto introducimos dispositivos eléctricos. Por fortuna, esta gran ciudad suya cuenta con una notable red eléctrica, de la que me he permitido abusar con la colaboración de la amable viuda que me acoge.

—Me deja atónito —se maravillaba De Blaise mientras achinaba los ojos en la contemplación del artefacto, con igual expresión que el común de entre nosotros pone al observar la magnificencia de la pirámide de Keops o la capilla Sixtina.

—Lo que he hecho es de una gran simpleza conceptual —para Torres la idea de «simpleza conceptual» estaba muy alejada del resto de los mortales—, aunque esto no debe hacerle pensar que me ha llevado tan solo los tres días que llevo montándolo aquí. A ese tiempo debiera añadirle el que he pasado pensando y estudiando este tipo de problemas. No imagino la dificultad que conlleva construir una máquina más capaz.

—¿De una gran simpleza? No puedo identificar uno solo de los componentes que...

—Me refiero a que mi máquina no juega partidas completas. Juega torre y rey blanco contra rey negro. Claro está, siempre gana la máquina, que juega con blancas...

—Eso es injusto —protestó Juliette.

—Cierto, pero necesario para investigar. Una vez conseguido resolver este «sencillo» problema, podemos pasar a cosas más complejas. Amigo mío, siéntese a jugar contra ella, y no tema por su orgullo herido. Como dice Julieta, nadie puede ganar en esta partida.

—En mi caso eso se puede afirmar para cualquier situación que plantee sobre el tablero —dijo el inglés mientras se sentaba en la única silla del cuarto, frente al aparato, no sin cierto envaramiento al enfrentarse a aquel artilugio misterioso—, aunque jugara yo con blancas.

—Mientras juega, le explicaré su funcionamiento. —El español empezó a ajustar el mecanismo de su autómata, con la ayuda de su joven asistente, que manipulaba el artefacto con encomiable soltura. Las piezas estaban ya situadas para el inicio de la partida: el rey blanco en la fila superior del damero y la torre del mismo color en la siguiente y en la columna más a la derecha—. Ahora coloque usted mismo el rey negro donde desee, evitando caer en jaque, claro está.

Así lo hizo, colocando su rey tres filas por debajo de la torre, y más o menos en el centro. Al posar la pieza sobre el tablero, la máquina cobró vida. Con un suave ruido,

ruedas, engranajes, relees y toda esa clase de maquinaria abstrusa que suelen conformar los ingenios mecánicos modernos, empezaron a moverse. Como rápida respuesta, la torre blanca bajó una casilla, igual que si hubiera echado a andar hacia el inglés, que se incorporó sobresaltado.

—Asombroso.

—No tanto. Mire. —Detuvo la máquina, y tomó la torre negra, mostrando su base —. Como verá cada casilla del tablero está formada por dos triángulos iguales de metal y una pequeña placa circular, también metálica. Esta malla que forma la base del rey conecta esa placa central con cada triángulo, que a su vez están conectados a dos conductores, vertical y horizontal. —A medida que explicaba, el ingeniero mostraba los diferentes componentes—. Estos dos conductores, que definen fila y columna, ponen en movimiento a través de pequeños electroimanes sendas correderas, hasta cierta posición que definen por tanto las de la pieza sobre el tablero. Así, mi ajedrecista «ve» dónde está la pieza negra.

—Ya... y las piezas blancas se mueven. —Tomó el ingeniero una, la torre, y mostró como bajo ella había una pequeña esfera de metal.

—Las posiciones de las piezas blancas están definidas de un modo análogo, y son movidas por electroimanes que van bajo el tablero.

—Entiendo, más o menos, pero mueve... ¿al azar?

—En absoluto. Sigue unas sencillas reglas implementadas en función de las posiciones relativas que observa entre las piezas, posiciones marcadas por las distintas correderas. Con eso se asegura la victoria, no del modo más rápido, pero sí eficaz. Es sencillo si lo sistematizamos un poco, vera...

Torres explicó del modo más simple posible las reglas estrictas con las que se movía su autómata. Ahorro comentarlas por no aburrirles. De Blaise se perdió en el fárrago de instrucciones.

—Creo que no puedo seguirlo... —Ni yo podría entonces.

—Lo importante es que con estas reglas el autómata puede jugar la partida y ganarla. Es cierto que parte con ventaja, aunque él carece de capacidad de improvisación, de imaginación, de experiencia... no estoy seguro de quién tiene ventaja sobre quién. Continúe jugando.

Así lo hizo, y poco a poco las piezas blancas fueron acorralando sin remisión al solitario rey negro.

—Haga trampas —dijo Torres—. Sí, haga un movimiento incorrecto.

Eso hizo, y de la máquina surgió un pequeño cartel indicando: «Primera Falta».

—¿Recuerda que el Ajedrecista de Kempelen se quejaba ante los movimientos erróneos? Hágalo otra vez. —Como era de esperar, apareció una «Segunda Falta». Cuando repitió una tercera incorrección, la máquina dejó de jugar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó De Blaise.

—Que se ha enfadado —dijo Torres, divertido—. ¿Se da cuenta? Juega utilizando un razonamiento simple, detecta la posición de las piezas, comunica lo que ve erróneo, recuerda cuántas veces se le ha engañado, e incluso coge una rabieta cuando ve que se abusa de su condición «maquinal». Memoria, sentidos, razón; tiene una cierta vida relacional con su entorno, eso es un autómata para mí, eso tiene que ser el futuro.

—Extraordinario... y eso sería el Ajedrecista de Tumblety... o de Maelzel.

—Cuesta creerlo, y por otro lado resulta excitante pensar que alguien haya podido crear un autómata capaz de contemplar todas las infinitas posibilidades de una partida completa de ajedrez. Lo que en realidad sorprende es que he reutilizado las piezas del Ajedrecista original. Salvo algún añadido o modificación de mi cuño, he podido emplear los restos de aquel autómata. Desde luego hay un montón de piezas que no reconozco. —Mostró un cajón donde había depositado los restos del autómata—. Esos tubos, esos recipientes de vidrio, esas placas troqueladas; supongo que parte de ellos era el mecanismo que hacía hablar y moverse al muñeco... aunque es posible que imitara movimientos imperceptibles de Tumblety, se puede hacer eso. La profusión de imanes y cables me hace pensar que utilizaba un sistema para enviar órdenes al artefacto, a través... el profesor Branly, de la universidad de París, ha conseguido hacer pasar corriente a través de limaduras de hierro, mostrando la existencia de... lo que podemos llamar como «ondas hertzianas»... Yo mismo he pensado en algo así...

—Resumiendo, señor Torres —interrumpió De Blaise los pensamientos desbocados del español—. De sus esfuerzos y saberes usted infiere que...

—Que el constructor y diseñador de ese Turco Ajedrecista, no entraré en quién es de momento, seguía una... llamemos «línea de investigación» similar a la mía... a la que le he explicado: la automática, aunque llevada mucho más allá.

—¿Y... entonces?

—Entonces... amigo mío, como usted ha dicho muy bien antes, puede que... perdiéramos la apuesta...

Si no les importa... ahora me encuentro... algo cansado. Seguiremos... más... adelante.

____ 23 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Sábado por la noche

Alto está solo, en los pasillos, a oscuras. El plan, si es que se puede idear un plan con tan escasas posibilidades de comunicación entre ambos, es pasar la noche en vigilia ante la habitación de Aguirre, observar si entra alguien, ver si la nota que Lento le pasara abandona por un instante los bolsillos del viejo.

No lleva nada para leer. En su cuarto, ha ojeado las cartas, documentos y fotos.

—Llévese la novela —le recomendó Lento al despedirse.

—No me encuentro cómodo leyendo en inglés.

—Hay cosas en español. —Sí, pero son memorias y documentos sobre Torres Quevedo, que ya conoce hasta la saciedad. Opta por olvidarse de la lectura y confiar en sus propias fuerzas para alejar a Morfeo.

Allí abajo no se mueve nada, parece que no haya nada vivo salvó él, custodiando la celda del anciano. Vivo y casi dormido a juzgar por sus cabeceos. Apenas duerme un par de horas al día desde hace tres, no aguantará mucho más.

Se levanta de un respingo. En la completa oscuridad estira sus músculos agarrotados. Tose, fuerza la tos. Luego silba. No hay eco, la soledad y el polvo lo llena todo.

—¡Eh! —da un grito seco, tímido. Espera respuesta que no llega—. ¿Estoy solo?

Echa mano a las velas que lleva consigo. Coge un fósforo, lo enciende contra la pared. La pequeña claridad no desvela nada que no conozca: el deprimente entorno de la residencia, que ahora resulta más temible al haberse convertido en su cárcel. Duda y apaga la luz de un soplido. Suspira hondo y se va, caminando por los corredores sin iluminar, sin vacilar casi. Al torcer por un pasillo su andar se vuelve más cauto.

Sigue recto.

Al fondo está la celda donde vio a un oso bailar. Esta vez no hay música, ni el sonido de respiración, está solo. Poco a poco da contra la reja que cierra la celda. Dentro sabe que hay una bestia salvaje, o la había. Aspira, con fuerza. No huele nada. Los animales huelen, algo más que a cerrado, a polvo y a vejez, eso es lo que emana de esa covacha, lo mismo que de todas las habitaciones de ese sótano. Tampoco oye la pesada respiración que debiera surgir del pecho del animal, de estar dormido.

Hay algo diferente y lo nota al apoyarse en la verja, una vez que supone que no hay animal dentro, o tal vez asume el riesgo de que pueda estar allí, acechando. La puerta está abierta. Salta hacia atrás sobresaltado. No pasa nada. Otra vez nada. Entra.

Al verlo, si pudiera alguien verlo en tan absoluta oscuridad, se diría que la falta de luz es su medio natural, como los murciélagos.

De una patada involuntaria tira algo, un banco, un cubo, cualquier cosa. Al caer suena música. La concertina chilla. Y entonces algo se mueve en la oscuridad.

____ 24 ____

Atrápeme cuando pueda

Domingo

¿Mi nombre?

Sí. Tengo entendido que mi identidad es de interés general y motivo de debate. Les aseguro que no era mi intención alcanzar tal notoriedad. Sin duda, cuando las buenas personas piensen en mí, creerán que soy un monstruo, que disfrutaba con lo que hacía, que me burlaba del mundo creyéndome superior, más lista.

Si es que alguien piensa alguna vez en mí y no solo en lo que hice.

Yo solo quería ser feliz.

Mi nombre. Pueden llamarme Eleanor, ese nombre me gusta. Perdónenme por darles mi nombre artístico, el de verdad lo he olvidado, como otras tantas cosas, he hecho grandes esfuerzos para olvidarlo. Recuerdo poco: la sangre, la suciedad, los muertos y el amor. Eso es todo.

Polly Nichols. Seguro que quieren saber de Polly Nichols, habíamos olvidado a la pobre Polly. Fue precipitado y torpe.

Descansa en paz, Mary Ann Nichols.

Tenía mucho miedo entonces y lo hice mal. Esa misma noche tuve que luchar contra el Demonio...

Sí. El estado en que me dejó mi encuentro con el Gran Mentiroso, mi lucha tanto física como moral, fue la causa de que no lo hiciera bien con esa pobre desgraciada... No saben a qué me refiero. Creo que sin duda les gustará más esta historia que la otra.

Fue la segunda. Tumblety se empeñaba en que volviéramos a hacerlo por allí, no muy lejos de donde había muerto la señora Tabram. Yo tenía mis propios planes. Confesé que estaba muy asustada, insegura con respecto a nuestro proceder, y solo la intensidad del deseo, de la necesidad, me impulsaba a intentarlo de nuevo, pero había de ser lejos de donde vivíamos; aún no confiaba en mis capacidades.

El puerto, eso estaba alejado lo suficiente. El verano era frío y lluvioso. Una tormenta con aparato eléctrico había descargado por la tarde y aún lloviznaba; eso no me afectaba, al contrario, pensé que era yo, mi alma atormentada, quién atribulaba al clima de Londres. Durante todo el camino Tumblety se quejaba, asegurando que caminar tan lejos era arriesgado, si alguien nos veía... su esfuerzo era tan inútil como desagradable; yo no iba a matar otra vez en Whitechapel mientras siguiéramos en la pensión de Batty Street.

Empezó a llover de nuevo cuando llegamos a los muelles, rodeados de los enormes almacenes de South Quay. Eran las ocho de la tarde, el cielo se había

oscurecido, y a veces ardía por un relámpago lejano. Los muelles cerraban a las cuatro, no había nadie allí.

—Ha sido muy impaciente, señorita —decía Tumblety—. Hemos salido temprano.

—Dijo que tardaríamos.

—Algo más, dije que tardaríamos algo más. Aquí no hay nadie, salvo policía de guardia. No entiendo su empeño en venir ni qué espera encontrar...

—Aquí vive él.

Tumblety me miró inquieto y yo agarré con fuerza mi crucifijo como toda repuesta. En los muelles de Londres vive el Demonio. No es ese el emplazamiento del infierno ni la residencia real de su señor. Él vive en un lupanar, ¿dónde si no? Sin embargo, ese mendaz y cruel monstruo gustaba por pasear cerca del río, no sé en busca de qué. Tumblety lo sabía tanto como yo, y no esperaba hallar en mí una pobre mujer triste y asustada, la firme decisión de encontrarme con el Oscuro, de desafiarlo, de obligarlo a decir la verdad por una sola vez.

—Va a matarla sin ningún miramiento —dijo asustado, y yo disfruté de ver su cara.

—Me debe algo, y lo va a pagar.

Nos fue fácil entrar y burlar la escasa vigilancia. Entramos en un almacén, una enorme nave de dos pisos. Grandes cajas que guardaban ginebra y brandy como para emborrachar a la humanidad hasta el día del juicio final, dos carros desvencijados, que poco uso podrían tener ya, vigas de madera, muchas vigas de madera, ratas, la oscuridad que entraba por las enormes ventanas enrejadas; esas eran las galas del salón del Demonio.

Yo no concerté este encuentro, como pensaba Tumblety. ¿Cómo hubiera podido, encerrada siempre en el cuarto de aquel desagradable yanqui? Él me encontró, hizo que su corte infernal me localizara, y uno de ellos, su mensajero más siniestro, me dijo que él quería verme y dónde. Yo fui, estúpida, creyendo que puedes enfrentarte al Diablo y ganar.

Estaba en pie, allí, en medio de la nave, señor entre la miseria y la suciedad, frente a nosotros, arropado por la oscuridad pero visible como la sangre en un vestido de novia. Alto, mucho más alto que yo, y verán que no soy una mujer pequeña. Pese a toda esa altura encorvaba su cuerpo de tonel; hasta él se dobla bajo el peso de su propia malignidad. Se movía nervioso, dando torpes pasos adelante y atrás, como si sobre sus pezuñas hendidas no pudiera mantener el equilibrio. Inquieto, incapaz de ordenar en su afán todo el mal que deseaba causar al hombre, agitaba unas horrendas manos de dedos el doble de largos que los de un mortal, afilados como navajas, sacudiéndolos y haciéndolos castañetear. Dicen que es paciente, seductor, astuto; mentira, yo le conozco y les aseguro que no puede atesorar ninguna de esas virtudes,

ni canónicas ni teologales. Porque no son patrimonio del Rey del Mal. Él es impaciente, cruel, ladino, cobarde y muy peligroso; peligro que se manifestaba sobre todo en su cabeza, lo más horrible de su persona. Una cabeza grande, cuadrada, de espantosa boca amenazante y abierta por siempre, desde toda y hasta toda la eternidad, en grito resentido hacia las alturas. Los ojos rojos, sin parpados, no puedo olvidarlos, ya son parte de mí.

No me creen, no creen que me enfrenté al Demonio. No es un mérito del que me enorgullezca, señores, pueden creerlo. Si cometes atrocidades hasta el extremo que yo he hecho, si eres alguien tan ajeno a la humanidad como yo, él te encontrará.

Tumblety me apremió a que nos marcháramos, lo que era un error; la cobardía y la mezquindad son «virtudes» que adora el Tentador, es el señor de ambas.

—Insensatos —dijo Satán con voz grave y chirriante al tiempo—. ¿Piensan que pueden hacer cuanto se les antoja? —Es envidioso, cómo no, y odiaba el que yo me convirtiera en algo peor que él. El Demonio me envidiaba a mí, a Eleanor, al asesino de Whitechapel, a ese que no tiene nombre o tiene muchos terribles que me dieron con el tiempo. Codiciaba mi obra y aún no había hecho más que comenzar. Otra en mi lugar se sentiría orgullosa.

Tumblety trató de separarse en sigilo. Nada escapaba a esos ojos rojos. Me adelanté hacia él, y dije:

—¿Servirá para algo lo que hago? Tú me has dado esta oportunidad, ¿pero tengo que matar? ¿Tengo que matar otra vez? ¿Tanta sangre me devolverá... el amor...?

—No. Va a terminar ahora. No hay solución para usted. —Y girando su cuello grueso hacia el yanqui, gritó—: Y usted, alimaña, ¿así cumple mis instrucciones? ¿Esta es la idea que el doctor Tumblety tiene de diversión? Va a tener que venir conmigo...

Salté hacia él a través de los trescientos pies que nos separaban, dejando que mi corazón me empujara. Saqué el cuchillo con violencia mientras caía sobre el Demonio, y lo apuñalé. Su piel es inquebrantable, sonó acero sobre acero en mi ataque. Movió el brazo con tremenda fuerza y salí despedida hasta chocar contra una de las cajas de botellas, destrozándolas, vertiendo todo su contenido espirituoso sobre el suelo. No me rendí, me incorporé de nuevo a tiempo para verle cargar hacia a mí, agitando sus manos enjutas y largas, como dos gatos de siete colas.

—Si no se detiene —decía—, tendré que obligarla.

Sus uñas se clavaron con fuerza en mi torso, no me dolió. Volví a apuñalar, a intentar acuchillarle mirando los ojos rojos y muertos, mientras envolvía todo mi cuerpo con sus garras.

—¡Ahí no, maldita zorra! —gritaba el cobarde de mi compañero—. Arránquele esos ojos con su cuchillo.

Eso atrajo la atención de él.

—Voy a matarle, Tumblety. Así todo esto traerá algo bueno, por fin.

Y entonces saqué de mí toda la fuerza que el Diablo me había dado, toda la ira para empujar, para apartar a ese asesino... y lo hice. El voló y se estrelló quince metros más allá. Se volvió loco de ira, de frustración, mientras arrojaba botellas a un lado y a otro como un poseso en medio de un ataque.

—¡Corramos! —gritó Tumblety. No soy estúpida, sé cuándo el valor se torna en temeridad, pese a lo que pensaran de mí, y le hice caso.

—¡Iré por usted, Tumblety! —gritaba el Enemigo sin poder contener su paroxismo vándalo—. ¡Sé dónde están! ¡Les haré desaparecer! ¡No son nada!

—¿Sabe dónde estoy? —El falso doctor se detuvo, envalentonado al ver a su enemigo incapaz de otra cosa que no fuera amenazar, por mi causa—. ¿Y va a presentarse allí, en la pensión? ¿De verdad va a hacer eso?

Entonces el Demonio se detuvo, paralizado, como una estatua, y de su boca brotaron las llamas del infierno. El fuego se extendió sobre el licor alentado por la odiosa carcajada del dragón que lo proyectaba. Pronto saltó a las maderas, a las paredes, ascendió por las escaleras que llevaban al segundo piso.

El Leviatán volvió a escupir.

—¡Vais a arder! —aullaba entre llamas—. ¡El mundo va a arder si no obtengo lo que es mío! ¡Me lo devolverá! ¡Su alma! ¡Me debe su alma! ¡Cumplirá el contrato!

La ira, de la que es señor y causa, le dominaba, y gracias a eso huimos del almacén. Tumblety estaba paralizado, caído en el suelo, gritando rodeado de llamas que no habían prendido en él por esa maldita suerte que lo mantenía indemne. Corrí por él y lo saqué de allí... ¿por qué? ¿Por qué no dejé que Satán lo calcinara en ese mismo momento? ¿Por qué tenía que veme atrapada entre las desagradables manos de ese degenerado? ¿Por qué no estaba sola? ¿Por qué no moría?

No costó romper otra de las entradas y salir. Fuera, las llamas asomaban por entre los sólidos barrotes que amordazaban cada ventana, en ambos pisos.

El fuego nos seguía a medida que abandonamos el puerto; aunque rápido, no podían alcanzarnos.

Los cielos de Londres enrojecieron, y se convirtieron en un espectáculo hermoso para la ciudadanía. Pasadas las nueve, dotaciones de bomberos de las zonas aledañas acudieron al incendio, que se había extendido por el puerto. Pronto varios vapores regaron las llamas con agua del Támesis. Toda la noche tardaron en apagar el incendio infernal, para solaz de la perversa curiosidad de los londinenses.

Tumblety seguía temblando, quería que volviésemos a la pensión o mejor aún, que buscáramos otro refugio.

—No sea cobarde —nadie teme más al Maligno que un verdadero pecador—, usted dijo que no se arriesgaría a venir en persona tras nosotros...

—Y usted no sea ilusa, amiga mía, no está solo. Nunca está solo.

—No le temo —mentía—. Ahora ya sé.

—¿Qué...? ¿Qué piensa hacer?

—Continuar. Ahora sé que su deseo es que pare, así que no pararé. Jamás me doblegaré a su voluntad. —Tumblety me miró atónito, cierta satisfacción se vislumbraba tras su sorpresa—. Mire al cielo, parece como si llamara a la sangre.

Deambulamos por las calles mientras la gente se acercaba a visitar el incendio, como quien va a la feria. Terminamos por encontrar a Polly, sola, borracha y perdida; y la maté. Que Dios me perdone. Seguro que todos creen que no sentí remordimiento alguno al matarlas, que disfruté; no, ese era Tumblety. Pobres mujeres, rezo todos los días, en todo momento por ellas, aunque me temo que mis rezos no alcancen ya oído alguno.

Descansa en paz, Polly Nichols. Intenté que no sufriera, que ninguna de ellas sufriera, lo juro. Esas desdichadas, esos inmundos receptáculos del pecado debían morir, para que algo más hermoso renaciera.

Apreté su cuello, la tire al suelo y la degollé. Dos cortes, con fuerza, quise arrancarle la cabeza, no pude, como tampoco lo haría después con la señora Chapman. Luego le abrí las tripas, la primera vez que lo hacía. Qué asco, Señor. Tan asquerosas por dentro como por fuera. Supongo que esas entrañas jugosas y hediondas borbotando sus humores a la noche, eran corrupto fruto de tantos pecados cometidos. No pude hacer más, la repugnancia me lo impidió. Tumblety estaba a su vez paralizado por el miedo, en nada ayudó, a excepción del momento de interrumpirme, avisándome de que alguien se aproximaba.

Desaparecimos con la velocidad del último aliento de Polly. Yo, silenciosa como la muerte de los ancianos, me hice imperceptible a los ojos y oídos de los hombres. Tumblety, más basto y ruin, caminó rápido, medroso, huyendo como un asesino, aunque sus manos estaban limpias y con la osadía del cobarde, se aventuró a dirigirse a un guardés que se asomaba por la puerta de un matadero, a escasos cien metros de donde yacía la pobre desdichada, y le dijo:

¡Guarda!, viejo, creo que alguien está siendo asesinado calle abajo.

Y se fue, y nadie dio con él, y poco más he de contar.

Recuerdo que en el momento que las tripas de Polly se desbordaron al paso de mi cuchillo en abominable parto, miré al cielo rojo, rojo como la mirada de Satán. Entendí entonces que él me estaba mirando, que las llamas eran su ira, su frustración. Alcé la mano al cielo carmesí dejando que la sangre chorreara de la hoja a través de mi brazo, y juré que volvería a ser feliz.

Cuantas promesas rotas...

____ 25 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Domingo, más tarde

—Nada con sentido, nada. —Lento mantiene una expresión indefinible, mezcla de agotamiento y asombro—. ¿Esta historia de... de demonios y...?

—No le sorprenderá que el asesino esté loco, alguien que ha hecho lo que ella... —Alto reposa en una silla de ruedas roñosa, el único asiento que hay en el pasillo, mientras Lento espía cómo Celador prepara una vez más al señor Aguirre. Su carcelero se ha mostrado reticente en dejarles hoy ver al paciente. Una vez más se enfadó por los excesos cometidos el día anterior, aunque fueran excesos tan consentidos y fomentados como bien remunerados.

—Recuerden las condiciones originales —comentó—. Nadie debe tocar al anciano, soy el único capacitado para ello. No han hecho caso y miren su estado...

Lento estaba ansioso por seguir las entrevistas, e insistió y prometió no abusar esta vez de la salud del anciano. Alto se muestra más apático, mucho más.

—¿Ahora piensa que es real? —Antes de que le responda, Lento añade—: Sí. Tratan que creemos está loca, sí. Es una historia demasiado... crazy... absurd...

—¿Absurda?

—Sí.

—Y tenga en cuenta que ha sido por iniciativa de ella por la que nos lo ha contado. Usted le preguntó el nombre, y sin relación alguna saltó a la historia de Polly Nichols, y de ella a ese enfrentamiento épico, más propio de Fausto, no sé cómo calificarlo. Cuando digo iniciativa de ella... usted me entiende.

—Es locura. Los asesinatos de Whitechapel son correctos. Torres Quevedo en Inglaterra en medio de la investigación, ¿correcto?

—Ese es un buen problema, amigo. Creo recordar que hay cartas del viaje de Torres Quevedo por Europa en posesión de su familia, ¿pero dos viajes? Eso no lo recuerdo. ¿Torres Quevedo construyendo su ajedrecista entonces? Imposible, es muy posterior. ¿Y qué tiene que ver esa familia y sus problemas? Birmania, los odios y celos del hijo del lord. Y Tumblety.

—No me gustó ese tipo. Siempre es mi... candidato preferido.

—Lamento la decepción. En una de estas celdas tiene al asesino, ya lo ha visto.

—No es posible. Esa... contando historias de Demonio. Saltos...

—No olvide que según Aguirre, Tumblety es el anticristo. ¿De verdad le sorprende ahora más que antes todo esto? Siempre fue increíble.

—Tiene razón, como en muchas cosas. Me puse en contacto con su detective

privado. Este lugar no es... no existe.

—¿A qué se refiere?

—No hay constancia de este edificio, me dijo, en ninguna administración. No encontró propietario. Si esto es una residencia, es el asilo de ancianos del infierno.

—No se ponga melodramático, el cuento de antes le ha predispuesto el ánimo hacia lo extraño.

—¿Cómo quiere que lo llame? En medio de la ciudad, nadie conoce, más una cárcel fortificada que una residencia o una... hospital, clínica. No hay registro pacientes...

—Ni listado de facultativos, o pago de licencias, albaranes de envío o trasiego alguno, o un simple título de propiedad... sé lo que me dice.

—Solo está... al menos está para nosotros. Debimos darnos cuenta el primer día, un lugar vacío, desatendido.

—Era de noche, nos dijeron que los internos habían sido trasladados por las obras, salvo unos pocos, los más ancianos y delicados, que dormían. Hay que reconocer que el engaño estaba bien construido. Había una fachada, una recepción y dos personas, y el necesario silencio en un establecimiento de estas características a esas horas...

—¿Y la suciedad? ¿Por qué no reparamos en todo después, antes de secuestro? Porque lo que vimos dio... usted lo dice, predispuesto el ánimo, dio... alas a nuestros anhelos. ¿Lo he dicho bien?

—A la perfección.

—Por cierto, ¿cómo entraron en contacto con usted?

—Imagino que de igual modo que con usted. El señor Solera me escribió una carta muy atenta...

—¿Le dijo que sus editores habían contactado con él para que ayudara a documentar...?

—En mi caso fue un amigo, uno compañero de aficiones que suele colaborar conmigo.

—¿Y ese amigo confirmo...? —Alto se encoge de hombros—. Yo anoche llamé mi editor... no, no se preocupe, fui discreto. —Repite el gesto—. Me dijo que no sabía nada de Solera. ¿Quién es Solera que es capaz de saber de nuestros intereses y...? —Abandona su vigilancia para mirar directo a su compañero—. For God's sake... le veo muy... tranquilo. Condescendiente creo que es palabra correcta.

Cuando alguien sufre el ataque de un oso en un hospital geriátrico, ve las cosas con cierta relatividad.

—¿Qué dice?

—Anoche. El oso bailarín. Me atacó.

—¿Qué?

—Fui a su celda y allí estaba. No me di cuenta hasta que se me echó encima.

Lento examina a Alto.

—No entiendo... no es herido...

—No le di tiempo a herirme. Corrí hasta nuestro cuartucho y atranqué la puerta con el camastro y varias cajas de papeles. Por fortuna el animal no me persiguió, pasé el resto de la noche en vela, con la oreja pegada a la puerta.

—Si no se explica mejor...

—La música. Por accidente hice sonar esa concertina y el oso reaccionó, se abalanzó sobre mí, creo, no me atrevo a asegurar nada en esa oscuridad. En cuanto corrí, y el instrumento dejó de sonar, el animal se detuvo.

—Eso recuerda a principio de historia... es posible hacer que animales obedezcan órdenes, tal vez también sonidos, o melodías. Así aquel cuidador de la exhibición de monstruos de Aguirre ordenaba a su mascota atacar, detenerse...

—¿Y con eso le basta? Creo que los osos son animales longevos, pero esto es ridículo.

—No. Claro que es otro animal... No entiendo nada.

—Creo que está perdiendo la perspectiva. —Alto se levanta y parece recuperar su habitual escepticismo—. No podemos dejar que el ambiente extraordinario que nos han recreado aquí nos confunda. Un oso me ha atacado, y eso es...

—Me juzga mal. Sé que ha s... estado en peligro, que los dos estamos. Debe... coincidir conmigo en que todo, visita, investigación; todo, supera mucho... el principio. Aquí tenemos... obtenemos más que documentación para libros que no leerán ni cien personas.

—¿Qué está diciendo? Espere, quiero saber si estamos de acuerdo en lo que hay que hacer: el principal objetivo es escapar, salir con vida.

Por toda respuesta, Lento saca un arma de debajo de su ropa.

—Dije que me juzga mal, yo sé el problema. —Alto, sobresaltado, lo obliga a ocultarla de nuevo—. Debemos estar en guardia. Aquí nadie nos registra. Coja usted una, y la próxima vez que el oso...

—Tenemos que escapar...

—Yo no me voy hasta que averigüe más, qué es todo esto.

—Tal vez las autoridades pudieran ayudarnos.

—Yo no me arriesgaré, ni usted tampoco.

Celador sale del cuarto, invitándolos a pasar. Al cruzar el umbral, Alto habla en susurros a su compañero.

—Siento haberle distraído, ahora no sabrá si este individuo ha dado con la nota que pasó...

—Usted dejó vigilancia cuando ocurrió... el oso, ¿me equivoco? —Alto asiente y se encoge de hombros, un gesto ya habitual en él—. No importa, si es una trampa, lo

sabré. Otra cosa, ¿se ha fijado la cantidad de fuego que hay en esta historia?

____ 26 ____

El éxito del Asesino

Domingo, otra vez

¿El nombre? No... no puedo decirlo, no tengo plena convicción de quién fue el asesino, no para acusar a nadie. Espero que eso no les haga abandonar mi compañía, adoro estas veladas, se lo puedo asegurar.

Aún queriendo no soy capaz de afirmar que fuera Tumblety. Para mí, hoy como entonces, él estaba implicado y no tengo modo de probarlo. Las únicas certezas de que dispongo están en esta historia que son tan amables de atender, puedo hacerles partícipes de mis conjeturas y deducciones a partir de mis experiencias, y esperar que ustedes estén de acuerdo conmigo...

¿En ese momento? A ver... tengo buena memoria, ya saben. Si me permiten un momento... aquí está.

Sí, cuando me lo dio les contaba la conversación que tuvo Torres conmigo, tras sacarme del calabozo... sí, ya sé, iba a hablarles de la charla de Abberline con mi amigo en la comisaría, cuando le contó los pormenores del asesinato de la Chapman. ¿Eso es lo que querían saber?

Volvamos a mi historia donde la dejé.

Lo ocurrido a Torres en los siguientes días, desde su visita a lord Dembow, el atentado en la puerta de la casa de este y la posterior charla con el señor De Blaise, hasta la llegada del fatídico fin de mes, fueron hechos tan interesantes como reveladores, por lo que me van a permitir dar un giro a mi historia y alejarme de ellos momentáneamente, para mantener cierta intriga. Además, aun no siendo yo el protagonista de esta historia, un destacado testigo como mucho, mis aventuras tienen su relevancia, y no quisiera que las pasaran por alto.

Como ya dije, había decidido abandonar la ciudad. Me iría a Liverpool, y de allí cogería un vapor hacia América, a mi tierra. No estoy seguro de haber tomado esa decisión de un modo consciente, o si el simple deseo de escapar me empujó hacia mis raíces, como el animal herido que busca el refugio de su madriguera. Fuera como fuese, no disponía de medios, ni un penique. Mi fugaz despedida impidió que la natural generosidad de Torres pudiera solventar ese problema. En otro momento, hubiera podido contar con «amigos», gente que me conociera bien en la ciudad no faltaban y podría obtener dinero de ellos a cambio de alguno de los «servicios» que solía prestar. Pero de esas amistades no andaba sobrado en aquellas circunstancias, más bien todo lo contrario. Sin nadie a quien acudir y sin nada que llevarme a la boca, no tuve otra opción que hacerme con algo de liquidez del único modo que

sabía: delinquiendo una vez más. Había pasado muchos meses de mi vida extorsionando, para eso el Señor me había dotado sin escatimo alguno de la necesaria crueldad, me había ganado por tanto en esos menesteres cierto nombre que podía utilizar en unos cuantos locales y comercios de la zona, intimidando a algún desdichado que estuviera en lugar equivocado. Desde luego no iba a pasear por la zona de Benthal Green, donde había quien me creía muerto y quien me quería desaparecido. Así que fui a Whitechapel.

Pensarán que no fue una idea brillante teniendo en cuenta cómo estaban esas calles en esos días, cuajadas de miedo, putas desconfiadas e inspectores del CID tratando de atrapar al asesino, y se lo voy a conceder, pues no era extraño por entonces que mi mermado cerebro ante una encrucijada pariera siempre la peor de las decisiones. Creo que en mi ignorancia lo vi como una ventaja, pensé que el miedo trabajaría a mi favor.

La idea, la única que pudo tener alguien como yo, era encontrar a alguna desgraciada, lo más borracha posible, seguirla, esperar mi oportunidad y asaltarla quitándole lo poco o mucho que tuviera.

—¡Ven aquí, puta! ¡Soy Delantal de Cuero y voy a acuchillarte! —gritaría. ¿Qué es un grito en esas calles? Las putas del East End solían beberse el dinero tan rápido como lo ganaban, sobre todo si se trataban de las más arrastradas, que serían mis víctimas, razón que me llevaría a repetir la operación cinco o seis veces. Aunque el riesgo de ser tomado por el verdadero asesino por algún policía era más que posible, tampoco me preocupaba. Ya había sido detenido y acusado de tal cosa hacía una semana, y salí libre a mi pesar, me tomarían por un lunático, comida gratis...

El destino extraño que de siempre ha jugado conmigo, movió pieza una vez más.

La mujer tenía el triste aspecto de todas las que por allí andan, no muy estropeada todavía por la vida que llevaba, castaña, de pelo rizado. Puede que mi interés fuera su nombre, la conocía de las calles, le decían Liz la Larga, aunque no medía más de metro sesenta. Puede que eso, el apodo, me recordara a la espigada señora Cynthia De Blaise, y de ahí mi primer interés. Al caer el día empecé a seguirla. Era una tarde oscura y gris, neblinosa, y me temo que esa falta de luz era culpa de mi ojo, más que de la tan cacareada y no siempre cierta penumbra londinense. El amoniaco vertido sobre mi rostro debía haberme causado un glaucoma, una catarata, no sé, y entonces sabía aún menos, una minusvalía más, otra tara para adornarme. Por suerte ya es lo mismo.

Reconocí pese a mi falta de vista su imagen en medio de la continua bruma que ya me acompañaría el resto de mi vida. Aún llevando años gastando suelas por esos andurriales y aunque las caras de sus habitantes acababan resultándome familiares, era imposible que conociera bien a todas y cada una de las miles de putas que frecuentaban las calles, que aparecían y desaparecían sin dejar huella sin necesidad de

la intervención del Asesino. De Liz la Larga sabía su nombre de haberlo oído por ahí, y sabía que solía limpiar habitaciones para judíos, la prostitución nunca era una dedicación a tiempo completo; poco más podía decir de ella.

Liz fregó en un par de casas, y luego fue a un pub a gastarse lo ganado, y a charlar con amigas. Hubiera debido actuar antes, no encontré el momento propicio, o dudé; el contacto con buena gente había permeado en mí más de lo que me atrevía a reconocer. Seguí allí, en la calle, encogido, como otro más entre los tipos siniestros que paseaban sin destino fijo, aprovechando la relativa buena tarde sin señales de nubes en el cielo. Me crucé con policías de la metropolitana, afirmaría que su presencia en el barrio había aumentado considerablemente. Los custodios de la autoridad no repararon en mí. Mi ropa nueva, la del difunto señor Arias, que debió ser un hombre grande pues me quedaba bien, me convertía en un sujeto común, pese a la máscara de cuero primorosamente rematada por la viuda que ocultaba como podía bajo el ala de mi sombrero.

Al caer la noche el tiempo se enfadó, invitando a quedarse en casa. Desde luego el mundo no se quedó quieto mientras yo había estado persiguiendo mi siempre huidiza fortuna durante los últimos días. La tarde anterior el sargento Thick había detenido a Pizier, Delantal de Cuero, en Mulberry Street, allí encontraron un montón de cuchillos largos y afilados. El mismo día sus coartadas quedaron demostradas, otro más del centenar que circularon por calabozos y ruedas de identificación: matarifes, curtidores, cazadores, todo el que supiera manejar un cuchillo con cierta destreza. En nada esa detención había frenado a las lenguas de Whitechapel, que seguían aireando rumores, y esperando que llegara otra mañana como la del sábado pasado. El propio día diez Abberline llegó a la comisaría de Commercial Street con otro sospechoso, al que habían visto bebiendo en un pub con manchas de sangre en su camisa. Otro loco al que ingresaron en un sanatorio, desagradable, pero no el asesino. Las cien libras de recompensa ofrecidas desde el día anterior hacían correr a muchos con informaciones inventadas, avivando los fuegos de la desinformación. Y un grupo de hombres buenos, comerciantes desesperados, se reunieron ese mismo diez de septiembre en un local de Mile End Road para formar el Comité de Vigilancia de Whitechapel. Ellos harían lo que la policía se veía incapaz, o eso esperaban. No, no era un buen día para quitarle sus pingües ganancias a una puta, pero Liz se quedó sola, salvo mi sombra que la seguía. No creo que estuviera buscando clientes, andaba perdida. Ese día, esa mujer triste tuvo suerte. La iba a asaltar Raimundo Aguirre, Drunkard Ray, no el Asesino. Volvería a casa sin un penique, pero con todas sus partes unidas, tal y como había decidido Dios que fuera el cuerpo de una mujer.

El mercado de Spitalfields cierra a las seis de la tarde, ahora estaba vacío, con las cancelas echadas, aunque eso no impedía el acceso si uno sabía moverse por la zona. Junto a una de las entradas se apilaban las cajas de fruta vacías. Vi (o más bien intuí,

porque con esa luz mi reciente ceguera era manifiesta) cómo rebuscaba en ellas y cogía un racimo de uvas raquítico y olvidado; a Liz le encantaban las uvas, luego lo supe. Ahí pude atacarla, ahí y en mil sitios antes, sentía una extraña fascinación en contemplar desde las sombras a esa solitaria, borracha y patética mujer y no acercarme, postergar el momento de la violencia todo lo posible. Ella no podía verme, ya saben lo bueno que era en el arte de esconderme y seguir los pasos de quien fuera sin ser visto. Dicen, yo lo he oído, que este gusto por seguir entre las sombras a las mujeres es propio del ánimo del asesino contumaz. Puede que el Monstruo, Delantal de Cuero, o como se llamara, hiciera lo que yo; pero yo no quería matar a Liz.

Siguió caminando con paso ebrio, mordisqueando sus uvas, yendo ya hacia casa. Bajó hasta Brushfield Street conmigo detrás. Se metió por una pequeña calleja, Little Paternóster Row, que iba a terminar a Dorset Street, es posible que allí tuviera una habitación en alguna de las casas comunales que llenaban la calle. Ese era el momento, el callejón estaba vació. Aunque demasiado oscuro para mí, notaba la calle desierta. Eso creí.

—Qué noche tan desagradable para ir por ahí, ¿no te parece, Liz? —Una luz intensa que me cegó siguió a esa voz. Un foco saliendo del altísimo sombrero hongo de un hombre al final del callejón la deslumbraba y me hizo a mí agazaparme. El rayo de luz descubrió una sombra en la pared, un bulto, un insecto descomunal descendiendo, reptando hacia ella. Liz no trató de huir. Se apoyó contra el muro, resoplando.

—Maldita sea —susurró. Podía ser el Asesino dispuesto a desparramar sus entrañas por la calle, y ella no se hubiera movido. Triste resignación a la propia desgracia. Con gritar, bien pudiera haber aparecido alguien. No tenía fuerzas, quizá ni ganas de seguir luchando.

Yo no di un paso en Little Paternóster, me quede a la entrada, esperando. El tipo apagó con un chasquido la luz de su sombrero, que quedó humeando como una pequeña chimenea, como si la ira que se adivinaba en sus palabras hiciera que su cerebro hirviera. Esas palabras fueron:

—Andan por ahí matando zorras, y tú paseando tan tranquila.

—Podíamos hacer eso —dijo el insecto, que no era más que un hombre trepador con voz aflautada y zafia, que hizo que me agazapara más. No podía verlo, pero lo conocía, ¿de qué? Oí cómo saltaba al suelo y sus garras metálicas chirriaron al ocultarse bajo las mangas del abrigo—. En estos días es mu fácil matar putas. Solo hay que arrancarles el corazón, y ya está, dirán que es cosa de Delantal de Cuero.

—No tengo na —susurró Liz.

—Tú no tienes nada, tu hombre no tiene nada... —dijo el del foco en la cabeza—. En ese caso, ¿cómo vas a pagar la ginebra de esta noche, eh? Un trago siempre es

bueno para poder dormir.

—Dejadme en paz...

—Nadie va a hacerte daño alguno. Queremos que le digas a Kidney que empieza a no caer en gracia a ciertas personas que le consideraban un amigo, y eso no es muy bueno.

—A mí... yo no tengo na que ver con ese... no me hará caso...

—Vamos, vamos. —Yo apenas distinguía un único bulto oscuro entre la oscuridad. Estaban los dos junto a ella, rodeándola. Liz trataba de fundirse con la pared a la que se pegaba, de desaparecer a través de ella—. No debes mentirnos. Lo único que queremos es que no nos olvidéis, ni tú ni tu hombre. ¿Qué puedo hacer para que no me olvides, Liz?

—Por favor...

—Vamos. Tengo que hacerlo. Esta vez solo será un corte. Dime dónde lo quieres...

Ella tenía los ojos cerrados. No podía verlo, pero estoy seguro que los tenía así, rezando porque todo pasara rápido y pronto estuviera tranquila, frente a una copa. El más hablador, que lo hacía con buen acento de señor respetable aún siendo un hijo de puta, le empezó a acariciar la oreja. Ella dijo:

—Podemos pasarlo bien... no os costaría na.

—Faltaría más, zorra, ¿ibas a cobrarnos? A ver, pequeño Will, ¿quieres hacer algo con ella antes de que la corte? Claro que sí. Sabes puta, a Will le gustan los coños de puerca como el tuyo. Vamos.

Liz empezó a subirse las faldas, manteniendo los párpados apretados, mientras el tipo de la voz de niña, el «pequeño Will», se preparaba.

—Así no, Dandi —dijo Will—, al revés.

—Claro, Will, si prefieres la puerta de atrás...

Le dieron la vuelta de un tirón. Algo arrancó Dandi de la oreja de Liz, un pendiente supuse, ella chilló y él la abofeteó. Yo no me moví. Un par de golpes no mataban a nadie, ni un lóbulo rasgado, venía con el oficio. Liz empezó a reír forzada, tratando de convertir aquello en algo normal, una noche más. El Dandi animó a su amigo a que empezara, y creí ver que este se movía nervioso, miraba a Liz y a su compañero de hito en hito.

—Déjame hacerlo a mi manera —dijo y con un golpe de muñeca salieron sus garras de metal, su brillo en la noche era evidente hasta para mí. Sé, y lo sabía entonces, que muchos bastardos gustan de apuñalar culos. Eso iba a hacer ese Will, antes, después o al tiempo que se desahogaba a su antojo, no creo que necesiten que sea más explícito.

Me eché hacia adelante. No voy a tratar de aclarar mis motivos, no me siento capaz, prefiero que ustedes mismos saquen sus conclusiones. Me limito a los hechos.

Dandi notó mi avance, con un gesto detuvo a Will y la lámpara de su cabeza chisporroteó hasta encenderse. Las cucarachas que allí paseaban huyeron, y me dejaron a mí solo y expuesto ante esos dos. Will dio media vuelta a Liz, y quedó junto a ella, rodeándola con el brazo y ocultando al instante sus zarpas metálicas.

—¿Qué pasa? —me dijo Dandi. Yo tomé aire, e intenté hablar.

—Dd... dejadla tranq... tranquila.

—Solo estamos charlando, queremos pasarlo bien. Somos amigos, ¿verdad, Liz? Dile a este caballero lo amigos que somos. No pensará que soy el asesino, ¿verdad señor? Creo que hacen muy bien, le he dicho hace un minuto a mi amigo Willy que debíamos nosotros colaborar también, hay que sacar a ese monstruo del barrio.

Me tomaban por uno de los detectives privados que se decía iba a contratar el Comité de Vigilancia de Mild End. Tal vez mis ropas, mi sombrero... algo les hizo pensar eso. Absurdo, los vigilantes nunca irían solos. Supongo que tras la noticia de su formación, el comité estaba en mente de todos. Dandi caminó desafiante hasta mí, deslumbrándome, esperando intimidarme.

—Dd... d... dejadla... —Avancé despacio hacia ellos, esperando la pelea.

¿Y s... s... si no quiero? —El pequeño Will se rió como un anormal. Dandi agitó el brazo y a su mano derecha saltó un cuchillo, pequeño, de punta roma, como los de los zapateros. No parecía acostumbrado a la sofisticada disposición de su arma, y titubeó un instante al asirla. Eso fue un error. Le cogí la cabeza y le estampé su cara contra la pared. Un sonido de cristal al romperse y su sombrero empezó a arder con una llama azulada, menos intensa de lo que yo hubiera querido.

—¡Eh! Qué haces, hijo de perra. —Will había soltado a Liz, no era tan listo como para amenazarla, o tal vez pensara que una puta no podía importarle a nadie. La dejó a un lado y extrajo sus garras de nuevo.

—Vete dije . A lo mmmmm.. rnmmm... mejor sois vosss... vosotros los que os hab... hab... habéis topado con el... con el con el asesino.

Mi baladronada funcionó por un instante. Se me había caído el sombrero y ahora mi máscara de cuero era visible, con mi ojo izquierdo grande y blanco sin parpadear y con una extraña «pupila» en forma de dama; quién sabe lo que parecía con tan poca luz. Will echó un paso atrás. Su amigo estaba mucho más curtido, no me iba a dejar ir así.

—¡No! —gritó desde el suelo, tras quitarse el sombrero y tirarlo lejos de él—. ¡Usa esas malditas cosas!

Fue a por mí cuando ya había reculado, y eso en las calles no se perdona. Le di con el brazo bueno, ignorando su arma, que siendo diseñada más para trepar que para pelear, no supo usarla con propiedad. Con mi escasa visión tuve que tirar al bulto, y atiné a darle con fuerza en la cara. Luego lo empujé contra la pared, me di media vuelta y tiré una patada al Dandi, que había apagado el fuego de su cabeza pero

seguía sangrando, no sé dónde le acerté. Volví a Will antes de que se incorporara del todo y lo golpeé de nuevo, esta vez cayó y le pisé el antebrazo. Lo remangué y vi el artilugio allí atado, tiré con rapidez y fuerza de un cable metálico, el primero que vi, y las garras se cerraron con un grito asustado de su propietario.

De nuevo golpeé a Dandi, y luego a Will, que miraba su brazo temiendo haberlo perdido; no, su arma se había bloqueado sin causarle daño. No podía dejar que se rehicieran ni un instante. Empecé a gritar enloquecido, mientras les pateaba, una vez y otra. Les saqué lo que tenían en el bolsillo, y se lo tiré la cara, y no paré de golpearlos y de aullar. Oí las monedas caer al suelo tras rebotar en ellos, y las cogí.

—Estás muerto, hijo de perra —dijo Dandi escupiendo sangre. Le di otra patada, hice un gesto y Liz corrió hacia mí, empujando a su paso al chico en el suelo.

—Vete —repetí.

Dandi sangraba por la nariz y la boca, y algún pelo se le había chamuscado, pero era perro viejo y podía tirar con sus heridas, y causarme problemas si no salía de allí. Me fui hacia atrás, con Liz, despacio, mientras Will se incorporaba lloroso y atendía a su amigo que seguía maldiciéndome. Se me quedó mirando en la distancia, cuando pasé por los restos chamuscados del bombín de su jefe, y de pronto dijo:

—¿Drunkard? Maldita sea, hijo de puta. ¿Eres Drunkard Ray? Era cierto...

¡Claro! Supe dónde había oído esa voz, de qué conocía a ese muchacho. El viernes pasado, cuando O'Malley y los suyos trataron de convertirme en mudo o en capón, Will, aquel chico de voz aniñada que se asustó cuando yo me desboqué, ese era. No me había reconocido en un principio, con mi traje nuevo y mi preciosa máscara. Ahora sabía quién era, eso no era bueno. A mi memoria, siempre tan fracturada entonces, llegaron las palabras del Bruto, la cita que ya había incumplido, la promesa rota de mantener la boca cerrada. Me pasó por la cabeza el matarlos, y no lo hice. No hice nada. Fue Liz, la bendita Liz la Larga la que me sacó de allí.

—Vámonos daquí. —Y a tirones me sacó del callejón.

Los dos matones del Green Gate (supuse que Dandi también lo era, aunque no le recordaba), no nos siguieron. Dandi era sin duda el líder, y estaría aturdido y furioso, así era poco eficaz. Will no haría nada por su cuenta. Liz tiró de mí hasta Commercial Street, no era tonta y conocía cómo eran las cosas en el barrio; en una calle grande estaría segura. Allí me soltó la manga. Notó sin duda lo incómodo que me hacía sentir su proximidad, la de cualquier mujer. Yo bajé la cara, quería dejarla.

—¿De verdad eres del Comité ese?

—No.

—Ya me paecía a mí. Ese traje no es tuyo, ¿verdá? No te quea mal, aunque testá algo pequeño. Oye, a mí me da lo mismo de dónde lo has sacao, mas quitao a esos... Intenté con todas mis fuerzas decir un «adiós», y ella se me adelantó—. Te invito a beber algo, pa darte las gracias, hombre.

El alcohol se me antojó un remedio perfecto para alejar los fantasmas de esa noche. No tenía lugar donde ir, ni tiempo para pensar en qué hacer. No dije ni sí ni no, Liz me cogió de nuevo por el brazo y entramos en el Ten Bells, frente a Christ Church.

El lugar se encontraba muy animado, como de costumbre. Nos sentamos en una mesa algo apartada, pagó una pinta y empezó a hablar mientras restañaba su oreja dañada. Yo bebía.

Dijo llamarse Elizabeth Stride, sueca, aunque llevaba más de veinte años viviendo en Londres, y su vida, que ya fue la triste existencia propia de las desdichadas en su país de origen, no mejoró con el viaje. Habló mucho, no paró, no podría contarles todo lo que dijo esa noche, con su hablar tan calmo y tan inagotable, con un suave acento extranjero, muy poco, como un poso lejano y agradable. No recuerdo todo porque entonces solo podía atender a mi situación, mi urgente necesidad de escapar. Sin embargo, quedó en mí una sensación acogedora, la de estar en compañía de alguien, sin más, sin esperar nada, sin deber nada. Liz era una mujer agradable, tranquila pese al alcohol, que me trataba como si fuera un viejo conocido, como si tuviera una cara completa, con todas sus facciones duplicadas y simétricas, como un ser humano. Por una tarde fui su confidente, me contó su vida con ganas, como si de una necesidad física se tratara.

Vida que no dejaba de ser una sucesión de dramas, en este caso algo adornados por su poderosa imaginación. Confirmó que se ganaba la vida limpiando habitaciones aquí y allá, eso ya lo sabía. Vivía con un hombre, el tal Kidney, un tipo que trabajaba en los muelles. Lo de trabajar, según Liz, era una forma de hablar, porque el sujeto apenas hacía nada salvo gastar a manos llenas lo que tanto le costaba ganar a ella, y agradecérselo con alguna que otra paliza. De eso, de lo gastado por su hombre, iba el asunto que se traían con ella los del Green Gate. Parece ser que Kidney debía a alguien de la banda, y estos andaban con prisas por cobrar. Decidieron entonces apretar las clavijas al moroso a través de su mujer.

—Como si al mu desgraciao le importara algo lo que a mí me pase —decía—. Mejor pa él si me matan...

Así siguió, contando esto y lo otro, lo mal que le trataba la vida, lo que recordaba Suecia, lo feliz que fue en su país... quién sabe si algo de lo que dijo era verdad. No mencionó ni por un instante su otro medio de obtener ingresos, de eso casi nunca se habla.

No pude pasar por alto cuando mencionó a su marido. Era viuda, me dijo, hacia diez años. El señor Stride murió en el desastre del *Princess Alice*. Los dos tenían empleos en el vapor. Su esposo y dos de sus hijos se ahogaron, ella consiguió sobrevivir agarrándose a un cabo cuando estaba a punto de hundirse bajo el río. Allí perdió dos dientes y se hirió en el paladar por culpa de un hombre que trepaba delante

de ella y que resbaló, me mostró sus mellas con una mezcla de pena y nostalgia. El resto de sus hijos, dijo, estaban al cuidado de la Iglesia Sueca, allí en Londres.

Qué extraña es la memoria, o lo era la mía al menos. Recordé entonces la tragedia del *Princess Alice*, ¿se acuerdan ustedes que les hablé de ella? Sí, mi primer encuentro con Torres, fue dos días tras el accidente. Pensé en aquel cuerpo que vi flotando junto al muelle en Millwall, mientras los caballeros jugaban al ajedrez con una máquina. Ese cadáver por el que volví en mala hora, pues acabé en manos de mi viejo patrón. El recuerdo me empujó a hablar.

—Te q... quedaste sola. Sin n...

—Sin na. No éramos ricos, pero tenía trabajo, un buen trabajo. Desde que se hundió en el río, me veo así.

—¿Nnn... no encon... n...?

—¿Los cuerpos? Na. El río se los tragó. Estuve allí, viendo los muertos, y ninguno era mi John, ni mis niños. Se fue, y me dejó sola, sin un trozo de pan que llevarme pa la boca, to se lo tragó el agua.

—¿T... tenía un reí... reí... reí...?

—¿Un reló? De oro, y en él llevaba siempre un retrato mío, era lo que más quería, y se fue con él. Paece que lo estoy viendo ahora mismo, tan bonito, con sus iniciales y las mías grabás. Ojalá lo conservara. Era mu güeno, no vayas a creer...

Veo sus expresiones. Dudan de lo que digo. Fue así, se lo aseguro, aunque con ello no quiero decir que Dios sea tan juguetón con los destinos de sus hijos. Intenten imaginar la situación. Un pobre desgraciado medio lerdo escuchando la charla de una puta, la mitad mentiras, bebiendo cerveza tras cerveza, y luego ginebra. Había sacado buen dinero del par del Green Gate, y tras la primera ronda Liz «dejó» que invitara yo. Supongo que no era el mismo hombre. John Stride no podía ser el cuerpo que vi junto al muelle, demasiado irónico, seguro que si hubiera dicho: «¿tu marido no pertenecía a la cámara de los lores?», Liz diría: «claro», pero hablé de la cadena brillante que vi bajo el agua, y la creí, y entonces nació un vínculo. No era remordimiento, no lo creo. Yo no era responsable de la muerte de su esposo, claro está, ni de la no recuperación del cuerpo, el ataque de la parada de monstruos me distrajo entonces, y no podía haber... es lo mismo. Sentí entonces que algo me unía a Elizabeth Stride. Estuvimos juntos, ella hablando y yo escuchando, hasta que el Ten Bells cerró. Nos despedimos, dijo que iría con Kidney, vivía con él en la calle Dorset. Debía contarle lo ocurrido, tal vez él arreglara las cosas.

—No. No creo que tenga el dinero. —Y ella se gastaba el suyo bebiendo con un tullido—. Ya veré lo que le digo. —No tenía en cuenta las palizas que su hombre le propinaba, era algo con lo que contaba mientras se mantuvieran dentro de la normalidad. Una vez se excedió, dijo, y ella lo denunció.

—La policía no me hizo ni caso. Da lo mismo —se rió—, ahora te tengo a ti pa

protegerme, ¿verdá, Ray?

No respondí. Nos despedimos. Ella lo hizo de un modo especial.

—Mañana volveré por aquí, a lo mejor nos encontramos, ¿no Ray?

Deseé entonces con fervor que llegara el día de mañana, mientras la vi alejarse, algo borracha, hacia Dorset. Miré en mis bolsillos: aún tenía algo, estaba cansado y necesitaba un lugar donde pensar en mi situación... Excusas de necio, lo que en realidad quería era un sitio para encerrarme y dejar pasar el tiempo, con la esperanza peregrina de que las aguas se calmaran por sí solas. Fui a la calle Flower & Dean en busca de cobijo para la noche. A esas horas cabría esperar que no hubiera cama libre en todo Londres, pero las plazas eran caras, demasiado para las economías que por ahí se movían, tal vez tuviera suerte. Encontré sitio en la pensión del treinta y dos de esa calle, compré algo para comer al encargado nocturno, y mientras procuraba doblar mi chaqueta con la mayor pulcritud, al son de los ronquidos de quienes me rodeaban, pensé en mi situación, tanto como fui capaz.

Ahora podía empezar mi viaje, salir de Londres, olvidarme de los del Green Gate Gang, y alejarme de la policía y del Monstruo, Tumblety y sus horrores. Pensaba irme al día siguiente, y pronto estaría en Liverpool y más adelante, una nueva vida, otra vez. Hablar con Liz, ¡qué tontería! En otro lugar llegaría mi suerte y podría comprarme todas las mujeres que quisiera. Qué más daba esa Liz, que... bueno, también podía irme pasado, y despedirme de ella. Un par de cervezas y un hasta la vista. Eso estaría bien.

Ahora pienso como ustedes, ahora veo que el Bruto dejó mi cuerpo íntegro, mi lengua intacta, para utilizar mi confesión en algún juego de poder en el Green Gate. Ahora, de estar allí, hubiera podido utilizar eso en mi favor. Entonces solo era capaz de valorar que O'Malley me había torturado, que me haría daño si me volvía a coger, que ya nada podía obtener de Torres, que la recompensa no llegaría nunca, ni había dinero que sacar del Ajedrecista, y digo más, mi presencia junto al español solo le traería problemas, lo último que quería causarle. Todo me empujaba a huir, a correr, menos Liz, quería estar con ella, hablar con ella, una vez más, una última vez, todo estaba allí, todo mezclado en mi cabeza...

No pude controlar mis pensamientos y ni me esforcé en hacerlo. Dormí hasta que me echaron a voces de la pensión. Ensucié mi ropa nueva entre los callejones. Pasé todo ese miércoles igual que había hecho todos y cada uno de los días de mi vida, alejándome de la luz, esquivando miradas. Hasta que dieron las nueve de la noche, entonces fui al Ten Bells, a charlar con Liz. No tardó en aparecer. Ya estaba yo sentado en una silla, con una pinta ante mí, lo que hace la ropa nueva con un hombre; nadie me puso pegas.

—Hola, Ray. No podías estar sin mí, ¿eh? —dijo al sentarse—. Hoy me vas a tener que invitá tú a mí, he tenío gastos... No quiero que creas que soy una pordiosera

sin na que hacer. Me gano bien la vida limpiando, pero hoy... bueno, da lo mismo, te lo devolveré. El sábado iré pa la iglesia, por dinero, la iglesia de mi país... —Y siguió hablando de su Suecia. Debe de ser un lugar muy hermoso, ¿han estado allí alguna vez? Me gustaría ir... he visto mucho mundo, ¿saben?, mucho en tiempo, no en espacio, ¿entienden? Londres, Inglaterra, América... de aquí no he visto más que esta sucia celda donde tienen a bien acogerme. Liz hablaba tan bien de su tierra, de la nieve y los fríos, de los aires limpios. Creo que será como sus ojos, sus ojos siempre parecían limpios, pese a lo mucho que había visto. Era muy guapa, así la veía yo al menos, envuelta siempre en un halo de bruma, como un ángel, un ángel venido del norte.

Dos tipos se sentaron con nosotros, uno a cada lado, yo ni siquiera los había visto entrar; ahora tenía una mitad ciega, y la otra medio ciega. Dandi y el pequeño Will. El primero, mostrando la cara magullada y su cuchillo apretado subrepticiamente contra mis riñones. Dijo:

—Drunkard Ray, ¿son tuyas las pelotas que tiene Dick colgadas en la pared? —Liz se quedó muy quieta, como todas las putas delante de los cuchillos, mientras Will la abrazaba—. Pues pareces muy entero para ser un jodido capón. Y ni siquiera estás chamuscado.

—Pues seguro que era ese —chirrió la voz de Will—, estuve pegao a esa cara tan asquerosa. —Lamió la de Liz y metió la mano entre sus faldas, una de esas manos suyas que ocultaba garras de metal—. Hace buena pareja con esta puerca.

—¿Te gusta la señorita, Willy?

—Me da asco. —Hundió más la mano entre las piernas de Liz; ella ni respiraba —. Ayer no querías na de nosotros, zorra. Tendrías que dar gracias de que tocara tu coño mugriento. —Le escupió en la cara. Ella siguió sin moverse, yo también. Un tipo grande desde la barra vio movimientos, e intervino.

—Oigan, dejen de molestar a...

—¿Le importunamos en algo, señor? —Dandi se limitó a girarse un cuarto para mirar de frente al filántropo, filántropo e insensato, quien con solo ver los colores del Green Gate Gang, volvió la atención a su bebida, acompañado de la estridente risita de Will, que siguió apretando, dolorosamente imagino, la entrepierna de Liz—. Quítate esa máscara tan elegante, vamos chico, enséñanos tu bonita cara. —Fui a decir algo y Dandi apretó más el cuchillo—. Ni te muevas, bastardo, no hasta que yo te diga —le miré con todo el odio que podía proyectar desde mi único ojo medio ciego, y como Polifemo con sus víctimas, helé la sangre de ese cobarde. Aflojó la presión de su hoja sin apartarla. Cobarde puede, en absoluto tonto—. No siempre vas a tener tanta suerte, Ray, hoy te toca perder. —¿Cuándo he ganado?—. Ven con nosotros, a dar una vuelta, a ver a los viejos amigos, te esperan con los brazos abiertos. Si no quieres venir, lo entiendo, el único problema es que vas a morir.

—T... t... tú no...

—No, yo no. Ya sabes Ray que estas calles cada día están peor. Mira, ese hijo puta matando mujeres, igual cambia de gustos y decide cargarse a monos como tú. Y no morirás solo. —Miró a Liz. La mujer aprovechó para zafarse de la presa y medio incorporarse.

—Yo os dejo con vuestros asuntos...

—No te muevas, puta. —A la orden de Dandi, Will la obligó a sentarse con fuerza. Hizo sonar sus garras y siguió brindándole toda su atención—. Ya arreglaremos cuentas contigo y con tu chulo, ahora nos ocupamos de Ray. ¿Qué me dices, Ray? ¿Vienes?

Miré a Liz. Tenía mucho miedo, pero estaba acostumbrada a vivir con miedo, muchas mujeres como ella lo hacían todos los días. No lloraba, ni se quejaba; se limitaba a sonreír y a beber de su vaso, con el rostro de Will pegado al de ella. Solo quería que pasara rápido, que se fueran, y ella saldría a la calle. Ya pensaría en cómo solucionarlo luego. Yo no, yo quería que parara ya, para siempre y para todos.

—S... s... si la dejáis iré.

—Además de retrasado eres sordo, ¿no? Si no vienes te mataremos, hoy, mañana... cuando sea. Y a ella también. —Todo lo que hice fue encogerme de hombros y mirarlo, y su expresión cambió. En mí vio la decisión de morir, en mi ojo triste encontró el cansancio de mis cuarenta y tres años de dolor, y en el botón de porcelana que hacía las veces de su hermano, pudo ver los motivos por los que iba a sacrificarme sin una lágrima; una mujer, la simple idea de una mujer, y todo lo limpio y fresco y suave y hermoso que trae. Hoy no me importaba morir, mañana puede que luchara por dos segundos más entre la miseria, hoy me daba igual, con que Liz sonriera una vez me era suficiente. Contra eso no podía Dandi, ni todo el Green Gate Gang—. Vale, Romeo. Tú déjala que se vaya. —Will rezongó algo. La mirada de su jefe lo convenció en el acto. No era bastante. Atrapé la muñeca del Dandi con mi mano buena.

—Ella... ya no t... t... tiene deuda...

—Pides mucho Drunkard, no apures.

—No voy. —Ese «no voy» era más que simple terquedad. «No voy» era «no os acompaño», y «no voy a hablar, ni a deciros nada, ni a participar en todos los trapicheos que os traéis». Porque era eso, si no, yo y la puta ya estaríamos muertos, y Dandi lo sabía mejor que yo. Asintió. Will soltó a la mujer, que se levantó rápida, se arregló la ropa y se atusó como pudo, sin dejar de mirarme.

—Ray... —No dijo nada más, me la quedé mirando, sonrió, sonrió por fin mostrando su diente mellado, y se marchó.

—¡Vaya novia tas echao, Drunkard! —chilló Will—. ¿Pa cuándo la boda?

—Vámonos —zanjó el tema su jefe, y nos fuimos.

Mi caminar hasta Benthal Green fue silencioso, como el del becerro al matadero. Acabamos en el cementerio de Gibraltar Row, el lugar de mi cita con el Bruto, con cuatro días de retraso. Todo estaba oscuro, y aun así el lugar me pareció bueno para morir, tranquilo, hermoso a su manera. Las lápidas diseminadas, el crujir del otoño a mis pies, las estatuas de quién sabe qué difunto convertidas en sombras y por tanto más vivas, el frío de esa jornada que parecía allí hacerse fuerte, sabedor de que a los residentes ya no les importaba. Si me hubieran dado a elegir, hubiera querido morir en los pantanos de mi Florida, allí olvidado; a falta de eso, bien estaba un viejo cementerio en Londres.

Entramos en sigilo, como con miedo de despertar a los que allí descansaban. Pronto vi las luces; todo el Green Gate aguardando mi crucifixión. Pobre infeliz, qué poco sabía. Lo primero que vi, porque sin duda era lo más iluminado por todas las lámparas y teas encendidas que allí se reunían, era el ojo metálico de Dick Un Ojo, reluciendo broncíneo en medio de su cara.

Quedé entre ellos, jaleado por burlas e insultos. El ojo de Dick creció hacia mí, mirándome con malsana codicia, luego miró al hombretón que sentado a su lado en una lápida fumaba una enorme pipa. Era Collins, su hombre de confianza, confianza para Dick, para el resto siempre fue un amigo poco de fiar. Un Ojo dio un paso adelante y quedó rodeado por sus hombres, como un orador en un senado siniestro.

Tom —dijo dirigiéndose al Bruto por su patronímico y alzando la voz como un vate en el ágora—, disculpa, pero la memoria me empieza a fallar. ¿Qué dijiste que le pasó a Drunkard Ray?

El Bruto salió de las sombras que lo cubrían, con andar resuelto, imponiendo su altura y su fama a la concurrencia, aunque comentarios y miradas dejarían claro a cualquier observador que era él quien tenía problemas y no yo. A cualquier observador, menos a mí.

—Dije que creía que estaba muerto. Parece que me equivoqué.

—Lo entiendo, no te preocupes. Yo en tu lugar también hubiera creído lo mismo. —Dick se puso a mi lado. Era un hombre más bien pequeño, algo sobrado de peso y sin otro rasgo llamativo a parte de ese ojo, que ahora giraba hacia mí, en horrorosa asimetría con respecto a su gemelo real. Me puso la mano en el hombro y yo me quedé muy quieto—. Pensaría igual si hubiera dejado a alguien en un cuartucho ardiendo, y sin pelotas. De la chaqueta sacó un mugriento trapo que tiró al suelo, del que cayeron unos testículos renegridos—. Pero Ray es muy fuerte, ¿verdad, viejo borracho?

—Había mucho humo, no estoy seguro de lo que vi. —O'Malley no mostraba tener miedo, y estaba muerto.

—Ni de lo que cortabas. —Avanzó hacia el Bruto, mirándolo con su ojo asesino —. ¿A quién castraste, Tom? ¿De quién son esas pelotas?

—Por lo pequeñas diría que de Patt, ese gordo hijo de puta.

—¡Maldigo tu perra vida, bastardo! —rugió Taggart, otro de mis torturadores que parecía allí algo dolorido y muy indignado, indignación que se extendía por la totalidad de la concurrencia. El desplante del Bruto parecía su despedida orgullosa, iba a morir allí. Las armas rozaban metal contra metal, amenazando, y O'Malley seguía tranquilo.

—Tú, en cambio, las debes tener enormes, Tom —acalló Dick a los lobos sedientos.

—No tanto, Dick. —Encaró ahora al ojo telescópico de su rival, que había alcanzado ya los diez centímetros de longitud—. Estoy tranquilo porque sé que no me va a pasar nada.

—¿Y quién ha dicho que vaya a pasarte algo? —rió Un Ojo, abriendo los brazos y recogiendo la carcajada de los allí presentes.

—Tu jodido ojo de lisiado. —La risa acabó. El Bruto se quitó el gabán y lo tiró al suelo, mostrando un torso peludo—. He venido aquí desarmado y solo...

—¿Por qué ibas a venir de otro modo? —dijo Dick—. Estás entre los tuyos.

—Espero que los míos estén dispuestos a escucharme antes de decidir nada. Y más que escucharme a mí, quisiera que todos oyerais lo que Ray va a decirnos. ¿Por qué iba a mentir? Decidme. He dado mi sangre por todos, por mis hermanos. —Mostró las cicatrices que recorrían su cuerpo—. ¿Qué motivo pude tener para dejar escapar a Drunkard Ray, y decir que había muerto? ¿Qué ganaba con ello?

—¡Joderlo todo! —Espumarajos de furia salían de la boca de Dick Un Ojo mientras gritaba—. Eso es lo que haces siempre. Te gusta ir por tu cuenta, Bruto, y eso no es bueno...

—Ray me dijo algo, por eso conservó sus pelotas y su vida. La muerte del resto fue un accidente.

—¡Mentira! —chillo Will—. Los mató a todos ese monstruo, y tú lo dejaste vivo.

O'Malley fue hacia él y el chico dio un paso atrás sacando sus garras. Dandi quedó entonces solo a mi lado para custodiarme. Pude intentar escapar, si había acabado con cinco de ellos estando atado y medio desmallado, algo haría contra ese centenar, al menos vender caro mi cuero. No hice nada, sin entender mucho lo que ocurría, por fin me di cuenta que no era mi vida lo que estaba en la balanza en ese momento.

El círculo de luces que rodeaba al Bruto se abrió, se movió como un ser vivo adaptándose por el cementerio a medida que él avanzaba tras el acobardado Willy. Dick intervino, sacó una lanceta de un metro escaso que al instante brillo incandescente en su punta.

Parad —dijo—. Que un hombre solo haya acabado con cinco de nosotros no es algo de lo que me guste oír hablar.

—Debiera hacerte pensar que tal vez sea buena idea acoger con los brazos abiertos a Ray, después de todo ha sido un buen amigo tuyo, muy fiel, ¿no? —El Bruto estaba de mi parte, tenía una posibilidad.

—Dime una cosa, Tom, ¿qué fue eso que te dijo tan importante? ¿Y por qué no nos lo contaste?

Bueno, pensé que era mejor que lo oyera primero Joe. —Otra vez el silencio incómodo en aquel campo de silencio—. ¿Crees que le ha gustado oír eso mientras descansa en Holloway?

La mirada y el tono de voz de Un Ojo bajaron, se hicieron más amenazadores.

—No tengo idea de qué piensas que no le gustaría a Ashcroft...

—Que tú empleaste a Drunkard Ray para facilitarle ese agradable retiro y ocupar su puesto.

—Ahora estáis muertos, los dos. —Avanzó un pasó con su lanceta flamígera en ristre, y todos cerraron el círculo en torno al Bruto. Taggart cojeó martillo en mano. Dandi sacudió el brazo y su cuchillito saltó a su mano, y lo posó en mi cuello. O'Malley se encogió de hombros, sonriendo.

—No te precipites, tuerto maricón, puedes poner nervioso a mis amigos.

Animas en pena, luceros atormentados, fantasmas; no sé qué salió de entre las tumbas. Como reclamados por las palabras del Bruto avanzaron entre una niebla demasiado espesa y repentina incluso para Londres, incluso excesiva para mi vista turbia. Diez, veinte. Pronto se vislumbraron entre las luces la silueta de hombres, con cuerpos que parecían triángulos invertidos, unos altos, algunos demasiado, suspendidos sobre zancos articulados de dos metros y humeando por sus jorobas traqueteantes, brazos demasiado largos, o demasiados brazos: los Tigres de Besarabia.

Cuando los del Green Gate se hicieron a la niebla pudieron ver claro las chaquetas rayadas con enormes hombreras, los sombreros de panamá, las plumas de pavo real, las medias atadas con ligas a la pantorrilla, las armas llenando el aire de zumbidos y ruidos mecánicos. Mucha osadía era esa, pero los judíos no se andaban con miramientos. Desde hacía años estaban aumentando su poder, y ahora era sin duda la banda más peligrosa del East End. Empezaron extorsionando a parejas casaderas de entre los suyos, amenazando con airear virginidades perdidas y otros pecados antes de la boda. Más tarde extendieron sus coacciones a matrimonios ya formados, a comerciales, a todos. En poco tiempo la comunidad judía se les había quedado pequeña. Su superior armamento les había hecho amos y señores de la noche. Esas chaquetas rayadas estaban blindadas y escondían secretos mortales. Tenían un trato de favor en ese comercio de armas que menudeaba a pequeña escala por Whitechapel. El mismo ojo de Dick lo había obtenido a través de los judíos, ese que se proyectaba ahora para ver mejor. Así, él antes que nadie vio a quien

encabezaba la comitiva de los Tigres: Perkoff, el jefe de los de Besarabia.

Era fácil de reconocer, el único que no llevaba sombrero y lucía con orgullo dos trompetillas metálicas a cada lado de la cabeza. Sus orejas habían aparecido clavadas en la puerta de un pub años atrás, cuando una puta en nómina de la banda de Odessa se las cortó en un descuido del confiado Perkoff. Odessa era una banda judía rival, que había nacido en el café del mismo nombre tratando de evitar la predominancia de los Tigres. Tras el incidente de las orejas, el café dejó de existir.

A su lado iban sus dos lugartenientes, Kid McCoy, un boxeador con futuro, ídolo del barrio que ahora lucía metal sobre sus soberbios puños. Muchos soñaban con un combate entre Kid y el Bruto, e inclinaban la balanza de sus opiniones según la religión de cada cual. El otro era Max Moses, cuyos hombros y cabeza estaban coronados por los cañones de una hermosa ametralladora Nordenfelt.

—¡Traidor! —rugió Dick Un Ojo—. Nos has vendido.

—Intento que me escuches, que me escuchéis todos.

Las dos bandas quedaron enfrentadas, con el Bruto en medio. Cerca de cien por el lado de Benthal Green, unos treinta por los Tigres, todos uniformados salvo un tipo que ocultaba su imagen bajo un amplio paraguas, y el enjuto y servicial portador de ese resguardo.

—¿Qué haces aquí, Perkoff? —saludó Dick.

He oído que los buenos chicos del Green Gate teníais problemas, ya sabes que oigo todo lo que pasa. —Se tocó sus orejas metálicas enfáticamente.

—Pues tus oídos de lata te han engañado, no tenemos ningún problema, y desde luego ninguno que os importe.

—Tu amigo, Tom O'Malley, no dice eso. Me cuenta que tú y tu monstruo preparasteis una sorpresa para el bueno de Joe Ashcroft, y ahora se vuelve contra ti. No nos gustan las conspiraciones, estropean el buen clima entre nosotros.

—¿Te has vuelto judío, Bruto? —Y el aludido por esta acusación de ecos tan clásicos, en medio, sin unirse a las filas de nadie, respondió:

—Al tiempo que tú te convertías en un jodido traidor.

El ojo de Dick se movió, un tentáculo broncíneo y chirriante, del Bruto a Perkoff y vuelta al Bruto. Agitó su arma, rozando el suelo que humeó a su contacto, la boca torcida en una mueca rabiosa.

Hijo de puta —estalló y miró hacia el Tigre—. Judío asqueroso, si tramas algo acabarás enterrado aquí mismo. —Perkoff sonrió.

Dick, dicen que ese ojo tuyo puede ver el futuro. ¿Te ves en ese futuro con cuello o sin él?

—¡Cárgatelo, Dick! —gritó el Dandi.

—¡Acabemos con esos rabinos! ¡Les doblamos en número o más! —coreó Taggart.

—¿Es que estáis locos? —dijo el Bruto—. ¿No recordáis que casi acaba con todos nosotros en la pelea contra los de Dover? Y todo por mezquina codicia.

—¡Es falso! —gritó Un Ojo, la calma ya perdida—. Siempre he sido leal a Joe, y cuando vuelva...

—Y una mierda. —Una ráfaga de disparos hizo agacharse a todos. Dos lápidas y una efigie saltaron desechas en esquirlas. Era Moses, que había lanzado una descarga disuasoria. Quedó en pie rodeado de las humeantes seis bocas de su ametralladora. Hecho el silencio, su jefe habló.

—Afirmas que eres inocente, bien, pues nada debes temer, que hable ese y diga lo que tiene que decir.

—¿Y a ti qué te viene en esto? Te has dejado embaucar por el Bruto, que solo quiere quitarme el mando. Yo jamás traicioné a nadie. —Al menos a Joe Ashcroft no, todo fue invención mía. Que acertara en algo, por pura intuición, no digo yo que no, pero desde luego no formé parte de confabulación alguna.

—No vamos a rendir cuenta ante unos judíos —dijo Dandi—. ¿Quién demonios os ha invitado a meteros donde nadie os quiere?

—Respetábamos a Joe.

—Nos vamos —sentenció Dick.

—Tú no te mueves de aquí —dijo el Bruto, y las armas brillaron de nuevo—. Deja que Ray hable, ¿qué miedo tienes? —Yo sí que tenía miedo, ¿qué podía decir?

—Déjale hablar —dijo Perkoft.

—Sí, Dick, deja que hable. —Era Collins. Su palabra acalló a todos con tanta fuerza como el fuego de Moses—. A mí me gustaría oír lo que tiene que decir. —Ahí estaba, la mano ganadora en el arriesgado juego del Bruto O'Malley. Si la duda crecía entre los del Green Gate Gang, entre gente de «prestigio» como Collins, su batalla estaba ganada, pues aunque la conspiración no existiera, otras si habría, que la rivalidad entre Dick y Joe era conocida. Un Ojo resopló, maldijo a su progenie y avanzó hacia mí, rugiendo.

—Muy bien, monstruo, ven aquí y di lo que tengas que decir. —Me arrebató de la custodia de Dandi y me sacó al centro, acercándose la vara ardiente lo suficiente para sentir su calor—. Miente, y dejaré más marcas en ese cuerpo deforme tuyo.

Quedé en medio, rodeado de tumbas y de mis antiguos camaradas, que ya ninguna simpatía me tenían cuando formaba filas junto a ellos. El Bruto, cubriéndose con su abrigo, se acercó dispuesto a dirigir el interrogatorio. Alguien nos interrumpió.

—Un momento. —Era el hombre bajo el paraguas, el que no compartía los colores de la banda. Salió a la luz, iba muy elegante, chaleco de terciopelo estampado sobre el que lucía una gruesa cadena dorada, levita negra sombrero grande y botines de piqué, algo enlodados ahora. Salió de debajo del paraguas, y mostró su cara adornada por unas cuidadas patillas—. ¿Ray? Que me lleven los demonios del mar...

¿eres Ray... mi Ray?

Efrain Pottsdale. Más cuidado, más limpio y sobrio, con más años y más kilos, allí estaba, plantado ante mí, vivo. Giró para mirar con pasmo y complicidad al suspiro humano que portaba el paraguas que, como ustedes habrán imaginado, no era otro que mi viejo y escurrido compañero de ferias y celdas: Burney, el Hombre Esqueleto.

—¿Le conoces? —preguntó Perkoff.

—Esto lo cambia todo. —Potts sonrió—. Burney me dijo que se topó contigo cuando ambos estabais... acogidos por la gracia de su Majestad, y no le hice caso. Esto lo hace mucho más interesante, ¿verdad, Ray?

Todos estaban confundidos, a excepción de Potts, el Esqueleto, y el jefe de los Tigres de Besarabia. Dick, molesto al verse excluido del centro de la acción, agitó su vara para hacerse ver. Perkoff dijo:

—Nos lo llevamos.

—¿Qué?—preguntaron al unísono O'Malley y Dick.

—A vuestro Ray. Se viene con nosotros. Creo que tiene información que aportar sobre el asunto que nos ocupa, y con vosotros no sobrevivirá. Necesita el arbitrio de un bando imparcial...

—Ni lo sueñes.

—No saldrá de aquí sin hablar —dijo Collins apoyando a su jefe, por sus propios motivos. Todos se prepararon para la pelea, los flejes y muelles chasquearon aquí y allá, la presión de los aparatos de vapor ascendió, traqueteando y bufando entre las tumbas. Moses echó atrás la mano y accionó el cargador de su enorme joroba, el arnés donde descasaba su arma.

—Por favor —dijo Perkoff—. ¿Vamos a empezar a matarnos aquí, ahora? —Nadie se movía, se requiere mucha decisión, o mucha ira, para ser el primero en iniciar una matanza. El judío hizo un gesto y el Bruto se adelantó a obedecerle, sabía que había perdido su sitio en el Green Gang. Fue hacia mí, me cogió del brazo y me llevó hacia los Tigres.

—¡No! —gritó Collins, y un hombre de su lado, el fiel Taggart, salió renqueando hacia el Bruto, martillo en mano. Kid McCoy se adelantó a todos con dos zancadas, su brazo hizo un sonido extraño y metálico al encajarse, y luego, con un gesto lo soltó. El puño acerado voló, apenas pude verlo hasta que se estrelló en la cara de Taggart, que cayó sin cabeza; su cara había quedado impresa en el guantelete de McCoy.

Moses volvió a abrir fuego sobre las tumbas, y un Tigre de piernas de dos metros se alzó en toda su altura acompañado de un zumbido eléctrico y lanzó como quien siembra trigo una decena de bombas aquí y allá, desde su ahora enorme altura, que estallaron dejando paso a la espesa niebla que les había traído. El Green Gate no tuvo

tiempo de reaccionar; cuando quisieron hacer algo, ya no estábamos. Corriendo entre la niebla, protegidos por el fuego graneado de Max Moses, salimos de allí los Tigres de Besarabia, el Bruto, Potts, Burney y un servidor, yendo a un destino incierto.

No hubo persecución en sentido estricto, imagino que el Green Gate Gang tenía muchas cosas que aclarar antes de lanzarse a una guerra entre bandas que no podía acabar bien ganara quien ganase. Salimos de Gibraltar Row, y caminamos mucho y rápido. Fuimos hacia Aldgate, en terreno controlado por los Tigres, atravesando la ciudad en volandas, conducido por esos iracundos hijos de Sión. No puedo precisar mi estado de ánimo, el toparme con Potts, tantos años después, había saturado mi capacidad de sorpresa, y mi medio cerebro se limitó a desconectarse, y a atender las tareas primarias que aseguraban mi subsistencia, sin reflexionar en nada.

Acabé encerrado en la trastienda de un comercio de objetos religiosos judíos, sin que en ningún momento hubiera ofrecido resistencia a mi captura, si es que esto se trataba de un rapto. Allí, solo entre bonitos *téfilin*, pergaminos *mezuzá*, varias *kipá*, candelabros de muchos brazos y toda la parafernalia judaizante, empecé a pensar en lo que podía depararme el inminente futuro, y en los acontecimientos que acababan de ocurrir. Era el *casus belli* en medio de una conspiración de bandas de delincuentes violentas, situación que podía ser bien empleada por alguien con más recursos que yo. Siendo quien era, solo me queda aguardar a que escampara, y seguramente morir en la espera. Por si fuera poco, ¿qué hacía aquí Potts? Estaba junto a Burney. ¿Seguiría con su circo de monstruosidades, o solo el Esqueleto estaba con él? Siempre había pensado que su vida había terminado el día en que Tomkins y sus hombres atacaron a la feria de monstruos en Millwall, está claro que era más un deseo que una convicción, si lo atraparon, lo dejaron ir o escapó, nada sabía. Más adelante supe que Potts había pasado todo este tiempo sin salir de Londres, suerte que yo no permanecí mucho por la ciudad, aunque había estado el pasado año y no lo vi, qué extraño. Si seguía moviéndose por los ambientes que solía frecuentar, y eso indicaba su amistad con los Tigres, teníamos que habernos encontrado por fuerza. Sin embargo, su ropa, su aspecto respetable...

No tuve tiempo a elucubrar más, la puerta se abrió y entraron el propio Potts, Burney, quién parecía haberse convertido en su muy enjuta sombra, y acompañándolos el amenazador Moses, esta vez sin su arnés ametrallador atado a la espalda. Potts sonrió, cogió un taburete y se sentó frente a mí, que ya estaba en otro.

—Qué extraña es la vida, ¿no crees Ray? Hacía años que no pensaba en ti, y caes del cielo cuando más se te necesita. Dime, ¿cómo te ha ido? —Encogí los hombros por toda respuesta. Me daba rabia sentir ese repentino miedo ante su presencia, como si todo el tiempo pasado desde que dejara de exhibir mis deformidades hubiera desaparecido—. ¿No estás contento de que nos hayamos vuelto a ver? —Otro encogimiento—. Pues yo sí, me alegro que uno de mis hijos haya medrado, y se haya

hecho un hombretón. ¿Ves Burney?, él y tú siempre fuisteis los más fieles, los mejores, a los que más quise. Ahora os tengo juntos, otra vez los tres unidos, los viejos camaradas. ¿De dónde has sacado esas ropas, viejo Ray? Ya, no quieres hablar, la emoción de nuestro encuentro te deja sin voz... o no, ya recuerdo. Siempre has hablado como un imbécil, y prefieres callar. No hace falta que digas nada. —Se levantó y caminó por la habitación.

—Debieras estar contento, este encuentro puede cambiar tu vida. Siempre he cuidado de mis niños, puedo ocuparme de ti como lo hice de Burney, si te portas como un buen amigo. ¿No estás harto de que se t... t... te burlen en la cara? —Se rió de su mala imitación de mí, y señaló al Esqueleto, quién alzó el rostro bajo el sombrero. Seguía tan calvo y tan cadavérico como lo recordaba, si no más, pero había algo en su mirada, algo que hacía que su faz fuera aún más parecida a la de la parca de lo que lo era hace años. No estaba seguro si era defecto de mi mermada visión, pero sus ojos eran cuencas vacías—. Contéstame solo a una pregunta, ¿te acuerdas de aquel señor que se portó tan bien contigo, lord Dembow? —Y a partir de aquí me explicaron con claridad lo que iba a ser de mí. Mi vida dependía de cómo obrara: si hacía lo que ellos querían, viviría, incluso estaban dispuestos a darme dinero y ayudarme a desaparecer de Londres, del maldito Reino Unido si quería y volver a América. Si no, se limitarían a devolverme al Green Gate Gang. ¿Cuánto tiempo iba a tardar Dick Un Ojo en hacerme desaparecer de Londres, de un modo muy distinto?

¿Y qué es lo que querían los Tigres judíos que hiciera por ellos? Potts me lo explicó, sentado a mi lado, hablándome despacio y muy bajo al oído, mientras acariciaba mi cráneo.

—Esos señorones son amigos tuyos, seguro que se acuerdan de ti, sí, no lo niegues Ray, y tendrán muy buen recuerdo tuyo. Ve a verlos, habla con ellos, quiero que averigües dónde tienen cierta cosa que me pertenece, y que me la traigas; así de sencillo.

—¿T... t... tengo que rrr.... rrrr... robarles?

—Me temo que si se lo pidieras de buenas formas no te lo darían. Ten en cuenta que los ladrones son ellos, sí Ray, todo el mundo roba, y los de posiciones más acomodadas en mayor medida.

Lo que tenía que sacar de casa de lord Dembow no parecía un objeto de valor, no al menos lo que yo tenía entendido como algo de valor. Eran un cachivache metálico y no muy grande que... imposible que con una descripción, por precisa que fuere, pudiera yo identificar el objeto en cuestión, así que me dieron un dibujo. No un dibujo cualquiera, era un plano. El cacharro era un cilindro... no, más bien como un pequeño huso o un cono truncado, lleno de rayas o perforaciones, y unido a un complejo sistema de ejes y ruedas. Todo eso me recordó a la maquinaria de la que hablaba Torres, a sus farthings y sus autómatas. ¿Querían que robara maquinaria de

relojería, partes de autómatas de Forlornhope? ¿Pottsdale de nuevo involucrado de forma extraña o tangencial con aquel Ajedrecista y el mundo tecnológico que había detrás?

—N... no —dije, no a menos que me aseguraran ciertas condiciones.

Pensaba en Liz, mi Liz. Ahora que había dejado allí tirados a Green Gate, cierto que no por mi voluntad, pero tales consideraciones no suelen tenerlas en cuenta criminales como estos con los que me codeaba, ahora la palabra de Dandi no valía de nada. Me dijo que la dejaría en paz si iba con ellos, y ahora no estaba con ellos. No veía qué los obligaba a cumplir. Dick Un Ojo no sería el mayor de mis admiradores, y si supiera que a través de Liz la Larga podía hacerme daño... Exigí, más bien supliqué entre tartamudeos que protegieran a Liz. Si no, si permitían que el Green Gate Gang pusiera un dedo sobre ella, no obtendrían nada de mí. Debí ser elocuente, porque Potts se sentó a mi lado y me rodeó con gesto paternal los hombros, antes de decir:

—Ray, viejo amigo, quieres a esa mujer, ¿verdad? —Claro que había burla en sus palabras, aunque su tono fuera el más amable y comprensivo que hubiera oído nunca. Su mofa era aún más hiriente que la de unas ratas como Will y Dandi, en esta había una crueldad atroz—. Pues no se hable más, claro que pediré a mis amigos que vigilen a tu amor, claro que sí... ¿verdad que lo haremos Burney?

Inseguro de lo que significaban sus palabras e incapaz de hacer nada más por Liz, acepté el trato. Me dijeron que fuera a Forlornhope, a pedir ayuda, ya había ido en otra ocasión en busca de trabajo aunque no lo supieran, con esa excusa tal vez pudiera registrar parte de la casa y encontrar el artefacto tan codiciado por la banda de maleantes. Era difícil que pudiera hallarlo en una primera visita, parece que tal cachivache era atesorado con celo, insistieron por ello en que debía ser discreto y hacerme un habitual entre ellos. Me pareció un sinsentido, ya había estado al servicio de los negocios del lord, y nunca tuve acceso a ninguna información intima o especial, a un tipo como yo no se le hacían confidencias; nada dije. Me aseguraron que tendría sustento y acomodo entre mis nuevos amigos judíos; a dónde acaba llegando uno...

—Y no me engañes, Ray —continuaba Potts con su perorata acusadora y sus ojos llenos de falsa pesadumbre—. Otra traición tuya... y no lo soportaría. La última casi me mata, ¿no digo la verdad, Burney?

El aludido, allí en pie, con su largo abrigo hasta los pies y su sombrero de ala ancha, que no conferían más sustancia a su melifluo cuerpo, sonreía en silencio.

—Burney te seguirá. ¿Recuerdas lo bueno que era entonces siguiendo a la gente?, ahora lo es más. Él esperará a que obtengas eso que queremos, y a él se lo darás.

Con estas me dejaron ir al amanecer. Supuse que Burney mantendrían uno de sus ojos sin vida clavados en mis movimientos, así que era inútil tratar de escapar, y era lo que más deseaba, alejarme de Potts, no quería estar otra vez bajo su envilecida

tutela. Mi vida no dejaba de mantenerme caminando en círculos, de la miseria a la infamia. De momento me dejaron en libertad con la promesa de que en esa misma semana visitaría a lord Dembow. Pensé obedecer.

No ese día.

Por muchos esqueletos caminantes que me persiguieran, ese día no se lo dedicaría a Potts y sus amigos judíos. Ese día tenía que encontrar a Liz, asegurarme de que seguía con bien, que mi patrón, de nuevo era mi patrón, cumplía su palabra. No la encontré. Pregunté por ella en el Ten Bells y en todos los locales que conocía. Recordaba que me dijo que vivía en una de las casas comunales de la calle Dorset, temí que se tratara de Crossingham y de toparme con Donovan una vez más, así que no pregunté, me limité a permanecer por allí, por si la veía aparecer. Nada. ¡No podía ser tan difícil encontrar a una puta en el East End!

A la noche no había conseguido nada. Volví por mi habitación de dos días atrás, allí estaba, había pagado bien y el dinero se sobreponía a mi aspecto. Amaneció el viernes catorce y yo seguía preocupado por Liz. Fui al puerto, a buscar a Kidney, y no supe cómo. Nadie responde a alguien con media cara y voz temblorosa, y no tenía idea del aspecto del hombre. No podía demorar más mis obligaciones. Por la tarde fui a visitar a lord Dembow.

Me planté ante la bien conocída puerta enrejada de Forlornhope que me traía recuerdos extraños, no del todo desagradables. Estaba abierta, esa misma verja que al día siguiente sería volada durante la recepción al *premier* y otros principales. La custodiaban dos hombres que se aproximaron, educados y firmes, en cuanto me vieron aparecer por la calle. Me preguntaron qué quería sin dejar de escrutar mi persona. Era una mejora respecto a lo habitual, que hubiera sido darme algo de comida o despacharme con alguna otra caridad. Esta nueva dignidad no iba a durar mucho, mi traje limpio empezaba a no estarlo tanto, y ya tenía un rasgón en la chaqueta causado por los tirones de mis amigos del Green Gate. De todas formas, mi máscara seguía tan hermosa como recién salida de las primorosas manos de la viuda Arias. Dije mi nombre, y que quería ver al señor por un asunto importante, ya se me ocurriría el qué. Me hicieron aguardar. Uno de ellos quedó conmigo mientras el otro echaba a andar el largo paseo hasta la casona, sin prisa alguna. El tipo a mi lado no me habló, ni se dignó a mirarme, me mostraba su presencia sin más y, estaba seguro, su presencia armada.

Para mi sorpresa no hizo falta que ejercitara en nada mi imaginación anquilosada para conseguir ser atendido por alguna cara amable, pues volvió al rato largo el guardia acompañado de una señora toda vestida de negro dispuesta a atenderme.

—Lord Dembow está ocupado, le recibirá la señora De Blaise. —¿Con solo decir mi nombre era atendido? ¿Se acordaban de mí, y lo que es más, ese recuerdo no les hacía cerrar la puerta a cal y canto y llamar a la policía? En efecto, quién me hablaba,

la señorita Trent, la cocinera, ¿recuerdan?, ella parecía no tener mal recuerdo de mí —. Es usted el amigo de aquel caballero español, ¿se acuerda de mí? —Cómo no. Seguía teniendo ese aspecto dulce y triste, aunque la edad había afeado esos rasgos hermosos y altivos que tuviera en el pasado. Eso, añadido a su perpetuo luto y al total encanecimiento del cabello, le daba un cariz de abuela entrañable, aunque triste. Y no debía tener más de cincuenta años—. ¿Me hizo caso entonces? Fue a buscar trabajo a los muelles...

No respondí. Sonreí, asentí sin mucha firmeza y dejé que su hospitalidad me envolviera y condujera hacia Forlornhope. No la escuchaba, solo me bastaba oír el tono amable de la mujer, preguntándome esto y lo otro, ponderando a Torres y tal y cual. Mientras me acercaba a la mansión, miré inquieto sus viejas paredes. En algún lugar de ella se escondía el objeto que me proporcionaría la libertad por fin, la libertad del fugitivo. Ahora la veía entre las penumbras de mi ojo lloroso y parecía un monstruo aterrador, todo torres difusas, luces encendidas y una línea oscura en medio de su cara, como una sonrisa macabra.

Llegamos a la puerta con sus ocho escalones, miré hacia arriba, recordando de pronto a la muerte jardinera que viera hacía años, cuando tomé el reloj de arena roto por una regadera. No pude distinguirla. En ese momento un torrente de luz, que no de alegría, llegó en forma de Cynthia De Blaise. Hacía diez años que no la veía más que en mis sueños más tórridos, no estaba preparado para una visión como aquella. No me entretendré en describirla, porque ya lo he hecho al relatarles su reencuentro con Torres, el que tendría lugar al día siguiente, me limito a expresar las emociones que me produjo. Emoción, en singular, que no tenía yo cabeza para almacenar más de una. Tuve miedo, la belleza tan intensa, mucho mayor de la que recordaba en ella, me asustó, y olvidé el cometido que me había llegado hasta allí, casi.

—Qué alegría verle, señor Aguirre, ¿verdad Nana? —Parecía contenta de verdad, como quien encuentra a un amigo muy esperado. Verla abrazaba a su vieja nana con ternura y su sonrisa fue suficiente para hacerme olvidar a Potts, al Bruto O'Malley, a los Tigres y a mi perra vida—. Sé que está también en la ciudad su amigo don Leonardo, le veremos mañana, seguro, y estoy muy contenta por eso. Tengo un gratísimo recuerdo de ustedes...

—Vaaaamos, niña —regañó la señorita Trent.

—¿Qué...? Oh, es verdad, le tengo aquí fuera... y estos modales no hacen justicia a lo que me has enseñado. —Rió, no me acordaba de lo hermosa que era esa risa—. Ay, si mi tía pudiera ver cómo trato a los invitados... Sígame. Tiene que disculpar a mi tío, tiene una visita ahora mismo, cuestión de negocios.

Entramos en el vestíbulo principal, ahí había un caballero en pie sombrero en mano.

—Oh, este es el doctor Granville, que ha venido a visitarme, ya se marcha. —Me

lo presentó Cynthia, y el caballero, muy engolado, me ignoró.

—*Madame* De Blaise, aquí tiene: *le percuteur*. —Le entregó una caja de madera, como si entregara *Excálibur* al mismo Arturo. Cynthia la abrió, dentro había un chisme alargado y lleno de cables y engranajes—, esta maravilla tecnomecánica de mi invención le aliviará sin duda, úsela todos los días como le he indicado.

—Entonces no tengo por qué hacer más visitas a la comadrona...

—Ni a mí, a menos que se trate de una visita social, por supuesto.

—Como la de mañana, ¿le veremos por aquí doctor?

—No faltaré, *à tout à l'heure, madame* —Besó la mano de Cynthia, toco el ala de su sombrero en mi dirección y se fue andando como si desfilara.

—Señor Aguirre —se dirigió a mí Cynthia divertida y ceremoniosa tras cerrar la puerta—. No piense que me he olvidado de usted por un minuto, acompáñeme.

—¿Est... esttt... está enferm... enferma?

—¡Oh, no!, gracias por preocuparse. Algo de nervios... no es grave, no se apure. Pase aquí, seguro que tiene mucho que contarme. Me condujo a un pequeño saloncito, frente al principal—. Siéntese aquí conmigo y charlemos un rato, ¿qué ha sido de su vida todo este tiempo? Tiene un aspecto magnífico.

La habitación era pequeña y agradable, decorada con elegancia, aunque para mí no hubiera diferencia en la sencillez de aquí y los perifollos de la viuda Arias. Daba al patio de atrás por un ventanal, bajo el que había un acogedor banquillo. Allí nos sentamos, uno al lado del otro, mirando al jardín. Aquel apacible patio trasero, el mismo por el que escapara en la noche diez años antes, parecía un tanto descuidado. Había un pequeño madroño mustio, y setos de rosas medio muertas. Desde mi estancia en Okefenokee había aprendido a amar y a cuidar las plantas de la mano de Drummon, me gustaban y con los años supe de la vegetación inglesa tanto como de la de mi tierra; esas plantas estaban desatendidas por completo. Cynthia entendió mi mirada.

—Esas rosas... debiéramos arrancarlas y plantar otra cosa.

—Niña —dijo la señorita Trent que nos había acompañado hasta aquí—, sabes que no hay quien las cuide. Es mucho trabajo, mira cómo está el resto del terreno, abandonado...

—Siempre fue tan bonito...

—Niiiña —siguió la señorita Trent, haciendo gestos hacia mí con la mirada.

—Tienes razón otra vez. Disculpe mis modales, señor Aguirre, le ruego que lo achaque a la alegría por verle. Nana, ¿haces el favor de traernos algo de té para el señor Aguirre y para mí?

La señorita Trent sonrió ahora, contenta con que su querida niña, para ella siempre lo sería, cumpliera con corrección sus obligaciones de anfitriona, y luego salió dejándolos solos. Cynthia empezó a hablar sin parar. La dejé. Las buenas

personas, las escasas con las que me he cruzado, tendían a ignorar mi defecto en el habla, esperando con paciencia a que acabara mis frases, así lo hacía, o lo pretendía hacer Cynthia. Tratándose de una mujer hermosa, su corrección al tratarme me ponía aún más nervioso, y siendo ella un ángel encarnado fue consciente de mi apuro y decidió llevar las riendas de la conversación. No le era difícil, pues la extroversión era una de sus cualidades más llamativas. Me habló de su boda, de lo feliz que era ella y su esposo. Comentó, con seriedad pero sin vulgares dramatismos, el malestar de su tío y la esperanza de una mejora. Intercaló ocasionalmente alguna pregunta, que yo pudiera responder con un monosílabo. Me di cuenta por esas preguntas que no tenía idea de que hubiera trabajado para las empresas de su familia, y no le saqué de su ignorancia. Llegaron las cuestiones comprometidas, justo cuando Tomkins entró acompañado de una doncella y una bandeja con té y pastas.

—Gracias Tomkins, ya estábamos sedientos. Ya me encargo yo —dijo ella. Nos levantamos y ocupamos las butacas cercanas a una pequeña mesita, sobre la que dejó el extraño percuteur para servir el té con exquisita elegancia. Sus movimientos, el modo delicado en que ponía el plato, la tacita, la servilleta, me parecía todo de tal armonía que apenas me atrevía a respirar, por no interrumpir esa danza doméstica tan encantadora—. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Sí. —Hubiera dicho sí a cualquier cosa, es una palabra muy fácil.

—Debo tenerle mareado ya con mis historias, es que tenía muchas ganas de verle, señor Aguirre, y mucho que contar. He sido una anfitriona terrible, espero que este té me redima. Dígame, ¿cómo le va a usted?

—Bien. —Buena respuesta, simple y corta.

—¿Está ahora... con don Leonardo? —Estaba deseando preguntarme si estaba otra vez bajo la protección del español. Sabía por nuestra breve charla previa que no había salido de Inglaterra y Torres no había vuelto de su país; era consciente, como no podía ser de otra manera, de que nuestra relación no había continuado. Sin embargo, mi aparición poco después de que supieran de la llegada de Torres no parecía una casualidad. En realidad sí lo era. Lo era y no lo era, al menos no como ella imaginaba.

—Sí —mentí a la anterior pregunta.

Cynthia era muy inteligente, no una princesa victoriana encerrada en su torre de porcelana y prejuicios que la alejaban de la realidad, sabía del mundo y sus gentes, y entendía que un tipo como yo, con sus taras físicas, mentales y morales, no visitaba a nadie por cortesía. Yo había venido por algo y ella me allanó el terreno.

—Debía estar muy enfadada con usted, señor, todos estos años sin venir a vernos. Le recuerdo que tenemos una deuda, por cómo se portó con mi marido y... con mi marido y don Leonardo, pero sin su presencia nos impide poder agradecerle todo como deberíamos. Le perdono porque por fin está aquí. Si pudiera hacer algo por

usted... —Empecé a hablar, sin saber qué iba a decir. Recordé a Liz, y lo que tenía que hacer allí, e hice lo que pude, lidiando con mis terribles nervios.

—Yo... una amiga nec... nec... necesita ayu... ayu... Quiero ayu... No t... t... tengo muuuucho din... Esta rr... ropa mmm... mmm...

—Odio estas plantas —se levantó a mirar por la ventana, y yo casi tiro todo el juego de té al incorporarme—, es imposible que nada crezca bien en esta ciudad sin cuidados. La pobre Nana apenas puede hacerles caso. Seguro que a ella le alegraría ver ese jardín floreciendo... Le he visto mirarlo con ojos de buen conocedor, parece que sabe de jardinería.

—C... crecí rod... rod... rodeado de plantas. —Hablaba de mi pantano.

—¿Dónde?

—La F... Florida.

—¿En América? Tiene que ser precioso. —Asentí y ella volvió a su silla, con un brillo ilusionado en sus ojos verdes—. ¿Sabe lo que necesitamos? Un jardinero, solo para este jardincito. No sería mucho trabajo, apenas hay cuatro plantas, pero sin cuidado... todas acaban muriendo, y a mí me encantan las flores. ¿Qué le parece? Si tuviera un rato, de vez en cuando, podría pasar y atender un poquito a esas pobres abandonadas. Le pagaríamos el trabajo, por supuesto.

—¿Yo?

—Claro, si tiene tiempo.

Asentí. Quería decir que aceptaba, quería decirlo a gritos. Me sentí feliz, necesitaba ese trabajo, estar en esa casa, cerca de esa mujer. Mi cabeza empezó a correr, me vi allí, atendiendo a las plantas. Mi alegría desbocada me empujaba a imaginar más y más: tal vez me dieran una habitación, tal vez necesitaran una doncella, Liz podría...

Tomkins entró de nuevo, lord Dembow reclamaba la presencia de su sobrina. Ella se disculpó pidiéndome que esperara un minuto allí. Salieron. A solas, mis sueños fueron calmándose y dando la bienvenida a la realidad, la más reciente, la de mi misión allí. Miré por la puerta entreabierta. En el vestíbulo no había nadie, y se escuchaban voces provenientes del salón grande. La puerta de la biblioteca estaba allí al lado, ese lugar que Torres descubriera como despacho de trabajo del lord. Mi instinto para el crimen me decía que allí encontraría lo que buscaba, si es que había algo que encontrar. Entré, estaba más o menos como lo había descrito mi amigo, papeles, libros, planos... ningún artilugio mecánico, salvo un magnífico reloj de cuco en uno de los anaqueles.

Cogí planos, no sé de qué, apenas podía ver los trazos sobre el papel. Tomé los que no me parecieron ni barcos ni nada que pudiera reconocer, y los metí en mis pantalones. ¿Para qué? No lo sé, se daban un aire a lo que me mostraran los judíos, todos los planos se parecen para alguien sin instrucción alguna. Se los enseñaría a

Potts y él sabría qué hacer, o no. Daba lo mismo, iba a entrar al servicio de Forlornhope, ser jardinero de lord Dembow o mejor, de Cynthia De Blaise. Tendría muchas oportunidades de rebuscar y encontrar esos cacharros. Papeles con trazos y números serían suficiente botín para probar mi entrega a la misión.

Salí y volví a la salita pequeña sin que nadie me viera. A punto cogí un puñado de pastas y me las eché al bolsillo, las dos cucharitas de plata... cuando se es ladrón, todo lo que brilla atrae. Junto a los dulces vi el extraño *percuteur*, reposando en su estuche. Lo cogí, era un artefacto bastante grande, pero mis ropas también. Lo oculté como pude, era un aparato, ¿no? Eso era lo que había venido a buscar, con eso contentaría a Potts y a los Tigres.

Entró Tomkins.

—Señor, ¿desea algo?

—M... m... m... me voy.

El mayordomo me acompañó... a la salida principal. Ya fuera me llamó Cynthia desde la puerta abierta del salón grande, a través de la que creí ver a varias personas reunidas. Guiñé. Guiñé el ojo pero solo pude reconocer la silueta en silla de ruedas de lord Dembow. Tomkins nos dejó y ella se acercó a mí.

—Siento no haber podido... atenderle...

—No s... s... —Me encogí de hombros.

—¿Se tiene que ir? Bien, espero verle mañana. —Yo pensé que... que se refería a que al día siguiente iniciaría mi trabajo de jardinería, y cobraría mi jornal del que por cierto no habíamos hablado. Lo cierto es que Cynthia se refería a la invitación a comer que hiciera a Torres para ese sábado, ella suponía que yo también acudiría.

Me fui a paso vivo.

Recorrer a trote el bosquecillo...

... el patio y ser abordado por alguien fue todo a un tiempo. Una mano me cogió por la nuca y me lanzó contra un roble. Tenía que ser muy bueno para acercarse hasta mí sin que lo oyera, aunque lo hizo por mi lado derecho. Me di de morros e ignoré el dolor, media vuelta y de un golpe tiré a mi agresor contra el suelo. Era Tomkins... había... había salido ligero tras de mí en cuanto me dejó con su ama. Daría la vuelta por una puerta trasera para atraparme sin que su... mi... su señora lo viera. Me dispuse a encararme, cuando sacó el revólver.

El revólver.

El revólver. Yo quedé quieto. Tomkins miró a los lados, solo una par de criados a lo lejos entre los árboles desnudos, que nos ignoraron.

Dame eso que has cogido —dijo, manteniendo la pistola baja. Le di los papeles, y el par de cucharillas, nada más—. No quiero problemas contigo... Si la señora quiere desperdiciar su buen corazón en gentuza como tú, sea, pero mantendré un ojo siempre sobre ti. —Gruñí desafiante por toda respuesta—. No te confíes, no creas que ella te

ayudara. No serías el primero que se ha enfrentado a mí y que ha acabado en el río.

En el río.

Se fue con el mismo andar rápido con que había venido... Yo estaba enfadado, no sé por qué, no estaba seguro.... Tampoco... tengo idea de por qué me quedé con el aparato del doctor Granville, así salvaba mi orgullo al ser capaz de escamotear algo de la casa y de la mirada de sabueso de Tomkins, esa razón... esa razón es tan válida como cualquier otra. Me dirigí al camino que llevaba a la salida, sacudiendo mi ropa maltrecha. Allí... ya llegaba un coche a recoger a los invitados de lord Dembow. Lo que vi... lo que vi... fue más de lo que debiera haber visto. El lord desp... despedía a sus invitados a la puerta, en su silla de ruedas, su trono traqueteante, acompañado por De Blaise y su querida esposa. Reconocí al caballero de aspecto noble y severo que se marchó en un coche en compañía de otro más joven. Mi maldito ojo muerto...

Era Henry Matthews... Secretario de Estado...

Cabeza del Home Office...

____ 27 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Domingo por la noche

—Es cierto. Es Raimundo Thelonious Aguirre.

—¿Cómo...? Ha enloquecido. —Alto se frota su mentón sin afeitar— . ¿Tiene idea de lo que supone esa afirmación? Es... me va a disculpar pero es una tontería, por Dios, somos hombres cultos...

—Entiendo. —Acaban de abandonar a Aguirre, y como de costumbre Celador está ocupado acostando al viejo para la noche—. No digo que exista Aguirre, que es testigo de asesinatos y de Ajedrecista, no. Es posible que sea un invento para... excitar la curiosidad nuestra. Digo que no hablamos con una... un engaño de nuestro carcelero, de Solera o quien mande aquí.

—¿Por la prueba de su nota? ¿Por eso lo dice? Sí, cierto, sabía cuándo se la dio...

—Usted y yo comprobamos que el celador no puede vernos en ese momento, aunque la encontrara luego, no puede saber el momento que se la di.

—A menos que se lo preguntara y Aguirre se lo dijera.

—En ese caso lo tuvo que decir, me da usted la razón. —Alto abre la boca... y vuelve a cerrar. Suspira, anda nervioso.

—¿Y dónde nos sitúa todo eso?

—En una locura, una alucinación que no es parte de nuestra... ena... locura...

—Enajenación.

—Eso, enajenación. Es real, estoy seguro.

—¿Qué propone?

—Ehhh... —Lento se encoge de hombros—. Seguir igual. Intentar desenliar la mareja...

—Madeja.

—La madeja. Asegurarnos de seguir vivos. —Palmea la pistola en su bolsillo.

—No sé si podremos. Tan absurdo es lo que vemos como lo que oímos. ¿Qué hace el señor Matthews saliendo de casa de lord Dembow?

—Ya nos dijo que fue a la fiesta del sábado...

Por eso, ¿por qué estaba la tarde anterior? Sí, sé que me va a decir que Dembow es un personaje relevante, con contactos políticos y... ¿no le da la sensación de que van a meternos ahora en una conspiración gubernamental...? Usted es el entendido, pero lo creo muy pueril.

—¿Pueril?

—Muy tonto... muy forzado.

—Lo es, estamos ahogados conspiratorias absurdas. No sé. Pienso que no es esencial cómo, «por qué» es lo importante. Por qué nos han metido en esto, a nosotros, para qué. —Oyen como Celador termina, y se acerca—. Hable con detective, busque datos de Aguirre, de Solera; quieren algo, y aún no sé.

Aparece Celador secándose las manos con un trapo y sonriendo. Con un gesto hace que los dos lo sigan pasillo arriba.

—Señor —se dirige a Lento—, hoy gozaremos de su compañía esta noche, ¿no?

—Sí.

Suben dos pisos, allí llegan a la celda que ocupan, noche uno, noche el otro.

—Buenas noches —dice el Celador—. He dejado agua y algo de fruta, no pueden quejarse del servicio. Ahora acompañaré a su amigo a la salida. Hasta mañana.

Se despiden y Lento queda solo.

No hay nada que hacer entre esas cuatro paredes, sin ventana a la calle. La luz del cabo de una vela es triste compañía, y no hay otra. Come la manzana que reposa junto a la jarra con agua. Mira las cajas apiladas, llenas de papeles amarilleando. Toma un librillo, un capítulo más...

____ 28 ____

Lee Lento

El 13er trabajo de Heracles por
M. R. William

Capítulo 29: El esperado cumpleaños de Camille

Dos semanas antes del tan aguardado acontecimiento: el décimo sexto aniversario de la hija del conde, Jim decidió hablar con su padre. Sentía que era esencial conseguir, no solo la aprobación del severo profesor Billingam, también su comprensión y sus buenos deseos. Quería mucho a su padre, pero bien sabía que el amor paterno-filial entre varones está siempre constreñido, encorsetado, velado por una mordaza de virilidad y dignidad que impide que los sentimientos, erróneamente considerados propios de féminas, se desborden. Por si fuera poco, la sal en la herida de su incomunicación llegó en forma de funesta revelación.

—Jim, me muero.

Lo dijo sin prologo alguno, con la frialdad de quien habla del tiempo, del buen tiempo. Luego apuró su copa, sentado en su despacho, rodeado de libros, papeles y toda una vida de docencia, que ya concluía.

—Qué está diciendo, señor. Goza usted de excelente salud.

—No te fíes de mi aspecto.

—No...

—El doctor ha sido categórico al respecto.

—Entonces... ¿va a morir?

—Sí.

—Es imposible.

—No hay tiempo para sensiblerías. No es el mejor momento para dejarte, lo sé, eres joven. Sin embargo...

—Pero ¿qué enfermedad...?

—Eso no viene al caso. Un mal que me apartará de este mundo y de los que quiero en el plazo de menos de un año. Todos los que realmente aprecio se reducen a ti.

—Padre...

—Creo que te he proporcionado una buena educación, mucho mejor que la que el dinero de que disponía te hubiera procurado. Fue una aventura arriesgada el llegar a esta casa, al servicio del conde, pero creo que al final no pudo ser más venturosa. Por eso, y con independencia a otros bienes que te legue...

—Señor, no quiero hablar de ese asunto, no sin antes intentar...

—No he hecho de ti un pusilánime, Jim. Has de afrontar todas las circunstancias que la vida te presente con cordura y serenidad. Esto es un trance más, triste, no voy a ocultarlo, pero uno por el que todos pasamos. Así que ahora escúchame con más atención de lo que lo has hecho nunca. Debes permanecer junto al conde de Gondrin por siempre. Sé que él te aprecia, de modo idéntico a como lo hace su hijo, y su protector abrazo nos ha procurado estabilidad y creo que en tu caso, hasta un considerable grado de felicidad, ¿es correcto?

—Sin duda, señor —Jim no podía negar la felicidad encontrada, aunque cierta soberbia le impelía a alejarla de su mente, frente a la furia, el miedo y otras emociones igualmente intensas que habían llenado sus días en la casa. Era feliz, y tal vez por esa felicidad debía marchar—, pero debo...

—Déjame acabar. He visto cómo miras a Camille, y cómo ella recibe tus miradas. La amas.

—En absoluto, señor. —Jim enrojeció—. La desprecio, tanto o más que ella a mí.

—Sí, sí... amores juveniles. Aún confundes amor y odio, pues son sentimientos demasiado profundos para que un alma joven los domine.

—Es la persona más cruel que conozco.

—Puede, pero tú la amas. No, no me tengas miedo a mí, apruebo ese amor. Sería feliz... soy feliz en saber que cuando me vaya, tú podrás colmarlo junto a la hija del conde. Sí, Jim. Deja que el tiempo madure vuestros sentimientos, ella aceptará tus requerimientos de matrimonio, cuando sea oportuno que los hagas, estoy seguro.

—Deliráis, señor.

—Haz caso a la edad, hijo.

—Pero el conde...

—Accederá.

—No trato de ofender vuestra sabiduría, pero el conde no podría considerarme digno de su «preciosa» hija ni aunque mi cuna fuera diez veces más alta y dispusiéramos de fortunas ilimitadas...

—Te equivocas. Sé que te tiene en muy alta estima...

—Un criado, poco más.

—¿Por qué dices eso?

Porque lo dice su maldito hijo, y lo que uno piensa lo piensa el otro...

—Hazme caso y deja ya de protestar. No son más que pucheros de niño. Quédate junto a ellos y...

—No padre, he decidió alistarme en el ejército.

____ 29 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Domingo, lo que se tarda en leer dos páginas después

—Dios mío... —Lento cierra el librillo y sigue murmurando—: Vete a la guerra, vuelve hecho un héroe, la niña se habrá casado con un villano... vamos Jim, tú también tienes que haberlo leído antes. —Se ríe, coge un par de folletos más y revuelve cartas y papeles—. Señor William, ¿llegó a vender algo de esta basura?

Un ruido.

Las noches allí siempre están llenas de ruidos. Este es diferente. Tanto que con cierta agitación al respirar, Lento apila las cajas contra la puerta de la alcoba, como hiciera Alto. Muchas cajas. Todas.

Una vez emparedado tras las pilas de papeles, sin resuello, escucha.

Nada.

La noche y los insectos.

—Mierda...

Mira los capítulos del libro arrojados al suelo, desparramados en el esfuerzo de bloquear el acceso a cualquier peligro. Papeles, cartas que conoce bien... curiosea...

—Dios mío... —susurra. Hay piezas únicas que se tenía por extraviadas. Coge alguna, la acaricia, la lee con veneración... la primera carta, la del veintiocho:

Sep 24 1888

Estimado Señor:

No quiero resignarme al hecho de que vivo en la miseria con una pesadilla yo soy el hombre que ha cometido todos esos asesinatos de los últimos seis meses y mi nombre es...

—Increíble... —Toma el bastón de Abberline. Se levanta sin soltar la carta, apoyándose con suavidad en la elegante vara de madera, disfrutando de su solidez—. Sí... ¿Por qué? Con todo esto... —Sigue leyendo:

He encontrado a la mujer que quería que es chapman y le he hecho lo que yo llamo desplazarla pero si cualquiera viene a buscarme me rendiré aunque no voy a ir andando a la comisaría yo mismo así que quedo vuestro servidor...

Deja la carta. Coge otra más... y otra que ha quedado entre las hojas de un capítulo de la novela. Lo abre. Lee.

____ 30 ____

Lee Lento

El 13er trabajo de Heracles por
M. R. William

Capítulo 13: Los experimentos de Louis Faubert

Para Jim ya era evidente, tras cuatro años en Château Ravin, que sus protestas respecto a las crueldades de Camille para con su persona nunca iban a ser oídas por su padre. No entendía ese odio, debía de haber algo en él que impulsaba a la muchacha a verter sobre su persona toda la maledicencia de que era capaz y esa maldad era mucha. Más confundido que enfadado, recurrió a Louis, su condiscípulo y ya amigo.

—Jim, eres demasiado joven —dijo mientras ambos miraban pensativos al furioso mar, a través del balcón de lo más alto de la Tour Isolée—, y me temo que no sabes nada de mujeres. —Louis tenía a lo sumo dos años más que Jim, incluso menos, pese a su hábito de vestir ropas oscuras y sobrias que le conferían mayor edad, y desde luego su vida monacal, allí encerrado en esa torre desde pocas horas después de su nacimiento, no le confería una mayor experiencia en nada, y menos que en nada en mujeres, género cuyo contacto con él se había limitado a su madre y hermana. Sin embargo, Jim le dejó hablar. Ya estaba habituado al modo soberbio de proceder de Louis, como si su saber del mundo, extraído por completo de viejos y apolillados tomos de rancio saber, le procurara más conocimientos que cualquiera que le pudiera ofrecer el inhóspito exterior. Recordaba con claridad las crípticas palabras del conde, su padre, al respecto, cuando él preguntó.

—¿Acaso Louis...? Perdón; ¿el barón de Montrevere... padece alguna enfermedad?

—En absoluto, señor Billingam, goza de excelente salud. Es el mundo quien está enfermo.

Desde ese día, la cuestión del aislamiento del barón no se comentaba, salvo en la intimidad, con su padre.

—Extrañas costumbres tienen las viejas familias —decía el profesor Billingam—, costumbres que debemos respetar, en tanto sean acordes con la ley de Dios y de los hombres.

Así que Jim escuchaba los consejos de Louis como si de un hermano mayor muy vivido viniera, aunque en su fuero interno, su espíritu inquisitivo se cuestionaba todo.

Bien, pues dímelo tú —continuaba en esa ocasión, frente al rugiente mar que era

un reflejo perfecto de su ánimo—. ¿Por qué me odia tanto Camille? ¿En qué he podido faltarle?

—No es odio, querido amigo, sino desprecio.

—¿Desprecio?

—Desprecio.

—No entiendo...

—No has de tenérselo en cuenta. Mi hermana ha sido educada como corresponde a una señorita de su rango, y a ti te considera inferior. Lo eres, y en ello no hay desdoro alguno, que el orden social es como es en los tiempos que nos toca vivir. Pero la voluntad de mi padre y nuestra amistad, fuerzan tu presencia ante ella casi como la de un igual, y eso la irrita y la molesta.

—Nunca he pretendido...

—No es mujer para ti, Jim. No me malinterpretes. Eres la persona más cercana a mi corazón, y te considero el hombre más honesto, cabal y digno de admiración de cuantos he conocido. —Es decir, de entre su padre, el de Jim, el propio Jim y una veintena de personal del servicio, con los que apenas tenía conversación alguna—. Serías el compañero perfecto para cualquier mujer, incluido alguien de carácter tan indómito como mi hermana, pero el veneno de la educación rígida y absurda que ha recibido no saldrá nunca de su pecho. Para ella eres menos que nada. Encontrará algún pisaverde pedante y vacuo que satisfará a la perfección las exigencias de su fatuo espíritu. Por otro lado, la oposición de mi padre es indudable.

—Eso último lo daba por supuesto. Además, me bastaba con preguntarte a ti, ambos sois siempre de la misma opinión.

—¿Te molesta que respete el juicio de mi padre?

—Todo lo contrario. Me consta que el conde es un hombre cuya opinión se ha de tener en cuenta, y yo la sigo tanto como tú, Louis, te lo aseguro. Ese no es el tema... yo jamás he albergado sentimiento alguno hacia tu hermana.

—¿Seguro?

—Seguro —mintió. En el momento de pronunciar esa sentencia, Jim sintió algo revolverse en su interior, y por primera vez intuyó lo profundo de ciertas pasiones que creía conocer. Supo que esa rabia y ese odio eran otra cosa. Y tuvo miedo, miedo de lo que significaba, fue dolorosamente consciente de su posición y del futuro de tristezas que le aguardaba si fomentaba tales sentimientos.

Todas las discusiones, las peleas, el buscarse uno al otro para quedar por encima en una absurda contienda de orgullos sostenida durante cuatro años... todo cobró entonces un fatídico destino, todo quedó definido en una palabra que Jim se resistió, no solo a pronunciar, a pensar en ella.

—Olvídate de todo. —Agradeció que su amigo interrumpiera la temida corriente por la que discurrían ya desbocados sus pensamientos. Sospecho que a ambos nos

aguardan las soledades de los espíritus inquietos. Eso era impensable para Jim, cuyo corazón ansiaba de forma desmedida atrapar dentro de él todo lo hermoso y vibrante del mundo al que solo se había asomado a través de tantos libros leídos. Deseaba la aventura, la emoción, la vida que podía ofrecerle el exterior. Poseedor de ese irredento espíritu aventurero que tanto trataba de dominar su padre, no anhelaba el sosiego de formar una familia, no sin ver antes al menos la mitad de todo el mundo. En cuanto a su amigo... el heredero del conde de Gondrin, último vástago de tan antiguo linaje, no iba a quedar célibe—. Ahora empiezo a sentir frío aquí fuera. ¿Qué estábamos leyendo...? Sí, discutíamos sobre los escritos de Fabriccio de Megara. Tú sostenías...

—Tu padre me ha pedido que juguemos una partida de ajedrez.

—Oh... —Entraron en el estudio. Ese lugar, calentado por la enorme chimenea, era tan acogedor ya para Jjm, tras tantos años pasados allí entre libros y papeles, que sus temores se desvanecieron al olor de los viejos aromas familiares—. ¿Ahora? Pues te esperaré cuando acabes...

—No. Es contigo. Con el conde ya estoy jugando otra. Quiere que juegue partidas paralelas con ambos.

—Entiendo. —Louis pareció consternado.

—¿Tienes miedo?

—¿De jugar contigo? —La sonrisa en su rostro desvaneció los nubarrones que por un momento se posaron en su frente—. Vamos, Jim. Eres inteligente, pero algo impetuoso. No eres rival para mí.

—Entonces...

—Adelante, cuando desees. Y espero que la apuesta sea a tenor del reto.

—No puedo competir contigo por dinero...

Me ofendes si piensas que una apuesta en metal puede interesarme. Vamos. —Se acercaron al viejo tablero de ajedrez—. Si ganas accederé a hacer cualquier cosa que me pidas, cualquiera. Otro tanto ocurrirá si soy yo el vencedor, situación ineludible, por cierto.

—Eso lo veremos. La fanfarronería te pierde, Louis.

—Y a ti tu propia sobreestimación. ¿Aceptas el reto?

—Jamás rechacé uno.

—Bien, pues a la palestra. —Se sentaron enfrentados, como caballeros armados en la lid—. ¿Blancas o negras? —Vuestro padre ha elegido por ambos.

____ 31 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Lunes de madrugada

Hace diez minutos que la respiración de Lento ha tomado una cadencia relajada, constante. Sus ojos cerrados, la cabeza apoyada en la pared, sentado en el sucio jergón. El folleto que reposa entre sus manos está ya medio cerrado va resbalándose, hasta que cae.

Lento despierta. Sobresaltado.

La vela dejó de lucir hace tiempo. Enciende otra. Se despereza. Mira los papeles que han caído de sus manos.

—¿Ajedrez...?

Se levanta y sale a los pasillos, a la oscuridad. Baja al piso de Aguirre. Demasiadas horas sin hacer nada, con la noción del tiempo trastocada, eso cambia el ánimo de los hombres, modifica su valor, su paciencia.

Llega ya sin dudar a la habitación de Aguirre, una gruesa cadena roñosa y un candado la cierra. Gruñe, incómodo, enojado. Si tuviera luz, podría tratar de forzar la cerradura. Ha dejado las velas en su alcoba, y opta por golpearla con su arma, de la que no se separa. El ruido, que no produce eco, suena irreverente en el reino del silencio y la suciedad. No podrá romperlo. Palpa la cerradura, con cuidado apunta con el revólver, si disparara ahora, se volaría la mano. Un ruido a su espalda.

—No van a dejarme una noche tranquilo, ¿verdad? —Es la voz de Celador. Lento da la vuelta y apunta con su arma a la oscuridad. Una luz repentina lo alumbra, una sombra se ve a la entrada del corredor techado en medio punto que lleva hasta la puerta de Aguirre. En la mano lleva algo, no es la escopeta—. ¿Qué hace con esa arma? ¿Cómo se le ocurre traer un revólver aquí?

—No se acerque o disparo, no es amenaza. Deme llaves de candado.

—Claro que no me acercaré, yo no. —Se echa a un lado, desaparece la luz. Medio minuto después llega la música. Música dulce de concertina. Los pasos del oso retumban.

—¿Qué está haciendo? ¡Voy a disparar! —Un rugido afónico. El oso suena extraño, y cercano. La música aumenta de velocidad. Siente la presencia al fondo del pasillo, todo está oscuro, y aun así nota que el animal ocupa el espacio entero, de techo a suelo.

Otro gruñido, y oye a la bestia correr hacia él, al compás de la melodía. Dispara. Una vez, otra, otra más. A cada fogonazo puede ver la monstruosa criatura abriendo sus fauces, voraz. Es imposible fallar, y el animal ni se queja de los impactos.

Al tercer disparo ve que al oso le falta la parte izquierda del torso, allí puede vislumbrar sus vísceras al aire. Extrañas, frías, agitándose y resoplando, escupiendo humores oleaginosos, decididas a impulsar al animal muerto hacia él, hasta arrollarlo.

Al cuarto, un zarpazo le arrebata el arma. Luego, solo es necesario otro más, y la oscuridad, el miedo y el dolor desaparecen, junto al resto de las cosas.

____ 32 ____

Dios no se fía de los británicos a oscuras

Martes

¿Su amigo ya se ha cansado de mis historias? Oh... cuánto lo lamento. Si usted no se encuentra... podemos posponerlo, a fin de cuentas yo no me voy a mover y tal vez prefiera... ¿Sí?, como desee. Entonces volvemos a... ¿eh...? No, ya está bien de hablar de mí y mis hurtos en Forlornhope. Retomemos la parte interesante de la historia.

He aquí que todo el mundo quería ver a Torres, ¿por qué? El tendía a pensar, y no voy a ser yo el que le contradiga, que apareció en el momento menos apropiado en medio de aquel nudo gordiano, o en el más apropiado. Era el elemento aséptico en un cruce de dolores y sentimientos heridos. Sea como fuere, la segunda quincena de septiembre del ochenta y ocho Torres recibió las más dispares peticiones; él, que solo quería ocuparse de su ciencia, sus ideas, y volver ya a casa. En la pensión de la viuda Arias, lugar tranquilo y discreto por demás, se vio abordado en muy breve plazo de tiempo por tres visitas, a cual más desconcertante.

Esos encuentros le llegaron mientras continuaba construyendo el facsímil del ajedrecista de Tumblety, ¿lo recuerda? No hubiera proseguido con este proyecto en circunstancias normales, tal vez habría llegado a crear un modelo más complejo tras el éxito ya demostrado de su primer prototipo, pero nunca intentaría reproducir el Ajedrecista de von Kempelen sin la concurrencia de un par de circunstancias. La primera, el origen de todo: si era capaz de realizar el autómata utilizando las piezas que yo encontrara, propias del ajedrecista «original», o con otras similares, probaría el hecho insólito de que un hombre, un genio del siglo dieciocho fue capaz del prodigio de hacer una «máquina pensante» cuando hoy en día toda esa materia parecía estar, cuanto menos, en sus inicios, si no se trataba de delirios de científico optimista.

El hecho de que el autómata que viera diez años atrás fuera el mismo que von Kempelen y Maelzel pasearan por Europa y América hasta mitad de siglo, se apoyaba solo en la palabra de Francis Tumblety, palabra que no gozaba del crédito de Torres, ni de nadie con buen juicio. Daba lo mismo, lo extraordinario del ingenio era independiente de si la fecha de construcción era mil setecientos setenta o mil ochocientos sesenta; el desconocimiento en la automática, tal como la entendía Torres, era a efectos prácticos igual en un siglo que en otro. Aún teniendo en cuenta esto último, había algunos datos al respecto de Wolfgang von Kempelen que no dejaban impasible al español. Le había dedicado cierto tiempo desde su anterior visita a Inglaterra, y lo que conocía de él aumentaba su admiración y su sorpresa.

Fue un individuo brillante desde joven, versado en muchas disciplinas científicas y humanísticas. Y de muy temprano gozó del beneplácito de la corona imperial por sus continuas aportaciones a la ciencia y el arte. A los veintitrés años era un triunfador, rico, ilustrado, con don de gentes, querido en los círculos más respetados; en definitiva, un joven en extremo atractivo y con un futuro más que prometedor. Se desposó con una muchacha, Franciscka, que por desgracia falleció sin causa justificada a las pocas semanas tras la boda. Este golpe afecto mucho al carácter de Kempelen, lo agrió, se convirtió en un hombre taciturno y volcó todas sus energías en investigaciones científicas, apoyado por una considerable fortuna que le permitió costearse los experimentos que fueron necesarios. Ese terrible embate en su vida fue un impulso para su carrera de ingeniero.

Como funcionario de su majestad imperial se le encargó la administración de la minería de sal en la agreste región de Transilvania. Allí ideó extraordinarios sistemas para mejorar las explotaciones en la zona. Fue urbanista, arquitecto, llegando incluso a administrar justicia, sin ser esta su obligación. Construyó también un gran número de autómatas; cualquier cuestión mecánica parecía no tener secretos para él. Tenía, por ejemplo, una máquina parlante que podía hablar en latín, francés e italiano, pronunciando cualquier palabra que el público asistente a sus demostraciones propusiera. Pese a su talento y buen hacer, era muy temido por los transilvanos, pueblo más que proclive a la superchería, y que tenían sus obsesiones científicas y sus modernos ingenios por diabólicas construcciones, aunque todo lo hiciera para facilitar las labores de los mineros.

Luego llegó el famoso reto de la emperatriz María Teresa del que ya hablé, el Ajedrecista y su paso a la historia, a su pesar, pues a lo largo de su vida trató de que otros méritos ocultaran a su autómata más célebre, sin éxito. Murió ya comenzado el siglo, a la edad de sesenta años. Fue enterrado en Viena, y en su panteón se grabaron las palabras de Horacio: *Non omnis moriar*, epitafio apropiado, pues la memoria de este genio húngaro perdura, aunque no del modo que él deseara.

Con todo, aun siendo extraordinarias las capacidades científicas, y siempre teniendo en cuenta que la investigación que hiciera sobre el húngaro no había sido más que casual, nada indicaba a Torres que Kempelen hubiera hecho avance alguno en la resolución mecánica de ecuaciones, por simples que fueran, y todos sus inventos no parecían nada más, ni nada menos, que imaginativos artefactos mecánicos, productivas obras de ingeniería, artilugios de prestidigitación, relojes, etcétera.

Había muchos comentarios sobre el posible «fraude» del Ajedrecista, tantos como manifestaciones en sentido contrario, y se barajaban distintos candidatos a ser los socios de von Kempelen, los que se ocultarían entre las tripas del autómata. Se hablaba de enanos o de niños, de un soldado tullido que de día ocultaban su minusvalía gracias a los prodigiosos talentos de Maelzel, el segundo propietario del

Ajedrecista, en la medicina protésica, y que en las veladas de exhibición se aprovechaba de la pequeñez de su cuerpo mutilado para encerrarse en las tripas del autómata. Todos ellos con mucha pericia en el juego, a juzgar por los resultados documentados de algunas partidas frente a maestros ajedrecistas de la época. Incluso se mencionaban a los propios hijos de Kempelen.

Concluyendo: que aunque hablamos de un hombre excepcional, brillante e imaginativo, nada indica que fuera capaz de crear un prodigio como el que trataba de construir Torres. Este misterio tal vez fuera suficiente acicate para que el español se empeñara en tan inverosímil reto por sí solo, pero recuerden que he hablado de dos motivos que lo empujaron, y el segundo fue más extraordinario que el primero, si cabe.

La mañana del día en que el doctor Phillips reveló durante la vista del asesinato de Annie Chapman que un estudiante americano había solicitado órganos en hospitales de la capital, tal y como le adelantara Abberline a Torres días antes, el español recibió una nueva visita de De Blaise, que se presentó en casa de la viuda Arias acompañado de dos hombres, detectives privados contratados como guardaespaldas desde el desagradable y peligroso incidente ocurrido el día quince frente a su casa. Torres había pasado los últimos cuatro días enfrascado en su nuevo ajedrecista, dedicado a una tarea cuya consecución parecía una gesta excesiva para un solo hombre. La señora Arias, preocupada por el casi enclaustramiento de su huésped, apremiaba a su hija para que la tuviera al tanto de la situación del español, y la muchacha hizo lo que pudo, asistiendo a Torres, jugando interminables partidas de ajedrez con él, enfadándose mucho cuando el autómata le ganaba, y alegrándose aún más cuando descubría un hueco en la defensa del nuevo proyecto de ajedrecista, huecos que aparecían en numerosas ocasiones, mostrando la dificultad a la hora de complicar el prototipo.

¿Qué traía al señor De Blaise de nuevo por la casa de la viuda Arias? Una sorprendente oferta comercial, por decirlo de alguna manera. Vino como mensajero del lord Dembow, quien tenía la intención de financiar la construcción del nuevo Ajedrecista, sin escatimar en gasto alguno. Así de directo le espetó la oferta de su tío, nada más entrar ya en el cuarto de Torres. Dado el silencio atónito que tan repentino mecenazgo causó en su interlocutor, De Blaise se aventuró a hablar.

—¿Ha progresado en sus investigaciones?

—¿Sobre el...? Para serle sincero no demasiado, ya le dije que la empresa es inmensa. Además, aquello que le expliqué, eso de que mis avances previos en automática parecían parejos a aquellos mismos que hiciera el fabricante del Ajedrecista, ¿recuerda? Ahora no estoy tan seguro. —Ocurría que Torres había encontrado una profusión de partes de difícil definición entre los restos del Ajedrecista, tubos de vidrio, recipientes metálicos grandes y horadados por cien

orificios, tubos de caucho secos y quebradizos, y más de un centenar de extraños discos y placas metálicas grabados o perforadas con cientos de marcas, objetos que no encajaban en ningún artefacto mecánico que pudiera idear el español, y cuya finalidad se le escapaba.

—Lo lamento —continuó De Blaise—. Sin embargo espero que esos obstáculos no le desanimen; ahora, gracias al interés que su trabajo, y más aún sus capacidades, han suscitado en el viejo, podrá contar con todo el tiempo que desee para su investigación y los medios que considere precisos, si acepta nuestra propuesta.

—Verá, señor, es una oferta muy generosa, pero... —Un patrocinio así no era algo desdeñable para un científico como Torres, ávido de saber, de experimentar sin la cortapisa continua que supone la falta de medios. La ciencia es muy cara, amigo mío, y obtener fondos para el más simple experimento supone el incómodo trabajo previo de confeccionar una memoria capaz de convencer a los organismos que tienen el dinero, disponer también de contactos en lugares concretos siempre ayuda; un sinfín de molestias que lord Dembow se ofrecía a hacer desaparecer de un plumazo. El problema es que Torres no era hombre que se comprometiera en una quimera así, no emprendería un trabajo sin estar por completo seguro de que el camino es el correcto, y esto era nada más que un sueño, un desafío si acaso—. El construir una máquina que juegue al ajedrez está muy lejos de esas capacidades que tanto valora en mí su generoso tío, al menos de momento, me temo. Invertirían ustedes una gran cantidad de dinero y de tiempo para al final, con toda probabilidad, perder ambos o tener que conformarse con un simple mecanismo de relojería algo más sofisticado.

Lord Dembow confía plenamente en su talento, ya lo sabe. Le hablé de su portentoso ajedrecista, y quedó muy impresionado. Le aseguro que no habrá problema en cuanto a la financiación, y no hay exigencias ni expectativas que satisfacer, ninguna que, conociéndolo, no se pusiera usted mismo.

—No puedo aceptar, señor mío. Me apasiona la automática, como le expliqué, y tengo intención de dedicar mucha de mi energía a este campo en los años venideros, pero poco a poco. Sería un necio, o un timador, comprometiéndome a construir esa máquina en ningún plazo razonable. Agradezco de veras su confianza en mis posibilidades, que creo excesiva. Debo rechazar su oferta. Además, quiero volver pronto a mi país.

—¿Cuándo tenía pensado dejarnos?

—Para el mes que viene. —Había considerado suficiente permanecer esas dos semanas que quedaban hasta octubre, por si pudiera ayudar en algo a Abberline y a la policía. Pensó que si para entonces no se había avanzado nada, su utilidad sería escasa. Por otro lado, deseaba con fervor volver junto a su familia, y por un telegrama recibido el día anterior sabía que Luz también le echaba de menos.

—De acuerdo, pues posponga su decisión hasta entonces. Concédame eso al

menos. Tiene intención de seguir trabajando en él de momento, ¿no?

—Sí, aunque yo no lo llamaría trabajar. Es un divertimento que cada vez se acerca más a un callejón sin salida, tal vez el ver que mis ideas podían cobrar forma me empujó a...

—Entonces continúe, trabaje, diviértase a su gusto, y pida todo lo que necesite mientras esté en Londres, sin compromiso alguno. Si llegado el treinta decide intentarlo, seguiremos trabajando juntos, de lo contrario, espero que siempre nos tenga por sus amigos ingleses. —Torres quedó dudando, en silencio—. Lo que le ofrezco es bien sencillo, siga con los planes que tenía. Si cuando llegue el momento de volver a España, considera que hay alguna posibilidad de que nuestra cooperación fructifique, lord Dembow estaría más que orgulloso de colaborar en lo posible con su investigación.

—No quiero parecer empecinado en mi negativa sin razón alguna, no veo mal en lo que dice, aunque me temo que *milord* se deja llevar por un entusiasmo excesivo. Conozco la materia y le digo que estoy muy lejos de fabricar un artefacto como el que desean. Creo que no se contentarán con una máquina como la que ya le mostré, querrán un jugador de ajedrez completo, y eso está cerca de lo imposible.

—Sin embargo alguien lo hizo, y dudo mucho que usted sea menos brillante o capaz que él. Excelente. —De Blaise se frotó las manos, sonriente y satisfecho—. Podemos disponer de un laboratorio para usted, puede trasladarse...

—Aguarde. No lo tome como un desplante no quiero desairar a lord Dembow, que ha mostrado tanta generosidad, pero de momento no quisiera abandonar estas habitaciones, verá...

—Entiendo, Torres, claro que lo entiendo. Necesita tiempo para pensar, sé que es una oferta un tanto precipitada; lord Dembow está muy interesado en la ciencia, ya lo sabe. Y en eso que usted llama «automática» de un modo muy especial. Considera, por otro lado, que no le queda mucho tiempo como para mostrarse paciente... No quiero interrumpirle más, seguro que necesita concentrarse en su investigación. De todas formas quisiera mencionarle ciertas condiciones que propone lord Dembow, en caso de que decida aceptar nuestra ayuda.

—¿Condiciones? —Torres se imaginaba a qué se refería, aun siendo joven, mucho sabía de los entresijos del mundo intelectual—. Si se refiere a temas de patentes, me temo que...

—En absoluto, será por completo suyo, el ajedrecista y cualquier adelanto que devenga de su construcción. Lo que quiere lord Dembow es poder supervisar sus progresos y, sobre todo, que se le permita sugerir ciertos... ciertas líneas de investigación a seguir. En ningún caso trata de usurpar el invento, solo serían sugerencias, ya le digo.

—No sé si le entiendo bien...

—Tiene ideas.

—¿Ideas?

—Por supuesto, siempre que usted las considere adecuadas, interesantes o correctas. Le aseguro que lord Dembow es un ingeniero capaz, un hombre de ciencia con una visión nueva en ciertas disciplinas, yo diría que más global que el resto de sus colegas, tal vez con su notable excepción. Creo que su forma de pensar puede ayudarle a sortear algunos obstáculos.

Torres sonrió y asintió con la cabeza, hizo un esfuerzo para que la extrañeza no aflorara a través de sus gestos, y sin consentir o negarse a la oferta de modo explícito, procuró dar a entender que se avenía al acuerdo sin reserva alguna. De Blaise sonrió a su vez, tomó el sombrero y se despidió. Apenas salió el inglés de la habitación, y ya estaba dentro Juliette.

—Mi madre dice que le pregunte si le apetecería una taza de té...

—Oculta algo, ¿no crees, Julieta? —La niña abrió mucho sus ojos verdes, pensaba que era imposible que la vieran espiar, y puede que tuviera razón, solo bastaba aventurar que estaba allí, casi siempre se acertaría—. Desde que les conocí noté algo extraño. No me tengo por un buen observador del proceder de los hombres, pero he notado que un secreto puede alterar la forma de comportarse de una persona, o una familia, y cuanto mayor es el secreto, más es esa alteración. ¿Estás de acuerdo conmigo, Julieta?

—No sé. Yo no le digo a mi madre todo lo que hago. —Sonrió traviesa—. Y ella no suele enterarse...

—Cierto, tienes mucha razón. Y creo que eso es, sin con ello querer menospreciar tus capacidades para la actuación, porque te limitas a no contar hechos. La omisión de información no es difícil, si el que te escucha no sabe que la información existe, no hay nada que echar en falta. Lo que me hace pensar que lord Dembow no se limita a ocultar algo, quiere que yo actúe de alguna forma, lo quieren desde la primera vez que nos vimos, por lo que no estoy seguro de que toda mi relación con él sea tan casual como creía.

—Ese señor parece bueno.

—También me lo parece a mí. Lo único que me queda es esperar a que *milord* me de esas «sugerencias», ahí se despejarán muchos enigmas.

No vio otra cosa que hacer, más que esperar. Tal vez pudiera haber indagado algo más en Dembow, entender por qué en un principio el lord parecía ofendido por la existencia del Ajedrecista, luego se mostró atraído por los autómatas en general y este en concreto, y por último se convertía en el promotor de la reconstrucción del más sorprendente de todos. Comportamiento raro, el suyo como el del resto de la familia. Y aún le quedaba más por ver.

Por la tarde, pidió a la viuda Arias si dejaría a su hija subir, para jugar una partida.

Tras abandonar sus esfuerzos por reproducir la máquina parlante de Kempelen con las piezas disponibles, esfuerzos que iban en buen camino y que fueron tomados como un divertimento menor, acababa de conseguir ciertos ajustes sobre su Ajedrecista y quería probar. Torre, rey, caballo contra rey, caballo. El caballo era una pieza fascinante, su movimiento, capaz de recorrer todo el tablero con tan simple estructura... complicaba mucho los mecanismos y ensimismaba a Torres hasta hacerle perder la noción de tiempo. Juliette subió corriendo, y parada en la puerta dijo casi sin aliento:

—¡Acabo de ver al señor Ag... a don Raimundo!

—¿Dónde?

—Abajo, pero... —La ilusión desapareció al momento, con esa velocidad en tornar ánimos que tienen los niños—. Dijo que no quería vernos.

—Vaya. —Luego, viendo la tristeza en los ojos de Juliette, añadió—: Creo que ahora trabaja de jardinero en una casa importante.

—¿Y por qué no quiere vernos?

—Tendrá mucho trabajo. Veras como pronto nos hace una visita, o incluso puede que nosotros se la hagamos a él. Sé donde trabaja.

—Me dio un recado para usted. Dijo que tuviera cuidado con lord Dembow y los suyos. ¿Quién es entonces lord Dembow, señor Torres? ¿Un malvado... ?

No contestó. Esa advertencia, viniendo de mí, que ahora frecuentaba Forlornhope, podía ser más que significativa. ¿Qué habría visto yo allí para advertirle de ese modo?, se preguntaría, como se lo preguntan ustedes, seguro.

Permítanme mantener el misterio un tiempo. Si esa familia le parecía extraña, su prevención aumentó con mi mensaje; ojalá hubiera aumentado más.

Dos días después, volviendo de un paseo, se encontró con la muy grata e inesperada presencia de Cynthia a las puertas de la pensión.

—Qué agradable sorpresa, señora De Blaise. —Sorpresa en verdad, pues no era ni frecuente ni apropiado que una dama fuera a visitar a un caballero, ambos casados, sin compañía alguna. Y menos una dama semejante. Ante Torres se presentó una criatura deliciosa, toda envuelta en rojo, espectacular, mucho más hermosa que la última vez que la viera, y esa era una ocasión festiva. Tal vez demasiado arreglada para esas horas de la mañana, ese hubiera sido seguro el juicio de su protector tío de haberla visto.

—Como no se digna a pasarse por casa, *don* Leonardo —fingió un enfado, coqueteando—, tendremos que venir a verle los que añoramos su compañía. Más teniendo en cuenta que, según ha llegado a mis oídos, nos dejará pronto.

—Imperdonable por mi parte, desde luego; dice muy poco de mi buen gusto el preferir las soledades de mis paseos y mis libros a su conversación. La encuentro encantadora esta mañana. ¿Quiere pasar? Señora Arias...

La viuda, que con cierta hosquedad observaba el encuentro desde la puerta abierta de su casa, los invitó a entrar con la más estricta y escueta hospitalidad.

—Vaya, eso quiere decir que a veces no se lo parezco —decía Cynthia ya en el vestíbulo.

—¿Cómo?

—Encantadora. Si así me encuentra «esta» mañana, debo entender que...

—Jamás, perdone las torpes mañas de este español, estropeadas por tanto número. Sin embargo insisto en que hoy tiene una luz especial.

—Cierto. ¿Recuerda ese artefacto terapéutico que me diera el buen doctor Granville para tratar mis alteraciones nerviosas, ese que desapareció como por magia? Pues tuvo la amabilidad de visitarme de nuevo, no todo el mundo es tan caro de ver como usted, y me proporcionó otro. ¡Qué maravilla! Es un verdadero prodigio, me siento mucho más... más... relajada. Y solo llevo un par de días empleándolo.

—Me... alegro mucho...

—Me temo que estoy hasta abusando de ese aparato. He superado en mucho las instrucciones de uso que me dio el doctor... me hace mucho bien. ¿Por qué seremos tan complicadas las mujeres, Leonardo?

—Un pequeño precio a cambio de la enorme cantidad de virtudes que atesoran.

—Y que de poco nos valen si los caballeros como usted nos dedican tan poco de su tiempo.

—Clemencia, no puedo con tanto reproche, tanto y tan justo. En mi descargo solo puedo decir que ando enfrascado en problemas técnicos, ese cerebro mío que tanto se obsesiona con la más nimia cuestión científica. Por cierto que su tío tiene parte de culpa, el miércoles me visitó su marido y.

—Sí, ya sé, sus cachivaches.

—Señora Arias... —pidió la ayuda de su patrona, que, seria pero diligente, la ofreció.

—Pasen al salón, pasen. Usted sabe, *don* Leonardo, que puede disponer de mi casa como si fuera la suya.

Entrando en el acogedor y algo recargado saloncito de abajo, acompañados de té, unas galletas y la posibilidad de que los oídos de la pequeña Juliette anduvieran por las paredes o tras la puerta abierta, la conversación seguía alegre.

—¿Volvió a ver al señor Aguirre?

—Sí, ha vuelto a casa. Da gusto ver cómo está dejando el jardín, con solo dos días. Por supuesto, le di recuerdos de su parte.

Pero cuando la viuda Arias los dejó «para que hablen de sus cosas con tranquilidad», el lozano talante que traía Cynthia cambió. Se puso en pie, de inmediato otro tanto hizo Torres. La mujer comenzó a contemplar distraída las horrorosas figuritas que se apiñaban en mesas y estanterías, acompañando a la

colección de novelitas rosas que tapizaba las paredes.

—¿Le ocurre algo, señora De Blaise?

—Por lo que más quiera, Leonardo, apee el tratamiento. Somos viejos amigos.

—En ese caso, ¿le ocurre algo, Cynthia?

—Es evidente, ¿no? Por eso necesito tanto la ciencia de *monsieur* Granville, que en realidad poco me alivia. No sé por qué me creo con derecho a cargarle con mis preocupaciones, ha sido un impulso... —Los bonitos ojos de Cynthia estaban trémulos al volverse, pero era una mujer fuerte, y decidida a no llorar.

—Vamos, siéntese. —Le ofreció un pañuelo—. Como usted ha dicho bien, me permito considerarla mi amiga, y si en algo puedo ayudarla...

Ambos se sentaron, y Cynthia pronuncio una escueta frase, que en nada gustó a Torres.

—Es mi marido.

El español no deseaba en absoluto entrometerse en problemas conyugales ajenos, aunque fuera de gentes que apreciaba. Y es que los problemas no debían ser pocos: ella casada con el amigo de su difunto prometido. No podía ignorarla sin más, y era cierto que le entristecía ver apenada a esa preciosa mujer. Se armó de paciencia y preguntó:

—¿Ha tenido algún otro problema en casa...? Me refiero a otro atentado como el del fin de semana pasado. —No, sus preocupaciones se circunscribían al terreno de lo sentimental, para tormento del pobre Torres. Decía que su esposo se había sumido en una terrible melancolía. En realidad había caído en ese estado desde la boda, si no lo traía de antes.

—Y me temo que a él, el percuteur no puede aliviarlo...

—Imagino que no...

—Nada puede. Creo que se siente responsable de la muerte de Henry.

—Por lo que sé, así es.

—¿Cómo...? ¿Ha hablado con él de esto? —La mujer se transformó en el retrato mismo de la esperanza.

—Algo me contó. Sí, se siente culpable hasta cierto punto, y creo que es natural. Verá Cynthia, él era su oficial además de su amigo, tendría que tener un corazón de piedra para no achacarse pequeños descuidos o faltas, eso pasará con el tiempo.

—No estoy segura. Anda buscando su... un castigo. —Estuvo a punto de decir «su muerte», los labios formaron la palabra y se retuvo. Era llamativo que esa misma falta, la de la persecución suicida, hubiera sido achacada a Hamilton-Smythe por el propio De Blaise—. Ahora, creo que se ha lanzado a ciertos excesos... sí, ya sé que no es propio de él, que aunque siempre exhibió ese aire de truhán, nunca...

John De Blaise, según la opinión no muy objetiva de su mujer, sentía remordimientos, justos o no, por la muerte de su amigo, acrecentados por cierta

vergüenza al estar casado con la prometida de este. Lo último, según ella, era absurdo, porque ese matrimonio era el mejor remedio para su dolor, debía serlo. Ella era consciente que el amor que sintió por Hamilton había muerto para siempre, que su corazón no volvería a sentir por otro hombre lo que sintió por él. También sabía del sincero afecto que De Blaise le profesaba, y la amistad y el cariño pueden ser buenos sustitutos para la pasión. Vio en el hecho de casarse con él un modo de ser fiel a la memoria de Hamilton, un consuelo y un alivio. Sentía, ahora como siempre, cierta ternura hacia su marido, y consideraba que eso era cimiento suficiente sobre el que edificar un matrimonio, e incluso alcanzar la felicidad. No discutiré yo las razones de la señora De Blaise, es obvio que nunca llegué a casarme y mis experiencias románticas se reducen a esa pueril obsesión por la propia Cynthia y a mi relación con Liz Stride, llámenla como quieran, ambos romances un tanto atípicos. Lo que puedo asegurar, o así lo hizo Torres, es que la joven parecía sincera al decir que quería de cierta manera a su esposo y se preocupaba por su estado.

—Su matrimonio... ¿insistió mucho De Blaise para casarse?

—La verdad es que no. Me lo pidió, pero rodeó la propuesta con pudores y reparos. Fue mi tío quién le animó, nos animó a los dos. En un principio yo no era capaz de decidirme, estaba confusa y le pedí consejo, creyó que era lo mejor...

Y a todo esto, ¿qué pretendía Cynthia que hiciera Torres? Quería que hablara con él, con su esposo, que le hiciera entender que no era responsable de la muerte de Hamilton-Smythe y, sobre todo, que comprendiera que ella no se lo reprochaba, que lo quería.

—¿Piensa que puede atender más a mis palabras que a las de usted o...? Sabe que les aprecio, pero comprenda que nuestro conocimiento no es tan estrecho.

—Precisamente, esa cordial amistad que les une será el mejor inicio para un acercamiento. A usted le tiene en mucha estima, le considera un hombre cabal, de buen juicio. El resto de sus conocidos... tras la muerte de Henry hubo mucho revuelo, un proceso, nadie le echó la culpa, no, pero quedó flotando un mal hálito, el regusto que dejan los rumores y la maledicencia de las gentes. —Eso era innegable para cualquiera que viviera a finales de siglo: el mal ajeno era la mayor fuente de disfrute social, puede que en cualquier siglo. Quedaba una última razón, y la más importante, a juzgar por la prolongada pausa enfática que hizo antes de decir lo siguiente—. Hay otro asunto. Creo que ese dolor, esa pena empieza a convertirse en una obsesión. Me temo que ahora frecuenta a esta señorita. —Le mostró una fotografía de una joven, muy atractiva aunque algo vulgar en la forma de vestir, una cabaretera, o algo peor. Indudablemente posaba en un pequeño escenario.

—Me va a perdonar, Cynthia, pero me temo que yo no debo inmiscuirme en...

—Es su hermana, la hermana de Henry, quiero decir. —Sí, ahora encontró un fuerte parecido familiar, aunque el aire carnavalesco no congeniaba en nada con la

sobriedad de los Hamilton-Smythe—. Encontré por casualidad la foto, pensé lo peor, me enfurecí y se lo recriminé. ¿Cómo no hacerlo si apenas...? ¿Acaso soy tan repugnante a los ojos de un hombre?

En absoluto lo era, y eso debió pensar Torres sorprendido por lo que insinuaban las palabras de Cynthia, insinuación que el pudor impedía aclarar más.

—Disculpe —continuó reponiéndose algo—, es una desconsideración por mi parte avergonzarle con estos asuntos domésticos que seguro nada le importan...

—Por Dios, no se apure. Claro que me importan, que no sea yo tal vez el más apropiado para aconsejarle, y que me vea incapaz de prestarle la ayuda que, le aseguro, desearía brindarle no quiere decir...

—Gracias. ¿Ve? No puedo confiar más que en usted, ya no me quedan amigos. —La mujer ya no pudo contener las lágrimas. Torres no tardo nada en ofrecerle un pañuelo y en posar su mano sobre el brazo de ella, para reconfortarla—. Fueron celos, supongo, eso me hizo alzarle la voz, y eso debiera demostrarle mi cariño, ¿no cree? Entonces me dijo que era la hermana de Henry, y que se estaba ocupando de ella, que necesitaba su ayuda o... no fue muy preciso, no quiso serlo, ¿lo entiende? ¿No ve que es una obsesión? —Torres dijo que hablaría con él, no tuvo fuerzas para negarse, estaba aún más hermosa cuando lloraba.

—Si lo único que desea es que tenga una conversación con su marido, bien, accedo, será un placer para mí, pero ya le digo que no creo que en mis palabras encuentre más consuelo que en las suyas. Es su marido, Cynthia; seguro que tiene confianza...

—Solo lo es en nombre, Leonardo, le aseguro que solo en nombre. —Se produjo una pausa incómoda.

—Iré mañana a su casa, si le parece bien. Siguen residiendo con su tío, ¿verdad?

—Gracias, pero... si viene a casa y habla con él allí... me temo que no se abrirá a usted. Ya conoce su forma de ser, fingirá fortaleza y lucirá su personalidad y su sentido del humor para eludir el tema.

—No alcanzo a entender...

—Oculta sus debilidades de todos, de mí. Cree... no sé, supongo que trata de evitar dañarme. Si pudiera hablar con él cuando se encuentra... vulnerable.

—¿No le sería más fácil a usted...? —Antes de acabar la pregunta, Torres conocía la respuesta, a la vista de la inusitada frialdad de ese matrimonio.

—No. Sé que se permite bajar la guardia de su fortaleza en ciertos locales en los que no sería decoroso que yo entrara. —Torres abrió los ojos y fue a protestar. Cynthia se le adelantó—. No, me refiero a que acostumbra a... «cabalgar sobre el dragón», creo que así lo llaman.

¿Opio?, sí parecía que la pena era más profunda de lo recomendable. Por lo que le contó Cynthia, frecuentaba demasiado a menudo cierto local en Limehouse, allí

donde se amontonaban los fumaderos de todo Londres.

—¿Cómo conoce usted un sitio así? Si me permite la pregunta, no creo que él le haya dicho...

—Fue Nana. A ella se lo comentó Tomkins, o se lo sonsacó... ella y usted son mis únicos amigos. —Desde que le dispararon, dijo, su marido era acompañado por un par de guardaespaldas, dos detectives privados que contrató el mayordomo en nombre de lord Dembow, sin duda los mismos dos que viera Torres en la pasada visita que le hizo, y estos hombres reportaban al mayordomo un pormenorizado recorrido de sus paseos y salidas nocturnas. La señorita Trent se ablandó ante los ruegos de Cynthia, y le reveló a dónde iba De Blaise casi a diario, a alejar sus miedos. Sin más que decir y con la promesa de Torres de que hablaría con su esposo, ella se fue, dejando en la mano de Torres la foto de la que pudo ser su cuñada.

—Espere —dijo Torres ya en la puerta—, pediré un coche. —Miró a la viuda Arias, que allí estaba, y quién se dispuso a hacerlo de inmediato—. ¿Cómo ha venido?

—Caminando —dijo ella—. Hace un día agradable.

—Qué locura, vamos, yo mismo la...

—No se moleste. Le dije a Albert que pasara por aquí a esta hora, más o menos.

—Hay un coche en la acera de enfrente, esperando —atestiguó la señora Arias.

—Excelente.

En efecto, ahí estaba el coche de lord Dembow, con Albert en el pescante, el mismo joven audaz que salvara a De Blaise y puede que al premier el día del atentado.

—Una fortuna que Albert estuviera tan vivo el sábado pasado —dijo Torres al ver al chofer, mientras la acompañaba a cruzar la calle hasta el coche.

—Albert y usted, Leonardo, no lo olvide. Sí, la verdad es que se portó muy bien, y ha sido recompensado por mi tío.

—¿Y su anterior cochero?

—¿Anterior? No le entiendo...

—Sí, recuerdo que hace diez años tenían otro...

—Oh... ¿se refiere a Charles?

—Supongo, no sé...

—Un sujeto mezquino y desagradable. No duró mucho, llevaba con nosotros tres meses y... por cierto, apenas días después de su marcha mi tío lo echó.

—¿Y se acuerda de su nombre?

—Sí. Se le despidió por no llamar a la policía.

—¿Qué hizo?

—Robarnos, o intentarlo al menos.

—Vaya, que desagradable.

—Sí, más cuando se trataba del marido de Nana, ¿sabe? Por consideración a ella mi tío no tomó medidas más severas.

—¿De la señorita Trent? Vaya, no tenía idea.

—Sí, ella lo trajo a casa, y tuvo que aguantar la vergüenza cuando le sorprendieron. Además la maltrataba, sabe. Un auténtico drama. Pobrecita Nana, ha tenido mala suerte con los hombres... ya es hora de que se rehaga. Es una mujer muy guapa, siempre me lo ha parecido. ¿No lo cree?

—Sin duda... no se ofenda, pero viéndola siempre así, tan... en su papel de la perfecta cocinera, ama de llaves... no la hago casada.

—Viuda. Por suerte ese sinvergüenza la abandonó hace años, y luego llegaron noticias de su muerte. Espero que no me considere despiadada, quiero mucho a mi Nana, y ese hombre le hizo sufrir tanto...

—Lo entiendo.

Se despidieron. Torres quedó mirando cómo se alejaba el coche calle abajo, perdiéndose en la bonita mañana. Dio un paso atrás y a punto estuvo de tropezar con la viuda Arias, que les había acompañado en silencio hasta allí.

—Oh, disculpe. No me he dado cuenta de que estaba aquí.

—Ya lo veo —dijo la viuda afeando su cara pecosa con el mismo gesto agrio que había mantenido durante toda la visita de la señora De Blaise—. No se preocupe.

—Una mujer fascinante —dijo Torres dirigiendo otra vez su mirada calle abajo.

—Fascinante y entera. —El español giró en redondo—. Es algo extraño que una mujer de su posición y sana, se mantenga así a su edad. —Torres se limitó a asentir —. Es mayor que yo. —Ni ante el pelotón de fusilamiento se hubiera atrevido mi amigo a dudar de tal afirmación—. No me extraña que esté enferma y emplee... esos chismes. He leído algo de ellos en los anuncios.

—Señora... cuando dice «mantenerse así» se refiere al hecho de que haya tardado tanto en casarse.

—Por supuesto, señor Torres, ¿a qué otra cosa podía ser? Algo extraño debe tener esa mujer, si no...

En efecto. La agudeza femenina de la viuda Arias ponía en palabras lo que la caballerosidad de Torres soslayaba: Cynthia era una mujer rica, sana y, aunque el corazón del ingeniero pertenecía por completo a su Luz, era lo más hermoso que nunca había visto. ¿Entonces, qué causaba esta castidad exagerada, más aún, estando ya casada? Almacenó el dato en su mente ordenada y se ocupó de lo que ahora acuciaba.

Cynthia no pretendía de él una simple charla con su marido. De Blaise ya le había manifestado sus remordimientos, hasta cierto punto, sin necesidad de buscar ambientes como los de un fumadero de opio. Por tanto, la astuta mujer quería que Torres indagara sobre la relación de su esposo con la hermana de Hamilton-Smythe,

incluso es posible que tuviera la esperanza de que los encontrara juntos. No tenía otros medios, viviendo siempre bajo la tutela de su tío, quien sin duda protegería a De Blaise, que ahora era su hombre de confianza como prueba que hubiera sido este quien le hiciera oferta tan singular de parte de lord Dembow dos días atrás. Así que había utilizado todas sus armas de seducción, y apelado a la caballerosidad de Torres para conseguir sus servicios como improvisado detective.

Puede que los ardides femeninos de Cynthia De Blaise fueran obvios para Torres, y que no se sintiera impelido por ellos a hacer nada, sin embargo algo tuvo que animarle a seguir la petición de la mujer. Su altruismo innato, la atracción del misterio, lo que fuera hizo que el domingo estuviera en Limehouse, en busca de John De Blaise. Sin duda había simpatizado con ese caballero, e incluso «empatizado» con su situación, y tratando de aliviarla decidió acudir a su buen amigo y benefactor, el señor Ribadavia, antes de su delicada visita al antro de opio. No tenía contacto alguno en el mundo castrense inglés, y esperó que el diplomático, que como ya he mencionado era hombre de muchos y diferentes recursos, pudiera ayudarlo. Su intención era obtener una versión oficial del proceso del incidente de Kamayut, una versión más objetiva, distante de toda mediatización.

Ribadavia se aplicó a la cuestión y el domingo por la mañana invitó a Torres a un desayuno en la embajada española, nutritivo tanto en lo alimenticio como en cuanto a la información que disponía para el ingeniero. El diplomático se presentó elegante como era siempre, tal vez algo demasiado atildado. No confundan ustedes tampoco su gusto por los excesos al vestir, pues en lo tocante a su profesión era hombre nada frívolo, y hecho su trabajo, debía ver si tras de él había razones morales que lo justificaran. Educado con esa mezcla de cordialidad y desplante propia del caballero español, no tardó en preguntarle por la razón de su curiosidad. Torres tampoco anduvo con tapujos o medias palabras, no tenía por qué. Le aclaró que el oficial implicado en aquel incidente, De Blaise, era su amigo, y que su interés solo era en razón a esa amistad, y siendo esta algo que Ribadavia valoraba por demás, pasó a contarle lo que sabía, que no difería en lo esencial a lo que el propio protagonista contara a Torres.

Los hechos fueron tal y como se lo contara De Blaise días antes, sin diferencias mayores a parte de la comprensible apreciación personal de quien estuvo presente allí, donde ocurrió todo. Ribadavia aclaró que, según entendía él, el Alto Mando no dudaba de la competencia y del buen hacer en aquella situación del mayor De Blaise, pero como muchas veces ocurre, prefirieron curarse en salud y alejar de sus filas de la forma más honorable a un oficial que, sin haber hecho nada censurable en rigor, despertaba comentarios maledicentes. Un dato que no conocía Torres era la importancia del papel que jugó el propio lord Dembow. Este, como es natural, tomó cartas en el asunto y se apresuró a mover sus hilos en el Ministerio de Defensa para

conseguir que De Blaise abandonara el ejército sin mayor perjuicio.

«Como es natural...» Me va a perdonar que intercale ahora una opinión personal: yo no veo nada natural en esa actitud. Verá, no se trataba de ningún familiar, tan solo del amigo del prometido de su pupila, puede que le unieran ciertos lazos de amistad, no demasiados, que fue el fallecido con quién en todo caso tendrían contraída una deuda de honor... no sé, cosas mías, mi suspicacia natural. La de Torres era de diferente género. La información que traía Ribadavia, carente en sí de novedad, suscitó preguntas a la despedida, también inocuas en un principio.

—Pues gracias por todo. Pensaba que los británicos serían un tanto reticentes a hablar de este tema con un extranjero.

—Lo son, amigo Leonardo, claro que lo son. El tiempo que llevo ya aquí me ha enseñado a conocerles, sé cómo tratarlos. Considero la amistad como un valor esencial en cualquier situación, y a lo largo de todo este tiempo en esta lluviosa ciudad he hecho algunos amigos, por ejemplo, el coronel Barstow, que ha vuelto de allí, de Birmania, hace dos meses. A él acudí en cuanto me contó usted la cuestión, y por respuesta me ha remitido esta extensísima carta. —La sacó del bolsillo, y la epístola llegaba a las seis cuartillas—. Barstow es un gran tipo, excelente jugador de bridge, algo pesado y amigo de enviar interminables epístolas a sus conocidos, y quien mucho habla, mucho dice. Aunque no contáramos con la locuacidad del buen coronel, tampoco es un asunto del que sea difícil obtener información. Verá, aun siendo una acción un tanto emborronada esta del paso al fuerte Kamayut, todos los que allí estuvieron han muerto, salvo su amigo De Blaise, así que, se piense de un modo u otro, se diga esto o lo de más allá, poca gente queda ya perjudicada o susceptible de ser dañada por lo que sea...

—¿Todos muertos?

—Eso creo. —Consultó un momento la carta de su amigo—. Aquí me lo hace saber: «de los cuatro que llegaron a Kamayut, los suboficiales Jones y Canary fallecieron a finales del pasado año...» no, no menciona el paradero del sargento Bowels, puede estar vivo.

—¿Muertos? —Ya, ya sé que la gente muere de habitual, pero estoy seguro que comparte la sorpresa de Torres—. ¿Sabe cómo fue? ¿Cuándo...?

—Mmmm... un accidente ferroviario, en el Punjab...

—Y con eso queda cerrado el asunto.

—¿A qué se refiere, señor Torres?

—Los supervivientes del incidente: dos muertos, el tercero en paradero desconocido, el que por cierto fue responsabilizado de la muerte del teniente por los fallecidos, y mi amigo De Blaise cargando con la culpa y el deshonor.

—Si no me equivoco, quedó libre de toda acusación...

—Obligado a abandonar el ejército por la puerta de atrás. Usted y yo sabemos que

eso es decir que no pueden probar nada, no que quede libre de sospecha, ni lo que es peor, de los malos pensamientos de la gente.

—La mala fe es algo permanente en el hombre, imposible de combatir.

—Sí. Bien, don Ángel, se lo agradezco mucho. Espero no abusar de su amistad si le ruego que siga proporcionándome toda la información que pueda al respecto.

—Veo que tiene intención de ayudar a su amigo en serio.

—En lo que esté en mi mano. No solo me interesaría el proceso, sino la estancia del mayor De Blaise y el teniente Hamilton-Smythe en Birmania, me gustaría saber si el comportamiento de Hamilton se deterioró tanto como me han dicho.

—Haré lo que pueda, ya le digo que gracias a mi amigo Barstow he podido obtener esta información tan rápido, puede que el resto no sea igual de fácil. Lo que sí quisiera es que a cambio usted hiciera algo por mí, algo que no le costará el menor esfuerzo.

—Ya está concedido. Dígame, si puedo ayudarle...

—Claro que puede. Le estaría agradecido si pudiera encontrar el modo de propiciar un encuentro con la señora De Blaise.

—¿Qué interés tiene...? —Torres fingió sorpresa, aunque esperara la respuesta.

—No creo que haya nadie en esta ciudad que no quiera frecuentar a la dama más adorable de Inglaterra.

—No tengo que recordarle que se trata de una mujer casada...

—Querido Torres, no tengo intención alguna de emparentarme con familia tan complicada, y con ese pasado tan poco presentable. Nunca me uno a gente con peor reputación que yo, me sentiría menospreciado, es cuestión de orgullo. Y déjeme que le diga que el casorio es siempre el estado perfecto para una mujer.

Con estos datos en mente se plantó el domingo por la tarde en un pintoresco local inmerso en el laberinto de Limehouse, siguiendo la guía de Juliette, que por supuesto había presenciado la visita de la señora De Blaise con su habitual discreción. En qué cabeza cabe que Torres permitiera a Juliette acompañarlo, no lo consintió pese a todos los pucheros y chantajes de los que se valió la niña para convencerlo. Bastaron unas oportunas indicaciones y sin mayor dificultad se encontró frente a una casa de ladrillo oscuro, fea y triste en la entrada, como lo eran en todo el barrio, que ocultaba un paraíso oriental en su interior. Reconoció en la puerta a los detectives que acompañaban a De Blaise. Ambos guardaespaldas observaron con atención a Torres como a todo el que pasaba por la calle o entraba en el establecimiento. No hicieron ademán alguno de acercársele, si lo reconocieron, lo disimularon bien.

Llamó a la puerta vieja. Un joven oriental abrió y sin mediar palabra lo condujo a través de un pasillo mal iluminado, atravesando una selva de cortinas y miradas de ojos rasgados. Entró sin problemas en el fumadero. El consumo de opio no era ilegal en Inglaterra entonces, aunque sí se mantenía relegado a barrios apartados y guetos

orientales como este. Por fin un chino, diría que de mayor rango, saludó muy servicial a Torres, inclinándose e invitándolo a seguirlo terminado el laberinto que daba paso al establecimiento.

—¿El señor De Blaise? —dijo él—. ¿Está aquí?

El chino no daba señales de entender palabra de inglés, aunque es probable que sí le comprendiera. Siguió insistiendo en su permanente ofrecimiento de lo que fuera, mientras el español intentaba hacerle saber que solo buscaba a alguien. Otro oriental más se les unió, un anciano, posiblemente el dueño o el encargado, y su participación no ayudó en nada al entendimiento. Al final, no tuvo más remedio que ignorarlo. Caminó por el local con la exasperante sombra de los dos asiáticos persiguiéndolo y parloteando en su ininteligible lengua.

El lugar estaba más iluminado de lo que había esperado tras ver la entrada. Todo decorado con plumas de pavo real, sedas y oropeles colgando en las paredes, figuras en los estampados y sobre mesitas representando chinos en actitudes de armonía y paz, un par de estufas en las esquinas sobre las que se acumulaban los vasos, incensarios y otros enseres propios del arte de fumar opio. Por todos lados, entre biombos decorados, había divanes donde lánguidos orientales envueltos en túnicas de algodón y pequeños gorros de piel disfrutaban de su momento de paz. Y no solo orientales. Habría treinta o cuarenta personas allí reclinadas, atendidas por los solícitos domésticos del local, tan obsequiosos como pesado era ese viejo que seguía a Torres, y esto solo era un piso, se adivinaban escaleras que conducían a un sótano. Pues bien, una tercera parte de los asistentes eran ingleses, algunos trajeados, otros con aspecto más desaseado, había quien parecía llevar meses ahí encerrado, envuelto entre vapores de opio e incienso y de calor, sabe Dios qué aventuras traía a cada cual por allí. No vio a ninguna mujer.

El encargado empezaba a mostrarse molesto y eso, aunque Torres no tenía idea, podía resultar peligroso, que más de un fumadero de opio en Limehouse ocultaba tras de sí guaridas de las ligas Hung, peligrosas bandas que controlaban el crimen en el gueto oriental. Al voltear con indiscreción uno de los bastidores policromados, oyó la voz de De Blaise que le llegaba desde su espalda.

—¡Torres! —Parecía azorado y sorprendido a un tiempo. Ya les digo que disfrutar de esa sustancia no era delito alguno, aunque tal vez no estuviera bien visto según en qué círculos. Cierta intelectualidad incluso alababa las excelencias de fumar una pipa o dos al día, si bien a decir verdad solía tomarse en el mejor de los casos como excentricidad, y en el peor como una falta de fortaleza moral. Así parecía sentirlo De Blaise a juzgar por su expresión, que pronto disfrazó tras la habitual sorna—. No imaginé que tuviera aficiones de sibarita.

—De Blaise, quería hablar con usted. —El inglés, tumbado en una otomana roja sujetaba una hermosa pipa de ébano, el *yen siang* que llamaban los chinos, reposando

junto a él, mientras un asiático utilizaba una larga aguja incandescente para prender el opio, hasta hacerlo burbujear. Aún no había empezado a fumar, lo que no era necesariamente una ventaja para la cuestión que le traía a Torres junto a él.

—¿Y ha venido hasta aquí para...? Ya sé: ha decidido aceptar nuestra oferta.

—Bueno... —Se sentó junto al diván, en un pequeño taburete, incomodo asiento para alguien de su estatura —. Debo serle sincero, estoy aquí a petición de su esposa.

—¿Cynthia?

—Se encuentra muy preocupada por usted, cree... le encuentra algo abatido.

—Ya, está histérica. La atiende un médico. ¿Usted cree que estoy abatido?

—El hecho de frecuentar este sitio...

—Le aseguro que lo hacía antes de casarme con ella, antes de que Harry muriera.

—Es usted el que ha sacado la muerte del teniente a colación no yo. —De Blaise suspiró desganado y con un gesto indico al sirviente chino que se fuera. Este le tendió el *yen siang* ya cargado—. También lo mencionó Cynthia.

—¿Sabe lo que en el fondo teme? Que me suicide o cometa otro tipo de tontería, cualquier acción escandalosa que manche el sacrosanto nombre de su familia, tan enlodado ya. No soportaría otro luto tan seguido. Tranquilícela si quiere, no es mi intención morir.

—No creo que el corazón de su esposa...

—A usted también le engaña, como a todos. Es fría y calculadora como su tío y su primo. Solo tuvo corazón para Harry. —Aspiró por la pipa profundamente, dando por zanjada la conversación.

—Entiendo —dijo Torres—, no soy nadie para meterme en sus vidas.

—No, he sido un grosero —murmuró De Blaise, cerrando los ojos—. Sé que trata de ayudarme, y de ayudar a Cynthia. No hay nada que hacer. Las cosas están bien como están... —Tomó de nuevo la pipa. Sus movimientos se fueron volviendo más lánguidos. El oriental, el mismo o tal vez otro, apareció rápido y se ocupó en colocar la pipa adecuadamente, para evitar que cayera al suelo y mantenerla siempre al alcance de los labios del somnoliento fumador.

—Como quiera. Me marcho. —Se levantó y quedó un minuto mirando al inglés.

—Todo está bien así... así...

—Permítame una sola pregunta. Sobre la muerte de Hamilton-Smythe, ¿hay algo que no me contara, que omitiera o...?

Alguien lo empujó, haciéndole caer sobre el diván donde se amodorraba De Blaise. El chino se quejó, el opio, la pipa y demás cacharros corrieron por el suelo. Torres desde el suelo alzó la vista para ver un hombretón furioso pistola en mano.

—Ahora te vas a llevar lo tuyo. —lo reconoció. Estaba seguro que era aquel sujeto con el que tropezó frente a Forlornhope, aquel que parecía querer hablar con él —. No has podido despacharme como a los otros. Pagaras tus mentiras.

El español se movió al tiempo que el sujeto disparaba. De una patada empujó la otomana, sacudiendo a todos los que estaban ahí. El lacayo oriental cayó con la cabeza sangrando, había recibido el disparo que iba dirigido a De Blaise. El tirador gruñó algo y movió el cañón para volver a apuntar al inglés, ignorando a Torres, que trataba de levantarse e impedir de nuevo el asesinato. Sonaron entonces otros dos disparos. Fumadores y sirvientes enloquecieron, gritaron, buscaron salidas, corriendo entre sueños de droga.

El agresor dio media vuelta hacia los disparos que provenían de los dos guardaespaldas que aguardaban a la salida. Ahora venían a la carrera, pistola en mano, rodeados de los gritos de los clientes tratando de huir en medio de su sopor opiáceo. Disparó dos veces, haciendo que los detectives buscaran cobertura, y una tercera contra un asiático armado, uno de los que empezaban a surgir de entre las esquinas. Una estufa cayó, y las brasas corrieron por el suelo.

¡Bowels! —gritó Torres. El sargento, la intuición del español hizo diana, dudó por un instante sorprendido, suficiente para que los detectives hicieran blanco de no ser por otro chino airado que cayó sobre él, cuchillo en mano. Los dos rodaron por el suelo. Los detectives tenían también sus dificultades; además de lo complicado de acertar entre el barullo histérico estaban los orientales furiosos, que no distinguían un inglés de otro, decididos a acabar con todo hombre blanco que se atreviera a airear una pistola.

Torres no se quedó parado. Fue a por De Blaise y trató de arrastrarlo, de sacarlo de allí, y poca ayuda daba para ello el inglés narcotizado. Otro disparo y el sargento mayor se deshizo de su agresor asiático.

¡Quietos ahí! —gritó a Torres encañonándole.

—¿Se ha vuelto loco? —respondió este mientras se interponía entre el arma de Bowels y De Blaise—. ¿Qué es lo que quiere?

—Venganza.

Otros dos disparos, y uno de los guardaespaldas cayó, abatido por un oriental. A juzgar por el número de armas blancas y de fuego portadas por asiáticos que aparecieron de la nada, en efecto estaban en una guarida Hung. Bowels se vio forzado a reaccionar. Saltó y viendo que el español se interponía en sus intenciones asesinas, agarró con violencia al anciano propietario que chillaba y protestaba, lo encañonó y empezó a correr con el viejo en brazos hacia el fondo, buscando una salida trasera.

—¡Matadlo! —gritó De Blaise con voz áspera y somnolienta. Sus detectives no estaban en posición de obedecerle, uno atendía a la herida del otro mientras era maltratado por los chinos, había tirado el arma para no repetir la suerte de su compañero.

—Nos veremos otra vez mayor, tiene una deuda conmigo. —Bowels salió seguido por la mirada de los Hung, escaleras abajo, hacia el sótano.

Con la misma velocidad que aparecieran esas cien armas se volatilizaron cuando llegaron los agentes de policía. Las protestas de los orientales asfixiaban a la autoridad. En cuanto a hombres blancos, pronto desaparecieron ayudados a salir a través de puertas traseras por chinos deseosos de mantener la privacidad de su clientela. De Blaise prefirió quedarse y atender a las preguntas, pocas y desatinadas, de la policía, seguramente por desconfianza de los asiáticos, pero a Torres le pareció la medida más oportuna. Dijo no conocer al agresor, igual que declararon el resto de los presentes. Torres calló a su vez, la intensidad de la mirada del inglés le hizo mantener el secreto. Los detectives parecían no saber tampoco de Bowels. De los dos guardaespaldas, el herido quedó con la policía y su compañero salió escoltando a Torres y De Blaise por la trastienda acompañados del anciano propietario, a quien el sargento mayor había liberado nada más encontrarse en la calle. Era difícil leer en la expresión del chino: o se disculpaba o exigía que no volvieran a su establecimiento, imposible de interpretar a esos orientales.

Debo agradecerle que me haya salvado la vida, una vez más dijo De Blaise más recuperado cuando marchaban hacia casa.

—Siento lo de ese joven oriental que fue herido, no creo que sobreviva. —Bajó el tono al añadir—: Se trataba del sargento mayor Bowels, ¿me equivoco? No me siento cómodo habiendo mentido a las autoridades, espero que me dé alguna razón que lo justifique.

—No se equivoca. No se preocupe, ese silencio solo durará esta noche. Mañana iré a la policía y hablaré de esto. El sargento me da lástima... sí, sé que mató a Harry, pero... está trastornado. No quisiera provocar una persecución y que en los nervios acabe muerto, eso no consolaría a nadie.

—Le creí más deseoso de justicia...

—No sé si eso sería justo... no lo sé, estoy aturdido. Mañana, con más calma... y le rogaría que de momento no contara nada de lo sucedido a Cynthia, ahora que se ha convertido en su amigo y confidente...

—No se preocupe, no diré nada. Salvo que no he podido servirle de mucha ayuda, ni siquiera me ha contestado lo que le pregunté cuando el sargento nos interrumpió.

—¿Lo que me preguntó...? ¿Sobre Birmania? Todo lo que le conté es tal y como lo recuerdo. Cynthia exterioriza a su manera los sentimientos de culpa que siente por casarse conmigo, por traicionar, según ella, a Harry, eso es todo —¿Era ese el motivo de la frialdad del lecho conyugal de los De Blaise? Torres no preguntó nada al respecto. Se limitó a decir:

—Hay una cosa que no entiendo. —Más de una cosa, como la repentina compasión de De Blaise por el presunto asesino de su amigo. No insistió, se limitó a preguntar—: ¿Por qué quiere matarlo? Las acusaciones que cayeron sobre él no partieron de usted, sino de esos dos suboficiales, que por cierto han fallecido...

—¡Qué me dice! —Quedó un instante pensativo—. Los habrá matado él, por haber hablado, por tanto... lo que contaron era cierto. Tuvo que ser él el responsable de la muerte de Harry, ahora caben pocas dudas.

—¿Y por qué quiere hacerle daño? ¿Qué mal le ha podido causar?

—Estaba al mando. Supongo que mató a Harry porque le creía un incompetente o un peligro, o por miedo a lo que dijera al llegar al fuerte Kamayut, y en su mente criminal piensa que una mayor firmeza en mi mando hubiera evitado todo. No voy a ser yo quien contradiga esa opinión...

—Sí, eso tiene sentido.

La noche cayó muy fría. Los dos caminaban tranquilos por las oscuras callejas de Limehouse, rodeados de siniestros hombrecillos, y otra fauna local, no menos esperpéntica, refugiándose en sus abrigos, seguidos a dos pasos por el detective, a quien De Blaise se dirigió pasados unos minutos diciendo:

—Conklin, haga el favor de buscarnos un coche en cuanto pueda, si es tan amable.

Mientras el guardaespaldas se ocupaba de cumplir esa orden, Torres volvió a insistir:

—Trataré de calmar a su esposa. No soy quién para dar consejos, pero le recomendaría que abandonara estos hábitos, de momento, mientras Bowels no esté en prisión...

—Sí, trataré de tranquilizarla yo también. Nuestro matrimonio puede que no sea algo ideal, Torres, pero es lo único que tenemos. Ojalá Harry...

—Debe quitarse ese pesar. Si el culpable de la muerte de su amigo es Bowels, como parece ser, yo me ocuparía de ayudar a las autoridades en todo lo posible para que lo atrapen, estoy seguro que su captura satisfará las deudas que cree tener para con el teniente Hamilton-Smythe. —De Blaise sonrió a desgana—. Creo que esas deudas no solo le han llevado a casarse con Cynthia.

—No le entiendo.

—La hermana de Hamilton. Se ocupa de ella, ¿no?

—Señor. —La inoportuna intervención de Conklin dio un respiro a De Blaise, que miraba al español sorprendido—. Ahí hay un coche, hablaré con el chofer, aguarden aquí, por favor.

Cuando el detective se alejó, De Blaise volvió la mirada a Torres y dijo:

—Veo que ha llegado a intimar mucho con mi esposa, esas confidencias no se las haría a cualquiera.

—Me honra esa confianza, pero... ¿está atendiendo al bienestar de esa señorita?

—Hago lo que puedo. Siempre hice lo que pude.

—Es raro que Cynthia no conociera a esa joven.

—No es hermana, ¿sabe?, no de madre. Es una hija ilegítima del coronel

Hamilton. De tal padre... Harry heredó el gusto por frecuentar casas de alterne, y ella fue el resultado de alguna de las visitas de su progenitor. Su hermano, medio hermano, miraba por ella, pero esa rigidez recalcitrante suya hacía que fuera incapaz de ocuparse de modo apropiado, la despreciaba, y más el coronel... esa mujer es una de las personas más desdichadas que he conocido nunca. Poco puedo hacer por ella.

El coche se acercó con Conklin sobre el pescante, subieron a él y la conversación terminó. De Blaise estaba muy cansado.

—Le haré caso. Se acabó el opio para mí. Ahora preferiría descansar. Le llevaremos a su pensión. Seguirá con su ajedrecista, supongo.

—Sí, sin embargo...

—Discúlpeme, no creo que pudiera atender a ningún problema técnico. Ahora quisiera descansar los ojos.

Así acabó este singular encuentro entre los humos de alcaloides y pólvora. Vaya... creí que había pasado más tiempo. Aún nos queda algo y no estoy cansado. Mejor, porque ese domingo le esperaba una sorpresa más aún a Torres; la tercera visita inesperada de las que les hablaba. Al llegar a la pensión, tras despedirse de De Blaise rogando que le tuvieran informado del estado del detective herido, la propia viuda le dijo que un caballero lo esperaba.

—¿Tan tarde?

—Es un señor extraño —dijo Juliette, agarrada a las faldas de su madre.

—No te metas en los asuntos de los mayores, Juliette. Perdónela, don Leonardo, es incorregible.

—No importa. ¿Dónde está ese caballero?

—Le he dejado esperando en el saloncito. No sabía cuándo iba usted a volver, no me dijo nada, pero el caballero insistió en esperar. Por supuesto, pueden disponer de ese cuarto cuanto guste, como siempre.

La viuda lo condujo al saloncito, y allí estaba, con los brazos abiertos, el Monstruo.

—Señor Torres Quevedo, qué placer verle después de tanto tiempo.

—Señor Tumblety, le aseguro que esto supone una gran sorpresa.

—No lo creo, seguro que antes o después esperaba mi llegada. Aunque tal vez ahora no sea un encuentro muy grato para usted, ¿me equivoco? No responda, no es necesario. —Francis Tumblety tenía ahora cincuenta y cuatro años, veinte más que torres, y conservaba un aspecto formidable para esa edad. El pelo se mostraba más gris y ralo, había ganado peso y vestía ahora mucho más discreto, alejado de la parafernalia militar con que tanto le gustaba adornarse. Aparte de eso, mantenía sus imponentes mostachos, así como el fuego en la mirada.

—Bien, sentémonos —dijo Torres y así lo hicieron—. Creo que es muy tarde para que mi patrona pueda ofrecernos nada más que un té...

—No he venido a cenar, amigo Torres. Supongo que entre nosotros sobran las ceremonias. Me temo que usted tiene algo que es mío.

—No le entiendo.

—Creo que sí. Mi Ajedrecista.

—Ignoro de dónde saca esa idea. En caso de que obre en mi posesión algo semejante, me parece mucho suponer que sea de su propiedad.

—No andemos con juegos semánticos. Usted sabe bien que guarda las piezas de un autómata que me pertenece.

—Se está poniendo muy impertinente. No tengo nada que sea suyo.

—No es cierto. Usted asistió a una de mis pequeñas exhibiciones hace muchos años, sabe a cuál me refiero, y he oído de muy buena fuente que tiene ahora lo que queda de la máquina, aquí mismo. —Torres se levantó dispuesto a dar por zanjada la entrevista—. No, déjeme terminar, no es mi intención despojarle de él sin más, estoy seguro que ha cuidado bien de esa joya e incluso puedo entender que le haya tomado cariño, soy un hombre civilizado y razonable, y creo que de no tenerlo yo, no podría estar en mejores manos que en las suyas. Considerando estas razones estaré dispuesto a proporcionarle cierta compensación económica...

—Creo que debe irse, ahora mismo.

Tumblety se puso en pie, rió con un remedo de suficiencia, que aun torpe, no carecía de cierta cualidad atemorizante, como si en el sonido de esa carcajada viajaran los horrores que el Monstruo era capaz de cometer. Se puso en jarras, echando los faldones de su abrigo atrás y mostrando al cinto un cuchillo.

—Señor Torres, no tengo ningún deseo en litigar con usted, pero comprenderá que ese objeto tiene un valor más que sentimental para mi persona.

—Esto es indignante... —La puerta se abrió y entró la pequeña Juliette, apurada y nerviosa. Haciendo una tímida reverencia dijo:

—Señor Torres, viene para aquí el inspector Abberline, inspector de Scotland Yard. Quiere hablar con usted, como ya le dijo.

Tumblety cerró su abrigo, lanzó una mirada iracunda a la niña y dijo:

—La oferta está ahí. Le daré doscientas libras por el Ajedrecista. Cualquier otro acuerdo que lleguemos, le aseguro que será muy desagradable.

—Váyase inmediatamente.

—Como desee. —Se fue hacia la puerta. Juliette se ocultó tras las piernas de Torres, huyendo de su paso—. No confié en la policía, Scotland Yard está formado por individuos de mentes mucho menos abiertas a las nuestras, no entenderán nada de todo esto, no lo están entendiendo. —Antes de abandonar la casa volvió a sentenciar —: Dembow y los suyos no son buena gente para negociar. No son de fiar, lo he probado en mis propias carnes.

No fue plato de gusto oír la misma advertencia que yo le hiciera en los labios del

doctor indio. Torres siguió hasta la calle al yanqui, para asegurarse que saldría de esa casa, y pidiendo con la mirada a la señora Arias que se mantuviera al margen, él se ocupaba. Ya fuera, recuperada la frialdad necesaria, dijo:

—Oiga Tumblety, si aceptara su oferta, dónde podría...

—Me alojo en una pensión en el East End, cerca de Commercial Street... pero no es una residencia fija... mejor... Me comunicaré con usted dentro de dos días, espero que entonces haya tomado una decisión. Buenas noches. —Y se fue.

—Era un hombre malvado —dijo Juliette cuando el americano ya se había alejado—, pensé que podía hacerle daño...

—Te lo agradezco, Julieta.

Ese extraño domingo había tenido no pocas revelaciones. Contribuyó a ensombrecer el ánimo de Torres y a decidirse por tomar cartas en el asunto de un modo más activo. Tenía que cerrar los misterios antes de acabar el mes, y volver por fin a España. Y he dicho «los misterios», en plural, dado que la impertinente aparición de Tumblety hacía que de nuevo su papel en los crímenes de Whitechapel cobrara importancia.

Así el lunes, en cuanto pudo, concertó una entrevista con el inspector Abberline. Se vieron una vez más en la comisaría de la calle Leman. La noticia que traía no era pequeña: «he visto al doctor Tumblety», y no solo eso: «es muy posible que vuelva a verlo en pocos días». Esperaba una reacción de entusiasmo que no se produjo, todo lo contrario. Puede que fuera culpa de la sosería natural británica, lo cierto es que el comportamiento del inspector podría calificarse de casi indiferente. Torres era un hombre perspicaz, ya lo habrán notado, pero carecía de experiencia en la investigación criminal, y no alcanzaba a ver en su plenitud la envergadura de los asesinatos a los que se enfrentaba Scotland Yard. Tumblety era para la policía (al menos para Abberline), otro sospechoso más, y descartaban un centenar por semana, ni siquiera se le consideraba un candidato a «asesino de Whitechapel» con significativos indicios a su favor. Añádase a esto el terrible cansancio moral y físico que soportaban los inspectores del CID.

—Pensé que era mi obligación comunicárselo, como encargado del caso...

—Ese dudoso honor le corresponde al jefe inspector Swanson —respondió Abberline, frotándose los ojos cargados—. Le agradecemos el interés que se ha tomado. Con respecto al señor Tumblety, será mejor que hable... que hablemos con el inspector Andrews.

Abberline no se rendía, pero el peso de la frustración empezaba a hacer mella en él, como en el resto de la policía. El día anterior había terminado la vista del asesinato de Polly Nichols, con el frustrante veredicto habitual de «asesinato premeditado cometido por una o varias personas desconocidas», los ataques de la prensa contra la labor policial, la burla directa, era cada vez mayor, las iras de la gente en la calle y la

falta de pistas contundentes se aliaban para componer el clima gris de aquel otoño.

—¿Cómo es que vino a visitarle? —preguntó mientras ordenaba telegrafiar al inspector Andrews para que se personara cuanto antes en la comisaría.

—Eso es extraño, y no sé hasta qué punto es por pura casualidad. ¿Saben aquel aparato que recuperé de la pensión de Crossingham?

Hacía quince días de aquello, parecía una eternidad pero no lo suficiente como para olvidarlo. Tampoco parecía darle importancia alguna. De hecho, era muy probable que la referencia al Ajedrecista enfriara aún más si cabe el interés del policía, y tomara la aportación de Torres como el entusiasmo de un científico alocado, deseoso de ayudar. Esto no son más que opiniones mías, y lo cierto es que Abberline era policía por encima de todo, y no ignoraría una pista por estrafalaria que le pareciera.

Llegó Andrews; un carácter completamente distinto al de su compañero. No es que Abberline fuera un sujeto desagradable, todo lo contrario, pero el detective Andrews era un hombre mucho más cálido y acogedor. Él sí mostró un interés en el asunto, en especial en todo lo que Tumblety dijo en la breve entrevista con Torres, que este reprodujo con la precisión de su buena memoria.

—Puede haber un centenar de pensiones en el East End cerca de Commercial Street —dijo al terminar y Abberline, buen conocedor del barrio, asintió—. Le agradecemos mucho la información, señor Torres, no está obligado a nada más, por supuesto. Sin embargo me veo forzado por los acontecimientos a abusar más de su buena disposición. ¿Estaría dispuesto a ayudarnos?

—Quiere que vuelva a hablar con Tumblety.

—Eso es. Sin duda se pondrá de nuevo en contacto con usted. Podríamos hacerle acompañar a partir de ahora por un agente, y hablar con él...

—Podrían detenerlo.

—¿Por qué? No tenemos nada en su contra. Sin embargo, si sigue viéndole y hablando, tal vez diga algo que lo identifique, y he comprobado que usted es un testigo excelente. La conversación que tuvo con él es tal y como nos lo ha contado, ¿no?

—Sí, estoy razonablemente seguro.

—Pues ya tenemos información interesante. Le dijo que nosotros no entendíamos nada, que «no estamos entendiendo», ¿sabe a qué se refería?

—No.

—No puede ser a ese asunto suyo sobre la propiedad de esa antigüedad, nosotros no tenemos ningún interés en eso.

—¿Quiere decir que se refería a los asesinatos? —Los dos detectives se miraron.

—Es una posibilidad que no podemos obviar —continuó Andrews—. Analicemos al señor Tumblety. Tiene conocimientos anatómicos, cosa que según el doctor

Phillips sería imprescindible para cometer las monstruosidades que ha hecho ese sujeto. Es un invertido, y ha manifestado un odio exagerado hacia el sexo débil. Es americano, cosa que coincide con el supuesto estudiante americano que estuvo buscando órganos por los hospitales. Además, estaba en la ciudad en las fechas de los asesinatos, y lo que es más, por usted sabemos ahora que se hospeda en Whitechapel.

—Entonces, todos los datos concuerdan —dijo Torres entusiasmado.

—No todos. Su aspecto no coincide exactamente con las descripciones de los testigos que dicen ver al asesino.

—¿Hay testigos fiables?

—Fiables... no. Hay gente con buena voluntad, pero es de poca utilidad el recordar un rostro o el aspecto de una persona que has visto un segundo, y en la que no has reparado por nada especial. Tras el asunto Chapman tuvimos un testigo prometedor, y aunque el calificativo de «extranjero» es apropiado para nuestro Tumblety, es demasiado viejo y esos bigotes inconfundibles no aparecen en los testimonios. Además, no hay ninguna referencia a actos violentos en el pasado del doctor indio, ni aquí ni en su país, ni nada de ningún comportamiento aberrante, de lunático me refiero.

—A mí me amenazó, veladamente.

—En efecto, eso no se aproxima al Tumblety que conocemos, algo lo ha envalentonado. Hasta ahora solo se le consideraba un timador sin escrúpulos, un agitador político como mucho.

—Entonces... ¿con qué nos quedamos? ¿Es el asesino o no?

—Nos quedamos en que seguiremos investigando —dijo Abberline—. Señor Torres, lo que mi colega quiere pedirle es que continúe actuando como hasta ahora, que le siga la corriente, que hable con él y escuche todo lo que le dice. No sé si estamos en situación de pedírselo, pero tal vez debiera aceptar su proposición, ¿sería un perjuicio para usted perder esa... máquina?

—No... no, no... —En el fondo. En el fondo lo que había hecho era construir su propio ajedrecista con las piezas de ese otro, podía repetirlo e intentar avanzar en cualquier momento, el problema de las patentes... no tenía claro las intenciones de Tumblety, pero si no había registrado ya el ajedrecista, es que no podía. En cuanto al valor «histórico», no creía que fuera el Ajedrecista original, se notaba que muchas piezas habían sido arregladas y sustituidas por otras nuevas, improvisadas más allá de la mera restauración. Puede que fuera una «evolución» de la obra de Kempelen y Maelzel... puede—. No me importa demasiado. Lo que deben decirme es qué quieren saber de él.

—Cualquier cosa —dijo Andrews—, especialmente la dirección exacta de esa pensión donde dice residir, y si fuera posible obtener una muestra de su escritura...

—¿Su escritura?

—Sí. Hemos... recibido cartas del asesino. —Torres no salía de su asombro—. Nosotros y la prensa. No pensamos... que ninguna sea real, ninguna da información significativa. Hay demasiado anormal que disfruta confundiéndonos, o bromistas con muy poco sentido del humor. No dejamos nada sin investigar, y hay la posibilidad, en mi opinión remota, de que el propio criminal quiera reírse de nosotros a través de alguna de esas cartas siniestras, por eso no quiero perder la oportunidad de comparar la caligrafía con la de Tumblety.

—¿Quién puede escribir...? ¿Con qué fin?

—Hay mucha oscuridad en el mundo, señor Torres —sentenció Torres... Perdón, Abberline—. Por eso le agradecemos mucho cualquier ayuda que nos ofrezca.

—No... no... se preocupen, lo considero un honor, y un deber el ayudarles a capturar a ese monstruo.

—De acuerdo... pues en cuanto hable con él, comuníquese con el inspector Andrews o conmigo. Eso sí, tenga mucho cuidado. Si es en realidad el asesino, se trata del criminal más aberrante que haya nacido de mujer, no se arriesgue en lo más mínimo. Pero si no lo es, ese Tumblety no deja de ser peligroso, puede que cargue en su espalda con no pocas muertes.

Con estas prudentes...

Con estas prudentes advertencias marchó Torres en pos de la resolución del segundo enigma: el misterio de lord Dembow. Al día siguiente...

Sí. Estoy cansado. Pero permítame acabar. Sera... serán... diez minutos.

Sí. Gracias. Eso es. Sí....

Al día siguiente se personó en casa del lord... quien no se encontraba en ese momento, ni el matrimonio De Blaise, dijo el mozo que lo recibió, Tomkins tampoco estaba allí. Sí estaba el secretario personal del señor Dembow, hombre no muy cordial a quien conoció fugazmente Torres en el pasado almuerzo. Él anfitrión tuvo que ser el joven lord. Algo le dijo que esa circunstancia era afortunada, que lo que iba a pedir era más fácil que se lo concediera el hijo que el padre...

La petición que traía Torres era sencilla, muy sencilla, sencilla sí...: quería ver la documentación sobre el Ajedrecista que cierto día descubriera en la biblioteca del lord. Recordaba que entonces ya le pareció de lo más extraña, y ahora ese recuerdo pareció más importante tras la petición del lord. Percy... se mostró seco pero correcto, como siempre que no estaba en situaciones sociales más bulliciosas.

—No tengo idea de qué papeles habla —dijo tras escucharlo, mientras sacudía el polvo de su rancia levita negra—, señor Torres. Son asuntos de mi padre, mejor será que se lo pida en persona a él, o al señor Ramrod. —El secretario.

—No tengo intención de llevármelos... me... bastaría con ojearlos unos minutos, tengo un vago recuerdo de ellos y quisiera...

—Le digo que no son míos. Es posible que el señor De Blaise pueda disponer a

voluntad de todas las pertenencias de mi padre; yo no, yo solo soy su hijo. Estoy seguro de que él lo ayudaría, para su desgracia él y su esposa no están aquí ahora.

Discúlpeme, señor. —Torres se envaró, serio—. No pretendía ser la causa de ningún conflicto familiar.

—Pues no venga con semejantes peticiones a esta casa. —Ambos quedaron en silencio, tensos durante unos segundos. Torres se disponía a despedirse cuando Percy continuó—: No me importa en lo más mínimo si se siente ofendido, es asunto suyo. No está en mi mano permitirle el acceso a objetos que no me pertenecen.

—Le entiendo, eso no podría ofenderme nunca. Sin embargo, por sus palabras deduzco que piensa que tengo algún tipo de confabulación con los señores De Blaise, o una amistad excluyente para con usted, y nada más lejos de mi ánimo.

—Tampoco es asunto mío a quién estima o deja de estimar, Torres. Abandonemos de una vez esta falsa cortesía...

—¿Cortesía?

—... tan de moda en nuestros días; a usted no le soy simpático, mientras que mi prima le tendrá fascinado, como a todo el mundo. Y supongo que ese aprecio se extiende a su marido, ese pozo de egoísmo por el que profesa una amistad sin sentido y de la que algo espera obtener.

—No voy a hacer caso... a esas palabras, por el bien de ambos... Creo que debo marcharme. Dudo de que ahora mismo se encuentre en sus cabales, amigo mío, y no voy a tolerar...

¿Ah no? ¿Acaso suele arriesgar la vida en sórdidos emporios de narcóticos por el bien de extraños?

La sorpresa de esa revelación espetada con tanta ira, calmó la de Torres. Quedó un instante en silencio, observando a Perceval Abbercromby congestionado por la furia, ¿por qué tanta cólera? ¿Se enfurecía por amistades ajenas? ¿Tan vil era?

—¿Cómo sabe usted...?

—Esta mañana... ha estado... ha estado aquí la policía haciendo preguntas. Sé que el usurpador está involucrado en algún asunto escabroso, cosa que no me sorprende, y sé que mi padre lo salvará. Es indignante...

—¿Y se habló de mi presencia...? Da lo mismo, no quiero saber más. Solo puedo decir que yo estaba allí por el afecto que siento por su prima, y si este afecto le molesta, lo siento mucho, señor mío. Me alegro de haber servido de ayuda en un momento delicado.

—¿Pero qué ocurrió? ¿Quién y por qué atacó a De Blaise?

Torres... no me pareció nunca un hombre frío, aunque sí inteligente, en extremo inteligente, y vio allí una oportunidad de conseguir lo que quería... esa oculta verdad que sospechaba desde hace días, y que no podía articular con palabras.

—Le interesa lo que ocurrió en Limehouse, lo que pasó en realidad, no lo que su

padre y su primo han dicho, sea lo que sea. Podemos entendernos.

Creo que hasta el español se sorprendió al descubrir esa faceta de negociador que emergió de sí. El trueque era claro: Torres contaba lo que sabía del incidente en el fumadero de opio y a cambio Abbercromby le permitía, en un fingido descuido, curiosear entre los papeles de lord Dembow. Lo que inquietó a mi amigo es que Percy estuvo ansioso de cerrar ese dudoso trato, dudoso en cuanto a la violación de la lealtad debida a su padre. Parece que el joven lord ansiaba tener cartas en la mano para jugar contra su odiado primo.

Torres actuó sin dobleces dentro del pacto... Contó...

Contó contó...

Contó lo sucedido tal como lo recordaba, y no disimuló el hecho de que Bowels era el suboficial en jefe en aquella última misión de De Blaise en Indochina, tan rodeada de misterio; si la policía ya estaba informada, la discreción prometida al mayor había prescrito. La satisfacción en el rostro de Percy era hasta obscena. Cumpliendo su parte del pacto, el joven lord condujo al español a la biblioteca. Sin perder la compostura miró de un lado a otro, en busca de curiosos.

—Ramrod anda arriba... no nos molestará.

—Si esto le va a causar problemas...

—Esta es mi casa, todavía lo es. Pase. Estaré en el salón. —Y le dejó allí, con libertad para curiosear lo que se le antojara.

La encontró mucho más ordenada de lo que la recordaba, aunque, por lo que vio la habitación seguía cumpliendo funciones de despacho. Aparte del orden, todo permanecía como diez años atrás, el siniestro blasón familiar, el cuadro del Leviatán náutico... náutico... los volúmenes anegando las estanterías... salvo algo, había algo diferente, que no llegaba a precisar.

Buscó los documentos referentes al Ajedrecista sin éxito. Tampoco hizo un registro exhaustivo, cierto pudor se lo impedía, se limitó a ojear lo que veía sobre las mesas y en los atriles. Así, buscando planos y esquemas sobre el improvisado escritorio, su vista cayó por azar sobre la estufa abierta y apagada. Había un trozo de papel, un fragmento que se había librado de la quema por algún accidente. Recientemente se había apagado el fuego, los rescoldos aún brillaban, así que lo cogió cuidando de no quemarse. Era parte de una carta.

—Señor, lord Dembow ha regresado. —Era. Era. Era. Era el mismo lacayo que lo recibiera, plantado serio en la puerta de la biblioteca—. El señor... Abbercromby me pidió que le avisara, toda la familia le espera, si me acompaña...

—Gracias —respondió... Torres. Respondió Torres algo nervioso, con ese trozo de papel arrugado en la mano. El criado notó su intranquilidad, eso formaba parte de su trabajo... leer las emociones de sus señores y de los invitados de estos. También percibió cómo Torres miraba la estufa, y la posición inclinada sobre ella en que lo

descubriera al entrar. Por suerte, su interpretación era tan inocua como cabe de esperar en un sujeto acostumbrado a no inmiscuirse en los asuntos de los señores.

—¿Estaba encendida, señor? Creí haberla apagadoooo... Cuando antes saliera milord la acababa de encender, pero hoy no hace demasiado frío, al menos dentro, ¿no cree? Así que decidí apagarla, espero que no estuviera...

—No... todo está bien. ¿Me espera lord Dembow?

—Sí, disculpe. Acompáñeme. —Así se salvó ese fragmento de la carta: Dembow la leyó, encendió la estufa para quemarlo y salió de casa, con prisa. El esmero del sirviente preservó del fuego ese pequeño pedazo que ahora guardaba en su puño.

En el salón estaban todos... Todos eran... eran... Dembow en su silla de ruedas, ahora con su ruidosa maquinaria quieta, y por tanto conducida por Cynthia, riendo de algo, tan feliz que en nada recordaba a la tristeza con que la viera la última vez. Estaba también Tomkins a un lado, el rotundo Ramrod y Percy, sonriendo como la encarnación de la satisfacción plena, y un reflejo de él, ese joven doctor que acompañaba a veces a Greenwood, tan similar en edad y en ausencia de apostura al heredero de los Abbercromby.

—Qué alegría —dijo Dembow—, nuestro... benefactor ha venido por fin a visitarnos.

—Ese título le corresponde más a usted que a mí. —Dio un paso y en un impulso, creyendo tal vez que nunca tendría otra oportunidad, otra oportunidad, abrió la mano y leyó ese trocito de papel que contenía solo una frase:

Devuélvame mi vida o toda esa sangre inundará su alma.

Volvió a cerrar la mano y entró.

—¿Qué afortunada... circunstancia nos ha traído a usted con nosotros, señor Torres? —dijo Cynthia sonriendo.

—Ya... ya se lo comenté a su primo.... Venía... venía a... venía en busca de ayuda. Para. Para el Ajedrecista.

____ 33 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Martes

Lento está vivo, y él es el más sorprendido por ello. Es todo dolor. Los vendajes roñosos, la botella sucia goteando su contenido «curativo» en sus venas a través de una vía sanguinolenta, el respirar pesado.

—*I'm*... soy... *annoyed*. —A los pies del colchón está Alto. Si uno es dolor, el otro parece preocupación encarnada.

—Pero consciente. Parece que mejora, aunque nadie lo creería posible viendo las habilidades médicas de ese carnicero. —Da la impresión de caer en la cuenta de lo desafortunado de esas palabras dichas a un herido grave, quién sabe si moribundo. Como disculpa dice—: ¿Le duele?

—Sí... soy más.. .mi cabeza...

—¿Se marea?

—Eso. Mareado... ¿Cuánto he...?

—Ha estado inconsciente un día entero... creo, en esta madriguera el tiempo pasa a su aire. Temí que fuera algo peor, la fiebre... pero parece que fueron los calmantes. —Señala al gotero mugroso—. Hoy ha reducido la dosis, y usted ha abierto los ojos.

—Eso...que atacó a mí...

—Sí, debió ser espantoso. Como todo este asunto.

—Aguirre.

—Lo he vuelto a ver. Le contaré lo que me ha dicho, estoy ya perdido. Tumblety ha aparecido de nuevo, lord Dembow quiere que Torres fabrique el ajedrecista...

—Ajedrez... tiene que seguir... leer para mí la novela.

—¿Novela?

—El dec... el trece trabajo de Hércules...

—¿El folletín?

—Sí, habla de ajedrez... ¿por qué nos dan eso a leer?

—A usted, yo no lo pienso ni ojear... bueno, se lo leeré si le tranquiliza. Pero son más importantes las conversaciones con Aguirre.

—Siga yendo. Los asesinatos... tienen que ser ya cerca...

—Sí, no hay muchas cosas más que hacer aquí encerrados. Ahora lo estamos los dos.

—¿Por...?

—Ya no me deja salir. Ahora descanse, yo voy a visitar de nuevo a... al viejo.

—Sí... William.

—¿Cómo?

—El autor... R. William.

—¿No podría ser la viuda Arias? Con su amor por las novelas rosa, puede que...

—Pregunte a detective por autor.

—Le digo que ya no podemos salir.

—Oh. Tal vez un... *nom de plume*...

Sí, es posible. Y es posible que sea otra persona cualquiera. Sea quien sea, ¿por qué nos...? —Lento respira más pausado, con los ojos cerrados. Al alzarse su pecho, se escucha un ruido áspero, gorgoteante.

Alto lo arropa, pese al enorme calor, y ve la cara de dolor de su compañero al sentir el peso de las sábanas.

Sale del cuarto.

____ 34 ____

Dios no se fía de los británicos a oscuras

Martes, dos horas después

Seguimos usted y yo solos. ¿Por dónde...? ¿Los asesinatos? Sí, enseguida llegamos a ellos. Hasta entonces vamos con los misterios que seguían rodeando a Torres. Le habíamos dejado en Forlornhope, cuando recién llegada toda la familia, Cynthia le preguntó:

—¿Qué afortunada causa nos ha traído a usted con nosotros, Leonardo?

—Venía a abusar una vez más de su generosidad, de la de todos ustedes. Tal vez necesite ayuda con el ajedrecista...

Lord Dembow abrió mucho los ojos, sonriendo, miró a su secretario con algo parecido a la esperanza en esa expresión siempre hastiada y entrechocó las manos con fuerza, casi un aplauso.

—No sabe cómo me alegra el poder servirle de algo en esta empresa. —Acarició con suavidad la mano de su sobrina, que reposaba en el respaldo de su silla tras de sí —. Vamos a la biblioteca y me cuenta lo que desea. Querida, ¿tú y John nos disculparéis unos minutos? Doctor Purvis, gracias otra vez.

—Por Dios, no las merece...

—No olvide recordarle nuestra cita al doctor Greenwood.

Percy estaba presente, nadie le hizo caso alguno, su mirada se clavaba en De Blaise. Ambos ingenieros, el español y el lord británico, fueron al cuarto de trabajo de este último, acompañados de Cynthia, y allí les dejó con un:

—¿Queréis que mande traer algo? —Resplandecía. Era feliz y mandaba cálidas miradas de agradecimiento a Torres; la perspectiva de un intercambio intelectual de alto nivel había dado luz a los ojos del mortecino lord y ya nada podía satisfacer más a su sobrina.

—No Cynthia, estaremos muy ocupados, a menos que usted...

Torres no necesitaba nada, salvo toda su atención para la conversación que iba a tener, para extraer la mayor información posible de entre ese ambiente de secretismo envuelto en cordialidad que empezaba a exasperarle. Ella se fue y quedaron solos.

—Veamos, amigo Torres, ¿qué necesita? ¿Ha avanzado mucho? Mi sobrino quedó muy impresionado con su primer prototipo...

—No diga eso del señor De Blaise, parecerá entonces de fácil impresión. Ya le dije que en mi opinión esto era una quimera, aunque apasionante. No tengo resultados que ofrecerle, hay problemas meramente técnicos de difícil solución, el número de posibilidades se centuplica solo con añadir una pieza más al juego y...

Dembow cerró los ojos y demandó silencio con el levantar de una mano. Su expresión se endureció de un modo que no había visto nunca en él.

—Ha venido a rendirse.

—En absoluto. —La sonrisa volvió a los labios de Dembow—. Su sobrino me indicó que tenía usted ciertas ideas que quería poner en práctica, o eso entendí. Tengo la esperanza de que esas ideas arrojen algo de luz al problema. Además, tengo el vago recuerdo de unos esquemas o planos que usted tenía, aquí, en esta misma sala, en mi pasada...

Mientras hablaba, el rostro del lord permanecía impertérrito, inmóvil, apenas parecía respirar, observando con cuidado cada palabra del español, hasta tal punto que dejó de hablar, temiendo que algún mal lo aquejara, o algo peor. No había señales de dolor, su semblante mantenía el buen color, solo alarmaba un hieratismo fuera de lo normal. Calló, y un segundo después dijo:

—¿Sabe a qué planos me refiero?

—Sí. —Rompió el silencio con tanta brusquedad que sobresalto a Torres—. Eran esquemas, bosquejos hechos a vuelapluma a partir de algunas observaciones, o notas recogidas en textos... Solo estaba pensando... bueno, no tengo idea de dónde pueden estar, por aquí ha pasado mucho papel en los últimos diez años...

—¿Han cambiado la decoración de este cuarto?

—No... ya no lo frecuento, así que no puedo asegurarlo...

—Claro... Lo cierto es que necesitaría esos papeles.

—Los buscaremos... permítame una pregunta. ¿Aquel sujeto tan peculiar? ¿Ese tullido que le acompañaba la primera vez que nos conocimos...?

—¿Don Raimundo?

—Sí, creo que así lo llamaba usted, ¿sigue en contacto con él?

Torres tenía idea de mis recientes visitas a esa casa, de mi supuesta colocación como nuevo jardinero, y sobre todo era consciente de mi advertencia. Ante la sorpresa de pregunta tan extemporánea, contestó con franqueza.

—Le vi recién llegado a Londres, vine a verle de hecho. Hace al menos una semana que no tengo noticias suyas, salvo por su sobrina, que mencionó que había estado por aquí.

—Sí, precisamente por eso se lo pregunto. Estuvo, Cynthia le ofreció ayuda.

—Un gran hombre don Raimundo, aún no he podido devolverle los favores que me ha hecho. —Volvió a caer el silencio. Esto no parecía en nada un debate entre científicos, Torres tuvo que notar que los recelos y sospechas que sentía hacia Dembow y toda su familia, eran recíprocos, al menos por parte del lord—. Bien, pues...

—Entonces necesita mi ayuda. —De pronto volvió a su ser, un hombre enfermo y cansado, iluminado por un repentino interés intelectual, como si los últimos minutos

de conversación no hubieran existido—. No puede imaginar el orgullo que supone para mí poder servirle de algo, y no estoy muy seguro de ser capaz, está usted mucho más versado en cuestiones de mecánica y automática que yo.

—Sin embargo, tiene una idea...

—Cierto. Un modo de aproximarse al problema que puede facilitar todo. Dice que el construir una máquina que juegue al ajedrez por sí sola, como un jugador de carne y hueso, es muy complejo. Pues bien, reduzcamos la complejidad, no elimine el elemento humano.

—No le entiendo.

—En vez de construir una máquina que juegue al ajedrez por sí sola, hagamos una que ayude a jugar al ajedrez. Quiero decir, un artefacto que permita a un hombre común, un mal jugador, o incluso alguien que desconozca las reglas del juego, jugar con razonables posibilidades de obtener una victoria. —Torres no dijo nada mientras su poderosa inteligencia procesaba la información que recibía—. De ese modo, utilizando el cerebro humano como centro y motor de la partida, nos limitaremos a fabricar artificios que mediante reglas razonables aumenten la eficiencia del jugador. ¿Qué le parece?

Permaneció unos minutos en silencio para terminar diciendo:

—Un enfoque diferente, desde luego... casi diría que opuesto, aunque no acabo de ver la ventaja, ni siquiera creo que simplifique de un modo considerable el problema, dejando a un lado el detalle de que este no era el objetivo que usted...

—Claro que sí. Estoy seguro de que así es como funcionaba el Ajedrecista. Era Tumblety su contrincante, que jugaba ayudado por rígidas estructuras electromecánicas imbuidas en el autómata.

—¿Y de qué modo se comunica con el Ajedrecista?

—¡Ah!, amigo mío, ese es el factor esencial, la conexión hombre máquina.

Así terminó la conversación, mucho tenía en qué pensar ahora Torres. Lord Dembow lo despidió con la promesa de que buscaría los planos y la documentación que encontrara al respecto, y se la haría llegar. Torres se despidió de toda la familia, menos de John De Blaise, que había salido.

—¿Tan rápido se va? —dijo Cynthia—. Apenas le hemos visto.

—Prometo volver y dedicarles toda una tarde. Ahora...

—No, no se va a ir sin que le muestre la mejora en nuestro jardín, no se lo consiento. Venga.

Las intenciones de Cynthia no eran mostrar mis progresos como floricultor en el patio trasero, que eran casi nulos por el poco tiempo trabajado. Quería saber de la mediación del español con su esposo, si es que esta se había producido. Parecía no tener noticia de la agitada visita de Torres al fumadero de opio, ni estar del todo al tanto de lo que allí ocurrió, a juzgar por lo que dijo, y él no la sacó de su ignorancia.

Pensaba que ese incidente tendría relación con el atentado sufrido dos semanas atrás en la puerta de casa, cosa que también creía Torres, aunque ella lo achacaba a disidentes políticos que hostigaban a su familia, a su tío en concreto, que tantos y tan importantes contactos con el gobierno tenía.

Mi amigo contó lo que sabía, sin precisar dónde había hablado con De Blaise. Eran noticias bien escasas.

—Entonces... ¿no dijo dónde estaba esa señorita, cómo se ocupaba de ella?

—No, lo siento. No quise yo pecar de entrometido preguntando demasiado. —La mujer suspiró, y miró triste a los rosales tristes. Pena y belleza juntas forman un cóctel que ningún varón puede resistir—. Cynthia, que su marido se ocupe de esa mujer, debiera ser motivo de orgullo, dice mucho a su favor que trate de aliviar las desdichas de la medio hermana de su amigo, que no ha llevado una vida plena, por lo poco que intuí.

—Por supuesto. —Se volvió a él arrebatada—. Y si tan buena acción es, ¿por qué no me hace partícipe a mí de ella? —Porque el secreto era moneda de cambio en tu familia, le diría yo ahora. Nada dije, porque no estaba, y Torres, estando, también calló. Se despidió prometiendo que dedicaría todo el esfuerzo posible en encontrar a la dama, o en ayudarla en cuanto pudiera.

Dejó a Cynthia en el jardín, con sus cuitas. Fue Perceval Abbercromby quién se empeñó en acompañarlo a la puerta, recogiendo sombrero y abrigo para ambos de manos de Tomkins, quién no se opuso a delegar sus tareas en su señor, pues era reclamado a la biblioteca junto con el señor Ramrod; tenían asuntos que despachar con el lord.

Pasearon disfrutando del boscoso entorno de la mansión, ahora un paraíso otoñal propio de cuentos de caballerías. El frío les hizo arrebujarse en sus ropas mientras oían el crujir del suelo bajo sus pies. Un ambiente propicio para las conspiraciones, que el joven lord no tardó en aprovechar:

—Imagino que nuestro improvisado acuerdo sigue en pie.

—No le entiendo.

—Quería decir que no se sentirá perjudicado por el hecho que su... espera en el despacho de mi padre no le haya aportado lo deseado, no traicionará la confianza...

—Si su temor es que comente lo que le dije a usted, no tiene sentido. Ya es del dominio público el percance de su primo.

—Puede, pero no la identidad del agresor.

En efecto, aunque De Blaise había acudido a la policía como aseguró para informar del incidente con más calma, no mencionó el nombre del sargento mayor Bowels, tal y como quedó claro en la conversación con Cynthia. ¿Por qué?

—En ese caso sí parece que estoy en desventaja, usted ha obtenido algo y yo...

—Puedo invitarle a un trago. —Sonrió Percy.

—En otra ocasión estaré encantado de aceptarlo, de momento me conformo con que me responda a una pregunta. ¿Sabe algo de la hermana de Henry Hamilton-Smythe? —El joven lord no pudo ocultar su sorpresa. Torres no le dio respiro y le mostró el retrato que Cynthia le diera. La miro con una extraña expresión en los ojos, entre tristeza y... repugnancia.

—Vaya, señor Torres, voy a tener que vigilarlo de cerca. Parece que le gusta remover el pasado, y suele ser desagradable agitar a los muertos.

—¿Me está diciendo que esta joven ha fallecido?

—Me refiero a Hamilton-Smythe. No era alguien a quien apreciara, pero ya ha muerto, déjelo estar, por Dios.

Ya alcanzada la verja nueva, que un par de operarios se esforzaban en reponer tras la voladura de la anterior, oyeron unos pasos al trote ligero a su espalda. La señorita Trent corría hacia ellos, haciendo señas para que la esperaran.

—¡Señor Torres! ¡Señorito Perceval! —Los dos caballeros se detuvieron, y esperaron a que llegara la mujer, que parecía cargada con algo de ropa—. Buenos días, señor Torres. La señorita Cynthia ha insistido en que hacía frío, que le llevara este capote.

—Muchas gracias. No hace falta, ya traigo...

—Ese abrigo es de papel, señor, no está usted hecho a estos fríos. Ande, cójalo que si no esa niña me regañará a mí. —Accedió Torres por no demorar más la despedida. Quedaron los tres en silencio, en espera de que alguien reaccionara—. Bueno, nos volveremos a ver pronto.

—Eso espero.

—Que tenga un buen día —se despidió entonces Percy. Echo mano a su sombrero y desanduvo lo andado hacia la casona. Torres quedó pensativo, mirando al joven lord marchar.

—Señor... —interrumpió sus cavilaciones la señorita Trent, mostrando al distraído ingeniero que aún seguía a su lado—, ¿ha venido en coche? Tal vez necesita... estoy seguro que milord querrá que...

—¿Eh...? Oh, disculpe. A veces me quedo ensimismado... no, he venido caminando. Me gusta caminar, ¿sabe?, más por los montes que por la ciudad, pero... da igual. Me voy dando un paseo. —Se envolvió en el capote sonriendo y luego añadió—. Por cierto, disculpe si me entrometo, pero empiezo a considerarme parte de esta casa...

—Lo es, señor, todos le aprecian...

—... tengo entendido que hay o hubo un señor Trent, ¿me equivoco?

—¡Oh! —La buena mujer quedó más que azorada— . Lo hubo. Falleció.

—Cuánto lo lamento. ¿Recientemente? Lo digo por el luto...

—Hace dos años. —No tenía la mujer una expresión de natural alegre, por lo que

su duelo no fue llamativo. De todas formas sí pareció dolida, más que lo que cabía de esperar en alguien que, como decía Cynthia De Blaise, había ganado más que perdido con la muerte de su esposo.

—Lo lamento mucho, no tenía idea de que estuviera casada. Imagino que ha sido una gran pérdida.

—Enorme. Tuve la fortuna de casarme con el mejor de los hombres, si me permite la presunción, y de esas cosas no se da una cuenta hasta que es muy tarde.

—Sé lo doloroso que es la pérdida de un ser querido, lo sé bien.

—¿También falleció su mujer...?

—Mi hijo. Hace menos de un año.

—Pobre criatura del señor. Cuánto lo siento, ese sí es un dolor terrible, el peor, perder un hijo...

—¿Usted tiene niños?

—Sí... aunque hace tiempo que no los veo.

Se despidió estrechando la mano de la señorita Trent con cariño, y dio un largo paseo hasta casa de la viuda Arias. Cuando llegó aún tenía aquel trozo de papel que encontrara en la estufa de la biblioteca de Forlornhope, bien oculto en su bolsillo; al final él era quien no había sido justo con Abbercromby.

Llegado a casa comprobó al reflexionar que todos los aspectos de este tan extraño viaje se veían eclipsados por la brillante luminaria de aquella «idea» de lord Dembow. El bien engrasado cerebro del español debió echar chispas tras escuchar ese pensamiento y dejar que madurara. La hipótesis de inicio le gustaría mucho al finado Hamilton-Smythe: fue Tumblety su oponente en aquella partida, no un artefacto creado por el hombre y su diabólica ciencia. El doctor indio de algún modo comunicaba los movimientos al Turco de metal, telegrafía sin hilos, imanes, como fuese; no es que el método fuera sencillo, pero se podía buscar el modo de abordarlo. La excelencia surgía en pensar que la maquina depuraba las ideas del americano. Por medio de rígidos procesos lógicos, donde se habrían sistematizado todos los lances posibles de una partida de ajedrez, que ya es sistematizar, la máquina corregía los errores llevados por la torpeza del jugador. Por tanto, el autómata proporcionaba la lógica, mientras que el hombre aportaba todo aquello ajeno a la mecánica, propio de la parte más espiritual: la imaginación, el arrojo, la improvisación... brillante. ¿Cómo podía hacerlo? Torres tenía sus dudas respecto a que esta aproximación, aunque fuera correcta, simplificara en nada la tarea. Seguía teniendo que codificar las muchas posibilidades que cabían esperar a lo largo de una partida y, además, añadirle un método eficiente de comunicación, hombre-máquina. Mucho tenía que pensar, y que trabajar, e intuía que lo que había hecho lord Dembow era darle unas migajas con el fin de excitar su intelecto; debía aguardar a esos planos, que seguro llegarían.

He dicho que las incógnitas que se habían ido acumulando en aquel septiembre

habían quedado eclipsadas. Puede. ¿Olvidadas?, qué va. Al día siguiente el señor Ribadavia invitó a Torres a su club, para comentarle las nuevas informaciones que parecía tener. A eso de las dos de la tarde de un miércoles acudió a la cita en el club Atheneo, sito en la parte más hermosa y señorial de Londres. Era insólito que alguien no británico perteneciera a club tan exclusivo, del que eran miembros toda la intelectualidad de la ciudad, lo que daba idea de lo aceptado que era el diplomático español en la sociedad londinense.

Le recibió en un suntuoso salón, todo aromas a tabaco y a buen brandy, tapizado de cuadros de antiguos e insignes miembros del club, donde caballeros de lo más granado del país leían la prensa, fumaban regios cigarros, bebían y conversaban. Señores entre los que la arrolladora personalidad de Ribadavia destacaba sin desentonar. Se acomodaron en dos magníficos sillones y al solaz de dos copas de licor empezaron su conversación.

—Entonces, ¿sabe algo nuevo respecto a lo que comentamos?

—Ay, don Leonardo, me temo que sí. —Suspiró, se arrellanó en el sillón, abrió la cigarrera de plata propia de los miembros del club, ofreció uno a Torres y buscó distraído un fósforo en el bolsillo de su espectacular chaleco.

—Debo entender que no son buenas noticias.

—Peores de las que esperaba, y no tenía expectativas de que todo esto no encerrara un escándalo de alguna índole. Estoy seguro que ha oído chismes sobre mis muchas faltas...

—Le aseguro que todo lo que a mis oídos ha llegado son buenas palabras respecto a usted —atajó rápido Torres, sonriendo. Ribadavia acabó por desistir de la búsqueda de su cerilla justo cuando un elegante lacayo se acercó, y le dio fuego.

—No —dijo tras envolver a ambos en fragante humo—. Bien que me ocupo en airear hasta el menor de mis pecados y acrecentar en lo posible mi mala fama.

—Las famas no son más que una chaqueta que nos ponen, o nos ponemos; cambiar de traje es cambiar de fama. Es el interior del hombre lo que tiene valía, y en cuanto a lo que usted llama «sus pecados»... me va a permitir que piense que es mucho mayor la diversión que le provoca el airearlos que el posible daño que haga con...

—Ahí está el problema, en la ropa, los disfraces que nos colocamos para ocultar lo que creemos lacras terribles. —Endureció el semblante—. Incluso cuando tales borrones son reales, tan espantosos como imaginamos, el ocultarlos bajo el manto de la más pulcra respetabilidad no hace más que empeorarlos.

—No es de fiar quién hace alardes de honestidad, si a eso se refiere.

—En efecto, así es. En el mundo que vivimos uno puede ser cualquier cosa, cometer las peores faltas, mientras no demos un escándalo, mientras todo quede de puertas para dentro, está bien. Y los secretos fermentan y hacen daño, un daño mayor

que lo que ocultan. Eso, estimado amigo, es lo que ocurre con sus amigos y con la familia de nuestro lord Dembow. —Con afectación tomó un trago de su copa de brandy.

—Me está asustando.

—Es una familia vieja, muy vieja. Entre los fantasmas que atesoran y el gusto por hablar de la gente, que disfruta aireando, o inventando, chismes y patrañas de los ricos, los Abbercromby suman muchos secretos, se lo aseguro.

—¿Qué clase de secretos?

—Le diré... no estoy tan al cabo de la calle para aclararle todos los rumores que rodean a estas gentes, aunque sí los más jugosos. El viejo lord Dembow, padre del actual, tenía fama de hombre severo, incluso cruel, que atormentó a su mujer e hijos. Tan déspota era que nuestro lord trató de pasar el mayor tiempo posible lejos de casa en cuanto pudo evitar la rigurosa educación que su progenitor le proporcionó.

—Rigurosa... ¿en qué sentido?

—En todos. Robert Abbercromby no acudió a ninguno de los elegantes colegios públicos a los que va toda la clase alta de este país, su educación estuvo a cargo de su padre, impartida en el enclaustramiento de Forlornhope, ese fortín de lo arcano, el silencio y la vergüenza que todo lo emponzoña.

—Es usted un poeta, Ángel —rió Torres.

—Lo sé. Lo mismo hizo nuestro lord Robert con su hijo, Perceval, hasta que este encontró en el doctor Fenster, uno de sus preceptores. Imagino que buscó en él un modo de alejarse de la asfixiante tutela paterna. Dembow, por su parte, también hizo lo mismo al alcanzar cierta edad, alejándose lo que pudo del viejo lord, ya muy mayor cuando él era solo un muchacho.

—Eso tengo entendido, que viajó por todo el mundo...

—Sí. Afortunado él. Su madre y hermana no tuvieron tanta suerte, y debieron padecer las iras y la mezquindad de quién tanto tenía y tan poco le lucía... —La hermana. Cayó entonces en el cambio que creyó notar en la biblioteca con funciones de despacho de lord Dembow. Echó en falta el retrato de los niños, aquel daguerrotipo primitivo, donde salía ella.

—¿Qué fue de ellas? Sé que ambas fallecieron, pero.

—Su madre murió de alguna especie de afección nerviosa, siendo aún él muy joven. La gente dice que acabó en un manicomio, quebrada por el tormento al que le sometía su marido. No puedo confirmar ni negar nada al respecto, ni es asunto mío. En cuanto a su hermana... se dijo que tuvo un accidente a caballo y se mató, pero durante el funeral era otra cosa la que se comentaba. Lo cierto es que esa oscuridad pasó al primogénito, y así despreció siempre a su mujer, con la que lo forzaron a casar...

—¿Cómo era?

—Encantadora, dicen, y muy discreta. Y muy triste. Sabe Dios lo que han visto los muros de esa vieja casa. Nunca pareció profesar cariño alguno por ella, y con el hijo de ambos... ya sabe, nadie le ha visto tener una muestra de afecto. Así ha crecido, siendo un hombre áspero y desagradable, amargado por la pérdida de su madre, a quién culpa de su soledad y soltero pese a su edad, cosa que a todo el mundo sorprende...

—Usted también está soltero.

—Mi caso es diferente, mantengo este celibato, y me esfuerzo me cuesta, por bien de las mujeres. —Ambos rieron.

—Sin embargo, su sobrina Cynthia parece gozar del amor y los cuidados de su tío, y no es de su sangre.

—Eso no es del todo cierto. Al menos eso se dijo. Ya le he dicho que a la muerte de Margaret Abbercromby, la hermana del lord, hubo muchos rumores. ¿Sabe que la niña, adorable criatura, vino tras un viaje a América de lord Dembow?

—Sí.

—Pues hubo quien aseguraba que ese viaje no fue en busca de aventuras, ni siquiera fue una escapada del atosigante ambiente paterno. El joven lord buscaba a su hermana.

—¿Y qué hacía allí, en otro continente?

—Se había fugado con un mozo de cuadras de los Abbercromby, un tal William.

—¿El «capitán» William? Creí que eran amigos de la infancia...

—No lo dudo, aunque parece ser que era más amigo de la hermana que del hermano. Dicen que Maggi Abbercromby era de carácter libre y alocado, y no congeniaba en nada con su padre. Sea por amor adolescente o por rebeldía, el caso es que se escapó con ese mozo a las américas, y allí vivieron juntos y tuvieron a la pequeña Cynthia, que por tanto es sobrina de lord Dembow, sobrina de sangre.

—Me deja de una pieza.

—Eso no es todo. Hay quien aseguraba que Dembow encontró a la pareja en California, los mató a ambos y se trajo a la pequeña bastarda.

—Eso ha de ser una calumnia, por Dios... —Torres se encontraba ya incómodo dando pábulo a esos rumores con su presencia.

—Estoy seguro. Sin embargo, las voces corren. No voy a decir lo de «cuando el río suena...», me limito a hablar de secretos. Lo que sí me consta es que Dembow quería mucho a su hermana, tal vez a la única persona que apreciaba. La alegría de la niña que trajo, fiel reflejo de su madre, seguro que iluminaba esas paredes oscuras y llenas de reglas y odios.

—No concuerda eso con el asesinato.

—Son hombres severos los de esa familia, ya le digo, demasiado rígidos y prontos a la furia. En fin, como es de esperar, el amor que sintió por su hermana, lo

volcó en su sobrina.

—¿Y a qué inventar esa historias del capitán? ¿Por ser ilegítima debían...?

—Me temo que sí. Ya le digo, familias viejas.

—No creo nada de esto. —Bebió de su copa—. Además, la información que me interesaba era otra...

—Lo sé, y ahí también hay mucho que contar, esta familia atrae los escándalos.

—No creo haber preguntado nada sobre la familia de lord Dembow.

—Lo hizo. Quería saber de la estancia de estos dos caballeros, John De Blaise y Henry Hamilton-Smythe, en Asia, durante la campaña birmana de ochenta y seis, y ambos señores forman o estuvieron por formar parte de la familia, ¿no es así? —Torres asintió—. Hablé con mi amigo Barstow, y con otros oficiales que sirvieron por allí, incluso he llegado a entrar en contacto con algunas de las personas que intervinieron en el proceso del incidente de Kamayut.

—Vaya, le agradezco el interés que se ha tomado.

—Antes de agradecerme nada, escuche lo que tengo que decirle. En un principio todo lo que me contaban se ajustaba más o menos a la versión que conocemos. Una de las ventajas de mi fama torcida es que, brindo por eso —levantó su copa—, todo el mundo acaba animándose a confiarse a un tarambana como yo, le dan poca importancia a lo que pueda decir. Además, soy español; los hijos de la Gran Bretaña no nos tienen en mucha consideración. Y bajando la voz, se arrimó a Torres para decir—: Ni yo a ellos, por cierto, aunque me beba su brandy.

Don Ángel —rió el ingeniero—. Que ya ha llovido desde Trafalgar.

—No para mí, Leonardo, no para mí. —Y ambos brindaron—. Resumiendo, parece ser que es cierto lo que usted me comentó al respecto del comportamiento del teniente Hamilton en Birmania y en la India; allí su proceder se... deterioró mucho, o para ser más preciso, se agravó.

—Se refiere a sus tendencias irreflexivas en el combate, a su urgencia por ir a primera línea...

—Sí, eso también. Antes o al tiempo que esa actitud, se dedicó a ciertos... excesos inapropiados, a satisfacer apetitos que, si nunca debieran producirse en ninguna circunstancia, aún menos en el ejército, ciertos comportamientos decadentes, supongo que me entiende.

—Pues para serle franco, no mucho. El señor Hamilton no me pareció un «decadente» como usted lo llama, al estilo de...

—Del señor Wilde.

—Por ejemplo. Todo lo contrario, era un hombre temeroso de Dios y muy rígido. Tengo entendido que se sometía con frecuenta a las tentaciones de la carne, y que eso le trajo alguna que otra enfermedad, pero...

—No tenía idea.

—Eso me contaron. Creo que esa excesiva debilidad por el sexo bello también la tenía su padre el coronel. —Ribadavia tosió con sonoridad, y tuvo que dar un trago a su copa para reponerse.

—No me cabe en la cabeza. El general Hamilton era un caballero intachable, hasta rozar el tedio, diría.

—Ese mismo carácter era el que vi en su hijo Henry, pero hasta Aquiles tenía un talón para desdorar sus perfecciones. Incluso estos escarceos, los del padre, dieron como fruto una hija ilegítima.

—¿Cómo dice? —Todo el club se volvió al oír la voz. Torres se envaró un tanto, y echó mano a su chaqueta.

—Tengo una fotografía... —Ribadavia la tomó y le dedicó una larga mirada. Suspiró, volvió a retreparse en su asiento y aspiró con deleite del cigarro; sin otro gesto más que utilizar de prólogo, devolvió el retrato con toda ceremonia.

—El coronel Hamilton solo tuvo un hijo varón, ahora fallecido. Esa foto no es la hermana de don Henry Hamilton-Smythe.

—No... no le entiendo.

—Es don Henry. —Torres bajó la mirada despacio. El parecido familiar era en efecto considerable, más que considerable. Hamilton tenía un rostro angelical... feminoide... bien podía... poco a poco los retazos de recuerdos, de incómodas sensaciones fueron asentándose con solidez en su memoria: la frialdad del trato con su novia, sus reiteradas postergaciones al casamiento, la conversación con aquel sujeto desagradable con el que se topó en casa del teniente, la referencia a que molestaban a sus «amigos», la reacción de Percy al ver la foto, incluso alguna mirada cínica de Tumblety... —. ¿Era... invertido?

—Así es, señor mío, ¡travestido y sodomita! —El salón enteró tosió. Ribadavia se acercó más, en actitud conspiratoria—. Esa fotografía seguro que fue tomada en alguno de los locales que frecuentaba por aquí, lugares de depravación que gustan de ese tipo de espectáculo y que seguro usted no conoce; yo sí, ya sabe, por consolidar mi reputación. En Londres mantenía sus inclinaciones con discreción, no diría yo incluso que esa actitud «severa» de su carácter que usted menciona no fuera un embuste, un disfraz. Al llegar a Asia, tierra de excesos y sensualidad, desató lo que llevaba dentro.

—Quiere decir que cometió actos... ¿allí?

—Como lo oye. Empezó por ensalzar continuamente la figura de ciertos héroes clásicos, guerreros como él. Dicen que una noche salió al campo desnudo, solo con su fusil, queriendo cargar contra el enemigo... prefiero no aventurar a qué se refería cuando dijo «cargar», poseo una imaginación muy viva, lindando con la perversión. En otra ocasión, supongo que la definitiva, sus hombres le sorprendieron vestido de forma semejante a esa foto.

—¿De mujer?

—Sí, pero algo más exótica, por lo que tengo entendido.

—¡Dios nos asista! —Torres quedó conmocionado, cómo si no. No pudo mirar más el retrato, en el que ahora era incapaz de no apreciar el parecido, y lo guardó en su chaqueta de nuevo.

—A la luz de esto, ya no sé qué pensar del incidente de Kamayut, se lo aseguro. Mucho desprecio debió generar el teniente allí. La verdad es que su muerte fue lo mejor que le pudo ocurrir, sí, no crea que soy cruel. A la vuelta a Inglaterra no le hubiera esperado nada bueno. Fue preferible así para él, para lord Dembow y desde luego para esa joven a la que, por cierto, usted bloquea mi acceso con cruel obstinación.

—Hamilton no era una mala persona, yo conocí a un hombre valiente y honrado... muchas ramas se tuercen. Lástima.

—No se engañe, Leonardo. Hay torceduras que no se pueden enderezar.

Torres estaba consternado. Sin tener el mundo ni el desparpajo de Ribadavia, era mejor conocedor del alma de los hombres y no podía si no apenarle la vida del pobre teniente Hamilton, y de los que lo rodeaban. El no veía en su actitud disciplinada, su fervor religioso, en su seriedad y su sequedad un embozo para esa feminidad oculta, no, más bien una reacción. Esas virtudes, que seguro atesoraba en su alma de natural, fueron potenciadas en un deseo por alejar de sí tendencias que sin duda alguna lo atormentaban. Al igual que su compromiso con Cynthia, otro intento de escape. Qué cruel es la vida con algunos. Ese tormento que arrastraba lo llevó a la locura y a la inmolación en oriente. Si no lo mató Bowels y los suyos como castigo por ofender al regimiento, lo hubiera hecho un dah birmano sobre el que seguro se lanzaría gozoso.

Bien, don Ángel —se levantó Torres dando un último trago a su copa—, le agradezco mucho el tiempo que me ha dedicado.

—Un placer amigo mío, aunque lamento que lo que traigo sea tan desagradable. Dudo que pueda ayudar a su amigo De Blaise... en fin. Sigue pendiente el asunto de la señora De Blaise, no puede dejar de facilitarme el acceso a ella.

—Creo que le conozco bien, Ángel —sonrió y palmeó el hombro del diplomático, trayendo algo de buen humor a conversación que había concluido con tanto desagrado—, y sé que no busca favores de familia tan principal, sino que le mueve un amor puro y casto...

—La duda ofende, Leonardo, aunque ese afecto sea más puro que casto.

—Sin embargo, en el estado en que se encuentra, no sé si...

—Oí cómo ese médico afrancesado hablaba de su histeria y de sus aparatos para aliviarla. Le aseguro que yo soy mejor prescripción para ese mal que cualquier artilugio. Por cierto, que la señora De Blaise anda haciendo preguntas en las más altas esferas.

—¿Cómo?

—Sí. Esta misma mañana un compañero de bridge que trabaja en el Home Office me ha comentado que la dama visitó a ciertos amigos suyos, e hizo preguntas.

—¿Preguntas? No le habrán llegado rumores... como los que usted me ha comentado.

—¿Sobre su madre? No lo creo. Vamos, puede que oyera comentarios, pero no tengo la menor duda de que si ha sido así, los ha despreciado hace tiempo, como ha hecho usted ahora. Está preguntando sobre la familia del extinto Hamilton-Smythe. Aprovecha ciertos contactos de su tío en el gobierno...

—¿Por qué en el gobierno? ¿Por qué indaga allí?

—No lo sé, la dama parece misteriosa y fascinante. Entonces, mi querido compatriota —ambos ya en pie, caminaron hacia el vestíbulo del club—, ¿cuándo propiciará el encuentro inevitable entre esa beldad y mi persona?

—Sí... bien... el sábado o el domingo a más tardar iré a visitarles para despedirme, puede acompañarme si lo desea. Quiero ya volver a casa.

—Estupendo... no el que se vaya, eso lo lamento mucho y espero que vuelva cuanto antes a visitarme.

—Señor Ribadavia, me alegro de verle. —Ese «señor» pronunciado con tan terrible acento era obra de un elegante caballero de porte atlético, con ese envaramiento propio de quien está hecho a gastar uniforme, aunque en ese momento no lo llevara. Moreno, con monóculo y un espeso mostacho que enmarcaba su boca por arriba y los lados—. Hace tiempo que no tomamos una copa, echo de menos su siempre desconcertante punto de vista.

—También añoro esas charlas, comisario —respondió Ribadavia casi a voz en grito, desplegando todo su encanto—. Quiero creer que últimamente andará muy ocupado.

—Trabajamos cuanto podemos —dijo más serio el policía.

—Aprovecho para presentarle a este buen amigo mío, el señor Leonardo Torres, un compatriota que lleva unas semanas visitándonos. Don Leonardo, el comisario sir Charles Warren. —La máxima autoridad de la Policía Metropolitana sonrió y estrechó con firmeza y entusiasmo, y dijo:

—El señor Torres. No sabe lo que me alegro de poder estrechar su mano. Estoy informado de la gran ayuda que nos está brindando, a la Policía Metropolitana, al CID y a toda la ciudad de Londres, le estamos muy agradecidos.

—Más me gustaría ser de tanta ayuda como dice —contestó Torres soportando la tremenda mirada de sorpresa que le dedicaba Ribadavia—. Si pudiera colaborar a que esos...

—Seguro que sí, seguro. Ahora tengo que marchar, queda emplazado para esa copa, señor Ribadavia.

Se fue, el hombre más acosado por la inmisericorde prensa británica. Era un aventurero y un militar, acostumbrado a mantener la cara en los peores momentos. Aun así, Torres se compadeció del toro con el que tenía que lidiar cada día. Si para él empezaba a convertirse en un deseo imperioso el que el asesino fuera por fin capturado, no podía imaginar lo que supondría para el último responsable del actual fracaso de esa captura. Los tabloides más sensacionalistas pedían a diario su dimisión, y esa tensión debía transmitirse a todos sus subalternos, a los hombres de la policía metropolitana y extenderse a los detectives del CID que cada día pateaban los adoquines londinenses en busca de un indicio. Torres comprobó en persona este estado incómodo de la policía el día siguiente, cuando recibió la llamada del detective Andrews, interesado en si se había producido el esperado encuentro con Tumblety.

—Aún no.

—Se retrasa... tenga cuidado, tal vez haya maquinado algún modo más directo para hacerse con lo que desea. Creo que debiera acompañarle un inspector... si no le incomoda a su patrona.

—No lo creo. Hay habitaciones libres. —Pensaba entonces en la que yo había desocupado.

—Excelente, y esperemos que ese americano asome de una vez.

—Le noto inquieto, inspector.

—En unos días la captura de ese falso doctor se ha convertido en prioritaria, estoy dedicado a ello a tiempo completo. —El tono del jovial detective era ahora de ira contenida. Torres no preguntó más.

Regresó a la casa de la señora Arias, a sus cálculos y engranajes, movimientos y números... ¿Cuál sería el próximo movimiento de Tumblety? Quedó mirando a su máquina, un acertijo mecánico, preciso, sólido y carente del misterio, de la magia de aquel otro del que canibalizaba parte de sus entrañas. Y ese enigma parecía desvelarse si hacía caso a las insinuaciones de Dembow. ¿Qué partida era la que estaba jugando el lord? Había estado años a la defensiva, salvaguardando sus piezas más importantes y poderosas durante tanto tiempo para ahora lanzarse a un ataque frontal, ¿por qué?

Volvió a sus papeles y reglas de cálculo, y de nuevo los abandonó. Hoy, la matemática no le proporcionaba el solaz que requería. Su mente analítica se veía desbordada, no por problemas técnicos, que estaba hecho a bregar con esos a diario, eran de otra índole. Esa mañana no podía rendir en el trabajo, y no lo intentó más.

Lo normal, incluso lo más conveniente, era que acudiera a la Iglesia para sosegarse. Necesitaba paz espiritual, sin duda. Las ideas que brotaban una y otra vez del caos de su cabeza eran tan perturbadoras como imposibles de refrenar. Si confiaba en la fortaleza de su mente, más lo hacía en la de su espíritu, y la primera necesitaba cura con urgencia. Su intelecto de natural ordenado, se veía revuelto por

contrasentidos e incertidumbres, aguijoneado por misterios que no parecían tener nada que ver con el asunto que le retenía en la capital del Imperio, y que sin embargo insistían en molestar, llamando a su atención, diciéndole: «Leonardo, no nos ignores, si nos resuelves, darás con la solución de todo».

Necesitaba paz y la buscó dando un paseo.

—Señora Arias. —La encontró abajo, devorando una de sus novelitas, sentada en la pequeña mesa camilla donde se sentía tan cómoda y tomando notas. Esto último lo sorprendió, recordaba haber visto ese cuadernillo en el que ahora anotaba con rapidez la viuda y no reparar en él—. Disculpe, ¿Qué...?

—Oh. —La mujer cerró azorada la libreta, luego sonrió. Son tonterías mías, así distraigo el día. No va a ser usted el único que se enfrasca en sus cosas.

—Por supuesto, ya había notado su afición por la lectura. ¿Qué anota ahí? ¿Hace comentarios de las novelas?

—Sí... son notas... bobadas... —Respiró hondo, parecía que quisiera tomar valor para desvelar un gran secreto—. Estoy escribiendo una novela.

—¡Qué me dice!

—No se burle de mí... en realidad todavía no he comenzado.

—¡Cómo iba a burlarme! —Se sentó a su lado, pidiendo permiso con un gesto—. Lo que ocurre es que no tenía idea de sus inquietudes artísticas, me parece magnífico.

—No me engañe, seguro que considera estas novelas pura banalidad.

—No puedo juzgarlas, no soy aficionado a...

—Tiene razón, lo son. Banales y mal escritas la mayoría, pero están cargadas de sentimientos, de... de pasión. —Se sonrojó aún más de lo que estaba—. Repletas de buenas intenciones, intenciones de conmover al lector, pero les falta algo... por eso tomo notas. Quiero que mi novela... no sé, son tonterías de vieja solitaria.

—No veo por aquí ninguna mujer solitaria, y ni mucho menos vieja. —Se produjo un silencio, no tenso, al contrario, divertido.

—Bueno, señor Torres, no quiero entretenerle más con mis cosas. ¿Necesita algo o...?

—¿Tiene algo que hacer, señora Arias? Me dispongo a dar un paseo, y me gustaría que me acompañara y me hablara de esa novela que tiene en ciernes.

La viuda puso débiles objeciones y acabó aceptando. Cogió su sombrero y ambos salieron hacia Hyde Park. Si era evasión lo que buscaba Torres, si pensaba que el ocupar la atención en temas menos oscuros, más refrescantes, aclararían el marasmo donde sus pensamientos bogaban, no pudo optar por mejor actividad. Esa mañana el parque le pareció particularmente hermoso, y la compañía de la viuda, encantadora.

Con timidez, la personalidad de la señora Arias se fue desplegando y mostrando así una mujer cuyo mundo no se circunscribía a la prosaica vida de una hostelera en Londres. Su fantasía era poderosa, la fuente de un carácter soñador que ocultaba en la

rigidez de sus modales, y que con toda probabilidad la aliviaba del duelo por su viudedad y las cargas que su inquieta hija le imponía. No soñaba con el éxito en las letras, en absoluto, deseaba escribir una novela, sin más y volcar en ella toda la intensidad que su corazón, amordazado por los modos de la época que le había tocado vivir, escondía.

—¿Y tiene título esa novela suya? —preguntó embargado por la pasión que ponía la viuda en sus palabras, ya superado el pudor de sincerarse con un extraño—. ¿Ha escrito algo? Al menos tendrá un argumento...

Prefiero no hablar de ella hasta haberla terminado. Le prometo que entonces será usted de los primeros en leerla. Se la mandaré a su país. No espere gran cosa, ya sabe...

—Será un honor. ¿No puede al menos adelantarme algo?

—No puedo negarle nada... después de cómo se han portado ustedes con mi pequeña familia. Además, han influido en cierto modo en la novela.

—¿De verdad?

—Su amigo, el señor Aguirre... ve, eso es lo que falta en las novelas actuales, historias de verdad, vibrantes. —Se abría una oportunidad para descubrir por fin qué fábula había contado la pequeña Julieta—. En fin, mi novela tratará del joven heredero de una rancia monarquía centroeuropea, que sufre un terrible accidente que lo desfigura, y lo imposibilita para ser príncipe y lo mantiene encerrado en la mansión paterna, desde su niñez.

—Madre mía.

—No se preocupe, sus secretos están a salvo conmigo. Como ve he alterado los hechos considerablemente. Este sería uno de los protagonistas. Va dando tumbos por toda Europa hasta llegar a servir en una casa, una antigua familia que esconde enormes secretos, que no esperará que le desvele ahora.

—Faltaría más.

—A esa familia llega una joven, como institutriz o algo así, que se verá envuelta en los misterios que allí perduran, y los irá desvelando... no estoy segura, puede que sea un niño el que llega allí, el hijo de uno de los sirvientes. Me gustan los niños en las novelas, siempre dan candor a una historia.

—Sin duda.

—Y los secretos, eso sería el toque de misterio. Luego habría amor, y aventura, por supuesto, pero sobre todo enigmas tormentosos, de esos que abundan en las familias de raigambre.

—Si yo le contara... que digo, seguro que puedo contarle alguna que otra cosa.

—¿De su familia?

—No... —Su vagar sin prisas los había conducido al paseo de caballos, y cuando Torres traía a la memoria cierta familia que se acomodaba a la inventada por la

excesiva y recargada imaginación de la viuda Arias, apareció ante él uno de sus componentes: Cynthia De Blaise, con atavíos de monta, a pie mientras llevaba su caballo del bocado. Estaba llorando.

—Es la señora De Blaise.

—Oh... esa mujer. Parece indispuesta...

Ambos se acercaron presurosos. Cynthia se recompuso al verlos, quitando importancia a su estado.

—No se preocupen —dijo—, es un sofoco...

—Hace calor para montar, tal vez —dijo la señora Arias.

—Claro, vamos a sentarnos un minuto —dijo Torres.

—Yo les dejo. —Antes de que el español pudiera decir nada, añadió—: Sí, señor Torres, tengo que volver ya. Antes de hablar con usted recibí la llamada de un caballero que desea alojarse con nosotros desde esta misma tarde, y he de disponerlo todo. Ocúpese de la señora, seguro que se repone con que le dé un poco de aire, la dejo en buenas manos. Adiós.

Los dos esperaron a que la viuda se alejara a paso vivo. Luego el ingeniero insistió en buscar algún lugar donde descansar. Cynthia prefirió caminar, y así los dos siguieron paseando, los tres contando al animal, en silencio. Torres no vio oportuno entablar conversación alguna. El pesar que entristecía el rostro de la joven era mucho. La última vez que la vio parecía hasta aliviada, por lo que no encontraba palabras de confort, sin saber qué había estropeado su ánimo.

—Leonardo —dijo de pronto, tras un profundo suspiro—, soy la mujer más solitaria del mundo.

—No diga eso, está rodeada de personas que la quieren.

—¿Eso cree? —Se detuvo—. Anoche mi marido me echó de nuestro cuarto, en mi casa... hay algo en mí que resulta aborrecible a los hombres.

—Eso es inconcebible. Su marido está pasando un mal momento, tenga paciencia. Además, tiene a su tío.

—Sí, mi tío. Tengo treinta y tres años, Leonardo...

—Muy joven.

—No puedo estar sentada a las rodillas de mi tío toda mi vida. Es un hombre muy posesivo, muy...

—La quiere mucho.

—¿Sí? Esta mañana me insultó.

—No puede ser.

—Sí. Fui a quejarme de mi esposo, ese a cuyos brazos me lanzó con tanto interés tras la muerte de Henry, a pedir ayuda para encontrar... ayuda ante la frialdad de John, y me trató como una mujerzuela.

—Está muy enfermo, tal vez.

—Deje de justificar a toda mi familia, se lo ruego, Leonardo. Sé bien que no cree eso que dice, y que no se le escapa que algo enfermizo emponzoña mi casa... le he querido como a un padre, y un padre no dice cosas a su hija como las que a mí me ha dicho. Me llamó ramera, dijo que solo pensaba... me hubiera abofeteado de tener fuerzas para ello. ¿Qué es lo que quiere? ¿Conservarme virgen, como su Atenea personal? —Se azoró, bajó la cabeza—, Perdone, no debiera avergonzarle con estas cosas. Es que me encuentro desesperada... no quiero decir que... no sé.

—Entiendo. —Torres trataba de sobreponerse a su propia sorpresa y tranquilizarla—. Ha sufrido mucho estos años, Cynthia, demasiado. Por desgracia no sé bien cómo ayudarla, y me tortura no poder hacerlo. Podría hablar una vez más con De Blaise; lo haré, aunque no creo que sirva de mucho. En su situación, y en aras de su buena salud, debiera sacrificar cierta... felicidad marital y, de momento, mientras su esposo no vuelva a su ser, buscar el apoyo de sus amigos. Tiene el mío, no lo dude, y el de la señorita Trent...

—Nana —sonrió, por fin—, menos mal que la tengo. Me adora, y yo a ella, desde pequeña. —Entonces parece reponerse, mira al español sonriendo con melancolía—. No se preocupe, no podrá hablar con John, él no habla con nadie, creo que incluso se ha enfrentado con mi tío... sí, ella es mi único consuelo.

—Encomiéndese a ella entonces, que interceda por usted, si no con su marido, tal vez tenga alguna posibilidad de acercamiento con lord Dembow. Lleva en la casa hace mucho, si no me equivoco.

—Toda la vida... siempre decía que yo era la hija que nunca tuvo.

—Tuvo varones, entonces.

—No. Nana nunca ha tenido niños. Apenas vivió un año con ese canalla y...

—Estaré equivocado... creo que el otro día mencionó que tuvo un niño.

La sonrisa creció aún más, iluminando todo el parque, toda Inglaterra. Su cara, siempre hermosa, pareció rejuvenecer con la alegría. Sin mediar palabra se abrazó a Torres y lo besó con afecto.

—Tengo que irme.

—¿Ya? —Torres no salía de su asombro, él, que no estaba hecho a bruscos cambios de humor, le costaba asumir tales en otros. Cynthia corrió a subir a su montura, y Torres se apuró en ayudarla.

—Adiós.

—Intentaré... hablaré con De Blaise...

—Creo que ya me ha ayudado, Leonardo, espero que lo haya hecho.

Salió al galope dejando a Torres más confuso de lo que había llegado al parque, o casi.

Por la tarde llegó el nuevo inquilino de la señora Arias, el policía que anunciara Andrews. Fue un tal inspector jefe John Littlechild, del Departamento Especial. La

extrañeza, no solo de que no se tratara de un hombre del CID, sino el propio jefe de esa sección D, apenas se satisfizo con la burda excusa de que, al haber investigado tanto este grupo especial a Tumblety, era la mejor opción. Torres no preguntó más. Tampoco le dijo nada a la viuda Arias sobre las circunstancias de este, su nuevo inquilino, por no intranquilizarla.

Así, esa noche estaban cenando juntos la viuda, su hija, Torres, el inspector Littlechild y un tal señor Bengoada, un anciano dormilón que se hospedaba allí desde el fin de semana pasado. La viuda había insistido en que bajaran a cenar todos juntos, pues se preocupaba por lo «mustio» que encontraba a Torres, tan enfrascado en sus experimentos, y así preparó una suculenta cena, para ser inglesa, con la que trataba de animar al español y conocer algo más al nuevo inquilino.

Fue una agradable velada, en la que Littlechild, un hombre joven pese a la importancia de su cargo, buen conversador y de mente abierta, se mostró de lo más locuaz, alejando toda posible sombra de peligro de la casa. A los postres llamaron a la puerta, la viuda mandó a su hija a abrir, y un instante después la niña anunciaba:

—Un caballero muy serio quiere ver al señor Torres.

El inspector jefe se envaró un tanto. Torres hizo un gesto, dando a entender su sorpresa por recibir una visita a esas horas y salió a la puerta. No era Tumblety.

—Señor Abbercromby, buenas noches...

—Tengo que hablar con usted. —El apremio con que se presentó el joven lord era casi ofensivo, propio de sus modales.

—Claro, pase...

—Un momento. —Miró a su alrededor, y una vez tranquilizado respecto a posibles curiosos, hizo un gesto a alguien que salió de las sombras de la acera de enfrente. Un hombre muy grande, fuerte y rubicundo. La anterior ocasión en que Torres viera esa cara había mucho humo de opio y mucha agitación, aun así no pudo confundirlo; el sargento mayor Bowels.

Es fácil imaginar la sorpresa y la angustia que debió sentir mi amigo al ver a ese sujeto, que cuatro días atrás lo encañonara con un arma. Máxime teniendo en cuenta la actitud de sigilo de Percy Abbercromby, y la presencia de un inspector jefe de la policía en el salón, a su espalda.

—No tema —dijo Abbercromby interpretando la expresión de Torres—. Quiero que le escuche.

—Por Dios, este hombre es un criminal. —Torres cerró un tercio la puerta tras de sí, evitando miradas indiscretas, aunque es de suponer que la pequeña Juliette ya estaba enterada de todo.

—Un criminal que nadie busca. Mi querido primo no ha dado su nombre a las autoridades.

—Señor... —dijo Bowels con voz de bajo convertida en un tímido susurro—.

Nunca intente dañarle... el otro día... soy un hombre desesperado...

Ninguna simpatía despertaba ese sujeto en Torres, ni tampoco el señor Abbercromby, pero ¡ay la curiosidad! Rogó cautela a sus visitantes y les permitió el paso. No tenía que ser tan embarazoso, era cierto que Bowels no era un hombre buscado por la ley, al menos no por su nombre, y además era difícil que Littlechild estuviera al tanto de la complicada situación de la familia del lord. Por tanto actuó con naturalidad. Presentó a los recién llegados como una visita inesperada, algo personal que tenía que tratar de inmediato. La tensión del inspector desapareció al ver que no se trataba de Tumblety. La velada se truncó, y Littlechild se vio obligado a compartir licor con el dormilón Bengoada y la charla, nerviosa y escasa, de la viuda Arias mientras Torres conducía a sus invitados arriba.

—A qué viene esto, señor Abbercromby —dijo una vez encerrados los tres tras la puerta de sus habitaciones.

—No tiene por qué atenderme, señor Torres, pero estoy seguro que usted, como yo, no soporta la mentira. Para muchos el conocer la verdad es una ventaja, para nosotros es una necesidad. Y aquí le traigo la verdad, ¿tendrá el valor de oírla? —Torres asintió, un poco molesto, otro abrumado y otro divertido por el melodrama del parlamento de Percy, e invitó a sentarse a los dos señores—. Tras contarme usted lo sucedido en Limehouse, me impuse a mí mismo la labor de encontrar al señor Bowels, aquí presente. Pensé que no me sería difícil, yo, a diferencia de la policía, conocía su identidad y sabía que la agresión no era fortuita, sino dirigida con premeditación hacia mi «primo». Le puse vigilancia, ciertos caballeros de honorarios en nada escasos preguntaron por él en hoteles y restaurantes... sin fruto alguno. Solo había dedicado un día a esta investigación, no me había rendido aun cuando recibí una sorprendente información.

Y calló. Perceval Abbercromby resultaba exasperante para Torres, para cualquiera. Cuando no se mostraba desagradable, se daba aires misteriosos fuera de lugar en cualquier situación, salvo tal vez en las novelitas que tanto gustaba de leer la viuda Arias. No merecía la pena enfadarse, así que le siguió el juego.

—¿Qué información es esa?

—No puedo decirlo. —Era de esperar—. Tan solo le confesaré que para mi sorpresa, el aquí presente señor Bowels, es mucho más astuto de lo que aparenta. Ha llegado a... infiltrar espías en el entorno más íntimo de mi amado primo, lo que le facilitó mucho la tarea para conseguir sus objetivos...

—Señor Abbercromby, si no se explica mejor esta noche va a ser muy larga, y pretendo descansar. Inglaterra me está resultando de lo más extenuante...

—Discúlpeme, no puedo ser más claro. Lo importante es que di con él, y una vez que le convencí de que no tenía intención alguna en perjudicarlo, al menos sin saber más de su pelea con De Blaise, le pedí que me contara, y esto me dijo... prefiero que

lo oiga de su boca, sé que no me tiene en mucha estima... no se esfuerce en negarlo, lo comprendo. No tengo grandes dotes sociales, lo sé, y seguro que mi juicio está mediatizado por el odio hacia ese sujeto al que usted considera su amigo, por eso quiero que juzgue con libertad, y me dé su opinión. Señor Bowels, cuente ahora lo que me dijo a mí, explíquele al señor Torres qué pasó en Birmania.

El sargento empezó a devanar sus recuerdos de aquellos meses en Asia, algo cohibido, hasta que su carácter vehemente afloró en cuanto se tocaron los temas que le enfurecían, situaciones que a su juicio le habían destrozado la vida. Enseguida asomó el asunto de los gustos torcidos de Hamilton. Ya no era una sorpresa para Torres, ni para Abbercromby. En efecto, aquel sujeto desagradable que importunara al español frente a la casa de Hamilton-Smythe diez años atrás era un detective contratado por Percy, como bien supuso, para desvelar los turbios hábitos del teniente. De hecho, ese mismo día consiguió las pruebas definitivas de su depravación, de ahí lo alegre que se encontraba esa velada.

—Llevaba días siguiendo a Hamilton —explicó—, y tenía evidencias de que frecuentaba compañías de caballeros algo... melifluos, pero poco más, no era bastante. Hasta que encontré evidencias demostrables de que acudía ocasionalmente a cierto local, donde se hacía notar, era el rey de la fiesta, la reina en su caso, si usted me entiende.

—¿Y qué interés tenía usted en descubrir tal cosa?

—¿Se lo pregunta? Qué otro podía ser que el de alejar a sujetos así de mi casa y mi nombre. —Y de su prima, este y no otro motivo traslucían sus palabras; el amor frustrado por su querida Cynthia. De nuevo Torres no dijo nada.

—Y esa prueba irrefutable era...

—Una fotografía en la que aparecía vestido de mujer...

—La que le enseñé. —Abbercromby asintió. Preguntó cómo había llegado a manos del ingeniero, y al decirlo se apuró un tanto—. No, no se preocupe. Ella no reconoció al modelo. Pero la tenía De Blaise, supo de la condición de su amigo...

—No. No que yo sepa hasta que llegaron a Birmania. Mi padre me hizo jurar que nadie sabría de mi descubrimiento, y lo que es más desconcertante, mantuvo el compromiso de este señor con Cynthia, sabiendo... ni se inmutó cuando le conté lo que había averiguado. Ese día supe que mi sitio no estaba en mi propia casa... nada de esto tiene importancia, son hechos conocidos. Siga contando, Bowels.

No reproduciré íntegro el relato del sargento, no era buen orador, según tengo entendido, y en general contó hechos ya sabidos. Repitió, con más conocimiento de causa pues él estuvo presente, los episodios vergonzosos que relatara el señor Ribadavia.

—A mí todo eso me daba igual —dijo—. Sí, se lo juro. Mientras nadie se meta conmigo yo no me meto con nadie, esa es mi forma de pensar. Era un buen oficial y

respetuoso con sus subordinados, con eso me bastaba.

Dijo que en su estancia en la india la situación parecía haberse complicado. Allí, se decía, que se metió en los círculos más decadentes de oriente; drogas, jovencitos de piel aceitunada, todo tipo de excesos. Cuando regresó a Birmania la tropa lo rebautizó: le llamaban «Harriet» Hamilton-Smythe. Bowels insistió en que a él le era lo mismo que le mandara Harry o Harriet, mientras no le incluyera en sus fiestas. Eso no era extensible a todos los soldados británicos. Hamilton... sí, digámoslo sin tapujos; se enamoró de un oficial de ingenieros: un tal capitán Cardigan Sturdy (esto lo dijo sin que Torres hiciera referencia alguna del ingeniero fallecido en el incidente de Kamayut), un hombre mayor, que al parecer no había ascendido a más pese a su larga carrera por continuadas indisciplinas. Eso fue su condena de muerte. Hamilton luchaba con esa pasión desaforada, buscando las misiones más arriesgadas, siendo el primero en sacar pecho frente al enemigo, buscando en los trabajos de la guerra alejar de su pensamiento ideas peligrosas que solo podían llevarle al desastre. No fue bastante, su corazón era más débil de lo que pensaba, y todo se precipitó cuando Sturdy acabó con ellos en cierta misión.

El inicio del trayecto al fuerte Kamayut transcurrió aproximadamente como De Blaise lo contara. La segunda noche del viaje algo pasó, Bowels no podía estar seguro, él durmió, cansado tras ocuparse de dos guardias, y solo podía hablar por lo que dijo su amigo el sargento Jones, del que luego tendría pruebas más que suficiente de su deslealtad. Hubo un percance entre Sturdy y Hamilton, el primero se había ido a la tienda muy borracho, el resto bien se podía imaginar...

—No —dijo Torres—. Me cuesta imaginarlo. En medio de una misión, en la jungla...

—Supongo que compartían tienda —dijo Percy.

—No. Sturdy pasaba las noches a la intemperie. Los oficiales tenían su tienda y los demás compartíamos tres... —Fuera lo que fuese, a la mañana siguiente las cosas habían cambiado, la hostilidad entre el capitán y el teniente era manifiesta, y se cristalizó en el germen de un complot. Sturdy no comentó nada, pero en el ánimo de todos creció el convencimiento de que había que dar un escarmiento a «la teniente». En la primera escaramuza, esa en la que Hamilton enloqueció persiguiendo a los dacoits, las cosas no ocurrieron exactamente como se las contara De Blaise. Hamilton inició la persecución de los enemigos, siguiendo las órdenes de capturar algún prisionero para obtener información, y creyendo que el resto lo seguiría; la compañía lo abandonó.

—¿Y el mayor De Blaise?

—Miró hacia el otro lado. —Bowels bajó la cabeza, avergonzado—. No le culpo, yo hice otro tanto. Toda la compañía decía barbaridades del teniente, de la vergüenza que era, se mofaban de una carta «picante» que habían encontrado, dirigida a Sturdy;

yo no me meto en los asuntos de nadie, ni tampoco doy la cara por nadie, me ocupo de mi cuero y lo demás me da lo mismo. Allí, en esas colinas, no me iba a oponer a catorce hombres airados.

Hamilton sobrevivió, por su buen hacer, su valor o su suerte, y por la ayuda de Sturdy, que fue el único que se adelantó a socorrerlo. Imaginaba Bowels que el capitán no quería ser el motivo de un linchamiento público, y que daba la ofensa que le pudiera haber hecho Hamilton por saldada. El teniente se encaró furioso con toda la compañía. Era consciente de que le habían abandonado a una muerte segura, como segura era la razón del odio de todos. Se enfrentó con especial inquina hacia su amigo, De Blaise, al que acusó de traidor y cobarde. Ambos se faltaron al respeto de muchas formas, según Bowels, sin compasión alguna a la hora de hacerse sangre uno al otro, como es propio de quien se conoce de hace tiempo y guarda quejas que han acabado por criar odios. Hamilton-Smythe aseguró que elevaría su descontento a quien fuera necesario, que no descansaría hasta que todos y cada uno de los presentes acabaran expulsados del ejército, en presidio o al final de una soga.

—Los peores días de mi vida fueron aquellos, se lo juro —se lamentaba Bowels—, Caminábamos en silencio, mirándonos unos a otros, sabiéndonos cómplices de sedición e intento de asesinato. El teniente no paró de recriminarnos. Dijo que este era nuestro fin, nos insultaba. Nada lo aplacaba, y ya nadie se molestaba en disimular lo que habíamos intentado. Entonces llegó el día que vimos a aquellos dacoit crucificados.

El segundo incidente, el más importante, difería mucho de lo contado por De Blaise. Vieron a los ajusticiados y encontraron la pequeña aldea, como en la historia original, pero en esta versión se dividieron. El mayor, sin que le temblara el gesto, siempre según Bowels, mandó al teniente junto con Sturdy, Colé y Brennan a ver a los crucificados, mientras el resto se acercaba a la aldea. El recibimiento que allí les hicieron fue tan servil como le habían contado a Torres, hasta que se oyeron disparos provenientes de la colina donde estaban los falsos crucificados, entonces los aldeanos se lanzaron sobre la compañía armados de cuchillos y palos. Cuatro o cinco dacoit provistos de armas de fuego estaban entre ellos; y un elefante. Los británicos dieron cuenta de los indígenas en segundos, sufriendo una sola baja. La fiebre de sangre inundó sus espíritus, como a tantos hombres en el frente. No dejaron un birmano respirando. El elefante, pintado y decorado primorosamente como es costumbre en muchos pueblos asiáticos, no constituyó oposición alguna, aunque en efecto iba pertrechado con dos piezas de artillería sobre sus lomos, su cuidador se quedó quieto, montado sobre él sin intervenir en la contienda.

—¿Cómo es eso?

—Ni idea. Cuando terminamos bajó del animal con los brazos en alto y se echó al suelo. De Blaise se quedó mirando al elefante, unos minutos, dio media vuelta y en

ese momento nos transformamos de hienas a lobos.

Decidieron asesinar al teniente en cuanto llegara. Si uno de ellos había caído, bien podían caer dos. Se hizo el silencio en esa aldea llena de cadáveres birmanos. Bowels no podía asegurar de quién había partido el plan.

—Fue De Blaise —sugirió Percy, pero el sargento no se atrevía a precisarlo, no en ese momento. Lo que sí recordaba como si hubiera ocurrido esa mañana es que nadie alzó una voz en defensa de Hamilton-Smythe, ni recriminando lo que era una acción cobarde y perversa. El mayor dejó claro que si su amigo volvía vivo a territorio controlado por ingleses, todos acabarían procesados. Nadie abogó por Hamilton, nadie.

Bowels se limitó a callar, y a rezar porque el teniente hubiera muerto allí, en la emboscada que los dacoits habían preparado en la colina. No fue así, había muerto Brennan, no Hamilton. En cuanto regresó se echaron sobre él y lo desarmaron.

—¿Nadie detuvo esa atrocidad?

—Nadie, o casi nadie.

Sturdy titubeó. Gritó, echó mano a su pistola en vez de a su petaca por una vez en su vida, y su imponente presencia, que la tenía, hizo dudar al resto de la compañía, les hizo salir del espíritu de la jauría que los había poseído.

—Entonces De Blaise se acercó a él, que estaba pistola en mano, interpuesto entre nosotros y el teniente, rodeado de cadáveres de aldeanos birmanos. Le habló bajo, no sé qué le dijo. Sturdy cayó de rodillas, llorando, un hombre como él, un veterano bebedor, duro como el pedernal, gimiendo como una criatura. Se agarró al pecho, llevaba siempre el retrato de su mujer colgando de un pequeño relicario, y creo que se aferró a él.

—¿No tiene idea de qué pudo decirle? —preguntó Percy. El sargento negó con la cabeza—. ¿Y Hamilton...?

—Trató de escapar en ese momento. Fue derribado de un golpe por el mayor De Blaise...

—Imposible. —Torres se levantó y paseó su corpulencia por la habitación, indignado—. Eran grandes amigos, los mejores...

—Es un ser mezquino —dijo Abbercromby—, ya se lo he dicho. Continúe.

Convencido Sturdy del modo que fuere, ya no hubo más resistencia. Hamilton-Smythe se limitó a insultar a sus captores, a tildarlos de cobardes, hombres sin honor y sin respeto a nada. Alguno se envalentonó al oírlo y empezó a recriminar su condición; la llama de la ira, ya agitada por la carnicería de minutos antes, prendió con más virulencia. Todos enloquecieron, empezaron a golpearlo, a insultarlo, a descargar miedo y furia sobre él. Lo ataron a cuatro postes y pidieron al pequeño jinete del elefante que hiciera pasar a su animal por encima.

—¿Quién...? ¿Quién pudo concebir semejante barbaridad?

—Sé que no me va a creer... otra vez. Fue John De Blaise, el maldito John De Blaise. Dijo: «ya está bien, acabemos con este marica». Mandó clavar cuatro postes, lo ataron e hicieron que ese monstruo pasara por encima.

—Eso... eso lleva tiempo. Nadie...

—Nadie. Yo mismo clavé uno de esos postes, que Dios me perdone, juro que cuando lo hice no sabía que pensaban... creí que iban a humillarlo, a darle una paliza...

—¿Sturdy?

—Se fue. Se apartó de todo.

—Y cuando usted vio cómo acercaban el animal, no hizo nada.

—No... —El cuadro que el sargento pintaba era el de una locura colectiva, un arrebato de rabia descargada sobre la víctima más cercana. Eso es común entre gentes inferiores, como un servidor, o como la soldadesca que se deja llevar rápido por sus bajas pasiones y sus pánicos. En el caso de los oficiales, De Blaise por activo y Sturdy por pasivo, una actitud así solo era concebible si era causada por un odio extremo. ¿Qué causaba ese desprecio hacia Hamilton? ¿Su homosexualidad? ¿La vergüenza sobre el regimiento, sobre la familia Abbercromby? Nada lo justificaba—. Una vez muerto, alguien disparó contra el muchacho del elefante, y nos fuimos. Quisimos matar al animal, que permanecía dócil y quieto. De Blaise dijo que no era necesario, que dejáramos todo así.

—Encomiable la compasión que despierta una bestia en mi primo —dijo Percy, enfurecido.

—Sí... —prosiguió Bowels—. Nos fuimos. Un par de nosotros disparó al elefante pese a lo que dijo el mayor; ni se inmutó, recibió los impactos y corrió. Lo dejamos irse espantado.

—¿Y el cuerpo? —preguntó Torres, demudado por el horror.

—Quedó allí, lo abandonamos. De Blaise insistió...

—Torturado, insepulto, abandonado a las alimañas... Virgen santísima...

—Aún no ha terminado su historia —dijo Percy

—Para mí sí... ¿qué espera con esto, sargento mayor? ¿Cree que va a purgar sus pecados con esta confesión, o asesinando a De Blaise? Si las cosas son tal y como las cuenta, usted es igual de culpable, culpable de semejante atrocidad. No encontrará compasión en mí, se lo aseguro, y el perdón es alguien más alto el que debe dárselo, no yo.

—Solo quiero contarle lo que sé, la verdad. —Había un arrebato de dignidad en sus ojos llorosos, que se desbordaban de vergüenza—. No espero ya perdón a mis faltas y no me importa ir al infierno, porque ya he estado en él. A partir de entonces, tras dejar esa aldea llena de cadáveres, es cuando empezó nuestra condena, el castigo por lo que habíamos hecho, que tomo por bien merecido, no se crea...

Se conjuraron todos para contar la misma historia, en ello les iba la piel. Hamilton había muerto junto a los otros dos soldados, enfrentados en aquella escaramuza. Ya está, lo condecorarían y De Blaise volvería con ese honor para dárselo a Cynthia. El regimiento limpio de la lacra de ese invertido, el honor de Sturdy, fuera como fuese que se hubiera manchado, resarcido; todo impoluto salvo sus conciencias.

Ya al caer el día empezaron las lluvias. Avanzaron unas horas, hasta que encontraron un lugar oportuno para acampar. Nadie comentaba el incidente, nadie. Hicieron noche, y comenzaron las muertes.

Del sueño agitado del culpable que todos tendrían, fueron sacados a cañonazos. Bowels, que no estaba de guardia y dormía con la dedicación del veterano que sabe que ha de aprovechar las pocas horas de descanso de que dispone, creyó que era un sueño. Cuando una ráfaga de calor y humo, de hojas y ramas arrancadas, levantó sus tiendas impermeables de cuajo, tuvo que regresar a la violenta realidad de una vigilia apocalíptica, liderada por la figura de un paquidermo enloquecido, rampante, cargando hacia ellos entre la lluvia, aplastando vegetación a su paso con ira desbocada y con los cañones de ambos flancos humeando.

—¿El mismo elefante...?

—Como lo oye. Era fácil de reconocer por su tamaño, no muy grande para esa clase de animales, su baldaquín, sus pinturas y esos dos cañones.

—La pintura se habría ido bajo la lluvia —comentó Percy.

—Yo la vi igual...

—Serán pigmentos muy resistentes —dijo Torres, incómodo por esa superflua interrupción—, o tatuajes, vaya usted a saber cómo decoran esos pueblos a sus animales. ¿Qué más da? Siga contando. Alguien guiaba al elefante, entonces.

—Yo no vi a nadie, lo juro.

Salieron a estampida de allí. De Blaise no se atrevió en ordenar que se dispersaran, lo que eliminaría la efectividad de la carga del animal, por miedo a perderse en la noche. Dispararon contra la bestia, sin que una sola bala atravesara su piel. Y corrieron. Fueron hacia lo más espeso, en la esperanza de que eso retuviera al animal. El elefante alcanzó al soldado Trapshaw y lo aplastó. Junto a los tres caídos por los disparos sumaban cuatro bajas.

Pasaron toda la noche alejándose del monstruo, a quien, en efecto, parecía haberle demorado la fronda, o tal vez se había saciado con la sangre de Trapshaw. Corrieron bajo la lluvia que los atormentaba, a todos menos a Sturdy, inmune a los rigores del clima.

—Como el elefante y su pintura —interrumpió una vez más Percy.

—Por Dios, señor Abbercromby, es tarde y así no acabaremos... —Torres cayó, quedó mirando a la ventana que daba a la noche, había empezado a chispear y las gotas se pegaban al vidrio y se deslizaban creando elegantes dibujos. No dijo nada.

Bowels, incómodo, miró a Abbercromby, y siguió hablando, más bajo, estrujando su gorra entre sus manos porcinas.

—Sí... a Sturdy no le molestaba el frío o la lluvia, decía que de joven tuvo un accidente...

—Torres —dijo Percy—. ¿Ocurre algo?

—No...disculpen. Continúe señor Bowels.

Prosiguió. Los remordimientos y la superstición empezaron a hacer su propia guerra de desgaste sobre la compañía. Hubo voces, de momento tímidas, que hablaban de un castigo justo, que la naturaleza del animal se revelaba contra lo que le habían hecho hacer. El mayor acalló esas voces con autoridad.

La siguiente noche mantuvieron una guardia más firme, turnos de cuatro hombres, sin excluir a la oficialía. Teniendo en cuenta que ya solo quedaban once en total, los turnos no eran muy cómodos. No sirvió de nada.

Davis despertó a los dormidos con un tremendo grito. Luego el silencio, solo la lluvia se quejaba. Ese silencio era el más claro anuncio de que el infierno se volvía a desatar.

De Blaise y el mismo Bowels, que andaba de guardia, corrieron, fusil en mano, a socorrer al centinela mientras el resto se pertrechaba con rapidez, pues todos dormían abrazados a sus armas. Davis no estaba en su puesto. Todo eran ramas rotas, árboles caídos. Oyeron un gemido. A dos o tres metros yacía el soldado, sujetándose las tripas que se desbordaban sobre el humus del suelo, brotando de un agujero de quince centímetros en su vientre.

—Mayor... —susurro al ver a De Blaise a su lado, con apenas un hilo de vida sujetándolo, apartándolo de la muerte por unos instantes—. No le oí llegar... no le... su colmillo... —La lluvia se lo llevó para «el otro barrio», como diría Torres. La bestia, el paquidermo salido del tártaro le había atravesado con uno de sus colmillos, acercándose a él con el sigilo de un asesino, sin que nadie lo oyera.

Bowels trató de aguijonear a su oficial, que había quedado aturdido, empeñado en tapar el enorme agujero por donde se habían fugado las entrañas de Davis.

—¡Señor! —lo apremió—. Tenemos que ponernos en marcha. Si esa cosa nos coge desprevenidos... —De Blaise reaccionó. El resto de sus hombres ya estaban a su lado, empapados, temblando de miedo. Formaron un círculo en torno al mayor, buscando en el oficial su salvación.

—Al norte —dijo mientras sacaba su brújula en el momento que un barrito sacudió la jungla, casi apagó la lluvia. Todos giraron a un tiempo, protegiendo... por instinto el cadáver de Davis, dándose la espalda unos a otros.

Un crujir de maderas y todos empezaron a disparar a la lluvia.

—¡No, alto! —trató de poner orden De Blaise—. ¡Alguien ha visto algo?

—Nada... nada salvo nuestros propios miedos —comentaba el sargento mayor—.

Disparamos a la noche, a los fantasmas que venían a reprocharnos nuestros actos; del elefante no había señal alguna.

Hasta que la hubo. Se formó en medio de lluvia y la desolación. Bramando atacó a la compañía con todas sus armas descargadas por su indisciplinado ataque. Agarró a un hombre con su trompa y lo estampó contra un árbol. De Blaise disparó su arma corta. Las balas rebotaban sobre esa piel oscura y rugosa.

—¡Correeeed! —Qué otra orden cabía dar. Qué otra... orden. Corrieron despavoridos, escuchando los gritos de los que quedaban atrás y eran aplastados por la bestia, iluminados por rayos que una furiosa tormenta, contagiada del ánimo del elefante asesino, descargó sobre la columna. Consiguieron huir de la masacre a duras penas seis supervivientes: el mayor De Blaise, el capitán Sturdy, Canary, Jones, Trip y Bowels. En mayor medida gracias a las voces enérgicas del sargento, que se impuso a la cacofonía del animal y la lluvia.

—Toda una hazaña de su parte, dada la situación —comentó Torres con desdén, no tenía gana alguna de encomiar las acciones de esa banda de asesinos cobardes.

—En absoluto, señor —se disculpaba Bowels al momento—. En medio de aquella matanza, la voz de un suboficial es como el madero para el náufrago. Yo dije: «seguidme», y la mayoría lo hizo. Tuve suerte donde puse los pies en esa oscuridad de muerte.

Creo que... nuestro tiempo se ha acabo, ¿no? Sí, empiezo a notar el cansancio. Pero aún queda por contar el final... si quiere.

Sí. Si son tan amables una vez más. Ya saben...

No. Solo... eso es. Gracias...

Bien... como les decía, por su buena estrella, seis seguían a salvo. La suerte no podía durar mucho más. No iban a llegar a Kamayut, no con la venganza hecha elefante persiguiéndolos, que había detenido su carga movido sin duda por un brutal deseo de tortura, de prolongar el placer de la caza. De eso eran conscientes. Seguía lloviendo.

De Blaise, una vez concluida la fuga por el agotamiento de los corredores, y tras el desalentador recuento de efectivos, estaba decidido a hacer frente al animal, mientras que Trip y Canary se sumían en una resignación de borregos culpables.

—Nos merecemos esto —decían—, es el demonio que viene a castigarnos...

—¿Y usted? —preguntó Torres.

—Yo no me dejo matar, ni ante el cadalso que me espera me rendiré.

Así, Bowels instó a todos con su entusiasmo de veterano a hacer frente, a morir matando. Sturdy tuvo una idea. Cazarlo como a un elefante, es lo que era, ¿no? Si era el demonio disfrazado de animal, se le cazaría como animal y así aprendería a tomar mejores disfraces.

Buscando el lugar más apropiado llegaron a uno similar al que describiera De

Blaise en su versión del incidente: un hoyo natural creado por las lluvias torrenciales en la cepa de una empinada colina. De prisa, casi extenuados por el miedo y la tensión, pasaron todo el día cavando, agrandando el agujero, convirtiéndolo en un foso, reforzándolo y llenándolo de estacas. Bajo la lluvia la tarea era agotadora y frustrante, y solo se consiguió acabar a tiempo, ya casi anochecido, por la pericia de ingeniero de Sturdy y su indiferencia ante la furia que Zeus descargaba sobre sus cabezas. Por suerte el animal no era de los más grandes de su especie.

El mismo capitán hizo de cebo, él y Bowels. Salieron a la intemperie, gritando, a cien o ciento cincuenta metros de la trampa, donde la vegetación raleaba. Este era el plan. No creían que el animal se demorara mucho, eran claras sus ansias, su deseo de ajusticiar a todos y cada uno. Sin embargo, la criatura no daba señales. ¿Se había ido? ¿Se escondía animado por su intelecto asesino que le había desvelado la trampa preparada? De Blaise les instó a que se adentraran más en la jungla, a que barajan a lo más profundo, a que citaran al monstruo en su propia morada vegetal. Así lo hicieron, sin dudar.

—Prefería encarar la muerte que aguardarla como una res en el matadero. —Tal era la actitud de Bowels en un principio, hasta que el silencio, la lluvia y la oscuridad se le agarraron a su bravo corazón. Caminó casi a tientas, seguro de que si se topaba con el animal, sería su muerte, deseando que Sturdy lo encontrara antes, o que llegara por sí solo a la trampa, que su participación en la caza hubiera terminado—.Yo lo vi primero, y callé —confesó Bowels. Se topó con el elefante a los diez minutos de patear la selva, entre espesos matorrales, quieto, paralizado, casi camuflado, de modo que solo pudo verlo gracias a un rayo que no calló lejos. Llegó a pensar que muerto o tal vez muriendo bajo la lluvia. ¿Por qué no? Podía haberle caído un hermano del mensajero del cielo que lo había desvelado a sus ojos o... un nuevo relámpago trajo otra revelación: tras un ciclópeo árbol de teca, a escasos metros tanto de él como del paralizado animal, vio a Sturdy, haciéndole gestos, señalando al animal dormido.

Gritaron, hicieron aspavientos, el sargento coreando la iniciativa del capitán a desgana. Llamaron al perezoso asesino que tardó en reaccionar, pero cuando despertó volvió a su furia irracional. Corrieron ante él, tratando de acercarle al foso tras el que se apostaban sus cuatro compañeros, rezando por no tropezar. El elefante parecía más lento que las otras noches, renqueando, como si alguno de los disparos hechos sobre él sí hubiera acertado.

—Nos separamos... no lo recuerdo bien, la lluvia y aquel animal desbocado, barritando enloquecido. No miraba hacia atrás, no veía a Sturdy, no sabía si ese monstruo me había seguido a mí o a él. Solo tenía en la cabeza la idea de volver al agujero, a donde estaban los compañeros... no estaba seguro si iba en dirección correcta, o si aquellos sonidos a mi espalda...

Llegó al pozo con el elefante tras su paso, en cuanto salió al claro despejado

anterior al foso y la colina, vio la figura enorme y coloreada del animal; lo había escogido, despreciando a Sturdy. Ahí surgieron las dudas.

—Imagino que el plan no había quedado claro para todos, no para mí, eso es seguro. Con las prisas, la lluvia. Vi el hoyo disimulado y... no sabía qué hacer. ¿Cómo le haría llegar hasta allí? No podía correr como loco, saltarlo... imposible, demasiado grande y si resbalaba... ¿y si caía dentro, yo con ese mastodonte...?

Titubeó... y se detuvo. Oyó la voz de De Blaise y los otros, sobre la colina, gritando por encima de la tormenta: «¡Corre! ¡Corre...!» ¿A dónde? El avergonzado veterano confesó su actitud, él que tanta muerte había visto. El ejército de su Majestad no prepara a sus hombres para enfrentarse a fieras asesinas. Dio media vuelta, encaró al elefante y este se detuvo, no atacó, como disfrutando del desplante. Bowels miró al foso a su derecha, a treinta metros, aunque quisiera ya no lo alcanzaría, no sin recibir el saludo de esos colmillos. Miro al animal decorado, con sus cañones mudos a los lados y sus ojos negros, fijos en él.

—A la mierda —espetó. Sacó la bayoneta y corrió hacia la bestia. Un disparo lo detuvo. Vio con claridad cómo había impactado contra el costado del elefante, que se limitó a girar la cabeza hacia su izquierda. Allí, sobre la tablazón que cubría la trampa estaba el capitán Sturdy. Había sido muy concienzudo al construir el falso suelo, y soportaba su peso, o tal vez estuviera justo en el borde, Bowels no podía asegurarlo. Volvió a disparar.

—¡Ven aquí, bastardo! —gritó, y el asesino cargó contra él. No se movió, ni un paso, desoyendo los ruegos del sargento. Ambos, hombre y elefante, cayeron dentro del foso.

—Supongo... supongo que fue su modo de pagar su pecado, como esta confesión es el mío.

El resto disparó. Disparó. Trip tuvo problemas con el arma, trató de arreglar un encasquillado y con los nervios se voló la cabeza, eso ocurre a veces, aseguró el sargento mayor. Los demás se cansaron de disparar mientras el animal barritaba. Se obstinaba en no morir, pero tampoco podía salir de allí. No iban a dejarlo así, no con Sturdy en el foso. Sus dudas desaparecieron cuando el monstruo echó la parte superior del torso del capitán fuera del agujero con la trompa.

—Púdrete ahí, hijo de puta —dijo De Blaise, y abandonaron al animal quejoso, atrapado por siempre. Los cuatro que habían sobrevivido llegaron a Kamayut en lamentables condiciones. Por supuesto, acordaron una nueva historia que justificara que la compañía hubiera sido diezmada, el elefante y sus huellas, si una expedición de rescate iba por allí. Tal expedición se produjo, y no encontraron rastro del animal, salvo sus huellas y destrozos. Ningún cadáver. El resto ya lo conocía Torres.

—¿Y eso que contó a sus compañeros, Canary y Jones, borracho?

—Mentiras....Jamás hablé de nada de esto con nadie, y menos, y menos con ellos

que ya conocían toda la historia. Procuré... no mezclarme con quien hubiera estado allí, nunca bebería con ellos. Yo... yo... no pude asfixiar al teniente, porque nadie estuvo bajo el barro, eso fue todo invención de De Blaise.

—¿Entonces? Había oído que familiares del capitán Sturdy habían removido el asunto y...

—Paparruchas. La familia del capitán se ha portado bien conmigo, siempre... le debo todo. Alguien... usted puede deducir quién pagó a esos cobardes para decirlo, para mentir, seguro. De Blaise sabía que yo fui el más reacio durante todo el viaje, ojalá lo hubiera sido más, y no quiso arriesgarse conmigo. De algún modo los coaccionaron, y mira para lo que les ha servido, están muertos, seguro que los mataron. —Torres miró serio a Percy Abbercromby—. No me cree, ¿cierto señor?

—Es una historia sorprendente, entienda mis dudas. ¿Por qué no matarle a usted, como a sus compañeros?

—Lo intentaron, pero yo estaba ya aquí y mi hada madrina me salvo... me avisó de... —Bowels se empequeñeció pese a su corpulencia bajo la mirada de Perceval Abbercromby.

—¿Quién le advirtió? ¿Quién es esa... benefactora? —preguntó Torres.

—No sé...

—¿Una pariente de Sturdy? ¿Esa familia a la que debe tanto?

—Sí. No diré más. No diré más. Nada más. No.

—Señor, me dijo que quería que supiera la verdad, y sin embargo...

—No puedo arriesgar la vida ni el bienestar de quien ha confiado en mí, entiéndalo. Creo que he hablado demasiado.

—Cierto —intervino Abbercromby—, bajo esa premisa ha aceptado venir y ayudarme, no le forcemos a hablar más de lo necesario.

—Como gusten. Será mejor que se vayan.

Sí. Ya termino por hoy... hay una cosa más que quiero contarle... si espera unos minutos... solo... sí...

Gracias... un poco más...

Suficiente.

Como le decía, Torres despidió, sin abandonar su seriedad, a los dos señores. Percy pidió a Bowels que lo esperara fuera, para comentar unos minutos algo con el español. Cuando quedaron a solas en el cuarto, dijo:

—Torres, si no he permitido que Bowels fuera más explícito con usted es porque no puedo. Se trata de...

—Bien, bien, todo está bien. Entiendo que se trata de una cuestión de honor. Ha dado su palabra, ¿me equivoco?

—Así es.

—Pues no seré yo el que le insista en romperla. Le agradezco de todas formas que

me confiara hasta donde ha creído oportuno.

—¿Y bien? ¿Qué le parece?

—Una historia un tanto increíble, desde luego más que la que me contara De Blaise.

—Olvide ese asunto del elefante asesino, eso han de ser desvaríos de una conciencia atormentada. Atengámonos a la primera parte, ¿no la cree posible?

—No puedo decirle que no, pero... ¿para qué necesita mi opinión?

—No es tanto su opinión lo que busco como... su ayuda. —Era evidente que al orgulloso Percy le costaba pronunciar tales palabras—. Usted conoce a John De Blaise, puede frecuentar su compañía sin resultar sospechoso. Si habla con él puede averiguar si lo que cuenta Bowels tiene asomo de verosimilitud.

—Señor mío, no soy un espía ni un chismoso.

—Ni yo le tomo como tal, pero insisto en que quiere saber la verdad. —De nuevo invocando a ese impulso natural para desvelar lo oculto.

—Si fuera así, ¿qué haría usted? ¿Qué busca con esto?

—Eso es poco relevante para nuestra relación. Usted apreciaba al señor Hamilton-Smythe, me consta, y creo que su opinión es que pese a las faltas y aberraciones de su comportamiento, no merecía morir así, pasto de una jauría de lobos, sin la dignidad ya no de un caballero, de un hombre.

Torres ponderó en silencio los argumentos del joven lord. No sé lo que decidió, porque solo dijo:

—Usted no estimaba en nada a Hamilton-Smythe.

—Cierto, y a cada aspecto que fui conociendo de su vida lo desprecié más. Sin embargo, no puedo negarle cierta entereza, cierto arrojo inesperado en alguien con sus... gustos. —A la pregunta muda de Torres, Abbercromby respondió—: Sus principios, tal vez no en lo tocante a la moral, pero en otros aspectos eran inquebrantables. Los mostró cuando ayudó a mi padre en los momentos peores, cuando estábamos cerca de la ruina. Llegué a pensar que por esa causa toleraba lord Dembow, el noble y severo lord Dembow, esos deslices de su futuro yerno. La primera vez que me impresionó por su carácter fue recién marchado usted, en esa ocasión. —Al decir esto señaló la cara del Turco, que aún reposaba en aquella pequeña repisa.

—No entiendo.

—El hizo ese disparo. Tras los primeros incendios, mi padre recuperó todo lo que había sobrevivido, y resultó que esa máquina que tanto los atraía estaba escondida en los muelles, en nuestras propiedades. El tal doctor indio vino a reclamarlo y se fue con cajas destempladas. —Torres recordaba esa escena con claridad. Bien, mi padre, dentro de la desgracia a la que nos enfrentábamos, encontró divertido hacerse con el artefacto, ya sabe de su gusto por los chismes mecánicos, y lo colocó en el salón,

como símbolo de su deseo de salir adelante. Nada más verlo Hamilton, sacó un arma y gritó: «¿Otra vez esa monstruosidad del demonio?», disparó certero y estropeó el aparato definitivamente, me temo. Dio de pleno en toda la cabeza, que saltó con todos sus fluidos empapando el salón. Es la única vez que vi enfadarse a mi padre con Hamilton-Smythe, y este no se arrugó, se mantuvo firme como buen cristiano, asegurando que eso era una ofensa a Dios, y soportando la ira de mi señor padre. —Torres cogió al Turco y le dedico una mirada larga y escrutadora—. Ese carácter, pese a sus faltas como digo, mereció un mejor final.

—Puede... ¿Y en cuanto al señor Bowels...?

—Permanecerá oculto, yo me ocuparé de él. No volverá a hacer daño a nadie.

—Bien. No puedo prometerle nada. —Lo acompañó a la salida donde le aguarda el sargento, ya nervioso—. Señor Abbercromby, ¿ha hablado de fluidos de la máquina?

—Sí. Parece ser que tenía un funcionamiento hidráulico. Al perforarle la cabeza salieron por ahí chorros de líquido pringoso...

____ 35 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Miércoles

Lento respira con esfuerzo, sentado en una silla de ruedas. Parece tan extenuado como Aguirre después de una hora de sesión... más de una hora ha sido la anterior, y mucho tiene que contar su compañero. Tras escuchar con atención a Alto, se encuentra tan enfermo y adormilado como el anciano y con seguridad, más dolorido. Los vendajes supuran sangre, ya estaban sucios cuando se los pusieron, y nadie los ha cambiado.

—No he encontrado ninguno limpio —dijo Celador. La vía del brazo izquierdo tiene muy mal aspecto, como infectada. Está sudando, congestionado, con fiebre, mirando con pavor el gotero suspendido sobre su silla que contiene un líquido ambarino.

—¿Se encuentra peor? —pregunta Alto en un susurro—. Le he cansado demasiado...

—No.

Alto golpea furioso contra la pared de su celda, ahora sí que es una celda, y con su corpulencia todo retumba.

—Esto es un crimen, hay que salir de aquí.

—No... —murmura Lento—. No creo que yo...

—Vamos. Sea fuerte...

—Lo intento. No quiero muerte en agujero como este. Sin embargo... debo contemplar esa... esa eventualidad... ¿lo he dicho bien?

—¿Cómo puede ser tan frío?

—La fiebre... y la historia. Pienso es lo único que... —El dolor le hace callar.

—Descanse. Es inútil esforzarse.

—No. Me da miedo dormir. Lea algo... esa espantosa novela.

—Como ha visto, parece que al final va a ser obra de la viuda Arias. Quería escribir...

—William. Así se llama el autor... como el «capitán».

—Cierto... no había caído. Ya sabe que puede ser un pseudónimo, no creo que ese apellido sea muy extraño. Además, según sabemos el tal capitán William, el presunto padre de Cynthia, murió joven, quién sabe si a manos de lord Dembow.

—No parece un... un escrito muy sénior... escrito muy...

—¿Y qué más da? —Un golpe más en la pared—. Esa novelucha no importa.

—Mientras no volvamos a Aguirre, me entretiene... la próxima visita yo...

—Ni lo piense. Haremos como ahora, yo le...

—Léame.

Alto suspira, parece desanimado. Está sucio y ojeroso, más sano que Lento, pero en similar situación anímica. Se acerca a los papeles.

—Mejor que ese bodrio...

—¿Bodrio...?

—Esa novelucha, como usted dice. Mejor le leo una carta...

—Conozco todas las cartas.

—No. Esta es distinta. No sé qué hace aquí... a ver... ahí está. La encontré anoche. Escuche, escuche.

____ 36 ____

Lee Alto

Londres, 30 de noviembre de 1888

Queridísimo tío Francis:

Imagino que ya estarás de viaje, así que no sé cuándo ni dónde recibirás estas letras. Te escribo una vez oídas las noticias que has tenido la bondad, no esperaba menos, de hacerme llegar. Confiaba en ti, como siempre he hecho, pero ni en el mejor de mis sueños esperaba tanta rapidez. Gracias, mil gracias.

Mi agradecimiento es aún mayor sabiendo que has tenido que traicionar, en cierta medida, la confianza de tu amigo. Una confianza que, créeme, no merece.

Me ha criado un monstruo, un monstruo. Le odio. Pienso irme, desaparecer, después de esta noche, obtenga lo que obtenga, que estoy segura que será tan trascendental como desolador.

Gracias. Ahora lo sé. Solo Perceval y tú habéis mostrado un afecto real por mí. Perceval. Mi primo Percy. Cuánto desearía poder volver mis ojos a los suyos, sin miedo. Mi muy querido Percy.

Hasta pronto, te mando océanos de amor, estés donde estés. Te quiere tu amiga, que quisiera ser tu hija.

C.

____ 37 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Sigue el miércoles

—¿Ce?... ¿Cynthia?

—Por supuesto —responde Lento, tose y continúa—: Habla de su primo, Percy.

—¿Y ese tío Francis? No será Tumblety

—Claro que no... déjeme...

—No se fía de mi inglés... no, lo entiendo. Tenga, véalo usted mismo. —Le tiende la carta. Lento la lee para sí mismo.

—*Monster... I hate him...* habla de Dembow.

—Imagino que sí. Dice que «le crio».

—No entiendo ese odio... —Su voz se ahoga en un gemido. Alto vuelve a golpear furioso la pared.

—Hay que salir de aquí. —La puerta se abre y entra Celador, escopeta en mano.

—¿Qué es todo este escándalo? Por Dios, caballeros, aquí hay ancianos reposando, no pueden hacer ruido.

—Tiene que ver a un médico —exige Alto congestionado.

—No es necesario. Yo he dado cursos de enfermería. Llevo mucho tiempo cuidando de estos viejos, claro, que su situación es un tanto diferente —se ríe—, de momento. Le he traído más calmante, verá como mañana esas curas le alivian.

—¿Estas curas? —Alto tira de los harapos que hacen de venda sobre el torso, cuello y brazo izquierdo de su compañero, que se agita de nuevo de dolor sin gritar —. Esto es una carnicería, un asesinato.

—¿Y qué pretendía su amigo metiendo un arma en mi residencia? ¿Practicar el tiro al blanco? Disparó contra mi mascota.

—Un monstruo... —dice Lento entre suaves quejidos.

—Un monstruo que le ha dejado vivir, y usted le disparó tres veces. Si yo hubiera querido le habría despedazado. Ande, dele esto —es un sobre con polvos—, le calmará el dolor.

—O lo matará. —Lento toca a su amigo en el brazo y con un gesto pide el medicamento. Se lo toma vertiendo el contenido en la garganta, directo, sin agua.

—No quiero que muera —sigue Celador—, le he cogido cariño. A los dos.

—Déjeme al menos salir a mí —alcanza un vaso de agua a su compañero, y al verlo dolorido él mismo se ocupa de que beba—, iré por vendas limpias y algo para esterilizar...

—Ni hablar. Su régimen se ha modificado. Nadie saldrá hasta que terminemos.

—Esto es un delito, lo sabe. No puede retenernos sin meterse en un lío. Está a tiempo de...

La tos convulsiva de Lento atragantado con el agua los interrumpe. Su mano pide la palabra con un tembloroso gesto. Cuando se repone dice: Déjelo... Soy bien. ¿Podemos visitar al señor Aguirre?

—Por supuesto, eso había subido a decirles. No se preocupen por el dinero, ya arreglaremos cuentas.

—Sí, ya arreglaremos —dice Alto, y luego se dirige a su amigo postrado—. Está muy débil, déjeme ir a mí, usted... no sé si...

—Por eso, quiero acabar ya. —Vuelve a toser, y luego dice—: Tienen que llegar los siguientes asesinatos, entonces sabremos... vaya con Aguirre. Oiga —dice a Celador—. ¿Podría yo hablar con Eleanor... con el asesino?

—Vaya... visitas paralelas. No esperaba eso. Sí, no hay problema. Vamos...

—Un momento —interrumpe Alto—. No se encuentra en situación... además, ahora que pienso, si ahora Aguirre va a seguir con los asesinatos... usted es el experto... yo...

—Escuche, fíjese en todo detalle y luego me lo cuenta.

—Muy bien —concluye Celador—pues vamos. Vaya a hablar con el abuelo Aguirre, mientras yo preparo a la asesina, y me ocupo de usted.

—Haga el favor, está muy herido y no sé... —Alto mira con expresión preocupada a Lento, este le coge la mano con la única que le funciona, y aprieta. Alto se pone detrás de la silla. Los tres salen de la habitación, muy despacio, mientras Alto no deja de protestar:

No creo que deba hacerlo. Tendría que reposar.

____ 38 ____

Dios no se fía de los británicos a oscuras

Miércoles

Bienvenido otra vez. Su amigo... ¿ha mejorado...? Me alegro. Trasmítale mis mejores deseos, espero verle pronto...

Sí, continuemos. Le contaba cómo el sargento Bowels desveló la verdad de lo ocurrido en el incidente Kamayut. Desde su punto de vista, por supuesto.

Los componentes del mecanismo de aquella extraña historia empezaban a encajar con tortuosa precisión, como las ruedas, generadores de cantidades, generadores de sumas y todos los artefactos que formaban los queridos cachivaches de Torres y su Ajedrecista. A diferencia de la máquina, la partida planteada era demasiado siniestra para ser posible. Las ideas que empezaba a crecer en el fértil cerebro del español eran absurdas, disparatadas, y como tal se sentía inclinado a rechazarlas. ¿Qué hace la mente racional cuando una idea sin sentido, contra natura incluso, ordena y clarifica los datos disponibles? Si asumía un hecho, uno que entonces ni siquiera se atrevía a formular en palabras, que repugnaba a su intelecto, entonces todos los misterios, o casi todos, cobraban sentido.

Para añadir sal a la herida, al día siguiente, viernes veintiocho de septiembre de mil ochocientos ochenta y ocho, se produjo el esperado encuentro con Tumblety. No fue a casa de la señora Arias; el Monstruo tiene muchos defectos, pero la estupidez no está entre ellos. Dada la vida reclusa que estaba llevando por entonces Torres, enfrascado en sus investigaciones, era difícil que pudiera encontrarlo en otro lugar. Difícil, no imposible, para desgracia del vigilante inspector jefe Littlechild: el doctor indio burló el cerco.

Por la mañana Juliette trajo el correo, una carta para Torres, sin remite. En su interior había una entrada a la representación de *Jekyll y Mr. Hyde* por el afamado Richard Mansfield en el teatro del Lyceo, para esa misma tarde. Junto a ella, una escueta nota:

Espero verle. No falte.
T.

No faltó. No se puede ir a Londres y no ver una función, es como perderse el cambio de guardia. El teatro del Lyceo era un edificio espectacular, serio, con un

pórtico clásico, señorial, que disponía el ánimo a los asistentes para ver las importantes representaciones que allí se celebraban. En torno al teatro se había generado cierta corriente intelectual, reuniendo allí lo más granado de los artistas y amantes del arte británicos. Incluso era allí sede de un importante club, al que se decía que pertenecía el mismo señor Wilde, tan en boga en los círculos sociales y amantes de las artes por aquel entonces.

Torres no estaba en ese momento interesado en la vida cultural de la ciudad, ni siquiera en la obra que iba a contemplar. Esperaba ver a Tumblety en la localidad junto a la suya, y no fue así. La actuación del señor Mansfield era sobrecogedora, más para Torres que para el resto de los asistentes, pues podía haber sido invitado a ver ese drama de terror y vilezas morales por el asesino que aterraba la ciudad. Asesino por cierto, si es que lo era, cuya elegante letra no coincidía con los garabatos de la críptica nota que encontrara medio quemada en casa de lord Dembow, como se apresuró a comprobar. El español aplaudió con ganas al caer el telón, y se maravilló viendo el natural sofoco que causaba en las damas la transformación del actor, que sin abandonar la escena, se retorcía de dolores al probar el misterioso brebaje destilado por el doctor Jekyll para acabar convertido en el aborrecible señor Hyde. El cambio físico era extraordinario.

Los terrores que la ciencia puede despertar, la responsabilidad del saber; de eso trataba la obra o eso es lo que entendió Torres, y encontró el tema muy acorde con lo que sentía en los últimos días, por desgracia, demasiado acorde. Abandonó el lugar frustrado. Aunque había gozado del arte del señor Mansfield, parecía que el doctor indio se había burlado de él.

No fue tal burla. Tumblety estaba a la salida, junto a una de las enormes columnas que custodiaban la entrada al Lyceo. Esperándolo.

—Magnífico trabajo el del señor Stevenson, el autor, ¿no cree? —dijo a modo de saludo—. Perdone que no le acompañara, la he visto ya, me honra ser habitual de este lugar, pero soy un tanto impresionable; esa disección moral del hombre, ¿cree que en todo ser humano hay un monstruo, señor Torres?

—No creo que me haya citado para hablar de filosofía.

—Tengo tan pocas oportunidades de tratar con caballeros instruidos... por eso me alegro de que nos encontremos otra vez.

—No ofenderé su inteligencia fingiendo que este encuentro me resulta agradable.

—Lo puede ser, agradable y productivo para ambos si llegamos a un acuerdo en el pequeño asunto que nos tiene a los dos enfrentados. —A la luz de las farolas, en esa escalinata, rodeados de espectadores que volvían a sus casas en la húmeda noche, Tumblety se mostraba mucho menos amenazador.

—No entiendo su interés, señor. De su máquina solo quedan piezas herrumbrosas, nada aprovechable.

—En ese caso, ¿para qué discutir? Tome el dinero y deme esa chatarra que usted no quiere. —Torres fingió ponderar la propuesta con más seriedad, cuando lo que pretendía con ese silencio era encontrar una forma de sonsacar algo al americano, como le pidieran los policías—. Bien, vayamos ahora, tengo la cantidad ofrecida encima...

—No, no quiero verle en casa de la señora Arias otra vez.

—¡Qué descortés! ¿Es este el modo de hacer negocios de los españoles?

—Con aquellos que nos amenazan en nuestra propia casa, o en el lugar que nos hospedamos, desde luego. Creo que estoy siendo demasiado tolerante.

—No habrá tenido en cuenta...

—Basta ya, doctor Tumblety. Ni usted ni yo tenemos el menor interés en dedicar a esto más tiempo del imprescindible. Dígame dónde reside y yo le llevaré el ajedrecista lo antes posible. —El americano rió fingiendo una suficiencia de la que en ese momento no gozaba—. No hablo en broma, no consentiré que vuelva a poner un pie en esa casa...

—No sé cuántas exigencias soy capaz de tolerar de usted. —Ahora el Monstruo estaba más serio—. Me hospedo en el East End. No creo que sea un lugar apropiado para un extranjero que desconoce la ciudad. —No se hacía la idea Tumblety de cuántas veces había ya frecuentado ese barrio—. El domingo iré a su pensión, no es necesario que entre si le molesta tanto mi presencia. A la puerta puede entregarme el artefacto, y yo pagaré lo acordado, claro está.

No podía insistir, o no sabía. No estaba hecho para el subterfugio ni el interrogatorio. Sabía que no había obtenido la información deseada, volvería a ver a Abberline y a Andrews sin nada en las manos. Maldijo su torpeza; su mente, tan brillante en lo que a lo científico atañe, se encontraba incómoda lidiando con las mentiras. No supo decir otra cosa que:

—De acuerdo.

—Entonces, ¿le parece bien a mediodía? —Asintió. Tal vez si aparecía el domingo por casa de la señora Arias, la policía podría esperarlo y... y qué. Andrews fue claro en cuanto a lo inútil de detenerlo—. Bien, pues hasta entonces. Que tenga un buen día, señor Torres. ¡Coche!

Un pilluelo despierto, de los muchos que andan por esas calles, corrió a parar el coche para Tumblety, esperando una propina, que viendo la cara que puso mientras contemplaba lo que el americano había dejado en su mano antes de subirse al coche, no fue demasiado generosa. Entonces Torres reaccionó, su «torpe» cerebro dio con la pista que tanto esperaba.

—¡Muchacho, ven! Toma. —Le dio tres chelines, una fortuna—. Dime, ¿oíste qué dirección dijo ese caballero al subir al coche?

—Algo oí. Iba para la calle Batty.

Ahí lo tenía. Si eso estaba en el East End, debía ser su cubil. Sin entretenerse más, fue a casa. Ahora debía contar lo sucedido a Littlechild, la supuesta dirección de Tumblety, todo, o gran parte de ese todo, estaba solucionado. Como esperará, no fue tan sencillo. No pudo hablar con Littlechild, no encontró el momento. Halló a la viuda en la entrada de la pensión, junto a la escalera, teléfono en mano.

—Esper... señora, don Leonardo acaba de llegar. —Tendió el aparato a Torres, diciendo—: Es la señora... ya sabe. Está llorando de nuevo.

En efecto, al otro lado de la línea Cynthia parecía desconsolada.

—Ha ocurrido algo, Leonardo, esta mañana, y no sé qué hacer... —Entre el sofoco y la premura con que hablaba era imposible entenderla. Había tenido un enfrentamiento con su primo, algo de lo que se negaba a hablar—. Es horrible... no sé... no sé cómo seguir...

—Cynthia, por lo más sagrado, me está asustando, ¿qué le pasa?

—Hace unos minutos subí al cuarto de Perceval, tenía que... que explicarle... lo vi coger un arma, traté de detenerlo y me apartó de un golpe. «Voy a acabar con todo, por fin», decía.

—¿A qué se refería?

—A John, va a matar a John.

—Eso no tiene sentido... ¿ha hablado con su tío?

—No puedo, no puedo mirarlo a la cara... solo le tengo a usted. Nana... me ha mentido durante tanto tiempo. Ya no sé qué es verdad.

—La ayudaré en lo que desee, pero ¿qué... qué quiere que haga?

—Salve a John, se lo suplico, no es malo, solo mezquino y ha caído en el peor de los lugares para alguien como él...

—¿Dónde...?

—Sálvelo, a él y a Perceval, y vuelva a España, con su mujer, olvídese de todos. Ponga diez océanos entre nosotros. Esto es el infierno.

Colgó.

—¿Ocurre algo, Leonardo? —No le había dicho dónde suponía que su primo iba a matar a su marido, con seguridad porque no lo sabría. ¿Qué hacer?—. ¿Puedo ayudarle...?

—No sé qué hacer, Mary. —Esa impotencia, ese miedo lo desarmaba. La frustración de querer ayudar y no saber cómo.

—¿Qué ocurre?

—Debo encontrar a alguien... —Lo inmediato era avisar a la policía, a Abberline por ejemplo, pero si Cynthia no lo había hecho...

—¿Y no sabe dónde está? ¿No puede preguntar por él? Supongo que no, soy estúpida. Si conoce sus costumbres, tal vez pueda imaginar.

Torres estrechó las manos de la viuda Arias con tanta fuerza que la mujer se

asustó.

—Eso es, mi querida señora, eso es. ¿Puedo hacer una llamada?

La idea, por peregrina que fuera, era a lo único que pudo agarrarse. Conocía las costumbres de John De Blaise, esos hábitos para cuya satisfacción frecuentaba barrios poco recomendables de la ciudad. Y Perceval Abbercromby debía saberlo también, pues tenía en custodia al sargento Bowels, quién había atentado contra el joven en el fumadero. Si De Blaise no estaba en casa, como era evidente, Percy debía haber ido a buscarlo al lugar más plausible, aquel donde su primo político buscaba el solaz y el olvido de los alcaloides del opio. ¿Qué a quién quería llamar? Al señor Ribadavia; necesitaba ayuda para solventar esta crisis, y fue el primer nombre que le vino a la cabeza.

Don Ángel no dudó un instante en ponerse al servicio de Torres. Vino a buscarlo a la pensión, con un coche de la embajada y dos hombres de confianza, de los de rostros cuarteados por muchos soles, mirada torva, armas al cinto y muchas historias que contar. Idénticos casi uno del otro. El primero, provisto de chistera raída, era serio y antipático, el otro, más amable, con gorra de pillo terciada sobre la cara, hizo graciosos juegos de manos a Juliette con unos naipes gastados, mientras Torres se explicaba con premura. De camino hacia Limehouse, pensaba empezar la búsqueda en el mismo fumadero que ya conocía, la idea fue perdiendo fuerza. El futuro lord Dembow no era un hombre emotivo. Amargado, rencoroso, lleno de odio, seguro; pero su venganza no se desataría de un modo violento e improvisado, ese no era su carácter. A menos que eso que había ocurrido y que hizo que Cynthia rogara a su amigo español que dejara el país, fuera algo terrible, tan terrible que quebrara la frialdad del lord. Fue todo lo explícito que pudo con Ribadavia, que no era mucho, al explicarle para lo que le necesitaba.

—Detener un crimen —dijo el diplomático—, y un crimen pasional entre británicos, rara avis. Leonardo, tiene amigos de lo más peculiares, y algo cargantes. Pero si como dice se trata de atender a las necesidades de esa mujer —aspiró con profundidad, como paladeando un aroma que desde luego no podía encontrarse entre aquella calles , no se hable más. Este viejo cuerpo estará siempre a su servicio... y al de usted también, mi buen amigo.

Llegando ya al fumadero, la aparente tranquilidad del lugar alivió el malestar de Torres, que poco a poco fue calmando la inquietud que le producía el estado de aquellas personas. Todo podía ser un equívoco, bien es sabido que las mujeres tienden a la exageración, más si no se encuentran en sus cabales y se ven forzadas a emplear las terapias del doctor Granville para calmarse.

Dejaron el coche y Ribadavia dio a los hombres instrucciones para que no perdieran ripio de lo que por allí pasara. Entraron en el dudoso establecimiento y aquel viejo chino con cara de misterio que fuera tan latoso en la pasada visita del

ingeniero, se les aproximó servicial.

—¡Señol Castlo... cuanta honol...!

—Sin duda me confunde con alguien —aclaró el diplomático a Torres.

—Sin duda, es usted un hombre tan común. —Refrendando estas palabras, Ribadavia empezó a hablar chino. Dos frases y un «señor De Blaise» intercalado, y tras la respuesta del anciano:

—No está aquí...

—Caramba, pues era la única pista que...

—Sin embargo, mi buen amigo Chun Siao, me ha dicho que no somos los primeros que lo buscamos. Un caballero alto y desagradable preguntó por él hace una hora.

—¿Y dónde...?

—Eso, Chun Siao, indícanos dónde.

El chino hizo otra de sus continuas reverencias y pidió que lo siguieran a través del fumadero. Tras un biombo yacía adormecido Perceval Abbercromby. Mientras se acercaba, Torres pudo ver cómo Ribadavia sacaba con discreción una pequeña Derringer de su levita, había venido preparado para cualquier contingencia. Pronto se vio que el estado del joven lord hacía inútil esa precaución.

—Señor Abbercromby.

—¿Torres...? —Se incorporó, abotargado por los efluvios del opio—. No le hacía habitual de estos lugares...

—Don Ángel —dijo Torres haciendo un apartado—, hágame el favor, espérenos fuera.

—No sé si...

—Se lo ruego, agradezco mucho su ayuda, de verdad, pero hay cosas...

—Que prefiere que no sepa. Le entiendo. En fin, marcharé fuera con esos dos. Son gente de cuidad, ¿sabe?, más que útiles pese a no hablar una palabra de este idioma bárbaro. Pero han nacido en Murcia, y ya saben lo que dicen de los murcianos. —Echó mano al sombrero para saludar a Percy y se fue, añadiendo—: Tiene un año, Leonardo. Dentro de un año iré a verle, esté donde esté, y por la memoria de mi anciano padre que me va a tener que contar en qué asuntos se metió usted aquí, se lo aseguro.

Torres sonrió y volvió su atención a Percy, que seguía farfullando alguna perorata beoda.

—Contésteme, ¿qué hace aquí, señor Abbercromby?

—¿Yo...? No lo sé... no sé dónde ir. Usted tiene su casa, su España... seguro que la echará de menos. Yo, el heredero de una de las familias de más raigambre del Imperio y nunca he sentido nada como mío, no tengo casa, ni...

—Ha venido a buscar al señor De Blaise, ¿me equivoco? —Se sentó a sus pies, en

la cheslón donde se recostaba Percy, e hizo un gesto por el que los obedientes criados chinos los dejaron a solas. Una extraña música llegó a sus oídos, a los de ambos. Alguien tocaba un instrumento de cuerda exótico mientras unos crótalos o algo semejante hacían de percusión. Más allá de los biombos tras los que descansaban los durmientes, un montón de orientales se sentaban viendo una representación.

—Es usted un hombre muy sagaz. Sí, tenía que preguntarle algo a mi querido primo político.

—¿Solo preguntarle? —Señaló a la enorme pistola de cuatro cañones que sin cuidado alguno, mostraba el inglés al cinto.

—No se preocupe. Si he de matar a ese bastardo, le daré oportunidad de defenderse.

—¿Qué le sucede? Su prima parecía muy alterada...

—Cynthia, claro, ella le avisó. No sé qué me ocurre, se lo aseguro, no tengo idea de lo que nos ocurre a todos. Por eso quería hablar con De Blaise, y obligarle a contarme todo, sea lo que sea. —Agitó su arma para apoyar lo que decía.

—Guarde eso, y dígame qué le ha pasado.

Tenía el hombre tantas ganas de obtener respuestas como Torres, y por eso no dudó en abrir su corazón, desbordando el dique que su frialdad natural imponía. Serio y firme pese a la droga inhalada, con su habitual falta de entusiasmo en todo lo que hacía, contó lo ocurrido esa misma mañana.

Era su costumbre madrugar mucho, sin embargo esa mañana fue distinto, por primera vez en años tuvo un despertar feliz. Su as en la manga (eso era para él el sargento Bowels) le trajo cierta confianza en poder, por fin, satisfacer la voracidad de sus odios. En un arrebato de entusiasmo decidió despertar a su muy querida prima. No estaba seguro, o no se atrevió a contárselo a Torres, si su intención era desvelar la ambigua condición de su antiguo prometido a la joven.

—No le tenía por un hombre cruel.

—No, no lo hubiera hecho... no por falta de crueldad, le aseguro que el tiempo empleado en soportar mentiras y ultrajes ha desarrollado en mí una falta de caridad considerable. Pero no con ella, y nunca con la memoria de un muerto. No sé bien con qué intención subí, y no puedo jurar que fuera del todo Cándida...

Porque el amor, y el amor negado sobre todo, juega con la voluntad de los hombres a su capricho. Percy subió a la tercera planta, a la alcoba del matrimonio, la que perteneciera a lord Dembow antes de agravarse su enfermedad, y al padre de este antes que él. La encontró vacía, y al servicio haciendo la habitación.

—La señora se ha levantado hoy temprano —le dijeron. Imaginó que había ido a cabalgar, como le gustaba hacer tanto si se encontraba de buen humor como si el caso era el contrario. Bajó descuidado, intranquilo por no saber bien qué le había impulsado a subir a la alcoba de Cynthia; tal vez esperaba encontrarse con De Blaise

y soltarle a la cara lo que creía saber de él, de su valerosa actuación en Birmania... quién sabe.

Fuera cual fuese el ánimo que movía su voluntad esa mañana, quedó superado por la sorpresa de encontrar las grandes puertas que accedían al clausurado segundo piso abiertas de par en par. Entró, y según confesó, no era lugar al que le gustara ir. Las luces encendidas, el enorme salón resplandeciendo. La exhibición de artefactos mecánicos que ocupaba el salón principal del lugar estaba cubierta por lienzos y sábanas, todos salvo un pequeño grupo de autómatas escandalosos que se agitaban en una esquina, como un zoo mágico y burlesco, grandes animales de fantasía que se movían nerviosos, preciosos y torpes a un tiempo. En medio de ellos estaba Cynthia, sentada en el suelo.

—¡Perceval! —Dio un respingo al ver la sigilosa silueta de su primo—. Me has asustado. —Se incorporó y mal disimuló las lágrimas que corrían por sus mejillas. Iba descalza. Aquellos finos, blancos y delicados pies habían excitado a Abbercromby de tal manera que la vergüenza le hizo apartar la vista, él, siempre tan insolente. Se sentía incómodo y un tanto indignado al notar cómo su alma y su cuerpo reaccionaban ante la piel desnuda de una mujer junto a la que había crecido. Allí no acabaron sus turbaciones. El pelo rubio de Cynthia caía desatado sobre su espalda, sobre su cuerpo envuelto en un salto de cama, a medio abrochar, que dejaba ver el hombro que afrodita envidiara.

—Cynthia —pudo decir aturdido por el propio sonrojo, tan poco habituado a él estaba—, ¿estás llorando? De Blaise te a...

La risa de ella hizo una desagradable armonía con el bailar de un cerdo borrachín o el croar de una rana rey que la rodeaban.

—No primito —dijo—. Para que un marido atormente o maltrate a su esposa es condición indispensable que no le repugne su contacto o su mera presencia. Yo ya no tengo marido, Perceval, creo que nunca lo tuve.

Se deshizo en lágrimas, y el pudor hizo que Abbercromby quedara en la ridícula actitud que los caballeros caen cuando son incapaces de socorrer a una dama, ni de dejarla sufrir, allí contemplando su pesar. Cynthia se abrazó a una deslizante lamia de metal, que siseando lamió con su lengua de caucho el cuello de la joven.

—Percy, eres joven y sano, seguro que has conocido a muchas mujeres...

—Yo...

—¿Qué piensas de una de cuya cama huyen los hombres, como de la peste? Eso hizo John, me echó de mi propio cuarto, me insultó de la peor de las formas.

—Santo...

—¿Y qué crees que dijo tu padre cuando le conté aquello? ¿Crees que mi querido tío y protector pidió explicaciones a John? Me golpeó, me llamó súcubo lujurioso. —Mostró un moratón en el pómulo, que había mantenido oculto de Torres gracias a sus

mechones dorados y abundantes—. Ese anciano impedido puede sacar mucha fuerza cuando le posee la ira. Porque era odio lo que tenía en sus ojos. Me acusó de adulterio, en pensamiento habrá de ser... se avergonzó de mí y dijo que debía haber heredado el vicio desenfrenado de mi madre, mi pobre madre...

—Tal vez...

—¿Lo vas a defender tú también, Perceval? ¿Tú a quien ha ignorado durante toda tu vida, a su primogénito? —El arrebato de ira hacia su primo apenas duró el tiempo en volverse, soltar la lamia de metal cuya cuerda se había agotado, y ver la mirada de estupefacción en sus ojos—. No sufras querido primo, lord Dembow se ha disculpado. Anoche se disculpó, dijo que el dolor que siente le hace decir barbaridades, que el verme crecer le entristece y... me regaló esto, ¿sabes? —Señaló al zoo mecánico—. Dijo: «estas pequeñas bellezas permanecerán así eternas, como debe ser, como seremos tú y yo, juntos y eternos en mi corazón». Mentiras. Nada de esto es para mí, lo vi enseñárselo hace dos días a sus amigos, con su sombra... ese maldito Ramrod... no entré, pero oí el sonido, la música, los aplausos... malditos, todo es mentira, mentiras de metal, a eso estoy condenada. —Su tenue cuerpo se agitó con violencia inusitada, sacudió a la serpiente mecánica y la lanzó contra el resto de los animalitos que traqueteaban y saltaban a su alrededor. Un monito rodó, como el rey sapo, desparramando su interior por el suelo marmóreo. Se acercó luego al cerdo bailarín, y sacó de la jarra un objeto largo y metálico: el dildo eléctrico del doctor Granville—. ¡Máquinas! ¡Solo máquinas sin corazón! —Con le percuteur como arma, asesinó a los muñecos, rompiendo, despedazando y triturando ruedas, manillas y piezas de precisión.

Percy no quedó inactivo, repuesto de la sorpresa y tras comprobar que sus ruegos apresurados no conseguían calmarla, fue a por ella, la abrazó y la apartó del destrozo mecánico, temiendo que se cortara entre tantos filos y puntas diseminadas. Abbercromby era un hombre corpulento y no le costó nada hacerse con la liviana Cynthia.

—Ya basta, vas a hacerte daño.

—¿Y qué importa? ¿A quién importa mi dolor? Mi marido huye de mi cama por otra mujer, Harry puso todas las excusas imaginables... ¿es que soy un monstruo?

—No... —Ella se abrazó con fuerza a su primo, y lloró sobre él, en sus brazos. Ocurrió lo que imagina. Percy sintió el calor del cuerpo de ella, apretó más y ella no lo eludió y ambos buscaron los labios del otro. Las barreras, los pudores y frenos habían saltado despedazados por una desesperación en ella y un amor negado tantos años en él. Claro que hubiera ido a más, pero hizo aparición la señorita Trent.

—La cocinera.

—Exacto. La conozco de siempre... no sabía precisar cuándo entró al servicio de casa de mis padres, no hay un solo recuerdo de mi vida en Forlornhope, y nací en esa

casa, en la que no estuviera ya la señorita Trent. Es una buena mujer, siempre me trató bien, con indiferencia, aunque sospecho que esa es la reacción que provoco en todo el mundo. Yo la aprecio, la quiero por el cariño que derrochó con Cynthia. Bien, jamás la vi reaccionar así. Llegó a golpearme y a zarandearme.

—¡No se le ocurra tocarla! —gritaba la señorita Trent—. ¡Es una mujer casada, monstruo! —Percy trató de calmarla, y viendo que cualquier cosa que dijera empeoraría su posición, cayó. La cocinera cogió a Cynthia de la manga de su camisón y tiró de ella—. Tú no, niña, tú no. Tienes un marido...

—¿Sí, Nana? —Se soltó de una sacudida—. ¿Dónde está? ¿Tú también quieres convertirme en la Virgen de Londres?

La abofeteó, con fuerza. Las dos lloraban.

—Sal de aquí, niña. Fuera los dos. Si volvéis a... se lo diré a tu padre.

Poco intimidaba ya a Percy la autoridad de su padre, que jamás había sentido y la escasa ascendencia que lord Dembow tuviera sobre él se había perdido poco a poco en los últimos meses, desde la boda de su prima. Cynthia se fue llorando, con el rostro lívido, incapaz de hacer valer su autoridad sobre su sirvienta, vestida como estaba y sorprendida en la actitud que lo fue.

—Eso es todo —terminó Percy. El narcótico había hecho que su relato fuera más preciso y descarnado, apeado de eufemismos y circunloquios, lo que agradeció mucho Torres. Pero los efectos ya habían calmado su fuerza, y ahora cierta vergüenza por haberse confesado a un extraño, hizo presa en él—. El resto ya lo sabe...

—Cynthia llamó alterada, temiendo por...

—Sí. Una vez que ella se fue eché de allí a la señorita Trent con cajas destempladas, la amenacé y ella se fue llorando; «mi niña, mi niña», decía. Temo haber sido en exceso cruel, es mi naturaleza. Más tarde Cynthia me vio en mi cuarto cogiendo esto. —Señaló su arma de nuevo.

—¿Qué pensaba hacer, hombre de Dios?

—No lo sé, Torres, le juro que no lo sé. —Un chino había entrado con el sigilo natural de su raza, y ofrecía sendas pipas a los caballeros. Las rechazaron y quedaron ambos ensimismados, viendo las siluetas que las marionetas de la función oriental desplegaban contra la pared, oyendo los aplausos y las exclamaciones de los borrachos por el opio—. Eso soy, un muñeco, un pelele... no sé qué hacer, quería buscar a De Blaise, a mi padre y... no entiendo lo que ocurre, mi vida nunca fue gran cosa, y ahora se desmorona. Ella pensará que...

—Vamos —palmeó Torres con fuerza el hombro de su compañero—, no se rinda. Usted es un hombre fuerte, no puede claudicar, debe... debemos luchar.

—Y quiero hacerlo, se lo juro. No soporto ver a Cynthia sufrir, y no saber... si supiera hacia dónde, le aseguro que cargaría sin dudar.

—Lo sé, y yo le ayudaré a encontrar blanco para su ataque. —Abbercromby

levantó la vista, había una mínima luz de esperanza—. Ya le he ayudado antes. Sé que ninguno de los dos resultamos simpáticos al otro, pero no veo en usted maldad, no es solo el odio lo que le empuja.

—¿Usted me ayudará? ¿Cómo?

—En la medida de lo posible. Y para ello tiene que contestarme a unas preguntas. En su relato, ¿ha sido preciso?

—Acostumbro a serlo siempre.

—En este caso es de especial relevancia la exactitud de sus palabras.

—Entonces, lo he sido.

—Otra cosa más. Cuando Cynthia destruyó esos autómatas, ¿vio algo?

—¿En ellos? No sé muy bien a qué se refiere... eran trastos rotos, piezas, artilugios diseminados...

—¿Nada más? No vio...algún fluido o...

—Sí, claro, muchos. Aceites supongo...

—Usted es médico, le tengo que rogar de nuevo todo el rigor posible.

—¡Por Dios, Torres! Era un momento... el peor de mi vida tal vez... imagino que eran fluidos hidráulicos, agua... ¿qué si no?

—Claro... qué si no. —La función terminaba. Las marionetas, sus sombras se inclinaban en la oscuridad del teatrillo.

—¿Eso es todo?

—Una última pregunta. ¿Dónde tiene al señor Bowels?

—Ah... creí que esto tenía que ver con Cynthia y yo, y mi padre... no entiendo sus preguntas.

—Contésteme, por favor.

—Está seguro en una propiedad mía que nadie conoce, en St. John's Wood, un buen barrio en nada sospechoso. Allí permanecerá hasta...

—Eso es todo. Ahora váyase a casa, hágame caso. Y trate de tranquilizar a Cynthia.

—No sé si tolerará mi sola presencia...

—Seguro que sí. Han crecido juntos, usted la conoce como nadie. Vamos.

—Sí... ¿Qué va usted a hacer?

—Ayudarle, se lo juro.

—Iré a descansar, sí. Tengo un estudio, por Benthal Green, allí pinto, me relaja. No me mire así, no puedo imponer mi presencia a Cynthia, ahora no.

—Le entiendo. Descanse de momento. Necesito que usted hable con ella, si quiere mi ayuda...

—¿Y cómo piensa ayudarme?

—Aún no estoy seguro de cómo. Confíe en mí. Si me dice la dirección exacta donde está el sargento...

Torres salió decidido a acabar de una vez con tantos secretos y mentiras. Las buenas personas suelen confiar mucho en el poder de la verdad, y cierto que es una poderosa fuerza del bien, mas cuando lo oculto es de determinado género nada puede salir beneficiado de revolver las oscuridades.

Fuera aguardaba Ribadavia junto al coche, compartiendo tabaco con los dos murcianos.

—¿Solucionado ya el problema?

—En parte. Ahora debemos ir a St. John's Wood, ¿sabe dónde...?

—Y allí vamos a...

—Tenemos que hablar con un sujeto que está escondido. —Al ver la expresión de Ribadavia, difícil de descifrar, reculó—. Cierto, estoy abusando demasiado de su amistad, perdone.

—En absoluto. Si esto sigue siendo a favor de cierta dama —Torres asintió—, no hay más que hablar. El único problema es que estamos muy lejos, y no me parece oportuno seguir usando un coche de la embajada, ya son más de las tres de la madrugada...

—Entiendo, le agradezco mucho...

—¿Qué le parece mañana? —Antes de que pudiera objetar a tanta amabilidad Ribadavia continuó—: Don Leonardo, ¿qué tal monta?

Dieron por concluidas las peripecias por esa noche. Se despidieron en la puerta de la pensión Arias, quedando por la tarde del día siguiente, sábado, a las puertas de la legación española.

Torres entró en casa, sintiéndose incapaz de conciliar el sueño con todo lo que le bullía en la cabeza. Hacía horas que la viuda estaría acostada. Las estrictas normas de la patrona no permitían que sus inquilinos entraran más tarde de las diez y media sin avisar, pero hacía ya varios días que Torres contaba con llave propia. Subió en silencio sabiendo que no podría descansar. Debía apartar a la familia Abbercromby de su cabeza de momento, tal vez volver al Ajedrecista... No. Nada más entrar en sus habitaciones entendió que le era imposible.

Había algo que sí podía hacer. Tumblety. El había sido el principio de las desagradables situaciones del día. Debía contárselo a Littlechild. Era una imprudencia aguardar a la mañana. Llamó con suavidad en la puerta del inspector. Le abrió adormilado, aunque vestido. No reprochó en absoluto el que lo hubiera despertado a esas horas, estaba allí preparado para todo. Torres contó lo sucedido. Littlechild le recriminó el no haberlo hecho partícipe de sus andanzas (en lo tocante a acudir al teatro para citarse con el doctor indio, respecto a su aventura por Limehouse no dijo palabra), y ambos fueron en busca de Andrews, sin dar importancia a la hora.

—Magnífico —dijo un Andrews muy animado cuando recibió la noticia en la ya familiar comisaría de la calle Leman—. Ya le tenemos, en Batty Street, y con esto —

señaló la nota que le diera Torres, la que recibió del americano junto a la entrada para la función—, ha conseguido todo lo que le pedí. La policía de San Francisco nos manda también muestras de escritura de Tumblety, pero esta de usted es sin duda una prueba más fehaciente. Está dotado para las labores detectivescas.

—No lo creo.

—Muchos con menos aptitudes andan haciendo de ese detective de novela del señor Doyle por las calles de Whitechapel, entorpeciendo nuestro trabajo —suspiró—. Bien. Comentaré todo esto con el inspector Abberline, él conoce muy bien el barrio. Procuraré ir mañana en persona por allí a buscar esa pensión.

—¿Piensan detenerle? Dijo que vendría a verme el domingo, si está conmigo el inspector Littlechild...

—¿Detenerlo? De momento no. Lo que quiero ver es su habitación, recuerde que se llevó algo de la última víctima. —No tuvo que ser más explícito.

El sábado amaneció encapotado y feo, como un preludio de lo que se avecinaba. Andrews llamó a Torres. Dijo que por cortesía, en agradecimiento de todo lo que había hecho por la investigación, se creía en la obligación de hacerle partícipe de las buenas noticias, que por fin había alguna en este caso.

—Sin duda Tumblety está hospedado en el veintidós de Batty Street. Anoche hablé con la patrona, una mujer de origen alemán, con la que es muy difícil entenderse. Su poco inglés y sus nervios casi llegaron a exasperarme. Tenía miedo.

—¿Miedo?

—Respecto a uno de sus huéspedes. Afirma que un sujeto que concuerda con la descripción de nuestro doctor Tumblety, tiene una habitación allí, las fechas coinciden con el abandono del hotel en el West End, ¿le hablaron de él? Bien, parece que este sujeto tiene la costumbre de salir por las noches, a altas horas, y no volver hasta de madrugada. Es un hombre desagradable, según dice la señora, y en todas las noches de los crímenes estuvo en la calle. Acostumbra a llevar zapatos de suela de goma —lo que no era nada frecuente en aquella época, salvo en algunos policías o detectives, pues como es lógico ese calzado vuelve mucho más sigiloso a quien lo usa—, así que a veces salía de su cuarto sin que ella se enterara. Por otro lado asegura que su huésped es extranjero. Le pregunté si era americano, y dijo que pudiera ser. A mí me es suficiente, esta noche iré a por él. Rodearemos la casa, esperaremos a ver si sale y lo seguiremos.

—Inspector, no espero que acceda, pero ¿podría ir con ustedes? —Andrews quedó en silencio—. Asumiría los riesgos, por supuesto, sé que no pueden asegurar...

—No se trata de eso. El trabajo policial no es tan atractivo como en las novelas, señor Torres. Puede que pasemos noches infructuosas, esperando bajo la lluvia, y puede que al final no se trate de Tumblety, que sea una falsa pista, seguimos cien de ellas por una buena.

—No importa, me arriesgaré a eso.

—De acuerdo, estamos en deuda con usted, si quiere pasar una noche fría y en blanco en el East End, yo no se lo negaré. Vendré a buscarle a eso de las diez y media.

Pasadas las ocho y media, quien se presentó fue Ribadavia con sus dos hombres de confianza, que pudieran tomarse por hermanos de no ser porque uno se llamaba Martínez y el otro Ladrón. Llevaban con ellos cuatro corceles de los más briosos. Torres los saludó sin su cortesía habitual, andaba intranquilo por lo que bullía en su cabeza.

—Pierda cuidado, Leonardo —dijo Ribadavia malinterpretando el ánimo del ingeniero—. Son de mi propiedad; las monturas, no los murcianos, claro está. En cuanto a los últimos son de total confianza, harán cuanto les diga. —Algo debían deber ese par de piezas a don Ángel, pues no es normal, ni conveniente, que dos individuos de tal catadura estuvieran entre el personal de una embajada española.

Fueron al trote hasta St. John's Wood, una parroquia agradable y apacible incluso con un tormentoso clima como el que se avecinaba, que con sus oscuridades hacía que cada sombra se tornara en espectro. Todo eran pequeños cotagges de paredes blancas y tejados a dos aguas verdes y cobrizos, que invitaban a la paz y la horticultura. La parcela de Abbercromby parecía la más amplia del vecindario, y aun así conservaba el agradable aire acogedor del resto de las edificaciones.

—Ladrón, tú aquí con los caballos. Martínez, busca el modo de entrar por detrás. —El aludido acomodó una aparatosa escopeta a la cadera y salió trotando a rodear la casa.

—¿Cree que esto es necesario? —preguntó preocupado Torres.

—Si usted no quiere, o no puede, sincerarse conmigo, he de tomar mis precauciones. Habló de un individuo que anda aquí escondido. Debo suponer que no espera ni desea visitas. —Cierto, Torres cayó en la cuenta de que no había revelado a Abbercromby su intención de visitar al sargento, y por tanto este no había sido prevenido, teniendo en cuenta que no sabía siquiera si la comunicación entre Bowels y el joven lord era fluida. Tuvo que plegarse a la mayor y sorprendente experiencia de Ribadavia en estas situaciones.

Los dos fueron directos a la puerta, sin ocultar su presencia. El diplomático con su Derringer en la mano. Llamaron. Nadie respondió, seguramente esas eran las instrucciones que Percy diera al sargento. Desde luego no había luz alguna, y las ventanas se veían cegadas. Toda la casa parecía cuidada pero deshabitada.

—¡Señor Bowels! —llamó Torres—. ¡Sargento Bowels! ¡Soy Leonardo Torres, el español! ¡Hablamos el jueves...!

Un trueno, un disparo resonó desde dentro y se propagó por el vecindario. Luego ruidos, golpes o carreras.

Habría que entrar... —dijo Torres.

—No pretenderá que derribe la puerta, tengo una vieja lesión...

—Por el amor de Dios, Ángel, se están matando.

—Más a mi favor. Tengo por costumbre alejarme de donde suenan las balas. —Convocado por la despreocupación de Ribadavia, sonó otro disparo. Y venga golpes y carreras.

—Válgame el cielo, no podemos...

—Bueno, bueno. Virgen Santa qué precipitado es usted, Leonardo. ¡Ladrón! — El aludido dejó las cabalgaduras y vino al trote. Torres pegó el oído a la puerta, el ruido ya había cesado—. Hay que entrar.

—Por la puerta no lo veo... —El murciano torció la cara mirando la robustez de la madera—. Mejor me voy trepando pa una ventana de arriba, las dabajo están enrejas. —Terció su escopeta a la espalda y como un pirata de vodevil, echó un cuchillo a los dientes y trepó con más agilidad de la que se le aventuraba viendo su corpulencia. Torres y Ribadavia quedaron mirando cómo el ágil murciano subía hasta un falso balconcillo y entraba en la casa, sin mostrar esfuerzo al violentar la ventana.

—Pierda cuidado, Leonardo. —La expresión del ingeniero mostraba que no andaba cómodo en esa situación.

—Puede haber heridos...

—No creo que esos dos corran peligro, llevan la suerte consigo. Y el que esté allí... bueno, es un inglés.

—Un poco de humanidad, por Dios.

—Venga... que hay demasiadas almas ya para preocuparse además por estos bárbaros...

La puerta se abrió y de allí salió enjarras Ladrón.

—To está bien —dijo.

Entraron. Como bien afirmaba la experiencia de Ángel Ribadavia, la sangre no había llegado al río, pero faltó poco. Martínez había encontrado un acceso tras la casa y por su cuenta y riesgo se metió en ella. No lo acompañó en esa ocasión la suerte al murciano, pues por ahí trataba Bowels de escapar sin hacer ruido tras oír la llamada a su puerta. Ambos se sorprendieron, y el sargento, más asustado sin duda y más fornido, golpeó casi por instinto a Martínez en la cabeza, quién cayó y disparó su escopeta por accidente. Este era el disparo oído.

Bowels, al ver lo armados que llegaban los incursores, echó a correr para el interior de la casa, con Martínez detrás, maldiciendo y sangrando por el labio. Pudo disparar, pero era hombre prudente, el más de los dos murcianos, y creyó entender que la vida de ese pelirrojo era necesaria, así que se limitó a tirar la escopeta, sin pensárselo, como quién arroja una garrota. El arma dio en la espalda del inglés de plano y se disparó de nuevo. Segundo tiro.

Bowels había caído medio deslomado y sobre él saltó un murciano enrabietado, que no es poca cosa. Se enzarzaron a puñetazos y bocados hasta que entró Ladrón, escopeta en mano, y puso orden en la situación. Ahora el sargento mayor estaba sentado en un sillón del sobrio salón principal, magullado y con sus propios pantalones atándole los tobillos. Ambos murcianos lo vigilaban, Martínez liándose un cigarro, olvidado ya su labio hinchado.

—¡Usted! —exclamó al ver a Torres.

—Pues claro, hombre, ¿es que no me ha oído? —No cabía recriminar el exceso de precauciones en Bowels. Seguía siendo un buen soldado y obedecía órdenes, en este caso las de Percy, que le había asegurado que solo él podía aparecer por la puerta. Demasiada iniciativa había mostrado ya el sargento con su intento de asesinato, razón por la que Torres estaba ahora ante él, diciendo—: Solo quiero preguntarle algo, el señor Abbercromby me dio... nos dio a estos amigos y a mí esta dirección...

—Un momento —interrumpió Ribadavia—. Imagino que querrá de nuevo intimidad. Saldré fuera, aguantando la lluvia que ya empieza.

—No es...

—Es necesario, seguro que pronto la policía llamará a la puerta a causa de los disparos. No se preocupe por estos dos, no entienden nada de inglés.

—Pero que lo desaten.

Ribadavia hizo una señal a Martínez, que sin dejar de liar su cigarro dijo:

—Juan. —Así se llamaba su camarada, que además de paisano eran tocayos. Ladrón desató a Bowels e incluso ayudó a que se adecentara, mientas Ribadavia salió de escena.

—Quería preguntarle un par de cosas, sargento, sabe que...

—Llámeme Tom. Ya no estoy en el ejército.

—Como quiera, Tom. Pues como le digo, sabe que soy amigo del señor Abbercromby, su benefactor...

—No me venga con benefactores ni esa filfa; el señor me esconde porque algo querrá de mí, al igual que usted. —Por el tono de voz del sargento, además de esconderle Percy le proporcionaba suficiente licor para pasar las soledades de su encierro con mayor confort.

—Le aseguro que no he venido en su perjuicio.

—Lo sé, más bien en el de De Blaise, ¿cierto? —Torres calló—. Por eso le responderé a esas preguntas.

—Será una nada más. Dijo que debe su buena estrella, que le ha permitido librarse del infortunio que ha perseguido a sus compañeros de campaña, a la mediación de familiares del finado capitán Sturdy.

—A un familiar.

—¿Quién?

—Le dije que no puedo decir nada de eso. No voy a traicionar a quién...

—Tiene que ser alguien cercano a lord Dembow, pues le ha permitido conocer los movimientos de la casa y sus habitantes. ¿Me equivoco? No, creo que ando cerca.

—Puede hacerme lo que quiera —dijo mirando a los guardias españoles—. No...

—Nadie va a hacerle daño... más daño. Hace un instante estaba dispuesto a contarme cualquier cosa con tal de dañar...

—Cualquier cosa menos aquello que perjudique a quien me ayuda.

—¿Es la mujer del capitán? —La expresión de pasmo de Bowels sirvió de asentimiento—. Lo suponía. Tranquilice su conciencia, Tom, no ha traicionado a nadie, solo ha corroborado una intuición mía. ¿Se trata de la señorita Trent?

—¡Cómo lo ha sabido...!

—No lo sabía, ya le digo que era un pálpito. No suelo fiarme en conjeturas sin prueba alguna, así que debía confirmarlo con usted, y así ha sido. Recuerdo que me llamó la atención, hace años, cuando por casualidad conocí de modo muy fugaz al marido de la señorita Trent, un hombre de asombrosa resistencia al frío y las inclemencias. Era llamativo cómo aquel cochero...

—¿Cochero?

—... porque ese era su trabajo en casa del lord, andaba tan tranquilo bajo la lluvia, demasiado tranquilo. Era una peculiaridad sin importancia, lo sé, y que seguro olvidé enseguida. Sin embargo, al oír sobre el capitán Sturdy, de su también sorprendente tolerancia al mal tiempo... me llamó la atención toparme con dos individuos con esa misma característica, y al saber que el difunto de la señorita Trent había sido militar, y que era ese chófer...

—Sí, Sturdy era increíble. Le conocí bien allí, antes de lo de Kamayut. Era quién animaba todas las reuniones. No frecuentaba mucho las cantinas de oficiales, prefería las de los suboficiales. Allí apostaba a que soportaba el dolor sin moverse, clavándose bayonetas en manos y muslos... muchas copas ganó así, era un tremendo bebedor...

—¿No le dolía?

—Nada, no sentía dolor, ni frío ni calor... por eso bebía tanto, creo yo. Siempre andaba con una amargura encima... acabamos haciéndonos buenos camaradas con tanta ginebra que compartimos. Me dijo que había sufrido una herida, un accidente grave de muy joven, estando en América, y desde entonces no sentía nada. Tenía unas enormes cicatrices por toda la espalda, junto a la espina.

—¿Desde cuándo estaba en el ejército?

—Desde siempre, tenía la piel hecha en la milicia, no sé si me entiende.

—Pues fue cochero, como le digo, y lo echaron por ladrón...

Imposible. Era un tipo problemático y un borracho, no un ladrón. ¿Y cuándo dice que fue eso? Él llevaba sirviendo al menos veinte años.

—Sí... no sé cómo... —En eso entró Ribadavia acompañado por dos agentes. Llevaba una escopeta en la mano, la que se había disparado y explicaba a los policías no sé que de un accidente y de unos invitados. Torres miró asustado en busca de más armas que dieran al traste con la historia que la locuacidad hipnótica del diplomático iba haciendo pasar por cierta. No había señal, los Juanes habían hecho desaparecer sus armas, y parecían ahora criados comunes, algo aguerridos y pintorescos, pero no sospechosos.

Despacharon así a la autoridad y dieron por terminada la visita, Torres tenía que estar en casa a la hora pactada con el inspector Andrews.

—¿Eso es todo lo que quería saber? —dijo Bowels mientras se marchaban—, ¿Para eso...?

—Sí —dijo Torres—. Necesitaba quitarme esa duda... la sospecha me mantenía ofuscado. Aunque no entiendo cómo ni qué hacía el capitán en casa de lord Dembow, ni su mujer... de nuevo coincidencias que me aturden. En fin —añadió ya subiendo a su caballo mientras Ladrón se lo sujetaba—, me hubiera dado cuenta si la señorita Trent no hubiera mantenido su nombre de soltera, si hubiera utilizado el «señora Sturdy». Sé que hay casas en que prefieren que su servicio mantenga la soltería, o el aspecto de la soltería...

—Nunca hubiera podido usar ese tratamiento. Sturdy no era su verdadero nombre, era un mote. En todo caso sería «la señora William». —Torres casi cae del caballo—. Sí. Era el capitán Cardigan William.

No quiso permitir que su estupor llegara más de lo necesario al sargento Bowels. De camino a la pensión Arias bajo una intensa lluvia, no pudo, o tampoco quiso, reprimir su deseo de contar todo a Ribadavia, tanto lo que sabía como lo que suponía.

—Me deja de una pieza —dijo este—. Es decir, que usted piensa que era el padre de la señora De Blaise. No sé qué decirle, no es un apellido inusual.

—No me venga con coincidencias, Ángel. Era el capitán William, el amigo de la infancia de lord Dembow, cuyo «capitanazgo» ha resultado ser algo más que un apodo infantil. Vivo, y en Inglaterra, y sirviendo donde reside su hija, su supuesta huérfana... cada vez que sé más, menos sé. Esta familia va a acabar conmigo. ¿Y la señorita Trent, la madre...? Esto explica ciertos comportamientos, claro, sin embargo, ¿por qué mantenerlo oculto? ¿A qué este engaño?

—No sé. Imagine que los rumores son ciertos, como siempre suelen serlo... sí hombre, no me mire así. Imagine que la señora William, que ahora cumple labores de cocinera en casa de lord Dembow, se llamaba de soltera Margaret Abbercromby.

Tuvo una vez más que esforzarse para no perder el estribo. Sí, el aire familiar era indudable si pensaba en ello, y esos modales, ese aire, esa tristeza. Y su comportamiento... no, eso seguía sin tener sentido.

—¿Y por qué tenerla como cocinera? ¿Por qué no mostrar a esa muchacha su

verdadera madre?

—Es una hija natural, eso en ciertas familias, y cuanto más nobles peor, no es plato de buen gusto. Tal vez prefirieron ocultar así el pecado...

—Me parece exagerado, incluso para lord Dembow. Salió en busca de la pareja de fugados, da con ellos y con una sobrina, ¿y los trae aquí, a escondidas, y los obliga a entrar al servicio? ¿Con qué arma pudo atarlos a ese secreto? ¿El escándalo? ¿Por qué no se limitó a despachar a William y traer a su hermana y prohijar a Cynthia, diciendo... cualquier cosa? Casar a su hermana de urgencia, con un matrimonio de conveniencia con alguien de mejor posición que un cochero, no sería difícil. Dada la raigambre de la familia bien podrían encontrar algún advenedizo que acceder a cargar con la niña como propia a cambio de llevar el apellido... Esto no tiene ni pies ni cabeza.

Muchas preguntas que ni Ribadavia ni nadie podía responder. Enigmas dentro de enigmas cuya resolución no parecía conducir a nada. Había unos crímenes que resolver, un asesino que detener y él era parte fundamental en esto. Y llegaba tarde.

Por fortuna Andrews se retrasó algo más de media hora. Desde las nueve y media se había desatado una tormenta sobre Londres.

—¿A estas horas hace sus «paseos nocturnos»? —preguntó Torres al recibir al inspector.

—No tiene una rutina fija, por lo que me contó esa buena mujer. Me temo que como está el tiempo, no salga hoy. ¿Quiere acompañarnos? Abríguese entonces.

Protegidos con abrigos y sombreros subieron a un furgón policial en dirección al East End. Tres detectives, además de Andrews, miembros de la sección D, completaban el despliegue de fuerzas que iba a rodear la pensión. El objetivo principal, según le contaron a Torres, era seguir a Tumblety donde fuera, observarle y por supuesto detenerlo en el caso que intentara agredir a alguna mujer. Era mucho esperar que eso ocurriera en la primera noche de vigilancia. Además, pretendían registrar su cuarto, aunque la patrona le había explicado que era un hombre ordenado, escrupuloso, y que tenía la extraña costumbre de quemar algunas de sus ropas.

—Intuyo cuáles supone usted que son esas ropas —dijo Torres, ya caminando bajo la lluvia en el East End, una vez que el furgón les dejó allí—. Es un comportamiento muy extraño, ¿por qué Tumblety se hospeda en un lugar así? Es más propio de su carácter el buscar barrios más ricos donde embaucar...

—A menos que sea aquí donde está lo que busca. Hay algo todavía más extraño. Tumblety, asumiendo que de quien hablamos es de verdad Tumblety, no está solo. Acostumbra a dar esos paseos nocturnos acompañado de una dama. —Conociendo su opinión sobre el sexo débil, no parecía una compañía apropiada. Sonaron las doce de la noche y quedaron los dos allí, en Commercial Road. Andrews aprovechó la pausa para dar instrucciones a los tres inspectores que lo acompañaban, que salieron a paso

ligero hacia sus puestos. Andrews y Torres abandonaron Commercial.

—¿Esta es la calle?

—No. Daremos un pequeño rodeo. Sé que no hace bueno ni este es lugar para paseos, pero es mejor así, demos tiempo a mis hombres a situarse, si llegáramos todos a la vez... no quiero levantar sospechas.

Si las calles del barrio no eran un ejemplo atractivo de Londres a la luz del día, menos allí, a la noche y bajo la lluvia, más solitarias de lo normal, cruzándose con gente deseando refugiarse del agua, carros solitarios tirados por caballos mojados y tristes como sus cocheros o con sombras medio vistas en los portales oscuros; Torres empezaba a arrepentirse de su arrojo.

—Habló de una mujer —rompió el silencio al torcer una calle.

—Una mujer muy extraña, según me contó la patrona.

—¿En qué sentido extraña? ¿Tumblety se hospeda con una mujer?

—Así es. La alemana debió poner objeciones al principio, según aseguró, apelar a la moralidad de su casa, pero créame, intentaba sacar más dinero de alguien que le pareció de posibles.

—¿La dama? Porque el doctor...

—En efecto. Dijo que parecía una señora refinada, y enferma a juzgar por cómo se movía, apenas le ha visto. Muy alta y siempre cubierta, por lo que pensó que era alguien distinguido que no deseaba ser reconocida por esas calles, y en esa compañía. Le saluda con una inclinación de cabeza, solo le ha oído hablar desde el cuarto de Tumblety, supongo que mantendría una oreja pegada a esa puerta —sonrió—, aunque la mujer aseguró que la pareja hablaba alto...

—¿Entendió algo en alguna de esas conversaciones?

—No, o dijo que no. Doblemos por aquí. —Eso hicieron—. Esas mujeres tratan de parecer muy decorosas, y jamás reconocerán su afición por los secretos ajenos. Intuí de todas formas por lo que dijo que no eran charlas animadas propias de una pareja de enamorados, cosa que no esperaba, ni peleas domésticas.

Una carrera los sobresaltó, al menos a Torres. Un judío salía al trote de una calle que cruzaban, Berner Street, y a su zaga también iba otro hombre que llevaba una pipa en la mano. Los dos pasaron, el segundo dejó pronto las prisas, tras mirar un momento atrás, pero el de claro aspecto semítico corrió como alma en pena hasta difuminarse en el telón de agua. Torres miro preocupado al inspector, que se encogió de hombros al ver cómo el otro corredor se calmaba y seguía su camino más tranquilo.

—Alguna reyerta menor —comentó—, de esas habrá un centenar.

—No creo que uno persiguiera al otro, más me pareció que ambos huían de algo...

—¿Sí...? Yo no vi... —Guardó silencio. De la calle de donde habían salido, oyeron un cántico lejano, nada más—. Eso es lo terrible de este barrio —continuaron

caminando—, buscamos criminales donde todos los días ocurren crímenes, atropellos...

Se cruzaron con un hombre que subía por Berner y se quedó un instante mirando a la esquina, donde se levantaba un colegio. Contra la pared había una pareja, dos amantes, una prostituta y su cliente, una víctima y su asesino... ese clima borrascoso volvía funesta la imaginación de Torres. Oyó que la mujer dijo:

—No, esta noche no, tal vez otra. —Y aplaudió su decisión.

—¿Qué le estaba contando? —dijo Andrews.

—La mujer que acompaña a Tumblety. ¿Protector de una dama? Me cuesta creerlo.

—Una dama de alcurnia. Dijo que sus ropas eran elegantes. Más sucio se me antoja el asunto: coacción o incluso un secuestro. Ya que la dama no habla me hace pensar que se trate de una mujer extranjera, por lo que es posible que no tengamos noticia de su desaparición. El misterio es: ¿qué hace con Tumblety?

Misterios había muchos, y el menor de ellos no era precisamente el despliegue de hombres del Departamento Especial, incluyendo su jefe Littlechild, para atrapar a un simple truhán degenerado de poca monta como Francis Tumblety.

—Ya hemos llegado.

Doblaron por la siguiente bocacalle a la izquierda. Batty era una estrecha calleja, oscura, sin iluminar, en un barrio lleno de calles semejantes; el lugar perfecto para ocultarse. Se quedaron frente al veintidós, en las sombras, junto a una taberna con no demasiada parroquia, y un hermoso león rojo de madera sobre su puerta. Uno de los inspectores apareció entre la lluvia para informar de la situación. Había preguntado a la propietaria teutona si Tumblety había salido. No, seguía allí. La mujer se ofreció en ayudar en lo que fuera menester a la policía y el inspector dijo que no era necesario, que se comportara de forma normal.

—Mejor así —corroboró Andrews—. A veces empeoran las cosas con el esfuerzo de cooperar. —El inspector recién llegado se perdió de nuevo en la noche—. Si salen hoy, los primeros que los veamos seremos usted y yo.

—¿Y entonces le abordaremos?

—No. Es preferible seguirle.

—Si esa dama se encuentra en peligro...

Yo también tengo ganas de atrapar a esta alimaña, pero seamos cautos. —Torres tuvo la sensación de que todos esos comentarios eran los propios dirigidos contra un ladrón, un estafador, incluso un asesino común. No encontraba en Andrews la urgencia y la desesperación que esperaba de alguien tras las pistas del asesino.

—Perdone la pregunta, inspector, ¿cree que Tumblety es él? —El inspector miró pensativo, bajó la cabeza dejando que una cascada de agua cayera del ala de su sombrero.

—No lo sé. Ahí están.

De la puerta de la pensión salían dos personas. La tormenta era ahora menos intensa, y el agua, aunque pertinaz, permitía la visibilidad. La pareja no tenía nada de particular. Tumblety, si es que era él porque la noche no podía ser más oscura, protegía con un brazo a la mujer, que en efecto era alta, muy alta. A una indicación de Andrews salieron tras ellos a distancia prudencial. En esa noche era fácil pasar desapercibido. Fueron hacia Fairclough Street de nuevo, la calle por donde habían llegado. Caminaban lentos, por la lluvia. Al llegar al cruce doblaron a la derecha.

Y ya no estaban.

—¿Dónde? —Andrews no salía de su pasmo. La calle estaba desierta, arriba y abajo. Miró al colegio, grande oscuro, y vio la lluvia caer en sus antiguos tejados. Nada, solo se escuchaba el ruido del agua y...

—¿Oye eso? —dijo Torres.

—¿Oír? Yo...

—¡¡¡Shhh!!! —Callaron ambos. Goteo del agua, nada más—.Juraría que había oído como un tictac...

—Le aseguro que no oigo nada.

—No... yo tampoco.

Dubitativos, desanduvieron el camino que ya hicieran por Fairclough, sin saber qué dirección tomar.

—El primer día y nos dejan atrás.

—¿Cree que se han dado cuenta?

—No puedo estar seguro... allí. —Una figura familiar a su espalda, que al verlos apretó el paso. Uno de los detectives.

—¿Los ha visto...? —preguntó Andrews.

—No... no he visto pasar más que... —Y entonces llegó, desde lejos:

—¡Policía! —Y al momento:

—¡Asesino!

Estaba allí, otra vez. Voces como esas se escuchaban a diario en el barrio, y sin embargo no les quedó duda de lo que significaba ahora. Otra vez. Torres miró su reloj, medio minuto habría pasado de la una de la mañana, y hacia dos o tres a lo sumo habían perdido la pista de Tumblety. ¿Tan rápido? Esa misma pregunta era la que hacían los ojos abiertos y espantados de ambos policías.

Los gritos se repitieron como ecos fúnebres, sonaban hacia Commercial Street. Lógico, si alguien buscaba ayuda acudiría a la arteria más grande. La gente, transeúntes volviendo a casa, o saliendo de alguna tienda, se miraban, y todos avanzaban hacia el origen de los gritos, atraídos, seguros de lo que significaban; todos los pasos conducían a la calle Berner. También corrieron hacia allí el español y los detectives. A la derecha, nada más entrar en la calle, había un pasadizo con dos

grandes portalones, ahora abiertos, que daba a un estrecho patio; el patio de Dutfield. Allí a un lado había un pequeño carro y un coche abandonado y, a la derecha, se amontonaban unas diez personas iluminando algo con unos fósforos.

Había un cadáver.

Un hombre estaba sobre él.

—Aún está caliente —musitaba al incorporarse.

Torres podía ver a esa tenue luz la sangre aún fresca, corriendo por el suelo. La muerta estaba junto al edificio más grande de ese patio, el Club Internacional de Trabajadores, un club socialista de judíos que celebraba alguna reunión esa noche, la puerta que daba al patio estaba abarrotada de gente, así como las ventanas superiores.

Casi al tiempo de Torres llegaron varios agentes de policía, uno encendió su lámpara y enfocó el cadáver, mientras el resto pedía a los hombres y mujeres ahí reunidos que no entorpecieran. Era una mujer, degollada.

—Cierren esos portones —dijo el agente y luego llamó a uno de sus compañeros —. Collins, ve a buscar al doctor Blackwell. ¿Quién encontró el cadáver?

Un hombre se adelantó, uno muy acalorado, que había llegado corriendo junto con el resto de los curiosos.

—Yo... fui.

—¿Cómo se llama?

—Yo... solo la vi... soy Louis Diemschutz. Se lo dije a mi mujer y fui a buscar ayuda. Ese es mi carro, entré y... primero creí que dormía o... que era un animal, fui a tocarla con el látigo...

—Soy el Inspector Andrews.

—Señor, P. C. Lamb. Oímos el jaleo y vinimos en cuanto fue posible. He mandado por ayuda a la comisaría de Leman.

—Bien hecho.

—Si le parece, voy a mirar en todas las casas que dan aquí.

—Excelente...

Torres se apartó despacio. La pobre mujer había sido degollada, brutalmente degollada, pero conservaba el resto de su cuerpo íntegro. Oyó a Andrews decir: «pillarle en medio de la faena» a uno de los agentes que entraba por el club de judíos y el resto de las casas, preguntando, buscando, todo muy rápido. El tiempo era el enemigo, lo veía en las caras de los agentes como veía la sensación presente en todos de que el Asesino de Whitechapel estaba cerca, hoy podían cogerlo.

No era Tumblety, imposible. Lo habían perdido medio minuto, tal vez uno antes de oír los gritos. Nadie era tan rápido. No era concebible que pudiera desaparecer en el aire, como disuelto en la llovizna. Se lo dijo a Andrews cuando este lo buscó con la mirada, imaginó para decir a los agentes que iba con él, que no era necesario que lo interrogaran.

—¿Está seguro de que al que seguíamos era a Tumblety?

No, no a ciencia cierta. Eran una pareja, embozada. El hombre sí le recordaba al americano; si fuera jugador, apostaría en ello. El agente Collins llegó con un hombre, muy apurados los dos.

—Es el asistente del doctor Blackwell, hemos dejado recado... —El médico empezó a hacer un examen al cadáver, en unos minutos vendría el propio doctor. Entonces, Torres alzó la vista y me vio.

Estaba allí, agazapado entre los curiosos, sucio, cubierto por churretes de barro e inmundicias que apenas lavaba el agua cayendo del cielo. Yo le había reconocido desde que entrara. Me quedé mirándolo, con mi único ojo enceguecido muy abierto, Polifemo enloquecido, aterrorizado y furioso. Rezaba porque no dijera nada. Y eso hizo; callar y mirarme. Tal vez pensara otra vez que era el asesino, ¿por qué no? Recordaría mi vida, lo patético de mi vida y bien saben lo que esos sufrimientos hacen en un hombre. Comprendería entonces esos extraños hechos que lo atraparon en Inglaterra, el autómata, las miserias de una familia de fachada impecable, las amistades eternas y los amores prohibidos o frustrados, en todo eso no cabían los asesinatos de putas del East End. Eran hechos separados que su obsesión había tratado de unirlos. Tumblety era un timador que quería su máquina de hacer fortuna, nada más. Entonces, eliminado el doctor indio, el mejor candidato a asesino de todo Londres era yo. Siempre yo.

Yo nunca la hubiera matado.

Llegó el doctor Blackwell, y minutos después, el inspector Pinhorn y el inspector jefe West, jefe de los detectives del CID del departamento H. Los policías empezaron a buscar huellas de sangre entre los que allí estábamos, menos en Torres. También llegó el inspector Reid, un hombre pequeño y recio, y el superintendente Arnold. El español no conocía a estos caballeros, le fueron presentados por Andrews, aunque nadie estaba allí para relaciones sociales. Mi amigo solo se preocupaba por mí, insistía con su actitud en querer hablar conmigo, en sacarme de allí, si él estaba fuera de toda sospecha, y no iba a ser molestado, tal vez podía extender esa protección hacia mí. Mis miradas lo mantuvieron al margen.

—Señores, disculpen —preguntó a los detectives—. ¿Creen que alguien de aquí...?

—Estamos en plena investigación, señor —dijo Reid. Entonces llegaron ecos de muerte, lejano resonar del horror que no quería irse a dormir esta noche, no sin terminar su trabajo. Primero un rumor, como un crepitar macabro en el aire. Luego palabras sueltas, carreras. Por fin, agentes con noticias urgentes para el superintendente y sus inspectores.

Otra muerte. Otra mujer. A poco menos de una milla de distancia.

Dos en la misma noche.

Esa idea saltaba de unos a otros, de policías a civiles, pegándoseles en las entrañas. Agentes salieron a la carrera. Había sido en el oeste, al extremo oriental de la City. ¿El asesino había matado aquí y media hora después, o menos, allí? ¿Tumblety era capaz de eso? Por qué no, también había desaparecido.

—Vámonos —dijo Andrews a Torres, después de tener una conversación privada con uno de los portadores de tan malas noticias—. ¡Maldita sea! No pudo acabar con esa pobre desgraciada y no se ha quedado contento hasta... —Los policías les franquearon la puerta. Torres miró hacia mí, mantuvo la vista, impotente, hasta que salió.

—¿Cómo pudo hacerlo? —dijo, y Andrews respondió:

—Es un monstruo. —Como yo, yo también era un monstruo.

A la salida estaban los detectives de la sección D, aguardando. Aunque Torres no lo vio, Andrews les había dado instrucciones antes de entrar con él en el patio Dutfield. Habían registrado el barrio, buscando a Tumblety, al hombre que parecía Tumblety, a la mujer que lo acompañaba, a cualquier... no vieron nada o nada sospechoso. Torres observó mientras esperaba a que los detectives acordaran sus movimientos, vio cómo los civiles fueron abandonando el lugar, tras dar sus nombres a los agentes. Esperaba verme salir, libre de sospecha, de las sospechas que él mismo tenía.

—¿No vamos a ir allí? —se atrevió a preguntar Torres.

—¿A Mitre Square? —dijo uno de los detectives, refiriéndose al lugar donde habían encontrado el segundo cadáver.

—No creo que sea plato del gusto de nadie, señor Torres —añadió Andrews—. Según comentan no ha sido como lo de aquí, ahí se ha despachado a gusto.

—¿Qué...? ¿Se ha llevado órganos?

—No sabemos nada —dijo otro detective—, dicen que la ha destrozado.

—¿Abberline...?

—Ya le habrán enviado un cable.

«Don Raimundo no puede ser —pensaría Torres—, gracias a Dios, estaba aquí... pero ¿esta pobre mujer...?» Y la idea de una locura oculta no le parecería tan extraña en alguien con mi vida. La noche se hizo lenta, como todas las noches de muerte. Llegó la ambulancia y a las cuatro y media se llevaron el cuerpo, pronto terminarían la búsqueda por el entorno, que parecía infructuosa. Llegó un agente corriendo, con un telegrama en la mano, más carreras. Torres tembló, ¿tres...? Andrews mandó a uno de los detectives a enterarse, entró en el patio y al minuto salió junto del superintendente Arnold, que dijo al verlos:

—Usted, Andrews, vaya a la calle Goulston. —El inspector de su lado hizo un gesto confirmando que él sabía cómo ir—. El asesino ha dejado algo escrito allí. Y por Dios, consiga una esponja, hay que quitarlo de la pared.

¡Había escrito! Yo no sabía escribir, no podía ser yo. Seguro que Torres se inundó de alegría y al momento de vergüenza por sentir felicidad en una noche así mientras corría con Andrews y otros policías hacia allí. La calle en cuestión estaba al norte de Whitechapel Street, más cerca del segundo lugar del crimen que del primero. Cuando llegaron quedaban unos minutos para amanecer, pero aún estaba oscuro. Había mucha policía, todo el East End estaba cuajado de policías, y aun así había matado dos veces, dos veces y dejado su firma. Al tiempo que ellos llegó el propio sir Charles Warren, que pareció reconocerlos e inclinó la cabeza con gesto grave como saludo.

En un portal, dentro, bajo la escalera, había algo pintado con tiza sobre los ladrillos negros:

Los judíos son
aquellos hombres que
nunca
serán culpados
por nada

____ 39 ____

Atrápeme cuando pueda

Miércoles, a la vez

Luchar contra el Maligno y los hombres a un tiempo no es para lo que nací. Necesitaba al Demonio, sin él, todo lo que hacía era dar palos de ciego, intentar remedar su obra sin poseer su sabiduría. Recé mucho esos días, tres semanas rezando, luchando contra mi propio cuerpo que se revelaba, con el convencimiento de que iba a fracasar, como así fue. Necesitaba a Tumblety.

El me dijo... no, no sé cuándo. Me dijo que había hablado con nuestro caprino señor, y no había obtenido perdón ni ayuda de él.

—¡Y quién la quiere! —rugí, y él me tapó la boca rápido. Nuestra patrona era de natural chismosa.

—Como todas las de su género —dijo—. Menos usted, claro está —juzgó mi reacción equivocadamente y añadió—: No, vivimos en su casa, no puede hacérselo a ella.

Claro que no, era una mujer honrada, no una puta. Creo que yo fui una puta también, ¿sabe? A mi memoria llegan imágenes de luces, música y vestidos multicolores, propias del peor de los lupanares. A veces pienso que lo que descargué sobre esas mujeres fue a causa de mi pasado. Entonces siento más el dolor y el arrepentimiento, ese que siempre quema, enquistado en el corazón. Yo perdí el corazón, se lo quedó él.

Todo falló. Necesitaba otra mujer a la que descuartizar. Así se lo hice ver a Tumblety.

—Hay un español... ya sabe quién —dijo—. Puede que este sea el fin.

—No le entiendo.

—Mi querida amiga, ¿por qué cree que la deja vivir, que le permite seguir haciendo... disfrutando de la noche? —rió. Repugnante.

—No puede impedírmelo. Usted dijo que aquí no se atrevería...

—Yo lo haré. —lo miré furiosa. No me tenía miedo y ese era el sentimiento que más cultivaba—. Yo se lo impediré, señora. No a través de la violencia, por supuesto, no me atrevería. Sabe que no soy un hombre belicoso, esa es su aportación a nuestra pareja, yo traigo la ciencia. —Volvió a reírse. Todo lo que tengo que hacer es irme y dejarla aquí. ¿Podría vivir sin mí? ¿Sola?

Mi dependencia de ese degenerado era tan real como dolorosa, en un segundo decidí matarlo y otro segundo después supe que no podía prescindir de él.

—Y... ¿va a hacer eso? ¿Me dejará aquí?

Tumblety sonrió, se acercó y me tomó la mano con cariño.

—Por supuesto que no. Nunca la dejaré, mientras sigamos practicando nuestros jueguecitos, ¿de acuerdo?

Estábamos juntos, para siempre, marido y mujer... quise morirme, pero sabía qué hacer para romper tan aborrecible compromiso.

Necesitaba otra mujer.

Tumblety objetó y sus reparos eran un obstáculo insalvable. Le necesitaba. La noche anterior, desesperada, salí sola, creyendo que sin él podría hacerlo. Un policía, cerca de Back Church Lane, reparó en mí y me abordó. Por suerte, dado mi altura y mis andares pensó que era un compañero disfrazado, a la caza de su asesino.

—¡Alto! —me gritó—. Eres un hombre, ¿no? —dije un «sí» lo más bajo y escueto posible.

—¿Eres uno de los nuestros?

Asentí una vez más, temiendo que me preguntara el nombre o el distrito al que pertenecía. La fortuna se apiadó de mí, el policía me dejó con un saludo y deseándome suerte, y con el convencimiento de que sin el doctor Tumblety no podía seguir. Debía aguantar sus desplantes, sus amenazas.

—Hay mucha policía en las calles. —Seguía divirtiéndose—. ¿Ha visto lo que dicen de nosotros en la prensa? Somos la sensación del siglo. Nadie me olvidará, nunca, este es mi paso a la posteridad. —¿Él? Él no hacía nada, él solo temblaba.

—No importa la policía, no me verán.

—Confía demasiado en sus capacidades, mi querida señorita, y, según me comentó, ayer en su escapadita... No conviene correr más riesgos, podemos esperar.

—Yo no puedo esperar, necesito más. Ahora. Esta noche.

Esa noche salimos. Tumblety se quejó de la lluvia, se quejó del peligro, pero salimos cerca de la una de la madrugada. La calle estaba vacía por la hora y el clima. Eso no iba a evitar que encontrara a alguna mujer, esas perras salen a comerciar haga el tiempo que haga.

—¿Salir? —La desagradable alemana que nos acogía, seguía despierta a esa hora y con la cara pegada a su puerta para ver cada movimiento en la casa—. Hace una noche desagradable, no deber ir... y menos si la señora estar delicada...

Tumblety no dijo nada, yo menos. Inclinamos la cabeza y ya estábamos a la calle. Enfrente había dos hombres, los vi con claridad. En cuanto empezamos a caminar ellos lo hicieron, en nuestra dirección.

—Nos sigue el español —susurré a Tumblety que se pegaba a mí fingiendo protegerme. Lo había conocido nada más verlo. Todo estaba oscuro, pero yo podía reconocerlo.

—No he visto nada.

—Yo sí.

—Viene por mí... no podemos.

—Los despistaremos, yo los despistaré. Haga lo que le digo.

Seguimos caminando con calma. Los que nos seguían estaban a cien pies o un poco menos, teníamos que ser muy rápidos. Al doblar la esquina vi la calle vacía, mi corazón se aceleró. Cogí a Tumblety y corrí, dos zancadas y estaba junto al muro de un enorme colegio. Salté, temiendo que el cobarde americano chillara como sería propio en él. Se mantuvo firme, agarrado a mi cuello y ocupado de que su sombrero no cayera al suelo. Trepé por el muro de piedra del colegio, rápido, haciendo más ruido del que me hubiera gustado. Cuando nuestros perseguidores doblaron la esquina, me quedé agazapada, con Tumblety colgando de mi espalda como un molesto parásito, muy quieta en el tejado escurridizo por la lluvia. Mi corazón iba desbocado, tenía que pararlo. Hablaban:

—¿Dónde? —A mi espalda los vi mirar de un lado a otro, incluso a lo alto. No me vieron.

—¿Oye eso?

—¿Oír? Yo...

Desde los tejados veía a más gente en la calle, ocupados en sus cosas, tenía que salir de allí. Los de abajo seguían hablando.

—Le aseguro que no oigo nada.

—No... yo tampoco.

Se iban, caminando despacio, parecían abatidos bajo sus abrigos.

—Vamos a matarnos —lloriqueó Tumblety en mi oído. Los de abajo se encontraron con alguien más, no me ocupé de lo que decían, tenía que salir de allí—. ¿Volvemos, por favor?

—No. Necesito una. La definitiva.

Se oyeron llamadas lejanas de auxilio.

—¡Policía!

—¡Asesino!

Se repitieron al momento. El español y sus acompañantes acudieron a las voces, como todas las personas del barrio. Era el momento. Di gracias por lo que sea que había atraído la atención de todos lejos de mi persona, y me moví, arrastrándome por el tejado, arrancado tejas en la prisa, siguiendo los pasos de todos por las alturas del colegio. Pensé en cruzar los tejados hacia el norte, e hice una seña para indicar mi intención a Tumblety.

—No. Allí está Commercial, estará lleno de gente. Baje aquí.

Eso hice, casi a la espalda de nuestros perseguidores. Pusimos pie en suelo, nos recompusimos algo y seguimos adelante, hacia el oeste. El resto de la ciudadanía confluía en una calle, y entraba en un callejón de esta, atraídos como polillas a la luz. Seguimos, caminando tranquilos pero ligeros, alejándonos del barullo entre

callejuelas y no nos fue difícil, el centro de atención de Londres esa noche no éramos nosotros.

—Venían por mí —dije pasado unos minutos—. ¿Los mandó él?

—No lo creo. Era a mí a quien buscaban. ¿Dónde vamos?

—Necesito una, tenemos que encontrar una.

Subimos hasta Commercial. La calle mantenía la misma actividad de cualquier otra noche lluviosa; más solitaria que en pleno día, pero no desierta. Algún curioso corriendo hacia los rumores de muerte, algún vecino asomado por ventanas apenas abiertas, poco más. Nada la alteraba, casi nada indicaba que un sumidero cercano se estaba llenando de sangre. Llegamos a Whitechapel Street, y seguimos por Aldgate, saliendo del barrio. Tumblety insistía en alejarnos lo posible, pero mi urgencia lo empujaba a buscar ya. Nos cruzábamos con mujeres, y era Tumblety quien decía:

—No, esa no, espere.

Subiendo por la calle Mitre, llegamos a un acceso de carruajes que conducía a una plaza oscura de unos escasos veinte metros cuadrados, rodeada de almacenes y de casas abandonadas. Un policía estaba dentro, haciendo su ronda, y nos detuvimos a la entrada, sin dejarnos ver. Estaba iluminada por una farola que titilaba algo, el gas no le llegaba bien. Al fondo había otra luz, a la entrada de un callejón, por allí se fue el policía, y una tercera en el paso a la Calle Mitre, ya fuera de la plaza. Al irse el agente el lugar quedó solitario. De día, en horario de trabajo, tenía mucha actividad por los almacenes que allí descansaban. Ahora, en el silencio de la noche, solo las ventanas, negras o incluso cegadas de los pisos superiores de alguna de las viviendas que la rodeaban contemplaban sus soledades. El lugar más feo y sucio de Londres, eso habíamos encontrado.

—Aquí —dije—. Salga a la calle y traiga una aquí.

—Con este día no encontraré más que a las más arrastradas...

—Todas son iguales. —Lo zarandeé—. Todos lo somos.

Lo empujé hacia el callejón por donde saliera el agente, Church Passage le dicen, supongo que es porque pasa junto a una sinagoga. Lo seguí en silencio, y quedé escondida en otro callejón pegado a la trasera del templo hebreo, uno muy pequeño desde el que podía ver un trozo de la calle Duke, y vigilar a mi socio. Frente a la salida del pasaje había un local, un club sobre cuya puerta se leía un letrero: The Imperial. La calle húmeda y vacía y Tumblety solo, en medio. Al instante una mujer con sombrero negro y verde cruzó la frontera del marco de mi visión, formado por los extremos de Church Passage. Tumblety la abordó. Un segundo después estaban los dos apoyados contra la esquina, hablando. ¿De qué hablaban? ¿Ya negociando el precio del pecado? ¿Tan fácil era, apenas cinco segundos de charla...? Agucé el oído.

Tres hombres, judíos, salieron del club, se arrebujaron en sus abrigos y echaron a andar, dos de ellos juntos, todos miraron a la pareja. Uno dijo a su compañero:

—Mire. No me gusta ir solo a casa cuando veo gente así por ahí.

Si supiera lo distinta que era la disposición de esa pareja de la que imaginaba... Me asaltó entonces un temor: ¿le habrían visto la cara? No lo creía factible, pero... yo era capaz de verlos.

Tumblety y su «novia», la mía por esa noche, entraron por el pasaje. Trepé a la pared de la sinagoga. Pasaron delante de mí sin verme. Ella susurraba algo con voz cansada, que no quise oír. Entraron en nuestra plaza, en Mitre Square. Ella llevó a Tumblety a la parte más oscura, la esquina más alejada de la mortecina farola, buscando que la noche velara la mirada de Dios de los actos impuros que se disponía a cometer; con cuánta facilidad propiciaban su propio fin.

Baje, me situé en la lámpara que iluminaba la entrada de Church Pasage, no me veían ocupados en su pecado. Yo tampoco hice esfuerzo por verlos, no lo necesitaba. Allí estaría esa mujer, descubriendo su cuerpo al frío y la humedad, preparándose alegre para ser ofendida. Corrí en silencio. Miré. Ella contra la pared, Tumblety sobre ella. Por encima de él extendí mi brazo y cogí el cuello de la mujer con fuerza. No pudo gritar. Su mirada de terror se clavó en la mía un segundo.

Hice sonar el cuchillo mientras la tumbaba. Luego, su cuello se abrió para mí. Corté tanto y tan largo que creo que llegué hasta la oreja. En esa oscuridad la sangre era más hermosa, menos acusadora. Le levanté la ropa. Ese cuerpo que no mercería. Clavé hondo el cuchillo en esas blanduras blancas y concupiscentes, y para arriba, hasta el pecho. Ahora era toda ella la que se abría para mí.

Tumblety me metió prisa en silencio. No iba a tardar mucho. Saqué sus tripas, tiré hacia fuera, fuerte, como con la Chapman. Corté. Las dejé sobre su hombro, y el trozo que había cortado lo deje abajo, bajo su brazo izquierdo. Incluso yo no veía bien.

Mi compañero me golpeó en el hombro con suavidad. Había alguien en Church Pasage, mirando, un policía. Quedamos quietos, muy quietos. Solo se oía el fluir de la sangre, sangre perdiéndose de nuevo sobre el suelo de Londres, sangre que solo oía yo, y que pronto todo el mundo vería. Un segundo y nuestro espectador sin invitación se fue, no había notado nada en la oscuridad. Corté abajo, en su repugnante órgano del pecado, corté, no veía bien. El útero, lo corté mal, lo arranqué, lo guardé imaginando que lo había echado a perder. ¡Maldita sea! Tumblety no podía ayudarme, no con tanta oscuridad. Apuñalé con rabia a la puta. El hígado. Apuñale su hígado de borracha. Apuñalé su sucio coño, separé con mi cuchillo los labios del pecado, atravesé su ingle. Corté, rasgué, partí el páncreas, escarbé entre sebo y tejidos hediondos.

Encontré un riñón envuelto en grasa. Mi cuchillo era grande y afilado, lo corté con facilidad y me quedé con él en la mano. El riñón vale, también me vale. Hice un gesto a Tumblety que me dio unos lienzos limpios empapados en alcohol. Envolví el

riñón y el útero destrozado.

No va a funcionar. Me levanté para irme. No había podido cortar bien... no... Estaba cubierta de sangre y heces. La mujer llevaba un delantal, lo rasgue para limpiarme.

—Vámonos —susurró el yanqui—. Por el amor de Dios.

¿Qué sabía él de Dios y menos del amor? Miré los despojos de la puta, esa indigna, que hasta el día de hoy había disfrutado de dones que Dios en su tonta e imprudente generosidad le otorgara, desperdiciándolos. ¿Y a mí qué me dio? Me acerqué a su cara, sus facciones femeninas que tanto me ofendían, tanto.

Mi cuchillo sonó de nuevo sobre su cara. Corté. Sus mejillas, esas que los niños besan, rasgadas. Golpeé sobre el puente de la nariz hasta entrar en su cabeza, luego le corte la punta. Metí mi arma bajo el ojo, fuera los párpados, ya no podrás cerrar los ojos a tus faltas. Ya no parecía una mujer, ahora era un monstruo, ella, no yo.

Descansa en paz, Kate Eddowes.

Oí pasos. Me arrebujé en mi abrigo y salí andando, sin mirar atrás, con las partes que quería de esa puta en mis bolsillos. Tumblety me tocó en el brazo y me indicó que debíamos salir por el callejón que conducía a Sant James Place, el mercado de verdura. Así lo hicimos, justo cuando entraba alguien desde la calle Mitre.

Seguimos caminando, en silencio, empapados y sucios, acompañados por mi corazón desbocado y la respiración temerosa de Tumblety. Limpié mi cuchillo de inmundicias con el delantal de esa mujerzuela. Enseguida sonaron silbatos, la policía había encontrado los restos de mi trabajo.

—Vamos a casa —dije—. Rápido.

—No podemos correr, debemos ser cautos. Es muy peligroso moverse por aquí, la policía de la City tiene orden de buscar a toda pareja que vean y avisar a la mujer... —Ya estaba cansada de su charla cobarde, pero tenía razón. Lo cogí otra vez, y subí a los cielos de Londres.

Saltamos por los tejados de una ciudad aterrada, preñada de muertes. En la noche, en el cielo, sin levantar sospechas de aquellos que corrían abajo buscando un asesino. Había policías de patrulla, no sé si buscándome o siguiendo sus rutinas. Dimos una amplia vuelta, subiendo por encima de Whitechapel y Commercial Road. Solo bajamos una vez superado el caos de silbatos y uniformes, a la oscuridad de un portal para que Tumblety se recuperara de un ataque histérico.

—¿Esto servirá? —Le enseñé mis trofeos, mientras él tomaba aliento.

—Yo no puedo ayudarla en eso... —se secaba nervioso con un pañuelo tan empapado como él. Yo me adecenté también—, y quien puede no creo que quiera. Debemos parar, esta vez ha sido...

No pararé jamás. Jamás. El amor me impulsa. Quedamos un segundo apenas, lo suficiente para sacudirnos las miserias del trabajo, y seguimos huyendo, con la

esperanza que da el amor.

No pararé jamás.

____ 40 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Miércoles, tras hora y media de conversación

Ambos visitantes acaban de intercambiar lo que han oído en sus respectivas sesiones, mientras descansan en la celda comiendo algo. Lento presenta muy mala cara, empeora a ojos vista.

—¿Stride y Eddowes asesinadas por dos manos distintas? —dice Alto.

—Es una posibilidad que siempre... que las dos fueran víctima de igual asesino es por pruebas circunstanciales, geográficas. —Se echa a toser—. Puede ser asesino distinto, o igual, si corrió...

—Estamos como antes. Seguimos a oscuras, y encerrados. Y además aparece el tal capitán William... igual tiene razón usted, y es el escritor de eso.

Alto recoge los restos de la frugal cena de fruta y queso que les proporciona Celador. Levanta en brazos a su compañero de su silla, con cuidado, y se ocupa en acostarlo. El sufrimiento de Lento es evidente mientras su amigo se esfuerza en procurarle el mayor confort posible.

—Tenemos que saber... —murmura el enfermo.

—Sí. Ya me dejó claro cuál es la prioridad: averiguar por qué nos hacen esto, precisamente a nosotros. Ahora debe dormir.

—Lea...

—No. Se ha cansado mucho.

—No voy a... aguantar.

—Descanse. Mañana repose todo el día. Yo asistiré a la sesión, usted reponga fuerzas. Tiene que resistir.

Apaga la vela y se echa junto a su amigo, tratando de conciliar el sueño. En la oscuridad, la respiración de Lento es pesada como la de un ciervo herido.

—No puedo más —dice—. Si no salgo... sin un médico voy a morir.

—Duerma. Yo me ocuparé.

—No importa. Ya no puedo más. Sáqueme de aquí. Tenemos que salir.

—Sí... vamos a salir los dos. Ahora duerma.

—¿Cómo...?

—Duerma. Yo me ocupo. Voy a matarlo. Entonces nos iremos...

____ 41 ____

El éxito del Asesino

Jueves

Vaya, me alegro de verle de nuevo. Ya me tuvo al tanto de su situación su amigo... No tiene buen aspecto... pero quién soy yo para juzgar el aspecto de nadie. En fin... sí, continuamos.

Dos asesinatos en la misma noche, uno de ellos el más sanguinario y repulsivo hasta el momento. Imaginen cómo disfrutó con eso la prensa. Aquella pintada escrita en el portal que daba a los números ciento ocho al ciento diecinueve de las viviendas Wentworth, en la calle Goulston, encontrada justo sobre un trozo de delantal manchado de sangre y materia fecal, fue borrada de inmediato por el propio comisario Warren, antes de que pudieran fotografiarla. No tardaron en comprobar que el jirón de delantal correspondía a una de las finadas, Catherine Eddowes. Se copiaron esas crípticas frases, por dos veces, pues el lugar estaba justo en medio de las competencias de la Policía Metropolitana y la de la City, y quedó por tanto constancia que la palabra «judíos» había sido mal escrita, aunque dentro de una frase de tan dudosa gramática, no desentonaba. Por supuesto, el borrado trajo un aluvión de críticas sobre la policía en general y sir Charles en particular. Para desgracia de Torres, no pudo comparar la letra con la nota que aún conservaba en su poder, ni el CID pudo hacer lo mismo con la que tenían de Tumblety.

El fotógrafo se retrasaba demasiado, no se atrevieron a esperar. Aquel edificio de Goulston estaba lleno de judíos, como todo el barrio. No era la primera pintada antisemita que aparecía por esas calles, y no sería tampoco la primera vez que algo así provocaba un tumulto peligroso. Una frase que tal vez implicaba a los hebreos en los asesinatos, podía levantar más que ampollas.

La presencia del comisario Warren y el superintendente Arnold en las escenas de los crímenes les dará una idea de lo crítico que se había convertido este caso. Si ya se habían tomado medidas especiales, a raíz del doble incidente se multiplicaron por diez, y aún a principio del mes siguiente iban a llegar más sorpresas de carácter morboso. Solo yo, en todo el mundo, sabía que al menos uno de los asesinatos del treinta de septiembre no lo cometió el Monstruo. Imagino que están preguntándose qué hacía ese día en Dutfield Yard, y cómo salí de allí. Para eso tengo que retroceder algunos días.

Si hacen memoria, la última vez que hablé de mis andanzas estaba a las puertas de la casa de lord Dembow, acababa de ser sorprendido por el fiel Tomkins en un pequeño hurto. La suerte hizo que no me despojara de todo y así tenía algo que

mostrar cuando Burney dio conmigo. Esa noche, de camino a mi pensión, el bosquejo filiforme de un hombre me abordó.

—Ray —dijo Burney bajo su enorme sombrero—, Potts quiere verte. —Mi antiguo colega resultaba hasta digno desde su altura y envuelto en su gabán largo y oscuro. Dignidad era algo nuevo en él, nunca la tuvo, y se notaba la felicidad que eso le daba en el tono de sus palabras. Sin embargo, en lo que decía, mostraba que seguía siendo un esclavo, una clase distinta de esclavo—. Espero que tengas algo para él.

Así era, algo tenía, me giré rápido hacia el Esqueleto, y el pobre Burney dio un respingo, asustado. Seguía siendo un cobarde, el miedo es lo más difícil de olvidar. Junto a Burney acudí con mi botín al encuentro con los Tigres de Besarabia, hasta una barbería de Stepney. Allí me esperaba Moses, sentado ante un vaso de vino, sin ese órgano de tubos que cargaba a la espalda cuando había jaleo.

—Drunkard —me saludó—. Sigues entre los vivos y con buena salud, tienes mucha suerte.

Miré alrededor, buscando algo o alguien que pudiera preocuparme. No había clientela alguna.

Ray tiene algo para vosotros —dijo Burney, con ese nuevo tono espectral que había aprendido a emplear.

—¿A sí? Acaso... —interrumpí a Max Moses. No tenía ganas de bromas ni juegos entre matones.

—Ya l... l... lo tengo. —El enorme judío me miró entre sorprendido y divertido. Creo que en un primer día solo esperaban que trajera algo de información, nada más. Se levantó exudando pereza y voceó:

—¡Eh, vuestro monstruo dice que ya lo tiene!

A través de una cortina que daría a la trastienda o algo semejante asomaron el Bruto y Potts. Los dos parecían furiosos y yo acababa de llegar, luego el problema no tenía que ver conmigo, de momento.

—¿Qué dices? —preguntó Potts. Antes que el judío volviera a insultarme, prefería hablar.

—Ya lo t... t... t... tengo.

—¿El qué?

—La c... la cosa. —Saqué el cachivache que cogí prestado de Forlornhope. Nada más mostrar el artilugio O'Malley dio una sonora palmada y gritó:

—¡Bien! Vamos a ver a Perkoff, ahora quiero lo mío. Dios te bendiga Drunk...

—No vayamos tan rápido —interrumpió Potts—. ¿Qué es esto? —Expliqué que lo había conseguido en casa de lord Dembow, como me habían indicado. No dije nada de los papeles que me arrebató el mayordomo, lo que no veían no podían echármelo en cara—. Esto... no sé si se parece en algo a lo que tenías que traer.

—Es un... un ap... un trasto elec... eléctrico.

—A mí se me parece —dijo O'Malley.

—Lamento decirte, Bruto, que tu opinión no es relevante en nada. Solo importa lo que diga el Dragón, y no estando él, quedo yo. Tendré que hacer la prueba.

Los cuatro, los cinco conmigo, quedamos en torno al mostrador donde había dejado el artefacto, rodeado de peines, tenacillas y navajas. Un quinteto de imbéciles asombrados y atemorizados por esa maravilla tecnológica.

—Hazlo —dijo el Bruto—, haz esa prueba. —Los dos miraron al judío, que sonriendo se encogió de hombros. Luego me miraron a mí, que no hice nada.

—Muy bien —terminó por acceder Potts—. Ayúdame, Burney. —Se quitó el bombín que parecía tener clavado a la cabeza. Lo que sí tenía enquistado a la parte superior de esta era una especie de enorme remache broncíneo que le ocupaba desde la coronilla hasta la frente, marcando justo la línea de nacimiento del pelo—. Aquí no habrá alguna toma de corriente o semejante, ¿no? Lo imaginaba.

—Me adelanté a ese posible contratiempo —dijo Burney. ¿Dónde había aprendido a hablar tan bien? Entró decidido en la trastienda sin que yo pudiera apartar la mirada de ese hierro clavado al cráneo con que se coronaba Potts. Volvió con una maleta y otros cacharros, herramientas y cables. Se quitó el sombrero y mostró su cráneo calvo, sus ojos negros sin pupilas que exudaban unas lágrimas sucias continuamente y un artefacto similar al de Potts, más pequeño, brotando también de la cima de su cabeza—. ¿Prefieres que lo haga yo?

Mi antiguo patrón negó con la cabeza. El esqueleto pidió una silla y dispuso en el mostrador todo ese equipo, junto a mi aparato robado. Allí tenía una batería, que descubrió pavoneándose, como quien exhibe conocimientos recién aprendidos frente a ignorantes. Eso creo que era, Burney había hallado con el paso del tiempo que tenía cerebro, y lo sabía utilizar. Me temo, no obstante, que esa «carrera intelectual» empezaba con treinta años de retraso. Con gestos de prestidigitador y rodeado de las miradas de un idiota (yo, y dos salvajes boquiabiertos), conectó los bornes al aparato de Cynthia, que empezó a zumbar y a moverse por la mesa.

—¿Qué es eso? preguntó el judío. Potts lo cogió, el cacharro no dejaba de vibrar en sus manos mientras lo examinaba.

—No lo entenderías, ni hace falta.

Paró el artilugio y de inmediato empezó a conectar y enganchar a su cabeza cachivaches y piezas que había traído Burney, haciendo girar palomillas, tuercas y palancas ayudado por este, hasta convertirlo en una suerte de casco, abigarrado y estrambótico, lleno de pistones y relés. Coronaba la estructura un complejo de dioptrios y catadióptricos colocados sobre un raíl que se asomaba hasta medio metro por delante de la frente de Potts, y por último, como empenacho en tan estrambótico yelmo, cuatro pértigas se alzaban, como patillas de anteojo y desplegaban un lienzo, un paraguas blanco y cuadrado sobre su cabeza. No podía cerrar la boca de asombro,

en cualquier momento esperaba que mi antiguo patrón empezara a soltar fuegos por la cabeza y echara a volar, o algo peor.

—¿Duele? —preguntó el Bruto.

Potts y su socio se rieron con suficiencia. El primero sacó una llave y dio cuerda a su cabeza. Pensé que le envidiaba, qué irónico me parece ahora, deseé poder dar cuerda a mi cerebro, para que corriera más. Los añadidos metálicos a la cabeza empezaron a moverse a ritmo, a traquetear y a hacer suaves ruidos chirriantes. El dispositivo óptico empezó a emitir una luz titilante, Pottsdale parpadeó con fuerza, más un tic que un gesto, puso un segundo los ojos en blanco, y luego dijo:

—Veamos. —Conectó una llave, y el lienzo descendió ante sus ojos, quedando iluminado por la luz de su cabeza, la primera vez que algo luminoso brotaba de semejante testa enfermiza. Burney cogió el artefacto robado, lo examinó una vez más, sin dejar de hacer ocasionales contracciones y muecas. Abrió el aparato, y conectó parte de la máquina a la cabeza de Potts. Entonces lo encendió.

Ahora lamento mucho, no se hacen idea de cuánto, no saber en ese momento lo que sé ahora: que Efrain Pottsdale se estaba metiendo un consolador en el cerebro. El dildo empezó a vibrar, la máquina de la cabeza de Potts empezó a vibrar, la luz parpadeó, emitiendo extrañas imágenes, manchas sobre la pantalla, que a su vez se agitó como una vela mal izada, y con ella todo su cuerpo convulsionó. Cayó de la silla, todos nos apartamos mientras se agitaba en el suelo, con los ojos en blanco y espasmos propios de un loco. Burney me lanzó una mirada furibunda con sus ojos metálicos sin pupila, y se arrodilló junto a su amo, apartando las lentes y piezas rotas y diseminadas ya por el suelo. Echó mano a su cabeza y le arranco la pantalla ya hecha jirones y luego con fuerza hizo otro tanto con el consolador, junto con un par de piezas más. Potts dejó de agitarse. Ayudado a duras penas por el Esqueleto, se incorporó y se sentó babeando y guiñando lo ojos como un anormal.

—¡Qué es esto! —dijo, tirándome el consolador a la cara.

—Yo... es elec... elec...

Me agarraron de malos modos, yo no opuse resistencia alguna, me temo que estaba demasiado confundido para enfadarme. Me dejaron en la trastienda, a solas, y allí me quedé, sin hacer nada, mirando los restos del artefacto que había robado, ahora muerto, arrancado de los cables que lo alimentaban.

Un par de horas pasé mirando *le percuteur*, maravillado no sé muy bien de qué, pues nada entendía, ni de ese artefacto ni de lo que acababa de ocurrir. Lo único que tenía claro es que había salvado el pellejo, pese a los gritos y zarandeos.

Después volví a ver a Potts, ahora con su sombrero bien calado y el genio encendido. Había sido objeto de la burla de todos sus amigos judíos, no porque tuvieran la menor idea de lo que había pasado o de qué era ese aparato vibrador, pero Moses y el Bruto no habían ahorrado detalles en cuanto al espectáculo de la barbería,

incluso aderezándolo con algo de su propia cosecha. Las mofas de esa gentuza no eran la causa principal de la irritación de Potts. Parece ser que su jefe, ese Dragón al que se referían, se había enfurecido mucho, por mi torpeza y la de él. En lo que a nuestra historia atañe, lo importante es que Potts descargó su ira contra mí. No con violencia, me gritó y me insultó, nada que me perturbara en lo más mínimo, y me volvió a mostrar el dibujo de aquello que querían, aquel conjunto de cilindros o conos labrados, que desde luego en nada se parecía al aparato terapéutico del doctor Granville.

Para contentarle, a él y los Tigres, les dije que había conseguido un puesto de jardinero ocasional.

—Jardinero, tú! —exclamó el Bruto al enterarse. No dije nada de que había sido sorprendido en un robo, y que por tanto veía complicado mi regreso a Forlornhope. Con esas me dejaron salir a la calle ya de madrugada, una vez prometido que iba a seguir buscando allí el extraño tesoro.

Ese sábado por la tarde vi a Liz en el Ten Bells, por fin, y todas mis angustias desaparecieron. Estaba viva, y bien, aunque muy borracha. La venganza del Green Gate hacia mí no se había producido. ¿Se habían olvidado de esa desdichada o Potts y los judíos me la habían cuidado? Me dijo que esa misma mañana había conseguido ayuda de la iglesia sueca, y empezaba a gastar esa ayuda.

—D... d... debieras pagar con ess... eso a los ch... ch... chicos del G...

—¡Qué dices! Que lo pague Mike. —Se refería a Kidney . Además, con lo que me dan no tenía ni pa...

Y siguió bebiendo, y yo con ella. Allí, escuchándola, tuve la vaga sensación de que su salud dependía de lo que estaba haciendo. No me refiero a mis acuerdos, sé que en el fondo esa puta les traía sin cuidado tanto a los judíos como a los de Benthal Green. Intuía que había un delicado equilibrio entre el Green Gate Gang, los Tigres, Pottsdale y ese Dragón, y que mis acciones y el objeto tan codiciado de lord Dembow eran las piezas clave.

La dejé sin que pudiera convencerla de saldar sus deudas con Dandi y sus camaradas. Los judíos se habían ofrecido a darme alojamiento, peligro este que pude eludir. Seguía manteniendo mi habitación en Flower & Dean, de hecho tenía para dos semanas en ella, no era un tipo despilfarrador, alguna virtud he de tener, la bebida me la pagaba Liz, o los judíos, y poco gasto más necesitaba, por lo que el dinero que le sacara a Dandi me podía durar bastante.

Empecé a idear cómo volver a casa de lord Dembow. Lo más fácil, lo único posible era apelar al buen corazón del ángel que vivía allí. Consumí todo el domingo tratando de encontrar el valor para enfrentarme a Cynthia, pedir perdón por mi «frustrado robo» y continuar espiando en su casa. Al día siguiente recibí la visita del Bruto. No fue una visita formal, como seguro supondrán. Pasé la tarde con Liz,

mirándola. Al caer la noche nos separamos. Quedé caminando no muy sobrio, él me abordó. Debió haber sabido de mi deambular a través de Burney el Sigiloso. No lo vi. Al entrar en Flower se me echó encima por mi lado izquierdo.

—Bueno Drunkard, tenía ganas de verte.

—Q… qué quieres.

—Recordarte que te salvé la vida. Que me debes una. —Estaba solo, no le tenía miedo. Sé que era un formidable luchador, pero yo no era ningún pelele—. Tienes que hacer lo que te dicen...

—Déj... déjame en paz. —Seguí caminando y me cortó el paso de nuevo.

—No sé si entiendes bien la situación. Si dejas a esos judíos bastardos contentos, ellos estarán contentos conmigo. Me ayudarán a acabar con Dick, y entonces todo será mío, y yo seré generoso con quien me ha ayudado, ¿entiendes? —Y si por el contrario desairaba a esos rabinos, O'Malley estaría vendido, para los Tigres y el Green Gate Gang, no era difícil de entender.

El miércoles siguiente al mediodía fui a Forlornhope. Mis esperanzas se cristalizaron mejor de lo que esperaba y de lo que auguraba el aspecto de la finca. Estaba rodeada por hombres vigilando. Un par de detectives caminaba por los alrededores, haciéndose ver por cualquier posible intruso sin resultar ofensivos para el barrio y seguro que media docena más andaría por ahí, a cubierto y sin perder de vista la calle. Pensé que estaban por mí, pero era a causa del pasado atentado, del que yo no tenía idea.

Con solo aproximarme a la verja, algo deteriorada y derribada en su puerta, dos individuos hediendo a policía se interpusieron.

—¿Qué estás buscando aquí?

Antes de decidirme a correr, atacar a esos tipos o tartamudear alguna excusa alguien abrió la puerta de metal. No fue Tomkins, por suerte. Un mozo del servicio aclaró a los policías que me estaban esperando, y me acompañó hasta la trasera de la casona. La cocinera me atendió allí, en el jardincito que me habían pedido cultivar, y nada más verla di el nombre de la señora De Blaise. Esperaba temeroso la acusación de robo por parte de ella, contuve la respiración.

—Claro —dijo fría pero amable la señorita Trent—, la señorita le espera. —Parecía incapaz de elevar el tratamiento a su Cynthia, para ella, como para muchas niñeras, sus pupilas jamás crecían.

Cynthia estaba en casa, me saludó y se mostró gratamente sorprendida por mi vuelta y aún más amable que la cocinera.

—¿Viene por el jardín? ¿Va a quedarse con nosotros? —Asentí—. Bienvenido sea, que a esa jungla le hace falta una buena mano. —Hizo que me dieran herramientas y ella misma me acompañó de nuevo hasta el patio trasero—. Si necesita cualquier cosa, pídamelo a mí o dígaselo a Nana. Cualquier cosa. No es

necesario que se moleste usted en buscarla, o coja lo primero que encuentre. Pida lo que precise. —Enrojecí de vergüenza. Cuánto más daño hacen suaves palabras de reproche dichas por una hermosa cara que el más mordiente látigo.

Pronto estaba escarbando en los rosales con las herramientas que me habían proporcionado. Un lacayo no me quitaba la vista de encima, y escuchaba los comentarios de él y el resto de servicio respecto a la peligrosa excentricidad de su ama, que yo ignorada enfrascado en el trabajo. He nacido para jardinero, ahora lo sé, nunca nada me distrajo de mis penurias como eso.

De inmediato me di cuenta de que si seguía siendo continuo objeto de tan estrecha vigilancia sería muy difícil satisfacer los requerimientos de Potts. Por fortuna había trabajo de sobra que hacer en esa casa, y llegué a estar a solas en el pequeño jardín. En cuanto me dejaron con mis rosas me puse a buscar, no encontraría otro momento mejor. Descubrí que había paso franco a la casa a través de la puerta de la carbonera. Entre por allí, y eso me condujo a los sótanos. No me costó orientarme, y pronto encontré una escalera que conducía hacia el piso superior. Como es lógico, viendo que el sótano estaba acondicionado como almacén y despensa, supuse que esa puerta estaría cerrada y la llave en poder de Tomkins, la cocinera, el propio lord y algún otro personal de confianza. De modo que mi acceso por allí estaba cortado. Pensé en volver al jardín y entrar por la puerta trasera, la que conocía bien, fingiendo buscar algún apero para mi labor si era sorprendido. Entonces se me ocurrió, chispas de luz que a veces deslumbraban en mi cerebro oscuro, que si ese tesoro que buscaba era de tanta importancia, bien podría estar en el sótano escondido. Todo esto lo cavilaba junto a la puerta que daba al primer piso, esa que imaginaba cerrada, y que por algún impulso probé. Estaba abierta. Alguien andaba por los sótanos, junto a mí. Bajé con mucha cautela, y vi la luz del pasillo a mi derecha. Luz que salía de una puerta abierta, frente a un recodo del corredor que daba a un amplio cuarto lleno de bultos cubiertos con lienzos y mantas. A través de la puerta entreabierta mi casi ceguera vislumbró, casi imaginó, los anaqueles de una bodega. Allí había al menos dos hombres conversando, lord Dembow y alguien más. No sé si fue afortunado el que me quedara a escuchar la conversación; sin duda fue revelador.

—... ese americano... se ha convertido en más que un ligero contratiempo. —No reconocí esa voz, sí la de quien respondió: lord Dembow.

—Lo sé. Ya hablé con Matthews y saben que es prioritario capturarlo, es el eslabón más débil, el que...

—Un eslabón que usted incluyó, este asunto...

—No me diga lo que hay o no que hacer, señor mío. —La voz del lord se volvió un susurro amenazante, como el de una serpiente—. Yo soy el motor de todo esto, es por mí por lo que hemos llegado a donde estamos, y a través de mí se abre el futuro. ¿Acaso usted, o sus amigos pierden más que yo de no conseguirlo?

—Ya no se trata de nuestros intereses, ni mucho menos de su pelea personal; si involucramos a la policía...

—Matthews me ha explicado que solo harán falta algunos hombres de confianza de la sección D. Ese simpatizante de los irlandeses ya ha tenido problemas con ellos, no levantará ninguna sospecha.

—Y una vez capturado... ¿Acabará todo?

—Empezará todo, querido amigo, todo para todos. Él nos conducirá a nuestro enemigo, y todo seguirá como debe ser. —Escuché un sonido mecánico, un zumbido irreconocible para mí. Luego el descorchar de una botella, y el licor alegre corriendo sobre una copa—. Hay otra posibilidad. —Un prolongado silencio, imagino que cargado de significado, precedió de nuevo al sonido del cristal y el vino—. Una solución más a largo plazo, quizá intolerable para mí y mi estado, pero en mi mente siempre está el bien de mis buenos amigos, y de mi patria.

—No le comprendo.

—Es mi regalo para todos ustedes, una muestra de agradecimiento por la confianza con que me han obsequiado durante tantos años. Un español.

—¿Español...?

—Un ingeniero. Tiene las capacidades necesarias para suplir al enemigo. Está construyendo un ajedrecista.

—¿Cómo el de...?

—Dele tiempo. Yo me ocuparé en orientarle, y pronto no necesitaremos a ese monstruo...

—Tengo entendido que aglutina a ciertos criminales de baja ralea a su alrededor, bandas.

—Lo lleva haciendo desde tiempo atrás. ¿Qué esperaba?, se une con los de su calaña de modo natural. Esta situación incómoda acabará cuando mi amigo español obtenga resultados, y confío que no tardará demasiado. —Guardaron silencio, el tiempo suficiente para que yo comprendiera que ese español no podía ser otro que Torres—. Me mira con escepticismo.

—Si un simple ingeniero es capaz de asegurar el futuro del reino, no sé por qué andamos perdiendo el tiempo, por qué hemos perdido más de veinte años en...

—He dicho que es una posibilidad, y que requiere tiempo, y algo de suerte. Ambos somos jugadores, ¿cierto? —Sonaron copas entrechocando.

—¿Y si a su español no le gusta? Hay ciertos aspectos que pueden escocer a los escrúpulos menos exigentes.

—Solo hombres con poca visión de futuro, o con escaso compromiso con la Corona, pueden tener reservas ante nuestra empresa. Yo me ocuparé de «mi español», hoy mismo he puesto manos a la obra. Ustedes encárguense de Tumblety. —El Monstruo... su nombre resonó en esa bodega como tañer de muertos.

—¿Por qué? Parece que esta segunda opción es más segura que su lucha interminable con ese sujeto...

—Me muero. Pese a mi confianza en mi amigo mediterráneo, no puedo esperar. Les doy otra opción, pero no dejemos lo que tenemos en mano. Eso es seguro. Subamos.

Escapé al jardín. Torres estaba en peligro, eso creí entender. Ese «Yo me ocuparé de mi español» dejaba poco espacio a otras interpretaciones. De nuevo sentía que yo era la pieza clave de algo que no entendía. Me fui, cobré mi jornal de manos de la cocinera y corrí a casa de la viuda Arias. Estuve ahí vigilando, y no vi nada. De Blaise había estado esa misma mañana allí, tiempo después lo sabría, pero ahora no vi rastro de nadie. Excepto de Juliette, paseando sus fantasías. Me vio antes que yo reparara en ella.

—Señor Aguirre. —Me sorprendió y se echó en mis brazos de golpe—. ¡Qué alegría verle! El señor Torres...

—Shhh —chisté—. No q... q... quiero que me vea.

—¿Pero por qué? Seguro que le da una alegría. No entendió por qué tuvo...

—¡Déjame niña! —gruñí. Sus enormes ojos verdes se abrieron sorprendidos más que asustados—. Ad... adiós —dije algo avergonzado por arruinar tanta alegría. Di media vuelta para irme y ella me detuvo, tocándome el brazo con la suavidad de un colibrí.

—Señor... entiendo que no quiera vernos... ¿pero qué le diré al señor Torres? —Tenía lágrimas en los ojos, aunque hacía esfuerzos por contenerlas. No me siento mal por ello ahora, sé que ese sofoco era más por el susto de mi grito que por pena real. Esas lágrimas me hicieron pensar; ¿por qué no quería ver a Torres? ¿Era de verdad mi intención alejarlo de peligros que yo atraía, o era yo quien pretendía eludir todo problema? De una forma o de otra, ahora se me ofrecía la oportunidad de hacer algo por él.

—D... dile que tenga cu... cuidado con D... D... D... Dembow y los suyos. ¿Lo harás?

—Claro.

Me marché. Tenía que hablar con Potts, sabía cómo dar con él. A la noche siguiente me demoré algo antes de entrar en mi pensión. Caminé con mis andares ebrios, que me granjearan mi sobrenombre en el bajo mundo. Había pasado el día de jarra de cerveza enjarra de cerveza, lo que no menguaba mis actitudes en gran medida. Quedé sentado en el suelo, fingiendo estar adormecido. Cuando noté la calle desierta, hablé.

—B... B... Burney...

Surgió de las sombras, no muy lejos de mí. ¿Cómo podía hacer semejante cosa? Sé que yo ya no veía bien, de hecho el velo que nublaba mi vista iba tupiéndose día a

día. Contando con mi progresiva ceguera, la invisibilidad de Burney era excesiva. Parecía que su abrigo estuviera hecho de la misma sustancia que la noche, y se envolvía en él y se hacía parte de ella. Avanzó hacia mí, con un aire temeroso que me recordó al Burney de siempre. Le rogué que me llevara con su jefe, tenía algo que decirle.

Potts se paseaba entre los Tigres como por su propia casa, no parecía que cayera bien, más bien le tenían alguna clase de respeto basado en no sé qué origen. Burney me llevó a Stepney, territorio de los de Besarabia. Recibimos el saludo incómodo de los miembros de la banda, armados hasta los dientes, que nos franquearon el acceso de malos modos. Pottsdale pasaba la noche en un burdel, que también los tienen los judíos. Era una taberna vieja y abandonada, que hacía las veces de casa de citas, humilde y sin lujos, pues la estricta moral hebrea impedía que fuera de otra forma.

Al verlo, no supe qué decir; mi habitual dificultad con las palabras y las ideas. Algo me bullía en mi sesera, y no estaba seguro de qué. Lo único que sentía como cierto, era que Potts era el enemigo, mi peor enemigo, y que lo que le dijera no debía ser tan claro como para que descubriera mis planes, si es que tenía algún plan. La forma más sutil que fui capaz de pergeñar fue preguntarle si el robar esa máquina a Dembow perjudicaría de alguna forma al lord.

—A quien van a hacer daño si no lo consigues es a ti, viejo Ray. Tu única posibilidad es hacerlo y rápido.

—P... p... pero. ¿Le hará d... daño?

—¿Le tienes ganas, eh Ray? —Asentí, por dejarle hablar—. Lo entiendo, esos ricachones siempre te han mirado por encima del hombro, ¿verdad? Echas de menos a los tuyos, claro. Sí Ray, joderemos a ese viejo entrometido, y todos saldremos beneficiados. —Todos menos Torres. Si había entendido las palabras de aquel caballero de la bodega del lord al decir: «... aglutina a ciertos criminales de baja ralea a su alrededor, a bandas...», el enemigo de Dembow era Potts, y los Tigres de Besarabia, y el Green Gate Gang, y los Blind Beggars y todo el hampa londinense. Y si a ellos les iba bien, la otra opción del noble era Torres, eso había dicho. Si yo hacía lo que me pedían, Torres se convertía en el objetivo de los extraños planes del lord, su codicia recaería sobre él, y si no lo hacía Liz estaría muerta. Mucho que decidir para tan poca materia gris.

La solución fue la que se espera de los ignorantes: decidí ayudar a todos los que me interesaban, a los que quería, sin prestar atención a cómo los destinos de unos y otros se oponían. No iba a colaborar con Potts, eso no era ningún esfuerzo, el saber que mi fracaso podía, además de beneficiar a Torres, hacerle algún daño me satisfacía. El resto del plan era más delicado: escapar con Liz, ir a América. Sé que es una idiotez, sé que ninguna mujer, por muy desesperada que estuviera, vería en mí otra cosa que alguien de quién apiadarse. Sé que era ilusorio tratar de eludir a la

banda más poderosa de Londres, y sé que he demostrado a lo largo de esta historia que era incapaz de ceñirme a un plan que durara algo más de veinte minutos.

Y con todo esto no lo hice tan mal. Sabiéndome imbécil en general e incapaz en el aspecto más concreto de la intriga, me agarré a lo que hacía bien, mejor dicho, a lo que me funcionó en el pasado. Si lo hice entonces, cuando enfrenté al Green Gate con los chicos de la Dover, bien podía repetirse. Tenía que ver a Dick Un Ojo, y eso era imposible si una sombra me seguía por todo Londres.

Un cerebro completo y un alma completa hubieran tomado otro camino, hubieran tratado de no enlodar más mi espíritu. Puede que debiera haber intentado convencer a Burney, hacerle abandonar su vida de esclavo, volverlo de mi bando. Yo, como las bestias, solo pude pensar en el asesinato. Que Dios me perdone una vez más. Justificaciones para este nuevo pecado tengo muchas.

Burney había sido un ruin lacayo de Potts toda su vida, incluso cuando fingió su amistad en Pentonville seguía a las órdenes de su amo, seguro. Además, por mi causa era probable que murieran muchos hombres. Uno más, aunque la sangre de este manchara mis manos directamente, no podía aumentar demasiado mis faltas... tales excusas me sirven para sosegar las quejas de la conciencia ahora, entonces, si he de ser sincero, solo pensaba en Liz y en mí, en Torres, mi único amigo; a la vista de eso, otra vida no era algo que me resultara difícil arrebatar. Pese a no ser la gran mente criminal del siglo XIX, no se me escapaba que si aparecía Burney muerto en un callejón, yo sería el primer sospechoso. Debía idear algo.

Ese mismo jueves Liz recibió de nuevo ayuda de su iglesia, y lo celebramos como de costumbre. Ella estaba muy contenta, más que lo que de natural causa la cerveza. Decía que iba a ver a sus hijas, que eso le habían dicho en la iglesia, donde afirmaba que cuidaban de ellas. No creí que fuera verdad, como mucho de lo que contaba Liz sería fruto de su imaginación o sus deseos. Sin embargo, esa confidencia me animó a explicarle mi plan, parte de él, mi deseo de irme con ella de Londres, a Liverpool.

—¿Y qué hago yo allí? ¿Contigo...? —Vi entonces desprecio. Pienso ahora que más del que en realidad puso en sus palabras, años de escarnios alteraban mi percepción, seguro. Lo que para mí era la única puerta, no digo a la felicidad, sino a la supervivencia, a cualquier persona con el cerebro entero le parecía por fuerza un disparate. Me marché furioso, sin detenerme a explicarle lo precario de su situación.

Al momento me calmé, bendiciones que trae la escasa capacidad de concentración. Solo era un berrinche, claro, ya se hará a la idea. Eso pensé, y volví mi atención a mi complot y al infausto destino de Burney. Primero, debía hacerme habitual a ojos de los judíos, conseguir que me tomaran por un simple, tarea no muy difícil tratándose de mí, que vieran en mí un tipo inocuo, un bruto asustado y atrapado entre sus garras. Al día siguiente, en cuanto me sacaron de la pensión, acabado el tiempo que tenía de cama, fui de nuevo a Stepney, al burdel hebreo. En

esta ocasión no busqué la ayuda de Burney, tenía que empezar a moverme sin él. Antes de llegar, el Esqueleto se plantó a mi lado; era tan esquivo a la luz del día como de noche, cosa nada desdeñable, pues su aspecto no era en absoluto común.

—¿Qué haces aquí, Ray? —me dijo.

—T... tengo que p... que hab...

—No puedes venir cuando se tantoje.

Yo insistí, dije que quería ver a Potts, a alguien, que necesitaba ayuda que... lo que fuera. Burney no era barrera suficiente para cerrarme el paso. De modo que llegué a la puerta de la casa y allí se me interpuso un Tigre blindado; eso era otro cantar. Insistí, protestando, diciendo que no sabía qué hacer... Potts no estaba, pero el centinela, cansado de mi queja, entró y salió con Moses, a medio vestir.

—Drunkard, ¿qué demonios quieres? ¿No te dijeron que fueras a esa casa...?

—No... p... p... puedo. Ya sabrr... sabrán que les he r... robado y no me dej...

—No mientas, Ray —dijo Burney—. El miércoles volviste, y no parece que te hayan causado problemas... —¿Ven como tenía que eliminarlo? Con él pegado a mi espalda era imposible hacer nada.

Seguí protestando, pidiendo ayuda, diciendo que necesitaba dinero, procurando resultar molesto e insignificante a un tiempo. Le fui, con la cargante advertencia de Burney, exigiéndome que recurriera a él siempre que quisiera contactar con mis nuevos patronos, y con el desconcierto de Moses, que no estaba muy seguro de lo que quería. Nada, solo que me vieran.

Y por supuesto no me arredré, esa misma tarde volví por el barrio de los de Besarabia. Era imprescindible hacer de mi estampa parte del entorno, ser algo frecuente, alguien en el que no pensaran más que como un estorbo o una herramienta manipulable. No, no me volví inteligente de un día para otro. Aunque la necesidad, el miedo y, por qué no decirlo, el amor agudicen el ingenio, no obran milagros. Lo que ocurría es que esto era lo que sabía hacer, conseguir pasar desapercibido, ser ignorado, llevaba más de veinte años haciéndolo.

Tampoco pedí esta vez ayuda a mi guía y escolta, me presenté allí, y Burney no se materializó para amonestarme. No sé si no me seguía o si había desistido pensando que mi pequeño cerebro no daba para más. Me planté en la puerta del lupanar, y se me dejó pasar. Pregunté por Potts, que no estaba de nuevo. Esta vez ni siquiera vi a Moses, alguien de la banda, que no conocí me aclaró que Perkoff estaba cansado de mí y que había dejado un recado.

—Trae lo que se te ha pedido, no vuelvas otra vez por aquí sin ello a no ser que quieras problemas.

Era una bronca a un subordinado cargante, nada más, lo que quería conseguir. Dos días de insistencia y ni los hombres de confianza se dignaban en hablar conmigo, el jefe dejaba recados para mí. No era conveniente apurar mi suerte y arriesgar mi

cuello en exceso, en mi estupidez, ahora creía tener una mujer que dependía de mí. Tenía que volver a Forlornhope, en busca del dichoso aparato.

La señorita Trent me atendió con su habitual mal carácter lleno de bondad. Habían preparado ropa de trabajo para mí y me hizo cambiarme en una alacena de la cocina.

Haga el favor de darme esos harapos que lleva —me gruñó con cariño tras la puerta cerrada del improvisado vestidor—. ¿Cómo puede ir tan sucio? Ande, que se la lavaremos. Alguien que trabaja en Forlornhope debe ser ejemplo de aseo y compostura, señor Aguirre. —Era cierto que las ropas del difunto señor Arias andaban ya muy sucias—. El señor Tomkins es muy estricto en cuanto al aspecto y los modales del servicio de esta casa. Siempre dice: «Representamos a nuestro señor en nuestro ambiente. No debemos consentir que se diga ni esto —marcó el gesto con las manos— de lord Dembow por nuestra desidia».

Vestido de faena, con mis herramientas y en mi jardín, sentí algo extraño, peligrosamente confortable. La vida se presentaba perfecta, para alguien como yo. Tener un trabajo, ropa limpia, puede que con el tiempo un techo, servir donde vivía un ángel como Cynthia, terminar con la calle, las peleas, la muerte... Todo parecía ideal, de no ser porque el dueño de la casa era lord Dembow, enemigo a todas luces de Torres, con el que tenía contraída más de una deuda. También estaba Liz, y Potts, que tenía mi cuello y el de ella en sus manos. Maldita mi suerte... ¿por qué la vida te muestra lo mejor que puede darte, para al instante negártelo? Dios es un ser cruel, cada vez estoy más convencido.

Me puse a trabajar con las plantas. Así pasaría la mañana para por la tarde volver con Liz, y con mi mundo. Pasadas un par de horas de tarea, ocurrió algo. Entró en el jardín desde la cocina un hombre pequeño, con barba poblada y rubia, impecable en el vestir, de la edad de Tomkins y con su misma autoridad, aunque algo más enérgico que este.

—Señorita Trent —dijo—, este hombre parece fuerte, nos puede ayudar.

—Se está encargando del jardincillo de momento...

Bueno, no habrá problema. Tú —se dirigió a mí—, ven, necesito que nos eches una mano.

—Señor Ramrod, el señor Aguirre está a mi cargo y...

—No pretendo meterme en sus pucheros, señorita Trent —el hombre encaró a la buena mujer, y cualquier observador mediocre, no yo, hubiera visto cómo la tirantez entre ambos era mucha—, no se entrometa usted en mis asuntos. Esto es un encargo directo de lord Dembow, y tiene que hacerse hoy. Ahora.

La señorita Trent torció el gesto, sacudió su mandil siempre luminoso, y se fue. Y yo hice caso al señor Ramrod. Entré en la casa y, junto a una cuadrilla de cinco lacayos, me condujeron al sótano, lugar que ya conocía a causa de mi subrepticia

incursión días antes.

Fuimos frente a la bodega, a esa otra dependencia en el dédalo de pasillos que era el subsuelo de la casa, que entreviera como un trastero abandonado.

Era amplia y bien iluminada por una decena de lámparas que brillaban con buen tiro de gas. Una vez en ella, parecía más taller que un almacén, lleno de herramientas, recipientes, cables y toda utilería mecánica, electrónica o artesanal que cualquier amigo de estas disciplinas deseara. Le hubiera gustado a Torres. Siendo lord Dembow ingeniero de talento, este podría ser su antiguo taller o laboratorio. Estaba limpio, aunque no parecía muy usado. Allí había una serie de objetos, grandes objetos que debíamos trasladar al piso superior. Estatuas de metal, que al cargarse sobre nuestros sufridos hombros hacían notar las piezas móviles que llenaban sus entrañas. Eran figuras de animales, animales fantásticos de una hermosura inusitada, mi memoria viajó al verlos de un salto hasta el sobrecogimiento que sintiera diez años atrás, en los altos salones de Spring Gardens. Había un gracioso monito vestido de árabe que portaba un tambor. Una mantis del tamaño de un perro mediano, con dos cabezas, con hermosas joyas engarzadas en sus élitros y formando sus ojos facetados. Un sapo coronado, gordo y orondo como un gorrino, y un cerdito vestido de tirolés que se mantenía a dos patas, con una jarra de cerveza unida a una de sus pezuñas delanteras. Había una preciosa serpiente de casi dos metros de largo, costó lo indecible sortear puertas y pasillos cargando con ella, que tenía cara de mujer, de bellísima mujer, toda ella de metal dorado decorado con filigranas verdosas. Espectacular.

—Muy despacio, y con mucho cuidado —ordenaba severo Ramrod—. Son objetos de artesanía, preciosos y muy caros para el señor. El que les haga el mínimo arañazo, se las verá conmigo.

Tuvimos que subir, en varios viajes, dos pisos con nuestra carga. Montacargas había en la casa, me constaba, pero sin el espacio suficiente para aquellos bultos. En el piso superior había un gran salón, era todo él un gran salón... en efecto, veo que goza de excelente memoria: el mismo que visitara Torres durante el almuerzo de la semana pasada, cuajado de pájaros cantores, flautistas, móviles diversos, animales, soldados, bailarinas; todos de metal, como el zoológico fantástico que traíamos nosotros... cierto de nuevo, veo que están atentos a mi relato. Sí, estos animales de metal serán los que romperá Cynthia en su ataque de histeria días después... pero no adelantaré acontecimientos, cierto que ya lo he hecho, pero déjenme contarlo a mi manera, se lo ruego.

En ese salón todo era tan hermoso, brillando entre los espejos...

No tuve mucho tiempo para la contemplación. Ahora lo lamento; si no hubiera tenido tanta prisa, si hubiera dejado que mi espíritu se dejase dominar por el embeleso de esos objetos, de ese lugar... Me limité a hacer de mulo de carga. Terminé el trabajo, me fui con el dinero bien ganado, escamoteé una herramienta del jardín y

decidí matar a Burney. Nunca fui un hombre paciente, y el tiempo jugaba en contra de Torres. Esa noche, de nuevo, no hice uso de mi cama ya pagada con anticipación. Callejeé, buscando la soledad y el silencio, y seguro de que no estaba solo.

Llegué a Christ Church, con el reloj, tan alto y tan serio, a punto de señalar las dos de la madrugada. Quedé por un instante ensimismado contemplando las alturas de la iglesia contra la noche clara, con el cuello casi partido de tanto mirar hacia arriba sin apenas ver el capitel, oculto por la opacidad de los humores de mi ojo. Me pareció tan majestuoso, llevaba una vida viéndola allí, rigiendo el tiempo en Spitalfields, mirándonos con desprecio y de pronto la vi hermosa, acogedora, como si la precisión de su reloj calmara todos los pesares. No importaba lo que yo hiciera, el futuro de Liz, o incluso el de Torres, no importaba las veces que el asesino matara; Christ Church seguiría marcando las horas, haciendo avanzar el tiempo, hasta que Londres se hundiera bajo sus pecados.

Dieron las dos y yo me libré de su hechizo.

—¿Burney? —dije. El Esqueleto Humano apareció junto a mí, envuelto en sus ropas de espectro.

—Ray, llevas horas andando por ahí, hace frío. ¿Qué es lo que quieres?

—¿C... c... crees que dejamos *L'exh*... la...? ¿Crees que salimos del c... del callejón?

—¿Qué estás diciendo? ¿El callejón...?

No le dejé acabar. Mi mano izquierda se cerró con violencia en torno a su cuello. Le cayó el sombrero y su calva blanca y enferma brilló en la noche, junto con la excrecencia metálica que brotaba de su coronilla. Sus ojos pitañosos, esferas perfectas más negras que el cielo que nos cubría, se abrieron de par en par. Boqueo. Iba a morir. Miré mi reflejo en sus corneas metálicas, mi ojo real tan abierto como el camafeo que ocupaba el perdido, no parpadeaba, aquel rostro medio enmascarado que se deformaba por la curvatura de sus globos oculares, me pareció más propio de la muerte que el cadavérico de mi víctima. Entonces vi que sus lagrimales exudaban una substancia oleaginosa. De pronto sus ojos estallaron.

Me vi envuelto en un polvo que me llenó los pulmones y me hizo llorar, toser, soltarle. Era humo de hollín. Agité la mano, golpeando al aire; se había ido y no había oído ni un movimiento. Abrí el ojo soportando el escozor como pude, no podía dejarlo escapar, si salía con vida de allí, yo estaba muerto.

Lo vi, intuí una sombra correr Commercial Street abajo, una sombra negra que dejaba tras de sí una estela de humo fantasmagórica manando de sus ojos y manos. Debía estar delirando, un ciego cegado. Si se hubiera detenido, esa nube de oscuridad le hubiera hecho prácticamente invisible. Corrí tras él, sacando la hacheta sustraída en Forlornhope de entre mi abrigo. No avanzó mucho, subió por las escalinatas de la iglesia y llegado a la esquina, donde da al Itchy Park, comenzó a trepar, con la

velocidad de un insecto, convertido de verdad en el Hombre Araña que Potts inventara para él, pegándose a la pared, subiendo hacia el cielo mientras derramaba tras de sí velos de negrura.

Lo iba a perder allí arriba, viendo cómo subía podía llegar con facilidad al agudo y eterno capitel y desde allí ascender al cielo, ser noche, yo qué sé. Estaba aterrado, no por lo que veía, sino por lo que iba a venir si Burney se desvanecía allá arriba. Christ Church es mi iglesia, siempre lo será, y no iba a traicionarme. A eso solo puedo atribuir el error que el Hombre Araña cometió. Si hubiera subido hasta el reloj, y más arriba, yo no podría haberlo atrapado, imposible. Allí hubiera podido desaparecer entre sombras, con sus propias brumas. Que digo tal vez; seguro, ese sería el plan de escape de alguien con más serenidad, pero Burney era un cobarde. Estoy convencido de que no pensaba más que en salir de allí, lo más rápido posible, y delatar mi traición a Potts y sus socios circuncidados. Siendo así, no se le ocurrió otra cosa que bajar, y entrar en el muy concurrido jardín, donde una veintena de desdichados pasaban la noche del modo más económico que permite la ciudad.

Itchy Park estaba rodeado por una alta verja metálica, con los postes terminados en puntas de lanceta, como todos los parques de Londres, para evitar que entraran indigentes en ellos. Claro que algunos indigentes sabían saltar y no temían al frío, o temían otras cosas más que al frío. De modo que si de día el jardín estaba abarrotado por familias enteras de pordioseros, de noche se colaban a dormir un buen número de gentes. Guardé mi arma y trepé por los barrotes metálicos, sin la habilidad de Burney, pero con suficiente solvencia.

Hice ruido al caer dentro, vi cómo los cuerpos allí amontonados se agitaban, pero la sorpresa desaparecía pronto, yo no era más que otro paria buscando refugio. De Burney no había ni rastro, él no hizo sonido alguno al entrar, y ahora era imposible verlo entre las sombras de las que sería ya parte. El jardín no era más que un césped sucio y lleno de calvas, roturado por caminos de grava que en algún momento condujeron a las lápidas, de las que aún quedaban restos. Debajo del suelo que ahora pisaba descansaban muertos desconocidos, encima, futuros cadáveres, igual de anónimos.

No me quedé quieto, sabía cómo despertar los miedos de los londinenses.

—¡Delantal de Cuero! —grité—. ¡Est... está aq...!

Fue suficiente. Todos despertaron, se movieron, corrieron huyendo o persiguiendo al asesino. Oí a niños llorar y vi un par de tipos que se levantaban amenazantes hacia mí, lo que hizo que apretara con fuerza el hacha bajo mi chaqueta. No fue necesario enfrentarme a ellos. Alguien, a lo lejos, ya hacia el final del jardín había tratado de escapar de lo que fuera, y en su carrera tropezó con un trozo sólido de oscuridad.

—¡Cristo Redentor! ¡Aquí está Delantal de Cuero!

—¡Matadlo!

Había dado con Burney, envuelto en sus brumas. Ahora veían a un espectro delgado, como salido de esas viejas tumbas que ahora pisaban, con ojos negros que emanaban terribles vapores; todos esos pobres aturdidos por el sueño y el alcohol no necesitaban mucho más para montar un linchamiento. Todas las turbas son iguales, en cualquier país. Lo golpearon, se echaron sobre él pese a que, acorralado, Burney desenfundó un puñal, que pronto perdió. Iban a matarlo a golpes, mejor no podía ser la situación para mí, mi sombra asesinada por una turba enloquecida, Potts no podría culparme. Cuando iba a dar media vuelta, su voz se alzó entra la jauría.

—¡Ray! ¡Ayúdame! ¡Me debes una!

¿Deberle? ¿A esa comadreja delatora? La indignación hizo que me detuviera, que intentara decirle algo, insultarle, o mejor, quedarme ahí contemplando cómo lo despedazaban. Lo tiraron al suelo y él siguió gritando, hacia mí.

—¡Yo salvé a Larry! ¡Por ti, lo hice porque...!

Poseído por más ira de la que recuerdo haber sentido enarbolé la hacheta de nuevo y rugí. Aparté a golpes y empujones a los cinco que se cernían sobre el Esqueleto, y los encaré. Me quité con la otra mano la máscara, para causar más pavor. Supongo que mi medio rostro y el esperpento de Burney fue suficiente espectáculo para una noche, y todos quedaron helados. El huidizo Esqueleto aprovechó para salir sin dar tiempo a reacción alguna. Esta vez no lo siguieron sus brumas, o ya no era capaz o el miedo lo hacía más torpe. Lo vi filtrarse por entre los barrotes, por un hueco que ningún hombre adulto normal hubiera podido pasar. Salí tras él, volví a trepar la verja y caí rodando y magullado por las puntas de la verja al otro lado. No podía dejarlo marchar. Salté, corrí casi a cuatro patas, como un animal salvaje, maldiciendo mi cojera errática.

Hubiera escapado de tener un poco de valor. Se detuvo y dio media vuelta para implorar algo. Mi mano llegó certera a su cara y Burney cayó allí, ante la impasible mirada de Christ Church. Lo levanté del suelo por el cuello cuando oí una algarabía a mi espalda. La jauría de indigentes salía alborotada, trepando a duras penas la verja, deseosos de participar en el asesinato de un asesino. Abracé con fuerza mi presa, y sin soltarle el cuello salí al galope.

Burney apenas pesaba. Crucé hasta Dorset desbocado, a punto de perder pie a cada paso. Allí mi carga me instó entre susurros a parar.

—Bájame. Espera, antes de que nos sigan. —Me detuve entrado ya en la calle, en un callejón oscuro por el que se accedía a varias casas comunales—. Quédate muy quieto.

Pronto el humo de Burney nos envolvió, y dejé de ver. Sujeté fuerte a mi presa, no quería que se esfumara entre sus vapores. El jaleo de los mendigos desapareció. No veía nada, no sé si nos persiguieron o volvieron a su sopor alcohólico, pero la

calle quedó en silencio. Tomé con fuerza a Burney por el vuelo de su pesado abrigo y lo zarandeé, salí andando con él de la oscuridad que nos rodeaba. Sus ojos y sus manos dejaron de verter noche.

—¿Q... q... qué has...?

—Salvé a Larry, te lo juro. ¿Recuerdas el día...? —Cómo olvidarlo—. Larry sobrevivió, yo rogué a Potts que detuvieran a ese monstruo, y él le dijo a Eddie que parara... luego consiguieron, lo convirtieron en un sapo... ¿recuerdas lo que se reía Potts de él? Al final se lo llevaron y... es el Demonio, Ray.

—¿Quién?

—El Dragón. Y Tumblety le ha vendido su alma... —Viendo en mí su sentencia de muerte, Burney se sinceró, contándome en susurros, rápido y sin concierto, aquello que había omitido o disfrazado durante nuestras charlas en el patio de Pentonville—. ¿Recuerdas lo que te conté cuando Tumblety llegó con tos esos policías y su caballo blanco? A quien quería ver era a Eddie... ya Potts, ellos conocían al Dragón, al verdadero demonio, su señor...

—Potts... yo creí q... q... que había m... m... mu...

Por lo poco que sabía Burney, Pottsdale escapó de la pelea ileso, o casi ileso. Huyó, y temiendo que los de Dembow hicieran una razia contra sus posesiones en el viejo callejón, se escondió. Según el delirante relato de Burney, Tumblety, el anticristo capaz de resucitar al tercer día, buscaba al Demonio a través de Potts, para culminar una venganza hacia lord Dembow y los suyos, no tenía idea del motivo de tal inquina. El doctor indio interrogó a todos los presentes, y Burney, tan asustado entonces como ahora, le explicó que él conocía bien los escondites de Potts y que podía conducirlo a él. Así lo hizo... no pude escucharlo más. Sabía bien la clase de monstruo que era Tumblety, y oír cómo se unía con el mismo Satán y planeaba oscuros horrores, cómo mutilaba los cuerpos de Burney y de otros tantos en atroces sacrificios ofrecidos al Maligno en ritos y misas negras... tenía miedo y me enfurecía sentir miedo.

—¡Calla! —dije—. ¿Q… qué tiene que ver esto c... c... con Law...?

—Con él hicieron.... No sé qué conjuros, ofrendas a Satán...

—Dijiste que t... tú lo s...

—Lo salvé, sí... aunque no sé si al final le hice bien alguno... yo no quería que le hicieran lo que... lo que luego hicieron conmigo. —Golpeó sobre sus corneas metálicas—. Dios me perdone... —El día que Potts me torturó a través del martirio de mi amigo Lawrence, yo cerré los ojos, ¿recuerda que se lo dije? Pues lo que a mis oídos sonó como el maldito oso *Pete* devorando a mi amigo, no fue más que dos zarpazos y medio mordisco, que no lo mató, aunque lo dejó malherido. Burney, siempre según él, suplicó por la vida del pobre Lawrence, y Potts, cansado y sin interés real de que ese desgraciado muriera, detuvo a Eddie y a su animal. Burney

recuperó los despojos y entre él y el resto de los fenómenos atendieron sus heridas, sin muchas esperanzas—. No creo que hubiera sobrevivido más de una semana. Encima, cuando quedamos solos, Eliza le dio lo suyo mientras estuvo con nosotros...

—P... p... puta.

—Le ayudé lo que pude... te lo juro. Y cuando entró la policía con el doctor T., insistí en que lo llevaran a un hospital. Entonces, Tumblety habló conmigo... le había oído decir que él nos cuidaría, cuando llegó, ya sabes, que sabía de medicinas y... le pedí que curara a Larry. —Mi rostro debió cambiar, mi ojo debió ensombrecerse hasta parecer la cicatriz vieja de mi cuenca vacía, porque la palidez de Burney se hizo traslúcida. Había entregado al pobre Lawrence al Monstruo, y yo sabía lo que gustaba de hacer con los enfermos—. ¿Qué podía hacer yo? Dijo que le sería muy útil, que le daría la vida eterna... ¿lo oyes? Para siempre... también me lo prometieron a mí... Dios mío. —Creo que estaba llorando, aunque de esos ojos negros ya solo podía manar oscuridad—. Hicieron un sacrificio, él y Potts, entregaron al pobre Larry a Satán...

—¿Están juntos?

—¿Tumblety y Potts? Sí, desde entonces... aunque hace mucho que no vemos al doctor T., por fortuna. Se llevaron a Larry, como se llevaron a todos, uno a uno, a Mary y a Jane, a Georgi, a Amanda... a todos. Creí que a mí también me ofrecerían, que me transformarían en algo y mira... ya lo están haciendo... que Dios me perdone...

—¿Q... qué fue de...?

—Lo convirtieron en sapo, lo vi con mis propios ojos. No lo sé, dijeron que sería un buen regalo... creo que se lo querían ofrecer a Dembow a cambio de... perdóname... yo solo tenía miedo... p...

Pensé en mi trabajo en casa del lord. Transportando todos aquellos animales, conté el número de criaturas mágicas, y el número de mis amigos. ¿Recuerdan el zoológico de fantasía que tanto atormentaba a Cynthia? No quise desvelarles antes nada, imagino... sí, ahora el horror les sobrecoge como a mí. Sentí que me temblaban las piernas. Toda la familia, mi familia, toda *L'exhibition de Phénoménes et d'Horreurs de toutle monde du monsieur Pott* convertida en tributos al Maligno, por obra y gracia de las dos criaturas más despreciables que caminaran por este mundo. Y yo hui, me fui nadando por el río, sin hacer nada, escapé... de pronto mi nariz estaba llena de olor a carne quemada, y me eché a llorar.

Abrí el ojo cuando oí el sosegador sonido del cuello de Burney al quebrarse. Lo miré, inerte, con un «perdón» helado en sus labios, un monstruo más que desaparecía. Aún quedaban los mayores. Ahora todo cambiaba, ahora el caos de Raimundo Aguirre se desataría como no lo hizo antes. Lo juré.

Con esfuerzo conseguí soltar la presa de su delgado cuello, cubrí mi rostro con la

mascará; y esperé. Allí en aquel callejón frío había matado otra vez y lo había hecho con la impunidad con que obraba el asesino de Whitechapel. Como él haría, pensé en el mejor modo de llevar a cabo mi plan apenas pergeñado. Fue una fortuna que no dejara hacer el trabajo a los mendigos de Itchy Park, pues entendí que no me interesaba que Potts y sus judíos encontraran el cadáver de Burney; si desaparecía, menos problemas para mí. Incluso, dado lo elusivo de su persona, puede que tardaran tiempo en echarle en falta y, lo que era mejor, pensaran que estaría cumpliendo sus funciones, siguiéndome allá donde fuera. De modo que tenía que deshacerme de ese cadáver.

Cargué con él, y sentí un dolor en el vientre. El corte que me hiciera la verja del parque sangraba. Rasgué una manga y con ella me apreté las tripas. No parecía un corte profundo, pronto cicatrizaría, pero debía evitar dejar un reguero por las calles. Volví a alzar los restos de Burney, apenas pesaba, y era extremadamente flexible. Tome sus piernas, y noté que se doblaban mucho, por más lugares de lo normal y hacia direcciones poco naturales. Era más delgado de lo que recordaba, mucho más, sus manos y pies no eran ya de carne, sino de madera y metal, recubiertos de un caucho negro, y grandes, palmeados, ¡sus pies parecían manos! Entendí su horror; el Monstruo lo había convertido en un mono, otro monstruo. Me lo até al cuerpo, como lo oyen, podía atarme a Burney en torno a la cintura y el torso, y cubriéndolo con mi abrigo y el suyo, no parecía más que un hombre muy corpulento, más de lo que ya era.

Salí a las calles andando torpe, situación que no me era desconocida, y así con mi paso borracho atravesé toda la ciudad, hacia el río. Llegué allí sin percance alguno, sudando por el esfuerzo, pues aunque la carga no era muy pesada, sí incómoda. Caminé junto al río, apartándome de los solitarios con quien me cruzaba, escapando en la noche con el cadáver de mi víctima, como el asesino. Baje al agua, no lejos de *London Bridge*. Ya amanecía, y había gente, pero desde joven aprendí que entre las multitudes, en lo evidente, es donde más desapercibido pasan las acciones más abominables. Vi cajas y telas apiladas allí, junto al agua, y entre ellas empecé a desmembrar a Burney. En ese momento no vi la semejanza de mis horribles actos con los que llevaba a cabo ese criminal que aterraba todo Londres, solo me urgía deshacerme de los restos del Esqueleto. Fue trabajo fácil, los miembros de mi antiguo amigo estaban hechos ahora de metal y madera, unidos por tendones, algunos naturales, con los que naciera, y otros como cuerdas de guitarra. Tiré brazos y piernas, su torso, todo, todo se lo tragó el Támesis.

Qué fácil es volver al salvajismo. Qué cerca del monstruo está el hombre. Quién soy yo ahora para condenar lo que hiciera aquel asesino de Whitechapel, quién soy yo...

El domingo ya brillaba en el cielo. Tiré el arma sustraída de entre los aperos de

Forlornhope, que me sirviera de macabra herramienta y marché de allí. Dirigí mis pasos hacia Kensington atormentado, no por mi reciente acto, sino por lo que bullía en mi mente.

Otra verja más que saltar hoy, esta era menor que la que rodeaba Itchy Park, al menos en altura, aunque su dificultad aumentada teniendo en cuenta que era de mañana, y el ajetreo matutino del servicio estaba ya en marcha. Sé que podía haber llamado con cualquier excusa, para volver a mis quehaceres de jardinero o lo que fuera. No en esta ocasión, no cuando mi intención era otra. Sorteé el obstáculo, corrí por el bosque escapando de la mirada de los guardias armados. Llegué a las cocinas. Con sigilo entré por la ya familiar carbonera hasta el sótano. No había nadie por allí, subí por las escaleras y comprobé la puerta que subía a la primera planta desde la bodega. Había estado abierta toda la mañana del día anterior, mientras subían los juguetes del lord al salón de arriba. Esperaba que hubieran olvidado cerrarla, y en efecto, así estaba aún.

Entré despacio, el primer piso parecía muy ajetreado, con todos preparando el desayuno, limpiando... si no me encontraba con la señorita Trent, con Tomkins o con alguien de semejante importancia, podría pasar sin tener que responder muchas preguntas. Iba sucio, y sin mi ropa de faena, pero eso podría explicarse con cualquier excusa. Llegué a la gran escalinata y ascendí tratando de darme aires casuales.

Sin más llegué al salón de exhibiciones iluminado por la luz que entraba a través de un espléndido mirador, con las ventanas abiertas para oreo temprano de la casa. Entonces no me percaté del insólito hecho de que hubieran abierto aquel segundo piso al exterior, esa segunda planta siempre cerrada al mundo, disponía de una magnífica balconada, que hoy estaba de par en par. Mi andar pasó del huidizo caminar del sigilo a la parsimonia de la veneración; sentía miedo y dolor, y temor por el dolor. Todos los pavos mecánicos, las cabezas parlantes, los húsares, las representaciones de batallas, las estrellas, los relojes; todos brillaban esplendidos e inmóviles en la mañana, todos rodeando, venerando a la figura del flautista chino, con sus primorosos vestidos, su delicado trabajo y su perfección.

Más apartadas, al final del salón, tímidos ante la magnificencia de sus hermanos más importantes, estaba el zoo fantástico que ayudé a subir aquí hacía un día, seis o siete piezas todas tapadas con blanquísimas sábanas.

En medio de todos esos fantasmas blancos, vi los picos de la corona del sapo. Aparté el lienzo que lo cubría, estaba sobre una mesa, dormido, mirándome. A través de sus ojos de vidrio no pude ver nada, nada vivo.

Sabía cómo funcionaban, creía saberlo. Vi cómo el señor Ramrod examinaba cada pieza que subiéramos, tenían un mecanismo diabólico que los devolvía la vida. Busqué en el anfibio de metal, y encontré palancas y artilugios móviles. Lo accioné, oyendo cómo el animal respondía con una serie de suaves chasquidos. Quedó un

tictac apagado, y el sapo no se movió.

Di dos pasos hacia atrás. Sus ojos negros seguían fríos.

—¿L... Lawrence? —Nada. Qué locura, ¿cómo...? El tictac cambió, se hizo más seco. El sapo parpadeó. Y croó.

Ahogué un grito tras mi mano. Corrí arrancando las sábanas del resto de las criaturas, en un acceso histérico que casi me impedía respirar. Los autómatas quedaban allí, desnudos, agitándose por mis tirones sobre el suelo. Busqué el artilugio que les daba vida en cada uno: la mantis bicéfala, el monito y el cerdo borracho. Y la lamia.

El sonido llenó la sala de exhibiciones. El sapo croaba y daba pequeños saltitos mientras hinchaba su buche. El cerdo bailaba, el mono tocaba el tambor, la mantis caminaba y cada cabeza peleaba contra la otra. Todo rodeado de traqueteos y sonidos, que parecían llamar a la vida a sus otros hermanos metálicos. Yo giraba, miraba a todos, a estos y los callados, sumergido en ese baile de locos.

La lamia bailaba con cadencia hipnótica. Su cara de metal era tan hermosa, creo... entiéndanme, no estoy seguro, estaba conmocionado, pero puedo jurar que sus facciones doradas y sus ojos de esmeralda estaban cincelados modelando los rasgos de la exquisita Cynthia. No sé. No pude apartar la vista.

—¿Amanda?

El ser quimérico se agitó más, se contoneó, agitó una lengua bífida de caucho, entre siniestra y sensual, y dijo con voz profunda, de metal.

—Ven a mí.

Grité. Santa María. ¿Qué clase de ser humano podía hacer semejante monstruosidad? Porque entonces, estaba seguro que allí estaban los restos de *L'exhibition de Phénoménes et d'Horreurs de tout le monde du monsieur Pott*, ofrecidos en sacrificio al Maligno y transformados por artes diabólicas de monstruos a monstruos inhumanos. ¡Qué triste es este mundo, donde los más desdichados no pasan más que de una desgracia a otra peor! A mi pregunta, tenía una respuesta directa: esto no podía ser más que obra de los dos estigmas de nuestra raza que entonces pululaban por el mundo, Tumblety y Pottsdale, el Anticristo y su sirviente. Grité de nuevo.

—¿Qué es este escándalo? —A mi espalda estaba el señor Ramrod, tan huraño y estirado en su cortedad como lo viera antes, y mucho más furioso—. ¿Qué cree que está haciendo aquí? Su lugar está en el jardín.

No era que esta situación me fuera desconocida, y como de costumbre al ser sorprendido, me refugiaba en mi estupidez.

—Me... me he p... p... perd...

—¿Sabe el valor de estos objetos? —Uno a uno Ramrod fue deteniendo a los miembros de la macabra colección de fenómenos transformados en metal—. Si ha

roto alguno... no podría pagarlos ni con toda su vida...

—L... lo s... siento.

—¡Váyase! Y no vuelva a pisar aquí. Porque se le permitiera subir una vez no piense...

Me fui. Salí como había entrado. No, eso no es cierto. Ahora estaba espantado y furioso, arrobado por un sentimiento vengador, justiciero, que me hacía llorar, mi cuerpo no estaba habituado a negociar con tales emociones. Sé que es patético en alguien como yo, pero me sentí como un cruzado a cargo de una misión que salvaría mi alma, mi fe, ahora trabajaba para Dios.

Esa ira me hizo continuar con mis planes con más encono. Ahora sin la presencia pegajosa y sutil a un tiempo de Burney, fui por mis compañeros del Green Gate. Mi entrada en el pub de Benthal Green donde se reunía el tuerto con los suyos estuvo tan cargada de melodrama como las transformaciones del señor Mansfield en el escenario. Dick proyectó su ojo telescópico hacia mí y no me perdió el foco hasta que acabé de contar mi historia. Estoy seguro de que la creyó, yo no sé mentir y conté la verdad: el Bruto ofrecía a los de Besarabia, a través mía, el acceso a cierta familia pudiente a cambio de que estos le aseguraran la jefatura del Green Gate Gang.

—Un gran chico ese O'Malley. Lástima que tenga esa ansia por el poder...

—No lo veo claro —dijo Dandi, que andaba por allí—. Si el Armero está detrás de esto...

—¿Crees que al Armero le importa mucho quién es quién aquí? —respondió Dick —. No, no se meterá en nada.

—Ya se ha metido. Los Tigres son suyos, no podemos tocarlos aún en el supuesto de que...

—Dandi —le taladró con su ojo de bronce—, deja el trabajo de pensar a los que sabemos hacerlo. Nadie va a tocar a esos judíos. Ya estás haciendo lo que quieren que hagas, ¿verdad Drunkard? —Asentí—. Perfecto; iremos por nuestro amigo O'Malley, ese bastardo irlandés va a entender por qué no es bueno ser un traidor. Si lo matamos, ¿qué le puede importar al Armero, o a los de Besarabia? Ellos ya tienen lo que quieren. —Volvió a mirarme—. ¿Y tú, qué quieres? ¿Cómo piensas que debo agradecerte esta confidencia?

—L... L... Liz la Larga. Dejadla en p... p... p... paz. —Y ahí firmé la condena de muerte de Elizabeth Stride. Incluso me atrevo a decir que me di cuenta en ese momento. Se habían olvidado de ella, tenían otros asuntos de más trascendencia en los que ocuparse que extorsionar a una puta y su chulo. Lo olvidaron hasta que yo hablé, maldita sea mi... No importa lo que ocurriera luego, Dutfield Yard y sus oscuridades estaban ya en el horizonte de la pobre Liz. Un Ojo miró a sus hombres, sin entender nada, y durante unos minutos estos parecieron no caer en lo que había dicho.

—Parece Dick que nuestro monstruo se ha enamorado.

Aguanté las burlas del Dandi y las risas de los demás y me fui con la palabra de Dick de que no la tocarían, y con un sabor amargo en la boca. ¿Arreglaba yo algo con que el Bruto muriera? No, Torres seguía en la misma situación con él o sin él. Tenían que morir todos, tenía que inundar las calles de Londres de sangre, como si ya no hubiera poca manchándolas.

No les aburriré contando los pormenores, ya recuerdan lo que hice cuando maté a Kelly, y a usted le veo cansado. El Bruto supo que sus viejos amigos querían matarlo, Perkoff también quedó al tanto, y aunque la suerte del irlandés no fuera de su incumbencia, le interesaba que la cabeza del clan de Benthal estuviera de su parte. Dick Un Ojo no sabía cómo llegar al Bruto sin entrar en territorio de los Tigres, así que yo me ofrecí a proporcionarle la ocasión, ocasión de la que informé puntual a todos los bandos. Esta vez me resistí a incluir a las fuerzas del orden en mis maquinaciones de fino estratega. Aparte de eso, la matanza estaba servida de nuevo.

Sé que he dejado deslizar un enigma más en medio de todo esto: ese «Armero» del que hablaba Dick. Supuse ya entonces que no era otro que el Dragón al que se referían Perkoff y los suyos. No lo he mencionado, pero imagino que se han percatado de su presencia en toda esta historia a medida que avanzaba mi relato. De si mi pequeño complot era de su agrado o no, no tengo idea, y entonces no me hubiera frenado el tenerla.

Había aún un agujero en mi estrategia por donde se colaba el fracaso: la superioridad manifiesta de los Tigres de Besarabia sobre el Green Gate Gang, debida principalmente por ese apoyo preferencial que el «Dragón Armero» les brindaba. Si los judíos sobrevivían intactos a la contienda, nada conseguía. Era mi obligación, por tanto, equilibrar la balanza para que la sangre cayera por igual.

Recordé los efectos de la masturbación cerebral que se hizo Potts, y me dispuse a inutilizar en lo posible buena parte del arsenal de los judíos. No disponía ya del vibrador, no supe dónde acabó, y de tenerlo tampoco sabía cómo conectarlo a otros cacharros y menos cómo suministrarle el flujo eléctrico con el que se alimentaba. Podía, y eso hice, entretenerme en pequeños sabotajes. Cortando un cable aquí, golpeando un muelle allá, transformando en una justa pelea a piedra y cuchillo lo que de otra forma sería una desigual carnicería. A mis pequeños estropicios dediqué la siguiente semana, valiéndome de lo habitual de mi presencia entre los Tigres, tras la muerte de Burney, y de mi habilidad por convertirme en un objeto más, inadvertido e inane. Es obvio que el arsenal no estaba al alcance de alguien foráneo a la banda como yo, así que me limité a las armas dejadas al descuido, y aun así di cuenta de una veintena de ellas, de las que tan solo en tres o cuatro fue hallado el destrozo, tomado por avería circunstancial y reparado.

Al tiempo que me entregaba a mis labores de quintacolumnista, continuaba con el

plan. Dick me pidió que me encargara de llevar al Bruto al mismo cementerio donde tuvo lugar el anterior encuentro entre ambas bandas. Perkoff, dijo que así lo hiciera, que ellos llegarían al momento de escarmentar al Green Gate, pero debía asegurarme que el propio Un Ojo estuviera presente, su muerte haría más fácil la subida a la jefatura de la banda de alguien afín a los de Besarabia, como O'Malley, por ejemplo. Eso era sencillo, Dick querría aplastar la cabeza del traidor en persona, no tuve que hacer esfuerzo alguno para convencerlo. De hecho, lo que yo veía en mi mente como una batalla campal, se planteaba como una simple escaramuza. Para matar al Bruto solo irían Dick Un Ojo y sus hombres de confianza, si todos ellos morían para mí era suficiente. Sin embargo, para acabar con estos los judíos no mandarían más que a Kid, Max Moses y una decena de hombres más. Perkoff no iba a ir; eso era un contratiempo. Ya poco podía hacer, los dados estaban rodando.

Potts, entretanto, insistía en que volviera a Forlornhope y que no cometiera otro estúpido error. Yo alegué que no resultaría muy creíble el aparecer día sí día no allí, aumentando la posibilidad de que me vieran zascandileado por lugares que no debía estar. Aun así, tuve que acordar por guardar las apariencias, y allí fui el lunes veinticuatro, sin otra intención que la de atender los rosales y el cerezo mortecino e irme con el jornal bien ganado. Aprovecho aquí para indicar que este fue mi primer y único salario decente de toda la vida, si olvidamos la soldada de mis años mozos.

Me inquietó ver allí, en casa de lord Dembow, a la policía. Un par de detectives y otro de agentes estaban en casa, de modo que tuve un motivo más para no salir de mi querido jardín. La curiosidad no es buena consejera, lo sé, pero en mi estado de nerviosismo conspiratorio, y teniendo en cuenta que el nombre de Torres ya había sonado por esa casa con peligrosos ecos, me arriesgué a preguntar a la señorita Trent por lo que sucedía. Ella, de buen corazón enmascarado por su hosquedad, me respondió:

—El señor De Blaise tuvo un desagradable encuentro anoche, nada que a ti te pueda incumbir. ¡Anda y vuelve con tus plantas! ¡Y no asomes más por aquí con esas manos sucias!

Asomé otra vez, ya lo creo, a por el té y el pastel que ella siempre me daba con fingidos malos modos. Bendita sea la señorita Trent por cómo se portó conmigo, ¿recuerdan que fue ella quién me indicó hacía ya tiempo que fuera a los muelles por trabajo...? Cierto, me estoy distrayendo.

Quedaba en mi plan la parte más complicada: atraer al Bruto a la trampa... un momento, les contaba esto de la merienda que me preparaban por algo, y no quiero que se me olvide. Al entrar a almorzar en la cocina, encontré, tirados contra la pequeña pila de leña que había allí cerca de los fuegos, entre papeles dispuestos para mejor encender los fogones, unos documentos que me parecieron familiares. Los tomé, y tuve que acercar mucho la vista para reconocer aquellos viejos dibujos que

robara días antes, o que intentara robar. Los ignoré, dejándolos allí donde los había encontrado. Tomé mi té, mi porción de pastel y me fui, sin que cierto hormigueo en la nuca dejara de molestarme.

Solo... era un comentario, eso, un comentario, ustedes juzgarán. Les hablaba ahora de la añagaza preparada para el Bruto. Los Tigres no querían confiar sus intenciones al irlandés, por si al final cambiaban de opinión y dejaban hacer a su antojo al vengativo Green Gate. Dick me dijo que lo atrajera con el cuento de que Will quería verlo, que tenía algo que contarle, que tenía miedo y quería estar a bien con él y con Joe Ashcroft, si es que alguna vez salía de presidio. Willy era creíble como traidor cobarde; funcionó. Lo convencí de que me acompañara la noche del viernes veintiocho al cementerio de Gibraltar Row.

No... sabía qué estaba haciendo embarcado en un juego de poder que, aun tratándose de escalafones sociales tan bajos, a mí me venía grande. Liz ya no quería nada de mí, o eso entendía yo. Torres seguiría en igual situación, pues poco daño iba a hacer a la banda de judíos, sabiendo que Perkoff no acudiría a mi celada... El se mantendría como oponente de Dembow, y este volvería sus codiciosos ojos hacia mi amigo. Seguí con lo establecido por inercia.

Tres días antes de la emboscada... eso eran... sí cinco después de nuestro último y desagradable encuentro, volví a ver a Liz...

Tal vez debiera dejarlo... ya. Sí, prometí que explicaría por qué estaba en Dutfield Yard, pero est... estoy ya...

Y usted además... usted tampoco parece capaz...

Entiendo su impaciencia, como... como deseen. Si hace el favor entonces... ya conocen la rutina...

Gracias.

Les decía que vi a Liz. Estaba borracha y asustada, apoyada en la barra del Ten Bells. Había tenido una trifulca con Kidney, una fuerte y definitiva. No parecía magullada aunque aseguraba que ese hombre se había puesto violento y que no iba a volver con él. Ahora estaba en la calle, desde hoy.

Lo que a través de la señorita Trent me pagaba Cynthia por mis labores de jardinero era más que generoso y tenía ahorros, a pesar de mi extraordinaria capacidad de consumir alcohol. Me ofrecí a buscarle acomodo, accedió a venir conmigo al treinta y dos de Flower & Dean, donde llevaba una semana viviendo.

Ella conmigo.

Yo con una mujer.

Las reglas de la señora Tanner, encargada del lugar, eran estrictas, así que ella dormía en las habitaciones de las mujeres, nunca había esperado otra cosa, para mí era suficiente. Ahora tenía una mujer que dependía de mí. Tan contento estaba que le compré un paquete de caramelos. Cuando se los di sonrió como nunca la había visto.

—Ray —me miró con sus bonitos ojos, aún más hermosos por el velo mágico que ponía el alcohol en ellos—, eres mi ángel de la guarda. —Quise serlo, y no pude.

Por fin vuelvo a la noche de la emboscada, no quiero que se impacienten más. Me inquietaba la facilidad con que acudió O'Malley. No me hizo pregunta alguna, cuando cualquiera diez veces menos habituado a navegar por aguas tan lodosas hubiera sospechado un engaño. Puedo aventurar que tal como le conté el ardid, él hizo otro tanto a sus nuevos amigos hebreos, quienes lo calmarían de alguna forma y le indicarían que me siguiera la corriente. No sé y ya no lo sabré nunca, pero allí estábamos, rodeados de frío y tumbas.

El pequeño menguante de la luna apenas iluminaba las lápidas grises. Una vez allí, en compañía del Bruto, moví un farol, en supuesta señal acordada, a la que enseguida acudió el rastrero Will.

—Las sanguijuelas asoman en estos lugares, ¿lo ves Drunkard? —Poco veía, la silueta macilenta de Will bien podía ser un alma en pena en semejante entorno.

—¿Os han seguío? —ignoró Willy el insulto.

—¿Tienes miedo, Willy? —El Bruto extendió sus fornidos brazos y giró en torno a sí, abarcando todo el camposanto—. Aquí nadie puede hacernos daño. —Entonces fijó su mirada en el muchacho y se quitó la gorra—. Yo solo veo muertos.

—Creí que estabas dacuerdo —chirrió la voz de Will—. Si no, ¿a qué has venío?

—Tengo curiosidad por lo que tengas que decirme.

Will se acercó más, apoyó un pie en una losa y adoptó actitud de confidente.

—Dick está loco, y va a por ti. Te tiene miedo y va a hacer algo grande, y no quiero estar con él cuando pase.

—Te entiendo. Eras mi amigo y tampoco quisiste estar conmigo cuando las cosas se torcieron.

—¡Que te jodan, Bruto! ¿Quesperabas quiciera? Este anormal casi nos asesina, y estaba atado, y tú vas y lo dejas vivo... y le cortas las pelotas a Patt.

—Las tuyas no las hubiera encontrado.

—Mu bien, como quieras. Insúltame hasta que se te acabe la saliva, ¿no quiés saber qué piensa hacerte Dick en cuanto tatrape?

—Claro que sí, por eso he venido.

—Vale. Y a cambio, ¿qué me das?

—¿Qué quieres?

—Estar de tu parte, como antes. ¿Has hecho un trato con los judíos? Yo quiero ir en él. ¿En qué habéis quedado?

—Yo no estoy con los judíos ni dejo de estarlo, voy por mi cuenta.

—Mentira... —Dick Un Ojo y el Dandi asomaron por entre los mármoles. No habían podido aguantar más—. Estás mintiendo, O'Malley. Vas por mi cabeza.

—Has tardado viejo amigo. —El Bruto se quitó el abrigo mostrando su torso

peludo y musculado al frío, con el desvaído tatuaje de un perro brillando en él—. Si voy por tu cabeza, tú fuiste antes por la de Joe, lo uno por lo otro.

—Mentira otra vez. —El ojo de Dick se movía de un lado a otro. Decían, y yo lo creo por lo que pude comprobar, que era capaz de ver con ese ojo en la mayor oscuridad. Si los Tigres estaban al descubierto, los vería—. Jamás he hecho nada contra Ashcroft, lo único que quieres es hacerte con todo. Ya veríamos si de estar Joe fuera no le jugabas otra semejante a la que me intentas jugar a mí.

—Eres un cobarde, Dick. —Eran pocos para el Bruto. No es que entre el Dandi y Will no pudieran con él, dos hombres bien coordinados pueden despachar a un tercero, por muy fuerte que sea este. Era la falta de valor entre los secuaces de Un Ojo la que daba ventaja al irlandés. Me extrañó la poca previsión por parte de Green Gate Gang, al menos debían haber traído diez hombres—. Y has convertido el Green Gate en un rebaño de borregos.

Dandi y Will se habían ido moviendo despacio, rodeando al Bruto, que no daba señales de que le importara. Will hizo chasquear sus manos y sacó las garras, Dandi balanceaba un garrote y dijo:

—Pues estos borregos también saben morder.

El Bruto soltó una carcajada y acto seguido dio un salto hacia adelante, amagando y divirtiéndose del respingo que dieron Will y Dick. El Dandi ni se movió, amigo de no complicarse la existencia, en cuando el irlandés se plantó enjarras, riendo de su bravuconada, le tiró el palo con tan buen tino que fue a acertarle en la sien izquierda. Cayó al suelo.

—¡Raja a ese cerdo! ¡Como a las putas! —gritó Dick lleno de furia. Will se cernió sobre la presa caída, y entonces los Tigres despertaron. Corriendo, cayendo desde las alturas en saltos de más de cinco metros, gritando bajo sus sombreros con luz y sus plumas de pavo, con sus chaquetas cargadas de armas, aparecieron una docena entre tumbas y mausoleos—. ¡Qué sorpresa! —exagera Dick entre risas—, el marica se ha acompañado de la basura judía.

—Ya está bien de monsergas —dijo Max Moses con su Nordenfelt brillando a la espalda, y fue decirlo y accionar la palanca que los disparaba. Dos de los cañones no hicieron fuego. La ventaja de esas armas es que aunque un tubo se encasquille, el resto sigue funcionando. Disparó por tanto solo cuatro tiros, y podía haber seguido disparando y una y otra vez y hacer buen destrozo, pero la falta de ese fuego adicional, por obra y gracia de un servidor, lo distrajo.

—¡Sangreeeee! —gritó Dick mientras sacaba una pistola, y los muertos se alzaron de dentro de sus sepulcros. No puedo calcular cuántos y no creo exagerar cuando digo que todo Green Gate Gang salió de la tierra, armado con palos, piedras y cuchillos. Alguien los había avisado de la trampa, alguien que de verdad jugaba al juego de la muerte y el engaño, no aficionados como yo.

Dick disparó su arma y dio contra el blindaje de las chaquetas judías. Daba igual, cada hombre acorazado y armado de los de Besarabia valía por tres del Green Gate, pero eran doscientos, doscientos contra treinta; los Tigres estaban muertos. Cayeron sobre ellos como jaurías, muchos se llevaron disparos de Moses hasta que lo acallaron. Oí los chasquidos de los brazos y piernas hebreas accionando sus músculos de metal y las cuchillas y dardos saliendo. A Kid McCoy se le quedaron enganchados los brazos atrás, también por mi causa, lo vi gritar de dolor cuando los flejes de acero le partieron los brazos, y las piedras de los de Benthal, la cabeza; ahí acababa Josué renacido, se iba la promesa del boxeo del pueblo de Abraham.

El otro púgil, el irlandés, se había levantado aturdido, sangrando por la sesera y seguro de que si se dejaba llevar por ese mareo acabaría muerto. Will estaba sobre él, extasiado como su jefe por el espectáculo, y en cuanto lo vio moverse preparó el golpe definitivo con sus garras. No tuvo tiempo. Bruto echó mano a la estatua a su espalda, le arrancó la mano de piedra y con ella aplastó la cabeza de Will. Luego, empezó a correr.

En cuanto a mí, visto mi plan en curso un tanto desbocado, aunque a ciencia cierta nunca estuve seguro de qué podía considerar éxito y qué fracaso, intentaba hacerme uno con las estatuas inanimadas que empezaban a mancharse de sangre de Tigre. No pudo ser. El ojo de Dick me enfocó, este alzó su pistola, furioso y exaltado por la masacre, y gritó:

—¡Estás muerto, Drunkard! ¡Ahora quiero tus pelotas!

Me fui por él. Con Will fuera de combate solo tenía a Dandi a su lado como guardián, poca cosa para mí. Nunca tuve miedo a morir en una pelea. Disparó, pero ya no tenía balas, agotadas en tiros al aire. La tiró y sacó su lanceta flamígera. No le di tiempo a encenderla, pegué una patada, lo tumbé, agarré ese feo tubo que salía de su cara y tiré.

—¡Y y... yo quiero tttttu jodido ojo!

Costó sacarlo, y cuando me hice con él tenía jiras de sangre y yo qué sé qué más humedades colgando. Cayó temblando en medio de convulsiones grotescas, di media vuelta y me pegué de cara con Dandi y su cuchillo de juguete. Amagué con tirarle el ojo mecánico. Dandi alzó la mano y dio un paso atrás. Me paré. Él señaló lo que lo rodeaba, la victoria indiscutible del Green Gate Gang, y no era difícil deducir que a esta seguiría otra carnicería en los guetos judíos de los Tigres, persiguiéndolos uno a uno, antes de que reaccionaran. Dick estaba muerto, y él no. Collins, el hombre de confianza de Un Ojo podía caer esta noche en la refriega, o más adelante, si no era el traidor. Él seguía vivo y entero.

Torció el gesto. Me estaba diciendo: «vete, ¿para qué pelear? Tú me has proporcionado esto». Marché, y él empezó a reír. No iba a matarme, no iba a pelear conmigo, ¿para qué?, tenía otro modo de torturarme. Imbécil, imbécil... tenía que

haberlo matado.

HUÍ con mi trote arrítmico. Dandi no me persiguió y yo no lo toqué. El resto del Green Gate no iba a ser tan clemente con mi persona, un par me vieron y gritaron por mi cuello, presa más fácil que los judíos blindados debía de ser. Dandi hizo la pantomima gritando: «¡Coged a ese deforme!», y así salió una jauría de asesinos detrás de mí. Mis perseguidores no contaban con luces, como los Tigres, y metidos en el interior del cementerio, la oscuridad, siempre mi amiga, me acogía.

No corrí durante mucho tiempo. Una sepultura abierta, sobre la que se alzaba la figura de un hombre, un poeta o un militar, con las manos en la cabeza en actitud atribulada, estaba abierta a mi paso. Mi vista enferma no vio la enorme losa apartada a un lado y los tablones de madera pintados para dar el pego como lápida; eso había cubierto la tumba, esta como las otras, hasta que salieron sus improvisados inquilinos. Uno de los escondites de los del Green Gate Gang fue ahora el mío sin buscarlo. Caí allí, sobre el féretro viejo de quién sabe quién y sentí la herida de mi vientre reverdecer. Quedé quieto. Mis perseguidores pasaron de largo.

Oí los gritos y el jaleo de la pelea, disparos, llantos, que fueron menguando, mientras mi mirada se clavaba en el rectángulo de noche sobre mí. Pensaba en Liz, en cómo ayudarla ahora, recé para que todos murieran, todos. Cuando apenas oía voces, nada más que ecos lejanos, empecé a incorporarme. Apareció una figura, su cráneo calvo contra la noche me dijo quién era: el Bruto.

—¿Crees que te has escondido bien, Drunkard, bastardo traidor? En buen lugar estás, te ahorras el entierro, voy...

Oí el disparo, aunque no lo identifique como tal hasta que la sangre irlandesa se derramó en mi cara. Un instante suspendido en la noche y cayó sobre mí, oí cómo el cofre en el que descansaba se quebraba. Quedó encima, su cabeza en mi pecho. Los pasos del Green Gate Gang se acercaron, y sus voces.

—¡O'Malley! ¡Viejo cerdo y degenerado!

—¡Ya ties lo tuyo! ¡Traidor!

—¡Ahora estarás con tus amigos judíos!

Llegaron, vi un par de sombras rodeando la tumba, cabezas curiosas y manos armadas bajo el cielo negro. No llevaban luces, el Bruto era enorme y yo bajo él más parecía los restos del finado que moraba allí, gracias a Dios.

—Jodidos hijos de puta... —susurró el Bruto sobre mí.

—¡Está vivo! —dijo uno de los de arriba—. Vamos a...

—No. —Era la voz engolada del Dandi—, No debemos perturbar a los muertos más. Dejemos que nuestro viejo camarada O'Malley descanse en paz.

Una algarabía de festejos vino desde fuera. Voces indicando qué hacer: tirar aquí, empujar allí, coger esa palanca. Resonar de piedra sobre piedra. Salivazos, pedradas. Al instante mi rectángulo de noche fue menguando, reducido por una oscuridad aún

mayor.

—¡Aguanta el aire, irlandés maricón!

—¡Esto por si tentra sed! —Meados calientes sobre nosotros. Risas. El ruido final al quedar sepultado en vida.

—¡Hijos de puta! —El grito del Bruto no salió mucho más allá de nuestro confinamiento por toda la eternidad —¡Volveré del infierno por vosotros...! Por vosotros...

¿Eso era todo? Así iba a morir. Si fuera por la voluntad de mi compañero de nicho, así sería. Se movió en nuestra estrechez y echó manos a mi cuello.

—No moriré antes que tú —dijo mientras apretaba mi garganta con la enorme fuerza de sus manazas. No podía hacer nada para evitarlo, estaba inmovilizado, me limité a tensar mi cuello. Noté cómo la presión menguaba a media que la respiración del pecho de O'Malley, pegado al mío, se acompasaba. Me soltó.

Llegó el silencio. No tuve miedo ni sentí la angustia o el agobio por la estrechez del tétrico lugar que sería mi postrer dormitorio. Tampoco noté falta de aire. No es valor, era ignorancia y cansancio mental. Ya no podía pensar más, ni en mi propio final. Lamenté mucho no poder ayudar a Liz, pero al menos tenía la paz de no ser partícipe de su destino, nunca lo sabría. Me dormí, plácidamente en mi lecho mortuorio, sobre el cadáver de un poeta o militar olvidado y bajo lo que quedaba del que fue el hombre más peligroso del Green Gate Gang, en justicia tal honor le pertenecía más a él que a mí.

Me despertó un golpe y un dolor en el pecho. Estaba oscuro, como no podía ser de otro modo en una tumba. Otro golpe, era el Bruto, empujando una y otra vez hacia arriba, gruñendo, golpeando con la espalda y la cabeza la losa que nos cubría, apoyando sus brazos de bronce sobre el ataúd en el que descansábamos. Me notó despierto.

—No vamos a morir aquí, Drunkard. —Un golpe. La madera cedió por completo debajo de mí, caímos sobre los restos del ocupante original, y él siguió empujando hacia arriba, ahora con más recorrido—. Luego te arrancaré el corazón con mis manos, pero no nos encerrarán aquí esos maricas.

Oí romperse, agrietarse la piedra. Esa placa de mármol era sólida como los cimientos del mundo, pero quien la envestía era el Bruto, Atlas irlandés, el orgullo de Paradise Row, el campeón absoluto de boxeo británico. Y Drunkard Ray, que yo también estaba allí y fui de todo menos un alfeñique. En cuanto oí la piedra crujir, empujé con él.

La lápida estalló, luz y tierra entraron a raudales y ambos asomamos por la tumba. Gritos y gente corriendo, espantados por nuestra resurrección. Era tarde a juzgar por la luz, tarde en un día plomizo.

—¡Eh...! ¿Qué demonios...? —Un agente de policía se acercaba, uno con

suficiente aplomo para no correr al ver a un gigante y a un monstruo salir de su tumba.

Mi resurrección me había encendido, tal como me incorporé lo golpeé en la cara con mi contundente puño izquierdo. Me hubiera aplaudido O'Malley si hubiera visto cómo lo noqueé con ese *uper cut* magnífico, si estuviera vivo. Se había quedado allí, sentado en el nicho, con las piernas colgando en él y la cabeza gacha. Había perdido mucha sangre. Me había salvado la vida, dos veces esa misma noche, y no iba a ser en vano, porque con la mía estaba salvando la de Liz. Salí corriendo, sacudiendo el polvo de cadáver de mi ropa.

Eran cerca de las nueve de la noche. Todo un día enterrado. Cuando llegué a Flower & Dean, llovía a cántaros; buena cosa para sacarme toda la suciedad y el barro de encima. No estaba en la pensión y la señora Tanner nada sabía de su paradero. Por la mañana había arreglado un par de habitaciones por lo que la misma señora Tanner le dio seis chelines. A las seis y media fue a un pub, el Queen's Head, con la misma encargada, y luego volvió a la pensión. Estuvo en la cocina hasta las siete, según me contaron dos inquilinos que allí la vieron. Entonces se fue.

¿Dónde estaba ahora? Tal vez con ese Kidney, tal vez había vuelto con él y eso puede que la salvara. O quizá ese malnacido la había matado a golpes quitándole el trabajo al Green Gate Gang.

Se oían referencias, rumores de la guerra entre Green Gate y los de Besarabia. Con envidiable coordinación, mis antiguos compañeros asaltaron los sectores hebreos de la ciudad. Stepney en especial se vio inundado por una ola de vandalismo. Sacaron a judíos de sus casas, pertenecientes a los Tigres, a la banda de Odesa y a cualquier pobre desgraciado que estuviera en mal lugar; los apuñalaban y los dejaban allí abandonados. Sir Charles Warren sacó los caballos a la calle, otro domingo sangriento que esta vez caía en sábado. Cuánta sangre en ese maldito otoño.

Se estuvieron matando todo el día, y llevaron la peor parte los judíos; bueno para Torres y malo para Liz. No fueron solo mis antiguos compañeros, los Blind Beggars, los del Hoxton High Rips, los Titanics, hasta los que quedaban de la de Odessa se apuntaron al exterminio de los Tigres; todas las bandas del East End confabuladas para acabar con la supremacía de los judíos, no fue mal conspirador Dick Un Ojo.

En Whitechapel tenían un asesino de putas por el que preocuparse, y una de ellas iba a morir por mi culpa.

Recorrí todo el barrio, corriendo deprisa, febril, seguro de que cuando pudiera verla estaría muerta. En Commercial me dieron una esperanza. Preguntando en Bricklayer's Arms, un pub de la calle Settles, un par de trabajadores algo alegres dijeron haber visto a una mujer como Liz. Había muchas como ella, y mi capacidad de descripción no era digna de reseñar, así que aquellos a los que pregunté, los que no me ignoraban, solían decir: «sí... creo que vi a una así... en tal y cual...», y me

tuvieron dando vueltas bajo la lluvia toda la noche. La diferencia con estos dos fue que dijeron haberla visto en compañía de un tipo muy elegante, con bombín alto, cuello blanquísimo de plastrón, bigote negro... Dandi. Se habían fijado en la pareja, que estaba a la puerta del pub, refugiados de la lluvia intensa. Ella llevaba una bonita flor amarilla al pecho. Él, que parecía un caballero, se esforzaba en besarla y abrazarla, eso les llamó la atención. Uno de los obreros que entraba con sus amigos, se quedó mirando y lo invitó a entrar y tomar un trago.

—¿Por qué no entras dentro con la mujer? Llueve mucho ahí fuera. —El tipo los ignoró, por lo que se dirigieron a ella—: Eh, cuidado. Ese es Delantal de Cuero merodeando...

La pareja se fue deprisa, hacia la calle Berner, todo ocurrió poco después de las once. Pregunté la hora.

—Pues serán las once y cuarto o y media... los habré visto hace veinte minutos como mucho...

Corrí desesperado. No la encontré allí, en la calle Berner. Solo había lluvia y gente paseando y un tipo vendiendo fruta... a Liz le gustaban las uvas. Salí de la calle, di una vuelta alocado, me crucé con judíos serios, charlando, y volví otra vez por Commercial hasta el principio de Berner. Entré una vez más por ella, había un callejón o un patio al fondo, esa clase de sitio que suelen emplear las putas.

Allí la vi. En pie, a la entrada del patio de Dutfield, con una bonita flor prendida en el vestido que podía ver desde lejos, hablando con un hombre al que reconocí en el acto sin apenas verlo, por su porte. El Dandi. La tiró al suelo y ella empezó a quejarse, no muy fuerte. Había un hombre enfrente, otro judío, y uno más allá encendiéndose una pipa o algo así. Dandi gritó:

—¡Lipski! —Y el judío salió corriendo, perseguido por el tal Lipski, o tal vez había insultado al judío llamándolo así y los dos corrían. Dandi levantó a Liz. Corrí hacia allí, él debió oír mis pasos, miró—. Drunkard... la vida es buena a veces—. Sujetaba a la mujer, callada, algo bebida, no sé, solo podía ver la flor en su pecho.

No había nadie en la calle, se oían cantos de un coro masculino dentro del patio. Dandi agitó la mano, el cuchillo saltó a ella, se frotó el bigote con él y pasó el filo por las cicatrices ya casi desvaídas que yo le hiciera dos semanas atrás. Nos separaban doce metros, quince a lo sumo, mi maldita cojera me impediría llegar a él antes que su cuchillo a ella. Todo era un ciclo, ahora lo veo, mis errores de la juventud, era ahora cuando los iba a pagar, mis deudas con tantos muertos, con esa vida que había acabado transformándome en un monstruo. Como un eco de mis pensamientos, Dandi dijo:

—¿Vas a pagar la deuda de esta zorra? —Yo asentí—. No, esta vez paga la puta.

Entró dentro del patio, rápido. Yo arrastré mi maldita pierna hasta allí. No vi nada en el primer momento. Estaba junto al club socialista, de ahí salían los cánticos y

alguna luz. La había tumbado en el suelo, con delicadeza. Él me miró, sonrió y la degolló de oreja a oreja.

No tuve tiempo.

Iba a matarlo, él estaba en guardia, esperándome, y entonces llegó un carro. El se metió en sus sombras y yo en las mías. Si me veían allí, con una mujer degollada en Whitechapel, me matarían a golpes sin esperar justificación alguna. Si tenían que elegir entre el Dandi o un monstruo como yo, era yo el asesino. Me quedé muy quieto, viendo cómo el cochero descubría su cuerpo. Todavía se estaba muriendo, todavía estaba viva. El cochero se había bajado de su vehículo, encendió una cerilla y la vio. A ella sí, a Dandi saliendo a la calle a su espalda no. Yo no podía moverme, pero a él lo protegía el propio coche y el triste animal que tiraba de él. El hombre entró en el club de judíos, donde cantaban mientras ella se moría. ¿Y pedir ayuda? Aunque perdiera el cuello tal vez pudieran ayudarla... no, lo había visto degollarla, Dandi sabía hacerlo bien. El asesino ya no estaba, y yo seguía allí.

El hombre salió otra vez con un candil y otro tipo, una mujer quedó en la puerta, mirando desde allí. Iluminaron,

—¡Santo Dios! Le han cortado el cuello.

—Otra mujer...

Más judíos. Un par de ellos, el chofer y otro habían salido corriendo, aullando:

—¡Policía!

—¡Asesino!

Empezó a acumularse gente espantada en torno a ella y yo me mezclé con la turba, así de fácil. El resto ya lo conocen. Llegaron personas de fuera, atraídas por los gritos de auxilio. Dos agentes de policía... me acerqué más. Tenía el paquete de caramelos en la mano, el que yo le compré, lo tenía en su mano cuando le cortaron el cuello. A lo mejor puede que pensara en mí mientras moría y puede que fuera un pensamiento tranquilo.

Cerraron las puertas para que nadie saliera, registraron la zona, nos preguntaron y examinaron en busca de sangre; el asesino no estaba con nosotros, andaría bebiendo ron en algún antro, celebrando su hazaña y el fin de sus enemigos.

Nunca volví a ver a Dandi. Es mentira que las malas acciones acaban pagándose. Es mentira. Ni las buenas reciben su recompensa... no.

Vi a Torres. Seguí sin hacer nada. Me bastaba con saber que al menos él estaba bien.

A las cinco de la mañana nos dejaron ir. Cuando me preguntaron, inquietos como siempre por mis taras y la suciedad de mis ropas, apenas hablé. Me tuvieron por tonto, un pobre imbécil, un pobre imbécil incapaz de nada, de nada, sin más. Sin más...

¡Eh! ¿A dónde...?

____ 42 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Jueves, acto seguido

De una tremenda patada Alto abre la puerta de vaivén, golpeando en la cara a Celador. Cae al suelo. La sangre de la nariz rota es un surtidor. Alto corre. Tira una patada a la entrepierna que no llega a acertar, Celador está hecho un ovillo, sangrando y aturdido. Le da otra vez, y otra.

—¡Coja el arma! —grita en medio de toses Lento. El perro ladra, gruñe, araña contra una puerta no muy lejana. Alto agarra la escopeta que ha caído al suelo como a un salvavidas, resbala y cae a su vez.

—¿Dónde está? —dice apuntando a todos sitios a un tiempo—. ¿Dónde...?

Lento asoma por la puerta en su silla, dolorido. Celador se mueve.

—Hijo de puta... me ha roto la nariz...

—¡No se mueva! El oso, ¿dónde tiene a ese oso? —Los ladridos del perro siguen atronando, sin acercarse.

—El oso... —Se ríe escupiendo sangre—. Ese es el menor de... tus problemas... cabrón...

—¡Tenemos que correr, rápido...! —Lento sale con mucho esfuerzo del cuarto. Alto se levanta para ayudarlo. Celador tiende la mano hacia la silla de ruedas y recibe una patada más en el vientre que casi lo levanta del suelo.

—Vamos. —Empujando la silla, traqueteante a la carrera, salen del pasillo estrecho que conduce de la habitación de Aguirre a un distribuidor algo más grande, de allí cogen otro pasillo, iluminado por cuatro velas mortecinas, a través del que se oyen los ladridos con más claridad.

—No importa —gime Lento a punto de caer de la inestable silla—. Por ahí está salida... habrá que matar.

Los velones de las paredes dan poca luz, saben que han llegado al oír ruidos y arañazos. Una puerta, cerrada.

—¡Las llaves! —Alto suelta la silla que va a dar contra la puerta cerrada. El perro ladra con más furia. Da media vuelta—. ¡Espere! La escopeta. —La llevaba Lento en el regazo, mientras corrían. Alto vuelve, la coge, y otra vez echa a correr. Celador parece inmóvil, tendido sobre cuajos de sangre y babas. Apunta con la escopeta, temeroso. Se acerca a él, le molesta el arma. La deja en una esquina. Mueve el cuerpo al registrarlo. Celador gime y no hace nada.

Encuentra un manojo de llaves y de nuevo a correr con ellas en una mano y la escopeta en la otra.

—No puedo... —Al llegar está sin aliento—. Si abrimos, ese perrazo...

—Deme eso. —Señala la escopeta—. Usted abra y yo... aléjeme de la puerta.

No hace falta explicar más. Alto mueve la silla unos metros atrás y da el arma a su compañero, que apunta tembloroso hacia la puerta. Luego vuelve a esta, busca nervioso la llave que encaje en la cerradura.

—Tenga cuidado, por Dios. —Gira la llave. Tira con fuerza de la manija procurando protegerse tras la gruesa hoja reforzada de la puerta. El perro entra como una sombra entre sombras, llena de dientes. Lento dispara. La silla se mueve hacia atrás por el retroceso. Choca contra la pared. Grita de dolor. El rugido del animal se convierte en llanto.

—¿Está bien? —dice Lento tratando de ver algo a su espalda; los nervios, el golpe y la agitación han hecho que se de media vuelta. Las velas se han apagado—. Conteste...

—Buen disparo. Lo ha dejado seco. —El perro gime con la cara y el pecho destrozados—. Vámonos.

Vuelta a empujar la silla. Llegan a las escaleras. Carga con Lento, es una operación que lleva haciendo ya días, siempre en situaciones de menos premura. El enfermo grita dolorido, pero suben los dos tramos sucios y oscuros. Lo deja en el suelo del primer piso y vuelve abajo.

—¡Deje la silla! ¡Salgamos! —Vuelve a cargar con él y Lento se lo impide—. No es... Deje que me apoye.

Así caminan los dos por el primer piso, arrastrando miedo y dolor, hasta llegar al enorme y desocupado vestíbulo de la residencia. El lugar está tan sucio como las dependencias inferiores, y apenas iluminado. Los ventanales enrejados están pintados por dentro. Los papeles, cubos de pintura vacíos y diseminados, andamios, herramientas, son toda la decoración. Dos puertas sólidas cerradas. Ninguna llave del manojo abre ninguno de los candados, siete, como la entrada al infierno.

—Mierda —dice extenuado Alto—. Es muy pesada, no podremos derribarla.

—Yo desde luego no. —Lento se ha desplomado sobre un sillón mohoso, junto a una mesita donde se acumula la prensa de hace semanas. Su compañero suspira, se tranquiliza.

Se sienta junto a él. Miran las ventanas, muy altas cuya pintura gris se ha desgastado y deja pasar una mortecina luz diurna.

—Tampoco veo posible salir por ventana. Tiene que haber... —Un gemido de dolor lo hace callar—. No... tranquilo, soy bien. ¿Dónde son las malditas llaves?

—Je, je... eso es una canción infantil, ¿sabe? O casi. Tiene razón. Las buscaré, espere aquí. —Se va corriendo.

—Si encuentra una forma de pedir ayuda... —Se duerme.

Pasan dos horas.

Lo despierta el traqueteo sobre las cerraduras. Alto está de rodillas, probando una y otra llave. La luz ha menguado, la del exterior. En la mesita tiene una garrafa con agua y una lámpara de aceite encendida.

—¿Salimos...? —musita amodorrado Lento. Tiene un aspecto aún peor que cuando quedó dormido.

—¡Qué va! He encontrado toda clase de llaves tiradas por ahí, ninguna vale. Ahí le he dejado agua, por si tiene sed.

¿Es...?

—¿Potable? Yo la he bebido hace un rato, y aún me encuentro bien, dentro de lo que cabe. —Abandona su esfuerzo y se sienta junto a su compañero, arreglándole como puede los vendajes—. No hay salida.

—Tiene que haberla... no...

—Aguante, seguiré buscando. No creo que tarden en venir por nosotros.

—¿Quién? —Ya no puede contener más las lágrimas—. ¿Quién sabe...?

—El detective que usted contrató...

—¡Le dijo...! —No puede decir más. Abraza a su amigo con la poca fuerza que le queda—. Nunca más quejaré de su... indiscreto...

—Indiscreción. Entretanto descanse, es lo mejor que puede hacer. Esperaremos aquí.

Sirve agua en dos tazas. Las saborean ambos con tanta ceremonia como si fuera el mejor café.

—¿Qué día es hoy? —pregunta Lento.

—Miércoles... no, es Jueves, quince de mayo. Fiesta.

—Vaya —ríe, y al momento se queja de sus heridas—. Su país y sus fiestas... ¿Cuánto hace que somos aquí?

—Quince días o un poco... ¿se refiere a encerrados los dos? El domingo le hirió ese monstruo, desde entonces...

—¿Dónde es? ¿Lo ha visto? —Los dos callan, esperando oír en ese momento algún gruñido—. ¿Encerrado?

—No se preocupe. Ahora descanse. En cuanto nos saquen de aquí...

—¿Y si quién viene es... señor Solera?

—Ya vio cómo reaccionó nuestro amigo al amenazarle con que iríamos con el cuento a él... no creo que estén en buenas relaciones, ni que ese tal Solera, sea quien sea, sepa lo que pasa aquí. Además, aún tenemos la escopeta...

Pasa el tiempo.

La luz que se filtra por los cristales tintados va cambiando su inclinación muy despacio. Alto pasea por la enorme sala. Mira tras el mostrador de recepción, en los armarios. Se va al piso de arriba. Encuentra más basura, más abandono y más llaves inútiles. Sube otro piso y vuelve con varios papeles entre las manos; cartas y

capítulos de la novela de R. T. William. Al volver, Lento está despierto.

—Mientras esperamos... —dice—. Podíamos seguir hablando con Aguirre... creo que... sabemos cómo atenderle.

—¿Se encuentra con fuerzas?

—No. Tampoco para quedar aquí.

—Y si llega alguien... Puedo bajarle mientras yo...

—Le necesito, no soy seguro de mi capacidad... si viene... espero que oigamos antes... tenemos...

—La escopeta.

—Sí.

—Como quiera. —Carga de nuevo con él—. No se preocupe, vamos a salir de esta.

Llegando al sótano lo deposita en la silla, ahora el camino es más sencillo.

—¿Cuántos cartuchos tenemos? —pregunta Alto mientras va a buscar una vela que encender.

—Yo... disparé al perro, queda el otro cañón. Habrá más munición.

—Seguimos sin saber dónde es oso. No he vuelto a bajar al sótano hasta ahora, sé cuál es su celda...

—No debemos tener cuidado de él, sin su amo...

Celador no se ha movido de cómo lo dejaron. Respira pesado, en posición fetal. Alto no deja de apuntarlo mientras lo sortean para ir a la celda de Aguirre.

—Átelo —dice Lento. Alto se agacha y lo mueve con mucha cautela. El hombre gime muy bajito.

—Está muy... creo que...

—Átelo. Átelo. Acabemos con... ¿cómo dicen? Pantomima. No puede quedar mucho.

____ 43 ____

Jack

Jueves, cuatro o cinco horas después

El lunes, uno de octubre de mil ochocientos ochenta y ocho, la edición matutina del Daily News mostraba esta carta:

25 de septiembre de 1888

Querido Jefe:

Estoy oyendo que la policía me ha atrapado pero aún no han dado conmigo. Me río cuando ponen cara de inteligentes y dicen que están en la buena pista. Ese chiste sobre Delantal de Cuero me hizo partir de risa. Voy por las putas y no pararé de rajarlas hasta que me cojan. El último trabajo fue grandioso. No le di tiempo a la dama para gritar. Cómo van a atraparme ahora. Me encanta mi trabajo y quiero volver a empezar. Pronto tendrá noticias mías y de mis divertidos jueguecitos. En el último trabajo recogí un poco de jugo rojo en una botella de cerveza de jengibre para escribir con ella pero se puso espesa como la cola y no puedo usarla. La tinta roja será suficiente espero ja ja. En el próximo trabajo que haga le cortaré las orejas a la dama y se las mandaré a los oficiales de la policía solo para divertirme qué le parece. Guarde esta carta hasta que haga otro trabajito, entonces publíquela tal cual. Mi cuchillo es tan bonito y afilado que quiero ponerme a trabajar ahora mismo si se presenta la oportunidad. Buena suerte.

Sinceramente suyo
Jack el Destripador

Perdóneme por darle mi nombre artístico.

Tenía otra posdata más a un lado, que decía:

No estaba bastante bien para echar esto al correo antes de quitarme toda la tinta roja de las manos, maldita sea. Mala suerte. Ahora dicen que soy médico, ja ja.

La carta había sido recibida en la Central de Noticias el veintisiete, y quedó allí guardada, enjaulada, y cuando vio la luz, ya nada pudo retenerla. Esa firma, ese

nombre creció y se propagó impulsado por las muertes y el miedo. Entró en el alma de todos, por todo el mundo, grabando en ella para siempre en tinta roja la verdad sobre el hombre: podemos crear belleza, podemos amar, ser generosos, perdonar y mostrar la misericordia de un santo, pero en el interior, en el fondo de nuestros corazones crece el mal y la locura, y le es tan fácil aflorar a través de esa fina corteza de bondad...

Ja, ja.

En los días siguientes esa misma carta se colgó en pasquines por toda la ciudad, con la pregunta: ¿CONOCE ESTA LETRA?, esfuerzo inútil teniendo en cuenta que gran parte de la población local no sabía leer, o ni siquiera sabía inglés. No importaba, eran palabras del asesino, el asesino hablaba. Jack hablaba. Decir terror es poco. El treinta de septiembre, el secretario del Comité de Vigilancia de Mild End volvió a pedir al señor Matthews, secretario de estado de lord Salisbury, que reconsiderara la decisión oficial de ofrecer recompensas por información sobre el asesino. Fue denegada una vez más. Incluso Lusk volvió a insistir la semana siguiente, pidiendo no solo una recompensa sino que el gobierno garantizara el perdón a cualquier cómplice del asesinato que trajera información útil. Tampoco fue concedido.

El miedo era ya rey.

El día de la carta, la recompensa dada por filántropos y particulares, esa que tanto deseara yo, creció, se multiplicó como las víctimas de Jack. El Financial News ofreció trescientas libras por la captura del Monstruo. El Lord Mayor quinientas. El dinero ofrecido aumentó de un día para otro, decían que para el dos de octubre había mil doscientas libras esperando una información. La prensa hablaba de la muerte, de la incompetente decisión de borrar aquella pintada, postulaban la identidad de las víctimas, la casquería, las vísceras; otra vez. Berner Street y Mitre Square se llenaron de gente deseosos de ver el lugar de los crímenes, formando ríos pese a que permanecía allí la policía en custodia de los sitios. Los periódicos se vendían edición tras edición, la gente los compraba y los que sabían leer los leían en las esquinas, formando corrillos de curiosos horrorizados.

Días después, a mi Liz la enterraron en soledad; era una extranjera y poco atrajo su sepelio, ni siquiera yo fui. Por el contrario, el entierro de Catherine Eddowes fue un acontecimiento. Una procesión de londinenses apenados la siguió, como nunca se vio en esas calles.

Eso ocurrió después. Entretanto, ¿y nosotros? ¿Qué era de Torres y de mí en aquel día tan triste de primero del octubre más frío que se recuerda en Londres? Yo estaba condenado, paseando por mi purgatorio, llorando por media cara. Drummon, Bunny Bob, Lawrence, Liz... hasta cinco veces había visto morir de forma horrible a quien quería, y no había hecho nada, había permanecido quieto, muy quieto, esperando que el horror pasara. ¿Era esta mi penitencia? ¿Así pagaba por las vidas de

la dotación de aquella pieza del batallón de Bonaud? ¿Esta era mi recompensa por el dolor, por la carne quemada? Quedaba Torres, él no podía morir, no sin que yo hiciera algo.

El español padecía una conmoción no menor a la mía. El encontrarme en la escena de un crimen, la desaparición bajo la lluvia de Tumblety, la misteriosa mujer que lo acompañaba, la extraña conducta de lord Dembow, las tristes revelaciones sobre Hamilton-Smythe y su trágico final; todo formaba un espeso entramado por el que pasaba un rayo de luz, un rayo de luz en nada tranquilizador.

De entre todos, el hecho más perturbador, a parte de la imposibilidad de detener tanta muerte, eran las terribles deducciones al respecto del Ajedrecista que iban cristalizando en su mente, y que no podía descartar por muy desquiciadas que parecieran, pues ellas vertebraban el orden disparatado de los acontecimientos vividos en la capital del Imperio y clasificaban la información que se acumulaba en su cabeza de modo tan sencillo como difícil de descartar. Este aspecto empeoró por la mañana de ese uno de Octubre, cuando llegó un paquete a casa de la viuda Arias, a su atención.

—Oh, casi lo olvidaba —dijo la señora Arias a Torres tras una larga charla sobre los horrores que acuciaban a la ciudad, y un montón de frases de sincera condolencia por las desdichadas—, un caballero con muchas cicatrices en la cara ha traído esto para usted. —El emisario no podía ser otro por la descripción que Tomkins—. Por cierto, que ha tenido un incidente en la puerta...

—¿Un incidente?

—Dice que alguien lo ha asaltado, que le han intentado robar. No voy a dejar a Juliette jugar más por la calle. Este barrio siempre ha sido un buen lugar y mire ahora... Se lo ruego, don Leonardo, no aliente a la niña en sus fantasías...

—No se apure, querida señora —contestó Torres distraído.

El paquete, que por lo oído atraía la codicia de los amigos de lo ajeno locales, era un bulto cilíndrico, roto en un extremo por el que se dejaban ver los planos que yo intentara sustraer de Forlornhope en mi primera visita, o algunos de ellos. Los esquemas eran de una complejidad abrumadora, y nadie que no fuera Torres hubiera podido sacar nada de ellos, a excepción de quien los hizo.

El diseño de ese ajedrecista, perceptible aunque se tratara de parte del proyecto total, seguía la idea de lord Dembow: había un sujeto humano centro de todo el mecanismo, que recibía información de él y que decidía el siguiente movimiento, movimiento que era matizado por el autómata. Lo extraño era el sistema de comunicación entre máquina y hombre. Los diagramas no eran claros, pero mostraban una relación difusa, íntima en exceso. Además, era mucha más información la que recibía el operario de la necesaria en principio para jugar al ajedrez; datos de temperatura, de luz. Extraño y desasosegador... debiera estar aquí

Torres para explicárselo. Si no entro más en detalle, es porque él no lo hizo, atraído más por los planos en sí que por la información que aportaban.

Eran papeles viejos y sobreutilizados, llenos de anotaciones en inglés, alemán y algún otro idioma, hechas por manos distintas. Una de las caligrafías, una letra temblorosa y desmañada, no podía confundirla. Esa mano había sido la misma que escribiera la nota medio quemada que encontró en la estufa de Dembow. Tenía aún ese papel en su poder para compararlo, y no cabía duda.

Si el día anterior fue a la iglesia y rogó por las pobres almas de esas dos mujeres, esa mañana la pasó rezando por la suya propia, pidiendo a Dios nuestro Señor y a su bendita madre que le diera fuerzas, entereza para afrontar los horrores que cada vez veía más claros, y no se refería a los crímenes de Jack.

A media tarde se reunieron los tres inspectores, Moore, Andrews y Abberline, una vez más en la comisaría de la calle Leman. Torres apenas había abandonado en toda la noche de los sucesos la compañía del inspector Andrews, cuyo jovial carácter había desaparecido, diría yo que para siempre, y fue invitado a la mañana siguiente por este a acompañarlo. Durante el trayecto desde la pensión Arias le informó de que los detectives que quedaron custodiando la pensión de Batty Street notificaron que Tumblety había salido, y no había regresado.

El rostro de los tres policías no podía ser más severo. Habían estado desde la noche conferenciando con Warren, Arnold y todas las autoridades policiales, y alguna política. La situación se iba de las manos.

—¿Qué sabemos? —Fue Moore el primero en abrir fuego.

—Nada —dijo Abberline—, o prácticamente nada. Ese asesino es muy rápido. Mata a la una en Dutfield Yard, y tres cuartos de hora después mata en Mitre Square. En Mitre Square se despachó a fondo, y tuvo que tardar menos de un cuarto de hora en hacerlo, diez o doce minutos. Allí había gente alrededor, durmiendo y alguno despierto, guardeses... nadie oyó nada, ni un grito. Y en Dutfield estaban todos esos socialistas reunidos... es como un fantasma.

La que encontraron en la City. —Kate Eddowes, aunque aún nadie sabía su nombre—. ¿No pudieron haberla matado en otro lado y traído hasta allí? Eso explicaría la ausencia de ruido y le proporcionaría tiempo al asesino para hacer cuanto se le antojara.

—No, los doctores Brown y Phillips han sido tajantes en eso. La cantidad de sangre coagulada y su disposición junto al cadáver prueba que todo se hizo allí.

—¿Han identificado a las víctimas? —preguntó Andrews.

—Esa, la de Mitre Square está destrozada, va a ser difícil que alguien la reconozca. La prensa va a publicar datos de ella, eso puede que nos ayude. Llevaba un par de recibos de empeño y en el brazo tenía tatuado las letras «T.C.», espero que con eso alguien la reconozca. Lo lleva la gente de la City, veremos... La de Berner

tampoco es fácil. Parece ser una tal Liz la Larga, que residía en el treinta y dos de Flower & Dean, nadie allí conoce su nombre real. Esto es una locura. Ayer una tal señora Malcolm dijo que de noche soñó con su hermana, la señora Watts, y que sintió que la besaba. —Sus tres contertulios se miraron con extrañeza—. A la señora Watts, siempre según la señora Malcolm, la llamaban Liz la Larga, así que vino a ver el cadáver en la morgue.

—Entonces es la señora Watts —dijo Torres.

—No, dijo no conocerla. Sin embargo, ha vuelto dos veces hoy, arguyendo que había poca luz. Esta vez dijo identificarla por una marca en la pierna, una mordedura de animal... otro falso testigo, como tantos otros. Además de contra ese asesino nos enfrentamos a miles de londinenses deseosos de relevancia entre sus amigos a costa de toda esta sangre... Hoy mismo empieza la vista, la de Berner Street.

—¿Se llevó... órganos?

—Sí, de la mujer en Mitre Square sí. El riñón y parte del útero... la destrozó. Le cortó los párpados, la nariz, las orejas... le sacó las tripas...

Callaron. No era asco ni repulsión, no era ira. Era impotencia, una amarga impotencia que los consumía.

—Tumblety no es —dijo Torres.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Moore.

—No tuvo tiempo...

—Hubo más que suficiente para degollar en Dutfield Yard e ir hasta Mitre Square, si no se nos hubiera escapado...

—No, me refiero a que le perdimos a una calle de donde apareció la... mujer, justo cuando la encontraron. No tuvo tiempo.

—Yo no estoy seguro de eso —cortó Andrews—. No pudimos identificar con claridad a esa pareja que seguíamos.

—¿Cómo dice eso? Salieron de la pensión, me ha dicho que la patrona dijo que salieron, no podía ser...

—Lo que debemos pensar —intercedió Abberline—, no es si los vieron bien o mal, si están seguros de que era él o no. Díganme, ¿podrían testificar ante un jurado que vieron a Francis Tumblety a esas horas, en esas circunstancias, sin lugar a duda...? —Ambos negaron con la cabeza, Torres con mucha reticencia—. En ese caso, señores, no descartemos ni confirmemos nada. No podemos permitírnoslo.

—No todo se ha perdido —dijo Moore, el más animoso de los tres—. Ahora tenemos nuevas pruebas.

—Sí —dijo Abberline, que abrió la puerta del despacho para pedir que les trajeran té—. Esta mañana un muchacho ha encontrado un cuchillo ensangrentado en Whitechapel Street.

—Excelente, pero me refería a la pintada. Un tanto enigmática, por cierto. La

encontraron a eso de las tres de la mañana, y quince minutos antes no estaba. Si mató a la mujer de Mitre Square a las dos, dos menos cuarto o menos veinte, ¿qué estuvo haciendo durante una hora, desde Mitre Square a la calle Goulston? No se tardan más de cinco minutos en llegar, por lento que fuera.

—¿Por qué escribiría eso...? —preguntó Torres—. ¿Qué quiere decir?

—Si es que lo escribió el asesino —dijo Abberline, y los otros tres miraron inquisitivos—. Sí. El detective Daniel Halse no puede estar seguro de que la primera vez que pasara por allí, cuando no encontró el delantal, no estuviera ya la pintada escrita. Pudo llevar allí desde ayer...

—Dicen que parecía fresca —apuntó Moore.

—No todos afirman lo mismo. Usted la vio, Andrews, y usted también señor Torres, ¿qué opinan?

El español no estaba en disposición de decantarse por opinión alguna respecto a la debatida pintada, y le daba igual. Aunque no tuviera evidencia probatoria, estaba convencido de que a quien siguieron era al doctor indio, y seguro de que igual opinaría el inspector Andrews, de no ser por su empecinamiento en no exculpar a Tumblety. Por tanto, no podía haber matado a aquella mujer, al menos no a la primera, y entonces lo único que relacionaba al americano con los asesinatos era el autómata, en concreto la aparición de piezas de un autómata en Hanbury Street, donde murió la señora Chapman, y era un vínculo extraño, difuso, e inquietante en cuanto a lo que suponía tal relación.

—A fin de cuentas —dijo Moore—, parece que Jack sigue dos pasos por delante de nosotros. —Abberline lo miró irritado—. Sí, y tenemos esa carta. No podemos ignorarla.

—Nos llegan todos los días cartas similares —respondió Abberline—, y ahora...

—Ese «querido Jefe» suena muy americano, y Tumblety...

—Y el circo de cowboys que ha estado por aquí es americano, y hay indios allí que saben de destripar a sus víctimas... tonterías; es falsa —sentenció Abberline—. El asesino la mandaría a un periódico, o a la policía, no a la Agencia Central de Noticias, ¿quién conoce esa dirección?

—No podemos ignorarlo, Frederick.

—Y no lo haremos, aunque sea una pérdida de tiempo, otro foco más para soliviantar a la gente. Ha salido esta mañana y ya no oigo más que ese nombre, Jack el Destripador por aquí, por allá... Jack el Destripador por todos lados.

Entró una persona con el té pedido y un diario en la mano.

Inspector —dijo—, mire lo que trae el Star. — Habían publicado una nueva carta, una postal.

No estaba tomándole el pelo al querido Jefe cuando les pasé el dato, mañana

tendrán noticias del trabajo de Jacky el Golfo programa doble esta vez la número uno chilló no pude terminar, no tuve tiempo de cortarlas orejas para la policía gracias por guardar la última carta hasta que volví a trabajar.

Jack el Destripador

—Y me han dicho —continuó tras dar un tiempo a que la conmoción cundiera entre los presentes—, que su Majestad ha llamado al Home Office para expresar su desagrado por lo que está sucediendo.

La Reina lloraba por los más humildes de entre sus súbditos. Si Victoria se interesaba por el caso, pronto rodarían cabezas, había que multiplicar los esfuerzos, aumentar detenciones, interrogatorios, más agentes de paisano por las callejas de East End. Había que capturar a Jack, pero sobre todo, por encima de todo, no podía volver a matar. Así, en esto se conjuraron los tres policías, fuerzas del bien con escaso poder contra Jack. Y en medio mi amigo español.

No entendió su papel en ese concilio de justos, hasta que lo abandonó. Los policías se despidieron, había mucho en qué trabajar. Cogieron carteras con documentos e informes y salieron, cada uno a lidiar con sus propias bestias. Abberline acompañó unos minutos a Torres.

—Me preocupa ese Tumblety.

—Inspector, no pretendo meterme en su trabajo, en absoluto, pero no veo la relevancia de ese hombre con estos crímenes abominables. Creo que nunca la vi, era más una obsesión o...

—Basta, señor Torres. —Quedaron los dos quietos, en medio de Whitechapel Road—. Mire. ¿Cuántas mujeres tienen que morir para que dejemos los juegos de salón?

—Disculpe. —El español se envaró—. En ningún momento creo que me haya tomado a la ligera estos hechos...

—Usted piensa que Tumblety es el Destripador.

—Le digo que no. La noche de las dos muertes lo seguí junto al señor Andrews, entiendo sus reparos a esto, y no puedo probarlo, pero estoy seguro de que era él. No tuvo tiempo de...

—Pues lo creía antes de esa noche.

—No. —Torres examinó intrigado la expresión del inspector. Era la de un hombre decidido, dispuesto a romper barreras por conseguir lo que busca—. Sí. Algo me hizo pensar...

—Pues yo estoy de acuerdo. Creo que es el asesino.

—Usted, como Andrews... parecen obsesionados.

—El inspector Andrews se ve presionado a seguir tras la pista del americano. A él le encargaron específicamente la captura de Tumblety, imagino que hay razones «de

estado» detrás, que no me atañen. A usted le parece, o le parecía posible que fuera el asesino movido por un pálpito. No puedo estar pendiente de políticas ni intuiciones, solo me fio de los hechos. Esto es un hecho. —Abrió la cartera que llevaba y extrajo una camisa ensangrentada—. Los detectives de la sección D se la dieron a Andrews, la encontraron en la pensión de Batty Street, la escondía la patrona. Parece que la han usado para limpiar mucha sangre. Esto es otro hecho. —Sacó un pequeño estuche y dos fotografías amarilleando ya por la edad. El estuche contenía material quirúrgico y las fotos eran de difícil calificación. En una se apreciaba un niño muerto, apenas un lactante, clavado a una tabla con el vientre abierto en canal y los órganos diseminados en torno a él. No era una clase de anatomía, había algo pornográfico en cómo habían coronado la cabeza de la criatura con una víscera irreconocible. La otra era más oscura. Sobre un suelo terroso se veían dos cadáveres de varones en muy mal estado, entrelazados, en grotesca postura romántica. Estaban atados el uno al otro por sus tripas.

—Dios nos asista.

—Esto es parte de las pertenencias que Tumblety se dejó en el anterior hotel del lado oeste, donde estuvo. Es un degenerado, con suficientes conocimientos de anatomía para extirpar los órganos como el asesino. Usted es testigo de su afición por coleccionar vísceras, cierto individuo se paseó por los hospitales de esta ciudad tratando de comprar alguna, individuo norteamericano, como él. Los últimos meses ha residido en una pensión en el barrio donde han ocurrido los asesinatos, es huidizo como pocos. Todo me hace pensar que Jack puede ser él. Y además, dos circunstancias hacen que no pueda quitarme a ese maldito yanqui de la cabeza. Alguien, desde muy arriba, presiona a Andrews para que encuentre a Tumblety, alguien capaz de movilizar a la sección D para ir tras un vulgar maleante como él. Y usted. Sí, usted sospechaba de él sin disponer de estos indicios, ¿por qué? —Torres no dijo que era yo quien sospechaba, que él se dejó llevar por mi entusiasmo y que tal vez forzara a encajar hechos que de otro modo parecerían inocuos. No lo dijo, porque había otros motivos para sospechar que quisiera no tener—. Vamos, dígame, ¿es por ese... autómata suyo? Es la única relación que tienen con ese individuo, y sus explicaciones al respecto nunca han sido del todo satisfactorias.

—Tiene razón. Empezó con algo que encontré en Hanbury Street y ha ido cobrando forma... si no he dicho nada es porque temo que no tenga sentido alguno, parece una alucinación, un disparate, no creo que usted...

—Necesito la verdad, necesitamos algo de verdad.

Y Torres habló, tratando de resultar lo más verosímil posible, procurando olvidar el eco siniestro que causaban esas palabras al oírlas en alto, superando a duras penas su propia incredulidad. ¿Cómo podía ser tan sutil, tan esquivo un asesino en medio de una ciudad llena de policías vigilantes? Porque disponía de un sistema para corregir

sus decisiones erróneas, una información sobre calles y pasadizos lógica y bien estructurada. ¿Cómo podía ser tan rápido al hacer aquellas intervenciones, a tan poca luz? Porque tenía un modo de depurar sus movimientos, de hacerlos más precisos. Jack era tan bueno en su execrable oficio porque era una máquina.

—¿Un... autómata? —dijo Abberline tras escuchar con paciencia, sin mostrar suspicacia o desprecio en ningún momento.

—No ha de ser más complicado hacer una máquina que mate que una que juegue al ajedrez. De hecho, el hombre ha dedicado mucha energía en idear construcciones destructivas a lo largo de la historia.

—¿Y pudo ir solo, esa máquina...?

—No, creo que es más... una ayuda para el sujeto que la opera, como creo que era el ajedrecista de von Kempelen. No es autónomo. Tumblety iba con la máquina, supongo que entre él y esa mujer que lo acompaña la transportan... —Yo no supe nada de esto. Si hubiera estado allí, no habría sido capaz de entender nada, no puedo en justicia culpar al destino que me separó de mi amigo Torres de lo que después ocurriera.

Lo cierto es que no fue culpa exclusiva del hado nuestro desencuentro, que yo puse también de mí en evitar todo lo que pudiera ser funesto para la única persona que me importaba que siguiera con vida.

¿Que qué fue de mí? ¿No les interesa? Esperen, esperen; es el momento de volver a mi historia. Háganme caso, así es mejor contarlo.

Salí de Dutfield Yard ya en la madrugada, detenido. Mis prendas estaban llenas de sangre, polvo de campo santo enlodado por la lluvia y suciedad, y mi aspecto en general de nuevo hacía que cualquier sospecha considerara mi persona como un objetivo perfecto. El inspector Reid hizo que me llevaran a comisaría. Torres no lo vio, ya había salido hacia la calle Goulston cuando me sacaron de allí.

Mi amigo, el sargento Thick, me reconoció en la comisaría de Commercial. Llevaban todo un día recogiendo cadáveres y atendiendo a heridos que dejaba el conflicto entre las bandas que yo había desencadenado. Sir Charles Warren sacó tropas a las calles, temiendo que la cosa fuera a más, aunque no con la profusión y la energía del Domingo Sangriento, no cuando las críticas contra la policía en general y a su comisario en particular arreciaban como nunca. Si desaparecían algunos delincuentes del paisaje londinense, bien estaba. La prioridad era Jack.

Estuve toda la mañana en comisaría, explicando a Johnny Upright los pormenores de la guerra que se extendía por los bajos fondos. Hablé de los implicados, sin esconder casi nada, ya no temía ser un delator, ni me avergonzaba. El sargento confirmó lo que ya sabía: que había más bandas involucradas en ese pogromo antisemita, incluso otras bandas de judíos del este hartos de la preponderancia de los de Besarabia. Expliqué que mi presencia en aquel patio de Berner Street fue

circunstancial. Huía, dije, de mis compañeros salvajes y desalmados y acabé al azar allí, unido a los curiosos que observaban el pobre cadáver de mi Liz. La sangre en mi ropa se justificaba por las peleas, de las que mis heridas también eran prueba, y de las que escapaba cuando me topé con la lluvia, y la muerte. No dije el nombre de Liz, ni me lo pidió, nadie podía pensar que yo hubiera tenido que ver con esa mujer, con cualquier mujer. Me preguntó si había visto algún hombre sospechoso o algo digno de reseñar. Mi vida estaba rodeada de sujetos sospechosos, contesté vaguedades que nadie escuchó.

Por segunda vez era exculpado de los asesinatos, en este caso, había tres razones por las que yo no podía ser tomado por Jack. Primero, mis bien conocidos antecedentes como miembro del Green Gate Gang hacían mi versión mucho más creíble. Además, toda la policía tenía asumido que Jack el Destripador era un hijo de puta muy hábil e inteligente, el polo opuesto al desgraciado de Drunkard Ray. Por último y más importante, el sargento Thick estaba cansado, deseando dedicarse a buscar al Monstruo y no atender a gentuza como yo.

Me soltaron a las doce y media de la mañana. Por allí pasó el joven detective Walter Dew, que se interesó por mi caso.

—¿Le vamos a dejar ir? Ahí fuera se están matando. Estaría mejor encerrado hasta que pase un día o dos. —Y así dormí en calabozo por última vez en mi vida. Thick, en esta ocasión, no llamó a Torres para informarle de mí. Pensó sin duda que el caballero español estaría mucho mejor alejado de gentuza como yo.

El primero de octubre estaba de nuevo en la calle a las ocho de la mañana, un brillante día de otoño, precioso, de no ser por el estado de ánimo con que amanecía la ciudad, ideal para que yo recapacitara dentro de mis posibilidades. Liz había muerto. Mi intento por reforzar el poder de los Tigres y así evitar que Dembow enfocara su cada vez más siniestra atención sobre Torres había fracasado... porque... ¿ese era el plan? Ya no estaba seguro. Los de Besarabia habían perdido, y aunque no tenía idea de cómo había ido la guerra entre bandas, la sensación general era que mis viejos amigos del Green Gate habían triunfado. Decidí ir junto a Torres para ponerle al tanto de... ¿de qué? A decir verdad no sabía nada, seguía dando palos de ciego. Podía pedirle que se fuera, que volviera a su país. Sacudí el viejo traje del señor Arias, ya muy deteriorado, y fui hacia allí.

Quedé unos minutos ante la pensión, no por vigilar ni montar guarda ni nada parecido, sentía algo de timidez, de pudor por volver a ver a mi amigo español con esas trazas. Ahora sé que mi contacto con él me había mejorado, había hecho de mí una persona, no un patán, y no quería que viera que pese a esa mejora moral, seguía sumido en la misma barbarie, viviendo de los mismos trapicheos. Entonces alguien bajó de un coche frente a la pensión. Miró a su alrededor, vigilante, y llamó a la puerta de la viuda Arias. No podía reconocerlo a esa distancia; su porte, esa forma de

moverse me eran familiares, eso sí. Creo que no me vio. Siguió mirando hacia atrás mientras esperaba a que le abrieran. Eran las nueve o nueve y media, conociendo los hábitos del español, supuse que ya debía estar despierto. Quien abrió la puerta fue Juliette. El sujeto se descubrió y guiñando mi ojo distinguí una cabeza calva y roturada de cicatrices; era el señor Tomkins. Habló un minuto con la niña, mostrando un paquete en la mano, un cilindro grueso de papel de estraza. Luego Juliette llamó a su madre.

¿Qué quería el lacayo de Dembow de Torres? ¿Qué parte de los siniestros planes del noble para con mi amigo estaba contemplando? No podía con la incertidumbre. Crucé la calle mientras la niña corría a buscar a la viuda, embozado entre mis ropas enlodadas. Me acerqué al mayordomo, y fingiendo borrachera o malestar, choqué contra él, derribándolo, y eché a correr.

—¡Maldito hijo de Satanás... voy...! —Pero ya había puesto yo metros de por medio. Rogué por que no se incorporara a tiempo para reconocerme. En cuanto pude crucé entre los coches, casi acabando bajo las ruedas de uno, y me escabullí por las calles colindantes.

Había una finalidad en todo esto, por supuesto, aparte del placer de golpear a Tomkins. Había rasgado el paquete, que contenía un hatillo de papeles, y arrancado fragmentos de estos. Llevármelo entero hubiera sido una temeridad, y seguro que hubiera iniciado una persecución que en nada me convenía. Me detuve a mirar lo que cerraba mi puño. Unos trozos de papel viejo, ocre, dibujos, trazos rojos y simétricos; planos. Los mismos, estaba seguro que intentara robar de Forlornhope, aquellos que vi tirados en la cocina. Iban a dárselos a Torres, ¿por qué?

¿Por qué?

Lo único que tuve por seguro es que no me gustaba que Dembow le hiciera obsequios a Torres, esa clase de extraños regalos que solo pueden gustarle a hombres de ciencia. Debí entonces entrar, la señora Arias me abriría su puerta, seguro, y hablar con Torres, decir algo. Me fui. Sentí la necesidad de contar esto a Perkoff y lo que quedara de los Tigres, ellos tendrían algo que decir al respecto, ellos podían explicármelo, ellos sabrían cómo abortar los planes del lord.

Había un lugar donde no podían haber atacado los del Green Gate Gang. La Gran Sinagoga de Duke Street, que circunstancialmente está junto a Mitre Square, donde mataron a Kate Eddowes. Era un refugio para los de Besarabia, para todos los judíos Ahskenasim, es decir, del este, que no hacían buenas migas con la comunidad sefardí. Si quedaba un Tigre vivo, estaría allí. Fui caminando por esas calles atestadas de curiosos en busca de recuerdos del reciente asesinato. Estuve merodeando la sinagoga un buen rato, temeroso de entrar, no sabiendo cómo hacerlo ni qué me traía allí. Como es de esperar mi presencia fue reconocida en esa zona cercana a Aldgate, llena de judíos, muchos con tirabuzones y esas ropas negras propias de su raza. Pronto un

Tigre apareció en la calle y se me acercó.

—¿Qué haces aquí, Drunkard? —No lo recordaba, para mí un judío es igual que otro. No respondí, porque no sabía qué decir—. Ven conmigo, queremos hablarte.

Entramos a la sinagoga, a un hermoso patio. No iban a meter a un monstruo gentil como yo en el tabernáculo, me llevaron a una dependencia aledaña, que daba al patio. Allí estaba Perkoff y otro par de Tigres con garras en las manos, y Potts.

—Yo n... n... no...

—Sé que no es culpa tuya, Drunkard —dijo Perkoff viendo mi temor—. Le has portado bien y me alegro de verte con vida, creíamos que estabas muerto, o con la policía. Solo me interesa saber algo. Sobreviviste a esa maldita traición, ¿y O'Malley? ¿Sabes de él?

—Muerto. —Todos se miraron.

—Eso se lo buscó él. Y en cuanto a ti, ¿a qué has venido?

Buena pregunta. Había venido a salvar a Torres, y no estaba seguro de qué ni de quién.

—D... D... Dembow tiene ot... otro plan... —Potts no me dejó seguir. Parecía que sabían de lo que estaba hablando, cuando ni yo mismo tenía idea.

—Ray —dijo Potts—, ¿te acuerdas de aquel español? ¿Aquel del Ajedrecista? Creo que está de nuevo en Londres. ¿Tú sabes dónde está?

—Le han llevado planos —lo dije casi por instinto, y fue suficiente. Me atrevería a decir que esas palabras me salvaron la vida, pues seguro que la amabilidad de los hebreos era falsa.

Me preguntaron detalles sobre los planos, y dije lo que pude, los había visto muy de cerca el día que traté de robarlos. Después de un exhaustivo interrogatorio, me hicieron salir. Me pidieron que esperara allí, en la calle, frente a la sinagoga, frente al Club Imperial, donde gente leía con fruición diarios en busca de las noticias más sangrientas. Uno de los judíos me acompañó. Vi cómo los que allí paseaban, pequeños comerciantes, gente normal, ajena a lo que se trapicheaba en el bajo mundo londinense, miraban con reticencia al Tigre y a mí. Seguro que a ninguna de esas personas les gustaba que una banda de criminales así se refugiara en su sinagoga, pero así estaban las cosas.

Al cabo de una media hora vino Potts a verme, con instrucciones para mí. Dijo que sabía cómo ayudar a Torres, cómo mantenerlo a salvo. Tenía que volver a Forlornhope, retomar mis labores de jardinero.

—¿Seguir buscando la cosa esa? —pregunté yo, pero no, parecía que el objetivo había cambiado. Lo único que se me pedían era franquear el paso a alguien, así de sencillo.

—Claro Ray —dijo—. Tu trabajo es en un jardincillo en la parte de atrás, ¿verdad? Y allí hay una puerta trasera a la casa, ¿verdad? Pues eso es todo lo que

tienes que hacer. A las nueve de esta tarde llegará alguien por allí, una persona, limítate a abrirle la puerta.

—Hay... hay una ver... una valla, y g... gu...

—De eso no te preocupes. Tú quédate en ese jardín, y cuando llegue alguien, lo dejas entrar en la casa.

—¿Y T... Torres?

—Gracias a ti tu amigo español saldrá sin daño. Volverá a su país como si nada hubiera ocurrido.

No es que le creyera, es que no tenía otra cosa que hacer. Necesitaba alguien que dirigiera mis actos, fuera hacia donde fuese, y Potts valía como cualquier otro.

Llegué a Forlornhope a las ocho. La señorita Trent me saludó y me dijo que la señora De Blaise no estaba, pero se mantenían vigentes sus instrucciones respecto a mí. Tenía trabajo y el jornal prometido al final.

—Señor Aguirre... está herido. —Mis trazas me delataban. Negué con la cabeza —. Usted siempre hecho un desastre... hablaré con la señorita. —Vio que bajaba la vista y puso una mano en mi hombro—. No, me refería a que consultaré con ella si podemos ocuparnos de usted mejor, tal vez acomodarle de algún modo... sí, no diga que no, esas calles, y el licor... Ande, venga a lavarse y cámbiese. —La seguí agradecido y tímido, siempre me ha costado enfrentarme a la bondad desinteresada. Me lavé, me puse ropa de faena y entregué la vieja y rota del señor Arias, que ya no volvería a ver—. Su máscara tal vez... —me negué a quitármela—. Es muy bonita. Ese camafeo que lleva bordado, ¿es de su madre?

¿Por qué tendría que ser de mi madre? La señora siguió hablando, como en medio de una ensoñación, mientras volvíamos al jardín.

—Debió quererle mucho... seguro.

Cogí mis herramientas y quedé allí a solas, entre mis plantas, esperando que viniera quien fuera que debía llegar. Pasé el tiempo nervioso, tratando de ordenar ideas, todo era más difícil desde esa noche, algo se había debilitado en mi cerebro ya débil de por sí.

Oí, pasada ya más de media hora, que alguien llamaba a la puerta principal. Tenía visita el lord, una que venía por delante, no como la que esperaba yo. Dembow era un noble, un industrial, alguien importante, que atendía políticos y dignatarios a diario, así que podía ser cualquiera. ¿Por qué entonces estaba inquieto? Pensaba que era aquel hombre, aquel con quien le oí conversar en la bodega. ¿Por qué no? Debía ir a verlo, tal vez oyera algo importante referente a Torres y su bienestar. Entré en la cocina.

—¿Qué hace aquí, con esas botas sucias? —dijo la señorita Trent, presa de su mezcla de candor y dureza, antes más de lo primero que de lo segundo, y ahora, tras una hora, volvía la veleta de su carácter al sentido contrario. Yo levanté las manos por

toda respuesta. La cocinera llamó a una moza para que me llevara al fregadero, a adecentarme—. Si va a entrar, haga el favor de lavarse.

La muchacha proporcionó un paño para secarme y me dejó hacer mis abluciones en la relativa intimidad de la cocina de una gran casa, en la que además había invitados. Ya saben bien de mi habilidad por convertirme en algo anodino e indigno de cualquier atención, gracias a ella empecé a moverme por la cocina atestada hacia fuera, a la casa y al gran salón, donde debían estar las visitas. No necesitaba verlos, con escuchar sus voces desde la puerta me bastó.

—Desde ayer no la hemos visto —ese era el señor De Blaise—, estoy preocupado, usted sabe que últimamente he tenido problemas con cierto... individuo, no quisiera que hubiera decidido hacerme daño a través de ella...

—Casi podría asegurarle que el señor Bowels no ha hecho nada contra usted. —¡Este era Torres!—. Se trata de un viejo enemigo del señor De Blaise, inspector.

—Entiendo —dijo el hombre al que se dirigió el español, no reconocí su voz—, o creo entender. En todo caso no es esto por lo que hemos venido.

Me sorprendió la señorita Trent saliendo del salón, con una bandeja de plata en la mano.

—¡Dios Santo! ¡Qué susto me ha dado! ¿Qué hace aquí...? —Parecía alterada, muy alterada y yo no era toda la causa de ese sofoco, lo traía ya consigo cuando nos topamos. Desde luego, no es habitual que la cocinera acudiera a atender invitados de la casa, ni siquiera tratándose de una cocinera tan querida y que desempeñaba otras funciones añadidas, como era la señorita Trent, pero eso no lo tuve en cuenta, qué sabía yo de protocolo. Lo que me sorprendió es que la esperada reprimenda no existió. Ni un «usted no puede ir a su antojo por esta casa». Se limitó a secarse los ojos con un pañuelo y a indicarme el camino a mi lugar con un gesto.

Volví a mi patio. Estaba asustado y furioso, furioso por no saber la razón de mi miedo. ¿Qué tenía que hacer entonces? Hablar con Torres, claro, y decirle... ¿qué? Andaba podando sin sentido, nervioso, cuando oí los golpes en la cancela. Un hombre arrebujado en su abrigo, ocultando su rostro con un sombrero de ala amplia, llamaba a la verja con insistencia. Acudí.

—Creo que usted y yo tenemos amigos comunes del este, ¿me equivoco? —Era Tumblety. Él no me reconoció, no creo que el recuerdo que tuviera de nuestro último encuentro, diez años atrás, hubiera perdurado en su memoria más que segundos. Yo no olvidaba al Monstruo. No entendí con claridad lo que me decía, aunque suponía que este era el individuo que Potts pretendía que dejara entrar en casa. El Monstruo en casa de Cynthia, cuando estaba Torres en ella, ¿cómo iba a dejarlo pasar?—. Bien, ¿me permite?

—Usted... n... usted n... usted no va a entrar...

—No, claro que no. Es esta dama la que debe entrar. —Apartada había una señora

envuelta en un amplio abrigo negro con capucha, todo ribeteado de una sedosa piel marrón. Era muy alta para una mujer, y se mantenía quieta, a distancia y embozada —. ¿Dejarás que ella entre sin que nadie la vea? Será toda una sorpresa para el señor de la casa.

—¿Y T... T... Torres?

—Oh, conoce al caballero español. Sí... ya sé quién es usted. Pierda cuidado. Se acabarán los problemas para el señor Torres. La señora... señorita, viene a aclarar ciertos equívocos con lord Dembow y su familia. Su sola presencia terminará con todos los males de esta casa, y de sus amigos.

—Usted n... no entrará.

Abrí la puerta de la verja procurando hacer el menor ruido posible. Tumblety se apartó y la señora entró en el patio. El olor que exudaba era espantoso. Para mí, con apenas nariz y acostumbrado a los hedores del hombre y su mundo, me resultó repugnante. Creo que no tanto por lo desagradable sino por lo aterrador que supone el mal olor en una dama, que por su elegante abrigo y su andar regio, casi flotando, mostraba ser de rango. Temblé asustado. Cerré la verja a su paso, en la cara de Tumblety. Me volví hacia ella. Su fragancia al acercarme casi me hizo vomitar, aparté la cara y escuché el sonoro ruido de un reloj proviniendo de ella.

—S... si vamos por la co... co... cocina nos verán. Tendrá que entrar por 1... 1... la c... la carbonera.

Asintió con la cabeza. Fui a la puerta de metal que daba a los sótanos, que ya conociera bien, y la abrí. Le cedí el paso apurándola con un gesto, ella me retuvo un instante, alzando una mano embutida en largos guantes de raso. Entonces el tictac cesó, o se atenuó mucho, y con asombrosa agilidad y lentitud a un tiempo entró por el hueco al sótano sin trastocar su figura. La seguí, estaba oscuro.

—La p... la puerta de arriba est... está siempre c... c... cerrada.

Quedó quieta, sin decir nada, sin alzar su cabeza. No sabiendo qué hacer, abrí la llave de la luz del pasillo y la conduje hacia las escaleras que llevaban al primer piso. Entonces me cogió con una mano helada y dura, y me adelantó. Subió el estrecho tramo haciendo crujir mucho los escalones. Probó la puerta, cerrada como yo aventuré. En un momento la abrió, no sé cómo una dama como ella era capaz de forzar una cerradura con esa habilidad. Escrutó el exterior y salió, cerrándola tras de sí. Yo volví al patio trasero. Busqué la funesta figura de Tumblety en el jardín. Había desaparecido.

Corté el tallo de una rosa, y escuché un grito. Desde la casa.

Entré en la cocina, las caras de los que allí estaban eran de estupor. El grito se repitió. Tirando todo a mi paso, no reparé en nada hasta que llegué al salón, y vi el horror. De Blaise tirado junto a una silla, mirando espantado. Un policía, aunque vestido de paisano no se me escapaba que lo era, con expresión no menos atónita.

Torres, junto al ventanal, también asustado pero con la suficiente entereza como para estar pidiendo calma, o algo. Y en medio, la fuente de su conmoción: la Abominación.

Un esqueleto metálico, no sé cómo describirlo de otra forma, allí de pie en ese plácido salón Victoriano. No parecía un hombre, ni una mujer, salvo por restos de ropa femenina ensangrentada que acarreaba y lo convertían en un ser grotesco. Sus brazos, sus piernas, el número de sus extremidades; todas sus proporciones eran erróneas, no deformes como las mías, equivocadas. El metal y la madera se fundían en él, en partes móviles que traqueteaban en su pecho de barril, adornado con un rosario enroscado a su delgadísimo cuello. Y la carne. Y la sangre. En medio de esa abigarrada construcción había órganos palpitantes en urnas colgando de su pecho, o incrustados de mala manera en medio de su estructura, rezumando oscuros icores de insoportable hedor. Chapoteaba con sus piernas de insecto sobre un charco de una sustancia placentaria formado sobre la alfombra, y junto a ellas oscilaba una tercera extremidad de carne y hueso, pálida y flácida.

La cabeza era humana y muerta. Una extraña máscara de piel recubría un cráneo cuyas facciones no podían ser las de un ser humano, por cómo deformaba el rostro que sostenía. El pelo rubio caía en magnífica cascada sobre el engendro, un cabello cuyo brillo de vida se había perdido.

Se mantenía en pie, quieta... o quieto, aplíquesele el género que proceda, que yo no lo encuentro. Movió su mano derecha, una de sus manos derechas, pues junto a ella descansaba una blanca mano de dedos finos, inmóvil. El apéndice útil estaba provisto de seis dedos demasiado largos para ser normales. Lo acercó a su pecho y tomó una palanca que sobresalía de él. Empezó a accionarla, dándole vueltas, dándose cuerda como a un reloj.

Habló con la voz de la muerte.

—Ahora soy tuya, por siempre. Ahora soy como quieres.

—Un minuto... —dijo Torres, que parecía el único capaz de hablar aunque con voz trémula—. Debe parar esta locura.

El ser se movió como nunca vi moverse a nadie, con rapidez y decisión, con precisión absoluta, economizando movimientos superfluos. Hacia Torres. Grité. Me eché enloquecido contra él.

La criatura giró hacia mí sin detenerse, haciendo que su repugnante estructura metálica cargada de carroña se moviera con la fluidez de un bailarín. Extendió su brazo, un chasquido y salió de él una enorme hoja afilada.

La clavó en mi pecho, y me mató.

____ 44 ____

Atrápeme cuando pueda

Viernes

¿A dónde fuimos? A buscar al Demonio. No podíamos volver a la pensión, habían descubierto nuestro nido de amor, decía Tumblety con su desagradable sentido del humor. Viajamos por los tejados de la ciudad, mientras el mundo lloraba la muerte de esa puta. Fuimos al río, allí hay sitio donde ocultarse, por allí anda a veces el Demonio cazando pecadores.

¿Por qué quería ver al Demonio? El sabía cómo ayudarme, lo obligaría a hacerlo. Tenía un riñón y un útero, un útero. Con el de Dark Annie no había funcionado. Tumblety no puso pega alguna a mis sugerencias, supongo que el viaje por las paredes y azoteas de Londres lo habían vuelto sumiso y obediente. Sí objetó el lugar. Me dijo que no podíamos quedarnos en el puerto, que era peligroso. Él concertaría una entrevista con Satán en su misma morada. Dada su sórdida vida, Francis Tumblety estaba en permanente trato con el Maligno, y le era mucho más fácil encontrarlo que a mí.

—No —insistió—. Ahora tiene que ser muy cauto, debemos ir a su casa.

El lupanar del infierno donde vivía, ese era nuestro destino y estaba lejos. No había elección; si quería alcanzar por fin mi dulce objetivo tendría que ir a su palacio del pecado, a engañar al gran Tramposo.

Caminamos horas ya amanecido, habíamos abandonado los tejados. Dejamos el odioso East End, y seguimos hacia el oeste, a los lugares donde yo debiera estar. Moverme bajo la luz era una temeridad. Mi embozo no soportaría la claridad del sol y quedaría expuesta a la vergüenza de las buenas gentes que no ven el dolor a través de este aspecto. Mi desagradable socio cumplió bien su papel. Al momento se hizo con un taxi. El cochero apenas me vio. Abrió la puerta y yo me oculté en la penumbra de su coche. El viaje se me hizo eterno. Me abrazaba a mis vísceras robadas... no, robadas no; rescatadas. Cada minuto que pasaba aumentaba la posibilidad de que se echaran a perder, y eso era intolerable, no otra vez. No me consideren egoísta o cruel, todo lo contrario. La muerte de esa mujer, por despreciable que fuera en vida, no debía ser inútil.

Llegamos a una refinada casona. Bajé tan furtiva como había subido. Su palacio parecía una casa respetable y hermosa, a tono con el resto del vecindario, una elegante fachada victoriana de tres plantas.

—Yo hablaré —me instruyó Tumblety, vanas instrucciones para alguien que no podía hacer más que esperar—. Es un caballero muy ocupado y que, como muy bien

sabe, no está en buena disposición con usted. Yo allanaré el terreno.

—Dígale... —No me dejó terminar. Valiéndose de mi imposibilidad de alzar la voz, de mi pudor por llamar la atención, se apartó y tocó la campana de la entrada. Una puta vieja y distinguida la abrió, sonriendo. Hubiera podido escuchar lo que decían. No quise, no quise oír más sus sucios trapicheos. No quería oír más...

—¿*Herr Ewigkeit*? —dijo Tumblety.

—¿Quién pregunta por él? —La sonrisa cordial de la mujer había desaparecido en un segundo.

—Dígale que el doctor Tumblety y... su amiga, han venido a visitarle.

—Espere. —Y cerró la puerta. Me hizo un gesto, que aguardara. La puerta se volvió a abrir para nosotros. Entré tratando de ocultarme de la vista de todos. El interior era también muy bonito, decorado con delicadeza, nada indicaba los concupiscentes tratos que allí se negociaban a diario. Me llevaron a una habitación.

—Aguarden un instante.

La *madame*, a punto de señalar el acceso a esa sala donde se suponía que debíamos esperar, arrugó la nariz en mi dirección. No podía verme, no me había visto, mi capa me cubría de pies a cabeza, no podía ser. Y si había llegado a vislumbrar algo de mi persona por un descuido, ¿cómo se atrevía esa puta asquerosa a despreciarme? ¿Le daba asco? ¿Yo? ¿A ese ser repugnante, alcahueta del infierno, perra...? Tumblety aprovechó la interrupción.

—Ella esperará aquí. Yo iré a ver a *herr* Ewigkeit. —Con una mano me indicó que pasara. Eso hice, y al intentar cerrar la puerta la bloqueé. Tenía una exigencia que no podía esperar.

—Vino —dije—. Quiero vino. Y tarros grandes.

Sentí el escalofrío que recorrió a la puta sobre mi propio cuerpo.

—Claro —dijo Tumblety—. Se lo traerán.

Cerraron la puerta. Un pequeño cuarto, por el que nunca diría que estaba en un burdel. Me daban un tiempo de espera, bien podría aprovecharlo, preparar mi espíritu para enfrentarme con el Diablo. Él, que me había negado la paz al tiempo que me otorgaba la oportunidad irrenunciable de una felicidad plena, él tenía que doblegarse... ¿ante mí? ¿Ante la más débil de las criaturas, la más indefensa y la más envilecida... que aspiraba a la gloria?

Escuché algo fuera, una discusión entre putas. Pese a los brocados y los colores pastel, eran putas y se comportaban como eso.

—Vuelve a París, «Mary Jeannette» —decía una burlándose de otra—. Por cómo vas vestida seguro que te la mete el mismísimo Napoleón.

—¡Déjame en paz! —dijo la aludida, supuse—. Quiero ver...

—A nadie vas a ver —dijo una tercera—. Ya no se te quiere aquí, vuelve al East End, con tu amiga zarrapastrosa...

—Zorras envidiosas. Vosotras aquí vendiendo vuestro coño apestoso mientras yo tengo un hombre en casa esperándome, ¿sabéis lo que es eso? ¡Un hombre! ¡Y es mío, putas de mierda! No viejos babosos, que son los únicos que se atreven a follaros. He venido a haceros un favor, a dar un poco de clase a esta casa, que no ha vuelto a tenerla desde que me fui. ¡Trae eso pacá!

—¡He! ¡Puta! Eso me lo ha dado la señora para que se lo llevemos a la señorita de ahí... es una persona importante, una amiga de...

—Yo se lo llevo. He sido doncella en las mejores casas, ¿sabes? Las mejores.

—¡Señoraaaa!

A medida que esa ordinaria discusión se acercaba a mí, me fui alejando de la puerta cerrada, hacia la esquina opuesta, refugiándome allí, asustada. La hoja de noble madera se abrió, y entró una muchacha, joven, pelirroja, muy bonita, toda vestida de negro, salvo un impoluto delantal blanco, que deslumbraba. Sin sombrero, luciendo su voluptuoso pelo rojo que la señalaba como hija de su isla, con un descaro que contrastaba con sus exquisitos modales al caminar. La mujer más guapa que había visto en años, cómo la envidié y la adoré al tiempo. Hizo un gesto y otra muchacha, también guapa aunque más común, entró con ella, muy tímida. Acarreaban cuatro o cinco botellas de vino y dos tarros entre ambas del modo casual en que suelen cargar bultos pesados las mujeres acostumbradas al trabajo doméstico.

La chica me sonrió, a mí, una figura de pie envuelta en pieles hasta la cabeza, refugiada en el rincón. Sonrió. Estaba mellada pero tenía una sonrisa suave y sugerente. Hizo una reverencia educada, propia del buen servicio.

—Buenos días, señorita —dijo con un dulce acento irlandés, tan distinto a la voz de verdulera que antes utilizara—. Soy Marie Jeannette, y esta es mi amiga María. —Quién hizo una torpe inclinación. No tenía los modales de la irlandesa—. Esto es para usted.

—Sí —susurré. No quería hablar, mi voz la espantaría—. Déjelos sobre la mesa.

Otra reverencia y se fue hacia allá. Yo iba girando mi cuerpo, procurando no mostrar nada, nada. Al pasar la vi arrugar la nariz, también ella.

—Por Dios, ¡qué mal olor! —Antes de que pudiera reaccionar, y no sé cómo iba a hacerlo, la chica continuó—: Mantienen esta habitación tan cerrada... no la ventilan jamás. Ay... —Dejó el alcohol sobre la mesa indicada—. Esta casa necesita de una buena mano, se lo digo yo, el señor deja las cosas a cargo de estas... Yo trabajaba para el señor Ewigkeit hace tiempo, ¿sabe? Le conozco muy bien, y conozco a la perfección la casa. Estuve con él en Francia, de viaje.

—Ginger... —apremió su tímida amiga, que parecía nerviosa y fuera de lugar, asustada por mi presencia.

—Tranquila, esta es como mi casa, me la conozco de memoria. El señor Ewigkeit confía en mí, siempre sé dónde está y lo que quiere. Es un hombre discreto, que no le

gusta mostrarse, y yo sé proporcionar esa discreción muy bien. ¿Permite que abra las ventanas? Airear el cuarto un poco, eso es todo lo que hace falta...

La puerta se abrió de golpe.

—¡Kelly! —Era la *madame* junto a Tumblety y otro par de putas emperifolladas y medio desnudas, que al lado de la encantadora Marie Jeannette parecían como salvajes al lado del príncipe de Gales—. ¿Qué haces aquí?

—He venido... —dijo la muchacha—. Tal vez el señor necesite...

—¡Sal ahora mismo! —Me hizo una reverencia y las dos amigas salieron corriendo por la puerta—. Disculpe —dijo la puta mayor dirigiéndose a mí—. Enseguida...

Salió. Tumblety me hizo otro de sus gestos de calma y suficiencia que tanto odiaba, y quedé de nuevo sola. Paralizada en mi esquina, observando la luz que entraba difuminada a través de la ventana que ella quiso abrir. Esa forma de moverse, ese inclinarse, sonreír, ese trote gracioso al salir, esa femineidad, eso era mi anhelo. Me acerqué a la mesa. Tumblety había satisfecho mis necesidades: dos tarros idóneos y dos botellas de vino. Saqué el riñón y el útero que tenía envueltos en paños húmedos de alcohol. Cada uno fue a parar a un recipiente, y llené ambos con el licor. Me guardé mis tesoros en los bolsillos interiores del abrigo.

Parte de la pared revestida de madera lacada se corrió a un lado, y por ella entró el Demonio.

Su palacio estaba lleno de pasadizos y entradas que solo él conocía. No sé qué esperaba, no sé si pensaba que iba a incinerarme, o que me exigiría pleitesía ante sus pezuñas de chivo. Nada de eso, quedó en pie ante mí, con sus ojos rojos y su boca dentuda en medio de ese cráneo gigantesco, imponiendo su altura, su continuo ronroneo, y sus manos. Esas manos que no paraban de moverse.

—¿A qué vienes a mí ahora? —Su voz, tantas veces escuchada, era como la de un padre y la de un asesino—. ¿Vas a ofenderme aquí, en mi propia casa?

No dije nada. Extendí mis manos, en una un útero y en la otra un riñón, mi abrigo cayó y quedé desnuda, ante mi terrible señor.

—Sabes que no funciona —continuó—. No funcionó antes.

—Por favor.

—Es inútil.

—Entonces acudiré al español. Él sabrá.

—¿Él? —Avanzó iracundo hacia mí, su cabeza de monstruo sobre la mía, su boca espantosa emanando vapores—. Es muy joven, no es nada a mi lado... ¿Pretendes que haga esto por ti y me insultas?

—Lo de aquella noche... en el puerto... fue Tumblety. Él me... junto a él no puedo... —No sabía qué decir. ¿Cómo se parlamenta con el Maligno? ¿Qué argumentos, qué razones pueden aplacar su ira eterna? Tras una bocanada espesa, dio

un paso atrás.

—De acuerdo... te volveré a ayudar. A cambio de algo.

Satán siempre negocia, y siempre gana. Es inútil resistirse, y más si la pecadora, yo, está en semejante estado de necesidad.

—¿A cambio de qué?

—De lo que más quieres. ¿Qué es lo que deseas? —Qué pregunta. ¿Qué es lo que más desean todos?

—Vivir.

—Eso ya lo tienes, por siempre.

—No, así no. —Me mostré una vez más, desnuda, como él me había traído a este mundo desde el otro—. Me prometiste una vida nueva, no esta.

—¿Y crees que la tendrás con eso? ¿Por qué quieres vivir? ¿Por quién? —No podía pronuncia su nombre, ni siquiera pensar en él. El amor, que a tantos otros empuja a la vida y a la bondad, a mí me sumía en el dolor. No podía pensar con claridad—. Yo te daré lo que necesitas. Ven.

Me indicó a quién matar. Era tan sencillo. Ese era mi error, elegir mis blancos aconsejada de un ser como Tumblety no podía dar fruto alguno, más que el de engordar sus apetitos malsanos. Él dijo a quién y dónde. Y entonces me llevó a descansar. Por fin descansar.

Ya anochecido, el Demonio vino otra vez a mí. Abrí los ojos, volví a la vida en una habitación carente de los lujos fatuos de una mancebía, más parecía un taller. Allí estaban sus ojos rojos, junto a los no menos aterradores de Francis Tumblety.

—Ahora eres Jack, como yo —dijo riendo el Demonio. Me levanté. Mi riñón y mi útero estaban en su sitio. Él cumplía su palabra, ahora era mi turno. Tenía que matar. Ella iba a Whitehall. Whitehall. Por fin podría abandonar esos barrios hediondos, moverme por los lugares a los que por nacimiento pertenecía. Tras la primera alegría recapacité, ¿sería seguro?

—¿No lo ha sido el resto de veces que has cazado fuera de tu territorio? —¡No era mí territorio! ¡Tumblety me llevó allí, se empeñó en que era más fácil! Sosegando mi ira tuve que reconocer que tenía razón. Las veces que había paseado cerca del río, había sido más fácil. Nadie relacionaba eso conmigo—. La policía te busca allí, algo positivo sacamos de tus carnicerías.

—¡Carnicerías! ¡Monstruo! ¡Tú me obligas a...! —Agitó las fustas que tenía por dedos, y aunque sus ojos siempre permanecían iguales, creí ver más fuego en ellos.

—El mal está en nosotros, en ti y en mí. No eches tus culpas sobre espaldas ajenas, mi querida amiga. Ahora irás allí y el causante de nuestras desdichas pagará por tantos años de dolor. La infeliz niña va a hablar con importantes personalidades del gobierno, quiere respuestas a sus cuitas, Ja, ja! —Su falsa risa, graznido de urraca de cementerio, disolvía los pocos arrestos que pudiera tener para oponerme a él—. Va

a encontrar la paz en tus manos. No temas por las miradas... hay un solar allí, donde construirán su nueva casa para su policía. Esta noche... sola. Nunca debí dejarme convencer por ciertos individuos. Por desgracia en mi situación uno debe rodearse de la hez del mundo.

—*Herr* Ewigkeit —dijo, musitó en realidad, Tumblety, dándose por aludido—, mi intención siempre ha sido...

—¡Cállese! —Volvió su atención a mí—. Vaya, él le llevara en silencio. —Señaló a un hombre que entraba por la puerta, de sonrisa cínica y hongo calado aún estando bajo techo—. La muerte hoy paseará por Londres en calesa. Tráeme su cabeza.

—¿Quién... quién es ella?

—La causante de todos tus males, pobre niña. Qué injusta es la vida con los bondadosos. Para el consuelo de tu alma te diré que, ahora mismo, su muerte le aprovechará más a ella que a ti. Basta de charla, ve y mátala, y hazte con sus órganos, con su rostro. Eso es lo que querrás, su cara. Si no he de tener mi vida, tendré la más cruel venganza. Cuarenta años he esperado...

Me fui, esta vez no con Tumblety de compañero, sino con aquel sujeto del sombrero, no menos desagradable que el doctor. Me llevó en coche, de noche, recorriendo la ciudad hacia mi cita, como una gran dama, y allí me dejó.

—Espere en el solar —dijo—. Voy por la mujer.

Me encaramé a los altos y hermosos edificios oficiales, esperando sin ser vista, como una araña. Eso era, Mamá Araña, y mi tela era todo Londres, toda mi ciudad dispuesta a darme miembros y vísceras.

La condujo hasta mí, al solar en ruinas, los sótanos sobre los que se levantaría el nuevo Scotland Yard. Descendí hacia ella, al suelo. La luna casi nueva daba su beneplácito a la oscuridad. Debía hacer mucho frío, por cómo iba abrigada, envuelta de pies a cabeza en un abrigo blanco brillante. Bien, eso justificaba más mi embozo. El sujeto del bombín aparatoso me señaló. Ella solo podía ver un bulto en la oscuridad. Se acercó despacio, vacilante, temiendo tropezar en el terreno. Niña valiente, ¿cómo la habrían convencido para acercarse a su muerte con tanta sumisión? No era una puta, se veía en su porte, en su altura. Caminaba temerosa, con dignidad, como poseída por una curiosidad cauta, curiosidad que la iba a vaciar por dentro.

Hola. ¿Eres tú? —dijo. Miró a su espalda. El hombre que la trajera ya salía del solar y se mezclaba con el Londres más hermoso—. Me han dicho... ¿cómo te llamas?

—Eleanor.

—Eleanor. Nunca habló de ti, ¿por qué? Es... no sé qué decir, esta situación. —Se arrebujó más en sus ropas—. Yo quería mucho a tu hermano, ¿sabes? —Ya la había conocido, desde que la cascada dorada de su cabello asomara bajo su capucha. Ella no, no se merecía esto—. Pensé que podríamos ser amigas... que estupidez. Disculpa.

No sé cómo comportarme, no creo que nadie lo sepa. El... era un hombre extraño, no sé qué sentía en realidad por mí.

—Le repugnabas.

—No... —Estaba llorando. No quería hacerle daño, nunca quise, a ella no, pero se habían acabado las mentiras, por siempre—. Él no lo podía saber, yo no lo sabía... lo juro. Dios mío, soy un monstruo...

Sus piernas flaquearon y un instinto impropio de mi condición casi me hace ir a sostenerla. Me contuve. La ira me contuvo. ¿Ella un monstruo? ¿Qué era entonces yo?

—¿Te lo dijo él? —continuó entre sollozos, apoyada en los restos de un cercado —. John, mi marido —su marido—, sé que él te cuida. Yo también quisiera ayudarte. —Su marido—. Eres lo único que queda de él. Si quisieras venir conmigo... —Di un paso atrás—. ¿No? Quiero ser tu amiga. Quiero que me hables de él, no puede ser... Perceval insinúa... pero tú...

—Su marido. ¿La ama?

—Sí. Y sufre por ello. ¿Cómo amar a algo como yo? Yo no puedo ofrecerle...

—¿Tú no puedes? Zorra. Zorra ladrona.

—¿Eh...?

Me deshice del disfraz. En sus bonitos ojos grises no cabía tanto espanto como le produjo el verme despojada de mi abrigo, y el terror se le derramó desde ellos y le llenó el cuerpo de temblores.

—Él te odiaba, siempre te odió. Zorra.

No tuvo tiempo a gritar. Golpeé con más fuerza que nunca. Cayó al suelo, degollada, y allí, por fin, su cabeza quedó separada del tronco. No supo lo que la mató, y eso, que entonces lamenté enardecido por la venganza, ahora lo agradezco. Era un ángel caído al azar en mi red, en medio de este juego de sangre y muerte, nunca tuvo culpa de nada. ¿Cómo no iba a amarlo? Cualquier mujer se enamoraría de él con solo verlo.

La desnudé, contemple con envidia su hermosísimo cuerpo, su juventud. Le corté brazos y piernas, y me fui. Miré su cara, había sido tan rápido, tan bueno ahora que no tenía la babosa presencia de Tumblety a mi espalda, que sus facciones apenas se habían contraído, estaba preciosa. Preciosa.

La besé en recuerdo de otros tiempos. Así debía ser.

____ 45 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Tarde del viernes

Alto mira a su carcelero, al que fue su carcelero. Ayer lo acarreó hasta una de las celdas, y allí quedo tendido, sudando. Algo pasó en la pelea, un mal golpe, cada vez se mueve menos. Toca su frente. Está helado, su respiración se hace más pesada.

—¿Me oye? —No hay respuesta. Coge un vaso de agua de la mesa, e intenta que beba un poco. Lo hace, dormido—. Hay poco que comer. Tenía usted una lata de judías y una cesta de manzanas. Y galletas. ¿Quiere una? —No responde, ni abre los ojos—. Lo siento. De verdad. Si usted no hubiera...

Arropa a Celador, apartando la cara ante el olor a orines, y lo deja allí. Al salir escucha la música de concertina mal tocada, es como el llanto de un niño, un niño insoportable. Camina a desgana, sube las escaleras y llega al vestíbulo iluminado por la luz del día que entra sucia a través de las ventanas enrejadas. Allí, sentado en su silla de ruedas, Lento trata de sacar alguna melodía a ese viejo instrumento, que chilla y resopla en disonancia. En medio de la sala está el oso. Ahora, a esa tenue luz se ve claro su edad. Parte de su piel ha desaparecido, asomando la estructura metálica que lo sustenta, y la maquinaria de precisión que le insufla vida traqueteando en su interior. Se mueve de un modo extraño. A cada bufido del fuelle que abre y cierra Lento, el animal levanta una pata, o abre la boca o se agita, todos movimientos sin coordinar.

—No es fácil, ¿no? —pregunta Alto.

—No sé música. Este... instrumento es extraño, no sé cómo... —Lo deja caer con desidia, y el sonido hace que el oso ruede por el suelo, hasta chocar con la puerta, quedándose allí quieto panza arriba—. Es prodigioso, el animal, una obra maestra. —Le cuesta hablar, suspira incómodo—. La fuerza que tiene... —Señala sus heridas—. Es un muñeco. No tengo idea, tal vez usted...

—No, solo soy un curioso, un aficionado. Eso deberá estudiarlo un ingeniero de verdad, cuando salgamos. Aunque ya nada me sorprende. ¿Se encuentra mejor?

—Algo... yo... *used to pain*...

—Se acostumbra al dolor.

—Sí.

—Tiene menos fiebre. ¿Está hambriento? —Saca una manzana fea del bolsillo y se la da.

—No. —Muerde la fruta a desgana.

—Lo estará, lo estaremos. Por el agua no hay que preocuparse. He encontrado

muchas garrafas, y en caso de necesidad hay un grifo que parece potable. Si esto dura...

—Yo sigo... necesito médico. ¿Y él?

—No creo que sobreviva a otro día. Debí romperle algo en una de esas patadas...

—No es su culpa.

—Nunca he matado a nadie.

—Nunca ha tenido que hacerlo.

Un ruido en la entrada. Ambos se miran esperanzados.

Alto corre para allá, tropieza con el oso y golpea con fuerza la puerta. Los dos empiezan a gritar, a pedir socorro.

—¡Por Dios, aparte la cosa esta!

—No sé... —Echa mano de la concertina, aprieta los botones y empuja el fuelle, suena una desarmonía chirriante. El oso se levanta a dos pasos, ruge y avanza por la habitación.

—¡Espere! —grita Alto—. Calle un momento. —La concertina se detiene. Algo se aleja. Pasos—. ¡Mal...! Se ha ido. —El oso queda quieto en pie, en silencio—. Estamos locos, puede que fuera... yo qué sé, algún compinche de ese... Ahora estamos acabados...

—Hay algo. Mire.

—¿Cómo?

—En el suelo. —Hay un trozo de papel junto a la puerta. Una nota. Alto la abre.

Me quitaron a mi amor. Encuéntrenla y saldrán de aquí.

—La ha deslizado bajo la puerta. ¿Qué significa esto?—pregunta tendiéndosela a su compañero.

—Hora de ver al viejo.

—No está en condiciones desde que... «dimos vacaciones» a su cuidador. No creo que dure mucho...

—No tengo tiempo para pena por ese... cadáver. Hay que verlo otra vez. Y otra más. Y las que sean...

____ 46 ____

Jack

Sábado

Lo más triste de la muerte es que el mundo permanece cuando ya no estás en él. Las cosas siguen su curso, ignorando nuestra previa existencia. Una lección de humildad nada agradable. Al que más y al que menos les gusta pensar que con nuestro partir llega el término de todas las cosas, que nada quedará por ver e incluso hay quien sueña con que llegado el último día, todo nos será relevado. Mentira. La vida sigue siempre, sin importarle los que la padecen o no. Así, tras el uno de octubre de mil ochocientos ochenta y ocho, mi último día en este mundo, los acontecimientos siguieron precipitándose.

No tardaron en identificar a las dos mujeres, Elizabeth Stride y Catherine Eddowes, el tatuaje de la última publicado en la prensa atrajo a su pareja habitual, triste forma de conocer el final de los tuyos. En cuanto a la Larga, la señora Watts apareció viva y recriminando que su hermana, la señora Malcolm, la tachara casi de prostituta. Hubo otras identificaciones erróneas, pero al final el propio Kidney reconoció a mi Liz.

Ya no existía dique que contuviera al miedo. La prensa, incluso la más conservadora, criticó la inoperancia policial. Se airearon los problemas entre Warren y Matthews a raíz de las peticiones de recompensa y sus diferencias en general, así como la ausencia del doctor Anderson, jefe del CID, de retiro en Europa mientras las inglesas morían destripadas en las calles de Londres, convirtiendo el caso en una guerra política, para lamento de lord Salisbury.

El esfuerzo policial, pese a las críticas, se centuplicó. Gran cantidad de agentes fueron desplazados a los distritos H y J, a todo el East End, patrullando las calles, muchos vestidos de mujer, aunque las tallas mínimas para la policía metropolitana hacían los disfraces poco creíbles. El Comité de Vigilancia contrató por fin a detectives y organizó patrullas propias, uniéndose a ellos otros grupos. Se intentó conseguir la ayuda de sabuesos entrenados, pero de nuevo la política impidió que se obtuvieran fondos para tal fin, y una prueba fallida unida a la mala fe de algún periodista irresponsable, trajo más mofas públicas para sir Charles. La vuelta urgente de Anderson desde Suiza no mejoró el clima, y no podía ser de otra forma con ideas tan peregrinas e imposibles de ejecutar como la detención de toda prostituta que se viera por las calles a altas horas de la noche.

Se llegó a hacer un registro exhaustivo del barrio de Whitechapel, contando con todos los efectivos posibles. No pudiendo entrar en la propiedad de nadie sin una

orden, fueron casa por casa pidiendo la colaboración ciudadana, que en general fue mucha; la gente quería coger a Jack lo antes posible. Registraron armarios, cocinas, bajo las camas. Nada.

El miedo era parte de todos, Jack se convirtió, para siempre en la personificación de las oscuridades del hombre. Crecieron los rumores, las leyendas. Decían que de noche se veía brillar con un fulgor fantasmal el suelo donde yacieran los restos de Polly Nichols, que se oían gritos y el arrastrar de un cuerpo en Mitre Square, los gritos de Kate Eddowes. Hasta los niños cantaban canciones en sus juegos:

Jack the Ripper's dead
and lying on his bed.
He cut his throat with Sunlight soap.
Jack the Ripper's dead

Por supuesto, llegaron cientos de cartas firmadas por Jack el Destripador, cada una más falsa que la anterior. Incluso la autenticidad de las dos primeras no era compartida por toda la policía. La postal bien podía haber sido enviada cuando ya en las calles corrían los rumores del doble asesinato, más si, como pensaban muchos detectives, el autor de la irresponsable farsa era un periodista con ganas de aumentar tiradas. Incluso las referencias a los asesinatos que hacían no eran creíbles. Las orejas dañadas fueron heridas antiguas, o solo cortes del lóbulo en el caso de Eddowes; más niebla para oscurecer la noche. Ya acabando el mes se llegó a procesar a una tal Maria Coroner por falsificar varias cartas de Jack que aseguraban que el próximo «trabajito» del asesino sería en Bradford. Patrañas, mentiras, mendacidad...

Hubo muchas detenciones. Se buscaron cirujanos, estudiantes de medicina, taxidermistas, carniceros; todo el que supiera manejar un cuchillo y conociera la situación aproximada del riñón en el cuerpo de una mujer. Se buscaron extranjeros, judíos, polacos, inmigrantes, norteamericanos sobre todo; llegaron a interrogarse a tres cowboys del circo del Far West que pasaba por Londres. La prensa estadounidense se lanzó a la caza de la noticia como la inglesa, sabiendo que la pista americana era importante, y en Nueva York y en Baltimore, no se dejaba de imprimir «Jack el Destripador» en los diarios, como en los de todo el mundo. Un vidente ofreció su ayuda a la policía. Miles de declaraciones, miles de papeles sin indicio alguno, cientos de noches sin dormir para cada policía involucrado. Y eso en la Metropolitana, el caso de Mitre Square lo llevaba la policía de la City, y esta ofrecía recompensa; la desinformación debía ser aún mayor.

Ni rastro de Jack. Las putas siguieron en la calle, valientes por necesidad, algunas armadas. Hubo amenazas, locos que se creyeron Jack y se entregaron a la policía o

agredieron a otras putas, sinvergüenzas que amedrentaron a mujeres haciendo del miedo su aliado. Toda clase de locura y pillería, pero no amaneció un día con las tripas de una zorra exhibidas impúdicamente sobre el suelo.

Nadie sabía nada. Se especulaba con los motivos: un loco, un demente, el yanqui que intentara adquirir órganos, judíos, haciendo caso a lo escrito en la pared de la calle Goulston, extrañas organizaciones o sectas; hasta había quien imaginó que se trataba de una banda de ladrones alemanes que fabricaban soporíferos a partir de úteros femeninos... ni un solo policía en todo Scotland Yard tenía idea alguna, ni pista que seguir.

Salvo Frederick Abberline.

El sabía quién era Jack el Destripador.

Lo había visto allí, en Forlornhope.

Pasaba los días coordinando las operaciones de todos los inspectores del CID en Whitechapel, y al terminar su turno, salía a la calle, paseaba hasta las cuatro o las cinco de la mañana, patrullando, vigilando, deseando encontrarlo. Luego se acostaba, y apenas dormía, pues los telegramas anunciándole nuevas detenciones llegaban a diario. Su aspecto fue empeorando día a día, casi a cada hora. Como el de mi amigo Torres, su compañero de paseos nocturnos, y como sus otros dos camaradas en la lucha contra el monstruo.

No, yo estaba muerto, no puedo estar seguro de quién era Jack, aunque llegué a verlo, ya se lo dije, ni del porqué del secretismo impuesto entre estos compañeros, por qué nada dijeron a las autoridades y siguieron la caza del asesino, a solas o casi en solitario. No supe nada hasta que el veinte de octubre abrí los ojos.

—¿Me escucha? —Esas fueron las primeras palabras que oí. La voz era extraña, pausada, grave, como si paladeara cada sílaba al decirla, y con un color parecido al de un viejo fonógrafo—. ¿Ve algo?

Veía luz, una suave claridad. Oía, claro está, y por encima de esa voz, con una contundencia que me asustaba, escuchaba un palpitar, un sonido martilleante, que llenaba todo.

—Diga su nombre.

—Raimundo Aguirre. —No reconocí mi voz, no solo porque sonara diferente, era la facilidad con que las palabras salían de mi boca Raimundo Aguirre —repetí, rápido. Las palabras fluían con solo pensarlas.

—Trate de incorporarse. Muy despacio. —Obedecí. Empecé a pensar, a recordar. Estaba en un hospital, no podía ser otra cosa. Por supuesto, estaba en Richmond, el doctor me había curado y ahora volvería a casa. Me condecorarían y...

Me levanté. Una habitación apenas iluminada por la azulada luz de arcos eléctricos que crepitaban a mi alrededor, sin ventanas a la calle, llena de mesas con herramientas, piezas y cables sobre ellas. Solo había otra persona, la que hablaba. No

era un médico, ni siquiera un ser humano. Una criatura grande, de más de dos metros, con una cabeza con forma de cubo o barril, sobre la que brillaban dos ojos rojos y redondos, y una boca, más una abertura enrejada haciendo el efecto. Tenía que ser un hombre, un hombre muy alto con un enorme casco cuadrado. Eso tenía que ser, salvo por esos ojos que parecían vivos.

—¿Cómo se encuentra? —Me sentía... bien. No creo que pueda explicarles mi situación, para eso tendrían que haber muerto y resucitado, y eso no lo harán hasta el final de los tiempos, cuando Dios nuestro Señor venga a pedirnos cuentas. Imaginen que desaparecen todos sus dolores, hasta el más mínimo, todas las molestias y taras, en un instante. No es una sensación de alivio, es vértigo, asombro ante un abismo de vacío sensorial—. Perfecto. Por esto hago todo, a esto he dedicado mi vida. Camine. —Di un paso, luego otro. Anduve por toda la habitación, sin cojear, sin balancearme.

—Santa madre de Dios —susurré—. ¿Qué...?

Dios ni su familia tienen nada que ver. He aquí que había un hombre enfermo, tarado, mutilado, y por obra de mi saber, ahora es un ser completo y pleno. —No parecía hablar conmigo, declamaba.

—¿Quién es usted?

—¿Nombre? He tenido muchos, antes, cuando era un simple hombre, y con el tiempo gané más. En Inglaterra me han llamado Armero, Dragón y Jack. A ustedes los británicos les gusta llamar a sus pesadillas Jack... —¡El Destripador!, estaba junto a él.

—No soy inglés.

—Aquí me llaman *herr* Ewigkeit.

Una puerta se abrió y la cruzó Pottsdale, que se plantó ante mí, mirándome de arriba abajo. La luz al aumentar me hizo notar algo extraño en mi vista. Veía más. Veía por mi ojo izquierdo.

—¿Ray? ¿Eres tú? —Asentí, notando cierta rigidez en mi cuello—. Tienes buen aspecto. ¿Quieres verte? —Miró a *herr* Ewigkeit, buscando aprobación. Él movió un brazo hacia la puerta, un brazo largo y no humano que asomó por debajo de sus mantos, a golpes secos, como los fotogramas de una película cinematográfica.

Salimos fuera. Era una casa elegante. La sala a la que me condujeron no se parecía nada al frío taller donde renací. En ese cuarto, todo tapizado en rojos y dorados, iluminado por una lámpara espléndida suspendida del techo y más luces en cada esquina, había un gran espejo, de pared a pared. Tardé en comprender que ese maniquí que veía impreso sobre el azogue, ese muñeco de costurera sin vestir, era yo. Mi cuerpo era más pequeño, un barril metálico en lo que antes era mi pecho, lleno de palancas y ruedas, y un fuelle ascendiendo y bajando sin parar. De él salían largas piernas y brazos y... bueno, ya me tienen muy visto, esto es lo que vi, algo parecido a lo que contemplan ustedes aquí postrado, ahora viejo y herrumbroso.

Un muñeco de cuerda.

Un autómata.

—Pude salvar todo el cuerpo —dijo el señor Ewigkeit—. La estocada limpia atravesó el pericardio, corazón y pulmón izquierdo. Certera y eficaz, el organismo apenas sufrió. No es tiempo para los escrúpulos, necesitaba un cuerpo perfecto para lo que ha de hacer.

Era feliz. No sé si esa es la reacción que debiera tener, puede que el disfrutar con semejantes actos contra natura me condenen definitivamente, da igual, no pude evitarlo. Ahora veía, me movía, oía como una persona normal, mejor que una persona normal. Y pensaba, mi mente era rápida, tanto que me mareaba.

—¿Qué es lo que he de hacer?

—Matar a quien le ha matado, acabar con la más miserable criatura de entre las que hollan esta tierra, devolverme lo que es mío, corregir mis fracasos... hercúleas tareas para un simple hombre, y para un tullido como era usted. Por eso necesitaba de alguien perfecto, de su nuevo ser. —Potts me puso un abrigo por los hombros, y un sombrero de ala ancha, como aquel que llevara Burney. Parecía un hombre, más que cuando estaba vivo. Si me viera Torres...

—Dios mío... —Una extraña sensación me convulsionó, una emoción que mi nuevo cuerpo no podía sacar, quise llorar y mis ojos broncíneos no me dejaron.

—Esta es la diferencia, esto es lo que no entendieron, este fue el error. Me dieron un hombre fraccionado y yo lo he completado, y es feliz. En cambio, con un ser completo, un hombre enfermo por su completitud, no pude sino agravar sus defectos. Entonces destruí la perfecta obra de la naturaleza, ahora la he mejorado.

¿Matar? ¿Había dicho matar? Mi cerebro reparado hacía juegos malabares con los pensamientos a tanta velocidad que no podía seguirlos. ¿Quién me mató?

—Yo no voy a matar...

—Le he devuelto a la vida, debe hacer lo que le digo. —Sí, era cierto como cierta era la gratitud que sentía hacia él. Se acercó y puso su mano sobre mi hombro—. Ahora es una máquina perfecta, eterna, la muerte y la vejez le han olvidado. Se alimentará con esto. —En su otra mano había una cantimplora con una caña de madera—. Contiene el azúcar y los nutrientes que requiere el buen funcionamiento de su cerebro. Su cuerpo no precisa más.

Cogió la palanca de mi pecho y la hizo girar. Tic, tac, tic, tac. Sentí que el tamborileo que llenaba mi cabeza aumentaba, aumentaba aún más, mis pulmones, o el fuelle que hacía su función, dobló su cadencia.

—Así puede hacer cuanto quiera, incrementará su fuerza, su destreza alcanzará una precisión matemática. Puede detenerse hasta casi parecer muerto, inerte. Es perfecto, incansable, ajeno al dolor y al placer que distraerían sus pensamientos. A cambio de todo esto, solo tiene que matar a quien quiso matarle.

—Gracias. —No supe decir otra cosa.

—Muy bien. Veo que su mente funciona a la perfección. Él le trajo aquí, él y ese yanqui repugnante, y luego cuando hice lo que debía, cuando devolví las cosas a su sitio, rectificando lo que su Dios había permitido que se estropeara, él, ellos se fueron, me dejaron, insultándome, amenazándome una vez más. Ahora van a morir. No pueden escapar, incluí en él, sin que lo supiera, el veneno que lo matará, que lo atraerá hacia el final como a un néctar de fragancia ineludible... sí. Ese hombre es quién ha sumido a esta ciudad en el horror, el asesino más grande de la historia, es un monstruo al que hay que parar, y solo usted puede. Es Jack, el otro Jack, el que llena de sangre las noches, el mayor horror que ha salido de vientre materno, y que clavos y martillos han perfeccionado en su vileza. ¡No lo hice yo! ¡Su creación no puede pesar en mis faltas! ¡Fui forzado por aquellos que ansían el don que solo puede pertenecer a unos pocos!

Se apartó de mí, caminando furioso, o eso interpreté yo viendo sus convulsiones, su temblor, como un dragón herido.

—Usted lo hizo, como a mí...

—¡No! Me obligó él. Él me forzó. Dijo que necesitaba una prueba, algo que mostrar a sus importantes amigos deseosos de una vida eterna que no merecen. Pues ya tienen su demostración, la tienen corriendo por las calles de Whitechapel.

—¿Cómo le obligó?

—Con mi amada. Yo la rescaté de las garras de la muerte, y él me la arrebató del modo más cruel...

—¿Era su esposa?

—No lo sé. No recuerdo apenas nada. ¿Lo entiende? Eso es lo que me quitó. Primero me la robó, en América, en el fuego. Lo perseguí hasta aquí, la busqué con todo mi empeño, y me fue fácil. Él quería que lo encontrara, me quería a mí, me tentaba con ella. Tomé mis precauciones, tengo demasiados años para dejarme engañar. Tenía conmigo a uno de sus hombres, uno que abandonó medio muerto entre las llamas y que yo devolví a la vida, lleno de odio hacia él. Lo tenía, y entonces la mató, la... la asesinó desp... despiadadamente. —Las convulsiones apenas le permitían moverse o hablar. Echó mano a su pecho, semejante al mío, y se dio cuerda, hasta que su voz se convirtió en un susurro calmado—. Creí que eso era lo peor, mi infierno. Pensé que la ira hacia él me quemaría hasta morir. Su crueldad no se detuvo en eso. Cometí un error. Llevado por una furia devastadora destruí todo lo que era suyo, o eso intenté. La rabia me cegó, me equivoqué y me atrapó. No me mató, eso sería una nimiedad para una mente nacida para causar dolor, como la suya. Me quitó su memoria, su memoria. Entonces conocí el verdadero odio, la cólera sin origen, sin motivo, que lo quemaba todo. Sé que la amaba... pero no recuerdo su cara, su voz, no queda nada del tiempo hermoso que debimos pasar juntos. ¿Cuál era su

nombre? ¿Qué sueños compartimos? ¿Cómo era su caminar, su sonrisa...? Solo hay vacío y dolor, años de vacío y dolor. Me tendió una trampa, me derrotó, después de ser explotada, manoseada por ese Tumblety... la habían asesinado y borrado su paso por la tierra. Me volví loco. Juré venganza, exigí su vuelta, seguí quemando cada uno de sus proyectos. Él se negó a devolvérmelo a menos que accediera a sus peticiones, a asegurarle la vida a él y a su cuadrilla de megalómanos...

—¿El monstruo? ¿Tumblety?

—Un hombre despreciable —pareció más calmado—, aunque útil. Su odio hacia mi enemigo me ayudó. Lo utilicé, a él y a la frustrada creación que ellos me proporcionaron, a su «Jack», para forzarlo a devolverme mi pasado; no cedió. Ahora ha pagado, le he quitado a su querida niña, por siempre. Venganza por venganza... esto tiene que acabar, usted lo va a acabar.

—¿Por qué no lo hace usted?

—Me lo impediría. Tiene mi voluntad atrapada junto con ella... si solo pudiera saber cómo era, cuál era su nombre, el color de su pelo... Usted, usted es perfecto, puro, no podrán detenerlo. Mate a Jack, acabe con mis errores. — Volvió a girar la palanca de su pecho, despacio—. Ofrecieron a un pobre desgraciado al sacrificio, estaba dispuesto a inmolarse por salvar a su amor, ¡cuán importante es el amor, y a mí se me niega hasta su recuerdo...! Pero otro fue la víctima, un enfermo, y ahora un asesino. Acabe con él. Luego vaya a su casa y traiga la memoria de mi amada.

La memoria de su amada; sin duda se refería a aquel artilugio que me pidieron localizar, cuando aún estaba vivo, ahora todo quedaba claro. Siendo algo tan valioso para Dembow, algo que le mantenía a salvo de ese Dragón, debía tenerlo muy cerca de él, con él. Creí saber dónde la escondía, conocía Forlornhope, recordaba las máquinas, mis congéneres. Sin embargo, dije:

—No iré.

—Puede que no sea necesario ir a ningún sitio. —Giró su abominable mirada hacia Potts, que sonrió asintiendo—. Parece que ellos vendrán a nosotros, en dos días, y usted será mi arma secreta. ¿No es así?

—Así es —contestó Potts—. Aunque tras mi última visita... creo que andan algo desquiciados.

—Mejor para nuestros fines.

—No lo haré —interrumpí.

—Pues mataré a su amigo español. Este caballero —señaló a Potts—, me ha sido fiel desde hace muchos años, no le importará asesinar por mí, ¿verdad, herr Pottsdale?

—Todo lo contrario, *herr* Ewigkeit. Siempre es un placer y un honor atender a sus deseos.

—Por otro lado, no me parece mal acuerdo, el evidente talento del señor Torres

juega en mi contra, empiezo a no ser necesario ni indispensable para mi amigo, y eso es lo único que impide que destruya lo que más deseo.

Salvar a Torres, ahora podía salvar a Torres, y estaba en un peligro por encima del que nadie había estado. Proteger a mi amigo, mi único amigo, y pagar la deuda contraída con mi benefactor, mi mayor benefactor.

—Si le ayudo...

—Desapareceré en la noche, lejos del hombre. Solo. Con mis recuerdos.

Claro que acepté, a nadie en la historia se le ha ofrecido trato tan ventajoso, tanto para él como para el resto de la humanidad. El hombre que me diera una nueva vida me pedía que salvara a mi único amigo, consiguiendo para él su amor perdido, y entonces se iría, sin más. Por si no fuera suficiente, como parte del trabajo impuesto, habría de acabar con Jack el Destripador.

—Lord Dembow no me permitirá...

—Para eso le he hecho perfecto. Nadie puede detenerle.

—Debiera probar mi perfección. —Miré a Potts. El rió.

—*Herr* Pottsdale —continuó Ewigkeit—, ¿está todo acordado?

—Así es. —Potts parecía tan arrogante que hubiera vomitado de tener estómago —. Tras el mal trago del incidente en su salón, nos dejamos engañar, como usted indicó, y se han avenido a razones. Se creen muy listos. Mañana nos han citado en... —decidió omitir el lugar ante mi presencia—, y como usted planeó, encontrarán algo más de lo que esperan. Me mostré sumiso y complaciente con ese Dembow, aunque en el estado en que lo encontré no creo que...

—En ese caso, *herr* Pottsdale, sus servicios ya no me son necesarios. —Nos dio la espalda. Potts dejó de reír y yo lo maté.

No fue una venganza, no por Lawrence, ni por mis camaradas de la parada de fenómenos. No hubo tiempo para pensar en ellos, ni en las humillaciones que me hiciera pasar, en las exhibiciones impúdicas, en el dinero tintineando en sus manos, en las risas ante la muestra de vergüenzas y deformidades; nada de eso. Fue el convencimiento, la sincera certeza de que por una vez en mi vida hacía algo bueno, algo por el resto de la humanidad. El mundo iba a ser más hermoso cuando esa criatura dejara de respirar. La cara de asombro de Efrain Pottsdale antes de su final, su mirada fija en la espalda de su amo, y su cuello crujiendo, todo en un segundo, me hicieron comprender que él no sería el último estigma que eliminaría con mis manos. Ahora eran poderosas, como las de un oso, ahora tenían un propósito: un monstruo que acabaría con todos los monstruos.

Herr Ewigkeit ignoró el cadáver de quien había compartido su suerte durante diez años. Ahora, que sin alcanzar su edad me aproximo algo más, sé que una muerte es una cuenta más en un rosario; se reza un avemaria y se pasa a la siguiente. El Dragón se limitó a apartar el cuerpo y explicarme cómo cazar a Jack el Destripador. Había

perdido el contacto con Tumblety. ¡Con Tumblety! ¡Era él! En sus palabras se fundían ambos nombres en uno, Jack y Tumblety. ¿Tenía yo razón? ¿Era el doctor indio el asesino? Cómo deseé hacer partícipe a Torres de la confirmación de mi éxito entonces.

—Tumblety es... ¿es Jack? —musité, y *herr* Ewigkeit rió con ese remedo de risa propia de quién no ha nacido para reír, como la mía ahora...

—Todos somos Jack, en cierto modo —respondió enigmático como parecía ser su costumbre. Dijo suponer que Tumblety estaría refugiado en algún antro, como había estado los últimos meses, un nido de fieras desde el que iniciar sus carnicerías.

No me explicó la causa de la marcha del sujeto, mi nuevo cerebro me llevó a pensar que Tumblety escapaba de donde no veía beneficio económico alguno, ni satisfacciones a sus apetitos. Cualquiera que fuera el trato que tenía con herr Ewigkeit (y siendo este un hombre con los talentos del Armero, podía ser muy provechoso), debió ver que no iba a cumplirse, o se modificó de modo muy desagradable, y escapó. Herr Ewigkeit tenía hombres buscándolo. Cuando averiguara dónde se escondía, me lo haría saber. Toda la policía, el comité de vigilancia, el barrio entero había fracasado en encontrar al asesino, ¿y lo iba a hacer él?

Entretanto tenía trabajo para mí, al día siguiente mismo. Sin duda lo que más le interesaba era la memoria perdida. Al parecer, tal como dijo Potts antes de expirar, habían concertado una reunión con Dembow para la noche siguiente, pare renegociar y obtener de algún modo los recuerdos que tanto ansiaba. Debía estar allí, no se me dijo con claridad para qué. Seguro que no para ninguna actividad pacífica. Yo tenía mis propios planes. No iba a dejar la vida de Torres en el aire, dependiendo del ánimo de un enamorado mecánico enloquecido.

Pasé esa tarde de sábado, mi primer sábado en mi nueva vida, acostumbrándome a mi ser, bajo la tutela de mi creador. Otra vez como un niño, aprendiendo a andar, a moverme con mis nuevos miembros. Ewigkeit aseguraba que el aprendizaje sería rápido, y aunque en un principio temí que esa opinión fuera más fruto de la urgencia por que cumpliera con mis tareas, lo cierto es que no tardé en hacerme a mi situación. Lo único que me resultaba difícil y aún me espanta, aunque con lo años he aprendido a vivir con ello, era la falta de sensaciones. Veía con necesidad de muy poca luz, oía el menor de los susurros, pero no sentía nada, o lo sentía de forma diferente. Mis manos no percibían lo que palpaban, aunque era consciente de que tocaba algo, y notaba si mi presión era excesiva o no. Había perdido calidades, sensaciones. Todo era como si fuera un espectador de un cinematógrafo donde se proyectaba mi vida.

El domingo continué con mis ejercicios, esa tarde, según se me dijo, sería mi debut. En ese fin de semana de aprendizaje no tardé en descubrir que me encontraba en un burdel, un burdel de lujo. Permanecía confinado en los aposentos de herr Ewigkeit, un complejo de pasillos y habitaciones secretas, al margen del lupanar, pero

en ocasiones, en descuidos, pude ver a las chicas ligeras de ropa reírse y escuchar la música, y disfrutar desde la distancia con el correr de los licores y la fiesta. También oía las peleas, los castigos a las muchachas más díscolas, los abusos, que en los estamentos más altos de la prostitución se daban, igual que en los más bajos.

Estuve la mayoría del tiempo solo. Andando por esos pasillos, cogiendo objetos, comprobando mis capacidades tal y como me instruyera *herr* Ewigkeit. Al mediodía mostré lo aprendido ante mi amo, el amo de todos los que en ese lupanar vivían. Vi en este Jack a un hombre muy solitario, el más solitario de la cristiandad me pareció, sin contar con mi persona. No estoy seguro si esta intuición mía era fruto de mi nuevo cerebro de precisión relojera, o si cualquiera que hubiera visto al Dragón en persona hubiera sacado similar conclusión. Lo cierto es que era un hombre, o lo que quedaba de un hombre, deseoso de hablar con alguien, y en mi cara de metal veía ahora un hermano.

Me examinó en aquel laboratorio donde naciera. Allí había dispuesto una mesa, sobre la que había tallado un intrincado laberinto en el que se movían bolas de madera, de las usadas en el criquet. Me tendió un taco, y me hizo conducir con él a las esferas a través de recorridos diseñados. Mi brazo temblaba, mis golpes eran muy bruscos.

—No está preparado —dijo una vez juzgados mis progresos—. Es muy pronto, no es culpa suya. No importa, esta tarde no creo que le necesite. Podemos esperar. Lo he hecho durante décadas, ese monstruo ya ha pagado con lo que más quería, tomar su vida puede...

—¿Tanto le odia? —pregunté.

—¿Acaso no se lo dije? Me robó lo que más amaba, y del modo más despiadado que puedas imaginar. Mi candidez... sí, aún con mis años soy presa de un corazón tierno, ¿cómo no serlo cuando se está tan solo? ¿Cómo no confiar en la mano que se te tiende cuando el pasar de los días se vuelve un calvario? Le encontré en América. Había cambiado de ser. Alguien como yo ha de comportarse como las serpientes, esos animales malditos del creador, que han de mudar de pieles de tiempo en tiempo. Así yo me había transformado, pero con el tiempo cada vez era más difícil encajar en cada nueva piel, en cada nueva vida.

»Llegó a mí en Filadelfia, atraído por mis exhibiciones, que hacía tiempo ya no realizaba. Mi amada enfermaba cada día más. Los añadidos, las prótesis que sobre un cuerpo vivo como el mío aseguraban la eternidad, no podían devolverle el alma, no del todo. Aún debían pasar dos décadas para que alcanzara en mi arte la pericia que he mostrado con usted, y que he derrochado con el otro. Llevaba años tras de mí, aseguró, interesado en los autómatas, en la posibilidad de crear vida y belleza, en la eternidad. Me recordaba a mí en mi juventud, anhelos similares nos movían, o así me lo hizo ver.

—¿Era Dembow?

—Sí, ese despreciable ser... —De nuevo las horribles convulsiones agitaron su cuerpo. Trató de ocultaras colocando objetos y alienando herramientas. Había un montón de aparatos mecánicos diseminados, uno de ellos, del tamaño de un ser humano, estaba cubierto por un lienzo rojo—. Entonces era más joven, más audaz, y disfrazaba su identidad con otro nombre, como camuflaba sus verdaderas intenciones con fingida curiosidad.

—¿Así le engañó?

—No *mein freund*, le he dicho que entonces era un alma Cándida, deseosa de sentir el calor de aquellos con los que antes compartiera especie, lo que no me hacía un imbécil. Todo lo contrario, la cautela era obligada en mi situación, y así procuraba alejar mi persona todo lo posible de la luz reveladora, manteniendo mi disfraz perpetuo, salvo para hombres de confianza, pocos, y siempre reemplazables. Algunos años atrás, diez, quince, el tiempo deja de tener importancia ya, había orquestado mi propia muerte una vez más, durante un viaje a cuba. A bordo de ese barco morí, y renací luego como el doctor John Kersley Mitchell.

»E1 doctor era hombre principal en Filadelfia, y no me costó convencer a mis amigos, conocidos, compañeros de club, de conseguir un acomodo apropiado a mi amada. Allí, en el Museo, estuvo tranquila, mientras yo investigaba, trabajaba en ella, para dotarla de más vida... Con una pequeña fracción de la que tuviera antes, con un pedazo de su alma del tamaño de un grano de mostaza me hubiera bastado para ser feliz por siempre. Mis conocimientos médicos eran ya más que considerables, muy superiores a cualquier galeno de mi época, y por tanto podía ejercer bien las labores de doctor, atender a grandes prohombres y, en algunos casos, acabar con intelectuales entrometidos que habían hecho peligrar en el pasado la vida de mi amada.

«Entonces llegó el monstruo, haciendo preguntas, requiriendo mi ayuda, hablando una y otra vez del futuro, el bien del hombre, la fuga de la muerte cruel... eludí su molesta presencia en lo que pude, dándole evasivas e invitándole a una exhibición de ajedrez, aún hacía alguna por entonces, para acallar sus intereses. No solo era mi habitual miramiento con todo el que se me aproximaba de nuevas, es que me era difícil dilucidar cómo había sabido de mí, qué le había llevado, a través de los cuatro años que había pasado investigando en mi entonces país de origen, a concluir que yo era una autoridad en las disciplinas objeto de su desbocado interés.

»Forcé mi débil memoria, creía recordar su rostro, acompañado de otro mucho más hermoso de mujer, oculto entre el público de varias de las demostraciones que realizara tiempo atrás... no estaba seguro. En todo caso mostraba habilidad y conocimientos encomiables, parecía el ayudante perfecto, y la efímera existencia del resto del género humano me obligaba a mudar rápido de asistentes, ante lo imposible de depender solo de mí, en mi situación. Lo tomé a mi servicio, le descubrí mi

condición y le instruí en los modos para mantener el secreto en medio de la entrometida sociedad de Pensilvania. Fue una dichosa asociación en un principio, la pericia en ciencias y tecnologías de mi joven aprendiz me daba esperanzas, ambos podríamos devolver la luz a los ojos de mi amada... —un violento espasmo y sus dedos fustigaron su cuerpo con sonoro retemblar de campana, como un monje flagelándose— pobre tonto petulante con corazón de metal.

—¿Le traicionó entonces?

—No.

Con eso parecía dar por terminado su relato. Me hizo más pruebas: malabares con esferas de distinto peso, detener el paso de extraños móviles lo más rápido posible... para concluir por fin si, como parecía, el dominio de mi nuevo cuerpo no era el suficiente como para cumplir bien con mis objetivos fijados. Yo aún sentía curiosidad, y dije:

—Aun no entiendo cómo pudo...

—Apelando a mi única flaqueza. —Temblando, acercó sus dedos afilados a su pecho y girando una llave redujo el ritmo de su permanente ronroneo—. Este corazón mecánico es frágil, más que ningún otro que bombee sangre. Ese inicuo ser estaba casado, y tuvo pronto descendencia estando ya a mi servicio. Su esposa no era otra que esa exquisita criatura que recordaba yo de entre la bruma de caras insulsas de mi enojoso público, mujer que en nada combinaba con su repelente persona. Aquel año... recuerdo que la urbe estaba pletórica, hermoseada por bailes y acontecimientos sociales que celebraban la importancia cobrada por la ciudad. En medio de aquella felicidad, alguien entró en casa de mi ayudante, secuestró a su familia y a él le tiroteó.

«Mientras la policía buscaba al asesino, temiendo lo que hubiera podido hacer con los suyos, trajeron al herido a mí; sabiéndome médico y su patrón, no había iniciativa menos natural. Presentaba dos heridas de bala, en un costado y el bajo vientre, le habían sesgado su virilidad de un disparo. Lo curé, en lo físico no me fue costoso, pero una perdida así no es soportable para el hombre común. Yo he trascendido la humanidad, y he sublimado el amor alejándolo de apetitos sexuales que enturbian, pero él, más miserable, penaba por su masculinidad perdida por siempre, por su progenie cercenada más que por la pérdida de su hijo recién nacido o de su esposa. En los delirios del postoperatorio creí ver que la poda de su linaje le preocupaba sobremanera, mucho para ser un hombre humilde, educado por sus propios medios como se había presentado. Incluso así, no desconfié, *verdammt nochmals!* Ni siquiera cuando a los veinte días, ya repuesto gracias a mi ciencia, me rogaba que cambiara su cuerpo, que lo hiciera como yo, eterno, por siempre joven.

»Me negué, no podía condenar a nadie a mi vida, a nadie sin la pasión, la firme decisión de dedicar la eternidad a recuperar el amor. Él no lamentaba el destino de su esposa, no como era de esperar, solo deseaba lo que yo tenía. Creí, sin embargo, que

la perdida de los suyos lo había trastornado, y eso me irritó. Con mi humanidad había perdido también toda contención, ya lo comprobará usted en breve, así la ira que sentí por el infortunio de mi ayudante, por la vileza del asesino y secuestrador, fue desmedida. Soy sensible a las pérdidas románticas, pese a lo que puedan hacerle pensar mis recientes actos. De modo que cuando la policía me dio parte de sus pesquisas, asegurando que una pareja de características similares, con un bebe a su cargo, había abandonado con prisas la ciudad y acababa de encontrar cobijo en un pueblecito cercano a Nueva York bajo un nombre falso, me decidí a intervenir.

—¿Ella estaba con él? No trató de... ¿consentía?

—Yo ignoraba todo al respecto. El sujeto, el secuestrador, parecía ser un inglés llamado Williams, o algo así. Un delincuente buscado ya en su país. Estas fueron mis averiguaciones, junto con las de la policía, y todas ellas se las comuniqué a mi paciente, y él, *grosse scheisse*, clamó venganza. Me rogó, suplicó con lágrimas en los ojos que ya que no le concedía el don de la inmortalidad, triste perpetuidad la que quería, acabara con la vida del contumaz criminal y le permitiera ver, aunque solo fuera por una vez antes de morir, el rostro de su amada. Accedí.

»Era un hermoso verano cuando fui, enardecido como el ángel de la muerte, hasta Nueva York. El criminal era joven, muy joven, apenas un niño, pero astuto y capaz por encima de su edad. Había convencido a los propietarios de una pequeña granja para que le dieran un techo a cambio de trabajo. Entré a sangre y fuego, dispuesto a ejecutarlo, castigándolo por su terrible falta. No era entonces como soy ahora, y aun así, era un enemigo en nada desdeñable. Arrasé la granja, maté al ganado raquítico que mugía como paupérrimos heraldos de la justicia que se cernía en esa casa. El joven asesino no tuvo tiempo de reaccionar, lo encontré en el granero, desarmado salvo por tres herramientas herrumbrosas que no tuvo tiempo de utilizar. Lo tiré al suelo y lo apuñalé en la espalda hasta dejarlo inmóvil.

»—Vas a pagar por la vida que has destrozado —debí decir algo semejante, no lo recuerdo. Dispuesto a decapitarlo estaba cuando oí la voz suplicante de la muchacha, la mujer retenida, abrazada al niño. Parecía temer por la suerte de su captor, con sinceridad, estaba sana y bien cuidada pese a su economía de prófugos desesperados.

»—No es suyo. —Se refería a la criatura que sostenía entre los brazos—. Es de él. —De Williams—. Por favor, no... —No estaba dispuesto a aguantar más embustes, necio... si hubiera escuchado a esa muchacha. Entonces apreciaba a mi ayudante, y viendo su estado, cómo ese asesino lo había dejado, no pensé sino que tal vez aquella adúltera había urdido esa traición con su amante, asesinando a su esposo y huyendo a refugiarse con en los lúbricos brazos de Williams, ella y el fruto de su pecado. Aun así, ella aseguró que vendría conmigo, sin oponer resistencia, que volvería resignada a los brazos de su esposo capón si permitía que ese muchacho sobreviviera.

»¿Cómo no comprendí la situación? ¿Cómo alguien que ha vencido sobre la

tirana de la vida no pudo entrever el miedo que el retorno al orden conyugal infundía en sus bonitos ojos? Me la llevé, dejando al tullido a cuidado de aquellos muy espantados granjeros. Regresé, antes de lo que el traidor había calculado, desconocía las capacidades de mi cuerpo. Era julio, por la tarde. Cuando fui a presentar su familia rescatada a mi ayudante, él ya no estaba. Había salido, me dijeron, con una veintena de mis hombres. Habían ido al Teatro Nacional, que estaba junto al Museo Chino, donde mi amada dormía, y ese día no había función alguna, menos a altas horas de la noche.

»Corrí, que digo, volé hacia allí despavorido, ignorando cualquier precaución, olvidando a la mujer y el crío que me acompañaban. Los encontré en el teatro, pensaban atravesar sus instalaciones y acceder a través de ellas al edificio colindante, el viejo Museo Chino. La quería a ella, ya que no obtenía su transformación contra natura directamente de mí, pensaba utilizarla, amenazarme quitándole la poca vida que había logrado darle. Jamás.

»Entre por el techo, atravesando la bóveda que coronaba el patio de butacas, arrastrando con mi ímpetu la lámpara de mil cristales que colgaba de ella y escupiendo fuego, por primera vez en mi vida. La furia es mala consejera, en especial si el asunto son temas tácticos. Mis rivales, más sibilinos y cobardes, iban bien pertrechados en espera de cualquier sorpresa. Me recibieron con una descarga de fusilería que me dejó tendido en el centro del escenario. Tendido y escupiendo fuego sin control. La lámpara se estrelló en el suelo con el estruendo de la cristalería de Dios cayendo desde el firmamento, espero que alguno ascendiera a ese cielo entonces. Mis llamas saltaron a los palcos y las butacas de patio, al telón y la tramoya, todo ardió en segundos.

»Tardé en recuperarme, mi persona no era todavía perfecta, y nunca, hasta entonces, había preparado mi cuerpo para el combate. Estaba en medio del infierno, las llamas me lamían, habían calentado mis fluidos, la presión dentro de algunos de los pistones era alarmante; y estaba solo. Iba a dejar de existir, no de morir, eso ya lo hice, sino de pasear por este extraño limbo que yo mismo me creé.

»Su recuerdo me hizo reaccionar. Tenía la sensación de haber estado allí, en el cetro del escenario, durmiendo acunado por el fuego durante horas. No podía ser, el fuego hubiera calcinado ya del todo las tablas sobre las que me incorporé. Corrí entonces, derribando paredes a mi paso, a la calle, al Museo. También ardía; los dos edificios eran antorchas, hermosas luminarias en la noche de Filadelfia. Los bomberos ya se aprestaban con valor y disciplina cuando entré en la guarida de mi amor. Los asesinos escapaban, creo que los vi huir, indemnes. Estaba desnudo, ardiendo, expuesto al asombro de los ciudadanos, pero tenía que entrar.

»Ella solo era un amasijo de madera y metal ardiendo. La habían quemado, o lo que es peor, mis propias iracundas llamas, desbocadas, habían causado esto. Vi sus

restos consumiéndose, incluso puedo jurar que la oí musitar: «¡Échec! ¡Échec!», por última vez. Desee morir otra vez y ya no podía.

Se sentó, agotado. Frustrado porque su cuerpo artificial ni toleraba ni expresaba con propiedad todos esos recuerdos, esas emociones. No tuve que insistir esta vez para que prosiguiera.

—Sin embargo, aún la recordaba. Aún podía decir su nombre y tal vez ver el color de su pelo en el reflejo del sol, o en la noche estrellada, no lo sé. No recuerdo cómo nos conocimos, ni el día que encontré valor para confesar mis sentimientos, ni siquiera las causas que hicieron germinar ese amor, ni el tiempo que lo regó e hizo madurar. ¿Nos casamos tal vez? ¿Tuvimos descendencia? ¿Fue un amor largo y reposado o por el contrario una pasión desbordada que quemó pocos días de nuestra vida? Nada. Entonces sí, entonces su recuerdo era dolor. La rabia me llevó a volver con el muchacho que abandonara tullido en Nueva York. Lo curé, suplí las partes dañadas por mi ataque a cambio de que me contara lo que fuera sobre el asesino que la había incinerado.

—¿Le salvó?

—Sí, el daño no era mucho. Reparé ciertos desperfectos en su médula, mi primer trabajo de reconstrucción, después del de ella y el mío propio. Perdió toda sensibilidad, pero vivía. Entonces me contó la verdad. Me dio su nombre, el odiado nombre de Dembow, y me habló del monstruo que era. Desde entonces dediqué mi vida a arruinar la suya. Ataqué como las siete plagas cada proyecto, cada esperanza de su familia.

—¿Y él? ¿Aquel hombre...?

—Odiaba tanto a Dembow como yo, si no más, y se unió a mí. Entró en el ejército británico, era inteligente y capaz, así que pronto ascendió, aunque su amargura le impidió medrar lo que sus habilidades prometían... cuánto sufrimiento en torno a mí, siempre... Imagine mi sorpresa cuando, tras años de hostigar a mi enemigo, llegan a mis oídos noticias de la resurrección del Ajedrecista de Maelzel. Increíble, ella estaba viva. Dembow la había robado y dejado en su lugar un señuelo para confundirme, esperando obtener de ella la tecnología que yo le negaba. Incapaz de sacar provecho de su robo, decidió airearlo, como cebo para atraparme.

—Y usted se dejó atrapar.

—Por supuesto. Reclamé el favor que me debía Williams, que con inesperada facilidad, ya le dije que era hombre de muchos talentos, se incorporó al servicio de lord Dembow, como mi espía. Con el tiempo conseguí averiguar el paradero de ella, y ataqué. El resultado fue su muerte.

—De nuevo.

—En efecto. El dolor de la esperanza rota, una vez más, fue excesivo, y aun así me reitero en que aún me aguardaba uno mayor. Mi alocado temperamento, mi rabia

infinita me hizo descuidado. Ataqué otra vez y fui capturado, no sin arrasar todo lo que encontré a mi paso. No me mataron, ni siquiera me tomaron prisionero. Dembow había aprendido mucho en estos años. Me robó mis recuerdos de ella, así de cruel puede ser este hombre, que no solo mata el amor, si no la memoria del amor. Me los devolvería, dijo, si yo reparaba su cuerpo de viejo enfermizo y castrado. Tendría a mi amada si le daba la eternidad. Accedí a hacer una demostración, ya le he contado, pero siguió exigiendo más. He luchado por ella con todas mis armas, he seguido zahiriendo al noble mezquino tanto como he podido, he soltado las furias sobre esta ciudad sin resultado. Hasta hoy. Hoy es el día de mi venganza, en el que me temo, querido amigo, que usted no participará.

Dejé caer las seis bolas que mantenía en el aire, con emociones combinadas de frustración y alivio; no quería entrar en esa vorágine vengativa que era la vida de este Dragón. El se acercó al bulto cubierto de tela roja, y apartó el lienzo. Un maniquí, un muñeco de aspecto humano y digno quedó mirándome, con soberbia. De no ser por su rostro de porcelana y su mirada de hielo, parecería un hombre vivo, el único vivo en esa habitación.

—Esta noche será el triunfo. El triunfo y el dolor.

—¿Yo he de esperar aquí?

—Sí. Cuando sea preciso irás por el monstruo.

—¿Cuándo, cómo lo sabré?

Dio media vuelta.

—¿No le sientes? —dijo.

—No.

—Eso es que duerme... lo notarás en tu corazón. Lo hice para eso, un fuerte corazón con un cohesor de Branly... cuando llegue el momento lo sabrás, y encontrarás a Jack.

El resto de la jornada detuve mi cuerpo. No del todo, pues todavía conservaba demasiadas partes humanas. Entré en una noche sin sueño, ese descanso innecesario, vacuo, que ahora conozco tan bien.

La mañana del siguiente día, el veintidós, seguí ejercitándome. Las dependencias secretas del lupanar parecían desiertas y el silencio excesivo. Por la noche, hubo jaleo en la casa. Los lunes suelen ser jornadas de mucho trabajo en un burdel, la forzada abstinencia de la víspera desbordaba. Al margen del bullicio habitual, ese lunes en concreto ocurrió algo. A través de pasadizos secretos y tabiques falsos oí como la gobernanta del lupanar buscaba a alguien. Oí voces de hombres, también ocupados en registrar la casa de arriba abajo, algunas de ellas me resultaban familiares, incluso juraría que una era la de Perkoff, el líder de los Tigres. Lo ignoré. Me ocupaba de lo mío, esperando mi ocasión, que llegó de forma inesperada.

Entrando en un cuarto, me topé con una joven. Una muchacha pelirroja, que por

su expresión de susto, parecía ser el objeto de la agitación de la casa.

—¡Señor Ewigkeit! —dijo sorprendida al verme. Iba envuelto en mi abrigo, como me había acostumbrado a ir en esos días, y sin duda por mis andares me había confundido con el diabólico señor de la casa—. ¿Se acuerda de mí? Todos le están buscando... —Se estiró para mostrarse. Era muy joven, atractiva y parecía algo bebida. Había llegado hasta allí, las dependencias secretas del burdel, y eso no podía hacerlo cualquiera—. Soy Mary Kelly. Estuve con usted en París, ¿recuerda? Siempre cumplí con mis obligaciones bien, nunca hice preguntas...

—Sí —dije siguiéndole el juego.

—Necesito ayuda. ¿No podría entrar de nuevo con usted, a su servicio? Necesito dinero, ya no bebo —mientras lo decía estaba tambaleándose—. Por favor...

—No sé...

—Estuve ya aquí hace casi un mes, ¿no se lo dijeron? Atendí a una amiga suya... —Se puso de rodillas de pronto, tomándome por los faldones de mi gabán—. Por amor de Dios, señor, ayúdeme—. Me aparté, temía que oyera mis latidos, que abriera el abrigo y viera... me enfurecí. Otra vez temiendo por mi aspecto, por las reacciones que mi apariencia pudieran provocar. Me acerqué rápido a un buró que había al lado, el mismo que registraba la muchacha cuando entré. En él había un abrecartas, de plata parecía. Lo cogí y se lo tendí.

Ella se levantó, con media risa alcohólica.

—¿Un regalo? Pfff.... Gracias señor... pero...

—Sácame de aquí. —La chica quedó muy sorprendida, luego volvió a reír.

—¿Quiere hacer una «escapadita» con Mary? Claro... sin que le vea nadie, como en París... venga.

Conocía muy bien el lugar y, en efecto, fue capaz de sacarme de allí por una puerta trasera, sin que nadie se diera cuenta, pese a que toda la casa la buscaba. Sospecho que no sabían que la tal Kelly conocía tan bien las partes secretas del lupanar.

Fuera encontré tanto follón como en el interior, si no más. Carros se agolpaban en la fachada delantera, podía verlo a través de un callejón, y el trasiego de bultos era continuo. Había otra chica esperándola. Kelly la abrazo y la besó en la boca casi con violencia, mientras me miraba.

—Maria —dijo—, este señor me ha regalado este cuchillito. —Se reía mientras enseñaba el abrecartas, acariciando con su filo la cara de su amiga—. Me lo ha dado para que me defienda de Jack, ¿verdad? —Al hablar del asesino, su diversión terminó, su semblante palideció aún más. La otra muchacha parecía más sobria y tímida, y ahora muy apurada—. ¿Viene con nosotras, señor? Podríamos divertirnos...

—No —procuraba hablar lo menos posible—. Otro día. Te daré dinero.

—¡Cuánta generosidad! —No podía seguir con ella, tenía que irme, no paraba de

reír y estaba a un paso de volverse escandalosa—. No creo que pueda volver por aquí, esas putas envidiosas... perdón.

—Yo te buscaré, mañana. —Y me marché andando rápido.

—¡Estoy en el trece de Miller's Court! ¡Pregunte allí por mí! —me gritó mientras me iba.

Era de noche, una noche muy fría, pero las inclemencias del tiempo ya no eran de mi incumbencia. Caminé sobre los tejados de todo Londres. Mis extremidades aceradas se aferraban a las paredes, trepaba, saltaba, corría feliz viendo las calles de mi ciudad, a las gentes que por ellas caminaban ocultándose en paraguas en cuanto empezó a llover. Estuve en el Puente, en Westmister, viendo todo lo que antes solo veía a la mitad, oyendo la lluvia cayendo a mi alrededor, no solo a mi derecha. Fui feliz. Descubrí el inmenso placer de mirar Londres desde lo alto, por encima de sus olores y miedos, por encima de su asesino, y comprendí que pasara lo que pasase, esa ciudad sobreviviría al Destripador, a todos nosotros.

Llegué a la casa de la viuda Arias ya de madrugada. Me pareció más hermosa y acogedora de lo que recordaba. No podía llamar a la puerta, no con mi nuevo aspecto, y menos viendo al torvo sujeto que la rondaba. Un hombre recio, tocado de chistera vieja y medio rota, que no se esforzaba en disimular su misión de vigilancia. ¿Quién era? ¿Por qué custodiaba la pensión de la viuda? Tampoco tenía una idea clara de lo qué pensaba hacer, no todas las lagunas mentales se han de solventar con la resurrección. ¿Seguiría Torres allí? Lo natural es que no, que hubiera vuelto a su patria, sin embargo, el Dragón había hablado de él... Si no seguía allí, ¿a qué ese guardia? ¿Un policía? ¿Un hombre de Dembow? ¿Qué sabía yo? Sabía que tenía que, de seguir aquí, pedir a Torres que se fuera, que volviera a España, a la paz de sus montañas.

Esperé a que el vigilante se ausentara, él tenía necesidades de las que yo carecía. En efecto, pasado poco tiempo me dio mi oportunidad. Trepé por una de las paredes, hacia la ventana del saloncito junto a la habitación del español, por ahí podría entrar. Estaba oscuro, no me costó esfuerzo alguno llegar hasta allí arriba. La ventana tampoco se me resistió. Era nueva, la habían cambiado, y tuve cuidado en no estropearla.

Entré en el cuarto. Encaramado en el alféizar, con los faldones de mi largo abrigo agitados bajo la lluvia, giré la llave de mi pecho hacia la izquierda. El mundo se hizo muy rápido, las gotas parecían relámpagos a mi lado. Entré tan despacio que el polvo, el poco polvo que la hacendosa viuda dejaba en la casa, no se dio cuenta de mi presencia. Mis pies tardaron una eternidad en posarse en el suelo y no me costó esfuerzo quedar así, en posición tan antinatural, agarrado con los brazos al marco de la ventana.

Cerré con igual lentitud. Miré a mi alrededor. Todo parecía como siempre,

impoluto, tranquilo. No debía dispersar mi atención. En algún momento tendría que despertar a Torres, que anunciar mi presencia. Entonces, un terrible pensamiento me invadió: y si, como era de esperar, ya no se alojaba allí, ¿qué pensaba hacer? Si eso suponía que había vuelto a su país, bien, ¿pero y si le había perdido la pista, y solo la recuperaba cuando lo viera entre las garras del Dragón o en medio de las maquinaciones de Dembow?

La puerta de su cuarto se abrió. Aún estaba lento. Mi sombrero había caído, mi cabeza calva y metálica brilló a la luz de una vela. Alguien disparó. No sentí dolor, supe que me había alcanzado por el ruido metálico en mi cuerpo.

Me dejé caer, era lo único que podía hacer rápido. Oí una carrera y otra puerta se abrió, la que daba a la escalera. Por allí entró una niña, que chilló.

—Juliette —dije mientras echaba mano a mi tórax, tratando de acelerarme antes de que me acribillara a tiros. Oí la voz de Torres, repitiendo mis palabras con mucha más fuerza y autoridad.

—Julieta! ¡Sal de aquí!

—Señor... yo...

—¡Sal inmediatamente y cierra la puerta! —La niña obedeció. Él se dio la vuelta, sin dejar de apuntarme, se acercó a una lámpara. El haber pronunciado el nombre de la niña salvó mi vida, si es que estaba vivo—. No se mueva, sea lo que sea —dijo en inglés.

—Soy... yo... señor... Torres —dije yo en español. Se quedó parado, bajó algo la pistola con imprudencia. Abrió la espita del candil, mientras se oían voces fuera, subiendo la escalera.

—¿Quién es?

—Yo... don Raimundo —dije otra vez en español, sin dejar de girar la llave de mi corazón. Se persignó. Su pistola cayó al suelo. Creí ver sus ojos lagrimear.

—Cristo redentor... ¿qué han hecho con usted? —No me dio tiempo a responder. Me indicó que me quedara allí mientras rápido acudió a la puerta. Fuera estaba ya la viuda.

—Don Leonardo —era la viuda—, por el amor de Dios, hemos oído...

—No sucede nada...

—Qué pasa, patrón... —Esa era una voz de hombre, que hablaba en español, y en español le respondió el ingeniero.

—Nada, un accidente sin consecuencias. Vuelva abajo.

—¿Seguro? Pa mi que...

—Vaya, Martínez, haga el favor. —Escuché pasos remisos bajando la escalera, y luego, oí ahora en inglés—: Estoy bien, Mary, uno de mis experimentos... Por favor, esperen abajo, yo les explicaré.

—Sabe que estoy a su disposición, y que les he ayudado a usted y a los otros

caballeros con lo que he tenido a mi alcance, pero entienda...

—Le prometo que le aclararé todo, aguarde abajo, se lo ruego. Yo estoy bien, nadie está herido. —Y cerró la puerta. Yo había aprovechado el tiempo para incorporarme y comprobar que el disparo solo había abollado mi pecho. Dio la luz—. Qué... ¿Quién le ha hecho esto?

—Señor Torres. Tiene que marcharse. Jack...

—Espere. —Abrió de nuevo la puerta, solo un poco para evitar que los de fuera pudieran verme—. Señora Arias. Necesito que me haga un favor. Llame a la comisaría de la calle Leman. Diga que le pongan con el inspector Abberline o deje recado para él. Dígale que... —me miró—, que venga de inmediato. —Cerró la puerta sin atender a las preguntas de la viuda y volvió a prestarme su atención. Quedó en silencio, solo se escuchaba el traqueteo suave de mi cuerpo—. ¿Necesita sentarse?

—No.

Ya no necesitaba casi nada. Torres no me hizo caso. Acercó dos sillas, avivó la estufa y me invitó a acomodar mis huesos metálicos lo mejor que supiera. Empezó a examinar mi cuerpo, buscando la bala que me había disparado, encontró el impacto en mi costado, fue a su alcoba por herramientas y más luz, y con pericia de relojero se ocupó de restañar el poco desperfecto hecho. Mientras, hablaba como siempre me había hablado, como si aún estuviera vivo. Sin prisas fue contándome todo lo ocurrido en el mundo durante mi ausencia. Poco a poco, el miedo y la sorpresa fueron desvaneciéndose, me convertí otra vez en su testigo, en el receptor mudo de sus deducciones. Poco a poco, estaba otra vez sentado frente a mi amigo, hombre y hombre-máquina, juntos.

Tras ponerme al día de la actualidad, de lo que se respiraba en las calles y entre las páginas de la prensa escrita, hizo una pausa reflexiva.

—Han ocurrido hechos extraordinarios, y muy graves, don Raimundo. Cosas terribles que escapan casi a la comprensión y por completo a la tolerancia del alma más endurecida.

—Y va a contármelas.

—Por supuesto, siendo parte central, tiene el derecho de conocer.

Me miró largo, una vez más. Hombre práctico como era, seguro que calculaba el problema que yo suponía. ¿Qué podía hacer por mí? ¿En qué variaba mi presencia y mi estado la ecuación a la que se enfrentaba? Todo a su tiempo, debió pensar, y comenzó a hablar, a contar los hechos que ocurrieron tras mi muerte. Para referirnos a ellos hemos de retrotraernos varias semanas, de nuevo al lunes uno de octubre de mil ochocientos ochenta y ocho.

Como ya debo haber mencionado, el ingeniero, fruto de sus deducciones, su trabajo con el ajedrecista, la lectura de aquellos planos y demás indicios que fue acumulando, llegó a la conclusión de que el asesino, Jack, utilizaba un mecanismo

automático para cometer sus crímenes, o al menos que había una relación entre los autómatas y los asesinatos de Whitechapel. Así se lo dijo al inspector Abberline en la conversación que ya referí, y este, desesperado por encontrar pistas y frustrado por cientos aspectos del caso, decidió ir de inmediato a ver a lord Dembow, poseedor de los planos citados así como de una interesante colección de autómatas.

Fueron los dos entonces a visitar al lord. Se encontraba indispuesto, y les recibió John De Blaise. Torres podía pensar que el joven estaba al tanto de los asuntos de su tío, pero aun así no era el encuentro ideal, querían hablar con el propio lord. Cuando preguntaron, por cortesía, por la señora De Blaise, su esposo contestó:

Desde anteayer no la hemos visto, estoy preocupado, usted sabe que últimamente he tenido problemas con cierto... individuo, no quisiera que hubiera decidido hacerme daño a través de ella.

—Casi podría asegurarle que el señor Bowels no ha hecho nada contra usted —dijo Torres, inquietando a De Blaise, que debió considerar inoportuna la mención de ese nombre ante el policía—. Se trata de un viejo enemigo del señor De Blaise, inspector.

—Entiendo, o creo entender. En todo caso no es esto por lo que hemos venido —eso dijo entonces Abberline. Al día siguiente en un encuentro improvisado no pudo resistirse a su olfato de sabueso, y preguntó—: Por cierto, ¿qué es de ese tal Bowels?

—Está a buen recaudo —respondió Percy Abbercromby, también presente en esa entrevista, a la que más tarde haré referencia—. Es un hombre furioso, mataría a la hiena De Blaise sin dudar. Por cautela, aunque me importe poco la salud de mi querido primo, creo que es mejor tenerlo por ahora a buen recaudo. —Abberline asintió ante esa medida, pero era policía y no iba a dejar pasar su pregunta sin respuesta. Ante su mirada, Abbercromby tuvo que continuar—: Está escondido en una propiedad mía que nadie conoce —afirmación que Torres no desmintió—. Ahí estará seguro y será inofensivo. Creo que estamos de acuerdo, inspector, que viendo las implicaciones de este caso, entregarlo ahora...

—Inspector —terció Torres—, sé que le incomoda esta situación, que es un hombre recto y celoso de su trabajo, por eso le ruego que confíe en nosotros, en mi palabra o si no fuera suficiente, en su intuición; seguro que si se deja guiar por su saber, coincidirá con el señor Abbercromby y conmigo que cuanto menos personas sepan de esto más seguro estamos todos, y al decir todos no me limito a los aquí presentes. —El policía dio por zanjado el tema con un gesto de incomodidad.

—Y... ¿Cynthia? —preguntaba ahora yo. Torres apretó los puños.

—Según el inspector Abberline —contestó—, se encontró el torso de una mujer joven decapitada en Whitehall. No ha habido identificación posible, estaba desnuda, desmembrada... en todo caso, se han estado encontrando miembros cercenados por todo Londres en las últimas semanas... —Dudo que mis facciones puedan ahora

expresar intención alguna, pero Torres notó cierta confusión en mí ante lo que decía —. Don Raimundo, la señora De Blaise ha desaparecido... debemos considerar que ha fallecido. Siempre siguiendo la docta opinión del inspector en estas cuestiones, parece que no es desatinado el pensar que el cuerpo hallado en Whitehall son sus restos mortales. En cuanto a lo que vimos en su casa... nada podemos asegurar, si eran... si se trataban de extremidades de la señora De Blaise, no hubo modo de identificarlas. En fin, parece ser que Cynthia había hecho ciertas indagaciones, buscando a una supuesta hermana secreta de Hamilton-Smythe. Tenía una cita con alguien del gobierno esa misma noche, según me informó un amigo con buenos contactos —el señor Ribadavia, no podía ser otro, el cuarto mosquetero en esta conjura de caballeros contra el Monstruo—, a la que no nos consta que acudiera. Puede que esa gentuza se adelantara y la matara allí.

—¿Por qué buscaba entre el gobierno? ¿Qué información...?

—Me temo que en eso tengo yo que ver. —La pausa que vino a continuación era muestra de profunda contrición—. Es algo que no dejaré de lamentar el resto de mis días, y el hecho de que mis actos solo hayan sido impulsados por la mejor de las intenciones no menguan mi pesar. Amigo mío, creo que soy en parte responsable del destino de Cynthia De Blaise, sea este cual sea.

—No entiendo.

—Creemos, es una especulación del inspector y mía, que indagando sobre «la señorita perdida» que yo debía encontrar, una supuesta hermana de Hamilton, Cynthia descubrió algo terrible de su pasado y del de su familia, a lo que sin saberlo ayudé yo. Fue con preguntas a lord Dembow quien debió negarlo, y por algún motivo ella pensó que si su protector tenía información, la habría conseguido de sus poderosos aliados en lo más alto del gobierno del país. El asunto de esos contactos entre lo más alto, también debe ser aclarado. En fin...

—¿Pero qué pasó? —insistí.

—Sí —sentenció Torres—. No es momento de divagaciones.

Abandonó un instante el cuarto y pidió ayuda a la siempre solícita viuda que, sin entrar, obsequio a su inquilino con una botella de vino. Se sirvió un vaso y puso una copa ante mí también, aunque había sido ya privado por toda la eternidad del placer de paladear licores.

Entonces, por fin, Torres volvió a retomar el hilo y contó lo sucedido en el salón principal de Forlornhope, que era tal y como yo lo recordaba. Hizo su aparición el monstruo de Tumblety, Jack, ese al que había abierto yo el paso. Me lamenté por ello.

—No es culpa suya —dijo Torres—. ¿Qué podía saber? Más responsabilidad tengo yo. Debí buscarle, atenderle, en vez de enfrascarme en eso. —Señaló su cuarto, donde aguardaba el Ajedrecista, casi abandonado durante el último mes. Continuó con el relato. Todos quedaron estupefactos al ver el monstruo, en especial el señor De

Blaise, que cayó en un lloroso estupor del que apenas había salido. Llegué yo, vi cómo la criatura suplicaba atención a De Blaise y morí.

Tras esto aparecieron Percy y Tomkins. El fiel mayordomo se echó contra el monstruo desoyendo las advertencias de Torres, que mientras trataba de parar el torrente de sangre de mi pecho, pedía calma. Tomkins recibió un golpe que lo tumbó. Abbercromby quedó estupefacto, sujeto por Abberline, horrorizados ambos, incapaces de hacer nada, observando la cabeza muerta que recubría la del monstruo.

—La ha matado —dijo Torres, y Jack contestó:

—No quería matar a nadie. He venido por ti —se refería a De Blaise—, solo por ti. No quiero más muertes, ya estoy cansada. Este pobre hombre... —Se acercó a mí. Abberline y Percy exigieron que se detuviera, pero los ignoró. Torres se apartó asustado y el Destripador cogió mi cadáver—. No más muertes —dijo por último, y se marchó conmigo en brazos. Percy sacó su pistola e intentó abrir fuego sin conseguirlo; en el nerviosismo había olvidado cargar el arma.

Forlornhope era un bastión inexpugnable, cuajado de hombres armados de lord Dembow, así como de agentes «especiales» del Home Office, destacados allí desde el pasado atentado a lord Salisbury. La incursión tan impune de Jack era difícil de explicar, y su salida no podía ser tampoco sencilla. El Monstruo lastrado por mi peso muerto, trepó por las blancas paredes de la casa, que pronto fueron acribilladas a disparos cuando cundió la voz de alarma.

—Repuestos de la conmoción, al menos en parte, salimos al jardín en pos de su raptor —contaba Torres—, los dos. Abbercromby iba armado, Abberline no nos acompañó. Primero debía encontrar el modo de avisar, necesitábamos que se presentaran agentes cuanto...

—¿No estaba lleno de policías?

—No, no de hombres de Scotland Yard. Don Raimundo, todo esto, o parte de esto, tiene más calado del que parece. No es hora de entrar en detalles, sobre todo porque son conjeturas. Baste decir que todos los hombres que estaban allí obedecían a lord Dembow, con independencia de quién pagaba su jornal.

Percy y él vieron trepar a Jack hasta lo más alto, a las negras buhardillas de Forlornhope, brillantes por la suave lluvia que caía, perseguido por el aguijoneo continuo de los disparos. Era noche sin luna, apenas se veía nada pese a las luces que la veintena de hombres que ahora corría por la propiedad portaba, ni los fogonazos de sus armas revelaban demasiado. Desde las alturas, la sombra que era Jack dio un salto imposible por encima de las cabezas de todos, hasta hundirse entre la espesura. Voces, gritos, disparos, hombres corriendo, y junto a ellos Abbercromby y Torres.

—Ni rastro de la bestia. Encontramos a dos cadáveres apuñalados entre los setos. No habían tenido tiempo de abrir fuego, apenas de gritar. Lo que fuera esa criatura, se escapó. Y allí empezó todo. —En efecto, empezó la desazón y el miedo, no solo fue

saber que se enfrentaban a lo desconocido, sino que estaban solos. Se organizó una batida por todo el barrio, un barrio tranquilo, acomodado, al que nadie le preocupó importunar sin la menor mesura. Todos bajo las ordenes del señor Ramrod, tanto los hombres de su señor, lord Dembow, como los agentes especiales. Abberline trató de ejercer su autoridad, con el sincero propósito de ayudar, pero se le dio de lado, con amabilidad y firmeza, con la mayor educación fue ignorado—. Desde que nos honró con su presencia lord Dembow, una vez que esa cosa desapareció, el tal Ramrod pareció hacerse con todo, con una autoridad que desde luego no le corresponde, no al menos con el inspector.

—¿Cómo... de donde apareció lord Dembow?

—En opinión del desdichado Abbercromby, su padre debía estar allí desde el principio.

—¿Y él?

—¿Perceval? Según contó acababa de llegar. Andaba ahogando su dolor por Cynthia, pintando todo el fin de semana en su apartado estudio, así se relaja, para al final encontrar al volver aquel espectáculo macabro.

Dejando penurias de amor frustrado, lo importante es que la ley, la Corona, no parecía tener jurisdicción entre los muros de Forlornhope, lo que enfurecía no solo a Abberline, también a Torres, y puede que a Percy Abbercromby, de no ser porque en él la pena y la sorpresa dominaban entonces sobre toda emoción. El inspector llamó por fin a la comisaría, pese a la insistencia (amable por parte de De Blaise y fría por la de Ramrod) de que todo se condujera con la mayor discreción, sin dar causa de a qué obedecía ese secreto. Se presentó el propio comisario Warren, y exigió que el inspector ignorase todo. No había cadáver, no había nada que investigar puesto que el señor de la casa negaba todo.

—Ese Warren —opiné sin saber en realidad de qué hablaba—, también está involucrado.

—Lo dudo mucho. El inspector cree que está siendo presionado para ignorar a la familia, pero no sabe nada. Demasiados problemas tiene.

Tan terrible día terminó sin ninguna conclusión, sin luz alguna para encontrar camino libre en medio de tanto misterio y secretismo. De entre todos los presentes durante el incidente, seguro que el inspector Abberline fue el más turbado, hasta el extremo de quedar citado por la mañana con Torres; necesitaba aclarar todo lo visto esa tarde. El español creyó ver esa tarde algo en Abbercromby, una inquietud similar a la que él sentía, aunque en su caso movida por el amor, que sin duda enturbiaría su juicio. Decidió invitar a esa reunión al joven lord y este ofreció su club, el Marlborough, como lugar para la cita. Así fue, pues el inspector se mostró más que deseoso de ver al noble, y la mañana del martes tuvo lugar ese desayuno tardío del que ya he hablado algo.

En él los tres caballeros compartieron sus experiencias, poniendo todo en común. Abberline se mostró tajante en asegurar la limpieza e independencia de Scotland Yard, empeñaba su palabra, y con ella su honor, en que la policía no estaba implicada en lo que fuera que rodeaba a lord Dembow y a su familia. La independencia con la política era norma para él y los suyos, según afirmaba, y respondía por todos. Pese a lo que no podía negar que había algo extraño en el modo en que se procedió la noche anterior en los jardines de Forlornhope.

Perceval Abbercromby manifestó a su vez su total desconocimiento de los asuntos en que su padre estaba involucrado. Siempre había sido apartado de todo en su familia, el pequeño Ramrod actuaba más de hijo primogénito que él mismo. No era su padre sobre el que descargaba todos sus reproches; su odio hacia John De Blaise era inquebrantable.

Abberline, ya cuando se despedían, aseguró que indagaría entre las fuerzas policiales lo ocurrido anoche, quiénes estaban allí y a quién rendían cuentas. El inspector era un hombre estricto en su proceder, no por hábito, por tradición o por cumplir a rajatabla lo que ha aprendido, sino porque creía a pies juntillas que los procedimientos, la jerarquía y el buen hacer se sustentaban en verdades, que las cosas había que hacerlas de una determinada forma no porque sí, sino porque de ese modo el peligro siempre era menor, sufría menos gente, moría menos gente. Entonces, ¿por qué se atrevía a confiar es dos extraños, un noble diletante apartado de los suyos y un extranjero de estrafalarias ideas, en lugar de obedecer y callar? Bien podemos atribuirlo a su experiencia y a su instinto de investigador, cualidades estas que se mostraron inútiles al día siguiente, sin ir más lejos, cuando Frederick Abberline fue en persona a visitar a su superior, sir Charles Warren.

El comisario, sobre cuyas espaldas llovían tantas críticas, tuvo que afrontar también el serio y decidido temple de Abberline. Warren fue un hombre de acción desde su juventud, y el mar de la política se le antojaba, no bravo, sino incomprensible. Pese a la cordialidad con la que recibió al detective del CID en su despacho, se notaba que se sentía incómodo ante lo que tenía que decirle. Pues para las preguntas de Abberline solo tenía una respuesta: lo ocurrido en Forlornhope era ya asunto pasado, carpetazo y a archivarlo.

—No es asunto nuestro, inspector.

—¿Cómo no, señor? Hubo un asalto y...

—Se trata de una situación especial. Cuestiones políticas, no de orden público. No tenemos más que decir en el tema.

—No estoy de acuerdo, señor. Lo que vimos allí merece una investigación...

—Y los departamentos pertinentes la estarán llevando a cabo, imagino. Inspector Abberline, sé tanto de esto como usted, tal vez con la salvedad de que yo conozco cuál es mi lugar, y desde luego no está dentro de la casa de lord Dembow... —La

fruición con la que limpiaba su monóculo mientras decía estas palabras, entre dientes, daban a entender que ese sitio que decía corresponderle le había sido indicado por alguien, alguien ante el que no se podía discutir, y Warren no era precisamente sumiso.

—No puedo creer lo que estoy oyendo, señor, no viniendo de usted. ¿Me está diciendo que cerremos los ojos?

—Le estoy diciendo, inspector, que usted y yo tenemos asuntos más importantes que atender, como la captura de ese maldito asesino.

—Tengo claro mis prioridades, señor, y lo que ocurrió ayer está relacionado con el caso. Ese individuo que entró, con tan extraño equipamiento, tengo fuertes indicios de que es el asesino...

—¿Un individuo que salta como un maldito canguro y trepa por las paredes, envuelto en carroña es Jack el Destripador?

—Prefiero no utilizar ese nombre señor, pero sí, tengo casi la certeza de que anoche nos enfrentamos al asesino, y que algo tiene que ver lord Dembow y su familia, que, y en esto estoy seguro que coincidirá conmigo, por mucho abolengo que tenga, no va a quedar al margen de la ley.

Sir Charles carraspeó. Un aventurero que había llevado peligrosas excavaciones en Jerusalén, que había peleado en África contra nativos y boers, que había mediado en reyertas tribales, se veía torpe e incómodo entre confabulaciones políticas y secretismos.

—Abberline, ese Destripador, llámelo como usted desee, es un loco, un carnicero, un judío asesino, un profesor homosexual y degenerado que abusaba de sus alumnos; lo que sea, pero en nada tiene relación con lo ocurrido ayer ni con lord Dembow. De ese asunto, nos guste o no, se encargan otros. Ahora, seguro que tiene mucho que hacer. Ese caballero extranjero...

—Señor Torres.

—Sí, se irá a su país pronto. Olvídese de él. Atrape al asesino.

El inspector se levantó seco y enfadado. Ni siquiera le había preguntado cuáles eran esos indicios que había manifestado tener. Era evidente que habían apartado a Warren como le apartaban ahora a él. Tuvo entonces un atisbo del futuro, vio como antes o después un chivo expiatorio, algún pobre desgraciado de los muchos que se autoinculpaban, sellaría el silencio de las autoridades. Antes de irse, Warren lo detuvo. Era un hombre que sabía de secretos, no en vano era masón desde muy joven, y sabía cómo motivar a los suyos. Dijo:

—Inspector... si le dijera que de la firme adhesión a un compromiso depende la seguridad de... la Corona, ¿se sentiría más cómodo en mirar hacia otro lado y ocuparse de su trabajo?

—Por supuesto, señor. Si me disculpa, voy a capturar a un asesino. —El problema

es que Abberline sospechaba que la Corona no tenía que ver en nada con esto, al menos no su seguridad. No había por tanto lugar para apelar a altas instancias, acudir a su superior, Swanson, o incluso al subcomisario del CID, doctor Anderson, ya en Inglaterra, no surtiría efecto alguno. Estaba solo. Podía confiar en sus compañeros, Moore, Andrews, pese a que este andaba de los más atribulados en su obsesiva caza tras Tumblety. Godley, Dew... cualquier inspector del departamento H, cualquier agente de la Metropolitana, pero apuntar más arriba era inútil, y empezaba a pensar que peligroso.

Por su parte... durante el desayuno del martes en los vetustos salones del Marlborough, el joven lord se ofreció a mantener los ojos abiertos entre los suyos, y hacer de espía para ese grupo de juramentados que espontáneamente se había formado. En efecto, sin mediar palabra formal entre ellos, los tres caballeros decidieron unir sus fuerzas y despejar la bruma que oscurecía Londres ese otoño. Así... los pasos de estos tres camaradas a lo largo de ese octubre tormentoso fueron siempre puestos en común, y los planes a seguir fueron decididos en conciliábulo, en asamblea improvisada por fugaces llamadas y encuentros. El enemigo parecía poderoso, o... eso intuían, y ellos, solo tres, eran poca fuerza para enfrentarlo, y con todo en ningún momento contemplaron la posible rendición. Tenían que conocer la verdad... debían acabar con Jack.

____ 47 ____

LaBt ihn unenthüllt!

Sábado, después

Les estaba hablando de Perceval Abbercromby. Sé que hasta el momento lo he presentado como un sujeto gris y antipático. A partir de ahora mucho habrá que contar de él, pues su papel de quintacolumnista fue esencial en esta historia. De todos los valientes decididos a desenmarañar esta trama, sin duda él era el que más sufría. Mantuvo su desabrida forma de ser, pero el martes día dos, tras dejar a sus invitados al club, su frialdad no podía ser más que apariencia. Estaba seguro que el destino de su prima Cynthia era el más fatídico posible, y el hecho de que su padre insistiera en aguardar unos días, ¡unos días!, a dar noticia de su desaparición a las autoridades, cuando él lo apremió al respecto, aumentaba lo fúnebre de su ánimo.

Si la pesadumbre se cebaba en él, había aniquilado por completo a lord Dembow. Su hijo lo vio como la personificación de la decrepitud. Apenas pudo contestarle, sus mejillas hundidas y grises se movían con temblores enfermizos, se acurrucaba en su silla de ruedas que parecía arrullarlo con su mecánico cuchicheo. Un ánima en pena, un triste recuerdo de grandezas pasadas, como quién no pide la muerte porque ya no tiene ni fuerzas para rogar ni esperanzas de que sus ruegos sean oídos.

—Déjame, Percy. No puedo ocuparme de tus quejas.

—¿Ni siquiera puedes ocuparte de tu sobrina desaparecida? Te aseguro que yo lo haría en tu lugar, y contento de quitarte esa carga que tanto te pesa, pero bien te has asegurado de que nadie de esta casa escuche mi voz.

—Vete ya. —Bajó despacio la mano, hasta la maquinaria de su silla. Manipuló allí el mecanismo, casi acariciándolo, y la silla empezó a agitarse un poco más—. Quiero dormir hasta esta noche, hoy tendremos visitas... aún tengo en mis manos el poder... aquí...

—¡Cynthia no está! —Se echó sobre el inválido Dembow y lo zarandeó con violencia—. ¡Nadie sabe dónde ha ido! ¿Vas a dejar las cosas así? ¡Respóndeme! Dile a De Blaise que organice una búsqueda, ya que él es para ti más hijo que yo, ¡haz algo...!

La puerta se abrió y por ella entró Ramrod, serio e imponiendo su personalidad muy por encima de su estatura, como de costumbre.

—Señor Abbercromby. Ya hubo demasiada agitación en esta casa ayer, demasiada para la salud de lord Dembow. Le ruego que le deje descansar, su padre tiene una importante reunión esta noche, y precisa reposo.

Percy respiró profundo e hizo esfuerzos por relajarse. Arregló con parsimonia la

ropa y la manta que cubrían el maltrecho cuerpo de su padre, y salió de la vieja biblioteca.

—Cuídele bien, Ramrod, es usted más merecedor de su legado que yo.

Subió hasta el tercer piso, hacia sus habitaciones, buscando un refugio para encerrar su frustración y su pena. Vio las puertas de las dependencias de Cynthia abiertas, y su corazón se aceleró más que el mío con el máximo de cuerda. La esperanza se disipó al atravesar esas puertas. Sobre la cama, quien estaba era John De Blaise, acompañado solo por una botella medio vacía.

—Querido primo —dijo—, si buscabas a mi mujer... no está... no creas que eso me ofende... Su ausencia del tálamo conyugal no es prueba de infidelidad, es la virgen eterna... Cynthia, prístina diosa inmaculada de la luna, ahora... —La tos y la risa se mezclaron para interrumpir su diatriba, tal vez salvando así su vida.

El primer impulso de Percy fue coger esa botella y estamparla en la cabeza de De Blaise, impulso que apenas duró un suspiro, desapareció en cuanto su mirada se extravió por la habitación, entre los objetos de tocador, la ropa insinuada a través de los armarios entreabiertos, los perfumes, el olor de todo lo que había pertenecido a ella.

—Está muerta, Percy —dijo De Blaise, llorando—. No la busques más.

—Así es como deberías estar tú, no ella.

—Si Dios me diera el valor para hacerlo... te juro que...

—No creo que Dios quiera saber nada de ti. Por suerte, estoy yo para escucharte. —Empuñó su Lancaster, de la que desde hacía días no se despegaba. De Blaise abrió los ojos mucho, rompiendo la modorra que el alcohol imponía, mientras su primo político cargaba con parsimonia los cuatro cañones del arma—. Toma —se la tendió —, no hace falta demasiado valor, solo apoyarla contra el pecho y apretar el gatillo.

Muy despacio, Percy puso el arma en la mano de De Blaise, cambiándole esta por la botella.

—Animo De Blaise, un poco de carácter. Es usted un Fusilero de la Reina.

Lo dejó allí, con su arma, y pasó el resto del día rezando, rogando a Dios, o al licor que ahora consumía, por el dulce sonido de una detonación en la habitación del fondo; sonido que no llegó.

A la tarde despertó en medio de los dolores de quien no acostumbra a abusar del alcohol. Tomó la Biblia que reposaba junto a la cama, su compañera de tanta tristeza no le traía ya consuelo alguno. Fuera, el cuarto de Cynthia estaba abierto, De Blaise se había ido y su pistola reposaba en la almohada. La tomó, y un par de cabellos rubios se enredaron entre los dedos. No podía estar un segundo más en esa casa.

Abajo, oyó el timbre de la puerta principal y a Tomkins abriendo. La biblioteca estaba muy concurrida, un grupo de ocho caballeros, nueve incluyendo el recién llegado, eran recibidos allí por lord Dembow. Conocía a muchos, viejos amigos de su

padre, próceres del país, magnates, como los muy envejecidos sir Samuel Morton Peto o John Rylands, el industrial textil y filántropo que no paraba de toser, presentando tan mal aspecto, si no peor, que el propio Dembow. Incluso políticos, como el mismo secretario Matthews, el que acababa de llegar. También había un par de extranjeros desconocidos, pero que parecían tratar al resto con familiaridad. Llamaba la atención, no al joven lord, que ya conocía a la mayoría, sino a Torres y Abberline cuando más adelante les contaran de esta reunión, la decrepitud de la asistencia. Salvo el propio secretario de estado, el persistente doctor Greenwood, que parecía mantenerse algo al margen, y el señor Ramrod, todos eran octogenarios, o lo aparentaban.

Percy entró, interrumpiendo la sería conversación con la que los señores agriaban el brandy de sus copas. En ese preciso instante, Matthews hablaba al tiempo que buscaba la conformidad con sus palabras en la mirada de un elegante caballero de innegable origen indio. Estaba diciendo:

—La señora Brown está al tanto de todo, y desde luego nuestra opinión es...

Todos dirigieron sus miradas al inoportuno Percy, pero solo Ramrod fue quién habló.

—Señor Abbercromby, no creo que haya nada de su interés en esta reunión. Seguro que le distraemos de sus lecturas piadosas...

—Puede que sea el secretario de mi padre, incluso puede que se haya convertido en su heredero —ambos se encararon con fiereza, y Ramrod no se amilanó pese a la notable diferencia de estatura—, pero de momento no está usted, señor mío, en disposición de decirme qué o quién no es de incumbencia en esta casa...

—Me limito a cumplir las instrucciones de lord Dembow.

—Es suficiente, Gordon —retuvo el anciano lord a su pequeño perro de presa—. Hijo, por supuesto que puedes andar por donde te plazca en esta casa, que a no mucho tardar será ya la tuya. Dime, ¿qué quieres?

Todos aquellos caballeros poderosos, pudientes y circunspectos, de allí y del continente, miraron a Percy esperando alguna repuesta, esperando que la impertinente interrupción a sus asuntos que causaba su presencia, cesara pronto— ¿Qué les importaba a todos su dolor? Allí, en pie, bajo el feo blasón de los Dembow, junto a todos esos libros de arte y ciencia, como si fueran ellos los que defendían ese mausoleo del saber del hombre, los guardianes de la humanidad.

—Solo... solo quiero decirte... padre. Voy a buscar a Cynthia...

—Claro, hijo. Precisamente es por eso que... —Henry Matthews lo interrumpió posando con cordialidad su mano sobre el hombro de Dembow.

—Señor Abbercromby, acabo de asegurarle a su padre que dedicaré el máximo interés en que su... —miró a lord Dembow—, su prima aparezca. Aunque haya salido del país, le aseguro... pongo mi honor en ello en que la encontraremos. Me ocuparé

en persona, le doy mi palabra. Ya ha habido suficiente sufrimiento en esta familia. Pondré todo mi empeño en aliviarlo.

—Una enorme tarea la que se acaba de imponer, señor secretario, titánica. Caballeros...

Esa breve conversación con su padre, el verlo dolido, reducido a un enfermo que movía a la compasión entre sus pares el que fuera Dios entre dioses, no causó ninguna reacción catártica, que hubiera sido muy necesaria a la vista de los acontecimientos que se avecinaban en el horizonte turbulento de la vida de Perceval Abbercromby. La reunión en sí no inquietó al joven lord en absoluto, estaba acostumbrado a ellas, y no veía secretismo alguno en el habitual ninguneo que su progenitor ejercía sobre su persona en lo tocante a... a todo.

Por eso, dos o tres días después, dejó caer el comentario a Abberline y Torres como quien no quiere la cosa. Abberline no dijo nada, la presencia del secretario de estado hacía que evitara todo comentario, sus superiores ya le habían dejado claro que la política era un muro que no podía franquear. Torres tampoco era un animal político precisamente, pero en este caso, su intranquilidad lo obligaba a entrar en territorios inhóspitos para él, y qué mejor guía que don Ángel Ribadavia. Lo llamó y preparó un encuentro entre el diplomático y el inspector Abberline, que necesitaba alguien que pudiera entrar donde a él le era vedado.

—Soy un tipo estrafalario —respondía Ribadavia a la solicitud del inspector ante la mediación de Torres—. No, lo sé y no me lo tomo a mal. Lo considero una virtud en mi situación. Aquí soy un extranjero pintoresco, divertido, inocuo... incluso entre la propia diplomacia de mi país se me considera eso. Así obtengo más en charlas intrascendentes de café que el mejor de los espías.

—Me cuesta creer que nadie le tome en serio...

—Ni siquiera usted, Leonardo. No... no me lo niegue. —De él, Torres y Abberline necesitaban obtener la información «oficial» que fuera posible respecto al ataque de Jack y mi subsiguiente asesinato acaecido en Forlornhope.

Más que de lo ocurrido (ya que eran ellos los mejores testigos), de lo que esperaban noticias era de las fuerzas que allí estaban, esos «agentes especiales», a quién presentaban sus informes, de quién recibían órdenes...

Ribadavia aceptó sin reparo tras justificarse con su consabida apelación al propio honor y a su deber de hacer lo que fuera por conocer el paradero de «tan deliciosa criatura», y demás... aunque por entonces, jueves cuatro de octubre, cada vez había menos dudas de que Cynthia había sufrido un desenlace fatal. No era esto a lo que quería referirme. Ocurrió que en medio de la charla, Torres le habló de la reunión de caballeros principales en casa de Dembow, y del ocultismo con el que llevaban sus asuntos, reuniones similares había yo visto en Forlornhope, ya recordarán.

—Estando Matthews se trata de un grupo de lo más distinguido —respondió

Ribadavia—. Sé que muchos asuntos de este país, como de cualquier otro, se cierran antes en salones de próceres locales que en los parlamentos. ¿Pero qué tienen que ver estos señores con... lo que sea que estén ustedes investigando?

Esa era una pregunta sin respuesta, que atormentaba a Torres. Nada salvo su suspicacia, cada vez más desarrollada, le hacía pensar que esa reunión de tanta personalidad tuviera que ver con nada. Dembow era un hombre importante, seguro que pertenecía a grupos de poder...

—¿Lord Dembow es masón? —preguntó Torres.

—No. Ni la mayoría de los caballeros que estaban en esa sala, según me han contado. ¿Por qué?

—A veces creo ver un aura de misterio, de secretismo o disimulo sofisticado en torno a él.

—No sé... cada vez tiendo más en fiarme de sus ideas. Sin embargo, le diré que los masones no son tan enigmáticos como pueda usted pensar.

—¿Lo es usted, don Ángel?

—No. No creo que haya grupo social que me admitiera, si no se ve forzado a ello, por no mencionar lo dispar de nuestros objetivos. Los masones aspiran a la mejora del mundo y a completar la obra de Dios; yo tengo fines un poco más egoístas y mucho menos espirituales.

—Por supuesto, y por ese mismo egoísmo es por lo que va a ayudarnos...

—Ayudo a mis amigos. Necesito amigos felices con los que brindar, Leonardo.

Pero estoy contando los hechos mal y desordenados. Antes de esta reunión informal ocurrieron hechos que no puedo omitir. El día anterior, sin ir más lejos, Torres recibió de nuevo una oferta de manos de John De Blaise. El aspecto del antiguo mayor De Blaise era preocupante, tanto que la viuda Arias se apresuró a ofrecerle un caldo o cualquier cosa para reponer esa fragilidad que parecía dominar todo su cuerpo. Los guardaespaldas que aún lo acompañaban tuvieron que entrar con él y ayudarlo en todo momento a no tropezar y desplomarse en el suelo. Por cierto, el jefe inspector Littlechild ya no estaba alojado en la pensión, era evidente que su labor allí ya no parecía ni necesaria ni fructuosa tras el día del doble crimen, por tanto no hubo que dar explicación alguna del estado de De Blaise. De todas formas, a ojos incluso de alguien no muy observador, todos los males del joven se reducían a los excesos con los narcóticos.

La propuesta en esta ocasión era más sencilla. Una suculenta cantidad de dinero a cambio de que entregara el Ajedrecista, los restos de él. Además, la cuantía de la oferta, que suponía un desahogo considerable incluso para una economía de por sí ya desahogada como la de Torres, incluía el pago de un billete para volver a España, en caso de que quisiera abandonar el país.

—Echará mucho de menos a su familia, imagino —argumentaba un mortecino De

Blaise.

Torres se limitó a decir que lo pensaría, de momento, y De Blaise no insistió, parecía seguro de que el español iba a rechazar cualquier ofrecimiento que su tío hiciera. Sin minorar lo preocupante de esta oferta, mil quinientas libras nada más y nada menos, más inquietante, e incluso demoledor para su espíritu, fue lo que en esos días le aconteció a Perceval Abbercromby. Al día siguiente de su despedida con cajas destempladas de la reunión en la biblioteca de Forlornhope, el mismo miércoles en que Torres recibía la oferta para marcharse, tuvo un encuentro aún más agrio con su padre.

Pasó el día en el mismo turbio estado de ánimo de los precedentes, sumido en tan lóbregos pensamientos que el mismo hecho de aspirar el aire que lo rodeaba se le antojaba un trabajo ímprobo. Hora a hora había perdido todo ímpetu por salir de ese pozo, ni siquiera la posibilidad de dañar de algún modo a De Blaise lo animaba. A mediodía, gritos histéricos y jaleo lo sacó de su mórbido estado. La conmoción que surgía por los ventanales de la biblioteca lo sorprendió dando un paseo desganado por los jardines. Corrió hacia allí, entró y el grotesco espectáculo lo paralizó.

La señorita Trent, irreconocible con su pelo siempre recogido y pulcro ahora revuelto, gritaba enloquecida, desbordaba insultos y espumarajos de rabia sobre su señor, el propio lord Dembow, que se limitaba a taparse la cara con la mano, agitado por un llanto incontenible. La violencia había sido mucha, a juzgar por la posición en que se encontraba la silla de ruedas del lord. Ahora, Tomkins y el señor Ramrod trataban de apartar a la desbocada cocinera del anciano, con no poco esfuerzo a pesar de ser ambos hombres fornidos.

—¡Monstruo! —gritaba la mujer—. Has matado a mi niña, por fin la has matado... ¿no podías permitir que a tu lado creciera ni un pequeño brote de felicidad? ¡Asesino! —Sin duda se refería a Cynthia, aunque nadie podía, ni en rigor aún puede, certificar su muerte. Ese mismo día encontrarían el torso desnudo de mujer en Whitehall del que hablara Abberline, cuando reunidos contara ese dato, al parecer ajeno a los crímenes de Jack, junto con otros hechos pintorescos como la oferta de no sé qué vidente para colaborar con la policía.

—Sáquenla de aquí —musitaba el viejo mientras su silla giraba para dar la espalda al conflicto—, por caridad.

—¡No!, enfréntate a tus pecados por una vez en tu vida, ¡monstruo depravado! Ella era inocente, no tenías que...

—Meg —rogaba Tomkins, que la abrazó con fuerza para evitar que hiciera daño a cualquiera o a ella misma—. Cálmate, aún no sabemos...

—Yo sí sé... Alistaire, sé que es un criminal y que debe morir, como debe morir toda su estirpe. —Y mirando con ira al propio Percy, añadió—: ¡Todos tenéis que morir! ¡Mi pequeña...!

—Tomkins —ordenó Ramrod—. Enciérrela en su cuarto. Vamos, dese prisa o acabará por lastimarse.

El fornido mayordomo tomó en brazos a la mujer y se la llevó, sin que ella dejara de forcejear, gritar e insultar. No creo que el silencio que quedó tras su marcha fuera mejor que el ajetreo anterior. Ramrod rehízo su aspecto, y de una botella de brandy llenó una copa que tendió a su señor.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó el pequeño asistente, sin mostrar en su voz alteración ni pesar alguno—. Es un contratiempo... entiéndame lord Dembow, su salud no puede soportar este tipo de desasosiegos.

—Sí... —El anciano bebió apenas un sorbo de su copa, y abrió un cajón del escritorio que estaba a su lado—. Señor Ramrod, ocúpese de encontrarla acomodo.

—¿Va a encerrar a esa pobre desdichada en algún agujero perdido, señor? —dijo Percy—. ¿Cómo hizo con mi madre?

Hacía mucho tiempo, él tendría diez u once años, cuando su madre se puso enferma, y hubo que trasladarla. No volvió a verla, no podía, estaba muy delicada, y siempre le mandaba recuerdos... El la odió por haberlo abandonado, por no permitir que la visitara, por los rumores que corrieron respecto a que su marcha era motivada por alguna posible infidelidad. Hasta que al cumplir dieciséis le dijeron que había muerto, sola, sola y Dios sabe dónde. Su cadáver avejentado el día del funeral era su único recuerdo. No lloró.

*

—Parece el destino de toda la familia... sí Percy —Dembow había sacado un retrato del cajón, la vieja fotografía de su infancia, en el lago, con su amigo—, allí acabaremos todos, en manos de la locura. —Con su hermana... Su hermana. Su tía Margaret. ¿Qué recordaba de ella? Nada, tenía cuatro años cuando murió, y nunca vio otra foto que esa, esa de niña junto a un joven Dembow y al capitán William. ¿Qué había dicho la señorita Trent? «Mi pequeña... mi niña.» Ella siempre había estado, siempre cuidando de Cynthia, con tanto cariño y con esa dignidad. No parecía una cocinera.

Sintió que sus piernas temblaban. Maldijo en silencio su propia arrogancia, su pomposo temperamento que le había impulsado a ignorar a aquella mujer. Recordó la ira en ella, cuando lo sorprendió junto a su prima, su prima. Dijo: «¡No se le ocurra tocarla!». Ahora todo tenía sentido, y todo se volvía más oscuro, más difícil de asimilar. Recordaba los rumores, los cuentos sobre que la tía Margaret se había escapado, sobre que Cynthia era en realidad su prima carnal... a él también le habían llegado, ¿cómo no? Siempre tomados por chismorreos maliciosos y temidos también como tal. En las tinieblas, donde se ocultan los secretos, es fácil convivir con ellos, pero ahora, iluminados por la claridad de una revelación, el miedo y el dolor fueron intolerables.

—Todo era verdad —dijo al día siguiente a Torres—, ahora entiendo su reacción y la de Cynthia al saberlo.

—Eran primos —asintió con gesto comprensivo Ribadavia cuando el ingeniero le contó a su vez lo hablado con Abbercromby—. Todo Londres lo sabía.

—Solo primos.

—Primos hermanos, si le parece poco...

Pero antes, en la gran biblioteca y despacho de Forlornhope, Percy no encontraba palabras que expresaran su dolor, su miedo y su rabia. Pasó cinco segundos como cinco años sin decir palabra, mirando a su padre, para luego murmurar:

—Dios me perdone, Dios nos perdone a todos, señor. No sé cuántos infiernos tendríais que pasar para purgar tanta falta...

—Ya basta, Percy. No soporto más reproches. Hoy no.

El corazón de un hombre tiene un límite de sufrimiento, su intelecto está preparado para resistir los embates de la vida hasta un cierto número de conmociones. Fueron sin duda demasiados para la atormentada alma de Percy. No supo dónde esconder su dolor, cómo paliarlo, y dejó que el whisky lo hiciera por él. Así, a merced de Dioniso, apenas recordaba la aparición de un sujeto de bombín calado y mirada venenosa que exigió, entrada ya la noche, ser recibido por lord Dembow. Ni él ni Torres ni Abberline podían saber de quién se trataba, pero seguro que han apreciado que esa descripción se acomoda a la perfección con Efrain Pottsdale, que ignorante aún de que ese mismo mes moriría en mis manos, tendía sus taimadas redes, o las de su amo.

Al día siguiente, salvo el encuentro en el Marlborough del que ya he hablado, Percy siguió vagando entre trago y trago, incapaz de dirigir sus pasos hacia nada de provecho. Un alma en pena caminando por Forlornhope, un Hamlet decimonónico que en una mano cargaba con la Biblia y en otra con el pistolón, los ojos vidriosos por la bebida, la mirada perdida. Nadie, ni servicio ni habitantes de la mansión se atrevieron a preocuparse por su estado, ni a dirigirle la palabra, lo que puede que fuera afortunado. De toparse con De Blaise, armado y borracho como iba, quién sabe si las funestas circunstancias que pronto iban a colmar su vida, no se hubieran adelantado días.

El viernes se mostraba tan abatido y desalentador como el jueves, añadiéndose a este los malestares propios de quien no está hecho a la bebida. Decidió no pasar ese fin de semana entre sus pinturas, lo que aunque supuso la abstención de uno de los pocos bálsamos que le restaban, fue oportuno. Al atardecer, los guardias, que abundaban discretamente armados desde el atentado, franquearon el paso de la verja principal a un furgón oscuro y lóbrego, cerrado por rejas. Se detuvo a la puerta, y de él bajaron dos hombres fornidos y una enfermera, acompañados de un caballero muy trajeado; el doctor Greenwood. A recibirlos en la puerta salieron Ramrod, Tomkins y

seis más del servicio, acompañando a una muy alicaída señorita Trent. Atendiendo al doctor, estaba un gris y mohíno De Blaise, su visión es la que hizo que Percy corriera escaleras abajo, hacia la salida. Al llegar, la señorita Trent, su tía según entendía ahora, subía al furgón blindado.

—¿Qué es esto?

—Doctor Greenwood —dijo De Blaise, sin emoción alguna en su tono—, imagino que ya conoce a Perceval Abbercromby, el hijo de lord Dembow.

—¿A dónde pretenden llevar...?

La trataremos bien, señor —intervino el doctor, que no necesitaba ser alguien muy perceptivo para notar la tensión entre ambos hombres—. Lo mejor...

—No se moverá de esta casa.

—Son órdenes de tu padre. —Se le encaró De Blaise, con firmeza y cierta frialdad en la mirada—. Se va, y nadie ha de saber dónde. No necesitamos chismes sobre la locura de esta mujer cundiendo entre el servicio, ya es bastante...

—Apártate.

No hizo tal cosa, ni mucho menos. De un puñetazo directo al pómulo de Percy, lo tiró al suelo.

¡Por el amor de Dios! ¡Caballeros! — intervino soliviantado el doctor. Su mediación en la pelea, cargada de buenas intenciones, desapareció en cuanto vio cómo Percy sacaba de su cintura su enorme pistola. Quedó paralizado, dio un paso atrás—. Señores, ¿se han vuelto locos?

De Blaise, por otro lado, no se retrajo ni por un minuto. Con esa frialdad catártica que había adoptado recientemente, miró el arma de esos cuatro cañones y se dirigió a ellos como si fueran los ojos de Percy.

—¿Vas a matarme aquí? ¿A las puertas de la casa de tus antepasados?

—Dónde mejor —Percy se incorporó, sin dejar de apuntar al pecho de su primo —, morirás donde tanto daño has causado.

De Blaise se abrió la chaqueta mostrando sin reparo su corazón al arma homicida. No había desplante ni dramatismo es su gesto, sino indiferencia, una profunda indiferencia, que fue más efectiva que las lágrimas del reo de muerte o las arrogancias del suicida para aplacar el ímpetu del joven lord.

—Por Dios... —Seguía asustado el doctor, mirando a sus hombres y la enfermera, que habían desaparecido rápidos tras la cobertura del furgón. Tomkins estaba al acecho, detenido solo por el gesto seco del señor Ramrod, quién con una mirada había convocado ya a una veintena de hombres, expectantes.

—¡Acaba con ellos, muchacho! —Los aullidos sordos de su tía, encerrada ya en el carro enrejado, era el único sonido que acompañaba al metálico amartillarse del pistolón—. ¡Mátalos a todos y quema esa abominable casa! Haces bien en no tener hijos, Percy... vuestra semilla está podrida, maldita...

—No —dijo por fin incorporándose del suelo—. No soy como tú, no te mataré indefenso. No te asesinaré como a un perro, como hiciste con Hamilton-Smythe, aunque merezcas recibir un castigo aún peor.

—No sabes de qué estás hablando...

Lo sé todo. —Se levantó por completo, sin dejar de encañonarlo—. Sé la clase de alimaña cobarde que has sido toda tu vida, sé los crímenes que has cometido y sé que tu existencia en este mundo emponzoña el aire. ¿Te ofende que declare a quien pueda oírme que eres un asesino, un asesino y un cobarde?

—Me ofende que una piel tan blanca, alimentada con leche y miel y que ha dormido toda la vida entre sedas, se atreva siquiera a juzgarme. ¿Qué sabes tú de la vida, si hasta tu madre, conociendo la blandura de tu carácter, te abandonó?

—No hables de mi madre.

—¿Te he ofendido? Para eso es preciso un honor al que faltar, y tú solo dispones de los posos del de tu padre. Anda con tus rezos.

Me has insultado. Has nombrado a mi madre muerta y me has golpeado. Exijo una satisfacción.

—¿Ah sí? —rió De Blaise despectivo—. Creí que ya había escuchado todo, y mira, una sorpresa más. Como desees, cualquier satisfacción que precises de mí, no dudes que la tendrás cuando tú digas.

—El domingo, al alba.

—¿Es que nadie va a hacer algo...? —suplicaba Greenwood, y como convocado por esas palabras, el señor Ramrod se acercó.

—No cometan más locuras, señores. Ahora tenemos que llevarnos a esa desdichada a que la atiendan como es debido y como desea lord Dembow. ¿Va a impedírnoslo, señor Abbercromby? ¿Va a dispararnos a todos?

Percy bajó el arma, y por primera vez vio la conmoción que su actitud causaba en los que allí estaban, servicio, personal del sanatorio, el médico... él parecía el loco, el criminal. Siendo enemigo de excesos y escándalos por naturaleza, se sintió incómodo. En tales situaciones, un inglés bien criado suele limitarse a saludar con corrección e irse, lo más rápido sin perder la necesaria dignidad. Así lo hizo, volviendo al cobijo incómodo que para él fue siempre Forlornhope, ignorando ciertas quejas, o discusiones que se produjeron entre Ramrod y De Blaise. Luego, desde su abuhardillado cuarto, pudo ver alejarse a la ambulancia, con la parsimonia de un cortejo fúnebre.

Pese a la idea que ustedes, jóvenes, tengan del Siglo, el batirse en duelo era ya no solo delictivo, sino *demodé*. Hacía más de tres décadas que los caballeros empleaban modos legales, menos románticos y mucho más saludables para dirimir las querellas. El reñir estaba algo trasnochado (y digo algo porque siempre hay excepciones, sobre todo si de hábitos sociales hablamos) y fuera de lugar, salvo en los novelones que

devoraba la ensoñadora viuda Arias. El carácter atávico de Percy había hecho que canalizara su odio hacia formas de satisfacción del honor personal, no solo fuera de lugar, sino peligrosas para él. Palmarla era la mayor pericia de De Blaise a la hora de tirar, con arma de fuego o con sable. Sin necesidad de haber sido testigo de su tino con los pichones, como más de una vez lo había presenciado en Kent, se notaba que el que fuera mayor estaba más hecho a las armas que el joven lord, amigo de lecturas piadosas y rezos. Percy había optado por ese tremendo Lancaster con el que cargaba desde hacía días para su defensa personal, confiando en que el exceso de calibre supliera la falta de puntería. En el campo de la lid, eso no le valdría de nada. Se supo muerto, y el miedo a su inminente final no fue lo que le desveló las dos noches hasta el domingo, sino el temor a que De Blaise siguiera respirando el lunes, y el martes... ya les comenté: el mayor dolor de la muerte no es lo que termina, es lo que continúa.

Dedicó entonces sus velas forzosas a rogar por el más aciago de los destinos para su oponente, forma nada pía de rezar, por cierto. Pidió que, aunque su muerte era ineludible, se le diera fuerzas para dañar a De Blaise de forma irreparable, con su último aliento. Esta línea de pensamiento lo llevó a Bowels, por supuesto. Ni había olvidado ni abandonado al sargento mayor. Estaba a buen resguardo y fue allí al día siguiente, no estaba seguro con qué fin, al margen de abastecerlo de más vituallas para su encierro. Sin duda se trataba de pedir que matara donde él seguro iba a fallar. Tal acción, ya fuera aparecer oculto el día del duelo y disparar a De Blaise si él erraba el tiro, o atacar a su primo incluso antes de llegar a la funesta cita, no le debió parecer muy noble, así que en la visita a su casa de St. John's Wood, se limitó a comentarle novedades del exterior, aquellas que pudieran interesarle.

Bowels estaba nervioso. Se encontraba en un estado de extrema indefensión, ahí encerrado, sin poder salir temiéndose buscado por la policía, temor que Percy, ni Torres en su última visita, habían disipado. En esta ocasión, el joven lord trató de apaciguar la inquietud del soldado, y no supo bien cómo. Debía decirle, tal era su intención, que si a la semana siguiente no recibía noticias suyas, se fuera y se procurara la fortuna como bien pudiera. Luego pensó que una vez muerto, que más le daba lo que le ocurriera a nadie, y menos a ese sargento Bowels, al que la única simpatía que le tenía era la paridad del odio de ambos por De Blaise.

—¿Se va a salir con la suya? —decía el sargento, y no pudiendo decir, o no atreviéndose a hacerlo, que al día siguiente se batiría con él, cayó. Preguntó también el hombre por la señorita Trent, que era su socia y benefactora, esto lo sabía ya Abbercromby, y las noticias no le supieron bien—. ¿A dónde se la llevan? Ese bastardo...

—La verdad es que no tengo idea, y no creo que nadie esté dispuesto a decírmelo.

—Podría intentar averiguarlo yo, señor. Le juro que estas paredes me van a volver loco.

No había ningún peligro en que saliera, nadie sabía de él, ni la policía con la excepción de Abberline, quién había consentido en no tomarse interés alguno por el asunto. Más peligroso era ese hombretón allí encerrado, con su rabia y su desamparo macerando en soledad. Por tanto, le dio su bendición para esa empresa, con tal de que procurara no dejarse encontrar por De Blaise ni nadie de Forlornhope.

Después, ya en casa, un caballero joven, tan enlutado como él, con facciones que le resultaron algo familiares vino a visitarlo a mediodía.

—El doctor Purvis desea verle, señor —le anunció Tomkins, un muy alicaído Tomkins.

—¿Purvis? No le conozco.

—Uno de los médicos que atiende al señor.

—¿Y qué desea de mí? Es lo mismo, hágalo pasar aquí. —Estaba en su despacho, en la tercera planta—. Tomkins... ¿usted se encuentra bien?

—No, señor. Son las viejas heridas. —Señaló a las feas cicatrices que roturaban su rostro—. Hay días que duelen más que otros. Gracias por preocuparse.

Salió y dejó pasar al joven doctor, serio, moreno, de encrespado pelo rizado que parecía molestarle de continuo. Quedó sorprendido por el parecido entre ambos, un parecido sutil, no era mirarse a un espejo, pero la sosería que compartían les hacía muy similares.

—Doctor Purvis. No estoy al tanto de los asuntos... médicos de mi padre. Cualquier decisión que sea precisa...

—No es nada de eso. —El médico comprobó que la puerta estaba cerrada, y bajó el tono de voz—. Se trata de... la cita que tiene mañana por la mañana.

—No sé a qué... ¿El duelo? ¿El señor De Blaise le envía para que me excuse?

—En absoluto. El señor Ramrod me ha pedido un favor. Por muy disparatados que sean los actos de un caballero, han de hacerse como es debido.

—No entiendo.

—¿Tiene padrino? Necesitará uno.

—Dios mío. —Por un momento fue consciente de lo absurdo de la situación en la que había desembocado su odio cerval por De Blaise, o más bien, su amor no menos intenso por su prima desaparecida. Luego recapacitó; la presencia del doctor, tratando de hacerle más manifiesto la inminencia del encuentro podría ser una treta de su antagonista para hacerlo flaquear. Él se debía a un nombre, no iba a echarse atrás.

—¿Y bien?

—No, no tengo padrino. —Y no podía pensar en nadie para tal papel. Contó sus amigos y terminó la cuenta en uno, y eso si incluía a Torres, amistad muy reciente y en nada intensa, desde luego. No podía ir al español con semejante demanda.

—Sería conveniente...

—¿Usted es el padrino de De Blaise?

—No, ese papel le corresponde al señor Ramrod. Es él quién ha pensado que usted estaría desprovisto de representación, y consideró que... bien, me ofrezco a mediar por su bando, si está usted de acuerdo.

Dio entonces por fin con quién era ese doctor Purvis. Lo había visto en ocasiones en casa, acompañando al doctor Greenwood, el asistente de este o su pupilo. Elegirle a él era la opción más inmediata, claro. El doctor Greenwood era el único, a parte de los interesados, que estaba al tanto del duelo. Siendo una personalidad de su relevancia no podía verse inmiscuido, aunque Ramrod recurriera a él por algún tipo de lealtad o deuda, de modo que habían mandado a su joven protegido para tan fea labor.

—Me parece bien.

De acuerdo. —Se sentó atendiendo a un gesto de Percy—. ¿Qué quiere que transmita...? Imagino que preferirá pistola. —Sin duda. Si su pericia con las armas de fuego era la de un principiante, con espadas era inexistente. Jamás, salvo de niño, en juegos, había empuñado un sable—. Entonces estamos de acuerdo. En cuanto al lugar... ¿le parece bien en Tothill Fields?

—Si usted lo considera apropiado. —A él le daba igual. Un error, creo yo. Afortunados aquellos que tienen la oportunidad de elegir la tierra donde van a morir.

—Sí. Es solitario y alejado. ¿A las ocho de la mañana? A menos que llueva, si lloviera sería mejor posponerlo... me encargo yo. —Percy ojeaba el periódico encima de su escritorio, despreocupado en apariencia—. ¿A un disparo?

—Si esa es la costumbre...

—Creo que con eso quedarán más que satisfechos los respectivos honores. No hay mucho más que hablar. No hará falta traer un médico, pues estaré yo. Bien. —Se levantó y Percy hizo otro tanto, estrechando la mano del doctor—. Mañana vendré a... ¿las siete? Traeré un coche discreto y...

—No. Nos veremos allí. Preferiría ir solo.

—No creo que sea apropiado.

—Lo prefiero así.

—Como guste. Entonces nos veremos en Tothill Fields rondando las ocho de la mañana. Le deseo suerte. —Dio media vuelta hacia la puerta y se detuvo, dudando un momento allí. Volvió a encarar a Percy con expresión algo azorada—. Vera... espero que no se ofenda... creo que hay forma de solucionar esto sin que nadie salga herido.

—Ya es tarde.

No. No lo crea. —Se volvió a sentar—. Tengo entendido que existen precedentes. Le explico, si usted me indicara instrucciones para el duelo que la parte contraria se negara a aceptar... no sé... un número de disparos exagerado, la distancia, cualquier cosa en la que los padrinos no llegaran a un acuerdo, se podría suspender el duelo y los honores habrían quedado resguardados. Esto ha ocurrido...

—Doctor Purvis, creo que me ha tomado por lo que no soy.

—Mis disculpas. —El joven médico se envaró. Saludó formalmente y marchó—. Nos vemos mañana por la mañana. Sería oportuno, tal vez, que dejara arreglados sus asuntos.

Pobre Perceval. Su estúpido sentido del honor y el decoro le habían hecho rechazar la puerta de escape que se le ofrecía. Respiró hondo, tomó una botella de whisky de su cajón y dio un trago. El resto del día se mantuvo abstemio, no querría llegar a su muerte con mal aspecto. Paseó por el vasto jardín, muy hermoso en ese otoño de sangre que Dios regalaba a los sufridos londinenses.

Vio así entrar por el portón a Torres. Venía a rechazar la amable oferta que recibiera de De Blaise: no pensaba regresar de momento a España, y su ajedrecista no estaba en venta. Pretendía resolver también algunas cuestiones que lo intrigaban, ¿por qué ya no estaban interesados en que acabara el trabajo? ¿A qué esa urgencia que se traslucía entre tanta generosidad? Por desgracia lord Dembow estaba muy delicado, y fue recibido por el seco Ramrod, que se limitó, y no es poco, a aumentar la generosa oferta a cinco mil libras, como quién ofrece un cigarro. Torres insistió en su rechazo.

—¿No les interesan ya mis progresos?

—Me temo, señor Torres, que la salud de lord Dembow le va a alejar un tiempo de sus aficiones por la ciencia. —Ramrod, sentado en la biblioteca, no cesaba de jugar con un ostentoso anillo, un sello con un pato o un flamenco—. Sin embargo, desearía conservar el autómata. En rigor, es de su propiedad.

—No estoy yo al tanto de eso.

—¿Va a litigar por un montón de piezas viejas?

—¿Y usted?

El pequeño hombre se mesó las barbas y cuadró un fajo de enormes billetes que sacó del escritorio que mediaba entre ambos, sonriendo.

—No soy un buen negociador. Sé que no soy agradable para nadie, y no me esfuerzo en parecerlo. Por otro lado soy fiel cumplidor de lo que mi señor me pide, más postrado como ahora se encuentra...

—¿Qué les ha dicho el médico?

—Que va a morir. Eso nos va a pasar a todos, ¿no? El asunto es que su deseo es tener ese autómata para su espléndida colección, pese a que no haya sido capaz de repararlo. Puede recibir una interesante cuantía a cambio y salir todos satisfechos, o si no lo desea, nuestro abogado, el señor Fulbright, puede tomar parte.

—No necesito ese capital ahora mismo, y deseo conservar el artefacto en cuestión. En cuanto a sus amenazas, señor mío, haré como que no las he oído, todo esto se arreglaría de modo más sencillo si pudiera hablar en persona con lord Dembow, si su estado es...

—Imposible. Buenas tardes, señor Torres.

Y así fue despedido el español de Forlornhope. A la salida se topó con el alma en pena de Percy que lo aguardaba desde que lo viera entrar, y estuvo más que dispuesto a hablarle, la primera cara amiga que veía en días.

—Quisiera ayudarle —dijo respondiendo a la petición de Torres de que le facilitara el acceso a su padre—, pero si antes mis palabras no tenían interés alguno para él, ahora nada lo tiene.

—Entiendo. Debiera tratar de hablar con él, tal vez en su enfermedad... y lo que pueda averiguar es importante para nuestra pequeña sociedad. —Sonrió—. Por cierto, sería conveniente que nos volviéramos a reunir, si no lo ve apropiado en su club, estoy seguro que la señora Arias no tendrá inconveniente en que mañana...

—Mañana me será imposible. En cuanto... ¿le hablé de dónde se encuentra ahora el señor Bowels?

—Claro, en una casa de su propiedad en...

—Le daré la dirección precisa. Lo mejor es que no tenga yo solo esas señas.

Y llegó el domingo, una semana exacta tras la muerte de Liz Stride y Kate Eddowes. Como en toda mañana de muerte, el alba vino fría, dando fin a una noche en la que Percy no pudo pegar ojo. Desveló al pobre Albert, ya el único habitante de Forlornhope en el que confiaba hasta cierto punto, y le pidió que preparara un coche, que no lo esperara en la puerta, sino en la calle, fuera de la propiedad, lo más apartado que pudiera. Se vistió, se santiguó y ya en la calle estaba el birlocho aguardándolo. Quería ir antes de que De Blaise despertara, aunque no estaba seguro de que estuviera en casa, o en algún sucio catre entregado a sus vicios.

—¿A dónde vamos, señor?

—Tothill Fields.

De camino cambió de idea, oportuno cambio, como verán enseguida. Antes de acudir a la arena del honor, Percy recordó las últimas palabras del doctor Purvis, y pensó que sería apropiado testar. Ya que su padre vivía, no era potestad suya decidir quién ostentaría títulos y posesiones a su muerte que él no poseía aún en vida. Contaba no obstante con cierta fortuna personal y algunas propiedades, que no quería que fueran objeto de mercadeo en manos de su padre, o peor aún, del hombrecillo de confianza de su padre. El era un hombre de cuarenta y dos años, noble y rico, no era en absoluto inusual que ya hubiera dispuesto sus últimas voluntades. Pocos cambios tenía en mente hacer. Había legado todas sus pertenencias a Cynthia y a su descendencia, mientras él no tuviera hijos propios. Ahora temía, no, tenía la certeza de que Cynthia estaba muerta, y no le quedaban más seres queridos a quien favorecer.

Aún de noche, despertó a su albacea, el doctor Fenster, su profesor y mentor, retirado no por la edad, que su cerebro aún funcionaba a la perfección, sino por su ceguera. El buen doctor no había abandonado en su retiro Londres ni las cercanías de su querido London Hospital. Fue a buscarlo a casa, soliviantándolo y casi sacándolo a

la calle en camisón de dormir. El doctor Fenster estaba acostumbrado al comportamiento simple de Percy, y tanta ebullición lo sorprendió: a las tantas de la madrugada, su pupilo lo requería como testigo para un codicilo que debía añadirse a su testamento cuanto antes. Ambos despertaron a las seis de la madrugada al notario, el honorable señor Barnabi, quién se sobresaltó tanto o más que el doctor.

—Señor Abbercromby —dijo el ojeroso jurista, rodeado de su asustada familia—, ¿se encuentra bien? ¿Es que teme...?

—Un mal pálpito... no sé, tómelo como quiera. Tengo la urgencia de rectificar de inmediato mi testamento. Sabe que mi prima, la señora De Blaise...

—Oh, es cierto —intervino la señora Barnabi, olvidándose de lo incómoda que se encontraba en bata y recién sacada de la cama—. Se ha comentado mucho, qué lástima, un criatura tan adorable... ¿Saben algo? Voy a preparar algo de té...

—No señora, por favor, no es necesario. Discúlpeme el haber irrumpido de modo tan abrupto en su hogar, pero me urge...

—La señora De Blaise... sigue con vida que sepamos —continuó Barnabi—, ¿me equivoco?

—Se lo ruego...

Aceptó. Este notario era de renombre en la ciudad, en todo el reino, y acostumbraba a tratar asuntos con lord Dembow y su familia, y nunca fueron asuntos cómodos ni carentes de exigencias. El resultado, rubricado como testigo por el doctor Fenster, que permanecía como albacea de todos los bienes de Percy, es que legaba la totalidad de su patrimonio a la señorita Margaret Cecilia Trent, que administrado por el doctor o quien este tuviera a bien dejar tal tarea, procuraría todo el bienestar posible de la mujer durante su enfermedad, estuviera donde estuviese. Si fallecía... no había nadie más, nadie más que le importara.

—Estoy solo... no sé... Debe haber familiares del señor Hamilton-Smythe con vida. Dénselo todo a ellos entonces. —Ante la pregunta dibujada en la expresión de asombro de médico y letrado, continuó—: Me gustaría poder paliar todo el daño que mi familia ha hecho. Sé que es imposible...

Terminado de atar todo, dejó al doctor Fenster en casa y salió para Tothill Fields. Despidió a Albert y al coche poco antes de llegar.

—¿No dijo que iríamos...?

—No. Prefiero pasear un rato por aquí. Quiero despejarme. Le veré en casa Albert, muchas gracias.

Marchó caminando a buen trote. El lugar precisado para el encuentro es donde ahora se levanta la catedral de Westminster. Tothill Fields había sido una prisión, derribada tres o cuatro años atrás. El solar aún sin edificar se había convertido en un lugar idóneo para encuentros no del todo legales entre caballeros, como el que se disponía ahora entre sus piedras. Ya el sol señoreaba en un cielo claro y sin nubes;

llegaba tarde. No le costó distinguir dos monturas junto a la enorme puerta de la antigua prisión, aún en pie. Allí abajo había tres figuras, una alta y airosa, otra pequeña y recia y la tercera, la silueta del doctor Purvis. De Blaise, de negro de rigor para estos lances, daba cortos paseos, impaciente. El señor Ramrod y el doctor estaban atendiendo a una pequeña mesita de jardín que mediaba entre ambos. Se acercó.

—Caballeros —dijo Ramrod en cuanto vio llegar a Percy—. Esto, además de innecesario es peligroso, sea quien sea el vencedor. Podemos acabar todos en prisión.

—¿Cree que eso me preocupa? —dijo Percy.

—Señor Abbercromby, tal vez se pueda arreglar de otro modo, somos hombres cabales...

—Yo estoy dispuesto a olvidar cualquier ofensa, y a pedir perdón si en algo te he faltado. —Era De Blaise, sin miedo ni servilismo alguno en sus palabras. De hecho parecía adormecido, atolondrado.

—Yo no olvido. A menos que una bala tuya en mi frente me arrebate los recuerdos para siempre.

—Perceval, no sería justo...

—No te tengo miedo.

—Lo sé. No quiero matarte y, no lo tomes como fanfarronería, no creo que tú puedas...

—¿Qué te importa mi muerte? ¿Ya no puedes cargar con otra? La de Cynthia, ¿esa ha colmado tu vaso?

El semblante de De Blaise se contrajo, y suspiró.

—Como quieras. Ramrod, eres testigo de que he tratado de evitar esto.

—Lo soy. Aquí están las armas. —Señaló un bonito estuche de cuero marrón que descansaban en la mesa.

—He sido el retado —dijo De Blaise—, en justicia debiera elegir arma. Tal vez preferiría el sable, las armas blancas son siempre más nobles a la hora de pelear.

—Si eliges espada, será con espada. —Pensaba sin duda en lo que le dijo Purvis, sobre cierta costumbre de evitar que las partes llegan un acuerdo y suspender así el duelo de una forma honorable para todos—. No pararé hasta que tengas que degollarme. Y sabes que eso sí será una lucha injusta.

—A tu gusto, primo. Hemos traído las viejas pistolas de tu padre. Resultará poético matarte con balas suyas.

—Lo apropiado es que tuviera usted un padrino, uno elegido por usted y de su confianza. Como hemos acordado, a falta de otro, ha aceptado como tal al doctor Purvis aquí presente, ¿correcto? —dijo Ramrod—. Bien, hemos confeccionado un documento, aquí está. —Tendió el escrito, del que retiró una hoja de papel carbón y la copia que llevaba pegada—. Se trata de una carta eximiendo de culpa al vencedor

de las heridas del contrario, en caso de haberlas. Ambos juran que llegan aquí por propia voluntad y que aceptan los riesgos de este encuentro. Han de firmar abajo. —De Blaise se puso a ello, mientras Percy preguntaba:

—¿Esto tiene validez legal?

—Es una declaración firmada —dijo Ramrod sin mucha confianza en sus palabras—. Yo soy procurador, y ejerceré como testigo, al igual que el doctor Purvis. No se me ocurre otra garantía más, sin que acabemos todos en prisión.

—He traído un coche —dijo por fin el médico, que se había mantenido muy cariacontecido hasta el momento—. Está allí, tras la tapia. Por si hubiera un herido que transportar.

—¡Eh! —El grito vino de detrás de unas piedras. Todos los presentes se sobresaltaron, y a punto estaban de aprestarse a subir a sus monturas y huir, cuando vieron que la figura que se acercaba no era un policía. Era un sujeto algo desaseado, sin afeitar, con aparatosos bigotes, un enorme gabán polvoriento en el que se envolvía y una gorra de marinero de la que asomaban mechones negros y grasientos. Sin dejar de hacer aspavientos se plantó entre los tres y empezó a señalar a Percy y a sí mismo, de forma convulsiva.

—¿Quién es usted? —preguntó Ramrod, y el individuo por toda respuesta siguió señalando, alternativamente a Ramrod y De Blaise y luego a Abbercromby y a él, y hablando en español muy atropellado—. ¿Es su padrino? Creí...

—¿Le conoce de algo? —dijo el doctor.

—Sí... —fue la tímida respuesta de Percy, que no tenía idea de quién era el tipo que no dejaba de mirarlo, abriendo mucho los ojos, como queriendo decirle algo. Hablaba español, eso lo empujaba a seguirle la corriente.

—Esto es muy extraño —dijo Ramrod—, ¿qué...? ¿Quiere que sea su padrino?

—Sí... creo...

—Ya está bien —cortó De Blaise hastiado, y entregó con fuerza un maletín que contendría las armas a su pequeño padrino—. Acabemos de una vez.

Si conoce a este... a este señor, que sea su padrino. Usted se limitará a ejercer de médico, Purvis, si es necesario.

—Como gusten —dijo el aludido.

Ramrod se encogió de hombros, y procedió a montar las armas, viejas y hermosas pistolas de duelo que Percy ya había visto más de una vez. Eran armas húngaras de un siglo de antigüedad, mimadas con tanto cariño que brillaban sus cañones dorados como nuevos y la madera de las culatas parecía recién barnizada. Una vez cargadas las entregó al improvisado padrino contrario para que las examinara, con toda la ceremonia requerida, mientras Purvis medía el terreno de la liza, y marcaba con el pie dos líneas enfrentadas.

—Caballeros, cada uno caminara diez pasos y se detendrán. A mi orden darán

media vuelta, apuntarán y dispararán solo cuando yo lo indique. —Sacó un revólver de su levita—. Si alguno de ustedes se adelanta, yo mismo lo abatiré. Adelante. —Volvió a guardar su arma y tomó las dos preparadas para la lucha. Las tendió a De Blaise.

—Elige tú —dijo este. Ramrod dio media vuelta y el sucio padrino de Abbercromby, del que este no había apartado su atónita mirada, tomó una—. ¡Por Dios!, ha de ser él quién escoja. —Se la arrebató de la mano con violencia y se la entregó a Percy—. Adelante señores, que la fortuna les sonría, y que Dios ayude a quien resulte herido.

Ambos contendientes se dieron la espalda y comenzaron a caminar. De seguro el corazón de Abbercromby debería cabalgar desbocado. Iba a morir. No solo era peor tirador, mucho peor; sus nervios nunca se habían templado en situaciones como esta, su pulso temblaría. Si supiera algo de armas y de muerte, no habría estado tan asustado. Esas viejas pistolas de duelo tenían mucho alcance, pero sus cañones eran lisos, apuntar con ellas era un auténtico martirio. Las destrezas de los contendientes se igualaban por la falta de precisión de las armas. Un duelo dependía más de la suerte que de la puntería, y sobre todo y fundamental, de la sangre fría, de la que Percy no disponía en ese momento.

—¡Den media vuelta!

Eso hizo. Le pareció que De Blaise estaba muy lejos, muy pequeño. Hasta eso se conjuraba en su contra: él era mucho más grande, ofrecería un blanco más claro.

—¡Apunten!

Lo hizo, y vio que su oponente amartilló el arma primero. Lo imitó, ya muy nervioso, el pulso le temblaba, mientras que De Blaise alzaba el brazo con firmeza. ¿Qué sería mejor? Apuntar al cuerpo, sin duda. Lo quería muerto, pero la cabeza le parecía un blanco muy pequeño. De Blaise se había perfilado contra él. Claro, así era más fácil apuntar, y la superficie del objetivo se reducía. Hizo lo mismo, mientras veía que a un lado, junto a Ramrod, el desconocido le hacía pequeños gestos extraños. Eso, la misteriosa aparición de ese hombre era tan insólita que le había alejado de los pensamientos nefastos que ahora no podía contener, haciéndole actuar como impelido por una voluntad ajena. Estaba solo, frente a un cañón inmisericorde... ¿o tal vez no? Seguramente De Blaise no se atrevería a cometer un asesinato, y esto es lo que era a ojos de la autoridad un duelo. Tal vez le disparara a una pierna o un brazo, era un hombre de excelente puntería; sí, eso haría, y él dispararía al pecho y...

—¡Fuego!

La voz le sobresaltó de mal modo. Su mano tembló, y no disparó, no antes de que lo hiciera De Blaise. Sonó el percutor al caer... y ya está. El arma había fallado, bendito sea Dios.

—Dispare ahora, señor Abbercromby —insistió Ramrod—. Debe disparar.

Apuntó de nuevo, le temblaba la mano. De Blaise miraba su arma, sin mover los pies un ápice.

—Un momento... —dijo.

—Debe esperar a que dispare, mayor De Blaise.

—El arma está descargada, ¡me han dado una pistola descargada!

—Eso es imposible, ¡un momento! —El pequeño hombre avanzó con no poco valor para interponerse al disparo de Percy, temeraria acción que no lo era tanto, pues el joven lord no había podido aún parar el temblor de sus miembros. Decidió bajar la mano y el desconocido gritó con mal acento:

—¡No! ¡Fuego! —Y sacó del cinto una navaja cabritera, cuyo tamaño y ruido de muelles al abrirse casi ya mataba antes de probar carne. Se echó sobre Ramrod. El pequeño secretario trató de alcanzar su pistola pero cayó rodando al suelo bajo el peso de su agresor, perdiendo el revólver. De Blaise avanzó corriendo, a socorrer a su padrino a punto de ser degollado. Voces y carreras detuvieron la pelea a tiempo.

—¡Alto, detengan este despropósito! —Era Torres, mi amigo Torres. Apareció al galope, acompañado de otro jinete tan apurado como él, don Ángel Ribadavia, quien gritó a su vez en español:

—¡Tente, Ladrón! ¡No me lo rajes!

Todo se detuvo, hasta el aire. Un segundo después, Ladrón (sí, era uno de los pintorescos amigos murcianos de Ribadavia) se levantaba de un respingo, navaja en mano, y ponía distancia con Ramrod, quien con más trabajo se incorporó, enjugando con la mano la sangre que manaba de su cuello y buscando su arma en el suelo, dispuesto a tirotear a su agresor.

—¡Esto es un dislate! —continuaba Torres, ya apeado del caballo.

—¡Ha intentado asesinarme! —decía Ramrod, pistola en mano ya, encarándose con Ladrón mientras mostraba un superficial corte que adornaba su cuello gordezuelo bajo la barba. Esta vez fue Ribadavia quien se interpuso.

—Este hombre trabaja para mí y trataba de detener un duelo ridículo y peligroso.

—¿Y usted es...? —preguntó De Blaise.

—Ángel María Rivadavia de Castro Retrueque, agregado a la embajada española en Londres, para servirle a usted y a su familia en lo que tengan menester.

—No entiendo nada.

—Supimos de este disparate —se explicaba Torres, dirigiéndose más a Percy que al resto. Ramrod había guardado su arma y Ladrón cerraba la navaja, ambos cruzándose miradas heladas—, el cómo no tiene importancia. —Y era sencillo de imaginar. En el último encuentro con Abbercromby, Torres lo encontró extraño, no solo en su aspecto físico. El que le confiara la dirección donde ocultaba al sargento Bowels, arguyendo que «no es bueno que lo sepa solo uno de nosotros», le dio un mal pálpito. Comentó su desazón a su amigo Ribadavia quien, cada vez más

implicado en todos estos asuntos por algún trasnochado sentido aventurero y caballeresco, puso a sus «secuaces» a vigilar la muy vigilada Forlornhope. Disimulados en la calle, vieron salir a Percy y oyeron decir al cochero: «a Tothill Fields». Ladrón fue para allá mientras Martínez voló a informar a su amo, y este a su vez a Torres.

—Sé de quien usa ese descampado para batirse en duelo —comentó.

—¿Todavía hay?

—No, no en serio al menos. El último duelo del que tengo noticia es muy anterior a mi época, de hace más de treinta años. Ese señor Abbercromby parece un tipo serio y pegado a viejas costumbres...

No hubo que decir más. Salieron a galope y ya saben el resto. El retraso de Percy en su visita al notario propició la llegada a tiempo de los españoles para evitar la tragedia... pero estábamos con Torres, que decía:

—No tiene sentido esto, es una locura.

—Estoy de acuerdo —afirmó De Blaise.

—No es necesario verter sangre de nadie, sus diferencias...

—Son irresolubles —dijo tajante Percy.

—¿Y cree que un acto como este soluciona algo?

—Es una cuestión de honor.

—Ahora hay más cosas en juego que su orgullo herido, estimado señor Abbercromby.

—Disculpen, les advierto que he llamado a la policía —mintió Ribadavia—, no sabía que podíamos encontrar...

—En ese caso lo mejor es que nos vayamos —dijo Ramrod.

—Nadie se va de aquí —sentenció De Blaise—. Este cobarde ha tratado de asesinarme.

—No te consiento... —Ambos se encararon, con suficiente ímpetu como para sobrepasar a los presentes que trataban de terminar con la riña. Con mucho esfuerzo Ramrod por un lado y Torres por el otro separaron a los dos caballeros, que ya se agarraban de las levitas.

—Vámonos de aquí, rápido —dijo el diplomático.

—¿Cómo vamos a huir? —repuso Torres—. No somos unos delincuentes, con explicar...

—Hágame caso. Si hay algo que explicar, mejor hacerlo otro día. ¡Nos vamos, Ladrón!

—No pienso salir corriendo como un... —Se oyó un disparo, y al momento un:

—¡Alto! ¿Qué significa eso? —Policías uniformados. Vaya, parece que Ribadavia no había mentido, después de todo. De Blaise, sintiéndose traicionado y furioso, había arrebatado en la confusión el arma a Ramrod y con ella abrió fuego contra

Percy. El pequeño ayudante reaccionó rápido y golpeó en la mano a su apadrinado, el tiro se desvió, yendo a parar al joven doctor Purvis.

—¡Por el amor de Dios! —rugió Ramrod con el arma por fin en su poder, arrojándola luego al suelo, furioso—. ¿Se ha vuelto loco? Salgamos de aquí...

—No quería... disparaba a...

—¡Traidor! —espetó Percy, y sin más hizo fuego con la pistola de duelo que aún empuñaba. Falló, claro. El único resultado de su disparo fue más gritos de los policías, que apretaron el paso.

Ramrod sacó al cada vez más furioso De Blaise tironeándolo de la manga, ambos llegaron a los caballos en dos zancadas, cuatro en el caso de Ramrod. Buenas monturas por cierto, que apenas resoplaron un poco al sonido de los disparos, y por el contrario mostraron más que nervio a la hora de desaparecer, abandonando en la fuga toda dignidad. El español por su parte corrió hacia el médico tendido, junto al que ya estaba Percy, una vez arrojada el arma al suelo.

—Perdonen que sea tan cargante —dijo Ribadavia—, insisto en que habría que irse ya. —Ladrón, por cierto, ya no estaba, había desaparecido con el sigilo y la oportunidad de quien acostumbra a evitar las situaciones delicadas. En cuanto al resto, poco podían atender ahora a las indicaciones del diplomático, pues los agentes ya estaban encima. Llegaron a incorporar al herido Purvis, cuyo brazo sangraba del roce, no fue más, de la bala de De Blaise, y que se quejaba.

—Señores, estoy acabado. Soy un pobre médico, mi mujer y mi hija recién nacida dependen de mí y ahora me veo involucrado en un delito... no podré ejercer, avergonzaré al doctor Greenwood, que tanto ha...

—¡Quietos ahí! —dijo el sargento que comandaba a los policías, ya junto a los cuatro caballeros restantes—. ¿Qué significa todo esto? —Torres debió verse atrapado; él, un extranjero, sumergido en algo tan rocambolesco como un duelo, duelo con el resultado de un herido. Demasiadas explicaciones que dar, que de pronto parecieron innecesarias cuando Perceval Abbercromby dio un paso adelante, con el arma que disparara el señor Ramrod en su mano, recuperada del suelo con rapidez inusitada en él.

—Señores, ha habido un desafortunado accidente.

—¿Un accidente? Explíquese. —Los policías miraban a un lado y a otro, escrutando a todos los allí presentes.

—Verán —continuaba Percy, serio y firme como de costumbre—, vine a hacer prácticas de tiro. —Mostró el revólver en la mano—. No vi a estos caballeros, por desgracia creo que he herido a uno de ellos, fue algo fortuito, lo lamento.

El sargento hizo un gesto y dos de sus hombres se acercaron a Purvis, comprobando en efecto que la herida era muy superficial, aunque escandalosa por la sangre derramada.

—¿Y qué hacía aquí... disparando?

—Como le he dicho, puntería. Me temo que ha sido una noche muy larga y... soy Perceval Abbercromby. Mi padre está enfermo y me temo que eso me ha afectado.

—Tenía entendido que aquí iba a celebrase un duelo.

—¿Un duelo? Yo estaba solo, ¿con quién...? —El policía miró intranquilo a Torres y Ribadavia, que trataron de transformar sus caras en bustos de mármol.

—¿Ustedes?

—Dábamos un paseo —dijo Rivadavia, con una considerable pérdida de su elegante acento al hablar inglés.

—¿Por aquí?

—Somos extranjeros; hemos debido extraviarnos.

—Repito que lo lamento —continuó Percy, ahora dirigiéndose al doctor Purvis y al resto de los «inocentes transeúntes»—. Desde luego, soy el absoluto responsable de esto, y le resarciré como es debido, a todos ustedes.

—Me encuentro bien —dijo Purvis, más abochornado que dolorido.

—Aun así, vendrán a mi casa. No puedo menos...

—Señor, mire esto. —Uno de los agentes había recogido una pistola de duelo abandonada.

—He traído varias armas para probar —inventó ágil Percy—. Es un arma vieja de mi padre.

—Esto demuestra mucha irresponsabilidad, señor Abbercromby. —El sargento no parecía convencido de la versión de Percy—. No se pueden disparar armas así, sin más...

—Lo entiendo sargento, y me pongo por completo a su disposición. Primero quisiera resarcir a estos señores por el desagradable incidente, y ocuparme de la herida de usted.

—No sé... es algo muy irregular.

—Vivo en Forlornhope, en casa de mi padre, lord Dembow. Permítame llevarles allí y atender al herido...

—No es más que un rasguño —dijo el policía que se había aproximado a examinar al doctor Purvis.

—No irán a detener a un caballero como él —intervino Ribadavia, tal vez demasiado apresurado—. Nadie ha sufrido daño irreparable, y por nosotros no...

—Lord Dembow... —masculló el sargento—. Váyanse todos, si usted está de verdad en condiciones.

—Así es.

—Pues marchen. Ya hablaremos más adelante con usted, señor Abbercromby.

Y así terminó el duelo entre De Blaise y Abbercromby, sin bajas, cosa más habitual de lo que la romántica mente de muchos imagina sobre estos trances.

Alejándose ya, hacia el coche de Purvis, el médico herido se deshizo en agradecimientos hacia Percy. Había salvado su reputación; un prometedor médico del London Hospital, el delfín de uno de los más eminentes doctores del reino involucrado en duelos y aventuras.

—En cambio usted, Abbercromby, a puesto aquí su fama y nombre en entredicho —comentó Ribadavia.

—Poco tengo yo que perder. Una frivolidad más de la deteriorada nobleza. En todo Londres ya se comenta que no soy ni la pálida sombra de mi noble y emprendedor padre; lodo sobre lodo no mancha.

—Sin embargo —intervino Torres—, en alguien de su rectitud moral, no es de minusvalorar el sacrificio de mancharse el blasón así.

—Y yo la agradezco de verdad —insistía Purvis—, se lo aseguro. No olvidaré su gesto.

Ribadavia los invitó a comer en su casa, a todos menos al doctor Purvis, al que dejaron en la suya tras su insistencia de que le dejaran a él mismo hacerse la sencilla cura que precisaba. Percy no se negó al convite, cualquier lugar le parecía acogedor comparado con Forlornhope. La casa del diplomático no era nada ostentosa, aunque no adolecía de incomodidad alguna, y la comida española, tenía una cocinera de su país, unida a la amabilidad del diplomático apaciguaron la sed de sangre de Abbercromby. Al mismo almuerzo fue invitado también el inspector Abberline, quien acudió al convite de inmediato.

He oído —comentó—, que Lusk, el del comité de vigilancia, ha pedido al Home Office que se garantice el perdón a cualquier cómplice del destripador que revele la identidad de su socio.

—¿Y cree que aceptarán?

—No. Lo peor es que empiezo a creer que propuestas como esa son lo único con lo que podemos obtener resultados.

—No inspector, nosotros sabemos quién es ese Jack, lo hemos visto.

Cierto, lo habían visto, observación por cierto que no pasó desapercibida para don Ángel, aunque nada dijo de momento. De haberlo visto, a saber dónde estaba o quién era, había un abismo. Esa excelente comida, tuvo que serla tratándose de la cocina de un epicúreo, calmó el tormentoso ánimo de Percy. Torres le hizo ver que matar a De Blaise no le proporcionaría paz alguna. Además, esto lo añadió Abberline, el mayor parecía el eslabón más débil de la cadena. ¿Qué cadena? Seguían a oscuras, sospechando de no sabe bien qué. Para avivar el fuego de esas sospechas, Ribadavia contó lo que había averiguado sobre Cynthia, sobre su desaparición. Desde el veintiocho por la noche, dos días antes al doble asesinato, nadie vio a la joven en Forlornhope, nadie de su familia, pero no era su padre, su primo o su esposo las últimas personas que decían haberla visto. La policía no tenía información al

respecto, al menos no la tenía Abberline, cosa que dado el secretismo en que se llevaba todo el asunto, no era de extrañar. Ribadavia tenía otras fuentes de información.

Cynthia había hablado el día veintinueve con alguien bien situado en el Foreing Office, un viejo amigo de su tío, que siempre había mostrado un cariño especial por ella, sir Francis Tuttledore. El nombre le sonaba a Torres de la recepción en Forlornhope del mes pasado. El hermano de Tuttledore, coronel de los Royal Horse Guards, era amigo de Ribadavia, como no. El asunto es que la muchacha estaba interesada en saber más sobre un tal capitán Cardigan William.

—Claro —dijo Percy—. Descubrió, como descubrí yo, que Trent era su madre.

—Imagino que siempre lo supo —dijo Torres—, o lo sospechó. Creo que algunas de mis palabras le hicieron ver que su padre, el capitán William, era aquel cochero... más que creerlo lo lamento. Me temo que esas inquietudes la empujaron a investigar y parece que hay alguien que no quiere que se sepa nada sobre la vida del capitán Cardigan William, más conocido por Sturdy...

—No podemos saberlo —señaló Ribadavia—. Lo único cierto es que ella andaba preguntando por ese capitán. Tuttledore no pudo decirle demasiado, le prometió que indagaría e hizo algunas preguntas, consiguió informes... era fin de semana y el bueno de sir Francis estaba a punto de irse a Francia, problemas de salud, por lo que no le prestó demasiada atención, pensó que serían caprichos de una recién casada, abrumada por la pérdida de una ya rancia soltería... sin ánimo de ofender, señor Abbercromby.

—No se preocupe.

—El caso es que la señora De Blaise le pareció muy nerviosa, y cedió a sus apremios, hizo algunas gestiones, lo suficiente para cumplir con la sobrina de un viejo amigo. Llegó el domingo, y sir Francis se marchaba, así que pidió a su hermano, mi amigo, que se preocupara por la señora De Blaise, que le comunicara de su parte que aunque él se iba al continente, había dejado a hombres competentes a cargo de su solicitud. Su hermano, John Tuttledore, fue a Forlornhope.

—No recuerdo... —dijo Percy.

—Eso aseguró él. Antes de decir nada, Cynthia le pidió que transmitiera sus agradecimientos a su hermano. Dijo que sus gestiones habían sido exitosas, y que ese día mismo iba a tener la información que requería.

—No me consta que Cynthia recibiera a nadie en casa... como les dije, o al menos se lo dije a usted, Torres, la última vez que la vi fue en situación harto embarazosa. —Ribadavia enarcó las cejas interesado—. Después de eso imagino que ambos evitamos el contacto... no puedo servir de ayuda en esto.

—¿Y no hay manera de averiguar qué información iba a recibir, y de quién? —preguntó Torres.

—Me temo que mis muchos conocidos permiten que oiga ruido, mucho ruido —dijo Ribadavia—, pero nada en concreto.

—Y poco puedo añadir yo —dijo Abberline—. No cabe duda de que mis conocimientos de los entresijos políticos de mi país son mucho menores que los suyos, *señor* Ribadavia, y en cuanto a los policiales, la investigación de la desaparición de su prima sigue sin dar frutos. De darlos tampoco creo que se me informara...

—Vamos, inspector dijo Ribadavia sirviendo algo más de vino de su tierra—, le veo muy pesimista.

—Lo soy. Todo es muy turbio en esto, exasperante y turbio. Recuerdan... usted señor Torres, ¿recuerda durante la aparición de... de esa cosa en Forlornhope, los hombres armados que allí se dispusieron?

—Miembros del departamento especial, de la sección D presumió Torres.

—¿De qué departamento especial? No el del inspector jefe Littlechild, desde luego. Moore y yo hemos indagado algo más. Nadie de los que estaban allí pertenece a la policía, a ningún departamento.

—¿Quiénes eran?

—Sé tanto como usted. Algunos de ellos, si mi memoria no me falla, y no suele hacerlo, eran guardaespaldas de lord Dembow, o por lo menos los he visto allí desde el atentado, y nadie de Scotland Yard, o del Home Office, hasta donde yo sé, les había encomendado tal misión, aunque... aunque parecían obedecer órdenes de algunos oficiales, como el propio Matthews.

—¿Eso dónde nos deja?

—En mala... posición, Leonardo —dijo Ribadavia—. Me temo que sin otras fuentes de información, sin menospreciar en absoluto sus... sus... sus capacidades, inspector, no podrán averiguar nada de... ¿por cierto? ¿Qué se supone que intentan averiguar?

—No... —Torres ignoró al diplomático—. Vimos a... lo que vimos, en casa de lord Dembow, y ese es el único indicio... tal vez, amigo... Perceval, si usted pudiera indagar en su padre, sé que no tienen buena relación, pero no alcanzo a ver otra...

—A la frialdad natural de mi padre conmigo, añádale que su estado ha empeorado, poco puedo... lo cierto... lo cierto es que el otro día ocurrió algo insólito... —Cayó... cayó un momento, amedrentado por lo que tenía que confesar. Luego prosiguió. Pasó a comentarles algo que creía sin importancia: la visita que Efrain Pottsdale hizo a su padre. Tal acción no tenía nada de peculiar, salvo que las trazas del sujeto, de mi antiguo patrón, no eran la de la clase de gente que lord Dembow solía recibir.

—¿Iba mal vestido... desaseado? —preguntó Torres.

—En... en absoluto. Su ropa parecía nueva, e iba limpio de pies a cabeza, que por

cierto no descubrió en ningún momento. Había algo en él... no quiero... no... no quiero resultar petulante... pero no pertenecía al entorno con el que mi familia se suele relacionar, y fue recibido por mi padre y por su secretario, en la biblioteca...

Ellos no podían saber... no...

Señores... es... toy extenúa...

____ 48 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Domingo

Lento ronca con placidez, tendido en el viejo sofá. Como los girasoles, orienta en sueños su rostro buscando la luz que entra por los desconchones de la pintura de las ventanas, desconchones que con mucho más esfuerzo que efectividad ha causado Alto, empleando para ello una pértiga larga, sin duda utilizada para la limpieza. Cuando ese lugar se limpiaba. Un suave acceso de tos lo despierta. Sentado cerca está Alto, ojeando papeles.

—¿Se encuentra bien?

—Mucho. —El descanso ha obrado milagros en él. Se incorpora un poco, mostrando que las fuerzas parecen volverle.

—Tiene mejor aspecto, desde luego. Parece que no hay infección, y los calmantes esos, sean lo que sean, son efectivos. ¿Tiene hambre?

—Sí.

—Buena señal.

—Pero no me dé comida. No quiero.

—Aunque quisiera. Ya queda muy poco. Mire en cambio lo que he encontrado. —Levanta una botella de vino—. Tenga —sirve en una vieja taza un trago—, es bueno, se lo aseguro.

—Eso no se lo rechazaré. —Bebe saboreando—. No puedo ser en este país sin beber su vino.

Alto sonríe y vuelve a los papeles, moviéndose para perseguir él también el sol esquivo. Lento queda disfrutando de su taza de vino, respirando con calma. Mirando al techo, muy lejos, formado por un entramado de vigas tras el que ahora, la nueva luz que liberara Alto, permite ver viejos frescos piadosos decorándolo. Hay en él y en toda esa suciedad, en el polvo revoloteando en los haces de luz, en los muebles destartalados, una enorme placidez, una invitación al abandono, a la desidia.

—¿No vemos a Aguirre?

—Es domingo si las cuentas no me fallan. Me pareció buena idea descansar un día. Y creo que a usted le ha venido muy bien.

—Sí. —Se recuesta de nuevo, escatimando movimientos en todo lo posible. Contempla los ángeles, y santos, y animales pintados arriba—. Es horroroso... pero me gusta... —Tiende su taza y Alto se levanta a llenarla de nuevo.

—Ha muerto, ¿sabe? Esta madrugada. —Llena la taza y él da un trago directo de la botella—. Anoche le deje dormido, y cuando he ido a verle, ya no respiraba. —

Vuelve a beber—. Nunca había matado a nadie.

—No es algo común en personas como usted y yo.

—No me siento mal. No sé. Es una extraña sensación... ¿melancolía?

—Creo que este lugar nos afecta.

—He visto unos niños fuera. ¿Más vino?

—¡Niños!

—Sí, esta mañana, mientras registraba. En el piso de arriba hay un corredor que da hacia ese descampado de al lado. Había unos chicos corriendo. Golpeé las ventanas... imposible. La cerca está a mucha distancia, y esas ventanas... intenté romperlas y rajé una, pero no hice el suficiente ruido.

—Bien...

—¿Le parece bien? No sé cómo saldremos de aquí. Ese hombre empezará a oler en unos días, debiéramos enterrar el cuerpo, o buscar un sitio...

—No se preocupe, puede que nosotros no tardemos...

—Tenemos que mantener la esperanza. Si encontrara un teléfono que funcione...

—Perdone, no quería ser... Es esta casa, me...

—Sí. La casa, las historias...

—Es lo que queda. A menos debemos saber la verdad ¿Y la nota? La nota que dejó el señor Solera.

—Si es que fue él. En fin, es domingo. Descansamos. Pienso preparar una suculenta comida para hoy.

—Claro, tenemos vino. —Ambos brindan. Alto vuelve a los papeles y Lento a contemplar el techo. Hay un ángel roto. O es otra cosa. Podría ser un agujero. El vestíbulo tiene la altura de las dos plantas. Si hay un hueco allí, debía entrar la luz. Se vuelve a incorporar. Al fondo, al otro lado del mostrador, ante la entrada de los servicios, hay andamios.

—¿Pasa algo?

—¿Qué lee?

—Su novela. —Alto sonríe—. Así practico ingles. Es curioso, ¿no cree? Una casa, una familia extraña...

—Usted también piensa que hace referencia a los Abbercromby.

—¿Si no, por qué nos la dejan aquí? Es una historia extraña, un folletín romántico con su hermosa heroína, sus personajes misteriosos, un malvado científico, amores rotos, equívocos... Sin embargo, hay algo más. El final...

—¿Ha llegado al fin?

—Sí. En realidad he ido saltando de trozo en trozo. Entera es insoportable. Y larguísima.

—Desde luego.

—Pero cada vez es más enigmática. Y su analogía con nuestra historia... la de

Aguirre, no es clara y sin embargo...

—Léame algo.

—¿Quiere...? No debiera cansarse.

—No me cansaré.

—No leo bien inglés.

—Seguro que sí.

—Bien —empieza a rebuscar entre los papeles—, queda advertido. A ver... sí, mire esto... ¿le hago un pequeño resumen de lo que ha pasado? Nos podemos saltar todo eso de la guerra y el muchacho...

—No. Lea. Ya... Lea.

____ 49 ____

Lee Alto

El 13er trabajo de Heracles por
M. R. William

Capítulo 112: El regreso

Château Ravin había envejecido. Los altos sillares, los acantilados, hasta el mar parecía más viejo, más furioso, más amargado, más sabio y más vil a un tiempo. Jim recordó las palabras de aquel tabernero:

—¿La casa del acantilado? Uf... nadie para ya por ahí. Dicen que vive un viejo loco, uno de esos pobres ancianos abandonados a quienes los niños tiran piedras. Otros comentan que quien habita en esas viejas piedras es el hijo del Diablo. Alguien a quien es mejor no molestar, pues acostumbra a secuestrar a quien a su puerta llama, y con él efectuar sacrificios y rituales extraños... ya veo que no me toma en serio. Usted verá, es muy libre de obrar como guste, pero yo no me acercaría a esa vieja casa, ni de noche ni de día. Hubo un tiempo en que fue la principal mansión del país, donde acudían los más grandes, las personalidades, políticos, militares, nobles. Nadie quería perderse una reunión en casa de ese brujo, hasta que sus maldades fueron patentes...

—Era un gran sitio, sí —dijo Jim.

Fue a caballo hasta allí, sintiendo cómo los bríos del animal iban amainando a medida que avanzaban por el camino triste, abandonado, desierto. La cruz, aquella en la que confesara por vez primera y única sus sentimientos a Camille, parecía ahora más un túmulo que un mirador, un memento morí para él, una tumba para ella, la de los dos. Se demoró allí unos minutos, incapaz de dejar de mirar el mar, rompiendo, furioso, exigiendo que le trajera de vuelta a su ninfa que había secuestrado y abandonado en las frías salas de Poseidón, deseoso siempre de robar las beldades de su seco reino rival. Y ahora iba, como reo al cadalso, dispuesto a mostrar su cuello desnudo a merced de la hoja del verdugo, de esos dos verdugos.

¿Cómo hombres tan ajenos al mundo, que habían buscado el enclaustramiento voluntario a perpetuidad, podían estar tan apegados a esa vida que desconocían? Cobardes, ellos y no él la mataron, ellos con sus miedos y su servil protección. ¿Preservarla para qué, para quién?

El repicar de los cascos de otro caballo lo sacó de este ensimismamiento. No reconoció al jinete, un hombre joven, rubio, vestido tan de negro como todo el que habitaba o servía en aquella lúgubre casa, porque de allí venía el caballo.

—Señor Billingham...

—Capitán Billingham.

—... es usted bienvenido. —Jim dudaba de la sinceridad de esas palabras.

—No le conozco, señor.

—Todo lo contrario, me conoce muy bien.

—Le aseguro que no.

Era un hombre joven, mal encarado aunque no exento de cierto atractivo, de rostro vagamente familiar.

—Soy Edmond.

—¿Edmond?

—El mismo, ¿tanto he cambiado?

—Desde luego. —Y esperaba que el cambio no solo estribara en las lógicas marcas del paso del tiempo. Recordaba a aquel niño, cruel y maléfico, que seguía las instrucciones de la pequeña Camille con devoción [...]

[...] —Allí le espera —dijo Edmond pistola en mano. Jim miró el puente azotado por el furioso viento marino. Apenas eran unos tablazones encima de las vigas que oscilaban en su intento de alcanzar La Torre del Suicida, en medio de la tormenta, amenazando con desplomarse por fin por el abismo y aislar ese torreón enfermo, lleno de soledades.

—¿Quién?

—¿A quién ha venido a buscar, señor... capitán Billingham?

—Al conde de Gondrin y a su hijo.

—Los dos están allí... o uno de ellos. La verdad, ya no los diferencio. Adelante.

—Se ha vuelto loco, ese puente va a...

—¿Tiene miedo?

—No tengo por qué...

—Lleva días esperándole, no puede negarse. Después de lo que ha aguardado, aquí, soportando con un estoicismo que no imaginaba en usted, capitán. Es solo lluvia, truenos, yo temería antes a lo que hay dentro de la torre.

Subrayó sus palabras con el cañón de la pistola.

—Cobarde —gruñó Jim congestionado de ira.

—Es usted quién no quiere cruzar, no yo.

Puso pie sobre las negras tablas. Años atrás, recordaba que ese paso parecía tan sólido como lo fuera su amor por Camille. Ahora su fragilidad le helaba el corazón. Se agarró a los restos de la barandilla, antes toda una pared y ahora unos simples maderos sin firmeza ni continuidad.

—¡Es una locura! —gritó Jim sobre la tempestad—. Podemos ir mañana, los dos.

—¡No soy yo el que quiere ir, no es a mí a quién se me espera! —Edmond se apoyaba contra el quicio de piedra, mientras apuntaba ya sin disimulo alguno a la

tambaleante figura sobre el puente—. ¡Ella está allí, capitán!

Jim se detuvo. Un trueno bramó, el cielo pareció enfurecerse al oír esas palabras lanzadas al viento.

—¿Qué está diciendo?

—¡Lo sabe bien! ¡Siempre lo ha sabido! —¡NO!

—¡Escuche a su corazón, capitán! ¿Por qué ha venido aquí? ¿Por qué ha pasado estas dos semanas así, aguantando las penurias que esta vieja casa se encargaba de infringirle, unidas a mi mal carácter? ¿Para decir a un viejo que su hija ha muerto? ¿Piensa que no lo sabe? ¡No! ¡Ella le espera allí! ¡Ella, una muerta viviente, o las profundidades del mar! ¡Escoja!

Jim tembló, miró al cielo furibundo, negro, del color de los ojos de Camille. No podía ser cierto. La vio morir, vio ese cuerpo caer desmadejado en sus brazos, ese cuerpo que había vibrado junto al suyo. Quiso hacerlo, con fuerza, pero no pudo apartar su imagen, su blancura, su vigor juvenil temblando a su lado, mezclándose sus sudores y su amor. Recordaba mejor su tacto y su sabor, perdido cuatro años atrás, que lo ocurrido esa misma semana o la anterior.

¡Viva!

Imposible.

—¡Siga adelante, capitán!

Así lo hizo. Siguió dando un paso tras otro en la tormenta, hacia la esperanza, cada vez más cerca de *la Tour Isolée*. Vio luz al final del puente, la Torre del Suicida se abría. En el umbral de luz se dibujaba una silueta, muy alta, firme, de largas melenas blancas; el conde de Gondrin.

—¡Aquí lo tiene señor, como le prometí! —gritaba Edmond—. ¡El final de todas las cosas ya está aquí!

A Jim le causó más esfuerzo el apartar la mirada de la silueta del conde que el que hacía por mantenerse en pie en la galerna. Por fortuna su espíritu templado en la guerra le bastó para librarse del hechizo que esa sombra del pasado ejercía sobre él. Atrás, Edmond ya no tenía una pistola, era un hacha lo que enarbolaba.

—¿Qué...?

—¡Es el fin, capitán! ¡No hay vuelta atrás! ¡Debe escoger! ¡La soledad o el abismo! —Y dio un descomunal golpe a una de las vigas de madera, allí donde se unía con la pared. En principio parecía una locura el pensar que el puente se podía derribar a hachazos, aún teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba. Aun así, a la vista de cómo retembló toda la muy endeble estructura, a Jim no le pareció tal disparate—. ¡Corra, capitán! ¡Corra!

Dio un golpe más. Hubo crujidos que Jim sintió a través de su mano aferrada al puente, porque los enviados de Zeus ahogaban cualquier sonido. El puente iba a caer. Estaba cerca de *la Tour*, de la puerta que el conde bloqueaba con su impresionante

presencia. No había nada que le hiciera creer en las palabras de Edmond, quien le había mentido, quien desde que lo conociera había dedicado cada minuto de su existencia a atormentarlo. Sin embargo, esa sensación... ese pálpito...

Otro golpe de hacha y una de las vigas saltó por los aires.

Si entraba en esa torre, encerrado con quien fuera su maestro, su único maestro, el monstruo del que escapó con Camille, ¿podría salir?

¿Y si era verdad que ella estaba allí? ¿Y si los nefandos conocimientos de ese brujo enloquecido la habían traído del Hades, para él, para siempre?

No cedería ante los caprichos de un niño cruel, ya no. Echó a correr hacia Edmond, le daría tiempo a llegar antes que cortara el otro pilote.

El puente se inclinó, haciéndole perder pie. Las tablas volaban, caían en la lluvia. Se agarró a un travesaño sin apenas ver. Abrió los ojos. Edmond estaba gritando, enloquecido, agitando el hacha en una mano y el revólver en la otra, iluminado por los rayos que rompían contra los muros del viejo castillo. No podía oír qué decía. Solo escuchó una voz que venía de atrás. El conde aullando:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Sus brazos, fuertes y abultados tras años de penurias, respondieron obedientes a su orden, se hincharon hasta rasgar su camisa, y así Jim volvió a poner pie sobre el puente. Edmond atendía a las maderas ya muy fracturadas. Se arrancó los girones de la camisa y corrió hacia él, olvidando el suelo que cedía a sus pies. Edmond trató de apuntarle, disparó mal, y Jim llegó a él, atrapando la pistola en su carga. Cayeron ambos, medio cuerpo apoyado en los restos del puente que crujían tan fuerte como el colérico cielo que los rodeaba. Jim estaba encima, y pistola en mano, por lo que se levantó rápido. Sin darle tiempo a decir nada, a reducirlo encañonándolo como era su intención, Edmond le propinó un puntapié directo al estómago.

Salió despedido hacia atrás, cayendo de bruces sobre el puente inclinado, que acusó su peso con un sonido nada alentador. Edmond era ahora un niño, aquel niño otra vez, aquel monstruo cruel que obedecía todos los caprichos de Camille y solo deseaba brillar más que Jim ante los ojos de la niña.

—¡Ataque vikingoooooo! —gritó ahora como entonces, pero el arma que enarbolaba en esta ocasión no era de madera.

Jim lo vio correr, abalanzarse sobre él como enloquecido, sin cuidado del firme inestable que pisaba. Alzó la pistola y disparó, y falló, era imposible hacer puntería en esas circunstancias. Edmond apartó el cuerpo por instinto al sentir la detonación, resbaló, cayó hacia el lado que el puente se inclinaba y las maderas a sus pies cedieron.

El hombre más cruel que nunca conociera Jim desapareció entre las brumas de la tormenta, cayendo por el abismo, agitando el hacha, partiendo cabezas de enemigos invisibles para orgullo de su dama, siempre fría y distante, gritando «¡Ataque

vikingooo!» con una fuerza que avergonzaba a los rugientes truenos.

Jim se levantó. El puente cedía. La caída de Edmond a través de él había debilitado la estructura de un modo irremediable. En unos minutos todo se vendría abajo. Llegar al castillo parecía imposible. Solo quedaba una gruesa viga dañada que uniera el puente a la pared, el suelo había desaparecido por dos metros. Dar un salto así, con ese viento, era un suicidio seguro. El único camino viable era, a Jim no se le escapó la ironía, la Torre del Suicida. Dio media vuelta y vio que hasta allí el paso por el puente era posible. Pronto desaparecería, pero de momento tenía suelo sobre el que pisar. Corrió hacia allí.

—¡Fuera! —Era la voz del conde, quien ahora tenía una escopeta en mano, cerrando el paso—. ¡Fuera de aquí!

—¡Señor! —contestó Jim—. ¡No puedo hacer otra cosa! ¡No moriré por sus caprichos!

Mientras corría apuntó con su arma. No quería matar a Gondrin, pese a que lo aborrecía no dejaba de ser su mentor, y el padre de ella. Tenía que entrar en esa torre. No había sobrevivido a la guerra y el presidio, al amor y su pérdida, para caer a la nada. El conde iba a hacer fuego sin que el pulso le temblara por un instante, cuando las maderas centenarias se rindieron por fin.

El puente perdió toda sujeción del lado del castillo y se precipitó hacia los acantilados ocultos entre brumas. Jim intentaba seguir corriendo mientras el suelo desaparecía bajo sus pies. El puente era viejo, pero bien construido, y no se desplomó por completo. Se partió por sus tres cuartas partes, quedando el resto adosado a la Torre del Suicida, suficiente para que Jim saltara y tomase un precario asidero, colgando del extremo sobreviviente mientras el resto de la tablazón desaparecía.

Las manos se resbalaban en la madera vieja y húmeda y los gritos de «¡fuera, fuera!» de Gondrin lo empujaban hacia abajo. La voluntad de Jim era ahora inquebrantable. Ascendió a pulso, ignorando cómo las astillas arañaban su pecho y dejaban regueros de sangre por su desnudez, para ver al conde decidido a descerrajarle un tiro si avanzaba un paso más. Era un anciano, no iba a poder con él.

Un oportuno rayo cayó enfrente, sobre la puerta ahora convertida en balcón del castillo. Sonó como el estallido de mil cañones y brilló como la luz de Dios justiciero. El conde, sobresaltado, se protegió con un brazo, inclinando la escopeta. Jim, henchido por el olor a ozono que ahora inundaba todo, impulsado por la fanfarria triunfal que la naturaleza furiosa le ofrecía, cargó sin freno, llevándose por delante a Gondrin y entrando por fin en la Torre.

El conde no perdió pie. Reculó al tiempo que propinaba un tremendo golpe en la espalda agachada de Jim. Por fortuna la escopeta había acabado allí donde estaba ahora el viejo puente, perdida en la violencia de la acometida. Jim, sabiéndolo, se recuperó y trató de reducir al anciano, quien le propino un tremendo puñetazo, otro

más y acabó tirándolo al suelo.

—Advenedizo... —gruñía el conde mientras buscaba algo con que ensartar a Jim entre las muchas panoplias que decoraban las paredes de piedra—. Vil esperpento de ser humano... vas a salir de mi casa, ya lo creo que vas a salir.

Jim, de rodillas ahora, no salía de su asombro. El increíble vigor de ese hombre, un octogenario capaz de dar cuenta de él sin que la voz le temblara, le había aturdido más que la fuerza de los golpes. El conde se volvió, espada en mano y la luz iluminó su rostro. Era un hombre joven. El largo pelo blanco, la ropa idéntica, el porte, incluso el enorme parecido facial lo había confundido, pero no era el conde... o era su versión rejuvenecida, un conde de Gondrin de cuarenta años.

—¡Louis! —exclamó Jim—. Eres tú.

—Por supuesto, ¿a quién esperabas?

—Creí que eras tu padre... te pareces tanto.

—Claro, soy... —Su rostro decidido pareció flaquear. La espada bajó hasta que su punta tocó el suelo—. Soy Louis Felipe Faubert, conde de Gondrin... creo.

—No, eres su hijo.

—¿Sí...? —La espada cayó al suelo—. ¿Estás seguro? ¿Recuerdas a mi...?

Se oyó una carrera, pequeños pasos que venían al trote. Por una puerta entró una pequeña, una dulce niñita, rubia, como un ángel encarnado. Estaba llorando.

—¿Papá...? Dijiste que harías callar a los truenos, lo prometiste.

____ 50 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Sigue despacio el domingo

—No me escucha, le estoy aburriendo, ¿verdad? —Lento se sacude sorprendido.

—No, al contrario. Soy... pensaba.

—Ya le dije que leyendo en inglés...

—No. Es interesante.

—Sí que lo es, sobre todo a partir de ahora... Deje, deje —Alto se levanta y tira el capítulo entre el resto de los papeles—, la amabilidad es ya innecesaria entre nosotros. Voy por la comida. —Se va hacia el fondo del vestíbulo, tras el mostrador de recepción.

—Prometió un banquete —dice alzando la voz Lento, que ya no puede ver a su compañero.

Por supuesto. Macedonia de fruta algo pasada y galletas revenidas.

—Suena exquisito.

—Y todo regado con ese excelente caldo.

Vuelve con tazones desportillados llenos de fruta, manzanas, naranjas... casi hasta rebosar. Lento se sienta en el sofá mientras su compañero coloca una mesa y dispone todo sobre ella.

—Demasiada comida.

—Mejor comer cuanto podamos, antes de que se estropee. Aunque he dejado algo como sorpresa para más adelante. Algo no tan perecedero.

—Es usted un gran anfitrión.

Comen, tranquilos.

—Luego podemos oír música —dice Alto—, con la concertina.

—No consigo una nota bien... una pregunta. ¿Ha subido al techo?

—¿A la azotea? La puerta está cerrada con diez candados, he intentado forzarla, como tantas otras. Creo que me estoy quedando sin fuerzas.

—¿Y eso? —Señala al techo. Alto guiña los ojos, se levanta.

—¿Qué?

—¿No es... *a hole*?

—Sí, puede ser. No veo bien con esta luz.

—A algún sitio irá.

—¿Al techo...? No se vería... creo recordar que hay más alturas... una zona abuhardillada.

—Sí. Con un balcón... sobre la puerta. Y ventanas. —Sin rejas. ¿Está seguro de

eso? —Mi memoria... pero...

—De todas formas. No he visto acceso allí arriba.

—Están esos... ahí. —Lento señala a los andamios a medio construir. Los dos los miran, en silencio. Alto apura un buen trago de vino—. Más adelante. Comamos.

—Sí. —Alto se sienta—. Mañana. Hoy es domingo.

—Es verdad. Es domingo.

____ 51 ____

LaBt ihn unenthüllt!

Lunes, de noche

Percy no estuvo presente en esa singular conferencia a la que me refería, en la que su padre recibió a Potts. Tuvo lugar dos días después del incidente con Jack, y no le dio mayor importancia. Quién sabe con qué ralea empezaba a tratarse su padre; si era capaz de entregar a su querida pupila a alguien como De Blaise...

No volvió a pensar en ello hasta dos días después, el viernes cinco de octubre, el mismo día en que la señorita Trent había sido sacada de la casa y tuvo lugar el incidente que condujo al duelo. Tras el reto, aún poseído por la ira, Percy entró como un vendaval de regaños en el cuarto de su padre, esa pequeña celda aneja a la biblioteca. Nadie le entorpeció el paso. Ramrod no estaba presente, ni De Blaise. Suponía que ambos, no podía estar seguro, habían acompañado a la señorita Trent a su enclaustramiento, fuera este donde fuese.

Lord Dembow reposaba, su respiración era pesada y espesa, como el fuelle mal ajustado de una máquina. Contra ese pecho que a duras penas trabajaba, apretaba una fotografía, esa de su juventud, con su amigo y su hermana, la señorita Trent.

—¿A dónde le ha enviado, señor?

—Eh... oh, hijo. Si vienes a atormentarme, pierdes el tiempo. No eres capaz de causarme más dolor ni sufrimiento.

—¡Atormentarle! ¡A usted, el príncipe de la crueldad! ¿Qué piensa hacer con la señorita Trent? Ella ha estado a su lado pese...

—Está enferma, va a reposar. —Miró la fotografía amarillenta una vez más—. Ojalá yo pudiera. —Estaba llorando. Nunca había visto llorar a su padre—. Lo he perdido todo, hijo, todo.

—Creo que hace mucho que lo perdió. —El anciano no podía hablar, y era inútil insistir—. Padre, ¿por qué nunca le he visto con una fotografía de mi madre, de su esposa? —Con el tiempo supo que ella no se había escapado con ningún aventurero, no. Había sido llevada a un sanatorio, como la señorita Trent, recluida cuando él solo contaba diez u once años, apenas le quedaban recuerdos de esa mujer seria y triste, la mujer que lo abandonó en una casa fría, y por la que sintió siempre una confusa mezcla de amor y desprecio. Más tarde, al cumplir los dieciséis le dijeron que había muerto. La vio entonces, amortajada en su féretro. Esa es la imagen que lo acompañaba todos los días.

—Perceval. No te atormentes. Tu madre tuvo una buena vida, la mejor que supe darle dadas las circunstancias.

—¿La mejor? Espero, deseo con todas mis fuerzas que esté sufriendo y el dolor le consuma. Y... —Sintió cómo la rabia de años se acumulaba en su pecho, se abalanzó sobre su padre y le susurró al oído—. Deseo que muera padre, es ya lo único que deseo. ¡Muérase! ¡Desaparezca, y llévese consigo estas palabras! —Luego, añadió en un susurro—: El tiempo que le sobreviva, señor, lo dedicaré a borrar su nombre y su memoria de la faz de la tierra. Acabaré con nuestra semilla, me castraré esta misma tarde para asegurar que no habrá otro lord Dembow manchando este mundo.

—¡No...! —El anciano empezó a gemir y su respiración se volvió algo más agitada.

—Exterminaré nuestra heredad —seguía susurrando Percy—, nuestro paso por esta tierra será un viejo recuerdo que pronto olvidarán todos.

—No me importa morir... Ya nada me importa.

—Entonces, ¿por qué no se muere ya?

En tan pequeña habitación cargada de papel impreso no podía haber eco. Sin embargo, esa petición sonó como un aldabonazo en las puertas del infierno. Oyó pasos fuera, carreras, y vio que el semblante de lord Dembow se recomponía. El viejo dijo, sentenció más bien, con voz de pronto calmada:

—Por el honor y el deber, Perceval, algo que un espíritu blando como el tuyo nunca conocerás, por eso no me doblegaré ante esa vieja arpía. Me debo a mi reina, a mi país. Aún aquí postrado puedo hacer más por mi patria que tú, con tus rezos y tus reproches... ¡Cobarde!

—Les juro —confesó Percy a sus amigos—, que estuve a punto de apretar mis manos en su cuello hasta que dejara de respirar. No hice nada, le dejé hablar y entonces dijo algo sin sentido:

—Tengo que conseguir encontrar al monstruo. ¿Recuerdas al hombre, al amigo de los judíos, el del bombín? —Se refería a esa extraña visita de dos días atrás—. El quiere ese artefacto, la máquina es lo único que quiere... que se la lleve a la sinagoga... y por ella me ha quitado... ahora es mi turno, es el turno de Inglaterra, de la eternidad... le diremos que es para él, para el monstruo, Minerva triunfará...

Entraron luego Ramrod y algún lacayo, alarmados por las voces, y sacaron a Percy de allí. Ahora, en casa de Ángel Ribadavia, quedó cayado, con los ojos vidriosos.

—Es repugnante mi actitud, lo sé —dijo—. No saben la furia, la frustración...

—Cálmese —dijo Torres—. Debe alejar de su alma tanto odio, su padre parece más digno de piedad que de otra cosa. En cuanto a lo que ha dicho... ¿amigo de los judíos?

—Más inquietante —apuntó Abberline—, otra vez un «artefacto», una «máquina». Parece que ese sujeto del bombín calado era un emisario de...

—No lo sabemos, pero debiéramos vigilar. No disponemos de medios...

—Yo lo haré —insistió Abberline—, no confío en nadie más. Salvo en Godley, puedo convencerlo de que pasemos alguna noche en blanco frente a Forlornhope.

—Usted tiene mucha tarea, inspector —dijo Ribadavia.

—Y aun así paso las noches buscando al asesino, se lo aseguro, como muchos hacemos.

—De todas formas, mis hombres podrán hacer ese trabajo sin mucho esfuerzo, de hecho ya lo han realizado...

—Esos hombres suyos...

—Le juro por mi honor, inspector, que son de fiar... bueno, que al menos podemos confiar en ellos para menesteres como estos.

La comida terminó y cada uno salió a sus quehaceres, habiendo acordado que los murcianos iban a vigilar de nuevo Forlornhope, en espera de que algo significativo ocurriera. Ya en la calle, Torres preguntó algo a Abberline.

—Inspector, disculpe, pero... eso de los hebreos, ¿le sugiere algo?

—Hay varias sinagogas en Londres. El East End está plagado de judíos. Una frase tan ambigua... es difícil de decir. De todas formas, desde hace una semana hay tumultos en el barrio, y una de las bandas de delincuentes más importantes y con más poder entre la comunidad semita está involucrada en una serie de conflictos de no poca envergadura. Mañana habrá noticias al respecto, y no agradables me temo.

—¿A qué se refiere?

—No es conveniente que hable mucho del tema, no porque desconfíe de usted, no creo que contárselo dañara en nada la operación, pero se trata de algo secreto. Lo que me llama la atención es esa referencia a los judíos cuando estamos teniendo tantos problemas con cierto grupo de ellos. En fin, no creo en las coincidencias.

Quién lo haría en esas condiciones. Nadie; como nadie creería que fue una coincidencia lo que ocurrió esa misma noche. Torres dormía. Dedicaba demasiadas energías en recomponer el Ajedrecista, trabajo en el que no iba mal encaminado, y el resto en tratar de desenmarañar misterios, detener al asesino, encontrar a la pobre Cynthia... Aún siendo de buena constitución, no es de extrañar que cayera rendido sobre la almohada a la menor oportunidad.

Un sonido lo despertó. Por entonces había cuatro inquilinos en la pensión de la viuda Arias. En el piso de abajo estaba el señor Bengoada, además de la propia viuda y su hija. Arriba, además de Torres ocupando esas dos habitaciones que la viuda preparara para él y para mí, estaba un joven abogado, Antonio Hernando, recién llegado de España a la ciudad para trabajar como pasante con una firma local, y los Cornell, una pareja madura que había alquilado una habitación desde la pasada semana; por lo que intuía Torres, parecían andar pasando apuros económicos serios. Por tanto había un buen número de personas en la casa, no era de extrañar escuchar ruidos nocturnos, al menos que estos se produjeran en la ventana que daba a la calle

del pequeño saloncito que mediaba entre la habitación de Torres y la que debiera haber sido mía, esa misma por la que me filtraría yo dos semanas después.

Torres se levantó de un respingo, no era de sueño pesado, incluso cuando estaba agotado. Alguien hacía ruido en el cuarto contiguo. Siendo un segundo piso no parecía complicado el escalar hasta allí, era cuestión de disponer de cierta agilidad y el firme propósito de obtener algo de aquella casa, o de las gentes que la habitaban. En ningún momento dudó que se tratara de un asalto. En cualquier otra situación, en cualquier otro tiempo, hubiera salido cargado de dignidad del cuarto, para encarar al agresor. Esta vez sintió miedo, el mismo miedo que atenazaba a todo Londres.

¿Quién podía ser? Se preguntó mientras se levantaba en silencio de la cama, atento a más sonidos. Había sido un golpe contra la ventana, eso le había despertado. Tal vez fuera un pájaro volando... fuera estaba lloviendo. Pegó la oreja a la puerta. Nada. Un brillo se coló por el quicio. Alguien había encendido luz. ¿Qué querían? ¿Robar? No era una casa adinerada... ¿venían por alguno de los otros inquilinos?

No. No fue casual que hubieran entrado en sus habitaciones, teniendo en cuenta la disposición de la casa. Venían por él, por algo que él tenía. Fue hacia la ventana de su propio cuarto, escapar no era opción posible. Si pedía ayuda, puede que lo hirieran antes de recibirla, a él o a otro de los que allí dormían plácidamente. Rápido, llegó ante el Ajedrecista que reposaba junto a su cama. Lo encendió. Oyó que alguien chistaba en el cuarto. Eran más de uno. De prisa manipuló los controles. Ahora el artefacto era una mezcla de aparatos, fruto de todas sus horas de apasionante trabajo sobre esas piezas. Además del ajedrecista propiamente dicho, ese que mostrara a De Blaise, había logrado reconstruir el sistema de von Kempelen para generar palabras, aparato con el que disfrutaba sobre todo la pequeña Juliette. Movió una serie de palancas con rapidez, procurando hacer el menor ruido, cosa que parecía intentar los intrusos de más allá de la puerta, por su silencio.

Hubo suerte. Oyó el rechinar familiar de la puerta que daba al que debiera haber sido mi cuarto, y la titilante luz que se filtraba desde allí menguó. Sabían algo de la casa pero no todo, estaban registrando: venían por el Ajedrecista.

Dio cuerda al artefacto y abrió con mucho tiento la ventana, sintiendo que la humedad y el viento empapaban su camisón. Tomó la llave, la de la puerta del pasillo principal, la que cerraba las tres habitaciones que formaban sus dependencias, y salió a la calle. Un segundo piso no es altura de temer, lo sé, pero la lluvia, su desnudez, el frío y la oscuridad sí lo eran. Quedó allí, resbalando, sin ver, colgado del alféizar durante unos segundos demasiado largos para sus manos crispadas sobre la madera, hasta que la máquina habló. Oyó el chasquido del mecanismo de relojería llegando a su tope, el soplido del fuelle al exhalar.

—Jaque —dijo en español.

Era más fácil hacer hablar a la máquina en cualquier lengua latina. Sirvió para sus

fines. Donde hubo sigilo, ahora había carreras hacia su cuarto. Empezaba entonces la parte más delicada de su plan. Tenía que alcanzar la otra ventana, aquella por la que habían entrado los merodeadores. Tratar de agarrarse al artesonado era absurdo, incluso si no estuviera lloviendo. Había que balancearse y saltar, y rápido, porque tenía que aprovechar y ocultar todo ruido que pudiera hacer con el desconcierto de los ladrones al oír esa voz mecánica, entrar en su cuarto apurados y ver el Ajedrecista y la máquina parlante. «Son tres metros de caída, Leonardo —tuvo que decirse—, no te matarás. Más altura había en el teleférico.» Sin más, se encomendó a la virgen y al santo, y saltó. La distancia no era mucha, pero el asidero era minúsculo.

La ventana que pretendía alcanzar, asomaba más hacia el exterior que la de su propio cuarto. Como ya saben, formaba parte de un pequeño mirador, un saliente que hacía de dintel de la puerta de la calle, el mismo por el que me filtré yo tiempo después. Un balconcillo, dando apenas cabida a una jardinera, con tres lados, los dos laterales tan pequeños que nadie podría entrar por ellos, si hubiera sido posible abrir los ventanucos que lo formaban. Sin duda era el modo más fácil de acceder desde la calle, trepar por las columnas adosadas que flanqueaban la puerta hasta el pequeño dintel, forzar la ventana y entrar. Saltar desde la vecina de fachada... eso era otro asunto más delicado. Torres se impulsó lo suficiente, llegó a la ventana, o por lo menos a su quicio, y allí chocó. Intentó agarrarse a lo que fuera, pero la humedad y la precariedad del asidero lo impidieron. Rodó por el dintel y quedó allí, colgando, en camisón ante la puerta principal.

Se estaba resbalando, y sus plegarias iban más dirigidas a que nadie saliera por esa puerta y lo viera en situación tan humillante. La voz de su máquina parlante, o la de Kempelen reparada por él, no había sido tan fuerte como para que alguien lo tomara por otra cosa que un ruido más de la noche, y la ventana contra la que había chocado estaba muy lejos del resto de las habitaciones ocupadas; solo los intrusos podían haberlo oído. La ventana se había cerrado con brusquedad al chocar con ella, bien pudieron tomarlo por una ráfaga de aire. No podía esperar más, resbalaba. Con esfuerzo consiguió encaramarse a la estrecha repisa a dos aguas de no más de medio metro de ancho que quedaba sobre la puerta, haciendo de pequeño porche. Abrió, y tratando de no hacer ruido, entró.

Los hombres estaban en su cuarto, veía la luz titilar en la puerta ahora abierta, hacían ruido. El, empapado, dolorido por algún rasguño en las manos al tratar de asirse, musitó un «gracias, Señor» y con el silencio que proporcionaba sus pies descalzos sobre la alfombra, fue a la salida. Eso era todo lo que tenía que hacer: salir, cerrar la puerta y tendría a los ladrones encerrados en su propia habitación, entonces pediría auxilio, y todo arreglado, sin heridos ni pérdidas. Que dañaran cuanto quisieran a su ajedrecista cuando se vieran sorprendidos, le importaba más la seguridad de los que allí estaban y la de él mismo. Dos pasos. Abrió la puerta

engrasada a la perfección.

¿Y la llave?

La había sujetado con los dientes, al salir, pero con el golpe, el resbalón... había caído. Hubiera maldecido si esa fuera su costumbre, pues no encontraría en su vida mayor ocasión. Quedó quieto, aturdido, y entonces aparecieron dos tipos vestidos de negro, con gorras y pañuelos embozándolos, tratando de sacar parte de la maquinaria que había construido con dificultad a través de la puerta. Debieron quedar como lelos mirando a un hombretón en camisón empapado, allí en medio, iluminado solo por la luz de la noche y por la poca que ellos habían dejado en la habitación de la que venían.

—Maldita... —dijo uno.

—Mátalo —dijo el otro.

Dejaron caer el aparato con cierto estruendo y el primero de ellos se echó hacia Torres. Podía haber corrido, estaba ya en la salida. No lo hizo, reaccionó de forma por completo distinta. A su vez cargó contra el agresor, él era más grande y prefirió no saber si su oponente iba armado o no. En el golpe, Torres perdió pie, iba descalzo, pero al caer se llevó consigo al ladrón. Con mucha fortuna, porque dio primero en una pared, la estantería de las figuras chinas le acertó justo en las cejas.

No estaba fuera de combate, aunque sí grogui y con la cachiporra que portaba en el suelo, inofensiva. Torres se recompuso a tiempo de ver cómo el otro, que había entrado en su cuarto, volvía con luz. Lo que habían utilizado para iluminarse era una botella de la que salía un trozo de tela ardiendo.

—¡Bastardo español! —rugió—. ¡Reza lo que sepas! —Y alzó el brazo con intención de estampar la bomba flamígera contra el suelo.

—¿Qué significa todo este escándalo? —A la puerta del cuarto estaba el señor Cornell, en traje de dormir, con un orinal en la mano y con expresión tan asombrada como cómica. Todo se detuvo un segundo, y luego fue el propio Cornell quién reaccionó—. ¡Al Diablo! —exclamó, y lanzó sus orines hacia el ladrón.

Este, asqueado y húmedo, gritó casi un chillido femenino, y se tapó los ojos. Sin esperar más, Torres se fue por él y de un empujón lo tiró por la ventana, rompiéndola. La botella corrió mejor suerte. Cayó blanda sobre una silla y luego al suelo. Aunque los meados no habían sido suficientes para apagar el trapo, no hubo tiempo suficiente para que prendieran nada. Torres tomó la bomba, la tiró por la ventana y sacudió el cojín del sillón, algo chamuscado.

El otro intruso se levantó de golpe y corrió hacia la puerta arrollando al señor Cornell y corriendo pasillo al fondo hacia las escaleras. Cornell le arrojó el propio orinal dándole en la coronilla y haciéndole rodar escaleras abajo. Gran jugador de criquet este Cornell. Su mujer, el abogado Hernando, toda la casa miraba atónita mientras el ladrón, a trancas y barrancas, salió por la puerta principal.

—Muchas gracias, señor —agradeció Torres a Cornell—. Dios le bendiga, me ha salvado la vida, a todos.

—No se merecen.

Ambos corrieron hacia la ventana por la que había salido volando el primer ladrón, y vieron cómo el segundo recogía a su compañero herido. Ahora, el del suelo, empuñaba otra botella flamígera, posiblemente abandonada por allí para facilitarles la huida en caso de que, como había ocurrido, las cosas se torcieran. La lanzó contra la fachada, ambos hombres se apartaron y los intrusos desaparecieron corriendo en la noche.

Llovía, así que poco hizo el fuego, para cuando llegaron los bomberos ya no quedaba nada. La policía se personó a su vez y tomó nota de lo sucedido, habló con todos los inquilinos, mientras Juliette correteaba excitada, asegurando a todos que habían sido salvados por el señor Torres, a quien ella siempre ayudaba. Un intento de robo, dijeron, pensarían llevarse todo lo posible, matar a los presentes y quemar el inmueble. Hubo suerte.

—¿Qué ha sido todo esto, don Leonardo? —preguntó ya calmadas las aguas la viuda Arias.

—No lo sé. Me temo que mi presencia aquí se ha vuelto peligrosa para ustedes. Muy peligrosa.

Al día siguiente volvió la sangre a las calles de mi ciudad. Jack no, él hacía ya varios días que no trabajaba. El comisario Warren dispuso una operación para que en la madrugada de aquel lunes terminaran los altercados que ciertos ajustes de cuentas entre bandas estaban provocando. Las apariciones en la prensa de noticias sobre Jack, cartas, detenciones, sospechas, no cesaban y habían eclipsado otros horrores menos evidentes: el hampa estaba alzada en armas. Mis amigos del Green Gate Gang no se habían conformado con el ataque frontal a los Tigres de Besarabia, y ahora provocaban tumultos casi a diario, contra judíos y contra rusos o irlandeses. El Green Gate contra los de Odessa, estos contra los Titanics, los Hoxton Rips Gang contra los Blind Beggards... todos contra todos, incluso los Tigres, o lo que quedaba de ellos, gracias a la provisión de armamento superior que le seguía proporcionando el Dragón volvieron a entrar en la liza. Todos afirmaban andar protegiendo el East End, acabando con ese monstruo de Jack, y de paso extorsionaban y mataban.

Sir Charles no iba a tolerar desmanes así, si era necesario a costa de que su ya muy vapuleada popularidad sufriera embates peores que durante el Domingo Sangriento. Policías de la metropolitana salieron con sables. No era común, en absoluto, pero el gusto por lo castrense había hecho que sir Charles entrenara a algunos agentes en los rudimentos de la esgrima.

Las detenciones comenzaron a las cinco de la mañana, en Benthal Green, en Spitalfields... en todo el East End se contaron por decenas y la mayoría no se

practicaron de forma pacífica. Hombres a caballo cortaron las principales arterias, Whitechapel Road, Commercial Road. No estoy criticando la estrategia del comisario Warren, muy al contrario, todos los que en ese día acabaron entre rejas, todos los heridos, menos los agentes de la ley que sufrieron daños (que fueron bastantes), todos se lo tenían bien merecido. Sin embargo, hemos de reconocer que este despliegue policial bien podía tener la intención de desviar la atención de los británicos airados de los fracasos de Scotland Yard en el tema de los asesinatos. Si así fue, no surtió efecto, más bien todo lo contrario. A los pies de mi Christ Church la situación fue más que sangrienta. Sujetos de varias bandas, rivales naturales, se unieron furiosos, gritando contra la policía y la Corona, unidos a muchos vecinos en sus airadas protestas contra los desmanes que, según ellos, se estaban cometiendo contra pobres ciudadanos mientras dejaban que el asesino campara en libertad.

—¡Como ellos son incapaces de hacer nada, tratan de acabar con los que de verdad defienden al pueblo de Londres!

Piedras, palos, cuchillos, ladrillos; fuego. La policía cargó, los sables asomaron. Como era de esperar, sir Charles fue llamado de inmediato al despacho del señor Matthews, su permanencia en el cargo no gozaba de buenos augurios.

Pero no es de política de lo que versa esta historia, volvamos a nuestros protagonistas. Torres quería abandonar la pensión de la viuda Arias. Que el asalto y consiguiente incendio frustrado tenía por objeto a Torres o sus pertenencias resultaba meridiano para cualquiera que estuviera al tanto de los acontecimientos. Así se lo hizo ver el español a su patrona, que insistía en que bajo ningún concepto consentiría que su amigo, así lo consideraba ya, se alojara en otro lugar que no fuera su casa mientras permaneciera en la ciudad.

—Leonardo, es lamentable admitir tal cosa de mis conciudadanos, pero me temo que asaltos así están al orden del día.

—Ya no puedo agradecerle más todo lo que ha hecho por mí, Mary, y aun así tengo que reconocerle esta nueva muestra de valor y desinterés. Bien sabe que si entraron aquí fue por mí. No puedo arriesgar su seguridad ni la de su hija, o sus inquilinos, de ninguna manera. Buscaré otro acomodo.

Tales inquilinos empacaron nada más despuntar el día, abandonando todo lo rápido que pudieron la pensión, con la excepción del señor Bengoada, que de nada se enteró. El abogado Hernando salió espantado, y los Cornell también, aunque el señor Cornell, que tanta valentía había mostrado durante el incidente, se disculpó por su marcha.

—Entiéndalo —explicaba tanto a la viuda como a Torres—, mi mujer... ya hemos pasado demasiadas penurias. —Situación que sirvió como argumento a mi amigo español.

—¿Ve?, estoy perjudicando su negocio, además de haciendo peligrar la seguridad

de usted y de su pequeña familia.

—No quiero oír hablar nada de esto, Leonardo. Si valora en algo mi amistad, no me hará este desplante. Le debo mucho, a usted y al desaparecido señor... señor Aguirre, y no me perdonaría si no les ayudara en todo lo posible.

Sin duda, Mary Anne Arias se sentía inmersa en una aventura extraordinaria, propia de sus queridas novelas, ayudando a ese valiente caballero extranjero y a sus amigos. Una aventura que la evadía de la tediosa rutina de una mujer de su siglo, viuda y enterrada en vida en su pequeño negocio hostelero. Por desgracia, la resolución de tal aventura no iba a ser tan romántica como soñaba la buena mujer. En suma, Torres cedió ante los ruegos de su patrona y permaneció en su hogar londinense. Claro está, era consciente de que las cosas se volvían más peligrosas cada día, de modo que optó por armarse. Nada más deshacer la maleta que había preparado para marcharse, llamó a su amigo Ribadavia; no se le ocurrió otra forma de conseguir una pistola.

—Vaya Leonardo, no diré que me sorprenda. Cuente con ello. Con sinceridad, siempre me ha parecido usted una persona de lo más interesante, y ese atractivo aumenta cada vez que hablamos... no, no necesito que me cuente para qué la quiere, confío en su buen juicio.

Pronto tendría un arma, esa misma con la que me disparó cuando irrumpí semanas después en sus habitaciones. Tal vez mejor le hubiera valido el tenerla ya esa misma tarde, pues si la noche anterior fue agitada, el fin de ese lunes no lo fue menos. El sol ya se disponía a descansar cuando Torres recibió la llamada de vuelta de Ribadavia. Pensó que iba a anunciarle que ya tenía su pistola, pero fue algo muy diferente.

—Acaba de llegarme el señor Ladrón saliéndole el alma por la boca.

—¿No estaba vigilando Forlornhope?

—Así es, junto a su compadre. Y vieron cómo el mayordomo, ese de la cara quemada, salía por una puerta trasera, vestido como un tunante, haciéndose el borracho, tratando de pasar desapercibido.

—Y veo que no lo consiguió.

—Poco se le escapa a mis murcianos. En fin. Lo siguieron en un buen paseo, hacia el East End. Allí se separaron, Ladrón corrió a avisarme y Martínez quedó esperando en donde ese Destripador mató a su última víctima —debía referirse a Mitre Square—. Por desgracia me es imposible acudir, imagino que usted...

—Voy para allá de inmediato.

—¿Mando a Ladrón por usted?

—No, nos reuniremos allí mejor.

No parecía oportuno perder el tiempo esperando. Sin embargo, pronto cayó en que no se veía muy desenvuelto a la hora de moverse por esos barrios. Optó por

llamar al inspector Abberline. Los dos, el inspector no puso objeción alguna en sumarse, acudieron a la cita lo antes posible, no sin que el español advirtiera:

—Inspector, ya sabe lo que ocurrió anoche aquí —Abberline estaba al tanto del asalto a la pensión por los informes policiales, y de los aspectos que estos no aclaraban nada, lo hicieron las explicaciones de Torres—, no quisiera...

—No se preocupe. Pediré al sargento Godley que se pase por allí mientras nosotros salimos. Es de toda confianza, como ya sabe, y no precisará de muchas explicaciones.

Esa tarde enterraban a Catherine Eddowes, y no fue un sepelio tranquilo como el de mi Liz. La Larga era una extranjera, una solitaria cuyo único amigo fue el tarado de Drunkard Ray. Eddowes representaba a todas las víctimas. El enterrador costeó de su bolsillo los gastos, el carro, los dos caballos negros enlutados con penachos del mismo color y el pequeño cortejo. Toda la ciudad, ya airada por los violentos hechos de la mañana, asistió para despedirse de la pobre Kate, para recordar a la policía, a la indolente policía, que pobres inglesas estaban muriendo en las calles mientras ellos se dedicaban a detener insurrectos políticos y sociales por todas las calles.

Kate terminó descansando a escasos treinta metros de donde Polly Nichols yacía. No tengo idea si se conocieron, si alguna vez cruzaron una mirada en esas sucias calles donde ambas buscaban su sustento, pero ahora se harían compañía por el resto de la eternidad, hasta que el buen Dios vuelva por los suyos y todos los cristianos se alcen de sus tumbas. Menos yo, que he profanado mi cuerpo hasta estos límites...

En una tarde así, ya oscurecido, Mitre Square no estaba solitaria, asediada por curiosos de continuo, y hoy que enterraban a quien pasara sus últimos y espantosos minutos allí, menos. Tal vez eso hizo que el objetivo de Tomkins no se cumpliera. El hombre se hallaba allí, dando muestra de malestar, se sentía incómodo en ese lugar y con esas trazas. Alistair Tomkins no era un maestro del disfraz, ni mucho menos. De pie, junto al callejón de la sinagoga, era el foco de las miradas de los transeúntes, incapaz de ocultar su porte de serio mayordomo fuera de lugar tras ropas viejas, una gorra raída y una bufanda rosa que ocultaba sus características cicatrices.

Vieron cómo Martínez, inconfundible con su chistera raída, les hacía una seña, justo en el lugar donde despedazaran a Kate, donde abundaban los curiosos.

—Espera a alguien. —Todo lo que dijo tuvo que traducirlo Torres al inspector—. El penco no para de mirar a un lao y a otro, como lobo entre ovejas. Aguarda a que le diga uno, pero no sabe quién.

Por la plaza paseaba un agente de la City, atendiendo los posibles desórdenes que pudieran producirse entre la gente que visitaba el lugar del crimen.

—Qué extraño —dijo el inspector.

—¿En qué sentido...?

—Conozco a ese hombre. —Se refería a un sujeto anodino que se apoyaba bajo la

trémula luz de la farola. Al momento, la mirada de Abberline se dirigió hacia la desahogada entrada que daba a Mitre Street, allí descansaban dos jamelgos atormentados por moscas que tiraban de un enorme carro negro—. ¡Cristo nos asista! ¡Qué locura!

—No le entiendo...

—Me temo que sir Charles ha perdido el juicio... —Sin explicar más caminó hacia el individuo que dijo conocer, junto a ese coche, quién a ojos vista se percató del avance del inspector, y adoptó la actitud de arrogante obediencia ante un superior propia de los agentes de la Metropolitana, descubriendo así su disfraz.

—Ahí va. —Esta vez era Martínez quién llamaba la atención de Torres. El murciano no se había enterado de nada de lo que dijera Abberline, ni le importaba, mantenía la vista fija en Tomkins y ahora había advertido que alguien se le aproximaba. El nuevo participante en esa grotesca charada era un hombre de edad, que no podía negar su raza, como muchos por aquel barrio, e iba acompañado de un corpulento joven, también de aspecto semita.

Mientras, el policía de incógnito hizo por ignorar a Abberline y dirigirse hacia Tomkins con aire de lo más hostil. El inspector no iba a tolerarlo.

—¡Ni se le ocurra! —ordenó, sorprendiendo a Torres al ver cómo el aspecto apacible de Abberline era capaz de tornarse en la imagen misma de la autoridad. El policía se paralizó, y Tomkins, junto a sus amigos hebreos, miraron pasmados la situación. Entonces sonó un silbato; el agente de paisano contaba con un compañero entre la multitud.

Obedeciendo al son del silbido policial, los transeúntes de la plaza se movilizaron, cada uno según sus hábitos. Hubo quién quedó quieto, quién salió por piernas, quién chilló sobresaltado. Torres fue de los primeros mientras que Martínez lo azuzaba diciendo.

—¡La virgen puta! Estamos aviaos. Si se entera el amo Ribadavia nos mide las costillas bien medías. —No le pasó desapercibido a Torres ni el exabrupto blasfemo, ni el «amo Ribadavia», ni, sobre todo, la mirada de halcón del murciano, que se posaba en la entrada de la plaza. Del vagón oscuro que reposaba en la calle Mitre brotaron ocho policías, sable al cinto. El hombre que los lideraba gritaba en dirección a Tomkins.

—¡Quietos ahí! —Su orden no pareció ir dirigida a Tomkins, sino al par de judíos. ¿He dicho par? No, la vista poco hecha a esos andurriales de Torres había identificado solo a dos; había más, atentos a lo que pudiera pasar. Dos hombres más se adelantaron, interponiéndose entre los policías y el viejo judío, que se unía a los que huían. Los ocho agentes sacaron sus ocho sables al unísono, brillando filosos en la suave lluvia que empezaba a caer.

En ese momento Torres deseó tener ya en su poder la pistola prometida por

Ribadavia. En un avemaria la violencia se hizo hueco en la plaza, otra vez. El primer judío, el que escoltaba al anciano, extendió sus brazos con fuerza y dos esferas metálicas saltaron de sus manos. De ellas colgaba un cordel que las unía con las muñecas del tipo; la cuerda de algún sofisticado mecanismo. Las bolas rodaron por el suelo. Un fleje metálico que ceñía las esferas se soltó con un latigazo elevando los extraños proyectiles por el aire que al coger altura estallaron, o más bien se deshicieron en pequeñas agujas de metal. Al menos una de ellas, la otra debió fallar y cayó al suelo inerte. La metralla dio contra la pared, acertó a un par de agentes que cayeron al suelo, a un infeliz de gustos morbosos que pasaba por allí y al propio hombre que la había lanzado, justo en el ojo.

—¡Hay que irse a pijo sacao! —apuraba Martínez a Torres, al murciano le corría un reguero de sangre por el cuello empapando su camisa. Abberline, indemne, alzaba los brazos tratando de parar la carga de la policía. El agente de la City estaba tirado en el suelo, gritando mientras se apretaba la barriga. El segundo judío avanzaba contra los seis policías restantes vara en mano, la metralla había rebotado contra su pecho con un ruido metálico. Otro más había dado un brinco imposible, y se agarraba con un garfio a la pared del almacén de Kearley & Tonge, a cuatro metros de alto—. ¡Acho! ¡Tira palante que nos avían! —Torres tenía más que pensar aparte de su propio cuero.

—¿Dónde ha ido Tomkins? ¿El mayordomo...?

Martínez asintió y tiró de la bocamanga del abrigo del ingeniero hacia el Church Passage, junto a la sinagoga, por allí había salido rápido Tomkins. Detrás dejaron la enorme gresca, los gritos y el incesante pitido de silbatos. Abberline no tuvo más remedio que recular y evitar la imparable carga policial, que se enfrentaba al judío acorazado. El bastón de este fue parado por el filo de un sable, y otros tantos se descargaron sobre su pecho, que desviaba las estocadas con el chillido de metal sobre metal. Una fue a la corva, y otra a la cara; esas no pudo pararlas.

Su compañero, clavado a la pared por garras en su mano y espolones en pies y rodillas, extendió su brazo libre, lo meneó y de él brotaron las llamas del infierno. El chorro no parecía fácil de dirigir, fue a dar al suelo, donde no había nadie. Si la plaza ya había sido desalojada por orden del miedo, ahora los pocos rezagados iniciaron la carrera despavoridos. El judío movió el brazo en dirección a los policías que rodeaban el cuerpo de su compañero caído, al que alcanzó de lleno junto a dos agentes, que rodaron con las casacas ardiendo. Entonces dejó de escupir fuego, las llamas habían prendido su manga y el guante con que se protegía la mano. Sacudió el brazo con fuerza, y de eso se aprovechó el inspector Abberline.

Corrió al centro de la plaza. Recogió la extraña granada mecánica que había caído inerte en el suelo y con muy buen tino la lanzó hacia el judío. El bolazo le dio directo en los dientes, el tipo gritó, se soltó de su agarre y cayó al suelo. Explotó.

A nada de esto atendía Torres. El y Juan Martínez salieron a Duke Street. Allí, frente al club Imperial el mayordomo y el anciano apretaban el paso.

—Señor Tomkins.

El mayordomo se volvió y sacó un revólver mientras el abuelo se escabullía entre la lluvia. Martínez echó mano a sus riñones, donde sentía la reconfortante presión de su navaja, pero la dejó allí quieta, atendiendo a un gesto de Torres.

—¿Va a dispararme, señor Tomkins? No es mi intención hacerle mal alguno.

—¿Y todo eso? —Señaló con un gesto de cabeza hacia el tremendo jaleo que se oía en la plaza. Por supuesto, bajó su arma.

—No creerá que tengo algo que ver.

—¿Y qué hace aquí?

—Curiosidad, como la de tantos otros, ¿y usted?

—Lo mismo.

—¿Con ese... aspecto? Parece que se hubiera disfrazado.

—Yo no acostumbro...

—Tal vez esté cumpliendo órdenes del señor Ramrod.

El mayordomo mudó su rostro, se estiró aún más si eso es posible, dio un paso adelante y engoló la voz para decir:

—Señor, sirvo a sir Robert Abbercromby, décimo lord Dembow, a él y exclusivamente a él.

—Eso no es lo que yo he oído. Parece ser que el estado de lord Dembow ha empeorado en los últimos días. La desaparición de su sobrina... No parece que esté en disposición de darle órdenes, ni de mandarle al East End, vestido de pordiosero para... ¿para?

—No creo que sea apropiado que yo le dé explicación alguna, señor. Si me disculpa, ahora debo marcharme, ya es tarde. —La trifulca de atrás parecía menguar. Ya llegaban policías de la City a la carrera, no había tiempo.

—No soy su enemigo, señor Tomkins, ni el de lord Dembow. Todo lo contrario. Creo que su señor se encuentra en una lamentable situación, y no me refiero ahora a su salud. Solo le tiene a usted, Tomkins, ¿me equivoco?

El mayordomo se detuvo. Recuperada ahora la compostura propia de su cargo, nada se traslucía en sus facciones desfiguradas por las cicatrices. En su mirada sí, allí había un dolor profundo y secreto, una pena que solo un pecho acorazado por la lealtad y una firme educación podían contener.

—Tal como están las cosas —dijo Martínez, más atento a lo que ocurría alrededor que el resto—, de mientras hablan podíamos ir andando un poquico.

Así hicieron, apurando el trote para alejarse del tumulto y de las necesarias explicaciones que pediría la policía. A Torres no se le pasó por la cabeza pedir ayuda al inspector Abberline; seguro que andaría muy atareado, tratando de justificar la

presencia de esos policías de la Metropolitana liándose a sablazos en terreno de la City.

—Dígame, Tomkins —insistía Torres—, ¿qué hacía aquí?

—Le repito que he de irme.

—¿A rendir cuentas ante el señor Ramrod?

Se detuvo, se quitó la gorra que sin duda le incomodaba, y secó la lluvia de su frente calva con un pañuelo. Estaba furioso, muy furioso. Miró a Martínez, que no dejaba de ocultar sus manos tras de sí.

—Señor Torres, creo haberle dicho ya a quién sirvo. Sin duda sé que no pretende ser impertinente, y no sería propio de mi posición ni de la suya el hacerle ver lo... inconveniente de su actitud. Es usted extranjero, y supongo que no sabe...

—Cierto, no sé nada de sus costumbres británicas, sin embargo, aquí o en mi tierra, la clase de trato que Forlornhope da a los que han servido en ella con devoción, como la señorita Trent —Tomkins tensó su mandíbula—, no puede definirse como gratitud.

Guardaron silencio los tres durante un segundo, mientras las palabras del español hacían su trabajo en el alma furiosa y dolorida del mayordomo. Policías corrieron a su lado, se detuvieron y los miraron, no viendo en el trío nada sospechoso, los instaron a que volvieran a sus casas.

—Es mejor que hagamos caso —dijo Tomkins calándose de nuevo la fea gorra—. Aquí tenía que hablar con un caballero hebreo, para acordar cierta transacción comercial... y parece ser que la noche no es adecuada para tratar de negocios. Adiós, señores.

—¿Qué clase de negocios?

—No es cosa mía los asuntos del lord Dembow. Ni me atañen, salvo por lo que él considere que así lo hacen, ni tengo yo conocimientos suficientes para entender de sus máquinas y artilugios.

—¿Máquinas? Autómatas. Va a adquirir un autómata... ¿de un caballero judío?

—Comprar no, vender. Moshem Sehram está interesado en adquirir ese endiablado ajedrecista... ahora me tengo que ir. Caballeros, buenas noches.

Torres quedó pasmado, incapaz de retener o interrogar más a Tomkins. ¿El Ajedrecista? Era él quien disponía de los restos de esa máquina, los restos sumados a sus propios avances. ¿Qué significaba esa venta, qué es lo que se supone que iba a vender lord Dembow, o su secretario Ramrod? ¿Y quién era ese Moshem Sehram, qué...?

Más preguntas, más dudas, siguieron perturbando su sueño y su tranquilidad llegado ya a casa de la viuda Arias. En dos días había sufrido un asalto en su propia casa, ya consideraba su cuarto de la pensión como tal, y había asistido a disturbios en la ciudad, sin contar con la extraña información que le facilitara el señor Tomkins.

Necesitaba recapacitar.

Ningún modo mejor para él que enfrascarse en sus cálculos, en el autómata y rendirse a los cuidados amables y solícitos de la viuda Arias y a la solaz de la alegría que irradiaba su hija.

Pasaron los días. Las noticias de los tumultos callejeros, las críticas contra Warren y la policía llenaban las páginas de los diarios de titulares cada vez más vitriólicos. Warren en persona realizó pruebas con sabuesos en el parque, tratando de probar su utilidad en el caso del Destripador, con suerte dispar, siendo fuente de más burlas. Imagino que hubo más que tirantez entre la Metropolitana y su homónima de la City a causa de la injerencia de una en territorio de la otra, tanto Abberline como Moore expresaron su malestar a sus superiores, según Torres pudo entender de sus discretas palabras. Maniobra esta, la de las detenciones masivas, de dudoso efecto. La guerra entre bandas no había sido sofocada, solo soterrada, oculta bajo el silencio habitual en los bajos fondos.

A todo esto, ni rastro de Jack.

Torres siguió sumergido en sus investigaciones y sus dudas. Su único contacto por tres días con el mundo exterior, aislado como estaba en esa fortaleza de paz construida por la pequeña familia Arias, fue la llegada de Ladrón con el regalo de un pequeño revólver.

Quedó citado con el inspector Abberline y con Percy Abbercromby el jueves por la mañana, una vez más en el club Marlborough. El joven lord era quién tenía más información que compartir. El sargento Bowels había cumplido con su encargo a placer; la señora Trent, su tía, había sido ingresada en Bedlam. El hospital de Bethlem, en St George's Fields, Southwark.

—Debí haberlo supuesto —dijo tras dar un trago largo de brandy—. Bedlam, donde encerraron a mi madre.

—¿Por qué fue ingresada su madre? —preguntó Torres. Esa conjura con esos compañeros improvisados había generado suficiente confianza en los tres, en los cuatro incluso.

—Yo era muy joven. Siempre pensé que ella había querido irse, abandonarme. Tras su muerte supe que estuvo ingresada allí. Ahora... recuerdo la tristeza y la pena.

Decidieron ir a Southwark a la mañana siguiente, no creían que nadie pudiera negar una visita del señor Abbercromby a la antigua y querida cocinera de su familia, bajo ningún concepto razonable. Abberline declinó el acompañarlos, no veía relevancia alguna en todo este asunto. Torres lo entendió; su propio interés en la querida señorita Trent solo estaba en conseguir algo de paz para el desangelado Percy.

Más importante era la segunda información que Percy traía, información que venía a colación de lo averiguado el lunes. En efecto, lord Dembow tenía un

autómata con el que negociar, o lo estaba construyendo.

—Mi padre lleva varios días muy ocupado... desde el fin de semana pasado, según me he informado. Todo el segundo piso es ahora un enorme bazar...

—Disculpe un momento, Percy —interrumpió Torres—. ¿Por qué esa planta está siempre cerrada? Es de una distribución... algo peculiar.

—Eran las estancias de mi padre de niño y llegaron a ser las mías, durante un breve periodo de mi infancia. Creo que él era un joven enfermizo, una fisiología que le ha acompañado hasta la ancianidad, y allí permanecía aislado y fuera de peligro. Se han hecho varias reformas a lo largo de los años, pero parece que el lugar siempre ha traído tristes recuerdos al viejo. Daba igual, hay mucho espacio, casi demasiado en las otras plantas. Ahora sí parece haberle encontrado utilidad, como les digo. Han montado bancos de trabajo, han instalado generadores... un zafarrancho doméstico para el que no creo que el viejo goce de salud suficiente. Lo cierto es que no me importa...

—¿Con qué fin?

—Es un secreto, cómo no. Ese maldito segundo piso sigue siendo inaccesible.

—No para usted, imagino.

—No, no para mí. —Sonrió con tristeza— Trata de construir un ajedrecista, como usted Leonardo. Están empleando piezas de todos sus otros autómatas, en especial de esos animales «mágicos» de los que está tan orgulloso.

Se refería a mis amigos. Mientras Torres me contaba estos hechos, mientras narraba cómo mis hermanos, mis compañeros, mi amante, todos eran despedazados y sus partes reutilizadas en un nuevo jugador de ajedrez de feria, no dije nada. Sentí pena, mucha pena, no por su vida, que ya se había extinguido hacía tiempo, sino por la última humillación, la utilización de sus partes como si fueran mercadería de ferretero. Yo no quería acabar así, lo crean o no, decidí en ese momento elegir mi propio final.

No comenté nada, claro está, mientras Torres seguía explicando el encuentro en el Marlborough:

—¿Y seguro que semejante trabajo es obra de lord Dembow? —preguntaba entonces el español—. ¿No son órdenes del señor Ramrod?

—Él está presente en todo, sí, pero no posee los conocimientos de mi padre, sin duda es él quién dirige todo.

—¿Y tiene tales conocimientos? —intervino Abberline—. ¿Puede construir un ajedrecista, como usted está intentando? ¿Puede construir un asesino mecánico?

—Lo dudo —respondió Torres—. Si no, no se hubiera mostrado tan solícito al pedir mi colaboración. Estoy seguro de que lord Dembow no es el creador de... del «asesino mecánico» que vimos en Forlornhope.

Decidieron mantener estrecha vigilancia en la casa, prescindiendo ahora de la

encomiable ayuda de los murcianos. No porque los Juanes no se hubieran mostrado útiles, al contrario, pero su presencia no podía pasar desapercibida por las inmediaciones de tan buen barrio por mucho tiempo. Prefirieron con buen juicio mantener la «quinta columna» que formaba Percy dentro de la casa. Mientras lo consideraran un beato tonto, lleno de rencor hacia su padre, sería muy útil.

Eso sería luego, por el momento, a la mañana siguiente Abbercromby y Torres salieron para el sanatorio de Bedlam. El viaje no era largo, cruzar el Támesis nada más, lo que suponía la primera vez que mi amigo visitaba el agradable sur de la ciudad. A Southwark se llega con cruzar el London Bridge. Se accede así a un distrito dedicado a la pequeña industria, donde abundaban prisiones y hospitales, como el de Bethlem; al menos así era entonces. Hacía una mañana muy soleada y la ciudad debiera estar alegre por la bonanza del clima; no era así. El día anterior había terminado la vista sobre el asesinato de Eddowes, con el consabido veredicto, aún resonaban en las calles los ecos de los tumultos, el Lunes Sangriento decían, otro más para la cuenta de Charles Warren. Esa misma tarde saldría en la edición del Star un artículo donde se mencionaba la propuesta de convertir Trafalgar Square en un jardín, para evitar más motines allí, pues se había convertido en el lugar preferido para los hambrientos y disgustados londinenses que quisieran gritar su ira al aire.

Para llegar tomaron un coche y al valiente Albert como chofer. En él, Torres y el rudo Abbercromby apenas cruzaron palabras. El joven lord hundía su cara seria en un diario, leyendo noticias del Destripador, y en ausencia real de ellas, bizarras historias de crímenes en Tejas, cuajados de imaginarios paralelismos con nuestro Jack. Torres dedicó el corto trayecto a cavilar sobre su compañero. Con el tiempo y el trato había cogido simpatía a ese hombre, un individuo sin encanto alguno, agrio de carácter, pobre de conversación, ni muy listo ni muy ingenioso; un bruto nacido de buena familia y olvidado por ella y, sin embargo, poseedor de un alma noble, como el Parsifal de las historias, y como este, en pos de un grial perdido, sin saber muy bien la naturaleza de su búsqueda.

El hospital estaba en un magnífico edificio. Toda la natural prevención que un sanatorio psiquiátrico ejerce sobre el común de los mortales, que imaginan sórdidas escenas de locura entre sus salas, desapareció al contemplar la amplia fachada de regio pórtico latino, sus enormes alas extendiéndose a cada lado y sus ajardinados accesos. Traspasaron las verjas sin cuidado y llegaron a la entrada. Hacía veinte o tal vez veinticinco años que el Bedlam había contado con un ala dedicada a los criminales dementes, pero fue derruida. En este siglo de luces, el pasado sombrío de los enfermos mentales había quedado atrás, ya no era el encierro y el hacinamiento lo que se perseguía, ahora eran tratados y cuidados en la medida de lo posible. Esa sensación también fue la que debió tener Percy a juzgar por la relajación de sus facciones, imagino que pensando en que el destino de su madre no había sido,

necesariamente, las correas, los maltratos y la malnutrición que era el porvenir único para los locos de antaño.

Aun así, un manicomio siempre será un manicomio, y este no parecía desierto precisamente. Vieron a muchos internos pasear por el amplio jardín de entrada, entre la cerca que circundaba todo el hospital y la entrada misma, deambulando tranquilos junto a impecables enfermeras, y en muchos atisbaron esa mirada de locura que tanto nos espanta y que siempre, por los siglos, procuraremos encerrar entre paredes blancas y estériles. Tememos que la locura nos mire, sin saber que parte de ella siempre está en nuestros ojos.

Dentro fueron atendidos por una atenta enfermera, jefa de enfermeras en su caso, de uniforme blanco y azul, que con sonrisa congelada en una cara demasiado pálida hasta para una británica, miraba al reloj prendido en su pecho y diciendo:

—La señorita Trent... sí. El doctor le ha prescrito reposo absoluto. Me temo que se encuentra en un estado muy excitable, no le conviene recibir visitas.

—Se trata...

—En todo caso, el horario de visitas es estricto, de dos a cuatro de la tarde. Cuando la señorita Trent mejore, podrán verla a esas horas.

Percy se rindió sin oponer apenas resistencia. No así Torres.

—Disculpe, señorita.

—Señora.

—Felicite en ese caso a su esposo de mi parte... bien, creo que no nos hemos explicado bien. Sé que usted debe cumplir un reglamento, y su celo le honra, pero se trata de una situación especial.

—¿Especial en qué sentido?

—Este caballero es el señor Perceval Abbercromby, hijo de lord Dembow.

—Oh, es un placer saludarle, señor. Su padre ha sido un gran benefactor de esta institución. Las obras de...

—Precisamente. Como tal, y conociendo las excelencias del hospital de Bethlem de primera mano, lo ha elegido como lugar de reposo para una pobre amiga suya, enferma, que sirvió en su casa por mucho tiempo. Por eso quisiera visitarla, para comprobar cómo se encuentra.

—Por supuesto, podrá en cuanto el doctor Greenwood dé su consentimiento.

—Por desgracia no podemos esperar. No sé si sabrá que lord Dembow se encuentra postrado.

—¡Cuánto lo lamento!

—Sí, una circunstancia muy desgraciada. Quiere tener noticias de la señorita Trent cuanto antes y traídas por alguien de total confianza, por eso envía a su hijo. El problema está en que el señor Abbercromby sale para el continente hoy mismo. —Percy asintió. Una ventaja de la suma sosería es que no cuesta ser creído cuando se

miente—. Habrá notado que soy extranjero...

—Entiendo... yo no puedo hacer nada —la adusta enfermera parecía haberse ablandado, lo que no la hacía en nada más atractiva—, me temo que no sé cómo ayudarles. Tenemos órdenes...

—Se lo ruego. Pongo en sus manos los deseos de un moribundo, que tanto tiene que agradecer a esa pobre mujer.

Estaba desconcertada. El interés que esos caballeros mostraban por una enferma era desde luego una agradable novedad en un depósito de locos molestos, como suele ser un hospital psiquiátrico. Aun así, no cabía esperanza alguna, las palabras «tenemos órdenes» eran barrera demasiado alta para franquear. El peso de la sangre de Percy llegó solo a debilitar la firmeza de la jefa de enfermeras hasta el punto de decir:

—Esperen aquí. Traeré al doctor Greenwood, él hablará con ustedes. —Y allí quedaron, en la amplia y soleada recepción del sanatorio, rodeados del vagar perdido de los internos.

—Vámonos —dijo enseguida Percy.

—¿Por qué? Agotemos nuestra última salva. ¿No quiere ver a la señorita Trent?

—A tía Meg... —Quedó pensativo—. No deseo otra cosa ya, se lo juro. Mi padre habrá dado instrucciones.

—Nada perdemos con esperar un minuto, salvo ese minuto quizás...

—Es inútil, Torres. Parece que quien se ocupa de la señorita... de mi tía, es el doctor Greenwood, ¿sabe quién es? El médico personal de mi padre, amigo personal, presente siempre en sus... en las reuniones de amigos más íntimos. No me consta que sea un... loquero. Trabaja en el London Hospital y, sin embargo, se encarga de los cuidados de una cocinera aquí, en Bedlam. ¿Cree que él permitirá que yo...?

Dios nuestro Señor siempre se mantiene vigilante para ayudar a las buenas personas. Si no me creen, he aquí un ejemplo, pues el hombre que apareció pasillo al fondo no fue el eminente doctor Greenwood, sino su menos notable ayudante, doctor Purvis.

—Señores... no esperaba volver a verles.

—Me alegra ver que se encuentra bien —dijo Torres señalando al brazo izquierdo del doctor.

—Sí, estoy bien, les agradezco el interés, y también... enfermera, ya me ocupo yo. —Tras dejarlos solos, rodeados de locos que poca atención les prestaba, continuó—: Quería reiterarle mi agradecimiento, señor Abbercromby, fue de una nobleza inusitada lo que hizo usted por mí el domingo pasado, lo que hicieron todos, pero usted... señor, ya les dije que soy un hombre humilde, dependo de mis conocimientos y del interés que algunos poderosos pongan en mí. Cualquier mancha en mi persona, cualquier rumor sobre mí, en una sociedad como la médica... sería terrible para mi

posición y mi familia...

—No se apure —dijo Abbercromby—, en realidad no me supuso esfuerzo alguno.

Debo disculparme otra vez más, porque no puedo acceder a sus peticiones. Desean ver a esa paciente... Margaret Trent, que precisa reposo absoluto. Está en un estado...

—¿Usted ha diagnosticado a la paciente? —preguntó Torres.

—No, fue el doctor Greenwood, por la amistad que le une a su padre. Se ocupó en persona.

—Pues ahora el señor Dembow quiere saber del estado de su apreciada sirvienta que tantos años ha estado con él, y no pudiendo venir por lo delicado de su estado, ha mandado a su hijo. Y usted va a impedírselo.

—Les estoy muy agradecido... de verdad, pero mi lealtad es para con... —Era mentira, seguro que el doctor Purvis sabía que era mentira, por eso tardó en responder, debía convencerse a sí mismo de que esa peregrina razón era suficiente para desobedecer las instrucciones del doctor Greenwood.

—Nadie le pide que sea desleal, por Dios. En fin, nos vamos. Lo siento Perceval, lamento que no pueda...

—De acuerdo, acompáñenme si son tan amables. —A veces, la bondad recibe su recompensa.

La señorita Trent estaba en una habitación soleada del segundo piso, descansando en la cama, echada, no acostada del todo, con la mirada perdida en la ventana enrejada. No tenía mal aspecto, salvo por el abandono en la mirada y una flojera en la boca que le daba cierta expresión de abulia.

—Está sedada —dijo el doctor—, por lo demás se encuentra bien.

—¿Puede dejarme con ella a solas? —pidió Percy y Purvis dudó, nervioso, inseguro de cuál era el procedimiento correcto. Miró a la paciente, le tomó el pulso y se fue—. No la cansen, se lo ruego.

Quedaron ambos en silencio, contemplando el pausado respirar de la cocinera, no parecía sufrir; sin embargo, la sensación de desamparo que la rodeaba era abrumadora para ambos.

—¿Por qué? ¿Por qué le ha hecho esto...? —Torres no sabía qué contestar. Se limitó a instarle a acercarse a la cama con un gesto—. Señorita Trent, cómo se encuentra. —La mujer no dio señales de estar consciente pese a sus ojos muy abiertos —. ¿Me oye? —Se sentó a su lado y tomó las manos de la cocinera. Ella reaccionó mejor al contacto físico que a la voz—. ¿Me reconoce, soy Percy? Dios mío, la han atiborrado a... ¿por qué? —Sacó un pañuelo y limpió la baba que caía de las comisuras de Trent.

—Perceval, hijo —empezó a hablar como en un susurro—. Siento mucho lo de tu

madre...

—No se preocupe, eso fue hace mucho. ¿Se encuentra bien?

—Sí.

—¿Sabe dónde está?

—No... Nunca he salido de Forlornhope, es mi casa, mi casa... siempre jugábamos en el segundo piso, era su castillo... el infierno. Cuando fui a América...

—Le juro que la sacaré de aquí, encontraré a Cynthia —algo en él aún se negaba a darla por muerta—, y la llevaré con nosotros, como sea.

—Cynthia... mi niña. —Empezó a llorar—. Pensé que... me dijo que ella estaría bien, la quería, la quería...

—Parece que se está excitando demasiado —dijo Torres—. Tal vez debiéramos irnos.

—Sí. —Se incorporó—. Nos vamos. Señorita... Nana, lo sé. Sé quién eres, no entiendo cómo no... Dios mío. —Miró a Torres, pidiendo ayuda, pero qué ayuda se puede ofrecer a nadie en semejante situación—. Encontraré a Cynthia, como sea y la cuidaré...

La lucidez llegó a los ojos de la mujer como una descarga, violenta, furiosa. Su mano se aferró a la muñeca de Percy y tiró de él, casi derribándolo, a un hombre que pesaba el doble que ella.

—¡No! —gritó—. ¡No te acerques a ella! ¡Es una monstruosidad...!

—Lo sé, tía, tranquila. No es nada...

—¡No! ¡Estamos condenados, condenados al peor de los pecados por el peor de los monstruos!

Percy esbozó un gesto interrogante.

—¡El incesto! ¡Todos nos condenaremos por el incesto!

—Somos primos... solo primos. —La presa de la señorita Trent se relajó algo, con suavidad bajó la mano y se tendió de nuevo en la cama.

—Está muerta. Gracias a Dios. Lejos de su padre. Estamos todos condenados... todos... desde niños, solos en esa casa...

La puerta se abrió y entró un doctor Purvis apurado junto a una enfermera.

—Les dije que no la excitaran.

—Ya nos vamos —dijo Torres sacando a Percy consigo—. Muchas gracias doctor, y cuídela.

Caminaron ligeros por los corredores del hospital, Torres apretando el paso mientras Percy le seguía aturdido.

—De nuevo... —no paraba de lamentarse—. El mismo arrebato de aquella vez... no lo entiendo. Éramos primos... somos primos.

—Eh... bueno, primos hermanos.

—Aun así. Por Dios, no sería el primer caso y...

—Salgamos de aquí. —Torres estaba nervioso, no quería seguir hablando del tema.

A la puerta los esperaba Albert con el coche. Ya dentro, Percy preguntó:

—¿Y eso que dijo de «su» padre?

—Perceval, no estaba en sus cabales. La medicación, y cierta neurastenia causada por la suerte de la señora De Blaise...

—«Lejos de su padre», claro. Su padre, el capitán William. Bowels nos dijo que era el tal Sturdy de su regimiento. Murió hace años... ¿cómo no iba a estar lejos?

Cayeron ambos en un silencio pesado, una losa de verdad siempre sospechada se cernía ahora sobre ellos. Torres notó la crispación en las manos de Percy, la rigidez, más de lo normal, en su postura, y casi podía oír los esfuerzos de su cerebro para huir de ciertas ideas. Como hecha de los relees y ruedas dentadas de su Ajedrecista, la mente de Percy trabajaba, sacaba con dolor pensamientos ahí enquistados durante muchos años. Pobre Percy, como su homónimo había buscado el enigma del Grial, pero lo que encontró fue el secreto de su propia sangre.

—Puede dejarme antes de llegar a Forlornhope. —Torres intentaba contener la estampida de horrores que abrumaban al joven lord con el muro, siempre fiable, de lo cotidiano—. Si no le parece mal su cochero puede dejarme...

—Dios mío —solo era un susurro—. Por eso... ¿cómo no me di cuenta?

—Percy, hágame caso, ahora le conviene reposar. Descanse, duerma, y luego podrá analizar...

—Encerrado siempre en mis lecturas, odiando a mi madre por abandonarme y maldiciendo el desprecio de mi padre hacia mí, incluso envidiando el trato de favor que siempre tuvo con ella. ¿Trato de favor...? Qué espantoso e irónico eufemismo. Por eso me enamoré, creo que sí, si la tenía a ella, si ella me mostraba el mínimo afecto, tal vez mi padre reconociera en mí alguna virtud... una sola. Dios santo, ¿qué clase de monstruo soy?

—Escúcheme, se lo ruego. —Se giró para encarar a su compañero de viaje, tomándole con firmeza del brazo—. Ahora no puede flaquear, hay mucho en juego...

—¿Cómo iba a sentir amor alguno por mí? Yo solo era en parte de su sangre, mitad Abbercromby mitad «plebeyo»... su maldita sangre...

—No saque conjeturas apresuradas.

—¿Apresuradas? ¿Por qué habría dicho esa pobre desgraciada que la «alejase de su padre»? ¿Qué horrible... tanta atención para la hija de...? Ese monstruo... —¿Y por qué la había comprometido con un invertido a sabiendas? ¿Y por qué De Blaise, fiel lacayo de lord Dembow, huía de su lecho, el cálido lecho de una mujer tan hermosa? Nada de esto dijo Torres, por supuesto—. Cuánto no habrá sufrido esta mujer... ¿por qué se mantuvo en silencio? Con qué crueles ataduras la obligó a permanecer en su casa, al lado de su hija, de su sangre... de su misma... oculta entre la servidumbre...

—Debe reposar las cosas, ahora no es el momento...

—Voy a matarlo.

—No diga locuras. Con eso no hará sino acrecentar su sufrimiento, y el de los que aprecia. Debiera centrar sus energías en procurar el bienestar a... a su tía.

—Mi tía. Su madre.

Las lágrimas corrían ya por sus mejillas sin pudor alguno. Tomó el pañuelo que mi amigo le ofreció, y tal vez quiso decir algo, pero ya no tenía aliento. Torres golpeó con suavidad sobre el techo. Como respuesta, a su espalda sonó la voz de Albert desde una pequeña bocina de cobre que asomaba sobre sus cabezas.

—¿Sí, señor?

—Albert, vamos a casa del señor Abbercromby en St John's Wood. Conoce la dirección, ¿verdad? —Luego, mirando a Percy preguntó—: ¿Le parece bien?

Dio la callada por respuesta, no podía pronunciar palabra, demasiado dolor. Para allá condujo el coche Albert, y no tardaron demasiado en llegar. La casa presentaba el mismo aspecto de cerrada que ya conociera Torres. Percy, con igual voluntad que uno de los autómatas que tanto adoraba su padre, fue hasta la puerta y entró. Allí escondido estaba Bowels, esta vez reconoció los pasos de su benefactor y salió al encuentro.

Torres habló, sin entrar como es natural en detalle alguno, del mal estado de Percy, y pidió al sargento mayor que lo atendiera y no le permitiera salir de casa sin avisarle a él, o al señor Ribadavia en su defecto. Bowels aceptó sin pensarlo dos veces y sin hacer pregunta alguna, su agradecimiento hacia Percy no era menor que el que sentía el doctor Purvis.

No, no es del todo cierto. Sí hizo una pregunta cuando Torres se iba, dejando a Percy en un sillón junto a la siempre reconfortante compañía de una botella de whisky.

—Perdón, señor, ¿vieron al final a la señorita Trent? Se portó conmigo como una santa y no querría...

—Sí. —No quería ser más preciso, no solo porque no era necesario que Bowels supiera más de lo estrictamente necesario, sino porque no le caía bien ese sujeto. A fin de cuentas, había participado en el execrable hecho de Kamayut, aunque solo fuera por su omisión de auxilio, y si bien ahora les había resultado de cierta utilidad, no dejaba de ser un hombre capaz de terribles acciones, o incapaz de oponerse a ellas por flaqueza de espíritu. A pesar de todas estas consideraciones, siguió hablando—. Nos encargaremos de ella, no tenga cuidado. Usted ocúpese del señor Abbercromby y, por supuesto, no se deje ver por ahí.

Cavilaba Torres mientras Albert le devolvía a casa, cayendo en la cuenta de la cantidad de personas, no todas dignas de favor alguno, que agradecían las bondades del corazón gentil de Perceval Abbercromby, siempre disfrazado de ogro y que en el

fondo contenía un alma justa y buena. Parece que eso, la justicia, no es algo que el Señor derrame por el mundo a manos llenas. No soy yo quién para exigir nada al creador, pero son feas las monedas con las que se recompensa la bondad extrema.

Mi amigo incluiría al joven lord en sus oraciones, de eso estoy seguro, aunque pronto, muy pronto debería centrar sus desvelos en su propia persona. Esa tarde, mientras tomaba una merienda a la española, chocolatito y un remedo de churros, ofrecida por la viuda Arias para sus inquilinos, Bengoada y él, y su niña que disfrutaba como loca embadurnándose la cara de dulces churretes oscuros, recibió un funesto telegrama.

Lo remitía su viejo y querido amigo Gorbeña desde España, con quien mantenía una continua correspondencia desde que estuviera en Londres. No quiero matizar ni engrosar la importancia del telegrama recibido con mis pobres palabras, ya es ominoso de por sí sin aderezos. El texto era así:

SITUACIÓN FAMILIAR GRAVE. LUZ MUY
ENFERMA. VEN CUANTO ANTES. AVISA
CUANDO LLEGAS PARA IR POR TI. VALENTÍN.

____ 52 ____

LaBt ihn unenthüllt!

Martes

El sábado trece de octubre, Torres hizo de nuevo el equipaje para volver a España. Juliette Arias lloraba en una esquina, mientras el ingeniero se apuraba en recoger lo imprescindible.

—No se vaya... —decía la niña entre sofocos.

—Tengo que hacerlo, Julieta, mi mujer está enferma y me necesita.

—Pero... pero... ¿y... y el Ajedrecista? —Torres miró a la máquina de la que se sentía orgulloso, por qué mentir. Allí, ocupando la mayor parte de su cuarto estaba el objeto de tantos desvelos y misterios. Miró hacia la señora Arias, que con mucha ceremonia ayudaba a doblar y a empacar sus cosas con la habilidad para estas cosas propia de su sexo.

—Don Leonardo —dijo sin dejar de plegar camisas—. No tenga cuidado con lo que deje aquí. Sus experimentos y todo estarán bien cuidados. No pienso alquilar estas habitaciones, hasta que usted vuelva... para recoger sus cosas, me refiero.

—Gracias, Mary. No sé cómo podré agradecerle todas las atenciones y toda la generosidad que ha derrochado conmigo estos días.

—¡Pero mamaaaaa! ¡No se puede iiiiiir!

—Tiene que hacerlo Juliette, su mujer le necesita.

—Entonces, señor Torres, ¿ya no somos sus amigas?

—Claro que sí, claro... —Llamaron a la puerta con insistencia.

—Anda, ve a abrir.

La niña salió corriendo entre sollozos, dando un portazo tras de sí.

—Está muy enfadada. No se lo tenga en cuenta, le ha cogido mucho cariño.

—Y yo, a ambas, pero entiéndalo.

—Por supuesto, tiene que ir lo antes posible. No sería propio de usted el no hacerlo, don Leonardo.

Se oyeron pasos en la escalera y pronto tronó la voz de bajo de Ángel Ribadavia en la salita.

—¿Qué está haciendo, Leonardo?

—¿Me ha conseguido los pasajes para Calé? —La urgencia del viaje le había obligado de nuevo a recurrir a su amigo de muchos recursos.

—Por supuesto que no.

Bueno, podré tomar el tren y...

—Es una locura que marche para allá así, sin más.

—No voy a jugar con esto, Ángel. Mi mujer... después de lo sucedido y ahora...

Debiéramos confirmar la noticia antes.

—Lo confirmaré allí, en persona. No dormiré hasta que la vea.

—Deténgase un minuto. —Lo apartó por fuerza de su equipaje, ya a punto de cerrar—. Siéntese aquí un instante y escúcheme, no le robaré mucho tiempo. —Así hizo, a regañadientes, los dos sentados al borde de la cama junto a la pequeña maleta que constituía todo su bagaje—. Ayer oí algo, no puedo decirle de boca de quién, he de ser discreto y es cierto que en nada le atañe a usted sino a mí...

—Ángel, seguro que es muy interesante, pero entienda que ahora mismo...

—¡Espere un minuto, rediez!, que no se van a acabar los trenes para Dover en esta maldita ciudad porque me atienda a tres palabras. —Torres suspiró y rindió su negativa ante el inquebrantable diplomático.

—Continúe.

—Sí. Resulta que es muy probable que un unos días llegue una carta oficial, del ministerio, llamándome a consultas a Madrid.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, absolutamente nada. O para decirlo de otra forma, he hecho cosas peores y se me han tolerado.

—Lo lamento... quiero decir, que supongo que después de tantos años aquí le gusta el cargo. ¿Qué piensa hacer?

—Leonardo, es usted más listo que yo, mucho más, pero ahora no está centrado. ¿No le parece curioso que a la vez reciba usted ese telegrama lleno de malas noticias y a mí me manden para España?

—Está pensando... ¿Una conspiración? Vamos, no creo que puedan manipular a la diplomacia de nuestro país... sean quienes sean. Pregunte al embajador...

—Don Cipriano del Mazo —el embajador— y yo no estamos en buenas relaciones, nunca lo estuvimos. Pero mi estrecha relación con don Práxedes Mateo Sagasta, y con Canovas, que yo no atiendo a colores en política, y cierta amistad que tuve con su majestad don Alfonso, no voy entrar en pormenores... en fin, estas relaciones y otras me han permitido mantener el puesto. No me serviría en nada recurrir a mi superior, se lo aseguro. Por lo menos mientras sea el señor del Mazo, circunstancia que no va a durar mucho, pues me temo que a don Cipriano le esperan pronto misiones de más enjundia que esta «tranquila legación».

—Me cuesta creer que todo esto... en fin, usted es amigo de ver intrincadas conspiraciones allá donde mira, y no voy a dudar de su experiencia... qué quiere que le diga, muchos hilos habría que tocar.

—Uno o dos, siendo los apropiados no hacen falta más. Pero se lo concedo, ¿le cuesta también creer que ese telegrama lo mandara otra persona, no su remitente? ¿Sería eso una «conspiración intrincada»? ¿Qué mal hay en pedir confirmación con

otro telegrama? Podemos hacerlo a través de la embajada; que tenga enemigos no significa que lo sean todos.

Sí, desde luego que podía solicitar esa confirmación, y era lo más razonable. No creo, esto lo digo por mi cuenta, que a Torres le pareciera tan descabellado las intrigas de salón que argüía Ribadavia, más que nada porque como él mismo había reconocido, don Ángel debía bregar con situaciones semejantes a diario. Sin más dilación mandó un telegrama a España, dirigiéndolo a su amigo Valentín Gorbeña, y otro a sus padres, y uno más a familiares de Luz.

No deshizo el equipaje.

Luego, caída la tarde, Percy se presentó en casa de la viuda.

—Mañana a las tres y media de la tarde, lord Dembow ofrece una exhibición de autómatas, una *soirée* en Forlornhope para un grupo de amigos. —No saludó, ni a Torres ni a la señora Arias, más allá de una leve inclinación de cabeza. Entró y soltó su anuncio, como un pregonero. Su aspecto era espantoso, sin peinar, con la ropa descabalada, los ademanes torpes, desmañados; la que antes era una presencia anodina, ahora resultaba desagradable.

—¿Ha venido para...?

—Podemos ir... no es que me hayan invitado, ni mucho menos. —Se rió exageradamente—. De momento no pueden impedirme entrar en mi casa.

—Verá, en estos momentos no creo...

—Podremos ver ese «ajedrecista» que ha hecho con partes de otros autómatas, y comprobar si es superior al suyo, que lo dudo. —Más risas—. ¿Qué otra cosa tiene que hacer?

Nada, en realidad, nada más que aguardar nervioso a recibir el desmentido desde España. De modo que por la tarde del domingo se plantaron ambos ante el portalón de Forlornhope.

Domingo, dos semanas después de la muerte de Liz y de Kate Eddowes; ni rastro de Jack, si no contamos las cartas truculentas que llegaban a la policía y a la prensa, y los artículos escandalosos que llenaban los diarios. Cierto que empezaba a ser hora de que el Destripador matara de nuevo, dos semanas había sido el intervalo menor entre sus acciones, entre la de Polly Nichols y Annie Chapman (puede que las labores policiales de prevención estuvieran dando efecto), y se sentía una tensión en las calles cercana al motín; cuanto más tardara en matar parecía que sería más espantoso, como si Jack fuera acumulando odio hasta desatarlo sobre alguna puta solitaria. De acuerdo en todo esto, pero yo, de estar vivo, más que preguntarme qué era de Jack, diría: ¿qué era de Tumblety? Estaba en Londres, así se lo diría Abberline a Torres días después. El inspector Andrews seguía tras su pista día y noche, y al parecer había estado involucrado de nuevo en asaltos indecentes contra hombres, uno de ellos ese mismo domingo catorce.

Sí, vuelvo al domingo por la tarde, en casa de lord Dembow. En el fastuoso vestíbulo principal, De Blaise, Tomkins y un par de fornidos hombres se encaraban a los visitantes inesperados.

—Al saber de la exhibición no he podido menos que traer al señor Torres.

—Percy exhibía un aplomo inusitado en él. Aún siendo siempre un extraño en su casa, se sentía seguro del suelo donde pisaba, si este era el lujoso pavimento de Forlornhope—. ¿Ha empezado ya?

No cabía temer que los «primos» se liaran en una refriega allí. Se cruzaron miradas pétreas, mantuvieron cauta distancia y el «advenedizo» cedió el paso al heredero de lord Dembow.

—Cómo no. Usted es siempre bienvenido en esta —se dirigió a Torres con la cordialidad que hurtaba a Percy—, su casa.

Tomkins condujo al grupo escaleras arriba. Llegando a la balaustrada se sobreponía sobre la entrada, la que debían recorrer para acceder al vedado segundo piso, Percy se despidió.

—Esto le interesa a usted más que a mí, señor Torres, yo me aburro con tanto cachivache. Voy a mis habitaciones, tengo correo pendiente.

Mi amigo quedó atónito, solo y desamparado. Esa calidez con la que era acogido en la mansión de lord Dembow, no era percibida por el español por mucho que insistiera De Blaise. Cierto que desde que no estuviera Cynthia, el calor debía haber huido de esos gruesos muros. Sin más lo condujeron a los amplísimos salones de arriba.

Ya estaba lleno, lleno de una concurrencia no superior a la veintena de personas. Se habían dispuesto sillas y butacones a modo de platea, en semicírculo, en el centro de la vasta sala. Habían desaparecido todos los autómatas que viera Torres en aquella otra exhibición. Salvo bancos de trabajo y restos medio ocultos tras algunos biombos, la estancia estaba ocupada solo por el nuevo ajedrecista, y visto a distancia era casi un calco del de von Kempelen.

El «casi» era digno de remarcar. El mueble sobre el que descansaba el tablero era mucho más grande, y disponía de tres puertas frontales en lugar de dos. Además, el autómata sentado a la mesa (a decir verdad, ya les he comentado que el autómata era todo el artefacto, incluido el mueble. Claro, siempre que el Ajedrecista de Dembow fuera similar al Ajedrecista de Kempelen, y teniendo en cuenta que había sido construido como Frankenstein a su monstruo, a partir de los restos de mis amigos ya deformados por la atroz ciencia, es difícil de precisar), no era un turco fumador. Era un beefeater, uniformado a la perfección, con su traje rojo y dorado, dos grandes letras en el pecho: «E R», de *Elizabhetha Regina*, su bonete a lo Tudor y su gorguera blanca y rizada al cuello. En lugar de pipa, a la mano izquierda tenía una alabarda que apoyaba en el suelo, a su lado.

Parecía que todos esperaban a los últimos invitados, en especial lord Dembow, que presidía la reunión en su silla fantástica junto al autómata. Todos los presentes eran caballeros importantes, todos vestidos con más elegancia que la precisa para una reunión informal, parecían asistir a un estreno en el Lyceo. Encabezaba el elenco el mismo secretario Henry Mathews, y tras él muchas personalidades, ancianos, algunos con sus enfermeras atendiéndolos. De muchos guardaba el español recuerdo del almuerzo del pasado septiembre, como era el caso de sir Francis Tuttledore, o el letrado Fulbright. Se fijó en el doctor Greenwood, y en su ayudante, el asustadizo doctor Purvis, cuya expresión de sorpresa al verlo fue casi cómica.

El señor de la casa recibió a Torres con efusión, pero sin energía; en efecto, tal y como le dijeran al ingeniero, Dembow era ahora el espectro de sí mismo.

—Qué agradable sorpresa —extendió los brazos para abrazar al español, mientras su silla avanzaba—, señor Torres, agradable y oportuna.

—No sé... tal vez se trata de una reunión privada. Me temo que su hijo, llevado por su hospitalidad, se haya excedido...

—Ya quisiera que todos sus excesos fueran como este, venga.

—La última vez que estuve aquí, me prohibieron verle, por su estado de salud imagino.

—Niñerías. Señores —se dirigió a la concurrencia, sin poder alzar demasiado la voz, pero un susurro del patriarca fue suficiente para acallar las voces—, contamos hoy entre nosotros con *don* Leonardo Torres, ingeniero español y experto en autómatas.

—Nada de experto...

—Cómo no, está usted mismo construyendo un ajedrecista, similar al de Maelzel, ¿me equivoco?

—Cómo va a equivocarse. —Si pretendió financiarlo—. Veo que usted también, y parece que con más éxito que yo.

—Por eso es perfecta su aparición aquí. Una más para el equipo de los escépticos. —Esto lo dijo mirando a sir Francis.

—No me permitiría nunca dudar de su talento, señor.

—Dude, dude, que esa es la mejor arma del científico. Quién más idóneo para juzgar esta maravilla aquí construida que usted.

Entre los asistentes había dos personas que desentonaban. El propio sir Francis, porque parecía incómodo en medio de la reunión y un hombre que permanecía cubierto con un enorme bombín, carente de la elegancia del resto, jugando como un bobalicón con un bastón recio y acicalando de continuo sus espesas patillas canosas. Pottsdale, sin duda yo lo hubiera identificado y así se lo dije a Torres cuando me contaba esto que ahora yo les cuento. Entonces era imposible que él lo reconociera.

—Veo que al final no le he hecho falta —dijo Torres en un apartado a Dembow,

mientras los dos se acercaban al ajedrecista, invitando a todos los presentes a hacerlo a su vez.

—Su entusiasmo y su empeño dieron alas al mío y afilaron mi ingenio. En todo caso, no apresure el juicio. Comprobemos si esto ha sido un éxito.

Hace una semana le insistía a él para que acabara el trabajo y ahora disponía de un beefeater jugador de ajedrez en perfecto funcionamiento. Al menos buen aspecto tenía. Incluso considerando la información que le diera Percy respecto a la utilización de partes de mis amigos autómatas para construir este, era difícil imaginar que en una tarde lord Dembow había obtenido la habilidad de Vaucanson, de Pierre Kintzing, ni mucho menos la que en los últimos días Torres había descubierto en el genial von Kempelen.

Tomkins, prestando sus manos y pies al impedido lord, fue exhibiendo los entresijos del ajedrecista mientras Dembow recitaba la presentación de su artefacto con un hilo de voz. No se diferenciaba mucho en la exhibición que presenciara diez años atrás de manos del huidizo Tumblety, la actual en lugar más acogedor, y debía reconocer que aquí los presentes rodeaban por completo al artefacto. En esta, como en la otra, había algo que le incomodaba, un «nada por aquí, nada por allá», un «abracadabra» muy alejado de la simpleza y claridad con que debiera presentarse un logro científico.

—Nos encontramos en los lugares más insólitos. —El doctor Purvis había maniobrado con disimulo por el salón hasta llegar junto a Torres.

—Le puedo asegurar que nuestros encuentros son siempre casuales.

—Por supuesto, no pretendía sugerir nada.

—No se apure, doctor, no soy amigo de andar contando chismes, y por otro lado no sé de nada digno de ser contado.

—No quiero parecer empalagoso ni cargante —pues lo era, y mucho—, pero les estoy muy reconocido por su discreción. —Torres quitó importancia al tema con un gesto—. Y no sé si sería abusar rogarle un esfuerzo más a su prudencia.

—No alcanzo...

—La visita del viernes a Bedlam... no quisiera que se me acusara de arrogarme atribuciones que no...

—Descuide, mi memoria es muy flaca, no recuerdo de qué visita habla.

—Se lo agradezco. —Dembow seguía presentando su muñeco entre expresiones de sorpresa de los presentes.

—¿Frecuenta mucho esta casa, doctor Purvis?

—Me honra ser invitado en ocasiones.

—Una especie de club privado... los que frecuentan Forlornhope, me refiero.

—Un grupo de amigos y admiradores de lord Dembow, así prefiero verlo. Sé que mi presencia no es debida a otra cosa que a la mediación de mi benefactor el

eminente doctor Greenwood, aun así es un orgullo. Lord Dembow es uno de los hombres más influyentes de este país.

—Eso tengo entendido. Está muy enfermo, ¿no?

—En efecto. Es lamentable. No creo que llegue a navidad.

—Desde luego que no lo hará enfrascado en locuras como esta. —La incursión en la conversación que ingeniero y médico llevaban en el tono más bajo posible, incursión no exenta de cierta impertinencia, fue a cargo de sir Francis, quien se había aproximado a Torres.

—Perdón, sir Francis —se disculpaba Purvis—. No era mi intención ser desconsiderado.

—Ha sido directo y franco, amigo mío, y esas cualidades son tan necesarias en su profesión como la caridad y la misericordia. Señor... ¿Torres?

—Así es.

—Le ruego que trate de disuadir a mi buen amigo de esta locura. Esta obsesión suya por... por las máquinas no puede traer...

—Torres —alzó la voz en lo posible Dembow. Al parecer habían terminado las presentaciones, y llegaba el momento de la demostración—, ¿nos haría el favor de ser usted el oponente del Ajedrecista?

—¿Yo?, mala elección, señor. Si no soy un experto en autómatas, en cuanto al ajedrez soy un principiante.

—Modestia; es muy propio de su carácter. Estoy seguro de que en los últimos días ha estudiado mucho el juego, siendo así, y conociendo la «automática», como dice usted, no hay rival mejor para juzgar a mi ajedrecista.

Era un buen argumento. En el fondo cualquiera hubiera valido para Torres; ya fuera por orgullo profesional o simple curiosidad científica, estaba desando probar esa máquina. Se sentó enfrente, rodeado de los ancianos caballeros allí presentes, que contemplaban escrutadores cada uno de sus movimientos, y de Potts, para quién Tomkins se ocupó de procurarle el lugar con mayor visibilidad. El beefeater mecánico jugaba con blancas. Cuando Dembow dio cuerda y activó el mecanismo, el autómata soltó la alabarda, en eso parecía superar al de Maelzel, y movió el peón de rey. La partida comenzaba, partida que tenía más importancia en el movimiento de los espectadores que la rodeaban que el de las piezas.

El juego no fue como esperaba. Ganó sin apenas dificultad. Torres conocía el ajedrez y disfrutaba de él. No era un gran maestro, desde luego, pero alguien con mucha menor pericia habría detectado que este oponente era muy inferior que él. El ajedrecista de Dembow parecía un jugador demasiado bisoño. Nada que ver con la habilidad que mostrara el otro, el de von Kempelen. Desde luego, si los que jugaban eran mis antiguos compañeros, ahora convertidos en un guardia de la reina británico, poco tenían que hacer, no creo que ni Tom, ni George, ni por supuesto Amanda

hubieran siquiera visto en su vida una pieza de ajedrez.

Mientras los invitados hacían sonar sus copas en afectada señal de aplauso y admiración, Torres procuraba que sus facciones no traslucieran el pasmo que lo embargaba. Sí, había ganado a ese artefacto, jugaba mucho peor que el ajedrecista original, sin embargo, durante toda la partida estuvo atento al funcionamiento del autómata, buscando un truco, un engaño, algo que tirara por tierra la imposible evidencia de que en unos pocos días lord Dembow había construido el ajedrecista mecánico perfecto, capaz de jugar una partida entera, perderla, sí, pero jugarla. No vio hilos, trampa ni cartón. Era imposible. Si hubiera sabido entonces, como yo le conté ahora, que mis amigos estaban dentro del beefeater de metal y madera, tal vez hubiera sido más creíble, no lo sé.

—Enhorabuena, señor Torres —decía Dembow—. Como le decía, su modestia no hace honor a su conocimiento del juego. Y ahora, ¿su veredicto?

—No le entiendo.

—Todos estamos esperado, ¿qué le ha parecido mi ajedrecista? Necesitamos su versado juicio.

Tal vez yo pueda darle un veredicto, padre. —Lejos, en la entrada del salón estaba Percy. Había irrumpido sin contemplación alguna, haciendo que las pesadas puertas de roble chocaran contra las paredes espejadas al abrirlas, rasgando las lunas. Tenía el mismo aspecto desaliñado con el que había llegado a la casa, al que se añadía los evidentes efectos del alcohol recién tomado en abundancia. El mismo aspecto no; empuñaba en su mano derecha la temible Lancaster.

—Perceval, qué estás haciendo. —Incluso en su lamentable estado, lord Dembow resulto un padre severo recriminando a su «disoluto» hijo.

—Oh, no se preocupe, señor —Percy avanzó hacia el grupo balanceando el arma como si de un ramo de flores se tratara. Los hombres que acompañaban al secretario Mathews, así como Tomkins y el mismo De Blaise dieron un paso adelante, lo que no hizo mella alguna en el comportamiento del joven lord —, si es el escándalo lo que teme. Estos caballeros le conocen bien, y no les importa la clase de monstruo que es, y en cuanto a este señor... —Señaló con el cañón de su pistola a Potts, que dio un respingo asustado y dijo:

—Oigan... no he venido aquí para que...

—Maldito imbécil —De Blaise se adelantó, aún más—, tenía que haber...

—Con esto no creo que pueda fallar. —Quedó quieto, apuntando directo a la cabeza de su odiado primo. Todos quedaron quietos.

—Muchacho —dijo sir Francis—, ¿has perdido el juicio?

—Por favor, tire esa arma, señor —rogaba con firmeza Tomkins.

—Deberán disculparnos, caballeros —dijo Dembow sin mostrar temor en la voz —, me temo que mi hijo no aguanta bien la bebida.

—¿Eso crees, padre? Pues a mí me parece que conservo un pulso excelente. —Abrió fuego. En la sala casi diáfana por completo, sonó como el más iracundo de los truenos. Todos se agacharon, los asistentes más devotos de algunos de los presentes trataron de cubrir a sus señores. Torres no tuvo más tiempo que de sobresaltarse. La bala no acertó a nadie, a nadie vivo al menos. Un enorme agujero había aparecido en el frontal del lujoso mueble que formaba el autómata, ante el que solo momentos antes se había sentado Torres—. Vaya, he de mejorar mi puntería... ¿o sí he hecho blanco?

—¡Yo sí voy a hacer blanco en tu...!

—Quieto. —De Blaise frenó en seco su acometida ante la negra mirada de la Lancaster, cuando Percy hizo girar los cañones del arma y apuntó directo al mayor—. Solo estoy practicando con esa marioneta de feria, ese monstruo... no haré daño a nadie, a menos que se interponga. Dígame padre, ¿he acertado? ¿Más a la derecha... a la izquierda?

De Blaise se apartó despacio de la línea de fuego. Percy empezó a hacer puntería contra el autómata, guiñando un ojo y haciendo lo que él entendía como gestos intimidatorios.

—Deja esa arma, hijo y...

—Tal vez usted, señor, podría indicarme un blanco más oportuno. Aunque entre tanta alimaña junta es imposible equivocarse. Acabemos con la mayor. —Apuntó directo a lord Dembow y disparó.

La bala fue a dar contra la aparatosa silla de ruedas, en su costado derecho. Su volumen evitó que al anciano saliera dañado. Todos volvieron a agacharse, menos De Blaise que no se lo pensó. Percy debía volver los cañones del arma si quería disparar de nuevo, en rigor estaba desarmado, y no era rival para su primo. Lo arroyó, y luego a él se le unieron una decena de hombres, ancianos y sus ayudantes, deseosos de acabar con el intruso, como una jauría provecta y furiosa. Garras sarmentosas, bastones, ruedas, bocas desdentadas trataban de despedazar a Percy, sin importar que sus ataques zahirieran también a De Blaise, quien se había hecho ya con el Lancaster.

Torres se preocupaba por el estado de lord Dembow, que muy alterado trataba de comprobar los daños en su silla, ignorando su propio estado.

—Estoy bien... —decía apartando de sí a Torres y Greenwood, que también se había interesado por el noble—. ¡Tomkins! Maldito... ese imbécil me ha disparado y ha destrozado... por el amor de Dios, espero que no haya...

—No parece nada, señor —calmaba el fiel Tomkins a su señor, mientras el doctor trataba de hacer otro tanto con el sobresaltado Torres.

—No está herido, es la conmoción por el disparo, dejémosle descansar...

—Agarrad a ese imbécil —ordenaba el anciano. El caos no duró mucho. Sir Francis, más entero que el resto de los asistentes, consiguió calmar algo la situación,

interponiéndose en medio de la horda de ancianos enfurecidos.

—¡Calma, señores! ¡Ya es suficiente! Nadie está herido...

Alguno de los presentes había desaparecido, Pottsdale entre ellos.

—Señor, debemos salir de aquí —dijo alguien al señor Mathews.

—Nos quedaremos hasta que todo quede en orden. —La hidalguía mostrada por el secretario de estado no fue compartida por la mayoría. Hombres apenas incapaces de moverse, ayudados por jóvenes enfermeros salieron del lugar, agolpándose fuera una vez que Percy fue reducido, y no linchado gracias a la intervención del doctor Purvis y sir Francis, que no solo consiguieron apartar al joven lord de los ancianos enloquecidos sino de las más peligrosas manos de John De Blaise.

Terminada la reyerta, quedaron en el salón diáfano el grupo más joven de la concurrencia, en silencio salvo por el lejano eco de las protestas de los invitados exigiendo sus coches, queriendo salir antes que sus compañeros. Purvis sostenía a un maltrecho Perceval, el doctor Greenwood y Tomkins restañaban los daños del trono de Dembow, Mathews, sus ayudantes, sir Francis y alguno más permanecían expectantes. También estaba Torres.

—Sacadlo de mi presencia —ordenó Dembow, muy furioso—, está borracho.

—Señor, esto es un delito, un atentado —dijo un caballero solemne que no había sido presentado a Torres—. La situación política no es la mejor, si esto trasciende, sin que haya la menor respuesta...

—Llévenlo a su cuarto. Tomkins, ocúpese, y llame luego a Scotland Yard.

—Yo me ocuparé de esto en persona, Dembow —afirmó rotundo Mathews.

Torres no vio oportuno interceder por Percy, no veía cómo y eso le causó no poca frustración. A mí, si me permiten la opinión, me parecía un caso perdido. Demasiadas desgracias para un alma cuidada entre rezos y bienestar. Creí, aunque no dije nada mientras Torres me contaba todo esto, que el señor Abbercromby acabaría colgándose, seguro. Entretanto, Torres se dispuso a marchar, nunca se sintió tan extraño en Forlornhope como en esa ocasión.

—Señor Torres —le despidió un Dembow algo más calmado, espantando a Tomkins de su lado con un agitar de la mano—, lamento el espectáculo.

—No era un invitado esperado, así que de poco me puedo quejar.

—Usted es siempre bienvenido aquí. Me avergüenza que haya tenido que contemplar... olvidemos todo este enojoso conflicto doméstico. ¿Qué opina de mi ajedrecista?

—Sorprendente. Espero que no haya sufrido ningún daño irreparable.

No, no lo creo. Un placer verle, como siempre. —Estrechó su mano temblorosa, a Torres le parecía más endeble que nunca— . Si aún sigue en el país, espero que nos visite. Por favor, Franc, si no te importa acompañar a nuestro invitado español a la salida, me temo que me he quedado de momento inmovilizado, por fortuna, solo

inmovilizado...

Tuttledore no tuvo mayor inconveniente, a la vista que Tomkins estaba ocupado «encarcelando» a Percy en su cuarto. El hombre del Foreing Office se limitó a acompañarlo con una sonrisa, sin decir nada hasta la puerta. Torres no pudo contenerse, o no quiso, y preguntó:

—¿Agradable su estancia en el «continente», como dicen ustedes? —Ante la mirada de asombro de sir Francis, continuó—: Su hermano me comentó que usted estaba...

—¿Conoce a mi hermano?

—Apenas, me gustaría gozar de la amistad de un caballero tan distinguido, como de la suya.

—El honor sería mío, *señor* Torres. Adoro España, su cultura, Goya, Cervantes... lástima que no podamos vernos más, pronto vuelve a su país, ¿no?

—En un par de días a lo sumo. Mi mujer no se encuentra bien.

—Espero que se reponga. —Ya franqueaban la salida. Al abrir los portones que daban al salvaje patio, la lluvia los sorprendió—. Pediré un coche.

—No hace falta...

—Un paraguas.

—No, en serio, estoy hecho a lluvias peores que estas.

—Si no puedo hacer nada por usted... —Le tendió la mano despidiéndose.

—Sí puede. ¿Conoce a la señora De Blaise, verdad?

—¿Cynthia? Sí, por supuesto —se entristeció—, la tengo por mi ahijada. Lamento que...

De momento solo está en paradero desconocido.

—En efecto.

—¿Tengo entendido que la vio un día antes de su desaparición? ¿Le preguntó por su padre, el capitán William?

—En absoluto... sí, en efecto la vi, pero... no era eso...

—Así me lo contó su hermano, el coronel Tuttledore.

—No... mi hermano suele malinterpretar... me hizo una visita cortés.

—Vaya, tenía una buena amistad.

—Ya le digo que quiero a esa muchacha como a mis propios hijos, si no más. Ahora tengo que dejarle...

—¿Y por qué le visitó en su despacho y no en su domicilio o en otro lugar? ¿Era en Whitehall, no?

—Cerca pero no... la verdad es que no recuerdo.

—Imagino que su hermano supuso que una dama tiene pocos motivos para hacer una visita al Foreing Office, e hiló esa historia del capitán William. Pero... ¿su hermano estaba al tanto de quién fue el padre de Cynthia? No es que sea un secreto,

pero tampoco algo que sepa quién no está muy en contacto con la familia, como usted.

—Sí, supongo que tiene razón... desde que dejó las armas... ¡Ah!, ya recuerdo, quería que intercediera por su marido. Deseaba para él algún puesto tranquilo en el extranjero, eso era...

—Entiendo. Gracias por la conversación, sir Francis, espero que nos volvamos a ver.

El mayor de los hermanos Tuttledore no sabía mentir, de eso no cabía duda. Torres era un elemento extraño en esa pequeña sociedad de amigos y confidentes, y tal vez por eso sir Francis no supo reaccionar bien. No era importante, no debía serlo para él, pues nada de lo que dijo descubría novedades al español. Los secretos de la casa Dembow se habían desvelado días atrás, en una triste habitación del sanatorio Bedlam. Nada a excepción de un detalle, de nuevo una incómoda sensación en la nuca de Torres, algo en la mirada de sir Francis hacia la casa, cuando mencionara a su hermano, tal vez el atisbo de una expresión de sorpresa en el aristócrata.

En casa, era a él a quien le esperaba una sorpresa desagradable, otro eslabón en esa cadena de dolor del otoño del ochenta y ocho. Un nuevo telegrama del amigo Gorbeña. Leyó despacio los cuatro renglones, mientras la viuda Arias aguardaba a su espalda, frotándose las manos hasta dejar sus nudillos aún más blancos de lo que ya de por sí eran.

—Malas noticias.

—Sí. Ha empeorado.

—Cuanto lo siento, don Leonardo...

—Sí... —Torres parecía abstraído, mirando su equipaje hecho sobre la cama—. Mañana por la mañana me iré.

—Por supuesto, le prepararé un almuerzo ligero para el viaje, descuide...

—Me voy, aunque me temo que sea inútil.

—No diga eso, por Dios. Debemos mantener la esperanza...

—Es inútil, porque hace una hora escasa un alto funcionario del Foreing Office, al despedirse de mí dijo: «lástima que no podamos vernos más, pronto vuelve a su país, ¿no?». En el tono, en cómo lo dijo parecía seguro de que mi marcha era inminente.

—No le entiendo.

—¿Cómo sabía que mi intención era irme?

—Piensa que se trata de... —señaló el telegrama. La señora Arias estaba bien al tanto de las teorías conspiratorias de Ribadavia, ya era una más en el grupo— ¿de un engaño para hacerle marchar?

—Puede.

—Entonces no tiene que irse. Los enormes ojos de Juliette asomaron tras el

mandil níveo de su madre.

—No, Julieta. Debo marchar, no puedo arriesgarme.

—Pero si es mentiraaaaaaaa...

—No hagas pucheros, Juliette, o se te quedará la cara arrugada para siempre —Su madre la regañó con ternura. Sonó entonces la estridente campanilla del teléfono—. Anda, atiende a esa llamada. —La niña se fue refunfuñando. La viuda carraspeó, eliminó arrugas inexistentes en el delantal y dijo—: ¿Tiene ya billete? Puedo hacer alguna llamada o mandar a alguien, si es que sus amigos no... —Fue mencionar a los amigos de Torres y entrar Juliette como un alud, voceando la llamada de uno de ellos.

—Es el señor Ribadavia, para usted, señor Torres. —El español se apuró a bajar al vestíbulo y atender la llamada.

—He recibido un telegrama de mi amigo desde España. Mi mujer está muy grave, parece.

—No haga tonterías, Leonardo, no puede ser.

—Lo sé. —Contó al diplomático lo deducido de la breve conversación con sir Francis Tuttledore.

—No creo que Tuttledore esté tras esto. Tengo entendido que es un hombre muy rígido, tal vez sepa algo por el cargo que ocupa y sus contactos, pero no le creo responsable... como sea. Ahora me da la razón, todo puede ser un engaño.

—Aún teniendo en cuenta eso, aún dándole la razón, no puedo dejar de ir.

—Le digo que no. Creo que es importante que permanezca aquí.

—¡Qué despropósito! Yo no tengo ninguna relevancia, por Dios.

—El simple hecho que ellos, sean quienes sean, quieran que se vaya es suficiente motivo. Usted, ustedes me convencieron de lo importante...

—Nada es más importante que Luz para mí, no puedo.

—He mandado a Juan Martínez a España. Ha salido hoy de madrugada, ya andará por allí, y va directo a ese pueblecito suyo.

—¿Cómo...?

—Él nos mandará un mensaje que no podrán interceptar, puesto que nada saben de ese pobre diablo. Visitará a su esposa y nos dirá lo que ocurre.

—¿Cómo se le ha ocurrido...? Por Dios, Ángel, no sé cuántos gracias voy a gastar con usted...

—Ninguno, que la amistad no requiere de pagos. Y no se preocupe, los modales de Martínez son excelentes cuando quiere. Usted no podía ir, somos los defensores del bien, del honor de una dama, de...

—Defensores que han quedado un tanto mermados desde hoy. Abbercromby, creo que todo esto le ha superado. —Pasó a contarle todo lo referente a Percy—. Mañana llamaré al inspector Abberline, tal vez él pueda hacer algo.

—Imagino que sí. Le dejo descansar. Ah, puede que oiga noticias... delicadas

sobre mí. No haga caso.

—Nunca hago oídos a lo que se habla de usted, Ángel, solo a sus actos que bien conozco. Gracias de nuevo.

—Le digo que no hace falta.

—Pero no sobra.

La noticia que vaticinara Ángel Ribadavia sobre su persona no pudo ser más desconcertante. Llegó el miércoles siguiente: el diplomático había sufrido un accidente de caza. Torres no sabía de los intereses cinegéticos del gallego, y no estaba versado en este arte, por lo que no conocía bien las temporadas de caza, menos las inglesas.

—Desde primeros de octubre es temporada del faisán. Un descuido —dijo ese mismo miércoles, cuando Torres fue a visitarle al hospital—. Una demostración más de que no se debe ir de caza si se ha trasnochado en exceso.

Se había disparado en una pierna, dañándose el muslo de cierta seriedad. Lo extraño era que no se trataba de una herida de posta, propia para cazar esa ave, sino de una bala. Se encontraba ahora postrado, y por varios meses; el proyectil había rozado el hueso.

—Y mire usted qué fatalidad. Este mediodía mismo, mientras los buenos doctores remendaban este desaguisado, me llega una carta de Madrid, reclamándome para allá. Una carta de puño y letra del Marqués de la Vega de Armijo, en persona... el señor ministro de estado.

—Oh...

—Me va a ser imposible ir, creo que me esperan varias semanas de reposo.

Una enfermera muy fea, que junto a Torres y Ladrón era la única presente en la habitación de Ribadavia, miró extrañada mientras mullía con rudeza la almohada, al ver como todos la miraban inquisitivos; claro, estaban hablando en español.

—Está usted loco —dijo Torres, y con un gesto pidió a la enfermera que los dejara.

—Creo que haré más falta aquí que allí.

—Vaya un disparate, podría... cuando se reponga tendrá...

—No hay crisis que dure dos meses, Leonardo, y de haberla, mejor estar fuera de esta ciudad para entonces.

Torres se encogió de hombros, abrumado por la tozudez y los extraños recursos que una vez más exhibía el diplomático.

—Dejemos mi pierna, que se curará sola. Acabo de recibir otra carta, mucho más interesante para nosotros. Juanillo, haz el favor.

Ladrón tendió a Torres un papel arrugado, garabateado por una letra infame de más infame ortografía. Apenas podía entender nada, pero una frase brillaba más que ninguna a ojos de mi amigo.

La señora del seño Torres está mu bien.
To esto hes mu bonico.
Que gusto da comer aquí.

—¿Qué es esto?

—Carta de Martínez, ha visto a su señora y se encuentra muy bien.

—Se fue hace... cuatro días.

—Menos le hacen falta a ese pájaro para dar la vuelta al mundo. —Cierto, en cuatro días había tiempo de sobra para llegar de Londres a Portolín, si se sabe cómo ir. Otro asunto era cómo podía haber llegado esa carta de vuelta.

—¿Cómo ha recibido...?

—Vino un muchacho con la carta en mano. Martínez es un hombre de recursos, e hizo bien en no fiarse en el servicio de correos. —Por más explicaciones se palmeó la pierna herida, haciendo muecas de dolor—. No cabe duda de que es un mensaje suyo. Nadie es capaz de torturar el español como él.

Bastante con que sepa escribir, el tormo este —dijo Ladrón y firmó lo dicho con una sonora carcajada.

—Creo que manda recuerdos para usted, su esposa... —En efecto, entre la abigarrada letruja de Martínez había un reglón de la elegante letra de Luz, que con su habitual parquedad cargada de cariño, se limitaba a decir:

Leonardo, aquí estamos bien tu hijo y yo, ¿cómo no se iba
a estar bien en esta tierra bendita? Vuelve pronto, te
añoramos. Tu mujer que te quiere.

Y el murciano concluía:

To está bien, asinque voy llendo pallá, patrón. Con Dios.

—Como ve, y como ya le dije, no es necesario que vaya para casa, todos están bien y es aquí donde se le necesita.

Torres no podía negar el tremendo alivio que su amigo don Ángel le había procurado, ya hacía días que estaba menos que decidido pero más que inseguro respecto a quedarse en Londres. Desde que viera el extraño final al que había desembocado la penosa vida de Perceval Abbercromby. Eso ocurrió dos días antes, el lunes.

Como era de ley en alguien como él, Torres madrugó ese lunes quince para intentar mediar en lo posible en la precaria suerte de Percy. Trató de localizar a Abberline y no pudo. El inspector debía ser el hombre más ocupado del Imperio por esas fechas, aunque mantuviera siempre un oído atento a la llamada de su amigo español y compañero de confidencias.

Optó por llamar a Forlornhope. Tomkins, siempre Tomkins, le dijo que no sabía

nada, que los médicos se habían llevado al joven lord, que no había nadie de la familia (imaginó que eso incluía al señor De Blaise) en casa. Que lord Dembow se encontraba muy delicado, y por prescripción facultativa se iba para su casa de campo en Kent esa misma tarde. Evasivas, evasivas, evasivas...

No importaba, si los médicos de la casa «se lo habían llevado», Torres podía apostar todo su capital sin miedo a que el lugar donde estaba recluido Percy era cierto hospital que conocía bien. Ni corto ni perezoso salió para Southwark sin almorzar nada y sin atender ni a los ruegos de la viuda Arias para que probara bocado, ni al reproche de su espíritu inquieto, que le recriminaba que pese a la certidumbre que su mente deductiva le proporcionaba respecto a que Luz estaba tan bien como la había dejado (¡ya iba para dos meses!), no corriera para Santander sin pensárselo dos veces, en lugar de perder el tiempo atendiendo al bienestar de un noble británico amargado y triste. Recuerden que ya sabía que Martínez había marchado para España, pero aún quedaban dos días para que recibiera la carta del murciano con su contenido sosegador.

En apenas tiempo llegó al hospital de Bethlem en coche de alquiler. Entró con decisión preguntando por Percy, y fue conducido a una habitación que hacía las veces de despacho y consulta, donde le recibió el doctor Greenwood.

—Sí, de momento hemos ingresado aquí al señor Abbercromby, tanto por su seguridad como por la de su padre y el resto de la familia.

Torres se había hecho a atender a todo lo que lo rodeaba, y así comprobó por lo impersonal del lugar que este no era el despacho ni el lugar de trabajo habitual del doctor Greenwood, ni de nadie. Parecía un área común, un cuarto dedicado a muchos fines y a ninguno en concreto, espartano y feo, y con la tristeza en sus paredes propia de un psiquiátrico.

—¿Cómo se encuentra? ¿Qué es lo que tiene?

—Usted mismo pudo verlo. —Se incorporó de la silla y sacó una cigarrera, de la que ofreció a Torres—. Es un hombre atormentado, la mente se rebela contra determinadas actitudes, y estalla...

—No acabo de entenderle bien.

—Sin duda está al corriente de los crímenes que están llenando de sangre nuestras calles.

—¿Crímenes? Sigo sin ver relación... —El doctor carraspeó, parecía incómodo.

—Bien... siendo usted amigo de la familia... tenga en cuenta que todo esto está en manos de Scotland Yard, con quien colaboro como asesor forense. —Era urgente el hablar con Abberline—. El señor Abbercromby ha sido siempre un joven... algo pusilánime, pronto a la melancolía y el desasosiego sin causa justificada. He sido médico suyo desde su infancia, hablo con conocimiento de causa. Mostró siempre una devoción por su padre un tanto injustificada, si me permite la indiscreción. Lord

Dembow siempre vio a su primogénito como una criatura demasiado débil para sentir un excesivo afecto por él. No digo que no lo quisiera, pero desde la frialdad de su carácter. El muchacho se enmadró por fuerza, y el abandono de su madre...

—¿Abandono? Tenía entendido que enfermó.

—Así es, pero el carácter histérico de su enfermedad hizo que sus últimos días con su hijo, con su familia, no fueran del todo agradables. Perdió la cabeza, su carácter, austero por naturaleza se tornó más... desenvuelto. Trajo el escándalo a la casa, en fin... nunca comentamos esos desagradables sucesos. —Harto le tenían los británicos con tanto melindre a la hora de explicarse—. Así el señor Perceval Abbercromby desarrolló una hostilidad, un odio hacia las féminas, transportando a todo el género la frustración infantil que sentía por el abandono materno. Un odio que lamento no haber tenido más en cuenta. En fin, creció como le conoce, solitario, triste, taciturno, huyendo de toda alegría, sumiéndose en una beatería insana. Soy el primero en alabar los comportamientos piadosos, pero también en esto el exceso es perjudicial. Huía de las mujeres, a su edad no se le ha conocido relación afectiva alguna y es un joven sano de buena posición...

Torres se levantó de golpe, serio, y a la vez sorprendido al constatar cómo le afectaban las calumnias lanzadas contra una persona a la que conocía desde hacía solo un mes.

—Doctor, empiezo a entender a dónde va, y no sé si quiero seguir escuchándole.

—Señor Torres, no le conozco demasiado, pero no le tenía por un timorato. Escuche, y verá que lo que digo es innegable. Perceval Abbercromby es un ser enfermo, solitario, que odia a las mujeres. Es muy fuerte, y su aspecto es tal... que no hay nada remarcable en él, pudiendo bien pasar por cualquier cosa.

—Es absurdo...

—Es médico. ¿Sabe que la policía piensa que el asesino, ese Jack el Destripador, debe tener conocimientos de anatomía? Además, nadie tiene noticia de su paradero en las noches en que al asesino actuó. Eso es normal, siendo de una personalidad tan anodina, nadie repara en su ausencia, pero si miramos las fechas...

—Es suficiente. —Torres se puso el sombrero—. Muy buenas tardes, doctor, gracias por atenderme. Discúlpeme que me vaya así, no puedo permanecer inmóvil mientras se dicen esas monstruosidades respecto a un caballero y un amigo...

—Yo también aprecio al señor Abbercromby, cómo no, le conozco desde niño, pero dígame, ¿acaso hay algo de lo que haya dicho que no sea cierto?

—Todo. No miente, sesga los hechos. Perceval no tiene idea alguna del East End...

—Que usted sepa.

—... se perdería sin remisión allí, y la policía sustenta que el asesino debe conocer el barrio. Puede que su aspecto sea poco reseñable, pero desde luego no parece un

extranjero, impresión esta que dio a los testigos que han visto al criminal. ¡Y por Dios!, es un hombre religioso, nadie podría actuar...

—Me sorprende. Parece que está muy al tanto de las pesquisas policiales.

—Estoy muy al tanto de muchas cosas, señor mío. Estoy seguro de que esto se trata de una maniobra para quitarse de en medio a Percy, a cargo de... usted sabrá. Y eso solo puede ser porque estaba cerca de algo que les perjudica, sí... a usted o a sus amigos. Es parte de una conspiración de... sí, es un movimiento más en esta extraña partida de ajedrez, un gambito terrible y cruel... muy buenas tardes, doctor.

—Si no cree mis palabras, hable con Scotland Yard, ellos son quienes lo consideran sospechoso.

—Imagino que no puedo verle.

—No es conveniente, ni creo que la policía se lo permitiera.

Se fue sin atender a más, lamentando mucho el haber perdido los nervios de esa manera. Por supuesto que iba a hablar con Abberline, sentía una imperiosa necesidad de ayudar a Percy. Consiguió citarse con el inspector al caer la tarde, en un pub, el White Hart, cercano a la pensión Arias. Allí, frente a un par de cervezas, en ese agradable ambiente de maderas y licores, le contó su encuentro con el doctor Greenwood.

—Sí, hace unas horas he hablado de eso mismo con el inspector jefe Swanson, hay que considerar al señor Abbercromby como sospechoso.

—No me diga eso, inspector. ¿No ve que se trata de una trampa, una más? A mí me llega ese telegrama, a don Ángel parece que le van a reclamar de Madrid, ahora esto... no le extrañe que en unos días le aparten a usted del asunto.

—No lo creo. —Apuró su pinta—. Entiendo que es una conmoción que su amigo... nuestro amigo Percy se vea involucrado, pero deberá reconocer que es un buen candidato, valga la expresión. Es un sujeto extraño, con conocimientos médicos, de carácter huraño, que no puede justificar sus pasos las noches de los actos...

—Usted y yo sabemos quién es el asesino.

—Ya... lo que vimos en casa de lord Dembow. No estoy seguro de que eso tenga relación alguna con los asesinatos, es un hecho demasiado extraordinario, eso, lo insólito de lo ocurrido, nos hace pensar que...

—Tiene que serlo, tanto esfuerzo en alejarnos de esa casa y lo que significa... Aclaremos: ¿cree de verdad que Percy puede ser el asesino?

—Acostumbro a no creer. No le considero el candidato perfecto, pero no podemos desdeñarlo.

—Desde luego no con los informes de ese médico.

—Utilizamos nuestros propios médicos. Yo no me alarmaría. No creo que le dediquemos demasiado tiempo, y es alguien perteneciente a una familia poderosa.

—Que le ha dado de lado.

—Aun así. Imagino que saldrá sin problemas de esto. No le extrañe si en unos días aparece un indicio exculpatorio y abandona el país.

Las palabras del inspector fueron proféticas. Al día siguiente, el doctor Purvis se presentó a las siete de la tarde en casa de la viuda Arias. Torres andaba con su ajedrecista, alejando entre cálculos y limaduras el runrún de miedo que aún tenía por desoír aquel mensaje desde España.

—Esta vez no puede acusar al azar de este encuentro, doctor Purvis —bromeó Torres al saludarlo.

—No claro. Traigo una carta para usted.

—¿Una carta?

—Del señor Abbercromby.

—Lo ha visto.

—Sí. Se encuentra mucho mejor, ya ha pasado la crisis. Ahora está en su casa.

—Creí que...

Imagino que todo quedará explicado aquí. —Torres abrió el sobre con «para el señor Torres» escrito en él, y sacó la carta. Una sola cuartilla, cuarenta líneas en elegantes letras a través de las cuales Percy se despedía.

Londres, 16 de octubre de 1888

Estimado señor Torres:

Adiós. Al final no me queda otra persona de la que quiera despedirme que usted. No sé si tal atención le sea de agrado alguno.

Torres tragó con esfuerzo la angustia que se le agolpó en la garganta. En la situación de Percy no era inconcebible que deseara irse, definitivamente, desaparecer, seguir el triste camino de Antígona y Sócrates. Tal decisión radical no era admisible para el español, y menos que por su dejadez el joven lord hubiera adoptado una medida tan drástica. Tuvo que esforzarse en acabar esa carta para comprobar que la sangre no había llegado al río.

Al final usted, un extranjero y un desconocido, es la única persona a la que puedo llamar amigo. No sé qué sabrá de mi situación y no quiero aburrirle con un nuevo capítulo de las mezquindades de los Abbercromby. Baste decir que me voy. Dejo el país y el continente, mejor no decirle cuál es mi destino, le aseguro que allí es el único lugar donde puedo estar; lejos. Espero empezar una nueva vida, al margen de los horrores de esta vieja familia. Mi padre ha hecho algunos acuerdos con algunas

autoridades, de modo que mientras esté fuera del país, nada me pasará. No es que mi propia seguridad me importe demasiado, pero el deseo de viajar, de borrar el pasado, ha sido superior a las posibles responsabilidades contraídas con usted y con el resto de ese extraño círculo de amigos justicieros que hemos formado, perdone esta nueva cobardía, una más.

De todas formas no puedo desaparecer sin dejar atados algunos cabos sueltos. Me refiero al señor Bowels. Usted conoce ya la dirección donde se encuentra. Vaya por él y entréguele estas dos libras que acompañan al presente mensaje. Llévele a la estación Victoria y cómprele pasaje en el primer tren que salga para Manchester. Poco más podemos hacer por este hombre, y poco nos puede exigir.

No hay más que decir, y ninguna posibilidad de arreglar nada, aunque mi deseo es cambiar tantas cosas. Adiós otra vez, amigo Torres. Me gustaría volver a verle, aunque no creo que esa circunstancia ocurra, por tanto, quédese con mis mejores deseos para usted y los suyos, atentamente, el que hasta hoy fue:

John William Perceval Abbercromby

—No puedo creerlo —dijo Torres. El doctor Purvis entregó las dos libras mencionadas, diciendo.

—Mañana mismo sale para Francia, y de allí... no sé.

—Le digo que no puede ser —continuaba mascullando el español.

—Yo le aseguro que esta carta me la dio en persona... en fin. Yo he cumplido, y con esto creo que la deuda contraída con el señor Abbercromby queda saldada.

—No sé ahora de qué deuda me habla, disculpe doctor, no estoy yo para aguantar...

—Le digo que ya no tendrá que aguantar nada de mí. No tiene idea de lo que me ha costado llegar a esta posición, o a la promesa de alcanzar posiciones más relevantes y no terminar atendiendo a campesinos coceados... en fin. Veo que no le interesa, me voy, muy buenos días.

Torres no fue muy cortes en esa ocasión, cierto, pero tengan en cuenta lo pesado que llegaba a ser el servil Purvis, y que la carta le había enfurecido más que entristecido. No creía una palabra. Veía ahora en todos lados, como si hubiera sido poseído del espíritu inquisitivo de Ribadavia, hilos de una siniestra trama para alejar a todo aquel que hurgara demasiado entre los trastos viejos de la familia Dembow; ideada... ¿por quién? O lo que era más inquietante, ¿hasta cuán alto llegaban esos hilos?

Por lo mismo, ni siquiera leyó el telegrama que le llegó de nuevo desde España. Lo arrugó delante de la sorprendida señora Arias y la tiró a la estufa.

Ya solo esperaba noticias de manos de Juan Martínez, cosa que ocurriría al día

siguiente, como ya he contado.

Muchas cartas llegaron ese día, cartas llenas de mentiras, pero una en especial, una que no leyó Torres, trajo esa misma jornada una húmeda y sólida porción de realidad. El señor Lusk del comité de vigilancia de Mild End recibió ese miércoles un paquete postal con medio riñón humano dentro, y una carta.

Desde el infierno

Señor Lusk

Señor

Le mando medio riñón del que quité a la mujer guardao pa usted la otra mita la freí y me la comí y estaba mu rica le mandaré el cochillo ensangrentado con el que lo corté si se espera un poco

Firmado: Atrápeme cuando pueda, señor Lusk

____ 53 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Miércoles

Alto se agarra con tanta fuerza a las viguetas de madera que forman el precario andamio, que empieza a sentir el hormigueo en las manos propio de la falta de circulación. La estructura asciende como una torre de Babel chapucera, oscilando a cada momento. El mismo ha reparado y terminado parte del armazón utilizando maderamen suelto, cuerdas y clavos. Ha arrastrado la estructura hasta quedar justo bajo el agujero del techo, allí ha trabajado y luego tuvo que izar todo el andamiaje. Ímprobo esfuerzo, horas de esfuerzo que ahora parecen revelarse. La construcción y la albañilería nunca han sido disciplinas que domine, y el resultado es de lo más inestable. Aun así, anda ya cerca del techo, a siete metros de altura. El orificio oscuro que allí se ve, ahora con toda claridad desde la altura, daría acogida hasta a dos hombres, si no se descalabran antes de llegar.

—Be... tenga mucho cuidado —le ruega Lento desde abajo, sentado en su silla de ruedas, con el rostro pálido y crispado por los dolores que aún lo acucian.

—Se lo aseguro, no tengo intención de caerme. Esto se mueve... —Los crujidos de la madera resuenan por todo el vestíbulo—. Mejor no... ¿está mirando los teléfonos?

—¿Eh? —Vuelve la atención, que tiene fija en su compañero, hacia la pila de teléfonos móviles y baterías, una decena entre ambos, que se apilan a su lado. Todos los que ha ido encontrando Alto por las habitaciones de la residencia—. Sí. No funcionan.

—Una pena. Preferiría eso que subir hasta aquí...

—Baje. Es peligro. No pueden tardar en venir.

—¿Aún no ha perdido la fe?

—Recuerde que hablé con detective. El puede buscarnos...

—Sí. —Se detiene un instante, estando ya pegado al techo—. ¿Le dio la dirección?

—Sí...

—Claro, para que buscara información... debiera haber... hace diez días o así que no habla con ninguno. No sé.

—Baje.

—No podemos esperar. Usted necesita atención médica. Tal vez encuentre algo en esas buhardillas.

—Es peligroso. ¿Y si entra por agujero y las maderas... caen? Me quedaré aquí

solo.

—Sí... ¿Sabe lo que voy a hacer? —Mira el techo decorado, ya a unos centímetros de su cabeza mientras no deja de oscilar sobre el frágil armazón—. Suerte que he subido cuerda y cinta aislante. —Suerte no, previsión. Según ascendía ha procurado reforzar las uniones de maderos y terminar el trabajo en la medida de lo posible—. Voy a atar el andamio a las vigas de aquí, así estará más sólido. Lo dejaré colgando... Sí, eso haré. Vamos...

—Tenga mucho cuidado.

No parece que los amarres den más seguridad. A medida que Alto va atando las endebles tablillas, sin dejar de temblar y tambalear de pasarela en pasarela, el andamio cobra peor aspecto, añadiendo el crujido de las viejas sogas y la cinta que apenas pega al de la madera y los clavos.

—De todas formas... —dice rompiendo el silencio que durante media hora solo ha sido interrumpido por algún «cuidado» y «agárrese bien» ocasional—. Imagino que desde ahí dentro se podrá... No pienso volver a bajar por aquí... hábleme mientras acabo.

—¿Qué...?

—No sé... ¿qué opina de lo que cuenta Aguirre? Cada vez está más estropeado y aguanta menos pero... uy... pero hay... ¿Qué es eso de la conspiración?

—Siempre se habla de conspiraciones en el Destripador... es una... una obsesión. Yo no creo. Hay que ver quién es detrás...

—¿No está claro aún?

—Tenemos dos bandos. Dembow y contactos políticos que parecen llegar a Victoria, y ese Demonio, Dragón con sus maleotes...

—Maleantes.

Eso. Y luego está Tumblety con Jack, el que tenemos aquí. ¿Qué relación...?

—Ni idea. Y no... aquí, una última cuerda aquí y esto quedará seguro... ¿Qué iba a decirle...?

—No sé... ¿Tumblety?

—No. La novela. Esa que nos han dejado. Es de lo más inquietante.

—Parece que al final le entretiene a usted.

La han dejado aquí por algo, de eso estoy seguro. Hay mucho paralelismo entre... entre... Está esa casa vieja y Forlornhope... el viejo conde, su hijo... Además, empieza como una historia romántica clásica, con sus jóvenes atormentados, sus heroínas caprichosas... y luego se convierte en... en terror.

—¿Terror?

—Sí. Es extraño. La obsesión del conde por que su hijo sea idéntico a él, hasta que lo consigue... al final, cuando están los dos aislados en la Torre del Suicida, el joven Louis se comporta idéntico a su padre, de hecho no está seguro él mismo de

quién es, asunto este de la confusión de la propia identidad que no es muy habitual en estas noveluchas... Jim encuentra el cadáver enmohecido del conde de Gondrin...

—Sí, parece terror.

—Lo es, en efecto. Hacia el final... y todas esas coincidencias. El ajedrez... esas partidas, ¿se acuerda? Juega partidas paralelas una y otra vez, hasta que consigue que ambos, padre e hijo realicen exactamente los mismos movimientos cuando se enfrentan a Jim, sin hablar entre ellos, claro. Esto casi está. Y el incesto.

—¿También incesto?

—Sí. ¿Recuerda la niña que corría, en lo que le leí ayer o anteayer? Era... la niña de Camille. Jim la creía muerta, a la madre, pero había quedado embarazada y huyó... o algo así, me salto muchas partes. Tuvo la niña y murió. Primero cree que es suya, o el autor se lo hace creer al lector. Luego descubrimos que ambos amantes, envueltos en un paño de castidad, jamás consumaron, y el hijo...

—Es de su hermano.

—Ajá... Esto ya está. —Alto zarandea las maderas un poco y toda la construcción se mueve y se queja, a punto de desplomarse.

—¡No haga así...!

Agarrado con fuerza, espera a que el vaivén termine. Todo sigue en su sitio.

Parece... ha aguantado. No soy tan mal arquitecto como pensaba, ¿eh? Voy adentro. Si esto se cae... creo que las cuerdas lo mantendrán firme.

—¿Le queda alguna? Cuerda...

—Sí, me queda un rollo de cinta. Creo que será suficiente. Voy para dentro.

—Con cuidado...

Se acerca al agujero del techo, justo en el medio del improvisado andamio.

—Está cerrado.

—¿Cómo?

—Sí. — Hace fuerza, cruje tanto la trampilla que tiene ante sí como el pobre sustento donde pisa—. Alguien ha arreglado este agujero, desde dentro y ha... ha puesto unos tablones. —Ceden. Se abre en bisagra hacia dentro, sin dejar caer demasiado polvo o restos—. Una compuerta o... Esto es reciente.

—Seguro que...

—Vamos a ver... el triunfo es de los valientes. —Coge su hongo, atado junto a un martillo y otras herramientas a uno de los travesaños. Sobre el bombín ha pegado varias velas, que enciende.

—Al final estos ridículos sombreros van a servir de algo —dice Alto. Se lo pone y mete la cabeza.

—¿Qué hay?

—Un desván —la voz llega ahora muy apagada, con medio cuerpo metido allí arriba, pero se entiende—, lo que esperábamos. Mesas... trastos. Eso parecen

ventanas, cegadas. —Vuelve a sacar la cabeza y se asoma hacia su compañero—. Si puedo forzarlas trataré de salir e iré por ayuda.

—Sí. Tenga mucho cuidado. Ese suelo ya se ha roto una vez.

—Claro. Si hay suerte, le veré fuera...

—Tiene que contarme el final de esa novela.

—La tiene ahí... ya se lo contaré. —Vuelve al agujero. Prueba con las manos si las tablas del techo, el suelo de esa guardilla, son de fiar, y les da su confianza. Con esfuerzo y astillas clavándose en las manos, entra en la penumbra. La voz de Lento lo persigue.

—Ha dicho que el autor... ¿Por qué no autora?

—¿Eh? —Camina con mucho cuidado, ese desván parece ocupar gran parte de toda la planta del edificio y está atestada de trastos, mueble, bidones. Alto sigue fijo hacia las rendijas de mortecina luz nocturna que se filtran de los ventanucos cerrados —. Bueno, dijimos que no era propio de la señora Arias...

—William... ¿Puede ser la señorita Trent? Fue mujer de ese capitán, ¿no? ¿Todo bien?

—Sí. —Está haciendo fuerza contra las ventanas.

—¿Qué piensa? ¿Puede ser una novela de Trent?

—No... no puedo —Se rinde resoplando. Mucho esfuerzo construir el andamio, trepar, y hace días que no come en condiciones.

—¿Qué?

—Esto es metálico. Las contraventanas.

—Busque una puerta.

—Sí. No voy a probar suerte en esa escalerita de palillos que he construido si tengo otra opción...

Mirando a su alrededor en busca de salida, con la tenue iluminación de las velas que lleva en la frente, se detiene a contemplar su entorno. Esas mesas, esos bultos, herramientas, aparatos... Empieza a deambular entre ellos, golpeándose aquí y allá.

—¿Todo bien? —Es un taller. No cabe duda, un enorme taller, y utilizado. No hay mucho polvo. Las mesas están repletas de artilugios mecánicos, ruedas dentadas, cables—. ¿Qué pasa?

—Parece el taller de reparaciones de... de nuestros amigos. —Coge un puñado de aparatos. Ve otro más grande, con una llave para accionarlo. Sus manos, que se mueven ávidas sobre los bancos de trabajo, tropiezan con un cable, que salta.

Un ruido. Un tictac.

Algo suena tras de sí.

Gira y apenas puede ver un artefacto del tamaño de una naranja hermosa, girando a mucha velocidad, en el aire, zumbando. No lo ve bien hasta que estalla.

—¿Todo bien? ¿Qué ha sido ese ruido?

Está en el suelo. Llorando. Es el miedo, no el dolor. El dolor es mucho, por todo el cuerpo, en especial en la cara, pero el miedo es quien lo tiene paralizado. Su mano derecha no toca suelo, ha caído al lado de la apertura.

—¿Qué... qué ocurre? ¡Por Dios, conteste!

Le duele el cuello. Consigue levantar la mano izquierda, y lo toca. Está húmedo y caliente.

Sangre, muchísima sangre, que cae desde los cielos pintados en el techo hasta su camarada, Lento, en la frente...

____ 54 ____

Non Omnis Moriar

Jueves

Y esto es lo que ocurrió mientras yo estaba muerto.

Cuatro días después de la llegada de esa carta y el medio riñón que la acompañaba, volvía a la vida, o como quieran llamar a esta existencia mecánica que el Dragón me proporcionó. Aunque entonces... sí, Torres hizo la misma pregunta al inspector Abberline cuando hablaron de la carta «From Hell» sentados en el White Hart.

—¿También cree que esa es falsa como el resto? —dijo.

—No estamos seguro. El riñón parece ser de mujer, y está enfermo como los de Eddowes, no podemos apuntar más. La carta parece la de un irlandés medio analfabeto, y eso lo aleja mucho de alguien con conocimientos suficientes de anatomía, si es que son necesarios para hacer semejantes carnicerías. Dejémonos de tonterías, no creo que esa cosa que vimos escriba cartas...

No, ahora no se refería a la cosa que vieron en Forlornhope semanas antes, a ese congénere mío cargado de los órganos putrefactos de las víctimas de Jack, es de «otra cosa» de lo que hablan, otra que vieron después.

Le estoy confundiendo demasiado con mi forma de contar los hechos, seguro. Discúlpeme, hace siglos que no hablo con alguien. Centrémonos, ¿qué le estaba diciendo? Sí, mi renacimiento... claro, algo pasó en esos cuatro días, entre el dieciséis y el veinte. Torres cumplió con las instrucciones que le diera Percy en su carta. Fue por Bowels el mismo martes en que recibió la misiva de manos de Purvis, por la tarde. Le encontró allí en St. John's Wood y le entregó las dos libras. Todo como Percy había querido, hasta llegar al asunto de proporcionarle un billete de tren para salir de Londres, en ese momento el sargento se mostró tajante.

—No. No me iré mientras ese bastardo siga vivo y disfrutando de su fortuna. Siento lo que le ha ocurrido al señor Abbercromby, y a la señorita Trent. No soy su criado, y no creo que ya me deban nada. Agradezco su intención —se guardó el dinero en el bolsillo, eso sí—, pero no me voy de aquí.

—No es oportuno...

—¿Acaso me busca la policía?

—No... no lo creo. No es de la policía de quién debiera temer, cada vez parece que sus... nuestros enemigos son más dignos de precaución.

—Puedo cuidar de mí mismo, lo llevo haciendo desde los nueve años.

No hubo modo de convencerlo, ni ganas de empecinarse por parte de Torres. Su

ánimo estaba ensombrecido, ni siquiera las ruedas traqueteantes de su máquina lo abstraían lo suficiente como para hacer desaparecer esa desazón que le secaba la boca. La fuente de ese malestar era la sensación de impotencia. No sabía qué hacer, ni siquiera si tenía algo que hacer y su permanencia en Londres se empezaba a convertir en una pesada carga. Tenía un deber contraído con esa ciudad que no lograba concretar, su mente analítica se revelaba contra eso.

El buen inspector Abberline no era alguien con quien contar. Habló con él y su única intención era cazar al asesino, que por cierto ya llevaba tres semanas sin dar muestras de vida. Para él la aparición de un esqueleto de metal animado con órganos supurando entre su armazón, no suponía prueba alguna, o si lo era, al ver que cualquier camino en esa dirección chocaba con muros de misterio y secretismo, optaba por ocuparse de proteger a los londinenses, antes que capturar al asesino. Abbercromby perdido y en cuanto al entusiasta de Ribadavia... él sí. El viernes recibió su visita, cojeando aparatosamente en la pensión Arias. La aparición de don Ángel fue refrescante en ambiente tan cargado. Juliette no dejó de reír toda la tarde. Abrió mucho los ojos al ver la insólita melena gris del diplomático, que soltó de su habitual lazo, y no paró de balancearse y hacer piruetas en el bastón de don Ángel, quien la subía y bajaba como a un monito en feria. Bastón que parecía serle muy necesario con su nueva herida.

—Vamos, querida —regañaba con una sonrisa la madre—, no molestes a los señores, que tendrán cosas importantes que tratar. Puedes hacer daño...

—En absoluto, señora; ella no molesta ni usted tampoco, nada es tan importante como atender a dos bellas damas.

Torres no supo qué pensar en ese momento respecto a la relevancia o no de lo que venía a contarle, era algo un tanto extraño, una vez más.

—Parece que la herida ha sido más que superficial —dijo el ingeniero.

—Eso me temo. En fin, gajes del oficio, dejo definitivamente la caza. —Cojeaba con dolor, y a cada cabriola que hacía con la niña, su gesto mostraba una leve mueca de dolor.

—¿No debiera seguir reposando?

—Seguro que sí, pero entonces no podría contarle esto que le voy a contar, se le va a encanecer toda la barba de la historia con que me ha venido el Juanillo.

—¿Martínez? ¿Ya...?

—¡Quia! Ese se fue con dinero y va a disfrutarlo antes de llegar, se lo aseguro. Me refería a Ladrón. Por su cuenta y riesgo, que conste, ha seguido rondando Forlornhope, a pesar de la cantidad de vigilantes que andan por ahí y de lo difícil que es disimular su aire panocho. El viernes hubo un auténtico zafarrancho por ahí. Tres furgones enormes se plantaron en la puerta y empezaron a cargar bultos, todo con prisas y echando cien ojos a un lado y otro.

—¿Qué cargaban?

—No lo pudo saber, él estaba en la verja y ya sabe lo poco que se ve desde allí con tanto terreno y tan boscoso. Todo lo dirigía ese hombre tan menguado como desagradable...

—El señor Ramrod.

—Sí, que con su tamaño no sé yo cómo Juanillo pudo distinguirlo. El asunto es que estuvieron un par de horas cargando, y luego salieron de Londres. Escoltados por hombres que aunque no de modo aparente, seguro que iban armados. Ladrón los siguió.

—¿Cómo?

—Eh... pues... no lo sé. Qué costumbre tiene usted de preguntar nimiedades, por Dios. Él es de campo, imagino que corriendo y con una bota de vino bajo el chambergo puede con cualquier penco de tiro. Lo importante para nuestra empresa —ah, ¿tenían una empresa en común?— es que salieron para el norte, hasta llegar al río Lee. Está canalizado y es navegable hasta Hertford, así que tomaron dos barcazas a vapor que les aguardaban, las cargaron de toda esa impedimenta y siguieron río arriba. Ladrón se las ingenió para agarrarse a un cabo perdido y seguir arrastrado por esas aguas heladas, y el pobre murciano no sabe nadar, no tiene poco mérito la gesta. Recién pasado Tottemhan el río deja en su centro una pequeña isla; ahí atracaron los barcos y comenzaron a descargar. Apenas tardaron en llegar allí, por fortuna para Ladrón, y menos tardaron en montar una enorme carpa, blanca y roja, justo bajo una antigua torre circular de la que apenas queda media fachada.

—¿Para qué?

—Se quedó por allí, espiando, y no sacó nada en limpio. Muchos peones trabajando, metieron sillas en la carpa, mesas, y algo que le escamó mucho, y que seguro que alguien más despierto que Juanillo embotado en vino podría reconocer: un muñeco, el de un guardia de la torre, un beefeater, según he deducido a duras penas por lo que me describió el murciano. Lo llevaban tapado con lonas, pero se cayeron en el trayecto, así pudo verlo. ¿Tiene sentido esto para usted?

Ribadavia sabía de la afición de lord Dembow por los autómatas, por supuesto, había estado en aquella cena donde el noble hizo su exhibición, y se hacía idea de lo importante que eran para Torres, sabiendo que este era un docto experto en la materia. El asunto no estaba claro. ¿Una nueva exhibición del «Ajedrecista de Dembow»? ¿Ante quién, y por qué allí? ¿Por qué todo ese despliegue, montar una feria...? Si el ingeniero hubiera reconocido a Potts en casa de Dembow, y supiera de la relación de este con los hebreos, con el Armero, y sabiendo como sabía de ese trato frustrado con Moshem Sehram podría haberse hecho una idea de la transacción que iba a producirse bajo la carpa. Aún en la situación que se encontraba, creo que lo sospechó. Fuera como fuese, no le cabía duda de que oculta en esos toldos estaba la

verdad, la razón de todo lo que había ocurrido en los últimos meses.

—Debiéramos ver lo que pasa ahí.

—Leonardo, no creo que yo esté en condiciones de ir hasta esa isla, del modo en que piensa ir, porque esta vez no creo que le inviten.

—No. Por supuesto, usted debe reposar. Si supiéramos cuándo...

—Lo sabremos, déjeme a mí. —Y así fue, en efecto.

Al día siguiente resucité. De eso ya le he hablado.

Domingo, veintiuno de octubre, tres semanas ya sin Jack. No es que nadie lo echara de menos, que seguía sin dejar de asomarse a la prensa, alimentado por el afán de vender periódicos de unos y el de saber más sobre el lado oscuro de otros. Yo ya carecía de tales ansias. Llevaba un día entero vivo cuando Ribadavia volvió a hablar con Torres: John De Blaise y el señor Ramrod habían aparecido juntos en el canal que accedía al río Lee. Allí los esperaba una gabarra en la que embarcaron. Ladrón era un hombre listo, seguir aguardando en la puerta de Forlornhope supondría hacerse ya notorio, y era poco saludable para el murciano. Además, de esa casona no cesaban de entrar y salir gentes, difícil sería determinar lo relevante de lo cotidiano. Pensó que si había más trasiego hacia la misteriosa carpa, habrían de pasar por allí, y entre las empinadas y herbosas riberas del canal, era fácil esconderse.

—¿Cómo puedo ir allí?

—Su impaciencia no me defrauda. Iremos en tren, por supuesto, no queda lejos.

—¿Iremos?, no puede...

—Lo que no puedo es permitir que usted, Leonardo, se lleve los laureles de esta aventura. Imagine que encontramos por ahí a la dama. —Seguía con esperanzas respecto a Cynthia, parece que era el único que las conservaba—. Yo soy Ángel Ribadavia de Castro, de quien se habla en la corte y en el claustro...

—Aquí no hay guasa, Ángel, aquí...

—Ande, ande. No olvide traer la pistola.

El entusiasmo del diplomático no era en nada alentador, Torres no compartía su deseo de aventuras. Decidió buscar a alguien con más sensatez y menos ganas de formar parte de las noticias del día siguiente. Abberline mostró claramente su disgusto de todo ese asunto.

—Eso... sea lo que sea, está ocurriendo en terrenos pertenecientes a lord Dembow, ¿me equivoco?

—Lo ignoro. Imagino que sí.

—No es necesaria por tanto la presencia policial allí. De hecho, si usted y su peculiar amigo de su embajada entran allí sin permiso, es entonces cuando se cometerá un delito.

—Hay una veintena de hombres armados, eso es sospechoso.

—Lord Dembow, o amigos de lord Dembow, han sido víctimas de cierto atentado

político recientemente.

—Ninguno de los cuales está en ese río. —Salvo tal vez De Blaise, pero no lo dijo—. Lord Dembow está en su finca de Kent, o eso tengo entendido. ¿Qué hace ahí esa gente armada? ¿En este país se puede reunir un pequeño ejército como si nada?

—Torres, eso que dice sí parece sospechoso. Debió empezar por ahí.

—Tiene razón. —Un buen policía como él necesita de un motivo, no diré excusa, para atender un asunto. Abberline telegrafió a la policía de Tottemhan, solicitando ayuda y así se presentaron en la estación Victoria, a eso de las cinco de la tarde, Abberline, acompañado del inspector Moore y el sargento Godley, Ribadavia con su cojera y su murciano, este también torcido y con un ojo medio cerrado a golpes; y por supuesto Torres.

—Señores —dijo Moore terminados los saludos y las miradas incómodas—. Vamos al campo, a comprobar que no se altera el orden y que cierta familia eminente no sufre más percances. Se trata de un asunto policial, del que ustedes quedan por completo al margen.

—No es nuestra intención involucrarnos en nada —replicó Ribadavia—, mis amigos y yo vamos a una agradable excursión campestre, y circunstancialmente coincidimos en el trayecto y destino con ustedes.

Subidos ya al tren en dirección a Hertford, Abberline fue más específico.

—En ningún caso entraremos en propiedad privada, ni nosotros ni ustedes. Iremos allí, miraremos desde la orilla y nos volveremos.

—Una vez comprobado que no ocurre nada extraño —puntualizó Ribadavia.

—Por descontado.

El trayecto fue breve. Se bajaron en el apeadero de Diglintown, donde cinco agentes de la policía de Tottemhan los esperaban, ataviados con capotes para la lluvia, aunque el cielo no parecía muy amenazador.

—Lloverá —dijo el sargento Mabbott tras saludar con esforzada marcialidad a los detectives de Londres, y mirar con suspicacia a los civiles—. Esta noche casi seguro, si se quedan hasta entonces, claro.

El sargento les puso en situación, mientras salían del andén, abandonando la pequeña estación por un camino rural, apenas un sendero, los agentes locales empujando sus bicicletas.

—El lugar del que hablan está ahí al lado. —Señaló hacia el río, que se veía nada más traspasar el edificio simple y sobrio del apeadero. El camino seguía de cerca los raíles del tren, adentrándose en una agradable campiña hecha de suaves desniveles. Varios setos al fondo custodiaban el contorno de un acogedor cotagge, del que salía el ladrido de un perro—. En efecto, en esa isla hay más actividad que de costumbre, mucha más. Mandé un hombre para ver qué ocurría en cuanto recibí su telegrama, con la discreción oportuna, por supuesto. —Eso era una respuesta a la mirada de

Abberline, que se había endureció por momentos—. Es Curly, el agente de Diglintown. Pasó allí en su ronda habitual. No es que suela ir por allá, pero solo tenía que desviarse un poco. Se plantó allí y le dijeron...

—Es una isla en el río, ¿no? —interrumpió Moore al gárrulo Mabbott—. ¿Hay un puente o algo semejante?

—No. Dos embarcaderos, uno de ellos muy pequeño, dos tablas flotando al río. En ese islote no hay nada salvo esa ruina vieja. Curly se acercó, había dos hombres, charlaron, como quien no quiere la cosa, Curly es un buen policía, sabe cómo...

—Sargento, por favor —interrumpió Abberline.

—Sí. Dijeron que se trataba de una excursión. Un picnic.

—No creo que sea oportuno acercarnos así, a las bravas —dijo Ribadavia, y entonces Abberline se detuvo.

—Ustedes se quedarán aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—Volverán a la estación, luego les informaremos de lo que...

—No es necesario, seguro que no hay peligro en...

—No hay discusión posible a este respecto, señor Ribadavia. Usted está herido, lo veo, y no podemos permitir...

—Nosotros podemos identificar a ciertas personas —intervino Torres—. Inspector, sabe que es necesario.

—Por eso usted nos acompañará, pero sus dos amigos deberán aguardar. —Torres se encogió de hombros y Ribadavia le devolvió a cambio una mirada acerada, una de esas que yo conozco bien, de esas que dicen: «para qué has traído a la bofia»—. Y desde luego, se mantendrá detrás de nosotros.

Ribadavia y Ladrón volvieron a desgana sobre sus pasos, el resto siguió hacia el río. Superadas las pequeñas fincas con sus jardines bien cuidados, el terreno ascendía con suavidad hasta un pequeño bosquecillo que coronaba una loma. Desde allí el Lee era visible por completo.

—Imagino que... no sé, que tendrán a alguien allí. Si es tan buen puesto de vigilancia... —especulaba Torres.

—Ahora no —dijo Mabbott—. También supuse que habría alguien, así que mandé para allá a Curly. Encontró a dos tipos, charlaron, supongo que esperando que el viejo irlandés se largara, pero es tranquilo y tozudo cuando quiere. No podían justificar más su presencia, así que acabaron por irse. Ese otero está ahora a nuestra disposición.

—De todas formas no sobrará ir con cautela —dijo Abberline—. Mantendrán un ojo en ese bosque, si saben que estamos en él.

—Suponiendo que de verdad estén involucrados en alguna actividad delictiva, cosa de la que no tenemos evidencia alguna —dijo ahora Godley, mirando con cara

de pocos amigos a Torres. El sargento no estaba muy contento con ese viaje, ni al parecer con que su amigo Frederick Abberline, hombre cerebral por antonomasia, hiciera tantos oídos a un civil, y extranjero por más señas.

Llegaron a la loma en cuestión, allí estaba el obeso agente Curly, que con rapidez ocultó una petaca que le servía de compañía, y que Abberline ignoró a conciencia. Los condujo hasta un grueso roble tras el que ocultaba su bicicleta. Desde allí vieron la isla, a unos trescientos metros, con toda claridad. Era una piedra reseca, una lágrima de roca en medio del río, no tan pequeña como había insinuado Mabbott, que sus buenos doscientos metros abarcaba de punta a punta. De forma ahusada en dirección a la corriente, la carpa, bien grande, ocupaba casi toda la superficie, y estaba rodeada de hombres paseando que no se molestaban en disimular las escopetas que cargaban al hombro. La punta sur parecía adornada por un bosquecillo, y al otro extremo, corriente abajo, la isla quedaba rematada por una vieja torre abandonada, casi metida en el agua.

—Se han pasado todo el día así —explicó Curly—. Ni entra ni sale nada de esa tienda grande, más que algún tipo. No tengo idea de lo que hacen, no se parece a ninguna fiesta campestre que haya visto, se lo juro.

—Aguardaremos aquí —dijo Abberline.

—¿Hasta cuándo? —dijo Godley—. ¿A qué se supone que esperamos?

—Estoy casi seguro de que va a ocurrir algo —dijo Torres—. Allí están De Blaise, y Ramrod —miró a Curly buscando corroboración a lo que decía, y el agente se limitó a encogerse de hombros—, y puede que el propio Dembow. Para lo que sea que han montado ese tenderete, va a ocurrir hoy, o quizá esté ocurriendo ahora mismo.

—Y ahora empieza a llover.

Chispeaba, en efecto, y amenazaba con arreciar más, como había asegurado la policía lugareña, y como parecía a punto de arreciar el mal humor del sargento Godley, y la incómoda incertidumbre de Moore y Abberline. El único que estaba seguro de lo importante de estar aquí, era mi amigo Torres.

Ya caía la noche, y las ramas del roble eran precario refugio para el aguacero, pero allí permanecían. Varias luces se habían encendido en torno a la carpa.

—¿Podríamos ir allí? —preguntaba Torres, que de verdad temía que bajo esa lona estuviera ocurriendo algo importante—. Ir con una barca, preguntar...

—Tenemos una preparada abajo —dijo Mabbott.

—Una que no usaremos —aclaró Abberline—. A menos que pase algo.

—¿Y cuánto tiempo tenemos que aguardar para que...? —El ruido del tren acalló las protestas de Godley. Llevaban oyendo ese sonido toda la tarde, pero esta vez no venía de su espalda, sino de enfrente, y más lejano.

—¿Qué pasa ahí? —Señaló Moore a varias luces que aparecieron en la ribera

opuesta. Algo se movía allí, algo voluminoso—. Por ahí no pasan las vías del tren, ¿no?

—Claro que no —respondió Mabbott. En la isla hubo movimiento. Las luces corrían de un lado a otro. Se oyeron voces, y respuestas desde la orilla que la distancia y el molesto repique del agua cayendo ya más intensa, hacía imposible distinguir.

—Hacen señas con una luz, allí, en la orilla. —La vista de Moore parecía la mejor del grupo.

—Les dije que algo iba a ocurrir.

—¿Quiénes son los del otro lado? —preguntó Abberline.

—Judíos. —Todos miraron a Torres, sacudiéndose el agua de los sombreros y abrigos—. Lord Dembow, o enviados suyos, negociaron con alguien a través de un hombre de la comunidad hebrea, y esto es el fruto de esa negociación, estoy seguro.

—¿Negociaron el qué?

—La venta de un ajedrecista, lo que ignoro es lo que pedirán a cambio.

—Miren —dijo Moore. El embarcadero principal de la isla no era visible desde donde estaban, estaba justo al otro lado. Ahora, asomando por el horizonte que formaba la oscura joroba de la carpa, vieron aparecer luces—. Es una gabarra, han salido de la isla a recoger a alguien.

—Vamos para allá —terminó por decidirse Abberline—. Esto es muy extraño.

—No veo nada extraordinario...

—Algo están tramando, y desde aquí no nos vamos a enterar. Adelante Mabbott, vamos por ese bote suyo. Usted no —dijo a Torres.

—Abberline, por el amor de Dios...

—No voy a discutir. Se quedará aquí. Ha sido de mucha utilidad, pero no voy a arriesgarme. Vendremos enseguida. Supongo.

Torres quedó así, mojándose bajo el roble mientras los policías iban loma abajo, hacia el río canalizado. Sin duda estaba frustrado, pero según me confesó, allí, bajo la lluvia, comprendió que el origen real de su malestar era no poder ver otra vez ese muñeco con su traje de guardia de la torre. Había albergado la esperanza de que el resultado de todo ese paseo y ese calarse, fuera cual fuese, condujera a un posible examen más minucioso del Ajedrecista de Dembow, el falso Ajedrecista, de eso estaba seguro.

Desde su atalaya, más seguro ahora de no ser visto con la lluvia y la noche conjuradas para ocultarle, pudo ver cómo esa barcaza llegaba a la otra orilla. Por lo poco que se distinguía en ella, notaba que allí había una multitud, luces, humo dispersándose bajo el agua, tal vez animales... mucha gente. Las luces se movieron, alguien subió a la embarcación y de nuevo zarpó para la isla. No podía esperar más. Su curiosidad superaba ahora cualquier prevención. Un sonido a su espalda lo detuvo.

—Supongo que no pensará ir nadando hasta allí. —Ribadavia y Ladrón parecían muy desvalidos allí, empapados y escondidos entre los árboles.

—Apenas sé nadar.

—Yo no sé en absoluto, pero tenemos modos más fáciles de alcanzar esa isla. No podrá imaginarse a quién me he encontrado bajo la lluvia. —Hizo un gesto y tras un tronco muerto asomó un hombre corpulento, arrebujado bajo un capote, que se quitó el sombrero para mostrar el rostro de un algo desaseado Perceval Abbercromby.

—Al final me quedé por aquí, señor Torres.

—¡No abandonó el país!

—A decir verdad, fue el doctor Purvis el que tomó el vapor por mí, bajo la escrutadora mirada de los lacayos de Ramrod.

—Vaya. Espero que por fin haya saldado su deuda el buen doctor.

—Desde luego, se le gratificó bien por las molestias. En cuanto a usted, ¿no quiere ver lo que el viejo tiene preparado allí dentro? No podemos perdernos esa fiesta.

Según le contó Percy mientas caminaban hacia la orilla junto a Ribadavia y Ladrón, su alma atormentada se había sosegado en los últimos días. Su ira no había desaparecido, se había encauzado, como el caudaloso Lee, hacia formas más productivas de venganza. Esta situación no auguraba nada bueno, pues Torres temía que alguien del escaso ingenio e iniciativa de Perceval podía ser peligroso si desataba su furia, pero más aún si trataba de llevar a cabo planes maquiavélicos.

Una vez concluido su arrebato, contaba Percy, abortado su intento de... de lo que fuera durante la exhibición en Forlornhope, recapacitó, seguro que con la ayuda de los muchos calmantes suministrados por el doctor Greenwood, durante su breve estancia en Bedlam. Vio que no había salida si tomaba el camino de la locura y la desesperación, por desgracia, era un hombre solo, con pocos recursos aparte de ese de la ira desatada. Cuando pensaba que el resto de su vida la pasaría en esos jardines, babeando por los efectos de las drogas que no dejaban de suministrarle, recibió la visita del señor Ramrod, que por una vez fue esperanzadora. Traía una oferta irrechazable: se le aseguraba una suculenta renta de por vida si abandonaba de inmediato el país y no volvía hasta que su padre falleciera.

—Lo que no tardará mucho en ocurrir, creo —consiguió murmurar entre el espeso sopor de los narcóticos—. No podrán quitarme lo que es mío... seré el décimo primer...

—Nadie le quitará nada —le dijo Ramrod—. No podría hacerlo aunque así lo quisiera. Cuando su padre fallezca, podrá volver y tomar posesión de su legítima heredad. Hasta entonces permanecerá en ultramar.

Aceptó. No porque confiara en las palabras de ese pequeño intrigante, seguro que había formas de arrebatarle su herencia, y lo que es más fácil, estaba siempre presente

que durante su exilio sufriera un desafortunado accidente. Necesitaba tiempo y espacio para pensar, y la sangre limpia de drogas. Quien lo atendía era el propio doctor Purvis, no parecía que confiaran en otro, lo que fue un error, pues no sabían de su exigente sentido del honor y de esa deuda contraída. Percy le pidió que entregara aquella carta a Torres, esa que le pedía que se encargara de proporcionarle algún dinero al sargento mayor Bowels. Después, cuando salieron para Francia acompañado de Tomkins, quien iba a asegurarse de que tomara el transbordador, también fue con ellos el joven doctor, pues debía ocuparse de su estado de su salud y de mantenerle sedado para evitar un inconveniente arrepentimiento respecto al pacto acordado.

La fortuna jugó una vez a favor de Percy. Sin entrar en detalles, contó a Torres que ya en Dover pudo quedarse a solas con Purvis unos instantes mientras Tomkins atendía a los billetes y el embarque. Los dos esperaban en un agradable hotel que daba al puerto, con un esplendido mirador acristalado lleno de mesas y sillas desde donde se veía el ir y venir de los barcos. Mientras tomaban un té el pesadísimo doctor le preguntó si podía hacer algo más por él, esta vez por mera cortesía, me temo. Le reiteró su agradecimiento, esta vez por no mencionar su visita a Bedlam, su primera visita, y el consentimiento del galeno en contradecir las instrucciones de su mentor, Greenwood. Percy vio su ocasión y ejerció cierta presión recordándole lo que le debía.

—Mis lealtades están en conflicto... entienda.

—Ignoro la naturaleza de esas lealtades, pero si le obligan a mandar a un hombre a la muerte, no veo bajo qué condiciones pueden ser honradas, sin pecar.

—No le entiendo, usted va...

—Yo sé menos que usted de este asunto, estoy seguro, así que me pongo a su merced. Si me dice que una vez que abandone este país, no me pasará nada, que dejarán que viva y que vuelva con el tiempo a Inglaterra a reclamar lo mío, entonces tomaré ese vapor sin miedo. Pero si alberga alguna duda, si piensa que allí en el continente me espera la muerte... —Purvis bajó la mirada, incapaz de contestar—. El problema es cómo hacerlo sin causarle perjuicio alguno a usted, doctor.

—Creo que es posible.

Acordaron cambiar identidades, dado el relativo parecido físico entre ambos. Purvis escribió unas cartas rápidas, apenas dos líneas explicando su ausencia a familiares y parientes, que Percy enviaría a su debido momento. Luego, buscaron a un mozo del hotel y le pidieron que diera un recado urgente dentro de veinte minutos, preguntado por el doctor Purvis. Tomkins llegó con los billetes. Consiguieron convencer sin esfuerzo y con disimulo al mayordomo para que quedara allí, en el hotel, mientras Purvis acompañaba hasta el barco a Percy. No costó hacerlo. El doctor dijo que preguntara por si había recado alguno del lord para ellos.

—Quedamos en que esperaríamos por si se producía un cambio de planes, —mentía el doctor—. Vaya usted Tomkins, pregunte si hay un mensaje para nosotros. Yo me ocuparé de embarcar al señor Abbercromby.

—No sé...

—Demos una oportunidad más a ese anciano para reconciliarse con su único hijo. —Eso convenció al mayordomo.

Ya fuera de la vista de Tomkins, ambos conspiradores cambiaron de ropa con rapidez. Purvis subió por la pasarela, saludando desde allí con la mano a Tomkins cuando este llegó a la terraza, preocupado por verse solo. Siendo en la distancia la viva imagen del joven lord, el engaño estaba servido. Luego llegó Percy, vestido con las ropas de Purvis, saludó también, rodeado de los viajeros y paseantes que andaban por el hotel, cuando el mozo apareció oportuno.

—¡Mensaje para el doctor Purvis! ¡Mensaje para el doctor Purvis!

Percy alzo la mano, el mozo se le acerco con una nota sobre una elegante bandeja de plata, la leyó, fingió estupor, volvió a saludar desde lejos y se despidió rápido, sin dar oportunidad a Tomkins para acercarse.

—¡Tengo que irme...!

Y salió corriendo. Más tarde, en las cartas que enviaría Percy se explicaba que una desgracia familiar de la naturaleza más dramática había caído sobre el doctor, y debía ir de inmediato a Escocia... perfecto, ahora Perceval era un fantasma en Londres.

—¡Menudo plan! —dijo Rivadavia.

—Alguna vez debía sonreírme la suerte.

—Diga que sí; *fortuna audaces iuvat*—Después, lo primero que hizo fue ir a su casa de St. John's Wood, y allí encontró a Bowels.

—¿Cómo? —Ahora el sorprendido fue Torres—. Se había marchado, estuve con él...

—Decidió volver. Tenía una llave, imagino que quería robar algo. No se lo tengo en cuenta, robarme no sería lo peor que alguien ha tratado de hacerme. Me alegré de encontrarlo, me ha vuelto a ser de mucha utilidad en cuanto le sugerí que pensaba acabar con De Blaise para siempre.

—¿Y dónde está ahora?

—Allí, claro. —Señalaba a la isla. No, era en la orilla más próxima del canal. Un hombre agazapado hacía señales.

—¿Cómo...?

—Me ratifico en lo dicho: Dios no abandona nunca a los valientes, Leonardo —apuntó Ribadavia—, al menos nunca ha abandonado a Ángel Ribadavia.

—Si pregunta cómo hemos llegado hasta aquí, no es sencillo —continuó Abbercromby con la extraordinaria historia de su falso viaje a Francia. En pocas

palabras, no pudo extenderse mucho mientras se dirigían al bote que tenía preparado Bowels, explicó cómo, una vez encontrado al sargento, pensó que aquella casa no sería ya el lugar más discreto.

Permanecieron dos días allí encerrados, hasta que la inquietud de Bowels fue ya insoportable. El ex suboficial insistía en que debían hacer algo, cualquier cosa, para agriar la existencia de De Blaise. Cuando vieron a alguien rondar por los aledaños de la casa, pusieron punto final a su encierro, al menos en St. John's Wood. Decidió acudir al almacén de Foster Street, en Benthal Creen, ese escondite para sus tímidas aficiones pictóricas tan cercano a donde falleciera Polly Nichols, que trajo nubes oscuras hacia su persona, haciendo de él un más que buen candidato a asesino. Allí descansarían y pensaría qué hacer, cómo acabar con su padre, hablando en plata. Imaginaba que el lugar seguiría en el mismo estado que lo dejara el fin de semana pasado, cerrado y polvoriento, con sus viejas pinturas perdiendo color, los retratos de Cynthia amarilleando, desvaídos como la propia muchacha. Sin embargo, ese viejo lugar estaba siendo utilizado por la familia en su ausencia. Alguien, no lord Dembow, debió pensar en el disparate de dar otros usos menos artísticos al almacén ahora que su dueño andaba rumbo a Francia, como el de escarmentar a invitados no deseados y tal vez así los excesos que de seguro se podían cometer en tales prácticas podían ser siempre atribuidos al habitual usuario del local: Perceval Abbercromby, más conocido como Jack el Destripador. Era viernes por la tarde, y del edificio que suponía vacío salían voces apagadas, y algún grito.

Utilizó su juego de llaves y entró con la mayor cautela posible. Allí, un grupo de hombres golpeaban con frialdad al señor Juan Ladrón. No, no se sorprendan tanto, ya les conté que el murciano había seguido a De Blaise y compañía la mañana de ese mismo viernes hasta el río Lee y lo que vio allí, y les he comentado lo magullado que se mostró ahora, al acudir a la «excursión campestre» que los caballeros habían organizado. Lo sorprendieron rondando, lo capturaron y entonces, por la tarde, cuando Percy y Bowels entraban en el almacén frente a la destilería en busca de refugio, trataban de sacarle a golpes lo que sabía. Inútil, ya les dije que Ladrón no hablaba palabra de inglés. Nada habría traído este rocambolesco juego del azar, de no ser que entre los golpes y las voces de esos tres torturadores, hombres del servicio de lord Dembow que Percy pudo reconocer, surgió la palabra «D'hulencourt», en preguntas del tipo:

—¿Qué hacías rondando D'hulencourt?

—¿Qué has visto allí?

Luego en el viejo torreón de D'hulencourt, la posesión más antigua de los Abbercromby, había algo que ver. Los dos espías salieron a la carrera hacia allá. De nuevo la suerte jugó a favor de nuestros amigos, pues esa fuga fue de todo menos discreta, llamó la atención a los tres atormentadores que se sorprendieron y

distrajeron por unos segundos, suficientes para que el muy rápido y peleón murciano tuviera oportunidad de escapar, devolviendo en el trámite algunas de las gentilezas recibidas. Ahora, siguiendo con los devaneos de la fortuna, cuando los inspectores mandaron atrás a Ribadavia y compañía, estos, como era de esperar, no bajaron las orejas. Fueron hacia la orilla, y se toparon con Perceval Abbercromby.

—¿Y cómo vamos a llegar allí? —preguntaba ahora Torres—. Supongo que los guardias...

—Sí, está todo bien vigilado —contestó Percy—. Estamos aquí desde ayer. Nos ha costado conseguir un bote y permanecer ocultos. Eso no puede arredrarnos; si queremos saber algo más, tendremos que ir allí. Conozco esa isla desde siempre y el lugar mejor para acceder es por la torre. Miren. —Ya estaban junto a Bowels y la barca. Percy señalaba el bulto oscuro que era la isla en medio de la noche y la lluvia —. La vieja D'hulencourt está pegada al agua.

De hecho, se está cayendo porque sus cimientos ya están anegados. Por ahí será más conveniente acercarse.

—También lo sabrán ellos —dijo Ribadavia—, supongo que conocerán los puntos débiles de su posición tan bien como usted, y los habrán reforzado, vigilado...

—Sin duda. Aun así sigue siendo el lugar de más fácil acceso. Debemos arriesgarnos, yo lo voy a hacer al menos, ¿vienen conmigo?

Torres miró la pequeña embarcación con aprensión, los cinco iban a ir muy apretados en ese esquife ridículo. Un plan desesperado, si es que puede considerarse plan. Observó al renqueante Ribadavia, incluso al murciano; en la oscuridad no podía encontrar una mirada de cordura, con una hubiera bastado. Hay momentos en que los hombres deciden anteponer el coraje a la razón, el valor al sentido común, son momentos hermosos la mayoría de las veces, y siempre son definitivos.

—Vamos —dijo, y todos subieron a la barca.

Mientras se persignaba, Torres pensó que si Dios estaba con ellos era posible que algo bueno saliera de esa locura. Los capturarían nada más llegar, ese hecho era ineludible, como también lo era que de tal captura obtendrían alguna información, verían algo. Ni al señor Ribadavia, ni a él le darían el mismo trato que a Ladrón, por supuesto. En cuanto a lo que hicieran al ver por allí a Percy, ahí si había lugar para albergar algún miedo.

El agua casi rebosaba la borda de la barca, muy hundida con tanto peso. Torres se aferraba con fuerza hasta dejar los nudillos blancos, ignorando una astilla de madera que insistía en clavársele en el dedo. Temía que volcaran, aunque el río no podía mostrarse más calmo, y empapados ya estaban, el miedo por la pulmonía era el menor de todos. Ladrón y Bowels bogaban muy despacio, tanto por el sigilo como por el miedo a zozobrar. La oscuridad de la isla, aliviada aquí y allá por las luces de los guardias iba creciendo amenazadora. Sintió a su lado cómo Ribadavia se agitaba

en un escalofrío.

—¿Le duele su herida?

—Sí —susurro el diplomático—. Y este frío...

—Puede que tenga fiebre, es una locura.

—Miren. —Atendieron a la voz de Percy, las pequeñas luciérnagas titilantes que señalaban a cada guardián, empezaron a moverse, a abandonar la sombra alta del torreón. Al tiempo, voces lejanas, alteradas, apagadas por el sonido de la lluvia sobre el río.

—Dios bendiga al inspector Abberline —dijo Torres tras creer entender aquellas voces.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Percy.

Torres reclamó silencio e hizo que todos aguzaran los oídos. El sonido de voces se hizo paso entre la lluvia.

—Esto es propiedad de lord Dembow, no pueden entrar...

—... somos Scotland Yard, necesitamos...

Por fin los inspectores habían decidido acercarse abiertamente y pedir explicaciones. Explicaciones que los guardias se resistían a facilitar.

—¿Dónde están? —preguntó Ribadavia.

—Hay un pequeño embarcadero al sur, en el extremo, junto al bosquecillo —explicó Percy. El embarcadero principal daba a la otra orilla, ese al que habían llegado los visitantes desconocidos—. Vamos, tenemos el camino abierto.

Bowels y Ladrón aumentaron la cadencia. En efecto, las luces que se veían en las cercanías del torreón de D'hulencourt desaparecieron. Pronto estaban bajo la sombra de esa vieja construcción, que se inclinaba sobre el agua amenazando a caer, cosa que según Percy no tardaría en ocurrir a menos que se llevara a cabo alguna restauración. Eso no iba a suceder, se trataba de una vieja torre sin historia alguna más que la de sus años, o sin historia conocida al menos, apenas una fachada a medio derruir, con sillares cubiertos de vegetación. Embarrancaron el bote a la protección de esas viejas piedras, el muro estaba a escasos dos metros del agua, más en realidad, pues toda la cara del edificio que daba al río estaba derrumbada. Ya con los pies en tierra firme, metidos en el refugio que las tres paredes restantes proporcionaban, Bowels preguntó, entre las peticiones de silencio de unos y otros:

—¿Se puede subir arriba?

—Sí —contestó Abbercromby—. Eso es una vieja escalera roñosa. Si se tiene cuidado, se alcanzan trece metros de altura.

—Pues sería bueno, podremos otear desde allí la situación.

Así decidieron hacerlo, todos menos Ribadavia, cuya pierna ya le dolía demasiado. Se negó a que nadie la examinara.

—Vayan ustedes —dijo—. Yo les espero abajo. Ni con mis dos piernas sanas me

atrevería a subir por ahí, dejo eso a los jóvenes y aguerridos, yo guardo la fortaleza.

Se quedó abajo, junto a Ladrón que tampoco quiso ascender. Los otros tres treparon siguiendo siempre los pasos de Percy. Los crujidos de la madera vieja y lo resbaladizo de las piedras húmedas convirtieron al corto ascenso en casi una proeza. Llegaron a una terraza apenas sujeta por viejos arcos de piedra. Desde allí, bien agarrados para no perder pie pudieron ver toda la isla. Enfrente estaba la carpa, iluminada desde el interior y de cuyo centro salía una columna de humo, que no tardaba nada en disiparse entre la lluvia. Por las sombras que se dibujaban sobre la lona, había bastantes personas allí reunidas. Fuera, el número de guardias abrigados y con faroles cubiertos era también considerable, más de una docena, y todos se movían hacia el incidente del pequeño embarcadero. Había un porche allí, iluminado, y podían distinguir bajo él figuras que debían ser las de Abberline, Moore, Godley y seis policías locales discutiendo con todos los guardias que se iban acumulando allí. La distancia era mucha, y la oscuridad y la lluvia, pero Torres gozaba de buena vista, y gracias a ella creyó reconocer la silueta rígida de Tomkins entre todas aquellas figuras.

—Vamos allá —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Percy, y luego, entendiendo las intenciones de Torres, continuó—. ¿Dentro de la tienda?

—Desde aquí no veremos más, y como bien ha dicho, no hay mejor oportunidad.

No hubo que convencer al osado Percy. Bajaron con menos cuidado que al subir, a punto de caer en ocasiones, y unidos a Ribadavia y Ladrón rodearon agazapados la torre. Apenas veían nada a sus pies, solo se guiaban por el brillante faro que era la carpa iluminada. Ribadavia cayó un par de veces, aún ayudándose del bastón tenía muchas dificultades, sus dolores no remitían. Agachados, muy agachados, llegaron junto a los vientos que tensaban la lona. Ni rastro de vigilancia. Ladrón sacó su navaja y rajó la tela con cuidado. Había una doble capa, que también rasgó. Todos no podían mirar por la ventana improvisada, no si querían mantener el sigilo. Ribadavia despejó las dudas del grupo con su habitual sentido común.

—Ustedes dos, venga. —Se refería a Percy y a Torres—. Me temo que son los únicos que obtendrían algo de lo que vieran.

Dentro, toda la escena estaba iluminada por altos faroles, que temblaban como lo hacía el techo que los cobijaba bajo el torrente de fuera, haciendo que la iluminación fuera extraña, fantasmal. En medio estaba el beefeater ajedrecista, y frente a él, como su oponente ante el tablero, aquel viejo con aspecto de rabino, Sehram. En torno a ambos había unos graderíos de madera, a través de cuyo entramado miraban Torres y Percy. Sobre este había hombres sentados, cinco o seis caballeros abrigados hasta la cabeza. También había a un lado, sin sentarse, un grupo grande de judíos, Tigres sin duda, que rodeaban, custodiaban a un sujeto envuelto en un hábito de monje. Apenas

podían verle la cara desde donde estaban, cubierta por la casulla, parecían sus facciones cinceladas en piedra. Junto a los jugadores estaba De Blaise y el doctor Greenwood. El primero no podía parecer más ufano.

—¿Y bien? —decía dirigiéndose tanto a Sehram como al resto de los Tigres—. Lo que les prometí, aquí está.

Torres no podía ver la disposición de las piezas sobre el tablero desde donde estaba. Si la partida había concluido, y si había sido similar a la que tuvo él, no creía que nadie pudiera estar satisfecho. Sin embargo, el viejo judío dijo:

—Excelente.

—Entonces, como... —Los tirones de Ladrón lo apartaron de allí.

—Podemos entrar. —Percy miró confundido, y Torres tradujo.

—Dice que podríamos entrar, por esta abertura.

—Cierto —afirmó Percy—. Bajo esos graderíos podemos pasar inadvertidos, vamos.

El valor y el deseo de aventura son contagiosos y se estimulan uno al otro con facilidad. Así, habiéndose atrevido ya a algo, no costó aumentar la apuesta a esos cinco valientes. Ladrón sacó de nuevo la navaja e hizo la abertura más grande. Entraron con cuidado, el interior de la carpa estaba mucho menos concurrida de lo que parecía desde fuera, la luz oscilando y jugando con las sombras, como en un teatro chino, era engañosa. El entramado de las gradas era suficientemente espeso como para ocultarlos. Dentro todos atendían a De Blaise, quien se dirigía no al viejo judío, sino al monje.

—... si todos estamos conformes, no hay más que hablar, señor. Comportémonos como caballeros y hagamos honor a la palabra dada. Cuidaremos de usted el tiempo que esté con nosotros.

—No —dijo el anciano Sehram—. Primero debe darnos...

—No hay tiempo. Está fuera de toda lógica que les regaláramos nuestra única garantía sin que el acuerdo quedara cumplido. Somos caballeros, debiéramos poder...

—No quiero un jugador de ajedrez.—La voz era la del monje, una voz tan clara y musical que sorprendió a todos, hasta a la lluvia, que durante unos segundos pareció calmarse. En ese instante, por la entrada de la carpa, justo enfrente de donde ahora los cinco intrusos se agazapaban bajo la tablazón de asientos vacíos, entró un muy apurado Tomkins.

¿Dónde está Dembow? —preguntó el monje, sin preocuparse de la intrusión del mayordomo.

Tomkins corrió hacia el centro y dijo:

—Señor —dudó a quién dirigirse y al final optó por hablar a un punto medio entre De Blaise y Greenwood. Más que hablar, susurró, pero parece que no fue lo suficiente sutil para los finos oídos del monje.

—¡La policía! —La voz de cristal creció e incluso pareció generar un eco imposible en las paredes de tela. Su ciudad se va a anegar en sangre.

—¡Maldita sea! rugió De Blaise.

—Ocúpese, John —dijo el doctor Greenwood—. ¡Ocúpese! —De Blaise salió corriendo, acompañado de Tomkins. Parece que Abberline había roto la línea defensiva de los conspiradores gracias a su tozudez, como tozudo parecía ser el doctor—. En cuanto a usted señor, podemos continuar con nuestro acuerdo.

—¡No! —dijo el monje.

—Puede que tengamos una intromisión inesperada, pero no va a frustrar esta entrevista, en absoluto. Aquí tiene lo acordado, ahora usted...

—¡Dónde está Dembow! Yo no quiero un jugador de ajedrez. Eso no supone nada para mí...

—No es un ajedrecista, no ofendería su genio con tal pretensión. Es su Ajedrecista. Examínelo, adelante. —El monje, avanzó, se deslizaba sobre el suelo como un fantasma.

—Percy —chistó Torres—. Esos movimientos. Recuerdan... En su casa... el día...

—¿Es el asesino? ¿Eso cree?

—Necesitamos a los inspectores ahora.

—Ahí fuera hay un buen jaleo. —Ladrón andaba mirando hacia el exterior por el corte que él mismo practicara, atento a lo que pudiera ocurrir, y debió ver que los policías se aproximaban a grandes zancadas capitaneados por Abberline, zafándose con autoridad de cuantas pegas le ponían los hombres de De Blaise... o de Greenwood, o de quien estuviera al mando. En esto el monje había llegado junto al Ajedrecista de Dembow, estaba muy quieto, mirándolo. Algunos de sus secuaces judíos se acercaban, con claras muestras de nerviosismo por lo que ocurría afuera, sin atreverse a dirigir palabra a su amo. El anciano rabino Sehram se incorporó de su sitio, apartándose.

—¿Qué hacemos? —preguntaba Percy. Torres se dio cuenta que de pronto se había convertido en el líder del grupo, un líder sin ningún plan establecido.

—Tendremos que esperar. —Luego añadió en español—: Usted, Juan, siga mirando fuera.

El monje empezó a hablar, en alemán.

—*Meine liebe...*

El beefeater se movió, despacio, traqueteando, y respondió con una voz demasiado humana:

—*Ist... dass sie?*

La cabeza cubierta giró hacia Greenwood, despacio.

—¿Qué broma es esta? ¿Dónde está Dembow?

—Enfermo. Por supuesto que no es exactamente ella, eso sería imposible. Sabe

que fue destruida, y sus restos no los tenemos, pero...

—Todo el mundo va armado. —Era Bowels quien distraía a mi amigo de la conversación que ocurría en el centro de la carpa.

—¿Qué?

—Todos esos están armados, y miren. —Los Tigres se movían nerviosos, metían sus manos en sus amplias vestiduras triangulares y accionaban cuerdas y palancas. Eso no era lo más preocupante: los del otro bando se movían hacia las gradas, hacía la parte baja de las gradas.

—¡La Virgen! —exclamó Ribadavia—. Van a vernos. —Entretanto, Greenwood seguía explicando.

—... hemos reconstruido una forma parcial de ella, una réplica limitada si quiere. Usted podrá mejorarla.

—No... no es posible...

—No sabe toda la información que contenía, lo preciso que era, debe contar con el talento de lord Dembow.

—*Schwein!*

—Venga, se lo enseñaré. —Greenwood invitó al monje a ver más de cerca el mecanismo del ajedrecista.

—Hay que moverse. —Era Bowels preocupado viendo cómo todos los compañeros de Greenwood, diez a lo sumo, se empezaban a meter bajo las gradas, increpados por los Tigres, que no sabían qué ocurría, y eran incapaces de hacer que su monacal jefe prestara atención a otra cosa que a la marioneta de ajedrecista.

—Mejor fuera —dijo Ladrón, pero la mitad del grupo no le entendía, y la totalidad no estaba organizado como una unidad militar precisamente. Ladrón salió por la abertura, a la lluvia, mientras el resto se agazapaba más hacia el fondo de las gradas, donde el entramado era más espeso.

—¡Eh!, ¡intrusos! —alguien los había visto.

—¿Para qué pondrían unos graderíos así, si no se va a sentar nadie? —preguntó Torres.

—Esto no lo han hecho para sentarse —respondió Percy.

Un chirrido de metal enloquecido detuvo el tiempo por un instante. Torres había apartado la vista de la escena principal preocupado por el resto, y cuando volvió, todo había cambiado. No había rastro del doctor Greenwood. Moshem Sehram temblaba asustado, sin saber si correr o quedar en el sitio. El sonido desgarrado venía del monje, estaba allí de pie, atrapado por un enorme tentáculo que había brotado de la espalda del beefeater, que estrujaba su cuerpo menudo que, desde luego, no era humano. Al igual que asomaba esa cola de serpiente, del pecho le habían nacido dos siniestras patas metálicas de insecto.

Aquí la narración de Torres casi causó que mi corazón de reloj se acelerara sin

que le diera cuerda. Sí, eran partes de mis amigos, de mis compañeros. *L'exhibition de Phénoménes et d'Horreurs de toutle monde du monsieur Pott*, por fin unidos después de tanto tiempo, formando una sola cosa. Ahora casi me parece hermoso.

No quiero que los recuerdos sensibleros de este viejo alteren la intensidad de lo que le estaba contando. El monje, el monstruo, Jack, lo que fuera estaba atrapado, cogido por los restos de la feria de monstruos de Pottsdale ensamblados por el talento de lord Dembow. La quimera de metal hablaba con voz muy humana y familiar:

—No tiene sentido que se oponga a lo inevitable, señor. Si se niega a colaborar, acabaremos con lo que le queda de ella, para siempre. No nos importa ese asesino... —El monstruo no parecía intimidado y gritó:

—¡Aniquiladlos! ¡A todos!

Los Tigres se erizaron de lanzas, pinchos, garras, ametralladoras; buscaban objetivos que ya se ocultaban entre los escalones. La voz de mando de Greenwood, que debía haber corrido hasta la protección de las gradas, sonó imperante:

—¡Fuego!

Y llegó el infierno. Toda la carpa ardió como una tea embreada. El agua debía haber frenado tamaña combustión, para eso estaba el doble tejido que componía todo el pabellón. El espectáculo del cielo ardiendo era hermoso y terrible a un tiempo. Extraordinario hasta el extremo de detener toda acción, incluida la de los sicarios de Dembow, que ya estaban al lado de los cuatro intrusos.

Un segundo, y toda la tela incendiada cayó, liberada de sus poleas y vientos, hundiéndose como una mortaja flamígera sobre los sorprendidos Tigres de Judea.

—¡Era una trampa!

—¡Para eso sirve este falso anfiteatro! —Los hombres de Dembow, ya bajo el graderío y conocedores del engaño, alzaron sus bufandas rosas para cubrirse la cara. Los gritos de los Tigres quemándose llenaban todo, además del humo.

—¡Vamos a morir abrasados! —gritaba Bowels.

—Asfixiados antes, me temo —dijo Percy mientras con un gesto instaba a sus tres compañeros a que se cubrieran la boca con algún pañuelo.

—Tenemos otros problemas. —Ribadavia señalaba a dos hombres de Dembow que estaban a su lado, agachados para evitar el calor y el humo bajo la estructura de metal. Al tiempo, el diplomático manipulaba su bastón, desenroscando la caña del mango y poniendo otro en su lugar; era una pistola, que no tuvo reparo en disparar, abatiendo al primero de ellos. Su disparó recibió el eco de más detonaciones, a lo lejos.

Torres no atendió a su seguridad. Miraba la lona ardiente, lo empapado de sus ropas les permitía soportar los calores de ese horno y analizar lo que veía. La carpa había caído como un cepo flamígero sobre todos, salvo en el centro. Allí el pabellón terminaba en una apertura, por donde escapaban los humos de la estufa calefactora.

Ese agujero de espacio libre coincidía en vertical justo donde se «abrazaban» el beefeater y el monje. No era probable que el fuego destruyera a esas criaturas mecánicas, aunque bien podía dañarlos. La trampa estaba bien ideada: calcinaba a los sicarios del monstruo, mientras aislaba por el fuego a la presa, atrapada por esa construcción híbrida.

—Hay que salir de aquí —dijo Torres—. Si nos quedamos vamos a arder, o nos van a...

Bowels y Percy estaban ya armados, el segundo con otra de sus queridas Lancaster, he hicieron fuego a discreción contra los hombres bajo el graderío, que estaban corriendo hacia fuera. Esa estructura estaba bien pensada, al caer el lienzo ardiendo, dejaba la parte trasera del tendido, más alta, al descubierto; era fácil salir.

—Vamos fuera —dijo Ribadavia.

Fuera tenía que ser un caos, pero un caos lejos de las llamas. Corrieron agachados. Torres, empujado por Percy, no dejaba de mirar hacia atrás, entre las llamas, a través de jirones de tela ardiente, y pudo ver cómo el monje era alzado en vilo, cómo del mueble sobre el que estaba el tablero surgían seis patas metálicas, y el beefeater de fábula atravesaba las llamas llevándose a su presa.

A campo abierto todo eran disparos, bengalas, llamas. Los guardias de lord Dembow disparaban sus escopetas a los Tigres que quedaban en el exterior, a quienes también les había brotado miembros extra, o zancos, o armas de la cabeza... Bajo la lluvia y el miedo solo se veían detonaciones, fuegos y gritos. Se detuvieron nada más salir del circo de llamas, a sacudirse las pavesas que no podían prender con tanta agua.

—Vamos de vuelta a la torre —dijo Ribadavia mientras volvía a cargar su bastón pistola—, es lo más seguro. ¿Dónde se habrá metido...? Juan!

A la voz no acudió un murciano, sino un sicario del lord armado corriendo hacia ellos mientras metía dos cartuchos en su escopeta. Alzó el arma y alguien a su lado le dio el alto. Se dio media vuelta dispuesto a disparar, y recibió un brutal bastonazo en la frente. Cayó descalabrado, disparando al aire, y el dueño del bastón de metal que lo había derribado, el inspector Moore, dijo:

—¿Qué hacen aquí? ¿Qué demonios...? ¡Abberline!

El inspector apareció enseguida, tras él se podía distinguir a los agentes de policía, impotentes tanto por número como por encontrarse desarmados, aunque arrojo no les faltaba. Abberline se limitó a mirar con severidad al grupo de intrusos.

—Hay que salir de aquí —dijo Godley, que acababa de reducir a mamporros a un Tigre.

—Detenga a John De Blaise —dijo Percy. No era mala idea, De Blaise parecía el eslabón más débil de la cadena, pese a sus aires de autoridad.

—Le he visto. Sería... —Abberline miró a los civiles y a lo lejos, a las fuerzas de

que disponía—. Demasiado arriesgado. ¡Agentes, vengan! —Los hombres, más asustados de lo deseable, rodearon al grupo solo con sus defensas. Eran policía local, acostumbrados a poco más que alguna trifulca por lindes, deseando volver a casa. Torres se sintió de todo menos protegido—. He mandado a Curly para que envíe un telegrama a Londres, necesitamos más hombres. Me temo que ha sido un error, nos hemos quedado sin transporte.

—Nosotros tenemos un bote —dijo Bowels, que recibió la inquisitiva mirada de los policías.

—Los Tigres están listos —decía Godley—. Debe estar aquí todo lo que queda de la banda. Frederick, no nos harán nada. Mejor quedarnos, esperar.

—Sí...

—Inspector —interrumpió Torres—. Mire. —Señalaba al centro de la acción. El monstruo híbrido paseaba a su trofeo andando sobre la lona ardiente que ya se extinguía, una figura mitológica, envuelta en humo y llamas que ignoraba la batalla que crecía a su alrededor, sabedor de ser el núcleo de todo el drama. Mientras, las muy mermadas fuerzas de los Tigres trataban de llegar a ellos sin éxito aparente—. Aquello, ¿no le recuerda a...? La criatura que vimos en Forlornhope, también era mecánica...

—No sé... es difícil de decir. —No le interesaba lo que Torres trataba de decirle. Incluso ante lo extraordinario, el inspector mantenía una tensa vigilancia, dando instrucciones y animando al sargento Godley y a Moore a que mantuvieran firmes a sus hombres en sus posiciones. Bien es cierto que no sufrían de momento ataque alguno, ahora que los hombres de Dembow se ocupaban más de los judíos que de la policía, pero aún quedaba la posibilidad de que los Tigres tuvieran más hombres en la ribera del canal, lanzándose en barcazas al asalto de la isla—. Hay que buscar refugio, ¿qué tal ese torreón...?

—¡Miren!

El resto apenas lo vio, solo Torres no había apartado la vista de los autómatas. En medio del paseo triunfal del beefeater, el monje cautivo sufrió una convulsión. No podía saber la causa, si la presión de la cola de serpiente, del resto de mi Amanda, le había dañado algo, o el calor, o alguna bala perdida había destrozado los mecanismos; lo que sea, el resultado es que la cabeza del monje salió disparada. El beefeater giraba la suya sorprendido a un lado y otro, incapaz, creo, de mirar hacia arriba. Alguien gritaba a su lado, el doctor Greenwood, o a él creyó reconocer Torres. La cabeza ascendía como expelida por un resorte, y no solo ella, del cráneo encapuchado del monje colgaba algo, del mismo tamaño, pero formado por cables y ruedas y piezas, algunas de ellas llovían hacia la isla. Cuando alcanzó casi treinta metros, pareció estallar. No, algo brotó de ella, esa capucha que la envolvía creció, se infló.

—¿Qué es eso?

—Un dirigible. —Torres sabía de qué hablaba. La cabeza se había transformado en una pequeña nave aerostática semirrígida, incluso de las piezas que colgaban como tripas desgajadas de su tronco, surgió un rotor, y bajo la lluvia, la nave cabeza empezó a navegar hacia el oeste.

—¡Disparen! ¡Arriba! —gritaba Greenwood. El globo negro y alto era un blanco imposible para las escopetas de sus hombres. Por otro lado, tenían otros problemas.

—Y diría que eso es una auténtica batalla naval —añadió el inspector Moore reclamando la atención de todos hacia la costa oeste de la isla. Tres o cuatro barcazas grandes se dirigían hacia la isla, y eran recibidos a tiros por los hombres de Dembow, alguno lanzándose también en embarcaciones hacia algún abordaje tan romántico como enloquecido. Tras el río, en la oscuridad de la costa, crecía una humareda, y el movimiento de grandes estructuras oscuras y la agitación que vieran antes al llegar aumentaba.

—¡No se queden aquí, embobados! —dijo Abberline—. Vayamos de una vez a esa torre hasta que aparezcan más hombres...

—Lo que tardará al menos una hora —dijo Torres.

—Dos como poco —apuntó Moore.

—No podemos perder ese tiempo. Inspectores, es necesario que sigamos a esa cabeza.

—¿Por el aire? —intervino Godley—. Señor, no sé cómo son las cosas en su país, pero aquí no somos capaces de volar.

—Veamos a dónde se dirige. —En ese momento algo estalló en el dirigible, que ya sobrevolaba el cauce del río. Un par de pequeñas detonaciones, y luego aumentó la velocidad, mucho, mientras el tamaño del globo menguaba—. Diría que ha disparado unos cables, unos cabos de amarre, y ahora va a tomar tierra.

—¿Dónde?

—Allí, en la otra orilla, hay algo.

La oscuridad fuliginosa que formaba el horizonte empezó a agitarse, a moverse no más que antes, sino con más intención. Allí fue a caer la cabeza del monje, y desapareció, y segundos después, mientras las barcas se acometían en el río, la oscuridad creció.

—¿Qué es eso...?

Y se iluminó con cien luces, y un espantoso retumbar metálico anunció su nacimiento. La descripción que de esa cosa me dio Torres fue bastante difusa, debido a la distancia, la lluvia, la noche y el asombro, por lo que deberá disculpar cualquier inexactitud en lo que viene a continuación. Tenía la altura de un buque de buen tamaño. Por seis chimeneas agrupadas en pares formando uve, emitía bufantes columnas de humo, y tenía ocho piernas, cada una dividida en dos a partir de la

última de sus tres rótulas. Su cuerpo era un largo torso articulado en dos secciones; un cruce entre un tren, un barco y un insecto mitológico, una nave que reptara por el suelo. También tenía ruedas, como pudieron comprobar cuando el coloso de metal se abalanzó contra la isla. De hecho esas extrañas patas, más émbolos y pistones que piernas reales, terminaban en cuatro rieles de acero de hasta cincuenta metros cada uno, que iban colocando a su paso, para que las veinte ruedas de metal de la criatura cruzaran cualquier obstáculo con vertiginosa velocidad. Una vez superados, los brazos levantaban los rieles, los volteaban por encima del cuerpo del titán y volvían a dejarlos ante él. Esa criatura creaba y acarreaba su propia vía férrea. Con esos cuatro raíles era bastante para propulsar al descomunal tren, que tras dos bufidos de sus chimeneas salió hacia la isla más rápido que nada que hubiera visto el ingeniero español.

Dios nos ayude —dijo Abberline—. Va a hundirse en cuanto llegue al río. —Nada de eso. Una sirena, que más parecía el aullido de una bestia marina, anunció sus intenciones, y las barcazas de los Tigres, ya casi derrotados, trataron de apartarse rápidos, no todas con suficiente celeridad. Al llegar el agua, dos de sus brazos crecieron, se convirtieron en enormes puntales que se clavaban en el fondo... en unos segundos había construido una suerte de pontón, que desaparecía con él a medida que lo cruzaba—. ¡Vámonos!

No tuvieron tiempo en cruzar los veinte metros que los separaban de la torre antes de que el coloso llegara a la isla, arrasando a su paso el embarcadero mayor y a todos los hombres que tiroteaban desde allí a las barcas de los judíos. Todos en la isla corrían espantados como Torres y sus amigos, hacia el antiguo torreón D'hulencourt, pues la ira de Satán caía sobre ellos desde el cielo. El gigante de metal estaba cuajado de protuberancias, que se sacudían como esporangios escupiendo semillas. No eran esporas lo que expelían, eran mortales fuegos de artificio, cohetes que describían lucientes parábolas hasta caer, quién sabe si al azar sobre propios y extraños. El fuego del cielo unido a los restos de judíos envueltos de lonas ardientes, los armazones al rojo del anfiteatro trampa, los gritos, el pavor; era el infierno y esa cosa era Satanás, mi Satanás, así se lo dije a Torres según me lo relataba.

Él, mi amigo, se mostraba renuente a ocultarse, a alejarse de esos diabólicos prodigios, maravillado por ellos. Los pobres agentes de Tottemhan no tenían moral suficiente para insistir en que corriera, y él quedaba allí en tierra de nadie, rodeado de centellas y muerte, dudando. Necesitaba apoyo, alguien que le dijera que esa idea no era una completa locura, ajena a todo juicio de la razón que él tanto valoraba. Una voz así solo pudo venir de Ángel Ribadavia.

—Si no lo ve ahora, lo lamentará toda la vida. ¿Para qué hemos venido aquí?

No necesitó oír más. Perseguido de las protestas de los inspectores, salió corriendo hacia el monstruo, con el renqueante Ribadavia, Percy y Bowels tras él.

Abberline no se quedó quieto. Dio órdenes oportunas a los temerosos agentes locales para que corrieran en protección de los osados civiles, y tanto él como Moore o Godley no permanecieron atrás. Toda prevención, el hecho de huir o hacer frente, perdió sentido ante la magnitud de lo que vieron en el centro de la isla, justo donde las llamas de la carpa ya se extinguían.

Todos, hombres de Dembow y Tigres de Besarabia, habían encontrado ya algún refugio, algún parapeto desde el que hacer fuego, por precario que fuera. Quedaban allí los dos artefactos mecánicos, enfrentados, preparándose para un combate desigual en peso, sin duda. El coloso, que había frenado su carga, aún seguía escupiendo fuego por los costados con menor cadencia. Había estirado las dos patas frontales en toda su longitud. Los apéndices centrales habían colocado los rieles delante, apoyados en el suelo como un par de muletas. El esfuerzo del metal sonó como si fuera a partir en dos el mundo, al incorporar la parte anterior de su torso con la ayuda de esos dos enormes bastones, alzándose sobre la muerte y la desolación que lo rodeaba. Entonces se detuvo, sus chimeneas tosieron, y quedó en silencio; solo se oía el sonido del agua repiqueteando contra el metal. Allí abajo, diminuto, empequeñecido por la sombra del monstruo, aguardaba el Ajedrecista de lord Dembow. Ahora estaba erizado de lo que fueron los miembros metálicos de mis amigos torturados. En un ataque de ira había destrozado el cuerpo metálico, los restos del monje. Terminada la tarea, se desplazaba gracias a las patas de las siamesas, que se movían nerviosas atrás y adelante. De su espalda surgía el serpentino cuerpo de Amanda, del costado las manos y la cola de un mono, brazos de cerdo, los propios brazos del beefeater armados de su alabarda... un horrendo aborto hecho con restos de abortos. Tenía voz, muy potente. La parte superior del mueble, donde estaba pintado un tablero de ajedrez, ahora sin una pieza en él, se abrió, y por él surgió una bocina de fonógrafo.

—Abandone toda lucha. Ya no hay más esperas ni más oportunidades. Ella desaparecerá a menos que deponga su actitud y venga conmigo.

El monstruo permaneció quieto. Respiraba, o eso parecían sus chimeneas bufando. Luces, candiles, antorchas se encendieron aquí y allá sobre su superficie irregular de catedral gótica. Su voz sonó como proviniendo de todos lados, de arriba y abajo.

—¿Dónde está Dembow?

—Él ya no importa. Nosotros tenemos...

—Vosotros no importáis. Nadie importa. —Un millar de flejes metálicos brotaron de su frente, agitándose nerviosos.

Al contármelo Torres, recordé lo inquieto que siempre me pareció Satán. El beefeater respondió al envite. Las puertas frontales del mueble se abrieron y de ella salió una pequeña ametralladora tipo gatling, que enseguida se puso a girar y a escupir su fuego contra el coloso. Graneaba los disparos por la enorme superficie, sin

objetivo alguno, pues esa cosa no tenía cabeza, ni ojos, ni parte diferenciada alguna que hiciera pensar en un punto débil. El repiqueteo inocuo contra el metal no hizo nada, salvo apagar alguna de las lámparas diseminadas por su faz y, quizá, enfurecerlo. Satán movió esos resortes largos y brillantes con violencia contra el ajedrecista.

No soportó el primer embate. Los restos de mis amigos, del ajedrecista, volaron por los aires y cayeron a pocos metros de ellos. De entre las tripas desvencijadas, salió rodando el cuerpo del señor Ramrod; raro no haberle visto todavía por allí, claro, hombre tan pequeño era el idóneo para ocultarse dentro del ajedrecista y conducirlo. El secretario de lord Dembow se levantó trastabillando y sangrando por la frente. En medio de la conmoción sacó un revólver, pensando que lo que no pudo hacer su ametralladora lo haría esa pistolita.

—Hijo de perra —gruñó Percy—. Ya tienes lo que te mereces.

—Y puede que nosotros nos llevemos lo nuestro —dijo Ribadavia al ver cómo el monstruo aceleraba sus turbinas y se preparaba, lento y furioso, para cargar.

—¡Corramos! ¡Hacia la torre!

—¡No! —Detuvo Abberline a Torres y a Ribadavia que ya empezaban a correr hacia allí—. Para allá va ese hombre, Ramrod. La máquina va a perseguirlo —En efecto. El señor Ramrod cojeaba trotando hacia la supuesta seguridad de la torre, disparando al tuntún su arma— . ¡Rodeemos la isla! ¡Hay que tomar su espalda! —Instintivamente, Abberline debió pensar que el monstruo veía por delante, aunque ningún ojo o aparato óptico era visible. Todos siguieron sus órdenes, salvo dos agentes pueblerinos demasiado asustados, que ya adelantaban en su carrera a Ramrod. El coloso se movió con torpeza para colocar de nuevo los raíles a su paso, pero una vez hecho, tras un espectacular resoplido que llenó el cielo nocturno de humo, salió como una exhalación; no tardaría ni diez segundos en llegar a la torre, y no pensaba frenar.

—¡Brown! ¡Harnet! —llamaba Mabbott a sus hombres ya perdidos.

—¡Inspector! —dijo Godley a Abberline mientras todos corrían por la línea de costa de la isla—, espero que esos refuerzos que has pedido vengan con artillería. No sé cómo vamos a parar eso.

—¿Cómo puede desarrollar esa potencia? —se preguntaba en alto Torres al ver cargar a aquel vehículo—. Tan rápido, esas calderas... —El monstruo llegó hasta la torre y no se detuvo allí. La vieja ruina normanda no pudo soportar el empuje de la criatura de metal. Con tremendo estruendo el edificio fue arrollando, la más antigua posesión de los Abbercromby, el origen de su blasón, quedó reducida a nada, y los que se habían refugiado en ella no corrieron mejor suerte. Ramrod y los dos agentes perecieron. Un ímpetu así era imposible de detener, apenas frenó con él derribó de la torre de D'hulencourt. Los raíles de ese tren frenético se hundieron en el agua, y

medio cuerpo de metal detrás—. Puede que tengamos suerte, un vehículo así debe de haber quedado embarrancado allí, no creo...

—¡Adelaaaaaante! —La orden, gritada en perfecta entonación militar, venía de los pulmones de John De Blaise. Avanzaba desde la parte sur de la isla rodeado de una compañía de hombres, secuaces de Dembow, organizados con perfecta marcialidad, y esta vez no iban armados con escopetas o viejas pistolas; todos portaban modernos fusiles Lee-Metford, fusiles de repetición.

—Llegó la hora de ese hijo de puta —rugió Percy, y fue con paso firme hacia ellos, seguido de Bowels—. Hoy es el día en que todos van a pagar...

—No dé un paso más, señor Abbercromby. —La voz autoritaria de Abberline fue suficiente para detener al joven lord, que ya apuntaba a su primo en la distancia con la Lancaster. Luego, se dirigió a De Blaise—: ¡Señor, deponga las armas! ¡Usted y esos hombres deberán acompañarlos!

—Es usted un terco, inspector. —La veintena que lo seguía apuntó con sus flamantes rifles a Abberline. Moore, empuñando su bastón y Godley de brazos cruzados se pusieron a su lado—. Ya le dije que está usted pisando propiedad privada, no tiene...

—¿Está amenazando con esas armas a tres inspectores de Scotland Yard, señor De Blaise? ¿Es eso lo que está haciendo?

—Claro que no, inspector, le estoy diciendo que podemos quedarnos aquí, a discutir, o podemos enfrentarnos a eso. —Torres había seguido las evoluciones del monstruo. En efecto pareció embarrancado, el terreno donde se levantara D'hulencourt debía ser una trampa, más bajo la lluvia que no cesaba. Se movía lento y sus chimeneas parecían cansadas, muertas. Luego, dos de sus patas cobraron vida, se agitaron, y de nuevo utilizando los raíles adosados como palancas, empezó a alzarse, a desenterrarse del río y del barro. Su parte delantera emergió de golpe, y empezó a girar, despacio. Si había sido difícil salir, hacer virar a ese enorme cuerpo en el tortuoso terreno lleno de barro y sillares de la torre lo era aún más.

—¿Piensa hacer frente a eso con sus fusiles?

—¿Qué otra cosa nos queda, inspector? Si vamos a construir Jerusalén en las plácidas y verdes tierras de Inglaterra, primero habrá que acabar con esas oscuras máquinas de Satán. Si no tienen armas, no pueden ayudarnos. —Miró de soslayo a Percy, que sí tenía arma y bien visible, seguro que se preguntaba qué hacía allí—. ¡Adelaaaante! — Algunos más iban armados, Ribadavia y Bowels, pero Abberline no les permitió moverse.

—¿Va a dejarle ir así? —protestaba Percy—. Ese hombre es el causante de...

—¿De qué, señor Abbercromby? No es asunto mío sus problemas familiares. Ahora apartémonos, y tratemos de buscar el modo de salir de aquí.

—Y sacar a toda esta gente —añadió Moore.

—Vamos. Agentes, tenemos que encontrar botes, ustedes dos recorran la orilla. Ustedes dos busquen heridos o gente escondida por ahí, tiene que haber más de uno. Godley, no les quite ojo a nuestros amigos españoles. Usted, señor Abbercromby y su criado, no se separen de mí.

Es digno de reconocimiento el modo de comportarse de De Blaise y todos aquellos hombres. Se acercaron a paso decidido al monstruo, que por fin liberado de la trampa de piedra y agua, empezaba a encararlos, despacio, tal vez con la lección de cautela aprendida tras su última carga. De Blaise dispuso a sus hombres en dos filas de diez, marchando con entereza hacia la cosa. A cien metros dio la voz de alto, la primera línea puso rodilla en tierra, la segunda de pie, todos apuntando a un blanco nada difícil. Esa disposición no era necesaria gozando de la cadencia de tiro de rifles con mucha autonomía, como esos Lee- Metford, yo diría que De Blaise estaba disfrutando de un último momento de gloria. El monstruo mostró de nuevo los flejes, y a ellos los acompañó con dos enormes hojas, dos guadañas de seis metros cada una que surgieron en su parte frontal, como navajas de jabalí. La cosa se pegó al suelo; iba a cargar.

—¡Fuego! —Se adelantó De Blaise. La andanada fue certera, muy mala puntería era necesaria para fallar ese blanco. Y aunque el repiqueteo en el acero del monstruo parecía tan inocuo como el del agua que insistía en caer sobre él, lo cierto es que algunas luces estallaron, y que no atacó. En su lugar, de nuevo, empezó... a escupir pirotecnia a través de una decena de agujeros de su torso.

—¡Fuego! —seguía ordenando el... el mayor, aunque los disparos ya continuaban a discreción. El fuego que caía del cielo parecía disparado... disparado al azar, cayó sobre algunos grupos dispersos que se ocultaban, incluso sobre el embarcadero destrozado, donde lo poco que quedaba de los... Tigres había desembarcado siguiendo a su monstruosa arma secreta.

—Esto es una locura, en cuanto acelere los arrollará —decía... Torres cuando uno de las erráticas granadas cayó junto a ellos. El estruendo los lanzó por los aires. El se vio en el suelo, aturdido, rodeado de chispas que caían y se mezclaban con la lluvia. Oía gritos, disparos... no sé... sí... el estruendo de las granadas cayendo.

Y lo dejamos por hoy aquí.

Sí, empiezo a estar cansado... Creí que preferiría esperar a su compañero... como desee. Le veo muy interesado hoy, tomando todas esas notas... ya sabe lo que hay que hacer...

Gracias.

Como le decía, Torres había rodado loma abajo, aturdido, hacia la punta sur de la isla, cerca del agua. Eso lo supo porque lo primero que vio al abrir los ojos eran los reflejos de los fuegos artificiales de muerte sobre el agua. Se levantó en ese estado que algunos veteranos conocemos, no sé si usted... bien, no sabía si había quedado

inconsciente, y si lo había estado si llevaba horas o minutos caído. Con seguridad era la conmoción por el impacto y no habrían pasado más de unos segundos desde la explosión que los separara. Corrió hacia el punto donde creía haber estado, temiendo por la vida de sus compañeros y esta vez empuñando el arma que había mantenido oculta hasta el momento. Andaba por el lugar más boscoso y alejado de la contienda, la vegetación no prendía con el fuego del monstruo gracias a la humedad; aquel era un buen sitio para esperar los posibles refuerzos. En dos zancadas volvió de nuevo a donde les cayó la bomba, justo a tiempo para escuchar otro tremendo estallido. Esta vez la granada había caído en medio de la disciplinada formación de De Blaise. No se detuvo a mirar la suerte de esos hombres, en el lugar de la explosión, de su explosión, vio el cuerpo caído de un agente, Mabbott, y Bowels estaban junto a él. El policía estaba achicharrado.

—¡Bowels!

—Mierda... El sargento mayor se levantó aturdido. Mabbott parecía inconsciente y vivo.

—¿Dónde está el resto? —preguntó mientras cargaba Mabbott.

—No tengo idea... —Un estruendo llamó su atención. El monstruo estaba cargando de nuevo, persiguiendo a los hombres dispersos aquí y allá, segándolos con sus guadañas, sin dejar de disparar.

—Corramos, al agua, ayúdeme. —Los dos salieron cargando con el policía inconsciente. No tardaron en ver, desperdigados, al resto del grupo recuperándose. A unos metros, creyeron reconocer a Godley atendiendo a un inconsciente Moore. Hacia el otro lado, entre los árboles distinguió el pequeño embarcadero a donde llegaran Abberline y el resto de la policía, y en él estaban Ribadavia y Abbercromby.

—¡Perceval!—No parecía oírlo, mucho ruido. Por los movimientos de los dos hombres, debían haber encontrado alguna clase de embarcación. Corrieron para allá, cuando tres figuras más aparecieron en escena: De Blaise, magullado, encañonando directamente a Percy, acompañado de dos hombres con sendos rifles.

Oyó un: «¡cobarde!», y un: «es hora de acabar», y vio a don Ángel Ribadavia incorporarse con torpeza, gritando un «¡Santiago y cierra España!», enarbolando su bastón, y cómo uno de los hombres de De Blaise lo golpeaba con su arma; y salió corriendo.

—¡Vamos, Bowels! —Dejaron caer al pobre Mabbott y, pendiente abajo, oyeron disparos y gritos. Tropezaron, rodaron, temió perder su revólver, o la vida si chocaba con uno de los troncos.

Al llegar, la escena había cambiado. Un hombre en el suelo, sangrando por el cuello como cerdo en san Martín. Percy también había caído, tenía la cabeza ensangrentada, aunque estaba consciente, sentado sobre la tablazón del muelle, y sujetando el Lancaster en mano temblorosa, sin apuntar a quien tenía a su lado, que

no era otro que De Blaise, sangrando a su vez, aunque manteniendo el revólver en mano, diciendo:

—Vaya, primo, ahora tenemos los dos un recuerdo de guerra. —Pero no le estaba apuntando a él, apuntaba a dos hombres que peleaban sañudos en el suelo. Uno, de los hombres de De Blaise, cuyo fusil andaba caído en el suelo, revolcándose con otro sujeto que apretaba un cuchillo contra su pecho—. ¡Tú! ¡Suéltale si no quieres que le vuele la cabeza a tu amo! —El sujeto no podía hacerle caso, pues no entendía nada. Era Juan Ladrón.

Hicieron ruido al llegar. De Blaise miró hacia ellos sobresaltado, apuntándolos. Ladrón apuñaló a su oponente. El hombre gritó antes de morir. De Blaise giró y disparó a Ladrón, derribándolo. Percy disparó a ciegas, a la nada. Torres y Bowels dispararon a un tiempo. De Blaise cayó al agua, o se tiró.

¡Alto! —Era Moore, corriendo seguido por Godley y Abberline.

—Deje de disparar, Perceval —dijo Torres mientras corría hacia Ladrón, que se agarraba el estómago. Oyó un cuerpo más caer al agua. Bowels había desaparecido.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó sin resuello Abberline.

—John De Blaise! —gritó Percy parpadeando nervioso, tratando de ver a través de la sangre que caía en sus ojos—. Ese canalla al que no podía detener, ha intentado matarme.

—¿Quién era ese hombre que ha saltado al agua? ¿Qué...? Usted, señor Torres. —Mi amigo trataba de ver la magnitud de la herida de Ladrón, quién solo decía:

—El amo.... el amo... —Cierto, ¿dónde estaba Ribadavia?—. Sa caído al agua... uno desos cabrones... —Y Ángel Ribadavia no sabía nadar. Y estaba herido, enfermo.

—¡Ayúdenme! —gritó Torres—. ¡El señor Ribadavia ha caído! —Todos, incluido los dos heridos miraron al río. El muelle se adentraba casi cinco metros en el agua, agua negra, en la que se reflejaban los fuegos artificiales del monstruo que seguía escupiendo detrás de ellos.

Nada, no veían nada. Godley incluso bajó al pequeño bote que allí había, sin resultado. Ribadavia había caído como un plomo. Muerto.

—Ay, la Virgen —gemía Ladrón—. Ay, señor Torres, que se ha matao... yo llegué de un salto, les vi ahí, encañonaos. Rajé a ese, y me tiré contra el otro y no me di cuenta que... le dije que no viniera, ay, le dije que estaba mu nervioso. —Torres lo abrazó, tratando de ocultar en ese gesto su propio desconsuelo.

—Debiéramos atender a nuestros problemas —dijo Moore—. Esa cosa sigue asolando la isla como loco, y creo que le falta por segar esta parte....

—El bote está bien —dijo Godley—. Vamos amigos, podemos esperar a los refuerzos en la otra orilla.

—Sí. ¿Cabremos? —preguntó Abberline—. Llevamos dos heridos. Ya hablaremos luego de lo que ha pasado aquí, señor Torres.

—Yo he visto a De Blaise, puedo jurarlo... vi como le disparaban, aunque no creo que le dieran...

—Y ese bastardo sabe nadar, se lo aseguro —dijo Percy, poniéndose un pañuelo ofrecido por Abberline en la frente, donde había sido herido.

—Solo llevaremos a un herido, Frederick —dijo Moore, que estaba ayudando a Percy, mientras señalaba a Ladrón—. Ese hombre está listo.

—¿Qué dice? —estalló Torres, que miraba atónito el cuerpo que abrazaba—, Por el amor de Dios...

—Que tendríamos que llegar a un hospital en nada para coser ese balazo en la barriga. Está muerto, Torres.

—Qué... pasa. —Ladrón estaba temblando, sin fuerzas—. ¿Está el amo? ¿Lo han... lo han encontrao...?

—Tranquilo.

Dígale a Juan que no se olvide de... —No dijo más. Durmió y no tardaría en morir. Torres se persignó, tembloroso.

—Vamos, Torres —dijo Abberline—. Nos llevaremos el cuerpo de este hombre si quiere...

—No. El cabo Mabbott, está allí entre los árboles. Es más necesario evacuar a...

Al señalar, por encima de las copas de los árboles apareció la oscura sombra del monstruo, escupiendo fuego que brillaba en sus afiladas hojas, ahora manchadas de sangre.

La intención de huir a cubierto se les quedó a la mitad. Sonó una detonación a su espalda, y a eso le siguió el inconfundible impacto de un obús contra el monstruo, retumbando en la noche. Subiendo por el río venían cuatro barcazas a vapor, la que encabezaba la pequeña flota llevaba un cañón de doce libras emplazado en la proa, y dos Nordenfelt a cada borda. Otra de ellas iba equipada igual. Las dos restantes estaban a reventar de hombres.

—Pues al final sí que traían cañones los refuerzos que pidió, inspector —dijo Godley, a quien el fuego y el peligro no le menguaban su habitual retranca.

—Yo no he llamado al ejército.

Porque eso era lo que venía, el ejército de su majestad, dispuesto a acabar con ese monstruo. Y no parecía un intento vano, porque la criatura reculó, por un instante. Luego abrió fuego. Pese a que ya era evidente que disparaba andanadas casi al azar, y que la munición había menguado durante el combate, uno de sus cohetes cayó sobre una de las barcazas, haciéndola zozobrar. Solo fue un acicate para que esos bravos recrudecieran el ataque. Sonaron las ametralladoras, y el cañón también habló, volviendo a impactar, y haciendo saltar una de las terribles guadañas sin en apariencia dañar seriamente al monstruo.

La nave capitana roló hacia babor cuando se acercó al agudo cabo sur, desde

donde ellos contemplaban toda la acción. La otra artillada fue por el brazo contrario, y la cargada de hombres se detuvo para recoger a los naufragados, pero por sus voces y gritos se les veía ansiosos de combatir.

—Agradezco su llegada, desde luego —dijo Moore—, pero me temo que el blindaje de eso es mucho para esa artillería.

—Pueden acabar con él —dijo Torres. Hizo la señal de la cruz sobre la frente de Juan Ladrón, lo dejó en el suelo y salió corriendo, costeando tras la barcaza capitana.

—¡Torres! ¡Aguarde!

No hizo caso, corrió cuanto pudo, por suerte esas barcas no eran rápidas, y minoraban su velocidad para mejorar la puntería de sus artilleros. El cañón tenía ahora difícil hacer blanco, estaba desenfilado. Dispararon las ametralladoras que nada hacían contra el monstruo más que irritarlo. La criatura estaba girando, rápido, y pronto se puso a acelerar, corriendo como un expreso hacia el norte, disparando sin fortuna para cubrir su retirada. Se marchaba. Temía a los cañones. Iba escorándose hacia la parte occidental, ofreciendo su flanco poco a poco. Torres se puso a gritar.

—¡A las patas! ¡Disparen a las patas!

Mi amigo me dijo que seguramente el oficial de aquel barco había pensado lo mismo, su natural modestia. Lo cierto es que la velocidad del monstruo era mucho mayor que la de la barcaza, en unos segundos llegaría al río, y aunque allí se frenaría para cruzarlo, escaparía. Tenían un solo disparo.

Así fue. Cuando ya clavaba los rieles para montar el puente al igual que llegara, los británicos hicieron fuego, y acertaron. Las patas eran en efecto la parte más endeble de la estructura, y más estando en maniobra tan compleja. La cosa cayó con gran estruendo al río, medio cuerpo fuera y medio dentro. Las balas se cebaron en él. El cañón volvió a disparar, a impactar en el blindaje, y la otra barcaza apareció por el norte, rodeando la isla.

Entonces, cuando ambas embarcaciones arrecieron el fuego, el monstruo estalló en mil pedazos. Las calderas reventaron, la explosión hundió a uno de los barcos perseguidores. Tal como llegara con su fuego y su destrucción, se fue, creando un temprano amanecer en la campiña londinense.

Nadie pudo verlo, todos acabaron en el suelo o en el agua, aunque alguno aseguró que de nuevo, un pequeño dirigible había aparecido en el aire momentos antes de la deflagración. Torres no podía asegurarlo. Él miraba al agua, el agua que se tragara a Ángel Ribadavia.

____ 55 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Jueves tarde

—«Torres no podía asegurarlo. Miraba el agua que tragara a Ángel Ribadavia». Eso es... —Lento apartó la vista de sus notas y la alzó al techo, al agujero por donde desapareciera Alto—. ¿Me oye? ¿Se ha dormido?

La voz de Alto suena muy cansada.

—No. Estoy aquí. Todavía.

—No debe dormir.

—No... me estoy perdiendo todas esas batallas... vaya... haber estado aguantando aquí para al final...

—Eso es todo lo que ha contado. Seguiré preguntando... ya no tardarán en venir por nosotros. —Sí.

Callan ambos. Lento arruga los papeles que tiene en el regazo, lo deja a un lado. Mira de nuevo hacia el techo.

—¿Cómo se encuentra?

—Tengo frío... y me duele. Creo.

—Aún le oigo. Eso es que no es mal... grave.

—Me gustaría tener... esa confianza. No veo. La metralla me ha dado en los ojos.

—No sonó... bum... explosión. Sería un... una máquina.

—Sangro mucho. Me ha cortado el cuello.

—No podría hablar.

—Sí. Puede. Tengo heridas por todo el cuerpo, y sangre... no veo, y no puedo mover las piernas, me duelen mucho. No sé... tengo mucho frío... y estaremos en mayo... o junio...

—No se preocupe... —Una mano ensangrentada aparece de golpe por el agujero. Luego silencio—. ¿Se encuentra bien? —Silencio—. No duerma.

—No puedo dormirme. El frío... y el miedo. No voy a salir de aquí.

—Claro que sí. El detective conoce la dirección, deberá encontrarnos.

—No le pagamos mucho... y fue todo... pensará que nos hemos cansado o que ya hemos dado con... tal vez nos esté llamando. Creo que las heridas se me han infectado. Me ha acribillado... la metralla. Tengo sed.

—Eso podemos arreglar. Espere.

Lento mueve con trabajo su silla de ruedas. Sus heridas no tienen buen aspecto. Se esfuerza en desplazarse hasta que llega al mostrador de recepción, donde antes dejara la concertina.

—¿Se ha ido?

—No... un instante.

—¿Qué es ese sonido? Creí que estaba soñando... antes... no paraba de escucharlo.

—La... instrumento este. —Lento pone la vieja concertina en su regazo. Luego se mueve hacia uno de los sillones, sonde está sentado, arrojado, el oso mecánico. Resoplando por el dolor, alcanza la cabeza y un suave sonido llega hasta arriba.

—¿Qué hace?

—Doy... ¿cómo dicen...? ¿Rosca... cuerda...? —Termina. Se aparta y mira al oso que ha abierto su único ojo funcional. Luego presta atención al instrumento que se queja entre sus piernas—. Llevo todo día practicando.

Como si de un virtuoso instrumentista se tratara, con toda parsimonia, pulsa una de las teclas y oprime el fuelle del instrumento. Un dulce La suena en el vestíbulo y el animal se pone en pie con torpeza.

—¿La concertina...?

El autómata lleva colgado un saco al hombro, atado con cuidado, cosido con rudeza a la propia piel falsa. Del hatillo sobresalen los cuellos de un par de viejas botellas de cristal envueltas en trapos y tapadas por corchos ennegrecidos.

—Es fácil... a cada nota... un movimiento sencillo. —Un Re, y el oso da un paso con la pata derecha—. Puede que haya modo de hacer cosas difíciles... pero así... —Mi. Otro paso con la otra pata.

La... ¿La marioneta se está moviendo?

—Sí. No baila el oso... pero...

—Me gustaría verlo.

—Con poquito suerte, verá.

Nota a nota, el oso va acercándose a los andamiajes, tropezando con sillas, cayendo al suelo, incorporándose otra vez, obedeciendo a las órdenes musicales, muchas de ellas equivocadas.

—No le entiendo...

—Voy... espere... ha caído otra vez. Voy hacer subir el oso.

—Sigo sin...

—Por el... ¿Cómo lo llamó? Andar...

—¿Andamio?

Ahora. Por fin el autómata llega hasta la base de la endeble estructura de cuerdas y maderas medio improvisada, y posa sus zarpas sobre ella.

—Eso... es una locura. No puede.

—Le digo que es fácil. El autómata puede coger cosas con garras. Son... agarran.

—Prensiles.

—Eso. Y es fuerte...

—Pero muy pesado. Eso no aguantará con su peso...

—Usted ató eso.

—No... ¿es capaz de hacerlo trepar? Eso es más que... que movimientos simples.

—Probaré. Si no puedo... tendremos un muñeco roto.

—Con tal de se aparte usted de abajo... ¿Qué es ese ruido?

El animal mecánico se ha agarrado con fuerza a uno de los travesaños, haciendo crujir y tambalearse todo el armazón. Ahora, obedeciendo a un timorato Si bemol, alza una pata trasera y la posa sobre una tabla, añadiendo más crujidos al crujir de la quejosa estructura.

—No puedo equivocar... este animal puede romper todo...

—Déjelo, no conseguirá... el dolor...

—Sube con fruta, y galletas... y —el oso coloca por fin sus cuatro extremidades sobre el andamio—... una manta. Y agua.

—Tenga cuidado.

—Repetir estas cuatro notas, y el muñeco repite... —Fue decirlo y el oso manoteó en el aire. Lento aprieta rápido un Do, demasiado rápido. El autómata sacude su brazo y trozos de madera vuelan a su alrededor.

—¿Qué pasa?

—Es difícil... el andamio... —La estructura de madera no es regular, está a medio hacer, aprovechando este y aquel otro desecho. De no ser así, el autómata podía repetir en sucesión fija sus movimientos, sin problema. Siendo como es, cada acción de cada miembro del oso debe ser dirigida. Lento avanza más, se acerca lo que puede al andamio. A medida que el animal suba, le será más difícil dirigirlo, más complicado distinguir dónde debe asirse.

—¿Está ahí? Por Dios, solo oigo chirridos y ese instrumento desafinado.

—Tranquilo. Tarda algo, pero le llegará agua. —Vuelve a tocar, muy despacio y muy bajo. El autómata se mueve, toda la endeble torre se balancea—. ¿Por qué no cuenta más de la novela?

—¿Eh...? No sé qué quiere que le cuente. Usted la tiene ahí abajo. Podría leerme algún librito de esos...

—Tal vez luego.

—Me gustaría acabarla al menos, antes de...

Dijo que había algo extraño en...

—Muy extraño. La relación con nuestra historia es evidente, ya se lo conté. La casa, ese noble francés, el padre que se acuesta con su hija y...

—¿No era el hermano?

—¿Sí...? no, era del conde... como sea. Pero luego... esa extraña manía, ese deseo del hacer de su hijo un clon de él mismo... ¿cómo va?

El animal mecánico asciende muy despacio. Como dice Lento, no es complicado

dirigirlo, los temores del visitante inglés van más dirigidos hacia los asideros de esas fuertes garras de metal que la torpe música que interpretaba.

Bien. Despacio... ¿pero, cómo dejó la historia? ¿Por dónde iba?

—Ya le leí cuando Jim llega al encierro de su antiguo amigo... ¿le dije que allí estaba el cadáver del viejo conde momificado? —Ajá...

—Convivía con él, enloquecido. El autor... la autora si como dice es la señorita Trent, dice que el hedor es insoportable... toda la narración se vuelve más sórdida, mucho diría... tenga mucho cuidado.

—No es nada... un resb... un traspié.

—Se habrá apartado.

—Claro... ¿Y la niña?

—¿La hija de Camille? Vive allí... no conoce otra cosa. Es una cría extraña y siniestra, que juega con los restos de su abuelo... terrible. Y lo más terrible es que Louis está esperando a que la niña menstrúe por primera vez para preñarla, a su sobrina y hermana... quiere que Jim permanezca con ellos, como una familia, el abuelo muerto, ellos dos y el fruto de múltiples incestos...

—Habla de ello con mucho interés...

—Sí, es de verdad fascinante. Mejora mucho y... no sé si se llegó a vender algo, parece que sí se ha publicado, hay referencias a la edición en cada folleto... pero desde luego no es literatura propia de la época. Entonces eran oscuros, Dickens, Victor Hugo... pero tanto...

—Ya está la mitad... el oso.

—Vaya, qué rápido. Es usted un consumado concertinista.

—Es muy grande. De dos pasos llega...

Ahora llega la parte más difícil. Los pisos superiores de esa torre de Pisa han sido improvisados por Alto, sin desde luego pensar nunca que un plantígrado de metal de dos metros tuviera que ascender por ellos. Cuando empieza a ascender de nuevo, el vaivén del andamio es más que preocupante. Clavos y maderitas empiezan a llover.

—¿Va bien?

—Casi... miente Lento—. ¿Cómo cree que acabará historia?

—Ni idea... tampoco tengo idea de cómo acabará la de Aguirre. Lo único que sé con certeza es cómo acabaremos nosotros.

—Mantenga el... el ánimo.

—Apenas me queda... Oiga, hay mucho ruido, ¿seguro...?

—Va bien... —El andamio cede. Su lado derecho no soporta ya tanta tensión y toda la estructura se inclina hacia allá. Caen trozos del cielo angelado, un listón directo a la cabeza de Lento, quien apenas puede apartarse empujando las ruedas de su silla y lo recibe en el hombro.

Parece que todo se va a desplomar como un castillo de naipes, algo más ruidoso,

cuando la parte superior de la estructura choca contra las vigas del techo, y aguanta. Todo queda así, inclinado en inestable equilibrio, con el enorme oso negro oscilando, sujeto solo por sus patas delanteras a una barra metálica entretejida de mala manera por Alto al entramado.

—¿Está bien? ¿Qué ha pasado? ¡Conteste por lo que más quiera! —Lento mantiene sus brazos sobre la cabeza, protegiéndose de lo que cae. Cuando los cascotes dejan de arreciar, lo que no tarda en ocurrir, se palpa el cráneo dolorido y el hombro. Sangra un poco. Mira arriba—. ¡Conteste! ¡No puede...!

—Soy bien. Todo bien...

—¿Qué ha pasado?

—Lo que usted dijo... no es buen albañil.

—¿Se ha desplomado todo?

—Casi... no. El oso sigue allí colgando. Está muy cerca.

—Pero ¿los andamios se han caído?

—Casi... espere. —Con mucha cautela toma el instrumento que ha protegido con su cuerpo y busca una nota. Todos esos botones negros, iguales... Desde luego no es buen instrumento para un neófito. Con mucho tiento hace cantar a la concertina. El animal se mueve, el andamio tiembla más.

—¿Qué pasa?

—Si aguanta... el oso es muy cerca de techo, ahí... vigas. Puede ir por el techo hasta...

—¿Podrá hacerlo? —Lento sigue tocando despacio. El oso se agarra con sus patas traseras a las maderas, que empiezan a ceder—. Cuidado... —Aguarda un minuto, ignorando los trozos que le pueden caer. Luego, cuando el temblor disminuye y el conjunto parece tomar de nuevo cierto equilibrio, hace que el autómata alargue la zarpa izquierda. Agarra una de las vigas que surcan el techo, luego con el otro brazo. El andamio no soporta más y cae.

Todo se desploma hacia el lado donde ya se inclinaba, evitando que nada más caiga sobre Lento, quién de todas formas se protege con los brazos como puede. El polvo se levanta por todo el vestíbulo y entra en el agujero del techo.

—¡Todo bien! —grita enseguida Lento para calmar a su camarada—. El autómata es ahí colgado. Es muy fuerte...

Usted lo sabe mejor que nadie. —Alto suspira tranquilo.

—Le va a llegar agua muy pronto.

El animal no está a más de dos metros del agujero. Lento empieza a hacer que avance, muy, muy despacio. Cualquier fallo supondría una caída del muñeco desde tres pisos, y no muy lejos de donde él mira hacia arriba.

—Oiga, no se arriesgue más... ya...

—Todo va bien... —En efecto, el primer paso del autómata, colgando boca abajo,

engarfiado al techo con sus garras, es un éxito—. Una cosa... ¿qué opina de lo que sabemos?

—¿Eh...? ¿Se refiere a la historia?

—Claro.

—Usted sabrá... según me ha contado... no sé. Semejante... batalla... debiera haber noticias de eso, ¿no cree? Ignorando lo absurdo de todo, suponiendo que sea tal y como nos lo cuenta... es demasiado embrollado. Esos dos bandos enfrentados, la conspiración... Ya me dijo que está harto de esas cosas. El caso es que... bueno, supongo que para usted será frustrante. Recibimos mucha información, ya sea verdadera o falsa, pero no tenemos idea de quién es Jack el Destripador... a excepción de esa cosa que hay en el sótano. Eso es lo único que a usted le interesa en el fondo...

—Ya sé quién es...

—¿Sí...? No... no me había dicho nada.

—No soy al ciento por ciento seguro...

—Dígame...

—No.

—¡Por Dios! —Se echa a reír—. Cuánta crueldad con un enfermo. Conoce usted el secreto más buscado del último siglo y medio y...

—No seguro... quiero confirmar...

—¿Confirmar? Pues confírmelo a mí. Vamos, estoy a punto de morir. No será capaz de dejarme... —Un golpe a su lado, un topetazo fuerte, un desgarro de piedra o metal, un olor a polvo viejo, aún mayor que el que notó cuando se desplomó el andamio—. Señor... ¿qué es?

—El oso ha llegado.

—¿De... de verdad?

Lento respira hondo, deja la concertina, con cuidado de que no suene, y mira orgulloso el enorme culo del animal de metal asomando por una trampilla en el techo, rodeado de angelotes pintados entre las de vigas.

—Sí. ¿No lo ve?

—No. Le digo que no veo nada.

—Es cierto... eso complica todo. Un momento... lo tiene ahí... al lado. Tire el brazo izquierdo...

—¿Qué lo tire?

—Sí... como es... que... alargue...

—Que extienda el brazo.

—Ajá... hacia el agujero.

Alto hace lo que le indica, y enseguida su brazo topa con un bulto lanudo y espeso, notando la dureza de su armazón interior. Palpa la espalda, el macuto cosido con firmeza en ella, la enorme cabeza, las temibles mandíbulas.

—¡Mierda! —se sobresalta—. Está respirando.

—Sí... tiene un... imita respiración cuando está dada la cuerda.

—No le debe de quedar mucho... cómo quiero a este bicho. —Mientras habla trata de sacar la carga del animal.

—No le hace falta. Cuando recoja las provisiones puede caer. Pensé utilizarlo para abrir una puerta. Estando usted ciego no puede indicar...

—No puedo sacarlas. Está atorado.

—Sí, ya veo... tendré que hacerlo entrar antes de que pare. Tiene el agujero a su izquierda, ¿sí?

—¿Yo...? Sí...

—Voy. Si le aplasta, grite. —Vuelve a la concertina. Despacio, hace que el animal atraviese el agujero, rasgándose la piel falsa con los bordes, y dirigido hacia el frente según él mira—. ¿Bien?

—Sí... le juro que es terrible notar a esa cosa moviéndose. Ahora lo tengo a mis pies... haga que me rodee.

—Si encuentra un obstáculo... no lo vemos. Bien. Hago que gire a su derecha y...

¡AAAAAH! —Siente una presión fuerte en su pierna izquierda. Y la aparta a tiempo—. No... ha sido el susto, pero...

¿Qué?

—He movido las piernas, están... doloridas, pero puedo moverlas algo.

—Buena noticia.

—Sí... ahora... hágalo avanzar, dos pasos.

—Si el sonido llega dentro... —Parece que así es, Alto nota cómo el enorme autómata avanza a sus pies—. Bien. Ahora gírelo a la derecha noventa grados... ¿no está de pie, no?

—No debier... va a cuatro...

—Perfecto. Avance... eso es, eso es... ya. Puede tumbarlo. —El animal queda a su lado derecho tumbado boca abajo—. Perfecto. Estira la mano y con dificultad va sacando las dos botellas de agua y las galletas. Abre una de las botellas y bebe con ansia—. Maravilloso... le debo la vida... le debo más...

—Estamos en paz. —Lento aparta lejos la concertina—. Todo es bueno con agua y comida, ¿verdad?

—Y abrigo. Este animal me va a dar calor, seguro. Ahora, solo esperar... y dormir.

—No...

—Estoy cansado. Durmamos los dos.

—Yo iré a ver a Aguirre. Tenemos que saber cuanto antes.

—Hace bien —tapa con cuidado la botella y la devuelve a la espalda del oso—, muy bien... no quisiera morir sin descubrir esto... tiene que decirme quién es Jack... quién es...

Alto duerme.

____ 56 ____

Jack

Jueves noche

Todo esto fue lo que me contó Torres el día que entré por la ventana de sus habitaciones después de muerto. Recuerda que habíamos dejado la narración de los hechos ahí, hace cuatro días, ¿verdad? ¿Más? Claro, aquí encerrado no tengo noción del tiempo... antes, en las alturas, entonces yo era el tiempo, pero ahora los días empiezan con su llegada y terminan con su marcha... por cierto, ¿su compañero?

Lo lamento. Ambos han tenido muy mala suerte. Transmítale mis mejores deseos. ¿Y usted se encuentra mejor?

Lo celebro. Sigamos entonces. Torres me había contado todo esto, por supuesto, no fue un relato con tanto lujo de detalles como el que yo les he hecho, no hubo tiempo para tal en la hora y media que pasamos juntos antes de ser interrumpidos. Lo he enriquecido con lo que fue contándome a lo largo de tantas noches a partir de entonces, en largas y añoradas conversaciones.

—Es muy tarde —dijo tras un largo suspiro y un estornudo—. Seguro que la señora Arias puede hacernos algo, no estará durmiendo... cierto, usted ya... Perdone mi torpeza, don Raimundo, he pasado toda la noche en vela. —Sí, había pasado toda la noche entre la comisaría y el campo de batalla del río Lee. Los refuerzos solicitados por el inspector Abberline llegaron cuando las ascuas de la refriega ya se enfriaban, se hicieron muchas detenciones, incluyendo la del propio Torres y Perceval Abbercromby. No fue en rigor una detención, pues ellos no habían cometido delito, al menos ninguno que se pudiera probar, puesto que el allanamiento, estando en compañía del heredero del lord, era un cargo sin sustento y su disparo hacia De Blaise... sus bienintencionados amigos policías dieron por buena la explicación de que fue una simple salva de advertencia. Abberline decidió encargarse de ambos en persona, y de poco más podía ocuparse. El oficial de aquellas lanchas se presentó. Pertenecían a un destacamento acuartelado a dos millas río abajo, temporalmente... muy extraño.

El cuerpo de Ribadavia fue encontrado de madrugada, pescado con una red del fondo del canal. Se había hundido, enfermo, herido, tal vez inconsciente por el golpe del hombre de De Blaise. El asunto no iba a suponer incidente diplomático alguno. Ribadavia estaba allí por su cuenta y riesgo, era famoso por su indisciplina y su excentricidad, y a la postre se vio que no tenía tantas amistades influyentes como pensaba. Una pregunta formal del gobierno español y una respuesta no menos formal del británico cerraría el asunto. Torres se ofreció para encargarse de la repatriación

del cuerpo, él lo llevaría a España, junto a la familia Ribadavia, que estuvo siempre en buenas relaciones con su padre. Su ofrecimiento fue firmemente rechazado.

—Usted no puede marcharse, Torres —respondió Abberline—. No vamos a detenerle, pero no podemos permitir que abandone ahora este país. Si su pregunta es, si tengo autoridad para hacer tal cosa, no lo sé. Espero que no me obligue a averiguarlo.

No lo hizo, Torres seguía sintiendo que tenía algún deber en esa ciudad. El y Percy trataron de denunciar el comportamiento de De Blaise, que por cierto había desaparecido de escena, como Bowels, pero no tenían prueba alguna de su intento de asesinato contra Percy. El joven lord insistió y Torres lo disuadió. Había ramificaciones en esa trama demasiado profundas, capaces de traer hasta allí al ejército de su majestad, y de decir que todo aquel desastre era causado por un enfrentamiento contra un grupo de fenians, como dirían las noticias más adelante; De Blaise parecía intocable.

—Usted sabe que no mentimos, inspector—argumentaba Torres—.John De Blaise trató de hacer daño al señor Abbercromby.

—O tal vez defenderse de un ataque de este, vi su actitud durante esta noche...

—¡No! —gritó Percy—. ¡Ese hijo de puta nos tendió una emboscada!

—Tranquilícese, Perceval —continuaba Torres—. La animosidad entre ambos es palpable, y justificable en su caso, si me permite mi opinión personal. No pueden estar los dos en...

—No voy a detenerle, ni a usted tampoco, señor Abbercromby. Caballeros, tenemos ciertos asesinatos entre manos, no hay tiempo para atender a viejas riñas. —El inspector no estaba de buen humor, nadie lo estaría en su lugar, contemplando cómo los movimientos de esa partida se ejecutaban al margen de uno. Luego. Bajando el tono, añadió—: Creo que su lugar hoy, señor Abbercromby, está en Forlornhope pese a sus reservas.

—Tiene razón, inspector, disculpe mis modales. Si tiene la desvergüenza de aparecer por ahí De Blaise...

—No es eso. Lamento tener que comunicarle que ayer su padre sufrió un ataque.

—¿Cómo?

—Desconozco las circunstancias médicas exactas. Una apoplejía, creo.

La furia de Percy desapareció. Pareció triste, triste por el fin de aquel hombre que odiaba, que le había despreciado desde su nacimiento.

—¿Se encuentra bien, Perceval? —se preocupó Torres, ya apartados de los oídos de los policías que recorrían la isla recogiendo heridos y muertos—. Debiera ir a su casa, y mantener...

—Intentó torturarme, ¿sabe?, como hizo su padre con él. Un tormento en aras de una máxima aberrante, durante muchos años.

—No entiendo...

—Y sin embargo... yo deseaba ese tormento. —Respiró largo, paladeando el aire. El agua ya había dejado de caer y la mañana quedó muy fresca. Es extraño cómo la climatología se calma en cuanto hay muertos—. Me voy. Gracias.

Al mediodía, Torres estaba ya en casa de la viuda Arias, y suponía que Perceval Abbercromby estaría en Forlornhope, tal vez junto a John De Blaise. No parecía posible que volvieran a intentar internarlo en Bedlam, pero, desde luego, tras un duelo frustrado y un intento de homicidio, con su padre postrado; con todo esto, el futuro de Percy no era alentador. ¿Quién mandaba en esa mansión de locura ahora? Lord Dembow perdido entre la vida y la muerte, el señor Ramrod muerto por el Monstruo... ¿De Blaise? ¿Un hombre sumido en el alcohol y los narcóticos, amargado por un matrimonio forzado, envenenado por el odio? No parecía el líder apropiado. ¿El doctor Greenwood? Nadie sabía de su paradero.

En cuanto al otro desaparecido, el sargento Bowels, había saltado al agua en cuanto vio acercarse posibles trabas con la ley. Probado nadador como era, negoció sin problemas la situación y terminó de nuevo en su refugio londinense que con tanta amabilidad le proporcionara Abbercromby, la casa de St John's Wood. Allí lo encontró Percy y allí lo dejó estar. Dijo que marchaba ya del país, harto de tanto tejemaneje que no entendía.

—Señor Abbercromby —explicó—, le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Pero ese De Blaise es intocable, nada podemos contra él, yo menos que nadie. Me voy. —Se quedaría allí hasta mediados de noviembre, y luego marcharía a ultramar, a mis américas o a Asia, en busca de fortuna.

Así quedaron las cosas. Mientras Torres almorzaba sin ganas, llegó una nueva visita inesperada, una más. La campanilla de la puerta de la señora Arias se había convertido en los últimos dos meses en heraldo de sorpresas. En esta ocasión era Juan Martínez, el amigo de don Ángel. Tenía un deplorable aspecto, arrugando el ala de su chistera entre las manos, los ojos enrojecidos y oliendo a alcohol.

—Ay, señor Leonardo —se lamentó—. Vine y me fui a putas. El señor Ángel me dio buen dinero, y su mujer de usted también, y pensé en darme a la jarana... ¡ay! Llevo dos días aquí, si hubiera... Fui esta mañana pa la embajada y me encuentro esto. Si hubiera estado... ¡ay!, mi compadre estaría vivo, y el señor Ángel...

—No se haga malasangre, Juan. Nadie sabe qué hubiera pasado de estar usted. Mire, su compadre no pudo ayudar a don Ángel.

—Seguro que lo intentó, ¿verdad?

—Claro, se llevó a un par por delante. Nada pudo evitar lo sucedido, estaba de Dios. Ahora los dos descansan en paz.

—¡Yo tenía que estar con ellos!

—Vamos. Repatriarán el cuerpo de don Ángel. Tal vez debiera usted hacerse

cargo de los restos de Ladrón.

—Me da mucha pesambre todo esto, señor Leonardo. Tengo que hacer algo. —Y se quedó allí, en la puerta, de guardia, día y noche. Allí lo vi y él no a mí. Esa falta no se la tuvo en cuenta Torres.

—Creo que debiera irme de aquí, don Raimundo —dijo al fin abatido y sin dejar de moquear—. Ya ve lo que mi presencia ha traído: amigos muertos, desaparecidos, y el asesino, los asesinos siguen en la calle, sean quienes sean.

—Yo me alegro de que esté aquí.

Gracias a mis nuevos oídos escuché pasos en la escalera antes de que llamaran a la puerta. Torres abrió. Era el inspector Abberline, sacudiéndose el frío al entrar. Tras él venía un hombre alto, todo de negro, tanto la ropa como el ánimo; Perceval Abbercromby. Al verme, allí sentado, se echó hacia mí con su aparatosa Lancaster en mano.

—¡No!—Torres se interpuso.

—Ese monstruo...

—No es él.

Abbercromby quedó sorprendido, lo que aprovechó el español para explicar a vuelapluma lo ocurrido; quién fui yo y quién era ahora. Hubiera esperado más incredulidad en ambos, joven lord y detective, pero supongo que estos caballeros ya estaban acostumbrados a lo extraordinario, se habían topado con demasiados horrores para tener en cuenta uno más, horrores que habían mermado su creencia en la bondad del hombre, y hasta sus convicciones religiosas. Los dos me miraron intrigados. Vi en sus ojos una extraña mirada. Estaba acostumbrado a las miradas de miedo, a esa forma de mirar que el hombre reserva a las bestias. Esta vez era distinto, yo era un objeto, lo que veía en esas miradas era el intento de encontrar vida en mí.

—¿Habla?

—Claro que hablo, inspector, mejor que antes. Por cierto, tengo cosas que decirles. —Les conté mi situación. Les dije el peligro que corría Torres, cómo el asesino, Jack, el Dragón... fuera quien fuese, iba a por él. Cómo había escapado de su burdel en el West End y la urgencia de que el español volviera a casa.

—¿Todo eso es cierto? —me preguntó sin atreverse a dirigirse a mí el incrédulo inspector.

—Así lo vi. Y lo escuché. Y está aquí en mi memoria. —Abrí me pecho de lata —. Ya no olvido nada.

—Me va a perdonar, Torres —¿no era a mí a quién debían ir dirigidas esas disculpas? Hablaba como si yo fuera obra de Torres—, pero no sé si en las circunstancias en las que se encuentra... su amigo, no es un testigo fiable.

—Imagino que no en un juicio —respondió Percy—. Para mí es suficiente. Vayamos por ese asesino.

—¿Pretende que entremos...? Ya se le ha tolerado suficientes desmanes, señor Abbercromby, no debiera forzar su suerte.

—¿Suerte? —Las manos del joven lord se crisparon, pensé que iban a estallar en una descarga de violencia, y también debió pensarlo Torres, porque estornudó oportuno para disipar la presión de la furia reinante con una sorpresa—. Como quiera, inspector. Su otra opción es ir con sus hombres, si es que le quedan de confianza, y entrar en un burdel a capturar una autómata pensante que está matando putas en el East End. ¿Podrá hacer eso? ¿Podrá convencer a sus superiores del sentido de esa acción? —Abberline no respondía—. Creo que sería más apropiado que fuéramos los tres, asegurarnos de que lo que dice esta cosa, es cierto.

No hubo objeción por parte de nadie. Les di la dirección de la guarida de Satán en Londres, y para allá salieron. Percy y Torres, este último para mi sorpresa, comprobaron que su arma estaba bien cargada.

—Pase a mi alcoba, don Raimundo —me dijo el ingeniero una vez guardado su revólver en el bolsillo—. No se mueva, nadie le molestará. Volveremos pronto.

—Tengan cuidado. No le miren a los ojos.

Quedé solo, a oscuras. Oí como cerraban la puerta con llave. Me había llevado cantimploras con mi alimento, dos decenas de ellas. Bebí un sorbo. Hice el propósito de recordar a Torres que necesitaba esa bebida, tal vez él sabía lo que era. Con un trago podía aguantar hasta un mes. Necesitaba resistir por toda la eternidad.

A mi lado estaba el Ajedrecista, su Ajedrecista. Yo no lo había visto nunca, y quedé fascinado, mirando, una especie de versión primitiva de mí. Me senté a su lado, tomé las piezas. Si alguna vez tuve una experiencia existencial, fue en ese momento.

Oí la llave moverse en la puerta, no habían pasado ni diez minutos, no podían ser ellos. Me quedé muy quieto mientras escuchaba unos pasos livianos en la habitación de al lado y un suave tarareo. Una lámpara se encendió. Alguien entró en el cuarto. Juliette, el espíritu inquieto de la casa, el diablillo que entraba en las habitaciones vacías de los inquilinos buscando secretos con que satisfacer su hambre de emociones. Ahora imaginaba que su insaciable curiosidad la empujaba a saber qué había pasado en las dependencias de Torres, a qué todo ese trasiego de señores enfadados, todo ese frotarse las manos su madre, nerviosa, todo... se quedó mirándome con los ojos muy abiertos. Yo ni me moví.

—¡Oh! —exclamó, y se acercó—. ¡Cómo has cambiado! —¡Me reconocía! ¿Cómo era posible? — ¿Jugamos? —Lo entendí. Creía que era el Ajedrecista, y en cierta forma estaba más cerca en la escala evolutiva de esa máquina que reposaba a mi lado que de la niña que me miraba pasmada. Ella manipuló palancas y controles, encendió la máquina de la que creía que yo formaba parte, o creyó hacerlo, y movió una pieza. Yo, despacio, moví mi caballo.

—¡Nooo! —rió divertida—, así no es. —Corrigió mi movimiento, proporcionándose cierta ventaja, por cierto. Así seguimos, jugando una partida. Yo solo movía mi brazo izquierdo, por lo demás, permanecí inmóvil. Juliette reía y movía las piezas, no siempre de un modo legal, y hablaba y se burlaba de mí. Acabó ganando por primera vez en sus encuentros contra la máquina, claro, y salió corriendo del cuarto, festejándolo. Al llegar a la puerta se detuvo, chistó hacia mí, y cerró de nuevo con una llave que sacó de su mandil.

La puerta permaneció tiempo cerrada. Un efecto colateral de mi nueva vida, es lo consciente que era, que soy, del paso del tiempo... mientras estoy despierto, me refiero. No dejo de ser un reloj que habla, nada más, y así cada segundo es uno e irrepetible para mí... es igual, me temo que mi alejamiento de la especie humana ha sido tanto, en modos tan distintos, que ya no soy capaz de comunicarme con ustedes con claridad.

Ya con la luz entrando con fuerza por las ventanas, los tres caballeros regresaron con pocas noticias. Encontraron el burdel vacío, el Dragón había cambiado de nido. ¿En un día?

—No dispongo de mandamiento alguno para entrar en esa casa, solo podía acceder a donde me permitieran —contó Abberline.

Lo lamento —se justificaba Percy sin muestra de vergüenza alguna—. Era preciso que entráramos...

—No se disculpe. He de reconocer que agradezco su actitud.

Percy, según me contó más adelante Torres, estalló y entró pistola en mano por los pasajes secretos del lupanar, de los que yo les había hablado, en cuanto la madame les aseguró que allí no había nadie más que sus chicas y caballeros que no querían ser molestados. Estalló una conmoción entre rameras y encopetados clientes. La mujer dijo que iba a llamar a la policía y Abberline se identificó como tal, dando tiempo a Percy para recorrer las zonas secretas de la casa. Vacío. Herr Ewigkeit no volvió tras la batalla.

¿Qué hacer ahora? Abberline aseguró que seguiría investigando el burdel cuando sus obligaciones se lo permitieran; de nuevo consideraba que el procurar que no hubiera más mujeres muertas en Whitechapel era su principal tarea. Percy se dedicaría a indagar en casa de su padre. Según dijo, ahora Forlornhope parecía un mausoleo. En mi opinión, siempre lo fue. Según el joven lord, la situación había empeorado. Su señor padre era ahora un triste bulto inerte. Había perdido el habla en el ataque sufrido, y solo subsistía por las continuas atenciones de Tomkins y del doctor Greenwood, que sí, había sobrevivido a la batalla de D'hulencourt. En cuanto a De Blaise, también indemne, se había sumido por completo en un delirio de alcohol y drogas. Pensó que tras haber intentado matarlo en aquella isla, seguiría en sus trece y Percy estaba dispuesto a hacerle frente. Nada de eso, apenas salía de sus habitaciones.

Tomkins parecía a su vez un alma en pena. La única persona que mantenía alto el espíritu era el doctor Greenwood, cuya presencia era ahora continua en la casa. Se movía con demasiada autoridad, para gusto de Percy, dando órdenes e instrucciones al servicio inapropiadas para quien no era más que el médico del señor. Era más, como se había visto en la isla. Tendría que ponerle en su sitio en algún momento, entretanto, pensaba registrar todo documento de su padre que encontrara. Conocía muy bien al lord, pese a su desapego eran iguales, facsímiles uno del otro, no le costaría averiguar dónde guardaba papeles de trascendencia.

—Espero que se recupere y pueda aclarar muchas cosas —dijo, y había sinceridad en sus palabras—. Mis aspiraciones no son tan altas como para pensar que llegará a pagar por sus monstruosos pecados, demasiado horribles para encontrar penitencia alguna. Tal vez nosotros podamos enmendarlos en parte.

—Olvídense de todo esto, señores —dijo Abberline, no sin cierta tristeza—. Olvídense de ese monstruo de metal, de este que tienen aquí también, olvídense de todo.

—¿Qué está diciendo?

—Estamos solos. No tenemos posibilidad alguna de descubrir nada si hasta las evidencias palpables, como que un gigante metálico ha combatido contra tres brigadas de la Guardia de Granaderos, van a ser silenciadas. —Aquí es cuando nos contó que todo iba a quedar como un enfrentamiento contra terroristas irlandeses.

—¿Y ya está? Piensa dejarlo todo así...

—Pienso capturar a un asesino y, antes que diga nada, Torres, aun pudiendo estar de acuerdo con usted en cuanto a la relación de ciertos extraordinarios acontecimientos, no tenemos certeza alguna. Me limitaré a proteger a esta ciudad, en lo posible.

Dejará que lo humillen, que lo aparten, que le digan lo que tiene y no...

—Trataré de hacer mi trabajo donde pueda ser útil. Buenas noches, caballeros.

Se marchó, y Percy se fue también segundos más tarde, reiterando su interés en no detenerse hasta escudriñar tras la última piedra de Forlornhope. En cuanto a Torres, ¿qué le quedaba por hacer? Era evidente que sus movimientos no iban a ser tolerados con tanta libertad como hasta ahora. Quería irse a casa, ya. Me miró, y a su ajedrecista, con tanta frustración que casi pude sentirla golpeando contra mis ojos de vidrio. Podía ocuparse de los restos mortales de sus dos amigos, al menos de don Ángel, Ladrón no tenía a nadie que lo reclamara, y seguro que a ese trotamundos le daba igual descansar aquí, en Bagdad o en Murcia. Por la mañana había enviado un telegrama a Gorbeña, para que iniciara gestiones desde Madrid y, a ser posible, tratara con los familiares de Ribadavia, los que hubiera.

—¿Está enfadado conmigo? —pregunté, viéndolo tan taciturno.

—¿Por qué? No, no es responsable de nada, amigo mío.

—Parece que mi... situación le incomoda.

—No es por usted, es por ese sujeto. Es... admiro cualquier intento de aliviar el dolor en los hombres. Esto... esto es otra cosa, es antinatural. No quiero parecerme al señor Hamilton, Dios lo tenga en su gloria, pero hay formas de hacer ciencia que atentan contra todo...

—¿Contra Dios? —No contestó. Se frotó los ojos, cansado.

—El resultado de estas cosas, lo que han traído, en eso tenemos que centrarnos, y en la mucha gente que ha sufrido por esto, mucha, y que no paran de sufrir.

—Yo estoy bien.

—Por ahora, don Raimundo, por ahora.

No sabría decirles si las cosas fueron en efecto a peor. Durante la semana y media siguiente, los últimos días de ese octubre, mi universo se redujo a las cuatro paredes de esa acogedora habitación en casa de la viuda Arias, junto a mi hermano el Ajedrecista, quieto, esperando. Torres pasaba mucho tiempo conmigo, en especial por las mañanas, aquellas que no dedicaba a asuntos burocráticos referentes a los funerales de Ribadavia y otros menesteres. Hablábamos, horas seguidas, contándonos lo sucedido estos dos meses, o mejor aún hablando por hablar de asuntos intrascendentes, él de su España y yo... yo prefería oír, mientras él me examinaba, observaba maravillado mi nuevo cuerpo y realizaba pruebas y ajustes. Durante las primeras sesiones, al abrir mi cabeza y pecho, vi en él una mirada de profunda consternación.

—Dios mío —dijo, incapaz de contener su espanto al ver la ya escasa parte orgánica de mi ser rodeada de tubos, ruedas dentadas y extraños mecanismos—, qué pena.

—Estoy vivo —dije yo, no podría precisar qué sentimientos me provocaban sus reparos.

—Vivo... sí. Don Raimundo, esta tecnología es impresionante, increíble que un hombre haya logrado algo semejante, y seguro que puede traer enormes beneficios al ser humano. Sin embargo... existen aspectos éticos.

—¿Es malo que esté vivo?

—Por supuesto que no. Lo que digo es que no es malo estar muerto.

—Pero... su hijo. —Me arrepentí nada más pronunciadas esas palabras.

—Está donde debe estar... —Inclinó la cabeza antes de continuar—. Espero que Dios pueda perdonarnos a todos, por tanta monstruosidad...

Pese a esos aspectos éticos a que se refería, Torres no era un hombre melindroso, y se dedicó con fervor a estudiarme, a describir mi mecanismo, a hacer planos y compararlos con aquellos que le diera Tomkins semanas atrás, e incluso a explicarme con detenimiento todo, comprobando así que mi cerebro, ahora medio mecánico, era muy capaz de asimilar la matemática más compleja.

Yo empecé a hacer preguntas. Mi interés, rayano con la obsesión, era la posibilidad de perdurar. Era feliz, sí, no sentía dolor; mi vista, mi mente, todo era ágil y perfecto. No tenía que dormir, aunque podía hacerlo si quería, y comer, solo necesitaba ese suero que Torres no tardó en analizar.

—Es una disolución azucarada con algunos otros nutrientes. No soy médico, pero —me mostró parte de los famosos planos, recetas magistrales que ahora parecían cobrar significado— no parece algo complicado de elaborar... albúmina, glucosa, el zumo de un limón... vaya, yo diría que puedes alimentarte con el muy británico ponche de huevo. —Nos reímos, aunque yo ya no sabía hacerlo.

Toda esa locura tenía sentido ahora, en ese claustro de ciencia que habíamos creado Torres y yo y el silencioso Ajedrecista. Tenía sentido y era hermosa. Mi futuro dependía del reemplazo de los órganos que aún conservaba, y esa tarea, una vez descritos con detalle, no parecía complicada en exceso. Hasta la memoria, una vez que perdiera por completo mi cerebro, podría mantenerse, en parte al menos, como han podido comprobar ustedes. Se codifica en esos conos grabados que tiene la amabilidad de colocarme en el pecho cuando los necesito. Coja uno... el de ayer... lo tendrá más a mano... sí, ese.

¿Ve? Surcos en escala logarítmica, acompasados con otros de distintas proporciones.

—Un «husillo sin fin» —me explicaba Torres mientras me mostraba uno de esos artilugios de almacenado, como este mismo, creado por él en este caso para su Ajedrecista—. Permite generar gran cantidad de números y, en teoría, se pueden producir algunos mayores, parece que usted dispone de un sistema mecánico de grabación, en su vientre, como un fonógrafo. —Espere que se lo enseñe. ¿Lo ve? Aquí... sí claro, ya conoce bien mis entresijos. Torres siguió diciendo—: Con el tiempo necesitará un almacén... —Guardó silencio, parecía haber caído en algo—. Se lleva órganos...

—¿Cómo dice?

—¿Eh...? Sí, el asesino, Jack el Destripador, se lleva órganos. —Iba ya para el mes que Jack no aparecía en las calles; porque en la prensa y en las cartas morbosas que llegaban firmadas por el asesino estaba presente a diario—. ¿Y si no pudiera reparar sus... mecanismos? ¿Y si tratara de remplazados por vísceras vivas?

Podría ser. Me sentí feliz al notar cómo las ruedas de mi cabeza seguían a la perfección la línea de pensamiento de Torres, cuando antes siempre resultaba un galimatías. Estaba de acuerdo. El monstruo necesitaba órganos para seguir, o sin necesitarlo los prefería al frío metal, y mandó a Tumblety a extirparlos de forma atroz a aquellas desdichadas. Pero... yo había visto al demonio, y no parecía deseoso de humanidad alguna, todo lo contrario. Torres recapacitó en el mismo sentido, aunque por otros datos.

—Sin embargo, lo que vimos, cuando usted... fue atacado.

—Me gusta pensar que morí.

—Como quiera. Esa criatura, tenía todos aquellos despojos colgando, no parecían funcionales y sin embargo... no creo que averigüemos nunca este enigma, don Raimundo. Además, ahora que recuerdo, extirpaba órganos reproductores femeninos... ¿para qué?

—Tal vez quisiera tener hijos. —Torres me miró con espanto, y luego se persignó con una sonrisa, supongo que imaginando la grotesca estampa de uno de nosotros, un Pinocho mecánico, encinta.

Esas eran las mañanas. Las tardes fueron diferentes, casi más agradables. Como es natural, Torres había dado instrucciones precisas a la viuda Arias de que nadie lo interrumpiera cuando cerraba la puerta de su cuarto, aduciendo que estaba realizando algunos experimentos muy delicados, no peligrosos, no quería atemorizar a la buena mujer. El problema era que esos delicados experimentos podían verse alterados, hasta frustrados, de haber interrupción alguna. Nadie podía entrar cuando él estaba, y cuando no, cerraba la puerta con llave. La viuda debía asear la habitación, en esas circunstancias Torres me cubría a mí y a mi hermano el Ajedrecista con una colcha y rogó a la amable señora que no tocara nada, que se trataba de unos mecanismos muy precisos y sensibles, lo que no era del todo falso. Eso acababa con las visitas permanentes de Juliette, y hubiera supuesto un considerable berrinche para la chiquilla que había encontrado un nuevo compañero de juegos y aventuras, de no ser por que poseía llave de todas las habitaciones, o al menos era capaz de entrar en ellas.

Cuando el inquilino salía de su cuarto, el pequeño duende entraba, a veces cantando, a veces solo me saludaba.

—Hola. —Retiraba la colcha que me cubría—. ¿Crees que hoy me vas a ganar? ¿Y por qué iba a jugar contigo? Eres muy malo —y canturreaba—, muy malo, muy malo. Es muy aburrido jugar contigo...

Jugábamos. A veces al ajedrez, a veces a extraños juegos que ella inventaba y cuyas reglas cambiaban a cada minuto. Yo seguía sus órdenes, fingiéndome más mecánico en mis movimientos de lo que era, más torpe, más marioneta, más divertido. Llegó a enseñarme a bailar, a mí, a Drunkard Ray.

Ese fue mi paraíso. Diez días en el paraíso. Por las mañanas, el mundo de la ciencia brillaba para mí, se mostraba sin el velo oscuro que siempre aparece ante los iletrados. Por las tardes todo era magia, fantasía, alegría. Si se fija, si ha escuchado todos estos días los largos monólogos de este viejo, eso es lo que nunca tuvo Raimundo el Cara Podrida; fui siempre un imbécil, y viví siempre sumergido en la más sucia y prosaica de las realidades. Este fue, sí, el pago por mis buenas acciones, el pago por limpiar al mundo de las monstruosidades de Satán, del propio Satán. Ya no espero nada en lo que...

Sí, lo sé, aún no he acabado con Jack, sea más condescendiente conmigo, se lo ruego. Lamento su estado y el de su compañero y comprendo su impaciencia... de acuerdo.

Creo que le he dicho más de una vez que tal o cual cosa fue la más extraordinaria... etcétera. Les dije que nunca conocí tiempo tan feliz como cuando estaba en los pantanos de Okefenokee, o que no encontré alegría como la que llenó mis retinas en la exhibición de Spring Gardens, y tal sitio, y tal otro... y no mentía ni exageraba. Aquellas fueron las felicidades de mi vida, en nada comparables con lo que experimente al morir.

Si Adán fue expulsado de su jardín, yo no iba a ser menos. Pero en lugar de aparecer Rafael con su espada flamígera... era Rafael, ¿no? ¿O Gabriel? Es lo mismo, un arcángel. No, los que aparecieron no eran criaturas angelicales, no. La mirada de Abbercromby y del propio Torres cuando apartaron mi cobertor era seria, comprometida.

—Don Raimundo, querríamos... vamos a necesitar una vez más su ayuda.

—La verdad —apuntó Percy—, la justicia, la bondad; eso es lo que reclama su ayuda, no nosotros.

—Lo que ustedes digan, señores. —Estaba inquieto, intrigado por su actitud y por los bultos que transportaban en varios sacos, pesados y sonando a metal. Si mi corazón no latiera con la precisión de un cronómetro, se hubiera acelerado.

—Queremos que vaya a Forlornhope —aclaró con una sonrisa Torres, sin despejar ninguna en mis inquietudes.

—¿Y qué debo hacer allí?

—Nada —abrió uno de los sacos, había una enorme escafandra de metal, de aspecto familiar—, dejará que los demás hagan, y ya veremos.

El plan de ambos «paladines de la justicia» era ingenioso, aunque algo aventurero dado las escasas opciones de que disponían, y digo escasas por no decir ninguna. Y digo «ambos» porque ya no eran cuatro los mosqueteros. La suerte de Ribadavia ya es de todos conocida. Además de él, había que añadir la «deserción» de Abberline, entregado por completo a su obsesión, encomiable por otro lado, de evitar que ni una puta más apareciera destripada. En cuanto a los esfuerzos tras Tumblety… parece que el trabajo del inspector Andrews había sido infructuoso.

Volviendo al plan: Percy llevaba días tratando de descifrar algo en su casa. Si todas las viejas casas tienen un regusto a enfermo terminal, Forlornhope ahora era ya un cadáver con demasiada historia. El doctor Greenwood seguía ejerciendo de amo y señor de todo. Eso no era tolerable para el joven lord, y si lo aguantó, seguro que fue aconsejado por el más paciente Torres. Llegó a ver cómo se reunían allí el grupo de amigos de su padre, haciendo De Blaise de anfitrión, ebrio y descortés, cuando el verdadero maestro de ceremonias era el viejo doctor. Su primo... o cuñado, como

quiera, apenas era un fantasma, que pasaba desapercibido en esa casa encantada. No tuvo ningún mal encuentro con él, aunque a decir verdad los buscó, era imposible tenerlos con alguien que apenas se mantenía en pie, sometido a los dictados de sus vicios. Respecto al doctor, al menos en cuanto a sus aptitudes como galeno no había cuita alguna, pues lord Dembow se había repuesto en parte. Recuperó la conciencia, y parte del habla, aunque su estado débil y febril le impedía abandonar sus aposentos. Percy fue a verlo, para recibir un nuevo rechazo.

—Márchate —le dijo en un susurro desde su cama—. No mereces todo el esfuerzo, todo lo que sacrificaste, para convertirte en un Abbercromby. No lo eres. Vete.

Luego llamó a Cynthia, llorando. Había perdido la cabeza por completo. Si el dolor o la rabia que sentía Percy hubieran sido diez veces mayor, tampoco vería ya satisfacción en vengarse de ningún modo en aquel despojo humano.

El éxito en los esfuerzos terapéuticos del doctor Greenwood no iba parejo a sus otras nuevas actividades. Como aparente líder de esa extraña camarilla de ancianos prohombres, no estaba teniendo igual fortuna. Sin poder asegurar nada porque poco se le permitía ver, Percy entendía que el viejo doctor había quedado desamparado. Vio el resultado de una visita de Henry Mathews, el viernes día veintiséis, y las palabras del secretario fueron reveladoras.

—Doctor, discúlpeme ante nuestros amigos. No podemos ofrecerle más apoyo, sería una irresponsabilidad política, tras los incidentes con esos irlandeses...

—Nada se ha perdido. Nos encontramos en la misma posición que hace un mes.

—Salvo porque el caballero ha desaparecido. No insista, doctor, la señora Brown desea distanciarse de todo esto, definitivamente.

—Tendremos éxito, Mathews, y entonces lamentarán habernos dado la espalda.

Era cierto que Satán, no podían referirse a otro, se había esfumado tras la batalla en el río Lee. Según les comentó Abberline el día anterior, los Tigres de Besarabia habían quedado en nada, y lo que era más significativo, los arsenales de armas habían desaparecido de entre las bandas, quedaban máquinas averiadas que ya no recibían repuestos ni reparación.

—Eso, sumado a la inoperancia de Jack el Destripador en todo octubre —explicaba Torres—, y al no encontrarlo en aquel burdel que nos indicó, nos hace pensar que en efecto, ese... esa criatura se ha marchado, o bien fue eliminado realmente y para siempre en la isla, en aquella explosión. Asunto que no es del todo un alivio... entiéndanme, ese sujeto ha creado... —me miró preocupado— hace uso de su ciencia sin ningún freno, y eso ha generado todo este horror, pero era un genio, un genio tal que no creo se repita jamás, y del que solo tenemos noticias un puñado de personas.

—Vayamos al asunto que nos ocupa sin divagar, se lo ruego —se impacientaba

Percy—. Es evidente que ellos siguen esperando encontrar a ese «caballero».

—*Herr* Ewigkeit.

—Exacto. Bien, usted nos lo describió tal y como lo vio en el burdel. El señor Torres afirma que puede darle a usted un aspecto similar. Preséntese allí, en su casa, y finja ser el tal señor Ewigkeit. —No era ningún dislate; recuerden que aquella muchacha en el burdel me confundió.

—Por otro lado —apuntó Torres—, es ya evidente que *herr* Ewigkeit adopta diferentes aspectos, no será necesario ser muy preciso en el disfraz.

—¿Y allí qué debo hacer?

—Dejarles hacer a ellos, ya se lo he dicho. Trate de negociar, y sobre todo permítales hablar, obtendremos así más información que de cualquier otro modo. Siempre que esté de acuerdo usted en arriesgarse.

—Por supuesto. Me gusta sentirme útil.

—Sobre todo, entre del modo más subrepticio posible, y hable con Greenwood, o con De Blaise o incluso con el propio Dembow a solas. Y márchese de igual modo. No tenemos deseo alguno de que sea capturado. Si le animo a ir, es porque sospecho que sus nuevas aptitudes le hacen una presa demasiado difícil para los medios de que dispone ahora esa casa.

Los dos caballeros quedaron en silencio, ante mí, nerviosos, mirándose, como si cierta vergüenza de tratar con una máquina los turbara.

—Bueno —dijo Torres—. Cambiemos un poco su aspecto, manos a la obra...

—No entiendo una cosa —dije yo, y los dos aguardaron pacientes a que mis ruedas ordenaran mis pensamientos—. Si están ambos convencidos de que herr Ewigkeit ha desaparecido, y de que siendo él el asesino, o estando en estrecha relación con él, los crímenes han acabado. ¿Qué es lo que esperan encontrar? ¿Cuál es el fin de todo esto?

Tras un tenso silencio, Abbercromby habló:

—Señor Aguirre, me temo que todo esto, todo este misterio y esta locura, han destruido, corrompido por completo a mi familia desde hace generaciones hasta hacernos cometer los perores pecados. Debo saber más y acabar con todo, aunque los hilos de esta trama me lleven a lo más alto. No me rendiré.

Percy se puso su sombrero y se fue, prometiendo volver al día siguiente para ver qué había averiguado, y estar pendiente esa noche en Forlornhope, para poder socorrerme en cualquier mala situación que mi aventura me llevara. Torres empezó a trabajar sobre mí, a colocarme ese casco sobre mi pequeño cráneo, y dijo:

—Yo solo quiero saber más. Solo eso.

Así que la última noche del mes volví a Forlornhope. Atravesé Londres entre sus sombras hasta la espléndida parcela de lord Dembow, sin que un alma me viera. Allí estaba, igual que siempre y diferente a un tiempo. Parecía una mancha de salvaje

vegetación en medio de la ciudad, oscura, con solo dos o tres lejanas luces provenientes de algunas ventanas dispersas del caserón, invisible en medio de la noche y la espesura. Cualquier paseante casual no notaría nada diferente en el majestuoso edificio, yo no era casual, y mis nuevos ojos veían más allá de las sombras. La diferencia estaba fuera, rodeando la valla. La vigilancia que sobre la casa se ejercía desde el atentado a lord Salisbury, había mermado mucho, si no desaparecido. No podía saber si eso era obra del señor Abbercromby, facilitándome el acceso, o a causa de la pérdida de apoyo de la camarilla de Dembow. En torno a la propiedad, había un par de policías uniformados, pero la multitud de agentes, supuestamente de la sección D, habían desaparecido.

Me quedé allí, mirando atentamente aquella verja cerrada, con dos vigilantes al otro lado, que sin duda habían percibido mi presencia, una sombra envuelta en un gran abrigo paseando arriba y abajo. ¿Qué hacer ahora? Las instrucciones del plan de Torres habían sido escasas, nulas para ser más exacto. Tenía varias opciones, la más atractiva era desvanecerme entre las sombras, saltar la valla, trepar la fachada, entrar como un espectro... ustedes no lo entienden, son hombres, pero dadas mis nuevas facultades, la posibilidad de emplearlas era demasiado atractiva. Claro que se suponía que debía entrar haciéndome pasar por el Demonio y hablar como tal, ¿para qué entonces el sigilo? Torres había insistido en ello; ahora no veía el propósito. Creo que ese sucinto disfraz demoníaco, un casco con dos luces rojas, me confería cierto valor, cierta confianza en mí mismo. El señor del Averno no se anda con tapujos, no los necesita, y menos que él, Raimundo Aguirre.

Mi resolución fue interrumpida por la llegada de un carruaje negro. Se detuvo ante la puerta. Oí al portero decir:

—Nadie puede entrar, señor. Venga mañana.

Un hombre bajó del coche, un militar. Se acercó a la verja y negoció su paso con el guarda en voz muy baja, incluso para mi oído. Lo debió hacer bien, porque la puerta se abrió y él y el coche pasaron. Podía haber entrado con ellos, sí, atendiendo al nuevo visitante el guardés había dejado de vigilarme un minuto, suficiente para colgarme del coche. Yo no necesitaba de tales artimañas. La visita de ese soldado no duró mucho. Cinco minutos después oí acercarse de nuevo el coche sobre el sendero de grava, lo dejaron salir y yo me cansé de esperar.

Tiré mi abrigó al suelo y dejé que mi cuerpo de metal brillara bajo la luna. Caminé decidido hacia la verja, mientras trataba de imitar en mis manos el temblor codicioso del Monstruo. El guardia que permanecía junto a la puerta encendió una luz, su compañero se había ido, él creía que cobijado por la oscuridad, pero mis ojos habían podido ver cómo se alejaba al minuto de verme. El que quedaba, levantó su arma.

—¿Desea algo el señor? —alzó la voz.

—Vengo a ver a lord Dembow.

El individuo me iluminó, y aunque hubo la esperada expresión de sorpresa, no fue demasiada. El hombre no había visto nada como yo, pero sabía que cosas así existían. Me planté junto a la cancela, agarré uno de los barrotes. Ese cierre herrumbroso saltaría ante el menor esfuerzo de mis brazos hidráulicos. El guardés me apuntaba con el arma y la linterna, sin moverse, sin decir nada. Alguien corría a su espalda, Tomkins.

—¿*Herr* Ewigkeit? —preguntó. ¿Lo esperaban? Eso facilitaba mi paso, parecían hasta partícipes del plan de Torres. ¿Ven cuando les digo que Dios allanaba el camino delante de mí hasta llegar a ese objetivo superior que me tenía reservado? Me habían confundido a la primera, como antes lo hiciera esa Mary Kelly. Asentí, alcé la cabeza y mostré mi cráneo de bronce y mis falsos ojos rojos. El fiel Tomkins ni se inmutó, y abrió la puerta. No había venido solo, diez individuos armados lo acompañaban y ninguno dejó de apuntarme mientras recorrimos el camino a la casa.

Forlornhope estaba en sombras. Conté un par de luces, solo eso, dos habitaciones en las partes habitables de la casa, nada más. Poco a poco, a medida que nos acercamos el segundo piso se iluminó como para una fiesta de carnaval; una versión en negativo de mi primer encuentro con la casa, en todos los sentidos, eso era.

Escoltado por esos muy asustados hombres llegamos por fin, entramos, y sin ceremonia alguna Tomkins me condujo al segundo piso. La misma sala de exhibiciones que mostraran ufanos a Torres el día de aquella fiesta, la misma que fuera morada de mis hermanos, de mi familia de autómatas, amplia y columnata, ahora exenta de aquel maravilloso zoológico mágico y mecánico, pero llena de flautistas y pavos reales dorados, todos en funcionamiento, moviéndose, tocando sus melodías, unos bailando, otros fingiendo combates de metal. Recordé mi antigua tarea impuesta por el viejo Potts. Qué fácil sería ocultar entre ellos la memoria perdida del Dragón, y qué trabajo imposible el encontrarla allí. No, era un lugar demasiado evidente. ¿Y aquel fantástico reloj en la biblioteca de abajo?

Una silla de ruedas avanzaba en medio de todos aquellos muñecos parlantes, sin que nadie la empujara. En ella iba Dembow y a su lado caminaba dando tumbos un desmejorado De Blaise.

—Señor... ¿Ewigkeit? ¿Es... es así como le llaman a... ahora? —Me entró la risa, que no pude manifestar: ahora el viejo lord hablaba como yo antes. Se aceraba en su silla, con la cabeza ladeada de forma incómoda, respirando con pesadez—. Herr Ewigkeit, me... alegro de verle desp... después de tanto tiempo. Tiene un aspecto algo distinto. Es homm... hombre dado a cambiar de fisonomía a menudo, ¿me eq... eq... equivoco? —Señaló a los escandalosos autómatas que nos rodeaban. Asentí. El continuó—. Bien, ya... ha terminado el baile. Yo le quité algo que apreciaba, cierto, mea culpa. A cam... bio usted se ha resarcido del modo más cruel, demasiado cruel.

—Señaló a su izquierda. Ahí había una mesita de mármol junto a una de las columnas, sobre la que descansaba una rosa de plata en una bandeja del mismo metal, con una inscripción:

Cynthia Jane De Blaise - William
1854-1888

—Eso es p... para su tumba —dijo el lord, y vi lágrimas en sus ojos—. Cuando podamos hacer un funeral. No es con... conveniente que frente a las autoridades deje claro que no tengo ninguna... no tengo... mi ángel.

—¡Maldito hijo de Satanás! —rugió De Blaise con voz adormilada, y no sabía lo acertado que estaba al darme esa filiación—. Debía matarle...

—¿Por qué... John? El señor Ewigkeit puede hacer una rep... reproducción de nuestra Cynthia, ¿puede? ¿Cuán fiel sería? —Lord Dembow rió como una marioneta rota. Su sobrino lloriqueaba y echaba espuma por la boca. Yo no dije nada, puede que tuviera un cerebro nuevo y ágil, pero no el mundo necesario para seguir esa conversación con fluidez—. T... t... tenemos un acuerdo, ¿no? Se acabaron los p... pleitos.

—Si me da lo mío —improvisé.

—Ya no puede exigirme nada. No. —Su voz se normalizó. Una furia en su mirada, más terrible que el fuego que viera en la de Satanás, iluminó la habitación—. Le derrotaron, sí, todo su poder no es nada si está solo. En cambio, con nosotros, no... no nosotros; conmigo. Usted y yo, señor, es lo que nunca entendió. Usted y yo debemos estar juntos. Ahora. Juntos.

—Si me da lo mío.

—¡No! —La agitación de su pecho me pareció preocupante, y no solo a mí.

—Señor —intervino Tomkins muy apurado—. Iré por el doctor Greenwood.

—No.

—Sí, señor —dijo De Blaise, que parecía haberse serenado—. El doctor debería estar aquí...

—¡He dicho que no! Esta casa aún sigue siendo mía, aún debe... debe oírse mi voz. ¡Todo esto, todo este sueño es mío! Ni el doctor, ni el p... primer ministro, ni Su Majestad, ni Dios Todopoderoso van a decirme qué hacer, no... no a un Abbercromby y no en Forlornhope, y desde luego, no tú, John. —Poco a poco, en medio del silencio que su autoridad había generado, fue sosegando su respiración, acompasándola a los traqueteos de las máquinas que nos rodeaban— . Discúlpeme, señor Ewigkeit, lam... lamento tener que resolver problemas domésticos delante de usted, mi situación no es... Esto me vale para mostrarle lo decidido que estoy 1... lo...

Estamos usted y yo. Solos. Nos han abandonado... No. No le daré lo que quiere. Sé que ahora mismo p... podría matarnos a todos, si no lo hace es por lo que tengo. ¿Me eq... equivoco? Por supuesto que yo seré el primero. No sabe ya el dolor que soporto, no... no me queda mucho tiempo. Luego atenderemos a cuestiones de estado, nos aseguraremos que determinadas personas vivan por encima de su edad, ¿no es maravilloso? Su ciencia mantendrá el Imperio por toda la eternidad. Y tendrá a su...

—Y al señor Torres. Le dejará en paz.

Calló. Miró a su sobrino político, que poco podía ayudarle en su estado. Me había excedido, lo sé, los nervios me superaron. La maldita parte orgánica de mi ser no funcionaba con la precisión del resto.

—¿Y qué le puede interesar a usted ese caballero? —No dije nada, no sabía reaccionar—. Aunque mis intenciones son... f... filantrópicas, aunque solo queremos mejorar este mundo gracias a su ciencia, usted... no ha parecido nunca preocupado por nada, por nadie. Es un egoísta, mi querido *herr* E... Ewigkeit, y no puedo fiarme de usted como lo hacía antes. —Señaló a su izquierda esta vez. Había otro autómata, este quieto, sin funcionar, con el aspecto de un oriental lujosamente vestido, de una increíble verosimilitud—, ¿Se acuerda? —No dije nada—. ¿Qué le parece?

—Bonito. Un chino. —Estúpido, imbécil, mil veces estúpido. ¿Por qué abrí la boca? La silla de Dembow empezó a hacer ruidos, a resoplar como un caballo, y a moverse hacia atrás.

—¿Quién es usted? —Se acabó mi disfraz. De Blaise nos miraba a mí y a su tío de hito en hito, con gesto abúlico. Tomkins, por el contrario, sacó un arma. Agarré con fuerza mi llave y la giré ciento ochenta grados a la derecha.

—No se mueva. —Tomkins a mi espalda, con su arma directa en mi cabeza. Otro giro; sentí mi cuerpo agitarse.

—¡Dispare, Tomkins! —Si lo hubiera hecho antes, podría haber tenido posibilidades, ahora era demasiado rápido para él. Solté el brazo y mis dedos cortaron el cuello del mayordomo. Con mi enemigo en el suelo, avancé rápido hacia el lord—. John! — No importaba lo que hiciera De Blaise, yo era rápido como los rayos de la cólera de Dios nuestro Señor. Me abalancé sobre Dembow.

Volqué la silla de ruedas mecánicas. Dembow cayó rodando, y la silla quedó destrozada bajo mis pies mientras me cernía sobre el noble. De Blaise no fue hacia mí, y yo lo tomé por cobardía. Quedé por un momento helado ante la mirada del lord, no había miedo en ella, no miedo por mí al menos, miraba a su silla de ruedas. Allí, entre sus trozos del mecanismo de autopropulsión vi un conjunto de conos y husos metálicos ligados entre ellos.

—¡No! ¡Mío! —gimió como un niño al que se le arrebata su pelota, mientras trataba de alcanzar aquello. Ahí estaba, el objeto de todo este dolor y esta guerra. Nadie los hubiera reconocido, nadie que no fuera yo. Me acordé del viejo Drummon.

No hubo tiempo para la sorpresa. Sonó un disparo, y una bala rozó mi hombro dejando una fea raya en su superficie de bronce. Me arranqué el falso cráneo, miré y vi un perro de metal que con torpeza se abalanzaba hacia mí, seguido de un agresivo pavo real. La bala había venido de un flautista, que parecía seguir apuntándome. El perro cerraba sus mandíbulas metálicas sobre mi pierna, y perdió la cabeza, al igual que su volátil amigo; atacaban con voracidad, pero carecían de coordinación para ser enemigos a considerar. No así de puntería, que el flautista volvió a usar su instrumento de cerbatana y me dio en el pecho, sin lesionarme. Fui a por él, cuando se me echó encima un soldadito de plomo de tamaño natural... ¿Qué era toda esta batalla de teatro de títeres?

La respuesta la tenía John De Blaise. El mayor corría por todo el salón, de autómata en autómata, manipulando algo en cada una de las máquinas, algo que las hacía atacarme con desmedido frenesí, una horda asesina de metal, un pelotón de linchadores de relojería. Los que bailaban, los que tocaban instrumentos o hacían cabriolas, todos transformados en torpes verdugos. Era un combate equilibrado en cierto modo. Ambos bandos pertenecíamos a la misma especie, la mecánica. Ellos eran más, muchos más, pero eran obras de lord Dembow, y yo era el hijo del Demonio. Esquivé la bayoneta del soldado, le arrebaté el rifle haciendo rotar mi torso sobre mis piernas, y lo derribé arrancándole las suyas. Luego, una vuelta más a mi corazón, y no pudieron verme.

Corrí por el salón, esparciendo ruedas dentadas y volantes de todo muñeco que me encontraba, los activados por De Blaise como los que no. Era una carrera y yo era mucho más rápido que el inglés. Aniquilé sin piedad a muñecas pianistas convertidas en arpías, polichinelas asesinos y bailarines desbocados. Una danzarina exótica, aprovechando mi exceso de confianza y mi embeleso por su belleza, casi acaba conmigo. Mientras la mataba, quedé de nuevo preso de la delicada figura en tutu que trataba de arrancarme la cabeza, no había un deseo sexual, ya no, sino la autentica y mecánica admiración por la belleza. La rompí, claro, pero me distrajo lo suficiente para que no viera el mayor enemigo entre la tropa automática; un enorme tigre de dientes afilados. Al morderme la pierna oí un desagradable ruido, y vi cómo dos cables saltaban de ella. Es extraño no sentir dolor.

Era más rápido que el tigre, mucho más. Metí mi mano tras el cuello y arranqué un centenar de piezas. El animal se convirtió en un peso muerto, tras una convulsión que me dejó de rodillas e inmóvil.

—¡Monstruo! —De Blaise había cogido el sable que pendía del cinto del chino mecánico, y cargaba contra mí—. ¡Tú mataste a Cynthia, monstruo! ¡Debí dejarte allí, bajo el elefante!

Aparté la estocada con mi brazo, esperando que el empuje desesperado de su ataque obrara en su contra. Mala idea; bebido como estaba parecía conservar reflejos

suficientes como para saltar al tigre inerte y no caer. Dio media vuelta mientras yo me esforzaba por soltar lastre.

—Llevas demasiado tiempo vivo. Es hora...

—¡De Blaise! —Era Percy, en pie, entre exhibiciones mecánicas alocadas, que se movían sin ton ni son, con miembros cercenados, ciegos, sin cabeza; una carnicería, eso había creado, aunque tal término no sea apropiado para los míos—. Ya basta. ¿Está bien, señor? —Atendía a su padre, sentándolo en los restos de su silla, arrastrándose hacia una pieza entre todas.

—¡Hijo! ¡Detenlo! —Se echó a toser, escupiendo sangre de sus pulmones dañados.

—Señor... Aguirre —dijo Abbercromby sin inmutarse por el malestar de su padre, ni por la sorpresa que desorbitaba sus ojos—. Espere abajo. Tomkins... —El mayordomo perdía mucha sangre, no creí que pudiera sobrevivir. El joven lord llamó al resto del servicio y pronto corrieron a atender a los heridos. Llegaron hombres armados que acataron las órdenes del joven lord sin hacer muchas más preguntas.

—¿Aguirre...? —preguntaba Dembow mientras era conducido con mimo por varios hombres.

—Descanse, señor —continuaba Percy.

—No... tengo que recuperar... Tomkins... recoja mi silla... ¡Tomkins...!

—Luego iré a verle. Tengo algo para usted. —Agitó un sobre en su mano—. Hoy me ha llegado una carta de Cynthia, qué sorpresa. —La miró ensoñador—. Te la leeré. Muy despacio.

Yo obedecí. Me zafé del felino inmóvil y bajé, cojeando con un andar estúpido, mi pierna estaba seriamente dañada. Quedé en la biblioteca, la vieja biblioteca, con la sensación de que todo estaba cambiando en esa casa, de modo radical. Miré el escudo, y esa frase bajo la Muerte: *Mortem deletricem laete vincebo in immota ira iustorum*. Yo la había vencido, yo, no Dembow, ¿por qué no encontraba satisfacción alguna en ello?

Perceval Abbercromby llegó veinte minutos más tarde. Yo había frenado mi maquinaria y cubierto mi metálica persona, y me apoyaba en el viejo sillón del lord, que ya nunca usaba, para compensar mis tambaleos.

—Aguirre, imagino que no ha conseguido... —No esperó a que le respondiera—. Mi padre se muere, presa de un delirio enloquecido. Habla del Dragón, como usted nos contó, dice que va a venir por él. Pregunta por su hija... su hija.

—Su padre me tomó por el Dragón sin esfuerzo, como ustedes dijeron.

—¿Quiere un oporto...? Disculpe. He llamado a los señores Fulbright y Barnabi. Creo que mi padre no está ya en situación de disponer nada, afortunadamente. Mientras tuvo capacidades de decisión... ha arruinado a esta familia. Su nombre se ha visto mezclado en esta monstruosidad. —Me daba ahora la espalda, mirando a los

ojos de la calavera del blasón familiar—. Ciertos caballeros importantes ya no nos honran con su amistad me temo, resultamos peligrosos. Ya no comparten los objetivos de mi familia. Propósitos que han traído la desgracia a esta casa. —Se sirvió una copa y la tomó de un trago—. Cynthia... ¿Por qué?

Por vivir. Eso es todo. Yo, ustedes, todos queremos vivir, por siempre. La cruel muerte acaba con ilusiones, esperanzas, alegrías y hasta la memoria de uno mismo. Todo. Por eso la perspectiva de prolongar la vida es de un atractivo insoportable. No dije nada de esto, claro está, me limité a contemplar el duelo del señor Abbercromby. Entró De Blaise demudado, aún con la espada en la mano y con más alcohol, o lo que fuera, en la mirada, acompañado con un muy alterado doctor Greenwood, maletín en mano, que acababa de llegar casi en ropa de cama.

—¿Vas a dejar vivir a ese monstruo?

—John —dijo Percy con desconcertante serenidad—. Ya basta.

—Señor Abbercromby —Greenwood se mostraba muy serio—, parece que lord Dembow se encuentra muy alterado, es preciso...

—Vaya a atenderle, doctor.

—Escúcheme. No sé qué ha provocado esta crisis a su padre, pero usted no puede ignorar...

—Doctor. Salga de aquí de inmediato. —No alzaba la voz, era su mirada la que hizo callar a todos—. Suba a las habitaciones de mi padre y ocúpese de él. Ahora mismo. Es usted responsable de su salud, y solo de su salud.

El médico, enrojecido de furia, inclinó la cabeza y salió del cuarto. De Blaise parecía incapaz de cerrar su boca pasmada.

—¿Y esta cosa? Tu padre... puede que hoy mismo... y tú dejas a este asesino aquí...

John. Se acabó.

—¿Se acabó? El pequeño lord se siente ahora importante. No eres nada, Percy, nada aquí, nunca lo has sido.

—Soy lord Dembow, el décimo primer lord Dembow.

—Tu padre, que te aborrece, es...

—Mi padre morirá esta noche —la serenidad de sus palabras, la frialdad de su mirada, mayor que la del mismo herr Ewigkeit, enfrió la temperatura de la biblioteca —, y tú te irás. —De Blaise dio un paso adelante, Percy ni se inmutó—. ¿Vas a pelear, ahora, conmigo? —De Blaise nos miró a los dos, respiró hondo y bajó el arma —. Te vas esta misma noche de aquí.

—No... maldito envidioso. Solo sientes que tu prima fuera mía, y no tuya...

—Te equivocas. Siento que mi prima fuera tuya, y no de Hamilton-Smythe. Te vas. Hoy mismo, no quiero verte.

—Hablaré con tu padre...

—No puedes, está muy enfermo. Cuando muera, no te quedará nada, amigo mío. No tiembles por tu futuro, te tengo menos rencor del que crees. Volverás a la milicia, recuperarás tu rango. No quiero más vergüenzas para esta casa. La semana que viene te unirás al regimiento y partirás para ultramar. De momento... ¡Tomkins! —Entró un criado apurado, que se apuró aún más al verme.

—Señor... el señor Tomkins está...

—Tiene razón, perdone. Bien, encárguese usted mismo de preparar el coche para señor De Blaise. —Entonces, muy despacio, Perceval Abbercromby giró la cabeza hacia mí, me miró y dijo—: Dígale a Albert que le lleve al veintiocho de St. John's Wood. —Luego volvió la vista hacia su primo—. Allí podrás permanecer hasta que reingreses a tu regimiento. Fuera.

El rostro de De Blaise se congestionó, buscó palabras, y no pudo encontrarlas. Dio media vuelta y salió, para siempre.

Abbercromby se sirvió un trago más, en silencio.

—Aguirre. Puede quedarse aquí si lo desea...

—No. Prefiero volver. El señor Torres estará preguntándose...

—Esta averi... herido, ¿puede caminar?

—Creo que sí.

—Como guste. Dígale que ya todo está bien, que vuelva a casa. Lo demás no importa. —Se sirvió un trago más—. Afortunado el que tiene casa donde volver.

Me fui. Mi pierna desjarretada respondía con pereza a mis órdenes, por lo que atravesar la fresca mañana sobre los tejados de Londres no pareció una medida oportuna. Me refugié en mi abrigo y mi sombrero amplio, tanto de la suave llovizna que caía como de la mirada de curiosos. Cojeaba por esas calles, como cuando estaba vivo, y eso me gustaba, me devolvía al pasado, que no añoraba más de lo que se añora a una vieja herida cuando se observa su cicatriz. Era que de pronto me sentí más humano y mortal; no todo se había perdido.

Ah... por supuesto que llevaba la memoria robada entre mis tripas de metal, en el amplio hueco vacío de mi tórax, destinado a ir almacenando mis propias memorias según las iba labrando. No me costó tomar aquel codiciado tesoro mientras unos y otros se ocupaban de restablecer el orden, ante la mirada aterrada de Dembow, arrastrado por sus criados a su último reposo, me llevé su as en la manga. Bien pudiera ser que yo hubiera sido causa de su final, no es algo de lo que me arrepienta. Ese conjunto de piezas inertes habían traído tanto dolor... no sabía ahora qué debía hacer con él, a quién pertenecía y si su relevancia era alguna. Ya no era nada, un trozo de la vida de alguien que había desaparecido, tal vez muerto en las riberas del río Lee. En eso quedaba la memoria, la vida del hombre, fragmentos que nadie echa de menos.

Llegué a la pensión Arias. Tendría que pedir un esfuerzo a mi pierna, porque

estaba fuera de consideración alguna el llamar a la puerta y perturbar en nada más la vida de la viuda y su familia. Tenía instrucciones de buscar al señor Martínez, fiel portero de esa finca desde el fallecimiento de su compadre, que se ocuparía de mi llegada. Así hice, el murciano dio dos silbidos acordados y la ventana de Torres se iluminó. Asegurando que la calle anduviera desierta, subí, ayudado por mis dos amigos.

Mientras restañaba los cables rotos de mi pierna, Torres atendió a todo lo que conté, que fue exactamente lo que le he contado a usted, menos el asunto de la memoria robada, del que no dije nada... no sé, no puedo decir el porqué de mi mutismo al respecto. Mi propia memoria se ha borrado en muchos lugares, o extraviado. Quiero creer ahora que, sintiéndome más cerca de Satán en mi estado inmortal, que Dios me perdone, pensé que no teníamos, que nadie tenía derecho a traficar con esos recuerdos, que lo pasado y perdido ha de descansar, por siempre. También es posible que al mencionar la situación en Forlornhope y la de sus habitantes, más real que trozos de recuerdos grabados sobre metal, olvidáramos todo el resto.

—¿Dijo que su padre iba a morir esta misma noche...? —llegados a este punto, Torres dejó a un lado las herramientas con las que atendía mi pierna herida, para mirarme directo a los ojos—. ¿Qué locura piensa...? Y ha mandado a John De Blaise a...

—¿Qué le preocupa?

—Lo que siempre me ha preocupado, don Raimundo. Me temo que lo descubierto por Perceval Abbercromby ha superado su resistencia, y no le censuro, no es para menos. El problema es que le creo capaz de cometer una atrocidad. Debo verle de inmediato, antes que...

Marchó con más urgencia de la que yo entendí. Le pedí que por precaución se llevara al señor Juan Martínez, y se negó; debía estar vigilando nuestras ventanas día y noche, a ser posible.

A la mañana siguiente, noviembre ya, seguía solo. Torres no apareció. Yo no había dormido, mis ruedas traqueteaban incesantes en mi cabeza, y no quería pararlas. Había frenado el corazón al mínimo, por si aparecía alguien. Lo aceleré y eché mano de la memoria del Demonio. Sí, sé que usted y cualquiera en mi caso habría hecho igual, la tentación era muy fuerte. Me abrí el pecho. Primero debía instalar mis recuerdos de todo lo aprendido con Torres durante esa semana pasada, que fue mucho. Con toda la información traqueteando dentro de mí, me dediqué a la memoria perdida. La disposición del mecanismo en mí fue algo trabajosa, no difícil; al fin y al cabo todas las piezas, las mías y las ajenas, eran obras de la misma diabólica mano.

Y ahora quiere saber qué recuerda un monstruo, Satán, aquello que trajo el horror

sobre Londres y casi sobre todo el mundo. Me temo que no es algo tan dramático como le gustaría. Había una mujer, agradable, no sé si hermosa pero sí cálida. Nuestros recuerdos, los de los muertos, son más precisos que los suyos, el metal no se trasforma y se retuerce con el paso del tiempo, como hace su memoria. Así que lo que recordé lo hice tan vivido como si fueran imágenes propias. Recuerdo el frío, boscosos picos rodeándonos y un hermoso salón que daba a un acantilado. La bella mujer, mi esposa, jugaba al ajedrez conmigo. Una consumada jugadora, y yo disfrutaba orgulloso de su talento. Era extraordinaria, mucho más inteligente que yo, seguro, su condición de mujer la relegaba a demostrar su ingenio en esas partidas, no como yo.

Recordé su piel, su aliento, su juventud casi ofensiva. Recordé el dolor de su muerte, la ira y la impotencia. Vi más ira, vi hombres gritando, llamándome monstruo, alejarse de mi castillo, atemorizados mientras yo buscaba formas de recuperar su voz. Sentí fluidos húmedos mezclarse con el metal y la madera, y creí que ese era el camino. Vi al Ajedrecista, triunfando, vitoreado en teatros y salones de toda Europa y América. Oí cómo el mundo se maravillaba de mi amor, si la conocieran... si supieran lo que era, lo que fue... Lloré cuando sus partes iban muriendo, cuando eran sustituidas por burdas copias de relojería. Pedí más tiempo, mucho más tiempo, y lo conseguí; no para ella, nunca para ella.

Por la tarde llegó Juliette, a jugar con su nuevo amigo. Su nuevo amigo había cambiado. Lo noté nada más verla. Empezó a jugar conmigo, y yo actué como de costumbre, pero al mirarla ya no nacía en mí esa extraña sensación de comunión mágica, como si la niña y yo fuéramos parte de un mundo fantástico, más real que la sólida verdad de que yo estoy muerto y ella no. De pronto era para mí alguien diferente, y hasta cierto sentido peligroso. ¿Por qué? ¿Acaso el haber llevado... el llevar todavía las memorias del maldito me habían afectado? Sin duda. Nosotros modificamos y creamos casi de continuo recuerdos nuevos, como ustedes, sin embargo, hasta entonces había creído que roturábamos sobre los conos de metal lo que veíamos u oíamos, lo que ocurría, como vicarios veraces e inequívocos. ¿Pero qué graban esas agujas de acero en realidad? ¿Acaso en esos puntos queda cifrada el alma, y por tanto ahora la mía había añadido a mis faltas los más terribles pensamientos, propios de Satán?

Me maldije, y a él, pues me había quitado mi recién encontrado paraíso. Ese ha sido el precio por la eternidad, me temo.

El siguiente sábado, tres de noviembre, hacía ya más de un mes del último ataque del Destripador. Torres sacó billetes para el martes próximo.

Oí desde mi enclaustramiento, la triste y cordial despedida de la viuda Arias:

—Lamento las muchas molestias que he traído...

—Amistad, Leonardo, eso es lo que ha traído a esta casa. Espero volver a verle.

—Téngalo por seguro.

—Y venga con su familia.

Sazonada con el berrinche de Juliette:

—No se vaya.

—Juliette, no seas cargante. El señor Torres tiene familia, un hijo, no puede quedarse...

—¿Por qué?

—Te prometo que volveré, Julieta —oí decir a Torres—. Somos compañeros de aventuras.

—Sí... yo puedo seguir ayudando... yo sé...

—Juliette, ya basta.

—... conozco esas calles... —sorbía desconsolada—. Tengo amigas... sé quién es Ma...

—Escucha, Julieta. —Oí cómo el español cargaba a la niña en brazos—. Te escribiré nada más llegar a España. Y todos los meses recibirás carta mía. Y el otoño que viene... quién sabe. A lo mejor consigo que tú y tu madre os vengáis para mi pueblo... es precioso. ¿Qué te parece?

Juliette reía.

Luego vino a comunicarme su decisión de marchar ya, y habló conmigo de mi futuro.

—Don Raimundo. Debo volver a mi casa, mi mujer, los míos me añoran y yo a ellos. Parece que el asesino... ha desaparecido, tal vez haya muerto o... no lo sé. Ya poco puedo hacer aquí. No voy a dejarle abandonado. Hacía dos meses que Torres estaba en Londres, y parecía una vida, en mi caso una vida y una muerte. En todo ese tiempo no estuvimos juntos más de diez o doce días, y vi en sus ojos la pena de abandonar un amigo del alma, y con esa pena, la firme decisión de no hacerlo—. ¿Tiene usted algún... proyecto o... alguna idea de lo que piensa hacer? —Mientras hablaba, percibía él mismo lo absurdo de sus palabras, y fue callando—. He comprobado que puede parar sus funciones... casi completamente. Si lo hace... he encargado un baúl muy grande, podría facturarle para mi casa, y allí...

—Ahora sí soy un monstruo, ¿verdad Torres? —Mi amigo suspiró.

—Monstruo era lord Dembow, usted es una víctima. Su forma de prolongar la vida... no sé hasta qué punto entra dentro de ninguna moral. Sí, he dicho era. Falleció el jueves.

—¿Cree que el señor Abbercromby puede...?

—No sé decirle, don Raimundo, no sé... Esta tarde es el sepelio. Parece ser que tras el miércoles, tras su visita, sufrió otro colapso.

—Que mi presencia desencadenó.

—No se culpe —una muerte más no iba a pesarme mucho, y nada la de Dembow

—, sus faltas deben haberse cebado en su débil organismo.

—A menos que el señor Abbercromby hiciera algo.

—Me dijo que esa noche se limitó a subir, a leerle algo y procurar que el doctor Greenwood lo atendiera. El médico dijo que había sido demasiada tensión para su corazón enfermo.

—Lo he matado.

—No... Por si fuera poco, nadie tiene noticia del paradero del señor De Blaise desde el miércoles noche. Quien siembra vientos... Hay quienes criticaban a pobres desgraciados de inclinaciones desviadas, personas que luchaban contra sus pecados, y mientras censuraban el comportamiento ajeno, ellos troceaban a hombres sin su consentimiento, sin rastro de compasión... dejémoslo. ¿Querrá venir conmigo?

—Claro. —¿A dónde iba a ir?

Torres marchó al entierro. Horas después, volvió junto al inspector Abberline, y con malas noticias. Traían tal aspecto que la señora Arias insistió en pedir ayuda, en llamar a un médico, en ofrecerse a lo que fuera. Tuvieron que insistir con vehemencia para que no entrara tras ellos en la habitación donde yo descansaba.

Durante el día anterior se había establecido el velatorio en una capilla ardiente improvisada en el amplio segundo piso de Forlornhope a petición de su hijo, rodeado de todos aquellos artefactos que tanto amó en vida. Por supuesto, el enterramiento de alguien como Dembow, patriarca de familia tan antigua y respetada, o temida, atrajo a un sinfín de personalidades, cuyo lamento se dejó ver en la ya muy sombría casa. A la salida del cortejo se había producido un tremendo incendio.

—¿El Dragón? —pregunté.

—Yo diría que no pudo ser otra cosa —fue el inspector quien me respondió, sin fijar su mirada en mí—, si se refiere a aquello contra lo que el ejército abrió fuego hace dos semanas, o lo que a él hizo... A menos que... usted haya abandonado estas habitaciones.

—Por favor, inspector —intervino Torres, mientras se sacudía hollín de la ropa y ofrecía un cepillo al policía.

—A eso he venido y no a otra cosa. No se altere, sea como fuere, no podría ni creo que desee demostrar nada. —Tomó el cepillo—. Bien, usted estaba allí, ¿vio algo?

—Lo que todos los asistentes; fuego cayendo del cielo. En un minuto prendió en la casa, y en el jardín, fue espantoso.

—Por suerte no ha habido heridos de consideración. Había mucha vigilancia, tropas desplegadas, dada la importancia de los asistentes, e incluso me temo que el señor Abbercromby había preparado guardias, y trató de cazar al agresor. No sabemos si lo consiguió, no he visto restos de nada, pero claro, de haberlos, habrían desaparecido para cuando yo llegué. Ha sido otro ataque fenian, sin duda. —Sonrió

con sorna.

—¿La casa ha quedado dañada? —pregunté.

—Mucho, inservible. Cuando llegaron los bomberos ya era tarde.

—¿Y el señor A... lord Dembow?

Esta vez fue Torres quien respondió:

—No pude verle en el jaleo...

—Sí, está con vida —afirmó Abberline—, aunque bastante herido. Dijo haber atacado en persona a ese Dragón. Cargó con sus hombres... en fin, nadie vio nada. Ha perdido el movimiento de un brazo, y tiene tantas cicatrices como su antiguo mayordomo. —Por cierto, no lo he comentado, pero deben suponer ya que Tomkins murió por mi zarpazo, otra muerte a mis espaldas.

—Me alegro. Me alegro de que esté vivo. Entonces, ¿todo ha acabado? Todo con respecto a...

—Roguemos a Dios que así sea.

Los ruegos no fueron oídos. El domingo cuatro nos despertaron los llantos de la señora Arias.

Juliette había sido degollada... degollada... degollada... dego...

____ 57 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

Viernes

—Esa cría muerta... vaya, qué triste...

—Sí.

Suena una gotera, agua cayendo muy lejos, cadenciosa. No hay otro sonido. Está atardeciendo, o es un día muy nublado.

—¿Hubo niñas entre las víctimas de Jack el Destripador?

—No... no se conoce... — Lento se ríe sin fuerzas, mientras echa mano de los teléfonos móviles desperdigados sobre el sofá—. No todos los muertos fueron por su causa.

—Claro.

Lento prueba otra decena de baterías de teléfonos móviles, todas descargadas.

—Es el mismo... —dice—. No habría cobertura... —Tira las baterías, sin mucho brío, y alza la vista hacia el techo—. ¿Cómo se siente?

—Bien... cansado. Ya no tengo frío, con la manta que me subió. Y la compañía de mi amigo... es un poco silencioso.

—Si quiere toco concertina...

—No, deje, deje... no tengo intención de jugar acostado con un oso. —Ríen los dos. Luego callan. El agua sigue sonando, como un reloj, o como el mecanismo de un viejo autómata.

—¿Tiene agua?

—Sí... y galletas. No tengo hambre. ¿Usted...?

—Tienen que venir ya...

—No van a venir... ¿está casado?

—No.

—Yo tampoco... ni tengo novia, y apenas familia... creo que nos eligió por eso. Qué extraño... nunca hablamos de nuestra vida fuera de aquí.

—Sí... pienso que no hay, solo esa historia...

—Y si esperamos un poco no llegaremos a... ¿por qué no vuelve con Aguirre?

—No está bien. Ayer repetía lo mismo todo el tiempo.

—Se atrancó.

—Sí, al final de la sesión.

—Supongo que no sabemos mantenerlo.

—El otro está peor...

—Por muy eternos que sean, deben requerir cuidados. En fin. —Deja colgando un

brazo por la apertura, coincidiendo justo con la pintura del brazo de un ángel o un santo, interrumpido por el agujero abierto. El viejo fresco parece ahora vivo—. ¿De qué se ríe?

—Nada... me duele el cuello de mirar arriba.

—Yo no puedo hacer otra cosa... claro, que no veo nada. ¿Ha visitado a Jack... Eleanor?

—No. Cuesta mucho bajar escaleras hasta allí. Cuando acabo con Aguirre estoy muy cansado.

—No lo había pensado, ¿cómo...?

—Con mucho cuidado. Por el suelo.

—¿A rastras?

—Ajá... por eso tampoco voy al piso de arriba. Mejor. Creo que el hombre empieza a oler.

—Supongo que todo aquí tiene que oler. Es una pena, porque desde arriba vi a unos niños, ¿se lo dije?

Tengo que ir abajo. No podemos permitir que mueran, o lo que pasa a las máquinas parlantes cuando dejan de funcionar. Necesitamos saber...

—¿El qué? ¿La nota? —Ato busca en su bolsillo aquel papel arrugado—. ¿Esa «vida» que le quitaron? A quien sea...

—Creo que sé lo que es.

—Vaya... Y además sabe quién es Jack el Destripador... todo un éxito.

—Mi libro ya está hecho. —Aplaude como un niño, un niño cansado—. He descubierto quién era Jack... tras tantas mentiras y teorías...

—¿Cree que alguien se tomará eso en serio? No espere publicar nada parecido.

—No creo que tenga oportunidad... y apenas creo yo eso que digo.

El silencio es una pregunta clara, que Lento no parece capaz de identificar.

—Bueno, ¿me lo va a decir?

—¿Eh...?

—Sabe el significado de la nota...

—Es... evidente. Y sé quién la escribe, quién busca... Usted también lo sabe, aunque es escéptico y no lo reconoce.

—Le aseguro...

—¿No cree que lo que buscan es... la memoria perdida de ese Diablo?

—No es que lo crea, es así como nos lo han contado.

—Toda esta historia es la búsqueda larga de esa memoria, la de von Kempelen, ¿cierto?

—Claro...

—Imagine que esa... búsqueda, esa pugna no ha llegado a fin. Kempelen sigue vivo...

—¿Vivo? ¿Después de cinco o seis siglos de...?

—Como quiera, no Kempelen, quién sea Dragón. Ahí abajo tenemos a Aguirre, y a Eleanor. Herr Ewigkeit sigue vivo y enamorado, enamorado de un fantasma que apenas recuerda, y anda buscando ese recuerdo de su pasión tantos años perdido. Qué mejor que coger a dos escritores, uno experto en el caso de Jack el Destripador, y otro, usted, un erudito en la historia de automática e informática y proporciona a ellos la información que dispone, de primera mano, son testigos, vivían en... en ese año, con memorias mecánicas que no se borran...

—Hay un... en fin, hemos asumido que todo es verdad. ¿Cómo ha podido conservar a estos dos?

—No sé. Habrá reunido pieza a pieza durante ciento veinte años de algún modo.

—¿Y por qué nos necesita? Alguien capaz de hacer estos prodigios, bien puede deducir por sí mismo lo que sea.

—Tras años de sustituir piezas en cerebro sus... pensamientos, capacidades se han deteriorado algo. Ha perdido memoria, puede que un cerebro de reloj no sea tan intuitivo como uno orgánico... elija. Por ejemplo: usted y yo podemos deduciar...

—Deducir.

—Algo sobre las dos historias de *fort Kamayut*. Entendemos que allí nació Jack, *in some way...* pero él tiene los fríos datos en el cerebro de metal de Aguirre, y no es capaz de...

—Creo que le entiendo: piensa que carece de la «chispa del ingenio del hombre», por así decirlo, y la busca en un par de peritos en el tema para... le entiendo. Sin embargo, si se trata de Kempelen, ingenio no le faltaba, se lo aseguro.

—Quiero decir...

—Deje, deje; si le entiendo.

—Entonces. ¿No cree que mi... hipótesis encaja con lo que hemos oído con misma precisión de esos autómatas?

Alto sonríe y palmea a su inerte compañero mecánico.

—Tanto como con precisión...

—Sea sincero, no dirá que no piensa algo similar.

—Sin duda, aunque no tengo su valor para expresarlo en alto. Y bien, ¿Y ahora qué? Quiero hacer algo antes de morir aquí solo.

—No hay más comida, y nuestras fuentes de información empiezan a deteriorarse. Yo no soy bien, ni usted... Bajaré y les daré cuerda hasta que revienten... intentaré averiguar dónde es...

—Sí.

—Voy. Ya es el final.

____ 58 ____

La idea que Jack tiene de diversión

Viernes

Abrí los ojos. Frente a mí estaba Tumblety, siempre él. Siempre.

—Mi querida señorita, ¿se encuentra bien? Animo, necesito que esté despierta. —Me levanté. Me sentí diferente, algo... ¿Ya? Por fin era... Estaba en un sótano o similar.

—La he echado de menos, a usted y a nuestros jueguecitos. El clima general es ahora hostil, la policía está encima, mejor era permanecer en la sombra, descansando como usted, mi buena amiga. Ya no podemos esperar más.

Caminamos. Subimos. Me encontraba extraña, torpe, ¿cuánto tiempo había dormido? Y al tiempo excitada, muy excitada... tenía que verme, que... entonces miré mis manos. Las mismas manos de asesino. Tal vez el resto... yo lo sentía, algo zumbaba en mi interior, algo vivo.

Tumblety no paraba de hablar, de explicarme lo difícil que era su situación, acosado por Scotland Yard, por el Demonio. Iba mal vestido, sucio y desaliñado, como quién lleva días en fuga, nada de su fatua imagen quedaba ya, ahora a su exterior afloraba toda su mezquindad.

Salimos arriba. Entre altísimas paredes de cristal había dinosaurios, enormes árboles altos hasta el techo abovedado, animales de fábula; qué lugar tan hermoso. En los cristales contemplé mi reflejo. El mismo de siempre, mi horrible imagen, mi vergüenza, mi condena, mi burla. Algo había cambiado, ahora parecía un unicornio.

—¿Dónde estoy?

—Crystal Palace, no encontré mejor acomodo para que mi bella durmiente reposara.

No le entendía. Me puse mis últimos recuerdos y todo llegó a mí. Me vi otra vez en su casa, con la cara que él tanto amaba, sintiendo su desprecio delante de sus amigos, ahora como en la jungla. Riéndose de mí, burlándose.

—Qué asco —dijo—, no mereces ese uniforme. —Todo se mezclaba en mi cabeza. Luego apareció ese pobre hombre y lo maté, fue muy rápido, a veces no controlaba mi furia. Maté a ese desdichado. Lo recordaba bien: un hombre mutilado, un alma mutilada como yo y que mostró tanto valor hace años. Entonces le di palabra de no olvidar su gesto. Cumplí, siempre lo hago. Lo cogí, y me lo llevé. Fuera me esperaba Tumblety, en un coche, huimos de él a casa del Diablo. Llegamos allí, y mostré llorosa mi obra ante el Artero Señor.

—¿Y él? —rugió—. ¿Te vio? ¿Vio tu cara?

—Todo el mundo me vio, y se rieron de mí... tuve que matarlo. Por Dios, ayúdelo, como a mí.

No dijo nada. Quedó pensativo y se llevó el cadáver. A la noche siguiente, Tumblety discutió con él, excesivo valor para un tipo de su calaña. Lo escuché todo a través de la pared.

—¿Va a hacerlo otra vez? —decía el yanqui—. ¿Y yo? ¿Y nosotros?

Le pagaré por sus molestias, señor Tumblety.

—Promesas, promesas... la policía va tras de mí y todavía no he visto nada de lo prometido...

—¿Y qué le retiene en Londres, señor? No creo que necesite mi ayuda para desaparecer, se vale bien para esos menesteres. —Hubo un instante de silencio, y luego—: Señor Tumblety, es usted un degenerado repugnante, y la única razón por la que permanece a mi lado es porque vio en ello un modo de satisfacer sus horrorosos apetitos.

—¿Yo un...? Se atreve a insultarme, un monstruo como usted. —Otro tenso silencio, que el Demonio rompió.

—No intente encontrar mis límites. Aprecio la vida humana, sin embargo no toleraré ninguna ofensa. Váyase, ya le encontraré si le necesito.

—Muy bien. No hay más que hablar. Así se me pagan mis servicios, así responderé yo. No sabe quién es el doctor Francis Tumblety, pero lo sabrá.

Le oí marcharse.

Pasó el tiempo.

¿Y ahora? Dijo que si la mataba, todo iría bien. Dijo que él sufriría... dijo... ¿Qué dijo?

Tumblety entró. Parecía nervioso, asustado. Hablaba en susurros. Me explicó la situación, y aunque viniera de sujeto tan odioso, no pude negar que era un análisis exacto de lo ocurrido. El Demonio ya no me quería, iba a construir a su nueva creación, una que no diera tantos problemas como yo.

—Aquí morirá —dijo—, venga conmigo.

—No.

—¿No? —Me condujo en silencio, chistando a cada paso por el laberinto del infierno hasta el taller de Satán. Sobre la mesa estaba aquel hombre, rodeado de tubos y máquinas. Naciendo como yo nací—. ¿Ha hecho algo por usted herr Ewigkeit? Tiene pendiente el... completarla y se dedica a otro, ¿con él quiere quedarse? Nosotros seguiremos, lo hemos hecho bien juntos. Usted y yo, yo le encontraré lo que busca.

—Fallamos. Siempre fallamos...

—Porque elegimos mal las piezas. Ahora he aprendido. Venga conmigo, yo la convertiré en la mujer que quiere ser.

Y fui con él, esa noche. Y dormí. Y entonces desperté, ahí, en Crystal Palace, rodeado de animales de fábula y fuentes apagadas, con Tumblety, y había pasado mucho tiempo.

—¿Sabe? —me decía mientras me ayudaba a caminar—. Les escribí una carta. Sí, no era justo que toda la fama se la llevara ese Destripador cuando nosotros hacíamos el trabajo, no señor. Y para que se convencieran envié con ella un regalito. —Me fui hacia él—. Seguro que les he dado algo en qué pensar. Cómo me reí. Escribí la carta en rojo, la manché de sangre y fingí ser un anormal... no se preocupe, nada tienen contra nosotros. Pero vigilan las calles. Somos célebres. —Se dio la vuelta con una linterna encendida en la mano, y ahora había dejado de reír, todo lo contrario—. Nuestra celebridad es inútil, no hay objetivo en nada de esto.

—No... no le entiendo.

—Él mintió, su amigo *herr* Ewigkeit, su «Demonio» —Volvió a reírse—. No puede hacer nada por usted. La engañó.

—No es cierto, él da la vida a...

—¿Y por qué no la convirtió en algo normal, en lo que usted merece ser, en una mujer y no en un monstruo?

Me costaba pensar, no podía, no sabía en qué creer y la voz de Tumblety no paraba. ¿Por qué me hizo esto? ¿Por qué?

—Ahora todo el mundo la odia, menos yo. Ese monstruo la ha dejado sola; nada podemos hacer...

—Puedo matarlo.

—Déjelo. Ya lo intentó y no fue capaz. Además, ha desaparecido, no está en su casa, no podemos encontrarlo.

—Yo sí. —Tumblety se me acercó, sibilino como una cobra.

—¿De verdad? ¿Puede?

—Sé cómo dar con él. Lo mataré.

—Y quitará un gran mal del mundo, señorita, no hay labor más abnegada que pueda hacer. Después de lo que ha pasado, de cómo la han tratado los hombres, de su amor no correspondido... Dios mío. —Sacó un pañuelo y se enjugó los ojos—. Tanta bondad, tanta... perdone, no quería emocionarme.

Sí, ese era mi papel, extirpar el Demonio de este mundo. Era cierto que antes había fracasado en mi intento de aniquilarlo, pero ahora no me esperaba, esta vez lo cogería por sorpresa. Tumblety se recompuso y preguntó:

—Y bien —dijo—, ¿dónde está?

—No lo sé. —Él bufó furioso.

—¡Ha dicho...!

—Ahora no lo sé. Puedo averiguarlo. Necesito que encuentre a alguien para mí, a la siguiente.

—Le digo que no funciona, no es posible, no podemos...

—Encuentre a Marie Jeannette Kelly, ella siempre sabe dónde está. Es su puta, la puta de Satanás.

Mi amigo yanqui se sorprendió, pero no pudo hacer otra cosa que proceder tal y como le indicaba.

—Si así lo cree... usted descanse, yo me ocuparé.

No le costó esfuerzo hallarla, la puta se movía cómoda, segura en las calles del infierno. Señora del East End con su pelo rojo y su risa obscena. Ella me diría dónde encontrarlo.

Me desperté de nuevo, entre los monstruos de la antigüedad, yo, un monstruo moderno. Él ya tenía la información: el trece de Miller's Court, ese era su cubil. Ahí llevaba a sus amantes.

—La he visto meterse ahí con otra puta —dijo—, y bien que se iban tocando, asquerosas.

Eso estaba en Dorset Street, en Spitalfields, lo conocía. Tumblety decía que vivía allí con un hombre, debía ser cauta. Al día siguiente iríamos por ella. No dormí.

Pero al otro día Tumblety no volvió. Ni al otro. Yo esperaba... ¿dónde estaba ese maldito americano? Pensé que estaría obteniendo más información... ¿para qué? Apenas tardó una hora en encontrar la morada de Kelly y ahora desaparecía por días. Estaba sola. Por primera vez en muchos años estaba sola. No me atrevía a moverme, tenía miedo y en los sótanos de Crystal Palace me encontraba segura.

¿Qué puede hacer una mujer como yo, abandonaba, desvalida?

Sin los cuidados necesarios, no duraría mucho más. Decidí morir, quedarme allí en ese bonito hogar de cristal, muy quieta hasta desaparecer por siempre, parecería una más entre todas esas hermosas maravillas, gozo de curiosos, de niños. Algo que los londinenses admirarían, sin saber qué soy. Adiós a todos, lo había intentado, el mundo no estaba hecho para personas como yo...

Todavía podía matar al Dragón. No necesitaba a ese despojo de ser humano.

Fui por Mary. Llovía mucho, eso era bueno, Mary estaría en casa, guareciéndose y esperándome sin saberlo. Recorrí la ciudad envuelta en mi abrigo, asustada, las calles estaban engalanadas para recibirme, eso me gustó, los banderines y crespones se mojaban... era bonito.

Llegué a Whitechapel, aquel horrible lugar. Pese a la lluvia las putas estaban en la calle. Si Mary había salido, la esperaría. En Dorset Street me quedé mirando la entrada a Miller's Court. Un arco pequeño, oscuro. Nadie alrededor. Entré por él como entra el silencio. El lugar estaba vacío salvo por la lluvia cayendo. Un patio feo, destartalado, de paredes pintadas en blanco para prevenir la viruela. Una pequeña lámpara ardía en el corredor, frente a ella estaba el trece. No era más que un cuarto, seguramente la habitación trasera de la casa de al lado segregada para poder

alquilarla. Me acerqué a la puerta. Silencio. Escuché más. Había un sonsonete, una voz mortecina, cantando.

Si forzaba la puerta, se despertaría, gritaría. Tenía que atraparla en silencio, hacerla hablar antes de que reaccionara. Doblando la esquina el cuarto tenía dos ventanas, probé allí. La primera tenía rotos dos de los cristales que la cuarteaban. Algo, un abrigo colgado, la tapaba por dentro. Con suavidad corrí la cortina improvisada y la vi, allí, durmiendo en su cama, canturreando borracha entre sueños una cancioncilla irlandesa. Me alegré de no poder oler, porque seguro que ese lugar hedía a mujer y a hombre. ¿Cuántos se habían vaciado en ella esa noche, en esa cama? Puta.

La puerta estaba ahí al lado, vi que era fácil acceder al cerrojo desde la ventana rota. Lo hice, despacio, la lluvia sonó más que yo. Volví a la puerta. Entré, la cerré, incluido el pestillo. Era un cuarto tan pequeño que yo casi lo llenaba por entero. Estaba su cama, un par de mesas, una pequeña chimenea, y ella, tumbada sobre la cama, adormilada entre el alcohol y el pecado, con su escandaloso pelo rojo sobre la almohada, cantando amodorrada. Parecía tan... mujer así, y yo de pie, goteando agua sobre el suelo como un muñeco grotesco.

¿Qué había venido a hacer? Tenía que acelerarme, fuera lo que fuese. Accioné mi llave y entonces ella se movió, abrió los ojos, me miró en la oscuridad. Gritó.

—¡Asesino! —Mi cuchillo salió. Eche la sábana por encima de su cara, la giré hacia el lado derecho y golpee. Las sábanas y mantas se llenaron de sangre, mucha sangre. El cuerpo ya no se movía. ¿Por qué? No quería matarla, tenía que saber dónde estaba el Dragón.

Aparté la ropa de cama. Muerta, degollada otra vez. Tanta sangre. La desnudé. Necesitaba luz. Podía verla pero quería hacerlo como el resto de los mortales, ver ese cuerpo como Dios quiso que fuera visto. La chimenea. Había allí camisas de hombre, y alguna otra ropa que utilice para avivar el fuego. Pronto el exiguo cuarto estaba iluminado, las ventanas tapadas no dejarían ver la luz desde fuera.

Ella estaba allí, desnuda, sobre un lecho rojo de sangre, invitando a la lujuria incluso después de muerta, más que cuando estaba viva. Qué bello cuerpo, y qué inmerecido. Me dolió más que con el resto, pues ella era hermosa, y puta, y a mí se me daba el horror como toda recompensa a mi virtud.

Me acerqué... la besé, no sé por qué, en recuerdo de pasadas vidas, supongo. Mi boca de metal chocó contra sus labios gruesos y muertos, entreabiertos en un rictus de pánico... ya no podía besar. Nunca más.

Tuve que cortarla. Empecé por los senos, redondos y rosados, pechos de mujer joven que agarré con mi mano de acero y cercené con el cuchillo. Luego me los probé. Ojalá hubiera habido allí un espejo. No podía verlo, pero supe que ese era mi cuerpo, el que debió corresponderme a mí.

La abrí de piernas y la rajé. Saqué sus órganos, sus tripas, su sexo, su carne fresca y la fui colocando encima de mí. Apenas aguantaban un segundo hasta caer al suelo, entonces las dejaba sobre una mesa y cogía otro fragmento de Mary. Sus piernas, esa carne debería recubrir mis miembros metálicos. Pelé su muslo hasta el hueso y coloqué lo obtenido sobre mi fémur brillante, traté de atarlo con hilos de su tejido, con sus intestinos, y ahí tenía: carne de hembra envolviendo mis miembros... hasta que se desplomaban flácidos, húmedos, contra el suelo. Imposible. El Demonio me había hecho inacabada, esa era su burla, y ahora había desaparecido, para siempre.

Mire su cuerpo vaciado, abierto sobre la cama, con todos los órganos diseminados por la habitación. Estaba aún hermosa, maldita puta. Su cara. No dejé nada de su cara. Hinqué mi hoja y pelé su rostro hasta que asomó el semblante de la Huesuda, esa que todos llevábamos dentro para recordarnos que al final, ella siempre aflora y vence. Todos no. Yo soy eterna.

Esa cara sí podía besarla, esa sí era más cercana a mí... que Dios me perdone. Traté de poner las tajadas de su cara en la mía, como hiciera con la otra; una máscara de femineidad para el monstruo.

No pude tocar su pelo rojo ni sus ojos verdes, incluso yo, la hija de Satán, fui incapaz de estropear toda su belleza.

Descansa en paz, Marie Jeannette Kelly.

Descansad en paz todas, porque yo no puedo.

Sentí entonces pena, un gran dolor por esa mujer, pecadora e inocente al tiempo. Intenté devolver las partes a su todo; ya me era imposible. Me limité a colocar las piezas de su ser con cuidado, de modo que hubiera cierta simetría en el caos que había generado. Recosté su cabeza sobre uno de sus generosos pechos ensangrentados, para que estuviera cómoda. Coloqué su hígado y estómago en una mesa, con cuidado de que no cayeran. Entonces vi sus costillas al aire, su pecho que había perdido las dulces formas femeninas. Allí estaría el corazón.

Cómo no lo entendí antes. El corazón, el corazón de la hembra. Eso necesitaba. Partí las costillas y lo saqué, pequeño, firme. Abrí mi pecho y metí allí el corazón de Mary, ahora éramos una, su fuerza y mi fuerza.

Oí un ruido que me sacó de mi éxtasis. Una tetera puesta en la chimenea se había roto, estaba al rojo, fundida el asa de donde colgaba por el intenso fuego que hice para iluminar mi noche nupcial con Mary. Ahora tenía su corazón, la unión perfecta y consumada, Mary y Eleanor, por siempre.

Era hora de marcharme.

Estaba cubierta de sangre, pero me había quitado el abrigo para trabajar. Me envolví en él. Extinguí las llamas de la chimenea.

Besé otra vez a Mary. Duerme, dulce niña.

Salí, cerré la puerta. Eché el pestillo desde la ventana rota.

Salí a Dorset Street con mi corazón nuevo y levanté la cara, ya a la luz del día. La lluvia caía sobre mis ojos, golpeaba en ellos con sonido metálico y luego resbalaba por mis mejillas. Eran lágrimas. Ja, ja! Cristo redentor, estaba llorando... tenía corazón y estaba llorando... Ja, ja!

Lágrimas...

La... lágrimas... ja, ja...

Lágrimas por Mary, por mí.

Ja, ja... ja, ja...

____ 59 ____

Atrápeme cuando pueda

Viernes, tras dos minutos de dar cuerda

...ja, ja... lagrimas... la rajé.
Cuerpo vaciado... ja, ja...
Descansa en paz... ja, ja...
... no he parado.

____ 60 ____

Jack

Viernes, poco después

Perdón... ¿es usted? Sí, no le veo... parece que...

Gracias. No me encuentro muy bien, muy... No veo... No, ya no siento dolor, hace mucho que el dolor es el recuerdo de una pesadilla. Es algo distinto... como... si pudiera recordar...

No, ese otro, el que pone «uno».

Gracias... sí, ahora. Recuerdo cómo era beber, la sensación de ebriedad... todo parece más lento. Es así, algo así lo que las viejas máquinas roñosas sentimos cuando llega el final.

Tengo miedo. El miedo no lo he olvidado.

He muerto varias veces. Quiero decir que cuando me paro, es como dormir. Dormir es morir un poco, dicen. Cuando duermes, cierras los ojos y el tiempo termina, el tiempo, eso es la vida, el paso del tiempo. Sabes que antes o después volverás a despertar. Así, cuando he muerto, sabía que la luz llegaría. La vida otra vez.

Esta vez, desde que estamos aquí, con usted... siento que se acerca el fin y tengo miedo. Ya nadie queda que pueda o quiera despertarme. Para mí no hay otra cosa. He estado muerto y no había nada, cerré los ojos y los abrí. Nada en medio. ¿Quién me los abrirá ahora? No hay otra vida para los pecadores como yo, no para los monstruos.

Por favor. Tal vez usted, y su amigo pudieran... solo serían necesarios unos pequeños ajustes, algunos cambios. Tengo mucho que contar y...

No. Miento. Ya queda poco que decir. Creo que mis viejas ruedas siguen girando por el empeño de acabar lo que he empezado... no, no se preocupen. Ya he estado demasiado tiempo por aquí. Incluso los que no podemos cansarnos, nos cansamos... terminaré, queda poco.

No, no, deje. Escuche, eso sí, le ruego que al menos escuche el final.

Torres se encargó del entierro de la pequeña Juliette Arias. También insistió en que él se ocuparía de la viuda desconsolada asegurando que, mientras viviera, nada le faltaría. Dio su palabra, y era una palabra que valía oro. Se comprometió a interceder por ella en la embajada española, pues era viuda de español, y aunque sus contactos se habían mermado considerablemente tras el fallecimiento del señor Ribadavia, le atendió de inmediato el propio embajador Albareda, recién tomado el cargo. Un gaditano amable, elegante e ingenioso, hombre de mundo y amante de la cultura que

puso a toda la misión española al servicio de lo que necesitara la desconsolada viuda. Notó Torres durante la conversación en Hartford House, que su excelencia tenía en mucha estima a don Ángel. Todo el recorrido del gallego en la carrera diplomática, circunscrito a esa embajada, había sido siempre fuente de escándalos y su permanencia en el cuerpo diplomático se debía a influencias y amistades, moneda siempre de curso legal en España; y con todo esto, algo tendría Rivadavia cuando el embajador le tenía en consideración, sin apenas conocerlo dado lo reciente de su llegada a la legación. Aunque Albareda se mostró tan dispuesto, el ingeniero quedó con mal sabor de boca y ciertas dudas respecto al futuro de la viuda. No dejaba de ser una inglesa, y cuando él volviera a España... todo lo que lo llevó a tomarse como algo personal su cuidado y vigilancia.

—¿El Destripador? —preguntó Torres a Abberline, durante el funeral de la niña, celebrado un frío siete de Noviembre, al que no pudo acudir la madre, aquejada de un fuerte ataque de nervios.

—La encontraron en el East End, cierto. Aun así, no lo creo. Le cortaron el cuello, sí, pero no parece la obra de... mueren muchas personas en esta ciudad, señor Torres, en todas las ciudades. Usted mismo me dijo que esa chiquilla era un tanto osada, quién sabe dónde se metió.

—¿Quién la identificó tan rápido? No se la echó de menos y llegó la noticia...

—No era la primera vez que andaba por esos andurriales. Una desdichada la vio en el suelo, la conocía, y vino a la policía diciendo el nombre. Dew lo oyó, sabía que esa era su dirección y se tomó especial cuidado.

—Agradézcaselo de mi parte al inspector Dew. —Pobre y alocada niña. Tanta búsqueda de aventura para acabar encontrando lo peor de estas.

Yo, encerrado en el cuarto de Torres, intentaba llorar. Sabía quién era su asesino: el Dragón. Desde esa misma mañana notaba su presencia, no había muerto, no se había ido, estaba ahí, en mi ciudad. Lo sabía con total certeza, ahora que mi mente se había ahormado a la suya tras compartir recuerdos. Fue a buscar su tesoro, en casa de Dembow. Vio el cortejo fúnebre del único hombre que conocía el paradero de los restos inmateriales de su amada, y la furia se transformó en fuego. Puede que de algún modo allí supiera del malentendido, cuando el lord me confundió con él, y el fruto de esa confusión fue que yo me hiciera con la memoria, esa que ahora tenía dentro. ¿Por qué no se la di? ¿A él o a Torres? Ese cruel asesinato era un mensaje, un terrible mensaje, para mí, para todos nosotros. Mataría a todo lo que queríamos hasta que obtuviera a su amada.

Entonces me juré a mí mismo que iba a acabar con ese señor Ewigkeit. Qué osada es la ignorancia.

La viuda estaba deshecha, convertida en un mar de suspiros y quejares y al igual el viejo señor Bengoada, su permanente huésped que hacía años que ejercía de viejo

tío gruñón de la niña, y todo el barrio que conocía la bondad de la señora Arias y la dulzura de su pequeña aventurera. Otro que también penaba, más por osmosis que por un sentimiento real, o por continuar con su «pesambre», a la que ya era habitual como el borracho al licor, era Juan Martínez, perenne custodio de la pensión.

—Ay, señor Torres, que he vuelto a pifiarla.

—Deje, Martínez, deje...

—No, qué voy a dejar. Tenía que haber mirado por esa niña. Era un rabo de lagartija, no paraba, pobrita mía...

—Usted no tiene la culpa, no.

El murciano insistía, e insistía, y no calmó su pena hasta que Torres le pidió que se quedara al servicio de la casa, como un portero, atendiendo a las necesidades de la viuda. Él correría con el salario y lo vestiría adecuadamente. La señora Arias aceptó el acuerdo, o más bien asintió, sin saber a qué en medio de su duelo, confiando sin más en el buen corazón de Torres.

Pero como ninguno, exceptuando el incomparable dolor de una madre, sufría el ingeniero, pues se suponía último responsable. Lo que en mí era una certeza, en el español era una intensa sensación de que Jack el Destripador, por algún oscuro motivo, iba detrás de él. Así lo explicaba el día ocho por la mañana, visitando, junto a su amigo el inspector Abberline, al convaleciente lord Dembow.

—Lamento mucho —dijo Percy— lo de esa chiquilla, aunque si le soy sincero, y sin ánimo de minusvalorar la pena, no sé qué puede tener que ver su asesinato con todo lo que nos ha ocurrido en este otoño.

—Jack me conoce —explicó Torres—. Ya vio cómo atacó al señor Aguirre, puede estar buscándome.

Hace semanas que no sabemos nada del asesino —dijo Abberline—, puede que haya parado, a lo mejor ha muerto o... se ha estropeado, quiera Cristo que así sea. Desde luego, este no es un crimen del Destripador. Alguien trataría de... violentar a la niña, se resistiría y murió. —Una explicación sencilla, que yo no creí cuando se me contó. Juliette había aparecido tirada en la calle, degollada, sin otra señal de violencia. Era un aviso.

—No sé —dijo Torres. Volvió luego su atención a Percy—. Lord Dembow, me despido, no creo que tarde mucho en irme a mi país.

—Me gustaría volver a verle.

—Quién sabe. Ahora sus expectativas habrán cambiado, ya es el señor de su casa y tiene un gran potencial...

—Me dedicaré a la medicina, como le dije. Quiero luchar contra la muerte, como mi padre. Hay formas mejores de las que él buscó, estoy seguro.

—Yo también, lord Dembow, yo también.

Esa noche, en casa, en una casa llena de luto y dolor, Torres me confió sus

miedos. Abberline llamó durante nuestra conversación con una sorprendente noticia. Tumblety había sido detenido el día anterior, el siete, de nuevo por indecencia. Se había exhibido con hombres de forma repugnante y escandalosa, por cuarta vez, y por fin era procesado. Lo habían soltado esa mañana y, según Andrews, había salido para Liverpool. El Destripador, o su compinche, se iba. Londres quedaba libre, su monstruo había desaparecido. El propio Andrews había salido con otros agentes en su persecución.

Jack no estaba entre nosotros, ¿o sí? La muerte de la niña giraba y giraba atrapada entre las ruedas de mi cerebro, sin dejarme descansar, sin que por un instante me permitiera retener la velocidad de mi funcionamiento. Sentía, lo único que sentía en mis frías entrañas era la presencia del Monstruo. Satán, el Dragón, Jack. Tenía que ir a por él, y sabía cómo. Aquella chica pelirroja, ella dijo que conocía de siempre al señor Ewigkeit, y yo sabía dónde vivía ella. Mentí a Torres, urdí un pequeño engaño. Aún no se había acostado aunque eran cerca de las cuatro de la mañana, ocupado del malestar de la viuda como si de un pariente suyo se tratara.

—Sé cómo encontrar al Destripador —le dije cuando pasó por su cuarto.

—¿Cómo?

—Él mató a Juliette, ¿no? —Torres ni afirmó ni negó nada—. Sé dónde encontrarlo. Una chica, Kelly, una de las putas de aquel burdel, me dijo cuál era su guarida en el East End, donde cometía sus fechorías. —Era muy fácil mentir ahora con esa cara de metal—. Podemos ir esta noche por él.

—Esta noche... está lloviendo. —Vi la duda en el rostro de mi amigo, el dolor que lo empujaba a cometer alguna imprudencia impropia de su carácter. Esa era mi oportunidad—. Don Raimundo... parece que ese Jack ha dejado de existir... se fue, o murió en...

—¿Y entonces? ¿Quién quemó Forlornhope? ¿Los irlandeses?

Torres suspiró cansado mientras iba a un cajón de donde sacó el revólver, el que le proporcionara Ribadavia hacía una eternidad. Empezó a cargarlo.

—Lo sé, su cerebro de metal funciona muy bien.

—¿No llamamos al inspector? —pregunté.

—Es un hombre muy ocupado, atribulado con esta caza. Cerciorémonos antes de hacerle alumbrar alguna falsa esperanza. Aún siendo verdad la información que le dio aquella mujer, lo más probable es que haya abandonado ese escondrijo. Vamos.

Salimos a la calle, él por la puerta, yo saltando a través de la ventana envuelto en mi abrigo y sombrero. Llovía y hacía frío.

—Martínez, tenemos que salir.

—Enseguida me avío y les...

—No. Cuide de la viuda.

Caminamos uno al lado del otro, en silencio, dos amigos a la caza de un

monstruo. Un frenesí como nunca conocí colmaba mi espíritu. Era ira, odio... y felicidad. Al día siguiente era el desfile del Lord Mayor, el muy honorable James Whitehead tomaba su nuevo cargo con toda la pompa que la ciudad podía ofrecer, marchando hasta la Corte de Justicia. Mañana sería fiesta, y hoy íbamos de caza.

Llegamos con el día húmedo ya despuntando, a las seis menos cuarto de la mañana del nueve de noviembre de mil ochocientos ochenta y ocho. Había gente en las calles, hombres, mujeres... seres vivos ocupados en sus livianos quehaceres en ese día de fiesta, y entre ellos, uno que no estaba vivo. Otro, además de mí. Enfrente a la entrada a Miller's Court. Empezaban a llenarse las calles de la actividad diurna...

... de la actividad diurna. Estaba allí, lo sabía. Frente a la entrada, alzando la cara bajo su capucha, muy levantada por una protuberancia, un cuerno que ahora lucía, la corona del delfín del mundo subterráneo. Era lo que me mató, allí, en medio de Dorset.

—Increíble —dijo Torres—. Está aquí, tenía razón —Me miraba atónito. La criatura no nos vio. Echó a caminar hacia el este—. Podemos seguirlo.

Eso hicimos. Callejeaba entre la gente adormecida, todo digno en ese abrigo femenino. Nosotros detrás, sin que nos viera. Parecía ensimismado, sin importarle el entorno.

—Ya es de día —dijo Torres—, no puede matar a nadie ya, no creo...

—Tal vez venga de hacerlo —dije, y el rostro de mi amigo se contrajo. Saliendo ya del barrio, acercándonos a las vías del tren. Saltó a una pared, y empezó a trepar, como una araña, con la misma agilidad.

—¡Virgen Santa!

—Podemos seguirlo. —Torres me miró pasmado, y asintió. Se agarró a mi espalda y salimos tras ese monstruo. Otra vez sobre los tejados de Londres, en esta ocasión con un Torres apasionado por la experiencia. Yo no estaba menos emocionado, ver mi ciudad de día, desde las alturas, saltando de casa en casa, bajando en ocasiones cuando las alturas menguaban, rodeados de los cuervos de London Tower que graznaban a nuestro paso, y siguiendo a esa Araña trepadora hasta su cubil. Recorrimos mucho terreno, toda la ciudad.

Llegamos a Crystal Palace...

Llegamos a Crystal Palace, el hermoso edificio de la Exposición Universal, trasladado hacía treinta años de Hyde Park al elegante barrio de Sydenham. La estructura de vidrio brillaba a la luz plomiza del día, como una joya, un palacio de fantasía surgiendo entre la niebla, en medio de sus jardines llenos de fuentes, ahora apagadas. Allí entró, buscando su guarida. Lo seguimos. A esa hora de la mañana el lugar estaba vació, solo algún guardés, pero parecía que la indolencia que provocaba el recién llegado día de fiesta los mantenía alejados. Cruzamos las colosales estatuas de Abu Simbel, palacios bizantinos, las columnas del templo de Karnak, águilas

romanas y cortes medievales, todo entre jardines donde apacentaban bestias antidiluvianas, o desfilaban marciales figuras de soldados de todos los ejércitos. Una enorme exhibición del arte y el saber del hombre, en la que no desentonaba la figura de nuestro perseguido; el cénit de la ciencia del ser humano... un asesino, él asesino.

Bajo una gran bóveda de cristal, junto a un árbol centenario y una fuente, rodeado de balaustradas donde en horas pasearían padres que mostraban los progresos del hombre a sus hijos, nos esperaba; el abrigo echado al suelo, su monstruoso cuerpo manchado de sangre aquí y allá, la afilada hoja que salía de su antebrazo cubierta de costras. La muestra más horrible y atractiva que acogiera nunca ese techo de vidrio.

—Os he visto seguirme. Tú, tú eres un hijo de Satán, el nuevo. Mi hermano, mi suplente.

Aparté con el brazo a Torres, que empuñaba su arma. Eché mi sombrero a un lado. Nos miramos, despacio, las ruedas girando en el interior, calculando la trayectoria más eficiente de nuestro ataque, duelo de títeres, bien y mal enfrentados, una vez más, imágenes reflejadas en un espejo de feria, eso éramos el uno del otro. ¿Qué diferencia real había entre nosotros?

Ambos nos dimos cuerda a un tiempo y cargamos. Nuestros miembros metálicos entrechocaron bajo la luz cambiante que entraba por las cristaleras. Nos enredamos, su cuchillo no encontraba herida que abrir en mi pecho de metal, y mis dedos afilados poco arañaban en él. Ambos nos conocíamos, sabíamos de nuestras grietas y juntas.

Su cuchillo entró por mi cuello. Oí un crujido, si lo movía, o si me movía yo, acabaría tan degollado como el resto de sus víctimas, aunque no sangrara. Empujé con todas mis fuerzas hacia arriba, el monstruo salió despedido, volando, y chocó contra la pared, rompiendo cristales y rodando entre sextantes, brújulas y esferas armilar.

—¡Quietos! —gritó Torres. Los dos quedamos uno frente a otro, acechándonos. Tic, tac, tic, tac, tic...—. Escúcheme, ¿se acuerda de mí? Señor...

—Señorita —dijo la Araña, y no pudiendo poner énfasis a sus palabras con la voz, lo hizo con un gesto de su arma—. Mi nombre es... Eleanor. Perdóneme por darle mi nombre artístico.

—Bien... señorita Eleanor. ¿Se acuerda de mí? Leonardo Torres.

—Usted... el español.

—Sí. Soy ingeniero, puedo ayudarla, si me permite...

—Ya nadie puede, él me ha ab...

—Yo sí, sabe que sí, ¿recuerda todo lo que hablamos en Cambridge? Dígame qué le ocurre, señorita, tal vez pueda...

Se arrodilló, tembloroso, su cuchillo desapareció con un chasquido, extendió los brazos.

—Mi amor... estoy sola —dijo. Nosotros, los monstruos de metal, no podemos

imprimir sentimiento a lo que decimos, y así el parlamento de ese ser era frío, como declamado por un mal actor, aunque su alma lloraba.

—¿Qué necesita? —Torres fue avanzando despacio, hacia él.

—Mi amor... mi corazón... —Abrió su costado, y de ahí sacó un trozo de carne oscuro, manchado de sangre, muerto. Un corazón, y yo diría un corazón humano.

—Oh... —Torres ni se inmutó—. Eso tiene arreglo.

El ser se levantó, parsimonioso y elegante como solo nosotros somos capaces de ser. Supe que estaba tranquilo, esperanzado. He dicho que mi especie no puede expresar sentimiento alguno, sin embargo hay empatía entre nosotros, una sutil empatía que me hizo entender que Torres era bienvenido, que sus palabras tranquilizaban la furia asesina del Monstruo. El español, muy despacio, como el domador acercándose a la fiera, terminó por quedar a su lado, una débil presa de carne frente a la araña de acero.

—Usted... siempre se portó bien conmigo.

—Es un honor ayudarla. —Con cuidado apartó la mano con la víscera arrancada. Estaba a su lado, pegado a ese asesino metálico, preciso y cruel. Con igual lentitud con que se movía él, aceleré mi corazón—. Vuelva a...

—El autómata metió de nuevo el corazón en su pecho—. Es necesario un pequeño ajuste.

—¿Por qué...? —Torres agarró la llave de su pecho. La giró una vez, y otra, y una tercera—. Yo... —Y una vez más, la señorita Eleanor empezó a temblar, a agitarse con sus dos brazos abiertos en torno al ingeniero, que dio una vuelta más a la llave—. Nunca le hubiera... nuca hubiera pretendido... le quería...

—Queda una. Esté tranquila.

Y dio cuatro más.

Tenía el temblor de una locomotora sobrepresionada, y con el último giro el autómata saltó, como un muelle demasiado tenso. El giro de sus brazos golpeó a Torres. La cabeza de mi amigo salió por el aire... decapitado por... eso temí cuando vi salir volando su sombrero. No, le había dado de refilón, gracias a Dios. Torres cayó al suelo sangrando por la sien derecha. Eleanor siguió girando, se agitaba sometida a convulsiones espeluznantes. La vi escupir ruedas y remaches y palancas y relees. Se tumbó en el suelo, flexionando todas sus articulaciones a un tiempo, el corazón y otros restos de órganos en descomposición se diseminaron por la gran sala del Crystal Palace, mezclados con piezas de precisión.

Se detuvo, rígido. Dijo:

—Pod... podía haber vivido sola... haber muerto tranquila... —Manoteó como un ciego tembloroso entre sus restos, hasta topar con el corazón, lo apretó con demasiada fuerza, lo trituró—. El último trabajo fue grandioso... —Y dejó de moverse. La separación entre inmovilidad y muerte entre nosotros no es una línea bien definida.

Torres se acercó, abrió el pecho del autómata apartando la cara de su fetidez, y quitó tres o cuatro mecanismos.

—Ya está —dijo de rodillas junto a los restos de Jack el Destripador—. Ahora podemos irnos.

—¿A dónde?

—A España, por fin a España.

Dejamos allí lo que quedaba del monstruo, expuesto a la luz del día que se filtraba por entre cristales. Mientras salíamos, no dejaba de mirarlo, desamparado con sus órganos al descubierto. Como sus víctimas.

De vuelta a casa apenas hablamos.

—A ninguna de esas mujeres les faltaba el corazón —dijo Torres—. A ninguna.

Torres insistió para que volviéramos a Miller's Court. Llegamos a eso de las doce de la mañana y allí estaba Abberline, y mucha policía, y la gente abarrotada en la entrada, y caras de horror y espanto, y voces indignadas; otra vez, otra mujer muerta.

—Si hubiéramos llegado horas antes... —dijo Torres.

Abberline se acercó muy sorprendido, yo me aparté, tratando de confundirme entre la gente. El policía tenía el rostro pálido, era un veterano de muchos años, había visto de todo, menos lo que escondía el trece de Miller's Court.

—Esta vez la ha destrozado. Dios mío, no queda nada.

—¿Quién era? ¿Sabe su nombre?

—Sí, Mary Kelly, al menos el cadáver está en la habitación que esa mujer alquilaba, otra prostituta local. Es irreconocible. Esto no va a acabar...

—Dios nos perdone... tal vez pudimos salvada. —Antes de que Abberline preguntara, continuó—: Ya ha acabado.

—¿Cómo? ¿Y qué hace... hacen aquí? —Con calma y en voz baja Torres se lo explicó... explicó.

... se lo explicó.

—Jack...Jack...Jack ha muerto. —No entendía qué quería decir— Abberline siguió preguntando.

—¿Seguro? No será otra de sus...

—Lo que vimos en Forlornhope. Eso es lo que ha dejado de exis... existir. —El inspector asiente. Se arrebuja en su abrigo presa de un desagradable escalofrío.

—¿Cómo supieron...?

—Don Raimundo conocía a la chica, si hubiéramos llegado antes...

—Si han acabado con él... es bastante. Esa pobre mujer, Dios mío, espero que esa cosa sufriera.

—Sí, si sufrió... durante mucho tiempo. Mejor nos vamos. —Me señaló, por toda explicación—. No han sacado todavía el cadáver.

—No hemos ni abierto la puerta. Espero a que lleguen los perros... hay que

mantener las apariencias. Charles Warren ha dimitido, no soportaba más esta presión, no la del caso, la política y las mentiras... ya me entiende. Ya oigo a la prensa cotorreando, dirán que esto es una venganza de Whitechapel por lo de Trafalgar Square.

—¿Y usted?

—Soy policía. Seguiré cuidando las calles, aunque empiezo a estar cansado... tal vez busque otros modos de ayudar. —Volvió la mirada al callejón custodiado por agentes de uniforme—. Cristo redentor, pobre muchacha.

—Me voy, inspector, vuelvo a mi país. —Se estrecharon las manos—. Don Raimundo vendrá conmigo, no se preocupe.

—¿Qué será de él?

—Ya veremos. ¿Y de todo esto? ¿Algo se sabrá? Dejamos restos en Crystal Palace...

Se ocuparán de ocultar todo, ya lo verá. Mandaré a alguien... ¡Inspector Dew! Venga un momento. Ha sido un honor conocerle, señor Torres. Puede que vaya a visitarle alguna vez, cuando me retire, y cuando quiera hablar con otro ser humano de lo que no puedo contar a nadie.

—El honor ha sido mío, inspector. —Torres miró al pasaje, se persignó y volvió conmigo al tiempo que el joven inspector recibía instrucciones de su superior.

Volvimos a casa. En mi cabeza, entre mis ruedas girando sonaba la pregunta del inspector: «¿qué será de él?». La señora Arias recibió compungida a Torres, mientras yo trepaba por la pared.

—Ha muerto otra mujer, Leonardo, otra más. Pobrecita, como mi niña...

—No, Mary. Juliette no sufrió nada, ahora está con los ángeles.

—Ahí es su sitio, tiene razón...

Yo lo esperaba arriba, en el cuarto de Torres, pensando: qué será de mí. ¿Mi fin debía ser el de la «señorita Eleanor», no había otro? Lo que había contemplado, el final del Dragón, ¿en realidad era un anticipo del mío? No era un final completo, en todo caso, pues yo conservaba parte de sus recuerdos, recuerdos que me habían corrompido. No podía permitir que una sola parte del alma del Demonio perdurara por más tiempo, ni en mí ni en nadie.

Entró Torres.

—Bien, don Raimundo. En un par de días verá mi país. Ya hemos acabado con esto, debe sentirse orgulloso...

—¿Yo iré con usted? ¿Qué haré?

—Claro que vendrá. No quiero separarme de un buen amigo, de mi compañero de aventuras. Es una fuente de estímulo para cualquier mente científica. ¿Sabe, don Raimundo? Siempre que nos cruzamos ocurren cosas extrañas... ¿Quién... quién sabe qué nuevas aventuras nos esperan? Ahora descansemos. Es usted un catalizador para

lo extraordinario.

Esa noche me fui. No pude ni dejar una carta de despedida... despedida... no sabía escribir, aún no sé. Soy eterno y no sé escribir...

Tenía que esconder los restos del alma de Satán en un lugar donde nunca se encontrara. El recuerdo de su amada desaparecería, por siempre jamás. No se me ocurre justicia más cruel para con nadie. ¿Dónde dejarlo? ¿Dónde para que permaneciera en la sombra por siempre? Entonces volví a recordar a mi amigo, mi primer amigo; Drummon.

¿Por qué no lo destruí si tanto lo odiaba y temía? Aquí echaré la culpa a la corrupción de mi espíritu, así... lo pensé un tiempo; no es verdad. Creo que me aquejaba el «mal de Dembow», por llamarlo de algún modo. Creo que nos aqueja a todos. El terror profundo a la nada, el miedo a dejar de existir aunque fuera en formas tan indignas y lejanas de la humanidad como la mía, hicieron que fuera incapaz de destruir esos restos de una vida.

Volví a los tejados de Londres, a Whitechapel, al único lugar de todo el mundo donde hice algún bien. Fui hasta Christ Church, con su imponente seriedad, mirando a todo el East End. Trepé por él, llegué junto al reloj y me metí allí, en su maquinaria. Ese era un buen sitio, allí nadie me molestaría. Desde allí veía todo Whitechapel y Spitalfields, veía los lugares donde habían muerto Polly y Annie, mi Liz y Kate, y donde había muerto Mary, los contemplaría para siempre. Había cargado con garrafas de mi sustento.

Y allí quedé, en la iglesia, mi tictac al compás del suyo.

Allí quedé.

Allí quedé.

Los años pasarían sobre mí y mi ciudad, en silencio... en silencio. Ese mismo día diez, el Home Office ofreció el perdón para todo aquel que diera información, salvo el mismo asesino. Torres se marchó... supongo. Los políticos cambiaron, la prensa seguiría gritando, la policía paseando las calles. Abberline se marchó de Whitechapel. Tumblety huyó disfrazado a Francia, y de allí de vuelta a su país, con Andrews tras sus talones. Allí lo acosaron, y... y... y como siempre, se libró de todo. No imagino qué monstruosidades seguiría haciendo. El miedo continuó por mi ciudad, unos años... y luego pasó. A mí ya me daba igual.

Yo continué allí arriba. Para siempre. Vigilando la paz de Londres mientras tuviera fuerza para darme cuerda, y cuando no, el reloj me la daría por mí. Quedaría junto al reloj de la iglesia esperando que Cristo redentor venga a por mí y me diga: ¿qué... qué hiciste con el cuerpo que te di, Raimundo? A lo que yo solo podré contestar: lo perdí, señor, y con este otro ayudé a salvar al mundo.

Hubo más muertes, lo oí desde lo alto. Tres más que imputaron a Jack, pero Jack ya se había ido, ahora pertenecía a la historia, a todos, a ese lugar oscuro de nuestra

alma que solo ven los niños cuando gritan asustados de noche. Allí, donde va a parar lo peor del hombre.

Allí estará, sinceramente nuestro,

Jack el Destripador.

____ 61 ____

Residencia de Ntra. Señora del Santo Socorro

¿Lunes? ¿Martes? ¿Domingo?

Hace mucho calor. Languidece Lento sobre el sofá, aturdido por el calor, el dolor, la fiebre y la sed. Acosado por imágenes de muerte, de sangre, de vísceras extirpadas pulsando fuera de su contenedor natural, de maquinaria orgánica traqueteando.

Abre los ojos. La luz cae directa sobre él desde las ventanas de pintura rascada. Eso es agradable, lo único agradable. Prefiere dormir. La silla de ruedas está volcada a su lado. Extiende la mano y hace girar la rueda. El suave chirrido hace bien de nana. Quiere dormir.

Dormir.

No puede. ¿Por qué? Ya no duele tanto... es una voz. Una voz.

—¿Está ahí...? ¿Me oye...? —Alza la vista. La mano de Alto se agita por un agujero en el cielo.

—*You... are in heaven.* —Se ríe.

—¿Eh...? ¿Se encuentra bien?

—Oh... sí. Soy dormido... Jack el Destripador ha muerto.

—Ya me lo dijo... Después de tanto tiempo... y Aguirre tampoco sobrevivió. De todas formas ya no le quedaban más... husos. ¿Cuántos días...?

—No sé... no tengo idea.

—Ya... parece una eternidad. No hay manera de saber. Y bien, tenemos ya algo que contar a... a von Kempelen.

—¿Sí...?

—Sí.

—Me pregunto... ¿por qué no lo ha averiguado él? No es difícil. Tiene la información... claro que... es un cerebro mecánico análogo...

—Analógico. ¿Quiere saber dónde está el recuerdo de la querida Franciscka?

—Tengo que dormir...

—No... no puede dejarme aquí... si vamos a morir tiene que saberlo...

—A usted le interesa... yo...

—Vamos... espere. Tengo algo más que contar.

Lento sacude la cabeza, trata de despabilarse, busca agua alrededor suyo.

—Hay que ir a por más agua... una tubería... ¿más...?

—Sí. Ya sé lo que me pasa en las piernas. No están dañadas. Un cable las ata... un cable de metal muy fuerte. Debió ser lo que lanzó esa... granada. Me dio en los ojos y me ató todo el cuerpo, no es metralla... eso es bueno. ¿No? Ahora lo veo...

—¿Y cómo lo ve?

Silencio.

—Es verdad... veo. Me duelen los ojos pero veo algo...

—¿Tiene luz?

—Sí... ¿cómo....? Una contraventana está abierta... se ha abierto.

—¿Puede llegar...? —Lento casi cae al suelo al tratar de incorporarse.

—No. Estoy atado, muy atado. Ese cable me da diez vueltas... Y ahora... ¿dónde cree...?

—No tengo idea...

—Usted fue quien escuchó a Aguirre.

—Por caridad, yo tengo cerebro orgánico, y agotado...

—Sí. Aguirre dijo que al esconderlo, al intentar encontrar un sitio seguro pensó en su amigo Drummon. Él tuvo escondido durante años la moneda de Judas, a la vista de todo el mundo.

—*¿Where?*

—En... —Tres golpes en la puerta.

—¿Hay alguien ahí? ¿Me oyen?

Silencio. Un instante callado y al minuto los dos gritan, apenas con fuerza. Piden auxilio, Lento tira botellas vacías contra la puerta. Una voz se alza.

—Policía. Apártense lo que puedan, vamos a tirar...

Golpes en la puerta, cada vez más fuertes. Hasta que con un tremendo estruendo la derriban. La luz que se desborda entre el polvo ciega a Lento. Entran siluetas fantasmales. Policía, personal del SAMUR, Guardia Civil, y un hombre obeso y sudoroso, muy apurado, gritando con alivio.

—¡Están aquí! —El gordo abraza con excesivo entusiasmo a Lento—. Llevo un par de días buscándolos, ¿dónde está su compañero?

—Arriba...

—No podía contactar con ninguno de ustedes. Y me dije: esta gente se anda con muchos misterios, seguro que han ido por su cuenta a ese lugar...

—No pagamos mucho...

—¿Cómo? ¿Qué clase de persona creen que soy? No podía... Hace cuatro días vine, y oí un rugido espantoso. Hubo que buscar permisos, hablar con... joder, ustedes no me dieron sus verdaderos nombres. La discreción tiene que acabar cuando... ¿dónde está...?

—Arriba...

Investigué por mi cuenta. Habían abandonado su hotel, habían pagado, todo parecía normal. Me entregaron una carta de despedida con un dinero, una barbaridad de dinero, diciendo que ya no necesitaban... no me fie... soy perro viejo... ¿pero dónde está su amigo, por Dios? No le habrá pasado...

—Arriba...

—Usted está herido —dice un policía—. Oigan, atiendan a este hombre...

—Hay un muerto, en una cama... Fue... defensa propia, no pretendíamos... nos secuestraron. He tratado...

—Mi hermano es abogado —dice el detective—. Si quiere, irá de mi parte y no le...

—Se le tomará declaración —dice el policía—, no se preocupe. Ahora venga con nosotros. ¿Por qué va vestido así?

—Nos obligaban —explica Lento—, era parte del trato. Teníamos que ser... que tener aires decimonónicos para que Aguirre... pero... es arriba. —Pronto está en una camilla, subiendo a la ambulancia más cercana. Mira hacia lo alto y ve una mano, cree oír una risa—. Esperen —señala—. Tengo que hablar... con alguien, debo preguntar...

—Ahora vamos a un hospital —dice un médico o un sanitario—, primero le verán en urgencias. Luego, ya hablará con los policías.

—No, por favor...

—Luego. Vamos.

—Es en el cielo... mi amigo es en el cielo. —El médico, una asistente y el policía se miran circunspectos. Sacan la camilla de la residencia palmeando la mano de Lento, tratando de consolarlo. Las ambulancias salen. Queda la policía y el detective, que mira hacia lo alto.

—Salga fuera usted también —dice un agente—. Vamos a registrar todo.

—Escuche... —chista el orondo detective. Todos guardan silencio, y desde arriba, los ángeles pintados cantan muy bajito una extraña plegaria:

—La Politécnica... la Politécnica...

____ 62 ____

Plaza de Castilla, Madrid.

Tres semanas después

Una soleada mañana de junio ambos escritores entran en los juzgados, cojeando aparatosamente uno, con gafas de sol que tapan por completo sus ojos el otro. Tienen permisos oficiales para ir a una sala de pruebas, donde se custodian ciertas evidencias. Un funcionario lee la documentación, los obliga a pasar por un arco detector de metales, llama por teléfono hasta a tres superiores y por fin les permite el paso, con molesta retranca. Mientras caminan para allá, Lento habla.

—¿En el Ajedrecista?

—Sí —responde Alto, que ahora en la relativa penumbra de los corredores se apoya en el hombro de su amigo para no tropezar—. Allí está. ¿Qué mejor lugar para esconderlo que dentro de más ruedas dentadas, corredera, aparatos electrónicos y husillos sin fin? Aguirre estaba allí en su última noche junto a Torres, junto a su Ajedrecista. ¿Qué otro lugar para esconderlo sería más idóneo que delante de la vista de todo el mundo, como le enseñara el soldado Drummon?

—¿Usted lo vio?

—Sí, es fácil. El único mecanismo que no tiene utilidad alguna en el autómata, el único que es un cuerpo extraño.

—¿Y por qué no lo coge?

—No me dejaron más que examinarlo, con detenimiento y varios días, pero solo examinarlo. Además, se trata de una memoria física, una memoria en tarjetas perforadas infinitas sobre la vida de una húngara de hace cuatro siglos, no puedo leerla, ni creo que me interese.

—Ya... Supongo que los avances que podría traer el saber que la... analogía...

—Analógica.

—Que la analógica puede llegar a ese...

—En el fondo soy escritor, como usted, no científico. Mire los «avances» que trajo esta ciencia: el mayor asesino de la historia.

—Aquí es. —El funcionario abre una puerta con un «prohibido el paso excepto a personal autorizado» bien visible. Están en una sala pequeña, rodeada de más puertas.

¿Podemos quedarnos a solas? — pregunta Lento. El funcionario parece más que reticente—. Ya habrá hablado con usted el juez, se trata de un...

—Un favor —concluye Alto.

—Sí, como quieran. No toquen nada, ¿eh?, se lo ruego. Luego soy yo quién tiene que responder... esperen un momento aquí.

El conserje entra en uno de las habitaciones anejas y cierra tras de sí, dejando por un instante ver una sala llena de cajas y trastos apilados.

—No parece más limpio que Nuestra Señora del Socorro.

—No me lo recuerde... Oh... ¿acabó el... el folletín?

Sí. Investigué a M. R. William, por cierto. Publicó el Décimo tercer trabajo de Heracles entre mil novecientos uno y mil novecientos dos, con bastante éxito. Su única obra...

—¿Debemos deducir que miss Trent salió de su... internamiento y vivió feliz?

—No sé si lo debemos deducir, pero a mí me gusta pensar en eso. Feliz y con una novela de éxito publicada.

—¿Y el final?

—Oh... mueren todos menos Jim, ¿qué esperaba de semejante culebrón? Incluso Camille, que no estaba muerta sino que se había retirado a misiones durante todos esos años. Vuelve por su hija incestuosa, mata a su hermano cuando este mata a la niña, en la *Tour Isolée*, la torre se desploma y Jim no puede salvarla. Él vuelve al ejército... lo normal en estas historias.

—Dramático.

—Y divertido, se lo aseguro.

—¿Sigue creyendo que hablaban de ellos... de los Abbercromby?

—Terrible, pero me temo que sí.

El funcionario abre la puerta de nuevo.

—Ya está. No me toquen nada, ¿eh? Y tendré que registrarlos cuando salgan.

—Lo entendemos, lo entendemos.

Entran, cerrando la puerta tras de sí. Encienden una luz y allí, rodeado de estanterías con cajas y viejos papelotes, hay un enorme oso en pie, tuerto y con medio pecho roto y apolillado.

—Ahí está —dice Lento.

—¿Está seguro que es él?

—¿Quién si no? Según la historia que oímos es capaz de tener cuerpo de un oriental, de Maelzel, de Spring Healed Jack y de un elefante... sin contar con el *Juggernaut* de la batalla en *D'hulencourt Tor*. Siempre es con nosotros. ¿Recuerda la nota? No pudo pasárnosla nadie de fuera, era el detective... nuestro gordo amigo, que huyo asustado. Este plantígrado de metal, rodó hasta la puerta...

—¿Entonces? ¿Lo hacemos?

—Sí. Nos secuestró, y casi me mata de un zarpazo... no sé qué otra cosa podemos hacer.

—Recuerde las palabras que dijo a Aguirre: «Desapareceré en la noche, lejos del hombre. Solo. Con mis recuerdos», me parece un buen final para esta historia. El amor debe triunfar, amigo mío, como en el cine. Si a usted no le importa, que fue el

que llevó la peor parte... de acuerdo. —Saca una nota de papel—. Aquí la tiene.

Lento la lee:

Está dentro del Ajedrecista de Torres Quevedo. Museo
Torres Quevedo. Escuela Superior de Ingenieros de
Caminos, Canales y Puerto.
Universidad Politécnica de Madrid.
Mucha Suerte

Luego, dobla el papel y lo pone con toda ceremonia dentro de la garra del gigantesco plantígrado.

—Venga —dice Alto—. Le doy cuerda y salimos fuera. —Mete la mano detrás de la oreja, encuentra la llave, y le da seis vueltas. Comienza un tictac, muy suave, muy lejano—. Rápido.

Salen. El funcionario, algo perezoso, se extraña de la prisa con que andan ahora.

—No se preocupen —dice mientras pide que enseñen el contenido de sus bolsillos y pasa un detector de metales manual por su ropa—, esto es un formalismo. Ahí no hay nada que valga una mierda.

—Ese animal mecánico es una obra de arte, amigo —dice Alto.

—¡Qué coño! —Los acompaña a la salida—. Si es un juguete japonés de esos. Mi hija tiene un perro robot que hace más que ese oso de peluche. Un juguete increíble, anda solo, ladra, atiende cuando lo llamas... este no hace na.

—No diga barbaridades...

Barbaridades, dice el «guiri»... pero si el otro día vi la etiqueta cuando lo trajeron, mal cosida a la oreja. Se le cayó. Es una marca china, o coreana o algo así, miren, la tengo por aquí... —Un pequeño trozo de tela arrancada por un débil pespunte, en donde aparece un bordado desvaído:

Non Omnis Moriar

Alto da dos palmadas al funcionario, le sonríe y dice:

—Amigo, usted en el instituto las clases de latín se las saltaba, ¿verdad?

* * *

Al margen de esto, el objetivo de nuestra búsqueda, más que ninguna otra cosa, nos anima en nuestras investigaciones y nos conforta de nuestras privaciones, pues tenemos como meta nada menos que redimir a la generación venidera de los males del veneno mineral y el derramamiento de sangre y a nuestro ejército, armada y otros desafortunados compañeros de los horrores del escalpelo y el cuchillo de amputación.

Francis Tumblety. 1833 - 1903

Antes de acabar, una muy prescindible y algo extensa nota final

(Especial atención a lo de «final», no diga luego el lector impaciente que no fue avisado)

Lo que acaban de leer (espero que lo hayan leído) es una obra de ficción, de ciencia ficción para ser más exactos, y como tal me he tomado innumerables libertades con las fechas, hechos, lugares y personajes históricos que aparecen, cambiándolas y torciéndolas según se acomodaran a la trama o la intención de lo que quería contar. Cada uno de estos hechos, cada acontecimiento, cada héroe o villano que he traído de las páginas de la historia real a las mías, daría para una novela tan larga como esta o más, dedicada solo a él, pero el autor que aquí se explica es demasiado perezoso para lanzarse a semejante tarea y ha fabricado un coro uniendo, doblando y retorciendo la vida de muchos que son por sí mismos protagonistas indiscutibles. Sería muy engorroso para ustedes llenar el texto de notas a pie de página y advertencias al respecto de este o aquel dato, y tedioso hasta el extremo del suicidio para un servidor. Por otra parte, nada más lejos de mí y de esta novela, que tener cualquier intención didáctica, que para eso están los libros de historia.

Sin embargo, cabe la posibilidad de que la aparición de algunos de los personajes que forman el reparto de este drama les haya atraído e incluso, si no les conocían bien, puede que se haya despertado un interés por saber de ellos, saber la verdad. Con ese fin paso a hacer una semblanza en nada exhaustiva de algunos de los protagonistas reales de nuestra historia:

Leonardo Torres Quevedo (1852 - 1936): una de las grandes luminarias de la ciencia española, país el nuestro que por desgracia no ha destacado en dar, ni mucho menos en cuidar, figuras de renombre científico. El ingeniero cántabro, figura de referencia científica en su época, de quién Maurice d'Ocagne, presidente de la Societé Mathématique de Francia, dijo que era «el más prodigioso inventor de su tiempo», fue autor de avances considerables en multitud de campos. La más señalada de entre sus obras, o al menos la más llamativa, es el teleférico en las cataratas del Niágara. No solo una importante labor de ingeniería sino un hito único que una empresa española consiguiera ese proyecto allí, en los albores del siglo XX. Pero además de esto realizó grandes progresos en el campo de los dirigibles, ideando un híbrido entre el dirigible de cuerpo rígido y el flexible, mucho más práctico que los dos anteriores. Fue incomparable en la construcción de máquinas analógicas resolutorias de

ecuaciones matemáticas, padre de la automática como hoy la conocemos, y por tanto precursor de la robótica y la informática, aunque su nombre no suela aparecer en la historia de esta última disciplina, olvido imperdonable. Construyó el Telekino, primer ingenio de control a distancia, con el que fue capaz de mover un bote eléctrico, el *Vizcaya*, por la ría de Bilbao, controlando sus maniobras desde la comodidad del Club Marítimo de Abra; y estamos hablando de 1905. Todo esto además de cientos de inventos y patentes menores, como aparatos para disponer alambre de espino en los puestos de defensa de modo automático, un indicador de coordenadas que permitiera orientarse sin problemas en cualquier ciudad, y faltaba mucho para la llegada del GPS, balanzas automáticas, aparatos para tomar discursos al dictado, un lenguaje simbólico para el diseño de mecanismos... innumerables inventos de una mente prolífica imposible de retener.

Indiscutible genio, heredero de una tradición de grandes ingenieros españoles como Echegarai o Saavedra, que a diferencia de estos, no mostró interés alguno por cuestiones políticas, incluso desatendiendo los cargos que como honor se le dieron: Presidente de la Real Academia de las Ciencias de Madrid, académico de la Española, miembro asociado de la academia de las Ciencias de París, y muchos más, dedicando su poderoso ingenio siempre a tareas científicas. Ideó y construyó dos jugadores de Ajedrez, y esto le ha traído a las presentes páginas, aunque en realidad fueron fabricados en épocas mucho más tardías de lo que figuran en la novela. Fueron los primeros autómatas jugadores de la historia. El prototipo inicial es tal y como lo describo en esta novela, cuando don Leonardo se lo muestra a John De Blaise. Jugaba como ahí se cuenta sencillas partidas de rey, torre contra rey, tenía memoria y detectaba las trampas; por tanto podemos considerarla la primera máquina que se «relacionaba» con su entorno. El algoritmo sencillo implementado de manera electromecánica en el ajedrecista, y que Torres intenta explicar al señor De Blaise sería algo parecido a lo que reproduzco a continuación, que he omitido durante la narración de la novela para no hacerla demasiado farragosa. Retomando la escena, Torres explicaba el funcionamiento del ajedrecista a su amigo británico, que preguntaba:

—Entiendo, más o menos, pero mueve... ¿al azar?

—En absoluto —dijo Torres—. Sigue unas sencillas reglas implementadas en función de las posiciones relativas que observa entre las piezas, posiciones marcadas por las distintas correderas. Con eso se asegura la victoria, no del modo más rápido, pero sí eficaz. Es sencillo si lo sistematizamos un poco, vera: si el rey negro está en una columna inmediata a la de la torre, ésta huye, es decir que se traslada horizontalmente, hasta el otro extremo del tablero. Si no es así, y el rey negro no está en la fila inmediatamente debajo, la torre baja una casilla.

»Si no ocurre ninguna de las dos situaciones anteriores, y si la fila ocupada por la

torre no es la inmediata inferior a la que ocupa el rey blanco, este desciende una casilla. O si no pudiera realizarse los dos movimientos de la torre antes citados, y hay un número par de casillas entre las columnas de ambos reyes, el blanco se moverá horizontalmente hacia el negro. Habrá observado que puede ocurrir simultáneamente la circunstancia que propiciaría los movimientos del rey blanco antes citados; en cuyo caso el rey se movería en diagonal.

»Si no tenemos ninguna de las posiciones anteriores, y ambos reyes se encuentran en la misma columna, la torre desciende una casilla, dando en ese momento jaque.

»Si de nuevo no se cumplen las condiciones precedentes, ha de haber por fuerza entonces un número impar de casillas entre ambos reyes. El siguiente movimiento dependerá de la posición de la torre blanca: si está en la segunda o séptima fila, se traslada horizontalmente a la primera u octava, respectivamente. Si está en la primera o la séptima columna y el rey rival no está ni en la tercera ni en la sexta, la Torre se mueve a la segunda o la séptima respectivamente, por el contrario, si el rey estuviera en esas columnas, la torre se iría a la primera o la octava respectivamente, huyendo al otro extremo del tablero.

Pueden probar si gustan y verán que así siempre ganan las blancas, incluso se puede hacer un pequeño programa con el algoritmo en cualquier lenguaje de programación que conozcan y verán lo sencillo, ingenioso e infalible del artificio. Pero el genio real de Torres Quevedo estaba en la implementación mecánica de estas reglas, ahí es donde el ingeniero español brillaba.

La eclosión en el mundo científico de Torres Quevedo ocurrió a principios del siglo XX, el joven Torres que aparece en mi historia, muy novelado como es natural, no había alcanzado todavía el prestigio que llegaría a tomar ya franqueada la cuarentena. El primer viaje por Europa que menciono es cierto, aunque he alterado un poco las fechas para hacerle coincidir en el Reino Unido con el señor Tumblety, y en ese viaje, en el real, no estuvo en Inglaterra. Por supuesto, el segundo viaje y centro de esta historia es completamente inventado.

Sirva la presencia de este don Leonardo de ficción como un humilde homenaje del autor hacia el real, una de las mentes más brillantes del siglo XX, que como acostumbra a ocurrir por estos pagos, ha sido en demasiadas ocasiones olvidada.

Wolfgang von Kempelen (1734 - 1804): No he tratado a este gran inventor como se merece, por lo que presento aquí mis disculpas a su memoria. Fue un genio, un pequeño Leonardo húngaro, hábil en mecánica como en lingüística y muchas otras disciplinas. Para su dolor, ha pasado a la historia por construir el Ajedrecista, el autómata más famoso de la historia, y generador de una corriente de autómatas jugadores de ajedrez que llenaron los espectáculos del diecisiete y el dieciocho. Y para colmo un novelista español osa darle el papel de villano en sus creaciones. Mea

culpa.

Su historia es más o menos como la cuento: es cierto que tuvo un cargo administrativo en Transilvania (intenté por todos los medios que este hecho no sacara a colación al más famoso noble de esa región, no pude resistirme), así como el famoso reto de la Emperatriz María Teresa de los húngaros fue tal y como lo cuento, o así al menos se recoge. Recorrió Europa y América con su máquina, a su pesar, como Maelzel después de él, otro gran ingeniero al que vendió el artefacto, siendo el pasmo de todo un mundo fascinado ya por las exhibiciones de autómatas. Los autómatas y sus fabricantes que aparecen existieron en realidad, incluso la exhibición de Spring Gardens que propicia el encuentro de los dos protagonistas en *Los horrores del escalpelo* es real, aunque fue un siglo antes de cuando yo la sitúo, y claro está, no incluía la totalidad de los grandes autómatas de la historia, como la que yo he imaginado: los de Vaucanson, Cox, Merlín... reunir tamaña colección sería algo prodigioso y hasta anacrónico a veces. Más si en medio de ellos aparece el Ajedrecista de von Kempelen.

La historia del Ajedrecista es tal y como la cuento hasta su destrucción en el incendio en Filadelfia, y los espectáculos que montaba von Kempelen, por cierto, hombre dotado con carisma de sobra para el escenario, eran aproximadamente como el que lleva a cabo en la novela el señor Tumblety, aunque no en escenario tan siniestro. Quisiera recordarles que por entonces, siglos XVIII y XIX, la ciencia y la prestidigitación se presentaban unidas, y el tema no se tomaba como un engaño, aunque muchos pensaran que lo era, sino como una hábil demostración de las habilidades de su autor, en este caso von Kempelen.

El mecanismo que ocultaba el Ajedrecista no era otro que el más evidente: un hombre encerrado dentro de él, en el mueble, tan simple y tan ingenioso a un tiempo. Al principio de las exhibiciones, el sujeto se escondía tras la falsa maquinaria de un lado, y luego, cuando se abría la puerta contraria, se movía al otro extremo, oculto también tras capas de maquinaria inútil, lo que requería a alguien no solo con conocimientos de ajedrez, sino con ciertas dotes de contorsionismo. En cuanto al transcurso de la partida, las piezas de ajedrez estaban imantadas en su base, y de cada casilla del tablero colgaba un pequeño hilo con una placa metálica, de modo que cuando se posaba la pieza, abajo, la placa se pegaba al techo. Así, el jugador escondido conocía la posición de las piezas, y podía mover las suyas gracias a, esto sí, un sofisticado sistema de engranajes que permitían mover el brazo del Turco. Dentro tenía una luz, por lo que era necesario encender velas a los lados del muñeco, para ocultar el humo que escapara del interior.

El autómata jugaba partidas enteras, medias partidas y problemas de ajedrez, como el del caballo. El público elegía una casilla para colocar un caballo y el autómata, el hombre que estaba dentro en realidad, hacía que la pieza recorriera todo

el tablero, con el movimiento del caballo, a tremenda velocidad, para lo que el jugador escondido tenía que saberse de memoria todas las posibilidades, que no es fácil. Es posible que contara con esquemas para llevar acabo esto.

Las partidas famosas atribuidas a la máquina, contra Napoleón, etc.... no están del todo documentadas, y es probable que muchas pertenezcan al mito, lo que sí es cierto es que el autómata se enfrentó a grandes maestros de la época, con diferente suerte, y que medio mundo quedó maravillado del prodigio durante décadas, sin que nadie pudiera averiguar el secreto de Kempelen o de Maelzel, aunque en algunos casos, como el del señor Poe (el artículo que cito del autor americano es real), sí intuirlo. Estas sospechas no menoscababan el valor del Ajedrecista a ojos de nadie, o casi nadie. Entonces, este tipo de exhibiciones mezcla de ciencia y prestidigitación, eran valoradas como tal, y el saber que había truco, no desvirtuaba el espectáculo.

Lo más interesante a mi parecer de todo esto, es que la polémica que suscitaba esa máquina entre los que asistían a sus exhibiciones era la misma que surgió siglos después, con la aparición de Deep Blue derrotando a maestros reconocidos. Por ejemplo: ¿puede una máquina superar el intelecto del hombre?, e inmediatamente: ¿podemos crear inteligencia artificial? En el siglo XIX o el XXI parece que las grandes preguntas siguen siendo muy parecidas.

Por cierto, la inscripción en la tumba de von Kempelen es tal como la reproduzco.

Frederick Abberline (1843 - 1929): Inspector del CID en la época de Jack el Destripador. Aunque en muchas historias de ficción se le pone como principal responsable del caso, no lo era, ese honor le correspondía al inspector jefe Swanson, como hago decir al propio Abberline en la historia. Él era el coordinador de los detectives de campo, por tanto, posiblemente una de las personas que más sabía del caso. Pero, como en toda investigación policial, intervinieron muchas personas, Moore, Reid, Dew... además de todos los agentes de uniforme. La totalidad de los policías del Yard que aparecen en la historia son reales, muchas veces son ciertos sus movimientos y están donde estuvieron entonces (excepción importante es el caso de Andrews, que nunca, al menos hasta donde sabemos, estuvo en Berner Street, escenario del asesinato de Liz Stride), aunque sus opiniones y acciones estén noveladas, a veces coincidiendo con la realidad y a veces no. La mayor libertad que me he tomado, tal vez, sea la aparición de los tres enviados por Scotland Yard para resolver el caso. No porque no fueran reales, al contrario, pero su presencia no fue tal y como yo la presento. En las memorias del detective Walter Dew afirma que, como he dicho, el Yard mandó a los inspectores Abberline, Moore y Andrews para solucionar el caso, una especie de Dream Team (permítaseme la frivolidad) contra el mayor criminal de la historia. Esto nadie lo pone en duda, aunque solo dispongamos de la palabra del señor Dew para atestiguarlo, pero es seguro que los tres no estuvieron desde el principio. Abberline, sí. Fue el coordinador de detectives desde

casi los albores del caso, pero Moore, de quien es difícil conciliar qué papel jugaba dentro del complicado engranaje de investigación británico, no aparece en papeles policiales hasta el cuatro de octubre, en un informe relativo al asesinato de Elizabeth Stride, y en la prensa hasta la muerte de Kelly. No es razonable que días tras la muerte de Polly Nichols, estuvieran ambos detectives juntos, como aparecen aquí.

Es más, la «visita turística» por los lugares de los crímenes en la que Moore hace de guía a Torres Quevedo, está inspirada en un paseo similar a uno que ofreció el detective a un periodista de Filadelfia, pocos días antes de la muerte de Rose Mylet, víctima del Destripador que aquí no aparece. Eso nos pone ya en el año ochenta y nueve.

El tema de George Andrews es más peliagudo aún, pues la única referencia que le involucra con las investigaciones es la que hace Dew en sus memorias. Esto es muy raro, Dew era uno de los detectives, entonces joven, directamente dedicado al caso y no cabe pensar que cometa un error así. El hecho de su ausencia en todos los informes y las notas de prensa referentes al caso, y el hecho de que poco tiempo después de la muerte de Mary Kelly y de la fuga del señor Tumblety a Francia y luego a Estados Unidos, viajara a Canadá a causa de la extradición de un reo (lo normal es que fueran las autoridades canadienses las encargadas de ir por el acusado hasta el Reino Unido), al tiempo que en Estados Unidos proliferaban los artículos referentes a que Scotland Yard había enviado detectives en busca del Destripador a tierras americanas, provocó la aparición de una teoría a cargo de serios investigadores del Destripador, como Stewart Evans y Paul Gainey (disciplina esta de investigar las circunstancias que rodean a mi amigo Jack que por cierto entre los anglosajones tiene acuñada hasta un término propio: Ripperology, «destripalogía» diríamos aquí. Entre estos «riperólogos» los hay muy serios, como los que cito, pero les aseguro que otros no lo son tanto). Esta teoría, en la que no entraré porque sería muy largo, postula que la función de Andrews en el caso era, con exclusividad, perseguir y capturar a Francis Tumblety. Como habrán observado, tal hipótesis excitó mucho mi imaginación, y es fuente de gran parte de la trama de *Los horrores del escalpelo*.

Siguiendo con el tema policial, Scotland Yard se enfrentó al crimen más terrible de la historia, y tradicionalmente se ha criticado sus acciones y se les ha tildado de inoperantes o indolentes a la hora de resolver el crimen; nada más lejos de la verdad a mi juicio. En esa época y con los medios dispuestos, no creo que ningún cuerpo de policía, ni la por entonces tan respetada Súreté francesa, hubiera podido capturar al Destripador. Se cometieron errores, sin duda, pero estos hombres se esforzaron al máximo por capturar al monstruo, arriesgaron su salud y su prestigio y, por ejemplo, estoy convencido de que si Jack no mató a nadie en octubre fue porque no lo dejaron, hasta que pudo tener a una víctima, Mary Kelly, encerrada en casa, sin peligro de ser descubierto.

Mención especial tengo que hacer respecto al jefe inspector Littlechild y al Departamento Especial, la sección D. La implicación de esta sección en una extraña conspiración es obra de mi imaginación, y desde luego la aparición del jefe de ese departamento dedicado a la investigación de insurgencias políticas (aunque si es más que probable que mantuvieran un ojo sobre Tumblety, como sobre todos los irlandeses de extraño proceder), en medio de la investigación del Destripador, como un detective de a pie, es un tanto exagerada. En realidad, la mayor relación de Littlechild con el caso es su famosa carta, de la que hablaré luego, y su inclusión en mi historia no es más que un guiño a los aficionados al Destripador (que habrá alguno más en este país aparte de mí, digo yo), como hay muchos otros diseminados por todo el relato.

En cuanto a los crímenes en sí, he tratado de ser lo más riguroso con los hechos, menos en lo tocante al «elemento fantástico» de mi historia, claro está. Las escenas de los crímenes, la cronología, los testigos, son casi siempre como fueron, y cuando hay discrepancias en versiones, he optado por la que más me acomodaba con la historia. Un caso claro por ejemplo, sería en el asesinato de la señora Tabram, en el que me he permitido suponer que la cuchillada final, esa que según los forenses fue hecha por una bayoneta, fue la primera, cuando a juzgar por la abundancia de sangre, es probable que fuera justo lo contrario.

He procurado resaltar los aspectos de Jack el Destripador menos conocidos, aquellos que nunca aparecen en historias de ficción y cuya omisión ha dado por crear tópicos, a veces incluso en libros históricos y de ensayo. Por poner algunos ejemplos: el hecho de que alguna de las víctimas «canónicas» no hubieran sido asesinadas por la misma persona, el hecho de que no sabemos a ciencia cierta cuántas son las víctimas de Jack el Destripador, el que el señor Abberline no estuviera presente en todas las escenas del crimen, en casi ninguna para ser cierto, como sale en muchas otras historias, no era esa su función, la posibilidad de que uno de los crímenes se produjera a la luz del día, contradiciendo la imagen de niebla y luz de gas que nos ha quedado, la tardía aparición del nombre «Jack the Ripper» (relativamente tardía, pues el caso en sí no se dio por cerrado hasta el noventa y uno), la escasísima probabilidad de que cualquiera de las cartas firmadas por Jack el Destripador fueran escritas por el asesino, lo que convierte al propio mito en un producto publicitario y a cualquier teoría basada en las cartas en poco sólida, o que la famosa pintada cargada de enigmas de la calle Goulston, que tanto gusta a amantes de conspiraciones masónicas, la escribiera una persona cualquiera, sin relación alguna con los asesinatos.

Respecto a las víctimas, las dos que tiene mayor papel en la novela han sido completamente recreadas por mí, aunque manteniendo el rigor en fechas y datos que se conocen, como su aspecto físico, su residencia o sus hábitos. Naturalmente la relación entre la señora Stride y Aguirre es fruto de mi imaginación, y la presencia de

Kelly en un burdel de lujo del West End, su posible trabajo como doncella y su viaje a Francia se basan en datos que contaba la propia Mary, cuya imaginación parecía desbordante.

El resto de mundo criminal de Londres está sacado de bandas reales, que existieron, aunque algunas en otros momentos de la historia, e incluso algunos combates, como el enfrentamiento entre el Green Gate Gang y los chicos de Dover más la policía Metropolitana, ocurrieron. La preponderancia de las bandas judías como los de Besarabia es más Eduardiana que Victoriana, y por ejemplo, se menciona un par de veces a los Titanics, peculiar banda de delincuentes vestidos de caballeros, que no pudo existir cuando quedaba tanto para botar el barco al que hace referencia su nombre.

Ya que he empezado esta nota con Abberline, por quién siento especial admiración, acabaré con él. Fue un policía condecorado muchas veces, con gran prestigio entre los suyos, serio y enemigo de la popularidad que pudo obtener. Se retiró joven de la policía, lo que ha excitado la imaginación de los amigos a las conspiraciones mucho tiempo, cuando la realidad es tan simple como que en aquel momento se habían impuesto ventajas económicas para forzar el retiro de policías. Acabó como detective de la Pinkerton, siendo enviado al casino de Montecarlo. No dirán que un personaje así, como el resto, no merece casi una novela.

Joseph Mortimer Granville: Este médico fue el inventor del vibrador en la década de los ochenta del diecinueve, que no sé si les sorprenderá, pero es la quinta máquina eléctrica de la historia, tras la aspiradora, lavadora y otras más. Mi versión es una parodia del buen doctor, que quieran que no, puso su pequeño granito de arena al confort de parte de la población, de la mitad, más o menos. Me van a perdonar, pero no pude contenerme en incluirlo al pensar en todas esas señoronas victorianas acudiendo como locas a las consultas de los médicos a que les provocaran un orgasmo, porque estaban «histéricas», y a los pobres médicos con los dedos agarrotados. No es de extrañar que el doctor Granville se esmerara en encontrar un rápido alivio a tan urgente necesidad.

Jack el Saltarín: traducción más que libre de Spring Healed Jack («Jack con muelles en los talones» sería la literal, nombre mucho más preciso en cuanto a lo que parecía ser el sujeto en cuestión, pero menos «romántico», burlesco o misterioso, como prefieran verlo), el personaje más extraño y fascinante del rico folklore fantasmal de Londres, si excluimos a su más famoso tocayo. Sus «apariciones» ocurrieron durante muchas décadas, desde finales de los años treinta del siglo XIX hasta 1920. Se le describía con aspecto demoníaco, y solía acosar a jovencitas, arrancarles la ropa, palparles los pechos, y hay quien dice que escupía fuego. Es verdad que el Lord Mayor lo consideró una «amenaza pública», y durante la cacería a

que le sometió el duque de Wellington por todo Londres, se dice que le dispararon y oyeron rebotar las balas en él, como si fuera de metal. Claro que todo esto ocurrió en los cincuenta, no en los ochenta. Se le atribuía la capacidad de saltar muros enteros, y se insinuaba que tuviera resortes en sus botas. No me negarán que parece un ciborg decimonónico...

Seguramente la más prosaica realidad es que todos estos hechos fueran aislados, causados por diferentes criminales a lo largo de las décadas en que estuvo en acción el mito, y que la imaginación de la gente rellenara el resto. Lo cierto es que sigue siendo una de las partes más asombrosas del folclore inglés, y les recomiendo que busquen las ilustraciones que los periódicos de la época hacían del sujeto, y luego díganme si a eso no podemos llamarlo «ciencia ficción folclórica».

Francis Tumblety (1833 - 1903): uno más de los cientos, sin exagerar, de candidatos a ser Jack el Destripador. Lo peculiar del señor Tumblety respecto al resto, es que siendo sospechoso en la época de los crímenes, no tuvimos conocimiento de él hasta fechas muy recientes. En 1993, el excelente investigador del caso del Destripador, Stewart Evans (otro «riperólogo» de los que ya les he hablado, este también de «los buenos»), encontró en un lote de objetos Victorianos que había adquirido, una carta fechada en septiembre de 1913 en la que el jefe inspector Littlechild, ese que sale en la novela, respondía a un tal señor Sims que le preguntaba sobre la relación de un «Dr. D» con los asesinatos de Whitechapel. Imagino que el periodista se refería al señor Druitt, otro famoso sospechoso al que varias autoridades policiales de la época tomaron por el verdadero Jack. El jefe inspector respondía que no sabía nada de un «Dr. D», y que tal vez se refirieran a un «Dr. T», que no era otro que Tumblety quien según Littlechild fue arrestado en la época y sugiere que pudiera ser el destripador. A partir de ahí, Evans, Skinner y otros encontraron indicios del tal Tumblety, y de cómo podría haber sido investigado al respecto, incluso seguido hasta los Estados Unidos, y acosado allí por la policía americana, pensando que era Jack.

La vida de Tumblety es tan estrafalaria como la he contado en la novela. Estuvo involucrado en el asesinato de Lincoln, aunque es cierto que pareció tratarse de un equívoco, era un embaucador y un falso médico, que estuvo a punto de hacer carrera política en su país natal, Canadá. Su odio por las mujeres era conocido. Esa diatriba enloquecida que hace en casa del escritor Hall Caine, es un trasunto de otra muy similar y real (aunque proveniente de una fuete más que dudosa) que hiciera ante ciertos oficiales norteamericanos. Fue encarcelado por comportamiento indecente y estaba en Londres en el momento de los asesinatos. Coleccionaba órganos (esto tampoco es un dato en el que podamos fiarnos demasiado), vestía estrafalario, tendría ciertos conocimientos anatómicos, era americano, por tanto extranjero, como muchas de las descripciones del Destripador, y tras su fuga de Londres poco después de la muerte de Mary Kelly (huyó bajo otro nombre a Francia y de allí a los Estados

Unidos), el Destripador dejó de matar, siempre que no contemos como suyas las muertes de Coles, Mylett y McKenzie, las tres últimas víctimas de los crímenes de Whitechapel, que muchos autores descartan como propias de Jack.

En contra a su «candidatura», está su aspecto físico, muy característico y en nada parecido a lo que vieron los testigos, si es que algún testigo vio en realidad a Jack, la ausencia de todo crimen violento en su historial, su edad, algo avanzada para el perfil del Destripador, y que era homosexual (su relación con Hall Caine fue real). No es que los homosexuales no puedan ser psicópatas asesinos en serie, si no ahí tienen a Jeffrey Dahmer, el carnicero de Milwaukee, pero el asesino homosexual suele matar a personas de su mismo sexo, mientras que el heterosexual prefiere al sexo opuesto.

En cualquier caso, si Francis Tumblety no fue el Destripador, es muy probable que cargue a su espalda con más víctimas que este, fruto de la práctica de su falsa medicina, y desde luego, es el personaje más fascinante que jamás ha cargado con la losa de haber sido El Asesino por excelencia.

Por último, Jack: él aún sigue oculto en las sombras:

Eight little whores, with no hope of heaven,
Gladstone may save one, then there'll be seven.

Seven little whores beggin for a shilling,
One stays in Henage Court, then there's a killing.

Six little whores, glad to be alive,
One sidles up to Jack, then there are five.

Four and whore rhyme aright,
So do three and me,
I'll set the town alight
Ere there are two.

Two little whores, shivering with fright,
Seek a cosy doorway in the middle of the night.

Jack's knife flashes, then there's but one,
And the last one's the ripest for Jack's idea of fun.

Agradecimientos

Para escribir esta novela me he visto obligado a manejar ingentes cantidades de información, ha sido un trabajo solitario, como muchos otros, aun así he contado con la ayuda de varias personas y entidades, a las que nunca está de más reconocer su generosidad y agradecer que siempre estén allí.

Primero los amigos. Mi hermano Juan ha sido, como siempre, a quien he acudido cuando mi torpeza me metía en un nudo narrativo sin solución, y como siempre encontró el modo de ayudarme a cortar ese nudo. La inclusión de Torres Quevedo en la historia cuando empezaba a cobrar forma, fue gracias a dos buenos amigos cuya sinergia suele dar resultados, cuanto menos, interesantes: León Arsenal y el whisky. Alberto Martín de Hijas es mi primer lector habitual, y en este caso supo matizar las bondades que veía en mi novela. Hipólito Sanchís, generoso como siempre es, dedicó tiempo del que no le sobra para ayudarme con el latín.

Agradezco también la información que la embajada española en Londres, una de las legaciones más antiguas, si no la más, del mundo, tuvo la gentileza de facilitarme en lo referente a su historia, origen y localización geográfica.

Por supuesto sería imposible tanto haber escrito esta novela, como haber disfrutado tantos años de mi afición por los oscuros crímenes del siglo XIX si no fuera por la colosal cantidad de excelentes investigadores y divulgadores que sobre Jack el Destripador y su mundo ha habido y hay. Citar todas las fuentes que he consultado, tanto bibliográficas como a través de la red global, sería largo y aburrido, así que me limitaré a dejar aquí mi reconocimiento a todos los que con profesionalidad, celo y hasta buen humor, han tratado durante años de arrojar luz sobre los horrores que crecieron bajo las brumas londinenses durante las postrimerías del diecinueve.

Dudo que jamás descubramos quién fue Jack, no importa, a través de su historia sabemos más del lado oscuro de todos nosotros.

Daniel Mares, Madrid, abril de 2010

Cronología

1808: —En Madrid, el 2 de mayo, el pueblo se levanta contra la ocupación francesa. 1812: —El 19 de marzo se promulga la Constitución Española, la conocida como «La Pepa», en la ciudad de Cádiz.

1814: —En marzo vuelve a España Fernando VII, iniciando su reinado. Fin de la ocupación Francesa.

1819: —En mayo nace Victoria Alexandra de Hanover, quién será conocida como Victoria I de Inglaterra

—En abril nace en Edimburgo Robert Charles Graham Abbercromby, quién con el tiempo será el décimo lord Dembow

1821: —España ratifica el tratado por el que la península de Florida pasa a pertenecer a los Estados Unidos de Norte América.

1829: —Nace en Londres Margaret Jane Abbercromby, hermana menor del futuro lord Dembow.

1833: —Comienza el Reinado de Isabel II en España, con el inicio de la primera Guerra Callista -En torno a este año, o posiblemente algo antes, nace Francis J. Tumblety en Irlanda.

1837: —En junio Victoria Alexandra de Habsburgo es coronada reina del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, a la edad de 18 años.

1840: —En febrero, Victoria de Inglaterra celebra sus esponsales con el príncipe Alberto de Saxe-Coburg

—Fin de la primera guerra Carlista con la derrota de los Absolutistas.

1843: —Nace Frederick Geroge Abberline en enero de este año.

1844: —Tumablety reside ahora en Rochester, Nueva York, con su familia. Tal vez llegaran dos o tres años antes.

—En octubre nace Raimundo Thelonius Aguirre, en San Agustín, Florida. 1846: -El futuro lord Dembow se casa en primavera con la señorita Agatha Florinda Carmichael.

—En septiembre, en tierras catalanas, comienza la segunda Guerra Carlista. 1848: -En Edimburgo nace Perceval John William Abbercromby, primogénito de joven lord Dembow

1849: —En septiembre de este año nace John De Blaise, en Manchester.

—Fin de la segunda Guerra Carlista. En junio se promulga un decreto de amnistía para los carlistas, que en gran número regresan desde Francia. 1850: -Francis Tumblety en Detroit. Allí comienza a trabajar como «doctor».

—En febrero el joven lord Dembow inicia un largo viaje por las Américas, acompañado de su amigo y protegido, el capitán William.

1851: —A finales de año, en Gales, nace Henry Hamilton-Smythe, hijo

primogénito del general Hamilton-Smythe

1852: —En Santa Cruz de Iguña, Cantabria, llega al mundo Leonardo Torres Quevedo, el 28 de diciembre.

1854: —Muere la menor de los Abbercromby.

1855: —El 15 de Abril nace Cynthia William, hija postuma del capitán William, en EE.UU.

—Diez días después, muere el viejo lord Dembow. Robert Abbercromby, todavía en ultramar, hereda el título y las responsabilidades de la familia. 1856: -Tumblety vive ese año en Montreal. Adopta el título de «Médico indio».

—Dembow, el nuevo lord Dembow, regresa en mayo a Inglaterra, aquejado ya de la enfermedad que le acompañará el resto de su vida.

1857: -En abril Francis Tumblety afirma haber descubierto una hierva que cura toda fiebre en veinticuatro horas.

—A finales de año, el mismo Tumblety publica una carta donde dice haber renunciado a la invitación que figuras políticas de Montreal le han hecho para formar parte del Parlamento Canadiense.

1859: -La señora Abbercromby, esposa de lord Dembow, cae enferma y es internada.

—Guerra de África contra el sultanato de Marruecos

1860: —En Junio Tumblety llega puerto de Sanit John, EE.UU. Comienzan las denuncias contra él.

—En Noviembre el republicano Abraham Lincoln es elegido presidente de EE.UU.

1861: —Enero: Florida se separa de la unión.

—Febrero: los estados Confederados de América se constituyen formalmente. -Abril: bombardeo Confederado a Fort Sumter, inicio oficial de la Guerra Civil. Raimundo Aguirre escapa de casa pocos días después y se enrola en el ejército confederado.

—Diciembre: la reina Victoria enviuda.

1862:—En verano Raimundo Aguirre deserta y huye al os pantanos de su Florida natal.

1863: -A primeros de año el presidente Lincoln firma el Acta de Emancipación, poniendo fin oficial a la esclavitud de los negros en el país.

—Julio: batalla de Gettysburg. 1864: -En enero Aguirre es capturado y vuelto a filas a la fuerza.

-Un mes después se produce la sangrienta batalla de Olustee, durante la que Raimundo Aguirre es herido de gravedad y hecho prisionero por los federales.

—En Marzo muere la señora Abbercromby de melancolía, en el hospital donde se encontraba desde hacía años interna.

—Raimundo Aguirre ingresa en la prisión de Oíd Capítol al terminar el año.

1865: -En enero el señor Abberline ingresa en la policía Metropolitana

—En abril El general Robert E. Lee se rinde al general Ulysses S. Grant en Appomattox, Virginia.

—John Wilkes Booth asesina al Presidente Lincoln.

—En mayo los Confederados se rinden formalmente en Tallahasse, fin de la Guerra Civil -Francis Tumblety es detenido acusado de formar parte de la conspiración contra el presidente. Ingresa en Oíd Capitol, pero pronto es exonerado.

1868: —Isabel II se exilia a Francia. Comienza el sexenio democrático

—En Febrero, Benjamín Disraeli, del partido conservador, se convierte en primer ministro Británico.

—Mientras, el joven Torres Quevedo completa sus estudios en Paris, en el colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Permanecerá allí durante dos años.

1870: —Amadeo de Saboya comienza su breve reinado.

—El padre de Torres Quevedo es destinado a Madrid, allí residirá la familia. -Aguirre viaja de polizón en un vapor a Francia. Desde allí llega a Irlanda. -Isabel II, en Francia, abdica en su hijo Alfonso XII-

1871: —Torres Quevedo inicia sus estudios en la escuela superior de ingenieros de caminos 1872: -Tercera guerra carlista.

—Raimundo Aguirre llega a Inglaterra, donde prosigue su vida de delincuencia en varias ciudades.

1873: -Amadeo de Saboya renuncia al trono. -Primera república española.

—Torres Quevedo abandona momentáneamente sus estudios y se entrega a la defensa de Bilbao frente a los carlistas

—En marzo Frederick Abberline es ascendido a inspector.

—Al terminar el año, el general Martínez Campos proclama rey de España a Alfonso XII

1874: -El sitio de Bilbao se levanta en Marzo, Torres vuelve a Madrid y prosigue sus estudios.

—Tumblety viaja a Inglaterra. Fija su residencia en Liverpool. 1876: -Junio: Victoria de Inglaterra proclamada Emperatriz de la India -Fin de la Tercera Guerra Carlista.

—Torres finaliza sus estudios en la escuela de ingenieros, siendo cuarto de su promoción.

1877: -Al finales de año Torres Quevedo inicia un viaje por Europa: Francia, Suiza... 1878: -Torres Quevedo llega Inglaterra. Primera de sus estancias en Londres.

—Raimundo Aguirre también está en Londres, formando parte de una exhibición de monstruos. Encuentro entre ambos.

1879: -Tumblety regresa a Nueva York y Aguirre vaga por Escocia.

1880: —Gradstone, del partido Liberal, es primer ministro. 1981: -En diciembre Raimundo Aguirre vuelve a Londres 1885: -Lord Salisbury es primer ministro por el partido conservador.

—Torres Quevedo contrae matrimonio con Luz Polanco y Navarro, en Portolin, con la que llegara a tener ocho hijos.

—En noviembre comienza la tercera Campaña Birmana del ejército británico. El mismo mes muere Alfonso XII. Su viuda. María Cristina de Habsburgo, se encarga la regencia durante la minoría de edad de su hijo, Alfonso XIII 1886: -Enero: Anexión de Birmania por la corona Británica

—Febrero: Gladstone es primer ministro de nuevo, pero en Julio vuelve a ser sustituido por lord Salisbury

—Agosto: trágica expedición al fuerte Kamayut en Birmania. -Octubre: Raimundo Aguirre ingresa en el Green Gate Gang.

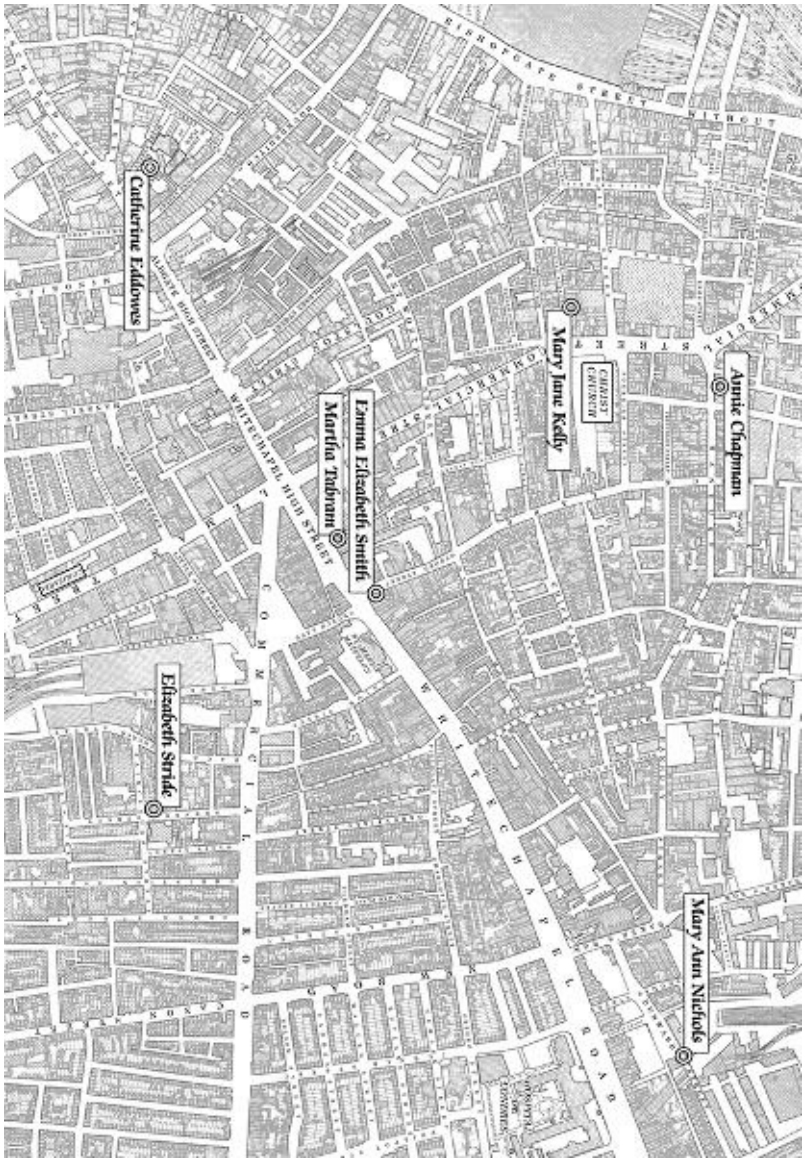
1887: —Jubileo de la reina Victoria.

1888: —Febrero: Abberline nombrado inspector de primera clase. -Marzo: Aguirre entra a trabajar para lord Dembow.

—Mayo: Aguirre es acusado de robar en los almacenes de Dembow e ingresa en prisión. -Junio: Francis Tumblety regresa al Reino Unido. Vuelve a residir en Liverpool pero pronto llega a Londres.

—Entre Agosto y Septiembre, tres prostitutas son brutalmente asesinadas en las calles del East End londinense. Las noticias del asesino de Whitechapel, de «Delantal de cuero», empiezan a recorrer lo titulares de todo el mundo.

—El cinco de septiembre, Leonardo Torres Quevedo regresa a Londres...


Annie Chapman
Mary Jane Kelly
Mary Ann Nichols
Emma Elizabeth Smith
Martha Tabram
Catherine Eddowes
Elizabeth Stride
WHITECHAPEL ROAD
COMMERCIAL ROAD
WHITECHAPEL HIGH STREET
COMMERCIAL STREET
BISHOPSGATE STREET WITHOUT
CHRIST CHURCH